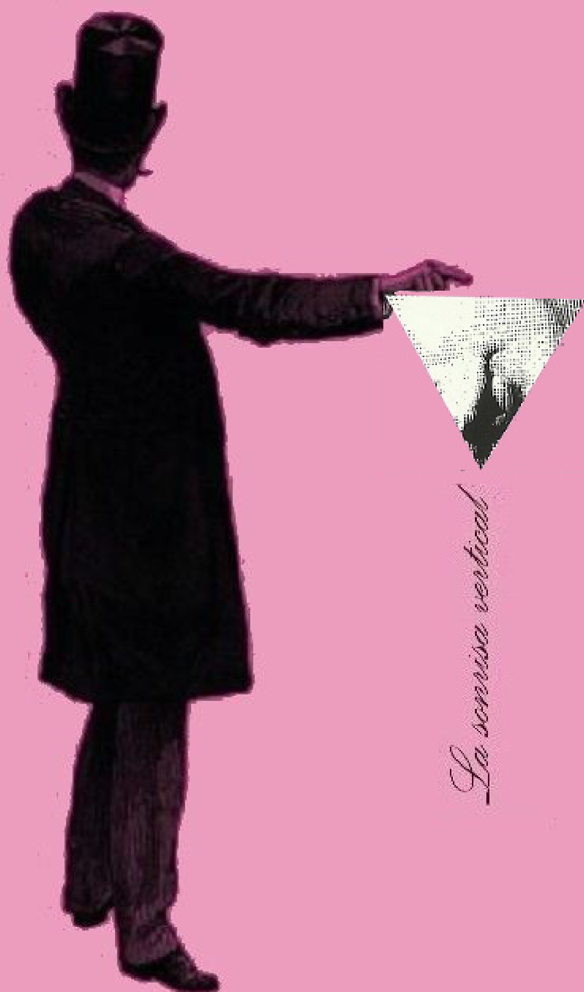
Anónimo

Mi vida secreta



Por su extensión, por sus detenidas (y entretenidas) descripciones y por las variadas, casi infinitas, situaciones que describe, Mi vida secreta es sin duda la novela erótica más importante de la época victoriana. Desde su precoz iniciación en el sexo hasta el fin de su «carrera amatoria», Walter, nombre tras el que el autor oculta su identidad, rememora su trayectoria de la lujuria a través de cientos de encuentros con nodrizas, prostitutas, primas, actrices, hombres y esposas de otros hombres. Explotando al máximo las posibilidades que se le ofrecen, siguiendo la divisa de «mi cuerpo es mío», Walter se lanza a poner en práctica sus obsesiones, sus fantasías y sus fetichismos. Y mientras describe toda una época de represión, en la que deben guardarse estrictamente las apariencias, Mi vida secreta ofrece una mirada excepcional a la cara oculta de la vida victoriana, para iluminar la compleja dinámica sexual de una sociedad dividida estrictamente en ricos y pobres, hombres y mujeres, sexualidad y castidad.

Desde su publicación, en Londres en 1894, muchos estudiosos coinciden en afirmar que en la obra confluyen, como pocas veces se ha dado, tres importantes tradiciones: la pasión casi entomológica por describir hasta las más raras prácticas sexuales, la búsqueda de la verdad del placer mediante la escritura (de inspiración libertina) y la necesidad de confesarlo todo (de origen, sorprendentemente, cristiana).

Anónimo

Mi vida secreta

La sonrisa vertical - 129

ePub r1.0
Titivillus 10.12.15

Título original: *My Secret Life*
Anónimo, 1894
Traducción/comentarios: Antonio Escohotado

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Notas y prefacios

Una nota sobre esta edición abreviada de *Mi vida secreta*

Como el lector podrá comprobar en el Prefacio del editor norteamericano, el clásico underground Mi vida secreta *es una obra enorme. Tal como se imprimió originalmente de forma privada para su autor anónimo, consistía en once volúmenes de 380 páginas cada uno aproximadamente. La primera edición pública, preparada por Grove Press (Nueva York) en 1966, utiliza un tamaño de página mucho mayor, pero el texto sigue ocupando unas 2400 páginas recogidas en dos volúmenes y vendidas dentro de una funda por treinta dólares.*

Se consideró necesario resumir el original porque resultaba imposible producir una edición en uno o dos volúmenes que contuviese todo el trabajo en una forma legible y a un precio razonable. Sin embargo, no se han regateado esfuerzos para que el resumen sea lo más representativo posible del texto íntegro. Se incluyen episodios de la infancia y la juventud, de la madurez y de los años posteriores, así como selecciones que reflejan las experiencias del autor en diversos medios sociales y países europeos. Se han mantenido secciones que describen sus relaciones con las tres mujeres más importantes de su vida, así como sus escasas reflexiones sobre el sexo. Por consiguiente, aunque esta edición sea resumida, no por ello debe entenderse como una edición censurada, sino que representa el texto completo todo lo fielmente posible.

El Prefacio del editor norteamericano se incluye aquí tal como apareció originalmente, porque contiene mucha información indispensable para entender Mi vida secreta. *Sin embargo, el lector comprenderá que, cuando describe la edición como «completa» o «integral», no se refiere ni a esta edición, ni a su propia edición abreviada, sino a la antes mencionada.*

Prefacio del editor norteamericano[1]

Mi vida secreta *es una de las autobiografías eróticas más largas que jamás se hayan escrito. Estas Memorias no tienen igual, tanto por la variedad de las experiencias sexuales descritas como por la franqueza del lenguaje empleado. Ni siquiera el casi legendario ejercicio de franqueza y fantasía hecho por Frank Harris*[2] *—que bien puede deber mucho más a* Mi vida secreta *de lo que reconoció jamás— puede rivalizar con ellas.*

A pesar de las considerables elucubraciones producidas en torno a la autoría de esta obra, incluyendo un interesante estudio de G. Legman que lo identifica con el famoso bibliógrafo y coleccionista Victoriano de material erótico, H. Spencer Ashbee, sigue sin descubrirse una prueba concreta de autoría. Sea cual fuere su nombre, era un caballero inglés pudiente que, a juzgar por los datos internos de la propia obra, debió nacer aproximadamente entre 1820 y 1825. Según su relato, tuvo varios hermanos y puede inferirse algo de la opulencia familiar y la posición social por la enumeración de criadas que vivieron en la casa en diversas épocas de la juventud del autor, y también por el hecho de que en un lugar observa que, siendo muchacho, «se le mantuvo cuidadosamente apartado de los mozos de establo y otros criados masculinos». Sin embargo, a medida que el futuro autor se desplazaba desde la niñez a la adolescencia, los destinos de la familia parecen haber tomado un giro negativo. Relata que su padre «se metió en dificultades, nos cambiamos a una casa menor [y] *fui enviado a otra escuela». Poco después, el padre se ausentó de Inglaterra durante un año, quizás a alguna colonia inglesa para intentar compensar su evanescente fortuna, porque el autor se refiere a que necesitaba «administrar algunas plantaciones». Sin embargo, su padre volvió a casa un año después «descorazonado, me han dicho, y enfermo», y, tras dos o tres años murió «casi en la bancarrota». Estas consideraciones monetarias no carecen de influencia sobre el autor y su obra futura, porque la vida por él descrita nunca podría haberla vivido un hombre sin dinero, como tampoco podría haberse compuesto la obra que compuso.*

Cuando murió su padre, el autor, que se llama a sí mismo Walter a lo largo de Mi vida secreta*, tenía dieciséis años. Sin embargo, conforme a la tradición de la verdadera novela victoriana, la amenaza de pobreza, tanto en esta encrucijada de su vida como después, fue alejada por la oportuna intervención de un pariente, o amigo de la familia muy rico, en este caso un padrino, que murió y le legó «una fortuna» cuando tenía veintiún años. El joven Walter logró disipar esta fortuna con asombrosa rapidez hasta para un joven con sus obvios dones para la vida disoluta. Aunque admite haber despilfarrado gran parte de su fortuna con las mujeres, en compañía de un primo igualmente pródigo que compartía sus gustos y escapadas amatorias, gastó aparentemente aún más en juego y en frivolidades, pues afirma enigmáticamente: «de habérmela gastado [la fortuna de su padrino] sólo en mujeres, habría durado mucho más».*

Para cuando estaba en sus 25 años, Walter no tenía un céntimo y se vio obligado una vez más a recurrir a los escasos regalos que su madre se dignaba darle, repitiendo cada vez el vano sermón de que el joven debería enmendar sus caminos. Fue aparentemente en este mismo período —algún momento situado entre los 23 y los 25 años del autor— cuando empezó a registrar sus recuerdos con relatos detallados de sus encuentros eróticos. Ya antes, como otros muchos ingleses de la era victoriana, había «mantenido un diario de algún tipo», pero las anotaciones periódicas que empezó a hacer en la segunda parte de su veintena parecen haber sido el registro inicial de aquellos acontecimientos que acabarían convirtiéndose en Mi vida secreta. *Todos los detalles de la posterior cronología, y los concernientes a los métodos de composición, se exponen en el Prefacio del autor al primer volumen, descripción que puede probablemente aceptarse sin más. Baste aquí decir que —tras proseguir sus esfuerzos por registrar sus experiencias más seriamente durante varios años—, a la larga acabó «harto de ello y cesó». Luego, cuando tenía unos 35 años, encontró a una mujer con cuya ayuda, y con la ayuda de aquellos a quienes ella le presentó, «hizo, dijo, vio y escuchó muy bien todo cuanto un hombre y una mujer pueden hacer con sus genitales». Estas experiencias le impelieron una vez más a comenzar el registro de «los eventos todavía frescos en mi memoria, que cubrían una gran variedad de incidentes a lo largo de cuatro años».*

Cuando no había cumplido hacía mucho los cuarenta, fue alcanzado

por la primera de dos enfermedades no nombradas pero aparentemente graves que le mantuvieron confinado, y durante esta época «me divertí leyendo, preparando y ordenando estas memorias. Me referí a ellas mediante fechas de mi diario y las hice bastante completas en su orden». Dos años después, durante su segunda enfermedad, volvió una vez más al manuscrito, lo releyó, «e incluí algunos acontecimientos que había olvidado, pero que mi diario me permitió situar en el orden adecuado».

El profesor Steven Marcus, en su estudio recientemente publicado sobre lo que él denomina «bajo vientre» de la sociedad victoriana titulado Los otros Victorianos, *comenta juiciosamente los métodos de composición del autor en este punto de su carrera:*

> *«Lo que puede observarse, pues, es que, para cuando el autor hubo alcanzado el punto medio de su carrera como escritor de memorias, había emergido y se había estabilizado un tosco paradigma de método compositivo. Emergió de una serie complicada y regular de intercambios entre notas de diario, notas en forma de descripciones copiosas y episodios plenamente escritos, y puede tipificarse como sigue. El autor tenía una experiencia sexual y hacía una anotación de diario sobre ella. Poco después, la mayoría de las veces unos dos días después, se sentaba y escribía el episodio con todos los detalles que podía recordar. A lo largo de un cierto período de tiempo se acumulaban cantidades de manuscrito y, a intervalos inciertos pero cada vez más frecuentes, el autor releía, reordenaba, seleccionaba, disponía, revisaba, abreviaba, editaba y añadía comentarios marginales a la masa que crecía sin cesar. Cuando el autor se decidió a comprometerse en la impresión, emprendió una última relectura y revisión del manuscrito. Fue en este momento cuando empezó a cambiar nombres y a suprimir fechas y lugares, cuando decidió también cambiar y unificar el tiempo verbal de todo el relato, sustituyendo el presente en el que está escrito gran parte del manuscrito original por el pasado. En el curso de sus relecturas, añadía frecuentemente pasajes de reflexión crítica o ideológica sobre el episodio escrito, sobre sus propias actitudes, sobre cambios que, desde entonces, le habían acontecido; y, durante la relectura y la edición finales, añadió a veces comentarios a los comentarios. A veces, insertó estos comentarios entre corchetes; en otros casos reordenaba todo un pasaje…*
>
> *»Por consiguiente, el texto de* Mi vida secreta *tiene en cierto modo algo de un palimpsesto, especialmente porque el autor no siempre se preocupaba por indicar sus revisiones. Pero debe destacarse además que el autor no siguió este procedimiento con ningún tipo de regularidad, tenacidad de propósito o concepción organizativa. No vaciló en imprimir*

pasajes sin revisar, junturas dislocadas, episodios o aventuras repetitivas. Le importaba poco la consistencia formal o interna, y carecía de interés por la estructura formal. Como la bibliografía de Ashbee [Nota: el señor Marcus se está refiriendo, naturalmente, a la trilogía bibliográfica fabricada por Henry Spencer Ashbee, el hombre que Legman considera como más probable candidato para el autor de Mi vida secreta. *Los tres volúmenes publicados por Ashbee bajo el seudónimo de Pisanus Fraxi son:* Index Librorum Prohibitorum, *notas bio-biblio-icono-gráficas y críticas sobre libros curiosos e infrecuentes (1877);* Centuria Librorum Absconditorum *(1879);* Catena Librorum Tacendorum *(1885)],* Mi vida secreta *no debe considerarse primariamente como un triunfo del intelecto —de la intuición interna configurada por la disciplina y el método— sobre material refractario y sometido a tabú. Pero es algo igualmente interesante, pues nos revela las operaciones y cavilaciones de una mente que durante toda su vida fue poseída por un solo objeto de interés. Nos revela, además, cómo ese interés configuró la mente y la persona que lo poseyó; cómo la mente que estaba poseída intentó a su vez vencer a las fuerzas que la poseían y cómo, durante el período Victoriano, un hombre, que intentó lidiar directamente con los demonios de la sexualidad, vivió, sintió y pensó. En sí mismo eso es, como veremos, triunfo suficiente». [Nota:* The Other Victorians *(Nueva York, Basic Books, 1966), pp. 84-87].*

Fue en este período de la vida del autor —esto es, aproximadamente en 1860— cuando se le ocurrió por primera vez el pensamiento de hacer imprimir privadamente la obra. Según cuenta, estaba entonces desgarrado entre la tentación de quemarla y el deseo de verla impresa. Pero la razón —o el orgullo— prevaleció al final. En su Segundo Prefacio el autor hace notar:

«Sería pecado quemar todo esto, diga lo que diga la sociedad. No es sino un relato de vida humana, quizá la vida cotidiana de miles de personas si pudiera obtenerse la confesión… ¿Debe ser quemado o impreso? ¿Cuántos años habré pasado en esta indecisión?, ¿por qué temer?, si lo preservo es para bien de los demás y no para el mío propio».

El hecho fue que debieron pasar más de veinte años —de esta indecisión— antes de que Mi vida secreta *pasase de un «manuscrito inmanejable» a un voluminoso libro. Hacia 1882, el autor llamó a un impresor de literatura erótica muy conocido para que fuera de Amsterdam a Inglaterra y discutiesen los términos posibles y las*

condiciones para imprimir la obra. El autor había determinado que sólo debían imprimirse seis copias y que los plomos de tipografía deberían ser entonces destruidos. El precio que se convino fue probablemente cien guineas por volumen, dado que el coste total fueron mil cien guineas y hubo once volúmenes. Por los diversos errores e incoherencias que hay de un volumen al siguiente queda probado que los diferentes volúmenes fueron preparados por distintos linotipistas, probablemente a lo largo de varios años. Según Legman y otros, hasta 1894 no se completó finalmente el volumen once, con su extraordinario y quizás único índice. Para entonces, el autor debía estar al final de la década de los sesenta o a mitad de la de los setenta; eso depende de la fecha de nacimiento exacta que le asignemos.

La descripción que hace el profesor Marcus de esta edición de Amsterdam merece citarse:

> «Mi vida secreta consiste en once volúmenes uniformes con un total de 4200 páginas aproximadamente. Está en octavo menor e impresa en papel hecho a mano. La portadilla de cada volumen lleva el pie "Amsterdam, no para ser publicado". No hay fecha, pero podemos tener la seguridad, sin equivocarnos demasiado, de que fue impresa en un período en el que el año 1890 puede figurar como fecha intermedia… El manuscrito parece haber sido presentado al impresor en entregas de gran tamaño, y éste, tras componerlas, pasaba los volúmenes impresos al autor recibiendo a cambio manuscrito adicional». [Nota: Marcus, op. Cit., p. 82].

Esto en cuanto a los datos históricos, o en cuanto a los datos hoy disponibles sobre el propio autor, los detalles de composición de la obra y los métodos y fechas de su impresión en seis copias.

¿Qué hay de la propia obra? ¿Cuál es su valor? ¿Es literatura? ¿Es historia social? ¿Es simplemente un documento humano revelador? ¿Es una autobiografía auténtica, un intento por retratar la verdad vivida por el autor, o acaso contiene partes y quizás incluso partes generosas de fantasía y autoafirmación?

A pesar de las limitaciones y crudezas del estilo del autor, nos sorprende constantemente cierta frescura en el modo de escribir; nos impresiona una escena tras otra que llegan como retratos auténticos y no sentimentalizados, como retratos vivos e inolvidables. Los críticos, si quieren, pueden ensañarse con la torpeza estilística que jalona la obra

desde principio a fin. Pero, como hace notar el autor en su Prefacio, «esto pretende ser una historia verdadera, no una mentira», y, a lo largo de todo el libro, están presentes el anillo de la verdad y el de la autenticidad hasta un grado que a menudo falta en obras con mayor mérito literario. No puede haber dudas en cuanto a que Mi vida secreta *es, como declara el profesor Marcus, «un documento único… el documento de su clase más importante sobre la Inglaterra victoriana». [Nota: Ibid., p. 97].*

Considerándolo como valioso trabajo de historia social por las visiones profundas que puede proporcionarnos de los métodos y costumbres de una era específica, el señor Marcus tiene lo siguiente que decir:

> *«Siendo, pues, simple historia social, los hechos y detalles de* Mi vida secreta *son interesantes y útiles y no puede haber discusión en cuanto a que debiéramos conocerlos. Contribuyen a aumentar y densificar nuestra comprensión de la realidad victoriana, y la desplazan hacia delante en la dirección que ha tomado buena parte de la moderna investigación histórica… Nos muestra que en y sobre el mundo de la Inglaterra victoriana tal como lo conocemos —tal como tendía a representarse a sí mismo por sí mismo— se desarrollaba una vida social real y secreta, la clandestina vida de la sexualidad. Todos los días, en todas partes, las gentes se veían, se encontraban, se unían y volvían a separarse. Y, aunque sea cierto que los victorianos no podían ignorar esto, casi nadie informaba sobre ello; la historia social de sus propias experiencias sexuales no formaba parte de la conciencia oficial que los victorianos tenían de sí mismos o de su sociedad». [Nota: Ibid., pp. 102-103].*

Uno de los aspectos más interesantes de Mi vida secreta *es el modo como relata y añade una nueva dimensión a la novela victoriana. «Su material», dice Marcus, «incide directamente tanto sobre las preocupaciones e intereses de los grandes novelistas victorianos como sobre sus modos de representar tales intereses… Aumenta considerablemente nuestra comprensión de la novela victoriana el hecho de que la contrastemos con escenas como las que se representan en* Mi vida secreta*, siempre que comprendamos que los novelistas victorianos eran conscientes de tales escenas y que su gran proyecto, tomado como un todo, se dirigía dialécticamente contra lo que significaban esas escenas. No hay duda de que las normas victorianas de censura tuvieron un efecto gravemente limitador en el horizonte de la novela». [Ibid., pp.*

103-109]. En una fascinante sección de Los otros Victorianos*, el profesor Marcus llega a citar pasajes paralelos a grandes rasgos de* Mi vida secreta *y Dickens, por ejemplo, mostrando las semejanzas de tema y demostrando cómo uno complementa al otro.*

En la mayoría de las memorias, y especialmente en aquéllas donde se destaca sobre todo la sinceridad, como acontece en esta obra o en la de Frank Harris, Mi vida y amores*, la diferencia entre hecho y fantasía es a menudo extremadamente difícil y tenue. Marcus, que ha estudiado la obra más de cerca que ningún otro investigador contemporáneo, hace notar:*

«Una obra como Mi vida secreta*, cae dentro del horizonte de la afirmación de G. M. Young de que "el tema real y central de la Historia no es lo que aconteció, sino lo que sintió la gente acerca de ello cuando estaba aconteciendo". Es decir,* Mi vida secreta *es importante en virtud de su autenticidad. Es el registro auténtico de lo que un hombre percibió, sintió, vio, creyó y quiso creer». [Ibid., p. 111].*

Marcus cree que una prueba clara de la autenticidad de la obra es el hecho de que contiene ciertas distorsiones y está a menudo informada por una ignorancia típicamente victoriana sobre ciertos temas, especialmente en materia sexual. Tampoco importa esencialmente, en su opinión, que se infiltren ocasionalmente la fantasía y la falsedad, o incluso más que ocasionalmente:

> *«¿Hasta qué punto, pues, queda dañada la credibilidad del relato del autor por tales distorsiones, fantasías y falsedades? La respuesta a esta pregunta es evidente. Su credibilidad no se ve dañada en lo más mínimo; de hecho, sucede todo lo contrario. Son una parte importante de su autenticidad, una autenticidad subjetiva, histórica y profundamente condicionada que es considerablemente más compleja, interesante y problemática que una autenticidad confinada por ella misma al mero "hecho". Debiéramos recordar que estas fantasías son también hechos. E incluso, aunque se probase que los once volúmenes de* Mi vida secreta *no eran sino fantasía, tal descubrimiento —en este contexto— no alteraría radicalmente las circunstancias o nuestra actitud hacia ellas… Puesto que se ha demostrado que, al entrar en materias vinculadas con la experiencia sexual, siempre hay una mezcla de hecho y fantasía, que las fantasías son, cuando menos, tan importantes como los "hechos", y que tienen tanto o más significados que ellos, en nuestro examen de esos documentos debiéramos respetar tanto sus errores y falsificaciones como aquellas partes del relato que parecen haber acontecido realmente, en el*

sentido habitual de la expresión». [Nota: Ibid., pp. 113-14].

En una recensión reciente del libro Los otros Victorianos *del profesor Marcus, el crítico Robert Phelps se refiere a «la larga sección central que describe el documento de su clase más importante sobre la Inglaterra victoriana». Dice:*

> *«Esta es la biografía casi legendaria conocida como* Mi vida secreta… *Es el otro lado de la novela victoriana, lo que Dickens y Meredith, George Eliot y Thomas Hardy se vieron obligados a dejar fuera. Y aunque sólo fuese por esta razón (aunque en los pasajes citados por Marcus es inmensamente legible por sí misma), debiera publicarse lo antes posible». [Nota: Book Find News, n.º 357 (publicado por Basic Books)].*

Parece que de las seis copias de la impresión original y privada hecha por el autor sólo subsisten hoy tres. Una de ellas se encuentra en el Instituto Kinsey, otra en posesión del Museo Británico y una tercera en una colección privada en Europa. La presente edición se extrajo de la tercera de estas copias conocidas. Naturalmente, hay discusiones académicas en cuanto al tamaño de la impresión original. Legman pretende que el impresor hizo indudablemente copias adicionales y que subsisten hoy más de tres. Por otra parte, Marcus mantiene que las tres copias antes enumeradas existen, y que son efectivamente las únicas copias subsistentes conocidas; sin embargo, es cierto que el autor nunca autorizó la venta de la obra.

Preparando la publicación de este libro, los editores se han esforzado por desviarse lo menos posible del original. Gran número de errores rotundos —todos obvios y debidos claramente a las circunstancias de composición de la obra, por linotipistas que sabían poco o nada de inglés y cuyo trabajo no parece haber pasado por correctores de pruebas— se han corregido. Los numerosos lapsus gramaticales del autor, los errores y las incoherencias de todo tipo no se han corregido, por lo general, salvo cuando tendían a hacer indebidamente ambiguo u oscuro el significado del autor. En la edición original, el Cuadro de Materias que precede a cada volumen fue repetido al final del volumen once, tras el índice; en esta edición se ha omitido tal duplicación. A fin de preservar la autenticidad de un documento de gran importancia que hasta ahora sólo era asequible para muy escasos investigadores, parecía lo mejor

hacer los mínimos cambios posibles.

Debiera indicarse también que se ha incluido el índice completo aparecido en la parte final del volumen once, pero que se han modificado las diferencias de página para referirse a la paginación de la presente edición.

Introducción

> «Todos los afectos humanos se generan mediante el acto de la copulación y sus preliminares [...]. Las parejas bendecidas con imaginación llevan el acto de joder a una altura intelectual, haciendo que, en su sensual elevación etérea, la lujuria y el amor se conviertan en un delirio poético».

Estas palabras son de un victoriano que poco antes de comenzar el siglo, ya senecto, hizo imprimir a su costa seis ejemplares de una autobiografía en once volúmenes titulada Mi vida secreta. *En ella, además de ofrecerse un cuadro extremadamente rico de la época, detenida y casuísticamente se relatan encuentros completos con unas mil doscientas mujeres y escarceos con otras tantas. El dato habla por sí solo. Teniendo en cuenta que el ejercicio de la sexualidad en condiciones plenas viene a ocupar unos cuarenta años de la vida, el récord de este* gentleman *viene a representar una mujer nueva cada cinco días, esto es, una media de seis al mes. El caballero era pudiente, viajó por toda la tierra, y, con certeza, vivió casi exclusivamente para el sexo. O, por lo menos, sólo esa parte de su vida decidió narrar. No se crea, sin embargo, que forjó la cifra evitando más de un encuentro con cada mujer, movido por algún tipo de impulso donjuanista a penetrar y marcharse rápidamente. Nada de eso. Walter —pues así se bautiza en el relato— procura siempre prolongar sus relaciones todo lo posible, y por renovarlas, cuando han sido satisfactorias. Como era casado, además, la cantidad de coitos que celebró debe andar próxima a los 30 000 o 40 000, pues era raro que se despidiese de una de las mujeres nuevas o de alguna de las antiguas más queridas sin copular al menos dos veces.*

Con todo, su relato no mueve a duda. Al contrario, destila inusitada franqueza y un meticuloso afán de verdad. De hecho, tampoco cuenta proezas sobrehumanas. Dadas las situaciones, parece bien posible que la mayoría de los hombres hiciese lo mismo, o hasta más. Lo portentoso es la capacidad de caza de Walter, su tenaz expedición cotidiana en busca

de ocasiones, y el corazón que pone en perseguirlas hasta el final. Lo portentoso es la sinceridad y continuidad de su deseo. Nunca alardea en la línea de los sementales locuaces, ni dice que en tal ciudad tuvo tantas o cuantas mujeres; en realidad, ni siquiera piensa gustar especialmente al otro sexo. Considera —quizá con razón— que su ingente experiencia erótica es el resultado de consentirse sin hipocresía su propia lujuria. Este sentimiento, bien social y universal, es en él pasión omnipotente y al mismo tiempo controlada hasta el sigilo y la exactitud, cosa imposible cuando el sentimiento no cuenta con el apoyo de la conciencia. Aunque parezca absurdo, tras amar en números a un regimiento largo, quien lea esta autobiografía no se sorprenderá cuando Walter diga:

> *«No pretendo pasar por un Hércules en la copulación. Hay sobrados fanfarrones en este campo, pero muchas charlas con médicos y mujeres de la vida me hacen poner en duda las maravillosas hazañas que algunos hombres disfrutan atribuyéndose».*

Entonces, ¿quién es este sujeto? Todo cuanto cabe saber —y es bastante— se encuentra en sus memorias eróticas. Ya se cuidó él muy bien de borrar cualquier pista segura en cuanto a su identidad civil. Un testimonio antiguo, de librero parisino que lo oyó de otro, le presenta como capitán de barco. Elucubraciones recientes le suponen un conocido bibliófilo y potentado.

Pero su obra escrita, que se presenta expresamente como «simple relato de hechos y no análisis psicológico», es un pozo insondable de psicología.

Retrato del libertino

Walter; que se considera un humilde servidor de la Naturaleza, llama «natural» a todo aquello que alguien hace movido por un impulso interno. No es tan explícitamente filosófico como otros cultivadores del género, pero no por eso deja de filosofar aquí y allá.

Lo primero que sorprende en él es una especie de conformismo o templanza con respecto a las controversias ideológicas. Rara avis *en el terreno de los escribas, Walter no parece antinada; no hace cruzadas a favor o en contra de la Madre Iglesia, no desprecia el pudor ni la*

impudicia (goza de las púdicas por púdicas y de las impúdicas por eso mismo), no sermonea en ningún momento y no se exaspera contra mojigatos o libertinos. A veces, eso sí, se pone bastante reiterativo. Por lo demás, esas veces coinciden casi siempre con los momentos en que no narra acciones sino reflexiones.

El lema de Walter: mi cuerpo es mío. Entiende que, si no pidió nacer, y no va a poder fijar el momento de su muerte, salvo recurriendo a la violencia del suicidio, lo que hay entre medias queda librado a él. Y lo que a él le gusta es el sexo. También goza el confort, comer y beber bien, los viajes, alguna lectura ocasional, vestir apropiadamente… Pero nada le fascina y agita como «lo relacionado con joder». Creencias religiosas no tiene, aunque tampoco sea un ateo militante y profese un vago deísmo al estilo inglés clásico. Padece a regañadientes prejuicios machistas que enturbian el eficaz cumplimiento de unas pocas calenturas homosexuales, y los llama «prejuicios» él mismo cuando le inhiben una erección o una eyaculación. No es un intelectual que rechace los ideales de su tiempo (y de casi todos) en cuanto a familia, posición, negocios y seguridad; pero tampoco los sirve allí donde recortan su autonomía. Cuando su gusanillo de la conciencia irrumpe a veces con autorreproches, el yo de Walter es fuerte, y se absuelve una y otra vez de la culpa.

Bien mirado, este hombre se parece bastante al occidental contemporáneo medio, salvo por el hecho de que no está intentando adecuarse al estereotipo de hombre de mundo, conquistador o playboy que se difunde con la ruina del ideal represivo cristiano. La infatigable jornada de caza que ocupa su vida no ha sido sugerida leyendo editoriales de Penthouse *o el consultorio de* Lib. *Hoy el éxito sexual es vehículo de conformidad social; en el Londres de la Reina Victoria, el éxito sexual —amenazado por venéreas, policías y furibundos familiares — era vehículo casi inevitablemente celular. Sólo atendiendo a esta diferencia abismal en la actitud «pública» puede calibrarse hasta qué punto Walter se anticipa a su época. Por estas fechas, se publicaba ya la revista clandestina «The Pearl», y había en el mercado abundantes novelones anónimos verdísimos, pero el erotismo de Walter tiene una cualidad realista inconfundible. Emplea la imaginación mientras fornica, dejando que el relato lo haga sólo la memoria. El contemporáneo y conciudadano suyo que de 1863 a 1866 publica anónimamente los cuatro volúmenes de* La novela de la lujuria[3] *es, en comparación con*

él, un farsante y un utópico. Este libro —como tantos otros escritos y no vividos desde entonces hasta hoy— comete el error fatal de creer que el lector va a verse más conmovido con relatos de encuentros perfectos. Es el tipo de pornografía comercial, toscamente proselitista, en la que sucede siempre lo mejor, de la mejor manera y al gusto de todos. Allí, como diría Hegel (si se hubiese ocupado de temas semejantes), lo negativo no es superado sino apartado.

Es Walter probablemente quien descubre por primera vez el valor erótico de narrar todo, el valor del prosaísmo sin idealizaciones. Su autobiografía está llena de rechazos, raptos de impotencia, trances histéricos, cansancios, tedios e infortunios. Por eso y por la atención al detalle concreto es un testimonio creíble y muchas veces conmovedor. Vistas las luchas y esperas que Mi vida secreta describe, los resultados eróticos muchas veces pródigos se acercan como cosas de carne y hueso cuya experiencia puede comunicarse provechosamente al lector.

Walter es un obseso sexual, un sujeto que piensa constantemente en lances eróticos, pero no es un saqueador de honras como Don Juan, ni un trepador vanidoso como Casanova. No está vengándose de nada con las mujeres, no se está tampoco sirviendo de ellas para otros fines. Cuenta que se esforzó varias veces muy arduamente en ser fiel a una sola, sin conseguirlo nunca. La monogamia le atrae con fuerza, y la causa de sus inevitables infidelidades es un irrefrenable gusto por la novedad, la anticipación de posibles placeres nunca antes disfrutados.

«Ain't we beasts?», dice la prodigiosa H*l*n —protegida en su anonimato por los asteriscos— tras alguna fantasía lasciva consumada hasta el orgasmo. «No», protesta Walter, «bestias son los idiotas que piensan bestial todo excepto meter una picha en un coño, cosa únicamente practicada por los animales y por ellos». A su modo de ver, ella y él son creadores, artistas de la imaginación y el cuerpo. Aunque H*l*n parezca convencida, horas o días más tarde exclamará lo mismo. Sólo mirando la sonrisa en sus encantadores labios comprenderá él que nunca lo dijo sin ironía.

Estamos en el Londres de 1850. Cuatro años antes se ha estrenado en otra parte Don Juan Tenorio. Hace menos de treinta, se han publicado las memorias de Casanova. El autor de Mi vida secreta tiene veintitantos años. Lleva ya varios registrando en diarios sus andanzas amatorias de modo ocasional. Es la época del maquinismo, del auge en la explotación de las colonias ultramarinas; Inglaterra está en acelerada

expansión todavía. Su centro es una urbe gigantesca donde pululan centenares de miles de muchachas y mujeres bellas. Algunas de las zorras astutas y mejor nacidas tienen dinero; la mayoría vive bajo la amenaza del hambre. Y es milagroso lo que puede entonces el dinero. «Te daré un soberano», «mira este chelín», «llegaré hasta tres libras», «no te preocupes por los gastos»… Walter aprende pronto a manejar matizadamente los resortes de su renta anual. Hay hambre y frío en serio, las clases guardan distancias siderales. El caballero puede por eso condescender sin peligro para su estatuto. «Oh, don't, Sir, hurt me so, ah»*, dice una sirvienta —que está siendo seducida/forzada— en el momento de la penetración. Ese «Sir» dirigido al impetuoso joven es el hispánico «señorito», que tanto han mimado las clases menos favorecidas de este país a través de sus hijas sirvientas.*

El poder mágico del dinero entre pobres y lacayos es quizá lo que desequilibra el destino de moderación previsible en un espíritu con las demás características del de Walter. Si no hubiese sido rico, habría tenido que conformarse con una décima parte o menos de sus mujeres, y teniendo que conformarse con una experiencia más vulgar quizá ni se hubiera extremado en la caza de vaginas, ni habría llegado a escribir su documento. Por entonces, aún las golfas más caras estaban al alcance de su bolsillo, y además existía el ejército de doncellas, modistillas obreras, zorritas, lavanderas, viudas y chicas del campo acosadas por el espectro de la miseria. Walter intentará atender adecuadamente a todas. No lo hace por jactarse, ni como aspirante a proxeneta, sino por el placer que ello le reporta. Tras su primera —y caudalosa— experiencia con Charlotte, que también era virgen, Walter descubre un universo hasta entonces sólo presentido entre amenazas de pesadilla. A partir de entonces, su sensualidad y su posición social le permiten abrir miles de muslos. Londres es para él como Disneylandia para un niño; camina por la calle deteniéndose para fornicar aquí un poco, tocar otro poco más allá, besar a la repartidora de la frutería, pagar a una zorra para que deje a un marino borracho hacérsela, etc. Paradise now. *Y —al igual que el niño— recibe unas veces cachetes y otras besos, sin que nada pueda agotar su curiosidad o traer a la mente los deberes escolares.*

En línea con los libertinos de su tiempo, Walter considera que el camino hacia la beatitud tiene como punto de partida genitales bien

dispuestos. No conoce deleites superiores a los de la lujuria sin frustrar. Ése es el premio o cebo que la vida exhibe ante el viviente. Todas las demás satisfacciones son tibias, insípidas o tóxicas (él mismo menciona bajo este título las drogas, el juego y la ambición de poder) comparadas con la intensidad y salud del goce sexual. Los mínimos para una existencia vivible son unos duros que gastar, una protección frente a los congéneres puritanos y no caer presa de alguna enfermedad. Esas cosas se las debe todo hombre. Pero, más allá de esos mínimos, la gana debe suplir punto por punto a la obligación; como alternativas vitales no hay sino gozar mucho, poco o nada con uno mismo y el mundo, cosas sinónimas —para una ética, para la suya— de buen juicio, poco juicio e idiocia respectivamente. Los tullidos congénitos y algunos enfermos, que en la época se llamaban de los nervios, son meras excepciones al principio general de que nacemos capaces para los juegos lascivos y las demás satisfacciones sexuales. En todo caso, vivir insatisfecho es peor que no haber nacido.

Pero la búsqueda del placer ha de regirse por la moderación a pesar de su propia desmesura. Fiel a Epicuro, persigue satisfacerse regido por un cálculo de pros y contras. Saltará sobre la costurera tan pronto como deje de trabajar para su mujer y abandone la casa; no quiere líos con la servidumbre y puede esperar en brazos de otras, de ello se ha asegurado muy bien. Aunque haya poseído a tantas mujeres, no es un sujeto dominado ciegamente por la pasión, olvidadizo de la máxima hedonista que recomienda no perseguir placeres capaces de suscitar aflicciones superiores a ellos. Walter es un hombre de pasiones frías y, por eso mismo, insaciables. Algunas veces, su lujuria le deja expuesto a situaciones humillantes, a veces corre el peligro de quedar en ridículo, o delinquir contra la moral y las buenas costumbres. Pero esas situaciones las salva, o procura salvarlas, con los recursos del cazador, usando ampliamente premeditación, astucia, experiencia y aplomo.

El verdadero peligro en un individuo con gustos tan perfilados como Walter era caer presa de su presa y máxima fuente de placer, las mujeres, desarrollando de alguna forma su destino erótico en la línea masoquista de la novela rusa o el folletín francés, con grandes pasiones moralizantes y mucho melodrama. Pero ese escollo lo esquiva limpiamente. Walter no sucumbe a la tentación del pelele, el pantin,

simplemente porque no se enamora al modo usual. Con las mujeres y los escasos hombres de su vida, conversa y copula; procura evitar cualquier complicación emocional, y parece desconocer por completo esa modalidad del temor que son los celos. No hay duda alguna de que la señorita de compañía Charlotte, la doncella Lucy, la adúltera Sarah Mavis y la hetaira Helen, por ejemplo, fueron amadas por él con singular intensidad, como prueban las encendidas descripciones de sus encantos, el relato de sus goces con ellas y hasta los cuidados extrasexuales que les prodigó. Sin embargo, ni siquiera en esos casos hay el más leve asomo de posesividad o de obnubilación mental. Walter es un diálogo permanente de la razón con la picha; la segunda impele y consuma, la primera pone los medios para cumplir los deseos. Lo insólito —dada la época— es que ese diálogo rara vez desemboca en disputa, sino que frialdad cerebral y calentura lúbrica son en este hombre dimensiones complementarias. Las escasas excepciones se refieren siempre a actos «perversos» (?), como la primera vez que practica el coito anal con una mujer; o las veces que palpa a un hombre. A modo de ilustración, entre otras muchas, puede servir su conducta con la mujer llamada Helen, a quien frecuentó más de diez años y de quien dice que fue la más perfecta belleza y la más voluptuosa amante de toda su vida. Acaba de copular por primera vez con ella y dice haber sentido «al instante amor y lujuria», así como «el deseo de abrirle el corazón». Helen pide entonces como estipendio cinco libras (cantidad enorme para la época), y Walter entrega lo que lleva, prometiendo traer el resto al día siguiente, lamentándose de no haber sido informado de antemano sobre precios. La descripción de su conducta ulterior es esclarecedora:

> *«Me vacié de cuerpo y alma en ella. Ella escuchó y parecía disgustada. No me tenía aprecio. Y tampoco me creía. Dos días después, le llevé el dinero prometido; ella no lo esperaba, y se dignó entonces preguntar si iba a verme de nuevo. No. Era demasiado cara para mí. "Está bien", contestó ella muy compuesta, y nos separamos. Al arrancarme de ella, mi corazón se dolió por ver otra vez esa bella forma, por ver, besar, chupar y joder ese delicioso coño, por darle placer a* ella *si me era posible. Aunque la vi después en los cuartos del Argyle (e incluso fui para verla allí), me resistí. Me ayudaba la creencia de que le disgustaba, no sabía por qué, y pasó un año antes de que abrazase otra vez sus encantos».*

Walter era un hombre de recursos sobrados para permitirse de vez en cuando incluso *ese precio, y la imagen de la prostituta le acompañó sin tregua desde entonces. Si era —como parece más que evidente— un maníaco sexual obsesionado con la concupiscencia, ¿por qué se abstuvo de volver todo un año? No obstante, su texto es bien claro. En un platillo de la balanza estaba la golfa espléndida, sueño cumplido de sus fantasías más exigentes, cuerpo amado y deseado ya a primera vista. En el otro, había un precio excesivo y una falta de aprecio por parte de la mujer. Apartando la tentación masoquista, Walter no duda un instante: pesa más lo negativo, mejor esperar. Pero sólo puede esperar aquel que en el fuego de sus pasiones permanece sereno, el que quiere reciprocidad y no se conforma con cualquier cosa, el hombre libre. La forma que tiene de amar el autor de* Mi vida secreta *es sorprendentemente afín a un consejo de Lucrecio:*

«Así, cuando un hombre es atravesado por los dardos de Venus, lanzados por un doncel con miembros femeninos o por una mujer que irradia amor desde todo su cuerpo, se esfuerza en llegar a la fuente de la herida y anhela quedar unido a ella y transmitir algo de su propia sustancia de cuerpo a cuerpo. Esto es, pues, lo que llamamos Venus, el origen de la cosa llamada Amor. Pero no se piense que, evitando grandes pasiones, nos estamos perdiendo los deleites de Venus. Al contrario, se cosechan así los beneficios que no incluyen penalidad en sí mismos. Estate seguro de que este placer es disfrutado en una forma más pura por los sanos que por los enfermos de amor».

Erotismo y muerte

Las ideas de Walter, que hoy son moneda común en las sociedades de consumo, emergen de una actitud bien sólida y tenaz, aunque sepultada durante milenios. Esta actitud podría enunciarse con una ecuación:

> *Coste de la vida-Esfuerzo.*
> *Recompensa de la vida-Sensación.*

Spinoza decía que todo ente físico era un conatus, *o esfuerzo, por perseverar en su existencia y que, si este destino no se viera perturbado*

por agentes exteriores, cada ente se mantendría eternamente. Pero el mundo no está habitado por una sola cosa y, habiendo tantas, los conatos se interfieren necesariamente. Esto es claro de modo muy especial en la llamada biosfera, donde la «perseveración» de un organismo implica a cada segundo que se imponga a innumerables otros y corte la vocación de éstos a una existencia eterna (so pena de quedar él cortado de manera fulminante). Como hay la multiplicidad, los esfuerzos o seres se atropellan y la vida es una lucha sin posible cuartel. Semejante estado de cosas —que los microscopios no han hecho sino confirmar en niveles remotos para la sensibilidad— es el viejo Pólemos, el Conflicto, de quien Heráclito decía que era señor de todas las cosas, ley universal, y es también lo que Epicuro llamaba «lote» del viviente.

En esta guerra —mientras algo no altere la estructura de la vida como sistema metabólico—, hay variados lances, victorias parciales, derrotas parciales, fugas y, al término, el episodio inefable de la muerte. Para unos será victoria definitiva, para otros derrota no menos definitiva; eso depende del calificativo que merezca la vida vivida actualmente. En ambos *casos, el Conflicto no lograría mantener sus miríadas de legionarios tan estimulados y prestos a correr con el esfuerzo de vivir, si la existencia fuese sólo eso, conato compulsivo. Jalonando el esfuerzo, está lo otro, lo sin lucha, que no puede ser sino el espectáculo interno/externo, la sensación en sus mil formas, ese sentido que es la presencia y esa presencia que es el sentido.*

Desde luego, lo que se siente es la operación embozada o desembozada del Conflicto, pero no sólo eso. La Sensación enjuicia el Esfuerzo; eso son los ánimos, que se gradúan desde el extremo dolor al extremo placer. Son nuestros y no lo son; cada hombre es una combinación peculiar de ellos, una determinada mezcla de tonos vitales y, con todo, ¿quién osaría decir que ira, serenidad, lujuria y los demás ánimos básicos son algo particular o específico suyo? Lo particular es la proporción alcanzada en cada cuerpo, no los ingredientes. Éstos parecen impersonales, por más que su combinatoria determine en cada caso la personalidad.

Para poner un cierto orden en esa mezcla de ánimos, parece tener el hombre entendimiento y voluntad. Pero ese orden es inevitablemente limitado; todo cuanto está en manos de la voluntad-entendimiento es conservar un relativo control del movimiento corporal. Los ánimos no puede decidirlos a su arbitrio. Como mucho podrá estorbar o propiciar

ciertas emociones decidiendo la posición espacial del cuerpo. No pudiendo fundar ese trono de las emociones que es la Sensación, la voluntad ha de limitarse a reprimir o a estimular lo ya nacido sin su concurso; y la represión o el estímulo no son tampoco actos enteramente libres, porque los ánimos llevan en sí y sobre sí una valoración inmediata e ineludible: gustan o disgustan.

Lo que Walter tiene de un pagano, y al mismo tiempo de un postcristiano, es su actitud ante el dolor. Sabe que el precio de la vida es el Esfuerzo, la sumisión al Conflicto en sus variados niveles. Sabe también que su premio es la Sensación y, dentro de ella, la sensación placentera. Placer no es ninguna entelequia que flote por encima del Conflicto, o que esté antes o después de la vida. Placer es el esfuerzo sin dolor, tal como dolor es el esfuerzo sin placer. Obsérvese que ambos extremos de la Sensación tienen una utilidad. Gracias al placer, el viviente conoce la alegría, y gracias a la alegría cobra y recobra fuerzas para seguir viviendo, con lo cual el placer sirve a la vez al viviente y a la Vida. El dolor, por su parte, sirve obviamente al esfuerzo en cuanto espolea; sin dolor nos quemaríamos, golpearíamos y envenenaríamos apaciblemente y no consumiríamos afondo el conatus individual y duraríamos menos de lo materialmente posible, cosa contraria a los intereses del sistema total o Vida, cuya divisa es pleno rendimiento en cada parte del mecanismo. Sin dolor nos perderíamos en la Sensación, descuidando el coste de la vida.

Si Walter se adelanta al espíritu de su tiempo es porque no toma en cuenta los intereses del dolor. Cuando algo duele, es malo, y punto. Un destino tan nítido como el suyo muestra las consecuencias de no reprimir un ánimo (Lascivia). Reprimirlo sería dolor —lleno de justificaciones morales, sociales, económicas, etc.—, y darle rienda suelta es fuente de goce. Como él sólo se debe la vida a sí mismo, montará sus actos alrededor de la sensación placentera y rehuirá en lo posible todo esfuerzo doloroso.

He ahí un impío que no hace ostentación.

Occidente lleva dos mil años soslayando el fenómeno del dolor. Como se recordará, Buda lo consideraba a un tiempo inútil e ineludible; sabio es para el budismo quien más logre evitarlo. Cristo, en cambio, lo consideró vía de salvación y consecuencia de un pecado que pudo no acontecer. Para Buda y, más tarde, para Epicuro, el dolor es una perturbación esencial a suprimir sin condiciones ni contemplaciones

(diferirán en el modo de mejor conseguirlo, pero ninguno participará del «creced y multiplicaos» que sostiene al Conflicto, ninguno tomará en cuenta los intereses del dolor, porque ambos están interesados primariamente en salvarse de él, esto es: no en que haya mucha *vida, sino* buena *vida, o bien nada). Para el desarrollismo judeocristiano, el dolor es valioso, engendra mérito.*

Mas de la idea que nos hagamos del dolor depende la idea que nos haremos de la sensación. Si el dolor es en algún aspecto positivo, su contrario, o placer, tendrá algún aspecto negativo. Si el dolor no es lo malo, habrá tantos placeres malos como dolores buenos. Pero, si hay placeres malos, la Sensación no será enteramente premio. El premio será otra cosa (cielo, fama, etc.), o faltará sencillamente, con lo cual queda alterada la ecuación coste-recompensa. Y Walter viene a negarse a ello, a reafirmar desde su experiencia vivida de una «obsesión» o «vicio» que la sensación y su recuerdo es toda ella premio, sacro cebo sin más amenazas que el dolor y el sabotaje de la represión. Así, indirecta, pero categóricamente, declara amar la (su) vida, tener motivos bastantes para vivirla tal como es, con todas sus limitaciones y engorros pero con todos sus azares y goces. «Sabio», decía hace poco Eugenio Trías, «es quien ha logrado mantenerse supremamente fiel a un objeto amado». En el caso de Walter, el regocijo de su fidelidad a la lujuria ni siquiera se paga con una amargura posterior, no es un placer de posos ácidos como el que Manrique nombra al decir que «después de acordado da dolor». El libertino escribe porque le gusta recordar; porque revive al hacerlo los episodios.

De antiguo se ha destacado la conexión entre sexualidad y sentimiento de la muerte. Eros se empareja con Thánatos en buena parte del erotismo occidental desde el marqués de Sade, y Freud vino a justificar teóricamente este maridaje. En el Prólogo a su Madame Edwarda[4]*, Georges Bataille hace largos comentarios de singular hondura sobre la cuestión. Según él, goce y horror son coincidentes en sus manifestaciones extremas; según él, no es posible llegar al éxtasis sino desde la perspectiva de la muerte, «porque las imágenes que excitan el deseo o provocan el espasmo* […] *tienen a la vista el horror y la muerte». El asunto merece un análisis reposado, pero —a mi entender— todas las conexiones positivas del ánimo lascivo con lo nauseabundo, lo muerto, la muerte, el dolor, el ridículo, lo prohibido y lo excremental son reacciones conscientes o no a los milenios de educación represiva*

impuesta por el cristianismo, esto es: cristianismo. Para un extraño pagano como Walter, una concepción como la de Sade o Bataille le parecería consecuencia de dificultades para ligar, copular o eyacular unidas a fuertes sentimientos de culpa. A él le atraen de un cuerpo la salud y la fuerza, la carne firme y la alegría de vivir. Habría vomitado viendo el «Satiricón» de Fellini y probablemente pegaría a quien le invitase a una orgía con cadáveres.

Equilibrado lo arduo de vivir con el trofeo del placer sensual, la muerte no es para Walter un fantasma que invoque a la angustia como modo auténtico de ser, en la línea del existencialismo moderno. No forma parte para él ni del coste ni de la recompensa aparejada a la vida. Será un alivio si llega con ocasión de una agonía dolorosa; será una cesación del placer si ocurre durante un orgasmo. En todo caso, no es para Walter un asunto de su incumbencia. Cuando ella llegue, él *no será. Mientras él sea, no será* ella. *Una vez muerto, como dice Lucrecio, «nada podrá incitar sus sentidos, aunque la tierra se funda con el mar y el mar se funda con el cielo».*

La falta de angustia vital en esta vida de caza por el país de la concupiscencia no significa, con todo, que la muerte se vele o sepulte en pasatiempos. Es, sin duda, la certeza de la muerte, como plazo limitado para gozar la Sensación, el motor que genera la ingente promiscuidad de Walter. Consintiéndose su placer; protegido por su posición social, este caballero hace el amor en vez de la guerra. Pero la muerte espera, y no puede por eso ni dejarse coger por alguna mujer para siempre ni conformarse él con nada específico. Ha de actuar su potencia, ha de aproximarse cuanto pueda a la totalidad de su poderío. La muerte le obliga a no detenerse, a correr su maratón de vaginas y gemidos con la misma mortal seriedad que mueve a una vocación.

Esto nos lleva al núcleo trágico del libertino. La brevedad de la vida es el aguijón. Saturados de propaganda religiosa disfrazada de higiene, los hombres temían cosas terribles del sexo. Si cogían unas purgaciones, había pocos recursos para evitar una dolorosa cronicidad. Si contraían sífilis, morirían sin remedio tras largas y penosas agonías. Los consejos del padrino y mecenas de Walter en su adolescencia empezaban advirtiéndole los peligros de la masturbación (ceguera, demencia, tuberculosis) y terminaban declarando que cualquier uso indecente de su cuerpo sería castigado con la desheredación. Walter necesitó ejercer durante treinta años para librarse de los variados temores supersticiosos

vinculados a la sexualidad, y ni siquiera entonces dejó de considerar muy perniciosa la masturbación. Sin anticonceptivos, sin antibióticos, en una sociedad puritana que —de puertas afuera— consideraba inmundas las cosas del sexo, los hombres y sobre todo las mujeres arriesgaban sencillamente la vida en cada encuentro. A pesar de ello —algunos dirán: precisamente a causa de ello—, floreció en la era victoriana una copiosa literatura «obscena» de una singular homogeneidad. Aunque los escritos van desde las utopías comerciales, y desde luego audaces de La novela de la lujuria*, hasta la inconcebible franqueza de* Mi vida secreta*, pasando por el folletín rosa y verde que es* Fanny Hill[5] *o libros de una tristeza proustiana como el también anónimo y extenso* Suburban Souls*, todas las obras eróticas de este período tienen varios puntos comunes.*

El primero es una especie de paganismo ingenuo. La lujuria humana es «Venus», a quien los amantes adoran en sus altares (los genitales) ofreciendo «libaciones» y siendo transportados en justo premio a divinas «mansiones de beatitud», desde donde lanzan a veces discursos —ciertamente más breves que los de Sade— sobre las bondades y el «éxtasis» de la fornicación. Esos escritores mantenían así viva la idea de otra forma de relación interpersonal, otra sociedad, forma que no está hoy ni mucho menos tan lejos de obtener conformidad social como lo estaba en la Inglaterra victoriana. Es el mantenimiento de todo más o menos tal cual está, pero con orgía ocasional, ocupado el tiempo libre por las cosas sexuales. Walter lo persigue con ahínco; el Charlie Roberts de La novela de la lujuria *lo expone en forma titánica idealizada.*

Sin embargo, debajo del proselitismo, debajo del barniz mitológico, debajo incluso de la incitación, comercialmente rentable a la masturbación, se ofrece junto al mensaje liberador un romanticismo tardío en vena trágico-patética. Primeros en emplear un lenguaje coloquial y directo para actos que hasta entonces se describían de modo simbólico y eufemístico, los pornógrafos victorianos no utilizan la palabra orgasmo ni, en general, ningún sustantivo para indicar ese momento de la copulación. Usan verbos irreflexivos siempre {En castellano —salvo más avisado criterio—, la palabra equivalente a sus términos es «correrse», que no indica un imposible reflexivo de andar corriendo, sino el desdibujamiento o corrimiento de la polaridad

yo-tú

insinuada —cuando menos— en todo clímax, donde los cuerpos

separados se sobreimponen y pierden la nitidez de su aislamiento. También se usa coloquialmente en castellano el término «venir», quizá por influjo del anglosajón «to come». De hecho, los anglosajones actuales emplean exclusivamente este verbo, y cuando no se sirven de él describen el suceso como «tener un orgasmo». Corning era ya usual en el siglo pasado (como doing it), y a veces los victorianos ponen ese término en boca de algún personaje, invariablemente joven e ingenuo. Pero sus libertinos y libertinas no dicen «me corro» o «estoy viniendo»; dicen «me gasto» (I'm spending). No es extraño que —con las fisuras del orden puritano— haya caído en desuso ese verbo. A nosotros, lectores de crónicas como la de Walter, nos proporciona la última clave, la piedra miliar.

El orgasmo es gasto. Derroche, si se prefiere. El protagonista del orgasmo suelta o deja de la mano materias y ánimos que estaban almacenados en su interior. Es obvio el elemento negativo, el disvalor; derrochar implica perder irreparablemente, es lo opuesto de invertir y ahorrar, y la prodigalidad estaba severamente condenada por la ley social. Sólo que, precisamente en un mundo de auge mercantil-industrial, el derroche es la meta anhelada y el sentido último del proceso de atesoramiento. El único problema es el peligro de vaciarse hasta quedar exánime, y la manera general de hacerle frente es no gastar o atesorar de antemano lo suficiente. Excluidos por su propia voluntad los avaros en términos genéricos, los gastadores se encuentran en la ambivalente situación de hacer lo anhelado y cargar con las consecuencias de ruina o esplendor (social, económico) en la medida de sus recursos.

Sin embargo, atesorar lo suficiente no es factible del todo a nivel físico. En vez de creer que los genitales son órganos cuya potencia proviene de su propio uso y el libertino victoriano profesa sin excepción una teoría que podría llamarse hidráulico-cuántica de la energía sexual. Cada hombre nace con un cierto monto de libido que no puede crecer, o sufrir por el ejercicio transformaciones distintas de la disipación, el simple gasto. Por eso Walter, Charlie Roberts, Frank Harris, el capitán Devereaux y los demás héroes del underground victoriano rehuyen cuidadosamente masturbarse incluso en ocasiones idóneas (v. Gr. mientras espían a una pareja copulando), y se disgustan cuando tienen poluciones nocturnas involuntarias, porque no quieren «desaprovechar» una sola gota de su precioso —y escaso— fluido vital. Hoy en día, sobre

todo a efectos de tratar casos de impotencia relativa, los sexólogos recomiendan lo contrario: ejercitarse al máximo, lograr el orgasmo, aunque sea con ayuda de medios artificiales y tener el mayor número posible de ellos.

El criterio actual se apoya en dos justificaciones cuando menos tan claras como la convicción del libertino Victoriano. La primera proviene de asimilar la potencia sexual a la potencia muscular en alguna medida; tal como un músculo crece y se hace progresivamente más capaz de esfuerzo a través de su gimnasia, así también la potencia copulativa se conserva o aumenta con el ejercicio continuado de la copulación. La segunda de las justificaciones es más profunda y se apoya en el llamado Principio de Placer, expuesto originalmente por Freud como uno de los dos modos del «funcionamiento psíquico».

Según Freud, la actividad sexual no está sometida a los dictados del yo consciente como la muscular o la mental, obedeciendo los criterios de un Principio de Realidad apoyado sobre consideraciones de deber; sensatez, prudencia, etc. Al contrario, el rendimiento sexual depende directa y únicamente de la gratificación obtenida en cada caso. No es por eso manipulable sin graves trastornos, y el único remedio para casos de impotencia parece ser pasarlo bien, lograr placer de un modo u otro, pues sólo así el aparato genital funcionará adecuadamente. Si hemos logrado un orgasmo intenso, con una mujer, o con cualquier otro objeto amoroso, tendremos muchas más probabilidades de disfrutar nuevos e intensos orgasmos que si —por ejemplo— hemos copulado largamente con ese objeto sin eyacular o, incluso, si no ha habido contacto previo. A la inversa, cuanto más nos esforcemos en copular con alguien que en ocasiones precedentes nos ha proporcionado poco o nulo placer menos probabilidades tendremos de un buen funcionamiento.

Naturalmente, admitir la sola existencia de un Principio de Placer que rija siquiera parte de la conducta humana es una abominación para el credo autoritario en sus diversas variantes, y lo es porque el dogma allí dice que ha de haber una ley y una voluntad todopoderosa de cumplirla.

Estar expuestos a las veleidades de la gratificación es lo mismo que renunciar al control. Imagínense, para empezar; las legiones de esposos y esposas descubriendo que sus problemas de rendimiento son meros problemas de goce, que no son personas impotentes, sino insatisfechas.

El libertino victoriano sabe esto de alguna manera, y lo sabe

claramente. Es quien es porque se sabe y quiere juguete de sus ánimos. Su voluntad es sólo complacerlos, rehuir el dolor de la represión, nunca legislar sus caminos.

Por eso, no insiste jamás en una relación donde sus reacciones no sean lascivamente inducidas; no se empeña en fornicar cuando falta sinceridad genital al deseo y, desde luego, no repite la visita tras un encuentro insulso.

En realidad, es consciente también de que la parte muscular del sexo no sólo no se gasta, sino que se fortalece y regenera con su ejercicio. Pero sigue diciendo «¡me gasto!» al eyacular. Ése es su romanticismo final, hacer coincidir el momento supremo de la Sensación con la conciencia de una súbita entropía. Así, el vaciamiento se torna éxtasis, y todo lo odiado y temido bajo el nombre de decrepitud se comprime y transmuta en el gozoso correrse o desdibujarse.

*Así también —se dirá— el éxtasis queda marcado de vaciamiento y decrepitud. Pero esta segunda lectura corresponderá más bien al erotismo culto y decadente del siglo XX, encabezado por el «*Dieu est un porc*» de Bataille y variantes de la angustia vital existencialista que llegan hasta* Historia de O[6]*, o las obras de Pieyre de Mandiargues.*

Los victorianos son ateos por egoísmo y politeístas por convencimiento. La teología les es ajena, como les es ajena —por incipiente entonces y por su epicureismo— la muerte de Dios. Consentirse una pasión amorosa como la lujuria en un mundo hipócrita pero ferozmente opuesto a la carne obligó a todos estos aventureros y escritores a sopesar muchas veces los pros y contras de su camino. La conciencia de la entropía —de la vanidad del esfuerzo espoleado por la sensación placentera— fue su modo de asumir lo negativo, lo único negativo inscrito en el hecho de vivir como vivían. El «me gasto» confiesa que cualquier tiempo futuro será inferior en fuerza, que va quedando menos substancia vital, que la vida interna se escapa.

Pero se escapa también para los otros, incluyendo desde luego a los ascéticos ahorradores. Todos somos madera, y el fuego es eterno. Lo que esos libertinos pretendieron fue arder alegremente. ¿Abrevia acaso la alegría el plazo de combustión?

Quizá sí. Quizá no. El fuego sofocado es humo venenoso y negro.

Antonio Escohotado
Julio de 1978

Advertencia del traductor

Mi vida secreta *puede parecer un libro «mal» escrito. En realidad, es más bien un libro sencillamente no escrito, si entendemos por tal una preocupación por el modo de narrar antes que por lo narrado. El anónimo autor utiliza una sintaxis de autodidacta, perfectamente disparatada muchas veces y desprovista de retórica. Pero su libro —cuya edición no abreviada exigiría cuando menos seis tomos del tamaño del presente, y del que aquí sólo se ofrece una antología— no se pretende poesía o novela, no es «literatura» propiamente dicha. Pertenece a un género intermedio entre el periodismo más directo y el diario íntimo, como investigación e inventario que es de algo tan amplio como la Lujuria.*

Desde esa perspectiva puede decirse que ha hecho una obra única en los anales del erotismo, quizá la más vasta y sincera confesión de pasiones y lances amorosos conocida en Occidente. A esos efectos, lo delirante a veces de la sintaxis y, en especial, de los signos de puntuación sirve de alguna manera al contenido que se comunica, produciendo una fluidez narrativa y en ocasiones una frescura de la que carecen, por ejemplo, muchas obras de Sade.

Cosa semejante puede decirse del vocabulario empleado. El autor advierte de antemano su decisión de llamar «al pan pan y al vino vino», considerando que «las actitudes indecentes exigen exclamaciones indecentes, esas expresiones eróticas llenas de sabor a las que hasta los más castos se abandonan cuando la lujuria, o el amor, se encuentran en el pleamar de su acción».

La versión castellana que se ofrece pretende tomar en cuenta estas circunstancias. Su meta no es reflejar un brillo literario del que carece el original, sino mantener la atmósfera de estas singulares Memorias. Es una traducción literal hasta el límite de lo que ha parecido posible, preocupada sobre todo por la claridad y por conservar el valor testimonial de la obra.

A. E.

Mi vida secreta

Primera parte

Introducción de la edición original

En mil ochocientos… murió mi más viejo amigo. Fuimos compañeros de escuela y de colegio, y nuestra intimidad nunca se rompió. A su muerte, fui designado fideicomisario de su esposa, y albacea suyo. Murió tras una larga enfermedad, durante la cual sus esperanzas de vida crecían y decrecían alternativamente. Dos años antes de morir, me entregó un enorme paquete, cuidadosamente atado y sellado. «Cuídalo, pero no lo abras», me dijo; «si mejoro, devuélvemelo; si muero, quémalo sin que lo vea más ojo mortal que el tuyo».

Su viuda murió un año después que él. Yo ya me había olvidado del paquete, que llevaba tres años largos en mi poder, pero un día, buscando algunas escrituras de títulos, lo encontré y lo abrí, como era mi deber. Su contenido me asombró. Medité largamente sobre el significado de sus instrucciones en el momento de la entrega y conservé el manuscrito varios años, sin saber qué hacer con él.

Finalmente, como conocía bien su idiosincrasia, llegué a la conclusión de que lo único que temía era que alguien llegara a identificar al autor y, en consecuencia, considerando además que sería pecaminoso destruir una historia semejante, copié el manuscrito y destruí el original. Mi amigo murió sin parientes. Nadie puede ahora seguir el rastro del autor; en el libro, no se mencionan nombres, aunque éstos aparecían libremente al margen de su manuscrito, y sólo yo sé a quienes se refieren las iniciales. Si algún mal he hecho en imprimirlo, no se lo he hecho a él, sino que, en verdad, me he limitado a cumplir sus evidentes deseos, poniendo en manos de unas pocas personas una historia secreta que lleva impresa la huella de la verdad en cada una de sus páginas, una contribución a la psicología.

Prefacio

Habiendo llevado desde mi juventud una especie de diario, que quizá por costumbre me hizo pensar en registrar mi vida interior y secreta, comencé estas memorias cuando tenía unos veinticinco años.

Al empezar, apenas había leído libros indecentes, ninguno de los cuales me parecía verdadero, con la excepción de *Fanny Hill*, que me lo parecía y aún parece. Los otros, que dan relación de un erotismo rebuscado o de extraordinarios poderes de copulación, de las extrañas vueltas, trucos y fantasías de una voluptuosidad madura y de una lascivia filosófica, le parecían a mi relativa ignorancia indecentes imaginaciones o mentirosos inventos, nada dignos de crédito, aunque hoy sé por experiencia que bien pudieran ser ciertos, por excéntricos e improbables que puedan parecer al no iniciado.

Fanny Hill fue la experiencia de una mujer, quizás escrita por una mujer. ¿Dónde encontrar un libro escrito por un hombre que fuera igualmente sincero? Aquel libro no contiene palabra indecente alguna; sin embargo, las actitudes indecentes exigen exclamaciones indecentes, esas expresiones eróticas, llenas de sabor, a las que hasta los más castos se abandonan, cuando la lujuria o el amor se encuentran en la pleamar de su acción. Decidí por ello escribir mi vida privada ateniéndome solamente a los hechos, y en el espíritu de los actos lujuriosos realizados o presenciados por mí; está escrita, en consecuencia, con absoluta sinceridad y sin cuidado alguno por lo que el mundo llama buenos modales. Los buenos modales no pueden coexistir con la voluptuosidad en su acepción más amplia, pues se darían mutua muerte. Sólo he experimentado la poesía de la copulación con unas pocas mujeres, y ello no nos impidió ni a ellas ni a mí llamar al pan pan y al vino vino.

Lo comencé para entretenerme; tras hacer crónica de muchos años, me cansé y lo abandoné. Unos diez años más tarde encontré a una mujer con la cual, o con aquello que su ayuda aportó, hice,

dije, vi y oí prácticamente todo cuanto un hombre y una mujer pueden hacer con los genitales, y comencé a narrar esos episodios, aún muy frescos en mi memoria: una gran diversidad de hechos ocurridos en el curso de más de cuatro años, o más tiempo aún. Después, la perdí de vista, y mis entretenimientos amorosos fueron durante un tiempo más simples, pero esa parte de mi historia estaba completa.

Pasado cierto tiempo, me puse a describir los acontecimientos de los años intermedios de mi juventud y temprana madurez, que incluían la mayor parte de mis intrigas galantes y aventuras de carácter vivaz, pero no las de posteriores años, más lascivas. Entonces, una enfermedad me hizo pensar seriamente en quemarlo todo, pero —no queriendo destruir mi trabajo— lo aparté otra vez durante un par de años. Entonces, otra enfermedad me proporcionó ocio largo e ininterrumpido; leí mi manuscrito e introduje algunos hechos que había olvidado, pero que mi diario me permitió situar en el orden apropiado. Esto justificará la diferencia de estilo que observo ahora en los distintos pasajes, y una repetición, bastante innecesaria, de descripciones voluptuosas, que había olvidado y que ya habían sido descritas. Esto, no obstante, es inevitable, pues la copulación humana, por mucho que varíen las incidencias que conducen a ella, es y será siempre, en buena medida, lo mismo.

Entonces, pensé por primera vez en imprimir el trabajo iniciado hacía ya más de veinte años, pero vacilé. Había entonces entrado en mi madurez, iniciando la parte más lasciva de mi vida; los acontecimientos eran inconexos y fragmentarios, y lo que me distraía era describirlos inmediatamente después de que ocurrieran. Con gran frecuencia, lo escribía todo, muy prolijamente, al día siguiente; después lo fui abreviando mucho.

Gocé desde la juventud de excelente memoria y, en materias sexuales, es prodigiosa; las mujeres fueron el placer de mi vida. Amaba el coño, pero también a quien lo tenía; me gustaba la mujer con quien jodía y no sólo el coño donde jodía, y hay en ello gran diferencia. Aún hoy recuerdo, hasta el punto de asombrarme, rostro, color, estatura, muslos, trasero y coño de prácticamente todas las mujeres que poseí no de pasada, e incluso de algunas que lo fueron. La ropa que vestían, las casas y habitaciones donde las poseí, se encontraban mentalmente ante mí mientras escribía, y

recordaba perfectamente la disposición de la cama y de los muebles, o en qué parte de la habitación se encontraban las ventanas. Puedo, además, fijar en el tiempo todos los acontecimientos importantes con aproximación suficiente refiriéndome a mi diario, donde se encuentran registradas las circunstancias contemporáneas de mi vida.

También recuerdo en buena medida cuanto dijimos e hicimos y, en general, nuestras indecentes distracciones. Donde me falla la memoria omití toda descripción, en vez de intentar construir una historia coherente insertando lo que fuera simplemente probable. No puedo ahora dar cuenta del curso de mis actos, o de por qué hice esto o aquello; mi conducta parece extraña, necia, absurda, muy frecuentemente la de algunas mujeres también, pero no puedo sino declarar lo que ocurrió.

En unos pocos casos, aunque sólo allí donde los hechos mismos parecen ser muy improbables, he sugerido razones o causas de lo que hasta a mí me parece muy extraño, pero no he exagerado voluntariamente nada. Cuando he mencionado el número de veces que he jodido con una mujer en mi juventud, puedo ocasionalmente equivocarme; con el curso del tiempo, es difícil ser muy preciso sobre tales asuntos. Pero, como he dicho antes, en muchos casos, los hechos se escribieron pocas semanas y a menudo pocos días después de ocurridos. No intento presentarme como un Hércules de la copulación; ya son bastantes los fanfarrones en este campo, y mi constante relación con mujeres alegres y con médicos me hace dudar de las maravillosas hazañas que algunos relatan sobre el coito.

Una cosa temo de la publicidad, y es el haber realizado, por curiosidad e impulso, algunas acciones (aberraciones temporales) de las que incluso los libertinos declarados se escandalizan. No faltarán quienes se escandalicen públicamente, habiendo hecho todo lo que yo hice, y cosas aún peores, habitualmente, pero clamar por los pecados de los demás fue siempre una forma de ocultar la propia iniquidad. Sin embargo, por esa razón, quizá ningún ojo mortal, salvo el mío, llegará a conocer esta historia.

El nombre de pila de las sirvientas mencionadas es generalmente el verdadero, los otros nombres son en su mayoría falsos, aunque fonéticamente parecidos a los verdaderos. Las iniciales son casi

siempre las verdaderas. En la mayor parte de los casos, las mujeres a las que representan están muertas, o para mí perdidas. Las calles y las casas de citas que se mencionan son casi siempre las verdaderas. La mayor parte de las casas mencionadas están ya cerradas, o han sido derribadas, pero cualquier hombre de mediana edad, que se mueva por la ciudad, las reconocería. Allí donde se describe una carretera, casa, habitación o jardín, la descripción es exactamente cierta, incluyendo la situación de árboles, sillas, mesas, sofás, orinales. A veces, no se da correctamente el distrito, pero poco importa sustituir Hackney por Brompton, o Walworth por Camden Town. No obstante, allí donde, por razón de los hechos es necesario, los lugares de diversión se dan correctamente.

He alterado los asuntos de familia, pero, si digo que tenía diez primos cuando no tenía más que seis, o que la casa de una tía estaba en Surrey en vez de en Kent o en Lancashire, se pierde la pista sin que ello pueda afectar el hilo de la lectura. En cualquier caso, mis actos con hombre y mujer son tan ciertos como el Evangelio. Si digo que vi o hice esto con un primo o una prima, fue con un primo, y no con un simple conocido; si con una sirvienta, fue con una sirvienta; y si con alguien a quien conocí por casualidad, ello es igualmente cierto. Tampoco hay, donde digo que poseí a una mujer o que hice esto o aquello con ella, o que sentí o hice aquella otra cosa con un hombre, una sola palabra incierta, con la excepción del lugar en donde ocurrieron los hechos. Pero incluso éstos se dan la mayor parte de las veces correctamente. Ésta quiere ser una historia verdadera, y no una mentira.

Segundo prefacio

Han transcurrido algunos años desde que escribí el anterior prefacio, y no ha llegado a imprimirse. He pasado desde entonces por fases anormales de vida amatoria, he hecho y visto cosas, he tenido gustos y calenturas que años antes me parecían sueños de locos eróticos; todas se describen, el manuscrito ha crecido hasta un volumen imposible de manejar; ¿debe, puede imprimirse?, ¿qué se dirá o pensará de mí, qué ocurrirá con el manuscrito si se encuentra tras mi muerte? Mejor destruirlo todo, ha cumplido con la misión de distraerme, ¡entréguese a las llamas!

* * *

He leído todo mi manuscrito; ¡qué reminiscencias! Había llegado a olvidarme de algunas de las más tempranas. Cuánto me choca, al leer mis experiencias tempranas, la verdad del detalle; de no haberse escrito entonces, jamás podría escribirse ahora; ¿ha registrado semejantes cosas alguna otra persona? Sería un crimen quemarlo todo; por mucho que diga la sociedad, no es sino una narración de la vida humana, quizá de la vida diaria de miles de seres humanos, si pudiera hacérseles confesar.

Al leerlo, lo que me choca es la monotonía de la relación con las mujeres que no pertenecían a la clase alegre; ha sido tan análogo y repetitivo como el joder mismo; ¿actúan así todos los hombres, besando, engatusando, sugiriendo impudicias, hablando después de forma indecente, echando un tiento, oliéndose los dedos, asaltando y venciendo, igual que yo? ¿Se ofenden todas las mujeres, diciendo «no», después «oh» sonrojándose, enfadándose, cerrando los muslos, resistiéndose, abriéndolos y entregándolos y entregándose a su lujuria, como han hecho las mías? Sólo un cónclave de putas que dijeran la verdad y de sacerdotes romanos podría aclarar este punto. ¿Han tenido todos los hombres esas extrañas calenturas que

me han embelesado, avanzada la vida, aunque en días tempranos su misma idea me repugnase? Nunca lo sabré; mi experiencia, si se imprime, permitirá quizás a otros comparar, cosa que yo no puedo hacer.

¿Debe quemarse, o imprimirse? ¿Cuántos años han pasado en esta indecisión? ¿Por qué temer? Si se preserva, será por el bien de otros; no por el mío.

Primeros recuerdos. — Una niñera erótica. — Señoras a la cama. — Mi picha. — Una institutriz vivaz. — El primo Fred. — Pensamientos sobre las prendas. — Una buhonera. — Dibujos indecentes. — Un bebé desnudo.

Mis primeros recuerdos de cosas sexuales se remontan a lo que, supongo, debió de ocurrir en algún momento entre la edad de cinco y ocho años. Las relato tal como las recuerdo, sin intentar insertar lo que no es más que probable.

Era, supongo, mi niñera. Recuerdo que a veces me sujetaba la pollita cuando hacía pis. ¿Era necesario? No lo sé. Trataba de echarme el prepucio hacia atrás, no sé cuándo ni con qué frecuencia, pero recuerdo con claridad haber visto la punta de la polla, haber sentido dolor, haber gritado, haber sido consolado, y esto ocurrió más de una vez. Mi memoria la retiene como una hembra joven, algo baja y gruesa, que a menudo me palpaba la polla.

Un día, debía ser avanzada la tarde, pues el sol estaba bajo, aunque brillante —qué extraño recordarlo tan claramente… pero siempre he recordado el sol brillante—, había salido de paseo con ella, me habían comprado regalos, los llevábamos entre los dos, ella se detuvo y se puso a hablar con unos hombres; uno de ellos la abrazó y la besó; sentí miedo, era cerca de una parada de coches de alquiler, pues entonces no se conocían los cabriolés, me puso en las manos los juguetes que llevaba y penetró en la casa con un hombre. ¿Qué casa? No lo sé. Probablemente una casa pública, pues había una no lejos de una parada de coches, y cerca de nuestra casa. Salió y nos marchamos a casa.

Más adelante, estaba en casa, en una habitación alfombrada, con ella; sé que no podía tratarse del cuarto de juegos, y me encontraba sentado en el suelo con mis juguetes; también ella estaba sentada, jugaba conmigo y con los juguetes, nos divertíamos rodando

enlazados por el suelo, recuerdo haberlo hecho con otras, y recuerdo a mi padre y a mi madre en la habitación jugando conmigo algunas veces.

Me besó, me sacó la picha y jugó con ella, me cogió una mano y se la metió bajo la ropa. Todo lo que sentí fue algo áspero; ella movió mi manita violentamente en aquel lugar, después me palpó la picha y me hizo daño una vez más. Recuerdo que vi cómo asomaba la punta roja cuando me echó hacia atrás el prepucio, y que grité, y que ella me tranquilizó.

Recuerdo también que ella estaba de espaldas, que yo estaba montado de través o entre sus piernas, y que me movía arriba y abajo, y que yo montaba a caballito y que no era la primera vez que lo hacía; después caí echado sobre ella, me movió arriba y abajo y me estrechó hasta que grité. Me zafé de ella. Al hacerlo, mi mano, o mi pie, desgarró un tambor que había estado tocando, y me puse a llorar.

Recuerdo haberle visto las piernas desnudas, mientras lloraba sentado en el suelo, y que una de sus manos vibraba violentamente bajo sus enaguas, y la vaga idea de que la mujer estaba enferma; yo estaba intimidado. Unos instantes de calma, su mano se detuvo, seguía echada boca arriba, y le vi los muslos; después, dándose la vuelta, me estrechó contra ella, me besó y me tranquilizó. Cuando se dio la vuelta, le vi parte del trasero, me incliné sobre él y apoyé allí el rostro, llorando por mi tambor roto; los rayos del sol de la tarde lo iluminaban todo fuertemente, y recuerdo que había estado lloviendo.

Supongo que debí verle el coño, mientras me encontraba sentado junto a su muslo desnudo, mirándola y llorando por mi tambor roto, cuando vi su mano moverse; sin duda se estaba masturbando. No obstante, no guardo recuerdo alguno de su coño, ni de cosa alguna que no haya relatado, pero estoy seguro de haberle visto los muslos desnudos; me parece que se los vi a menudo, aunque no puedo saberlo con certeza.

Lo más extraño es que, a pesar de recordar con facilidad, más o menos claramente, lo que tuvo lugar dos o tres años más tarde e incluso luego en materia sexual, así como lo que dije, oí e hice, casi en su secuencia, este primer recuerdo mío de picha y coño escapó a mi memoria durante unos buenos veinte años.

Más adelante, un día, hablando con el marido de una de mis primas sobre episodios de la infancia, me contó algo que le había ocurrido en su infancia, y súbitamente, casi con la misma rapidez con que una linterna mágica proyecta una imagen en la pared, lo que me había ocurrido se me vino a la cabeza. Desde entonces, he pensado en ello más de cien veces, pero no puedo recordar ni una circunstancia más de las que he relatado en relación con esta aventura.

Mi madre le había dado a mi prima consejos sobre las niñeras. No eran de fiar. «Cuando Walter era pequeño, había echado a una criatura asquerosa, a la que había sorprendido entregada a prácticas abominables con uno de mis hijos»; mi madre jamás reveló lo que estas prácticas eran. Detestaba la indelicadeza, y en general cortaba toda alusión a ella diciendo «no es tema de conversación, hablemos de alguna otra cosa». Mi prima se lo contó a su marido y éste a mí, cuando nos vimos, junto con sus propias experiencias, y entonces todas las circunstancias se me vinieron a la cabeza tal como las acabo de relatar aquí.

El lector observará que no fui capaz de descubrir totalmente la punta de la polla, sin dolor, hasta cumplir los dieciséis años, ni podía hacerlo, más tarde aún, cuando estaba muy empalmado, como no fuera introduciéndola en un coño. Supongo que mi niñera lo consideraba algo curioso. Trataba de remediar este error de la naturaleza, y me hacía daño. Mi madre, por la extrema delicadeza de sus sentimientos, se cerraba a casi todo conocimiento del mundo, razón por la que mantuvo una fe implícita en mi virtud hasta que cumplí veintidós años, cuando mantuve, o casi, a una zorra francesa.

Me imagino que debí dormir con esta niñera, y dormí, desde luego, con alguna hembra, en una habitación llamada el cuarto chino, por el color del papel de la pared. Recuerdo que había una mujer en la cama, conmigo, que una mañana me desperté con mucho calor y sofocado, que mi cabeza tocaba carne, que la carne me rodeaba por todas partes, que tenía la boca y la nariz incrustadas en pelo o en algo erizado que desprendía un olor caliente, muy particular. Recuerdo unas manos asiéndome súbitamente y arrastrándome hasta la almohada, y después la luz del día. No recuerdo que se pronunciase una sola palabra. No pude

haber olvidado este episodio por mucho tiempo, porque se lo relaté a mi primo Fred antes de la muerte de mi padre. Él solía decir que era la institutriz. Supongo que debí resbalar hacia abajo, dormido, hasta apoyarle la cabeza sobre el vientre y el coño.

Algunos años más tarde, cuando mis dedos se impregnaron del olor del coño de otra mujer, éste me recordó inmediatamente el olor que me impregnó la nariz en la cama, y al momento supe que había olido a coño antes, y recordé donde, aunque nada más.

Algún tiempo después, no tengo idea de cuánto, pero me parece que fue unos dos o tres años más tarde, se celebró un baile en casa, y algunos parientes tuvieron que pasar la noche con nosotros. La casa estaba llena, había bullicio, movimiento de camas, la institutriz se fue a dormir a la habitación de una de las sirvientas, etc. Entre los que se quedaron con nosotros, se encontraban algunas primas; entrando súbitamente en la sala de estar, oí que mi madre le decía a una de mis tías: «Después de todo, Walter no es más que un niño, y sólo es una noche».
«Shh-sh»,
dijeron ambas al verme, y mi madre me obligó a salir del cuarto. Yo me preguntaba de qué estarían hablando y sentía curiosidad y disgusto porque me habían echado.

Tenía entonces por costumbre dormir en una habitación de dos camas, o cerca de una habitación donde había otra cama, no recuerdo exactamente; una vez en la cama, solía llamar a quien se encontrara por allí, pues era timorato, y me dejaban la puerta abierta. El que allí dormía no podía ser un hombre, porque los sirvientes dormían en la planta baja; he visto allí sus camas.

La mencionada noche, sacaron mi cama y la pusieron en el cuarto de papel chino, y una de las criadas que ayudó a cambiarla se sentó en el orinal e hizo pis; oí el repiqueteo, y, que yo recuerde, fue la primera vez que me fijé en algo así, cuando recuerdo bien haber visto a mujeres ponerse las medias, y haberle palpado el muslo a una de ellas justo por encima de la rodilla. Yo estaba, en aquella ocasión, arrodillado en el suelo y tenía una trompeta que, poco después, ella me arrancó airadamente porque hacía ruido.

Recuerdo el baile, que bailé con una dama alta, que mi madre, creo que contra su costumbre, me llevó personalmente a la cama, y que ello ocurrió antes de terminar el baile, pues me enojé y derramé

lágrimas por tener que irme a la cama tan temprano; mi madre cerró muy cuidadosamente las cortinas de la pequeña cama y me dijo que me acostara en silencio y que no me levantara hasta que ella volviera a la mañana siguiente; que no hablara, ni apartara las cortinas, ni saliera de la cama, para no molestar al señor y a la señora… que iban a dormir en la cama grande; que, si les molestaba, se enfadarían. Tengo la casi certeza de que mencionó a una dama que iba a pasar la noche en casa con su marido, pero no puedo estar seguro. Entonces, me asustaba más un hombre que una mujer, cosa que supongo sabía mi madre.

Lo supongo porque en mis primeros años, casi siempre me dormía en cuanto me acostaba y, en general, nunca me despertaba hasta la mañana. Aquella noche, desde luego, debí dormirme por completo; quizá me habían dado algo de vino, quién sabe; tengo la conciencia súbita de una luz y de oír a alguien decir: «Está completamente dormido, no hagas ruido»; parecía la voz de mi madre. Me incorporo y escucho, las circunstancias son extrañas, extraño el cuarto, me excita, me pongo de rodillas, no sé si con naturalidad, o con cuidado, o cómo; quizá con cautela, pues temo enojar a mi madre y al caballero; quizás un instinto sexual me hace ser curioso, aunque esto no es probable. De hecho, no tengo la menor idea de lo que me movió a hacerlo, pero el caso es que me incorporé y escuché. Había dos mujeres hablando, riéndose quedamente y moviéndose por el cuarto, oí un repiqueteo en el orinal, después nada, después otra vez un repiqueteo y reconocí el ruido del pis. No sé cuánto tiempo estuve escuchando, pude quedarme medio dormido y despertarme otra vez, vi que movían luces por el cuarto; me puse entonces de rodillas, temiendo hacer algo malo, y aparté un poco las cortinas donde éstas se juntaban sobre la cama. Recuerdo que estaban bien apretadas y remetidas, y que no me fue fácil hacer una abertura para mirar entre ellas.

Había una muchacha, o una mujer joven, de espaldas a mí, cepillándose el pelo, con otra mujer a su lado, y una cogió una bata de la silla, la sacudió y se la pasó por la cabeza, tras quitarse la camisa. Mientras lo hacía le vi algo negro en la parte baja del vientre, me entró miedo de estar haciendo algo malo, por lo que sería castigado si me encontraban mirando, y me recosté pensando en todo ello; supongo que volví a dormirme.

Hubo después ruidos de pies por el suelo, y parece que volví a oír un ruido como de alguien que hacía pis; la luz se apagó, me sentía agitado, oí que las mujeres se besaban, una dijo: «¡Shh!, vas a despertar al chaval», después una dijo: «¡Escucha!», después oí besos y respiración, como si alguien suspirara. Pensé que debía haber alguien enfermo, me sentí alarmado y debí entonces quedarme dormido. No sé quiénes eran las mujeres, pero debían ser primas mías, o señoritas jóvenes que habían venido al baile. Fue aquélla la primera vez que recuerdo haber visto el pelo de un coño, aunque debía haberlo visto antes, pues recuerdo haber visto a veces a una mujer (probablemente una niñera) desnuda y de pie, pero no recuerdo haberme apercibido de algo negro entre sus muslos, ni, después, pensé para nada en ello.

Por la mañana vino mi madre y me llevó a su habitación, donde me vistió; al salir del cuarto, les dijo a las mujeres que estaban en la cama que no hacía falta que se dieran prisa, porque sólo había venido a buscar a Wattie.

Todo esto, sin embargo, no apareció con claridad en mi mente hasta que unos pocos años más tarde empecé a hablar de mujeres con mi primo, y empezamos a contamos el uno al otro todo lo que habíamos visto y oído sobre el tema.

Hasta que cumplí más o menos doce años no fui al colegio. Había en casa una institutriz que me instruía a mí y a los otros niños; mi padre estaba casi siempre en casa. Tomaban buen cuidado de mantenerme apartado de los criados y otros sirvientes; recuerdo que una vez llegué hasta el patio del establo y vi que un garañón montaba a una yegua, introduciéndole la polla hasta que se perdió de vista en lo que a mí me parecía el culo de la yegua, y que entonces apareció mi padre y dijo en voz alta: «¿Qué hace aquí este niño?», tras lo cual fui apresuradamente apartado de allí. Casi no tenía conocidos varones, con la excepción de mis primos y, en consecuencia, carecía de la información sobre asuntos sexuales que habitualmente adquieren los niños en los colegios. No sabía lo que el garañón estaba haciendo, no podía entonces tener idea de ello, ni lo pensé.

Lo siguiente que recuerdo con claridad es que uno de mis primos estuvo en casa, salimos y, cuando hacíamos pis juntos al lado de un seto, me dijo: «Enséñame la picha, Walter, y te enseño yo la mía».

Allí, de pie, nos examinamos mutuamente las pichas y, por primera vez, fui consciente de que no podía mover el prepucio hacia atrás con tanta facilidad como otros chicos. Moví el suyo hacia delante y hacia atrás. Él me hizo daño, se rió y se burló de mí, vino otro chico y creo que otro más, comparamos todos nuestras pichas, y la mía era la única que no podía descapullar; se burlaron de mí, rompí a llorar y me fui, pensando que me pasaba algo malo y me dio vergüenza volver a enseñar la picha. Aunque me puse a trabajar seriamente para intentar echarme el prepucio hacia atrás, siempre desistía temiendo el dolor, pues era muy sensible.

Mi primo me dijo entonces que las niñas no tenían picha, sino solamente un agujero por donde hacían pis; siempre estábamos hablando de ellas, pero no recuerdo la palabra coño, ni haber concebido ideas lascivas en relación con el agujero del pis de las niñas, o con el hecho de que sus pichas fueran planas, expresión que creo haber oído en el mismo período. Lo único que me queda en la cabeza es que mi picha y el agujero de las niñas eran para hacer pis y para nada más, y no puedo saber con certeza qué edad tenía en aquellos tiempos.

Más adelante fui a menudo a la casa de aquel tío; mi primo Fred entraba en el colegio, y hablamos mucho sobre las pichas de las niñas, que empezaron a interesarme vivamente. Me dijo que nunca había visto una, pero que sabía que tenían dos agujeros, uno para cagar y el otro para hacer pis. Me dijo que se sentaban a hacer pis, que no hacían pis contra la pared como nosotros, pero eso era algo que yo ya debía saber; desde entonces, sentí gran curiosidad por este tema.

Un día, una de sus hermanas se marchó del cuarto donde estábamos sentados. «Va a hacer pis», me dijo. Entramos subrepticiamente en el dormitorio de una de ellas y miramos seriamente el orinal para ver qué pis había. No sé si esperábamos encontrarlo distinto del de nuestro propio orinal. Al hablar de estas cosas, mi primo se manoseaba la picha. Nos preguntamos cómo salía el pis, si se mojaban las piernas y si el agujero estaba cerca del agujero del culo, o dónde; un día Fred y yo nos meamos mutuamente en las pichas, y lo consideramos una excelente diversión.

Recuerdo que entonces sentía gran curiosidad por el modo de

hacer pis de las niñas, y toda mi vida he conservado el gusto por verlas mear. Escuchaba tras las puertas de los dormitorios, si podía acercarme a ellos sin ser observado, cuando mi madre, mi hermana, la institutriz o una sirvienta entraban, esperando oír el repiqueteo, y a menudo tuve éxito. Que yo recuerde, carecía de ideas o deseos sexuales; no se me ponía dura, y estoy seguro de que, entonces, no sabía que la mujer tenía un agujero llamado coño, ni que lo usaba para joder. No puedo recordar idea alguna de esta especie, era simple curiosidad por saber algo de aquéllas que yo instintivamente sentía estaban hechas de forma diferente a la mía. Me preguntaba qué clase de agujero podía ser. ¿Era grande? ¿Era redondo? ¿Por qué se ponían en cuclillas en vez de quedarse de pie como los hombres? Mi curiosidad se hizo intensa.

No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que sucediera lo que ahora voy a relatar, pero mi picha había crecido. Es una impresión que conservo con mucha claridad.

Un día, había gente en una de las salas de estar; no sé dónde se encontraban mi padre y mi madre; no estaban en la habitación, y lo probable es que hubieran salido. Estaban uno o dos de mis primos, algunos jóvenes, mi hermana mayor y un hermano, otra gente, nuestra institutriz y su hermana, que estaba pasando unos días con nosotros y que dormía en el mismo cuarto que ella. Recuerdo que entraron juntas en el dormitorio contiguo al mío. Era por la tarde, habíamos tomado vino dulce, tarta y boca de dragón, y estábamos jugando a algo, todos sentados en el suelo, en círculo. Yo tenía muchas cosquillas, casi me daban ataques, nos hacíamos cosquillas los unos a los otros en el suelo. Había alegría y ruido, la institutriz me hacía cosquillas, y yo le hacía cosquillas a ella. Cuando me llevaron a la cama, o más bien cuando me fui, pues entonces ya lo bacía por mí mismo, me dijo: «Subiré a hacerte cosquillas». En aquel tiempo, después de acostarme, una sirvienta, o mi madre, o la institutriz, se llevaba la luz y cerraba la puerta, pues todavía me daba miedo acostarme a oscuras y solía gritar «mamá, me voy a meter en la cama». Después, se llevaron la luz; querían acabar con esta timidez, a menudo me reñían por ella, y me hacían vestirme solo para curarme de ella.

Supongo que los demás niños se habían acostado. Mi madre tenía a los más pequeños en el cuarto contiguo al suyo. El cuarto de

juego estaba también en el piso de arriba; mi cuarto, como ya he dicho, estaba junto al de la institutriz. Una vez en la cama, llamé para que alguien apagara la luz, y subieron la institutriz y su hermana. Empezó a hacerme cosquillas, su hermana también, reí, chillé e intenté hacerles cosquillas. Una de ellas cerró la puerta y volvió después a hacerme cosquillas. Me despojé de mis ropas y quedé casi desnudo, les supliqué que desistieran, sentí sus manos sobre mi carne desnuda, y estoy bien seguro de que una de ellas me tocó la polla más de una vez, aunque pudiera haber sido por casualidad. Al final, me deslicé de la cama, con el camisón a la altura de las axilas, y caí al suelo con el culo al aire sin que dejasen de hacerme cosquillas, riéndose de mis contorsiones y de mis gritos.

Sólo el cielo sabe lo que me indujo a hacer lo que entonces hice; pudo ser lo que había oído acerca del agujero del pis de la mujer, o la curiosidad, o el instinto. No lo sé. Pero el hecho es que me agarré a la pierna de la institutriz mientras ésta trataba de levantarme hasta la cama diciendo: «Basta ya, querido, métete en la cama, que me voy a llevar la luz». Yo no quería; la otra mujer la ayudó a levantarme, subí las manos por debajo de las enaguas de la institutriz, sentí el pelo del coño en la mano y noté que entre los muslos había algo caliente y húmedo. Me soltó y se apartó de un salto. Debí aferrarme a su muslo, por debajo de las enaguas, con ambas manos, una entre los muslos, y ella profirió un fuerte grito: «¡Oh!».

Después,
plaf-plaf,
en rápida sucesión, su mano me golpeó la cabeza. «Tú… niño maleducado… malo», dijo, acompañando cada palabra de una bofetada, «me parece que se lo voy a decir a tu mamá, métete en la cama inmediatamente», y en la cama me metí sin pronunciar una palabra. Apagó la luz y se fue del cuarto con su hermana, dejándome espantosamente atemorizado. Apenas sabía que había obrado mal, pero tenía vagas ideas de que palparle los muslos era digno de castigo. El lugar suave y peludo que la mano había tocado me llenó de asombro; no dejaba de pensar que allí no había picha y sentía una especie de deleite por lo que había hecho.

Oí entonces, a través del tabique, que hablaban y reían ruidosamente. «Están hablando de mí; oh, si se lo cuentan a mamá,

oh… ¿por qué lo hice?». Temblando de miedo, me levanté de la cama, abrí la puerta y me acerqué a la suya, escuchando: la puerta estaba entornada; oí: «Entre los muslos. ¡Lo noté! Debe haberlo palpado; ¡ah! ¡Ah! ¡Ja! ¡A menudas cosas se dedica esta bestezuela!». Ambas rieron con ganas. «¿Le viste su cosita?», dijo una, «cierra la puerta, no está cerrada». Conteniendo la respiración, volví a mi cuarto y me metí en la cama y, allí acostado, oí, a través del tabique, que volvían a reír con estrépito.

Recuerdo haber pasado por primera vez en la vida una noche casi insomne. El temor a ser acusado y el temor por lo que había hecho me mantuvieron despierto. Oí que las dos mujeres hablaban durante largo tiempo Al temor se mezclaba mi admiración por el pelo y por la sensación suave y húmeda experimentada un instante en alguna parte de la mano. Sabía que había palpado la parte escondida de una mujer, de donde venía el pis, y eso es todo lo que pensé, que yo sepa. No recuerdo ninguna sensación lasciva, sino simplemente una extraña especie de deleite.

Mi curiosidad por la forma femenina debió reforzarse en aquellos tiempos, pero no había en ella nada de sensual. Me gustaba besar, mi madre lo comentó; cuando me besaba una prima, o cualquier mujer, yo la abrazaba y me ponía a besarla. Mis tías solían reírse, mi madre me regañaba y me decía que era de mala educación. Yo solía decir a las sirvientas: «Dame un beso». Un día oí que mi padrino decía: «Walter sabe distinguir a una chica guapa de una fea, ¿verdad?».

Temía encontrarme con la institutriz en el desayuno. La observé y vi que se reía con su hermana. Observé varios días a mi madre y finalmente le dije a la institutriz, que me había castigado por algo, «no se lo digas a mamá». «No tengo nada que decirle, Walter», respondió, «y no sé a qué te refieres». Empecé a contarle lo que tenía en la cabeza. «¿De qué habla este niño? Estás soñando; algún niño estúpido te está metiendo cosas en la cabeza; tu padre te va a zurrar si hablas así». «Pero viniste y me hiciste cosquillas», dije. «Te hice cosquillas un rato cuando apagué la luz, cállate». Me quedé estupefacto, y el asunto debió olvidárseme durante un tiempo, pero después se lo conté a mi primo Fred. Él creyó que había soñado, y yo empecé a preguntarme si en realidad había ocurrido; nunca pensé mucho sobre el tema hasta que empecé a recordar mi infancia

para este relato.

Debía tener unos doce años cuando fui a casa de un tío mío, en Surrey, y me hice buen amigo de mi primo Fred, un verdadero diablo desde la cuna, del que se dirán muchas cosas más; hasta entonces sólo le había visto ocasionalmente. Entonces, y creo que no antes de entonces, nos dejaban salir solos. Hablábamos de indecencias infantiles. «Menudo novato eres», decía él. «El agujero de las niñas no se llama picha, es un coño, joden con él», y después me contaba todo lo que sabía. No creo, aunque no puedo estar seguro, haberlo oído antes.

A partir de aquel momento, mi cabeza concibió una nueva serie de ideas. Tenía la vaga idea, aunque no la seguridad, de que picha y coño no estaban hechos sólo para mear. En estos asuntos, Fred me trataba siempre como a un mentecato, y siempre me estaba llamando burro; recuerdo con cierto dolor mi inferioridad ante él en tales asuntos, y cómo le suplicaba que me instruyese. «Así es como hacen niños», dijo Fred. «Sube conmigo y le preguntaremos a la vieja niñera de dónde vienen los niños; verás cómo dice que los trae la cigüeña, pero es todo mentira». Fuimos y se lo preguntamos, como quien no quiere la cosa. Contestó que «la cigüeña», y se rió. La niñera de mi casa me contó lo mismo cuando, después, le pregunté por el último bebé de mi madre. «¡Menudas mentirosas!», me contó Fred. «Los bebés les salen del coño y se hacen jodiendo».

Ambos deseábamos ver a mujeres haciendo pis, aunque los dos debíamos haberlas visto ya con relativa frecuencia. Caminando juntos cerca del mercado, justo en las afueras, nos asomamos a un camino y vimos a una buhonera ponerse allí en cuclillas y mear. Nos detuvimos y la miramos: era una mujer de mediana edad, de piernas gruesas, con enaguas cortas; la meada fluía en copiosa corriente, y allí nos quedamos nosotros, sonriendo. «Fuera, fuera, qué hacéis ahí con esa cara, malditos idiotas», gritó la mujer. «Fuera, u os tiraré una piedra» y siguió meando. Nos apartamos unos pocos pasos, pero Fred, sin dejar de mirarla, se agachó y bajó la cabeza. «Lo veo salir», dijo burlón. Desde su infancia había sido maleducado, atrevido al máximo en su indecencia, con el desparpajo del diablo. La corriente cesó, la mujer se levantó maldiciendo, cogió un gran canto y nos lo tiró. «Voy a denunciaros», gritó. «Ya os conozco, veréis como os coja». Tenía

una gran cesta de loza para vender, y la había puesto en la calle principal, junto a la esquina; sólo se había metido en el camino lateral para mear. Salimos corriendo y, una vez bien lejos, nos volvimos y le gritamos. «Te he visto el coño», chilló Fred; entonces nos tiró otra piedra. Fred cogió una, la tiró, cayó entre la loza, la mujer empezó a perseguimos y salimos disparados hacia casa cruzando por el campo. No podía seguimos por allí; fue para nosotros un día memorable. Recuerdo que me llenó de envidia que Fred le hubiera visto el coño. Sin embargo, al escribir ahora, y recordando con exactitud cómo se puso la mujer en cuclillas, y cómo le colgaban las enaguas, estoy seguro de que no llegó a vérselo. Si lo dijo fue por fanfarronada, pero la verdad es que siempre estábamos hablando de los coños de las chicas. El deseo de ver uno era grande, y entonces sí creí que se lo había visto a la buhonera.

Uno de los compañeros de Fred nos enseñó por entonces un dibujo indecente, en color. Me extrañó que el coño fuese una especie de hendidura larga. Yo tenía idea de que era redondo, como el ojo del culo. Fred le dijo a su amigo que yo era un burro, pero hasta haberme follado a una mujer no pude sacarme de la cabeza la idea de que el coño era un agujero redondo. Todos ansiábamos hacemos con el dibujo, y lo echamos a suertes, pero no nos tocó ni a Fred ni a mí, sino a algún otro niño.

Poco después, Fred vino a casa a pasar una temporada, y nuestra conversación se refería siempre a las partes privadas de las mujeres; nuestra curiosidad se hacía más intensa. Yo tenía una hermanita de unos nueve meses de edad que estaba instalada en el cuarto de juegos. Fred me incitó a que le mirase el coño, si podía arreglármelas. Las dos niñeras bajaban por tumo a cenar con el servicio, yo me encontraba a menudo en el cuarto de juegos, y, poco después de la sugerencia de Fred, un día, la mayor de las niñeras me dijo: «Quédese aquí, señorito Walter, mientras bajo unos minutos. Mary (la otra niñera) subirá en seguida, y no haga usted mido». Mi hermanita estaba acostada en la cama, dormida. «Sí, esperaré». La niñera bajó, dejando la puerta abierta: rápido como una centella, levanté la ropa de la niña, le vi la pequeña raja y le puse muy suavemente el dedo encima, pues estaba boca arriba, muy adecuadamente. Separé una pierna para ver mejor, la niña se

despertó y empezó a llorar, oí pisadas, y apenas tuve tiempo de bajarle las ropas, cuando la niñera más joven entró. Sólo conseguí echar un vistazo rápido al exterior del pequeño chocho, pues no llegué a estar ni un minuto solo en el cuarto con la niña, y todo el tiempo temiendo ser sorprendido.

Algo debía notárseme en la cara, porque la niñera me dijo: «¿Qué pasa, qué le ha hecho usted al bebé?». «Nada». «Sí, se está poniendo rojo, cuéntemelo». «Nada, no he hecho nada». «Ha despertado a su hermana». «No, no he sido yo». La chica me agarró y me sacudió un poco. «Se lo diré a su mamá si no me lo cuenta, ¿qué ha hecho?». «No he hecho nada. Estaba mirando por la ventana cuando se puso a llorar». «Me está contando un cuento, ya lo veo», dijo la niñera, y me fui, tras comportarme con desparpajo.

Se lo conté a Fred, e intentó servirse del mismo truco, pero no me acuerdo si lo consiguió o no. Algunas de sus hermanas eran mayores, y empezamos a tramar formas de verles el coño cuando me encontraba de visita en casa de su madre (mi tía), lo que había de ocurrir en vacaciones. La apariencia del coño de la niñita, tal como yo lo describía, le convenció de que el dibujo era correcto y de que un coño era una larga raja y no un agujero redondo. Ello proyectaba dudas sobre el hecho de que los machos introdujeran allí sus pollas, y de alguna manera nos aferramos a la idea del agujero redondo, y reñimos sobre el tema.

Debió ser por entonces cuando, caminando con mi padre, leí algo escrito con tiza en los muros y le pregunté qué significaba. Me dijo que no sabía, que sólo la gente baja y los tunantes escribían en las paredes, y que no valía la pena fijarse en cosas así. Yo me di cuenta de que había hecho algo malo, aunque no sabía exactamente qué. Al salir de casa, cosa que ahora me permitían hacer siempre que se tratara de distancias cortas, copié lo escrito en los muros, para contárselo a Fred; se trataba de algún tipo de palabras obscenas e indecentes, pero lo único que entendimos fue la palabra coño.

Precisamente por entonces, caminando con algunos chicos, vimos a dos perros jodiendo en la calle. No recuerdo haber visto antes a perros haciéndolo. Nos acercamos a ellos, chillamos deleitados cuando se quedaron abotonados, y entonces un muchacho dijo que eso era lo que los hombres y las mujeres hacían;

yo pregunté si se quedaban así pegados, un chico contestó que sí, otros lo negaron, y durante el resto del día algunos de nosotros discutimos sobre el tema. La impresión que me quedó fue la de algo bastante asqueroso, pero al mismo tiempo pareció confirmarme en la creencia de que los hombres introducían sus pollas en los agujeros de las mujeres, asunto sobre el que, según parece, tenía grandes dudas en aquellos tiempos.

A partir de entonces, mi recuerdo de los acontecimientos es más claro, y puedo relatar no sólo lo que ocurrió, sino, aún mejor, lo que escuché, dije y pensé.

Mi padrino. — En Hampton-Court. — El trasero de mi tía. — Baños públicos. — Los coños de mis primas. — Retozando en el pajar. — Dificultades familiares. — Dificultades escolares. — Un pariente masturbador. — Romance y sentimiento.

Mi padrino (cuya fortuna heredé más tarde) me quería mucho. Más o menos en aquellos tiempos, solía repetirme con frecuencia: «Cuando entres en el colegio, no hagas caso de ninguno de los trucos de otros niños, o morirás en un manicomio; muchos niños mueren así». Me contaba algunos cuentos horribles, todo ello en forma misteriosa. Yo percibí que había algún significado oculto y, al no saber de qué se trataba, se lo pregunté. En seguida aprendería, me dijo, y no debía olvidarme de sus palabras. Lo repetía con tanta frecuencia que penetró profundamente en mi cabeza, y me hizo sentir incómodo, pensando que algo habría de ocurrirme si hacía algo —yo no sabía qué—. Su intención era precaverme contra la masturbación, y me hizo buen efecto, estoy seguro, en formas diversas, en el tiempo por venir.

Un día, hablando con Fred, recordé lo que me había pasado con la institutriz. El temor me había hecho mantenerlo en secreto. «Qué mentira», dijo. «Sí que lo hice». «¡Oh!, menudo mentiroso», respondió, «se lo preguntaré a Miss Granger». Teníamos entonces la misma institutriz.

Ante este comentario, un terror absoluto se apoderó de mí, un temor tan terrible que su recuerdo es aún ahora doloroso.

«Oh, no, por favor, no, Fred, si papá se enterara», dije. Siguió manteniendo que lo haría. Yo era demasiado joven para darme cuenta de que era improbable que él hiciera algo así. «Si se lo preguntas, le diré lo que hicimos cuando hacía pis la buhonera». No le importaba. «Bueno, es mentira, ¿no? ¿Verdad que no le palpaste el coño?». Temeroso, confesé que era mentira. «Ya lo sabía», dijo Fred. Me tuvo aterrado varios días, hasta que le conté una mentira

para que olvidase el tema.

Evidentemente, yo era discreto incluso entonces sobre cualquier asunto amoroso, excepto con Fred (como se verá), y toda mi vida he seguido siéndolo. Rara vez me he jactado, o le he contado a alguien mi proceder; este asuntillo con la institutriz fue para mí una lección, confirmándome en una costumbre natural en mí desde la infancia. He guardado para mí todo lo hecho con el sexo opuesto.

Para entonces, nos examinábamos con frecuencia las pollas, y Fred se mofaba tanto de la estrechez de mi prepucio que decidí no enseñárselo a ningún otro muchacho. Aunque no me mantuve estrictamente en esta decisión, quedé sólidamente humillado. Solía mirarme la polla con cierta vergüenza y mover el prepucio arriba y abajo todo lo que podía, constantemente, para que diera de sí, y les daba a las pichas de otros muchachos el mismo tratamiento, si me dejaban hacerlo sin exigir de mí reciprocidad; pero se acercaba el tiempo en que había que aprender mucho más.

Uno de mis tíos, que vivía en Londres, alquiló una casa en el campo cerca del palacio de Hampton Court. Fred y yo fuimos a pasar una temporada con él. Tenía varias hijas e hijos, los hijos bastante jóvenes. La gente bajaba entonces de Londres en furgones, carretas y carros de toda especie para ver el palacio y sus jardines (no había ferrocarril). Pertenecía principalmente a la clase media baja, y solía almorzar o merendar en las tabernas a su llegada; después, llenos y alegres, tras una comida temprana, entraban en los parques y jardines. Lo siguen haciendo, pero entonces era diferente; en comparación iba muy poca gente, había menos guardias para vigilarlos, y menos de lo que los visitantes de la mencionada clase llaman delicadeza.

Nuestro grupo familiar solía ir diariamente a los jardines y pasaba allí casi todo el día, cuando no estaba en las orillas del río. Fred me guiñó un ojo un día. «Vamos a perder a Bob», dijo, «y nos corremos una guerra». Bob era uno de nuestros sobrinitos, generalmente puesto bajo nuestra responsabilidad. Perdimos a Bob a propósito. Fred dijo: «Si esquivas a los jardineros, te arrastras hacia allí y te echas boca abajo sin hacer ruido, seguro que algunas niñas vendrán a mear, y verás cómo se levantan la ropa cuando se den la vuelta; yo he visto algunas antes de que vinieras aquí con nosotros». Conque allí fuimos, abriéndonos camino entre arbustos y

ramas, hasta que un jardinero, que nos había visto, gritó: «Vosotros, volved, si os pesco saliendo de los paseos os echaré». Estábamos muy atemorizados, Fred se alejó por un lado, yo por otro, pero sólo nos reprimió un día. Fred me excitó tanto hablando de los culos de las chicas, como él los llamaba, que jamás perdimos una oportunidad de intentar echar un vistazo, aunque generalmente fracasamos. Sólo vimos una o dos veces cómo se ponía en cuclillas alguna mujer, pero nada más, hasta la llegada de mi madre y la de Fred.

La madre de Fred, la mía, las niñas, Fred y yo fuimos un día a los jardines del parque, después de almorzar. Era un día muy caluroso, y nos ceñimos a los paseos sombreados, uno de los cuales llevaba al lugar donde las mujeres se escondían para mear. Mi tía dijo: «¿Por qué no os vais los chicos a jugar? A vosotros no os importa el sol». Así que nos fuimos, pero, en cuanto estuvimos a punto de dejar el paseo, nos volvimos, y vimos que las mujeres habían dado la vuelta. Fred dijo: «Seguro que van a mear, por eso quieren librarse de nosotros». Sorteamos a los jardineros, trepamos entre arbustos, anduvimos de rodillas, y finalmente, arrastrándonos sobre el vientre por un pequeño montículo, al otro lado del cual se encontraba el lugar vacío donde se habían apisonado las hojas muertas y las barreduras. Al llegar allí, apartando las hojas, vimos el gran trasero de una mujer, medio en pie, medio en cuclillas, con una corriente de meada por delante y una gran hendidura peluda, que tal parecía, bajo el culo. Fue sólo un segundo; acababa de terminar cuando pudimos mirar, dejó caer sus ropas, se las apretó entre las piernas, y se dio media vuelta. Vimos que era la madre de Fred, mi tía. La tía se marchó. «Menudo gigante», dijo Fred, «quédate quieto, que vendrán más».

Vinieron dos o tres más. Una dijo: «Mira si viene alguien», se puso en cuclillas e hizo pis; no pudimos verle el coño, sino sólo parte de las piernas y el pis que caía al suelo ante ella. Después, vino la otra, con el culo hacia nosotros, y se sentó tan bajo que no pudimos verle ni la terminación de las nalgas. Fred consideró que era una pena que no se quedaran de pie como su madre. Fuimos en otras ocasiones al mismo sitio, pero, aunque recuerdo haberles visto las piernas a algunas mujeres, no recuerdo haber visto nada más. De todas formas, era un espectáculo delicioso, y solíamos hablar del

«gigante» de su madre y del pelo y del aspecto de la hendidura, aunque yo pensaba que debía haber algún error, porque no era esa la idea que me había formado de un coño.

Fred vino con nosotros a la ciudad poco después. Se nos había prohibido salir juntos sin permiso, pero lo hicimos, y nos encontramos con un muchacho mayor que iba a bañarse. «Venid a verlos bañarse», dijo. Mi padre se había negado a llevarme a los baños públicos. Sin hacer caso de ello, Fred y yo pagamos cada uno sus seis peniques y entramos con nuestro amigo; no nos bañamos, pero nos divertimos viendo a otros, y las pollas de los hombres. Ninguno, que yo recuerde, llevaba entonces calzoncillos; solían generalmente andar por allí tapándose la polla con las manos, aunque no siempre. Me asombró el tamaño de algunas y el pelo oscuro que las rodeaba y que se encontraba también en algunas partes de sus cuerpos. Me maravilló también ver una o dos en las que la punta roja se mostraba plenamente, tan diferentes a la mía. Más adelante hablamos mucho de todo esto; para mí fue una revelación de la hechura y forma masculinas. Fred me dijo que en sus tierras había visto pollas a menudo, y en aquellos días, viviendo como él vivía en el campo, supongo que era cierto; pero yo no recuerdo haber visto antes pollas de hombres hechos y derechos, ni un hombre desnudo.

Debió ser durante el verano del mismo año cuando fui después a pasar unos días a casa de mi tía, la madre de Fred, en H***DFS***L***. Dormíamos en la misma habitación, y a veces nos levantábamos de madrugada para ir a pescar. Una mañana, Fred se había dejado algo en uno de los cuartos de sus hermanas y fue a buscarlo, aunque le habían prohibido entrar en los dormitorios de las niñas. El cuarto en cuestión se encontraba frente al nuestro. Fred sólo estaba vestido en parte, y volvió en un segundo, la cara sonriente. «¡Oh! Ven Wat, ven despacio; Lucy y Mary están completamente desnudas, se les ve el coño. Lucy tiene algo de pelo negro en el suyo». Yo estaba vestido a medias y muy excitado ante la idea de ver la desnudez de mis primas. Ambos nos quitamos las zapatillas y nos deslizamos por la puerta semiabierta, poniéndonos después de rodillas; aún hoy sigo sin entender por qué lo hicimos y así entramos hasta el pie de la cama, para después levantamos y mirar ambos por encima.

Lucy, que tenía quince años, estaba echada medio de lado, desnuda de rodillas a cintura, la ropa de la cama apartada (supongo que por razón del calor) sobre los pies y en parte por el suelo; le vimos la raja, que se perdía en los muslos cerrados. Tenía un poco de pelo oscuro y corto por encima del coño, y eso es todo lo que recuerdo de este asunto.

A su lado estaba acostada
Mary-Ann
, tan sólo un año más joven, boca arriba, desnuda hasta el ombligo, donde llegaba un camisón desordenado y arrugado; apenas tenía señales de pelo en el coño, pero había una línea bermeja a lo largo de su grieta. Más hacia arriba, donde empezaba el coño, destacaba un poco lo que ahora sé era un clítoris bien desarrollado; era una chica guapa, con pelo largo y castaño.

Mientras mirábamos, levantó, inquieta, una pierna. Nos agachamos, creyendo que se despertaba; al volver a mirar, sus piernas estaban más abiertas, y vimos el coño hasta su terminación en un pellizco al cerrarse las nalgas. Temiendo ser sorprendidos, pronto nos alejamos sigilosamente, entornamos la puerta y volvimos a nuestro dormitorio, tan encantados que bailamos de júbilo mientras hablábamos del aspecto de los dos coños, a los cuales, después de todo, sólo habíamos echado un vistazo rápido y bien parcial.

Lucy era una chica muy fea, y siguió siéndolo cuando se hizo mujer. Recuerdo que tenía la cara roja y algo hinchada cuando la vimos acostada (hacía mucho calor); fue a ella a quien posteriormente mi madre puso en guardia contra la costumbre de dejar a su hijo pequeño con una niñera.
Mary-Ann
era preciosa, Después de lo ocurrido, hablaba a menudo con ella y la miraba, pensando para mis adentros: «¡Ah!, qué poco te imaginas que te he visto el coño». Tuvo mala suerte. Se casó con un oficial de caballería, marchó con él a la India, su marido no tuvo más remedio que partir en campaña durante un año, no pudo soportar verse privada de picha y fue sorprendida mientras jodía con un tamborcillo, prácticamente un niño. Se separó, volvió a Inglaterra y se alcoholizó hasta morir. Por lo que recuerdo de ella, creo que era una mujer joven y salaz, y me han dicho que, más tarde, se dejó

follar por muchos hombres; pero era un asunto doloroso para la familia, y se silenciaba todo lo referente a ella.

Años más tarde vi a uno de los hijos de Lucy follándose a una criada en un comedor, ambos de pie, apoyados en una gran mesa. Yo estaba en el tejado. Muchos años antes de eso, me follé a una niñera tendida en la mesa del mismísimo comedor, como en su momento relataré.

Fred y yo solíamos discutir sobre el aspecto de los coños de sus hermanas y de su madre, como si pertenecieran a gente extraña. El rojo de la línea del chocho de
Mary-Ann
nos asombró. No recuerdo haber tenido entonces una opinión definitiva de lo que era el coño de una niña, aunque habíamos visto la raja, y más bien tenía, y tuve durante mucho tiempo, la idea de que el agujero era redondo y que se encontraba cerca del clítoris, sin tener entonces idea de lo que era un clítoris, aunque nos habíamos hecho con un Aristóteles y lo solíamos leer con avidez; las ojeadas que echamos a los dos coños no duraron más de un segundo, y nuestra excitación oscurecía nuestros recuerdos.

Fred y yo tramamos entonces la forma de verle el coño a otra chica; no sé qué chica era, pudo ser otra de las hermanas de Fred, o la hija de otra de mis tías, aunque creo que no; en cualquier caso, estaba viviendo en casa de mi tía y, por su estatura, menor que la de Fred y la mía, supongo que era una niña de unos once o doce años de edad. Evito escrupulosamente afirmar con seguridad cualquier cosa de la que no tenga absoluta certeza. Algunos años más tarde, siendo aún hombres muy jóvenes, hicimos lo mismo con una prima (aunque no su hermana), como en su momento contaré.

Era tiempo de trilla. Retozamos con la chica, nos enterramos mutuamente en el heno, nos sacamos unos a otros, etc. Me habían enterrado en el heno, y Fred y la chica me sacaron arrastrándome por las piernas. Después fue el tumo de Fred; después enterramos a la chica y, al sacarla, Fred le levantó la ropa y yo me eché sobre su cabeza, que estaba cubierta de heno. Fred vio, guiñó y asintió. Me tocó otra vez ser enterrado, y después a ella; la cogí por las piernas y, sacándola de debajo del heno, le vi los muslos, le empujé las rodillas hacia arriba y eché un vistazo a la raja, que no tenía ni un pelo. Mi tía y otras señoras se encontraban en el mismo campo,

pero no se hacían idea del juego al que estábamos jugando. La niña que jugaba con nosotros no tenía ni idea de que le estábamos mirando el coño, y sólo fue una ojeada rápida.

No sé qué efecto sensual tenían en mí estas miradas al coño; no recuerdo, sin embargo, deseo sexual, ni que a Fred ni a mí se nos pusiera tiesa. Supongo que entre los juegos y los estudios, después de todo, el tiempo que dedicábamos a pensar en mujeres no era excesivo, y la curiosidad era el único motivo que nos llevaba a hacer lo que hacíamos. Recuerdo con claridad que en aquel tiempo hablábamos del joder, y nos preguntábamos si era cierto o falso. Éramos capaces de repetir lo que habíamos leído y oído, pero a mí me seguía pareciendo improbable que una picha entrase en un coño y que el resultado fuera un niño.

Me sobrevino entonces un gusto apasionado por las mujeres; me enamoré de alguna forma de una dama que debía tener cuarenta años, lo cual me producía un sentimiento triste. Es todo lo que recuerdo. Empecé entonces a perseguir a las sirvientas, en la esperanza de verles las piernas o de verlas hacer pis, o con algún objetivo indefinido; pero lo que sé con seguridad es que siempre andaba detrás de ellas.

Después (ahora lo sé), mi padre tuvo dificultades, nos cambiamos a una casa más pequeña, la institutriz se marchó, me enviaron a otro colegio, uno de mis hermanos murió. Mi padre se fue al extranjero para ocuparse de algunas plantaciones y, tras una ausencia de un año, volvió y murió, dejando a mi madre en lo que comparado con su anterior condición podía considerarse situación desfavorable; pero de esto se hablará más por largo en su momento.

Creo que iba al colegio, aunque no empecé mucho antes de que ocurriera lo que voy a relatar, y no lo sé con certeza; si fue así, debí haber visto cómo se masturbaban los chicos. Sin embargo, en la medida en que mi mente es capaz de ordenar los acontecimientos, la primera vez que vi a un chico hacerlo fue en mi propio dormitorio, en casa.

Supongo que tenía unos trece años cuando un pariente lejano vino del campo a pasar unos días con nosotros, antes de ingresar en algún gran colegio. Era hijo de un clérigo, debía tener unos quince o dieciséis años y estaba muy picado de viruelas. Nunca le había visto antes, y no me gustó nada; la familia era pobre, se pretendía

que este chico fuera clérigo. Me molestó mucho que tuviera que dormir conmigo, pero en nuestra pequeña casa no había entonces otro lugar para él.

No recuerdo cuántas noches durmió en mi cama; no pudieron ser muchas. Una noche, en la cama, me palpó la polla; rechazándole al principio, le palpé, sin embargo, la suya después, y recuerdo que nuestras manos se cruzaron y que nuestros muslos estaban cerca. Una mañana, al despertarme, noté su vientre pegado a mi trasero, me di cuenta de que estaba frotándose o empujando la polla contra mi culo y, echando la mano atrás, le rechacé; después me la encontré moviéndose rápidamente, hacia atrás y hacia delante, entre mis muslos, mientras su mano, pasando por encima de mis caderas, me asía la picha. Me di la vuelta y me puse de frente; me pidió que volviera a darme la vuelta y dijo que yo se lo podía hacer a él después, pero nada más se hizo. El dormir con él me dejó un recuerdo poco agradable en la memoria, como ya he dicho, pues el muchacho no era de mi agrado.

La noche siguiente se desvistió y me enseñó la polla tiesa, sentado, desnudo en una silla. Era un aparato extraordinariamente largo, aunque delgado; me informó sobre la masturbación y me dijo que me la menearía si yo se lo hacía a él. Empezó a mover la mano rápidamente, arriba y abajo, por la polla, que se le puso más y más tiesa, levantó súbitamente una pierna, después la otra, cerró los ojos y, en definitiva, adquirió una apariencia tan extraña que pensé que le iba a dar un ataque; le brotaron entonces unos terroncillos pastosos, bufó, como alguna gente hace dormida, y se apoyó en la silla con los ojos cerrados; después vi que una materia más fluida le corría por los nudillos. Yo estaba extrañamente fascinado por lo que veía, y por lo que había en la alfombra, pero en el fondo pensaba que estaba enfermo; él me dijo entonces, y con gran elocuencia, que era un gran placer. Hoy, como entonces, aquella tarde me parece sucia y desagradable, pero el caso es que le dejé cogerme la polla y masturbarme, aunque no tuve sensación de placer. Me dijo: «La piel no corre bien, qué polla más rara»; eso me molestó, no le dejé que siguiera, y hablamos hasta que se terminó la vela; pisó el esperma que había en la alfombra, diciendo que las sirvientas pensarían que habíamos estado escupiendo. Entonces, nos metimos en la cama.

Más adelante se masturbó varias veces ante mis ojos, y yo le

masturbé a él a petición suya, preguntándome por el resultado y divirtiéndome, aunque al mismo tiempo sentía mucha repugnancia. Un día, cuando le estaba masturbando, me dijo que estaba bien hacerlo en el ojo del culo, que él y su hermano lo hacían así por tumos. Era agradable, ¡divino! ¿Le dejaría yo hacérmelo? En mi inocencia, le dije que eso era imposible y él un mentiroso. No tardó en marcharse para ir al colegio. En años posteriores, le vi una o dos veces, pero se ahogó a edad muy temprana. Se lo conté todo a mi primo Fred en cuanto le vi; Fred creyó lo de la masturbación, pero le consideró un mentiroso en lo referente al asunto del ojo del culo, igual que yo. Ésta fue la primera vez que vi masturbación y semen masculino, y me abrió los ojos.

Aunque ya iba a un colegio privado, era tímido y reservado, pero escuchaba ansiosamente toda conversación lasciva, de las que no creía gran cosa. Me incorporé a un grupo de muchachos con los mismos gustos que yo. Un día, algunos de ellos me llevaron a una letrina y, allí, muy a mi pesar, me sacaron la picha, me tiraron al suelo, me sujetaron, y todos ellos me escupieron sobre ella, lo que me inició en su sociedad. Lo llamaban pichas-para-todos; todos admitían que cada uno estaba autorizado a palpar las pichas de los demás. Yo les palpé las suyas, pero, una vez más, para mi pesar, la estrechez de mi prepucio causó mofa; me gustó saber que había en el colegio otro muchacho en las mismas circunstancias, aunque nunca se la vi. Esto me confirmó en mi intención de evitar a mis compañeros cuando jugaban a pichas-para-todos. Al ser sólo mediopensionista, no me veía forzado a aceptar todo el tiempo su intimidad, como hubiera ocurrido de haber estado interno.

Teníamos un campo de juegos muy grande; más allá estaba el campo, había huertas y amplios paseos reservados para el uso de las familias de los dos directores, ambas en buena medida compuestas por niñas. Sólo en la media vacación de los sábados, cuando los frutos no estaban maduros, se nos permitía recorrer algunos terrenos, y los largos senderos, cubiertos de arbustos, que los rodeaban. Dos o tres muchachos de mi grupo me dijeron misteriosamente una tarde que, cuando los demás se adelantasen, nos encontraríamos en las letrinas del campo de juego, en las que había asientos para tres muchachos en línea, y que me iniciarían a un secreto sin que yo lo pidiera. Lo que tuvo lugar me sorprendió,

porque generalmente había un ujier en el campo de juego a las horas del recreo, y, si los muchachos permanecían demasiado tiempo en las letrinas, él acudía y les hacía salir. Los sábados salía al campo con los chicos; no había puertas en las letrinas que, cabe añadir, formaban un edificio bastante grande.

Uno a uno, desde diferentes puntos, algunos hurtando el cuerpo entre los árboles que bordeaban un lado del campo de juego, aparecieron los muchachos. Creo que llegaron a juntarse cinco o seis en la letrina, y comenzó el pichas-para-todos, y todos ellos se masturbaron. Yo, al principio, no quería hacerlo. ¿Por qué? No lo sé. Finalmente me incitaron a hacerlo, lo intenté, mi picha no se puso tiesa y, vejado y mortificado, me retiré, tras jurar que no iba a denunciarles, bajo pena de patadas y cortes. No creo haber vuelto a formar parte de ese grupo, aunque vi a cada uno de los muchachos masturbarse en la letrina, solo conmigo, o en un momento u otro.

Más adelante, un chico me indicó que fuera a la letrina con él a horas de colegio y que me enseñaría a hacerlo. Durante las horas de colegio, sólo se permitía visitar los retretes a dos chicos cada vez. Había dos maderos con llaves, colgados con una cuerda, en la pared: cuando un muchacho quería aliviarse, miraba si había un madero con llave, y si lo había, se ponía en pie en el centro de la habitación, con ello el maestro comprendía lo que quería. Si asentía, el muchacho cogía la llave y se dirigía al cagadero (entonces no había WC) y, al volver, colgaba el madero en su lugar. Aquellas letrinas estaban una cerca de otra, separadas, y no había más que dos.

«Esperas a que haya dos maderos colgados y, en cuanto yo coja uno, te levantas y vienes detrás». Poco después nos encontrábamos los dos en una letrina. «Vamos a meneárnoslas», me dijo; sólo se nos permitía salir cinco minutos. Sacó la polla y yo saqué la mía; trató de echarme la piel hacia atrás, y sólo pudo hacerlo a medias. Él se la meneó con buen resultado, pero yo no pude. Su polla, comparada con la mía, era muy pequeña. ¡Cómo le envidiaba la facilidad con que cubría y descubría la punta roja! Un día le masturbé, pero al ver que en el grupo se empezaba a hablar de mi picha, me abstuve de participar en sus fiestas masturbatorias, que he visto incluso en el campo, sentados los muchachos al borde de una zanja, mientras uno permanecía de pie para vigilar por si alguien se acercaba.

Siempre que se masturbaban en las letrinas, uno de los muchachos se quedaba en la puerta abierta para vigilar, y le tocaba masturbarse después. Con este grupo empecé a hojear la Biblia y a estudiar cuanto en ella había de camal; es probable que ningún libro nos proporcionase tan prolongada, estudiosa e indecente distracción; no éramos capaces de entender gran cosa, pero imaginábamos lo suficiente.

Antes de haber visto a alguien masturbarse ya se me permitía leer novelas, y ni por un momento me faltaban cuando no estaba estudiando. Al principio, solía seleccionármelas mi padre, pero pronto pude hacerlo personalmente y, desde que mi padre murió, devoraba los libros que quería, buscando las partes amorosas, pensando en la belleza de las mujeres, leyendo una y otra vez la descripción de sus encantos y envidiando los encuentros con sus amantes. Solía pararme ante los escaparates de las imprentas y mirar con deleite los retratos de mujeres hermosas, y compraba algunos, a seis peniques, para pegarlos en mi álbum de recortes. Aunque era grande para mi edad, me sentaba en las rodillas de cualquier mujer que me lo permitiera, y la besaba. Mi madre, en su inocencia, me llamaba niño grande, pero en cualquier caso lo prohibía. Me gustaba apasionadamente bailar, y me molestaba que me designasen como compañera de baile a una chica de mi edad, o más joven.

Estos sentimientos se intensificaban cuando pensaba en el trasero de mi tía y en los coños de mis primas, pero, cuando pensaba en las heroínas, me parecía extraño que unas criaturas tan bellas los tuvieran. El coño que parece haber afectado más a mi imaginación fue el de mi tía, que parecía más una gran partición, o división de su cuerpo, que un coño tal como yo lo suponía; era como si la partición de sus nalgas continuase hasta el vientre, y nada parecido a los coños jóvenes que había visto. Éstos me parecían más bien pequeñas muescas. Me parecía extraño, feo y poco romántico que las delicadas damas de las novelas tuvieran divisiones así. Mi temperamento sensual se desarrollaba, veía a las mujeres en toda su poesía y belleza, pero supongo que mis fuerzas físicas no iban al mismo ritmo que mi cerebro, porque no recuerdo que se me pusiera tiesa al pensar en las señoras, y el joder nunca me pasó por la cabeza, ni cuando leía novelas ni cuando besaba

mujeres, aunque era mucho el placer que experimentaba cuando mis labios se encontraban con los suyos, o cuando tocaban sus mejillas lisas y suaves. Recuerdo perfectamente lo deleitoso que me resultaba.

El haber visto masturbaciones me hacía reflexionar, pero seguía pareciéndome imposible que las delicadas y hermosas damas permitieran que les metieran la polla, y que les inyectaran materias sucias. Leí a Aristóteles, traté de comprenderlo y pensé que lo comprendía con ayuda de muchas conversaciones con mis compañeros de colegio; sin embargo, sólo creía a medias. Me mostraron perros jodiendo, después gallos pisando gallinas, y terminé por creer plenamente.

Recuerdo que entonces empecé a pensar en los coños de las mujeres cuando las besaba, y en el de mi tía; no podía quitarle los ojos de encima, pensando en su gran trasero y en la abertura que tenía entre los muslos; lo mismo me ocurría con mis primas. Empecé entonces a tener erecciones, y supongo que un sentimiento placentero en relación con el aparato, aunque esto no lo recuerdo. Descubrí entonces que las sirvientas eran presa fácil, y pronto no hubo en la casa una que yo no hubiera besado. Tenía una voz suave y, según he oído decir, maneras insinuantes, era tímido, temía ser rechazado y sobre todo ser descubierto; a pesar de todo, me fue bien. A algunas de las sirvientas debía gustarles, aunque al principio me llamaban niño tonto, porque se detenían conmigo en un descansillo, o en una habitación, donde estábamos solos y me dejaban besarlas todo un minuto. Recuerdo que una me frotó los labios con los suyos, hasta que los sentí en los dientes; aparte de esto, no obstante, no recuerdo para nada su aspecto, ni me gustó lo que me hizo.

Mi curiosidad se hacía más fuerte, me *hacía más atrevido; decía a* las sirvientas que quería verlas lavarse y solía esperar en mi dormitorio hasta que oía a alguna de ellas subir a vestirse. Sabía el momento en que cada una de ellas subía a su dormitorio con ese fin, y la persona más apropiada era la niñera, que se fue algún tiempo después, pasando mi madre a ocuparse de sus hijos personalmente. «Déjame verte el cuello; anda, sé buena», decía yo. «Tonterías, ¿qué más quieres?». «Anda, querida, no es nada malo; sólo quiero ver lo que las señoras enseñan en los bailes». Por medio

de halagos conseguí ver a una en enaguas, en el umbral de la puerta, y que me enseñase el cuello desde el otro lado del vestíbulo del dormitorio. En aquellos días, los corsés eran altos y de una hechura extraña, y las camisas pasaban por encima de ellos como alas. Una o dos de las sirvientas me dejaron besarles el cuello. Un día, una chica contestó a mis súplicas: «Bueno, sólo un minuto» y, descubriendo un pecho, me enseñó el pezón; la abracé, aplasté mi cara contra su cuello y lo besé. «Me gusta cómo te huelen el pecho y la carne», le dije. Era una mujer grandota, y supongo que olí pechos y axilas al mismo tiempo; pero, fuera cual fuera la mezcla, me resultó deliciosa, pareció enervarme. La misma mujer, una vez que la besaba con disimulo, me permitió bajar la nariz por su cuello para olería. Fuimos interrumpidos; «alguien viene», me dijo, apartándose.

«¿Por qué huelen tan bien las señoras?», le pregunté un día a mi madre. Mi madre dejó un momento su trabajo y se rió quedamente. «No sabía que olían bien». «Sí, sí que huelen bien, y especialmente cuando llevan puestas prendas interiores». «Las señoras», dijo mi madre, «usan pachuli y otros perfumes». Yo lo suponía, pero la actitud de mi madre me convenció de que mi pregunta le resultaba incómoda.

Solía apoyarme en los respaldos de las sillas donde se sentaban señoras, acercarles la cara al cuello lo más que podía, inhalar sin ruido sus olores y hablar en voz baja. No todas las mujeres olían bien, y, cuando esto ocurría, no era a pachuli, porque conseguí pachuli, que me gustaba, y me perfumaba con él. A lo largo de mi vida, siempre he tenido el delicado sentido del olfato de una mujer y, más adelante, me resultaba encantador abrazar el cuerpo desnudo de una mujer joven, fresca y sana.

Más o menos a partir de aquel momento de mi vida, recuerdo los acontecimientos notables con mucha más claridad, aunque a menudo no pueda acordarme de las circunstancias que me llevaron a ellos ni de las posteriores. Un día, Miss Granger, nuestra antigua institutriz, vino a vernos. Yo la besé. Mi madre dijo: «Wattie, no debes besar así a las señoras, eres demasiado mayor». Senté a Miss Granger en mis rodillas, en broma (mi madre estaba en aquel momento en la habitación), y jugué con ella. Mi madre nos dejó en la habitación y entonces, sentando otra vez a Miss Granger en mis

rodillas, la estreché contra mí. «Béseme, se ha ido», dije. «¡Oh! ¡Vaya niño!», y me besó diciendo: «Déjame… ir… ahora… viene tu mamá». Recordé entonces que le había metido la mano por debajo de la ropa y que le había palpado el pelo entre las piernas. Se me puso tiesa; es mi primer recuerdo claro de una erección pensando en una mujer. La estreché fuertemente, le puse una mano encima e hice algo, no sé qué. Me dijo: «Eres un maleducado, Wattie». Entonces la pellizqué y dije: «¡Oh! ¡Qué pecho más grande tiene!». «¡Shh!, ¡shh!», me dijo. Era una mujer bastante alta, de pelo castaño. Oí a mi madre decir que tenía unos treinta años.

Entonces, tuvo lugar un episodio memorable. En nuestra casa, entre otras sirvientas, había dos hermanas. En aquel tiempo, mi padre estaba en el extranjero; yo crecía tan rápidamente que mi diferencia de estatura se percibía con el paso de los meses, pero era muy débil. Mi padrino solía mirarme y preguntar severamente si me dedicaba a esos trucos de los muchachos. Yo ya suponía lo que él quería decir, pero le contestaba que no lo entendía. «Sí, sí, me entiendes; sí que me entiendes», me decía él, mirándome fijamente; «ten cuidado, o morirás en un manicomio si lo haces, y lo sabré por tu cara, no te daré ni un penique más». Había sido comandante cirujano en el ejército, y me daba mucho dinero de bolsillo. Yo no podía soportar que me mirase así; él me preguntaba por qué bajaba la vista.

Más o menos por entonces, tuve unas fiebres y falté largo tiempo al colegio; solía quedarme echado en el sofá, leyendo novelas todo el día. Miss Granger había venido a pasar algunos días con mi madre. Un día le metí la mano por debajo de la ropa, casi hasta las rodillas; se sintió ofendida y se alejó, después de besarme. Con ella dormía una de mis hermanitas, en un cuarto contiguo a la habitación de mi madre; yo dormía ahora en el piso de las sirvientas, en la parte alta de la casa. Recuerdo también que se me ponía tiesa cuando estaba cerca de Miss Granger, pero no recuerdo nada más.

Mi madre me ordenó entonces que dejase de hablar con las sirvientas salvo cuando quisiera algo, aunque estoy seguro de que mi madre no sospechó jamás que yo las besaba. La obedecía hipócritamente, y llegué incluso a recibir reprimendas por hablarles en tono demasiado imperioso. Me dijo que hablara respetuosamente

a las sirvientas. En cualquier caso, yo las perseguía, mi curiosidad era insaciable, sabía la hora a la que cada una de ellas subía a vestirse, o a otra cosa. Cuando estaba en casa, me situaba en el vestíbulo, o cerca de la escalera, para verles las piernas cuando subían. Escuchaba detrás de sus puertas, tratando de oírlas mear y empecé entonces a mirarlas a través de las cerraduras.

Una sirvienta corpulenta. — Dos hermanas. — Axilas. — Un tanteo silencioso. — Sueños indecentes. — Palpado por una mujer. — Erecciones. — Mi prepucio. — Mirando y palpando. — Tía y sobrina. — Los muslos de una sirvienta. — No lo bastante hombre.

Una sirvienta corpulenta, de la que tendré buena ocasión de hablar, retenía gran parte de mi atención; generalmente, iba a su cuarto cuando mi madre dormía la siesta por la tarde, o cuando salía con mis hermanas y mi hermano. Cuando estaba enfermo, esta mujer solía traerme caldo de carne; yo le pedía que me besase, y la quería tanto que la estrechaba en mis brazos y la sujetaba, mis brazos en los suyos, diciéndole que me gustaría mucho verle los pechos; a todo lo cual me contestaba con una voz muy dulce, como hablando con un bebé. Me pregunto ahora si mi homenaje le daba placer, e incluso si mis presiones amatorias la ponían cachonda. Estaba prometida, pero de eso sólo me enteré posteriormente, cuando mi madre habló de ello; como ya he dicho, su hermana vivía también con nosotros.

La hermana era hermosa, según mis nociones de entonces (empiezo a recordar las caras claramente desde aquel momento); ambas tenían la piel brillante y clara. Yo las besaba a las dos, y ambas decían: «No se lo diga a mi hermana» y preguntaban: «¿Ha besado a mi hermana?». Yo poseía una astucia natural para las mujeres, y siempre decía que no había hecho nada ni parecido. Siempre estaban riñendo, y mi madre comentaba que se tendría que deshacer de una de ellas.

La más joven bailaba a menudo por la habitación con mi hermanita, y las enaguas se le levantaban cuando giraba. Me fui sintiendo mejor, y solía echarme con una almohada en la alfombra, de espaldas a la luz, para leer. Decía que me sentía más descansado en el suelo, aunque lo que esperaba era verle las piernas cuando se le levantaban las enaguas. Lo conseguí a menudo, y no me cabe

ahora duda de que ella quería enseñármelas, porque giraba muy cerca de mi cabeza de forma que pudiese verle hasta las rodillas, y me cubría la cabeza, cuando se ponía en cuclillas, con el borde de las enaguas, para inmediatamente quitarlas diciendo: «¡Oh!, va a ver más de lo que le conviene».

Aquello me excitaba. Un día lo hizo, y, cuando se puso en cuclillas, levanté la mano y tiré de la ropa; cayó de espaldas, levantó mucho las piernas, y por un segundo le vi los muslos; se rehízo, riendo. «Te he visto los muslos», le dije. «De eso nada». Un día me dejó ponerle la mano en el pecho; yo olisqueé. «¿Qué huele?», me dijo. Tengo la idea de que solía vigilarme cuidadosamente cuando me encontraba con su hermana, que siempre la estaba cuidando, y, antes de besarme, abría súbitamente la puerta, o salía de la habitación para después volver. Algunas veces, al abrirse súbitamente la puerta de la habitación, vi a la hermana tras ella.

La hermana mayor debía medir cinco pies y nueve pulgadas, y era de amplias proporciones; me parece que tenía veintidós años; conservo esa edad en mi recuerdo, mi madre la comentó. Tenía pelo y ojos marrones, recuerdo bien los rasgos de la mujer. Su labio inferior era como una cereza, con un corte claro por la mitad, causado, decía, por un picotazo de loro, que casi le cercenó el labio cuando niña. Recuerdo este rasgo con más claridad que ninguna otra cosa. Mi madre comentó que, a pesar de ser tan grande, era más silenciosa que ninguna otra de las que había en la casa y que su voz era muy suave; era como un susurro, o una flauta; creo que se llamaba Betsy.

Yo no tenía entonces ni el brío ni la decisión con las mujeres que adquirí posteriormente. Dudaba, temía ser rechazado o descubierto, pero halagaba y engatusaba. Betsy solía ocuparse de mis dos hermanitas (no había entonces niñera estable) y acostumbraba a sentarse con ellas en una habitación contigua a nuestro comedor; había un canapé y un gran sofá, y solíamos desayunar allí. También servía a la mesa y hacía otros trabajos. Estoy bastante seguro de que entonces no había hombres en la casa. Yo solía acostarme en el sofá de esta habitación. Un día, hablando con ella sobre su labio, levanté la cabeza y dije: «Déjame besarlo». Posó sus labios en los míos, y, poco después, si no estaba besando a su hermana, la estaba besando

a ella con regularidad, cuando mi madre no se interponía. Un día, cuando ella subía a su dormitorio, la seguí silenciosamente, como hacía con frecuencia, en la esperanza de oírla haciendo pis. Su puerta estaba entornada, una de mis hermanitas estaba en el cuarto con ella; supongo que yo andaba poseído de una incipiente cachondez. Estaba enseñando a la niña a subir las escaleras delante de ella, sujetándola, y, cuando se agachó, pude vislumbrar sus gruesas pantorrillas. Ya en la puerta, no pude verla lavarse, porque lo hizo al otro lado del cuarto, pero oí el ruido del agua y, para mi deleite, el orinal se movió, y su pis repiqueteó. El espejo estaba cerca de la ventana. Se desplazó entonces hacia el espejo y se cepilló el pelo, sin bata, y entonces le vi las piernas y buena parte del pecho, que me pareció enorme.

Observé entonces pelo en sus axilas; debió de ser la primera vez que percibía algo así, porque, poco después, le conté a un muchacho que las mujeres castañas tenían pelo en las axilas; me dijo que hasta el más idiota lo sabía. Cuando terminó de cepillarse, se dio la vuelta, se acercó a la puerta y la cerró: no me había visto.

Me enamoré de aquella mujer; un deseo indefinible se apoderó de mí, siempre estaba besándola, y ella devolvía los besos sin dudar. «¡Shh!, viene su mamá»; entonces se ponía a trabajar, o a hacer algo con los niños, si estaban allí, con la mayor seriedad posible. Al escribir ahora, declaro con certeza que creo haber proporcionado a esa mujer un placer lascivo con mis besos; los suyos eran tan parecidos a los de tantas mujeres con las que en años posteriores he jodido, tan largos, tan suaves, tan apretados…

Un día, me encontraba tendido en el sofá de la sala de estar, leyendo, y ella estaba sentada trabajando; no puedo decir dónde estaban ni los niños ni mi madre; debían haber salido; no sé por qué esta sirvienta estaba sola en la habitación conmigo. Sobre la mesa, había algo que el médico me había ordenado beber de cuando en cuando. «Siéntate a mi lado, me gusta tocarte, querida» (solía llamarla «querida»). Acercó la silla al sofá, de forma que sus muslos quedaron cerca de mi cabeza, me pasó la medicina, me volví de costado, le puse la cabeza en el regazo y después la mano en la rodilla. «Bésame». «No puedo». Levanté la cabeza y ella se inclinó hacia delante y me besó. «No quites la cara, quiero decirte algo». Entonces le conté que la había visto cepillándose el pelo, y los

pechos y las axilas. «¡Oh!, ¡niño atrevido! ¡Niño travieso! No volverá a hacerlo, ¿verdad?». «¿Cómo que no?, si me das la oportunidad; agacha la cabeza, tengo que decirte otra cosa». «¿Qué?». «Si me miras, no puedo; acerca la oreja a mi boca». Estaba deseando contárselo, y no podía hacerlo mientras ella me miraba. Recuerdo con toda perfección mi gran vergüenza y, más que eso, el miedo que me daba decirle lo que quería decir.

Acercó la oreja a mi boca. «Te he oído hacer pis». «¡Oh! ¡Travieso!». Y rompió a reír quedamente. «Ya tendré cuidado de cerrar la puerta de aquí en adelante». Dejé caer la mano por el lado del sofá, se la puse en el tobillo, después en la pantorrilla (sin resistencia); después, fui subiéndola poco a poco hasta encima de la liga y sentí la carne; ella estaba enhebrando una aguja. Cuando llegué al muslo, se apretó ambas manos contra los muslos, impidiendo mayores investigaciones. «Bueno, Wattie, se permite demasiadas libertades porque le he dejado tocarme los tobillos». Me quejé, gemí. «Oh, déjame, querida, bésame, querida; sólo un minuto». Traté con el mayor cuidado de llevar más lejos la mano (era mi mano izquierda). «¿Qué quiere?». «Quiero tocártelo, ¡oh!, bésame… déjame… déjame… Betsy, déjame», y levanté la cabeza.

Sentada, inclinada hacia mí, que seguía echado, hasta doblarse casi sobre sí misma, puso los labios sobre los míos y, besándome, dijo: «¡Qué niño más maleducado es usted! ¿Qué espera encontrar?». «Sé cómo se llama, y es peludo, ¿verdad, querida?». Sus manos se relajaron, se rió, mi mano izquierda se deslizó hacia arriba, hasta sentir la parte baja de su vientre. Sólo pude pasarle los dedos por el pelo, sin tocar ni raja ni agujero, estaba demasiado excitado para pensar, ignoraba demasiado la naturaleza del aparato femenino, pero recuerdo perfectamente mi deleite al sentir el tacto de los muslos tibios, y el pelo, que yo ya sabía se encontraba por fuera del coño, en algún lado.

Siguió besándome, diciendo en un susurro, «qué niño más maleducado es usted». Musité entonces pudorosamente todo lo que había leído, le conté que tenía el Aristóteles escondido en el armario, y me pidió que le prestase el libro. Sólo toqué pelo, sus muslos debían estar bien cerrados, y mi mano, al moverse, tropezaba dolorosamente con una gran ballena de corsé. En años posteriores, he sentido ese obstáculo a mi empresa con otras

mujeres.

Después, me sobrevino una sensación voluptuosa, como si me desmayase de placer, una especie de sueño en el que sus labios se juntaban con los míos, mientras ella decía: «¡Oh!, ¡qué vergüenza!» y las puntas de mis dedos se mezclaban con su pelo, mi mano con la tibieza de la carne de sus muslos, sintiendo allí cierta humedad, pero no recuerdo nada muy claramente.

Parece que, desde entonces, me sorbió el seso. Dejé de hablarle a su hermana, y sólo podía pensar en su cuello, en sus piernas y en el pelo de su bajo vientre. Estuve varias veces en esa misma habitación con ella, y me permitió tomarme las mismas libertades, pero no otras. Le dejé el Aristóteles, que me habían prestado, y recuerdo que un día se me puso tiesa, y que me sobrevino una extraña, abrumadora, y perfectamente indescriptible sensación, un deseo de decirle «coño», y hacerla palparme, y al mismo tiempo un temor y un miedo de que mi picha no fuese como otras pichas y de que ella fuera a reírse de mí. A partir de entonces, solía echarme la piel hacia abajo violentamente todos los días; sangraba, pero lo conseguí. Se fue haciendo más fácil, pero no recuerdo para nada haber concebido el deseo de follarme a esa mujer. Todo cuanto recuerdo de esas sensaciones queda aquí descrito.

Seguía enfermo, porque por las noches me traían a la cama una copa de arrurruz. Generalmente lo hacía mi madre, pero a veces lo hacía la mujer corpulenta; a mí me encantaba que no lo hiciera mi madre. Entonces la besaba como si nunca quisiera separarme de ella, pero mi mano salía de la cama, se abría un camino por debajo de sus ropas hasta llegar al pelo. Ella echaba entonces el culo hacia atrás para que no pudiera tocar más. Una noche, se me puso tiesa. «Llévate la luz», dije, «quiero decirte una cosa». La puerta estaba medio abierta cuando hizo lo que le pedí, un rayo de luz cruzaba la habitación, mi cama quedaba en sombras. «Déjame que te toque más, querida, y bésame». «¡Niño travieso!», pero nos besamos, volví a palparle los muslos, el vientre y el pelo. «¿De qué le sirve hacer eso?», dijo. Me hice con su mano y me la puse en la polla, por debajo de las sábanas. Se inclinó sobre mí, besándome y diciendo «niño travieso», pero palpando la picha y sus alrededores, no sé cuánto tiempo. «¡Oh! Me gustaría tocarte el agujero», dije. «¡Shh!», dijo ella, saliendo del cuarto y cerrando la puerta.

Después de eso, me palpó varias veces. Cuando mi madre me traía el arrurruz, pensando que a mí me gustaba que lo hiciera, yo no lo tomaba, alegando que estaba demasiado caliente. Ella decía: «No puedo esperar, Wattie, a que se enfríe». «No importa, mamá, no lo quiero». «Pero tienes que tomarlo». «Bueno, déjalo aquí». «Bueno, no te duermas, y te lo mandaré con Betsy dentro de unos minutos». Y Betsy subía, me besaba rápida y voluptuosamente, dejando sus labios en los míos dos o tres minutos cada vez, moviendo la mano para palparme la picha, con mis dedos en su toisón, los muslos cerrados, hasta que se iba silenciosamente de la habitación. Estoy seguro de que nunca llegué a meterle la mano entre los muslos.

Yo deseaba hablarle de todo lo que había oído, pero no creo haber hecho nunca más de lo ya relatado, porque temía usar palabras indecentes con una mujer, aunque ya me servía de ellas con bastante libertad entre los chicos. Solía hablarle sólo de su agujero, de mi cosa, de hacerlo, etc.; pero lo que la hacía reír es que yo lo llamase *pudendum*, palabra que había sacado de mi Aristóteles y de mi diccionario de latín. A pesar de todo, y a pesar de las voluptuosas sensaciones que solían apoderarse de mí, no me ha quedado ningún recuerdo claro y definido de haber querido follármela, ni llegué jamás a decirle porquería alguna mirándola a la cara.

Fui mejorando. Ya se negaba a palparme y a dejarme palparla, por considerarme demasiado atrevido. Un día, justo al anochecer, mientras ella cerraba las persianas del comedor, me acerqué por detrás y, después de inclinarle hacia atrás la cabeza para besarla, me agaché y le levanté las ropas hasta la cintura; todo su trasero quedó expuesto. Oh, qué blanco y enorme me pareció… Giró rápidamente sobre sí misma, sin gritar, pero diciendo en voz baja: «¿Qué estás haciendo? ¡No lo hagas!». Cuando se dio la vuelta, también me volví yo, regodeándome en la contemplación de su culo, después le puse en él ambas manos, las deslicé por sus muslos y, arrodillándome rápidamente, acerqué los labios a sus carnes, dejando que las enaguas cayeran sobre mi cabeza. Me desplazó, diciendo que jamás volvería a hablarme. A partir de ese momento, nunca volvió a tocarme ni me permitió libertad alguna, y no tardó en irse. Uno o dos años después, vino a ver a mi madre con su bebé. Me sonrió. No recuerdo qué pasó con su hermana, pero creo que

nos dejó también pronto.

Yo no era físicamente fuerte, mis órganos sexuales no estaban del todo desarrollados, pues estoy seguro de que hasta entonces no me había corrido nunca; quizás el hecho de crecer rápidamente y las fiebres pudieran tener algo que ver con ello. He oído que mi padre volvió a casa acongojado y enfermo. Poco después nos quedamos con sólo dos sirvientas, un criado que no dormía en casa y un jardinero. A mi padre le recomendaron ir al mar, mi madre se fue con él, llevándose a los niños y a una sirvienta (entonces todos iban en coche). Una de las hermanas de mi padre, mi tía, que era viuda, vino a hacerse cargo de la nueva casa, y trajo consigo a su hija, una chica delgada y rubia de unos dieciséis años.

Yo me quedé en casa, para ir al colegio; la sirvienta que quedó en la casa era una mujer joven, agradable y regordeta, de pelo oscuro, que estaba siempre riéndose; tenía que hacerlo todo. Mi padrino, que vivía a una o dos millas de nosotros, y cuya hermana soltera se ocupaba de la casa, quería verme con frecuencia, y su insistencia llegó a aburrirme. Me hacía pasar en su compañía todas las medias vacaciones, caminando y cabalgando; insistía en que remase, jugase al *cricket* y practicase juegos atléticos cuando no estuviera estudiando. Supongo que el viejo médico adivinaba mi temperamento y pensaba que, teniéndome bien ocupado y fatigado, impediría pensamientos eróticos. Quería que me quedase en su casa, pero me negué, porque estaba más lejos del colegio, y no insistió.

Mí tía dormía en el cuarto de mis padres, mi prima en el cuarto contiguo. Durante la ausencia de mis padres a mí me bajaron del piso superior a dormir al mismo piso que mi tía. No llevaban una semana en la casa cuando le oí hacer pis a mi prima, y me quedé escuchando tras la puerta de su dormitorio, noche tras noche, en bata, tratando de vislumbrar sus encantos a través del agujero de la cerradura; pero sin éxito.

Me insinué a la sirvienta; lo inicié una vez que estaba arrodillada, montándome en su espalda. Eso la hizo reír, me dio un empellón y me tiró; entonces, la besé, y ella me besó a mí. Riñó con mi tía, que era muy pobre y orgullosa y quería cena caliente a las siete, y yo mi comida a mediodía. La sirvienta dijo que no podía hacerlo todo. La chica me dijo en voz baja «cocinaré para usted,

para que no le falte, y que ella se quede sin nada caliente por la noche». No la quería. Mi tía decía que era una insolente y que iba a escribir a mi madre quejándose de que perdía el tiempo con el jardinero. Mi padrino renovó entonces su oferta de acogerme en su casa, pero yo no quería, porque me iba muy bien con los besos de la sirvienta, y de alguna manera las cosas se calmaron por sí mismas. Aprendí las costumbres de mi tía e intentaba llegar a casa cuando ella no estaba, para estar solo con la sirvienta; pero escapar de tía y de padrino era difícil. A veces, lo hacía, diciendo que iba a ir a algún sitio con otros chicos, las tardes libres, o algo así, pero raras veces tenía éxito.

Una tarde, la sirvienta se fue a su dormitorio; la seguí con el corazón palpitando y la empujé hasta la cama. Era una mujer descarada y bromista, y supongo que sabía mejor que yo de qué iba el asunto. Recuerdo que cayó sobre la cama y enseñó hasta las rodillas. «¡Oh! ¡Qué piernas!», dije. «No hay de qué avergonzarse», dijo ella. Fueran cuales fueran mis deseos e intenciones, no seguí adelante. Naturalmente, mis parientes habían salido.

Otro día, nos pusimos a retozar y a luchar con las almohadas de su cama, ella en el descansillo, yo en mitad de la escalera, tratando de mantener la cabeza a nivel del descansillo en que ella se encontraba para verle hasta las rodillas cuando se movía hacia atrás y hacia delante recogiendo las almohadas para tirármelas. Aunque yo me consideraba muy astuto, por conseguir ver lo que veía, ella sabía de qué iba la cosa. Luché con ella por una almohada en el descansillo, rodamos por el suelo. Le metí la mano debajo de la ropa, hasta los muslos y le palpé el pelo. «Ésa es tu cosa», le dije, armándome de valor. «¡Oh!, ¡oh!», rió, «¿qué ha dicho?». «¡Tu cosa!». «¡Mi cosa!, ¿qué es eso?». «El agujero que hay debajo de tu tripa», le dije, avergonzado de mis palabras. «¿Qué quiere decir? ¿Quién le cuenta esas cosas? No tengo ningún agujero». Es extraño, pero el hecho es que no tuve valor para decir más y me fui, jugando, escaleras abajo.

Más adelante, en algunas ocasiones, jugué con ella más brutalmente y le palpé los muslos; pero el temor me impidió seguir subiendo. Me dio muchas oportunidades, pero mi timidez me impidió aprovecharme de ellas. Un día me dijo: «No sirve usted para gran cosa, a pesar de ser tan grande», y me besó largo rato con

furia; sin embargo, que yo sepa, nunca me apercibí de mis deseos, ni de mis oportunidades, aunque ahora veo con claridad que, por niño que fuera yo, ella quería que la montase.

Más o menos por aquel tiempo —no sé cómo lo conseguí—, me hice con un libro que describía las enfermedades causadas por los sacrificios a Venus. Las ilustraciones del libro —caras cubiertas de costras, manchones y erupciones— se apoderaron de tal forma de mi mente que tardé veinte años en erradicar totalmente el temor que provocaron en mi espíritu. Se las enseñé a algunos amigos, y todos nos asustamos. Yo no tenía idea clara de lo que eran la sífilis y la gonorrea, pero todos nos convencimos de que ambas cosas eran espantosas. También mi padrino me insinuaba por entonces las enfermedades que los hombres adquirían en su relación con mujeres malas y laxas; quizá fue él quien puso el libro a mi alcance. También se trataba de la masturbación, y no me cabe la menor duda de que las terribles relaciones de gentes que morían por causa de ella o que terminaban con una camisa de fuerza me influyeron enormemente. Algunos de nosotros tardamos varios días en averiguar a qué se refería el libro cuando hablaba de masturbación, onanismo, o el término que fuera. Usamos diccionarios y otros libros para enteramos, hasta que finalmente uno de los chicos mayores nos explicó el significado.

Una tarde que mi tía había salido (creo que yo no había hecho ningún plan), comí alguna cosa y entré después en la cocina, donde la sirvienta estaba sentada cosiendo a la luz de una vela. Me puse a hablar, la besé, le hice carantoñas, empecé a levantarle la ropa, y todo terminó con ella corriendo por la cocina y yo persiguiéndola, ambos riéndonos y deteniéndonos de vez en cuando para escuchar si mi tía llamaba. «Voy a echar el cerrojo a la puerta de fuera», me dijo, «así su tía tendrá que llamar. Si llega a la puerta de dentro nos oiría, con el ruido que hace usted». Echó el cerrojo y volvió.

La cocina estaba en la planta baja, separada del cuerpo principal de la casa por un pasillo corto. La senté en mis rodillas. Yo era ya un muchacho grande, y, aunque fuera todavía un niño, mi voz estaba cambiando; me tomó el pelo al respecto, entonces le metí la mano por debajo de las enaguas y me dio tan violento pellizco en la picha (ropas por medio) que chillé. Cada vez que yo me encontraba en buena posición en nuestros combates amatorios, ella decía:

«¡Oh!, ¡shh!, su tía está llamando», y me asustaba, pero acabó sentada en mis rodillas, con mi mano en los muslos y palpándome la polla, y también sus alrededores y por debajo. «No tiene pelo», me dijo. Eso me molestó, porque no tenía más que un poco. Después, aunque no recuerdo cómo, consintió en entrar conmigo en el gabinete, tras haber estado sentados juntos, palpándonos un rato, si es que podía llamarse a eso palpar, porque mis dedos sólo llegaban a tocar la parte superior de la muesca. «Si lleva luz no iré», me dijo, por lo que dejé la vela y, tomándola por el brazo, cruzamos el pasillo hasta el pequeño vestíbulo de la sala principal; cerró la puerta y nos quedamos a oscuras. Y ahora sólo recuerdo en líneas generales lo que ocurrió. Parece como si todo hubiera durado un minuto o dos, aunque la experiencia me dice que debió de ser más prolongado.

Nos sentamos en un canapé o en un sofá, me cogió la polla; yo le puse la mano en el coño, porque estaba sentada con los muslos bien abiertos. Fue la primera vez que palpé de verdad a una mujer, y ella quería que la palpase bien. Qué grande, peludo y mojado parecía; su tamaño me abrumó de asombro, no encontré el agujero, no recuerdo haberlo buscado, estoy seguro de que no llegué a meter el dedo, todo lo que había bajo su vientre parecía coño, mojado y caliente y resbaladizo. «Dese prisa, su tía llegará pronto», dijo en voz baja. Pero yo estaba absorto con el coño, manoseándolo y palpándolo, maravillado y deleitado por su tamaño y sus otras cualidades. «Va a llegar su tía», y, dejando de palparme la picha, se tumbó con medio cuerpo fuera del canapé. «No, no, así no», recuerdo las palabras, pero no sé lo que estaba haciendo; después, me encontré de pie a su lado, con la picha tiesa, y aún palpándole, asombrado, el coño. «No puedo… pare… suba al sofá». Me medio eché sobre ella, mi polla tocó algo… su coño, naturalmente. Sólo Dios sabe si entró o no, empujé, lo sentía suave en mi polla, pero entonces me sobrevino el temor de alguna horrible enfermedad y dejé de hacer lo que estuviera haciendo. «Siga, siga», me dijo, levantando el vientre. Yo no podía, no dije nada y me quedé sentado a su lado; ella se levantó. «No es lo bastante hombre», me dijo, cogiéndome la polla. No estaba tiesa, bajé la mano, y una vez más el gran tamaño (era mi impresión) de su coño me maravilló. No sé lo que entonces hizo conmigo, pudo haberme masturbado, creo

que lo hizo, pero no estoy seguro, me sentía muy desgraciado porque me había dicho que no era lo bastante hombre, y la desgracia se mezclaba con el temor a la enfermedad. «Déjame probar», dije; se recostó otra vez, tengo el vago recuerdo de que mi dedo penetró en algún lugar profundo, de que mi picha tocaba otra vez sus muslos y se frotaba con algo suave, pero nada más. «No es bastante hombre», volvió a decir. Un timbrazo… «¡Cuidado! Es su tía, ¡márchese!», y era mi tía.

Pasé al cuarto contiguo, donde estaban mis libros y una lámpara, ella acudió a la puerta de la calle. Mi tía y mi prima entraron y subieron a su dormitorio, yo me quedé sentado oliéndome los dedos; por primera vez, puro olor a coño. Olí y olí hasta perder casi el sentido, sentado, mirando fijamente un libro, como si leyese, pero con los dedos en la nariz y pensando en el coño, en su maravilloso tamaño y olor. Mi tía bajó. «¿Te has acatarrado, Wattie?». «No, tía». «Pequeño, tienes los ojos muy inflamados». Poco después, me dijo otra vez: «¿Estás constipado?». «No, tía». «¿Por qué sorbes así, y por qué te pones la mano en la boca?». De pronto, el temor a la sífilis se apoderó de mí, subí a mi dormitorio, me enjaboné y me lavé la polla y me quedé espantosamente asustado.

Me abrumaban mezclados sentimientos: orgullo por haber puesto la polla en contacto con un coño o haberla metido, temor a haber contraído una enfermedad y vergüenza por no ser lo bastante hombre. El instinto me decía que había fracasado ante aquella mujer, y mi orgullo estaba lastimosamente herido. Traté de evitar verla, en vez de entrar excitado en cualquier habitación donde fuera probable encontrarla sola un minuto, como hacía antes. Estuve así tres días, hasta que el miedo a la enfermedad desapareció, y mis esperanzas de volver a palparle el coño, o de echarle un palo —no sé cuál—, me llevaron a ella.

Durante esos tres días me lavaba la polla a la menor oportunidad y sólo pensaba en lo que había ocurrido; todo ello me parecía apresurado, confuso, imposible; me preguntaba, y aún me pregunto, si mi polla la penetró o no; pero, por encima de todo, el tamaño del coño me llenaba de asombro, pues, aunque había vislumbrado algunos coños, como ya he relatado, y aunque ya había visto algunos dibujos de la larga raja, hasta que poseí a una mujer

nunca me di cuenta de que aquello era sólo la parte exterior del coño. Mis dedos resbalaron sin duda sobre la superficie del suyo, de clítoris a ojo del culo; el espacio que mi mano cubría me llenaba de asombro, e igualmente el olor que quedó en mis dedos; pensé en eso más que en ninguna otra cosa. Ahora me parece irrisorio, pero entonces era para mí algo maravilloso.

Cuando volví a entrar sigilosamente en la cocina, me dio vergüenza mirarla y me fui casi inmediatamente, pero un día volví a palparla. Se rió, me puso una mano por fuera de los pantalones, me dio un leve pellizco en el pito y me besó. «¡Vamos a hacerlo!», dije. «¡Señor!, no es lo bastante hombre», y una vez más me escabullí avergonzado.

Mi primera paja. — Mi padrino. — Meditaciones sobre la copulación. — Aromas masculino y femenino. — Criada y jardinero. — Muere mi padre. — Un sueño húmedo. — Estafados por una puta.

No sé con qué frecuencia se me ponía entonces tiesa. No tengo recuerdo claro de sensaciones voluptuosas, pero no cabe duda de que durante ese desmayo deleitoso que tuve cuando la gran Betsy me permitió ponerle la cabeza en el regazo y palparle los miembros, el impulso hacia la mujer se vio acompañado de placer sensual, aunque no recuerde el hecho; pronto, sin embargo, habría de manifestarse mi virilidad.

Un día, algo después de haberle palpado el chocho a aquella sirvienta, observé que, por debajo del prepucio, tenía una materia blanquecina y de fuerte olor, y que me dolía la parte inferior de la punta de la polla. Al principio, pensé que se trataba de una enfermedad y, tirando de la piel, hice una especie de copa, eché allí agua caliente y, removiéndola un poco, me lavé toda la nuez, dejando escapar la infusión de tan cachondo olor. Esto puso de manifiesto mi necesidad de mujer, aunque yo no sabía qué era aquella exudación, que al principio me dejó aterrado. Un día en que había estado jugueteando con la chica, se me puso tiesa, volvió a dolerme la polla y, cuando me la estaba lavando con agua tibia, se hinchó, la froté con la mano, lo que me produjo un placer inesperado, hasta que me sobrevino rápidamente una voluptuosa sensación, tan emocionante y penetrante que jamás la olvidaré. Me dejé caer en una silla, palpándome suavemente la picha y, un segundo más tarde, la leche salió proyectada, en grandes gotas, a una buena yarda de distancia, y un líquido más fluido me corrió por los nudillos. Me había hecho una paja, sin querer.

Vino después el asombro, mezclado con repugnancia; examiné con la mayor curiosidad el líquido viscoso e inquietante, lo olí, y creo que lo probé. Después, me sobrevino el temor a mi padrino, y

el de ser descubierto; a pesar de todo, tras limpiar mi esperma del suelo, subí a mi dormitorio y, cerrando la puerta, me masturbé hasta quedar exhausto.

Quería un confidente y se lo conté a dos compañeros de colegio, dos hermanos; no podía mantenerlo en secreto y en verdad estaba orgulloso, aunque avergonzado, de hablar del placer. Ambos tenían la polla mayor que la mía y nunca me habían hecho burla por no poder echarme el prepucio atrás con facilidad. Poco después, vinieron a verme, nos fuimos todos al jardín, ambos me tiraron hacia atrás del prepucio, yo lo hice con los suyos, y después nos masturbamos todos en una letrina.

Después, escribí a Fred, que estaba en un gran colegio privado, contándole lo de mi masturbación. Me contestó que en su colegio habían pescado a algunos muchachos haciéndolo y les habían azotado; que un chico grande, a punto de partir para Oxford, había poseído a una mujer y contraído una fuerte sífilis. Me suplicaba que quemara su carta, o que la tirase por el cagadero en cuanto la hubiera leído, añadiendo que estaba aterrado porque había perdido la mía, y que no debía escribirle jamás tales cosas al colegio, porque el preceptor abría diaria e indiscriminadamente una o dos cartas de los chicos. Sabía que mi madre no estaba y por ello no le importaba escribirme. Cuando me enteré de que había perdido mi carta, yo también me aterré; la carta nunca se encontró. No sabría decir si el preceptor se hizo con ella, o si la mandó a mi padrino, pero lo cierto es que, después de haberme masturbado una noche hasta quedar exhausto, mi padrino vino a verme.

Me miró fijamente. «Pareces enfermo». «No, no lo estoy». «Sí, sí que lo estás, mírame a la cara, te la has estado meneando», me dijo, con esas palabras. Antes de eso, jamás había pronunciado ante mí una palabra inapropiada. Yo lo negué todo. Él bramó: «No lo niegues, señor mío, nada de mentiras, lo has estado haciendo, señor mío; no añadas mentiras a tu bestialidad, te has dedicado a ese truco asqueroso, te lo veo en la cara, morirás en un manicomio, o de tuberculosis, nunca más obtendrás de mí un penique de dinero de bolsillo y no pienso comprarte el grado de oficial, ni dejarte dinero cuando me muera». Yo seguí negándolo con el mayor descaro. «Punto en boca, pequeña bestia, o se lo escribiré a tu padre». Eso me dejó taciturno, diciendo sólo ocasionalmente: «¡No

lo he hecho!». Se puso airadamente el sombrero y me dejó en un estado de ánimo muy incómodo.

Yo sabía que mi padre no andaba tan bien de dinero como antes, mi madre me insistía siempre en que no ofendiese al padrino, y acababa de hacerlo. Se lo escribí todo a Fred, él dijo que el viejo zorro era médico, lo cual era muy mala suerte; se preguntaba si de verdad me había visto señales en la cara, o si estaba fingiendo; que no fuera tonto y que siguiera negándolo, y que dijera que no lo había hecho, pero que era mejor que dejara de masturbarme.

Desde aquel momento, mi padrino andaba siempre detrás mío, me esperaba a la salida del colegio, pasaba conmigo mis medias vacaciones, se quedaba sentado conmigo y con mi tía alguna tarde hasta la hora de acostarse, me hacía montar a caballo y pasear con él en coche, no volvió a darme dinero de bolsillo, y nadie más lo hacía, por lo que yo no estaba muy contento.

El placer de la masturbación, una vez catado (y no antes) me abrió los ojos al misterio de los sexos; parece que comprendí inmediatamente por qué se juntan los hombres y las mujeres, pero seguía maravillado por todo ello. El correrse parecía algo sucio, y el olor del coño algo extraordinario en una mujer, cuyo aroma me resultaba generalmente tan suave y embriagador. Leí novelas con más dedicación que nunca. Me gustaba estar cerca de las mujeres y mirarlas más que nunca, ya fueran jóvenes o viejas, ordinarias o delicadas; siempre estaba mirándolas y pensando que tenían un coño que olía fuerte y preguntándome si se las habían follado. Solía mirar fijamente a mi tía y a mis primas, preguntándome lo mismo. Apenas me parecía posible que las dulces damas tan bien vestidas y de lengua tan delicada que venían a casa dejasen que un hombre les metiera leche por el coño. Después, empecé a preguntarme si las mujeres se corrían y cómo; qué placer les proporcionaba joder, etc.; y me preguntaba en todas las formas posibles por la copulación, asombrado por la rareza del esperma oloroso y viscoso, proyectado en el agujero de entre los muslos de una mujer. A menudo pensé que todo el asunto debía ser un sueño, después, pensaba que no se podía poner en duda. Una de las cosas que dudaba era si el chocho de la sirvienta, cuyo olor me había quedado en los dedos, estaba enfermo o no.

Es posible que el miedo a ser sorprendido me alejase de la

masturbación, pero yo era débil, crecía rápido y no recuerdo grandes deseos, aunque estaba loco por entender mejor el coño. En mi cabeza no queda la impresión de haber tenido el deseo de joder en uno, sino sólo el de verlo y, sobre todo, de olerlo. El recuerdo de su aroma parece haber ejercido sobre mí un extraño efecto. No me gustaba mucho, pero estaba deseando volver a olerlo. Un día, aprovechando una oportunidad, conseguí palpárselo a la sirvienta; era al anochecer, ella estaba de espaldas a la pared y me palpó la polla mientras yo la palpaba a ella; fue cosa de un segundo o dos, porque estábamos otra vez asustados. Me fui a la sala de estar y me pasé el resto de la tarde oliéndome los dedos y mirando a mi prima. Esto ocurrió una vez más, y ahora pienso que la sirvienta debía estar a punto de dejarme joderla, porque también ella me había palpado la polla y había dicho, en son de burla: «Aunque le deje, no es usted lo bastante hombre»; me envalentoné, le solté que me había corrido, recuerdo que me dijo: «¡Oh, menudo cuento!», y entonces fue cuando algo, no sé qué, nos hizo huir. Ahora veo con claridad que no supe aprovechar mis oportunidades.

Me gustaba la química, lo que servía a mis propósitos, como más tarde se verá, y solía hacer experimentos en un lavadero, contiguo por fuera a la cocina, con mis ácidos y mis bases; eso me permitía entrar en la cocina sigilosamente, pero la disposición de la casa hacía fácil que mi tía apareciese súbitamente en la cocina.

La ventana de mi dormitorio daba al patio de la cocina, donde se encontraba el lavadero, un cuarto de herramientas y una letrina de servicio, etc., etc., todo ello rodeado por un muro, con una puerta que conducía al jardín; del lado del jardín, nada más entrar, había un cobertizo de jardinero. Por la mañana, la sirvienta solía abrirle al jardinero la puerta de la cocina, y él cruzaba el patio de la cocina para entrar en el jardín. Una mañana, temprano, mientras meaba en el orinal de mi dormitorio observando a través de las persianas, vi asomar la cabeza de la sirvienta por el cobertizo del jardinero, y la vi después atravesar el patio de la cocina y entrar con gran prisa levantando la vista hacia la casa, como tratando de ver si había alguien en las ventanas. Se me ocurrió entonces que, si entraba muy temprano en la cocina, podría dedicarme sin miedo a mis jueguecitos indecentes, pues mis parientes nunca bajaban a desayunar hasta las ocho y media, mientras que la sirvienta bajaba

a las seis.

A la mañana siguiente, bajé temprano a la cocina, no vi a la criada y, pensando que podía estar en la letrina del patio de la cocina, la esperé. Las persianas estaban levantadas, y ella llegó poco después; se sobresaltó. «¡Vaya!, ¿qué pretende?». Creo que no dije una sola palabra, me acerqué de un salto, le metí la mano por debajo de las ropas hasta el coño. Me rechazó, me sujetó la mano con la que le había tocado el coño y me la apretó fuertemente, frotándola y mirándome, según recordé (aunque mucho después) de una forma muy rara. «¡Shh!, ¡shh!, es la vieja», me dijo. «No es ella». «Estoy segura de que he oído el timbre», y la verdad es que sonó el timbre. Subí sin zapatos, como una bala, a mi dormitorio, empecé a olerme los dedos, vi que estaban pegajosos y que el olor no era el mismo. Recuerdo que me pareció extraño que tuviera el coño tan pegajoso, había oído hablar de coños sucios —entre los chicos era una broma común— y pensé que el suyo debía estarlo, y que por esa causa el olor y el tacto eran diferentes. Dos o tres días más tarde, mi madre vino a la ciudad, se enfadó con la sirvienta, y me dijeron que me fuera del cuarto; ese mismo día y hora fueron despedidos la sirvienta y el jardinero, tomamos una asistenta y un jardinero temporal, y mi madre volvió al lado de mi padre enfermo. Con el paso de los años, cuando ya tenía mayor experiencia en todo esto, llegué a la conclusión de que mi tía había sorprendido al jardinero y a la sirvienta divirtiéndose con demasiada libertad, que los había despedido, y que la mañana en que se me pusieron pegajosos los dedos la muchacha venía de joder en el cobertizo del jardinero.

A pesar de todas las oportunidades que había tenido, tanto con la gran Betsy como con esta mujer, yo seguía siendo virgen. Cuando volví a ver a Fred, me dijo que le había palpado el coño a una de sus sirvientas. Le conté parte de lo que yo había hecho, pero no le dije que había tenido la oportunidad de echar un palo y que fracasé, porque temía sus burlas; como me veía obligado a dar el nombre de una mujer, mencioné a una de las sirvientas de mi padrino. Allí se fue, a tratar de meterle también mano, pero se llevó una bofetada. Hablábamos mucho del olor de los coños, y me dijo que un día, tras haber palpado a la sirvienta, entró en la habitación donde estaban sus hermanas y les dijo: «¡Oh, qué raro me huelen los dedos! ¿Qué

puede ser? Oledlos». Dos de sus hermanas se los olieron, le dijeron que no sabían qué era, pero que olían bien. Fred pensaba que ellas detectaron el olor a coño, porque se pusieron muy coloradas.

Yo había notado, cada vez que me lavaba la pastosa exudación, que la polla me olía muy fuerte. Cuando hablaba con Fred, me daban ganas de imitarle, por lo que una tarde me saturé los dedos de esencia masculina y, acercándome a mi prima, le dije: «¡Oh, qué raro me huelen los dedos! ¡Huélelos!». Los olió. «Es feo, debe de ser uno de tus productos químicos», me dijo. «Creo que no, huele otra vez; no se me ocurre qué puede ser. ¿A qué se parece?». «Creo que nunca he olido nada parecido, pero no está tan mal si lo hueles de cerca, es como madera del sur», respondió. Me pregunto si esa joven dama, al casarse, llegó a olerlo y a reconocerlo. Hice esto más de una vez, me encantaba pensar que mi delicada prima me había olido la polla, por medio de mis dedos. ¡Qué lubricidad innata surge desde temprano en el varón!

Tuvimos todo tipo de desgracias, la familia volvió a la ciudad, otro hermano murió; después, tras larga enfermedad, también mi padre, casi en bancarrota. Luego, murió mi padrino y me dejó una fortuna. Todo fueron preocupaciones y cambios, pero sólo quiero mencionar de pasada estos asuntos de familia.

Mis condiciones físicas no debían ser todavía muy buenas, pues, aunque era más intensamente romántico que nunca y aunque amaba apasionadamente la compañía femenina, no recuerdo haber tenido problemas por empalmarme, y creo que los hubiera tenido de haberme ocurrido; mis dos compañeros íntimos de colegio dejaron de masturbarse, porque el hermano mayor, que tenía una nariz roja y muy larga, llegó conmigo a la conclusión de que masturbarse enloquecía a las gentes, y peor aún, les impedía más tarde joder y formar una familia. Fred, mi primo favorito, llegó a la misma conclusión… aunque no sé mediante qué proceso mental llegamos todos a ella.

Cuando me acercaba a mis dieciséis años, me desperté una noche con un sueño voluptuoso y me encontré el camisón saturado de semen; fue mi primer sueño húmedo; esto me lanzó otra vez a masturbarme, durante un tiempo. Pero me reprimía, o mi naturaleza no me exigía entonces correrme mucho, porque la verdad es que no lo hacía a menudo.

Nuestra conversación, sin embargo, trataba siempre de coños y de mujeres. Yo estaba siempre tratando de olerles la carne, de mirarles por debajo de las enaguas, de observarlas cuando iban a hacer pis; lo que ahora me maravilla es no haberme masturbado sin cesar, y la única razón que puedo dar para ello es que, aunque mi imaginación fuera muy madura, mi cuerpo no lo era. El hecho de que las mujeres tuvieran pelo debajo de los brazos tenía para mí en aquellos tiempos un encanto secreto. No recuerdo haber pensado mucho sobre el tema antes de entonces, aunque me asombró la primera vez que lo vi; tampoco sé por qué me venía tanto a la imaginación en aquel momento, pero así era. Ya he mencionado a la mujer bajo cuyos brazos vi por primera vez pelo.

Una tarde, tras la muerte de mi padre y la de mi padrino, Fred estaba conmigo, nos fuimos a casa de un amigo, y se suponía que volveríamos a casa hacia las nueve. Estaba oscuro, vimos que había una mujer junto a un muro. «Es una puta», dijo Fred, «y nos dejará palparla si la pagamos». «Pregúntaselo». «No, pregúntaselo tú». «No quiero». «¿Cuánto dinero tienes?». Determinamos lo que teníamos y, tras dudarlo un poco, seguimos andando; pasamos por delante de ella, nos dimos la vuelta y nos detuvimos. «¿Qué miras, pequeño?», dijo la mujer. Me puse tímido y me alejé; Fred se quedó con ella. «Wattie, ven aquí», dijo en un susurro. Me acerqué de nuevo a ellos. «¿Cuánto tenéis?», dijo la mujer. Ambos le dimos dinero. «¿Nos dejará palpar a los dos?», dijo Fred. «Pues claro, ¿habéis tocado alguna vez a una mujer?». Envalentonados, ambos dijimos que sí. «¿Era una mujer de por aquí?». «No». «¿Tocasteis los dos a la misma?». «No». «Dadme entonces otro chelín, y podréis tocarme bien el coño los dos, tengo muchísimo pelo». Le dimos lo que teníamos, y entonces se marchó sin dejamos hacerle nada. «Se lo voy a decir a vuestras madres, como me sigáis», nos gritó. Nos había engañado; a mí me engañaron en forma análoga más adelante, una vez que iba solo.

Éstos son los principales hechos indecentes de mi temprana juventud, que recuerdo y que no he relatado a mis amigos; se omiten muchos otros episodios divertidos, que sí les conté, pero que si los relatara, se descubriría el autor. Uno o dos de estos incidentes fueron bien raros y muy divertidos, pero no me atrevo a relatarlos; en cualquier caso, todos ellos muestran lo pronto que se

desarrollaron en mí los deseos sexuales y el placer que estos hechos y otros me proporcionaron desde muy temprana edad.

Ya había llegado a la edad de la pubertad, cuando la naturaleza masculina se afirma hasta en el más tímido y encuentra medios de obtener con mujeres su legítimo placer. Yo los encontré, y, a partir de entonces, mi recuerdo de los hechos fue haciéndose más perfecto, no sólo en cuanto a su consumación, sino también en cuanto a su desarrollo; no obstante, nada me parece tan notable como la forma en que recuerdo episodios que tuvieron lugar cuando yo era casi una criatura.

Nuestra casa. — Charlotte y mi hermano Tom. — Besando y metiendo mano. —Ambos en celo. — Mi primer polvo. — Una virginidad conquistada. — En una casa de citas. — En una letrina. — Tribulaciones. — Charlotte se va. — Mi desesperación.

Tras la muerte de mi padre, nuestra situación económica volvió a empeorar. En los tiempos de que estoy hablando, nos habíamos instalado en una casita más cerca de Londres; una de mis hermanas se fue a un internado, una tía (tenía muchas) se hizo cargo de otra, yo entré en un gran colegio o residencia, como entonces los llamaban, mi hermanito Tom se quedó en casa. De todas formas, a partir de ahora, mis referencias a miembros de la familia serán escasas, porque tuvieron muy poco que ver con los hechos de esta vida privada, y no hablaré de ninguno de ellos, salvo cuando intervengan en ella como protagonistas.

Nuestra casa tenía, en la planta baja, un comedor, una sala de estar y una pequeña habitación, que llamábamos saloncito del jardín, con escalones que conducían a un gran jardín. En el primer piso, el dormitorio de mi madre y otros dos; encima, estaban la habitación de las sirvientas, la mía y otra que se usaba mucho como trastero; las cocinas estaban en el sótano, por fuera de ellas había un pasillo largo y cubierto que llevaba a la letrina de servicio y, cerca de ésta, había una escalera que conducía al jardín; en la parte alta de la escalera, había una puerta de jardín que conducía al patio principal, al que se abría la puerta principal de la casa. Esta descripción de la disposición es necesaria para entender lo que sigue.

Yo tenía unos dieciséis años, era alto, tenía algo de bigote y de patillas, era bien masculino y representaba diecisiete o dieciocho años. Mi madre, no obstante, seguía considerándome un niño, y muy inocente; así se lo decía a nuestros amigos. Sin que ella lo notase, se me había desarrollado el gusto por las mujeres, y el deseo

más intenso de comprender los secretos de su naturaleza se había apoderado de mí; la incesante referencia a joder con que los jóvenes que conocía entretenían el ocio, las historias que contaban de haber visto a sus sirvientas, o a otras chicas, medio desnudas, o totalmente desnudas, los trucos que utilizaban para conseguirlo, las mañas a que se dedicaban, me inflamaban, afilaban mi instintiva agudeza en dichas materias y me hacían buscar cuanta oportunidad se presentase de ver a mujeres desnudas y de conocerlas sexualmente. En aquel tiempo, la masturbación me resultaba odiosa; que yo recuerde, nunca me había dedicado a ella, salvo las veces ya relatadas, asustado, como yo he dicho, por mi padrino, que me contaba que enloquecía a los hombres y les hacía odiosos a las mujeres. En consecuencia, aunque ardía de sensualidad, seguía siendo prácticamente virgen, y lo era en cuanto a joder se refiere.

Un día, cuando llegaba a casa de la residencia, apareció una criada; la cocinera, que estaba de pie junto a la puerta, era una hermosa mujer de unos veinticinco o veintiséis años, fresca como una margarita y llamada Mary. La criada iba en un carro, conducido por su padre, un pequeño jardinero de mercado que vivía a unas pocas millas de nosotros. Al pasar, vi a una chica fresca y llena de donaire, de unos diecisiete años, y, cuando llegué al patio principal de la casa y me volví a mirar, se estaba apeando; el caballo se puso en movimiento y ella vaciló. «Bájate», dijo airadamente su padre. Ella se bajó, la ropa se le quedó prendida en un saliente del carro, o en el posapié, o en algún otro sitio, y rápidamente vi aparecer medias blancas, ligas, muslos y una mancha de pelo oscuro entre ellos, junto al vientre; fue un instante, y las ropas volvieron a su lugar, escondiéndolo todo. Yo me quedé fascinado, sabiendo que le había visto el pelo del coño. Ella, que no tenía idea de lo que había ocurrido, se bajó con su caja, y yo entré en el gabinete, avergonzado por haber sido —según creía— visto mientras miraba.

No podía pensar en otra cosa, y cuando ella sirvió el té, no podía quitarle los ojos de encima; lo mismo ocurrió a la hora de la cena (llevábamos una vida sencilla, almorzando pronto y cenando frío, después). Por la tarde, mi madre comentó: «Esta chica servirá», y recuerdo que yo me alegré.

Me fui a la cama pensando en lo que había visto y, al día siguiente, cada vez que la veía, la miraba fijamente hasta que, como

fascinada, me miraba ella también a mí; un día o dos después, me creía desesperadamente enamorado de ella, y en verdad lo estaba. Recuerdo ahora sus rasgos como si la hubiera visto ayer y, a pesar de haberme follado a docenas y docenas de mujeres desde entonces, recuerdo todas y cada una de las circunstancias que rodearon mi relación con ella, tan claramente como si hubieran ocurrido la semana pasada; han pasado, sin embargo, muchos años.

Tenía algo más de diecisiete años, labios rubicundos, hermosos dientes, ojos color avellana y una nariz algo respingona, pechos y hombros grandes, era rechoncha, bastante alta y parecía tener dieciocho o diecinueve años; se llamaba Charlotte.

No tardé en hablarle cariñosamente; poco a poco, fui adoptando formas más libres, finalmente le hice una caricia en la barbilla, le pellizqué el brazo y me serví de las familiaridades que la naturaleza enseña al hombre para su uso con la mujer. Se ocupaba de abrir la puerta y me ayudaba a quitarme el abrigo y las botas cuando era necesario; un día, cuando lo estaba haciendo, su prominente trasero me perturbó tanto que, en cuanto se levantó, la cogí y la pellizqué. Todo esto suponía algo de riesgo, porque mi madre estaba por entonces casi siempre en casa y, como la casa era pequeña, cualquier ruido se oía fácilmente.

Al poco tiempo, la besaba constantemente. Unos días más tarde, conseguí que me devolviera un beso, cosa que me enloqueció. Tenía su coño constantemente en la cabeza, me asaltaban todo tipo de deseos, ideas y vagas posibilidades. Me decía a mí mismo: las chicas dejan que los muchachos las toquen, y eso es algo que ya había conseguido, ¿y si le digo lo que vi fuera?, ¿se lo contará a mi madre?, ¿me dejará palparla?, ¡qué locura! Sin embargo, las chicas les dejan a los hombres, les gusta, eso dicen todos mis amigos. Loco de esperanza y expectación, un día, al entrar en casa, la enlacé estrechamente, apreté mi vientre contra el suyo y me froté contra él diciendo: «Charlotte, qué daría yo por…». No me atreví a decir más. Oí entonces un ruido en la puerta del dormitorio de mi madre y me detuve.

Cuando alguien besa y abraza a una mujer, las cosas nunca se quedan ahí. Le dije que la amaba, y ella me dijo que era una tontería. Solíamos besarnos con regularidad, a la menor oportunidad, poco a poco la enlazaba más estrechamente, le ponía

las manos en la cintura y, después, astutamente, se las pasaba por el trasero, y entonces me empalmaba y me enloquecía por decirle algo más, pero me faltaba valor. No sabía cómo ponerme a ello, en verdad apenas sabía lo que mis deseos me hacían esperar y pensar, quizá lo máximo fuera ponerle la mano en el coño y vérselo; follármela parecía una idea loca e imposible, que en realidad ni siquiera llegué a concebir con mucha claridad.

Le conté a un amigo, unos años mayor que yo, cómo estaba el asunto, evitando cuidadosamente decirle quién era la chica. Su consejo fue directo. «Dile que le has visto el coño y, cuando no haya nadie cerca, trata de meterle la mano por debajo de las enaguas; insiste, y seguro que consigues palparla y, cualquier día, saca la polla, dile sin ambages que quieres follártela. A las chicas les gusta ver una polla, mirará aunque vuelva la cabeza». Mi amigo me repitió incesantemente su consejo, pero tardé mucho tiempo en atreverme a llevarlo a la práctica.

Un día que mi madre había salido, mientras la cocinera estaba en el piso de arriba vistiéndose, nos besamos en el gabinete del jardín, le pasé la mano por el trasero y, escondiendo la cara en su hombro, medio avergonzado, le dije: «Me gustaría tener la polla en tu vientre desnudo y no por fuera de la ropa». Se debatió, se soltó, quedó asombrada y dijo: «No volveré a dirigirle la palabra».

Yo ya me había comprometido, pero seguí insistiendo, a pesar de mis temores, impulsado por el amor o por la lujuria. En mis oídos, sonaba el consejo de mi amigo. «Te vi el coño cuando te bajabas del carro de tu padre», le dije. «Mírame la polla» (sacándola), «mira cómo está de tiesa; está deseando entrar en ti. Picha y coño se unirán». Era parte de una canción obscena que los muchachos cantaban en mi residencia; me miró fijamente, se dio la vuelta, salió del cuarto, cruzó el jardín y bajó a la cocina por las escaleras del jardín sin decir una palabra.

La cocinera estaba en la parte alta de la casa, entré alocadamente en la cocina y le repetí todo lo que había dicho. Me amenazó con llamar a la cocinera. «Seguro que ella te vio el coño igual que yo», le dije, y entonces se puso a llorar. Le pedí perdón, el consejo de mi amigo volvió a sonar en mis oídos, me agaché y le metí rápidamente ambas manos por debajo de la ropa, poniéndole una en el trasero, la otra en el toisón; dio un fuerte grito y me

escapé asustado escaleras arriba.

La cocinera, que estaba tres pisos más arriba, no la oyó; volví a bajar y me encontré a Charlotte llorando. Le conté otra vez lo que había visto en el patio, cosa que la hizo llorar aún más. Se lo preguntaría a la cocinera, y se lo iba a decir a mi madre. Entonces, oyendo que la cocinera bajaba las escaleras, atajé por el pasillo y entré en el jardín.

Para entonces, se había roto el hielo; ella no podía evitarme, yo le prometí no repetir lo que había hecho y dicho, me perdonó, y el mismo día rompí mi promesa; así, día tras día, prometiendo y rompiendo las promesas, diciendo todas las obscenidades que sabía, llevándome alguna bofetada, pero nada más; mis posibilidades eran escasas. Mi amigo, que era en parte mi confidente, me hacía rabiar por mi fracaso y se jactaba de lo que él hubiera hecho de haber tenido las mismas oportunidades que yo.

Justo por entonces, mi madre volvió a sus anteriores costumbres, y salía de casa con frecuencia, a pasear y de visita. Una tarde, habiendo ella salido para el resto del día, volví a casa inesperadamente; la cocinera salía, y yo tenía que ir a buscar a mi madre por la tarde; Charlotte me sirvió el almuerzo, nos dimos los besos habituales, yo estuve extraordinariamente atrevido y obsceno; Charlotte, al ver que no me iba, pareció preocuparse. Cuando salió la cocinera, levantada ya la mesa, allí nos quedamos Charlotte, mi hermanito y yo solos. A ella le correspondía cuidarle, en el gabinete del jardín, cuando mi madre estaba fuera, para poder abrir rápidamente la puerta de la calle, o salir al jardín si hacía buen tiempo. Era un buen día de otoño, y ella entró en el gabinete y se sentó en un sofá viejo y enorme. Mientras Tom jugaba en el suelo, yo me senté a su lado; nos besamos y jugueteamos y, después, con el corazón palpitando, me puse a hablar en espera de mi oportunidad.

Ella me dijo que la cocinera no tardaría en volver. Yo sabía que no era cierto, porque había oído a mi madre decirle a la cocinera que no tenía que volver a casa hasta las ocho. A pesar de todo, tenía miedo, pero finalmente me armé de valor y me puse a cantar mi canción de picha y coño. Ella se enfadó, pero en realidad fingía. Fue a darle alguna cosa a Tom y, al dar un paso atrás, se pisó el cordón de una de las botas, que estaba suelto, se sentó en el sofá y cruzó las

piernas para atárselo. Yo me puse a ayudarla, le vi el primoroso tobillo y un poco de media blanca. «Échale mano al coño», sonó en mis oídos. Nunca lo había intentado desde aquella tarde en la cocina.

Mientras ella ataba el cordón, me las arreglé para levantarle las ropas y verle algo más de pierna, pero, como el pie se apoyaba en una rodilla, la ropa estaba en medio y no podía meterle mano: la lujuria me hizo astuto, le elogié el pie (aunque entonces yo no sabía lo vanas que son algunas mujeres en relación con sus pies). «Qué tobillo más bonito», dije, acercando la mano. No estaba en guardia. Con el brazo izquierdo la empujé violentamente contra el gran sofá, el pie y la rodilla se separaron y en ese mismo momento mi mano derecha penetró entre sus muslos, hasta el coño; palpé la raja, el pelo y la humedad.

Se levantó hasta quedar sentada, gritando: «¡Miserable, bestia, sinvergüenza!», pero yo no le quité los dedos del coño. Cerró las piernas, para encerrarme la mano entre los muslos y privarla de movimiento, y trató de apartarme, pero yo me aferré a ella. «Quite la mano», me dijo, «o gritaré». «¡No pienso hacerlo!». Profirió entonces tres chillidos fuertes, muy fuertes. «Nadie va a oírte», le dije, cosa que la hizo ponerse a suplicar. Una vez más recordé el consejo de mi amigo: manteniendo la presión de mi mano derecha entre sus muslos, con la izquierda me saqué la polla, dura como el hierro. No pudo evitar verla; entonces la enlacé por el cuello con la mano izquierda, atraje su cabeza hacia la mía y la cubrí de besos.

Trató de levantarse y casi consiguió desplazarme la mano derecha, pero la empujé hacia atrás y afiancé mi mano aún más en su coño. No se me ocurrió para nada desplazarla hacia abajo, hacia el trasero, la verdad es que no sabía lo suficiente de anatomía femenina, pero conseguí cogerle uno de los labios, con pelo, entre los dedos, y pellizcárselo; después, me dejé caer de rodillas frente a ella y así permanecí, sin dejarla que se moviera por el sofá, sujetándola lo mejor que podía por la cintura o por las ropas.

El combate cesó un instante, se reanudaron las súplicas y los esfuerzos por apartar mi mano derecha; movió de pronto una mano, me cogió por los pelos y me empujó hacia atrás. Me pareció que me arrancaba el cráneo, pero no la solté y le pellizqué, o le tiré del labio del coño, hasta que chilló y me llamó bruto. Le dije que podía

hacerle todo el daño que quisiera si me hacía daño; renunció a su juego; el dolor que me había causado tirándome del pelo me ponía salvaje, y más decidido y brutal que antes.

Seguimos luchando a intervalos; yo de rodillas, con la polla fuera, ella llorando y rogándome que desistiese, yo suplicándola me dejase verle y palparle el coño, utilizando toda la persuasión y todas las palabras indecentes que recordaba, mientras el pequeño Tom seguía sentado en el suelo, jugando entretenido. Debí pasar media hora de rodillas, cosa tan dolorosa que apenas pude soportarlo; ambos jadeábamos, y yo sudaba. Quizás un hombre experimentado la hubiese poseído entonces, pero yo era un niño sin experiencia y, sin su consentimiento prácticamente expreso, no se me hubiera ocurrido intentarlo; quizá la novedad y la voluptuosidad de mi juego era suficiente para deleitarme. Terminé por darme cuenta de que los dedos que tenía en el coño se estaban mojando; se lo dije, se puso furiosa y derramó un torrente tal de lágrimas que consiguió alarmarme. Ya no podía permanecer de rodillas; sabía que, si me levantaba, me vería obligado a quitarle la mano del coño, por lo que, retirando la mano izquierda de su cintura, se la metí súbitamente por debajo de la ropa, del lado del trasero, y se la levanté, exponiendo ambos muslos, mientras intentaba ponerme en pie. Se levantó al instante, bajándose la ropa, caí de lado —tenía las rodillas rígidas y doloridas—, y ella se precipitó fuera del cuarto y corrió escaleras arriba.

Estaba oscureciendo, y me senté en el sofá placenteramente, oliéndome los dedos. Tom empezó a berrear, ella bajó y lo cogió en brazos para tranquilizarle; yo la seguí hasta la cocina, me llamó niño insolente (lo que entonces era para mí una pulla terrible), amenazó con contárselo todo a mi madre, con marcharse de la casa, y se fue de la cocina. Yo la seguí por toda la casa, diciendo indecencias, contándole cuánto me gustaba el olor que había quedado en mis dedos, intentando meterle la mano por debajo de las ropas, consiguiéndolo a veces, sacando los cojones, sin cesar en mi empeño, que duró varias horas, hasta que llegó la cocinera. Súbitamente atemorizado, le supliqué a Charlotte que le dijera a mi madre que había llegado a casa justo antes que la cocinera y que me había ido a la cama por no sentirme bien; ella replicó que a mi madre pensaba decirle la verdad, y nada más que la verdad. Yo

estaba en mi dormitorio antes de que entrase la cocinera.

Mi madre llegó a casa más tarde; yo estaba asustado, me había quedado en la cama enfriándome y pensando en las terribles consecuencias. Oí la aldaba de la puerta de la calle, salté de la cama y, en camisón, bajé media escalera y me puse a escuchar. Oí aliviado que Charlotte, contestando a las preguntas de mi madre, le dijo que yo había llegado a casa más o menos una hora antes y que me había ido a la cama porque no me sentía bien. Mi madre subió a mi habitación y me dijo que lo lamentaba mucho.

Pasé unos cuantos días atemorizado, pero poco a poco me fui tranquilizando al averiguar que no me habían acusado; nuestros besos empezaron de nuevo, mi atrevimiento creció, le hablaba ahora libremente de sus piernas, de su trasero y de su coño, dejó de prestarme atención, aparte de decir que detestaba esa conversación, y terminó por sonreír a su pesar. Nuestros besos se hicieron más fervorosos, ella se oponía a la acción indecente de mis manos, pero solíamos pasamos minutos con los labios unidos, cada vez que teníamos la oportunidad, mientras yo la estrechaba con gran fuerza. Un día que la cocinera estaba arriba y mi madre en su dormitorio, empujé a Charlotte contra la pared de la cocina y le levanté las ropas sin encontrar prácticamente resistencia; en aquel instante llamó mi madre, yo me escabullí al jardín y entré por allí en el gabinete. Poco después, oí que mi madre me pedía que trajese agua, Charlotte estaba histérica al pie de la escalera —después, sufrió con frecuencia ataques histéricos, hasta que sucedió un determinado acontecimiento.

Yo tenía mis mayores oportunidades los sábados, el día en que no iba a la residencia; pronto, dejaría de acudir a ella, con el fin de prepararme para el ejército.

Un día, llegué a casa cuando sabía que Charlotte estaba sola —la cocinera estaba en el piso de arriba—, la empujé sobre el sofá del gabinete del jardín, me arrodillé y le metí las manos entre los muslos, con menos resistencia que antes; forcejeó un poco, pero no hizo ruido. Me besó mientras me pedía que quitase la mano; podía movérsela con más facilidad por el chocho, cosa que no dejé de hacer. Se quedó maravillosamente quieta. De pronto, me di cuenta de que me estaba mirando fijamente a la cara, con una expresión muy particular, los ojos muy abiertos, y entonces, cerrándolos, dijo,

emitiendo un susurro prolongado «oh… oh», «oh… quite… oh… la mano, querido Walter… oh, voy a ponerme enferma… oh… oh», y me apoyó la cabeza en el hombro; yo seguía de rodillas frente a ella. En aquel mismo instante, sus muslos parecieron abrirse levemente, después cerrarse, abrirse otra vez, me pareció que sentía un estremecimiento y un temblor, y después se quedó muy quieta.

Seguí introduciendo la mano, o más bien desplazándola, pues aunque pensaba que se la había metido por el coño, en realidad sólo estaba entre los labios —ahora lo sé—. Se estremeció, se levantó, me rechazó, levantó a Tom del suelo y corrió escaleras arriba. Yo tenía los dedos muy mojados. Durante dos o tres días evitó mi mirada y pareció avergonzada; yo no sabía por qué, y tardé varios meses en enterarme de que el movimiento de mis dedos sobre su clítoris la había hecho correrse. La había masturbado, sin saber en verdad entonces que tal cosa era posible.

Aunque me había estado divirtiendo deliciosamente durante unos tres meses, deseando palparle y verle el coño y, aunque finalmente le había pedido que me dejase joder con ella, en realidad no creo haber tenido esperanzas definidas de hacerlo. Yo ya adivinaba los placeres mutuos y otras cosas, pero el hacerlo con ella me parecía superior a mis fuerzas. Sin embargo, empujado por mi amor por la chica —pues en verdad la amaba—, así como por el instinto sexual, me decidí a intentarlo. Me apresuré también porque mi amigo de residencia, que había visto a Charlotte en nuestra casa y que no sabía que ella era la chica de la que yo le había hablado, me dijo: «Qué chica más guapa, esa criada vuestra; pienso tirármela. La esperaré el domingo que viene después de la iglesia, ya sé que se sienta en vuestro banco». Le hice algunas preguntas; opinaba que la mayor parte de las chicas, presionadas, se dejarían joder por un muchacho joven, y que ella se dejaría (este joven tenía unos dieciocho años). Me despedí, temiendo que lo que había dicho fuera cierto, odiándole y celoso hasta el exceso. Me hizo pensar que si él podía, por qué no habría yo de poder, si era verdad lo que decía de las chicas. Decidí, en consecuencia, intentarlo, y tuve la suerte de hacerlo antes de lo previsto.

Aproximadamente a una hora de camino de nuestra casa, tenía su residencia urbana una tía mía, hermana de mi madre, y la más rica de nuestra familia. Era la única que me daba ahora dinero, mi

madre no me daba prácticamente nada. Fui a ver a mi tía, que me pidió le dijera a mi madre que fuera a pasar un día con ella, la semana próxima, y especificó el día. Lo olvidé hasta tres días más tarde, al oír que mi madre le decía a la cocinera que podía tomarse un día entero libre; yo le dije a mi madre que mi tía quería verla precisamente aquel día. Mi madre me riñó por no habérselo dicho antes, pero escribió y lo arregló, olvidándose de la vacación de la cocinera. Tuve la intensa alegría de que se llevase aquel día a mi hermano Tom, diciéndole a Charlotte: «Sólo tendrás que ocuparte de la casa, ciérrala pronto y no te asustes». Yo tenía, como de costumbre, que ir a buscar a mi madre.

Pasé la mañana en la residencia, en estado de gran agitación, y, por la tarde, me fui a casa, temblando a causa de mis designios. Los ojos de Charlotte se abrieron asombrados al verme. ¿No iba a buscar a mi madre? No tenía que ir hasta la noche. No había comida en la casa, era mejor que me fuese a cenar a casa de mi tía. Yo sabía que había carne fría y le hice poner la mesa en la cocina. Para asegurarme, le pregunté si la cocinera había salido; sí, había salido, pero volvería pronto a casa. Yo sabía que no volvía hasta las diez cuando tenía el día libre. La muchacha estaba agitada, por alguna idea poco definida de lo que pudiera tener lugar. Nos besamos y abrazamos, pero observé que ni siquiera eso le gustaba. Me reprimí mientras comía, con ella sentada silenciosamente a mi lado; cuando terminé, empezó a levantar la mesa, la comida me envalentonó, sus movimientos me estimularon, empecé a palparle los pechos, le puse después las manos en los muslos, tuvimos el forcejeo habitual, pero me parece, pensándolo ahora, que su resistencia fue menor y que me pedía que desistiese de forma más amorosa que de costumbre. Después de pasamos jugueteando una hora, en el curso de la cual se le había caído y roto un plato, llegó el panadero. Ella recogió el pan y afirmó que no pensaba cerrar la puerta si no prometía dejarla en paz. Se lo prometí y, en cuanto la cerró, la empujé hasta el gabinete del jardín, porque, mientras estaba en la cocina, había pensado en la forma de llevarla arriba. El pan cayó al suelo, la empujé sobre el sofá y, tras forcejear un poco, se sentó, mientras la besaba, con un brazo en el talle y una mano entre sus muslos, cerca del coño. Le dije entonces que quería joder con ella, alegué en mi favor lo que sabía, medio avergonzado,

medio asustado. Me dijo que no me entendía, opuso cada vez menos resistencia a mis intentos de tumbarla sobre el sofá, pero entonces sonó otra vez el timbre: era el lechero.

Me vi obligado a soltarla y bajó las escaleras corriendo con la leche. La seguí, salió y me cerró en las narices la puerta que conducía al jardín; pensé entonces que iba a la letrina, pero abrí la puerta y seguí adelante; subió corriendo las escaleras hasta el jardín, atravesó el gabinete, subió a su dormitorio, justo enfrente del mío, me cerró la puerta en las narices y echó el cerrojo, mientras yo la suplicaba que me dejase entrar.

Me dijo que no pensaba salir hasta oír la aldaba o el timbre; generalmente, el lechero era la última persona que llegaba a casa, por lo que había perdido mi oportunidad, pero nada hace al hombre o a la mujer tan mañosos como la lujuria. Transcurrida más o menos media hora, enfurecido, le dije que me iba a casa de mi tía, bajé las escaleras, hice bastante ruido, abrí y cerré violentamente la puerta de la calle, como si hubiera salido, me quité las botas y me deslicé silenciosamente hasta mi dormitorio.

Allí me quedé esperando largo rato, casi abandonada toda esperanza, y empecé a pensar en lo que ocurriría si ella se lo contaba a mi madre; oí entonces que la puerta se abría silenciosamente y que ella se aproximaba al borde de la escalera. «¡Wattie!», dijo en voz alta. «¡Wattie!» añadió, con voz mucho más alta. «Se ha ido», dijo para sí en un tono más bajo, como viendo que el peligro había pasado. Abrí la puerta, dio un gran chillido y se retiró a su cuarto, y yo con ella; unos minutos más, abrazos, besos, súplicas, amenazas, no sé qué más. Ella estaba en parte sobre la cama, con las ropas levantadas y arrugadas, yo sobre ella, con la polla en la mano; le vi el pelo, le palpé la raja y, no sabiendo dónde encontrar el agujero, ni gran cosa sobre este tema excepto que tenía que estar entre sus piernas, empujé por allí con la polla con todas mis fuerzas. «¡Oh!, me haces daño, voy a ponerme enferma», me dijo, «no lo hagas, por favor». Yo no me hubiera detenido aunque me hubiera dicho que se estaba muriendo. Un instante después, llegó el delirio de mis sentidos, la polla me palpitaba como si en cada palpitación saliera de ella plomo caliente; el placer se mezclaba con un leve dolor, y todo mi cuerpo trepidaba de emoción; mi esperma me abandonó en busca de un coño virgen,

pero cayó por fuera, aunque encima.

No sé cuánto tiempo me quedé quieto; probablemente fue poco, pues un primer placer no tranquiliza esa edad. Me di cuenta de que me estaba rechazando, me levanté con ella, hasta quedar más o menos sentados; rompió a reír, después a llorar, histérica, como ya he relatado que le había ocurrido alguna otra vez.

Yo había observado la forma en que mi madre la atendía cuando tenía esos ataques, aunque entonces no sabía que la excitación sexual los provoca en algunas mujeres, y que probablemente en este caso yo había sido la causa. Fui a buscar coñac y agua, le hice beber mucho, bebiendo yo también porque estaba asustado, y la acosté en la cama. Después, aunque ella estaba enferma y yo asustado, aproveché la oportunidad que me ofrecía su insensibilidad parcial, levanté cuidadosamente su ropa y le vi el coño y mi leche sobre él. Eso la hizo recuperarse un poco, se bajó débilmente la ropa y se situó a un lado de la cama. Pedí perdón, le hice caricias, la besé, le hablé de mi placer y le pregunté por el suyo, vacilando todo el tiempo, porque creía que me la había tirado. No pude sacarle ni una palabra, pero me miró suplicante a la cara y me pidió que me fuera. Yo no tenía la menor intención de hacerlo. La polla se me estaba poniendo otra vez tiesa y la saqué. Verle el coño me había estimulado. Me miró con ojos lánguidos. Se le había caído la cofia, tenía el pelo suelto, el vestido roto cerca del pecho. Me parecía más bella que nunca, el éxito me envalentonaba, seguí insistiendo, ella parecía demasiado débil para resistirme. Todo lo que dijo fue: «No, oh; por favor, no lo hagas». Echándola sobre la cama, me puse sobre ella y volví a situar el pito en la raja, ahora mojada por mi esperma. Aunque yo estaba algo más frío, tenía la polla dura como el hierro, pero mi esperma no estaba tan listo para salir como en días posteriores para un segundo palo, porque era muy joven; no obstante, la naturaleza me ayudó: la polla se dirigió al canal apropiado, donde fue detenida por algo, que golpeó con furia. «Oh, me hace daño, ¡oh!», gritó ella con fuerza. Un instante después, algo pareció oprimirme la punta, otro embate furioso… otro… un grito agudo de dolor (ya sin resistencia), y mi polla se enterró en ella. Sentí que estaba hecho, y que antes me había corrido por fuera. La miré, estaba quieta, parecía que su coño se cerraba sobre mi polla, bajé la mano y palpé. ¡Qué éxtasis, encontrar mi aparato hundido!

Sólo podían tocarse las pelotas, y el pelo del coño, humedecido por mi esperma, mezclándose y aferrándose al mío; pasó un minuto, la naturaleza provocó una crisis, y me corrí en un coño virgen, mi polla también virgen. Así terminó mi primer polvo.

Tenía la polla aún dentro cuando oímos que llamaban con fuerza a la puerta; ambos nos sobresaltamos aterrorizados, y me quedé sin habla. «¡Dios mío, es tu mamá!». Llamaron otra vez con fuerza. Qué alivio, era el cartero. Tardé un minuto en bajar y abrir la puerta. «Pensé que no había nadie», me dijo irritado, «he llamado tres veces». «Estábamos en el jardín», le dije. Me dirigió una extraña mirada, dijo: «¿Sin las botas?», y, haciendo una mueca, se fue. Volví a subir, la encontré sentada al borde de la cama y allí nos sentamos juntos. Le conté lo que había dicho el cartero, ella estaba segura de que se lo diría a su señora. Durante unos instantes, jamás hubo pareja que acabara de joder tan estúpidamente asustada como nosotros; a menudo he pensado en el hecho de no haber oído las tonantes llamadas de un cartero, mientras estábamos jodiendo, aunque la puerta del dormitorio estaba abierta de par en par; es una labor tan absorbente que ensordece a las gentes. Después, tras intentar sin éxito verle el coño, tras besamos y palpamos mutuamente los genitales, y tras hablar de nuestro quehacer y sensaciones de la hora pasada, volvimos a joder.

Estaba oscureciendo, cosa que nos hizo entrar en razón; hicimos juntos la cama, bajamos, cerramos las persianas, encendimos el fuego, que se había apagado, y dispusimos las luces. Entonces, como no tenía nada que hacer, empecé a pensar en el pito, que se me pegaba a la camisa. Lo saqué para ver en qué condición se encontraba, vi que tenía la camisa cubierta de manchas de esperma y puntos de sangre; me dolía mucho la polla. Le dije que había sangrado, me pidió que saliera de la cocina un minuto, lo hice, y casi inmediatamente salió y pasó a mi lado, diciéndome que tenía que cambiarse antes de que llegara la cocinera. No quiso que me quedara en la habitación mientras lo hacía, ni le vi la camisa, aunque la seguí hasta arriba. Pensé entonces por vez primera que había conquistado una virginidad; hasta aquel momento no se me había ocurrido. Calentó agua para lavarse. Yo no sabía qué hacer con la camisa; decidimos que la lavaría yo mismo antes de meterme en la cama. Pensamos que lo mejor era decir que no había estado en

casa, e ir a buscar a mi madre. Tras muchos besos, abrazos y lágrimas por su parte, me fui, urdí una excusa por no haber ido a buscar antes a mi madre y recuerdo que volvimos a casa con Tom en el coche de mi tía.

Antes de acostarme, pedí agua caliente para un baño de pies. ¡Cómo nos miramos cuando la pedí! Me lavé la camisa lo mejor que pude, me miré tristemente la dolorida polla, no podía echarme la piel atrás tanto como otras veces, estaba rota, en carne viva, y sangraba un poco.

Pasé casi toda la noche despierto, pensando en mi placer y orgulloso de mi éxito. Me levanté temprano, me fijé en la camisa, observé que las manchas no se habían ido, y que la había ensuciado tanto al lavarla que hasta una criatura hubiese adivinado lo que había hecho. Yo sabía que mi madre, que hacía ahora algunas labores domésticas personalmente, seleccionaba la ropa para la lavandera. Desesperado, se me ocurrió un plan: llené el orinal de meada y de escamas de jabón, ensuciándolo lo más posible, lo coloqué al lado de una silla y coloqué descuidadamente la camisa encima, para que pareciera que se me había caído sin querer en el orinal. Allí la dejé y me puse una camisa limpia. Después del desayuno, mi madre, que en general ayudaba a hacer tanto mi cama como la suya, me llamó; yo subí con el corazón en la boca, y me dijo que esperaba que fuera algo más cuidadoso y que recordara que no contábamos ya con la bolsa de mi pobre padre. «Mira», me dijo, «en qué lamentable estado has dejado la camisa, me da vergüenza mandársela a la lavandera, he tenido que decirle a la criada que la lave antes un poco, te estás haciendo muy descuidado». Charlotte me dijo después que, cuando mi madre le dio la camisa para que la lavara un poco, pensó que iba a desmayarse.

No necesito insistir sobre mi prepucio, que, como ya he dicho, podía ahora echarse atrás con menos dificultades. Lacerado y dolorido por la noche, a la mañana siguiente estaba mucho más hinchado; cuando meé, me escoció, y la imaginación y el escozor me pusieron cachondo. Arriesgándome a todo, aunque mi madre estaba precisamente en el cuarto contiguo, y la pobre chica aterrorizada y con aspecto de estar muy enferma, le metí la mano por debajo de la ropa, hasta la raja. Susurró: «Eres un miserable».

Me fui a la residencia, volví a las tres, pensando siempre en lo mismo; me empeoró la polla, se me metió en la cabeza la idea de que Charlotte me había transmitido alguna enfermedad y empecé a preocuparme espantosamente. Me la lavé con agua tibia y la engrasé, aliviándome así un poco, me bajé la piel y no pude volverla a subir; se me puso tiesa, se me llenó la cabeza de placeres sexuales, y el dolor empeoró. La engrasé más, el dolor remitió, me toqué la punta con un dedo lleno de grasa, palpitó de placer, seguí, sin intención, casi sin saber lo que hacía, me llegó el placer y la leche salió disparada; había vuelto a masturbarme sin querer.

Observé que el pene se me encogía, que la tensión disminuía, que el dolor se hacía menos fuerte, y me sobrevino entonces el sentimiento de repugnancia que siempre he experimentado después de masturbarme, repugnancia que no desaparece totalmente ni siquiera cuando la masturbación proviene de las manitas de bellas amigas a cuyos chochos estoy dedicando delicadas atenciones del mismo carácter. Pude entonces mover la piel, pero el dolor empeoró, le dije a la pobre muchacha que me dolía mucho la polla y que me parecía raro. No se sintió dolida, porque no conocía mis sospechas. A la mañana siguiente, como no mejoraba, tras dudarlo un poco se lo conté a un amigo de la residencia, me miró la polla, y decidió que eran purgaciones, o sífilis. Como no me atrevía a consultar a nuestro médico de familia, seguí el consejo de mi amigo, y fui a ver a un farmacéutico que se ocupaba a veces de estos asuntos; dudamos antes de entrar, pero mi amigo me aseguró que aquel hombre jamás abría la boca cuando los jóvenes le consultaban, y que muchos conocidos suyos lo habían hecho.

Temblando, le dije al farmacéutico que algo me pasaba en la cosa. «¿Qué?», me preguntó. «No lo sé». «Déjame verla». Empecé a suplicarle que no se lo mencionara a mi madre, ni a nadie. «No me hagas perder el tiempo», me dijo, «enséñamela si quieres mi consejo». La saqué, más pequeña que nunca, pero aún con la piel por encima. «¿Has estado con una mujer?», preguntó. «Sí». Me miró la camisa, no había flujo, me cogió entonces la polla con las dos manos y tiró de la piel con fuerza hacia abajo. Grité. Me dijo que no me pasaba nada, que la piel era demasiado estrecha, que un pequeño tajo me dejaría bien, y me aconsejó que me lo hiciera, diciendo: «Te evitará problemas y dinero, y tendrás más placer». No

acepté. «Bueno, otro día». «No». Se rió y me dijo: «Bueno, el tiempo te curará, si sigues como has empezado». Me dio una loción, y, en tres días, me puse bastante bien. Supongo que un poco de agua tibia hubiera tenido el mismo efecto. Ocurrió simplemente que me había desgarrado la piel al conquistar la virginidad.

Naturalmente, quería poseer otra vez a Charlotte, pero ella no me ayudaba en absoluto y lloraba con frecuencia. De todas formas, entre aquellos momentos y los que precedieron a la feliz consumación había una maravillosa diferencia: ella trataba de impedir que le metiera las manos por debajo de las enaguas, pero, cuando superaban este obstáculo, toda objeción cesaba, y mis manos se paseaban por fuera y por dentro de todo, nos quedábamos quietos y nos besábamos a la menor oportunidad. «¿Cuándo lo hacemos otra vez?». Ella contestaba: «¡Nunca!», porque estaba segura de que ambos seríamos castigados por ello.

Abandoné por completo mis estudios; no pensaba más que en ella, en cómo conseguirla, y debió de pasar una semana o más antes de que fuera posible. Dispuesto a afrontar cualquier riesgo, un día en que mi madre había salido, volví a casa y cené temprano; después, la cocinera se fue como siempre a vestirse o, como ella decía, a lavarse, en lo que empleaba siempre una hora. Esperé hasta oírla subir, entré en el gabinete del jardín, donde Charlotte, como de costumbre, estaba con mi hermanito. Me acerqué a ella inmediatamente, fui rechazado, pero ya de forma muy diferente, porque antes no descansaba hasta conseguir apartar por completo mi mano. Esta vez le supliqué y rogué, con la mano por debajo de sus ropas, y los dedos en el chocho. No… Habíamos tenido suerte de no ser descubiertos, pero nunca, nunca volvería a hacerlo; ¿estaba loco, quería arruinarla, no estaba en el piso de arriba la cocinera, no podía bajar mientras estábamos haciéndolo? El sol entraba en la habitación, que estaba llena de luz. Bajé las persianas, su resistencia disminuyó cuando su coño sintió mi toqueteo. «No… ahora no… oh, eres una peste; ¡shh!, es la cocinera». Abro la puerta, escucho, nadie se mueve. «¿Qué pensará si te encuentra aquí?». «¿Qué importa? Anda… déjame… echaré el cerrojo, si viene me meto debajo del sofá y le dices que no sabes cómo se cerró la puerta». Era una excusa inocente, pero bastó, porque ambos estábamos calientes de lujuria. Eché el cerrojo. Tengo la polla fuera,

le pongo la renuente mano en ella, empiezo a meterle mano, pero, demasiado impaciente para perder el tiempo, la empujo al sofá… coño querido. «No vuelvas a hacerme tanto daño, oh, no empujes tan fuerte». ¡Oh, qué delicia! Un minuto después, nos corremos, esta vez juntos.

Abro la puerta, vuelvo al comedor, ella sale al jardín, la cocinera se dirige a ella desde la ventana. «¿Dónde está el señorito Wattie?». «Supongo que en el comedor». Poco después salgo al jardín, juego, naturalmente, con Tommy, apenas puede ella mirarme a la cara, se sonroja como una rosa. «Ha estado bien, ¿verdad, Charlotte? ¿No tienes la cosa mojada?». Entra a toda prisa con Tom, la sigo inmediatamente, la cocinera sigue arriba. «Ven». Otra vez el cerrojo, otra vez a joder, sale al jardín con Tommy, con el coño lleno, y se pone a charlar con la cocinera, que sigue en la ventana. ¡Cómo nos reímos, después, de todo ello!

Desde aquel momento, se acabó el pudor, dimos rienda suelta a nuestras inclinaciones, ella me rechazaba, pero siempre me dejaba si teníamos oportunidad. Seguíamos siendo novatos y tímidos y, pasadas tres semanas, no lo habíamos hecho más de una docena de veces, siempre con la cocinera en casa, siempre con temor. Yo deseaba el goce completo de todos mis sentidos y todavía no le había visto el coño más que en instantes ocasionales; me enloquecía pensar en «el miembro desnudo enlazado al miembro», y en mis otras lecturas de poesía amatoria. Había avanzado años en atrevimiento y virilidad y, aunque no podía evitar los nervios, comencé a practicar lo que había oído.

Yo había oído hablar de casas de citas, donde la gente podía obtener dormitorios sin preguntas, y encontré una de ellas no lejos de casa de mi tía, aunque ésta vivía en el mejor barrio de Londres. La víspera del día libre de Charlotte fui a ver a mi tía, me quejé de la roñosería de mi madre y le saqué un soberano. De camino hacia casa, me demoré una hora entera en la calle donde se encontraba la casa de citas, me fijé bien en ella para conocerla de día, y vi que entraban parejas, como me había anticipado mi amigo, el conocedor. Al día siguiente, en vez de ir a la residencia y arriesgarme a ser descubierto, esperé a que llegase Charlotte, tomamos un coche de alquiler hasta la calle y, diciéndole que se trataba de una taberna, me acerqué con ella hasta la puerta; me

extrañó encontrarla cerrada. Desconcertado, estuve a punto de irme, pero llamé al timbre. Charlotte me dijo que no quería entrar. La puerta se abrió, una mujer me dijo: «¿Por qué no han empujado la puerta?». ¡Oh, qué vergüenza sentí al entrar con Charlotte en aquella casa de citas! La mujer pareció dudar, o al menos ésa fue mi impresión, antes de darme un cuarto.

Era una casa de caballeros, aunque la habitación no costaba más que cinco chelines: cortinas rojas, espejos, luz de vela, ropa de cama limpia, una silla enorme, una gran cama y un espejo móvil, lo bastante grande como para reflejar a la mayor de las parejas; había de todo. Lo examiné todo con la mayor curiosidad, pero mayor era mi curiosidad por otras cosas; de todos los recuerdos deliciosos y voluptuosos, aquel día destaca entre los más brillantes. Por primera vez en la vida, vi todos los encantos de una mujer y mostré a una de ellas mi propia virilidad; ninguno de los dos sabía gran cosa acerca del sexo opuesto. Conseguí con dificultad que se quedase en camisa; después, yo también en camisa, me deleité en su desnudez, palpándola desde el cuello hasta los tobillos, demorando los dedos en cada grieta y hendidura de su cuerpo; de axila a coño, todo me resultaba nuevo. Con ojos fieros me regodeé en su coño, tras pudorosos combates y objeciones, después de obligarla a abrir los muslos renuentes; me maravillé ante su peluda cobertura exterior y ante los labios, los labios menores rojos, el agujero, tan cerrado, y mucho más bajo y escondido de lo que yo pensaba. Lo miré y lo palpé hasta que la impaciencia me venció; lo cubrí apresuradamente con el cuerpo y derramé en él mi esperma. Mis dedos chapotearon después con curiosidad en su interior, se me puso otra vez tiesa, empujé, me moví y me corrí. Recuerdo todo esto como si hubiera ocurrido ayer, y lo recordaré hasta el último día de mi vida, pues fue una luna de miel de novedades; años más tarde pensaría a menudo en ello cuando estaba jodiendo con otras mujeres.

Nos quedamos dormidos y debimos de permanecer algunas horas en la habitación hasta despertamos, más o menos a las tres. No habíamos comido nada y ambos estábamos hambrientos, ella no quería que la viese lavarse, ni hacer pis; qué encantador fue superar ese innecesario pudor, qué regalo observar esa simple operación. Nos vestimos, nos marchamos, entramos en un establecimiento

tranquilo, almorzamos modestamente y bebimos cerveza, que me puso en forma; estaba listo para empezar otra vez, y ella también. Volvimos a la casa, y otra vez a la cama; la mujer sonrió al vemos; pronto comenzaron de nuevo los tocamientos, las miradas, los cosquilleos, los estímulos indecentes y los besos. Me palpó y manoseó la polla con placer y, aunque al principio dijo que no me dejaría, no puso objeciones a mi investigación de sus partes privadas, abrió los muslos, mostrando la raja peluda, de labios rojos; la besé, me besó la picha, la naturaleza nos enseñó a ambos qué hacer. Volvimos a joder, me pareció una operación algo larga y, cuando más tarde intenté hacerlo otra vez, observé con sorpresa que no se me ponía tiesa más de un minuto, y una inserción fracasó. Aquel día averigüé que mis poderes eran limitados. Agotados los dos, transcurrido nuestro día de placer, nos levantamos y tomamos un coche de alquiler hacia casa. Yo entré primero, ella un cuarto de hora más tarde, y todo sucedió según mis deseos.

A partir de aquel día, la lujuria se apoderó de nosotros. Hacíamos planes para poseemos mutuamente con frecuencia, pero era difícil. Mi madre estaba casi siempre en casa, la cocinera se quedaba casi siempre si mi madre había salido, pero nos las arreglamos para copular un par de veces por semana, y a veces más a menudo. Organizamos un sistema de señales. Si, al abrir la puerta, movía la cabeza, yo ya sabía que mi madre estaba en casa, si sonreía y apuntaba hacia abajo con un dedo, mi madre había salido, pero la cocinera estaba abajo; si apuntaba hacia arriba, la cocinera estaba arriba; en este último caso, nos dirigíamos inmediatamente al gabinete del jardín y allí jodíamos. Cuando sabía que la cocinera iba a salir, Charlotte me lo decía de antemano y, si mi madre iba a salir, yo volvía a casa, mandando al demonio a la residencia y a mis tutores. Empezaban entonces los besos en la boca, los besos en el coño, los tocamientos y las miradas, el cosquilleo y el mutuo frotamiento de los aparatos, todas las delicias preliminares de la copulación, con un solo peligro: mi hermanito empezaba a hablar con media lengua. Solíamos darle alguno de sus juguetes favoritos y sentarlo en el suelo, mientras nos abandonábamos a nuestra voluptuosidad. Un día, en el sofá, yo acababa de correrme cuando noté el cosquilleo de una manita entre nuestros vientres, y Tommy, que se había acercado tambaleándose, dijo: «No daño Lotty, Wattie

bueno». Decidimos que Tom era demasiado joven para darse cuenta de lo que sucedía y recordarlo, pero ahora no pienso lo mismo.

Se acercaba el invierno, solían enviarla a una biblioteca circulante a buscar libros. La tienda estaba a cierta distancia; en el camino había unas pocas casas, largos muros de jardines y setos. Yo solía esperarla fuera, o salir poco antes de que ella lo hiciera, y jodíamos apoyados en los muros. Empecé a acudir a la iglesia también por las tardes, lo que le encantó a mi madre, pero era para joder en el camino de vuelta a casa. Un día, ardiendo de lujuria, jodimos de pie en el vestíbulo contiguo a mi dormitorio, con mi madre en el cuarto de abajo y la cocinera en la cocina. Nos envalentonamos, nos atolondramos y, cada vez que nos encontrábamos, aunque no fuera más que un instante, nos palpábamos mutuamente los genitales.

Descubrimos por último que la letrina de servicio era uno de los mejores sitios. Ya he descrito su situación, cercana a unas escaleras, al final del pasillo cubierto que no podía verse más que desde un lugar determinado del jardín; allí abajo, se estaba a cubierto de las miradas. Si el campo estaba libre, yo tiraba del timbre del gabinete, pedía algo y hacía una señal; ella, cuando le parecía seguro, acudía, yo entraba en el jardín, hasta poder ver el pasillo, al lado de las escaleras del jardín. Si la veía, o si oía «ahem», bajaba a la letrina y, un segundo después, estaba en su coño, de pie contra la pared y empujando para corremos como si mi vida dependiera de ello; era incómodo, pero tenía su encanto. Un día casi nos sorprendieron, y dejamos de hacerlo en la letrina.

Pensábamos que la cocinera estaba en el piso de arriba, mi madre había salido, estaba follándome a Charlotte, cuando la cocinera llamó, diciendo: «Date prisa, Charlotte, quiero entrar». Acabábamos de corrernos, ella estaba tan asustada que pensé se iba a desmayar, pero se las arregló para decir: «No puedo». «Sal», dijo la cocinera, «me encuentro mal». «Yo también», dijo Charlotte. «Puedo usar el asiento pequeño». «Vete al de la señora, ha salido». La cocinera se marchó, nosotros salimos, y nunca volvimos a joder en aquel lugar; un día, me la tiré en la mesa de la cocina, y varias veces en la del comedor.

La verdad es que lo hicimos por todas partes y, con frecuencia, más que suficiente para mi salud, porque yo era joven, débil, estaba

creciendo, y a ella le pasaba lo mismo. Corrimos espantosos riesgos, pero nos amamos con todas nuestras almas. Ambos jóvenes, ambos nuevos en el oficio, ambos apreciándolo, rara vez teníamos tiempo más que para echar un apresurado polvo y arreglamos las ropas antes de tener que separamos, para que ella acudiera a cumplir con sus deberes. Muchas veces la vi por la casa, con el coño lleno y con el color marcado y los ojos brillantes de una mujer a la que acaban de dejar satisfecha. Me resultaba placentero saber que nos traía la cena o el té con mi leche en el coño, no habiendo tenido ocasión de lavarse ni de hacer pis.

Cuando tuvo otro día libre, acudimos a la casa de citas y nos quedamos tanto tiempo que nos llevamos un susto; acabábamos de dormimos cuando oímos que llamaban a la puerta. La primera idea fue que mi madre nos había sorprendido. Aunque, en cierta forma, yo no le hacía caso, estaba muy sujeto a ella, porque no tenía dinero. Charlotte pensó que su padre andaba tras ella. Qué alivio fue entonces oír una voz que decía: «¿Va a tardar mucho, caballero? Queremos la habitación». No había pagado para quedarme tanto tiempo. Aquella noche nos fuimos a casa andando, pues no tenía dinero para alquilar un coche y apenas contaba con lo suficiente para compramos unas galletas y un vaso de cerveza. Estábamos muertos de hambre y cansados de tanto joder; mi madre se había negado a darme dinero y, otra tía, a la que se lo había pedido, me dijo que lo hacía con demasiada frecuencia y también se negó.

Aunque acudíamos a la casa de citas, yo siempre me sentía mal al hacerlo, y me resultaba difícil llevar a Charlotte: decía que era una mala casa y que costaba dinero. Yo estaba armiñado, pero entonces ocurrió algo que me sacó de apuros.

En un extremo del pueblo, había unas casitas aisladas, una de ellas con una entrada lateral por una calle sólo en parte pavimentada, que no conducía a ningún lado. Su propietaria era una empleada de iglesia, su hija una modista que trabajaba para sirvientas y gentes así; cortaban para criadas que, en aquellos días, solían hacerse personalmente sus vestidos. Allí le hacían cosas a Charlotte. Con ocasión de una feria que tenía lugar anualmente cerca de nosotros —y de la que ya tendré ocasión de hablar—, vi a la hija de la modista con mi buen amigo, el que tanto me había ayudado y, olvidaba contarlo, había intentado hacerse con

Charlotte. Al día siguiente, hablando conmigo, me dijo: «Es un rato fea, pero sirve para palparla. La noche pasada le palpé el coño y creo que se la han follado (es lo que pensaba de todas); su madre es una tía que está bien, me deja llevar chicas a su casita, ya sabes, putas no, sólo si son respetables». «¿Es una casa de citas?», pregunté. «Oh, no, es muy respetable, pero, si entras con una dama, os deja en la habitación y, al salir, si le dais media corona, hace una reverencia, como cuando abre los bancos privados de la iglesia y alguien le da seis peniques. Pero es muy respetable… El pastor viene a veces a verla».

Charlotte pidió permiso para ir a la modista. Yo la encontré allí, como por casualidad, la vieja empleada de iglesia me preguntó si quería entrar y esperar. Lo hice. Charlotte entró tras haber arreglado el asunto de su vestido. Había un sofá en la habitación, y en seguida se echó en él; nos fuimos juntos, di dos o tres chelines (el dinero valía entonces mucho más), y la empleada de iglesia dijo: «Cuando su damita venga a ver a mi hija, puede esperarla siempre aquí».

Cuando acudimos por segunda vez, me preguntó si iba a la capilla de Santa María (su capilla). En aquella ocasión, fuimos a su casa de día. Cuando nos marchábamos me dijo: «Espero que no le importe salir solo cuando venga aquí, porque los vecinos son muy malos». La vieja era de verdad una empleada de iglesia, su hija realmente modista, pero le gustaba ganarse unos pocos chelines prestando la casa para citas secretas y tranquilas; oí decir que no la prestaba a mujeres de vida alegre. Llevaba años viviendo en la parroquia y se la consideraba respetable. No utilizaba mucho su casa en la forma descrita, porque la gente adinerada se iba de juerga a la ciudad, que estaba sólo a una hora de camino. Que yo sepa, no había mujeres de vida alegre en el pueblo.

En aquella casa, pasé con Charlotte su tercer día libre en un dormitorio confortable. Nos quedamos desde las once de la mañana hasta las nueve de la noche; comimos chuletas de cordero, bebimos cerveza negra y lo pasamos estupendamente. No hicimos en el día otra cosa que mirarnos mutuamente las partes privadas, besamos y dormir fuera de la cama. Fue allí donde Charlotte mostró curiosidad por las emisiones masculinas. Le expliqué cómo salía disparado el esperma y, después, hablando del de las mujeres, me contó el placer

que le había proporcionado al tocarla con los dedos en la forma ya descrita. La explicación quedó completa cuando me masturbé para que lo viera, haciéndoselo después a ella con el dedo. Aquello fue una chapuza, y aún me parece oírla diciendo: «No, me gusta más donde estaba antes». «¿Te da placer?». «Oh, sí, pero no me gusta así, ¡oh!… ¡oh!… lo estoy haciendo ¡oh!…». Aquel día yo no tenía dinero, Charlotte había cobrado y lo pagó todo, dándome el dinero para que yo lo hiciera.

Un día, nos reímos recordando la ocasión en que casi fuimos sorprendidos jodiendo en la letrina. «Mary debe de tener un trasero demasiado grande», dije, «para sentarse en el asiento pequeño de la letrina». Charlotte dijo: «Es una mujer grande, el doble de grande que yo, su trasero cubriría todo el asiento». Nos pusimos a hablar de la cocinera, y, como lo que entonces oí habría de afectarme mucho en tiempos posteriores, relataré, con la mayor exactitud posible, cuanto me dijo Charlotte.

«Claro que la he visto completamente desnuda —cuando dos mujeres están juntas no pueden evitarlo, por qué les iba a importar —. Si te sientas para hacer pis, enseñas las piernas; si te pones las medias, enseñas los muslos. Las dos nos lavamos hasta la cintura, y, si te quitas la camisa o el camisón, se te ve entera. Mary es hermosa de pies a cabeza; una mañana, en verano, durmiendo en la misma cama, teníamos mucho calor. Salí a mear, nos habíamos deshecho de toda la ropa; Mary estaba echada de espaldas, completamente dormida, con el camisón por encima de la cintura. No pude evitar mirarle los muslos, que eran tan grandes y tan blancos… blancos como la nieve». «¿Tenía mucho pelo en el coño?», le dije. «¿A ti qué te importa?», me dijo, riéndose, pero prosiguió: «¡Oh!, el doble que yo, y castaño claro». «Supongo que tiene el coño más grande que tú», dije pensativo. «Bueno, supongo que sí», dijo Charlotte, «es una mujer mucho más grande que yo, ¿qué te parece?». Yo era de la opinión de que debía de ser así, pero no tenía experiencia en qué basarme; entre una cosa y otra estuvimos de acuerdo en que debía ser más grande.

«Entonces», me dijo, «supongo que algunos hombres tienen la cosa más pequeña que tú». Le dije que, a mi entender, variaban levemente pero que sólo conocía pollas juveniles y que no podía saber con seguridad si variaban mucho en los hombres mayores.

Seguimos hablando de Mary. «Me gustaría ser una mujer tan grande y tan guapa como ella». «Pero», le dije, «no me gusta el pelo claro; me gusta el pelo oscuro en el coño, me parece que el pelo claro no puede ser bonito». «A mí, ella me gusta», dijo Charlotte, «es una buena mujer, aunque a menudo aburrida. No tiene parientes en Londres, no dice nada sobre ellos ni sobre sí misma; solía recibir cartas y lloraba entonces a menudo, ahora ya no las recibe. La otra noche me tomó en los brazos, me estrechó y me dijo: "¡Oh, si fueras un hombre guapo!". Se rió y dijo: "Quizá podríamos poner nuestras cosas juntas y hacer niños". Yo no me atrevía a decir nada, temiendo que averiguase que sabía demasiado; creo que ha tenido algún desengaño amoroso».

Estaba manoseándole el chocho a Charlotte, cosa de la que nunca me cansaba, y supongo que la sensación le recordó algo, porque añadió, riéndose: «¿Recuerdas lo que me hiciste la otra noche?». «¿Qué?», le dije, pues no lo recordaba. «Ya sabes, con el dedo». «¡Oh!, masturbar». «Sí, bueno, Mary lo hace. Una noche, yo estaba despierta, muy quieta, y oí que Mary respiraba muy fuerte, noté que movía el codo a golpecitos, tocándome el costado; después, suspiró y se quedó callada. Me dormí y no volví a pensar en ello, hasta ahora». No era la primera vez que había oído o sentido este movimiento de la cocinera, por lo que ambos llegamos a la conclusión de que se masturbaba; Charlotte sabía lo que era masturbarse.

«¿Recuerdas el cumpleaños de tu mamá?», dijo Charlotte. «Nos mandó una botella de jerez, también para el jardinero, pero él no bebe, conque estábamos algo borrachas cuando nos metimos en la cama. Mary, después de desnudarse, se levantó la ropa hasta las caderas y, mirándose, dijo: "Mis piernas son el doble que las tuyas". Entonces hicimos una apuesta y las medimos; perdió, pero su muslo era como una vez y media el mío; después, se tiró de espaldas en la cama y levantó las piernas, abriéndolas un minuto. Yo dije: "Dios mío, Mary ¿qué estás haciendo?". "¡Ah!", me dijo, "las piernas de las mujeres están hechas para abrirse", y allí terminó todo. Nunca le había oído antes decir o hacer algo indecoroso, es muy especial». De haber sido más vieja o más sabia, Charlotte no le hubiera ensalzado a su amado las bellezas desnudas de una compañera de servicio, pues la descripción del gran trasero, de los muslos blancos, del bajo

vientre peludo, del movimiento del codo y lo demás penetraron profundamente en mi mente.

Jodimos más que nunca, atolondrados. Me maravilla no haber sido nunca descubierto, pues una tarde, ya oscurecido, me la follé en el patio exterior de nuestra casa. Pronto, sin embargo, habríamos de tener problemas.

Su padre escribió para saber por qué no había acudido a casa los días libres, y ella consiguió un día libre especial para ir a verle y tranquilizarle; más adelante, nos asustamos porque le faltó la regla, pero le vino oportunamente. Una de mis hermanas vino a casa y recortó nuestras posibilidades; de todas formas, nos las arreglábamos para joder bien que mal, la mayor parte del tiempo de pie. Cuando tuvo otro día libre, se fue a su casa en coche (la única forma de hacerlo), la esperé a su vuelta, y jodimos apoyados en el muro del jardín de casa. Pasó un mes, volvimos a pasar su día libre en casa de la empleada de iglesia. No había hombre ni mujer que se quisieran más, ni que gozasen más de sus cuerpos, sin pensar en el resto del mundo. Yo no le ocultaba nada, ella me decía todo lo que sabía, lo que me apreciaba, el placer, mezclado con temor y vergüenza, que sintió cuando le palpé por primera vez el coño, el sobresalto de deleite y confusión que experimentó cuando se corrió con mi manoseo, cómo había decidido escaparse de la casa con la llegada del lechero, el desmayo histérico cuando le puse por primera vez la polla en la raja y me corrí, la sensación de alivio cuando me corrí fuera, cosa que el instinto le aconsejaba, esa especie de sentimiento de «pobre hombre, me desea, que haga lo que quiera», que había tenido. Yo le conté mis sensaciones. Nos las contamos mutuamente, todas ellas, una y otra vez, sin cansamos jamás de la conversación: éramos una pareja inocente, atolondrada y cachonda.

Habíamos satisfecho nuestros deseos, mediante simples variaciones, pero nunca llegué a meterle la lengua en la boca, ni, que yo sepa, había oído yo por entonces de esa forma de hacer el amor… pero ya tendré ocasión de hablar de ello. Me la tiré echada boca abajo, y algo me llevó a hacerlo estilo perro, pero nunca se repitió. Como ya he dicho, nos examinamos mutuamente los apéndices, pero, una vez satisfecha, tras ver el mío pasar de fláccido a tieso, el pis salir y la leche proyectarse, no quiso volver a verlo y

jamás entendió mi insaciable curiosidad por el suyo. Pienso que sabía menos que la mayor parte de las chicas de su edad sobre los varones, pues recuerdo que nunca había sido niñera de varones, y creo que no tenía hermanos.

¿Por qué casi ninguna mujer se deja voluntariamente mirar el coño después de joder, hasta después de lavárselo? Casi todas, alegres o no, dicen que es una bestialidad. Es lo mismo. Más bestialidad es dejárselo llenar, darse la vuelta y dormirse mientras la leche se derrama por el muslo, o dejar que un hombre chapotee una hora más tarde en lo que no se ha secado. Eso no les importa, pero no te dejan voluntariamente mirárselo después de tus operaciones. ¿Por qué?

Una mujer pudorosa se queda quieta después de joder, y no se lava hasta que te has ido. Una chica joven que te haya dejado verle el coño y conquistar su virginidad no se lo lavará en absoluto, hasta qué tú le señales la necesidad de hacerlo. Una mujer alegre intenta a menudo apartar el trasero cuando te estás corriendo, recibe la emisión cerca de la salida, te desmonta rápidamente y se lava y mea al mismo tiempo, inmediatamente. Una chica joven que no sea de la vida se limita a frotarse el coño por fuera; lo mismo hace la esposa del trabajador. Me he follado a varias, y ninguna de ellas se lavó delante mío. Soy de la opinión de que las mujeres pobres rara vez se lavan el coño por dentro, se limitan a hacer pis. «¿Para qué lavárselo?», me dijo una chica pobre, pero no de la vida; «siempre está limpio, y, te lo laves o no, una hora después está igual». ¿Es un coño sin lavar menos sano que otro entregado a menudo al jabón y la jeringa? Lo dudo. Un viejo libertino me dijo una vez que no le importaba un ardite joder por la noche en un coño que no se hubiera lavado desde la mañana.

Nuestros conocimientos de materias sexuales eran equivalentes y teníamos mucho que aprender. No obstante, una muchacha de la condición de Charlotte suele saber más sobre el sexo del hombre que un joven de la misma edad sobre el sexo de la mujer; han cuidado niños y saben lo que es una picha. Una muchacha jamás es considerada demasiado joven para ocuparse de un niño, pero nadie confiaría a un varón de más de diez años el cuidado de una niña pequeña; de todas formas, ella nunca había cuidado niños. Le debo a Charlotte mis primeras nociones sobre la menstruación y otros

misterios de su sexo. ¡Ah, qué prodigio fue para mí la menstruación! Fue maravilloso, aunque la verdad es que en aquellos tiempos todo me parecía prodigioso.

Pasada la Navidad, mi hermana volvió al colegio, nuestras oportunidades parecieron mejorar, pasamos otro día libre en casa de la empleada de iglesia. Yo tenía dinero, y fuimos lo bastante indiscretos como para ir a ver algunas figuras de cera. Al día siguiente, su padre vino a verla. Le ordenó que le dijera dónde había estado. Ella se negó, él se enfadó e hizo tanto ruido que llamó a mi madre para averiguar qué pasaba. Pidió verla, se excusó, y dijo que su hija había salido varios días libres sin que él supiera dónde había estado. Mi madre dijo que aquello no era correcto, y que hacía bien en enfadarse. Estábamos con una amiga en la habitación, yo sentado, leyendo y temblando. Mi madre le comentó a la dama: «Espero que esta chica no se esté perdiendo, es muy guapa». Mi madre me pidió que me fuera del cuarto, llamó a Charlotte y le echó un sermón; Charlotte me dijo después, por primera vez, que su padre estaba enfadado porque ella no quería casarse con un determinado joven.

El joven en cuestión había venido a verla varias veces a casa; ella le vio una vez y, desde entonces, evitó hacerlo. Era hijo de un panadero de buena posición que vivía a unas pocas millas de la casa de Charlotte y quería casarse con ella; su madre no tenía largas expectativas de vida, y el joven decía que se casaría en cuanto muriese su padre. La madre de Charlotte estaba furiosa con ella por rechazar tal oportunidad. Charlotte me enseñó las cartas del muchacho, que empezaron entonces a llegar, y preparamos conjuntamente las respuestas.

Se fue a su casa y volvió con los ojos hinchados de llorar; alguien había escrito anónimamente diciendo que la habían visto en las figuras de cera paseando con un joven, evidentemente de posición superior a la suya.

La madre amenazó con llamar a un médico para que la examinase y viera si había hecho algo malo; parece que nadie sospechaba de mí. Su padre quería tenerla en casa, su madre sospechaba de ella desde hacía tiempo. «Cuanto antes te cases con el joven Brown mejor, va a ser dueño de un negocio próspero y tiene caballo y calesa, jamás volverás a tener una oportunidad así, e

impediré que te pierdas, si es que no te has perdido ya», le decía su madre.

Era una noche lluviosa, yo la había recibido a su vuelta, y nos quedamos una hora protegidos por un paraguas, hablando y llorando. Ella dijo: «Ya sabía que me ibas a arruinar; si me caso lo averiguará y, si no lo hago, me harán la vida imposible. ¡Oh! ¿Qué hacer?». Jodimos dos veces bajo la lluvia, apoyados en la pared, bajando el paraguas para hacerlo. Más tarde, nos encontramos en casa de la modista, hablamos de nuestro problema, jodimos y volvimos a llorar. A partir de entonces, todo fue preocupación; ella lloraba por su futuro, yo me preguntaba si sería descubierto. De todas formas, a pesar de todas nuestras penas, nunca dejábamos de joder si teníamos cinco minutos libres para ello. Entonces, escribió su madre para decir que el viejo Brown había muerto y que su padre tenía la intención de llevársela inmediatamente; ella se negó, el padre vino, habló con mi madre y arregló el asunto llevándose la caja de ropa de Charlotte. Yo no tenía ni un penique; a su edad, un padre tenía control absoluto, y no podíamos hacer nada, como no fuera escapamos. Hablamos de ahogamos, de que ella buscase trabajo en el campo. Yo hice proyectos igualmente absurdos para mí. Resolvimos que aceptaría volver a su casa —no podía hacer otra cosa—, pero que se negaría a casarse.

Charlotte me escribió casi inmediatamente después de haber llegado a su casa. Mi madre se había reservado el derecho de abrir mis cartas, aunque había dejado de hacerlo. Aquella mañana, viendo que tenía una dirigida a mí, atemorizado, se la arranqué de la mano. Insistió en que se la devolviera, yo me negué, y reñimos. «¿Cómo te atreves, caballero?». «No te la daré, no vas a abrir mi carta». «Sí que lo haré, ¡vaya niño!». «No soy un niño, soy un hombre, si me abres alguna vez una carta, me alistaré de soldado, en vez de estudiar para oficial». «Se lo diré a tu tutor». «Y yo pienso decirle lo lamentablemente corto de dinero que ando siempre; el tío… dice que es una vergüenza, y la tía también». Mi madre rompió a llorar; fue mi primera rebelión. Habló con mi tutor, no volvió a tocar mis cartas y me dio cinco veces más dinero que antes, pero, por mayor seguridad, hice que me enviaran las cartas a la dirección de un amigo e iba allí a buscarlas.

Charlotte no tenía permiso para salir sola, y la acosaban en

todas las formas posibles; a pesar de todo, me las arreglé para encontrarme con ella en una escuela local, que estaba vacía, un sábado por la tarde; algún maestro amable la dejó entrar, y ella me abrió a mí. Jodimos sobre un banco duro, en una habitación casi a oscuras, prácticamente el palo más difícil que haya tenido; fue una postura ridícula. Pero nuestro encuentro fue pródigo en lágrimas, en abatimiento y en temor al embarazo. Me dijo que la había arruinado; ni siquiera jodiendo se animaba. Más o menos una semana después, sin dinero, me fui caminando a verla, y no lo conseguí. Más adelante, me suplicaba en sus cartas que no le contara jamás a nadie lo que había pasado entre nosotros. Su padre la envió a casa de su hermano, donde habría de ayudar como sirvienta. Se había enterado de alguna manera de que se había visto con alguien en el edificio escolar. Entonces me escribió diciéndome que tendría que casarse, o no volverían a dejarla en paz; le hubiera gustado que yo fuera mayor, para poder casarse conmigo. Sus cartas no eran muy razonables, pero, entonces yo no me daba cuenta. Ella tenía que venir a Londres a comprar unas cosas y pensaba decir que se detendría en el camino para visitar a mi madre, pero en realidad era a mí a quien pensaba ver. No sé cómo se las arregló para burlar a la chica que le acompañó a la ciudad, pero el hecho es que nos encontramos en la casa de citas, lloramos prácticamente todo el tiempo, pero, a pesar de todo, jodimos hasta que la picha ya no se me puso tiesa; entonces, tras jurar que nos veríamos después de su matrimonio, nos separamos.

Se casó pronto, mi madre me lo dijo; vivía a doce millas de nosotros y no me escribió. Un día me acerqué allí, pero, aunque me demoré largo rato cerca de su tienda, no llegué a verla. Lo hice otra vez, me vio mirar y se retiró tambaleándose a un cuarto trasero. No me atreví a entrar, temiendo perjudicarla. Más tarde, me llegó una carta, sin firma, que destilaba amor, pero en la que me pedía que no la perjudicase, como ocurriría si me veían cerca de su casa. El dinero, la distancia, el tiempo, todo estaba en contra mía; sentí que todo había terminado. Me dediqué a masturbarme, lo cual, unido a mi desencanto, me enfermó. No sé lo que pensaría el médico; dijo que sufría de fatiga nerviosa, le preguntó a mi madre si era ordenado y si me acostaba tarde. Mi madre le dijo que era el mejor de los hijos, muy tranquilo, inocente como un niño y que lo que me

enfermaba era el excesivo estudio, cosa que ella venía notando desde hacía tiempo; el hecho era que, en los últimos cuatro meses, no había abierto prácticamente un libro, excepto cuando mi madre estaba cerca y, cuando no estaba pensando en Charlotte, dedicaba el tiempo a escribir palabras indecentes y a dibujar coños y pollas con pluma y tinta.

Así, perdí mi virginidad y conquisté otra; así terminó mi primer amor, o lujuria, ¿cómo llamarlo? Yo lo llamo amor, porque quería a la muchacha, y ella a mí. Alguien pudiera llamarlo seducción, pero, pensando en los años pasados, yo no lo haría. No fue sino el resultado natural del encuentro de dos personas, ambas jóvenes, de sangre caliente, que ansiaban satisfacer su curiosidad sexual. Ninguno de los dos fue culpable; estábamos hechos para ello y nos limitamos a ilustrar la verdad de la vieja canción, «picha y coño se unirán, por trabas que se les pongan», probando que es de sabios no dejar que se junten un macho y una hembra jóvenes si no se quiere que copulen.

Desde todos los puntos de vista, fuimos como mujer y marido en la medida en que las circunstancias lo permitían. Jodimos y jodimos, a la menor oportunidad. Nos repartíamos el dinero; si yo no lo tenía, ella se gastaba su salario. Cuando yo lo tenía, le pagaba botas y ropas. Nunca le hice un regalo en el sentido estricto de la palabra. Nuestros placeres sexuales fueron de lo más simples, el camino seguido fue el más antiguo, y nuestra relación, entre una cosa y otra, fue natural, virtuosa y sana, aunque el mundo no me dará la razón en este punto.

Una cosa me parece ahora notable: la audacia con la que fui a la casa de citas; todo lo demás parece haber comenzado y haberse desarrollado de la forma más natural posible. ¡Qué maravilloso recuerdo! En la carrera que he seguido desde entonces, no ha habido nada tan bello como nuestra vida de aquellos días; no había apenas rastro de lo que pudiera llamarse lascivia. Si el sacerdote lo hubiera bendecido con los lazos del matrimonio, lo llamarían placer casto de amor y afecto. Como el sacerdote no intervino para nada, supongo que lo llamarán bestial inmoralidad. Me he preguntado a menudo si su marido averiguó que no era virgen y, caso de no haberlo averiguado, si ello se debía a alguna argucia de ella, o a ignorancia de él. Más tarde oí decir que vivían felices.

En la casa solariega. — Los amoríos de Fred. — Sarah y Mary. — Lo que hacen la bebida y el dinero. — Mi segunda virgen. — Mi primera puta. — Jodiendo a cuatro. — Bajada al pilón. — Minette. — Un vientre arriba y abajo.

Como ya he dicho, tenía una tía viuda que vivía en H***shire; su hijo, mi primo Fred, se estaba preparando para entrar en el ejército. Yo quería cambiar de ambiente, y me aconsejaron que me fuera allí. Fred tenía un año más que yo, era salvaje e indecente y lo sería hasta su muerte, y desde su infancia hablaba sin cesar de mujeres. Hacía tiempo que no le veía, y me contó sus amoríos, preguntándome por los míos. Se lo conté todo, sin revelar los nombres; me dijo, casi literalmente, que era «mentira», porque le había oído a mi madre decir que yo era el chico más formal del mundo y que podía fiarse de mí en cualquier circunstancia. Esto, unido a mi apariencia tranquila y al cuidado que tenía de no pronunciar tacos, hacía que no me creyese, pero le revelé tantos datos acerca de la naturaleza de la mujer que quedó asombrado. Me contó lo que había hecho, me confesó que había tenido purgaciones, y me dijo lo que había que hacer en caso de cogerlas; también me dijo que había seducido a la hija de un labrador de aquellas tierras, pero su descripción de la posesión no concordaba con mi limitada experiencia. Un día, me señaló a la muchacha, en la puerta de su cabaña, y me contó que la poseía cada vez que quería.

Era una moza, grande y basta, que había encontrado en las tierras de mi tía. La había sorprendido haciendo pis al lado de un seto; ella le vio observando la operación desde una zanja y le insultó abiertamente por hacerlo. Terminaron por conocerse, y él tomó su virginidad una tarde en un pajar… así me lo contó.

Su padre trabajaba en las tierras de mi tía, la muchacha vivía con él y con una hermana más pequeña; su nombre era Sarah. Fred se explayó sobre sus encantos, de trasero a tetas, pero no tardé en

darme cuenta de que con aquella mujer si no había dinero, no había coño, porque Fred me pidió dinero para dárselo a ella. Yo le había sacado dinero a mi tía, a mi tutor y a mi madre, y tenía unas diez libras —una suma muy grande para mí, entonces—, así que le presté unos pocos chelines.

La metió en caliente, como él decía, y me hizo una relación tan triunfal de sus operaciones y de los encantos de la dama que yo, que llevaba algún tiempo sin echar un palo, me pregunté si la muchacha me dejaría; yo me decía que Fred le daba dinero —mi chica nunca quiso dinero—, ¿por qué la suya sí? Él había estado machacándome que todas las mujeres se dejan por dinero o por regalos, cuando no por lujuria. «Besa y mete mano. Si no chillan, enséñales la polla y ataca». Estas máximas me impresionaban mucho.

«Fred», dijo mi tía a la hora del desayuno, «acércate a Brown y pregúntale por la renta, seguro que le encuentras en el mercado de grano». Le hizo otros encargos para el pueblo donde se encontraba el mercado. Prometí acompañarle a caballo, pero me torturaba la cachondez hacia aquella gran moza suya, por lo que inventé alguna excusa y, tan pronto se hubo alejado lo bastante, caminé lentamente hacia la cabaña, que estaba situada a una media milla de la casa.

La cabaña estaba en un caminito, haciendo pareja con otra igual. Casi nadie pasaba por allí, sólo la gente de la propiedad de mi tía. Una de las cabañas estaba vacía. La muchacha estaba barriendo en la fachada, la puerta estaba abierta de par en par. Le hice una señal con la cabeza, me hizo una respetuosa reverencia. Miré a mi alrededor y, no viendo a nadie, dije: «¿Puedo entrar a descansar? Hace calor y estoy cansado». «Sí, señor», me dijo, y entré; me ofreció una silla y terminó de barrer. Mientras tanto, yo me había decidido a intentarlo. «¿Está tu padre en casa?». «No, señor, debe de estar trabajando en el terreno de siete acres». «¿Dónde está tu hermana?». «En el molino, señor», dijo, refiriéndose a un molino de papel. Pensé en Fred. Era mi primera oferta, y apenas sabía cómo hacerla, pero, poniéndole la mano bajo la barbilla, le dije: «Me gustaría que me dejases…». «¿Qué, señor?». «Hacértelo», dije valientemente, «y te daría cinco chelines». Le enseñé el dinero; yo sabía que Fred le daba en general esa cantidad.

Me miró, miró los cinco chelines, que era, en aquellos tiempos, más de lo que ganaba en una semana de trabajo en el campo, se

echó a reír y dijo: «Vaya, ¿quién pensaría que un caballero de la casa le diría una cosa así a una pobre chica como yo?». «Déjame hacerlo», dije rápidamente. «Si no lo haces me tendré que ir… te daré siete chelines y seis peniques». «¿No se lo dirá al señorito?», me preguntó (se refería a Fred). «Claro que no». Se acercó a la puerta, miró a ambos lados, después al reloj, cerró la puerta y echó el cerrojo sin decir una sola palabra.

La casa tenía una cocina, un dormitorio que comunicaba con ella y un lavadero. Abrió la puerta del dormitorio. Había dos camas que casi llenaban la habitación; al pie de una de ellas, había una ventana, a su lado un lavamanos. Se subió a la cama más grande, diciendo: «Apresúrese». Le levanté las ropas hasta el ombligo y miré: «¡Oh!, apresúrese», me dijo. Pero yo no podía hacerlo, era el tercer coño que veía, y me demoré contemplándolo. Ante mí se abrían un par de muslos gruesos y redondos, vi un gran vientre y un coño cubierto de pelo espeso y castaño, una camisa sucia levantada hasta la cintura, unas medias groseras de lana azul, zurcidas con lana negra y atadas por debajo de las rodillas con orillo, unas gruesas botas de tachuelas. La cama estaba limpia y blanca, lo que hacía que sus cosas parecieran más sucias; no era esto a lo que yo estaba acostumbrado. Miré demasiado tiempo. «Mejor apresúrese, porque mi padre llegará a cenar», me dijo.

Le puse la mano en el coño, separó los muslos, y le vi la grieta, un par de labios que parecían salchichas, un clítoris fuerte, bermejo oscuro, que bajaba y se escondía entre los labios, en los recovecos de la trampa de pichas. Por la ventana, entraba una luz muy fuerte, que me permitió ver tan claramente como si tuviera un microscopio. Moví el dedo hacia arriba, y la picha me golpeó el vientre pidiéndome reemplazar a mi dedo, así que la puse en libertad. Tan pronto me hube alojado, el culo, los muslos y el vientre me empezaron a trabajar con tal energía que, un minuto después, me corría. Al meterla, cerró el coño sobre mi polla, con una fuerte acción muscular, como si no deseara la retirada del cálido tubo; un movimiento de los solos músculos del coño, y me sorbió hasta la última gota de esperma retrasado.

Me puse de rodillas, contemplando los labios-salchicha medio abiertos, mi esperma saliendo de ellos, y lamenté entonces que el asunto hubiera sido tan rápido. Siguió echada, sin moverse, y,

mirándome amablemente, me dijo: «Puede tomarme otra vez si le apetece». «Pero ¿no llegará tu padre?». «Dentro de media hora», me dijo. «No creo que pueda», le dije. Tal frialdad en una mujer era algo nuevo para mí, apenas sabía cómo reaccionar. Se hizo con mi instrumento, yo llevaba tiempo sin mujer, pronto sentí que la lujuria penetraba, de nuevo en mi verga, y mis manos buscaron el coño. Abrió bien las piernas, en la más condescendiente de las maneras, y yo empecé a palpárselo. Pronto me encontré a punto, cosa que ella advirtió muy bien, porque inmediatamente, con una gran sonrisa, me echó encima suyo y se introdujo la polla en el coño, alojándola con un astuto movimiento del trasero, un apretón y un meneo.

Jodí tranquilamente, pero ahora le tocaba a ella. Empujaba y se meneaba de tal forma que, en una ocasión, me la sacó, aunque pronto la tuve dentro otra vez. «Empuje, empuje», dijo de pronto, yo empujé con todas mis fuerzas, ella se aferró a mi culo con tal fuerza que debió dejar allí las marcas de sus dedos, y, después, con un rápido meneo y un profundo suspiro, se quedó quieta, la cara roja como el fuego, y me dejó terminar por mi propio esfuerzo.

Al retirarme, sentí el mismo apretón de coño, una de esas deliciosas contracciones que saben provocar las mujeres con gran poder muscular en las partes privadas; no todas pueden hacerlo. Las que no pueden no son capaces de entenderlo. Las que pueden son capaces de hacerle sentir su pinza a un dedo metido en el coño.

Se levantó y se metió la camisa entre las piernas, para secarse la raja, que no se lavó. «Siempre estoy sola», me dijo, «entre las ocho y las doce, por ahora». Como en aquel tiempo cualquier mujer satisfacía mis necesidades, aproveché las oportunidades y la poseí dos o tres veces más, hasta verme extrañamente favorecido por la suerte.

Estábamos en el dormitorio, un día de gran calor; para refrescar el asunto, me quité los pantalones y los calzoncillos, los puse en una silla, me enrollé cuidadosamente la camisa hasta la cintura, para evitar que le cayese leche encima, y así, desnudo de botas a cintura, me eché sobre mi joven campesina, la retozona, la de los movimientos de vientre y meneos de ancas.

Siempre le daba cinco chelines antes de empezar; yo le inspiraba deseos lascivos, o quizá sucedía que amaba tiernamente mis palos,

porque era de coño caliente y no conseguía a menudo que se lo hicieran. Aquel día, parecía desearlo más de lo normal, y empezó a empujar y a menearse con energía. Estábamos ya bien cerca de corremos, cuando, gritando con fuerza «¡Oh!, ¡Dios mío!», me desmontó y se arrastró hasta el borde de la cama. Yo me levanté y vi a una joven y robusta campesina, de unos quince o dieciséis años, que nos miraba, de pie en el umbral de la puerta del dormitorio, con una amplia sonrisa, mezclada de asombro, impresa en la cara.

De momento, nadie abrió la boca. Después, la chica dijo, sonriendo maliciosamente: «Bonitas cosas haces, Sarah, si padre lo supiera…». «¿Cómo te atreves a quedarte ahí mirándome?», dijo Sarah. «Es mi cuarto igual que el tuyo», dijo Martha, pues tal era su nombre; y nada más se dijo entonces. Pero los ojos de Martha se fijaron en mí, sentado, desnudo hasta la cintura, con la polla húmeda, rígida, roja, palpitante y casi a punto de expulsar involuntariamente su esperma. Estaba en una condición tan lujuriosa que me hubiese follado cualquier cosa con forma de coño, y apenas sabía, en la confusión del momento, dónde me encontraba y qué estaba ocurriendo. Sarah se apercibió de mi condición y empezó a bajarme la camisa. «Sal del cuarto», le dijo a su hermana. «Maldita sea, tengo que terminar, te voy a joder», dije yo, echándole otra vez mano al coño. «¡Oh! Por el amor de Dios, no lo haga, señor», dijo ella. La joven Martha se fue a la cocina, sonriendo, y entonces Sarah empezó a balbucear: «Si se lo cuenta a mi padre, me echará a la calle».

«No seas estúpida», le dije yo, «¿por qué se lo va a contar?». «Porque somos malas amigas». «¿No lo ha hecho?». «No, no ha cumplido los dieciséis». «¿Cómo sabes que no lo ha hecho?». «Bueno, dormimos juntas, y yo lo sé». «¿Quién duerme en la otra cama?». «Mi padre». «¿En el mismo cuarto?». «Sí». «¿No sabes de algo malo que haya hecho?». «No, la última vez, en la trilla, vi que un joven trataba de meterle la mano por debajo de la ropa, eso es todo; hace pocos meses que es mujer». Si la acusa, me acusará a mí, pensé. Podría llegar a oídos de mi tía, Fred se enteraría y me metería en un lío.

«Es una pena que no lo haya hecho», dije, «porque entonces no nos acusaría». «Ojalá lo hubiera hecho», contestó. Una cosa llevó a la otra. «¿Sabe qué estamos haciendo?». Sarah asintió. «Si consigues

que prometa no acusarnos y si consigues que me lo deje hacer, te ganarás dos libras», le dije, sacando el dinero de la bolsa.

En su vida había visto tanto dinero junto; sus ojos brillaron, se quedó en silencio un instante, como reflexionando, y dijo: «Siempre se ha portado mal conmigo, y no va a fastidiarme si puedo evitarlo». Después, tras hablar un poco más y dudarlo un poco y tras preguntarme si era seguro que le iba a dar el dinero, me dijo: «Voy a intentarlo, vamos a tomar un buen trago y después les dejaré solos», y entramos en la cocina. Me di cuenta de lo que pretendía.

Martha estaba en la ventana, mirando hacia afuera, el trasero saliente, mostrando un robusto par de piernas bajo unas enaguas cortas; se volvió hacia nosotros, eran más o menos las once, Sarah me dijo que el viejo estaba trabajando lejos y que se había llevado el almuerzo.

«No se lo dirás a padre», dijo Sarah suavemente. Ninguna respuesta, sólo una sonrisita. «Si lo haces, le diré que le vi al joven Smith metiéndote la mano por debajo de la ropa». «Mentira». «Sí que lo hizo, y sabes bien que le has visto todo lo que tiene que enseñar». «Eres una mentirosa», dijo Martha. Sarah se volvió hacia mí y me dijo: «Sí, sí le vio, las dos le vimos haciendo agua, y a doce chavales más». «¿Les vio la picha?», pregunté yo. «Sí». «Tú me llevaste a verlos, pedazo de puta», dijo Martha explotando de ira. «No hacía falta llevarte; ¿qué dijiste y qué hiciste en la cama aquella noche, cuando hablamos de ello?». «Eres una miserable asquerosa, hablar así delante de un joven desconocido», dijo Martha y salió de un salto de la cabaña.

Poco después, volvió a entrar; la mayor me contó escándalos que conocía de su hermana y la hizo enfadarse tanto que estuvieron a punto de pelearse. Las detuve, se reconciliaron, y mandé a la mayor a buscar ponche, ginebra y menta; la taberna del pueblo estaba a más de una milla de distancia de la cabaña.

Cuando se fue, le dije a Martha que esperaba que no se portase mal. Me dejó besarla de buena gana, y pronto nos hicimos amigos. Me había visto medio desnudo, yo no sabía cuánto tiempo estuvo mirando, pero estaba seguro de que me había visto empujando con todas mis fuerzas entre los muslos de su hermana, y aquello era lo más apropiado para ponerla cachonda y preparada para recibir los avances de un hombre. «Aquí tienes cinco chelines, no digas nada,

querida». «No diré nada», me dijo, cogiendo el dinero. Entonces la besé otra vez y seguimos hablando.

«¿Te gustó que te tocara?», pregunté. «¿La tenía tiesa?». Silencio. «¿No te gustó que te pusiera la mano en el muslo?». Más silencio. «Sarah dice que, cuando estabas en la cama, te gustó». «Sarah dice malas mentiras», exclamó. «¿Qué es lo que cuenta?». «No sé». «Yo te lo diré, querida; hablasteis de los pitos de Smith y de los otros hombres que visteis mear». «Usted es el caballero de Londres que vive en la casa», respondió, «así que es mejor que se vuelva y deje en paz a las pobres chicas», y volvió a mirar por la ventana.

«Estoy en la casa», dije, pasándole la mano por la cintura, «y me gustan las chicas guapas». La besé hasta que pareció ablandarse, y dijo: «¿Qué gana con molestar a pobres chicas como nosotras?». «Eres hermosa como una duquesa, y quiero que hagas lo mismo que ellas». «¿Qué hacen?», me dijo inocentemente. «Joder», le dije valerosamente. Pareció muy confundida y miró a otro lado. «Me viste encima de tu hermana, entre sus muslos, eso era joder; y viste esto» (sacando al mismo tiempo la polla), «y ahora te voy a tocar el coño».

Le metí la mano por debajo de la ropa y traté de palparla, pero se dio la vuelta y se puso medio en cuclillas en el suelo, debatiéndose para impedírmelo. La posición era favorable, la empujé medio de espaldas al suelo con fuerza, le puse los dedos en la raja, y al momento nos encontramos forcejeando en el suelo, mientras rodábamos, y ella gritaba con fuerza.

Era ágil, se levantó, se escapó, pero, cuando llegó su hermana, ya le había palpado el trasero, levantado las ropas y dicho suficientes indecencias; ella había gritado, llorado, reído, me había reñido y perdonado, pues le había prometido un gorro nuevo y le había dado más plata.

Sarah traía los licores; sólo había un vaso y una jarra, con ellos nos arreglamos. Hacía calor, el licor era bueno, las chicas bebieron libremente. Al poco tiempo, ambas estaban alegres, y a mí se me había subido levemente a la cabeza. Las chicas empezaron entonces a reñir otra vez y se dijeron todo tipo de cosas; la intención de la mayor era debilitar la virtud de la menor y ponerla salida. Yo empecé a ponerme muy cachondo, y le dije a Sarah que le había palpado el coño a su hermana mientras ella no estaba. Se rió y dijo:

«Está bien, algún día se lo tienen que tocar, si no se deja es que es idiota». Bromeamos sobre mi decepción de la mañana, y le pedí entonces mi placer a Sarah. «Sí», dijo, «sí que es placer; en cuanto Martha lo haya probado, querrá repetir». Martha, que estaba bien borracha, se rió ruidosamente, diciendo «qué cosas decís». Entonces le metí a Sarah, la mano por debajo de la ropa. «Señor, cómo la tengo de tiesa, mira», y la saqué. Martha, diciendo «no lo soporto», salió corriendo del cuarto. Pensé que se había ido y quise poseer a Sarah, pero ella pensó en las dos libras y me dijo: «Pruébela, algún día tiene que empezar, no tardará en volver». La chica volvió, y seguimos bebiendo. La mezcla de ginebra, menta y ponche de ron las mareó a ambas, sobre todo a Martha. Entonces Sarah salió, diciendo que tenía que ir al pueblo a comprar algo, y me guiñó un ojo.

Mientras la otra chica estuvo fuera, me había dicho que echase el cerrojo a la puerta principal y que, si por casualidad volvía su padre, cosa improbable, saliese por la ventana del dormitorio y atravesase un seto, con lo cual en un minuto me perdería de vista. En cuanto se fue, eché el cerrojo a la puerta e inicié el asalto. Martha estaba tan borracha que no podía en verdad impedirme que le tocase el trasero y los muslos. No pude, sin embargo, conseguir que se tumbase; terminó con el licor, se tambaleó, y entonces le toqué el clítoris.

Yo no estaba demasiado estable, pero sí lo bastante sobrio como para probar la maña donde fallaba la fuerza. Quería mear, y lo hice, sujetando el orinal, de manera que me viese la picha en la puerta, pero ella no quiso entrar en el dormitorio. Dejé entonces caer un soberano y, fingiendo no poder encontrarlo, le pedí que me ayudase; entró tambaleándose en el dormitorio, riendo la risa del borracho. La cama estaba cerca, la estreché entre mis brazos, le dije que le daría dos soberanos si se echaba en la cama conmigo. «¿Dos de los brillantes?», me dijo. «Aquí están», dije, enseñándoselos. «No… no», pero no dejaba de mirarlos. Se los puse en la mano, los cogió diciendo «no… no» y mordiéndose un dedo, mientras yo comenzaba otra vez a hacerle cosquillas en el clítoris, sin que se opusiera. Comprendí entonces lo que el dinero puede conseguir de una mujer. La llevé a la cama y me tumbé a su lado. Su resistencia había terminado, estaba borracha.

Le levanté la ropa, se quedó echada, respirando pesadamente, sujetando el oro en la mano. Le abrí las piernas, casi sin oposición, y vi una mera nadería de pelo en el coño; la novedad me gustó tanto que se lo besé. Después, lamí un coño por primera vez en mi vida, la saliva de mi boca corrió sobre él, separé los labios, parecía distinto de otros coños que había visto, el agujero era más pequeño. «Seguro», pensé, «que es virgen». Parecía completamente dormida, y me dejó hacer cuanto quise.

En momentos más tardíos de mi vida, me hubiera deleitado en los goces de la anticipación antes de destruir el himen, pero la juventud, el deseo y el licor me arrastraban, y no recuerdo haber pensado gran cosa en la virginidad, sólo que el coño me pareció distinto de otros que había conocido. Un instante después, mi vientre estaba sobre el suyo. «¡Oh!, pesa mucho, me está ahogando», dijo, despertándose, «me va a hacer daño… no, señor, duele», todo ello en tono vacilante y sin respirar. Le introduje un dedo entre los labios del chocho y traté de moverlo suavemente hacia arriba, pero noté un impedimento. Jamás hombre alguno la había abierto. Entonces, le puse la polla en la muesca con todo cuidado y la moví con la mayor suavidad posible (que yo recuerde).

Tenía el coño mojado de saliva, yo me mojé bien la polla, me aferré a su trasero, mientras afianzaba la punta del instrumento, y después, pasándole la otra mano por el trasero, me aferré a ella como en un tomo, arrimé mi vientre al suyo y, temblando de lujuria, acometí… otra vez… una vez más. Estaba penetrando. Un minuto más, y todo habría terminado, mi esperma estaba en movimiento. Profirió un «¡oh!» agudo. Unas pocas acometidas despiadadas más, un fuerte grito por su parte, mi polla estaba dentro, su coño era por vez primera humedecido por el esperma de un hombre; empujando suave y corto, me abandoné al placer soñador, tumbado sobre ella.

Pronto me dejé caer a su lado; observé, asombrado, que estaba muy quieta, con la boca abierta, roncando y sujetando en la mano los dos soberanos. Me moví con cuidado para mirarla; tenía las piernas muy abiertas, la bata y la camisa (toda la ropa que llevaba) en el ombligo, en su coño se veía un trazo rojo, mi leche se derramaba lentamente, con vetas de sangre, que también manchaba un poco su camisa. Busqué en vano, sin embargo, la efusión de

sangre que viera en la camisa de Charlotte y en la mía cuando la poseí por primera vez, y pienso, en base a experiencias posteriores, que las chicas jóvenes no sangran tanto como las mujeres adultas cuando pierden la virginidad.

Su coño, como pude observar después, tras amplias inspecciones, tenía los labios como el de su hermana; el pelo de una media pulgada de largo, apenas cubría el monte, y sólo bajaba un poco de los labios exteriores. Los muslos eran rechonchos y redondos, las pantorrillas grandes para su edad. Tenía la carne limpia, pero ¡ay de mí!, sus medias azules campesinas con agujeros y zurcidos, sus botas grandes con agujeros en los lados, una camisa sucia y harapienta, las ligas oscuras por debajo de las rodillas, resultaban un feo espectáculo comparadas con la limpia blancura de la ropa interior de Charlotte.

La visión, sin embargo, hizo efecto; llevaba su sangre en la polla, le deslicé con cuidado un dedo en el coño, eso la inquietó, juntó las piernas, encerrándome la mano entre ellas, se echó de lado y mostró un trasero blanco y rechoncho, por uno de cuyos lados había corrido un amplio trazo de esperma sanguinolento. La puse de espaldas y me monté sobre ella, se despertó debatiéndose y gritó con fuerza, pero yo pesaba mucho, tenía la polla en la entrada del coño, y la empujé hasta el tope, sin que ella dejara de gritar que le estaba haciendo daño.

«Cállate, no puedo hacerte daño, tengo la polla metida hasta el fondo», le dije, iniciando el ejercicio. No respondió palabra, su coño parecía deliciosamente pequeño, cada vez que empujaba hasta el fondo hacía una mueca de dolor, traté de meterle la lengua en la boca, pero se resistió. De pronto, dijo: «¡Oh!, váyase, Sarah va a volver y va a encontrarnos». Tuve mi segunda emisión y me quedé dormido con la polla dentro. Estaba mareado. También ella se quedó dormida.

Me desperté, me levanté, cansado por el calor, la excitación, la bebida y el joder. Ella se levantó y se sentó en el borde de la cama, medio sobria, pero embrutecida. Se le cayó un soberano y no trató de recogerlo.

Yo lo hice, y se lo puse otra vez en la mano; lo cogió sin decir una palabra. Tras abrocharme los botones, le pregunté qué iba a hacer, pero no obtuve más respuesta que «ahora váyase». Entré en

la cocina y cerré la puerta de golpe, pero sujetando el picaporte, con lo que la puerta quedó entornada, permitiéndome mirar.

Se quedó sentada tan inmóvil y tanto tiempo que pensé que ya no iba a moverse; después, se sentó en la silla y apoyó la cabeza en la cama, mirando de vez en cuando los soberanos. Después, los dejó, se metió la mano por debajo de las enaguas, tocándose cuidadosamente el coño, se miró los dedos, rompió a llorar, siguió llorando uno o dos minutos, puso entonces una palangana con agua en el suelo y, vacilando, derramó parte, pero se las arregló para lavarse y volvió a la silla, dejando la palangana donde estaba. Se levantó entonces la pechera de la camisa y la miró, volvió a llevarse los dedos al coño, se los miró, rompió otra vez a llorar y apoyó la cabeza en la cama, todo ello de manera vacilante y somnolienta. Mientras lo hacía, su hermana había llamado, y yo le abrí. Me miró de forma extraña, asentí, entró en el dormitorio y cerró la puerta, pero oí todo lo que se dijo.

«¿Qué haces ahí sentada?». Silencio. «¿Qué hace ahí esa palangana?». Silencio. «¿Te has estado lavando el bollo?». Silencio. «¿Por qué te lo has lavado?». «Tenía calor». «Vaya, has estado en la cama». «No, no he estado». «Sí que has estado, con él». «No, no he estado». «Sé que él ha estado, y que ha estado encima tuyo, igual que estuvo encima mío esta mañana». «No, no lo ha hecho». Siguió, después un largo ataque de llanto. Sarah dijo: «De qué te sirve llorar, idiota, nadie va a contarlo; yo no pienso hacerlo, y el viejo no se enterará». Entonces bajaron la voz, se acercaron, pero yo adiviné que le estaba preguntando cuánto le había dado.

Entonces entré. «Se lo ha hecho a mi hermana». «No», dije. «Sí, sí que lo ha hecho», y a Martha, llorando, «no importa, mejor que te lo haga un caballero que uno de esos mozos de molino; no puedo soportarlos, deja ya, no seas idiota». Salí de la habitación, Sarah me siguió y le di los dos soberanos. «Mire», me dijo, «alguien se lo hubiera hecho; uno de esos mozos de molino, o Smith, que siempre la está persiguiendo y sé que le ha puesto las manos encima».

Fred se fue a Londres al día siguiente, y poco después yo estaba en la cabaña; las chicas estaban allí, la mayor sonrió, la menor parecía algo rara y no quiso entrar en el dormitorio. «No seas idiota», le dijo la mayor, y pronto nos encontramos allí solos y juntos. Una mezcla de fuerza y súplica la llevó a la cama, le levanté

la ropa y le obligué a abrir las piernas y, durante un minuto, me abandoné, con el vientre contra el suyo, a todo el placer de la anticipación, arrodillándome después para mirar de cerca. El deseo lascivo de la víspera se apoderó de mí, le puse la boca en el coño y se lo lamí, y después le puse la polla en la estrecha rajita y di fin a mi goce.

Más adelante, cuando la poseí, llevaba ropa interior pulcra y limpia, aunque fuera con la ropa de diario. Tenía miedo de ponerse la ropa de los domingos. Era una hermosa chica, redonda y rechoncha, con un trasero grande para su tamaño, de pechos jóvenes y bonitos, y una rajita de labios gruesos, cuyo forro, en vez de ser rojo entero, como los coños de Charlotte y de Sarah, era de un rosa delicado. Supongo que eso fue lo que me atrajo. Lo único seguro es que jamás hasta entonces había chupado un coño, ni oído hablar de tal cosa, aunque «chúpame el culo» era una invitación insultante frecuente entre los muchachos.

La vi casi diariamente durante una semana, y su pudor se derrumbó pronto. Las chicas de esa condición no tardan en perderlo, porque duermen en el mismo cuarto que su padre y están acostumbradas a andar por los campos o en el molino; pero ella parecía indiferente a mis abrazos, y el único que gozaba era yo. «Eso no me da mucho gusto», me decía, «me gusta más cuando me pone la lengua ahí». Yo no podía creer que eso le ocurriera a una moza joven y sana, pero tenía siempre prisa por echar mi palo, no fuera a llegar su padre, y solía lamerla, penetrarla, correrme rápidamente e irme; de todas formas, no tardó en ponerse en el buen camino. La siguiente vez que la poseí, lamí tan largo y tan fuerte, al borde de la cama, que de pronto sentí que movía el coño, que cerraba los muslos, que después se relajaba y no me contestaba. Levanté la vista hacia ella, estaba echada, con los ojos cerrados, y me dijo que lo que le había hecho era lo mejor de todo. Se lo había lamido hasta que se corrió.

Después de eso, se corría como otras mujeres cuando la poseía. Lo cuento tal como lo recuerdo, y no puedo intentar explicarlo. Trabajaba en un molino de papel; la razón de que estuviera en casa es que la temporada era de poco trabajo, pero tenía que volver a él. Temiendo que un mozo de molino se la tirase, le ofrecí pagarle lo que ganaba; pero si no iba al molino, su padre la haría trabajar en

el campo, y no se atrevía a revelarle que tenía dinero.

La verdad es que ninguna de las dos hermanas se atrevía a comprar los adornos que quería, porque no podían contar cómo obtuvieron el dinero. Volvió, en consecuencia, al molino, y quedó arreglado que, de vez en cuando, no iría para que yo pudiera poseerla. «¡Oh!, ya lo creo que lo hará», dijo Sarah, «ha salido golfa natural, se lo digo yo». Sarah me dijo que le había contado todo lo que hice con ella, incluso la lamida, y me avergonzó bastante que Sarah conociera mi inexperiencia, como en seguida relataré.

Fred volvió y tuve dificultades para conseguirla a menudo. Mis sobrinos salían a pasear con el fresco de la tarde, yo les acompañaba; pasábamos a menudo por delante de la cabaña, y, si veía a las chicas, les hacía gestos. Algunas veces, la poseí de pie en un pequeño cobertizo, o a oscuras, junto a un pajar, donde el heno me picaba en los nudillos.

Fred tenía que incorporarse pronto a su regimiento, siempre me estaba pidiendo dinero prestado «para meterla en caliente», y nunca me lo devolvía. Era, no obstante, un compañero generoso y de buen corazón, y cuando más adelante me faltó dinero y él mantenía a una mujer, me dijo: «A ver si consigues meterla en caliente con…», refiriéndose a su mujer; «le gustas, y a mí no me importa, pero no me lo cuentes». La verdad es que sí que jodí con ella, y él nunca me preguntó nada… pero este cuento se contará más tarde. Hasta el día de su muerte nada le complacía más que referirse a nuestra contemplación del trasero de su madre y los chochos de sus hermanas, cosa que le hacía tronar de risa. Era un hombre extraordinario.

Un día fuimos a caballo al mercado del pueblo y, tras dejar los caballos, nos pusimos a pasear. Fred me dijo: «Vamos a meterla los dos en caliente». «¿Dónde están las chicas?», dije yo. «¡Oh!, yo sé donde, préstame dinero». «Sólo tengo diez chelines». «Es más de lo que necesitamos». Entramos en un caminito, pasado el ayuntamiento, junto a pequeñas cabañas blanqueadas, en las que se veía a chicas sentadas o de pie junto a la puerta, trabajando en una especie de encaje. «¿Te gusta alguna de las chicas?», me dijo. «Pero bueno, si son encajeras». «Sí, pero algunas de ellas joden a pesar de todo; ahí está la que me trajiné con la última media corona que me prestaste». Había dos chicas de pie juntas; nos hicieron un gesto con

la cabeza. «Vamos a probarlas», dijo Fred. Entramos en la cabaña; para mí era una experiencia nueva. Cogió a una de las chicas, dejándome la otra. Yo estaba muy nervioso. Ella se rió al ver que Fred (que en su vida tuvo ni una chispa de pudor) le metía la mano a su compañera por debajo de la ropa. La chica preguntó cuánto le iba a dar, y todo se arregló a media corona por cabeza. Fred entró entonces en el cuarto de atrás con su mujer.

Yo nunca había poseído a una mujer de la vida. El temor a la enfermedad se apoderó de mí. No me hizo insinuaciones y, finalmente, viendo que mi inmovilidad era ridícula, le metí las manos por debajo de la ropa, se la levanté y me puse a mirarle las piernas. «¡Vaya!, estoy muy limpia, caballero», me dijo airada, levantándose bien la ropa. Eso me dio ánimos, la eché en un viejo sofá y me puse a mirarle el coño, pero mi polla se negó a ponerse tiesa; me perturbaba el hecho de que fuera zorra. Se hizo con mi polla, pero no sirvió de nada. «¿Qué le pasa?», me dijo, «¿no le gusto?». «Sí, sí que me gustas». «¿Ha tenido alguna vez a una chica?». Le dije que sí. Fred, que había terminado, bramó: «¿No se puede entrar?». Lo que me perturbó aún más, y abandoné. Fred entró con su chica y dijo que, en la otra habitación, había agua. Entré y fingí lavarme y, al oír que todos reían, me dio vergüenza salir, porque pensé que se reían de mí. No era, sin embargo, así; lo que pasaba era que Fred estaba empezando a meterle mano a la mujer que iba conmigo.

Yo tenía más dinero de lo que le había dicho a Fred, y, cuando dijo que tenía sed, ofrecí encargar bebidas, pensando que mi generosidad compensaría mi impotencia. Trajeron ginebra y cerveza negra; entonces, empecé a notar que podía hacerlo. «Tiene el coño negro como el carbón», dijo Fred, y empezó a gustarme su mujer; después le dijo a la mía: «¿De qué color lo tienes tú?», y empezó a levantarle la ropa. «¿Por qué no cambiamos y nos las trajinamos juntos?». Inmediatamente pasamos al cuarto de atrás, donde estaban ya las dos chicas. Una de ellas estaba haciendo pis. Fred la levantó del orinal, la empujó contra el borde de la cama, bramando «coge a la otra», y sacó la polla, tiesa y lista. Esta visión pareció provocar en mí una corriente eléctrica. Puse a la otra en la misma posición, al lado de la de Fred. Las chicas se opusieron, pero Fred izó a la suya y le hundió la polla en el coño. La mía se echó en la

cama, dejándome levantarle la ropa. Me sobrevino el mismo temor y vacilé; Fred me miró y se rió, yo le levanté la ropa a la chica, y le vi el coño. El temor desapareció, un segundo más tarde la había penetrado, y Fred y yo nos pusimos a joder el uno al lado del otro.

Jodimos los cuatro como descosidos, después hicimos una pausa y nos miramos las pollas, que aparecían y desaparecían alternativamente de los coños. Fred alargó la mano hasta mi polla, yo le palpé la suya, pero me estaba corriendo. Mi chica dijo «no hay prisa», pero ya era tarde, me corrí, apoyé la cabeza en su seno y, abriendo los ojos, vi que Fred estaba en los empujones cortos. Un segundo más tarde inclinó la cabeza.

Ahora pienso que los cuatro estábamos en realidad avergonzados, porque, en cuanto nos quedamos callados, una de las chicas comentó: «Que me zurzan si he oído hablar de algo así; menudos pájaros sois los muchachos de Londres». Mucho después volví a poseer a la chica por dos chelines y seis peniques. Fred estaba entonces en Canadá. Ella se acordaba bien de mí y me preguntó si las chicas y los muchachos solían hacer esas cosas juntos en Londres.

Fred y yo examinamos diariamente nuestras pollas para ver si les salían granos. Fred no tardó en olvidarse de su temor y su vergüenza y apostó los honorarios de las chicas a que terminaba antes si íbamos y repetíamos el asunto; no lo hicimos.

Martha empezó a sentir gran curiosidad por mí y por mi conducta con Sarah. Como era nueva en el asunto del joder, la idea de que alguien compartiera mi polla con ella la ponía celosa. Tenía también curiosidad por conocer los placeres de su hermana; creo que la mayor le había sacado a la más joven cuanto quería saber y que le había pagado con muy poca información.

Mis conocimientos amatorios se vieron entonces incrementados por un acontecimiento inesperado, impensado, impremeditado. Estoy completamente seguro de no haber oído ni leído antes nada de este tipo y, en aquel momento de mi vida, de haberlo hecho, hubiera rechazado la idea por bestial y abominable, aunque la hubiera puesto en práctica. Me asombró el haber llegado a lamerle el coño a Martha; pensé que se debía a su pequeño tamaño, a la poca cantidad de pelo y a la juventud del artículo, y solía lamerlo delicadamente, limpiándome la boca, escupiendo con frecuencia y

jamás aventurándome más allá del clítoris. Un día se me ocurrió tumbarme a lamerla en vez de arrodillarme. Me eché entonces en la cama, con la cabeza entre sus muslos, mi picha no lejos de su boca y me dediqué a su placer, porque era en buena medida la idea de complacerla lo que me llevaba a hacerlo. Se puso a jugar con mi picha y a menearla mientras mi lengua jugaba con su clítoris, me asió con fuerza la polla, cosa que me produjo una palpitación premonitoria de placer. «Hazme lo que te estoy haciendo», le dije, «métetela en la boca», sin saber apenas lo que decía y sin ulteriores intenciones. Su placer se hacía más intenso y, empujada por la curiosidad, o por la fascinación de la picha, o por impulso, como resultado de la acción de mi lengua en su coño, se la metió inmediatamente en la boca. No sé cuánto entró la polla, ni si chupó, lamió, o se limitó a dejarla entrar y supongo que ella tampoco lo supo; en cualquier caso, al correrse ella, sentí una sensación parecida a la suave fricción de un coño y disparé instantáneamente mi esperma en su boca y por encima de su cara. Se levantó y me dijo que era una bestia. Yo me sorprendí y me avergoncé de la inesperada terminación, y así se lo dije.

Como ya he dicho, habíamos establecido señales para fijar nuestros encuentros cuando pasaba por delante de la cabaña; tenía, no obstante, dificultades para acercarme sin ser descubierto, y nunca lo hubiera conseguido de no ser por la hermana mayor, a quien, de vez en cuando, daba dinero. Ella era la que cuidaba la casa; rara vez salía y trabajaba en una especie de encaje grosero, con lo que se ganaba algo de dinero. Solía sentarse fuera de la cabaña si hacía buen tiempo, trabajando, y cuando pasábamos nosotros, la llamada gente de la casa, nos hacía una reverencia. Un día, mi tía me dijo: «Qué moza más enorme, ¿no te parece, Walt? Siempre la miras cuando pasas». Yo podía haberle contestado: «Sí, sí que lo es, y su culo se parece notablemente al tuyo», pero no lo hice y, a partir de entonces, estuve más en guardia. Fred no había poseído a la chica desde hacía mucho tiempo; eso me dejaba más libre. Entonces Martha se fingió enferma dos días para no ir al molino y permitirme poseerla, y pasé muchas horas con ella. Un día, al volver rápidamente la cabeza, me pareció ver que se cerraba la puerta del dormitorio y se me ocurrió que la mayor había estado mirando; cuando salí, me miró con lascivia.

Un día, poco después, acudí y encontré a Sarah sola. Se excusó, diciendo que su hermana había tenido que ir a trabajar. Ya me iba, irritado, pero ella quiso enseñarme sus botas y medias nuevas. Su vanidad me divirtió, miré, y se las puso. «Me sientan bien», me dijo, enseñando libremente las piernas. Aquello no me excitó y decidí otra vez marcharme. «¿Nunca más me lo va a hacer?», me dijo. «No tengo dinero». «Somos viejos amigos, el dinero no importa, si no le hubiera conseguido a Martha, seguiríamos siendo amigos. Ojalá no lo hubiera hecho». «Lo hiciste para salvamos», le dije. «Ah, pero no debiera abandonar a los viejos amigos, y yo les he cuidado y les he dado facilidades a los dos». Bueno, pensé yo, esto es una invitación para joder…; tenía una maravillosa pinza en el coño, y empecé a empalmarme. «Tienes muchos amigos», le dije. «Le juro que no me ha visto ningún amigo desde el día que consiguió a mi hermana; ¿es que no he estado siempre vigilándoles?, ¿es que ha pasado usted alguna vez sin verme?».

No es fácil resistirse a una mujer que quiere joder, aunque sea fea y de mediana edad. Allí estaba sentada, la imagen viva de la salud, con las enaguas por encima de las rodillas; nunca se las había visto sin sus medias groseras de lana azul. Le recogí la ropa, le miré los grandes muslos y, un segundo después, tenía los dedos en su coño; mi pito subió de golpe. Ella cerró la contraventana, echó el cerrojo a la puerta y, con aire complacido, se echó en la cama. Su coño me pareció una buena novedad y me preparé para la inserción.

«Ella le gusta más que yo», me dijo. Era un dilema, pero a un hombre siempre le gusta más que ninguna otra la mujer con la que está a punto de echar un palo, así que lo negué. «¿Por qué no me hace entonces lo que le hace a ella?». «¿Qué?». «Usted sabe». «No». «Sí, sí que lo sabe». «La toco así». «Más que eso». «¿Qué?». «Usted sabe». «No lo sé, dímelo». Una pausa. Se me ocurrió entonces que sabía que le había lamido el chocho a Martha, y ello produjo en mí tal efecto que el pito se me bajó y casi me dio vergüenza mirarla, porque, como ya he dicho, hasta que se lo lamí a Martha nunca había realizado un acto así, y lo hice en cierta manera creyendo que era una gran bestia, y así habría calificado a cualquier hombre que hubiese hecho algo parecido. La verdad es que, cuando me corrí en su boca, sentí tanta repugnancia por mí mismo que abandoné por

completo las lamidas y le hice prometerme que nunca se lo diría a su hermana, ni volvería a mencionar el asunto. Me quedé, por tanto, callado, con una mano en su vientre, justo encima de la raja, y en un estado de ánimo incómodo.

Ella rompió el silencio. «Hágalo como se lo hace a ella». «No sé a qué te refieres», volví a tartamudear. «Sí, ahora sí que lo sabe». «¿Qué te ha dicho Martha?». «Nada, pero yo lo sé». Y, viendo que estaba a punto de subirme a la cama, «no, no, béselo». Bajé entonces la boca hasta su pelo y le di un sonoro beso. «No», dijo, «hágalo como se lo hace a ella, soy mejor mujer que ella, con mucho; ¿qué es lo que ve en ella para quererla así? Usted sabe que le hace cosquillas con la lengua». Todo se había descubierto. Yo quise montarla, ella me evitó y siguió repitiendo en forma jocosa y juguetona su petición. La llevé entonces al borde de la cama, con los grandes muslos bien abiertos y las piernas colgando en posición favorable, con intención de complacerla. Se frotó el coño en seco con la camisa.

Empecé con desgana, pero la novedad me calentó. ¡Qué diferencia entre ella y su hermana! A la más joven podía lamerle el orificio, donde casi no había pelo, con comodidad, y ella siempre se quedaba quieta; con la mayor, sin embargo, tenía que separar los labios-salchicha y sujetar la orla espesa y oscura, que se me metía en los ojos y me hacía cosquillas en la nariz. En cuanto le toqué el clítoris con la lengua, los labios se cerraron sobre mi boca y, a medida que mi saliva pasaba a los pelos del coño, me mojaba, por virtud de sus movimientos, la nariz y la cara, mientras su culo saltaba y botaba sin cesar. Me aprisionó entonces la cabeza entre los muslos, con tal fuerza que casi me la arrancó, hundió las manos en mi pelo y levantó el coño una vez más, introduciéndome la nariz en el agujero, para después, con un tirón, alejar el coño de mi cara. No me costó nada desistir.

«¡Oh!, hágalo natural… hágalo natural», y abrió los muslos, dejando que pendiesen y mostrando un coño lleno de babas. La penetré, tal como yacía, al borde de la cama, y un minuto después tenía el coño más mojado que nunca.

No me cabe la menor duda de que la moza se corrió en cuanto empecé a lamerla, pero yo no lo sabía entonces. Cuando le pregunté si le gustaba me contestó «el viejo sistema es el mejor, pero he

hecho lo mismo que ella». La interrogué, pero nunca supe si su hermana se lo había contado o, si nos había estado vigilando y nos vio hacerlo.

Le hice prometer que no le diría nunca a su hermana lo que le había hecho. Esperaba volverme a ver, pero yo le había prometido a Martha que nunca volvería a poseer a Sarah y así se lo dije. Me dijo que estaba cansada de vigilar para que no nos sorprendieran. Las hermanas se peleaban a menudo, creo que por celos de mí; a pesar de todo, me la follé otra vez.

No está de más mencionar los riesgos que corrí. Una vez que estaba con Martha en la cama oí la voz de mi primo preguntándole a Sarah, que estaba en la puerta, si me había visto pasar.

No podía obtener a la más joven siempre que quería, hacía tiempo que faltaba de casa y pronto tenía que volver. Me había gastado todo el dinero, y un día le dije a Sarah, después de echarle un palo, que me iba. Su hermana estaba entonces en el molino. Sarah me dijo: «¿Qué va a hacer Martha?». Yo supuse que se conseguiría otro amante. Negó con la cabeza. «Martha está envenenada». «¿Qué?». «No tenga miedo», me dijo, «espera familia; por aquí llamamos envenenarse cuando una muchacha no está casada». Era cierto, la chica sólo había menstruado una o dos veces antes de que yo la poseyera, y ahora no le venía la regla. En ningún momento intentaron sacarme dinero; todo lo que se necesitaba era ponerla bien otra vez. La mayor llevó a Martha a una adivina, y su problema desapareció. Le pedí dinero prestado a mi tía y, tras darle todo lo que pude a Martha, me volví a Londres. Ella se marchó de aquella zona.

Dos años más tarde, con ocasión de otra visita a mi tía, volví a ver a Martha; estaba al servicio de la casa, y aquel día había salido. La esperé en un camino, esperando poseerla otra vez. Nos besamos y nos toqueteamos. Conseguí con dificultad tocarle el chocho, pero no pude satisfacer mis deseos; iba a casarse, y poco después me enteré de que ya se había casado.

También Sarah iba a casarse con un trabajador de granja y, al hacerle yo bromas diciendo que iba a descubrirla, se rió y dijo: «Señor, fue mi primer amante», de donde inferí que mi primo Fred se equivocaba acerca de la conquista de su virginidad.

Mi primera lamida de coño y chupada de picha tuvieron lugar

con Martha; antes nunca me había dedicado a estos juegos amatorios, y todo ocurrió por instinto. Durante bastante tiempo me avergoncé de mí mismo y jamás le dije una palabra a nadie sobre el tema; creo que ni siquiera se lo hubiera dicho a Fred, pero en cualquier caso él no estaba entonces. Poco a poco, iba aprendiendo por instinto todo el arte de amar. No podría decir lo que me hizo ofrecer dinero para conseguir a Martha; creo que hasta entonces no había oído hablar de la posibilidad de poner a prueba con dinero la virtud de una mujer. De todas formas, nunca olvidé la lección y mejoré mucho en este campo según iba pasando el tiempo.

Había poseído ya a cuatro mujeres. Como siempre era difícil obtenerlas, nunca cometí excesos y conservé la salud. Ahora me parece sorprendente lo poco que pensé en actitudes indecentes y en variaciones lascivas; me dediqué casi exclusivamente al palo, vientre a vientre, encima de la cama. Seguía teniendo el porte serio y circunspecto que, unido a mi general desconocimiento de la vida, engañaba a mi madre y a mis parientes y, aunque estaba muy orgulloso de mis hazañas, me las guardaba para mí, sin revelar jamás los nombres de mis mujeres. Sólo les conté lo que había hecho a uno o dos amigos íntimos que, a la recíproca, me relataban sus hazañas. Jodiendo se me había soltado el prepucio. Adopté la costumbre de echarlo atrás y delante varias veces al día. De hecho, cada vez que hacía pis. La polla me había crecido en los dos últimos años, cosa que me agradó mucho, pero tenía extrañas dudas sobre su tamaño, de las que más adelante hablaré.

Aunque muy circunspecto, mis maneras y mi apariencia eran de hombre, y me comportaba con las mujeres en una forma que no dejaron de notar uno o dos de mis parientes. Cuando hablaba con ellas solía pensar: «¡Ah!, ya sé qué tipo de abertura tienes en la parte baja del vientre». Me gustaba bailar con mis primas —aquéllas cuyos coños había podido vislumbrar un instante—, preguntándome cuánto les habría crecido el pelo. Solía también pensar en el coño de mi hermana, el que viera en la cuna, pero ella murió por entonces. Mis experiencias incrementaban en gran medida el encanto que me producía la compañía femenina.

La suerte me había ofrecido dos vírgenes de cuatro mujeres. Fue un lujo inesperado, al que no di importancia y que no supe apreciar bien; las vírgenes no me gustaban más que las otras.

Mi primo Fred aparecerá con menos frecuencia; a veces, pasaba meses fuera, después algunos años, pero se le nombra cada vez que juega un papel importante en mis aventuras… Participó también en otras que no van a mencionarse aquí…

Asistenta e hija. — Por el agujero de la cerradura. — Cortando maíz. — Un chaparrón y un granero. — Una devoniana de gruesas ancas. — Dibujos sugerentes. — Ofrecimiento de un ojo del culo. — Locura erótica. — Remordimientos.

Nos quedamos una temporada sin servicio. Contratamos entonces a una asistenta; una de sus hijas venía con ella de vez en cuando y, a veces, se quedaba a dormir. Su casita no estaba lejos. Yo conocía a la niña desde pequeña, y, por aquel entonces, ella debía tener unos dieciocho años. Le había sonreído a menudo cuando nos encontrábamos y, naturalmente, le sonreí de nuevo. Era una chica delgadita, que no valía gran cosa, pero yo estaba en una edad en la que todo lo que tuviera coño me atraía.

Aprovechando mi experiencia, utilizaba ahora agujeros de cerradura; la fortuna me favoreció, pues, por alguna razón, instalaron dos camas pequeñas, en lugar de una gran cama, en el cuarto de servicio; entre las camas había un lavamanos y, a cada lado de éste, una silla, casi enfrente del agujero de la cerradura. Yo me alegré mucho, porque podía ver casi toda la cama y ambas sillas y el lavadero, si no me tapaban el agujero de la cerradura. Vi a la vieja lavarse y usar el orinal, ponerse las medias y otras cosas; la otra cama estaba un poco apartada. No podía ver a la chica con tanta frecuencia, pero a veces lo conseguí.

Una noche, la chica se quedó sola; en vista de ello, en cuanto oí cerrarse la puerta de mi madre, salí, en camisón, y, mirando por el agujero de la cerradura, conseguí ver a la chica desnuda. Puso una luz en el suelo, una pierna sobre la silla y se miró el chocho con un espejito; tenía el trasero hacia mí. No se quedó satisfecha, se dio la vuelta, se sentó frente a mí, puso la vela en el suelo y, abriendo las piernas lo más que pudo, prosiguió su investigación. Pude obtener una perspectiva razonable de su persona y de su coño. Como ya he dicho, no valía gran cosa, pero me excité extraordinariamente e

hice algo de ruido en la puerta, cosa que debió de alarmarla, porque se levantó y se puso a escuchar en silencio. Me fui a mi cuarto, me puse a mirar por la puerta entornada, ella abrió la suya y sacó la cabeza. Le hice un gesto y volvió a entrar.

Al día siguiente, se volvía a su casa, y como yo ahora salía cuando me parecía (aunque reñía con mi madre a causa de ello), me marché a caminar poco antes de que ella saliera. Estaba oscuro. Ella salió dos o tres minutos más tarde. Tras caminar a su lado un rato, le pregunté de sopetón si le había gustado mirárselo la noche pasada. «¿Qué dice?». Le conté todo lo que había hecho. «¡Oh!», dijo muy sorprendida, «qué cosas más horribles hace». Le conté que una de nuestras anteriores sirvientas solía verme desnudo. Al poco rato, pareció pasársele el desconcierto que le provocó saber que la había visto desnuda; tal como se lo había descrito, no podía dudar de que la había visto entera. «¿Para qué te miraste el chocho?», le pregunté. «¡Ah!, eso es asunto mío; ¿por qué me miraba usted?». «Para verte el coño». Como estábamos en la parte oscura del camino, empecé a besarla y le puse los dedos en el vientre. No protestó, pero cruzó las piernas; aunque era pequeña y parecía débil, me impidió que la palpase. Estuve con ella una hora, besándola, adulándola, intentándolo todo; le pasé los dedos y la mano por el trasero y por el vientre, pero no llegué a la raja. Cada vez que fracasaba, ella se reía, diciendo «otra vez». Le juré que algún día lo conseguiría. «No lo conseguirá, no es usted el primero que lo ha intentado», me dijo, y me volví a casa sin haberle palpado adecuadamente el chocho.

Lo intenté el día siguiente, y cada vez que tenía oportunidad, tanto en casa como fuera, hasta que llegaron nuevas sirvientas. Ella me palpó la polla, la miraba, me apretaba las pelotas, hablaba de joder y decía todo tipo de indecencias; me decía lo que había visto y lo que había oído de estos temas. Al final, apenas se resistía a que le palpase el trasero, el vientre y las piernas, pero nunca llegué a ponerle el dedo en la raja para sentir la humedad, porque cerraba sus piernecillas y se movía, o se me escapaba de alguna otra forma. Una o dos veces, me puse un poco brusco, y ella dio un chillido, lo que me hizo desistir. Le ofrecí dinero. Me respondió: «No, gracias, no pienso arruinar así mis posibilidades». Yo solía iniciar la conversación diciendo: «¿Qué tal tu pastel?». «¡Oh!, muy bien,

gracias. ¿Y tu palito?». «Bien, y tieso, esperando a tu pastel». «Pues va a tener que esperar mucho tiempo», etc… Al final, yo siempre trataba de meterle mano, y la cosa quedaba así. Terminaron por irse, con la llegada de nuevas sirvientas.

La vi después con frecuencia e inicié siempre el mismo juego. A mi madre le contaron que me habían visto hablando con ella, en vista de lo cual, a partir de entonces, sólo le hablaba al anochecer. Algún tiempo después, se casó con un jardinero, y la vi de vez en cuando, pero todo quedaba en un gesto de complicidad y una sonrisa, que siempre me devolvía. En el intervalo, yo había obtenido —como ya contaré— mis bienes de fortuna, tenía mujeres todo el tiempo y la había olvidado. Un día, cruzando unos terrenos no lejos de nuestra casa, pasé a una mujer bajita con un niño pequeño, y era ella. Cayó entonces un chaparrón, y entramos en un granero donde no había nadie. Me dijo que yo tenía fama de «estar siempre persiguiendo a las chicas». «Tú lo sabes bien», le dije. «Sí», me respondió, sonriendo. Nos pusimos a hablar de indecencias, cada vez mayores, seguimos, y, unos minutos después, la había tumbado y jodido sobre el heno. «Te dije que lo haría», le dije. «Pero no lo consiguió cuando me dijo que lo haría… ahora no importa». Así pensaba ella. La lluvia seguía cayendo, me dijo que tenía que irse, mojada o seca. No teníamos paraguas. Se tapó la cabeza con el vestido y diciendo: «No se lo dirá a nadie, ¿verdad?», cogió de la mano al niño y ya se iba, cuando mi apetito se apoderó nuevamente de mí. Tiré de ella y, con un poco de persuasión, volví a penetrarla. Le gustó enormemente el polvo. Mientras yacía sobre ella, oímos un portazo, y el granero quedó a oscuras; un hombre acababa de cerrar la puerta. «¡Hola!», dijo, «no sabía que había alguien; espero no haberles molestado». Salimos sin responder. «De esta vas a tener un niño», le dije. «Ojalá», me dijo. Así terminó mi aventura con la hija de la asistenta, pues jamás volví a poseerla, y ella no tardó en marcharse de aquella zona. El niño que llevaba era suyo.

Aunque he relatado de un tirón (como haré en otros casos) toda mi relación con ella, entre que estuvo en casa y nuestro encuentro del granero debieron pasar tres o cuatro años. En el granero, antes de la penetración, hablamos de la forma más indecente. Aquello pudo calentarla, pero creo que me deseó en cuanto se quedó sola

conmigo. Su niñito fue testigo del asunto.

Justo por entonces, o un poco más tarde, tuve una seria aventura.

En aquellos tiempos, las calles que salían de la calle Waterloo eran muy frecuentadas por mujeres de la vida. Algunas estaban absolutamente llenas; eran de una clase que podía obtenerse por unos pocos chelines, aunque recuerdo haber visto a más de una elegante paseando por allí. Mi madre se quedaba entonces con casi todo mi dinero, para mantenerme, pero con lo que quedaba yo podía echar de vez en cuando una cana al aire. Uno de mis placeres consistía en caminar de noche por aquellas calles, hablando con las mujeres de las ventanas, que estaban siempre abiertas, hiciera el tiempo que hiciera, salvo que alguien estuviera dentro ocupándose de las señoras.

En general, cada mujer tenía una habitación, pero dos o tres de ellas solían sentarse juntas en la habitación principal, en camisa. Había una cama, un lavamanos, un orinal, todo completo. A veces, se asomaba alguna a la ventana, enseñando los pechos y, si le dabas un chelín, se inclinaba lo suficiente para que se le viese el vientre y hasta las rodillas, con vistazo de la franja del coño. Otras veces, alguna se levantaba la liga, otra se sentaba y hacía pis, o simulaba hacerlo, o recurría a otros inventos excitantes cuando los hombres miraban.

Yo solía quedarme mirando largo rato. A veces, miraba por valor de un chelín y, después, pedía tímidamente tocar el coño por el mismo precio; a menudo, lo conseguía. Desde entonces, cuando quería divertirme así, ofrecía un chelín por tocar, y en ninguna parte de Londres tropecé con más de unos pocos rechazos. A veces, terminaba con un polvo. Una o dos veces, para mi asombro, aceptaban meras naderías; pensándolo bien, hay extraordinariamente poca diferencia entre la mujer que se obtiene por cinco chelines y la que cuesta cinco libras, con excepción de la seda, el hilo y la educación.

Una noche, vi a una mujer de pechos muy gruesos mirando por la ventana (en aquel tiempo me gustaban las mujeres robustas); tras hablar un rato con ella, le pregunté si me dejaría palparle el coño por un chelín. «Sí», me dijo. Entré, cerró la ventana y, un segundo después, le estaba metiendo mano. No me dejó palparla mucho rato.

No había tocado un trasero así desde el de Mary (del que ya he hablado), y me provocó tanto apetito que contraté un polvo. Se desnudó de inmediato, y todo lo que ahora recuerdo de ella es que tenía el coño grande y cubierto de pelo castaño, que sus ojos eran oscuros y que parecía tener sus buenos veinticinco años. Me la tiré en un sofá.

Me abroché los botones, y ella trajo un libro lleno de dibujos indecentes. Por aquel entonces, yo había visto pocos, y volví a entrar para ver el libro, no por ella. Pasamos las páginas, y me señaló, riéndose, varios dibujos que representaban a hombres introduciendo la polla por el ojo del culo de una mujer, y entre las nalgas de otros hombres. Como nunca había visto dibujos así y como no conocía la operación, sentí pudor y pasé de página. Ella, no obstante, a medida que las páginas pasaban, me señalaba con regularidad el asunto, hasta que mi vergüenza cedió a la curiosidad; le pregunté entonces, incrédulo, si podía hacerse. «Señor, claro que sí», me dijo. «¿No duele?», le dije. «No, si se hace bien», me respondió, y se puso a decir que era, en opinión de algunos hombres, delicioso. Habló como buena conocedora del asunto; me dijo que era mejor engrasar primero el agujero, después la polla, y empujar con suavidad, y siguió hablando hasta que de pronto le dije: «Calla, me parece que tú lo has probado». «Sí, pero sólo con un amigo mío especial, a quien le gusta mucho… y a mí también; es mejor que lo otro».

Aquello me chocó, me dejó perplejo y me excitó. Abandonamos el tema, pero ella se puso a palparme, deslizándome los dedos por debajo de las pelotas y apretándome el agujero del culo con el dedo. Me preparé para joder. Sugirió que nos arrodillásemos, con sus nalgas hacia mí, para poderme tocar las pelotas cuando tuviese la polla dentro. Asentí, y me presentó las mejillas de su trasero. Excitado por sus palabras y sus sugerencias, miré con curiosidad su gran raja, y después el agujero del culo; toqué este último, y empujó el trasero hacia atrás contra mi dedo, riéndose. No acepté su sugerencia y le metí la polla en el chocho, empujando en la forma acostumbrada. Me puse a pensar en los dibujos, eso me excitó y, sin saber lo que decía, la saqué súbitamente, diciendo: «Déjame meterla en el otro». «Esta noche no», me dijo, «meta un poco el pulgar, tiene la uña bien corta» (se había dado cuenta de que yo solía morderme

las uñas). Lo hice al instante, me corrí inmediatamente y me desplomé sobre su espalda, dejando que penetrara hasta la última gota de mi esperma.

Sus sugerencias y los dibujos, de los que en verdad poseía docenas, excitaron mi curiosidad; su desparpajo me repugnaba, pero mi cerebro parecía afectado. ¿Es posible, pensaba yo, que la polla de un hombre pueda entrar allí?… Imposible. Sin embargo, ella dice que se lo hacen, y mi pulgar entró sin grandes problemas. Cuanto más pensaba, cuanto más reflexionaba en lo que dolía a veces un mocordo duro al pasar, más me extrañaba el intenso placer que, según ella, proporcionaba la operación. Para salir de dudas, volví a verla, aunque había decidido no hacerlo, y vi los dibujos. Se puso de nuevo a hablar de ellos, hasta que, apenas sabiendo lo que hacía, le pregunté: «¿Me dejas hacerlo?». «Sí, si haces lo que te diga». Consentí. «No hables en voz alta», me dijo, «no conviene que nadie sepa a qué nos estamos dedicando». Nuestras voces pasaron a un susurro. Mientras tanto, siguiendo sus consejos, me quitaba los pantalones y los calzoncillos, y ella se desnudaba por completo.

Después, me engrasó cuidadosamente la polla con pomada, poniéndose ella también un poco en el agujero del culo; fue cuestión de un minuto, no se pronunció una palabra. Entonces, se sentó, completamente desnuda, a mi lado, en el sofá, empezó a acariciarme y a besarme, me cogió las manos y se frotó el clítoris con mis dedos, hasta casi masturbarse con ellos; le dejé hacer cuanto quiso. Se dio la vuelta, «métala», me dijo, presentándome las nalgas, «deme la mano, y no empuje hasta que se lo diga». Yo estaba de pie a un lado del sofá, su culo estaba al mismo nivel que mi polla, mi aparato era como una verga de hierro, mi cerebro se inflamaba, sentí que iba a hacer algo malo, lo temí, pero me decidí a hacerlo. «Métala, despacio», me dijo, en un susurro. El agujero se abrió, parecía estrecho, pero, ante mi asombro, mi polla entera desapareció casi inmediatamente, sin dolor ni dificultad para mí. «Deme la mano». Lo hice. Volvió a masturbarse con mis dedos. «Frote, frote, empuje despacio», me dijo, y yo lo intenté, pero era demasiado. «Ahora», me dijo, profiriendo una especie de grito o gruñido espasmódico. Noté la polla oprimida como en un tomo, empujé, o más bien apenas comencé a hacerlo, y descargué en su recto la reserva de una semana. La cabeza me daba vueltas de

excitado que estaba, mientras ella, apoyada en las almohadas del sofá, seguía respirando con fuerza y medio gruñendo, como un cerdo, sin dejar de masturbarse con mis dedos.

Cuando volví en mí, apenas podía creerme que mi polla estaba allí; la excitación la mantenía tiesa, pero el deseo me había abandonado. La saqué, lleno de indescriptible horror por mi actitud.

«¿Delicioso, verdad?», me dijo. «Me gusta, ¿a ti no? Puedes hacérmelo siempre así». No sé lo que contesté; me lavé, me vestí y me fui de la casa en cuanto pude. Una vez en la calle, vomité. Salí corriendo, temiendo que alguien me viese, tomé un coche de alquiler y le indiqué una dirección falsa. Me bajé y fui a casa dando un rodeo, temeroso de que alguien me siguiera para reconvenirme o delatarme. Horrorizado por mi actitud, aquella noche apenas dormí, tardé años en volver a aquella calle y temblaba cada vez que pasaba cerca. No recuerdo haber experimentado placer, ni haber tenido sensación alguna; todo fue pavor. Así terminó aquella depravación, a la que aquella mujer me condujo deliberadamente. Que yo recuerde, nunca había pensado que fuera posible hacer una cosa así; ni siquiera se me había pasado por la cabeza.

*Preliminares. — Mi gusto por la belleza del cuerpo. — Sarah Mavis. — Mediodía en el Quadrant. — El número 13 de la calle J***s. — Un contrato en el vestíbulo. — Una mujer con voluntad. — Temores acerca de mi tamaño. — Porquería. — Sangre fría. — Tiranía. — Mi genio. — Sumisión. — Una revuelta. — Una dama medio alegre. — Sarah me observa. — Una riña. — Reconciliación.*

Desde edad muy temprana se me desarrolló el gusto por la belleza del cuerpo femenino. Sentía la natural atracción de sus rostros, pues la belleza en la expresión es siempre la primera en hablar a un hombre. Los ojos de la mujer hablan antes que su boca, y el hombre lee en ellos por instinto (pues el verdadero conocimiento no le llega hasta sus años maduros) aprecio, desapego, indiferencia, voluptuosidad, deseo, abandono sexual, o lujuria fiera y atolondrada.

Todos estos sentimientos pueden verse en los solos ojos de la mujer, pues éstos se expresan y mueven con cada sentimiento, con cada pasión, pura o sensual. Pueden engendrar en el varón un amor puro, como se suele llamar, que se considera tal hasta cuando la experiencia enseña que, por puro que sea, no puede existir sin la ayuda ocasional de una polla tiesa, ardiente y palpitante, metida en un coño caliente bien estirado, y de una descarga simultánea de los jugos espermáticos de ambos órganos. El resto del cuerpo de la mujer, el pecho y los miembros, pueden mover a lujuria sin amor, y, una vez presente la admiración, la lujuria aparece de inmediato. Un pie pequeño, una pierna y un muslo redondos y macizos y un trasero gordo hablan directamente con la polla. De hecho, el cuerpo es para la mayoría el mayor motivo de atracción y, en los hombres maduros, da lugar a un apego más duradero que el provocado por el más dulce de los rostros. Una mujer fea, pero de buenos miembros y trasero, y de pechos firmes y llenos, atraerá al hombre (salvo que su coño sea una horrenda hendidura) allí donde la más hermosa de las

señoritas fracasará. Pocos hombres, como no sean muy tripudos o muy viejos, conservarán mucho tiempo a una dama huesuda cuyas magras nalgas caben en la mano. Yo desarrollé desde temprana edad el gusto por el cuerpo femenino, nació conmigo. Ya de niño, cuando tenía que elegir a una compañera de baile, prefería a las que llamaba pasaditas, e incluso llegué a admirar en un tiempo a una mujer de edad, de gran culo, que nos vendía dulces, porque la había sorprendido un día en cuclillas, meando y exhibiendo sus grandes piernas.

En aquel período, mantuve amistad durante varios años con un escultor, que desgraciadamente se alcoholizó hasta morir, y con un pintor, aún vivo. Estuve en sus estudios, conocí a sus modelos de desnudo, escuché sus opiniones sobre la belleza masculina y femenina e hice que me enseñasen en las modelos los diversos puntos de la perfección femenina. En dos ocasiones, las damas mismas me los explicaron, en sesiones privadas, y compartí con ellas placeres sexuales que, según me dijeron, los artistas ni habían obtenido ni les habían dado. Yo, por mi parte, hacía bocetos de desnudos, y no estaba mal considerado en esta especialidad. En consecuencia, y debido a la práctica, al instinto y a un temperamento extremadamente voluptuoso, llegué a convertirme en buen juez de la belleza del cuerpo femenino.

Los anteriores párrafos no fueron escritos en el mismo período que el que sigue sobre Sarah Mavis. Los he añadido ahora, muchos años después, preguntándome por lo que hice en aquellos primeros años, maravillándome ante mi juicio y selección y buscando las razones que me llevaron entonces a conseguir para mis abrazos sexuales más modelos de belleza de forma femenina que los que haya poseído inglés alguno… como no fuera un príncipe.

Una mañana de verano, cerca de mediodía, me encontraba en el Quadrant. Había llovido, y las calles estaban sucias. Vi frente a mí a una mujer adulta, que caminaba con ese paso estable, sólido y bien equilibrado que yo ya sabía indicaba miembros carnosos y un grueso trasero. Caminaba levantándose las enaguas, para evitar el barro, una costumbre habitual en aquellos tiempos, incluso entre mujeres respetables. Las mujeres de vida alegre tenían por costumbre levantarse las enaguas un poquito más. Vi un par de pies, enfundados en preciosas botas, que me parecieron perfectos, y unas

pantorrillas exquisitas. Me empalmé de inmediato. Se detuvo al llegar a Beak Street y se puso a mirar un escaparate. «¿Será de la vida?», pensé. «No». Pasé a su lado, me di la vuelta, y nuestras miradas se encontraron. Me miró, pero con una mirada tan estable e indiferente, y con tan poco de mujer de vida alegre en su expresión, que no fui capaz de determinar si era o no accesible.

Se volvió y se puso a caminar, sin mirar atrás. Al cruzar Tichbome Street, se levantó un poco más las enaguas, porque había mucho barro. Le vi mejor las piernas, la polla se me puso tiesa ante la visión de sus miembros, y me decidí. La seguí rápidamente y, al llegar a su altura, le dije: «¿Viene conmigo?». No me contestó, y me quedé atrás.

Pronto se detuvo otra vez en una tienda, se asomó, y yo le dije: «¿Puedo acompañarla?». «Sí… ¿Adónde?». «Donde quiera… la seguiré». Sin replicar, sin mirarme, sin darse prisa, caminó con paso firme hasta llegar y entrar en la casa número trece de la calle J***s, donde entré aquel día por primera vez, pero que he visitado después cientos de veces. Me asombró su compostura, la forma en que se detenía de vez en cuando para mirar los escaparates mientras caminaba; no parecía tener prisa, ni en verdad conciencia de que yo la seguía de cerca, aunque lo sabía bien.

Una vez en la casa, se paró al pie de la escalera y, volviéndose, me dijo en voz baja: «¿Cuánto me va a dar?». «Diez chelines». «Ya puedo decirle que por eso no subo arriba». «¿Cuánto quiere?». «No subo con nadie por menos de un soberano». «Se lo daré». Subió las escaleras sin abrir la boca. Me asombró que me plantease la cuestión al pie de la escalera, a menudo me habían preguntado lo mismo en una habitación y en la calle, pero al pie de una escalera… nunca.

Entramos en un hermoso dormitorio. Lo pagué y, después de echar el cerrojo, me di la vuelta y la vi en pie, de espaldas a la luz (las cortinas estaban cerradas, pero había algo de luz en la habitación), con un brazo reposando en la chimenea. Me miró fijamente, y yo a ella. Recuerdo haber notado entonces que tenía la boca ligeramente abierta, que me miraba como si estuviera distraída (siempre miraba así), que llevaba un vestido de seda negra y un gorro de color oscuro. El deseo me arrastró; me acerqué a ella y empecé a levantarle las ropas. Las echó abajo de forma

autoritaria, diciendo «nada de eso».

«¡Oh!, aquí tienes el dinero», le dije, dejando un soberano en la chimenea. Se echó a reír quedamente. «No me refería a eso», comentó. «Déjame que te toque». «Apártese», me dijo, impaciente, se dio la vuelta y se quitó el gorro. Vi entonces que tenía la cabellera espesa y negra, o casi negra, y recuerdo que observé estas cuestiones en el mismo orden que aquí relato. Volvió entonces a apoyar el brazo en la chimenea y me miró con calma, con la boca ligeramente abierta, y yo me quedé mirándola, sin hablar, con el esperma fermentando en mis pelotas; estaba, empero, algo turbado, casi intimidado por sus fríos modales… unos modales bien diferentes a los que solía encontrar en las rameras.

«Tienes unas piernas preciosas». «Eso dicen». «Déjame verlas». Se echó en el sofá, de espaldas a la luz, sin decir una palabra. Me arranqué la chaqueta y el chaleco y, sentándome al pie del sofá, le levanté el vestido hasta las rodillas; traté de levantárselo más, pero se resistió. Entonces, le toqué el coño con los dedos, y la delicia del tacto y la visión de sus hermosos miembros me abrumaron. «Quítate la ropa… déjame verte desnuda… tienes que ser exquisita». Mis manos erraron por su trasero, por su vientre, por sus muslos y, al ver la carne que mostraba por encima de las ligas, me puse a besarla y besé cada vez más arriba, hasta que el aroma de su coño me llegó a la nariz, y su matorral entró en contacto con mis labios y se mezcló con mi bigote, pues, en aquella época, llevaba bigote, cosa que entonces no era corriente. Me arrodillé a su lado, besando, palpando y oliendo, pero mantuvo los muslos bien juntos y me pasó las enaguas por encima de la cabeza mientras la estaba besando, por lo que poco pude ver de su belleza. Entonces, casi enloquecido de excitación por lo que había hecho, me levanté. «¡Oh!, vamos a la cama… ven». Se quedó perfectamente quieta.

«No… hágalo aquí… déjeme en paz… no quiero que me levanten las ropas… no quiero que me meta mano si quiere tomarme, hágalo, y termine de una vez». «Bueno, vete a la cama». «No quiero». «No puedo hacerlo en el sofá». «Bueno, entonces me voy». «No te irás hasta que te haya poseído. Sólo quiero que me dejes verte los muslos». «Bueno, mírelos», dijo y se levantó a medias la ropa. «Más arriba». «No quiero». Yo tenía la polla fuera. «Súbete a la cama… no pienso hacerlo aquí… quítate la ropa…». «No quiero».

«Vas a hacerlo». Lo dijo todo muy decidida, pero sin muestras de mal genio.

Se levantó sin pronunciar una palabra. Al escribir ahora, me parece ver sus piernas exquisitas, enfundadas en hermosas medias de seda, tal como aparecieron cuando se levantó del sofá para echarse en la cama. «Pero quiero que te quites la ropa». «No pienso quitármela, tengo prisa… nunca lo hago». «¡Oh!, tienes que hacerlo». «No pienso hacerlo… venga, haga lo que quiere hacer… tengo prisa». Se levantó la ropa justo lo suficiente para mostrar la orla del coño y abrió un poco los muslos. Al verlos, me mencionó un deleite lascivo, la monté, me eché entre los muslos e inserté la polla. ¡Ah! Casi me corrí del primer empujón.

«¡Oh!, quédate quieta, querida, sólo llevo un segundo dentro de ti». «No, bájese, que voy a lavarme». Me resistí, pero me desmontó y se bajó rápidamente de la cama. «No se le ocurra acercarse mientras me lavo; no puedo soportar que me mire un hombre mientras me estoy lavando». Insistí, pues estaba ansioso por ver la forma que apenas había podido vislumbrar. Puso la palangana en el suelo, se pasó la colcha por encima para esconderse mientras se mojaba el chocho. No quise ser maleducado, y me quedé sin ver nada. Entonces, se puso el sombrero. «¿Sale usted primero, o salgo yo?», me dijo. «Esperaré todo el tiempo que quiera». «Entonces, salgo yo primero», dijo, y estaba a punto de irse cuando la detuve.

«¿Cuándo podemos vemos otra vez?». «¡Oh!, cuando salgo estoy hasta la una en Regent Street». «¿Dónde vives?». «No pienso decírselo. Adiós». «No… espera… ven a verme esta tarde». «No puedo». «Esta noche». Vaciló. «Si lo hago, no podré quedarme mucho rato». «Bueno, una hora y media». «Quizá». «¿Te quitarás la ropa?». «No… adiós, tengo prisa». «Quedamos esta noche a las siete… anda». «No». «Entonces, a las ocho». «Bueno, estaré aquí esperándote… pero no me quedaré mucho rato». «¿Me dejarás verte hasta la cintura?». «¡Oh!, detesto que me miren», dijo y se fue, dejándome en la habitación.

Almorcé en mi Club y pasé el resto del día enfebrecido de lujuria; «¿vendrá?», me preguntaba, porque sólo lo había prometido a medias. Llegué a la casa media hora antes de la hora prevista y obtuve otra vez el mismo cuarto. Era realmente hermoso, tenía una gran cama de dosel con hermosas cortinas (obsérvese que esto

sucedió hace treinta años) a un lado del cuarto; al otro lado, separado por un tabique, había un lavamanos de mármol, apoyado en la pared; del otro lado, un gran espejo, al nivel de la cama; al pie de la cama, había un gran sofá, frente al fuego; encima de la chimenea, un gran espejo inclinado hacia delante, de forma que los que se sentasen o echasen en el sofá podían verse reflejados en él; en una esquina de la habitación, al lado de las ventanas, había un gran espejo móvil que podía moverse en todos los sentidos, dos butacas y un bidet. Las cortinas eran de damasco rojo, en los ángulos de la chimenea había dos grandes quemadores de gas. Era quizás el dormitorio de casa de citas más compacto y cómodo que haya visto en mi vida, aunque desde luego no era grande. Nos cobraron siete chelines y seis peniques por usarlo, y veinte chelines por la noche. He pagado esas cantidades docenas de veces.

Observé todo lo descrito y vi que una pareja podía contemplar sus diversiones amatorias desde la cama, desde el sofá, en realidad, desde cualquier parte, con la ayuda del espejo móvil y los otros espejos. La habitación me deleitó, pero seguía enfebrecido de ansiedad por la llegada de la dama. Me puse a pasear con la polla fuera, me miré en los espejos, me eché en la cama y observé mi reflejo en el espejo lateral; me puse en cuclillas sobre el sofá, gozando de la visión de mis pelotas y de mi polla tiesa. Entonces, me entró miedo de que mi polla le pareciera pequeña; nunca supe exactamente qué me metió esa idea en la cabeza, en el colegio solía pensar que la tenía más pequeña que los otros chicos, y algún comentario de una mujer de vida alegre sobre su tamaño me hizo muy sensible al tema. Les preguntaba todo el tiempo a las mujeres si no tenía la polla más pequeña que la de otros hombres. Cuando me decían que tenía muy buen tamaño —tan grande como la mayoría—, no las creía y solía decir, sacándola y con tono de excusa, «vamos a meterla, no es gran cosa». «¡Oh! Es bastante grande», diría una. «He visto muchas más pequeñas», diría otra. Yo, sin embargo, seguía aferrándome a la idea de que no era una polla para estar orgulloso —lo que era un craso error—. Creo que ya he hablado de esta debilidad en más de una ocasión.

Recuerdo bien que aquella noche temí que mi polla le pareciera despreciable, y me dolió mucho, pues, aunque no lo sabía, me había enganchado. Me cepillé el pelo y, deseando complacerla, me puse lo

más presentable posible, sin pensar que estaba tomándome ese trabajo por una mujer que iba a ser follada por veinte chelines, y a la cual ahora sé que no le importaba mi apariencia, ni quién era yo, sino sólo obtener el dinero lo antes posible y librarse de mí para encontrar a otro hombre y gastarse lo que se había ganado.

No fue puntual. Yo escuchaba y miraba cada vez que oía pasos, vi subir las escaleras a parejas dispuestas al placer sexual y les oí caminar por el piso de arriba. Esto, la excitación provocada por el recuerdo de mi corrida instantánea entre sus magníficos muslos, mis tocamientos de polla, su contemplación en el espejo y el movimiento general de las diversas parejas me pusieron en tal estado de cachondez que apenas pude resistir la tentación de masturbarme. Una sirvienta, que se dio cuenta de que estaba mirando, entró y me suplicó que no lo hiciera, porque a los clientes no les gustaba. ¿Sabían dónde vivía mi dama? ¿Podían enviarle un recado? No podían. Algo más tarde, la sirvienta vino a informarme de que yo llevaba una hora en la habitación… ¿pensaba seguir esperando? Yo sabía a qué se refería, y estaba a punto de decirle que pagaría dos veces el cuarto cuando oí unas pisadas sólidas y lentas, y apareció el rostro de la dama.

Protesté por su retraso, se tomó mis reclamaciones con calma, todo lo que dijo es que no había podido llegar antes. Se quitó el sombrero, lo dejó en una silla, se dio la vuelta, apoyó el brazo en la chimenea y volvió a mirarme de esta forma medio distraída, con la boca algo abierta, igual que por la mañana. Le di muy poco tiempo para mirar, le puse inmediatamente la mano en el coño, y a punto estuve de correrme en los pantalones al tocárselo. Intentó repetir su juego… no quería que la violentaran… no quería que le mirasen el coño… si quería hacerlo, que lo hiciera y terminase. Se me subió la sangre a la cabeza. ¡Las narices lo iba a hacer… ni pagar, ni nada, si no se quitaba el vestido! En vista de ello se lo quitó, riéndose, y se echó en el sofá. No, en la cama. No, no quería. ¡Las narices si lo iba a hacer (aunque estaba a punto de explotar)! Volvió a reírse y se subió a la cama. Vi unos pechos de inmaculada pureza y exquisita forma reventando el corsé, levanté las enaguas, vi el pelo oscuro del bajo vientre y, un segundo después… una acometida, un esfuerzo momentáneo… quietud… otro empujón… un suspiro… un chorro de esperma y terminé otra vez sin llegar al minuto de completo

goce sexual.

«Levántese». «No quiero». «Déjeme lavarme la porquería». «No», y la sujeté, pegándome a su vientre, aferrándome a las caderas. «No me he corrido». «Sí, sí que se ha corrido». Un meneo, un tirón, y me encontré desmontado y jurando. Se puso en cuclillas sobre la palangana, me agaché, aparté las cortinas y le puse la mano en el coño abierto. Trató de levantarse, me empujó… Yo la empujé a ella. Se inclinó a un lado, pegó en el borde de la palangana con el trasero y derramó el agua.

«Maldito sea», me dijo. Se rió y se levantó. La empujé hasta el borde de la cama y volví a ponerle los dedos en el coño… que estaba bien resbaladizo. «Es usted uno de esos bestias, ¿verdad?», me dijo.

«Nunca te he palpado a gusto el coño y pienso hacerlo». «Bueno, déjeme lavarlo, y podrá hacerlo». Lo hizo, se lo palpé y, después, le supliqué otro polvo.

«No tienes prisa». «Sí, sí que la tengo». «Me dijiste que me darías una hora y media». «Sí, pero ya lo ha hecho, ¿para qué me quiere aquí?». «Quiero hacerlo otra vez». «Viaje doble, paga doble». «Tonterías… me has excitado tanto que todavía no he hecho un palo serio». «Bueno, eso no es culpa mía». Se rió y empezó a interrogarme. «¿Se tira a menudo a las mujeres de Regent Street?». «Sí». «¿Conoce a muchas?». «Sí, cambio mucho». «¡Ah!, le gusta el cambio… ya me parecía a mí…». Y a partir de entonces se volvió locuaz. Hasta aquel momento se había comportado casi como un muñeco.

Mientras hablábamos, yo me regodeaba en sus encantos, sus hermosos brazos, sus bellos pechos con los que ahora jugaba, los bellos miembros que veía, pues se había sentado de la forma más atractiva, apoyando el tobillo de un pie en la rodilla de la otra pierna. Quise levantarle más la ropa por los muslos, se resistió, pero entonces vi sus hermosos tobillos, las botas y los diminutos pies, la carne cremosa del muslo por encima de la liga, la ampliación de los muslos, cómo éstos se unían y se apretaban, impidiéndome la visión de su coño cuando intentaba mirar.

Yo me había escondido la polla, temiendo que le pareciera pequeña, y eso impedía que volviera a ponerse tiesa. Pasó una hora. «Me voy», dijo levantándose. Inmediatamente, se me puso tiesa.

«Déjame». «Entonces dese prisa». Cuando se levantó, le metí la mano por debajo de las enaguas. Bajó la mano y me dio un fuerte pellizco en la polla. Chillé… Se echó a reír.

«Me parece que no le voy a dejar… ha tardado tanto… Pero puede hacerlo». Se sentó en el borde de la cama. «¡Oh!, por el amor de Dios, no te muevas, esa postura es exquisita». Una pierna sobre la cama, las enaguas arrugadas, y la pierna que reposaba en el suelo, visible desde la bota hasta unas cuatro pulgadas por encima de la liga. Estaba de medio perfil, mostraba casi de frente sus hermosos pechos, o más exactamente uno de ellos, y me miraba mientras se movía; todos esos detalles dibujaban un cuadro encantador y delicioso. Acercándome por detrás, le puse las manos entre los muslos. Se rompió el hechizo, ella se echó inmediatamente en la cama… y yo me eché encima.

«¡Oh!, Dios, eres divina, hermosa… ¡Oh!, Dios, querida… ¡Ah!». Volví a correrme y a besarla demasiado rápido; la lujuria casi me privó de mi placer. Con doce empujones me quedé vacío. Todo había terminado.

«Qué bien mantuviste la postura», le dije. «Puedo mantener una postura casi cinco minutos sin moverme, sin que apenas se me note que respiro, sin parpadear». Aparte de que me pareció una fanfarronada, en aquel momento no le presté gran atención.

«Deme cinco chelines, he estado con usted mucho tiempo… Tengo mis razones… No volveré a pedírselos». Se los di. «¿Estará mañana por la mañana en Regent Street?». «Sí».

A la mañana siguiente, estaba en Regent Street, la encontré, y pueden estar seguros de que me la tiré, y de que repetí diariamente estos encuentros durante una semana, en algunas ocasiones dos veces al día, aunque sin obtener de ella más que muy poco tiempo, el más rápido de los polvos y un rápido desmonte. No se corría conmigo y no daba muestras de placer, apenas se preocupaba de mover el trasero, no quería desvestirse, no me dejaba mirarle el coño. Yo me sometía, porque me había cazado, aunque yo entonces no lo sabía… Ella sí. Es decir, sabía que provocaba en mí una lascivia extraordinaria y utilizaba ese conocimiento a su conveniencia. Yo no tenía derecho alguno a protestar, nadie me obligaba a tirármela si no quería hacerlo en aquellas condiciones. Pero sí quería. Al final, protesté y terminé casi por reñir. «No pienso

volver a verte», le dije. «Nadie se lo ha pedido», me dijo.

Como mis medios no eran amplios y como la bolsa se iba vaciando, no me importó privarme de ella unos días. Después, volví a verla en Regent Street y, tras hacerle un guiño, la seguí. Se puso a caminar, pero, en vez de dirigirse a la casa, cruzó la calle. Siguió adelante, me acerqué, era la segunda vez que me dirigía a ella en la calle. «¡Oh!, no lo entendí», me dijo, «además, tengo prisa». «¡Oh!, ven conmigo». «Bueno, tendrían que ser sólo cinco minutos». «Tonterías». «Bueno, entonces no puedo», dijo y siguió andando. Mi polla se impuso a mi genio. «Bueno, vuelve». Se volvió y se dirigió a la calle J***s diciendo: «No debemos entrar juntos».

Una vez en la casa, se echó en la cama sin esperar un instante, me la tiré y, antes de que hubieran pasado diez minutos, se había ido, dejándome en un enfurecido estado de ánimo; me prometió, sin embargo, volver la noche siguiente, si podía, y quedarse más tiempo conmigo.

Llegó una hora tarde y me encontró inquieto y echando pestes en el dormitorio. En la casa, ya no me metían prisa, porque me conocían bien y, siempre que podían, me daban la misma *suite*. «Tengo mucha prisa», fueron las primeras palabras que oí de labios de Sarah. «Pero me dijiste que te quedarías un rato». «Sí… lo siento, pero no puedo». «Nunca puedes… pero quítate el vestido». «No puedo, de verdad… jódame en el borde de la cama… el otro día quería hacérmelo así…». «No pienso». «Entonces me subiré a la cama», dijo y se subió. Traté de abrirle las piernas, de darle la vuelta y verle el trasero (todavía no había conseguido vérselo a gusto); no, no quería desvestirse, no quería hacer nada… O lo hacía a su manera, o lo dejaba y me iba. Qué novato era yo, someterme a todo esto…

Me enfadé, porque lo que me deleitaba era su hermosa forma, su belleza física, mientras ella parecía creer que el único goce que yo podía experimentar era el de correrme en su coño lo más rápido posible. «No pienso joderte», le dije, poniéndome finalmente firme. «Bueno», me dijo, bajándose de la cama, «la verdad es que tengo mucha prisa… otra noche lo haremos». «Una mierda otra noche… Eres una especie de estafa… Ahí tienes», dije, eché el soberano sobre la mesa y me puse el sombrero. «¿Se va?». «Sí, voy a conseguirme una mujer que no se avergüence de su coño». «Pues,

váyase». Me fui. No había bajado medio escalera cuando la oí llamándome, pero estaba enfurecido y me alejé.

Caminé por Regent Street, furioso con ella y también conmigo mismo por no haber echado el polvo, aunque se hubiera ido un minuto después. Más cachondo que el diablo, vi en la esquina de Picadilly Circus a una mujer, me dirigí a ella, se volvió, me dirigí otra vez a ella. «¿Vienes conmigo?». «Sí, si quiere». «¿Conoces alguna casa por aquí?». «No, no soy de aquí». La llevé entonces a la calle J***s, me la tiré dos o tres veces y jugué largo tiempo con ella, hasta que no quiso ya quedarse, diciéndome que le cerrarían la portería si no se iba inmediatamente. Creo que era sólo medio alegre y que quería joder. Yo me había ofrecido en el momento oportuno. Era una mujer grandota, de unos treinta años. Después de jodérmela una vez, nos echamos juntos en la cama, jugó con mi polla hasta que se me puso otra vez tiesa, se tumbó boca arriba y me dijo: «Vamos, hagámoslo otra vez».

Pensé mucho en mi Sarah Mavis, la de los hermosos miembros, pero pensaba con ira. El polvo por diez chelines es buena cosa cuando uno está cachondo, pero, incluso teniendo prisa, nunca he llegado a satisfacerme hasta haber abierto el coño para una inspección general, aunque en aquellos días era generalmente rápida. Cuando quería volverme a tirar a alguna mujer, era porque me gustaba, y me gustaba hablar con ella, porque cuanto más tiempo las conocía, más agradables me parecían. Estaba, no obstante, tirándome a una mujer diariamente y, en ocasiones, dos veces al día, porque era de formas exquisitas (pues ya entonces tenía la idea de que su coño no le iba bien a mi polla) y jamás le había visto bien el coño, ni el trasero, ni las tetas, ni las axilas, ni el ombligo, ni nada; decidí, en consecuencia, no volvérmela a tirar y quitármela de la cabeza. Pero estaba enganchado.

Me había aficionado, sin embargo, a la casa de la calle J***s, que era cara, y me gustaba la mejor habitación, por lo que llevaba mis mujeres baratas a mi cuarto caro. Una mujer me dijo: «La verdad es que podía darme un poco más y coger un cuarto más barato… el cuarto se lleva casi tanto cuanto me llevo yo». Un día, vi que una mujer se metía el peine y una pastilla de jabón en el bolsillo… los robó. Tiempo más tarde, conversando, me dijeron que las mujeres robaban a menudo jabón y peines… especialmente

jabón.

Un par de semanas más tarde, volví a ver a mi Venus y volví a encerrarme con ella. Ya no podía resistir el deseo que provocaba en mí y nunca dejé de pensar en ella, ni siquiera cuando andaba jodiendo con otras mujeres. Seguía siendo tan calmosa como siempre, pero observé en ella algo de despecho. Se quitó el sombrero, me miró un minuto con la boca abierta, como de costumbre y dijo: «Supongo que se ha tirado a otras mujeres». No sé por qué lo hice, pero mentí y dije: «No». «¿Para qué subió, pues, las escaleras con una?», me dijo. «Aquella noche, después de habernos separado… estaba en el salón y, asomándome a la puerta le vi a usted y a la mujer, que se tropezó al pie de la escalera» (lo cual era cierto). «Bueno, sí que lo he hecho», respondí, «y le vi el coño… cosa que nunca he podido hacer contigo». «Ha visto todo lo que va a ver». Poniéndome el sombrero airadamente, dije: «Si es así, me voy… aquí tienes el dinero»… y me dirigí a la puerta. «No sea idiota», me dijo, «¿qué quiere?… ¿Qué quieren todos los hombres? Son todos unas bestias… Nunca se satisfacen». Estaba enfadada. «Déjate de prisas, y veamos tu precioso coño». Recuerdo con claridad haberle dicho exactamente eso, porque estaba furioso… y hasta entonces había sido casto en mis comentarios. En aquel período de mi vida, no era ni lascivo ni indecente con las mujeres la primera vez que las veía, pero empezaba a serlo en cuanto me calentaba, y sólo espaciaba mucho mi conversación con expresiones lascivas cuando estaba cachondo en el más alto grado, o llevado de algún impulso.

La condescendencia de Sarah. — Doña Hannah. — Sobre Sarah. — Indiferencia sexual. — Después de la cena. —Finalmente desnuda. — Su cuerpo. — La cicatriz. — La amistad de Hannah. — El salón de la casa de citas. — El guardia de Palacio. — La codicia de Sarah. — Cambio en su actitud. — Un aborto. — Al extranjero. — Me enamoro locamente. — Historia de Sarah.

Se rió. «Bueno, le dejaré… pero no me haga desnudarme, tengo prisa». «Claro… siempre tienes prisa». Se echó en el sofá y se levantó las ropas… Se estaba entregando. «No… ven aquí». Se acercó y se echó en un costado de la cama. Por fin conseguí ver aquellos muslos espléndidos bien abiertos; la grieta, sombreada de oscuro, con los labios abiertos, se mostró más libremente que lo que jamás había visto. Caí de rodillas, le levanté un pie con la mano, elevé la pierna para distender los muslos, se empezó a ver un buen trozo de ninfa carmesí; el leve pero delicioso olor de su coño me penetró en la nariz, cerré los labios sobre su hendidura y la besé lascivamente, la cabeza me daba vueltas mientras frotaba la nariz en el seto de pelo oscuro, y mis labios tocaron el clítoris. No recuerdo nada más, excepto que me encontré montado sobre ella y corriéndome tan deprisa como siempre, incluso antes de habérsela enchufado bien. «¿Está satisfecho?», me dijo, mirándome desde el suelo, donde se estaba lavando el coño. «No, es demasiado rápido… me haces correrme demasiado pronto». «Eso no es culpa mía». A menudo me había dicho lo mismo. Recuerdo todos estos hechos, aparentemente triviales, los diversos sentimientos y circunstancias, como si hubieran ocurrido ayer, porque me había tocado con fuerza.

La había conquistado en parte y vislumbraba la victoria. «Me gusta verte así», le dije, «pero no quiero verte, ni a ninguna otra mujer que no me deje verle los encantos y que tenga siempre tanta prisa… Estaría bien si fuese la primera vez que te viera… pero para

un amigo estable como yo, es insoportable». Avancé en la conquista y después le dije que a lo mejor iba cierto día a Regent Street, pero no acudí (no se lo había prometido). Me dijo que había salido contra su voluntad para verme. ¿No podría escribirle diciéndole cuándo quería verla? No… pero podía escribir a la casa de citas, y ellos le mandarían la carta. Me presenté allí una mañana y dejé una carta. La madame era una señora bajita, de pelo color arena, de unos treinta años, de rostro pálido, que me miró muy fijamente y sonrió. Le enviaría la carta a Miss Sarah Mavis, fue entonces cuando me enteré del nombre que usaba; pero Sarah nunca acudió a mi llamada por carta, y tuve que pagar el cuarto para nada. Mandé entonces buscar a la madame; me tomé con ella una botella de champán y me abrió un poco el corazón; al poco tiempo estaba algo borracha, y esto es lo que me contó. Su nombre era Hannah.

No hacía mucho tiempo que conocía a la señorita Mavis… Sólo un mes, más o menos, antes de que viniera conmigo… No la veía a menudo últimamente, excepto conmigo. Mavis le había preguntado en varias ocasiones si me había visto por la casa con alguna otra mujer, «y, claro, no se lo dije», dijo Cabeza-de-arena. La consideraba una buena mujer y había entablado cierta amistad con ella. Últimamente, Mavis venía a menudo al salón para charlar con ella, después de irme yo, o antes de subir al piso de arriba para reunirse conmigo, cuando yo llegaba a la casa antes de tiempo.

Las cosas siguieron así una temporadita, Sarah haciendo más bien lo que quería, pero, desde luego, haciéndose también más condescendiente. Se quedaba más tiempo, empezamos a hablar. Yo, naturalmente, sentía curiosidad por ella, ella por mí. Me atrevería a decir que me sacó mucho y yo a ella poco. Vine a saber que sólo bajaba ocasionalmente a la calle, y que lo hacía entre las once y la una del mediodía… nunca más tarde; cuando tenía dinero suficiente «para arreglárselas», como decía ella, no salía para nada. «Lo detesto», me dijo, «les detesto a ustedes los hombres… son todos unos bestias… nunca se quedan satisfechos si no es violentando a una mujer en todas las formas posibles». «Nos gusta», le dije, «¡os admiramos tanto!». «Pues a mí no me gusta… Quiero que hagan lo que vienen a hacer y que me dejen en paz». «¿Por qué no sales por la tarde o por la noche?». «No, gano dinero por la mañana y tengo otras cosas que hacer el resto del día».

No llevaba mucho tiempo de vida alegre… No más de un mes cuando la conocí… El primer hombre que la conoció en la calle la llevó a la casa de la calle J***s, y, desde aquel momento, había vuelto a menudo. No, podía jurar que no había sido de la vida antes, y a veces preferiría estar muerta que tener que salir y dejar que los hombres la brusquearan y le metieran su asquerosa porquería… «Asquerosa porquería», era siempre la amable forma en que hablaba del esperma del hombre.

«Cualquiera diría que nunca te ha gustado echar un palo… Me pregunto si te corres mucho». «¡Oh!, me da lo mismo correrme que no correrme… Si lo hago una vez cada quince días ya me basta. Ustedes, los brutos de los hombres, parece que no piensan en otra cosa y nos dejan a nosotras, pobres mujeres, todos los problemas que derivan de metemos su porquería». «¿Qué demonios te importa?», le dije un día, charlando con ella, cuando me dijo lo que acabo de relatar. «¡Oh!, no hay casi nada que me importe ya gran cosa».

Otro día me dijo: «Me gusta cenar bien y después leer en una butaca hasta dormirme, o tomar un bocado y meterme en la cama; estoy tan cansada por la noche que me gusta meterme en la cama temprano». Seguimos hablando de comida y de bebida; me contó lo que le gustaba y lo que no le gustaba, con mucho brío y seriedad. «Te voy a convidar a cenar bien», le dije, «y después venimos aquí». «¿Lo hará?». «Sí… pero sólo si puedo tenerte tres horas aquí». «Imposible… no me atrevo a quedarme después de las diez y media». «Ven temprano». «No puedo venir muy temprano porque tengo que estar en casa por la tarde». Había todo tipo de obstáculos… Tantos, que abandoné; no quería que me embaucasen. Pero *ella* no estaba dispuesta a abandonar, y, al final, quedamos en que, si podía elegir la tarde, vendría a reunirse conmigo a las seis, y se quedaría hasta las diez —una concesión inmensa—. La cena consiguió lo que yo no había conseguido. Me di cuenta de que le tenía cariño al estómago, y por eso le ofrecí como cebo la cena.

No quiso entrar en el restaurante después que yo; tenía que encontrarme con ella en la esquina de St. Martins Lañe, en un coche de alquiler, y acompañarla… Así se hizo. Fuimos al café de P*v*e, en Leicester Square. Yo ya había encargado un reservado, y una buena cena. ¡Dios mío, cómo la gozó! «Hace mucho tiempo que no

cenaba tan bien», me dijo, «pero no importa, estoy segura de que me esperan mejores tiempos». Comió con largueza, bebió bien y, ante mi asombro, cuando me levanté para besarla, me devolvió el beso y le dio a mi florete un levísimo pellizco por fuera de los pantalones. «Déjame que te palpe», le dije. Igualmente asombrado me quedé cuando me dijo: «Eche el cerrojo… puede venir el camarero»… Y entonces le eché mano, y ella me palpó la polla. «Vamos… vamos… me muero por tenerte». Nos fuimos del brazo. En cuanto nos alejamos bien del café, se soltó de mi brazo. «Entra primero, yo te seguiré». Pensé que me iba a tomar el pelo. «No me atrevo a ser vista andando del brazo de un hombre, pero te seguiré». Cinco minutos más tarde, estábamos juntos en la habitación. Sarah Mavis estaba un poquitín alegre, y quizás algo más que levemente ebria.

Quitarme la ropa y ayudarle en parte a ella a quitarse la suya fue cosa de un minuto. «Antes, tengo que hacer pis… el champán siempre me da muchas ganas de hacer pis». «¿Te pone cachonda?». «¡Oh!, Dios mío, a veces sí; pero hace tanto tiempo que no lo probaba, casi me había olvidado». «¿Lo estás ahora?». «¡Oh!, no sé… ven a la cama», me dijo. Abrió bien los muslos, me dejó tantear y oler y besar y mirar. «Venga… vamos». El instinto me dijo que quería hacerlo, la abracé y empezaba a gozarla cuando se aferró firmemente a mí, buscándome la boca. «¡Oh!, querido, me estoy co-rrien-do», me dijo, corriéndose mientras gritaba, e hizo que me corriera en el mismo instante. Era la primera vez que se corría conmigo.

Nos quedamos quietos, en celestial calma, la polla y el coño en santa unión, destilando, mojando y rociándonos mutuamente las bocas y las partes privadas, mientras un placer suave y voluptuoso reptaba por nuestros miembros, cuerpos y sentidos. No tenía prisa por lavarse la porquería. «¡Oh!, me ahogo», me dijo un rato más tarde, «bájate». «No quiero». «¡Oh! Hazlo… cuando me echo después de comer el corsé siempre me ahoga… estoy medio asfixiada». Me agarré fuerte. «Si me bajo, no me dejarás volverlo a hacer». «Sí, sí que lo haré». Me sacó de un tirón la polla del coño, me senté en el borde de la cama, ella se incorporó y estaba a punto de bajarse cuando la detuve: desatamos juntos el corsé, y se lo quité. «Déjame lavarme». «No, no vas a lavarte… todavía no te he

jodido nunca con mi primer esperma dentro… anda, sé buena, déjame». Se rió y se recostó; nos besamos y toqueteamos durante unos pocos minutos. Sus magníficos pechos estaban ahora libres, enterré la cara entre ellos y los besé con pasión; le palpé el chocho humedecido, que me volvió loco de deseo y, pegando la boca a la suya, la monté y volvimos a encontramos en el Elíseo, gozando Sarah del polvo en una forma de la que no le creía capaz… y allí nos quedamos, echados, picha y coño en el mismo nido, hasta que el sueño o la cabezada nos vencieron a ambos.

Uno o dos minutos más tarde, Sarah se levantó de un salto y se acercó corriendo a la palangana. Yo me quedé quieto, contemplándola y diciéndole que no pensaba lavarme la polla en una semana, para poder así retener en sus raíces y en su orla humedecida nuestros jugos mezclados, los restos de nuestra primera corrida común. Terminó de lavarse y se echó a mi lado. «Vamos a echar un sueñecito», me dijo. Aunque no estaba muy borracha, parecía que el vino se apoderaba progresivamente de su cabeza.

No fui capaz de dormirme; la visión de sus pechos, liberados del corsé, la libertad con que sus enaguas descubrían medio muslo y la delicia del descubrimiento de su placer en mis abrazos me regocijaban más allá de toda medida. Bromeé y le hice cosquillas. «Quiero verte desnuda». «No vas a hacerlo». «Bueno, ponte de pie y déjame verte los miembros desnudos… quítate las enaguas, aunque te quedes con la camisa». Se rindió a mis deseos, se quitó las enaguas, pero nada más. Me dijo que ya le había visto más que ningún otro hombre y que con eso bastaba. El vino se había evaporado, y volvía a ser ella misma, tranquila y sosegada.

Enloquecido de deseo, le dije: «Te doy un soberano si te quitas la camisa». «¿De verdad?». «Sí». «No, no voy a hacerlo». «Te doy dos». «¿Para qué quieres ver más?». «Al demonio, coge el dinero y déjame, o te la arrancaré sin pagar». Me eché encima suyo, nos debatimos, le levanté la camisa por encima de las caderas, se la bajé por debajo de los pechos, la desgarré. «No, no… no me da la gana», me dijo, enfadándose, «si lo consigues, no te va a gustar… Después, no te gustaré ni la mitad, te lo digo yo». «Pienso hacerlo… toma el dinero… déjame verte desnuda… te doy tres soberanos».

Me rechazó y se sentó. «¿Dónde está el dinero?», me dijo. Se lo di. «Tengo una cicatriz horrible… no me gusta que me la vean». «No

importa… enséñamela». Dejó caer lentamente la camisa, y se puso en pie, mostrando toda su desnuda belleza y señalando una cicatriz, justo debajo de los pechos, y hasta unas cuatro pulgadas por encima del ombligo. «Mira», me dijo, «¿verdad que es fea?… ¿Verdad que me estropea?… ¡Cómo la odio!».

Le dije que no… que era tan bella que no importaba nada. Sin embargo, sí que era fea. Entre sus pechos y su ombligo se veía un costurón que parecía un pedazo de pergamino con forma de estrella, blanco y del tamaño de un gran huevo, como si alguien lo hubiera acercado a un fuego y se hubiera primero arrugado y después vidriado. Era el único defecto de uno de los cuerpos más hermosos y perfectos que Dios haya creado.

«¿Ves?», me dijo, tapándose, «ya no querrás volver a verme desnuda… estoy segura de que ya no te gusto tanto». Seguía gustándome igual. «¿De verdad?». «Sí». Se acercó y me besó. A partir de entonces, la poseí a menudo tan desnuda como había nacido.

«¿Qué hora es?». «Las diez». «Tengo que irme». «Otro palo». «Bueno, date prisa». Lo echamos. «¡Oh!, no me retengas más… si no estoy a las diez y media en casa, van a matarme». No era la primera vez que decía cosas así, pero no me dio explicaciones, excepto que vivía con su padre y su madre… y en aquel momento me lo creí.

Cuando volvimos a vemos, había recuperado sus habituales maneras sosegadas e intentó su habitual «guarda-la-distancia»; pero no fue posible. Una mujer, cuando se ha entregado una vez, se entregará siempre, no puede evitarlo. Salimos varias veces a cenar, pero tenía más cuidado con lo que comía y bebía, era menos atolondrada en sus abrazos; de todas formas, nuestra amistad iba haciéndose más estrecha, me dejaba meterle mano con más libertad y se lavaba el coño como quien no quiere la cosa, sin esconderse para la operación, etc… De todas formas, guardaba todavía grandes distancias y era reservada. Hasta cierto punto, me conquistó.

De hecho, hacía conmigo más o menos lo que quería; me veía cuando le apetecía, se quedaba conmigo el tiempo que le parecía adecuado, sólo me dejaba jodérmela las veces que ella quería, ni una más (y rara vez me dejaba hacerlo más de una vez al día), verle las piernas hasta la rodilla, o hasta el coño, o meterle mano en la medida que en cada momento ella consideraba apropiada. Yo

protestaba, le decía que pensaba dedicarme a mujeres más complacientes. Bueno, podía hacerlo si quería… pero no lo hacía. Su indiferencia ante el placer sexual me enfriaba y me disgustaba y, por razones que nunca llegué a entender, su coño no parecía adaptarse bien a mí, ni hacer que me corriera con la voluptuosidad que han conseguido docenas de mujeres. La vi, no obstante, casi con exclusividad durante tres años y, cuando se entregaba conmigo al placer, mi deleite no tenía límites; cuando me dejó poseerla sin lavarse el coño después de una primera copulación, me pasé días pensando en ello. Entre una cosa y otra, cuando estaba conmigo hacía su voluntad, cosa que yo entonces no comprendía, y que sólo mucho más tarde me ha sido posible entender.

Seguimos así durante varios meses. No sé si tenía a otros amigos varones, pero, desde que empecé a verla con regularidad, no volví a encontrarla en Regent Street, ni en los otros lugares donde antes podía encontrarla, y tengo razones para creer que abandonó todo encuentro ocasional desde que me tuvo a mí, y quizás a otro; eso es todo. Más adelante, Hannah me dijo muchas veces que yo era su único amigo.

Todavía no la he descrito. Su altura era perfecta para una mujer, digamos que unos cinco pies y siete pulgadas; su cuerpo, de la barbilla a las uñas de los pies, impecable, con tendencia acaso al exceso de carne y a la desmesura en el tamaño del trasero, pero entonces me gustaba la carne, y el trasero de las mujeres jamás me parecía demasiado grande. Solía frotarle los labios y las mejillas por el trasero un cuarto de hora cada vez, cuando se dignaba ponerse boca abajo durante tanto tiempo para permitir esa adoración. Su rostro era, desde luego, hermoso, pero tenía un aspecto algo pesado. Tenía los ojos oscuros y suaves, y la vaguedad de su mirada, junto con la costumbre de dejar los labios un poco abiertos, le daba un aspecto pensativo y a veces medio distraído. Su nariz era encantadora y *retroussée*, la boca pequeña, los labios carnosos, los dientes una deliciosa serie de muy pequeñas piezas blancas, el pelo casi negro, largo, espeso; tenía en las axilas un pelo oscuro, algo grosero y muy cuantioso, que se veía un poco cuando bajaba los brazos, sus brazos y sus pechos eran espléndidos. Tenía un coño de labios gruesos y con grandes labios exteriores, que se dejaban ver bien a lo largo de casi toda la extensión de la raja; el monte era

rechoncho y estaba bien cubierto, aunque no con amplitud excesiva, por pelo negro y rizado. Tenía el aspecto de una mujer de veintiséis años, aunque no tenía más que veintidós. Tumbada, durmiendo, era extraordinariamente hermosa.

Si me preguntasen cuál era su mayor perfección, diría que los pies y las piernas, hasta la muesca… eran sencillamente perfectos; los he visto igual de hermosos en mujeres de menor talla, nunca en una de su estatura. Debo añadir que tenía el coño grande, tanto por fuera como por dentro, y que no fue, para mí, un palo voluptuoso, cosa que hoy no alcanzo a comprender y que durante mi relación con ella ni siquiera supe.

«Con un poco me quedo satisfecha», me decía, hablando de los palos, «una vez por semana… una vez cada quince días, con excepciones… Los hombres sois unas bestias, todos vosotros». Al principio no me aceptaba la boca, nunca movía el trasero y se quedaba echada y quieta como un tronco. Su forma más normal de responder a mis protestas era «aquí me tiene… haga lo que quiera… hágalo y termine de una vez… o déjelo». Creo que la primera vez que alcanzó goce sexual conmigo fue la noche en que cenamos juntos; más adelante, experimentó placer conmigo con más frecuencia, pero siempre me desmontaba y se apresuraba a saltar de la cama para lavarse en cuanto me había corrido, incluso antes de que hubiese terminado de correrme. Todo ello hasta que, de pronto, cambió —como he de relatar—, y, desde ese momento, fue más amable, más lujuriosa, o quizá debiera decir más amante y más atrevida, dejándome gozarla a mi manera y abandonándose al goce en la medida en que su naturaleza lo permitía.

Observé que estaba a menudo con la encargada de la casa, o más bien con quien la representaba… Hannah. En vista de ello estreché más mi relación con Hannah, entraba en su salón y hablaba con ella mientras esperaba a Sarah. Todo empezó cierto día, mientras esperaba a Sarah, cuando Hannah me pidió que le sumase una columna de cifras, que en su mayoría eran de cinco chelines y de siete chelines y cinco peniques. Lo hice una vez, después volví a hacerlo. Poco después, un día que entraba en la casa, salió de su salón y me dio las gracias. Entré en el salón y, desde entonces, adopté la costumbre de hacerlo —si no había señoras—, pero había un buen negocio de presentaciones, y las señoras aguardaban allí a

menudo la llegada de sus enamorados.

Un día me hizo la comida, otra vez un desayuno, esto último cuando había reñido con Sarah y llevado allí a otra mujer a dormir conmigo. Le felicité por la calidad de su cocina, estaba medio mareada (cosa que a menudo le ocurría) y muy dicharachera. «Señor», me dijo, «usted ha probado mi comida muchas veces». «Tonterías». «Sí que lo ha hecho». «¿Dónde?». «¿Recuerda un baile en ***, donde le dieron permiso a todos los criados para mirar la mesa antes de la cena, y que usted bajó con el señor *** y que todos nos escabullimos?». «Perfectamente». «Pues bien, yo era la cocinera». Resultó entonces que había trabajado de cocinera en una casa que yo visitaba constantemente, me había reconocido de inmediato, pero no se acordaba de mi nombre, o al menos eso dijo… La verdad es que no es probable que lo supiera. La habían sorprendido con un soldado en la casa y la habían echado.

Por halago de la fortuna se había convertido en encargada de una casa de citas, y su soldado la visitaba cuando venía a Londres —era un Guardia de Palacio— y ella le daba dinero, y le daba mucho, porque le robaba descaradamente a su señora gran parte de los beneficios de la casa de citas.

Hannah tenía dos hermanas, una de ellas casada con un mal marido y madre de varios hijos. Venía a menudo para ayudar en la calle J***s, a veces como criada. Unos dos años después de este período de mi historia, apareció una segunda hermana, que había sido criada de casa particular y que, supongo, también fue despedida. Era una chica bonita, de ojos azules y unos veinte años de edad, que sabía mirar y que tenía bonitas piernas casi hasta el coño. Jamás llegué a verle partes más altas, y ya tendré ocasión de hablar de ella. Se llamaba Susan… Se decía que un marinero estaba enamorado de ella.

Después de algunos meses, Sarah me pidió que le diera cinco libras y, poco después, diez libras. Estaba tratando de conseguir cierta cantidad de dinero para comprarle un negocio a su padre. Yo había observado que llevaba tiempo vistiéndose con cierto descuido, me dijo que ya sabía que a mí no me importaba, y que todo se debía a sus esfuerzos por ahorrar —deseaba dejar esa vida, cosa que yo me creí—. No pude poseerla durante unos días, pero hubiera jurado que la oí reñir en voz alta con un hombre en el

salón, mientras la esperaba en el piso de arriba. Llamé y pregunté por ella; la sirvienta acudió y afirmó que la señorita Mavis no se encontraba allí, y no llegué a verla aquella noche. Al día siguiente, la cité (por medio de Hannah) para las once de la mañana y tuve que esperarla un buen rato. Parecía enferma. «Has estado llorando». «No, no he llorado». «Sí, sí que has llorado… tienes los ojos rojos… sí, y ahora húmedos». Siguió afirmando que no había llorado y, de pronto, se puso a sollozar, diciendo que no se encontraba bien. Eso me afligió, y mandé traer vino. Hannah, subió y la consoló. (Observé que Hannah sabía de qué iba la cosa). Después nos dejó solos. «Nunca he estado toda la noche en la cama con un hombre», dijo Sarah. «Vamos ahora a la cama». Para mi absoluto asombro, se metió en la cama, tras mirarme con la mayor seriedad.

Se lo había pedido en muchas ocasiones, y nunca había querido. Me decía que no había estado en la cama más que con un hombre y que no pensaba volver a hacerlo. Embelesado, me desnudé por completo, me metí en la cama, y nuestros cuerpos se fundieron el uno en el otro. Se entregó por completo, su lengua se encontró con la mía cuando nos corrimos. «Querida, no me eches ahora». «Muy bien». «¡Oh!, milagro», pensé, y allí nos quedamos, polla y coño empapándose mutuamente, volvimos a joder, se quedó después dormida en mis brazos, y yo en los suyos un poco más tarde. Dormimos más de dos horas, y entonces mis dedos buscaron inmediatamente el coño y la despertaron. Le dije la hora que era, suspiró y dijo: «No importa… lo tienen merecido». Era un día de milagros, Hannah nos mandó comida, comimos en la cama, jodimos una y otra vez. Me encantó la cantidad de leche que dejamos en las sábanas; nos fuimos después a cenar al café, y volvimos a la casa de citas…, más polvos, nada de lavarse el coño, todo era abandono libre e indecente.

Hannah subió más o menos a la hora a la que Sarah solía dejarme, y le dijo que era hora de irse. Sarah respondió que no le importaba un pimiento, Hannah le suplicó que se fuera… ella la acompañaría a casa. La convenció, Sarah me besó y dijo que yo era buen tío. Esperé fuera y traté de seguirla hasta su casa, sin éxito; me descubrieron, se detuvieron, me reconvinieron y volvieron a la casa de citas. Me hizo entonces prometer que no iba a seguirla, y dijo que salía a hacer pis. Hannah se fue tras ella, esperé cinco minutos

y llamé entonces a la criada. Entró con una cara muy seria y dijo: «Lo siento, señor, se fueron las dos hará unos cinco minutos».

El cambio de Sarah duró unas semanas. Salvo desnudarse por completo, se plegó a todos mis deseos; hizo todo cuanto yo quería, salvo pasar toda la noche conmigo. Se quedaba más rato, pero se iba por la noche; me abrazaba, gozaba jodiendo y, de hecho, me trataba como a un marido, hasta que un día me dijo: «Espero familia desde hace unos meses». «¿Quién es el papá?». «Quizá tú». «No, yo no… será algún hombre a quien quieras, no yo». «No quiero a ningún hombre», me dijo. Después, se puso enferma, y dejé de verla tres semanas; había abortado. Yo estaba desesperado y le envié dinero mientras duró su enfermedad, pero no pude sacarle nada a Hannah, salvo que Sarah era una buena mujer, demasiado buena para él. Dijo aquello delante de su hermana, que exclamó: «Cierra la boca, Hannah». Llegué por ello a la conclusión de que había algún otro hombre.

Traté de sonsacar a Hannah en otra ocasión, pero era astuta y no era fácil sorprenderla. «Quiere a algún hombre», le dije. «No es de las que quieren… Si quiere a algún hombre, es a usted… pero tiene que cumplir con su deber». «¿Qué deber?». «Pregúnteselo a ella… no sé a qué se dedica. Y ahora váyase, que pronto vendrán algunas señoras, y a Miss Mavis no le gustará verle aquí con ellas». «No soy un objeto de su propiedad». «Poco le falta para serlo… En cualquier caso, váyase; sea bueno, caballero». Durante la ausencia de Sarah, conocí a tres o cuatro señoras y poseí a dos de ellas. Debió de ser cuando Sarah se marchó al extranjero, o con ocasión de alguna disputa seria.

Cuando volvimos a encontramos, seguía muy enferma, me agradeció cálidamente mi bondad. Reanudamos nuestros encuentros, volvió a comportarse con cautela, pero no volvió a engañarme. Se corría conmigo, gozaba de mí, pero me suplicaba: «¡Oh!, déjame lavarme la porquería… Anda, sácala… Tengo tanto miedo a ponerme otra vez enferma». En vista de ello, le permitía hacerlo. Se negó a decir cosa alguna sobre su enfermedad, excepto que yo había sido el causante, pero no la creí. Solía abandonarse al placer conmigo. Al terminar el mes, le di veinte libras, para redondear la cifra, y empezó a ponerse más pesada con el dinero. «¡Oh!, me paso mucho rato contigo… dame más dinero… anda…

quiero conseguir cierta cantidad», decía, y después, claro, una mentira. Finalmente, me dijo (era una brillante mañana de verano, le había echado un palo y me encontraba tumbado en el sofá, ella sentada en la butaca, con los hermosos pechos al aire, una bella pierna cruzada sobre la otra, mostrando levemente la carne de los muslos): «Pronto dejaremos de vemos… Nos vamos al extranjero».

Me sobresalté como si me hubieran disparado un tiro. «¿Tú?… tonterías… nunca». «Sí que me voy… estoy cansada de esta vida, y me iría a cualquier parte, haría cualquier cosa para librarme de ella».

Me dejé caer en el sofá, sollozando; comprendí de pronto que estaba locamente enamorado de ella. Mi descubrimiento me deslumbró… Yo, enamorado de una mujer de vida alegre, cuyo coño podían penetrar mil hombres… que podía provenir de cualquier estercolero… ¡Imposible! Me enfadé conmigo mismo… ¡Degradado!… Imposible… no podía ser… y conseguí recuperar un rato de compostura. Traté entonces de sonsacarla. No hubo manera. Su sosegada forma de afirmar que, de todas maneras, *se iba* me convenció por fin de que decía la verdad. Me eché entonces en el sofá y estuve sollozando media hora. «¡Oh!, pronto conseguirás otra amiga», me dijo. «No, no… Puedo conseguir una mujer, pero ninguna me gustará… Sarah, querida Sarah, te quiero… se me cae la baba por ti… ¡Oh!, por el amor de Dios, no te vayas… ven conmigo… no tendrás que vivir como hasta ahora… nos iremos juntos al extranjero».

«Eso no es posible… si lo hiciera, me dejarías y ¿qué haría yo entonces?… Volver a esta vida… no». «Te vas con otro, ¿con quién?». «No puedo decírtelo… te lo diré cuando me vaya». «¿Cuándo te vas?». «Quizá dentro de un par de semanas, quizás un poco más tarde».

Eso me tranquilizó un poco, dos semanas podían darme la oportunidad de persuadirla, y empecé de inmediato, pero no obtuve como respuesta más que «no… no… es mejor para los dos», y volví a desesperarme; el corazón se me desgarraba. Había pasado con aquella mujer unos meses tan felices, ella había llenado tanto mis pensamientos y ocupado tanto mi tiempo libre que se me había olvidado mi vida doméstica. Ahora volvía a sentirme solo, le había contado algunos de mis problemas… no todos… Los derramé

entonces sin omitir nada y le ofrecí todo —todo lo que tenía—, si nos íbamos al día siguiente al extranjero para nunca más volver; le dije que, aunque no me amase ahora, terminaría por amarme, prometí cuanto un hombre puede prometer… y era sincero.

«No… no… imposible»… y volví a hundirme en el sofá, sollozando como un niño. Ahora, mientras escribo, siento casi el mismo mortífero dolor de corazón. Se quedó un rato sentada, mirándome, después se levantó, se inclinó sobre mí y me besó. Me di la vuelta y —¡qué extraño haberme dado cuenta en medio de mi desesperación, qué extraño recordar ahora que me di cuenta!—, al inclinarse, se le abrió la camisa, la abracé, sus pechos entraron en contacto con mi cara y, al moverme para besarlos, vi todo su hermoso cuerpo, hasta los pies, el pelo oscuro de su toisón, la cicatriz blanca y brillante, todo ello bajo la luz suave y apagada que cubre el cuerpo de una mujer envuelta en una camisa fina y la polla se me puso tiesa mientras la besaba y sollozaba, y ella me consolaba.

«De nada te sirve amarme», me dijo, «y de nada me sirve a mí amarte… No te lo tomes así… Quizá, cuando me vaya, seas más feliz en tu casa… No puedo amarte aunque te quiero mucho, porque has sido para mí un hombre bueno y cariñoso… Creo que casi te amo… Estoy segura de que te amaría, si estuviera contigo… pero no sirve de nada, porque estoy casada y tengo dos niños, y me voy con ellos y con mi marido».

Me quedé asombrado y lo puse en duda. «Te traeré a mis niños para que los veas», me dijo, «cuando te dejaba aquí era para prepararles el almuerzo y la merienda». «¿Y por la noche?».

«Siempre estoy en casa cuando él llega». «¿Vuelves siempre a casa, con tu marido?». «Sí».

¡Cómo odié a aquel hombre!… El odio se asomó a mis labios: «Ese perro miserable y despreciable vive de tu cuerpo… un puerco vagabundo». «No, no lo es… pobre hombre, trabajaría para los dos si pudiera, pero no puede». «No lo creo… Un hombre que vive de una mujer no es un verdadero hombre… Preferiría limpiar pozos negros, para conservar a la mujer a la que amo, que dejar que otro hombre la acariciara… De ahí no puede salir nada bueno… Cualquier día te dejará por otra mujer». Sarah se puso desagradable, me dijo que lamentaba haberme contado lo que me había contado,

que cuanto yo le decía incrementaba su cariño por él. Se marchó, dejándome apenado.

Seguro ya de que se iba, nunca me cansaba de estar con ella; la poseía por la mañana, al mediodía y por la noche. Me trajo a sus dos hijos, de los que estaba muy orgullosa. No comprendo cómo no le había visto antes las señales del parto, pero así fue. Se lo dije en una ocasión. «Me cuidé muy bien de que no las vieras», me dijo sonriendo, y recordé que, cuando la poseía sobre el borde de la cama, cuando la miraba sobre el sofá, ella se colocaba casi siempre de espaldas a la luz; echada en la cama, cuando yo trataba de satisfacer mi pasión abriéndole los muslos y mirando sus encantos ocultos, casi siempre se daba media vuelta hacia la ventana, y el vientre le quedaba en sombra. «No me gusta que me violenten… no quiero saber nada de eso… si quiere poseerme, poséame y termine de una vez… consígase si quiere a otra mujer que lo haga, o lo permita… yo no pienso hacerlo». Estas respuestas y otras análogas me mantenían siempre a raya, y yo las aceptaba porque estaba sometido a su dominio y, en mi locura, creía en verdad que la perdería si seguía insistiendo.

Una mañana trajo a sus hijos a la calle J***s, y por la tarde la poseí.

Se comportaba entonces con mucha mayor libertad. Señalaba ella misma las marcas del parto (eran muy leves) y se abría voluptuosamente los labios del coño. Nunca lo había hecho antes. A partir de aquel día me dejó verla en todas las formas posibles, y hacerle cuanto deseaba. El misterio se había desvelado, lo sabía casi todo, si no todo… y desde luego todo lo referente a su persona.

*Poses plastiques. — Sarah se va. — Mi desesperación. — El consuelo de Hannah. — Papel de oficio y masturbación. — Coño barato. — Una mulata. — Las cuentas de la casa de citas. — Sobre Sarah. — El salón. — Las damas alegres del lugar. — Mi virtud. — Louisa Fisher. — Una exhibición de piernas. — Consecuencias de la misma. — Efecto en la señora Z***i.*

Cené repetidas veces con Sarah antes de que se fuera. Se encontraba a menudo deprimida y bebía libremente mucho champán; después, jodía con una pasión y una energía que no parecían naturales en ella, pues, por su apariencia y por su modo de ser, cualquiera hubiera jurado que era mujer templada y sin mucha pasión… ¿No me lo había demostrado la experiencia? Una noche, poco después de que me trajera a sus hijos, parecía enloquecida de lujuria. Yo no sé qué me ocurría, pero el hecho es que no la deseaba, y apenas se me puso tiesa en el momento del abrazo; ella, sin embargo, estaba en éxtasis mientras la jodía. «Hazlo otra vez», me dijo. «No puedo». «Tienes que hacerlo… no me he lavado». «No puedo». «Sí… sí… estoy loca por ti», me dijo, y seguimos jodiendo hasta primeras horas de la mañana siguiente. «Creo que estoy otra vez esperando familia», me dijo al irse, «y, si es así, saltaré del puente de Westminster». Pero no estaba esperando y, a partir de aquella noche, me convenció de que no me corriese dentro de ella, sacándola cuando me llegaba la emisión. «Si me quedo embarazada, se estropearán todos mis planes», me dijo, «todo lo que he hecho no servirá de nada si no puedo representar». «¿Representar?». «Sí, soy actriz». «¿No se corre dentro tu marido?». «El único que se ha corrido dentro de mí desde que aborté has sido tú… No le dejo, y tampoco él quiere que me quede esperando».

«¡Tú, una actriz!». «Sí… ¿Nunca me has visto?». «No». «¿Estás seguro?». «Sí». «¿Nunca has visto *Poses Plastiques* de Madame W**t*n?». «Sí, hace dos o tres años». «Pues yo era una de la *troupe*».

«¡Dios mío!… ¿Y qué haces ahora?». «Nada… pero me voy al continente con una *troupe*… Soy la actriz principal… Yo soy ahora Madame W**t*n».

Me dijo entonces que, en su juventud, había sido modelo de artistas, que había posado para Etty y para Frost, que el cuerpo que aparecía en muchos de sus cuadros era el suyo… y no quiso decir más.

A medida que se acercaba el momento de su partida, yo me iba entristeciendo más y más; ella también se entristecía. Me decía que yo la preocupaba y la intranquilizaba; a veces, se preguntaba si estaría haciendo lo mejor para ella misma y para sus hijos. Estaba tan asustada de quedarse esperando que, como ya he dicho, me hacía retirarme antes del momento crítico, derramando el esperma sobre sus muslos o sobre el pelo rizado de su toisón. Se me metió en la cabeza la idea (bastante estúpida, por cierto) de que, si la dejaba embarazada, se quedaría en Londres, y, una noche, después de cenar y de haberle dado placer metiéndole mano, aunque me dijo, como de costumbre, «no te corras dentro», le introduje la polla hasta el fondo, derramándole en el coño toda mi corriente de esperma. «Dios quiera que el esperma te haya llegado a las entrañas», le dije. Estaba tan abrumada por el placer que tardó un minuto en poder moverse; después, saltando de la cama, se lavó con la esponja… La usaba desde hacía poco tiempo. No volví a correrme dentro de ella en varios meses.

Yo solía pasarme horas mirándola, de pies a cabeza, como si quisiera recordar para siempre todas y cada una de sus partes. La raíz del pelo, las orejas, la forma en que le crecía el pelo en la nuca, cómo le crecía en el coño y en las axilas. Le miraba todo el cuerpo, parte por parte, como buscando algo. La única parte que escapó a mis investigaciones fue la raja del culo, que me resultaba parte incómoda en toda mujer; jamás se la palpé ni se la miré, ni siquiera con ocasión de mis más locas aberraciones y éxtasis sexuales, y no sé si el agujero era redondo o cuadrado, rojo o marrón.

Después de que me dijera que había posado como modelo, me trajo un pequeño retrato al óleo que le había hecho un artista de cierto prestigio. Estaba orgullosa de él, y su marido también. Le ofrecí por él tal precio que, dada su situación, no pudo resistirse, y lo compré. Un día, me dio una fotografía suya; ambas

representaciones tenían bien manifiesta la característica abertura de los labios. Hace muy poco tiempo que he destruido estos recordatorios de un afecto muerto.

Cuando me di cuenta de que no podía hacer nada para que se quedase en Inglaterra, la ayudé lo más que pude en su empresa, le di dinero con libertad, pagué trajes, botas, capotes de viaje, trajes de niños: en dos palabras, todo. En los nueve meses de nuestra relación, me dejó, de hecho, seco y endeudado. Me gasté en ella más de lo que hubiera necesitado para vivir cuatro años al ritmo que vivía antes de conocerla. De todas formas, hacía años que no me encontraba en mejores circunstancias económicas, y el dinero era mío.

Cuando el momento se acercó, no era capaz de dormir ni de comer, y solía presentarme en la calle J***s horas antes de su llegada; la esperaba el tiempo que fuera necesario, invitando a Hannah y a las señoras y hablando todo el tiempo de Sarah. A veces, pensaba seguirla al extranjero. Cuando llegaba a la casa me pasaba todo el tiempo llorando, y ella diciéndome que no fuera tonto, para después llorar también. «¡Oh!, déjame verte desnuda». «Mira, pues». Después, le besaba todo el cuerpo. «¡Oh!, ahora, por el amor de Dios, no te corras dentro». Venía después un polvo delicioso; recomenzaban luego los llantos y los lamentos. Se marchó por lo menos una semana antes de lo que me dijo, y lo hizo para evitarme el dolor de la despedida… Eso tengo que agradecerle. Hannah me lo contó.

Había quedado con ella una mañana, y me encontraba allí, como de costumbre, antes de tiempo. Hannah salió del salón: «¿Ha venido Sarah?». Me pidió que pasara al salón. «Se fueron todos esta mañana, en barco… mi hermana fue a despedirles… ¿no lo sabía?». Me desplomé en el sofá, mareado, incapaz de hablar, y perdí el sentido. Cuando me recuperé, Hannah estaba de pie a mi lado, con coñac y agua y una cuchara que utilizaba para meterme los líquidos en la boca.

«No se lo tome así», me dijo, «no piense más en Sarah… Es una buena mujer, pero hay muchas tan buenas como ella. Yo conozco a una docena, y a todas ellas les gustaría conocer a un hombre como usted… Tome un poco de coñac y agua», dijo y se echó un buen trago al coleto. «Vamos», me dijo, inclinándose sobre mí, «¿no le

gustaría ver a la señora ***, la que estaba allí la otra noche con Sarah? Le hace usted bastante ilusión… No llore; Sarah volverá, y, si no vuelve, ya encontrará usted a otra mujer que le guste tanto como ella. Está la señora ***, una mujer con un cuerpo espléndido, que no recibe aquí más que a un caballero. Aunque no le ha visto más que una vez, parece que le gustó bastante». Pero yo estaba desesperado y me precipité fuera de la casa. Ni siquiera recuerdo adonde fui, pero terminé por volver a casa, muy borracho… algo muy excepcional en mí.

Me quedé unos días mental y casi físicamente postrado, pero al final me recuperé lo suficiente como para cuidar un poco de mis negocios, que iban mal desde hacía unos meses, y que el último mes estaban a punto de irse al garete. Tomé la firme resolución de no volver por la calle J***s y renuncié a las mujeres; la verdad es que me resultaba casi imposible disponer de un solo chelín, por lo que la necesidad tuvo quizá tanta influencia sobre mi virtud como cualquier otra cosa. Mi salud, sin embargo, era bastante débil, y, de verdad creo, aunque ahora me parezca casi imposible, que pasé casi tres semanas sin tocar ni ver un coño.

Pasé entonces un domingo con continuas erecciones. La lujuria estuvo a punto de enloquecerme después de la comida, me fui a mi cuarto, cogí una hoja de papel en blanco y me masturbé encima. La polla se apaciguó muy lentamente, volví a masturbarme y lloré ante el papel, cubierto de charcos de esperma, porque no era la vagina de mi querida Sarah; apoyé la cabeza en la mesa, donde había puesto el papel, y sollocé desesperado, celoso y apesadumbrado, pensando que, como no me la jodía yo, se la jodería otro, y que ese otro sería su odioso marido, al que había mantenido con mi dinero.

Quizá sea ésta la ocasión de relatar que me he masturbado varias veces en mi vida sobre una hoja en blanco de papel de oficio; lo hacía sobre todo por curiosidad, para ver el aspecto de mi esperma y determinar si era tan fluido, espeso o cuantioso como la última vez que me masturbara.

Desde aquel domingo, no pude apartarme de la calle J***s y allí me presenté al día siguiente. «No creo que le escriba», me dijo Hannah, «aunque se lo haya prometido. ¿De qué serviría? Sólo serviría para entristecerle». Pero yo estaba seguro de que me escribiría y me mantuve aún cierto tiempo apartado de las

mujeres… entre otras cosas porque andaba muy mal de dinero. Empecé entonces a correrme sin querer por la noche, cosa que detestaba más que masturbarme; en vista de ello, una noche salí en busca de algún chochito barato.

Me acerqué en primer lugar a las calles cercanas a una gran taberna, muy conocida, en el cruce de varias vías principales, donde hay mucho tráfico, y elegí allí mis mujeres baratas. Pero las mujeres, sus camisas, sus enaguas y sus habitaciones me chocaron más que de costumbre y me mantuvieron más casto de lo que de otra forma hubiera sido.

Una noche me fui a casa con una mujer alta y erguida que no quiso aceptar lo que le daba. «No», me dijo, «tengo dos bonitos cuartos de mi propiedad». Cuando se consigue a una mujer por cinco chelines hay que pagar también el cuarto, y diez chelines es una suma bien pequeña; en vista de ello, me fui con ella por diez chelines, y la vi varias veces en los meses que siguieron.

Medía unos cinco pies y nueve pulgadas, no era robusta, pero sí erguida como un huso, aunque no delgada; tenía pechos firmes, aunque bastante pequeños, y un trasero grandote. Me dijo que llevaba sangre mulata en las venas, y su piel era marrón; tenía la boca grande y los labios *muy* gruesos, donde se veía claramente la sangre negra; el pelo era oscuro, y los ojos también. Tenía el coño saliente; era pequeño, pero los labios proyectaban hacia fuera su grosor más que los de ninguna otra mujer que haya conocido, aunque no eran blandos, sino que resaltaban con énfasis, como las dos mitades de una salchicha. El pelo era negro, corto, muy encrespado y rizado; parecía pelo de caballo rizado. Al principio, me parecía fea, una de las más feas, pero era una folladora maravillosa; tenía el coño estrecho por dentro, pero tan elástico que no dolía ni pellizcaba (como ya he dicho a menudo, en aquellos tiempos yo era de polla tierna cuando estaba a punto de correrme). Su cabello era algo grosero pero lacio, su gran boca dejaba ver unos dientes de blancura espléndida, y, cuando sonreía, los enseñaba todos. Lo que primero me atrajo de ella, antes de poder distinguir otros rasgos de su rostro, fueron sus grandes dientes blancos; se veían de noche desde el otro lado de la calle, eran deslumbrantes, y casi le hacían a uno olvidar el gran orificio de gruesos labios que se abría para exhibirlos.

Aquella *mulata*, como yo la llamaba, me divertía con sus posturas lujuriosas; era tan flexible como una rama de sauce, y estaba deseando complacer. A mí me gustaba que se arrodillase en la cama, presentándome el trasero, con las piernas casi cerradas, pues la proyección posterior de su coño me resultaba encantadora, tan encantadora que me aficioné a echarle palos estilo perro.

Una noche que me encontraba lleno de esperma le hice quedarse en esa postura hasta que le salió del coño toda mi leche y me senté, sosteniendo una vela, cerca de sus ancas, hasta quedarme satisfecho de la visión. La puse más de una vez en esa posición, observando los extraños labios, hasta jodérmela por segunda vez.

Tenía un andar tan extraordinariamente firme que apenas parecía moverse; se deslizaba, adelantaba los pies con donaire, con el cuerpo perfectamente equilibrado sobre las caderas.

En esto se asemejaba a una mujer alta y morena, llamada Fletcher, a la que he conocido hace poco. Supongo que todo obedece a una especial disposición de los muslos y las caderas. Las mujeres acostumbradas a transportar cargas pesadas sobre la cabeza caminan siempre erguidas, y nunca se bambolean de lado a lado, como la mayor parte de la gente; pero, que yo sepa, ninguna de las mujeres mencionadas había llevado nunca cestas en la cabeza. Conozco la forma de andar de esa clase de mujeres por haber nacido cerca de su lugar habitual de trabajo.

Me imagino que le gustaba que lo hiciera desnudo con ella, porque siempre sugería que nos desnudásemos, pero no soportaba que me la jodiese estilo perro. Cuando me quitaba la ropa y la penetraba echado sobre el vientre, enlazaba sus piernas con las mías como si fuera una serpiente y, a veces, levantaba las piernas hasta casi tocarme los omóplatos con los tobillos. También ella, como algunas otras a las que he echado un palo, parecía tener el poder de sujetarme fuertemente la polla en el coño después de haberme corrido… Quizá porque ella no se había corrido, pues no estoy seguro de sus placeres en la copulación, aunque siempre me pareció que era de coño caliente.

Después de haber vuelto a la calle J***s, regresé a ella con más frecuencia. Hannah estaba casi siempre borracha… lo que más le gustaba era el champán y el *brandy*. Algunas veces, cuando había bebido, iba soltando lo que sabía… y esto es lo que me dijo un día.

«¡Bah! ¡Su marido!… No está casada… Es él quien tiene una mujer, y Sarah lo sabe… Le ha puesto un ojo negro a su mujer más de una vez cuando les ha molestado, pero eso no le sirve de nada, porque es su mujer legal, o sea que le da algo de dinero, cosa que la mantiene callada, y no durará mucho, porque está borracha desde el amanecer hasta la noche. Sarah es muy buena, mantiene a ese mendigo perezoso… la pobre les mantiene a todos, desde que él se quedó sin trabajo; está ella y sus hijos, y su hermana, que vive con ellos, y está también su vieja madre, a la que mantiene, y también a la mujer de este hombre… La pobre tiene bastante trabajo». Esto lo reveló Hannah un día, después de una cena; yo le había traído una botella de un *brandy* especialmente fino, y nos encontrábamos sentados en el salón, bebiéndolo juntos, mezclado con agua.

Yo llevaba tiempo congraciándome con Hannah. Le traía vino y *brandy*, era siempre respetuoso con ella y con las damas de vida alegre que encontraba en su salón, y nunca utilizaba palabras groseras y maleducadas cuando hablaba con ellas, ni cuando hablaba de ellas o de las damas de su clase. Hannah me dijo que varias tenían un gran concepto de mí, cosa que pude en verdad comprobar. Puedo añadir que jamás en mi vida he hablado sin respeto a las mujeres de la vida, ni de ellas, siempre que se comportaran bien; en general, siempre han sido sinceras y amables conmigo, a su manera. Me proporcionaban placer, yo se los agradecía y me comportaba con consideración.

Por otro lado, le prestaba servicios a Hannah. Como ya he contado, me presentó una o dos veces ciertas cifras para sumar y, tras la partida de Sarah, volvió a traérmelas, en pedacitos sueltos de papel. Me pidió que no se lo mencionase nunca a su hermana, y no lo hice. El hecho de que las entradas fueran todas de cinco chelines, siete chelines y seis peniques, diez y veinte chelines me picó la curiosidad, hasta que, al fin, me di cuenta de qué se trataba y, sonsacándola, averigüé que se trataba de los ingresos de la casa de citas. Lo confesó riéndose. No sabía escribir.

Las sirvientas escribían las entradas en hojas de papel y ella, mediante un procedimiento particular que no fue capaz de explicarme, controlaba de alguna manera a las sirvientas para evitar que la robasen. Tenía que rendir cuentas a la propietaria de la casa… y sólo ella sabe cómo lo hacía. Lo seguro (me lo confesó en

una ocasión) es que diariamente se metía en el bolsillo una libra de los ingresos. Nunca llegué a saber si se lo robaba a la propietaria o si era su participación. Vestía bien, comía espléndidamente, le daba dinero a su Guardia de Palacio, también al marido de su hermana, y pienso que también a otros. De todas formas, después de sustraer tres o cuatrocientas libras al año, alguien recibía unos ingresos espléndidos por la casa. Ésta sólo tenía ocho habitaciones y dos pequeños gabinetes, que se alquilaban para joder; a menudo se ingresaban veinte libras al día, y a veces mucho más.

Hice aquellas cuentas con bastante regularidad, y Hannah se convirtió en buena amiga mía. Me contó cuanto sabía de Sarah (Sarah me lo confirmó más adelante), muchas otras cosas sobre las costumbres de otras damas fáciles (cosas que en su momento se narrarán parcialmente) y me informó bastante sobre la administración de una casa de citas.

Más ahora sobre los antecedentes de Sarah. Unos pocos años antes del período al que esta historia se refiere, había nacido una especie nueva de espectáculo, llamado *Poses Plastiques*, en el que hombres y mujeres, cubiertos de seda muy ajustada a sus miembros desnudos y muy blanca, se situaban en estrados formando grupos clásicos al ritmo de la música. Estos grupos estaban formados por mujeres y hombres de gran belleza física; de hecho, actores de esa especie. La primera que los organizó fue Madame W**t*n, conocida como excelente modelo. Su marido era un hombre espléndido, Sarah era sobrina suya y tenía también la belleza corporal de la familia; era pobre, y Madame W**t*n se la llevó a vivir con ellos. A los diecisiete años, se presentó como Venus.

A los diecinueve, tuvo un hijo, del marido de Madame W**t*n, a los veinte un segundo. Madame averiguó quién era el padre y echó a Sarah. Entonces el señor W**t*n echó a Madame, se fue a vivir con Sarah, hubo grandes discusiones, surgieron otras compañías de *Poses Plastiques*, el asunto se puso difícil, él no fue capaz de ganarse la vida; tenía un oficio, pero era, supongo, demasiado perezoso para trabajar en él. En vista de eso, Sarah empezó a trabajar de modelo y, como obtenía por ello muy poco dinero, a alquilar el coño para conseguir el pan. Cuando la conocí, acababa de empezar. Parece que, antes de que se decidiera a mostrar su escisión ventral por dinero, pasaron un año o más gastando lo que les quedaba.

Como era de esperar, un cuerpo tan hermoso tuvo éxito, y durante un tiempo yo me convertí en sus principales ubres. Alguien les propuso entonces formar una *troupe* para el Continente; parece que habían organizado un gran estreno y, con el dinero de Sarah (obtenido en su mayor parte de mi bolsillo), se organizó el *atrezzo*, los trajes, las propiedades y la troupe. Después, se marcharon. Ella y su marido eran los administradores de la compañía, los especuladores y los actores principales.

Hannah hizo una mueca cuando le pregunté qué tipo de hombre era Mavis. No pensaba muy bien de él… ¿Por qué no trabajaba…? Tenía un oficio. No, dado que no era ya capaz de ganarse la vida como actor, prefería que Sarah se ocupase de mantenerlos a todos. «¡Ah!, ya volverá. Escuche lo que le digo… no tendrán éxito… ¿Qué pasará entonces? Ya verá… es ella, pobrecita, la que tiene que trabajar y hacerlo todo, para que él pueda quedarse en la cama, vestirse como un caballero y no hacer otra cosa que sacarla a pasear los domingos. Ella está tan orgullosa de que la saque a pasear los domingos que más bien parecería que le ha regalado un coche». Después de mucho reflexionar, llegué a la conclusión de que Sarah se había vuelto zorra justo antes de que yo la conociese, que lo hacía para mantener a su hombre y a su familia, y que él se había acostumbrado a que su mujer lo mantuviera.

Seguí acudiendo a la calle J***s, siempre con la esperanza de tener noticias de Sarah. Hannah estaba encantada de verme, porque le hacía las cuentas semanalmente. Conocí a dos o tres damas que acudían allí de vez en cuando para ver a sus amigos. Eran mujeres muy hermosas, de las que no se podían encontrar en la calle. Se citaban con sus conocidos en la calle J***s, o Hannah les presentaba a caballeros allí mismo. Ni por su forma de vestir ni por su aspecto y educación parecían putas, y mi relación con ellas me reveló el hecho de la existencia de una considerable cantidad de polvos ocultos con mujeres necesitadas de la clase media, cuyo modo de vida y de vestirse constituye para sus amigos un misterio, y que se mezclan con su propia clase sin que llegue a sospecharse que sus coños son humedecidos por un esperma que no puede introducirse allí legalmente.

Me presentaron como amigo de la señorita Mavis, que se había ido al extranjero, y empecé a invitarlas a vino. Observé que

conocían bien mi nombre y aspecto, y que me tenían por persona amable, y supongo que también por tonto. Al principio, todas ellas se manifestaban con timidez, y un día escuché que la hermana de Hannah (la sirvienta) le decía a ésta que a las señoras no les gustaba que yo entrara en el salón. Hannah me pedía a veces que me fuera porque alguna dama quería entrar al salón para esperar allí, etc. Sin embargo, Hannah fue adoptando gradualmente la costumbre de decir: «¿Quién es?… ¡Oh!, le conoce»… «¡Oh!, seguro que no le importa… Que entre…». Ello me llevó a intimar poco a poco con aquellas damas privadamente alegres, y varias de ellas unieron sus dulces cuerpos al mío para el juego de arriba y abajo en más de una ocasión.

Desde la partida de Sarah, no había poseído a ninguna mujer de la casa, en primer lugar porque, entonces, no podía pagar por las chicas más de lo que pagaba por la habitación de la calle J***s, y en segundo lugar porque temía que Hannah se lo contase a Sarah si ésta volvía… como si a Sarah le hubiera importado otra cosa que perder en manos de otra mujer el dinero que podía obtener de mí. De todas formas, yo había concebido esta estúpida idea y, aunque llegué a desear a una o dos de las otras damas y aunque me habían mirado con ojos lánguidos, nunca llegué a proponerles una entrevista privada en el piso de arriba.

Un día, Hannah me dijo que había tenido noticias de Sarah, que le había preguntado por mí. «Les va bien (a Sarah y a la *troupe*)», me dijo Hannah; «si ella lo dice supongo que será verdad… pero ya veremos». De pronto, dijo: «¿Ha tenido otra mujer desde que se fue?». La pregunta me sobresaltó. «No». «¡Oh!, no le creo… si no la ha tenido es que es usted un hombre horrible». Confesé y le conté lo que había hecho. «¿Por qué no toma a la señora Fisher?», me dijo. «Soy pobre y no puedo… No pienso hacer lo que hice con Sarah». «Señor, no le importará… sé que le gustaría… pero no le diga que se lo he contado… tiene unas piernas preciosas… es una mujer hermosa, casi tan hermosa como Sarah Mavis, y es más alta… En su casa nunca se lo hacen». Aquel día, Hannah estaba más bebida que de costumbre, y se explayó —no tenía allí a su hermana para controlarla con su «bueno, Hannah, vale más que cierres el pico»— describiendo los encantos ocultos de la señora Fisher, hasta que la picha se me puso tiesa.

Yo me pasaba horas dibujando de memoria el cuerpo y los miembros de Sarah Mavis, y los temas favoritos eran su trasero y su coño; después, ya tan cachondo que no sabía qué hacer conmigo, salía apresuradamente a la calle para no masturbarme… y tenía con frecuencia sueños eróticos.

«¿Por qué no se arregla con la señora Z***i?», me dijo Hannah; «usted le gusta, y, si le escribo, vendría cualquier día» (yo había cenado dos o tres veces con aquella dama). «Yo no me preocuparía», añadió, «por Sarah, aunque sea una buena mujer… Si vuelve y ve que tiene usted a otra, no tardará en acercarse por aquí». Pero tardé algún tiempo en hacerle caso.

Ocurrió, sin embargo, que un día me encontré en el salón a la señora Z***i, una espléndida mujer de unos veintiséis años. Había también una mujer joven, que tenía dos hijos de un hombre con el que estaba a punto de irse al extranjero. Era una hermosa mujer. Las dos damas acababan de comer, a las dos de la tarde, con Hannah; yo volvía de comer en mi Club y mandé traer champán. Nuestra conversación se hizo vivaz… Todas conocían a Sarah, mi amor. A mí me encantaba que me hablasen de Sarah, e inicié el tema. La madame dijo: «Bueno, desde luego es una mujer espléndidamente formada… espléndida, pero hay muchas otras… Yo tengo la pierna bonita hasta la rodilla, y también la señora Z***i y la señora ***» (se refería a la otra, cuyo nombre he olvidado). «Enséñanos las piernas», dijo una. «Miren», dijo Hannah, levantándose la ropa, «que se vean ahora las suyas». Todas ellas enseñaron los miembros, una detrás de otra. «Si tuviese las piernas de la señora Z***i al lado de sus muslos, podría imaginarse que son las piernas de Sarah», dijo Hannah. Yo casi explotaba de deseos de joder. La señora Z***i se levantó más la ropa y se puso en pie para mostrar mejor las piernas. Las otras damas hicieron lo mismo. Noté que me llegaba el placer y, como no quería mojarme la camisa, empecé a desabrocharme. «¡Oh!, no puedo soportarlo», grité. «¡Oh! ¡Dios mío, me estoy corriendo!», y, en cuanto mi polla pudo liberarse de los pantalones, me corrí copiosamente, mientras las tres mujeres sostenían sus enaguas casi a la altura del coño, mirándose y riéndose. No me había masturbado; fue sólo la plenitud y el deleite de ver los miembros de las tres hermosas mujeres lo que me hizo correrme. «Tiene mucho material», dijo una. Avergonzado, les

supliqué que me perdonasen y mandé traer más vino. «Mejor hubiera sido darle esa buena leche a una de las señoras», dijo la madame. Superé mi vergüenza, se rieron comentando lo que se había perdido Sarah Mavis; una de ellas afirmó que mi conducta le había molestado. «¡Oh!, es usted más pudoroso que el demonio», dijo Hannah.

Poco después, la señora Z***i subió al dormitorio para reunirse con un caballero. La madame dijo que iba a echarse. Siempre lo hacía después de la comida y dormía dos horas; estaba borracha, la verdad es que siempre lo estaba. Me quedé solo con la madre de dos hijos; no me había quitado los ojos de encima ni un momento desde que me corrí. Recuerdo muy bien la mirada de sus ojos oscuros y su expresión. Hannah no tardó en ponerse a roncar. «Un beso», me dijo la dama; «ya sé que le gustan las mujeres bien formadas»… y se levantó un poco la ropa. Estaba sentada en el sofá, la polla se me puso tiesa, echamos el cerrojo y nos pusimos a joder mientras la señora seguía roncando.

La señora Z***i bajó. «Cómo, ¿todavía aquí? ¿Qué han estado haciendo?». La madre respondió: «Ha estado fumando y hablando de su querida Sarah». La verdad es que la mujer estaba en aquel momento sentada con una corriente de esperma en el coño, porque no se había limpiado, ni lavado, ni había meado desde que me la jodí. Hablaron después del amigo de la señora Z***i, que era un clérigo. Z***i era la esposa de un hombre que vivía con ella, pero que nunca la poseía (eso dijo ella); le odiaba, una vez la había pegado.

La madre salió del cuarto y volvió, Hannah se despertó, tomamos el té, pagué, porque me había impuesto como regla el pagarle todo a las señoras cada vez que entraba en el salón de la casa de citas. Me levanté para irme, despidiéndome de las dos señoras. La que había abrazado me metió discretamente una hojita de papel en la mano. Una vez fuera de la casa, la leí. «Espere fuera», decía. Su placer me había deleitado, y la obedecí. Salió, nos fuimos rápidamente. «Siga hasta el final de la próxima calle», me dijo, «y nos vemos allí». Tomando otro camino, se encontró conmigo al final de la calle. «Era por si salía Z***i», me dijo, «vamos a cenar juntos». «No tengo suficiente dinero», le dije. «No importa, yo sí que tengo». Nos fuimos al café de p**x**e y cenamos; jodimos una y otra vez en

un sofá. Era una mujer encantadora. Después de la cena, mientras jugueteábamos sentados en un pequeño sofá, me dijo que llevaba un mes sin hacerlo, porque su amigo se había ido a Alemania, donde pensaban vivir, para hacer algunas gestiones, y que tardaría unos días en volver. Después, él, ella y los niños se iban juntos a Alemania. «Usted me gustaba», me dijo, «pero, cuando vi lo que hizo delante de nosotras esta tarde, apenas pude retenerme, tenía tantas ganas… Me atrevería a decir que me he quedado esperando… ¡Oh!, no mire… Está lleno… está sucio… no lo conseguirá…». Un segundo después, la montaba otra vez; después se lavó, y le vi el coño. Pagué parte de la cena, ella el resto… no me quedaban ni seis peniques… «Siento», le dije, «no tener más dinero». «No he venido aquí por el dinero», me dijo. «Permítame que le deje media docena de pares de guantes en el número 11». «No, tengo muchos guantes». «Entonces deme un beso». Me metió la lengua en la boca, la dejó allí un minuto y, después, tras besarme cordialmente, se marchó. No volví a verla, ni a poseerla. Hannah me dijo que estaba en Alemania y que era muy feliz allí.

La criada de un amigo. — Jenny. — Familiaridad inicial. — Pellizco en el trasero. — Jenny comunicativa. — Su novio. — Un intento, un fracaso, un desmayo, una mierda y una olida. — Restaurativos.

Yo conocía a una pareja de personas de edad, sin hijos, que vivía en una hermosa casita de las afueras, con un gran jardín en la parte frontal y otro en la de atrás; su situación económica era confortable pero moderada, y sólo tenían a dos criadas. Iban al mar todos los años, llevándose a una criada y dejando a la otra en casa, para cuidarla. En general, dejaban a alguien acompañándola. Aquel año me dijeron que, si pasaba por delante de la casa (cosa que hacía con frecuencia), entrase a ver si todo iba bien, porque la criada que habían dejado era joven, y su hermana, una mujer casada, sólo pasaba la noche con ella, marchándose por la mañana temprano a su trabajo diario. Era tapicera.

Yo conocía a la criada, que se llamaba Jane. Llevaba unos meses con la familia. Yo cenaba con frecuencia en la casa y, una o dos veces que me abrió la puerta del jardín (siempre cerrada desde el anochecer) para dejarme salir, la había besado y le había dado unos chelines de propina. Era una moza bajita, de gran trasero. No mucho antes de este período, un día la había pellizcado tan fuerte en el trasero que gritó. Uno o dos días después, le dije: «¿A que está morado?». «No sé». «Déjame verlo». «Qué cara más dura», respondió.

Cada vez que tenía la oportunidad, solía pedirle que me dejase ver si las huellas de los dedos seguían allí, cosa que le hacía sonrojarse y apartar la mirada, pero el asunto no pasó de eso.

Cuando me presenté en la casa, no tenía intenciones con respecto a la chica, al menos que yo recuerde. Me abrió la puerta y escuchó lo que tenía que decirle y mis preguntas. Sí, todo iba bien. ¿Venía su hermana a dormir? Sí. ¿Estaba allí ahora? No, no llegaría hasta el anochecer. Entré en la casa, porque se me ocurrió echar

una cana al aire con ella. «Estoy cansado, voy a descansar un poco», y entré en el salón, me senté en un sofá, empecé a preguntarle bastantes tonterías y, mientras lo hacía, pensé en el pellizco que le había dado en el trasero y sentí un hormigueo en la picha. Pensé entonces que estaba sola en la casa. ¡Oh, si me dejase jodérmela! ¿Se la habrían cepillado ya?… Es bonita y maciza. La curiosidad aumentó mi lujuria y empecé, sin pensarlo dos veces, a preparar el acercamiento para el ataque, sin pretender otra cosa que un leve divertimento amatorio.

«¿Sigue morado, Jenny?». Al principio, no comprendió a qué me refería, pues me preguntó con inocencia: «¿El qué, señor?». «Tu trasero, donde te pellizqué». Se rió, se controló, se sonrojó y dijo: «¡Oh!, no empiece con esas tonterías, señor». Seguí bromeando: «¡Cuánto me hubiera gustado pellizcártelo por debajo de la ropa… pero no, me gustaría más besarlo que pellizcarlo!». «¡Oh!, si sigue usted así, me iré a la cocina». Me puse delante de la puerta, cortándole la salida. «Vamos, dame un beso». La atrapé y le di un beso, después otros muchos, y ella correspondió. «No quiero… señor, qué hace… cómo es usted», etc. «Bueno, Jane, un beso más, y después me besas sólo si te apetece, ¿sabes?». Pareció creerme, pues conseguí que se sentase en el sofá, y cotilleamos y nos besamos alternativamente, hasta que la picha se me puso rebelde. «Qué trasero más gordo tienes», le dije. Intentó entonces levantarse, tiré de ella, seguimos cotilleando y besándonos de vez en cuando. Pareció interesarse bastante por mi conversación. Yo la enlacé por la cintura con un brazo, poniéndole el otro sobre el muslo, como es natural, por fuera de la ropa.

Pasamos un rato así; yo, sin embargo, había cambiado de estado, me estaba poniendo cachondo y atrevido. «Dios, cómo me gustaría meterme en la cama contigo, palparte ese trasero gordo, tocarte el coño», deletreándolo, «daría cinco libras por joderlo», le dije de un tirón y, agachándome, le metí la mano por debajo de la ropa y le toqué el muslo. Dio un alarido. «¡Oh!, oiga… ¡Qué vergüenza! ¡Oh!, es usted una bestia». La empujé sobre el sofá, haciéndole perder el equilibrio, le puse los labios en los muslos y se los besé. Entonces, se me escapó y, con la respiración agitada, se puso de pie y me miró. «¡Oh!, nunca lo hubiera creído», me dijo, jadeando por el esfuerzo. He oído a muchas mujeres decir que no podían creérselo

cuando les eché mano por primera vez a sus partes privadas. Supongo que lo dicen sinceramente.

Le pedí perdón, le dije: «No he podido evitarlo, eres tan bonita y tan simpática… Daría diez libras por meterme una hora en la cama contigo». «Qué cosas dice». «Piensa lo terrible que es no tener a la mujer que quieres». «Qué cosas dice, señor, usted es un hombre casado. Tiene una compañera, y no debería comportarse así… Si la señora le conociese no le hubiera pedido que viniese… Ella cree que es usted todo un caballero, ¿qué diría si se lo contase?». «Pero no se lo contarás, querida». «Ella cree que usted es un perfecto caballero, muy desafortunado», siguió diciendo la chica, «y además le compadece».

«¡Oh!, no lo sabes todo pero algo habrás oído, ¿verdad, Jenny?». Intenté otra vez que se sentase en el sofá, y se sentó cuando le prometí que no volvería a descontrolarme. Nos besamos y nos reconciliamos, nos pusimos a hablar, y no tardé en recaer en la indecencia. Ya sabía que la pareja de ancianos conocía bien la vida de continuas disputas que llevaba con la mujer madura que convivía conmigo. «Llevo una vida horrible», dije. «¡Oh!, lo sé todo», dijo la chica, «el señor y la señora hablan a menudo de usted… pero usted es muy alegre, ¿verdad?». Me puse entonces a contarle muchas cosas. «Piensa, querida, lo que supone no poder ni siquiera dormir con una mujer durante dos meses… Llevamos dos meses sin dormir juntos… Nunca la he visto desnuda… Nunca le he tocado la carne… Ya sabes para qué se casa la gente… Quiero a una mujer… sabes lo que digo, ¿verdad?… Todas las noches, ¿qué puedo hacer?… Me encanta tumbarme con el vientre pegado al vientre desnudo de una hermosa mujer, y que me proporcione placer… No puedo evitar dedicarme a otras mujeres de vez en cuando… Tú no sabes lo horroroso que es tener la polla tiesa y que no haya una mujer para consolarla». Al oír la palabra polla se levantó, me empujó y se dirigió a la puerta. Volví a detenerla. Hasta entonces había permanecido mirándome fijamente, con la boca bien abierta, sin decir una palabra, mientras yo continuaba con el relato indecente de mis problemas domésticos, como si mis palabras vulgares la dejasen estupefacta, hasta que al fin se levantó y se dirigió hacia la puerta sin decir una palabra.

No me quedé atrás, le di alcance, apoyé la espalda en la puerta y

no la dejé irse, aunque no pude conseguir que me mirase a la cara, porque la había perturbado mucho. Allí nos quedamos, yo suplicándole que se sentase y prometiendo no volver a hablar de esa manera, ella diciendo: «Bueno, déjeme marcharme… déjeme irme». «No… siéntate». «No». Sin embargo, un cuarto de hora más tarde se había sentado, y me puse otra vez a hablarle de mis problemas, evitando toda alusión directa a los deseos de otras mujeres, pero sugiriéndolos. Se interesó y me preguntó muchas cosas. «Señor, ¿por qué no se separan?… Yo estoy segura de que lo haría si riñera así con mi marido… Siempre se lo digo a mi novio». «¡Oh!, tienes un novio». Sí, sí que lo tenía —empleado en una tienda de ultramarinos—, vivía en Brighton, venía en tercera a verla cada quince días, salía temprano y volvía tarde. Se sintió adulada por mis investigaciones, me dio todo tipo de detalles sobre el muchacho y sobre ella misma, incluida su intención de casarse dentro de un año. Yo la escuché sentado, apoyándole una mano en el muslo, por fuera de la ropa, y pensando cómo podría arreglármelas para metérsela.

«Sale con otras mujeres», le dije para provocar sus celos. «No lo hace, estoy segura… Si lo hiciera y me enterase le sacaría los ojos y rompería con él, aunque me dice que Brighton está lleno de esas desvergonzadas». La idea misma la había excitado. «Cuando viene a verte os divertís… Te ha puesto las manos donde tengo las mías esta noche». «No, no lo ha hecho… Si se atreviese, le… bueno, no me gusta esta conversación… Me dijo que no hablaría así… Déjeme en paz… No cumple lo que dice». Otro forcejeo, un beso y una promesa. «¿Qué os impide pasarlo bien?… ¿Quién va a enterarse?… Es tan delicioso sentiros desnudos, el uno en los brazos del otro, con los vientres juntos». «Ahora váyase», y trató de levantarse. Le metí la mano por debajo de la ropa, la empujé sobre el sofá y, sujetándola con una mano, me eché de lado sobre ella y la besé, mientras me sacaba la polla con la otra mano.

Entonces dio un grito tan fuerte que me alarmó, porque la ventana de atrás estaba abierta. «Shh… Cállate… ¡Vaya… te he tocado el coño!». Le cogí una mano y me la puse en la polla. «¡Oh!, qué vergüenza, Jane, me has tocado la polla». Volvió a levantarse y se dirigió hacia la puerta; yo también lo hice y me quedé allí, apoyando la espalda en la puerta, con la verga en ristre. «Ven a abrir la puerta, querida, y te tropezarás con esto». Desvió los ojos,

no quiso mirar. «¿Por qué no vienes?… Si tropiezas con ella, no te hará daño… Es suave, aunque esté tiesa». «Pienso escribírselo todo a la señora esta noche», me dijo, dándose la vuelta. «Hazlo, monada… cuéntale lo tiesa que estaba, y la buena señora querrá verla cuando vuelva». «Qué asquerosidad». «No, querida, es algo digno de orgullo… vaya, estás mirando, ya veo».

Se apartó aún más. «Muy bien, querida… Ahora veo donde te pellizqué el trasero… No fue muy lejos de tu pequeño chocho… ¡Oh!, si pudiera hablar, nos pediría que le presentásemos a ésta… Está caliente, ¿verdad, Jenny?». Le dije esto y muchas otras cosas. Se había acercado a la ventana de atrás y miraba hacia el jardín mientras yo seguía insistiendo. «Te estás riendo, Jenny». «Mentira», me dijo, «me está insultando», y se volvió con una cara muy seria. Me sacudí la herramienta. «Qué mal genio tienes… Ven a palparla, y en seguida te pondrás de buen humor». Se volvió otra vez hacia la ventana.

«*Pienso* escribirle a la señora… *pienso* hacerlo». «Hazlo, querida». «Mi hermana está a punto de llegar». «Me has dicho que viene al anochecer… faltan todavía tres horas». «¿Por qué no se va?… ¿Qué pensaría la gente si supieran que está aquí?». «No te preocupes… No sabrán más de lo que ya saben de las cosas que haces con tu novio». «No hay nada que saber que no sea decente».

Así seguimos, ella mirando por la ventana y volviéndose de vez en cuando, yo de pie al lado de la puerta, con la polla fuera, hasta que me acerqué silenciosamente. «Tócamela, Jenny… ten piedad de ella». «¡Oh!, por el amor de Dios, señor, ¿qué está haciendo?». Se dio la vuelta y me empujó, se alejó, mirando hacia la ventana, mientras daba un paso atrás. «¡Oh!, la señorita y la señora Brown están paseando por el jardín de al lado». Allí había, efectivamente, dos señoras; por encima del pequeño muro que separaba los jardines podían haber visto todo lo que ocurrió junto a la ventana y, de haber estado mirando, nos hubiesen visto a Jane, a mí y a mi polla. «¡Oh!, si nos han visto, se lo dirá a mi señora, y ella se lo dirá a mi novio, y me habré arruinado… ¡Oh!… ¡Oh!… ¡Oh!», me dijo, derrumbándose sobre una butaca y derramando un torrente de lágrimas… provocado a medias por el temor y el sobresalto, y quizá también por la cachondez.

Yo me asusté. «¡Oh!», sollozó, «si le han visto… ¡Oh!… ¡Oh!… y

no es culpa mía… Es usted un hombre malo. ¡Oh, oh!». Se quedó sentada, con las manos en la cara y los codos en las rodillas. Me dejé caer de rodillas, suplicándole que se callara, porque estaba seguro de que nadie me había visto, e intenté besarla. La posición era sugerente, le metí las manos por debajo de las ropas, entre los muslos, *y no pareció* darse cuenta; es evidente que estaba angustiada y que no se apercibió de la invasión. Al sentir que mis dedos tocaban el borde de la muesca cálida y suave, la intensidad de mi goce me hizo olvidarlo todo. ¡No era rechazado! Levanté los ojos y vi que se derrumbaba en la butaca, al parecer inconsciente, y blanca como una muerta.

Retiré la mano, y en mi cabeza se entabló un combate mental; mi primer impulso fue buscar agua fría, el siguiente mirarle el coño. Me acerqué a la puerta, me volví para mirarla. Se le veían las pantorrillas, volví a ella y le levanté la ropa, hasta verle el pelo del coño, le di un beso en los muslos y después bajé a toda prisa las escaleras, traje agua, y, cuando entré de nuevo en el cuarto, la encontré recuperándose. No sabía nada, o casi nada, de lo que había ocurrido, ni que le había tocado el clítoris con los dedos, aunque no había llegado a desmayarse del todo.

«Me gustaría beber un poco de *brandy*», me dijo, «me siento tan débil». «¿No hay en el aparador?». «No». «Voy a buscar un poco». Había una taberna a unos cientos de yardas de la casa, en una calle lateral. Cuando me iba le pregunté: «¿Me dejarás entrar?». «Si me promete no tocarme». Estaba tan pálida que me fui a buscar *brandy*, no sin antes meterme en el bolsillo la llave de la puerta de la calle. «Si no me deja entrar», pensé, «se quedará sin la llave y ¿qué le va a contar a su hermana?». La llave era del tamaño de una pala, pero no llegó a darse cuenta de que me la había llevado. Pensó que se había librado de mí con ese truco, y más adelante me lo dijo.

Volví con el *brandy* y llamé a la puerta. «Déjame pasar». «No quiero». «Entonces te quedas sin la llave de la puerta principal». Nos hablábamos a través de la puerta cerrada. Una pausa, y la puerta se abrió. Bajamos a la cocina, tomó *brandy* con agua, y yo también. Era un día caluroso, el agua estaba deliciosamente fresca, le preparé una bebida tan fuerte como quiso aceptar… lo hice por instinto. Recuperó los colores y se puso locuaz, hablamos de su desmayo, pero trató de evitar la conversación, y no quiso que yo me refiriera

a lo que lo había causado. Yo no le hice caso, porque me deleitaba pensar que se debía a lo que pudiera llamarse «exposición de mi persona».

«No creo que las señoras me hayan visto, o sea que no tienes de qué asustarte, Jenny… pero tú sí que lo has visto ¿verdad?». Silencio. «Te vi mirándola». «Es mentira». «¿Por qué te desmayaste?». «Siempre me mareo cuando me sobresalto». «¿Qué te sobresaltó?». «Nada». «Me la has visto y le pusiste la mano encima para taparla, y me la has tocado». «Mentira… ¿Por qué no se va?». «Vaya desagradecida, encima de que te traigo *brandy*». «Me puse enferma por su culpa». «¿Por qué?». Silencio. «No seas tonta… te dio miedo que las señoras me vieran la polla tan cerca de ti… Mírala ahora…» y la saqué, aunque no estaba tiesa. «Cuando me la viste estaba el doble de grande… tócamela y verás cómo crece».

La chica se levantó, diciendo que se iba y que pensaba quedarse en el patio hasta que llegase su hermana, pero le impedí que saliese de la cocina. Empezó otra vez a llorar, y bebió algo más de *brandy* con agua. Mi conversación volvió a su camino inicial.

«¿Sabes cuánto tiempo has estado sin sentido?». «No me he quedado sin sentido, sólo un minuto o así». «¿Sabes lo que he hecho?». Estaba sentada, se levantó, me miró fijamente a la cara, con los ojos desmesuradamente abiertos. «¿Qué ha hecho? ¿Qué?, ¿qué?… ¿qué?». Hablaba deprisa, con ansiedad, agitada. «Te levanté la ropa, te besé el coño y te lo palpé».

«Es mentira… es mentira». «Es verdad… y tienes el pelo corto, y más oscuro que el de la cabeza… y tienes los muslos muy blancos… y las ligas de tela azul y te he palpado la adorable rajita… ¡Cuánto me hubiera gustado ponerle el vientre encima!… ¡Qué bien huele!…» (llevándome los dedos a la nariz).

«¡Oh!… ¡oh!… ¡oh!», me dijo, rompiendo a llorar, «qué vergüenza, aprovecharse de una pobre chica que no puede defenderse… ¡Oh! ¡Oh!… Es usted un hombre muy malo… La señora no debía haberle mandado a preguntar por mí, como si no confiara en mí… no sabe la clase de hombre que es usted… y encima, un caballero… ¡Oh!… y además casado. Es una vergüenza. ¡Oh! ¡Oh! De todas formas, no le creo… ¡Oh!… ¡Oh!… ¡Oh!». Cuando volví a describirle el color y la forma de sus ligas, estuvo a punto de soltar un alarido. «Malvado, hacer una cosa así cuando

estaba enferma».

La besé, me dejó, pero siguió llorando ruidosamente. «Me parece que se lo voy a decir a mi novio». «Eso sería una tontería, porque tú y yo vamos a damos más gusto del que nos hemos dado… y no se enterará, si no se lo dices, pero, si se entera, creerá que es culpa tuya».

El asunto duraba ya varias horas, estaba oscureciendo, pero a mí me daba la impresión de haber estado allí unos pocos minutos, porque los actos y las palabras lascivas son deliciosamente excitantes. El encanto de hablar indecentemente a una mujer por primera vez es tan grande que las horas vuelan como si fueran minutos.

La senté en mis rodillas y la besé. Estaba tan débil que le metí las manos por debajo de las ropas casi hasta las rodillas antes de que pudiera rechazarlas. Temí entonces que volviera su hermana; me prometió esconder el *brandy* y nos separamos. Me besó y, para lograr que me fuese, me dejó palparle las piernas hasta la rodilla. «¡Oh!, por el amor de Dios, señor, váyase antes de que venga mi hermana». Mis últimas palabras fueron «no te olvides de que me has tocado la picha, y de que yo te he palpado el coño». «Váyase, por favor». Y me marché, dejándola llorosa, excitada y en un estado de gran fatiga que me pareció injustificable.

Lo probable es que, de haber persistido un poco más, la hubiese obtenido, porque había caído en una especie de letargo; sentí, sin embargo, que había progresado y me fui a casa regocijándome y haciendo planes para el futuro. Después de comer un poco y de pensar sobre el asunto, llegué a la conclusión de que fue una tontería dejarla y de que, si hubiera insistido con más énfasis en el último momento, me la hubiera jodido con seguridad antes de irme. Cuando pensé en la oportunidad que había perdido, y que quizá no volvería a presentarse, me enfadé conmigo mismo.

Jenny no había llegado a desmayarse del todo, debió conservar, al menos en parte, la conciencia, aunque no podía hablar, ni resistir ni, en verdad, moverse. Llegué a esta conclusión al conocer más adelante su naturaleza.

Cuando están más salidas las mujeres. — Ligas, dinero y promesas. — Acerca de mi sirvienta. — La pañoleta. — Palpando axilas. — Cálidas insinuaciones. — Sugerencias lascivas. — Palabras indecentes. — Cosquillas. — «Fanny Hill». — Probando ligas. — Dedos rojos. — Combate y huida. — Expulsado. — Me voy. — Predicciones indecentes y verificación.

Recuerdo confusamente que, al día siguiente, pensé que era un burro por haber perdido una buena oportunidad de espermatizar un coño fresco. No obstante, por una u otra razón, debieron pasar hasta tres días antes de que volviese a probar suerte.

En aquel período de mi vida, ya empezaba a considerar mis intenciones y calcular mis actitudes con las mujeres, aunque en materias amatorias seguía guiándome en gran medida por el impulso y la oportunidad. Mi filosofía derivaba de la experiencia, y también, hasta cierto punto, de los consejos de mi amigo el Mayor, a quien algunos años antes le había confesado que una vez encargué a una mujer francesa que me consiguiera a una virgen. Estaba más viejo, más pobre y más disoluto que nunca. Una noche le oí comentar a un miembro de nuestro Club: «En mi vida he oído contar historias a un bribón más indecente». Si se le invitaba a una comida íntima y se le daba cantidad ilimitada de vino, pasadas una o dos horas, empezaba a dar consejos confidenciales sobre asuntos amatorios, relatando maravillosamente sus propias aventuras y dando razones de su actitud, de sus éxitos con las mujeres y de sus fracasos con ellas en la forma más divertida e instructiva que un joven dispuesto a escucharle pudiera imaginar.

«Si quieres conseguir a una chica», decía, «no insistas hasta que tenga la tripa llena de carne y de vino; dale tiempo al material. Si vale la pena follársela, seguro que no tardará mucho en ponerse cachonda. Si no ha cumplido los veinticinco, en cuanto tenga la tripa llena, se pondrá cachonda… Entonces, habrá llegado el

momento de atacar. Si ha cumplido los treinta, dale media hora. Si tiene treinta y cinco, permítele una hora de digestión, porque hasta pasado ese tiempo no sentirá el calor de la comida en el coño. Entonces querrá mear e, inmediatamente después, estará lista, sin siquiera saberlo. Pero no insistas con la joven… Dile algunas porquerías mientras se alimenta lo justo para que se ría y piense en cosas indecentes; en cuanto se levante de la mesa, ataca. Pero no está de más», decía el viejo Mayor, «dejarla sola en una habitación unos minutos después de la cena, quizá se eche entonces uno o dos pedos, quizá mee… Se encontrará mejor sin viento y sin agua. Ya sabes que el coño de la mujer no aprovecha la meada como la polla del hombre, no están hechas como nosotros, muchacho… Pero enséñales la polla a todas en cuanto puedas, eso las convence. Cuando la han visto, no pueden olvidarla, se les queda en la cabeza. ¿Y crees tú que no se pondrán a mirar un libro indecente hasta que te las hayas jodido?… ¡Oh!, ¡que te crees tú eso!… Lo leerían hasta en la iglesia, si las dejases a solas con él…». Así nos instruía el Mayor.

Unos tres días más tarde, llamé a la puerta de Jenny, provisto de un par de ligas, de dos pequeñas y vistosas pañoletas y de *Fanny Hill*. «¡Oh!, ¡usted!», dijo, poniéndose colorada. «Sí… ¿Ya todo bien?». «¡Sí!, todo va bien, señor, ¿qué puede pasar?». Se quedó al lado de la puerta principal, que mantuvo abierta a pesar de que yo había entrado hasta el vestíbulo. Me di la vuelta, cerré la puerta y la agarré.

«Por favor, señor, nada de eso, ya me insultó bastante la última vez». «No pude evitarlo, eres tan guapa, es culpa tuya… Perdóname, no volveré a hacerlo… Toma un soberano, cógelo, bésame y hagamos las paces». «No quiero su dinero», me dijo enfurruñada. «Cógelo, te lo doy con verdadero placer… lo que obtuve el otro día valía el doble».

«No pretenda pagarme con dinero su mala educación». «Dios mío, querida, no se trata de pagar aquello, lo obtuve sin necesidad de pagar dinero… Me gustaría tener lo que te dije ayer… Te daría diez veces más dinero». «Ya empieza otra vez». «No seas tonta… Cómprate un par de medias de seda». «No quiero medias de seda». «Pues le sentarían muy bien a tus piernotas», y la obligué a meterse el dinero en el bolsillo.

Conseguí entonces llevarla al salón y que se sentase, me permitió besarla y después hablarle de mí y de «mi señora», como ella la llamaba, tema que pareció excitarla, porque se puso a hacerme pregunta tras pregunta, y escuchó con atención, casi sin respirar, todo lo que le conté de mis costumbres cotidianas, de mis disputas y mis hazañas. Llegados a una determinada pregunta, no quise contestarla. «No pienso contarte eso». «¡Oh!, cuénteme… cuénteme». «No, eres demasiado curiosa». «Sí… por favor». Se trataba de una bonita criada que pasó por mi casa. «Si te lo cuento, te ofenderás». «No, no me ofenderé». «Bueno, entonces dame un beso».

Me besó. Se había levantado y volvió a sentarse a mi lado en el sofá. Yo seguí con mi relato, parándome de vez en cuando hasta que me besaba, a razón de un beso por minuto. Yo le rodeaba el talle con el brazo mientras hablaba.

Le dije: «Era una criada a quien mi mujer echó de un día para otro… una bonita chica… Yo solía besarla y le daba algún azote donde tú sabes. Una noche me abrió la puerta, observé que mi mujer estaba en el dormitorio y le dije: “¿Está arriba la señora?”. “Sí, señor”. “¿Y la cocinera?”. “Sí”. Entonces, me abalancé sobre ella. “No, señor, va a oímos la señora”. La enlacé más estrechamente, la empujé contra la pared, le puse la mano en el coño, se lo palpé y le di medio soberano. Qué delicioso fue poner los dedos en la muesca húmeda de aquella bonita muchacha y decir “Cuánto me gustaría joderlo, Mary”». Se lo conté a Jenny con las mismas palabras, mientras escuchaba sentada. En cuanto oyó «joderlo», se levantó.

«Ya vuelve a ponerse maleducado». «Me lo has pedido». «Eso no». «Pero eso era lo que tenía que contar, me besaste para que te lo contase». «No pensaba que iba a decir porquerías». «Siéntate, y te lo contaré sin decir palabras soeces». Así lo hice, contándoselo todo otra vez, con nuevos detalles, pero diciendo: «Le puse la mano donde tú sabes» y «entonces me dejó hacer lo que tú sabes», «no se atrevía a dejarme, ya te imaginas lo que yo quería», en vez de «coño», «joder» y cosas así.

«Por suerte, aunque hizo la tontería de contárselo a su compañera no le dijo quién le había tocado. Aquella acusica se lo contó a mi mujer, quien me lo dijo, indicando que no podía tener

en casa una chica tan poco decente como aquélla. “Pero a lo mejor la otra sirvienta te ha contado una mentira para fastidiarla”. “Es posible, pero también a ella la voy a echar”… cosa que hizo, y ambas tuvieron que irse».

Le hablé de tal guisa a Jenny hasta que supuse que tenía el chocho lo bastante caliente; entonces, le dije: «Toma esta bonita pañoleta… póntela». «¡Oh!, ¡qué bonita!». «Si no te la pones no te la doy». Se acercó al espejo, se desabrochó el cuello del vestido, que se abotonaba por delante. Le vi el seno, blanco y gordo, se puso la pañoleta por el cuello y trató de metérsela por la espalda. «Déjame que te ayude… es difícil». Me dejó. «Tienes que desabrocharte un poco más… está demasiado estrecho». Se desabrochó un botón más, le metí la pañoleta y, sin modificar mi posición, le pasé la mano por el hombro y se la bajé por delante, hasta situarla bajo su pecho izquierdo. «¡Oh!, qué pecho más bonito tienes… déjame besarlo».

Un chillido, un forcejeo. En el forcejeo, le arranqué uno o dos botones, lo que le dejó el pecho al aire y, poniéndole la mano en uno de los hemisferios, empecé a palpárselo y a besárselo. Después, bajé más la mano, hasta ponérsela debajo de una axila. «¡Oh, qué vergüenza!… No lo haga… no me gusta…». «Qué hermosura, bésame, bésame… ¡Oh, Jenny, cuánto pelo tienes aquí!». «¡Oh!»… Chillido… chillido… «¡Oh!, no me haga cosquillas… ¡Oh!», y chilló como chillan las mujeres que no aguantan las cosquillas. Aproveché la oportunidad. «¿Tienes cosquillas?». «Sí. ¡Oh!… (un chillido… otro chillido…). ¡Oh!, déjeme».

No sólo no la dejé, sino que procuré hacerle más cosquillas, se libró de mi mano, pero la agarré, haciéndole cosquillas bajo el brazo, pellizcándole los costados, y conseguí ponerla tan excitada que, en cuanto la tocaba, gritaba y se reía como una loca; la sola idea de que la tocase la hacía temblar. Estábamos en el sofá, ella gritando, debatiéndose, yo pellizcándola, ella tratando sin éxito de escapar; le hundí la cara entre los pechos, que ya estaban bien expuestos, y se cayó hacia atrás, sin perder contacto con mi cara, porque yo la sujetaba con fuerza. Bajé entonces una mano, palpándole la muesca por fuera de la ropa; eso la hizo dejar de chillar, se levantó y me rechazó.

La tranquilicé, le pedí perdón, le hablé del pelo que tenía en las axilas, me pregunté en voz alta si era del mismo color que el de más

abajo. Fingió entonces enfadarse, me abofeteó, y nos reconciliamos. Saqué las ligas. «¡Oh, qué bonitas!». «Son para ti, si me dejas ponértelas». «No pienso hacerlo». «Déjame ponerte una, sólo hasta la mitad de la pierna». «No». «Sólo hasta encima del tobillo». «No, tengo las medias sucias». «No importa». «No». Se excusó, me dijo que tenía que ocuparse de algo, y se marchó de la habitación. Yo pensé que iba a hacer pis.

Volvió. Después me di cuenta de que había salido para atarse bien las botas, que tenía desordenadas. Era coquetería, instinto femenino, porque quería las ligas y, aunque se negaba, estaba dispuesta a dejarme que se las pusiera. «¿Dónde te pones las ligas, encima de las rodillas?». «No pienso contárselo». «Ya lo he visto… déjame que te las ponga por debajo de las rodillas». «No». «Entonces se las daré a una mujer que me deje». «A mí qué me importa». Después de algunas intentonas fallidas, tiré las medias sobre la mesa; la conversación me estaba poniendo atrozmente lascivo.

«¿Te gusta leer?». «Sí». «¿Dibujos?». «Sí». «He traído un libro muy curioso». «¿Qué libro?». Saqué el libro, *Las aventuras de Fanny Hill*. «¿Quién era?». «Una dama alegre… cuenta cómo la sedujeron, cómo tuvo muchos amantes, cómo fue sorprendida con hombres en la cama… ¿te gustaría leerlo?». «Puede que sí». «Vamos a leerlo juntos… pero fijate en los dibujos»… Era la cuarta o quinta vez que intentaba esta maniobra con una mujer.

Abrí el libro por el dibujo de una mujer rechoncha, lasciva y lujuriosa, que meaba en cuclillas por el suelo y se abría con los dedos un coño de gruesos labios, de pelo negro y color rojo oscuro. Al margen del dibujo, había todo tipo de dibujillos indecentes. Las primeras ediciones de *Fanny Hill* tenían esa portada.

Se quedó estupefacta, en silencio. Después rompió a reír, se detuvo y dijo: «Qué libro más asqueroso… debieran quemar esos libros». «A mí me gustan, son muy graciosos». Volví la página: «Mira, aquí está con un muchacho que le vendía berros. A que tiene la polla grande». Miró en silencio, oí que su respiración se agitaba. Pasé de dibujo a dibujo. De pronto, me arrancó el libro de la mano de un golpe que lo hizo volar hasta el otro lado de la habitación. «No quiero ver cosas así», me dijo. «¿No te gustaría mirarlo sola?». «Si lo deja aquí lo quemaré». «No, no lo quemarás, te lo llevarás a la cama». Dejé allí el libro, estaba abierto, y se veía la portada. «Fíjate

qué piernas tiene», le dije, pues veíamos el dibujo desde el sofá; me puse de nuevo a besarla y a hacerle cosquillas.

Chilló, se rió, se escapó y corrió hacia la puerta. La atrapé de nuevo, traté de hacerle cosquillas y de decirle porquerías, aunque me estaba poniendo cada vez más cachondo. «Bueno, toma las ligas… déjame que te ponga una en la pierna, sólo para ver cómo te queda… sólo hasta mitad de la pantorrilla». Después de mucho insistir y tras levantarme los pantalones para enseñarle el aspecto que tenía la liga puesta en mi propia pantorrilla, consintió en parte. «Prométame que no me va a hacer cosquillas». Prometí todo lo que quiso. Me dejé caer sobre una rodilla, ella se sentó en el sofá. «Ponme un pie encima de la pierna». Puso allí el pie y se levantó la ropa con mucho cuidado, hasta una o dos pulgadas por encima de la terminación de la bota. «Un poco más alto». Se levantó la ropa un poco más, apretándose bien las enaguas alrededor de la pierna, y le puse la liga. «Está demasiado suelta, levanta un poco más». «No pienso levantarla más… ya veo cómo me queda». «Estarán mucho más bonitas por encima de las rodillas. A tu novio le van a encantar cuando las vea». «Mi novio no va a verlas, ni usted tampoco». «Déjame que te ponga la otra». El mismo proceso, las mismas precauciones por su parte. Dedicó toda su atención al miembro donde le ponía la liga, para que no se la pusiera más arriba. El resto de la ropa le quedaba flojo por la otra pierna. Entonces, le metí la mano por debajo de la ropa y la tumbé sobre el sofá, abandonando la pierna donde le ponía la liga.

Le palpé rápidamente los muslos, el pelo, el coño. ¡Qué mojado! ¿Qué es lo que notan mis dedos?… ¿por dónde se están deslizando? Me rechazó con un alarido y se levantó cuando retiré los dedos. Tenía puesta una compresa y mis dedos estaban manchados de rojo. «¡Oh, es usted una bestia!», me dijo, rompiendo a llorar. Me lancé sobre ella, empecé a hacerle cosquillas; me rechazó con violencia, escapó, bajó corriendo las escaleras, me cerró la puerta de la cocina en las narices y se encerró. No era la primera vez que yo observaba un comportamiento así en situaciones análogas.

Me quedé fuera, pidiéndole perdón, diciendo indecencias, traté de forzar la puerta y no pude. Yo no era aficionado a la menstruación de las mujeres; tenía un olfato muy agudo y, a veces podía olerle a una mujer la menstruación incluso con las ropas bien

bajas; no sé cómo no se la olí a *ella*, teniendo en cuenta lo cerca que le había puesto la nariz de la raja y de los pechos, pero supongo que la cachondez se sobrepuso a los demás sentidos. Me puse a juguetear con la polla, que tenía en estado de gran inflación. Eso me puso mucho más cachondo, grité que quería jodérmela, que la polla me estaba explotando y que, si no me dejaba, me masturbaría. «Qué corazón más duro… si me dejas te doy diez libras… nadie se enterará», y muchas otras cosas. No sirvió, sin embargo, de nada, y terminé por subir las escaleras, decidido a esperar y pensando que quizás ella también subiría.

Me quedé sentado en el sofá, pensando en lo que había hecho. Vi una de las ligas, la cogí, me la enrollé en la verga, me froté con ella la punta, pensando que podría ser un hechizo. Cogí *Fanny Hill*, me excité más al leerlo y al mirar sus salaces dibujos, todo ello sin dejar de tocarme la polla. Entonces, el placer se descontroló y, dejando el libro en el suelo, justo debajo, para poder observar con toda comodidad un dibujo indecente, me eché de lado en el sofá y me masturbé hasta disparar un chaparrón de leche.

Después, bajé las escaleras. La puerta seguía cerrada, mis sentidos se habían calmado, pero empecé a decir indecencias y le ofrecí dinero, sin obtener respuesta. Ya cansado, le grité: «Me voy… me voy… dentro de uno o dos días me dejarás entrar, y te daré las diez libras para la tienda… Espero que seas un poco más amable cuando vuelva». «Ya me cuidaré de no dejarle entrar», me dijo. Ésas fueron las únicas palabras que pude sacarle. Subí las escaleras, cogí una hoja de papel y escribí: «Me he enrollado la liga en la polla, es un hechizo. En cuanto te la pongas me enteraré, porque la polla se me pondrá tiesa. Estoy seguro de que te la pondrás. En cuanto se me ponga tiesa, tu coño deseará tenerla dentro, aunque esté a millas de distancia. Te pondrás la liga, no puedes evitarlo… estoy seguro de que voy a joder contigo, ni tú ni yo podríamos evitarlo, aunque quisiéramos. ¿Por qué privamos del placer? Nadie lo sabrá, y serás diez libras más rica». Escribí lo mencionado, o algo parecido, y, encantado con mi ingenio, me froté la liga por la punta de la polla hasta dejarla impregnada de olor; después, la puse en la mesa, encima del papel escrito, y me fui, llevándome *Fanny Hill*.

Puedo asegurar que, unas dos horas después, sentí una violenta y cachonda palpitación en la polla y, más tarde, me enteré de que se

había puesto la liga en aquel preciso momento.

Y ahora, para una comprensión completa de lo que sigue, hay que decir que la casa tenía una disposición muy parecida a la que yo habitaba cuando poseí a mi hermosa sirvienta Mary. Cocinas en el sótano, dos salones con puertas plegables, casi siempre abiertas, y habitaciones a un lado y otro de los salones. Mi amigo ausente hacía lo que entonces era habitual entre la gente de su clase, cerrar la mayor parte de las habitaciones mientras estaba ausente, dejando abierto tan sólo lo necesario para que la sirvienta, o encargada pudiera vivir allí.

Envío de «Fanny Hill» a Jenny. — Mi siguiente visita. — Truenos, relámpagos, jerez y lujuria. — Persecución alrededor de una mesa. — El dinero actúa. — Cosquillas y micción. — Búsqueda de «Fanny Hill». — Persecución por la escalera, — En el dormitorio. — Truenos, miedo y lascivia. — Amenazas y halagos. — Encima y abajo. — Una que se corre rápido. — Virginidad dudosa. — Temores, lágrimas y a joder.

Esperé unos pocos días para asegurarme de que se le había pasado la menstruación. No le había dejado *Fanny Hill*, aunque no sé por qué, pues yo ya sabía cuánto les excitan a las mujeres los libros indecentes. La noche que precedió a mi ataque envolví el libro, le puse su dirección, le di seis peniques a un muchacho para que se lo llevase, me escondí detrás de unas lilas que había en el jardín de enfrente, cerca del camino, y vi que el muchacho se lo daba y se iba rápidamente, tal como le había indicado. Estaba oscureciendo, y no se veía bien el pasillo de la casa; Jenny entró en la casa para ver mejor, y abrió el sobre. Vi también cómo abrió el libro, lo cerró, miró rápidamente a su alrededor, entró y cerró la puerta. Supongo que, aquella noche, el coño se le puso bastante caliente. Vi cómo su hermana, que dormía con ella todas las noches, cruzaba poco después el jardín de la fachada y que Jenny le abría la puerta. Para entonces, yo me había desplazado a distancia segura, al otro lado del camino.

Yo le había oído comentar a la señora de la casa que a Jenny le gustaba adornarse. Como la vistosa pañoleta y las ligas le habían gustado tanto, compré un bonito brochecillo y, llenándome la bolsa de soberanos, me dispuse a poseerla como fuera, pues mi deseo lascivo era cada vez más violento. Al día siguiente, comí bien, me acerqué a la casa poco después de la hora de su almuerzo, llevando conmigo una botella de jerez. Recuerdo bien aquella mañana. Era un día bochornoso y extremadamente húmedo; había tronado, las nubes eran tremendas y amenazadoras, el aire estaba cargado de

electricidad. Un día así pone cachonda a toda la creación, y puede verse a los monos del jardín zoológico masturbándose o jodiendo. Yo estaba decidido, lleno de lujurioso calor; esperaba que el tiempo ejerciera sobre ella la misma influencia que sobre mí y consideré que, llegando, como hice, después de la comida, todas las circunstancias eran propicias. ¿Cómo entrar?… Si llamo, a lo mejor no me abrirá, y lo mismo si me ve pasar por el jardín. Pero tenía que intentarlo, por lo que crucé el jardín hasta la puerta y llamé una sola vez, fuerte y alto, como lo haría un tendero.

La casa tenía un porche, y, encima de la puerta de la calle, había un tejadillo, Me aplasté contra la puerta, para no entrar en su campo visual, por si miraba, y oí que se abría una de las ventanas de arriba. Se asomó, pero donde yo estaba no podía verme. Tardó un rato, volví a llamar y, en cuanto la puerta empezó a abrirse, la empujé y entré. Me extrañó encontrar cerradas las persianas de la planta baja.

«¡Oh!, señor… usted», dijo Jenny, asombrada, «¿qué quiere?». Empujé la puerta y agarré a Jenny. «He venido a charlar y por un beso». Se debatió, pero me aferré a ella y la besé como un hombre cachondo besa a una mujer; es algo magnético. «¡Oh!, ¡otra vez!», gritó, al oír un gran trueno. «¡Oh, suélteme!… ¡Oh!, me asustan tanto…». «¿Dónde vas?». «¡Oh!, al salón… he cerrado las persianas». La chica estaba muy asustada y no sabía lo que estaba diciendo. La puerta del salón estaba abierta, el cuarto casi a oscuras, lo cual me venía bien. Entró un poco y se dio la vuelta para salir, pero la llevé hasta el sofá. En la oscuridad del cuarto, relumbró un relámpago, la chica se asustó y se tapó la cara con las manos. La enlacé por la cintura. Cerró los ojos y apoyó en mí la cabeza. Estaba tan paralizada que lo hizo mecánicamente. Empecé a bajarle la mano derecha por los muslos y las caderas, por fuera de la ropa. Mi polla empezó a ponerse tiesa. La saqué y, cogiéndole a Jenny la mano que tenía más cerca, me la puse en la polla justo cuando sonaba un trueno. Dejó allí la mano, inconscientemente, un cierto tiempo, después se sobresaltó, la quitó y se levantó de un salto. «¡Oh, qué maldad!», dijo, «justo cuando Dios Todopoderoso está tan airado»… y no había llegado a la puerta cuando un relámpago terrible la hizo volver otra vez. Le di caza y, dejándome caer en una silla, me la senté sobre una de mis piernas;

aterrorizada, volvió a apoyar la cara en mi hombro.

La adulé, la tranquilicé y la excité; su temor la hizo escucharme, su rostro se contraía, y profirió algunas exclamaciones. Le dije que sentía haberle tocado el coño el otro día. «¡Oh!, no empecemos». «Cógeme otra vez la polla… hazlo, querida». «Suélteme… no tiene nada que hacer aquí…». Otro relámpago, le metí la mano por debajo de las ropas, le toqué el chocho con la punta de los dedos. Se debatió y se zafó, tropezó en una silla, que se cayó y se rompió. «¡Oh, qué dirá la señora!», dijo. Después chilló y se puso del otro lado de la mesa.

Pasamos un rato así, hasta que entró un rayo de sol por las persianas. Entonces, abrió una persiana y me dijo que, si no me iba, abriría la ventana y gritaría. La luz cayó sobre mi verga, tiesa, con la punta roja, preparada. «Fíjate lo que has hecho al tocarla, Jenny», le dije, agitando mi instrumento hacia ella.

Su firmeza, no obstante, me desanimó, y le prometí no volver a hacerlo. «Llevaba una botella de jerez para abrirla en casa… Vamos a probarla… Después de estos truenos, nos sentará bien… Estás blanca, como si necesitases una copa». Unos días antes, me había confesado que le gustaba el jerez. «Voy a buscarle un vaso», me dijo. «No, no lo hagas…, seguro que cierras la puerta», le dije… Yo sabía bien lo que tenía en la cabeza. «No, no pensaba hacerlo». «Bueno, entonces, vamos juntos».

Fuimos juntos, volvimos al salón y, cuando le prometí muy solemnemente comportarme bien, se sentó y empezamos a beber jerez… Un vaso… dos, después se tomó un tercero. «No, no me atrevo, se me subirá a la cabeza… no quiero más». «Tonterías… te sentará bien después del susto». «Bueno, medio vaso». «Está rico, ¿verdad, Jenny?». «Sí que lo está». «¿No te convida tu novio?». «En Navidad, pero sólo un vaso». El jerez empezaba a actuar. «Sólo otro medio vaso», y se lo llené casi entero. Poco después, tras llenar el mío, me levanté y volví a llenarle el vaso, que estaba de nuevo vacío, sin que me viera. «Termínate el vaso, querida». «No, no puedo… me da demasiado calor». «Sólo otro medio vaso». «No quiero». A pesar de todo, se puso a charlar y volvió a hablarme de su novio, de la intención que tenían de abrir una tienda de ultramarinos cuando hubieran conseguido doscientas libras; él había ahorrado algo de dinero y, cuando tuviera un poco más,

contribuiría con cincuenta libras. También ella había metido dinero en la caja de ahorros. Me acerqué y le pedí un beso. «Bueno, le besaré, si me promete no volver a ponerse maleducado». Un beso, una promesa. Era una de las chicas más simples y más abiertas que he conocido en mi vida, y casi llegué a sentir una punzada de remordimiento por mis intenciones mientras me hablaba con toda inocencia de su futuro, pero mi polla cachonda me hizo olvidarlo rápidamente.

«Qué tontería, querida, tu novio no tiene por qué enterarse de que te he tocado los muslos, ni de que me has tocado la cosa, ni de ninguna otra cosa que hagamos… Desde que te toqué no he pensado más que en eso… Bésame… Déjame hacerlo otra vez… Sólo tocártelos… sólo donde ya he puesto la mano antes… Te juro que no voy a subirlas… justo encima de las ligas… ¿Llevas las ligas puestas?». «No». «¡Oh!, seguro que las llevas». «Bueno, sí que las llevo». «Déjame verlas». «No pienso». «Si me dejas te doy un soberano». «No quiero». Saqué el soberano, lo puse en la mesa, le levanté la ropa, a pesar de su resistencia, lo justo para verle una liga; después, cogiéndola por la cintura, subí las manos hasta tocar un clítoris bien desarrollado. Se debatió, pero mantuve la mano en su sitio, la besé con pasión y me puse a masturbarla; en el curso de la lucha se le cayó la cofia. «¡Oh!, no… puedo… soportarlo… Vamos…, señor… no… me… ¡oh!… gusta… ¡oh!». Con un violento esfuerzo se libró de mi mano, pero la abracé con fuerza.

«Qué bien te huele el coño», le dije, acercándome a la nariz los dedos que acababa de retirar de sus muslos. Siempre me ha parecido que no hay nada que le ponga más cachonda a una mujer que esa actitud, que parece abrumarlas de confusión pudorosa; siempre lo he hecho, instintivamente, con las mujeres que intentaba conseguir. «¡Oh!, ¡qué hombre! ¡Oh!, déjeme coger la cofia». Me di cuenta entonces de que tenía el pelo corto, y se lo comenté. No le gustó, su vanidad se sintió herida, el curso de sus pensamientos cambió. «Sí», me dijo, «hace dos años tuve unas fiebres… Pero ya me está creciendo». «Bueno, en el coño te ha crecido bastante. ¿Se te cayó también ahí?». «¡Oh, qué hombre!… ¡Oh, qué vergüenza!». Le puse otra vez la mano entre los muslos y conseguí masturbarla un minuto más, estrechándola entre mis brazos.

El calor era excesivo. El sudor provocado por el forcejeo y la

excitación nos cubría el rostro. Ella tenía los muslos tan mojados a la altura de la hendidura como si se hubiera meado, su trasero empezó a menearse de placer, provocado por mi mano; haciendo un violento esfuerzo, volvió a zafarse y, cuando me acercaba la mano a la nariz, la apartó con violencia. El jerez estaba trastornando su sensatez.

«Toma el soberano», le dije, al ver que me miraba, «te ayudará». «No quiero». Me percaté de dónde tenía el bolsillo y se lo metí allí. «¡Oh!, qué soberano tan afortunado, estar tan cerca de tu coño, Jenny»… y, metiéndole la mano en el bolsillo, le toqué el bajo vientre por encima de la tela. Un nuevo forcejeo, un rechazo, y se metió la mano en el bolsillo. «Te estás tocando el coño, Jenny», le dije. «¡Oh, oh!», dijo, sacando rápidamente la mano. «Quería coger el dinero… no lo quiero».

Entonces la besé hasta que el sudor pasó de mi rostro al suyo. «¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!», dijo, viendo que oscurecía, «van a empezar otra vez los truenos». «Tómate otra copa». «No, ya se me ha subido a la cabeza». Tomó, de todas formas, un trago de mi vaso. «Vamos a joder, Jenny, querida». «¿Qué?». «Joder». «No pienso». «¡Oh!, ya sabes lo que digo». «No, no lo sé, pero viniendo de usted tiene que ser algo malo». Me saqué la polla y traté de llevarla al sofá. Se me escapó y la perseguí, con la polla fuera, alrededor de la mesa. «Déjeme», me dijo, «una broma es una broma, pero esto va demasiado lejos». Se estaba poniendo cachonda y me miraba fijamente la polla, que se dejaba ver por encima de la mesa mientras la perseguía. Era tan rápida como yo, y se las arregló para mantenerse siempre al otro lado de la mesa. «Si te sientas, te juro que no vuelvo a tocarte». «No voy a fiarme… se ha pasado toda la tarde jurando». «Te lo juro por Dios», le dije, y era sincero. «Bueno, pero no así». Me metí la polla en los pantalones, y ella se sentó. ¡Cuánto tiempo me lleva contar todo esto, qué reiteración! Pero no hay muchos incidentes que recuerde con tanta claridad.

Saqué entonces de la bolsa diez soberanos, todos nuevos y brillantes, los puse en la mesa y después puse también el broche. «¿Te gusta, Jenny?». «Sí». «Si me dejas, será para ti, y esos diez soberanos también». «Es usted un mal hombre», dijo la muchacha, «y sería capaz de hacerme olvidar a mí misma y arruinarme sin que le importase un bledo»… y empezó a mover de un lado a otro la

cabeza y el cuerpo, sentada a mi lado, sin apartar los ojos del dinero. «¿Quién se va a enterar?… Tú no se lo vas a decir a tu novio… yo no se lo voy a decir a mi mujer… Déjame». «No pienso… nunca… nunca… nunca… nunca, ni por cincuenta libras», me dijo, bastante furiosa. «No se enteraría». «Sí que se enteraría». «Tonterías… casi todas las sirvientas lo hacen, y se casan»…. Le conté algunos casos de sirvientas casadas. «No… no… no», seguía repitiendo, casi gritando, mientras yo le contaba que Mary se casó con un mayordomo y que Sarah se casó con mi verdulero, a pesar de que a las dos me las había jodido innumerables veces. «No… no», sin dejar de mirar el dinero; entonces cogió bruscamente el broche y volvió a dejarlo donde estaba.

Yo me había quitado la chaqueta y el chaleco antes de ponerme a correr tras ella alrededor de la mesa. «Hace tanto calor que me parece que voy a quitarme los pantalones», le había dicho, pero tenía otros motivos. Parecía debilitarse y, de hecho, se estaba debilitando, porque el calor, las condiciones de electricidad de la atmósfera, el cosquilleo de mi dedo en la sede de su placer y la visión de mi pene rígido la habían poco a poco inflamado y calentado. Supongo que había llegado a esa débil y sumisa condición de cabeza y cuerpo típica de la mujer que, aun sabiendo que obra mal, no puede ya decidirse a resistir. Se me ocurrió entonces hacerle cosquillas, y ello dio lugar a una de las escenas más divertidas que recuerdo.

Chilló y se debatió hasta caer al suelo. Traté de montarla allí. Dio patadas, luchó, y no pude mantenerme en la silla, aunque en un momento llegué a tocarle la pelusa del coño con la polla. En su asustada excitación, olvidó toda decencia y, mientras chillaba por las cosquillas, repetía incoherentemente las palabras indecentes que yo profería. «Déjame joderte». «No me joderá». «Déjame ponértela al lado del coño». «No lo hará… Es usted un sinvergüenza… ¡Oh!, no lo haga… Déjeme en paz… Bueno, se la tocaré, si me deja levantarme… ¡Oh!… ¡Je!, ¡ji!, ¡ji!… Por el amor de Dios, basta de cosquillas… ¡Oh!… Voy a volverme loca… no lo conseguirá… ¡Oh!, no lo haga… ¡Oh!, si no me deja…». «Lo conseguiré… tengo que conseguirlo». «¡Oh!, por favor… Bueno, si deja de hacerme cosquillas… ¡Oh!, no, por favor… ¡Oh!, voy a hacerme pis. ¡Je!, ¡je!». Rodaba por el suelo, con los muslos al aire, a veces también el

trasero y a veces el vientre, mostrando su guarnición. «¡Oh!, es culpa suya», y empezó a hacerse pis mientras lo decía. Yo le había puesto la mano en el muslo, lo sentí y lo vi.

Cachondo como estaba, rompí a reír; consiguió levantarse, se arregló la pañoleta, que le había arrancado del frente del vestido, y se arregló el pelo.

«¡Oh!, fíjese… si alguien viniera, qué pinta tengo», dijo, mirándose en el espejo, y se quedó allí, respirando pesadamente, con los ojos hinchados, la boca abierta, jadeando como si acabara de correr una milla, pero sin intentar nada, sin decir nada más, en espera de mi próximo ataque. Aunque sólo pensaba en la forma de evitar que me la jodiese contra su voluntad, debía encontrarse, inconscientemente, en un estado de cachonda y placentera excitación.

«Te has hecho pis». «No es verdad». «Lo he notado en la mano». No respondió, pasó a mi lado y se limpió la cara. Cuando volví a hablar, se limitó a mover la cabeza. «No seas tonta, Jenny… vamos a hacerlo… Lo deseas tanto como yo». Le solté entonces rápidamente todo mi vocabulario indecente, «polla», «coño», «joder», «leche», «placer», «vientre a vientre», «mis pelotas sobre tu culo», «deja que mi polla te ensanche el coño»… todo cuanto pudiera excitar a una mujer. A todo ello se limitaba a contestar: «¡Oh!… ¡oh!» y movía la cabeza, sin quitarme los ojos de encima, frotándose todo el tiempo su cara sudorosa y observando mi rígido y palpitante abridor de coños.

Viendo que se disponía a chillar, e incluso a pegarme, desistí por el momento. «¿Dónde está el libro que te mandé anoche?». Me había olvidado de él. Abrió la boca. «No he recibido ningún libro». «Vi cómo te lo daba el chico y vi cómo lo abrías». «No me lo dio». «Te lo dio». «Lo quemé… una cosa asquerosa… no quería que lo viera mi hermana». Me pareció probable, y estuve a punto de enfurecerme, porque sabía que no era fácil conseguir el libro. Entonces, vino en mi ayuda una inspiración… Un hombre siempre se las arregla para ponerse en el buen camino si se trata de poseer a una mujer y se le presenta la oportunidad. La naturaleza lo exige. La mujer fue hecha para ser jodida, y cuanto antes mejor para ella.

«No lo has quemado… Apuesto lo que quieras a que lo tienes en el dormitorio… en tu caja». «No lo tengo». «Juraría que está allí…

te has pasado la noche leyéndolo… Voy a subir a verlo». Cuando me acerqué a la puerta, se sobresaltó como si hubiera recibido una corriente eléctrica. Llegó antes que yo y se instaló allí. «No va a subir… No tiene nada que hacer allí… Lo he quemado… No está allí». «Bueno, estará en la cocina». «No, lo he quemado», siguió diciendo rápida y confusamente. «Voy a verlo», le dije, apartándola de la puerta sin atender a sus gritos. «No, no va a subir… eso sí que no… no tiene nada que hacer allí». Entonces, le levanté la ropa hasta el vientre, ella se la bajó, pero siguió de espaldas a la puerta. Seguí metiéndole mano hasta que se le volvió a caer la cofia, en la seguridad de que se estaba debilitando más y más.

Entonces, se dio rápidamente la vuelta, abrió la puerta y subió la escalera a toda velocidad, como un avefría, y yo tras ella. Miró una vez hacia atrás, me dijo: «No subirá», y trató de rechazarme; después siguió, y yo la perseguí. Me tropecé, lo que le dio unos pocos escalones de ventaja; me rehíce, subí los escalones de tres en tres, recuperé la distancia perdida y, cuando entraba en el dormitorio y me cerraba la puerta, metí el pie… me hizo mucho daño. «Maldición, me has hecho daño en el pie… voy a entrar». Empujé la puerta y mi fuerza se impuso. La puerta se abrió de golpe, vi que corría alrededor de la cama, y allí, en la misma almohada de la cama deshecha, estaba *Fanny Hill*, abierto por uno de los dibujos. Me lancé sobre la cama y cogí el libro. Se quedó inmóvil, jadeando y mirándome; había intentado cogerlo y fracasado. Si no hubiera tenido que rodear la cama lo hubiera cogido ella.

Me reí. «¡Qué bien lo has debido pasar, Jenny!». Su cara era la imagen misma de la confusión. Yo estaba tumbado en la cama y pasé al otro lado. Corrió para escaparse, y estaba a punto de llegar a la puerta, cuando, saltando otra vez por encima de la cama, le cogí por las enaguas, por debajo del culo, y conseguí atraerla otra vez. «Voy a joderte como sea», le dije, «por Dios que te meteré la polla por el coño, aunque me cuelguen por ello»… Y, metiéndole una mano por detrás, me aferré a sus nalgas desnudas. Se dio la vuelta, le levanté por completo las enaguas, gritó, se debatió, jadeó, imploró. Me arrodillé, le besé el vientre y hundí la nariz entre sus muslos. Las enaguas me cayeron por encima de la cabeza, su vientre chocaba con mi nariz y mis labios, empapados con la humedad de

su coño.

Me levanté, la empujé rodando hasta la cama, con la mano metida por debajo de su ropa. «¡Oh!, no lo haga… Dicen que es usted un gran caballero, y debiera pensar en la ruina de una pobre chica… ¡Oh!, si alguien se enterase, me habría arruinado». «Nadie va a enterarse, querida». Mis dedos cubrían la totalidad de la raja. «Por favor, no… bueno, le besaré… mire». «Tócamela». «¿Me dejará levantarme si lo hago?». «Sí». «Bueno, ya está», y me palpó. «¡Oh!, tengo que joderte». «¡Oh!, no, por favor… ¡Oh!, suélteme, otro día le dejaré… de verdad, señor… ¡Oh!, me hace daño…, no me meta los dedos así». «Bésame, querida». «No lo conseguirá». «Pues mira». Otro forcejeo. «¡Oh!, no puedo… so… soportarlo». Su culo empezó de nuevo a contorsionarse, me apoyó la cabeza en el hombro, abrió los muslos; después, sobresaltándose, «¡Oh, Dios mío!, son relámpagos (tronaba y relampagueaba con fuerza)… ¡Oh!, estoy tan asustada… ¡Oh!, no… otro día… Es una maldad con esos relámpagos… ¡Oh!, Dios Todopoderoso nos matará, si es usted tan malvado… ¡Oh!, déjeme ir a la parte oscura… ¡Oh!, no… no puedo so… soportarlo». Su culo temblaba, sometido a mis toqueteos y manoseos.

«Basta, no seas idiota… ¡si no te quedas quieta terminaré por asesinarte!». «¡Oh!, ¡oh!». Había conseguido llevarla a la cama; el miedo, el licor y el calor de coño la dejaban a mi merced. Me eché encima suyo. Tanteé unos muslos empapados de sudor, un coño espumeante y empujé mientras el sudor me caía en grandes gotas por la cara y resbalaba por el vientre hasta la polla y las pelotas. Un fuerte «¡aha!», y la punta de la polla tropezó con la entrada de su seno. Una acometida poderosa y directa, y la virginidad cayó ante ese solo impulso.

Recuerdo que, una vez allí, tras uno o dos empujones, mi esperma fluyó sin el menor problema, en cuanto froté el instrumento contra los músculos calientes y mojados del coño. Volví entonces a la realidad. ¿Dónde estaba? ¿Me había dejado, o la había forzado yo con violencia?

Se quedó quieta, debajo, con los ojos cerrados y la boca abierta, jadeando; yo estaba encima, dentro de ella, antes aplastándola que sujetándola. Entonces, metiendo las manos por debajo de su grueso trasero, empecé de nuevo a empujar y a joder. Se quedó quieta,

gozando del coño lubricado y distendido por una polla tiesa y caliente. No tardó en sentir mis movimientos, su coño se estrechó, un placer visible la abrumó, todo su cuerpo empezó a temblar, y sus labios musitaron los suaves murmullos de la emisión espermática. Se corrió. No cejé en mi empeño, como si quisiera introducirle la polla en el seno, me sobrevino una especie de ensoñación y me di cuenta de que tenía los cojones muy mojados; era su corrida, más que la mía, la más copiosa que yo recuerde con la excepción de otra mujer. Me dejé entonces caer a su lado. Se quedó tan quieta como si estuviera muerta, los truenos resonaron en lo alto, pero debido a la delirante excitación y deleite de su primer polvo, ni siquiera llegó a darse cuenta.

Se dio media vuelta hacia un lado, con los muslos y el trasero desnudos, se tapó la cara y se puso a temblar de miedo por los truenos, sin preocuparse de su desnudez. Hundió después la cara en la almohada, y ambos nos quedamos traspuestos durante uno o dos minutos. Al mirarla, vi que su trasero seguía desnudo, y vi también huellas de esperma en sus muslos y en la camisa. Había también un poco de esperma sobre la cama, pero ninguna huella roja, ninguna señal de la sangrienta ruptura de un coño virgen. Yo tenía la camisa y los calzoncillos llenos de esperma, pero sin huellas de sangre. La luz le daba de lleno en el trasero, vi el pelo, castaño claro, de la raja de sus nalgas y una mancha de mierda en su camisa. Tenía una carne maravillosamente blanca. Se había puesto unas bonitas medias blancas y las vistosas ligas; del lado del vientre, tenía una cantidad tolerable de pelo en el chocho. Me senté al borde de la cama, me quité las botas, los pantalones y los calzoncillos; me eché e, insertando el dedo medio, empecé a frotarle delicadamente el clítoris, que resaltaba en un fino color carmesí. No se movió, no estaba dormida, sino deslumbrada por la combinación del polvo, el temor a los rayos, la excitación, el calor y los vapores del vino.

Me miró fijamente, se bajó la ropa, y sus mejillas se cubrieron de lágrimas. ¿A cuántas mujeres habré hecho llorar en momentos así? «No llores, querida». Se puso boca abajo y se cubrió el rostro. Estuve hablando un cuarto de hora sin obtener respuesta; le dije que se había corrido, que había advertido su placer. Después le metí los dedos por el coño, siguió sin hablar, pero me dejó hacer lo que quise, sin abrir los ojos. En vista de ello, en cuanto mi ariete se puso

a punto, la penetré y la follé y volví a notar gran humedad en el tallo. Siempre se corría como un torrente.

Después, dijo: «Me voy abajo». «Voy contigo». «No, no venga». «Sólo vas a hacer pis». «Sí», me dijo, desfallecida. «Haz pis aquí… ¿qué importa?». «No puedo». «Si no echas el cerrojo, me voy de la habitación». «¿Para qué voy a echar el cerrojo…? Me ha arruinado». Salí, cerré la puerta, oí el repiqueteo en el orinal. Cuando volví a entrar, la encontré sentada en el borde de la cama, llorando en silencio; no hacía más que mirarme, pero no hablaba. «Arréglate por si alguien se acerca». «No va a venir nadie». «¿El lechero?». «Deja la leche en el porche». Sentada, era la imagen misma de la desolación. Yo jamás me había sentido más lujurioso; aquel día estaba loco de lujuria. «Déjame que te toque el coño», le dije, «me he corrido tres veces en él». «No me importa lo que haga, puede hacer lo que quiera… no importa nada». Le palpé bien el coño, y me pasó la cabeza por encima de los hombros mientras chapoteaba con los dedos en la humedad. «No me haga daño», me dijo. «No te he hecho daño». «Sí que me ha hecho daño». «Déjame mirar». Eso la espabiló. «¡Oh!, no… no… no… no lo hará». «Lávate el coño». Traje el jerez, pero todavía no se había lavado el coño. «Deberías lavártelo». «¡Oh!», dijo, «si me quedo embarazada, nunca me casaré».

Bebió más jerez y prometió lavarse. Entonces me fui abajo, cogí el broche y los diez soberanos y se los di. «¿De dónde voy a decir que los he sacado?». «¿Sabe él cuánto has ahorrado?». «Sí». «¿Es el sueldo de un año?». «Sí»… y rompió otra vez a llorar. «¿Y qué voy a decir del broche?». «Que lo compraste… vamos a echamos y a charlar». Se rindió al instante, le levanté la ropa, ella se la bajó. Me quedé echado, palpándole el chocho, le saqué las tetas, se sometió, echada, con los ojos cerrados, hasta que la hice suspirar frotándole el coño. Entonces la penetré, noté que me mojaba el tallo de la polla y ante esa insinuación de su placer le disparé mi esperma.

Eran más o menos las siete, yo llevaba casi cinco horas de divertimentos, y me encontraba cansado. Aquel día, sin embargo, no había forma de parar a mi polla. Empezó a endurecerse casi inmediatamente después de haber abandonado el coño. Bajé con Jenny a tomar un té, la senté en mis rodillas y empezamos a mirar *Fanny Hill*. No pude conseguir que pronunciara una palabra, pero

miró intensamente los dibujos. Le expliqué su lascivia. «Coge el libro, querida, y pasa las páginas cuando te lo diga». Entonces volví a meterle los dedos en el coño, ¡qué sensible era! «Vamos arriba». «No», me dijo, resistiéndose, pero subimos y volvimos a joder. De pronto, se puso a gemir. «¡Oh!, por favor, déjeme… Estoy medio muerta… va a darme uno de mis desmayos». «Quédate quieta, querida, en seguida me corro»… pero pasaron unos buenos veinte minutos de dura molienda antes de que me llegase el esperma.

Entonces, se quedó inmóvil y lívida de agotamiento nervioso, excitación y pérdida de licor espermático, que le saqué una y otra vez durante mi larga cabalgada. Después, me dijo que no sabía cuántas veces se había corrido. Yo, por mi parte, jamás había estado tan cachondo ni tan fuerte, ni había gozado tanto de las primicias de una mujer.

Era una muchacha extraordinaria. A partir del primer polvo, parecía un caballo bien domado. Me obedecía en todo, se sonrojaba, se ponía pudorosa, humilde, indiferente, conquistada, sometida, pero no dijo una palabra más de las ya mencionadas. Lloraba cada diez minutos y me miraba. Después de cada polvo, se quedaba con los ojos cerrados, la boca abierta, se ponía de lado, se cubría el chocho con la mano y las nalgas con la ropa. Después, cuando yo me recuperaba y empezaba a hablar, veía que le resbalaba una lágrima por la mejilla.

Cerca de las nueve de la noche, me dijo: «Váyase, va a llegar mi hermana… y hay que hacer la cama». Llegados a la puerta, la empujé contra la pared y me froté lo más posible la lacia picha entre los labios de su coño. No opuso resistencia. «Mañana joderemos más, Jane». «No pienso dejarle», me dijo, «ni siquiera le dejaré entrar», y me cerró la puerta en las narices.

Mi camisa manchada. — Relación que de sí misma dio Jenny. — Jodiendo y temiendo. — ¡Pobre John! — De sus pudendas. — Su sensibilidad. — Charla erótica. — Sobresaltados por una llamada. — El cono insatisfecho de su hermana casada. — Cómo evitaba tener hijos. — Dudas sobre la fidelidad de su esposo. — Enseñando a Jenny a usar el condón. — Abracadabra e irregularidades menstruales.

Al llegar a mi casa examiné mi ropa blanca; ningún abrazo femenino la había dejado jamás en tal estado. No me había preocupado, y estaba mucho más llena de leche que de ordinario. En la cola había gran cantidad de manchas transparentes, que me hicieron pensar que uno de los dos, o ambos, debimos corremos copiosamente. Recordé entonces que el coño de Jenny me había parecido muy mojado cuando lo palpé tras haberla espermatizado. No había señales de sangre y, al volver a recordar las sensaciones que había experimentado, me dije para mí mismo: «a Jenny se lo habían hecho ya». Temí entonces que su flujo se debía a purgaciones, pero me quité esa idea de la cabeza. Sólo había tenido una vez purgaciones contagiadas por una mujer no alegre.

En vista de todo ello, lavé la cola de la camisa, me la puse a secar debajo del culo, le eché una mancha natural de meada, y me fui a la cama, reflexionando y preguntándome quién habría sido el primero en penetrar en las partes privadas de Jenny.

Uno o dos días después, fui a verla y repetí el truco de la llamada. Abrió la puerta. «¡Oh!», exclamó cuando entré. «No, no va a hacerlo… no volverá a hacerlo». «¿Hacer qué, querida?». «Ya sé a qué viene… pero no lo hará». «Quiero charlar… No seas tonta… No voy a hacerte nada… No quiero nada… pero acércate».

Conseguí entrar con ella en el salón y que nos sentásemos en el sofá. Nos pusimos a hablar, me puse indecente. «Anda, déjame tocarte los muslos… ¿qué mal puede haber en ello, si ya he estado ahí dentro?». «No». «Sólo tocar un poco… Mira, no voy a meter más

hondo el dedo… ¡Oh!, Jenny, mi dedo te gusta… Estate quieta, querida… sólo quiero tocártelo». Media hora después de haber dicho: «No lo conseguirá», ya tenía mi polla dentro. Ninguna mujer puede resistirse a la picha que le haya ensanchado el coño, está a su merced. Nos pasamos otra tarde hablando y jodiendo, ella a veces llorando y lamentándonos de sus malas acciones.

No sólo le abrí el coño, sino también el corazón y la boca. Era la mujercita más graciosa y franca que he conocido. Me contó toda su vida pasada, sus expectativas de futuro, me pidió consejo, deploró su mal comportamiento con su novio, todo ello en una hora. Después, no paró de hablar ni un momento. A los quince días, conocía su historia desde su nacimiento, y conocía a casi toda su familia. Era la primera vez en su vida que tenía un confidente.

«¿Qué voy a hacer con su dinero?». «Ponlo con el resto». «Pero él sabe lo que tengo… siempre nos lo contamos». «Guárdatelo para hacerte un buen ajuar antes de casarte». «Pero conoce toda mi ropa». «Hazlo poco a poco, o no se lo cuentes hasta que os hayáis casado; entonces le dices que se lo habías ocultado para darle una sorpresa agradable, o sencillamente no se lo dices… todavía vas a ahorrar más». «No quiero su dinero, temo que me traiga mala suerte». «Bueno, devuélvemelo, Jenny». Pero a Jenny aquello no le pareció ventajoso, por lo que se quedó con el dinero y, en su momento, recibió algo más.

«¿Qué será de mí y del pobre John? Se moriría si supiese cómo me porto con él… no empiece… Me inquieta el cuerpo cuando habla así y cuando me pone ahí los dedos… ¡Oh!, déjeme en paz… No, otra vez no». «Una vez más, querida… Qué caliente está tu coñito… tiene muchas ganas de polla». «¡Oh!, cuidado con mi cofia, me la va a desgarrar… me la quitaré». «Qué trasero más gordo tienes, Jenny… qué mojado tienes el coño (acometida, acometida, polvo). Jenny, ¿dónde tengo ahora la polla?». Pero Jenny siempre se quedaba muda después de tres pichazos, y empezaba a humedecer al intruso con todo el poder de su coño.

Después de joder, se quedaba un rato tranquila; el esperma parecía aliviarla, pero, de vez en cuando, le volvían sus temores. «¡Oh!, ¿qué me ha hecho hacer? ¡Oh, si me quedo embarazada! ¡Oh, si se entera no querrá casarse conmigo! Y es un hombre tan bueno, y me quiere tanto… ¡Oh… oh… oh! Me he portado muy mal con

él… no quería hacerlo… ¡Oh! Todo por culpa suya. ¡Oh! Yo no sabía qué me pasaba —nunca lo sé cuando hay relámpagos—. ¡Oh!». En momentos de más calma, después de haberse quedado seca de llorar, me preguntaba: «¿Cree que se enterará cuando nos casemos?». Esta escena se repitió cada día que jodí con ella durante cierto tiempo, y después con menos frecuencia.

Traté de consolarla, le di datos y me inventé varias historias de mujeres que había poseído, que después se habían casado, y cuyos maridos nunca llegaron a enterarse de que alguien se las había tirado.

«¿De verdad? ¡Oh, dígame la verdad! Si se entera, me tiro al río… Estoy segura de que se enterará… Tiene que ser usted un hombre muy malo para aprovecharse de una pobre chica, sola en la casa». «Pero si no estás embarazada, no podrá enterarse hasta que os hayáis casado, y entonces será demasiado tarde. Tú no se lo vas a decir, y tu coño no puede hablar». «¡Oh, señor, qué cosas más raras dice!».

Así nos pasamos semanas. «¡Oh! Ya me tocaba, y no me ha venido». Después, con alegría, «¡Oh!, ya estoy bien, pero hoy no puede hacerme nada… ¡Oh, si mi señora se enterase, o si mi hermana apareciera y le sorprendiese aquí! ¡Oh, si los vecinos de al lado le vieran venir tan a menudo y se lo dijeran a mi señora!». Siempre temía algunas de estas cosas, pero eso no nos impedía joder. En aquel momento, Sarah no estaba y Louisa Fisher seguía enferma, por lo que toda mi esencia era para Jenny. Después obtenía la que le dejaban Louisa y Sarah. En lo que a mi casa se refiere, ya entonces había dejado de joder allí.

El coño de Jenny estaba bien cubierto de pelo y tenía unos labios menores bastante grandes; no tan grandes como los de otras mujeres que he visto, pero demasiado grandes para mi gusto. Su tubo era cómodo. ¡Qué lucha sostuve la primera vez que se lo vi! «No quiero que me fuerce así, no, es una vergüenza». «Seguro que tu John te lo ha visto». Entonces, se ponía a chillar y, después de tranquilizarse, me dejaba hacer lo que quería. «Hace falta ser malo para violentarme así». Pero todo derivó pronto a la vieja y extendida costumbre: un tanteo y una mirada antes de la entrada. La misma mujer que, al principio, no te deja verle el bajo vientre se abrirá bien el coño para que se lo inspecciones en el plazo de un

mes. La felicidad de la luna de miel deriva de la iniciación de una mujer a la indecencia, no de atravesar una ternilla.

Tuve dudas sobre su virginidad desde el día en que la poseí por vez primera, y unas tres semanas después se lo pregunté. Me juró que ningún hombre le había puesto siquiera las manos en el coño hasta que yo lo hice. «¿Es que no soy como las demás mujeres?». Mi duda la indignaba, y creo que era honesta y sincera. Una compañera de colegio le había visto el chocho, ella se lo había visto a su compañera, siempre pensó que el suyo estaba más abierto, porque podía meter el dedo con facilidad. «Pero sí que me hizo daño, aunque no sangrase. Mi hermana me ha dicho que sangró poco la primera vez que su marido la poseyó…». Y Jenny pasó a describir la primera noche así como el cuerpo de su hermana y, de alguna manera, exacerbó mis deseos de poseer a ésta.

Llegué a la conclusión de que había nacido floja por dentro, o se había roto la tapadera de muy joven, y que sólo mi polla la había frotado. De todas formas, su órgano era muy particular en cuanto a destilación de líquidos se refiere.

Ya he relatado lo manchada que estaba mi camisa la primera vez, y no tardé en darme cuenta de que Jenny era una de esas mujeres que se corren rápida, fácil y copiosamente. Creo que me he tropezado con otras dos como ella a lo largo de mi carrera, hasta el momento de corregir este texto.

Me apercibí en nuestro segundo día de palos y más adelante tuve plena conciencia de ello; en cuanto le metía la polla y empezaba a moverme, musitaba un susurro, temblaba casi inmediatamente, movía el trasero con brusquedad, descargaba algo, y, si yo sacaba entonces la picha, me la encontraba muy mojada. De hecho, casi siempre salía un poco de líquido, y, cuando le metía la mano por debajo del culo (cosa que no era fácil, pues tenía un buen trasero) para palparme la raíz de la polla, o más bien el final del tallo, notaba que la humedad le corría por alguna de las nalgas, o entre ellas. Además, cuando yo me corría, ella generalmente me acompañaba. Su voluptuosidad aumentaba cuando nos corríamos juntos, era mayor que en su descarga preliminar. Me dijo que no sabía por qué, pero, en cuanto la polla la penetraba, sentía una sensación deliciosa, su coño se estrechaba y parecía mojarse copiosamente, la corrida final era más larga, más excitante, más

voluptuosa, más satisfactoria y más agotadora, cuando nuestras leches se mezclaban, todo su cuerpo quedaba satisfecho, mientras que, en la primera corrida, el placer parecía limitarse al coño. Es difícil describir estas sensaciones.

La masturbé varias veces, obteniendo de ella una descarga copiosa, fluida, lechosa y poco pegajosa, que dejaba una mancha oscura en la ropa blanca. Cuando le mencioné esta peculiaridad, se quedó asombrada. Quizá se preguntaba lo que diría su pobre John. No puedo decir que su humedad me causara sólo admiración; una muchacha delgada y alta, muy del tipo de Jenny, llegó a desagradarme, pero aquella chica era de coño desgalichado.

También la hermana de un íntimo amigo mío, con la que jodí después de haber escrito lo anterior, tenía esta organización sensible y sexual (o ambas). Creo que no volveré a referirme a esta dama, por lo que cuento aquí su particularidad de coño. Era rechoncha, rubia, tenía una magnífica piel, y se parecía mucho de cara a la Reina. Iba a casarse.

Cuando su novio venía a la ciudad y Jenny salía con él, la chica se hacía reproches. Cuando volvía a verla, después de la visita de su novio, se consideraba una vil mentirosa y lloraba. Me pedía que desistiese y que no la hiciera volver a pecar. Pero mi insistencia no tenía límite, el recuerdo de su placer era demasiado fuerte, y nunca llegué a irme sin enchufársela.

¿Estaba enamorada de su novio? Sí, supongo que sí; era bueno, atento, y habría de ser un buen esposo. Ella quería casarse y tener su propia casa; por lo demás, no era un trabajador, sino un comerciante, y, una vez casados, serían dueños de una tienda, y Jenny pasaría a una posición más alta. Siempre hablaba más de la casa, de la tienda y de su libertad que de su novio.

Era nerviosa en extremo, y yo llegué a sobresaltarla severamente. El primer día en que me tomé libertades con ella estuvo a punto de desmayarse; los truenos y los relámpagos la inclinaban a ello. Estuvo también a punto de desmayarse dos veces más, con ocasión de otros encuentros, pues cualquier brusquedad la preocupaba y la hacía palidecer. Me referiré ahora a una de las ocasiones mencionadas, y en su momento a la otra.

Después del primer día, jodíamos en el sofá. Aunque era grande, no era como la cama, por lo que, con el paso de los días, nos

acostumbramos a subir a su dormitorio. Yo solía dejar abajo el bastón y el sombrero, para, en caso de ser sorprendidos, poder quedarme en el vestíbulo y decir que venía a preguntar algo. Después, me di cuenta de que era una estupidez y entraba en el dormitorio con el sombrero y el bastón. Una tarde, después de joder, oímos una llamada doble en la puerta de la calle; yo la conocía. «Es mi mujer», dije. Bajé a toda prisa a coger el sombrero y volví al dormitorio; Jenny abrió entonces la puerta. Venía a preguntar una cosa, y se fue en seguida. Oí que la puerta se cerraba. Todo quedó tranquilo y en silencio, y entonces bajé con cuidado. Allí estaba Jenny, sentada en una silla, recuperándose de un medio desmayo. «¡Oh!», me dijo, «casi me caigo». «¡Ah!, si tu coño pudiera hablar y le hubiera dicho lo que lleva dentro, te hubiera tumbado de un tortazo». Jenny, sin embargo, nunca bromeaba. Todo era horrible siempre, de alguna forma iba a ser castigada por sus malas acciones. Derramaba unas pocas lágrimas, pero después unas cuantas bromas indecentes le ponían de nuevo la sonrisa en la boca.

A mí me encantaba decirle indecencias, le contaba porquerías sobre las mujeres que había poseído, le describía sus encantos y cualquier lascivia especial relacionada con ellas. Siempre se asombraba, y su curiosidad era muy intensa. Ella, a su vez, me contaba cuanto sabía de otras mujeres y sus propias e insignificantes actitudes indecentes. Jamás mujer alguna fue tan franca conmigo sobre este tema. Cuando la dejé, dudo mucho de que su querido futuro marido John pudiera contarle ni tan sólo la mitad de lo que ella podía contarle a él sobre el joder y los dos miembros con los que se realiza la copulación.

Siempre hablaba de sus hermanas, sobre todo de la casada, que venía a dormir con ella; una mujer de veintiocho años, que llevaba algunos años casada, con dos hijos, el último de cuatro años. Ella, o más bien él, no quería tener más, era un lujo que no podían permitirse. «¿Cómo lo evitan?», le pregunté a Jenny. No lo sabía. Una noche, la hermana deseaba muy especialmente dormir en su casa y le había preguntado a Jenny si, por una vez, podría dejarla sola en casa. Jenny consintió, aunque estaba asustada. Le propuse dormir juntos, y pasamos juntos una noche deliciosa: cuando la relación está fresca, un hombre y una mujer siempre lo pasan bien en la cama. ¡Qué noche de tocamientos, masturbaciones, olfateos,

inspecciones y polvos!

Fuera cual fuera el tema inicial de nuestra conversación, siempre terminábamos hablando de coño y de picha. Aquella noche me enteré de que la hermana de Jenny no quiso dormir en la casa porque esperaba sorprender a su marido, pues sospechaba que éste le era infiel. Como no quería tener más hijos, él le hacía masturbarle, en vez de joder, así que la hermana estaba falta de picha y tenía que masturbarse. Eso la molestaba. Además, me dijo Jenny, cuando jodía con ella, no lo hacía bien, le hacía trampas. Tardé mucho en conseguir que Jenny me contase lo que aquel hombre hacía, pero finalmente me dijo que, cuando el material estaba a punto de salir, sacaba la polla y se derramaba por encima de los muslos y el vientre de su hermana, a menudo antes de que ella hubiera llegado al placer. Su hermana pensaba que, para eso, no valía la pena estar casados.

No era eso todo. Al principio, lo hacía todas las noches, y ahora ni siquiera una vez por semana, decía que podía privarse de ello, que no le importaba, etc. Ella creía que él tenía otra mujer, y esto era aún más grave porque a ella le apetecía más que nunca. A Jenny le dijo que no se encontraba bien porque no jodía lo suficiente. Le gustaba joder y hubiera concebido con gusto más hijos, aunque era muy pobre. Le pregunté con cautela si había oído hablar de las pieles que la gente se pone en la polla para echar allí la semilla. Jenny no las conocía. Le expliqué de qué se trataba. Me dijo que se lo preguntaría a su hermana. Le advertí que no demostrase saber demasiado. Unos cuantos días más tarde, Jenny me dijo que su hermana las había probado, pero que no les gustaban, aparte de ser demasiado caras. No sé lo que pagaría Jenny por los condones, yo pagaba unos nueve peniques por pieza. Un día, me follé a Jenny con condón, sólo para instruirla.

Aquellas dos mujeres hablaban a menudo de estos temas, y Jenny me contaba a diario lo que su hermana le decía. No tardé en conocer todo lo concerniente a la hermana de Jenny, desde la noche en que perdió su virginidad hasta el nacimiento de su primer hijo. A mí me afectaba considerablemente enterarme de lo poco que follaba la hermana y de sus deseos; ansiaba conocer a aquella esposa de trasero caliente y coño abandonado.

Jenny y yo nos instalamos casi matrimonialmente. La veía al

menos cuatro días por semana, cuando no diariamente, salvo los domingos. A veces, me pasaba allí el día entero, bebiendo vino, comiendo y leyendo periódicos. Ella cocinaba, muy mal por cierto. Comíamos y bebíamos juntos, jodíamos, ella lloraba pensando en John, en su maldad, y en su temor a ser sorprendida. Yo le leía después las noticias, y también cuanto libro indecente pudiera conseguir, explicándole el uso que se podía hacer de nuestras herramientas, tanto la masculina como la femenina, desde el frotamiento hasta la penetración por el culo, todo lo que sabía, aunque no sabía tanto como ahora.

Recurrimos a la astucia para evitar que se supiera que yo andaba por allí. No tenía que venir a las once, porque era la hora de llegada del carnicero; tampoco a las doce, porque a esa hora las chicas de al lado estaban siempre asomadas a la ventana; entre una y dos era seguro, porque la familia estaba siempre almorzando; a las tres, llegaba el lechero, y yo lo evitaba. Así, con un poco de trabajo, Jenny y yo evitamos ser observados durante las ocho o diez semanas en que cumplí deberes de esposo, y quizás hasta los de dos esposos.

Un día la encontré muy intranquila, porque no le había llegado la regla. Derramaba torrentes de lágrimas. ¡Perdería a su John, pobre hombre!, decía, pero la verdad es que era muy irregular en su menstruación, lo que hacía difícil establecer cuál era su verdadera condición. ¡Oh!, ahora estaba segura de que esperaba familia, tenía síntomas, le había preguntado a su hermana lo que se sentía al concebir, y tenía los mismos síntomas. «¡Dios mío!, ¿qué voy a hacer?… Me tiraré al río, lo haré… Jamás me atreveré a mirarle a la cara… pobre hombre». «Consíguete algo, habla con alguien». Lo hizo, tomó una dosis de lo que ella llamaba «abracadabra», y le llegó el feo torrente rojo. No creo que estuviera esperando familia. Años más tarde me enteré de que no había tenido hijos, aunque llevaba mucho tiempo casada.

Un marinero, una puta y el muro de un jardín. — El camino recién hecho. — Tormentoso y lluvioso. — Escucho un trato. — Oferta de pago. — Contra el muro del jardín. — Un tocamiento por detrás. — Una mano bien mojada. — Lujuria ciega. — En el esperma. — El policía. — Un paraguas perdido. — Una nueva clase de palangana. — Temor a la enfermedad.

A pesar de todas estas saturnales de coño, creo que nunca había hecho más que tocarlos y joderlos, aunque en diversas posturas. No acostumbraba a recurrir a placeres eróticos rebuscados, que ni siquiera se me ocurrían. Si me hubieran sugerido divertirme con un hombre, me hubiera chocado. Ver su leche me hubiera revuelto el estómago. Me hubiera repugnado entrar en un coño del que acabara de salir otro hombre; estaba, sin embargo, destinado a probarlo, sin premeditación, llevado del impulso del momento y de la oportunidad.

En aquel tiempo, vivía en las afueras de Londres, al oeste, donde empezaban a construir en lo que habían sido y en buena medida seguían siendo hermosos campos. A unos cinco minutos de mi casa, había una calle, que no llevaba cinco años construida, y, saliendo de ella, un camino nuevo, de un sexto de milla, que conectaba dos caminos principales y que había sido diseñado para facilitar la construcción en los terrenos que lo bordeaban. Había luces de gas, muy espaciadas, las suficientes como para animar a la gente a utilizar el camino por la noche. La calzada y las aceras eran de gravilla gruesa y de muy reciente fabricación.

Estos caminos crujían cuando alguien los pisaba, ya fuera a pie, o en coche. En un extremo del camino, había una fila nueva de casas, cuyas paredes de atrás daban a campo abierto; las paredes laterales de dos de ellas constituían la entrada del camino. En aquella ocasión, ambas casas estaban vacías.

Eran más o menos las once de la noche, hacía viento y llovía

intermitentemente, y una pequeña luna, tapada por espesas nubes, se deslizaba por la oscuridad; a veces, se veía un rayo de luz, otras veces todo era oscuridad. El viento soplaba fuerte cuando entré en el camino para tomar un atajo, tras pensar si sería o no seguro, momento en el que me encontré con un policía, en un extremo, y le di las buenas noches. El crujido de mis pisadas en la gravilla nueva me molestaba, tanto por la fatiga como por el sonido; me desvié hasta el prado lateral y seguí caminando, muy silenciosamente. Cuando ya casi llegaba a la calle a la que el camino conducía, pude apercibir lo que parecían ser un hombre y una mujer, de pie en la acera y apoyados en la pared lateral del jardín de la casa vacía, bien lejos de las lámparas. «Están jodiendo, o metiéndose el dedo», pensé, me aparté de la acera para no hacer ruido, acorté el paso para no perderme la diversión. Me excitaba lascivamente, porque quería mujer.

Me fui acercando, al amparo de los muros posteriores del jardín. La posibilidad de pescar a una pareja jodiendo me ponía más y más cachondo. «No lo haré, si no me das antes el dinero», dijo una voz de mujer. Me detuve, pero no oí respuesta masculina. «Entonces nada… ¿cuánto tienes?», dijo la voz aguda. A mis oídos no llegó respuesta alguna, pero vi que un hombre luchaba por levantarle las faldas a una mujer y oí una risa. Tomé otra vez el sendero y seguí caminando. «Entonces nada… si no tienes dinero, ¿a qué has venido?». La oí bien, aunque lo dijo en un tono algo más bajo. Cuando llegué a la esquina, vi claramente a una mujer de buen tamaño, de espaldas a la pared, y, a su lado, a un hombre bajito que le metía mano como si tratara de palparla o de levantarle las ropas. El forcejeo amatorio les impidió advertir mi proximidad. Cuando ya estaba a su lado, la mujer dijo: «Sin dinero no hay nada que hacer»… y se quedó callada, mientras yo seguía caminando.

No recuerdo exactamente lo que ocurrió entonces, pero el caso es que, ya cerca de ellos, dije: «Déjale, y te doy cinco chelines». «Bueno… entonces démelos», dijo la mujer. Me detuve y observé a la tenue luz de las distantes lámparas que el hombre llevaba el gorro y el cuello abierto del marinero. El deseo se impuso en menos tiempo del que tardo en escribirlo y lo que pretendía ser una broma indecente se convirtió en la realidad de la acción. Seguí mi impulso sin pensar en las consecuencias.

«Te doy cinco chelines si me dejas verlo». «Bueno», dijo ella. Le preguntó a él: «¿Y *tu*?». «Me apetece un buen cachondeo», dijo una voz masculina, entrecortada por la bebida o por el frío. «Primero el dinero». «Desde luego, si le dejas». «Vamos a la parte de atrás del jardín», dijo la mujer poniéndose en marcha, seguida por el hombre y alejándose del camino. Yo les seguí. Nos detuvimos. «Deme el dinero». «¿No nos cogerá el policía?». «No volverá antes de media hora», dijo la mujer, «acaba de pasar». Yo ya lo sabía, porque le había visto. Nos habíamos alejado de las lámparas, estaba oscuro. «Vamos a tocar ese coño», dije, poniéndome atrevido e indecente. A nuestro lado, el hombre se reía todo el tiempo por lo bajo, y me pareció verle tambalearse, pero no podía estar seguro. Se acercó a la chica al mismo tiempo que yo. «Déjame tocarte el coño», dije. La chica se levantó las enaguas, de espaldas a la pared; le puse la mano entre los muslos, donde me encontré con la mano del hombre dedicada a lo mismo… ambos tratábamos de llegar al mismo punto. «Mucho cachondeo», dijo una voz grosera y borracha. Palpamos juntos. «Uno por uno», dijo ella. Retiré la mano, chocó con la polla del marinero, se la cogí y aún hoy creo que pensó que quien le tocaba era la mujer. Apreté, y mientras le acariciaba suavemente el tentetieso, que parecía más largo que el mío, me sobrevino un extraño deleite. «Agarra fuerte, lameculos», dijo él.

Excitado más allá de toda medida, seguí agarrándole y acariciándole el aparato con la mano. «¿Dónde tienes la polla?», dijo la chica. Sentí su mano en la mía. Soltándole la polla dije: «Nada de fingir». «No finjo nada», dijo ella. «¿Dónde está el dinero?». Me metí la mano en el bolsillo, busqué el dinero, lo saqué y se lo di. «Vamos», le dijo al hombre. Un segundo más tarde, se habían unido. «Buen cachondeo», oí que murmuraba de nuevo. «Levántate la ropa, no te siento el culo». Yo noté que la ropa *estaba* levantada. Apoyé el paraguas en la pared, me aferré a un muslo con la mano izquierda, mientras dirigía la derecha hacia el chocho, pero me detuve al sentir la polla del marinero apoyada en el vientre de la mujer. «Voy a metérmela», dijo ella. En seguida comenzó el movimiento adelante-atrás, sentí en la mano izquierda las contorsiones de las nalgas de la mujer, las manos del marinero estaban ya en el culo, encima de las mías y debajo de la ropa. «Se ha salido», dijo ella; «para, voy a metérmela otra vez»… Silencio. Se

le había resbalado la polla por exceso de energía. La mujer la devolvió a su sitio, y los empujones de trasero empezaron de nuevo. Sé lo que dijo, y adivino gran parte de lo que hizo por lo que decía. El movimiento de nalgas no dejaba lugar a dudas.

Estaba demasiado oscuro para ver. Oí que el marinero respiraba con dificultad y sentí que los muslos de la mujer temblaban y se contorsionaban. Me cambié de lado, me agaché, metí la mano y el brazo entre las nalgas, por detrás, y por debajo del coño, hasta que mis dedos pasaron por el ojo del culo, sentí la polla y me aferré a sus pelotas. No creo que llegase a enterarse, porque el placer le hacía resoplar como a alguien que se ha quedado sin aliento. Sentí el fuste de la polla cuando ésta se retiraba, y estaba mojado por la humedad del coño; sentí después que el marinero empujaba y se contorsionaba con fuerza, musitando: «Maldita… polla… leche, maldito coño». Después, ambos se quedaron quietos y en silencio. Yo seguí tanteando por debajo del coño, palpando el fuste de la polla por debajo con el pulgar y el índice.

No se dio prisa en retirarse. «Ya has terminado… sácala». «Vamos a joder otra vez», dijo él. «De eso nada». Mientras hablaba, la polla se desplomó en mi mano y me la mojó. La mujer se apartó, el hombre juró. Loco ya de lujuria, le levanté la ropa y le dije: «Déjame tocarte el coño». Me dejó. «Dios mío, cuánta leche… Qué suave tienes el coño… Déjale joderte otra vez… Te doy más dinero… Tócame, menéamela».

Que yo recuerde, la chica no habló, pero se hizo con mi polla mientras yo le metía por el coño los dedos saturados de esperma. Nada de repugnancia. En aquel momento, me encantó. Dejó de masturbarme. «Métamela, es mejor». «No». «¡Oh!, no pasa nada… le va a gustar… métamela». «No». «Hágalo… quiero un polvo». «Acaban de echarte uno». «Hágalo usted». Me rendí e, introduciéndole la polla en el coño empapado, la jodí. «¡Oh!, me estoy corriendo». «Yo también». «¡Oh!… ¿ah?… ¡ah!», me corrí, y creo que ella también, aunque no estoy seguro. En cualquier caso, se contorsionó con fuerza y me abrazó estrechamente. El marinero *se* había puesto en mi lugar, y supongo que estaba mirando, apoyado en la pared, musitando alguna cosa.

Mientras mi placer se apagaba pude ver que el marinero, a nuestro lado, movía el puño como una máquina de vapor, supongo

que meneándosela. Noté el esperma derramándose sobre mi aparato cubriéndolo todo. «Vamos a joder otra vez», dijo la voz ronca del hombre. «Te doy dinero si le dejas», dije yo. Saqué la polla. «Bueno», dijo ella. «Déjeme que haga pis primero». «¿Dónde tienes la polla?», dije; «¿está tiesa?». «Está cojonudamente». Le puse la mano en la polla y apreté. Me sobrevino el deseo y la curiosidad por el órgano masculino. La mujer acabó de mear, se puso en pie y me cogió la polla, que colgaba por fuera de los pantalones, mientras yo le cogía la suya al marinero. Saqué entonces el dinero, y entregué todas las monedas que tenía. No sé cuántas eran.

«Métesela», dije, masturbándole; no estaba tiesa, y yo estaba impaciente por tocarle otra vez mientras jodía. Se volvió hacia la mujer. «Suélteme la polla», dijo. La chica se la cogió. «No está tiesa». «No te jode», oí que decía. Oí otra vez el rumor de la masturbación y el de ropa levantándose. «Tienes el coño como una puta sopa», dijo la voz ronca, y el marinero se rió por lo bajo. «Date prisa», dijo la mujer.

«¡Oh!, ¡el policía!». Vi el resplandor de la lámpara del policía a mitad de camino. Yo estaba de pie, tocándome excitado la polla, pero, en aquel instante, apareció un rayo de luna entre las nubes oscuras, y vi a su luz que el hombre apretaba el vientre contra la mujer, que tenía las enaguas bien recogidas. La lámpara del policía iluminaba de lejos los terrenos. «¡La policía!», dije. «Vamos un poco más lejos», dijo la mujer, bajándose la ropa y caminando en la oscuridad, mientras yo me alejaba hacia el camino. Mi lujuria se apagó… ¡si me viese el policía y me conociese! Llegué al camino, doblé a la izquierda por el ruidoso sendero de grava, caminando muy deprisa y, en cuanto doblé la esquina, eché a correr y me fui hasta casa corriendo como si hubiera cometido un robo.

Abrí la puerta con la llave y me di cuenta de que me había dejado el paraguas. Entonces, me asusté. Había jodido con una ninfa común de la calle y en el esperma de un marinero ordinario, los dos podían tener sífilis, era bastante probable. Notaba el esperma, húmedo y pegajoso, en la polla y en las pelotas. Yo dormía entonces en el cuarto de vestir. Pensé que mi mujer estaría, según su costumbre, en la cama desde hacía una hora. Cuando entré en mi cuarto, la encontré leyendo, cosa muy rara. Me senté, esperando a que se fuera de la habitación, porque quería lavarme y me

preguntaba qué diría ella si me veía lavarme la polla a esas horas de la noche, o si me oía chapotear. Como no se movió, cogí el jabón sin que lo advirtiera, dije: «Tengo una diarrea horrorosa», y bajé al váter. Allí sentado, me lavé bien la polla y volví a subir. (¿Cuántas veces he utilizado en la vida una enfermedad fingida? ¿Cuántas veces habrá de servirme aún?).

El temor a la sífilis no me dejaba dormir. Por otro lado, la experiencia de la noche me excitaba tan violentamente que la polla se me ponía dura como el acero. No podía quitarme la idea de la cabeza. Estaba violentamente encelado. Pensé en masturbarme, pero un deseo irreprimible de coño, coño y nada más que coño me hizo olvidar mis temores, el desagrado que me producía mi mujer, nuestras disputas y todo lo demás… salté de la cama y entré en su habitación.

«No pienso dejarte… ¿Para qué me despiertas, y para qué vienes a verme con tanta prisa, después de no haberte acercado en más de dos meses? No quiero… no quiero… Ya sabrás tú dónde ir para eso». A pesar de todo, me metí en la cama y, poniéndola de espaldas, le introduje la polla. Debía estar tiesa, y yo debí estar violento, porque ella gritó que le hacía daño. «No lo hagas tan fuerte… ¿qué estás haciendo?». Lo mismo me daba asesinarla con la polla; acometí, acometí y me corrí, maldiciendo. Mientras jodía, la odiaba… no era más que un agujero donde vaciar mi leche. «Quítate, ya has terminado… qué palabras más repugnantes». Me fui a mi dormitorio a pasar la noche. Nunca llegué a saber lo que dije mientras jodía con furia, pensando en la polla del marinero y en el chocho lleno de esperma de la ninfa, casi enloquecido de excitación. Supongo que dije cosas muy verdes.

Pasé quince días en estado de gran ansiedad y fui dos veces al médico para que me examinara la polla, pero no llegué a enfermarme. Al día siguiente, fui a ver si mi paraguas seguía donde lo dejé, pero ya no estaba. Me pregunto quién se lo llevó. Que yo sepa, no volví a ver a la mujer, pero, aunque la hubiera visto cinco minutos después de lo ocurrido, no la hubiera conocido, y al marinero tampoco. Me dio la impresión de ser un hombre joven, de unos veinte años, borracho y ronco de frío, con una polla de tamaño parecido al de la mía. Ella era una mujer de buen tamaño, de culo gordo pero blando.

Aunque no pude encontrar el paraguas, detecté el punto donde se había clavado en el césped húmedo. El lugar donde jugamos (una o dos yardas cuadradas) era todo barro, y a su alrededor todo estaba verde.

Cuando superé mis temores, me sobrevino un sentimiento muy especial sobre la diversión de aquella noche. Había en él una cierta dosis de repugnancia, pero, cuando pensaba en la polla del marinero se me originaba un cosquilleo indecente en las pelotas. Me hubiera gustado tocársela más, verle joder, meneársela hasta que se corriese. Entonces me sentí disgustado conmigo mismo, y me extrañó pensar en esas cosas, cuando nunca había soportado la cercanía de un hombre, borracho como estaba, con la belleza física de las mujeres. El asunto se disipó gradualmente de mi cabeza, pero, unos pocos años más tarde, habría de resucitar. Mi imaginación para estos temas se hacía más y más poderosa y me provocaba deseos de variedad de placeres con el sexo opuesto y, hasta cierto punto, con ambos sexos.

Una criada grande. — Un vistazo desde abajo. — Llega a casa tarde, polvorienta y estúpida. — Castidad puesta en duda. — Consecuencias. — Despedida. — Mi comprensión. — El amante soldado. — A cenar. — En el café de
*L'E*r**e.*
— Volviendo en el coche. — Pies mojados. — En el asiento. — Tanteos y toqueteos mutuos.

Se me había olvidado decir que, aunque mi situación económica había mejorado mucho, mi extravagancia me obligaba a moderarme, y ahora vivía en una casa mayor, pero con sólo tres sirvientes. Durante la última parte de mi relación con el señor Y***s***s, pasamos aproximadamente un mes con una sola sirvienta. El trabajo duro lo hacía una asistenta; en cualquier caso, no es necesario relatar por qué recurrimos a este arreglo temporal.

Era una campesina grande, medía unos cinco pies y diez pulgadas y hablaba con fuerte acento de provincia. Cuando estaba sola en la casa, yo acostumbraba a cruzar la calle para verla arrodillada limpiando las escaleras. Tenía unos brazos enormes, y su trasero parecía tan gigantesco que yo me preguntaba cuánto era carne y cuánto enaguas. Limpiaba las ventanas de la planta baja, a las que, en aquella casa, se llegaba por un balcón de hierro de barandilla abierta. Un día, al ver que estaba limpiándolas, entré furtivamente en la cocina, salí fuera y, mirando con cuidado por debajo de sus enaguas, le vi las piernas hasta las rodillas. Las tenía grandes, como correspondía a sus nalgas. No obstante, aunque la perspectiva me gustó mucho, no pensé para nada en poseerla, pues solía evitar a las mujeres de mi casa y de mi vecindad. Era fea de cara, andaba siempre medio dormida y tenía un aspecto estúpido. Lo único bonito que tenía era una carne brillante y rosada. Parecía sólida por todas partes. Tenía el pelo de color castaño oscuro, los ojos oscuros, y un día levantó una mesa que pesaba tanto como ella.

No había nada de amable ni en su rostro ni en su aspecto y se vestía como una campesina acomodada. Le oí decir que prefería la ropa interior abundante, buena y blanca, a todos los adornos exteriores. Tenía unos veintidós años, pero parecía mayor.

Unos dos meses después de haberla contratado (y precisamente cuando estábamos sin más sirvienta que ella), llegué un domingo a casa, aproximadamente a las diez de la noche, y observé que había salido con permiso, como de costumbre, pero que no había vuelto. Transcurrió una hora más, me enfurecí, pensé en cerrarle la puerta y dejarla fuera. Volvió aproximadamente a las once y media. La dejé entrar y le pregunté por qué llegaba tan tarde. Parecía asombrada, confusa, tenía la cara muy colorada, musitó sus excusas, diciendo que se había caído y hecho daño, y se fue escaleras abajo sin darme una respuesta satisfactoria. Mi mujer la siguió, volvió y me dijo que creía que la sirvienta estaba borracha y que tenía el vestido y el gorro cubiertos de polvo. «Habrá estado haciendo porquerías con algún hombre», me dijo.

Al día siguiente, me enteré de que se excusó diciendo que, cuando andaba por un caminito donde se había metido para hacer pis, un hombre se le echó encima y se permitió libertades con ella; que se había caído forcejeando con él, que había gritado y había tratado de alcanzarle, sin conseguirlo y otras cosas parecidas. Uno o dos días más tarde, me dijeron que la habían despedido. Yo ya lo esperaba, porque mi mujer acostumbraba a sonsacar a las pobrecillas de la forma más amable, para después echarlas sin piedad. Para ello bastaba cualquier duda sobre su castidad. En cuestiones de copulación, las mujeres casadas de edad mediana son siempre muy duras con las jóvenes.

«¿Por qué tiene que irse?… Hasta hace poco era bien limpia, fuerte, y más servicial que nadie». «¡Oh! Tiene un novio, y estoy segura de que no se dedica a nada bueno con él». «¿Cómo lo sabes?». «Me lo dijo ella». «Es muy duro despedir a alguien por una mera sospecha, una pobre chica que nos llegó del campo». «Siempre te pones de parte de esos seres». «No es todo lo buena que debiera… hace tiempo que veo a un soldado rondando por aquí». «Como quieras… es asunto tuyo… pero cuando llegó tenía un carácter excelente».

Aquella mujer me daba pena, pero además, desde que oí que un

hombre la había asaltado, me sobrevino un sentimiento levemente lujurioso en relación con ella. Me preguntaba qué había hecho. ¿La habría palpado?… ¿Se la habría jodido?… En caso afirmativo, ¿era la primera vez que se la jodían? Empecé a mirarla con cuidado, poniéndome, con uno u otro pretexto, en su camino y preguntándome siempre si le habían hecho lo que yo pensaba. Le miraba el amplio trasero, tan amplio que, a su lado, una polla debía parecer una bagatela. «¿Habrán chocado pelotas masculinas con ese trasero?», pensaba. Cuando me enteré de que iba por el mal camino, pensé que me gustaría poseerla una o dos veces, y que su marcha me brindaba una oportunidad. Creo que, en el fondo de mi deseo, lo que había era curiosidad… curiosidad por su enorme cuerpo carnoso y por aquel culo extraordinario. ¡Oh! ¡Quién pudiera verlo desnudo y tocarlo, aunque no fuera más que eso!

Un día, al enterarme de que la asistenta no venía y de que la gran criada tendría que pasar cierto tiempo sola en la casa, allí me presenté; inventando algún pretexto, bajé a la cocina.

«Me han dicho que se va». «Sí, señor». «¿Por qué?». «No tengo la menor idea… La señora dice que no le sirvo… pero hace muy pocos días me dijo, en cambio, que la servía bien». Rompió entonces a llorar. Le hablé amablemente, le dije que pronto encontraría otro sitio… tenía que cuidarse, no volver a meterse en caminos oscuros con un hombre, ni aparecer en casa tarde y sucia. No pudo evitarlo… no fue culpa suya. «¿Qué libertades se tomó?», pregunté. La mujer se puso colorada y, volviendo la cabeza, dijo que le había hecho algo muy poco decente. «¿Te metió las manos por debajo de las enaguas?». «Algo muy poco decente», repitió. «Pero ¿cómo te puso tan sucia?». Habían forcejeado, y resbaló. «Ya me hubiera gustado ser ese hombre… Seguro que, cuando te tocó, te subió bien la mano… Daría un soberano por ponértela ahí». Ese comentario la dejó absolutamente confundida.

Seguí hablando educadamente, refiriéndome a lo que, a mi entender, debía haber sucedido y afirmando que me hubiera gustado ser aquel hombre, pero sólo conseguí que me dijera que el hombre se había tomado libertades… sí, libertades muy poco decentes.

Le dije que sentía su marcha, que pensaba que la trataban mal, pero que no podía hacer nada… ¿Qué tal andaba de dinero?

Muy mal… venía directamente del campo para mejorar su situación y se había comprado ropa interior de calidad, porque sabía que estaba en casa de caballeros, y ahora, antes de recuperarse, la despedían. Había tenido que pagar el transporte hasta Londres y, cuando cobrase el sueldo, tras pagar un coche hasta su nuevo domicilio, no le quedarían ni veinte chelines. Si no encontraba otro sitio, ¿qué iba a ser de ella? En aquel momento, la mujerota balbuceó, dejó de limpiar, se sentó en una silla y escondió la cara entre las manos.

«No llores, te están tratando mal… te daré un poco de dinero para que aguantes hasta encontrar otro sitio… no tardarás mucho». «Es usted un amo bueno y amable», me dijo, «todo el mundo lo dice… pero la señora es una bestia, no es buena con nadie… no me extraña que salga usted tanto y que no duerma con ella». Le di un beso y un abrazo cariñoso. «Qué miembros tan hermosos tienes… Qué carne más firme… Eres deliciosa… *Contigo* sí me gustaría dormir… Ven *conmigo* al camino, dime cuando vas a volver a hacer pis y deja que sea *yo* quien se tome libertades».

«¿Quién le ha dicho que me metí en el caminito?». «Tu señora», aclaré y me fui tras decirle que no le contase a nadie que me había visto en casa.

Después, me enteré de que había mencionado a un soldado… Yo sabía bien que un soldado que se toma libertades con una mujer no se las toma pequeñas y que generalmente obtiene cuanto quiere. Decidí en consecuencia, que la noche que llegó tarde a casa se la habían jodido.

Uno o dos días después, me sorprendió la afirmación siguiente: «Tenemos otra sirvienta… llegará pasado mañana, o sea que Sarah tendrá que irse de inmediato… Naturalmente, le pagaremos el sueldo del mes, pero quiero librarme de ella, porque estoy segura de que no es una mujer casta».

«¡Pobrecilla!… es lo que hace falta para que deje de ser casta… pero es asunto tuyo». «¿Vas a salir esta noche?». «¿Por qué?». «Porque, si sales, me iría a casa de mi hermana». «Sí, voy a salir»… Y me fui después de cenar, pero esperé en un coche, no lejos del final de la calle, para ver si de verdad se iba. Salió, me escondí en cuanto la vi, y le dije al conductor que la siguiese hasta la casa de su hermana. Rehíce en coche parte del camino y volví a casa.

«¿Te vas?», le dije a la sirvienta. «Sí, señor, me han echado». «Te metiste con un soldado por un caminito oscuro… Fue una tontería contárselo a tu señora». «¡Ah!, se lo ha contado a *usted*… Qué canalla, me lo sacó… Pero no es culpa mía, es mi novio, y vamos a casamos». «¿Tienes adónde ir?». «Sí, señor, mañana voy a ver el sitio, y ya le he escrito a mi hermana (también criada) para que lo alquile». «Cuando te vayas, espérame, y no se te ocurra decir que he estado en casa… Tengo la intención de ayudarte… Están abusando de ti… ¿Qué puedo hacer por ti?». «Si pudiera ayudarme a llegar a la Torre… mi novio se llama ***, es granadero… Le he escrito, pero no me ha contestado, y quiero saber si está allí». «Mañana por la noche, te espero fuera, cuando salgas a ver tu alojamiento». Un beso, un abrazo, y me fui otra vez de la casa, tras asegurarme de dónde iba y de cuándo pensaba salir.

A la noche siguiente, la esperé cerca de su alojamiento. Llegó en coche, con su caja, y me dijo que la señora la había echado de mala manera. No había comido nada desde el mediodía, y estaba enferma y cansada. «Date prisa entonces… arregla tus cosas y vamos a comer algo, mañana verás a tu soldado». «Dios le bendiga, le estoy muy agradecida, señor», me dijo.

Media hora más tarde salió de la casa. A falta de mejor sitio y sabiendo que a aquella hora estaría vacío, la llevé al Café de L’Europe, en Haymarket. Estaba lejos, pero yo quería estar con ella en el coche oscuro. El lugar la maravilló, pero a mí me daba vergüenza que me vieran con ella. Quería volver pronto a casa, porque estaba alojada en casa de gente pobre, que se acostaba temprano. Como nunca había probado el champán le di un poco. ¡Oh, con qué placer se lo tragó, y con qué placer la vi beberlo!… Justo lo que quería. «Seguro que le han metido la picha alguna vez», pensé, «así que una picha más no puede hacerle mucho daño…». Mi viejo consejero de asuntos de mujeres solía decir que «la que se emborracha, palpa y es palpada, o jodida, o masturbada, son cosas que van siempre juntas».

Quedé en llevarla a la Torre al día siguiente; como es natural, hablamos del asunto. «Te lo hizo», le dije. No me entendió, o no quiso entenderme. «No pude evitar que me hiciera lo que me hizo, se tomó libertades poco decentes». «Seguro que se las tomó más de

una vez». Comentó que esas bromas no le gustaban. Todo esto ocurrió mientras íbamos a cenar.

Al volver a casa, empecé a decirle palabras indecentes en el coche. «Te ha tocado el coño», le dije. «¿Le tocaste la polla?». Dio tal salto que pegó con el gorro en el techo del coche. «¡Oh, qué cosas dice, señor!…». Sin embargo, como estaba excitada, siguió contando poco a poco la historia, diciendo de vez en cuando que no era culpa suya… estaba borracha… borracha de cerveza y de ginebra… Se emborrachaba con poca cosa. Yo ya me había dado cuenta, por el efecto que había producido el champán. En vista de ello, me desabroché, para tener la polla a mano. Era una noche húmeda, la paja del suelo del coche estaba mojada. «Tengo los pies muy mojados», me dijo. «Ponlos en el asiento, querida». Me obedeció; se los toqué, como preocupándome por su comodidad, le puse la mano por encima del tobillo, sólo para comprobar si también tenía los tobillos mojados.

«Vaya, tienes los tobillos mojados». «Es verdad». Un rápido empujón, y le metí la mano entre los muslos. Un grito, un forcejeo, pero, antes de que me apartase los dedos, conseguí tocarle la raja. Era más fuerte que yo, pero le pasé las manos por sus grandes miembros, explorando, por debajo de las enaguas, su enorme trasero. «¡Oh!, no… es usted una bestia». «¡Oh, qué trasero!… ¡Qué muslos!… ¡Seguro que tienes un coño hermosísimo!… Déjame ponerte la mano en la rodilla y te juro que no la subiré más arriba». Para asegurarse de que dejaba la mano allí, me sujetó la muñeca con la fuerza de un tomo. La había hecho bajar a base de fuerza.

Le describí mi lujuria, mi deseo de poseerla, la incité, hice elogios indecentes de su cuerpo. «Déjame joderte». «No ha de hacerlo». «Ya sabes lo que es». «Sé a qué se refiere». «¿Qué tiene de malo?… ¿Quién se va a enterar?». Y después, el más antiguo de los trucos. Cogiéndole la enorme muñeca, le puse allí mi polla tiesa. ¡Qué elocuencia! Aunque fingió que seguía resistiendo, no retiró la mano del artículo.

Yo supongo que un hombre y una mujer que no se provoquen mutua repugnancia no pueden dejar de experimentar emociones indecentes recíprocas si se tocan mutuamente las partes privadas. Se ponen tiernos. A la mujer siempre le ocurre, cuando supera el primer golpe que sufre su pudor y su transitorio enfado. Si pudiera

aplicársele un termómetro a la raja recién tocada por un hombre, creo que mostraría un considerable aumento de temperatura. Después de forcejear y de besamos, mientras yo trataba de tocarle el chocho y de mantener la mano entre sus muslos, todo terminó con bocas unidas, con mi mano atenazada entre sus grandes muslos y los nudillos de una de sus manos tocándome el pito con renuencia fingida, hasta que el coche llegó a su alojamiento y nos separamos. El resto de nuestra conversación versó sobre su soldado y sobre su despido, y no vale la pena transcribirla.

*Al día siguiente. — En la Torre. — Llorando. — «El miserable está casado». — En T***f***d Street. — Después de la cena. — En el orinal. — Mis deseos rechazados. — Un ataque. — Contra la cama. — Robusta resistencia. — Amenazo con dejarla. — Lágrimas y súplicas. — En el sofá. — Consentimiento de mala gana. —Medio virgen.*

Al día siguiente, nos encontramos temprano y nos acercamos juntos a la Torre. De camino le expliqué lo que tenía que hacer cuando llegase (había seis millas de distancia). Hice todo lo que pude para estimular delicadamente su pasión, pero evité todo tocamiento amoroso porque la pobre mujer andaba buscando a su amante. Desde que nos habíamos tocado mutuamente las partes privadas, me había abierto su corazón. Me contó algo más de la historia de su escapada con el soldado, y me pidió consejo para determinadas eventualidades, que sólo podían ser aplicables a una mujer ya follada. Al acercamos a la Torre, empezó a ponerse extremadamente nerviosa. Hice parar el coche a la vista de la entrada y, tras recibir nuevamente mis cuidadosas instrucciones sobre qué preguntar y qué hacer, la mujer entró.

Salió a la media hora, con los ojos húmedos e hinchados, se metió en el coche y empezó a bramar con fuerza. El cochero, que le había abierto la puerta, se quedó allí, en espera de nuevas órdenes. No pude sacarle nada por unos segundos y le dije al cochero que nos condujese a una taberna cercana. Una vez allí, le di ginebra… pero no pude enterarme de nada. Todo lo que decía era: «¡Oh, qué sinvergüenza!». Volvimos al coche. Yo ya había hecho mis planes y le di instrucciones al conductor. «Dime… no es justo que me lo ocultes, después de todo lo que he hecho por ti…». Sollozo… sollozo… sollozo. Un poco más tarde, lo soltó todo de golpe. «Sí, estaba allí, esto es, estaba hace dos días», pero el regimiento se había ido a Dublín y no volvería hasta dentro de dieciocho meses… Desde luego, podían enviarle una carta, pero su mujer iba a llegar al

día siguiente, porque… «¡Oh!… ¡oh!… ¡oh!… el miserable está casado, y me ha engañado». «No debías haberle dejado». «No quería». «Juraría que le dejaste hacértelo más de una vez». «Me lo hizo dos veces, en la casa… me juró que, si le dejaba se casaría conmigo a los tres días… por eso le dejé… ¡Oh!… ¡ah!… ¡oh!».

A base de retazos de este tipo, me enteré de lo ocurrido, que más tarde volvería a relatarme con mayor claridad. La noche de autos se la había jodido dos veces, una en el suelo, en el caminito, y una en un dormitorio.

Fuimos a T***f***d Street, donde solía encontrarme con la señora Y***s***e. No era mucho más tarde del mediodía. Obtuve un saloncito cómodo, que daba a un gran dormitorio. Hice traer el almuerzo de un restaurante italiano de las cercanías. Cuando su dolor empezó a aplacarse, el vino la alegró, almorzó bien, sin dejar de hablar de su «desventura». Cuando terminamos, me pasé un rato acariciándola. Entonces, dije: «Quiero hacer pis» y, sacando la polla delante suyo, me fui al dormitorio y meé.

«¿No quieres hacer pis?». «No». «Tonterías… ¿Crees que no me doy cuenta? Anda, hazlo». Entró en el dormitorio. En cuanto cerró la puerta, yo la entorné con cautela. Allí estaba, sentada en el orinal, con una pierna desnuda, ajustándose una liga y meando fuerte.

Después, levantándose la ropa, se puso a rascarse el trasero, distraídamente, mirando a las paredes. El repiqueteo de su pis no cesó. Había estado toda la mañana fuera, había bebido ginebra y champán y debía tener la vejiga llena. El lado que se rascaba era el que yo tenía más cerca. Terminó de hacer pis, pero siguió sentada, rascándose las ancas. Después se levantó, se dio la vuelta, miró el orinal, lo metió debajo de la cama, se metió las ropas entre los muslos y, al levantar la vista, me vio en la puerta medio abierta. Se sobresaltó, me abalancé sobre ella.

«Qué muslos más hermosos… Qué espléndido trasero (aunque no se lo había visto)». «Qué vergüenza… Me ha estado mirando». «Sí, querida… Cuánto has meado… Qué trasero… Vi que te lo rascabas… Déjame tocártelo… ya lo hice anoche, y sabes lo que sentiste». Le puse las manos en los muslos desnudos, empujándola por el trasero hacia la cama. «Qué vergüenza pensar que ha estado mirando… Déjeme en paz, por favor… No, no lo hará… No… no,

no lo hará».

Me eché encima. Me había sacado el tentetieso. Lo sacudí hacia ella. «Fíjate en esto, querida… Déjame metértelo… por el coño». «No… Déjeme… No quiero… Ya estoy cansada de ustedes los hombres… No lo hará».

Pasamos un buen rato dedicados a este juego, yo suplicándole que me dejase poseerla, ella negándose. Nos debatimos y a punto estuvimos de pelear. Le levanté la ropa veinte veces hasta el vientre, con la mano entre sus muslos. Le palpé las recias nalgas, se las pellizqué, le agarré la pelusa del coño y tiré de ella hasta que gritó. Intenté en vano cuantos trucos había usado con otras, todo lo que se me ocurría. Dejé entonces de levantarle la ropa y, abrazándola, me puse a suplicar, besando y adulando, arrimando una de sus manos a mi polla, que no quería palpar… pero no sirvió de nada. Entonces, me agaché y volví a levantarle las enaguas, soltando cuanta palabra indecente me venía a la cabeza… y me atrevo a decir que eran palabras elegidas… Me puse de rodillas y, metiéndole la cabeza, como si fuera una cabra, por debajo de las enaguas, le puse la boca en el coño y noté su clítoris en mis labios; no fui, sin embargo, capaz de moverla. Era mucho más fuerte que yo. Entonces, me levanté y traté de desplazarla y empujarla hasta la cama. El mismo resultado hubiera obtenido tratando de levantar la cama misma. Intenté arrastrarla hacia un gran sofá, de tamaño suficiente para que dos personas se echasen en él y hecho para joder con comodidad. No hubo forma. Pesaba tanto y era tan fuerte que no pude ni moverla. Allí se quedó, apoyando el trasero en el borde de la cama, el pelo cada vez más revuelto, una de las medias bajada hasta el tobillo y la parte superior del vestido desgarrada. Pero no, no me dejaba. Estaba asustada… No quería… Yo era tan malo como el soldado. Excitada como estaba, ya no le importaba enseñar las piernas hasta las rodillas, pero luchaba por su coño, y no pude ponerle allí la polla.

No sé cuánto tiempo estuvimos forcejeando. Después, fatigado y sin aliento, me puse furioso. Furia natural, no artificial… lo que resultó efectivo, pues la brutalidad a menudo lo es con las mujeres.

Nos quedamos mirándonos. Mantuvo una mano en la ropa, por la parte del chocho, como defendiéndolo. Yo tenía la polla fuera, y me sentía derrotado y humillado. Siempre había tenido tanto éxito

con las mujeres que no podía comprender cómo no me salía con la mía. «Maldita idiota», le dije, «seguro que te han jodido más de cincuenta, y me estás contando un cuento sobre tu maldito coño y tus temores. ¿A qué has venido aquí?». Abrió los ojos, asombrada por mi mal humor. «Yo no sabía que veníamos aquí… Yo no sabía que usted quería hacerme eso… Me dijo que sería amable conmigo y que me daría algo de comer, señor… No había comido desde anoche, me dijo que sería amable conmigo, señor». Me lo dijo en el tono deferente de un criado.

«Seré amable, pero tú también tienes que serlo conmigo… ¿por qué sólo yo?». «No lo sé», lloriqueó. «El soldado te jodió, y seguro que te lo han hecho más de una docena». «Nadie me lo ha hecho más que él, y sólo dos veces», me dijo, sollozando. «Déjame». «No, no quiero, me da miedo». «Vete al infierno». Me metí la polla, que estaba colgando, pasé al cuarto de al lado, me puse el sombrero y el abrigo, cogí el bastón y, volviendo al dormitorio, la encontré en la misma posición, con el culo apoyado en la cama, llorando. Cuando me vio vestido para irme, se sobresaltó.

«¡Oh!, señor, no me deje aquí sola… ¿No lo hará, verdad?». «Sí que lo haré… ya te arreglarás para encontrar la salida». «¡Oh!, déjeme ir con usted, señor». «No pienso, ni pienso volver a verte… ¿De qué me sirve?… No me dejas que te tome, ni siquiera que te toque».

«Le dejaría, pero tengo miedo… tengo que ganarme la vida, y bastante mal me ha tratado ya ese sinvergüenza… Yo no pensaba que me traía aquí para eso». «¿Entonces qué pensabas?». «No pensé nada… Estuve pensando en él todo el tiempo». «No pensabas en él cuando te toqué el coño en el coche, ayer por la noche… adiós». «¡Oh!, quédese un minuto por favor, señor… No me deje aquí». Seguía apoyada en la cama. «¿Me dejarás?… Eres idiota». «¡Oh!, no me insulte… Yo le dejaría, pero tengo miedo… Tengo que ganarme la vida». «¿No te ha jodido nadie?».
«S-sí…
S-sí»,
sollozó, «pero no fue culpa mía… Estaba… ¡ah!… borra… cha…». Y se puso a sollozar con la potencia de un toro mugiendo.

Sentí entonces compasión, pues nunca fui capaz de soportar el llanto de una mujer. Me arranqué el sombrero y el abrigo, me

acerqué a ella y la besé. «Bueno, bueno… déjame que te toque el coño… eso no puede hacerte daño».

No volvió a oponer resistencia. Le levanté la ropa y le puse los dedos en el chocho. Froté con fuerza en el punto exacto, pero no pude acercar los dedos hasta el sagrado agujero. Sus enormes muslos me cerraban el camino del tubo para pollas, como si hubieran sido una puerta cerrada. No podía meter la mano.

Mis dedos, no obstante, estaban ya en los labios del coño, moviéndose y frotando. «No llores… Ya sé que me vas a dejar… ¿Quién se va a enterar?». Traje un vaso de champán del salón, y se lo bebió como quien da un sorbo de agua. Mi mano volvió a su sitio y nos pusimos a hablar y a besamos, mientras le frotaba el clítoris con los dedos. Después, volviéndome más hacia ella, le pasé la otra mano por el gran trasero, tan duro, tan liso y tan frío al tacto como el mármol.

Así pasamos un buen rato. Poco a poco, al sentir los efectos del cosquilleo, empezó a entregarse. Me cogió con fuerza el ardiente pito. La masturbé con más energía, apoyó la cabeza en mi hombro y le puse los dedos bajo el clítoris, y de ahí al agujero. «¡Oh! (sobresalto), me está arañando…, me hace daño ahí».

Quité la mano. «Ven aquí… No seas tonta», le dije, «vamos a hacerlo… Te gustará… Ven…». Y tiré de ella. Movió su enorme humanidad, se apartó de la cama y me acompañó lentamente hasta el sofá. «Siéntate así, querida… Dame un beso… Sube las piernas, sé buena». Lentamente, pero a base de empujones y de súplicas, conseguí que se echara y, en cuanto se tumbó, le levanté las enaguas y me eché encima de ella.

Vi los grandes miembros, blancos como la nieve. Por la parte alta de sus muslos asomó una masa oscura de pelo. «¡Oh!, no me haga daño». «Tonterías, no voy a hacerte daño». «Sí que me hace daño… ¡oh!». Mis manos se mueven, mi culo oscila, entro en un coño… todo ha terminado… me la he jodido.

«¿Te he dado placer?». (Siempre que tenía dudas lo preguntaba). «Contesta… ¿te he dado placer? Anda, dímelo… Qué tontería, no te calles… Dímelo». «Sí, cuando dejó de hacerme daño». «¿De verdad te hice daño?». «Sí». «Imposible». «Sí que me hizo daño». Yo pensé para mis adentros que las mujeres son siempre muy cuentistas… un granadero se la había jodido dos veces, y ella seguía diciendo que

mi polla le hacía daño.

Como el sofá era bastante grande, me eché a su lado. Consumado el truco, el atrevimiento de la mujer que ha probado el placer y que siente la leche del hombre en el chocho se apoderó de ella. El champán añadía su influencia suavizante. Se bajó a medias el vestido, nos pusimos a hablar tumbados. Le palpé el chocho. «No lo haga». «¿Qué pasa?». «Me duele». «Pero si estás sangrando». «Me ha hecho daño». Tenía la polla fuera y en seguida se me levantó. La sangre que vi en mis dedos y su dolor me produjeron un estremecimiento voluptuoso. Los calzoncillos me molestaban. Me los quité de un tirón y me puse a su lado. «Voy a verte el coño». Se resistió, pero pude verle los grandes muslos cerrados y el adorno de pelo oscuro. Entonces, arrodillándome entre sus muslos, abrí los labios, de los que se derramaba un esperma manchado de sangre. Me eché encima de ella y volví a meterle la polla. Me aferré a sus nalgas, enormes y firmes, ella se agarró a mi culo, y echamos lo que me pareció un espléndido polvo. Todas las mujeres, y también las chicas que carecen de instrucción, abrazan a los hombres que se las están tirando en cuanto sienten placer por vez primera, pero no antes. Nos quedamos medio dormidos, estrechamente abrazados. Después, nos levantamos, ella confusa, yo alegre y lleno de indecente curiosidad. «¿No quieres lavarte?». «Sí, pero váyase». Me fui, pero volví en seguida. Se lo había inundado de agua. «No está sangrando». «Sí, un poco». «Tienes la regla». «No, no la tengo».

La conduje otra vez al salón. Bebimos más vino, se puso alegre, pero no borracha, ni vivaz, ni ruidosa, sino obtusa, estúpida y obediente. Jodimos una y otra vez, y nos quedamos en la casa de citas, bebiendo y divirtiéndonos, hasta las nueve de la noche. ¡Cómo le gustaba a aquella mujerota tener una polla dentro! Por lo demás, la apertura de su coño le abrió también el corazón y la boca.

La historia de la criada corpulenta. — El soldado en la estación de ferrocarril. — Cortejando. — En el caminito del pueblo. — Sobre la hierba. — En la taberna. — Follada a medias. — Inspección de sus partes privadas denegada. — Abandono lascivo. — Su primera corrida. — Una noche con ella. — Su cuerpo. — Efectos súbitos de un espejo. — La indecencia la solicita. — Fuerza sexual y goce. — Consigue situarse. — Dejamos de vernos. — La mujer del carnicero. — Un encuentro accidental. — Se llamaba Sarah.

Me contó su historia. Cuando vino del campo para emplearse en casa, al llegar a la estación, le faltaba su caja. Un gran soldado, viendo que no era del lugar, la ayudó a informarse, la llevó a un coche, la invitó a un vaso de ginebra, ella aceptó y le contó dónde iba a trabajar. A la noche siguiente, se presentó en casa, le hizo el amor, le escribió, se encontraron los domingos por la noche, y otras veces, cuando salía con permiso. Le propuso matrimonio, y ella escribió a su hermana, contándoselo todo.

La noche del domingo de autos, la llevó a una taberna, y allí bebieron ginebra y cerveza hasta que se emborrachó. Sabía en parte lo que estaba haciendo y, aunque no le pareció seguro entrar con él en el caminito oscuro, lo hizo a pesar suyo. Él le prometió que se casarían en el plazo de un mes y que entonces dormirían juntos. La abrazó, la besó y empezó a tomarse libertades. Ella se resistió. Bueno, si no le dejaba, podía irse sola a casa… ¿Por qué no dejarle? Pronto serían una sola persona, en sagrado matrimonio…, etc., etc. Ella sintió que no podía resistirse. Él trató de penetrarla de pie, apoyados en una barandilla. Después le pidió que se echase sobre la hierba y, al negarse ella, la empujó y se subió encima. Ella se debatió y gritó, pero estaba tan asustada que parece que el soldado se salió con la suya. De todas formas, ella pensaba que no había conseguido tirársela; empujó y le hizo daño, y debió correrse fuera, aunque no estaba segura. Oyeron pisadas, se levantaron, ella lloró.

Sabía que tenía la ropa sucia (aunque era un día seco y caliente) y el gorro torcido. Le daba miedo volver a casa; el soldado le dijo que tenía que arreglarse, y la llevó a una mala taberna para hacerlo. Aterrorizada por lo que ya había hecho, y temiendo perder su posición y su trabajo, apenas sabía qué hacer. Bebió más ginebra, entró con él en un dormitorio para lavarse y cepillarse, y él la persuadió entonces de que ya que lo había hecho una vez, bien podía hacerlo dos. Jodieron en la cama. Después, resultó que el soldado (no cabía equivocación sobre su identidad) estaba casado —era sargento— y tenía dos o tres hijos.

«¿Estás segura de que entró bien?». «En la cama, del todo, pero no sé muy bien lo que dijo ni lo que hizo en el caminito… Me emborrachó en seguida… Sí, sangré, cuando llegué a casa vi manchas de sangre en la camisa, y me hizo mucho daño». Yo quería verle el coño, porque sus manchas de sangre me hacían dudar, y la dificultad de penetración que había sentido, aunque sólo por uno o dos segundos, me intrigaba. Le palpé el coño, hizo una mueca… le dolía. Vi una mancha casi imperceptible de sangre en mi dedo. «*Tienes* la regla». «No, de verdad. La tuve la semana pasada». «Déjame verte el coño». Adulé, acaricié, traté de abrirle los muslos. No conseguí nada. Era mucho más fuerte que yo y, cuando me cogía la muñeca para liberarse de mis caricias, me apartaba la mano con facilidad. El empleo de la fuerza era inútil. Como ya se ha dicho, era fuerte como un caballo.

Entonces me puse otra vez furioso. Dos horas antes la había conquistado enfureciéndome y ahora empecé a maldecirla y a insultarla por su falso pudor. Empezó de nuevo a lloriquear. «¡Oh!, me asusta… Cómo se pone… Tengo mucho miedo… No está bien que le miren a una la cosa». «Condenada idiota, la he jodido… seguro que el soldado te la miró». «No lo hizo… no lo hizo… que yo sepa». Conseguí que consintiera, a base de maltratarla. Le separé los muslos y le vi el chocho. De haber sido de la vida se hubiera cuidado de apartar el trasero de la luz, pero se quedó echada, tapándose los ojos con el brazo, como si no quisiera ver que un hombre investigaba su trampa de amor.

Encontré los restos desgarrados de una virginidad reciente, que mostraba cerca del clítoris un desgarramiento fresco y crudo, y huellas de sangre. Se lo toqué, hizo una mueca y me aplastó la

mano entre sus grandes muslos, cosa que me llevó otra vez a proferir maldiciones. Volvieron a abrirse, le metí los dedos profundamente en el coño, tanteando. De las profundidades no salía sangre, toda venía de la parte anterior. Miré hasta que se me levantó la picha, y entonces volví a jodérmela.

Nunca pude descifrar el enigma, y cada vez que nos veíamos hablábamos de él. Estaba bien segura de que el soldado la había penetrado y de que en el dormitorio se había corrido dentro. En cuanto a su polla se refiere, no sabía si era corta o larga, gruesa o delgada, pues no se la había visto nunca, aunque él se la puso en la mano en el caminito. Mi conclusión es que el soldado debía tener una polla muy pequeña, que sólo rompió lo necesario para entrar, y que yo terminé con la virginidad.

Lo más extraño es que su coño era uno de los más prietos que yo haya visto en mujer adulta. Más bien parecía el coño de una niña de catorce años, excepto en profundidad. Por fuera era de buen tamaño y hermoso a la vista, entre enormes muslos blancos y enormes nalgas globulares. Su plumaje parecía el de una mujercita. Yo esperaba encontrar pelo hasta el ombligo, pero tenía bastante poco pelo, cosa que me ayudó a creer en la edad que alegaba, veintiún años recién cumplidos.

Era una mujer de gran volumen, pero de pobre simetría. Tenía un vasto trasero, pero era gruesa hasta la cintura, y tenía grandes pechos, firmes como rocas. Sus muslos eran muy hermosos, pero tenía las rodillas tan grandes que no podía sujetarse las ligas por encima, y era torpe de tobillos y de pies. Su piel era muy hermosa, con un olor tan dulce como la leche nueva, dulce hasta en el mismo coño. Recuerdo que me apercibí de este detalle, porque, poco tiempo antes, me había molestado el olor de Fisher, una mujer que me follé.

Pasé el resto del día con la gran Sarah, le dije que la mantendría mientras se quedara en su alojamiento, y le aconsejé que viviera bien y que se divirtiese. La verdad es que no se necesitaban ocios y comidas para ponerla cachonda, resultó ser una fuerte folladora desde la primera vez que satisfizo su pasión.

La hice quedarse toda la noche una o dos veces. En su alojamiento, dijo que se iba a casa de una tía. La llevé a la calle J***s, que me gustaba más que la T***f***d, porque esta última,

aunque fuese más tranquila y frecuentada sólo por golfas de mediana edad, resultaba pasada de moda, sucia y aburrida, mientras que la casa de la calle J***s tenía espejos dorados, cortinas de terciopelo rojo y luces de gas. Cenamos en el Café de L'Europe y, a las nueve, nos encontrábamos en la habitación donde tantos palos había echado. Me deleitó ver su carne blanca bajo una luz brillante. «Anda, quítate la camisa… mírame», dije. Yo me desnudé del todo. Le desnudé el trasero, el vientre y los pechos, por este orden, mientras ella, riendo, trataba de impedírmelo. Lo conseguí a base de elogiar su bello cuerpo. «¿Tan bien hecha estoy?». «Un modelo, querida», dije, y quedó desnuda salvo las medias y las botas. Desplacé el espejo móvil y nos echamos en el sofá. «Mírate los muslos y el coño en el espejo, querida… Mírame también la polla». «¡Dios, qué cosas tienen en esta casa!… ¿Hay muchas casas así?», preguntó.

La puse de rodillas en el sofá, con la cabeza apoyada en la cama y el trasero hacia mí, y le introduje el pene estilo perro. ¡Qué cachonda la había puesto! ¡Qué cachondo me sentía yo apretando el vientre contra aquellos dos espléndidos hemisferios! «Vuelve la cabeza y mírate en el espejo». «¡Oh!», me dijo, meneando el trasero, «¡qué vergüenza, los dos mirando así!». La visión la dejó sin aliento y le hizo menear el coño apretando más la clavija… cosa que una mujer aprende en seguida a hacer.

En la pared había un gran espejo, para que los que estuvieran en la cama pudieran ver todos sus movimientos. Aparté la cortina. Jodimos, gozando de la visión de nuestros empujones, acometidas y meneos de trasero, y pasamos la noche dedicados a todas las indecencias que yo solía entonces practicar. «¿Te gusta mirar?». «Sí, sí que me gusta… pero me hace correrme inmediatamente». Era verdad, y me di cuenta de que si le decía, en mitad de un polvo, «mira, mira cómo empujo», en cuanto miraba, se corría; le temblaba el gran culo y me apretaba la polla con el coño como un tomo. Más adelante, lo hacíamos igual y, cuando no estábamos en el mismo cuarto, yo colocaba el espejo móvil al lado de la cama. El súbito apretón y el tirón de culo que daba al mirar me divertían, y siempre que estaba con ella preparaba el espectáculo. Era algo que no solía hacer con otras mujeres.

Fue una noche deliciosa. Ambos estábamos completamente desnudos. Sus miembros inferiores eran mucho más bonitos cuando estaban desnudos que cuando tenía puestas las medias y las botas. La habitación se calentó, nos arrancamos toda la ropa. Era una mujer jugosa, y había que ver las sábanas por la mañana. Yo me preguntaba si todo aquello podía salir de un coño y una picha. «¿Qué dirán?», me dijo.

Al anochecer, le indiqué dónde encontrar el lavabo y le aconsejé enfáticamente que, si le hablaban, no respondiera. Desayunamos en la cama, volvimos a joder. Sintió necesidad de evacuar y, vistiéndose a medias, bajó. Cuando volvió, yo salí con las mismas intenciones; se había lavado. Cuando volví, la encontré mirando preocupada las manchas de semen de la ropa de cama. Nos metimos otra vez en la cama. Respondiendo a mis preguntas, me dijo que la mujer de la casa le había dicho: «Eres una mujer espléndida… Me gustaría que me dieras tu dirección, podrías hacer una fortuna». Ella no le contestó. La poseí varias veces en la calle J***s, como ya he dicho, pero me cuidé mucho de no quitarle la vista de encima.

Salió a buscar trabajo. Yo sabía que una mujer tan fuerte, tan grande y de apariencia tan fresca lo encontraría sin problemas. Cuando volví a verla, después de lo sucedido, estaba algo deprimida. «En buen lío me he metido», me dijo; «podía haberme casado bien en el campo, pero pensé que me iría mejor en Londres. Y ahora, ¿en qué me he convertido?». «Querida, el coño no habla, y, si cuidas la lengua, nadie se enterará de nuestras pequeñas diversiones y podrás casarte bien».

Me cansé pronto de ella. Era un ser bienhumorado, necio, estúpido y confiado, y yo me preguntaba cómo se las habría arreglado para vivir veintiún años en el campo sin que nadie le metiera la polla. Era una folladora de coño hermoso, a la que no podía pedirse más. Tuvo sus consecuencias, porque un día no le llegó la regla, pero de alguna forma se las apañó para arreglarlo todo y no tardó en ponerse a trabajar. Me la jodí una vez después… Dios mío, ¡cómo gozó! Servía no lejos de mi casa. Se casó pronto, con un carnicero. Abrieron una tienda, les fue muy bien; después, cambiaron de domicilio, y la perdí de vista varios años. Un día, me la encontré, andando con dos o tres niños, supongo que suyos. Seguimos andando y nos limitamos a miramos.

Estuve a punto de hablar, porque la vi inesperadamente, y mi primer impulso fue abrir la boca. Se quedó parada, echó atrás la cabeza y dejó caer la mandíbula inferior, abriendo mucho la boca, cosa que hubiera parecido ridícula de no ser por la expresión de miedo y dolor que asomó a su cara. Recuperé la serenidad, seguí andando, y no volví a verla.

Le pagué los gastos de alojamiento y le regalé un billete de diez libras. Me resultó muy barato… pero jamás vi una mujer más agradecida por mi generosidad. «Tenía dos libras, y ahora tengo doce», me dijo, «voy a mandarle una libra a mi madre». Cuando le di las diez libras, me preguntó qué era aquello, pues en su vida había visto un billete de banco. He poseído a una o dos campesinas de su misma clase, que tampoco conocían los billetes de banco.

*Un hueco en la narración. — Una querida. — Un legado afortunado. — Preparaciones secretas. — Huida súbita. — En París. — Un perro y una mujer. — En una ciudad lacustre. — Una dama sudamericana. — La señora 0*b***e. — Mirando desde la ventana del dormitorio. — Axilas peludas. — Efectos estimulantes. — Nos conocemos. — Los niños. — «Juego con mamá como papá». — Excursión por el agua. — Efectos lascivos. — Dormitorios contiguos. — Puertas dobles. — Noches de desnudez. — Su cuerpo. — Su sexo. — Confesiones carnales. — Periodicidad de la lujuria.*

Omito muchos incidentes ocurridos durante un par de años o más, durante los cuales mi situación económica fue buena, tuve una querida a la que había seducido, como se dice estúpidamente, y tuve hijos. Ello, sin embargo, no me hizo feliz y huí de la relación. El mundo nunca se enteró. Mi vida doméstica se hizo finalmente tan insoportable que llegué a pensar en vender cuanto tenía, renunciando a todas mis posibilidades de ascenso y a la prometedora carrera que entonces tenía ante mí y marchándome para siempre al extranjero sin saber a dónde ni preocuparme por ello. Mi madre había muerto, una de mis hermanas estaba casada y no me servía de consuelo, la otra estaba lejos, mi hermano en ninguna parte. En aquel preciso momento, un pariente lejano me dejó una considerable cantidad de dinero, sin que llegara a enterarse casi ninguno de mis amigos, ni nadie de mi casa, ni en realidad persona alguna hasta que me hube gastado buena parte. Hasta que me organicé para poder disponer de unos cuantos miles de libras a la vista, no se lo dije a nadie y después me compré discretamente una buena cantidad de ropa nueva. Un día hice llevar a casa baúles nuevos, y aquel mismo día preparé las maletas. «Me voy al extranjero», dije. «¿Cuándo?». «Esta noche». «¿Dónde?». «No sé… eso es asunto mío». «¿Cuándo vuelves?». «Quizá dentro de una semana… a lo mejor dentro de un año…». Y tardé mucho tiempo en

volver. Durante este tiempo, nunca escribí a Inglaterra, excepto a mis abogados y a mis banqueros, quienes tenían que saber, de vez en cuando, dónde me encontraba.

Fui primero a París, donde me divertí recorriendo las casas de citas y vi a un gran perro tirarse a una mujer que le presentaba el culo como si fuera una perra. El perro empezó por lamer y oler el coño y, después, se puso a joder. Estaba acostumbrado al regalo. Después vi a un pequeño spaniel lamerle el coño a otra mujer francesa. Ella se ponía un poco de azúcar en polvo en el clítoris y, cuando el perro se la había comido, conseguía de alguna manera que siguiese lamiendo, hasta que se corría, o fingía correrse, gritando: «Nini… *cher* Nini… sigue, Nini», en francés, naturalmente.

Podría relatar con detalle estos dos episodios, pero lo único que merece la pena destacar es que el terranova, que sacaba una lengua tan grande como su polla mientras le metía el pene en el coño a la mujer francesa, se corrió, se dio la vuelta, pareció asombrarse por no haberse quedado con el culo pegado al de ella y se lamió los restos de esperma de la punta de la polla. No me gustó nada verlo y jamás quise repetir la experiencia.

Hubo pocas ciudades grandes de la Europa Central que no visitara, y creo que las mejores casas de citas de las mayores ciudades me vieron a *mí*. Fue un viaje en el que mis hazañas amatorias se cumplieron sobre todo con las sacerdotisas de Venus. No pedía más que rostros hermosos y miembros hermosos, aparte de inmediata sumisión a mis deseos. Aunque, sin duda, aprendí mucho y cultivé en el más alto grado mis gustos voluptuosos, no llegué a desarrollar ninguno de esos gustos heterodoxos que, en general, acompañan al gran conocimiento y a la prolongada práctica de los asuntos de coño. Relataré tan sólo los más notables incidentes de fornicación.

Me encontraba en el hotel B***, en una ciudad suiza a orillas de un gran lago, había llegado tarde, y me habían metido en el tercer piso, en una habitación que daba a un patio. Por la mañana, me levanté, me puse la bata y me quedé observando el patio y las paredes y ventanas de los diversos dormitorios que daban a él por tres lados. Mirando hacia mi derecha, un piso más abajo, vi, por encima de los visillos de un dormitorio, una cabeza de mujer, una cabellera oscura y larga y un brazo desnudo que cepillaba con

vigor. El brazo parecía tener el tamaño del de un hombre poderoso, pero era un brazo de mujer. Se movió sin sospechar nada, y no tardé en apercibirme de que estaba desnuda hasta debajo de los pechos, aunque sólo pude ver retazos de su desnudez, algunos segundos, mientras se acercaba a la ventana, o se alejaba de ella. Después, se levantó unos instantes el pelo, pareció contemplar el efecto del arreglo y mostró bajo una axila lo que parecía un nido de pelo. Tenía la carne cetrina, o marrón, y parecía grande y de mediana edad. Mi ventana estaba cerca del ángulo del patio, la suya también, al otro lado. Lo que vi sólo se percibía desde mi ventana y la que estaba encima.

La axila me excitó, me puse cachondo, aunque no alcancé a ver mucho, ni por mucho tiempo. Ora veía la nuca, ora la espalda, a tenor de las posturas que la mujer adopta cuando se arregla el pelo, y en la medida en que el espejo, las ventanas y mi posición eminente me permitían. Una o dos veces, vi grandes pechos de color leonado. Después, se puso a mirarse los dientes. Después desapareció, volvió a aparecer, y me figuré que estaba desnuda hasta la cintura. Después, la perdí de vista, un instante más tarde pude verle la parte superior del trasero desnudo, como si no llevara ropa y se hubiera agachado de espaldas a la ventana. Cuando volvió a aparecer, estaba más vestida. Acercándose a la ventana, miró al cielo, me vio y cerró rápidamente la cortina.

Bajé a desayunar, me encontré con algunos amigos, me senté con ellos en el gran comedor de donde se desayunaba y vi, cerca de mí, a la mencionada dama. Como le había visto muy mal la cara, al principio no la reconocí. Sin embargo, el tono oscuro de sus ojos y de su pelo, la plenitud de su busto y el tinte marrón de su piel disiparon mis dudas. Nos presentaron. «La señora 0*b***e, una dama de Nueva Orleans, gran amiga nuestra… Viaja con nosotros desde hace algunas semanas… con sus dos hijos pequeños», etc., etc…

Mientras fumábamos cigarros en el jardín después del desayuno, mis amigos me hicieron saber que aquella mujer, otra mujer sudamericana y ellos mismos hacían un largo viaje y que llevaban varias semanas en Europa. Era la esposa de un caballero que poseía varias plantaciones y que había regresado a América con la pretensión de reunirse de nuevo con su mujer en París en Navidad.

La dama de las peludas axilas y su marido eran amigos íntimos de mis amigos.

Resultó que el grupo llevaba el mismo camino que yo, y decidí quedarme en **** mientras estuvieran allí. Nos veíamos a las horas de comer. Yo me unía a sus excursiones y hacía mucho caso a los hijos de la dama, que se aficionaron a mí. Al principio, ella parecía evitarme, pero, a los dos o tres días, me dio muestras de simpatía. Yo supuse que le habían contado mi historia y, posteriormente, me enteré de que así había sido. «Un hombre casado que viaja sin su mujer es peligroso», me dijo un día, cuando ya éramos buenos compañeros. «Una mujer casada que viaja sin su marido es un peligro para mí», respondí. Nuestras miradas se cruzaron y dijeron más que las palabras.

Me quejé de mi cuarto, y, unos días más tarde, el administrador del hotel me enseñó otros mejores. Yo me había enterado de la situación de los cuartos de la dama y pedí uno contiguo a los de ella. «Ése no sirve», me dijo, «es grande, y tiene dos camas». «¡Oh!, hace tanto calor, quiero un cuarto grande…, enséñemelo». Lo hizo. «Cuesta el doble». «No importa…», y lo tomé inmediatamente. Qué suerte, pensé. Su cuarto era el siguiente, y contiguo a él se encontraba el cuarto donde dormían sus dos hijos. La medio institutriz, medio sirvienta que viajaba con ellos vivía en otro piso —no sé por qué— debido quizás a que el cuarto siguiente al de los niños era un salón.

Mi nueva habitación tenía, como era costumbre, una puerta que comunicaba con la de ella. Escuché una o dos noches y mañanas y oí el chapoteo del agua y el repiqueteo de los orinales, pero con dificultad, y no lo suficientemente fuerte como para despertar mi imaginación, o satisfacer mi curiosidad. Las puertas tenían cerrojos por ambos lados y eran dobles. Abrí la mía y probé la suya. Estaba cerrada con cerrojo. Seguí, no obstante, esperando una oportunidad, pues deseaba poseerla, considerando que una mujer que llevaba meses sin hombre, y que podía pasar así algunos meses más, estaría dispuesta a jugar a mamá y papá si podía hacerlo sin comprometerse.

No era muy bella, pero sí elegante, bastante alta, muy bien formada, con un gran busto y un cabello espléndido. Su piel tenía el tinte aceitunado de algunos sureños. Podría incluso suponerse que

llevaba una gota de sangre negra, pero tenía unos rasgos bastante aguileños y bonitos. El rostro era más bien frío y serio, los ojos oscuros y pesados, el único rasgo sensual de la cara era una buena boca, de grandes labios, y de expresión indecente cuando reía. Supongo que tenía un genio del demonio.

Tras uno o dos días abandoné toda esperanza, porque no entendía mis insinuaciones, me devolvía con frialdad el apretón de mano, y mi compañía parecía sólo serle agradable cuando jugaba con sus hijos. De todas formas, cuando reía y me miraba a la cara, algo en sus ojos me hacía pensar que un buen par de pelotas rondando por su trasero la deleitarían. Yo pensaba con frecuencia en lo que solía decir un amigo mío, cirujano en un regimiento de élite donde yo tenía varios amigos.

«Todos los animales están alguna vez en celo, la mujer también, incluso la más fría. Tantear a las frías no sirve más que cuando oyen la llamada del coño, porque en ese momento lo desean más que las otras, aunque no les dura. Si pescas a una mujer fría cuando está en celo, tantéala; yo nunca he sabido cómo averiguar el momento… son astutas, las malditas». Tales fueron las palabras del cirujano.

Supongo que debí pescar a la señora 0*b***e en celo, y ocurrió pronto. Un día pasamos varias horas en el lago, en una barca. Ella tenía miedo, y, cuando la barca se movía, yo la enlazaba, le apretaba el brazo y acercaba mis rodillas a las suyas. En algún otro momento, nuestros muslos se unieron. Le puse uno de los niños en las rodillas. El niño se sentó sobre mi mano, que quedó así entre su pequeño trasero y los muslos de su madre. Dejé allí la mano, apartándola muy despacio, subiéndola poco a poco y apretando el muslo mientras se movía hacia el vientre, pero de forma tan delicada que no podía ofenderla. No dejé de mirarla a la cara. «Minnie pesa mucho, ¿verdad?», dije. «Ya va pesando más», respondió, mirándome a los ojos.

De su mirada deduje con seguridad que sabía que le estaba palpando el muslo. Había puesto su voluptuosidad en movimiento. El agua empezó a agitarse. «Voy a marearme», me dijo. «¿Cómo?, ¿en un lago así?». «¡Oh!, soy mala marinera». Le rodeé el cuerpo con el brazo y la estreché contra mí. El agua dejó de moverse, volvió el buen tiempo. Me dijo que el agua siempre la mareaba, que parecía remover algo en ella. «Ya me gustaría verla revuelta», le

dije. Después, para evitar comentarios, cambié de sitio y me senté frente a la señora 0*b***e. Estábamos frente a frente, mirándonos. Moví los pies hacia delante, para frotarle el tobillo con el pie. No apartó el suyo, pero me miró.

Cuando llegamos a ***, cenamos y después nos sentamos en el jardín. Oscureció, y formamos varios grupos. Yo me senté a su lado y empecé a jugar con los niños. Uno de ellos dijo: «¿Por qué no juegas conmigo como papá? Juega con mamá como papá». «¿Quiere que juegue a papá con usted?», le pregunté a la señora 0*b***e. «Prefiero que no», me dijo. «Daría un brazo por hacerlo», respondí. «¿Lo haría?», me dijo. «¡Oh!, Margaret, acueste a los niños…», y se alejó con la institutriz y con los niños. Me uní al grupo de mis amigos, que estaban fumando y después me metí por un sendero lateral que llevaba al camino por donde habría de pasar la señora 0*b***e. Acababa de despedirse de los niños. «En seguida subo a veros…», les dijo. Y a mí me dijo: «Creí que se iba usted a la ciudad». «Sí, creo que va a ser mi noche… Estoy loco… Quiero compañía». «Buena compañía será, supongo». «Déjeme entonces que le haga compañía». No había nadie en las cercanías. La besé. Se lo tomó con calma. «No lo haga, me va a comprometer». Estaba ya muy oscuro. Volví a besarla. «Me muero por acostarme con usted», susurré. «No debiera hablar así… Basta ya, van a verle…», y nos separamos.

Yo había tomado nota de sus costumbres y sabía que solía subir a ver a sus hijos en cuanto éstos se habían metido en la cama, por lo que la esperé al pie de la escalera. No tardó en llegar. «Cómo, ¿usted aquí?». «Sí, me voy a la cama, como usted». Era una noche bochornosa, todo el mundo estaba fuera, los sirvientes del hotel se asomaban a las ventanas abiertas. Nadie nos vio subir. «Pero ése no es su cuarto… está al lado del mío». «Sí que lo es. La he estado escuchando las dos noches pasadas». «¡Oh!, es usted un hombre astuto. Ya me parecía a mí». «Fíjese qué cuarto más bonito»; le dije, abriendo la puerta. Había una luz mortecina en los pasillos, mi cuarto estaba a oscuras. Se asomó, le di un leve empujoncito y cerré la puerta.

«No cierre la puerta», me dijo, volviéndose rápidamente. La atrapé y la besé. «Quédese conmigo, querida, ahora que está aquí… Me muero por usted… Béseme, por favor». «Suélteme… Basta ya…

suélteme… No haga ruido… ¡Oh, si me oyese la institutriz!, ¿qué pensaría?». «No está ahí». «A veces se queda hasta que subo a ver a los chicos, ¡oh! No lo haga… Nada de eso». La había acorralado contra la pared, rodeándola con el brazo, y le estaba apoyando la mano en el vientre, por fuera de la ropa. Me apartó la mano, me agaché, se la metí por debajo de la ropa hasta el coño y, sacando la polla, se la puse en la mano. «Déjeme… hagámoslo… Me muero por usted». «¡Oh, por el amor de Dios, no! ¡Oh, no!… Basta, va a comprometerme… ¡Shhh, si estuvieran escuchando!». Hablamos un instante, se debatió en silencio, suplicándome que desistiera, pero mis dedos estaban seguros en su coño, masturbándolo. No recuerdo qué más dijo, pero la llevé hasta el borde de la cama, la empujé sobre ella y le metí la polla. «¡Oh, no me comprometa!… Basta ya». Después, jodió en silencio, gimiendo «oh, oh» cuando el torrente de mi esperma se derramó en su coño.

La única luz que había en el cuarto era la de la noche, que venía del cielo atravesando la ventana que daba al patio. Que yo sepa, nunca le había dejado tanto tiempo la polla dentro a una mujer después de joder y puedo afirmar que, mientras estaba dentro, le conté que la había visto cepillándose el pelo, etc. Me dijo que iba a comprometerla y… ¡oh!, si se quedara embarazada… «¿qué sería de mí?». Desmonté al sentir que el esperma se me derramaba por las pelotas y que la polla se me encogía. «¡Oh!, ¿qué ha hecho conmigo, hombre malvado?», me dijo, sentándose en un lado de la cama. «¡Oh, si me vieran salir de su cuarto!… ¡Oh, como me hayan estado escuchando!».

Bajé la persiana y encendí una vela, muy a su pesar. Se sentó al borde de la cama, donde me la había follado, con las ropas aún en parte levantadas. Me puse a escuchar tras la puerta, no oí nada, volví a contarle que la había estado observando desde la ventana de arriba y le dije que le había visto los pechos y las axilas. Sentí, al contárselo, que se me levantaba la polla. Me senté a su lado y le dije: «Hagámoslo otra vez, amor mío», mientras le metía la mano por debajo de la ropa. Nunca me olvidaré de lo que sentí. Tenía los muslos, que se cerraron sobre mi mano, pastosos en toda su extensión. ¡Qué cantidad de esperma por un solo minuto de placer! Me rechazó y se levantó.

Yo me levanté también; la besé, la adulé, insistí, me miró, la

toqué, me moví arriba y abajo el prepucio del pene. No, no quería. La amenacé entonces con hacer ruido, si no se dejaba, y le juré que volvería a poseerla. Me prometió dejarme, si le permitía entrar antes en su dormitorio… abriría el cerrojo de su lado si podía. No estaba segura de que hubiese llave. Si no la había, abriría la puerta del pasillo, pero sólo a medianoche, cuando el gas de la luz estuviese apagado y hubiese poca gente por allí. Me lo prometió solemnemente, y selló su promesa con un beso. «¡Oh, por el amor de Dios, no haga ruido!». Abrí la puerta de mi dormitorio y vi que el vestíbulo estaba desierto. Salió y llegó desapercibida hasta su habitación. Entonces, abrí la puerta de comunicación por mi lado. Eran puertas dobles. Me pareció que me hacía esperar largo rato, aunque no llevaba más que cinco minutos en su cuarto; me quité toda la ropa menos la camisa, llamé suavemente a la puerta, después con más fuerza. El cerrojo se movió, la puerta se abrió. Sólo había entrado para asegurarse de que los niños estaban acostados y de que la institutriz no estaba con ellos. «¡Oh, he pasado tanto miedo, pensando que estaba allí!», me dijo.

Los niños estaban dormidos, les había cerrado la puerta con cerrojo. «Y ahora váyase a la cama, y deje que yo también me vaya… sea bueno, no me pida más». «A la cama sí, pero con usted». Me suplicó en un susurro que no lo hiciera. Por toda respuesta me quité la camisa y me exhibí desnudo, con la polla palpitando, cabeceando y moviéndose por efecto de su tamaño, peso y cachondez. «Sólo una vez, una vez más y me quedaré contento». «No».

«Maldita sea, voy a hacerlo», le dije, acercándome. «Shh, van a oírle los niños… Bueno, en su cuarto…», y se acercó a mi puerta. «¡Oh!, tonterías, con la ropa puesta no… Vamos a damos el gusto entero… esta noche tan caliente… Quítese sus cosas». Fue haciéndolo poco a poco hasta quedarse en camisa. Probé todas las puertas, estaban bien cerradas, la introduje en mi habitación. «Déjeme sola un minuto», me dijo, pero yo estaba tan cachondo como si no le hubiera dejado el esperma dentro hacía quince minutos y no quise dejarla, sino que tiré suavemente de ella hacia la cama, quité las sábanas, dejando sólo la de abajo, y la eché en la cama. «Déjeme verle el coño». «No… no… no». Yo le levantaba la camisa, y ella se la bajaba. «¡Oh!, no, estoy segura de que voy a

quedarme embarazada», me dijo, «y si me quedo, más me vale tirarme al mar». Tenía los grandes pechos desnudos, los muslos abiertos, le eché mano a la superficie llena de esperma y empezamos a joder. «¡Oh!», suspiró de nuevo, con fuerza, y se corrió.

Seguimos jodiendo, a intervalos, hasta que despuntó el día. Después del segundo polvo, se abandonó al placer. Ni la más cachonda de las zorras, recién salida de tres meses en la cárcel, hubiera estado más caliente, ni más dispuesta a la diversión lasciva con el coño y los cojones. En mi vida tuve compañera de cama más cachonda. Ni siquiera se opuso a la inspección del coño, lo que no dejó de sorprenderme, teniendo en cuenta su condición. La luz se apagó, nuestros juegos nos calentaron más y más, el ambiente de la habitación se hizo pesado, le quité la camisa, nuestros cuerpos desnudos se enlazaron en todo tipo de actitudes, y jodimos y jodimos, bañados en sudor, hasta que el sudor y el esperma mojaron toda la sábana y nos quedamos dormidos. Cuando nos despertamos, era ya de día. Yo estaba echado, sudando, con su trasero apoyado en mi vientre, su cabellera estaba suelta y cubría su cuerpo y la cama. Entonces nos separamos y se marchó corriendo a su habitación, llevándose la camisa.

¡Oh! ¡Dios, qué sábana!… Diez personas jodiendo encima no la hubieran ensuciado más. Pensamos la mejor manera de ocultársela a la criada, y repetí exactamente el truco de mis días de juventud. Me pregunto si no lo harán todos los hombres.

En mi habitación, había un baño de asiento, cosa que en aquellos tiempos no era fácil de obtener. Me lavé en él, mojé todas las toallas, cogí la sábana, la mojé por todas partes, la manché, puse todo en un montón, y le dije a la criada que había utilizado la sábana para secarme. Me dijo: «Muy bien». Supongo que no se tomó el trabajo de deshacer el paquete para inspeccionar la ropa, no debió ni ocurrírsele.

Bajé a desayunar a la hora de costumbre. «¿Dónde está la señora O*b***e?», pregunté. Apareció la institutriz con los niños y nos dijo que la señora no había dormido a causa del calor. Se dejó ver a la hora de la cena en la *table d'hôte*. La evité, porque sabía que no tardaría en verla, y dije que me iba a

jugar al billar. En vez de hacerlo, me fui a mi dormitorio y me puse a leer, acariciándome la concupiscente herramienta e imaginando próximos placeres.

Oí que los niños llegaban. Había abierto la puerta de mi lado y me había dado cuenta de que la llave de su puerta no tapaba, por suerte, el agujero de la cerradura. Como a menudo ocurre en los hoteles del extranjero, las puertas que conectan las habitaciones están todas enfrente, así que pude ver el dormitorio de los niños a través del de la señora. Estaban poniéndose los camisones en su cuarto. Entonces, la institutriz entró en el cuarto de su señora, y oí que meaba, pero no pude verla. Se adelantó un poco, entró en mi campo visual y vi que miraba con cuidado el orinal, cosa que me divirtió mucho, porque las más insignificantes acciones privadas de una mujer me proporcionan gran placer. Entonces, entró la señora 0*b***e, y la institutriz se marchó. La señora 0*b***e pasó a la otra habitación para ver a sus hijos, volvió, abrió nuestras puertas y pasamos una noche más de amor, teniendo cuidado de poner toallas bajo su trasero cuando cabalgábamos. No queríamos que las sábanas volvieran a atestiguar contra nosotros.

La señora 0*b***e no estaba preparada y empezó a decir las tonterías que dicen las mujeres cuando temen las consecuencias de sus actos. Después de un rato, se calentó y se rindió bien a mi lubricidad. Para empezar, le miré el coño. Era un coño bonito, y no lo que yo esperaba, un coño grande de gruesos labios, en un seto de pelo negro, desde el ojo del culo hasta el ombligo. Era, por el contrario, una raja pequeña, con una cantidad moderada de pelo espeso y rizado en el toisón. Volví a contarle cómo la había visto desde la ventana. Mi relación parecía ponerla más cachonda que mi polla en su mano, o mi cosquilleo en su coño. Creo que tenía el pelo de las axilas más espeso que cualquier otra mujer que he poseído. Tenía una espléndida cantidad de pelo en la cabeza. Le hice soltárselo y extenderlo por la cama, levantar los brazos y enseñarme las axilas mientras la jodía. Era de coño jugoso y se corrió copiosamente; yo también. Hacía un calor horroroso. Volvimos a joder, completamente desnudos.

Más tarde, me dijo que sólo le apetecía echar palos una vez al mes, aproximadamente una semana antes de la regla. En otros momentos le molestaba. Navegar le revolvía siempre el estómago y

la ponía lasciva, aunque fuera en una barca, en un río, por tranquilo que estuviera. Lo mismo le ocurría en el mar. Primero se sentía mal, después se mareaba, después le daba sueño, pero dos o tres horas más tarde siempre se ponía cachonda. Pasados uno o dos días, tanto si copulaba como si se masturbaba, o como si no, su lascivia se apaciguaba. Me lo contó como excusándose de haberme permitido espermatizarle las partes privadas la noche en que nos fuimos de excursión por el lago.

Sentía curiosidad por mi vida. Le dije que poseía mujeres en todas las ciudades que visitaba. Afirmó que sólo su marido y yo la habíamos poseído.

Copulación frenética. — Un príapo. — Purgas y descanso. — El príapo humillado. — Se reanudan los ejercicios carnales. — La institutriz. — Mirando por el ojo de la cerradura. — Bañándose. —Después de la paja. — Mi educación. — La capa de seda. — Se reanuda el viaje. — El hotel nuevo. — Palpada, y casi. — Semilla improductiva. — Un tabique fino. — Asustados por una risa. — Sin éxito. — Donación de la capa. — Aún sin éxito. — Me voy.

La tercera noche en que me la tiré, se había desvestido hasta quedarse en camisa y levantó una pierna para quitarse la bota. Tenía el pie pequeño y una pierna gorda y buena. Concebí entonces el deseo lascivo de poseerla con las botas y las medias puestas. Para entonces, ya me complacía en todo, y la jodí de esa forma, al borde de la cama, y después me presentó el trasero y la poseí de nuevo. Estaba cansada y me pidió que desistiera. Yo también estaba cansado, pero tan caliente, con las partes privadas tan irritadas y tan furiosamente lascivo, que, aunque el buen sentido me decía que ya había cumplido, mi polla se negaba a calmarse y se mantenía tiesa. Seguía haciendo un calor horroroso. Yo llevaba un tiempo sin conocer a mujer alguna y, desde que le vi las axilas a la señora 0*b***e, sólo me había dedicado a distraerme, a beber, a comer, a fumar, a pensar y casi a soñar en asuntos indecentes y en tirármela.

Finalmente, la dejé irse a la cama y me tumbé en la mía. Cuando le saqué la polla, estaba medio tiesa, y pronto se puso dura como el hierro y se mantuvo así hasta que no pude soportarlo y entré en su cuarto. Estaba dormida, encima de la cama, con las botas y las medias puestas. Se había echado rendida por la fatiga y se había quedado dormida. Aún me parece verla cuando le quité la camisa y me puse a palparle el coño aún mojado. Se enfadó, pero vino a mi cama. Mi verga volvió a penetrarla. Me había dicho: «¡Oh!, estoy tan cansada… Déjame, por favor». «Desde luego, querida, pero después». «¡Oh!, me estoy corriendo otra vez», casi gritó, y yo

también me corrí. Después, dejé que se fuera. Cuento esto con todo detalle porque las circunstancias fueron tan excepcionales que se me quedaron grabadas en la memoria hasta en su más ínfimo detalle.

Me quedé dormido, me desperté con la polla más dura que nunca, oí que ella roncaba y, no queriendo molestarla, eché una meada pensando que aquello podría reducir mi concupiscente máquina a un tamaño pendulante. No ocurrió tal cosa y, pensando en su trasero, en sus axilas y en todos sus encantos, me puse furioso. No sentía en la polla la suave y voluptuosa sensación que proviene de unas pelotas cargadas de esperma, sino dolor, desde la raíz hasta el ojo del culo; la punta, no obstante, era sensible al placer. Si la frotaba con el dedo, se ponía a palpitar, y todo el cuerpo me temblaba, pero no me llegaba el incipiente placer de una corrida.

La desperté. No, *nada* de hacerlo otra vez. A pesar de todo, me tiré encima y le puse los dedos en el coño con pasión. Volvió a separar los muslos y me introduje violentamente en ella, profiriendo exclamaciones indecentes, porque la cabeza parecía arderme. «¡Oh!, por favor… ¡Oh!, si los niños se despiertan…». «Entonces vamos a mi cuarto». La desmonté, y vino conmigo. Zas, zas, zas. «¡Oh, otra vez!», gritó, pero a mí me costó una hora correrme. Ella se corrió dos veces antes de que yo lo hiciera, y, cuando saqué la polla, seguía tiesa. No quería que se fuese y me quedé acariciándola (casi adheridos por el sudor) y haciéndole tocar mi polla de hierro hasta que volví a montarla.

«¡Oh, qué hombre!… Me haces daño… ¡Pero si sigue tiesa!… No empujes tan fuerte… Siento que me arrancas la matriz… ¡Oh!, me estoy corriendo… ¡Oh!, vas a matarme… No lo hagas… Déjame». Cuando despuntó el día, yo seguía palpándole el coño, besándola y metiéndole la polla casi inmediatamente después de desmontar. Entonces, se negó, furiosa, a dejarme hacérselo otra vez —y no me extraña—, pero me aferré a ella.

Ya no podía correrme, pero jodía con gusto. Ella, por el contrario, se corría más y más de prisa, estaba en estado de gran inflamación y excitación, tanto de cabeza como de coño. Cada vez que se corría me suplicaba que me detuviese y decía que iba a matarla. Se corrió una vez más, dio un chillido, empezó a sollozar, me desmontó de un violento tirón, y vi que estaba sangrando. Creo

que parte de la sangre era mía. Nunca llegué a saber cuántas veces me corrí aquella noche. Me pasé unas ocho horas jodiendo, casi sin parar. Después me dormí y, al despertarme, seguía con la polla tiesa, pero me dolía horriblemente.

Ella se había encerrado, no respondió a mis susurros ni a mis golpecitos en la puerta, y aquel día no hubo forma de verla. Estaba enferma.

Yo tenía aspecto de espantapájaros y le dije a uno de los hombres de nuestro grupo que me había pasado la noche en una casa de citas. Seguí empalmado todo el día, intermitentemente. Por la tarde, al ver que la institutriz se llevaba a pasear a los niños, me fui a mi cuarto, vi a la señora 0*b***e y le prometí no pedirle nada aquella noche; a la hora de acostarme, sin embargo, insistí en enchufársela otra vez. Me dijo que era un bruto, que sólo me preocupaba de mi propio placer y, aunque me rechazó firmemente, diciéndome que no hiciera ruido para no comprometerla, la jodí hasta que gritó, y yo también, con una mezcla de dolor y de placer.

Aunque no tenía deseos, mi polla seguía tiesa y me molestaba mucho. Nunca había tenido antes tal furia copulativa. Empecé a pensar que me había enfermado. Había oído hablar de cosas así, de hombres que enloquecían por esa causa, y me alarmé.

Me puse a masturbarme, con la esperanza de reducirla, y, tras mucho trabajo, me llegó el placer, pero tan mezclado con dolor que me hizo gemir. No salió apenas esperma. El calor me consumía, tenía la boca seca, temblaba, y pensé que mejor sería ver a un médico. Llevaba una purga en el baúl, tomé una gran dosis; a las pocas horas, cagué hasta las entrañas, volví a purgarme y me eché en la cama, donde me quedé todo el día, sin comer, hasta que, poco a poco, la picha se me fue tranquilizando. La señora 0*b***e tenía el coño morado, mi prepucio estaba en carne viva; descansamos de nuestros trabajos amatorios durante varios días, pero hablamos mucho sobre el tema.

Después, cuando nuestras partes privadas recuperaron de nuevo su vigor, jodimos y volvimos a cubrir las toallas de esperma. Estaba segura de que se había quedado embarazada. Volví a sentir síntomas de un príapo y la agoté, haciéndola correrse con mi ariete. Se corrió tres veces antes de que yo pudiera terminar, noté una humedad especial en la polla, la saqué, y apareció manchada por su

regla. «Gracias a Dios», dijo.

Me sentí débil y pensé que tenía purgaciones. Sólo era el resultado de joder en demasía. Pasó la regla, y no me dejó volver a poseerla. La supuración se curó sola, a base de calma y de vida tranquila.

Mantuvimos en el mayor secreto posible la contigüidad de nuestras habitaciones. Antes de entrar o salir de ellas, nos asomábamos al pasillo y lo hacíamos por separado. Temía especialmente que la institutriz la descubriera. Yo pensaba que no había motivo de preocupación por ese lado, pero nunca se sabe.

Una noche le dijo a la institutriz: «Bañe a las niñas con agua tibia». Las niñas se bañaban una o dos veces por semana, antes de acostarse. El instinto, que siempre me ha ayudado en estos asuntos, me hizo dirigirme inmediatamente a mi dormitorio. El instinto no se equivocaba. El baño estaba frente al agujero de la cerradura, en la habitación de la señora 0*b***e. Observé cómo lavaban a las niñas, pude verles el comienzo de sus pequeñas rajas sin pelo (todavía había luz) y después (¡oh, qué suerte!) la institutriz, una mujer americana, bajita, de ojos oscuros y unos veinticuatro años, se dio un baño; se enjabonó y se frotó desde la nuca hasta los dedos de los pies. Se secó el coño, frotándoselo de forma irritante y empalmadora, a dos yardas de mis ojos, se vistió de nuevo y se sentó en una silla.

Tan pronto se hubo sentado empezó a levantarse la ropa con variados ademanes, como si se estuviera buscando un piojo. Después cogió un libro y, dando la espalda a la luz, se puso a leer, sin sacarse la mano derecha de debajo de las enaguas. Después, se levantó y bajó la persiana. Encendió unas cuantas velas, se sentó y se puso de nuevo a leer, casi frente a mí. Después de un rato, se metió la mano por debajo de las enaguas, hasta el chocho, y la movió dulcemente. Puso el libro en una mesita móvil, apoyó una pierna en el borde de la bañera, la otra en el suelo, se levantó un poco las enaguas para mover mejor la mano, y enseñó las piernas justo por encima de las rodillas (después de bañarse, no se había puesto las medias). Entonces abrió mucho las piernas, movió la mano, se masturbó con fuerza y rapidez, vi que temblaba, que sus piernas se estremecían, se abrían y se cerraban; meneó el trasero, abrió otra vez las piernas, dejó caer la cabeza a un lado y cerró los

ojos. Después, sacó la mano de debajo de la ropa, la dejó suelta bajo las enaguas, que se bajaron, y se quedó así sentada, como dormida, durante un minuto. Volvió entonces a meterse la mano por debajo de las enaguas, la retiró, se la lavó en el baño y se apartó. Oí que meaba. Entonces apareció la criada y se llevó la bañera. Mientras lo hacía, entró la señora 0*b***e y preguntó por qué seguía allí la bañera, y si las niñas estaban dormidas. Cerré la puerta y bajé las escaleras, pues no deseaba que nadie supiera que había estado en mi dormitorio.

Fue una visión deliciosa. Nada me produce más placer que ver a una mujer vestirse y desvestirse, lavarse, hacer pis y todo lo que le apetece sin saber que están mirándola. Puede ser tan excitante como las más indecentes visiones que una mujer pueda preparar para un hombre. He visto a tres mujeres —mujeres castas— masturbarse, creyendo que nadie podía verlas, y mi visión jamás se desvanecerá en mi memoria. He visto y oído a más de veinte mujeres castas vestirse, desvestirse, lavarse, cepillarse, hacer pis, y todo ello sin que se enteraran.

Aquella noche, algo más tarde, poseí a la señora 0*b***e y me la jodí pensando en la institutriz. Aunque parezca extraño, y a mí me lo parece, a veces he tenido los genitales dentro de una mujer y el esperma subiendo para humedecerle el coño, mientras pensaba en otra y en la copulación con ella.

Ni la señora 0*b***e ni yo hicimos alusión alguna a nuestra condición de casados. Una noche, cuando nos encontrábamos echados frente a frente, besándonos, tocándole yo el clítoris y cogiéndome ella la polla, le hice una pregunta. Me dijo que no, que la polla de su marido no era tan grande como la mía, aunque pensaba que casi; después dijo: «¡Oh!, no hablemos de esas cosas…», y, que yo recuerde, no volvimos a referirnos a ningún tema análogo.

La primera noche que pasó conmigo me ofreció el más alto desarrollo de cachondez y goce sexual que haya visto en mujer alguna de las que pueden llamarse castas. Su larga abstinencia de pito, el efecto que en su organización física tuvieron el movimiento de la barca y mis palabras estimulantes, que se imprimieron en su cabeza, fueron la causa. Parecía casi enloquecida de placer. Suspiraba sin cesar mientras jodía, aunque no movía la lengua,

hasta que llegaba la crisis. Sus copiosas descargas eran como un torrente, pero sólo aquella noche; después, fue distinto. Hacia el final de nuestra relación, me dijo que estaba agotada y que ya no le apetecía. Era una mujer de fuertes olores. Cuando se calentaba, exhalaba una especie de olor indecente, sudoroso, como de coño. Creo que fue aquello, entre otras cosas, lo que me produjo tan prolongado empalme, y que el aroma de su cuerpo me excitaba, aunque en cierto modo me molestaba.

Llevaba varias semanas en el hotel del lago, y el grupo estaba a punto de irse. Yo iba en la misma dirección, pero esperaba a un amigo, y se fueron un día antes que yo. La última noche, le supliqué que me permitiera poseerla, y consintió tras hacerme prometer solemnemente que no me correría dentro. Siempre me ha gustado correrme bien dentro, pero cumplí mi palabra y me corrí fuera del coño, sacando la polla cuando comenzaba la eyaculación de esperma y dejando que éste se derramase sobre sus nalgas. Después nos separamos. Me dijo que, si volvíamos a encontramos, debía olvidar lo que habíamos sido el uno para el otro, y que yo tenía más culpa que ella. Nos vimos dos días después, pero no volví a poseerla, y no fue a París para Navidades. Yo sí fui, y me enteré de que había vuelto a América.

Desde la noche en que vi a la institutriz masturbándose la deseé apasionadamente. Hablé de ella con uno del grupo, me dijo que, en su opinión, ella sabía lo que era tener dentro seis pulgadas de algo tieso, pero no pude sacarle más. Un día, paseando por la ciudad, la encontré mirando una capa en un escaparate y le pregunté si quería comprarla. «¡Oh!, es algo que no puedo permitirme, y eso que me quedaría muy bien». «Te la regalo si me dejas…». «¿Dejarle qué?». Nuestras miradas se cruzaron. «Dejarme llevártela alguna noche, cuando todo el mundo esté en la cama». Sacudió la cabeza y se marchó. Compré la capa y me la llevé al hotel.

Tres días más tarde, la llevé a la ciudad de ***. Estábamos todos otra vez en el mismo hotel. Esta vez no dormía muy lejos de la habitación de la señora 0*b***e. Conseguí el dormitorio más cercano que pude, pero estaba incómodo, porque el amigo con quien iba de viaje tenía su dormitorio muy cerca del mío.

Le dije que le había comprado la capa. No, no la aceptaba, ni me dejaría llevársela. La señora 0*b***e le preguntaría dónde la había

comprado, se preguntaría cómo podía permitirse ese lujo. A pesar de todas sus objeciones, una noche llamé a su puerta, justo antes de que pudiera desvestirse y cuando la señora 0*b***e ya se había acostado. «Es sólo para enseñártela». La vi y entré en la habitación. Entre su habitación y las contiguas no había, como a veces ocurre, puerta alguna, pero los tabiques eran tan delgados que, a través de ellos, se oía con facilidad hasta una tos, un ronquido, o un pedo. Le pedí y le supliqué que me tocase, que me dejase tocarla. La amenacé con hacer ruido y comprometerla. No quería la capa, si por ello tenía que ser insultada y arruinada… —No me la había pedido, lo que era verdad—. No obstante, al rato, terminamos por besamos, le levanté la ropa, le vi los muslos y me impregné el dedo del olor de su coño. De todas formas, no me dejaba hacerlo, aunque me palpó la polla. «¡Oh!, déjeme, por favor… haré cualquier cosa menos eso… no debo hacerlo… si la señora 0*b***e se enterara, sería mi ruina, despedida en un país que no conozco». Tenía mi polla en su mano, una de mis manos en sus muslos, y me corrí mientras trataba de empujarla hasta la cama. Entonces desistí.

Se quedó mirándose la mano, cubierta de esperma, y dijo: «Váyase, por favor». Me pasé como una hora insistiendo, y estaba a punto de conquistarla, pues había conseguido que se tumbara en la cama y yo ya me estaba subiendo, cuando oímos una explosión de risas en el cuarto contiguo. Eso nos desconcertó a ambos, porque parecía que se reían de nosotros, y ella dio un salto, asustada.

Se recuperó en cuanto nos dimos cuenta de que la conversación y las risas continuaban, pero mi oportunidad se había perdido, aunque insistí varias horas. Después, me fui, furioso, dejándole la capa, pero, a la mañana siguiente, se la pedí, lo que estuvo muy mal. Me la mandó a mi habitación. Me sentí algo avergonzado por haberla aceptado. Como no volvió a dejarme entrar en su cuarto, los tres o cuatro días que me quedé allí los dediqué a divertirme diciéndole las cosas más calientes y lascivas que se me ocurrían, preguntándole sobre todo si quería un poco de esperma para el coño y si se masturbó cuando me fui de la habitación. Se lo tomó con mucha calma, pero solía sonrojarse y parecía ponerse cachonda. Cuando tuve que irme, le mandé la capa, con una nota en la que le decía que era suya, y me marché sin habérmela jodido y sin saber si algún pene había llegado a sondearla. Creo, no obstante, que, de

haber permanecido más tiempo, me hubiera enterado. Una mujer que haya tenido en los dedos el esperma de un hombre tiene que quedarse con ganas.

*La segunda Camille. — Desnudos. — El diván. — Limpieza de picha. — Los antecedentes de Camille. — Rostro, cuerpo y coño. — Forma de copular. — Avariciosa. — Me ofrece joder gratis. — Gabrielle. — Coño, cuerpo y rostro. — Minette. — Mi dosis diaria de amantes. — En M**g**e. — Alojamiento en casa del verdulero. — Louisa, la del pelo rojo. — La sirvienta del alojamiento. — El mancebo de la tienda. — La hija de mi amigo. — Haciendo pis, y regalos. — El trasero de Loo pellizcado. — La sirvienta besada. — Caricias sobre la arena. — En la playa con Loo. — Bromas y cosquillas en el coño. — Una declaración de amor. — La sirvienta virtuosa.*

No recuerdo haberme ido con mujeres francesas, salvo en el extranjero, porque mis compatriotas complacían mis gustos. Sin embargo, el año 18**, un año de importancia nacional en el que muchos extranjeros vinieron a Londres de todas partes del mundo, me tocaría otra vez poseer a una francesa.

¿Fue sólo por cambiar, o porque eran más dispuestas, más salaces, más emprendedoras y más artísticas en los ejercicios amatorios? No lo sé.

Recién empezado el mes de julio, como a las cuatro de la tarde, vi a una mujer que caminaba despacio por Pall-Mall, muy bien compuesta y vestida. Me costó mucho determinar si era o no de vida alegre, pero observé una delicada invitación en sus ojos, respondí asintiendo y la seguí hasta una casa situada en la calle B** y Saint James. Era una mujer francesa, llamada Camille.

Le ofrecí una cierta cantidad, la aceptó y empezó a desvestirse con toda calma, casi como una señora. Dobló sus prendas una por una, con una pulcritud poco habitual en las mujeres de vida alegre, las puso sobre una silla, pinchó los alfileres en un acerico, etc., con la mayor compostura y casi sin hablar. Ya por eso me gustó y noté que estaba hecha a mi gusto. A medida que iba descubriendo partes

de su carne, vi que tenía un hermoso cuerpo. Cuando se quedó en camisa empecé a desvestirme, mientras ella me miraba sentada. Una vez en camisa, pasé a los exquisitos preliminares con una mujer bonita y bien hecha, palpándola por todas partes y besándola. Mi verga, no obstante, estaba impaciente, y no pude seguir así mucho rato. Sonrió y me cogió la polla. «¿Hacemos el amor?». Estábamos en el dormitorio. «Sí». «¿Aquí, o en el salón?». «No me gustan los sofás». «*Mais ici*», me dijo, abriendo bien la puerta y señalando un mueble del que yo no me había apercibido, aunque se veía bien.

En la habitación había una especie de canapé o diván, de la misma longitud y casi tan ancho como una cama de buen tamaño; lo suficientemente ancho como para que dos personas pudieran echarse en él. No tenía cabecera ni pies, sino una superficie plana tapizada con unas telas sedosas de color rojo y una cenefa que colgaba a ambos lados. En uno de sus extremos había dos almohadones, también rojos, y aplastados como si fueran almohadas. «Ahí, encima de eso», dije inmediatamente.

En mi vida había visto un diván o mueble como aquél, ni en burdel ni en casa privada, ni aquí ni en el Continente, excepto uno que vi en el extremo oriental de Europa.

Hacía un calor abrasador. «¿Me quito la camisa?». «Sí». Se la quitó, la dobló y la llevó al dormitorio. «Quítese la suya». Me la quité, y nos quedamos ambos desnudos. Me cogió la polla, que estaba tiesa, la sacudió suavemente, se rió, trajo dos toallas, puso una en el diván, para su trasero, la otra en un almohadón, para mí. Volvió al dormitorio, echó agua en la palangana y, por fin, se tumbó desnuda en el diván, con el trasero sobre la toalla. Le besé el vientre y los muslos, que abrió generosamente, para que le viera la muesca, sin que se lo pidiera. Abrírsela, echar un vistazo a la parte roja, besarla y palparla por todas partes, montarla, joder y correrme fue cuestión de dos o tres minutos, tan fuerte era la lujuria que provocaba en mí.

Me eché encima suyo, apoyándome en el hombro para hablar con ella mientras la polla seguía en su vaina. Finalmente, se deslizó fuera. Bajó la mano con cuidado, me la cogió y la desembarazó del exceso de humedad. Levantó con delicadeza la toalla, se puso la mano en el coño, dijo sonriendo: «*Mon Dieu, il* y *en a assez*», y entró en el dormitorio, adonde yo la seguí.

Se limpió el coño con la toalla, poniéndose medio en cuclillas, y después se levantó de un solo movimiento y dijo: «¿Quiere que le lave?». Yo ya había empezado, pero la oferta me gustó. Al escribir esto, no recuerdo a ninguna otra mujer que me haya hecho ninguna oferta así. «Sí, lávamela». «Bueno, sujete la palangana». Cogió la palangana y me la puso debajo, de forma que los testículos me colgaban por dentro mientras yo la sujetaba. «¿Jabón?». «Sí». «Inglis sop», dijo riéndose. Fueron las primeras palabras inglesas que le oí pronunciar. Una vez lavada mi polla, realizó análoga operación en sí misma. Lo hizo todo tan bien, con tanta limpieza y tanta delicadeza, que jamás he visto a mujer alguna superarla.

«¿*Causonsnous*?», me dijo, precediéndome hasta el diván. Entonces, ambos nos echamos desnudos y nos pusimos a cotillear. Era de Arlés, en Francia, tenía dieciocho años, llevaba quince días en Londres, hacía seis meses que se la habían cepillado por primera vez, y casi todo ese tiempo lo había pasado con su padre. Hacía un mes que se había ido a Lyon, convencida por una vieja, que vendió allí sus placeres y se quedó con su dinero. Allí la captó otra vieja, que la trajo a Londres, a una casa en la calle B**n**s, donde una joven francesa más experimentada que Camille la indujo a trabajar por cuenta propia. Las dos se fueron, Camille se instaló en la calle B** y su amiga en otro lugar. Me contó todo eso tumbada conmigo en el diván, desnuda.

[El otro día, treinta y un años después de haberla poseído por primera vez, seguía en Londres, sola y aún ejerciendo su profesión. La conocí durante todo ese tiempo y la poseí ocasionalmente, aunque a veces pasaban dos o tres años entre visita y visita. Los últimos años ha pasado por malas circunstancias económicas, y yo me he desviado más de una vez de mi camino para encontrarme con ella y darle algo de dinero, por cariño].

Permanecimos desnudos mientras duró su narración (que no duró mucho). Aunque hacía calor, sentí algo de fresco y, acercándome más a ella, le dije: «Hace fresco». No respondió, pero colaboró el abrazo con una mano y con la otra me acarició suavemente la polla; después, me besó, y noté que su lengua se asomaba a sus hermosos labios, buscando la mía. Como es natural, mientras hablábamos, mis dedos jugueteaban delicadamente por su coño, y su mano me acariciaba, también con delicadeza, la carne

desnuda. Durante un minuto nuestras lenguas jugaron suavemente, en silencio, y después, sin pronunciar una palabra, con una misma voluntad y como un solo cuerpo, nos acercamos, ella de espaldas, yo sobre su vientre. Le introduje la polla, empujé tanteando suavemente, interrumpido de vez en cuando por un abrazo y una pausa, hasta que el rápido
clip-clip
de su coño me incitó a acciones más rápidas, al veloz dentro y fuera, a las cortas acometidas finales y al meneo contra el útero, y mi polla, con fuertes pulsaciones, disparó el esperma en sus entrañas. «¡Ah!, *mon chéri*… *Mon Dieu*… ¡Ah…, ah… ah!…», suspiró, corriéndose conmigo. «Jode divinamente», me dijo después, aunque con palabras castas.

Volvimos a lavamos y, después, con las camisas puestas, hablamos de Francia, de Londres, de cerveza, de vino y de otros temas. «Quiero verte el coño». Casi no se lo había mirado. Se echó atrás sin responder, abrió los muslos, y lo vi todo, todo… y así seguimos dos horas, hasta la hora de cenar, cuando, tras gozar los dos de un polvo de despedida, nos separamos. Añadí más dinero a lo que ya había puesto sobre la chimenea antes de que empezara a desvestirse. Yo tenía entonces por costumbre, que nunca he perdido, pagar antes de nada… evita errores y discusiones. Cuando una mujer no me deja poseerla después de haberle pagado, así sea… alguna razón tendrá, quizás alguna buena razón. Si es una tramposa y sólo utiliza el dinero para sacarme más, así sea. Ya conozco a la mujer y desde ese momento he terminado con ella.

Camille era una mujer de perfecta estatura, unos cinco pies y siete pulgadas, de hermoso cuerpo, con pechos duros, llenos y exquisitos, piernas y caderas hermosas, aunque no demasiado gruesas ni pesadas. El pelo del coño, suave y de un color castaño muy claro, no era entonces muy cuantioso, como correspondía a sus años. Tenía el coño pequeño, de pequeños labios menores, y un bonito clítoris saliente, como un botoncito. La raja del coño le quedaba entre los muslos, sin mostrar casi elevación alguna de los labios mayores, pero tenía un buen monte, y entre una cosa y otra, era uno de los coños más bonitos que había visto en mi vida. Hoy en día, tras haber visto muchos centenares, empiezo a apreciar la belleza de los coños y a apercibirme de que, en los coños de algunas

mujeres, hay una belleza especial y superior en comparación a la que se encuentra en los de otras, como pasa con las demás partes del cuerpo. Tenía las manos y los pies bonitos.

Su piel tenía el tinte levemente marrón gitano que se encuentra en muchas mujeres de la Europa del sur. Jamás vi a una mujer de un color tan uniforme. Desde el rostro hasta los tobillos, el mismo e invariable tinte, sin una mancha, ni siquiera en sus hendiduras. Era también exquisitamente suave, pero no como el marfil, ni como el satén, ni como el terciopelo; parecía una mezcla de todos ellos. Casi nunca he observado lo mismo en otra mujer. Supongo que su suavidad me atrajo desde el principio, pero no empecé a apreciarla, ni a compararla con la piel de otras mujeres, hasta haberla poseído varias veces. Sus manos acariciaban además con gran delicadeza.

Su rostro no alcanzaba plenamente la altura de su cuerpo. Su nariz era más que *retroussée*, casi respingona. Tenía los ojos pequeños, oscuros, levemente brillantes, y el pelo oscuro; la boca era ordinaria, pero tenía unos dientes muy blancos y regulares. El efecto general de su cara era más picante que hermoso, pero me complacía. Su voz era suave y no muy potente… cosa excelente en una mujer.

Tal era la mujer que he conocido durante treinta y un años, pero de la que pocas cosas cabe decir. Nuestra relación estuvo libre de intrigas y aventuras excitantes. No puedo relatar todos los incidentes de nuestra relación como en el caso de otras muchas mujeres que aparecieron, me gustaron y desaparecieron. Me referiré, no obstante, a ella de vez en cuando, pues la poseí en otras ocasiones y me serví de su ayuda para realizar las diferentes fantasías y caprichos que en diversos momentos me interesaron. Lo menciono ahora porque su nombre aparece en mi manuscrito mucho más adelante. Era además, una criatura muy inteligente, limpia, sobria y poco gastadora, que ahorraba por una buena causa aunque, desgraciadamente, terminaría por fracasar.

Nunca poseí a una mujer más voluptuosa. Aquel verano la poseía constantemente, desnuda en el diván o en la cama, cuando hacía calor. No recuerdo nada más excitante que su modo tranquilo, lento y medido de tumbarse, exhibiendo sus encantos. Cada una de sus actitudes era natural, pero excitante, por razón de su belleza y de su delicada salacidad. Siempre me pareció que debía copular

como lo hacían, según había oído, las orientales. Su abrazo era muy lento, pero muy estrecho. No había energía violenta, ni rápidos movimientos de ancas, como si le hubieran pinchado con un alfiler, ni suspiros violentos, ni fuertes exclamaciones. Me abrazaba muy estrechamente y me chupaba la boca como casi nunca lo ha hecho mujer inglesa o francesa alguna; nadie, sin embargo, es capaz de rivalizar en voluptuosidad con las austríacas y las húngaras en cuanto al uso de la lengua y los labios se refiere.

Aparte de su natural gracia voluptuosa, no mostró al principio las frágiles formas de la cortesana francesa que más tarde conocería. Observé el cambio y, de esa y otras indicaciones, induje con seguridad que no llevaba mucho tiempo dedicada a la vida alegre antes de que yo la hubiera poseído. Podría contar muchos más detalles de su historia, pero ésta es una narración de mi vida, no de la suya.

[He destruido algunas páginas del manuscrito que se refieren sólo a ella].

Pronto obtuvo una buena clientela, aprendió en seguida el inglés, se vestía bien, aunque nunca con ostentación, y empezó a ahorrar dinero. Me hizo avances afectuosos, que no acepté. Después de un cierto tiempo, empezó a quejarse del dinero que le daba y se puso avariciosa. En vista de ello, un día le dije: «*Ma chère*, aquí tienes más, pero *adieu*… Lamento que no estés satisfecha, pero no puedo permitirme el lujo de seguir viéndote». Tiré el dinero sobre la mesa. «¡Ah!, *mon Dieu*, no diga eso, vamos… Vamos… Lo siento… No quiero que vuelva a pagarme… Vuelva cuando quiera, yo no quería que me pagase, pero usted se empeño… Vamos… vamos… Esa polla tan hermosa… jódame otra vez antes de irse… No se vaya… Mi criada puede decir que no he llegado a casa» (esperaba a algún hombre), y no volvió a quejarse por lo que le daba hasta muchos años después.

Supongo que el haber poseído a aquella mujer francesa tan fresca y encantadora me hizo desear a otra, pues a pesar de que me gustaba y de que me daba satisfacción, conocí a otra mujer francesa, tan poco parecida a Camille como pueda imaginarse. Se llamaba Gabrielle; era una mujer de aspecto atrevido, ojos grandes y rostro hermoso, muy alta y muy bien hecha, aunque sin demasiada carne en los huesos, con un coño grande, de poderosos

labios, situado en una espesura de pelo negro como el carbón. Jamás se la mencioné a Camille, y creo que lo que me hizo poseerla fue el gran contraste que entre las dos existía. Creo que, con el paso del tiempo, también llegué a gustarle de alguna forma a aquella mujer.

Tenía la fácil lujuria de la zorra francesa bien experimentada, como observé cuando le vi separar los muslos y tumbarse para recibir mis abrazos. Con ocasión, más o menos, de mi tercera visita, trajo agua y me hizo lavarme la polla, donde la exudación de sana lujuria parecía algo blanca, antes de dejarme echarle el palo. Su pulcritud me gustó, pero, ante mi asombro, en cuanto nos echamos en la cama, se tendió hacia el otro lado y empezó a chupármela. Yo carecía de inclinación hacia tales placeres, y mi pene no había recibido tal tratamiento, que yo recuerde, desde la primera vez que ocurrió en las habitaciones de Camille, aunque algunas damas llegaron a tenerlo algunos segundos en la boca, por indicación mía. Me opuse; «*mais si*», dijo y siguió. Mi cabeza estaba cerca de su rodilla. Levantó una pierna, exhibiendo los muslos, que se abrieron y mostraron los grandes labios del coño en su seto de pelo negro. Jugó con la polla hasta que la experiencia le dijo que no podía seguir haciéndolo con seguridad y, después, dejando de succionar y cambiando de posición, jodimos al viejo estilo.

La diversión no pareció chocarme tanto como había pensado y se repitió, como preliminar, en otras ocasiones, sin que yo llegase a sugerirlo nunca. El delicado cosquilleo de la boca era extremadamente agradable después del primer palo, pues la polla estaba entonces transitoriamente fatigada por el ejercicio realizado en su canal natural. De todas formas, después me fastidiaba haberme entregado a ese placer.

En aquellos tiempos, no había superado todavía mis prejuicios, aunque era evidente que mi filosofía iba socavándolos poco a poco. En verdad, si a un hombre le complace que una mujer, a quien le guste trabajar así con el macho, le chupe la polla, ¿quién podría reprocharles que gocen de tal manera? La mujer puede acariciarle para ponerla tiesa, el hombre lo hace siempre que lo necesita… todo ello es natural y decente. ¿Qué hay, pues, de malo en que una mujer utilice la boca con el mismo propósito, proporcionando además un placer más fuerte, más delicado y más refinado? Todos

los animales se lamen mutuamente las partes privadas, ¿por qué no hacerlo nosotros? En lo que a la copulación y sus consecuencias se refiere somos fundamentalmente animales, pero, ayudados por nuestra inteligencia, debiéramos buscar toda posible forma de placer en la copulación, y en cualquier otra cosa.

Esas dos mujeres me satisficieron hasta finales de agosto, pues ambas intentaban que las viera con frecuencia. Gabrielle empezó, por capricho, a llamarme *Monsieur*. No la veía con la misma frecuencia que a Camille, pero visitaba casi diariamente a una de las dos, a Camille en general entre el almuerzo y la cena, a Gabrielle después de la cena. Llegué a verlas a las dos en el mismo día y, en aquella ocasión, me jodí a las dos. De todas formas, en general no copulaba más que una vez al día. Mi salud era buena, una emisión diaria de semen la mantenía así, y me parecía tan necesaria como el sueño. La comparación de sus dos coños, entre los que había muy notables diferencias, me producía mucho placer lascivo.

Aquel año me divertí tanto con ella que no quise irme hasta casi empezado septiembre. «Has querido quedarte cuando los días eran largos y el tiempo más caluroso, precisamente cuando yo quería ir al mar», dijo, «pues ahora no pienso irme». Eso me alegró y, sin esperar a que cambiara de opinión, mandé preparar mis maletas y me fui inmediatamente a M**g**e, ciudad sana aunque vulgar. Era un lugar donde no esperaba divertirme mucho, quizás unos cuantos besos de labios sanos y quizás un poco de intriga y la oportunidad de poseer un coño sano y todavía no jodido. Ahora sé bien que ajas mujeres del tipo de las que van a M**g**e para pasar unas breves vacaciones, el ocio, el aire limpio y una comida mejor que la acostumbrada les calientan el coño y hacen que más de una pudorosa desee a un macho, al no obtener satisfacción suficiente de su dedo medio.

No llevaba un día en el hotel cuando encontré a un amigo íntimo con su mujer y su hija mayor… una niña de catorce años. Había arrendado la parte superior de una casa, encima de una tienda, pues era un hombre de pocas posibilidades y quería traer también a sus otros dos hijos y a una criada; por alguna razón no pudo hacerlo. Él y su mujer me agradaban, y acepté su sugerencia de ocupar una de las habitaciones y vivir con ellos (pagando lo que

me correspondía). Resultó que las habitaciones estaban encima de la tienda de un verdulero, cosa que no me gustó, y probablemente me hubiera ido de no haber visto que la sirvienta era una zorrilla sana y de buenas carnes. Pensé que podía tener la oportunidad de picármela, como a Sally, la del otoño anterior.

La casa era de nueva construcción, destinada evidentemente a alojamiento. Era mayor y más cómoda que la mayoría de su clase y tenía una entrada lateral o privada, que daba a un pasillo, separado de la tienda, pero comunicado con ella por una puerta. Había también una cocina con un dormitorio encima, y un váter, todo ello mirando a un jardincito con uno o dos árboles. El salón y los dormitorios de encima de la tienda fueron ocupados por mi amigo y por su esposa, y de las dos habitaciones de arriba una fue para mí y otra para su hija. Pensé que la señora y la sirvienta ocuparían el ático. El dormitorio de encima de la cocina, que mi amigo había también alquilado para evitar extraños en la casa, daba también a la escalera. Se entraba desde el descansillo, que daba también al váter de los inquilinos, servicio que pocas casas de este tipo tenían en aquellos tiempos. La tienda parecía activa. Todo el que entrase por la puerta privada no podía evitar ver la totalidad de la tienda, incluido un pequeño salón con una ventana al jardín. Lo primero que me llamó la atención fue una chica de unos dieciséis años, fuerte, sana, de mejillas sonrojadas y aspecto insolente, con una cabellera desgreñada y rizada de color rojo oscuro, un rojo oscuro muy poco habitual, del que pocas veces se ve. Cuando llegué, la chica, que estaba en la parte delantera de la tienda, me miró fijamente y le dio un codazo a un chicote de unos quince años que estaba a su lado, medio sentado en un saco de patatas. La chica llamaba a la mujer de la casa «tía». Pude observar que, cuando la tía estaba ausente (en general dedicada a cocinar), la chica atendía la tienda. El muchacho traía la compra a casa y se iba por la noche, después de cerrar las persianas. Cabeza-roja dormía en el ático, encima mío, y a veces se quitaba las botas antes de subir, para no hacer ruido por encima de las cabezas de los inquilinos… la tía dormía también allí. Las dos comían en la cocina, o en el saloncito de la tienda.

No tardé en ponerme alegre con la sirvienta, pero en seguida vi que la cosa no prometía mucho. La de cabeza roja (otra Louisa a

quien llamaban Loo) me gustaba, aunque su pelo no me complacía. Hablaba tan fuerte, se reía con tantas ganas cuando estaba con los clientes, aceptaba tan bien las bromas, levantaba cosas tan pesadas y agitaba tanto sus cortas enaguas cuando movía las caderas que yo ansiaba pellizcarla. Me miraba tan fijamente (también a mi amigo), cuando pasábamos por la tienda (pues en general andaba por la tienda, y a menudo por fuera, donde ponían las mercancías), que me convencí de que acababa de entrar en las primeras lujurias de la femineidad, por lo que tenía que estar deseando a un hombre.

Pasados uno o dos días, yo compraba fruta dos o tres veces al día. «Quédate con el cambio, Loo (te llamas así, ¿verdad?)… para comprarte una cinta». «¡Oh, gracias, señor!»… y se lo metía en el bolsillo sin dudarlo un instante. Envalentonado, le di media corona. «Quédate con el cambio, pero dame un beso». Se lo metió en el bolsillo. Miró rápidamente hacia la parte de atrás de la tienda… el muchacho estaba allí. Meneó levemente la cabeza. «No puedo», me dijo en voz baja, sacándose el cambio del bolsillo y ofreciéndomelo. Le guiñé un ojo, hice con los labios ademán de besarla y me fui de la tienda, dejándole el cambio. El muchacho no estaba a la vista cuando entré a comprar fruta.

Entre las once y la una solía estar sola, porque su tía andaba por la cocina y el muchacho había salido. Por la tarde, pasaba lo mismo durante una o dos horas. Desgraciadamente, esas horas eran las de baño y paseo, por lo que era difícil acercarse a la chica sin ser observado; de todas formas, cuando yo andaba a la caza de un coño, nada se me interponía, ni se me había interpuesto jamás. A base de pensar cómo y dónde, en mi vida he desaprovechado oportunidades con las mujeres. Una tarde, averigüé también que su tía salía al anochecer, para respirar, como ella decía, una bocanada de aire fresco. Después, la chica se quedaba a solas con el muchacho hasta que éste se iba.

Como a la cuarta noche, el muchacho se había marchado, Loo estaba sola en el saloncito de la tienda, mis amigos en el piso de arriba. Salí a fumar un cigarro y a dar un paseo, pero, cuando llegaba al pie de la escalera, vi que la puerta de la tienda se abría y que aparecía Loo. «Shsst… shsst», dije. Se detuvo, la agarré y le di un beso.

«¡Oh, no lo haga!… Mary (la sirvienta) está en la cocina». Le di

otro beso. «¡Oh, no lo haga!». «Me debes un beso». «¡Oh! Aquí no… vaya a la puerta principal», me dijo. Seguí sus instrucciones. Acudió, se quedó por fuera, pero apoyada en la puerta, me besó y se fue rápidamente. «Te espero cuando vayas a acostarte», le dije y me fui a esperarla, quitándome las zapatillas.

Pasó por delante de mi dormitorio como a las diez y media. Oí que la señorita **** se movía en la habitación situada frente a la mía, pero en el vestíbulo le pellizqué con ganas el culo a Loo… muy fuerte, cuando pasaba. Hizo una mueca, pero no se detuvo; movió la cabeza y sonrió, vela en mano.

Bajé la cabeza, fingiendo mirarla por debajo de las ropas. Nuestra intimidad era ya considerable, le insinuaba cosas que ella comprendía y empecé a pensar que la muy insolente y frescachona, a pesar de su juventud, sabía distinguir una polla de un pepino. Entonces averigüé que la sirvienta se iba todas las noches a dormir a su casa. No pasó una semana en M**g**e sin que necesitara ayuda femenina, por lo que, dirigiéndome a una pelandrusca y pensando en mis intenciones, le di cinco chelines para que me enseñara una o dos casas de citas, cosa que hizo. Había una, muy tranquila, en la parte vieja de la ciudad, encima de una tienda de porcelanas.

Me despedí de la mujer, caminé hasta la playa y la volví a encontrar allí. Le palpé el coño, sentado en un banco, mientras ella permanecía de pie a mi lado. La picha se me puso tiesa y le di dinero para un palo. La noche no era oscura. «Ahí abajo hay arena», me dijo, «si nos echamos nadie nos verá». A mí, sin embargo, me entró el miedo… y se lo dije. «Bueno, ya tengo el dinero y, si me pasase algo, no le propondría que me tomara… Vengo aquí todas las noches y vivo en *** con mi madre». Después, ya cerca de las olas, se echó de espaldas sobre la arena suave y seca y me la jodí, gozando mucho de ella. «¿Cómo te lavas el coño?». «Primero hago pis y me lo restriego con el pañuelo, allí abajo (señalando con la cabeza)… hay rocas y charcos de agua… Voy a lavármelo allí… Siempre lo hago después de estar con los señores»… y se fue a hacerlo.

Al día siguiente, compré alguna cosa. «Anda, Loo, dame un beso en el pasillo». «No puedo… va a salir a las once y media». Me excusé de acompañar a mis amigos, y a esa hora me encontraba en mi alojamiento. La sirvienta tenía que hacer todas las camas de

arriba, y la tía estaba en la cocina. Era arriesgado, pero pude arreglármelas para charlar brevemente con Loo, en el pasillo, la besé y abracé y le dije que me había enamorado profundamente de ella. Al principio, no le dije ninguna marranada, aunque lo atrevido de sus maneras me hizo preguntarme por qué. Aquella tarde, oí que reñía con su tía y vi que Loo se secaba los ojos. Cuando le conté lo que había oído, Loo me dijo que ojalá no hubiera venido y que prefería irse a servir.

Como me pasaba todo el día entrando y saliendo y escuchando en el pasillo, desde donde podía oír buena parte de lo que se decía en la tienda y en el salón, me di también cuenta de que entre la chica y el muchacho parecía haber mucha familiaridad. Un día le pasó el brazo por la cintura. Ella, al verme entrar, le apartó la mano y le dio unas cuantas bofetadas. Él se agachó, le levantó un poquito las enaguas y de pronto se puso a trabajar con gran atención. Era evidente que Loo le había insinuado algo. Aquello me molestó y me pregunté si el muchacho la habría palpado.

Yo no había abandonado toda esperanza con respecto a la criada, que parecía tener unos veinticinco años. Regresé y le di un regalito por limpiarme bien las botas. Se lo tomó bastante bien. Después, le palpé la muesca por fuera de la ropa. Me rechazó con violencia y con una mirada que no me gustó. En vista de ello, desistí algún tiempo, pero volví a empezar y terminé por besarla cada vez que me encontraba a solas con ella. La hija de mi amigo me sorprendió, y su padre quiso hablarme. A *él* no le importaba, pero a su *mujer* sí… Debía ir con cuidado… No era cosa de que una jovencita viese juegos así. No se dijo ni una palabra más, pero me di cuenta de que tanto él como su mujer me vigilaban. Un día, cuando paseábamos juntos, me dijo: «Deseas a esa mujer… y buena pinta que tiene… Si mi mujer no estuviese aquí yo también trataría de conseguirla… pero, por el amor de Dios, que no te pesque ninguna de las señoras… Sería mala cosa».

La habitación de la jovencita estaba situada frente a la mía, y tan grande era mi deseo de ver a hembras en *déshabillé* o desnudas que pensé en hacer un agujero en su puerta (algo que ya había hecho en hoteles extranjeros) para espiarla. Pude hacerlo, pero no lo hice, aunque no pude evitar tratar de oírla cuando hacía pis, cosa que a veces conseguí. Después, pensaba en su pis y en su coñito sin

pelo, lo que me daba tal placer que la chica empezó a gustarme, aunque no sexualmente, y le traje regalos de su gusto y del de sus padres.

Pasados quince días, había besado a menudo a Loo y le había pellizcado el trasero hasta ponérselo morado. Le dije que me gustaría acostarme con ella, porque la amaba… eso fue la primera noche que salió a pasear al anochecer. Había oído a su tía decirle que pensaba vigilarla de cerca y me di cuenta de que Loo era casi tan rápida como un caballo al galope. Caminamos y nos sentamos en un banco de la playa. «Cómo va a estar enamorado de mí… Está casado… Mary se lo oyó decir a la señora L**g». «Nunca dije que no lo estuviera, pero a *ella* la odio, no hago nada con ella, y a *ti* te amo». «¡Oh!, vamos», respondió. Yo había cambiado un poco de opinión con respecto a la chica. Quería saber qué significaba aquello de «no hacer nada con ella», sus formas eran libres, y, en cuanto le decía alguna marranada delicada, contestaba con franqueza. «¡Oh!, ya sé lo que quiere decir, pero no siga así». Llegué a la conclusión de que se había educado entre gente grosera que decía cuanto se le ocurría y obraba abiertamente, por lo que la chica no veía mal alguno en tales cosas. Sólo llevaba ese verano con su tía. Me habló de sus parientes, de dónde vivían, en Northumberland… una gran familia… pero no pude sacarle más. «No creo que le interese visitarlos», me dijo, riéndose.

Mi asunto con la criada terminó pronto. Una mañana me quedé en casa, esperando conseguir a Loo, y vi que la criada traía una fregona para meterla en el armario situado cerca del dormitorio de encima de la cocina. Cuando estaba cerca, la convoqué al dormitorio, en el que yo nunca había entrado. «Ven aquí, tengo que decirte algo muy especial… ven». Entró de mala gana, la besé y empecé a ponerme poco casto, echándole la mano al coño. «Estese quieto… nada de eso… ¡Oh!, no lo haga… La señora Jones subirá a ver qué pasa». «No, ha salido… ¡Oh, qué hermosos muslos!… ¡Qué pelo en el coño!… ¡No hagas tanto ruido!». Se resistió mucho, se bajó la ropa, habló al principio en voz baja, después más fuerte. «No lo hará… ¡Oh!, miserable… No quiero un vestido… No lo haré… ¡Oh!, ¡oh!, déjeme… Se lo diré a la señora Jones… se lo diré». Desistí de momento, pero sólo para sacar la polla. Parecía muy enfadada y levantó el cubo de la fregona. Me lancé sobre ella, con

la polla fuera, soltó ruidosamente el cubo, la empujé contra la cama y volví a echarle mano al coño. «Déjame tomarte». «¡Oh!… no… lo hará… Gritaré». «Si lo haces, diré que me has traído aquí». «Mentiroso, bestia… no quiero… ¡Oh!, ¡hi!», y gritó tan fuerte que desistí.

«No pienso quedarme aquí, y se lo voy a decir a la señora Jones». Salió de la habitación llorando y moviendo con furia la cabeza. Pensé que habría problemas. Más adelante, le di dos soberanos; «no digas nada… si lo haces, te quedarás sin trabajo… No te he hecho daño alguno». La verdad es que más bien lo estropeé todo. Cogió el dinero, sin decir una palabra, y, cuando traté de besarla, me rechazó, y no volví a acercarme. Se fue dos días más tarde… Era sólo una sirvienta por semanas… Creo que no llegó a acusarme… Dijo que el sitio no le gustaba.

*Loo en la playa. — La intentona del mancebo de la tienda. — Sorprendido en el váter. — Una conocedora. — La hermana de vida alegre. — Sin confianza en el éxito. —Encima de la tienda de porcelana. — Virginidad masacrada. — Solo en el alojamiento. — El dormitorio de la escalera. — Palos ardorosos. — Bajando al pilón. — La tía en el mercado. — Astucias. — Desnudos en la cama. — Homenaje a Príapo. — Vientre a vientre. — Vientre a trasero. — Ella sobre él. — El espejo de mano. — ¿Estoy embarazada? — Me voy de M**g**e. — Secuela.*

Sólo me quedaba Loo. Una noche salió sin pedir permiso y nos vimos. Su tía la había reñido. Yo me puse muy cálido en mis insinuaciones y palabras. Se rió, pero yo seguía dudando, pues era una chica rara, poco habitual. No sabía cómo actuar con ella, y el fracaso que había tenido con la sirvienta me hacía cauteloso.

Me pareció que el salir siempre con mis amigos me obstaculizaba, porque a la señora no le gustaba que me llevase de noche a su marido sin ella. En consecuencia, aunque cenaba con ellos, salía después solo, pero solía volver justo cuando cerraban la tienda para pescar a Loo… aunque fuera a salir después.

La noche que siguió a la de la llegada de la nueva sirvienta dejé a mis amigos en un concierto y me fui a casa. Al entrar, oí voces que discutían y me acerqué furtivamente cuanto pude a la puerta. Loo estaba riñendo con el muchacho. Algunas veces no oía nada, después lo oía todo. «No… déjame… no pienso dejarte», después el ruido de una silla, o de alguna otra cosa. «Oh», gritó ella… «no lo harás». «Te lo he tocado… tiene mucho pelo», rió el chico, bastante alto. Otro forcejeo. «Se lo diré a la tía… No lo hagas… ¡Oh!… Van a oírte los inquilinos». Otro forcejeo. «¡Oh!… vamos… no… lo harás». «Coño». «¡Oh!». «Polla». Siguió una bofetada. Uno de ellos chocó con el tabique, se cayó algo, y todo quedó unos segundos en silencio. Me perdí de vista por la escalera y escuché. Se abrió la puerta, salieron los dos juntos, y la sirvienta, que no se había ido,

salió de la cocina. «Se me cayó la vela, no veía nada, y me pegué con la puerta», dijo el muchacho. «Eres un torpe estúpido», dijo Loo. El muchacho salió de la casa como un tiro, la sirvienta y Loo entraron en la cocina. «Le ha estado palpando el coño… Quizás ella le ha palpado a él… A esa zorrilla ya se la han follado», pensé.

Uno o dos días antes, le había ofrecido llevármela a Londres una semana… ¿vendría? «¡Oh, cómo no!… Estoy deseando conocer Londres». Después añadió: «¿Cómo escaparme?… mi tía se lo diría a mi padre». No, no podía. «Ven a pasear conmigo cuando cierre la tienda». Pero la tía casi nunca la dejaba salir ni de noche, ni de día, excepto los domingos. Estimulada por mí, le dijo a su tía que pensaba salir. «Saldremos juntas», dijo la tía. Pero llovió un poco, la tía dijo que se le iba a estropear la ropa y no quiso ir. A la noche siguiente, la tía había salido, la chica cerró la tienda en cuanto oscureció y, a pesar de su tía, se reunió conmigo en la playa. Le conté lo que había oído. Confesó que el muchacho había tratado de palparla, pero dijo que no lo había conseguido. «Pero le oí decir que tienes pelo». «Es un mentiroso». «Seguro que no tienes nada de pelo», le dije. «¡Oh!, que se cree usted eso», me dijo, riéndose. «Déjame tocarte». Después, en la oscuridad, poco a poco, conseguí palpar un grueso par de muslos y el principio de un coño. Se quedó sentada y quieta, después me besó, y yo a ella. Tenía las piernas cruzadas, por lo que mi dedo no podía pasar del clítoris. Después me palpó la polla. Pasé una hora magnífica en aquel banco de la playa. En mitad de la conversación susurré «polla», «coño», «joder», ese trío mágico. «¡Oh!, ya sé lo que quiere decir». «Bueno, abre los muslos». «Ahí tiene… ¡Oh!, me hace daño…». Y se levantó. «Malvado diablillo, déjame». Me pareció que tenía el coño bastante abierto. Cuando llegó a casa la riñeron, pero estuvo muy atrevida con su tía.

A la mañana siguiente, fui al retrete, lo encontré ocupado y, como tenía muchas ganas de cagar, bajé al retrete del patio, abrí la puerta de un tirón (el cerrojo no estaba echado), y me encontré a Loo, con las enaguas levantadas, mostrando ambas piernas casi hasta el trasero. Estaba a punto de sentarse. «¡Oh!», gritó, soltando la ropa. «¡Oh!», dije, cerrando de un portazo, tan sorprendido como ella. Me fui, pero, una hora después, compré algo de fruta. No había nadie en la tienda. «Te he visto el trasero». «No me lo ha visto», me

dijo, sin sonrojarse lo más mínimo. «Sí que te lo he visto». «Si me lo ha visto, no será por culpa mía». «Enséñamelo… no hay nadie». «No pienso». Esta vez se sonrojó, se sentó, pero no pudo contener la risa. Le enseñé la polla, y una persona que entró entonces en la tienda estuvo a punto de sorprenderme.

Otra noche salió a pasear con una amiga que a la tía le parecía de confianza. En cuanto se alejó de la casa, la otra chica se fue con su amante, y, a los cinco minutos, Loo estaba conmigo en la playa. Había luna. La maldije, y, entonces, por suerte, las nubes la cubrieron. Me puse a hablar abiertamente sobre la copulación. Me dijo que lo sabía todo y, al final, confesó riendo que le había palpado la polla al mancebo de la tienda. «No, a ningún otro hombre, excepto a chicos muy jóvenes», a esos sí que se las había palpado. «Déjame hacértelo… Joderte… Da tanto placer… Ya lo sabes todo… ¿Por qué no hacerlo?». «Lo haría, pero me da miedo… supóngase que me quedo embarazada». Le dije que evitaría dejarla embarazada. No, tenía miedo. Nos palpamos mutuamente. Sólo Dios sabe cómo me las arreglé para no masturbarme, pero el hecho es que no pasamos allí más de una hora.

Al día siguiente, le palpé el chocho en la tienda y, de nuevo, cuando subía a acostarse, y le enseñé la polla. ¡Qué riesgos corrí, y cómo me escapé! Si mi amigo hubiese abierto la puerta, o la chica de enfrente la suya, seguro que me hubieran sorprendido.

Averigüé que no le gustaba estar en la tienda, que no quería a su tía, y poco después me dijo que, si yo quería, se escaparía conmigo a Londres (para entonces le había ofrecido mantenerla). Aquello me inquietó, porque acababa de librarme de una mujer y no quería tener a otra. «Pero en Londres te iría mal… Tendrías que ir a la ciudad y serías pobre». Eso no le importaba, no quería quedarse con su tía, no quería volver a casa… Estaba cansada de *todos ellos*. Tenía una hermana que era mujer de vida alegre en **** y que le había dicho que lo pasaba muy bien. El misterio estaba descubierto, su caradura y su franca aceptación de las sugerencias indecentes, su conocimiento de lo que era joder, se debían a su hermana de vida alegre. Le dije inmediatamente: «¿Para qué seguir sentados aquí, donde podrían vemos?… Vamos a charlar y a tomar un vaso de vino en alguna casa». «No». «Pero bueno, si ya te han jodido, Loo», le dije, furioso, sin morderme la lengua, pues creía que fingía con

algún propósito. «Estoy dispuesta a jurar sobre cualquier Biblia que no me lo han hecho», me dijo con toda seriedad… pero no la creí.

Para entonces, reñía de continuo con su tía. Lo oíamos desde el piso de arriba. La señora L**g, mi amiga, se quejó del ruido. Entonces, me enteré de que Loo estaba allí enviada por su padre, que quería mantenerla alejada de su hermana de vida alegre. Mientras tanto, mis amigos ni se habían enterado de mis escarceos con la chica, pues todo se hizo con gran prudencia.

A partir de aquella noche, empecé a hablarle siempre de forma grosera, la palpé, y ella me palpaba la polla a la menor oportunidad. Hablábamos de joder y de quedarse embarazada, como si estuviéramos casados. Ella, una chica de dieciséis años, me miraba a la cara y se reía de todo sin señal alguna de sonrojo. Era el estado de cosas más extraordinario que haya conocido, pero todo quedaba en lo dicho. Había pasado casi un mes, me había cepillado a la mujer (ya mencionada) de la playa dos o tres veces, para no meneármela y porque la novedad del lugar me gustaba; sin embargo, Loo me ponía muy lascivo. Le gustaba el besuqueo y le gustaba que le palpase el coño, pero «no, tengo miedo… no pienso ir a ninguna parte con usted». «Como tú no me dejas, me he jodido a una chica en la playa», le dije, con esas mismas palabras. «Dios, seguro que no lo ha hecho». «Sí que lo he hecho». Se quedó callada.

Mis amigos se iban. «Como no me dejas, me voy con ellos, Loo». Se lo dije dos días seguidos. No respondió. Llegó el domingo. «Ven conmigo esta noche». «Voy a la iglesia con mi tía». «Bueno, en vez de eso, vente conmigo». Lo hizo, no tuve problemas en llevarla a la tienda de porcelanas, y, cinco minutos después, nos encontrábamos sentados juntos, su mano en mi polla, la mía cosquilleándole el clítoris, las bocas pegadas, en silencio. ¡Oh, qué maravillosos cinco minutos! Movió delicadamente los muslos y el trasero. «¡Oh, no!». «Súbete a la cama, Loo… no seas tonta… Así podremos tocamos mejor». Se levantó. «Quítate el vestido, se te va a arrugar». Se lo quitó en silencio y se subió sin ayuda a la cama. Nos echamos. «Qué culote tan hermoso tienes… Tengo que besarlo». Me solté los pantalones. «Ya está, déjame que te toque el vientre con la polla… Tócame». Mis dedos se deslizaron por su coño y traté de meterle un dedo. «¡Oh, me hace daño!». ¿Será virgen? Después me eché sobre ella sin que opusiera resistencia. Suspiró, abrió los muslos, ajusté la

polla, me aferré firmemente a sus nalgas y acometí. «¡Oh!… ¡Oh!… ¡Aj!», un solo y fuerte grito. Se lo destruí con tres o cuatro poderosos empujones. Era virgen, y una virgen difícil. Al minuto, mi esperma le llenaba el coño. Hacía horas, estoy seguro, que estaba dispuesta a joder, y aún me parece que se había decidido mucho antes de aquel domingo.

Volviendo a mí, le dije: «¿Te ha gustado? ¿Te ha dado placer?». «No, me ha hecho daño», me dijo con la mayor tranquilidad. Me quedé quieto, besándola, arrimándole la polla, aún tiesa, bajé los dedos y se me mancharon de rojo. Había puesto una toalla en la cama, se la metí debajo de las nalgas y desmonté… Pensé que, si le manchaba la ropa blanca, la metería en un lío. Me deleité un instante con la poco habitual visión de un coño virgen recién jodido y después le metí la servilleta entre los muslos. «No te lo habían hecho antes», comenté. «Ya se lo había dicho», respondió. Se quedó quieta hasta que le sugerí lavarse. Mientras se lavaba me dijo: «Me ha hecho sangre», y se rió. El asunto no parecía preocuparle gran cosa. Después, nos pusimos a charlar, le vi el coño y me la jodí dos veces más. Me paré a mitad del segundo palo. «¿No sientes placer ahora?». «¡Oh, sí!… ¡Oh, ah!». No volvió a casa hasta pasadas las diez. Yo volví antes. Su tía le echó una bronca en el pasillo. De paseo con una amiga… de paseo con una amiga, fue su única respuesta. Mis amigos oyeron la bronca del pasillo tan bien como yo y, a la mañana siguiente, comentaron que temían que la chica de la tienda le causara demasiados problemas a su tía… La señora L**g dijo que le parecía una moza muy insolente.

Vivimos después esos deliciosos momentos que una pareja en celo dedica a planear sus furtivos polvos. Cuando se hace con éxito, me parece la más deliciosa satisfacción de la pasión sexual. Es delicioso besarse, tocarse las partes privadas, susurrar al oído, hacerse señas, con el coño en la mente de uno y la picha en la de la otra, pasarse el día pensando dónde, cuándo y cómo se realizará la copulación, vigilar al que se interpone, planear cómo librarse de otro, inventar excusas para salir de la casa, cuentos sobre dónde se ha estado y razones para llegar tarde. Me encantan los goces secretos del éxito en la mentira, el polvo apasionado aquí, allá, en cualquier parte, aprovechando toda oportunidad, la rápida corrida de unos genitales donde de tanto pensar y de tantas horas de deseo

lascivo los jugos espermáticos y sexuales se han acumulado, listos para mezclarse. Todo esto lo viví con Loo, lo he vivido con muchas mujeres desde los dieciséis años y no conozco nada tan absorbente ni tan delicioso.

Al día siguiente, nos palpamos mutuamente en la tienda, en la escalera y al subir a la cama. El día siguiente no parecía prometedor, pero yo me encontraba tan cachondo que estaba dispuesto a afrontar cualquier riesgo… y ella en buena medida también. No se nos ocurría ningún sitio hasta que «el dormitorio de la escalera… está vacío… A nadie se le ocurriría buscarte allí». Por la noche fui con mis amigos a una feria, les dejé allí y volví a la casa, entrando desapercibido en el dormitorio. La sirvienta se había marchado, la tía había salido, y Loo entró furtivamente en la habitación. Había dejado al muchacho en la tienda. Me la jodí a oscuras al borde de la cama. El muchacho pensaba que se había ido a su dormitorio. La esperé pacientemente media hora, volvió a subir y volvimos a hacerlo. Pasó casi otra hora, y volvió a venir y fue jodida. «No te has lavado el coño, ¿verdad?». «No, ¿debo hacerlo?», me dijo. «¿A que está bien joder?». «¡Oh, y que usted lo diga!». El muchacho se preguntaba por qué cerraba la tienda tan tarde. «La cama (era de plumas) va a delatamos», dije. «Cuando baje por la mañana, o en cuanto se vaya Tom, la arreglaré», me dijo.

Mientras duró mi relación con aquella jovencita de pelo rojo, mis inventos y trucos para conseguirla se parecían mucho a los que utilicé con la pequeña Sally. Las circunstancias eran casi las mismas. Lina ciudad costera, una pensión, una arrendadora, una joven dama que deseaba tener el coño mojado, un hombre de buena salud dispuesto a mojárselo. En esas circunstancias, ¿quién podría impedir la copulación?

A la noche siguiente, salió sin pedir permiso, y la poseí en la tienda de porcelanas. «Querida, vamos a verte el coño». Abrió los muslos con todo desparpajo. «¿Está muy distinto?». Había tratado de mirárselo en el espejo, pero no veía bien… no tenía un espejo de mano. «Pero la sensación es muy distinta», comentó. Jodimos con ardor un par de horas. Cuando volvió, hubo una gran bronca, y su tía la amenazó por haberse ido.

Era grandota, su cuerpo era como el de una mujer, pero con un rostro aniñado. Por lo demás, parecía tener dieciocho años. Tenía

los muslos grandes, el trasero gordo y los pechos rechonchos y bonitos, aunque pequeños. Su carne era de un blanco muy hermoso. Tenía el coño bonito, un clítoris muy desarrollado, y el pelo era allí más color zanahoria que en la cabeza. Yo nunca había visto un buen coño color zanahoria, pero no había mucho pelo… En este aspecto parecía el de una niña de dieciséis años. Los bordes del himen roto estaban bien desgarrados, cualquiera podía ver que la destrucción era reciente. Se lo miré hasta que me sobrevino un excepcional deseo lujurioso. Le hice cosquillas en el clítoris con la lengua hasta que suspiró y, entonces, me encantó la idea de darle todo su placer. Acerqué la boca, lamí y lamí, metí y saqué la lengua hasta que empezó a contorsionarse. «Basta ya… ¡Oh!… ¡Qué porquería!… ¡Oh!». Me dolía la mandíbula, tenía la lengua cansada y me parecía imposible hacer que terminara, pero, haciendo un gran esfuerzo, le deslicé la lengua por el clítoris con toda la rapidez que mi fatiga permitía, con lo que sus muslos se abrieron y, emitiendo una especie de alarido grave, medio gemido y medio suspiro, se corrió, aferrándose espasmódicamente a mi pelo y abriendo y cerrando los muslos. No sé cuánto tiempo me pasé trabajándola y me pregunto por qué tardé tanto en hacerla correrse; no volví a hacérselo y no puedo justificar esta súbita y lasciva pasión… Nunca sé por qué me gusta bajarme al pilón con una mujer y con otra no.

Al día siguiente, mis amigos se marcharon; yo me quedé y tomé sus dos habitaciones y el dormitorio suelto. La señora de la casa dijo que tenía que alquilarlos juntos. El tiempo se estaba poniendo frío, no se esperaban más inquilinos, el negocio de la tienda decaía. La señora me preguntó al día siguiente si no me importaría que me sirviera ella personalmente, pues con la ayuda de su sobrina podrían hacer cuanto desease, si no venían más inquilinos. Aunque la idea me deleitó, no me mostré satisfecho y le dije que esperaba buena comida y buen servicio, y que no me gustaba estar rodeado de personas por encima de su posición, etc. ¡Oh!, ya se cuidaría de ello, y su sobrina se pondría una cofia. Volvió al poco tiempo. Si no me importaba lo de la cofia… su sobrina no quería ponérsela… Añadió que la chica le había causado muchos problemas a su padre, que ahora se los causaba a ella. Tendría que mandarla a su casa. ¡Cómo me reí para mis adentros! La sirvienta se fue, el muchacho de la tienda se quedó, tomaron una asistenta una hora al día, y, por

la noche, nos quedábamos solos la señora, Loo y yo.

Me puse muy pesado, haciéndole todo el tiempo encargos a la señora. Cada vez que quería quitármela de encima, la mandaba a comprar algo. La hacía cocinar todo el tiempo y no me importaba lo que me costase sacarla de la casa, ni a ella tampoco, porque se beneficiaba. En cuanto se iba, Loo subía. Al instante, la tenía en la cama y me la cepillaba. La señora ponía la mesa, yo encontraba el filete quemado, y protestaba. Lo lamentaba mucho. Empezó entonces a preparar la mesa una hora antes de comer, para poder cocinar tranquila. Yo no estaba dispuesto a tener la mesa puesta en la habitación todo el día. Me iría a cenar fuera. ¡Oh, cómo lo lamentaba! «Entonces tome una sirvienta». Bueno, lo haría, pero ¿no me importaría que su sobrina pusiera la mesa, aunque fuera sin cofia? «No, déjela», y Loo subía. ¡Vaya jugarreta! La señora cocinaba, y yo le levantaba a Loo las enaguas, palmoteándole el trasero, besándole el toisón, mientras ponía la mesa. Después, me metía furtivamente en mi dormitorio. Entonces, llamaban a la puerta. «La cena está servida, señor». Yo entraba. «Ya veo que la jovencita la ha puesto bien». «Sí, señor, ya me ocuparé de que lo haga». Llamé, y Loo subió. «Una botella de cerveza clara». El muchacho de la tienda la trajo, Loo limpió la mesa, bebió un vaso de cerveza y, como su tía había salido a comprarme alguna cosa, jodimos. Jamás vi a una zorrilla más cachonda, ni más deseosa de tener una polla dentro. El juego se repitió a la hora de la cena, y el coño de Loo recibió otra libación seminal. ¡Qué día más alegre! ¿Debido a la suerte o a mis astutas maniobras? Creo que a lo segundo, pues tengo mucha práctica en este tipo de cosas.

Durante una semana poseí a la chica al menos dos veces al día, y en general tres. Ella misma me indicaba cómo hacerlo. «Mi tía va a salir a tal hora». «¿Dónde va a estar el chico?». «En la tienda… Le diré que tengo que ir a la cocina… No se atreve a abandonar la tienda… Basta que entre en el salón para que mi tía le mande a ocuparse de sus asuntos… El dinero que cobra lo deja en el mostrador, hasta que mi tía se lo lleva». En cuanto le parecía que podía hacerlo con seguridad, Loo se escabullía, subía a mi habitación y se metía en mi cama con tantas ganas de polla que casi se levantaba ella misma las enaguas. Después se marchaba, a menudo sin lavarse su chocho zanahoria. Para reforzar el engaño,

yo me quejaba a su tía de falta de atenciones. La vieja me dijo que la chica era una salvaje y que le causaba todo tipo de problemas. Después, se puso a servirme ella misma durante un par de días, y me quedé sin mis palos.

«Mañana, la tía quiere ir personalmente al mercado», susurró Loo, sonriendo. Durante la temporada, mandaba a una pariente al mercado. A la mañana siguiente, la tía se marchó a las seis, y Loo, vestida a medias, le abrió la puerta. El muchacho debía estar allí para abrir la tienda. Solía entrar por la puerta privada para hacerlo, y Loo le había dicho astutamente que viniera más tarde. Cuando abrían las puertas por la mañana, dejaban el cerrojo interior sin echar, para permitir la entrada y salida de los inquilinos. La moza se abstuvo de hacerlo, y nos encontramos en la casa solos, seguros, yo ya preparado en la cama.

Subió las escaleras como una liebre. «Quítate toda la ropa. Sí, desnuda». «No, no quiero», dijo, con la única objeción que jamás me puso. De todas formas, la desnudé y me desnudé yo mismo, y, un minuto después, estábamos en la cama completamente desnudos. ¡Qué deliciosos abrazos nos dimos aquella fresca mañana! Nunca la había visto desnuda y di satisfacción a mis ojos. En sus axilas empezaba a crecer un poco de pelo rojizo. Un beso en sus bonitos pechitos y en su toisón rojo, un vistazo a la desgarrada abertura de su coño. Me arrodillé encima, me besó la polla; nunca lo había hecho, y lo realizó con gran deleite. Después, ¡uf!, nuestros genitales se unieron en un abrazo desnudo, estrecho y libidinoso. ¡Oh, qué polvo más divino! Afortunadamente, con una toalla bajo el trasero, para no estropear las sábanas y causar problemas. Le inundé el coño. A la gente que copula todo le va bien. «Baja la mano, querida, y tócame la polla mientras está dentro». «¡Oh, qué mojada está!». «¿Te gusta joder desnuda en la cama?». «¡Oh, sí! Sí que es bueno… ¿Lo hacen desnudos los casados?».

Después nos quedamos abrazados, con los vientres pegados, hablando de joder, instruyéndola (buena parte del deleite que se obtiene poseyendo a una virgen proviene de instruirla en los actos libidinosos, instigando en su mente ideales de copulación), besándonos, chupándonos de vez en cuando mutuamente las lenguas. Pasó un rato. «¿Notas que la polla se me pone más pequeña en el coño?». «Sí que lo está». «¿Te gusta sentir la leche?». «¡Oh, sí

que me gusta!». (Esta pregunta se la he planteado a todas mis vírgenes, pero siempre surge de nuevo con todo frescor). «Tócame la polla ahora que está fuera. ¿A que está pequeña?». «Sí… voy a probar a ponerla tiesa». «Hazlo, amor… Déjame mirarte el coño». Abrió bien los muslos y vi la ofrenda de mi polla. «¿No te gustaría verte el coño?». «Sí… pero está sucio, ¿no?». «No, querida». Me empalmé. «Mira, amor, mírame la polla… Vamos a joder antes de que vuelva tu tía… Levántate… arrodíllate… Así, eso es», dije, y apretando el vientre contra su trasero blanco, liso y duro, arrodillándome tras ella, eché otro espléndido polvo en su suave vulva lubricada de esperma.

«¿Qué estoy haciendo, querida?». «¡Oh!, ¡ah! Estás haciéndomelo… ¡Ah!». «Di jodiendo». «Jodien… do… ¡Ah!… ¡Ah!». Nos quedamos quietos, me agacho sobre ella, con las manos en las nalgas, sin más movimiento que las últimas palpitaciones de mi polla y el delicado abrirse y cerrarse de su coño, mientras mi eyaculación termina.

Tengo la polla en su canal, su trasero contra mi vientre. Qué deliciosa tranquilidad, qué ensoñación suave e indecente. «¿Verdad que es agradable así, querida?». (Era la primera vez que se lo hacía de esta manera). «¡Oh, sí! ¿Lo hacen así algunas veces los casados?». Silencio. «¿Cuánto tiempo hace que se fue mi tía? ¡Oh!, el chico está llamando». «No te muevas, Loo… todavía sigue tiesa». Una pausa. «¡Oh!, mejor… Va a seguir llamando… ¡Qué pesadez!». «Deja que llame». «¡Oh!, sáquela… podría contárselo a mi tía, y tengo que vestirme». La saqué, se vistió (echándose un vestido por encima de la camisa). «Voy a decirle que me he quedado dormida». Después, le dejó entrar y volvió a mí. Nos besamos, nos palpamos mutuamente los genitales. «No te laves el coño, Loo, y volveremos a hacerlo a la hora del desayuno». Se marchó, bien vestida, y encendió el fuego de la cocina.

Cuando me trajo el desayuno, «me gustaría que durmiéramos juntos». «A mí también», respondió. «Dormiríamos desnudos». «Sí», me dijo, sonriendo, pero nunca lo hicimos. No volvimos a arreglárnoslas para echar un palo hasta después del almuerzo y lo hicimos en el sofá otra vez trasero contra vientre, porque costaba mucho hacer la cama de plumas después de haberla chafado. ¡Qué rápido movía el trasero!… ¡Qué bien jodía! Estaba hecha para joder

y le encantaba. Supongo que, uno o dos años después, ya bien desarrollada, necesitaría a un hombre fuerte para su trabajo camal. El día en que me la tiré por primera vez tenía exactamente dieciséis años y un mes.

Al día siguiente, no pudimos hacer nada porque me sirvió la tía personalmente, pero, a la mañana siguiente, se fue al mercado. La madre del muchacho estaba enferma, Loo le dijo que podía venir tarde, y nos metimos otra vez desnudos en la cama. Me la puse encima. Los inventos libidinosos realizados con la joven moza me gustaban cincuenta veces más que con una cortesana experimentada. «¿Te corres, Loo?». «S… sí, s… sí». Nuestra saliva se mezclaba. «¿Lo hacen así las personas casadas?», me dijo, cuando ya estaba echada encima de mí, después de correrse deliciosamente.

Yo siempre comía en casa y me pasaba el día pidiendo que me trajesen comida y otras cosas, para quitarme de encima a la tía. Me inquieté cuando me dijo que tendría que tomar una sirvienta, porque era demasiado trabajo para ella. «¿Por qué no hace trabajar más a su sobrina?». «No le gusta servir (todo estaba arreglado)… Esa chica es un problema grave para mí y para su pobre madre; voy a tener que mandarla a casa». «Como quiera, pero me parece que no comeré en casa con tanta frecuencia». No tomó ninguna sirvienta —que lo hubiera estropeado todo—, así que no perdía a mi moza. Cada dos mañanas, la tía salía unas dos horas, sin saber que el muchacho venía tarde (estaba encantado de llegar tarde), pues la tienda estaba siempre abierta antes de que ella volviera. No perdíamos tiempo, cinco minutos después de haberse ido la tía yo tenía la polla en el coño de Loo, donde generalmente seguía un cuarto de hora antes de que ella volviese. En los intervalos, entre nuestros ejercicios camales, Loo se ponía un vestido, encendía el fuego de la cocina, dejaba entrar al muchacho, se desnudaba y se metía conmigo en la cama como un rayo. Para entonces, ya me besaba y me toqueteaba con lascivia.

Una mañana, le presté un espejo de mano y la ayudé a inspeccionarse el coño. Se lo contempló con gran satisfacción. Le señalé los bordes del himen roto… Me dijo que le recordaba a dos crestas de gallo, una de cada lado.

«Me pregunto si estoy esperando familia», me dijo un día, justo después de joder, mientras se llevaba los restos de mi desayuno. No

tenía síntomas, ni sensación alguna que conociera, pero seguía preguntándoselo… Lo sabría el lunes siguiente. El lunes se encontraba bien, la mancha roja apareció, y no la toqué en tres días. Después, reanudamos nuestra fornicación, y así pasamos casi un mes dedicados al dulce jueguecito de la copulación, sin que nadie sospechara nada, creo, excepto el muchacho.

Estábamos casi en noviembre, todos los visitantes se habían ido; le dije entonces que yo también tendría que irme, y mostró por primera vez ansiedad por su futuro, derramando lágrimas. Aunque se había vuelto muy lacónica, de la conversación deduje que había decidido hacerse puta. Reñía todos los días con su tía. Ésta la amenazaba siempre con mandarla a casa, y ella amenazaba con escaparse. Le insistí en que se fuera a su casa y, una mañana, intranquilo por su futuro, le di veinte libras en soberanos. Eso la hizo romper a llorar con violencia (nunca me había pedido ni un penique). Como no podía llevármela a Londres (aquello era para mí imposible), quizá se fuera a casa. «Si no te vas a casa, quédate aquí… Eres hermosa… Pescarás a un novio y, si tienes cuidado, te casarás… No averiguará lo que has hecho». Comentó, moviendo la cabeza, que los únicos que le hablaban eran los tenderos, como si no los considerase suficientemente buenos.

Habían pasado dos menstruaciones desde que me la hice por primera vez, y no había signos de embarazo. Eso hacía que me sintiera cómodo. Tras un día de joder duro y tres folladas matutinas, hechas con gran riesgo, ella comenzó de pronto —para mi estupor— a llorar amargamente. Justo antes de que volviese su tía, se puso el sombrero, salió y nunca más volví a verla. La tía, al igual que yo, estaba angustiada cuando partió, porque la chica tenía un carácter muy peculiar. Temía que apareciese en Londres, pero, si lo hizo, nunca la vi. La primavera siguiente, estando a unas veinte millas de la ciudad, me acerqué expresamente para preguntar. Como vi a la tía en la tienda, entré y compré algo.

La tía me reconoció, sonrió y preguntó si volvía a M**g**e otra vez. «¿Dónde está su sobrina?», pregunté como sin darle importancia. «¡Oh!, de nuevo en su casa, o en otra parte». Tras una pausa añadió: «Ha dado muchos disgustos a mi pobre hermano». Hice una o dos preguntas capciosas, pero no logré enterarme de nada más. Estoy convencido de que se hizo golfa y de que lo

hubiese hecho aunque no me hubiera conocido. Estaba hecha para mucho joder, estaba lista para ello, esperándolo. Creo que le había palpado con frecuencia la polla al chico de la tienda, aunque lo negara. Una vez lo admitió, pero estaban siempre peleando.

Es gracioso que tuviese tan pronto a una dama con toisón de color rojo tras haberme hecho a otra con el toisón de color jengibre. Aunque ninguno de los colores me gustaba, disfruté mucho con ambas mujeres, pero mucho más con Loo, debido a su juventud, su frescura e inexperiencia. Pero cada mujer me parece nueva cuando sucede a otra y trae consigo sus propios encantos y su disfrute. Los goces de una mujer son inagotables.

[Estuve solo durante casi toda aquella estancia mía en M**g**e, la temporada había terminado. Estas notas fueron escritas parcialmente mientras estaba allí, y el resto poco después, porque pesaba entonces con fuerza sobre mí el deseo de describir los incidentes de mi vida privada, y narrarlos me proporcionaba el más intenso de los placeres. El relato de mis andanzas con Loo la pelirroja es textualmente fiel a mis notas de entonces].

*Camille. — Gabrielle y una mujer. — Impotencia temporal. — Tras el almuerzo. — Una mamada. — Al pilón. — Jodiendo por frote. — Borrachas y cachondas. — Posturas libidinosas. — Una tríada de depravados. — Recuerdos al día siguiente. — En Nápoles. — Un agente para pederastas. — Reflexiones sobre la sodomía. — En Milán. —En un baño. — Mujeres baratas. — En una diligencia. — Madre y criatura. — En G***b*e. — La equivocación de la camarera. — Incitaciones ruidosas. — A través de la puerta. — Invitación y sorpresa. — Un cuarto caliente. — Sugerencias cálidas. — Acciones cálidas. — Una pudenda caliente. — Un pene abrasador. — Una ardiente conjunción. — Una húmeda conclusión. — Un buen trabajo nocturno. — Un surco del trasero peludo.*

Cuando vine a Londres Camille recibió mis atenciones, pero no le era fiel porque yo necesitaba cambiar de mujeres. Había perdido la pista de Gabrielle, porque había cambiado de domicilio. Pero, cuando una tarde subía por una calle oscura cercana a la calle Regent, oí decir en voz alta: «Señor, Gabrielle». Mirando hacia arriba vi que se trataba de ella. Subí por las escaleras y, al poco, estaba dentro de ella. La vi varias veces más después, y una noche tuve el deseo de ver a dos mujeres desnudas juntas. Habían pasado años desde la última vez. Gabrielle me consiguió a otra mujer tan alta como ella, con un coño similar al suyo en aspecto y pilosidad. Pedí champán, nos desnudamos todos; las dos mujeres se sentaron sobre mis rodillas, luego se tumbaron sobre la cama lado a lado, y después se arrodillaron allí con los culos hacia fuera, mientras yo investigaba sus genitales; pero mi polla no se levantaba. Aunque intenté follarme a la desconocida y ella utilizó toda clase de arrullos, me fue imposible.

Antes, y desde entonces, me ha sido a veces imposible joder con una mujer cuando estaba presente otra. No puedo entender por qué. Tampoco puedo explicarme pasar por docenas de mujeres

excelentes sin poner la lengua en sus coños y luego bajarme frenéticamente al pilón con otra, quizá sin mayores encantos, aunque durante un momento me hubiera parecido que los poseía. Como ya dije, he follado a mujeres en presencia de otras, pero raramente.

Gabrielle descubrió mi debilidad, salió del cuarto, y poco después estaba yo en coito con la otra francesa. Continuábamos tomando champán cuando Gabrielle volvió. Se había puesto camisón y camisa, e hizo el fuego (porque hacía frío). A la hora aproximadamente, Gabrielle dijo que le tocaba a ella follar y empezó, sin previo aviso, su movimiento favorito de enderezarme mediante una aplicación delicada de su lengua a la punta desnudada de mi pene, y muy pronto mi lujuria estaba rampante otra vez. Entonces comenzó una de mis orgías impremeditadas.

Nuestra conversación había sido de lo más disipada; los tres habíamos estado fumando, sentados alrededor del fuego, las mujeres con el camisón sobre sus rodillas, dejando que el calor del fuego alcanzara sus coños. A veces, miraba entre sus muslos y me divertía libidinosamente con ellas. El tiempo pasaba, y yo no jodía. Gabrielle me pidió un almuerzo para ellas, y como yo consintiera, pidieron jamón y salchichas francesas, cosas que devoraron. Las hice sentarse casi desnudas para hacerlo. Volvimos a fumar, tomamos más champán, y nuestra conversación era de lo más indecente. Palpé el coño de Gabrielle. «Déjame palparlo también», dijo la otra mujer, adecuando la acción a la palabra y palpando a Gabrielle. Entonces, arrodilladas ambas mujeres, una lamió el tallo de mi polla y otra mis pelotas hasta que casi me corrí, pero me contuve.

Una excitación voluptuosa llenó entonces mi mente con fantasías libidinosas. «Al pilón, Gabrielle», dije. Apenas necesitaba ella tal invitación; ambas mujeres rieron, se desplazaron sobre la cama, y la desconocida —arrodillándose entre las piernas de Gabrielle— la masturbó con la boca mientras yo miraba su bien desarrollado coño espesamente poblado de pelo por detrás, pues su gran trasero estaba levantado por el hecho de estar arrodillada con la cabeza baja. Gabrielle tuvo dos orgasmos, o los fingió, pero no lo creo, pues suelo discernir bastante bien entre lo real y lo fingido en ejercicios indecentes. Después de ello, volvimos a fumar todos, y a

beber champán sentados alrededor del fuego, y entonces Gabrielle masturbó con la boca a la otra mujer.

Mi imaginación calenturienta seguía trabajando, e hizo otras sugerencias. Dije: «Jódela por frote, haz de lesbiana». Las dos estaban bastante borrachas, dispuestas a cualquier cosa, y pienso ahora que se divertían de este modo cuando estaban solas, aunque por entonces no me daba plenamente cuenta de que el lesbianismo era algo distinto a un fingimiento.

Se fueron a la cama las dos francesas, altas, desnudas, pero con botas y medias. Gabrielle montó a la otra, que cruzó los muslos por encima de las caderas de Gabrielle, y unieron sus coños. Palpé la masa de pelo creada por los dos coños pegados. Se besaban una a otra y luego se frotaron al unísono los coños hasta gemir de placer; luego, quedaron silenciosas.

Mientras permanecían silenciosamente abrazadas, me metí entre los muslos de Gabrielle; puse una mano entre los dos vientres y quedó aprisionada en el pelo de sus coños. De alguna manera inserté mi polla en su coño, no podría decir si mucho o poco, gastando mi semilla dentro de ella con uno o dos movimientos. Entonces, cuando mi polla se retiró, Gabrielle frotó su coño aceitado por mi esperma contra el coño de su amiga con un grito de placer, y se frotaron y se menearon dando alaridos hasta correrse en un frenesí voluptuoso.

Yo iba a irme después de eso, pero, cuando miré, vi que seguía diluviando, como había sucedido toda la noche. Decidí quedarme. Había pasado la media noche. Bebimos más, y mi cabeza daba vueltas en torbellinos de lujuria. Hice que Gabrielle y su amiga me orinasen en la mano; sostuve abiertos sus coños y el orinal debajo de cada una mientras la otra sujetaba una vela cada vez que alguna de ellas deseaba vaciar su vejiga (y el champán corría libremente a través de ellas), a fin de poder ver cómo se realizaba la función. Entonces, Gabrielle se tumbó de nuevo, me arrodillé sobre ella, y ella chupó mi polla, mientras su amiga la masturbaba una vez más con la boca. Mi antipatía por la mamada estaba superada, me entró el deseo de correrme en aquel refugio. «Me corro… ¡voy!», exclamé. Gabrielle chupó con más fuerza, y me corrí en su boca, curvándome sobre ella, hasta que ella alcanzó su propio placer gracias a la amiga que le lamía velozmente el coño. Se corrió casi al mismo tiempo

que yo. Nos levantamos entonces, descansamos y volvimos a empezar. Al final, los tres nos quedamos juntos en la cama, tras haber jodido yo una vez más con ambas mujeres. A las cuatro de la madrugada, encontré, exhausto y en dos terceras partes borracho, el camino a casa.

Hacía mucho que no tenía yo ningún exceso. Las mujeres, y muchas, eran mi deleite; pero las tomaba de una en una. Al tener una constitución fuerte, podía copular sin fatiga una o dos veces al día sin excitantes ni estimulantes de ningún tipo, exceptuando la contemplación gloriosa y las diversiones que la hermosa mujer de cada ocasión pudiera proporcionarme. No me gustaba la idea de la mamada, pero había consumado en la boca de la dama, disfrutándolo realmente; había hecho que las mujeres jodiesen por frote, y había disfrutado viéndolo. ¿Lo habían hecho adecuadamente? ¿Habían gozado la una de la otra? ¿Estaban sólo fingiendo? A la mañana siguiente, pensaba en todo esto, sentado, con dolor de cabeza, preguntándome cuántas veces me había corrido. Desde luego jodí con cada mujer dos veces o más, y me corrí en la boca de Gabrielle. Eso era todo cuanto sabía.

La noche siguiente, fui a casa de Gabrielle. Ambas mujeres se habían emborrachado, me dijo, y durmieron juntas. «¿Jodisteis por frote luego? ¿Disfrutasteis realmente?». «¡Claro que sí!», fue «una fantasía», y lo hicieron hasta no poder más, «*mon Dieu*», hasta que su amiga quedó dormida sobre ella. Era «una mujer encantadora y viciosa». Ambas tenían dolor de cabeza, habían gozado mutuamente. Bastaba mirar las botellas. La cama estaba sin hacer, el cuarto seguía en desorden. ¿Debería llamar nuevamente a su amiga? Acababa de irse. «*Mon Dieu*», no se acordaba de cuántas veces me había corrido yo; pensaba que siete. La follé, partí y no volví a verla durante meses, pero frecuenté a Camille, que, con sus modos suaves y casi felinos, con su deliciosa manera de copular, me atraía mucho.

Para escapar de casa, salí al extranjero a comienzos de diciembre con destino a Nápoles en compañía de un amigo y, naturalmente, tuve mujeres allí. Saliendo de mi hotel una noche, un hombre ya entrado en años e impecablemente vestido me abordó en italiano. Tenía un aspecto y unas maneras tan de caballero que me detuve y le escuché, incapaz al principio de comprender lo que

decía. Se trataba de que él tenía unas damas encantadoras para presentarme —no mujeres comunes, no prostitutas—. Escuché, pues era la primera vez que un hombre me hacía sugerencias en tales materias, aunque haya hecho alcahuetear a muchos *valets-de-place* e ir a burdeles conmigo. Eran encantadoras, dijo con voz tranquila; una de ellas, una deliciosa damita de quince años apenas. Le dije que no.

«¡Ah!, quizá quiera *il signore* a un *bello* joven». Al principio, no le entendí bien por dominar mal el italiano y repetí en tono interrogativo la palabra «joven». Él me entendió mal. «¡Ah!, sí», si los prefería jóvenes, tenía a dos encantadores muchachos, muy jóvenes, uno de trece y otro de catorce años, sin pelo alguno en el cuerpo: eran delicados al máximo. Al ver que yo necesitaba hacerle repetir por no entender y que le respondía en francés, se dirigió a mí hablando esa lengua de modo bastante fluido para contármelo todo otra vez. «Sí, sólo trece o catorce años, sin pelo en el cuerpo», pero, aun siendo tan jóvenes, ambos podían correrse. Decliné la oferta, él se quitó el sombrero con una mano enguantada y dijo: «*Buona sera, Signore*», añadiendo que estaba a menudo en el Chiaia, si cambiaba de idea, varias veces le vi allí abordando a hombres en el momento del crepúsculo.

Esto me hizo pensar mucho. Reflexionando, aunque divertirse de ese modo me parecía de lo más objetable, si a los otros les gustaba era cosa exclusivamente suya. Un hombre tiene tanto derecho a usar de su ano al antojo como tiene derecho un hombre a usar su pene; a esa conclusión llegué. Pero me hizo preguntarme si muchos hombres obtenían su placer con el trasero de otros. ¿Era más placentero que joder con mujeres? ¿Tiene el mariposa un placer como el del bujarrón?, y así sucesivamente, hasta que pensé que debería probar, pero nunca lo hice. Durante un tiempo pensé en todo cuanto había visto, escuchado y hecho con mi propio sexo desde la adolescencia hasta entonces. Mi curiosidad por el tema se había avivado, y no ha dejado de crecer a partir de entonces.

Fui extremadamente desdichado mientras estuve fuera de Inglaterra, sintiéndome como desterrado, pero odiaba igualmente volver y me encontraba tan deprimido que nunca tuve a menos mujeres. Parecía no importarme nada, ni ellas ni ninguna otra cosa, hasta que fui a Milán tras separarme de mi amigo. Allí descubrí que,

en las mejores casas, el precio era sólo algo menos de cuatro chelines por hembra, y se trataba desde luego de mujeres frescas y guapas. Se produjo un despertar sexual en mí, pero no fue resultado de la baratura de coño, sino de la excelencia de las mujeres, y, en una casa de ocho me follé a siete. Luego me fui a Turín, me deslicé en trineo sobre el monte Cenis e hice luego en diligencia gran parte del camino, y el resto en ferrocarril, alcanzando París con pocas aventuras; la primera, cosa rara, una vez más con una mujer casada (me parece).

Viajaba en el coupé de una diligencia con una dama alta, de ojos rasgados, bella y con aspecto de tener treinta años, acompañada por un muchacho de unos cinco, hijo suyo. Vestía bien, hasta con lujo, pero de forma extremadamente discreta (en la línea de la moda de entonces, cuando las damas se vestían para viajar, con austeridad, y no para lucirse). Estuvimos juntos ocho horas, hacía mucho frío, y yo anhelaba acercarme a ella por el calor que una buena mujer proporciona a un hombre, pero el niño se sentaba en medio. Naturalmente, hablamos durante todo el viaje. Iba a la misma ciudad que yo, pero no al mismo hotel. Había estado allí antes y pronunciaba de modo excelente el nombre del Hotel F**c*n, por lo cual cambié de idea y fui allí al llegar a la ciudad de G**n*b*e.

Era un hotel grande y pasado de moda (el ferrocarril no había alcanzado del todo la ciudad); ninguno de los sirvientes hablaba otra cosa que el francés, o el italiano (cosa frecuente en aquellos días). Fuimos rápidamente con otros a conseguir dormitorio (no había telégrafos entonces), y una camarera nos los enseñó juntos, pensando evidentemente que estábamos casados. Yo elegí uno. La señora inspeccionó el siguiente. «El niño dormirá conmigo», dijo, «necesito una cama grande, ésta nos servirá». «Chico con suerte», dije yo. Ella fijó sus ojos en los míos, sonrojándose. «Los chicos recuerdan lo que vieron siendo muy jóvenes. Lo sé porque es mi caso», seguí diciendo mientras reía. «¿Es así?». Y ella rió también. «¿Este cuarto entonces?», dijo la doncella. Tenía una gran cama, pero lo había elegido yo. «Hay un cuartito que sale de éste (el cuarto más pequeño) y que servirá para el niño», dijo la doncella mostrándolo. La dama tomó ambos cuartos y la camarera descorrió entonces la puerta entre mi cuarto y el de la dama. «¿Deben traerles el almuerzo aquí o bajarán ustedes?», dijo. La dama rió y (en

francés, naturalmente) dijo: «No, no. El caballero no está conmigo». «Perdón, madame», dijo la camarera, muy confusa; corriendo el cerrojo por el lado de la puerta correspondiente a la dama, entró en mi cuarto y cerró la puerta por mi lado, dejando allí la llave. Yo permanecí en el corredor. Entonces mi polla empezó a crecer súbitamente con una sensación voluptuosa, causándolo la idea de estar solo en el dormitorio con la dama.

La dama era una mujer culta, que hablaba bien francés e italiano. Habíamos cruzado la frontera en diligencia, y la oí hablar en ambas lenguas; pero, aunque había estado con ella durante horas, no había cruzado entre nosotros una palabra ni un signo de voluptuosidad, y yo no había pensado hasta aquel momento en amor.

Para entonces, la lujuria hizo presa de mí. «Lo hace para que nos visitemos el uno al otro ahora», dije yo. La dama rió. «¡Vaya visita sería para mí ésa!». «Un soltero visitando a una viuda». «Pero no soy una viuda». «Ha estado usted mucho tiempo sin un marido, según me dijo». «Bien cierto», dijo ella con un suspiro.

Fuimos a nuestros cuartos, nos lavamos y poco después ella bajó. No viendo a nadie, penetré en su cuarto, descorrí el cerrojo de la puerta y bajé. El menú se había terminado; pedimos cada cual algo de cena y, previa una sugerencia del camarero, acordamos cenar juntos pagando ella su parte. «¿Le gusta el champán?», pregunté. «Sí, pero no puedo costearlo, no lo pida para mí», dijo con cierta ansiedad. «Estamos de nuevo en la vieja Francia y debo tomar champán», dije pidiéndolo. Supliqué que me hiciese el favor de tomar un vaso, y pronto terminamos una botella y empezamos otra. El muchacho bebió una pequeña cantidad, cayó dormido y la madre dijo que debía llevarlo a la cama. «Buenas noches, señor», dijo ella. «Le daré las buenas noches en el piso de arriba, porque yo también me voy a la cama». Ella me miró duramente.

Era una noche muy fría, los corredores del hotel estaban silenciosos. Casi inmediatamente después de levantarse ella, subí a mi cuarto. Podíamos oír todos los movimientos en los respectivos cuartos; sucedía siempre así por entonces en los hoteles pasados de moda. Oí cerrarse una puerta. «Estás bien y caliente, querido, buenas noches, vete a dormir, estoy a tu lado». Al instante siguiente, el repiqueteo de un pis largo y fuerte alcanzó mi oído. Me

reí sonora y voluntariamente, diciendo a través de la puerta. «Buenas noches». «Buenas noches», replicó ella en un tono por el cual supe que intentaba ahogar su risa.

Conversando, descubrí que ella había viajado por gran parte de Europa e intenté llevarla a hablar de sí misma, pero averigüé que era inútil. Estaba tan cerrada como una ostra. Observé que ella intentó lo mismo conmigo, pero no puedo decir si con éxito. ¿Quién es ella? ¿Qué es ella? Dice que su marido ha estado ausente mucho tiempo. Parece tranquila, pero incitante. Recomendó este hotel. Se rió al modo de las damas ante los recuerdos de los niños pequeños. ¿Quiere echar un palo? ¿Deberé intentarlo? Se sucedían rápidamente mis pensamientos.

Vencido por la lascivia, pero nervioso en cuanto a mis intenciones, seguí escuchando y oí movimientos de una mujer desnudándose. Luego, me medio desnudé yo mismo, traje el orinal cerca de la puerta y meé, haciéndolo repiquetear todo lo posible para excitarla. Todo cuanto lleva a un hombre y a una mujer a pensar en los genitales del sexo opuesto tiene como efecto excitar la lubricidad. Luego golpeé suavemente la puerta y llamé utilizando su nombre —señora M***l**d—, con el cual se había registrado en el libro del hotel. «¿Qué quiere?», dijo ella acercándose a la puerta. «Hablar con usted, me siento muy aburrido». «No con tanto frío, buenas noches». «¿No tiene usted un fuego?». «No hay estufa». «Hay una en mi cuarto, y está bastante caliente. Venga y charlamos. ¿No se va usted mañana?». Larga pausa. «No, gracias».

Movimientos de tela de nuevo, una tos. Vacilé, porque no me había dado estímulo alguno. Mi polla se puso voluptuosa, no había entrado en una mujer durante una semana o más. Puse madera en el fuego, reuní coraje y volví a llamar. «Venga y charlemos un rato». «No, gracias, me he quitado la bata». Qué rápido es el pensamiento humano. Vi con el ojo de la mente sus senos y brazos medio desnudos, y mi polla se levantó rígida. ¿Ha corrido ella el cerrojo o ha descubierto que no está corrido? Di la vuelta a la llave, presioné el picaporte y la puerta se abrió. «¡Oh! ¿Quién es?», dijo ella corriendo hacia la puerta. «¡No! Realmente no debe usted… La doncella debió haberla cerrado». Su voz cesó súbitamente y nos quedamos mirándonos el uno al otro cuando ella descubrió que era yo quien entraba.

«No se asuste… Es demasiado pronto para irse a la cama… ¿Dónde conversaremos? Su cuarto es un pozo helado, el mío está como un horno. Deje la puerta abierta, calentará su cuarto». «No me molesta el frío». «Se quejó usted de él». «Estaré caliente en la cama». «Estará usted más caliente en la mía, hay lugar para dos». «¡Oh!, no diga tonterías». «No son tonterías… estamos solos… venga». «No». «Venga y tomaremos un vaso de champán (la botella apenas empezada estaba en mi cuarto)… Dormirá usted mejor». No, había bebido más que bastante; pero vaciló y se quedó mirándome. «Tráigame un vaso». «Venga… Está caliente, su hijo no nos escuchará hablar». «Mi pobre pequeño compañero de viaje, está tan cansado», dijo ella todavía de pie. «Realmente, esto está helado», añadió mientras se ponía un chal sobre los hombros. «Venga, mi cuarto está caliente». Un poco más de persuasión y vino, se sentó conmigo frente al fuego y bebió champán. La puerta quedó abierta, a fin de que el calor pudiera penetrar en su cuarto. No habían ocupado el dormitorio contiguo al mío. Me había asegurado de ello.

Hablamos agradablemente, luego de modo cálido. Palpé sus brazos de modo gradual. Qué llenita estaba… No parecía tan llenita con su bata. Me miró con coquetería complacida y mostró entonces su brazo casi hasta el hombro. Lo besé. «Qué piel suave y dulce tiene». «No, por favor… no debe». Yo había levantado el chal y ella se lo ciñó. «¡Oh!, déjeme ver de nuevo su busto… Es bello… Lo vi cuando abrí la puerta». Dando un tirón, le quité el chal, la abracé y besé su hombro, pero poco de sus pechos resultaba visible. Se iría si continuaba así, y se puso de nuevo el chal. Sugerí que se quitara las medias para calentarse los pies. Se volvió de espaldas a mí y lo hizo enseñando unos preciosos piececitos.

Pero me acometió uno de mis ataques de timidez nerviosa, y no pude hacer audazmente el ataque que pretendía. Ella era una señora, evidentemente casada, y no vi entonces que —consciente o no de ello, pretendiéndolo o no— estaba realmente preparada para joder. Estaba realmente preparada para joder, no podía evitarlo. Vacilé y continué hablando tranquila y respetuosamente. ¿Cuándo había visto a su marido por última vez? «¡Oh! Hace ya algún tiempo». «¿Cuándo espera verle otra vez?». Ella no lo sabía, esperaba allí una carta suya. Había oído todo esto en la diligencia, y me sentí más audaz. «Le echa usted de menos en la cama, ¿no es

así?». «No… pero sería bastante natural si fuese el caso», y rió mirándome. Medio acalorado, la besé. «Realmente, no debe», pero ahora yo había alcanzado la gama lasciva, que recorrí rápidamente hacia arriba siguiendo mis maneras habituales. «Durmamos juntos». «¡Oh!, no… No debía haber entrado aquí». «Hagámoslo». «No se vaya… Es bastante pronto… Su cuarto se calentará pronto», y puse más leños en el fuego.

«Qué bonitos pies blancos. Tiene usted una encantadora pierna, estoy seguro. Déjeme». Suave, respetuosamente, subí una mano por su pantorrilla, pero ella me detuvo. «Oh, durmamos juntos», exclamé. «Es imposible». Supliqué y animé: «Hágalo… Mire cómo me ha puesto», y, en un estado de excitación lujuriosa, extraje mi polla en su cachonda rigidez. Ella miró. «No haga eso, o me iré, no sabe usted qué riesgo correría». Una vez más impedí que se levantase. Nuestros asientos estaban próximos. «Déjeme palpar su pierna. Déjeme palpar su carne… Sólo hasta el muslo… Ahí, justamente ahí». Su resistencia era la de un niño, y mis dedos alcanzaron su coño. «Pálpame amor, palpa mi polla… hagámoslo… bésame». No pude poner su mano sobre mi polla pues con una estaba sujetando su cintura mientras tenía la otra en su coño. «Pálpame… hazlo… hagámoslo. Follemos… bésame». «Oh… ah… no me atrevo». Dejamos de hablar, pero nuestros labios siguieron besando. Ella cogió mi polla. Alternativamente, yo tanteaba su coño hacia arriba, o masturbaba el clítoris; y así, en silencio, estuvimos un minuto o dos según supongo. Pero ¿cómo contar el tiempo en un goce tan delicioso?, aunque, desde luego, había estado en mi cuarto hora y media antes de alcanzar ese estado. Mis toqueteos la tenían trastornada. «Hagámoslo». «Oh… no… oh… no me atrevo», pero continuó besando. La fatiga, la compañía en el extraño hotel, el calor del fuego, el champán, nuestros besos, mi charla indecente y la palpación de su coño habían desbordado su pasión y la habían subyugado. Se aferró con bastante fuerza a mi polla y suspiró: «Ah». Entonces, como conquistándose a sí misma, la abandonó. «Debo irme», dijo levantándose. Pero yo me incorporé, la cama estaba detrás de nosotros y sujetándola junto a mí la empujé hacia ella. Entonces, el deseo la conquistó. Sin una palabra, sin resistencia, se tumbó sobre la cama, yo la monté, vi por un instante pelo negro entre sus muslos y fuimos uno; verga y coño en conjunción, verga

eyaculando su esperma, coño destilando su jugo, gemidos y susurros de placer, besos dulces y como único sonido los tranquilos estallidos y silbidos de los troncos sobre las brasas al rojo. ¡Qué delicioso suministro tras una semana de abstinencia! Fue un Elíseo paradisíaco para ambos, sin duda para ella tanto como para mí.

Permanecimos copulados, besando y lamiéndonos mucho después de que hubiesen terminado los placeres extáticos, pero al fin nos separamos. «Durmamos juntos». Se quedó quieta un minuto y luego dijo: «Me llevaré mis cosas al cuarto». Ésa fue su única respuesta. Cerró la puerta del niño y se metió en la cama conmigo. Se había arriesgado, y estaba dispuesta a riesgos adicionales. Mi esperma sólo la había hecho más voluptuosa. Conocía demasiado bien el suave placer de una segunda follada con el coño lubricado para disminuirlo lavándose y lo encontré como lo había dejado cinco minutos antes. Apenas tocaron mis dedos los labios, sintiendo la suave superficie cubierta de esperma, y mi polla se irguió. Al minuto siguiente estaba sumergida y ahogada en el baño de nuestro hacer común. ¡Cuán exquisita es la suavidad que proporciona a la vulva el esperma de un hombre! Intenté prolongar nuestro placer, pero nuestros depósitos estaban demasiado llenos. Nos corrimos de nuevo y, sobrepasados por el placer y la fatiga, caímos dormidos uno en brazos del otro.

Ella me despertó a las dos o tres horas. El fuego se había apagado. Estaba próxima a la pared e iba a pasar sobre mí. «Quiero hacer pis», dijo. Me pasaba lo mismo. Ambos meamos en la oscuridad, volvimos a la cama de nuevo y nos acariciamos. Su pudor había desaparecido; manoseó mi polla, yo palpé su coño y nos besamos, palpando y tocando. «Déjame ver tus encantos, encenderé una luz». «No, no lo hagas», pero lo hice, y levantando su camisón vi un toisón marrón oscuro, bellas caderas y vientre. Mi picha se levantó una vez más, me arrodillé por un instante entre sus muslos, sacudiendo mi rígida máquina ante ella en indecente contoneo. Luego, apagando la luz, consumamos nuevamente y caímos dormidos con su culo contra mis testículos, su espalda contra mi vientre, mi mano pasando sobre sus caderas y tocándole el toisón. Es el más encantador de todos los modos de dormir con una mujer en tiempo frío. Dormimos durante horas. Cuando me desperté, eran las seis y estaba bastante oscuro. Su trasero miraba

hacia mí, y ella dormía profundamente. Yo reposaba sobre la espalda, con una polla tan grande como la que jamás haya abierto labios de coño. Nunca conseguí hartarme de una mujer. Incluso después de joder, me gusta ver, palpar y tocar. Pronto me di la vuelta y palpé a mi dama con bastante libertad por todo el cuerpo, pero sin despertarla. Luego deslicé mis dedos entre sus nalgas y muslos, en lo que parecía mucho pelo áspero, hasta que las suaves cubiertas elásticas de su concha los encontraron. Sacudí lentamente mi dedo medio hacia arriba. ¡Qué caliente, suave y liso parecía! Me deleité en ello un minuto. Creo imposible mantener el dedo metido en el coño de una mujer durante largo tiempo sin despertarla. El trasero de la Sra. M***l**d comenzó a moverse suavemente, y su coño a apretar cuando mi dedo llevaba un rato dentro de ella. Entonces se dio media vuelta y mi dedo salió. «¿Qué pasa? ¿Qué haces? ¿Qué pasa? Oh, eres tú», dijo, dándose cuenta de repente de que estaba en la cama conmigo. La lujuria se había despertado en ella. Aparté los cobertores y, vientre a vientre, con las manos de cada uno en el culo del otro, nos besamos. «Hagámoslo otra vez». Ella se puso de espaldas, me subí sobre su vientre e hicimos esa follada con el placer peculiar de la mañana, durmiéndonos de nuevo.

Pero ella me despertó pronto. «Debo salir». «¿Para hacer pis?». «Sí». Tanteé en busca del orinal y se lo di, ella orinó y fue hacia la puerta del muchacho. «Arthur», llamó. «Está profundamente dormido», dijo y volvió a la cama. Nos acariciamos, pero la jodienda había terminado. Al primer destello de luz, dijo: «Debo ir a mi cama antes de que entre el niño». Corrió el cerrojo de la puerta entre nuestros cuartos, me fui a la cama y bajé tarde al desayuno. Ella había desayunado y dejado el cuarto mucho antes. Convinimos en ser poco conspicuos. La toalla que me había llevado a la cama con nosotros estaba bellamente manchada. Tengo demasiada experiencia, y he tenido demasiados problemas con sábanas manchadas para olvidar una toalla en semejantes ocasiones.

*Nombres falsos. — La Sra. M***l**J. — Cuentos indecentes. — Desnuda mediante una estratagema. — Mi carne suave. — La madre de la criatura. — El peludo surco del trasero. — Abandono G**n*b*e. — Quién era ella. — En la ciudad de N*v**s. — Agujeros para espiar. — Alegres juegos maritales bajo la ropa de cama. — Marido y camarera. — Camarera y yo. — El broche. — Emociones conflictivas, deseo y disgusto. — La complacencia de Suzanne. — Abandono N*v**s. — En París. — El baile de máscaras. — Gabrielle y Violette. — Ejercicios y grupos indecentes. — Una orgía hasta el agotamiento. — Hacia Londres.*

Tras almorzar, ella dejó al niño en el piso de abajo y vino a mi cuarto. «¿Cuándo abandonarás G**n*b*e?», preguntó. «Justo antes que tú». «¿Por qué carretera?». «Hacia París. Y ¿cuál tomarás tú?». «No hacia París». «Tu nombre no es M***l**d, pero te has inscrito así en el libro del hotel». Ella rió, ruborizándose. «No, y el tuyo no es ****». «Cierto, no queremos saber ninguno el nombre del otro, pero si hubieran pedido nuestros pasaportes en la frontera, ¿qué habría sucedido de descubrir la policía el cambio?». (Las normas sobre pasaportes eran entonces muy severas). «Partiré inmediatamente después de que haya llegado tu carta; no provocaré sospecha alguna, y, si alguna vez volvemos a encontramos en alguna parte, seremos perfectos extraños el uno para el otro». Esto pareció calmar una angustia mostrada por ella en una conversación mucho más larga que ésta.

Había yo empezado a besarla y abrazarla; ella se mostraba distante y sin replicar, se opuso a que levantase sus enaguas, pero fue ablandándose a medida que hablábamos. Estábamos de pie al comienzo, pero pronto nos encontramos sentados en el borde de la cama con mi dedo en su coño y un brazo alrededor de su cintura. Era un día claro y brillante de enero, pero frío y escarchado. «Hagámoslo». «No, he corrido un riesgo atroz». «Arriésgate otra

vez». «Tengo miedo». «Pálpame», y saltó afuera mi polla. Ella la cogió. «Hagámoslo». «Mi hijo está solo». «Olvídate, hagámoslo… Debo ver tus adorables muslos». «Ah, suelta, quita la mano». «Ven entonces a la cama, amor». Ella subió. Levanté sus ropas y besé su vientre y su toisón. Me pregunto si había venido para joder. No puedo decirlo, me es imposible saberlo. Las mujeres son tan astutas… Pero acababa de lavar su coño; el cabello estaba húmedo, y no de pis. Separando los labios, le palpé y acaricié ligeramente el clítoris. Yo estaba de pie al lado de la cama, ella tumbada, y eso era todo cuanto podía hacer con mi lengua. Sus muslos y su vientre parecían encantadores debajo de un bonito camisón blanco con encaje en el borde inferior. El sol de invierno lanzó un brillante rayo precisamente sobre su coño mientras yacía. Esto fue lo que me indujo a las incitaciones linguales. Luego, puse mi cabeza sobre sus muslos, contemplé sus encantos y, pasando suavemente la mano por su vientre, dije: «¿Cuántos hijos has tenido? No veo signos de parto». «¡Oh!, baja esa persiana, no me gusta estar tan expuesta». «Querida, puedes permitirte todo tipo de exposición; tus muslos y tu vientre son encantadores». Pero ella se bajó la ropa, yo volví a subirla, ella la bajó. Entonces, rápidamente, temiendo una negativa, me subí sobre ella y jodí sin más dilaciones. La curiosidad se apoderó de mí mientras yacía sobre ella, y repetí la pregunta. Ella rió y, con el espasmo, expulsó mi polla. Se levantó y se lavó el coño. Yo repetí mi pregunta. «No sabes dónde mirar», dijo ella riendo. «Durmamos juntos esta noche». Ella sacudió su cabeza, cerró la puerta entre nosotros y bajó.

Paseó por la ciudad con su hijo, la encontré, me incliné y seguí mi paseo. Apenas la percibí durante la cena. Mandé que hiciesen fuego en mi cuarto, pedí más luces, vino y dulces y fui allí hacia las ocho (oscurecía hacia las cinco), y esperé hasta oír que su puerta y la del muchacho se cerraban. Luego llamé a la puerta. Sin respuesta. Golpeé con los nudillos más y más fuerte. «No», dijo ella hablando a través de la puerta. «Ven». «No». Di un golpe violento, y la puerta se abrió. «No hagas tanto ruido, el niño va a oírlo. Iré cuando se haya dormido». Y vino.

Nos sentamos frente al fuego bebiendo champán, haciéndonos preguntas indiscretas y respondiendo de modo desorientador. «No descubrirás nada más», dijo ella riendo. «Desde luego, es estúpido.

Mejor que no. Y tú tampoco de mí». Entonces, empecé a besarla, hablé obscenamente, conté historia tras historia. «Válgame Dios, nunca oigo cosas semejantes», iba ella observando. «¿No te ha dicho tu marido cosas semejantes?». «Nunca, jamás usa tales palabras». «¿Nunca?». «No, nunca». «¿Ni joder?». «Nunca». «Las has oído». «Naturalmente». Continué en mi vena más obscena, encantado con semejante oyente.

Ella no quería dejar que me tomase libertades voluptuosas mientras proseguía la conversación. No, se iría si yo lo hacía. Así que, abandonando el juego, empecé a hacer el amor tranquilamente, besando y palpando el coño. «Ven a la cama, amor, podemos hablar igual de bien, déjame mirar tus muslos mientras estás sentada, déjame desnudarte». Ella puso objeciones, pero acabó cediendo. La ayudé y se quitó medias y ligas, mientras yo permanecía encantado con la exposición de su carne. Ella se llevó las ropas a su cuarto; fui con ella. «Tráete la bata a mi cuarto. Hace tanto frío aquí». «No, vete y la pondré aquí». Pero me la llevé al cuarto, siguiéndome ella. «Déjame ponértela». «No». Me la quitó, se sacó los brazos del camisón que sujetó momentáneamente con los dientes, abrió el salto de cama, se lo levantó sobre la cabeza, y, al hacerlo, dejó que el camisón cayese a sus pies; justamente entonces, le arranqué de las manos la bata y quedó ante mí desnuda como cuando nació. «Oh, qué vergüenza», dijo con voz muy áspera, poniéndose la mano sobre el coño como si quisiera ocultarlo, «dámela inmediatamente». Caí de rodillas, sepulté mis labios en el pelo de su coño, besándolo y aferrando sus suaves nalgas.

Sus luchas fueron leves. «Deja que me la ponga, tengo frío». Me incorporé y, sujetándola muy cerca de mí, miré cuanto era visible de sus bellezas en aquella posición. Ella insistió entonces con tanta fuerza que la dejé ponerse la bata. Me perdonó, me desvestí, ambos nos sentamos ante el fuego y empezamos una vez más a intercambiar caricias. Ella dejó que pusiese al descubierto sus muslos. «Déjame ver tu encantador trasero, por favor». «No». Pero, tras rogarle, consintió al fin y se mantuvo pudorosamente de pie con el culo mirando al fuego mientras yo lo miraba, palpaba y besaba. «Mira», dije en un súbito impulso de lujuria que me hizo desear exhibirme; quitándome el camisón quedé de pie, desnudo, con la polla rígida frente a ella. «Pálpame querida, pálpame», y puse

su mano sobre mi muslo. Ella palpó mi carne todo a lo largo del muslo de un modo púdico, y luego ascendió por uno de los lados. Me dijo: «Qué piel encantadora… Eres idéntico a una mujer». «Muchas otras me lo han dicho».

Nos metimos en la cama, y sin más dilaciones mi ardiente polla penetró en su coño caliente y suave. Jodimos, nos corrimos y permanecimos largo tiempo en conjunción. «Palpa mi carne y háblame ahora, amor». Ella pasó ambas manos sobre mi cuerpo. «Es igual que el de una mujer… Pensé que los hombres estaban siempre llenos de vello». Descabalgué, me tumbé de espaldas, y ella palpó mi vientre y mi torso. «Es como el de una mujer, es encantador», dijo nuevamente. Me pregunté quién y qué era ella para yacer lascivamente aprisionada en mis brazos. «¿Soy más suave que otros hombres?». «Sólo he palpado a mi marido y a ti y —válgame Dios— qué riesgo estoy corriendo». «¿Cuándo te follaron por última vez?». «Oh, hace meses». Ella había visto a unos pocos hombres parcialmente desnudos, mientras trabajaban, y esos pescadores y operarios eran todos muy velludos, según me dijo.

En una hora, la conversación volvió a la indecencia, y ella me dejó ver sus formas y bellezas, pero no abrió entonces los muslos. Follamos y dormimos nuevamente. Ella despertó, se fue y escuchó junto a la puerta del muchacho, orinó en su cuarto y se metió en la cama conmigo. Yo tenía una lámpara de noche y pasamos una noche voluptuosa pero sin descanso, que nos dejó débiles al llegar la mañana. En una de nuestras ardientes caricias lascivas ella me dijo que jamás había tenido hijos, que el muchacho era hijo adoptivo y no conocía a su verdadera madre. Esto es todo lo que pude averiguar acerca de ella.

Durante dos días, se negó a dejar que la poseyera durante el día, pero, una hora después de cenar, estaba en su cuarto, puso al niño a dormir tras fatigarlo caminando y luego se pasó a mi cama. Jodimos toda la noche. Yo estaba en condiciones óptimas, y fue una especie de luna de miel para ambos, pero especialmente para ella. Mi suave piel parecía excitarla maravillosamente, y, durante la última noche, me besó por todo el cuerpo. La última vez que la poseí me tomó media hora conseguir una emisión, deteniéndome de cuando en cuando en el trabajo, pero sin sacar jamás la polla. Ella tuvo su placer rápidamente, con suspiros entrecortados y asiéndose con

mucha fuerza a mí. Como se había corrido con más frecuencia por mi incansable movimiento, murmuró: «Oh, déjame». «Estoy a punto de irme, amor», y continué violentamente, a ritmo de dos golpes por segundo, terminando la follada casi con dolor y con la polla irritada. Al llegar el día, éramos una pareja jodida y ojerosa.

Durante la tercera noche, el niño gritó: «¡Mamá, mamá!». Ella no debía estar durmiendo profundamente, porque saltó de la cama al minuto, despertándome al hacerlo; el muchacho volvió a dormirse en seguida, y ella regresó, tiritando, a mi cama. Era extremadamente cariñosa con el niño.

No era una mujer pequeña, y sus formas eran amplias, con pantorrillas delgadas y muslos que crecían rápidamente hasta desembocar en bellas caderas; su coño tenía labios llenos. Para la última noche había borrado todo pudor en ella. Me dejó mirar y palpar como quise, y verifiqué que tenía un pelo corto y muy rizado, como de caballo, a lo largo del surco del culo desde el coño hasta la rabadilla. El pelo de su coño era espeso, muy rizado y crecía hasta muy cerca de la hendidura. Tenía los ojos oscuros, el pelo oscuro, cejas infrecuentemente grandes y, en conjunto, era una mujer guapa y con aspecto audaz.

Había ido dos veces al día a la lista de correos, haciéndome prometer cada día que partiría cuando ella me lo pidiese. Una mañana, me dijo: «Debes irte esta noche, si puedes». Partí aquella noche, y nunca volví a poner los ojos sobre ella. Por un ligero acento, creo que era irlandesa.

Tras el almuerzo, me rechazó. Aunque estaba fatigado, la idea de perderla me excitaba. Ella no lo toleraría, dijo, pero dejó que entrase en su cuarto. Entonces, dejando caer mis pantalones (qué extrañas incitaciones vienen a mi mente), levanté mi camisa. «Palpa mi carne entonces por última vez», y la invitación tuvo éxito, pues su mano acarició y palpó hasta mi pecho en silencio. Como esperaba, eso despertó su lujuria. «Déjame palparte, querida, por última vez». «Bueno, que sea eso todo». Palpé su coño. Mi polla se puso rígida, ella la palpó, y pocos minutos después estaba yo gruñendo en la delicia de poseerla antes que en la necesidad de eyacular mi esperma. «Te dejaré preñada», dije yo, mientras vagos pensamientos indecentes flotaban en mi cerebro a la par con mi creciente placer. «Nunca he estado-estado-embarazada-oh-haj»,

gimió ella cuando comenzó a correrse. Lo mismo me dijo cuando se lavó el coño después. «No quería decírtelo, y estoy corriendo un gran riesgo».

Me preguntaba diariamente quién y qué era, me sorprendía mi fácil éxito. No sabía si quería dinero o si estaba únicamente satisfaciendo su lujuria. No tenía criado, dijo que no podía permitirse el champán, pero bebía un excelente clarete; tenía los mejores cuartos, iba bien vestida, usaba excelente ropa de cama y llevaba gran cantidad de equipaje. Arriesgando, dije delicadamente: «Si quieres dinero puedo prestarte algo». «No gracias, tengo suficiente, y me basta escribir para recibir lo que desee». Nos besamos. «Pensaré a menudo en ti»; ella no replicó. «Espero que nos encontremos otra vez». «Válgame Dios, espero que no». Me besó. «Eres muy guapo», dijo, y luego cerró la puerta. Nunca más he vuelto a verla. Las iniciales CCM estaban marcadas en sus sábanas.

Después del primer día, no nos saludábamos sino del modo más disimulado al encontramos en la ciudad, ni cenábamos cerca, ni hacíamos más que inclinar la cabeza levemente cuando andábamos por el hotel. Nadie había podido sospechar nuestras distracciones secretas exceptuando la camarera, y ni siquiera ella salvo que escuchara, cosa improbable; pero temiendo tal cosa me deslicé sin ser observado al dormitorio adyacente. El cuarto estaba vacío, y había un guardarropa situado contra la puerta; no era fácil, por eso, escuchar, y nosotros hablábamos siempre en voz baja.

Camino hacia París, me detuve en la ciudad (entonces poco visitada) de N*v**s. En el hotel, había un francés corpulento y su joven esposa.

Pensé que debía ser un comerciante. Su esposa era una mujer joven y maciza, y pensé que no llevaban casados mucho tiempo. Mi dormitorio estaba junto al suyo, y observé que había agujeros para espiar en la pared entre nuestros cuartos, pero que habían sido cuidadosamente cegados, lo cual me suscitó el deseo de echar una ojeada a la dama. Es una visión deliciosa observar a una mujer joven y bonita aseándose. Con ayuda de unas tijeras abrí entonces algunos agujeros y pude ver claramente una cama y una estantería al lado de ella. Esto me excitó tanto que, en vez de ir a ver la catedral y otras cosas que había venido a ver, no hice más que observar a aquella dama; y, cada vez que pensaba que iba ella a ir a

su dormitorio, yo iba al mío. He sido siempre infatigable a la hora de buscar oportunidades con mujeres. Nada me desvió jamás del rastro, ninguna diversión me apartó cuando una intención o esperanza lasciva se había apoderado de mí.

Ella subió después del desayuno, yo también, y puse una silla (pues los agujeros estaban altos) para observar, aunque sin ver nada que mereciese la pena. Ella se puso el sombrero y salió con el marido. Yo salí también, pero volví antes que ella. Media hora antes del almuerzo, volvió, y tuve el placer de verla sentarse y mear al lado de la cama, por la cual sospeché que se trataba de su cama. Aunque esta operación sea bien simple, y haya visto a cientos de mujeres vestidas y desnudas orinando, la visión de aquella bonita mujer haciéndolo me dio un placer tan maravilloso que me puse a trabajar para abrir un agujero más bajo —en dirección de un lavabo —, guiado al hacerlo por el repiqueteo del orinal. Temí que, estando tan bajo, el agujero quedase oscurecido, pero me arriesgué y logré una buena visión.

Ella almorzó en el hotel. Poco después, subió, subí, la vi rápidamente hacer pis, y entonces —¡oh, júbilo!— entró su marido, ella se puso en el borde de la cama, él le levantó las ropas, contempló su coño de pelo negro durante un minuto (como yo) y, tras incorporarse ella y palpar su polla un momento, él se la calzó. No hubo mucha ceremonia entre ambos; los dos lo deseaban, fueron muy rápidos y disfrutaron. Contemplé el rostro de ella mientras se corría. Entonces salieron ambos, sin lavarse ella. Habría escuchado la palangana en caso de hacerlo. No puedo decir si se secó o no el coño con una toalla.

Pretendía detenerme un solo día en N*v**s, pero, en vista de lo que pasaba, decidí quedarme más tiempo. Pensé todo el resto del día en lo que había visto. Era delicioso mirarla (una mujer de pelo castaño y ojos brillantes) en la mesa del comedor, pensar en su coño, en sus muslos colgando sobre los brazos del marido y en el placer sexual dibujado en su bonita cara mientras se corría. Llevaba mucho tiempo deseando ver nuevamente a una pareja jodiendo; ahora mi deseo quedaba plenamente satisfecho, y quizá podría ver más. Por eso mismo, antes de perder otra oportunidad, fui a mi cuarto inmediatamente después de cenar, esperando y esperando hasta las once aproximadamente cuando llegaron, aparentemente

muy contentos, porque hablaban en voz alta y reían. Miré, pero todo cuanto logré ver desde uno de los agujeros fue su cama, y no podía estar desplazándome constantemente, con lo cual algunas veces la veía y otras no, lo mismo que a él. Tras cierto tiempo, ella apareció en enaguas, se sentó en el borde de la cama, se quitó las medias, orinó, se quitó las enaguas, mostró su espalda casi desnuda un segundo o dos, se puso el camisón y entró en la cama. Él se hizo visible en camisa, retiró los cobertores y ella levantó su ropa para dejar que él mirase durante un minuto su coño. Evidentemente, ella comprendía bien sus deseos. Luego él la montó, pero hacía frío; descabalgó, se cubrieron con las mantas y jodieron debajo de ellas. Sólo tuve el placer de ver cómo subían y bajaban las mantas. Él había puesto la vela —que estaba en la mesilla de noche de ella— junto a la palangana para lavarse, y no pude ver entonces tan bien el rostro de ella como durante el día. Él la desmontó y se fue a su cama, llevándose la vela y apagándola. Ella se había vuelto de lado y pareció dormirse inmediatamente después de quedar sola, con los efectos tranquilizantes de su placer y un coño lleno.

Observé todo esto con intenso placer, de pie sobre una silla, con la polla fuera y rígida, tocándomela y anhelando un placer. Resistí el deseo de meneármela, proponiéndome conseguir a una mujer al día siguiente. Para mi disgusto, me desperté por la noche con un sueño obsceno, corriéndome copiosamente en el camisón.

Mientras esperaba, pasé la mayor parte del tiempo escribiendo sobre mis andanzas en Nápoles y G**n*b*e con la señora M***l**d. No les vi copular a la mañana siguiente, aunque me levanté al amanecer y espié hasta la hora del desayuno. Luego, oí a la dama decir: «A lo mejor voy allí inmediatamente, y tú vienes a cenar». Vi entonces que se iba del hotel. Suponiendo que ya no habría diversión hasta la noche, pensé en salir y, al cabo de hora y media aproximadamente, subí a mi cuarto para coger el gabán. Estaba allí cuando escuché voces masculinas y femeninas hablando en voz baja en el cuarto contiguo. Oh, pensé, ella ha vuelto. Por lo mismo, volví inmediatamente a mi agujero de espionaje.

Vi al marido allí solo, y yo estaba a punto de bajarme cuando entró una camarera que cerró la puerta, corrió el cerrojo rápidamente y, en un minuto, estaba sobre la cama con los muslos abiertos de par en par mientras él se la follaba, tal como hiciera con

su mujer el día anterior. Les observé jodiendo. Tan pronto como terminaron, ella se sacudió las enaguas y dejó el cuarto. Al poco, salía él, sin lavarse tampoco. Me quedé muy inquieto, pronto dejé mi cuarto y vi a la camarera hablando con algunos viajeros al final del corredor. ¡Oh, cómo anhelé poseerla!

Salí, no pude encontrar a una zorra, volví, almorcé y me fui al cuarto pensando en la camarera y sorprendido por sus estratagemas y su impudicia, al hacerlo en un cuarto con un hombre casado y en donde, según supongo, ella debía conocer la existencia de agujeros para espiar. El hombre y ella parecían conocerse. Entonces me pregunté si ella me dejaría a mí. Impelido por mi palpitante polla, que continuaba urgiéndome a que la complaciese, subí y bajé las escaleras que llevan a mi dormitorio buscando una oportunidad hasta que la vi en el corredor. Era una mujer de buen aspecto y ojos oscuros, aparentemente de unos veinte años de edad y mejor vestida que una camarera común. Toqué el timbre pidiendo agua caliente, la trajo, comencé una conversación. Hacía mucho frío. «Sí, ¿quiere usted un fuego, señor?». Sabía que ella mandaría a un hombre para encenderlo, por lo cual decliné la oferta. «Caliéntame tú». «No sé cómo», dijo ella con una mirada tan maliciosa que me convencí de que era fácil. «Te lo enseñaré», dije besándola. Ella se resistió como hacen las mujeres, pero tan débilmente que la sujeté con facilidad junto a mí y repetí mi beso. «Déjeme ahora, se preguntarán dónde estoy». «Ya estoy más caliente, *ma chère*, te daré un encantador broche como camafeo si me calientas todavía más, y nadie excepto tú y yo lo sabrá». «¿Qué quiere usted decir?». «Pues esto», dije metiéndole la mano hacia arriba por la falda. Ella se debatió. «Oh, no, desde luego que no», pero no habría desalojado de su coño los dedos de una criatura, y allí estaba yo aposentado. «No lo haré». «No hagas ningún ruido, *ma chère*, o nos escucharán los de los cuartos contiguos». «Estoy asustada», dijo ella, «no puedo, no lo haré»; yo pensé que mi oportunidad se había perdido.

Hablando una noche con el amigo, que me había recomendado la casa de la calle L***f***t (donde había estado con la señora Y***s***s), sobre el tema de las mujeres, dijo que no ofrecía dinero a las sirvientas y a ese tipo de mujeres, que unas cuantas joyas las seducía más aprisa que el oro y era desde luego mucho más barato. «Pueden rehusar un soberano o dos, pueden sentirse ofendidas, pero

no rechazarán las joyas». Por propia experiencia, sabía que las botas y los sombreros, respaldados por oro, funcionan muy bien. Pero, desde luego, había fracasado señaladamente en dos o tres ocasiones, y en otros casos había dejado escapar oportunidades donde una mera oferta de amor no podía hacerse con probabilidades de éxito.

Sorprendido por algunos bonitos broches con camafeo de Nápoles, compré media docena para regalar (no eran tan caros hace treinta años como actualmente). «Tengo un broche tan bonito que te daré. ¿Te gustan los broches? Mira éste». «Sí», dijo cogiéndolo. Yo me apoderé de ella nuevamente, me saqué la polla y puse las manos en su coño. «No, por favor, no me gusta», fue todo cuanto dijo y apoyó su trasero en la cama, mirando el broche con los muslos cerrados mientras mis dedos tanteaban por los labios de su coño.

Seguro ahora de tenerla, la solté, corrí rápidamente el cerrojo de la puerta y, en un minuto, la tenía en la cama con las enaguas levantadas. Deseaba joder. Yo estaba sobre ella, y mi polla había tocado su coño cuando, al sentir su humedad mis dedos, la idea de que no se había lavado el esperma del francés hizo presa en mí, y mi polla empezó a reducirse. Aunque la follada se había producido horas antes y aunque mi conocimiento de la copulación en general debiera haberme enseñado que no encontraría ningún residuo de él incluso no habiéndose lavado ella, todo ocurrió justamente como lo describo, y luego siguió sucesivamente una absurda serie de emociones y acciones contradictorias que debieron dejarla estupefacta.

Me puse de rodillas entre sus muslos apresuradamente y la miré cogiéndome la polla. ¿Le pregunté si se había lavado?, pensé. «¿Qué pasa?», dijo ella apresuradamente. Vi entonces mentalmente al marido follándosela al lado de la cama, y mi polla se endureció. Pero de nuevo me rondó la idea de que su esperma estaba dentro de ella, sentí que no podía joder y metí los dedos por su coño para ver si estaba allí su esperma, como si fuese una cosa más delicada palparlo con los dedos en vez de con la polla. «¡Oh, me hace daño!», exclamó ella en voz alta. Caí entonces sobre ella olvidando el esperma, pensando sólo en cómo los dos habían follado. Mi polla estaba como un cuerno, mi lujuria se enfureció y, con salvajes sacudidas, me corrí dentro de ella. «Oh, me hace daño… oh»,

musitó ella corriéndose conmigo.

Este conflicto de deseo y asco, la polla dura un minuto y al siguiente reduciéndose hasta la flaccidez, endureciéndose de nuevo al cruzar por mi cerebro un pensamiento distinto y vaciando furiosamente su semen en un violento paroxismo de placer dentro del coño donde, un minuto antes, se había negado a entrar me choca como uno de los acontecimientos singulares de mi vida amorosa.

Ella interrumpió mi tranquilidad desmontándome. «Déjeme levantarme». Me quité de encima volviendo mi mente al hecho de que no se había lavado, pero se lavó entonces volviéndose de espaldas a mí, Entonces sonó una campanilla. «Es la campanilla de llamada», dijo ella levantándose rápidamente de la palangana, «mire y dígame si hay alguien en el pasillo». Así lo hice. «Sí». «Observe y avíseme cuando no haya nadie», dijo ella en un susurro mientras permanecía de pie a mi espalda. La campanilla sonó de nuevo. «No hay nadie». Se fue dejando el camafeo encima del mueble para el orinal.

Temporalmente satisfecho, pronto me encontré deseándola otra vez; seguí espiando por la puerta y la llamé a la primera ocasión. «Ahora», me dijo en un susurro al pasar por delante de la puerta, «hay viajeros». En una hora, el pasillo quedó tranquilo otra vez, y ella vino. «No puedo quedarme mucho», dijo subiéndose a la cama sin vacilar a petición mía. Me tumbé a su lado, tuve un agradable tentoncillo, un beso, una mirada parcial, unos pocos minutos de charla obscena y luego me metí de nuevo dentro de ella y tuvimos el delicioso segundo palo de dos personas que lo deseaban. Al separarse nuestras partes privadas, sonó otra vez la campanilla. «*Sacré*», dijo ella, «¿qué querrá ella ahora?», y se fue rápidamente, sin lavarse el coño esta vez. No me había pedido el camafeo, que yo había apartado, aunque la vi mirando un momento por el cuarto como si buscase algo. Me prometió verme después de la cena.

Estaba bastante oscuro cuando fui a mi cuarto. En las habitaciones de mi pasillo no había viajeros exceptuando a la pareja del cuarto contiguo. Encendí mi vela y dejé la puerta abierta. Suzanne mantuvo su palabra y vino. «¿Te has lavado el coño desde que hicimos el amor?», dije. «Naturalmente». «¿Dónde?». «En mi cuarto». «Voy a mirarte». «No, no me gusta eso». Pero insistí. Nos

tumbamos en la cama. «No debemos hacer ningún ruido», dije, «porque hay un matrimonio junto a nosotros». «¿Quiénes son? ¿Lo sabes?». «Sí». Era un fabricante de manufacturas. Solía vivir en la ciudad y no llevaba mucho tiempo casado con una dama cuyos parientes residían allí. «Les oí joder la última noche», dije yo. «Pues para eso se casaron», supuso ella, riendo mientras lo decía. «Me atrevo a decir que él te ha follado antes de casarse, porque le conoces». «*Mon Dieu*, no». ¡Cómo deseaba decirle lo que había visto! Pero no lo hice, y entonces gozamos el uno del otro. Le di el camafeo, cosa que la complació inmensamente. No, ella no podía dormir conmigo, por miedo a que la descubriesen… pero tenía un cuarto para ella sola dos pisos más arriba, pasando por una puerta que me indicó. La dejaría abierta. Seguí a Suzanne a distancia y me mostró el camino yendo directamente hacia allí y penetrando en el cuarto.

La pareja de casados volvió. Le vi a él joder con su esposa. A la hora indicada, todo estaba silencioso. Me deslicé hacia el cuarto de la doncella y tuve placer con ella. Volví a mi propio cuarto y pasé una noche tranquila despertándome justo a tiempo para ver a mis vecinos jodiendo en la cama. Tras el desayuno, abandonaron el hotel.

Entonces, me deslicé en su cuarto y descubrí que, aparentemente, después de hacerse los agujeros para espiar su cuarto había sido pintado y estaban borradas las huellas de los agujeros. Ahora, sólo se veían las aberturas recién hechas por mí.

Pasé dos días enteros allí, quedándome gran parte del tiempo en mi habitación. Suzanne entraba cuando se lo pedía y le daba placer varias veces a día. En los intervalos, escribía el relato de mi *liaison* con la Señora M***l**d en G**n*b*e. Por último, tras librarme de mi calentura jodiendo, la dejé con un beso y abandoné la ciudad en dirección a París, parándome en diversas ciudades del camino y usando agujeros de espionaje allí donde existían, pero no vi nada que merezca ser registrado.

En una semana o dos, me encontraba en París y fui a un *bal masqué* en la Opera, calle Lepelletier. Una mujer alta y enmascarada, vestida como un hombre, totalmente de blanco, pero no como un Pierrot —aunque llevase un sombrero similar—, y con pantalones que terminaban en las rodillas, bailaba un cancán

desaforado con otras. Levantaba y bajaba las piernas, sus gestos eran lascivos y sugerían joder. Me quedé, con un grupo, muy divertido contemplando la danza. En una pausa, ella me interpeló. *«Je vous connais, monsieur». «Mais non, ma belle». «Mais oui, je vous ai souvent vu à Londres». «Qui donc!». «Donnez-moi un petit souper et vous verrez»*
étes-vous
. Ella hablaba en un tono alto para evitar ser reconocida. La danza recomenzó, no pensé más en ello y me alejé entre la muchedumbre. Una docena de mujeres enmascaradas habían pretendido conocerme. Poco después, hablaba con una hermosa criatura de piernas exquisitas y vestida como una danzarina de *ballet*. Estaba pensando en contemplar sus piernas con las medias de seda cuando apareció el hombre-mujer de blanco. «Ah, ¡escapando de mí!». «No». «Le conozco». «No es cierto». «¿Apuesta?». «No». «¿Nos invitaría a una cena a mi amiga y a mí si así fuese?». «Quizás». Ella levantó su máscara y vi a Gabrielle. La bailarina se desplazó murmurando. Gabrielle, su amiga y yo estábamos pronto cenando en un café, y una hora después en el cuarto de Gabrielle. «Tu amiga no», dije. «*Mais oui*. Encontrarás encantadora a Violette. Es tan *cochonne* que hará todo cuanto quieras. ¿Te acuerdas de aquella noche con dos en la calle ***? Lo haremos para que te diviertas esta noche». Y las dos mujeres y yo fuimos juntos al dormitorio de Gabrielle.

Comenzaron familiaridades indecentes, obscenas más bien; cuanto más libidinosas más parecían complacerme. Palpé el coño rubio de Violette cuando ella abrió las piernas de par en par. Mientras estaba sentado, Gabrielle se arrodilló y empezó su mamada favorita a mi polla. Era su gusto, no el mío, pero la lascivia resulta contagiosa. Violette estaba parcialmente desvestida. Gabrielle seguía con su ropa de hombre puesta. Me explicó cómo se ponía los pantalones y cómo se los abría cuando quería orinar. «No, no te los quites, Gabrielle. Te joderé con ellos puestos en el borde de la cama». «Ah, sí»; y añadió, riendo: «Entonces, puedes imaginarte que estás dándole por el culo a un hombre». Desnudamos a la otra dama, que era una rubia, la tumbamos a lo largo de la cama, pusimos almohadas bajo su culo para levantarlo y Gabrielle le lamió el coño agachándose, mientras yo metía la polla

en su coño por detrás. Todos obtuvimos placer juntos. Jodiendo, nosotros dos nos corrimos pronto; la otra dama tardó más. Gabrielle, que parecía no poder despegar su boca del coño, persistió hasta que rindió a Violette dos veces. La mayoría del tiempo yo miraba desde detrás con la polla —todavía más o menos dura— dentro del coño de Gabrielle.

Estas diversiones deliciosas, excitantes y sensuales, ay, terminarán. La polla más dura abandonará el coño más encantador, el coño más cachondo se siente lleno y satisfecho. La lengua más fuerte y ágil se fatiga haciendo mamadas. Incluso la que está siendo masturbada necesita un pequeño reposo. Por lo mismo, nuestras combinaciones terminaron, nuestros cuerpos se separaron y, con los genitales empapados, nos sentamos hablando y mirándonos los unos a los otros. Todos estábamos aún cachondos, lascivos y libidinosos, aunque hubiésemos satisfecho todas las fantasías que imaginar pudimos. Las mujeres se habían lamido recíprocamente. Ambas habían resucitado mi polla con sus bocas cuando fallaban los otros medios, aunque no eyaculé con aquella succión. Follé a ambas más de una vez y, cuando despuntó el día, estaba profundamente dormido junto a Gabrielle, mientras su amiga yacía roncando en un sofá. Nos levantamos a mediodía y tomamos el desayuno. Me las follé a las dos y me fui.

Tras divertirme una semana, principalmente con Gabrielle y Violette, pero con una solamente cada vez, volví a Londres. Había señales de primavera.

El pequeño episodio de N*v**s me incitó a buscar en todos los hoteles visitados por mí posteriormente agujeros espías, y los encontré a menudo. Los había visto antes en hoteles, y había mirado por ellos, pero sin conseguir espectáculos muy satisfactorios cuando lo hice. Realmente, no puedo comprender por qué no estuve más alerta en esta cuestión. Pienso que eran más numerosos en Francia por entonces que en los demás países, y que el trazado y la disposición de los cuartos por entonces los favorecían. En todo caso, he mirado por ellos desde entonces del modo más astuto. También hacia aquella época había empezado a afeitarme de un modo nuevo y cuidadoso; había comprado una barrena para poder fijar un espejo de mano en las ventanas con tal propósito, y ahora empezaba a usarlo a veces para hacer agujeros o para abrir los ya hechos y

luego cegados.

Cuando descubría que, en un cuarto, no había oportunidad de espiar lo cambiaba tan pronto como era posible. Al llegar a un hotel esperaba para ver qué cuarto era elegido por mujeres jóvenes, o por un matrimonio joven si lo había y, en caso de ser posible, obtenía el cuarto contiguo al suyo. Si no había puerta de comunicación, me buscaba un pretexto y lo rechazaba. Así conseguí muchas oportunidades y tuve algunas vistas muy placenteras y, a veces, castamente voluptuosas.

Con Gabrielle y Violette mis estratagemas libidinosas fueron muy semejantes a las mantenidas con Gabrielle en Londres. La orgía en París sólo fue una reproducción. He poseído a Gabrielle con otras mujeres desde entonces, y he visto que le gusta tanto lamer el coño de otra como chupar una polla.

*Explicaciones. — Reflexiones y observaciones sobre mí mismo. — Mi establecimiento privado. — Circunstancias fáciles. — Mi nueva casa. — James el mayordomo. — Lucy, la doncella de alcoba. — Ejercicios amorosos en el comedor. — Dos despidos. — La cocinera y James. — La pinche de cocina y la criada. — Un despido general. —La desolación de Lucy. — Mis buenas intenciones. — En su domicilio. — Una cena con ella. — En el sofá. — Sobre la muesca. — Su confesión. —En la calle J***s. — Su forma y rasgos. — Intérnalo pilonero. — Precedente masturbatorio. — Secuencia jodedora. — Copulación paradisíaca. — Instrucciones para la obscenidad oral. — Un coño exquisito. — Mi gusto por bajarme al pilón.*

No he repasado y corregido el manuscrito precedente. Los resúmenes pueden dañar el relato, pero no hay otra solución si ha de ser impreso; con todo, sólo unos cuantos, pocos, episodios sin importancia han sido borrados, y las observaciones con mis mujeres fueron exactamente como las describí en su origen (a excepción de los cortes). Qué agradable es recordar los episodios cuando leo el manuscrito. Hechos que van desvaneciéndose en el olvido brotan con considerable frescura, y casi me parece estar viviendo mi vida juvenil de nuevo. Ojalá fuese así, porque fue un tiempo encantador en cuanto a mujeres; y sólo se vio ensombrecido por aquel error duradero, profundo, irremediable.

No puedo precisar las edades en un caso o dos, ni el orden exacto de dos o tres de los amores más fugitivos. Quizá podría hacerlo refiriéndome a cuadernos hoy ocultos y polvorientos, pero no vale la pena. Ninguno tiene importancia real. Escribo sólo por mi placer y, si lo imprimo, lo imprimiré por mi solo placer; dejemos, pues, que el manuscrito quede paginado como está.

Al leerlo, observo que algunas de mis aventuras más fugaces —las no buscadas y aquellas que cayeron en mi lote como por azar y que, a pesar de breves, se contaron entre las más voluptuosas— se

produjeron mientras mantenía otras relaciones más duraderas. Mi debilidad y mi cariño hacia el otro sexo eran tales que nunca pude mantenerme absolutamente fiel a una sola mujer, por mucho que la amase. He querido y pretendido hacerlo, me he esforzado con ahínco —muy en serio—, por evitar la infidelidad, pero he acabado rindiéndome a la tentación. La idea de ver desnuda a otra mujer, de penetrar un coño fresco parecía presagiarme placeres voluptuosos, nunca gustados antes con ninguna otra mujer. Cuando mi polla penetraba en un coño nuevo, la sensación siempre me parecía más exquisita que ninguna disfrutada hasta entonces con otras. Pero muchas veces me he sentido asqueado conmigo mismo por mi debilidad y he intentado compensarla, sin que la mujer haya sido consciente de las razones de mi superamabilidad.

La cantidad de manuscrito que sigue necesitando una revisión es, ay, grande. Entre este material, se encuentra un ensayo sobre la copulación, escrito, según creo, algo antes que otras páginas ya revisadas y redactado con el conocimiento del tema que por entonces poseía, así como con alguna ignorancia que actualmente percibo. Tiene esa libertad de expresión que adopté desde el comienzo de mi relato, y no deja duda alguna en mi propia mente sobre lo que quería decir entonces y siempre. Me gustó mucho escribirlo, pero debió ser sacrificado al tiempo, al dinero y a la prisa, pues no se trata de un incidente y no forma parte de la historia de mi vida privada, aunque ilustre bien mi marco mental y mi conocimiento de las cosas sexuales en el período de la vida en que lo escribí.

Esta relectura pone de relieve todos mis actos, hazañas y pensamientos durante veinte años, y percibo claramente que, si bien había hecho la mayoría de las cosas sexualmente posibles casi enteramente por curiosidad, o por súbito impulso (hasta este período aproximadamente), mis hábitos con las mujeres y mi lujuria eran en gran parte simples, vulgares y no intelectuales; y que no había buscado posturas lascivas insólitas y diversos deleites complejos en la copulación, o preliminares, cosa que una imaginación ferviente, voluptuosa y poética ha ido trazando gradualmente para mi gratificación desde entonces. Este deseo de variedad parece haber comenzado poco después de familiarizarme con Camille.

Pero, para entonces, ya no me molestaba evidentemente aquello que me habría escandalizado en años previos. Mis prejuicios se han desvanecido actualmente en gran medida al aproximarme a la madurez. He conquistado antipatías y he cosechado recompensas viendo ante mí una gran variedad de pasatiempos adecuados a mi madurez, pero me alegro de no haber gozado prematuramente en mi juventud cuando no los necesitaba, y cuando no los habría apreciado como hoy. Es divertido observar ahora el cambio gradual desde el ejercicio simplemente vientre a vientre, que me contentaba, y las diversiones infinitamente variadas que me he consentido desde entonces.

Sin duda, no hago en esto sino seguir los pasos y los medios propios del género masculino. Hago lo que miles de otros han hecho. Sólo cuando la impetuosidad lujuriosa se ve debilitada comienzan las reflexiones y la experiencia a trazar nuevos placeres en su ayuda. Al hacemos mayores, los inventamos como un estímulo, y las mujeres se hacen así más y más encantadoras, necesarias e importantes para nosotros; y justamente en el momento en que nuestras responsabilidades hacia ellas se hacen mayores. Por lo mismo, ayudándonos y administrándonos en nuestras invenciones lascivas, nos recompensan. Al final, nos necesitan más y más, cosa que nosotros pagamos mediante nuestra generosidad, nuestro cuidado y nuestros sacrificios por ellas. Tampoco están ellas por detrás de nosotros a la hora de participar en esas fiestas, porque sienten la lujuria igual que nosotros. De un modo silencioso y oculto, les gusta la lascivia si se les enseña gradualmente. Pero la lujuria reside principalmente en nosotros, los hombres, las mujeres son sus ministros, tal es la ley de la naturaleza. Ninguna culpa recae sobre una mujer por querer o por someterse a fiestas, caprichos anormales y fantasías, llamados obscenos por los tontos, pero naturales y propios —y quizás universalmente practicados—, que sólo conciernen a quienes los practican y se benefician de ellos. La experiencia me dice que muchas mujeres se deleitan igualmente entre ellas una vez que su imaginación se pone en marcha. Quizá nada hay que pueda llamarse en justicia, no natural de todo cuanto la naturaleza nos impulsa a hacer. Si a otros esos actos no les gustan no serán naturales para *ellos*, y nadie debiera ser forzado a realizarlos.

Los párrafos precedentes y otros semejantes, escritos mucho después del manuscrito, deben colocarse entre corchetes a fin de que pueda identificarlos cuando los vea (si llegara el caso) impresos en un día futuro y este escrito sea destruido.

(Los encabezamientos de los capítulos se escriben ahora por primera vez, porque serán necesarios si esto ha de ser impreso. Reanudo ahora mi relato).

Mientras estuve fuera, arreglé, y muy poco después de volver a Inglaterra alquilé un piso bien amueblado, tranquilo e ilícito, para satisfacción de ambas partes. Ambos convinimos en ello y pensamos que sería lo mejor. No discutimos. Costó mucho dinero y pagué un año por adelantado, pero nadie fue perjudicado ni engañado. Todos los interesados quedaron atendidos. Me pregunto si esto llegará a los ojos de ella, y en tal caso, si sabrá que se refiere a ella; no es probable, porque no se dan ni nombres ni lugares ni iniciales, y tampoco se suministra clave alguna; no obstante, nada es imposible.

No llevaba en Inglaterra quince días cuando se produjo en casa un despido de criados que me causó muchos trastornos, pero me condujo a un inesperado placer.

Creo haber dicho antes que estuve durante un tiempo en mejores circunstancias, tuve una casa mayor, más criados y así sucesivamente. Entre las sirvientas que encontré a mi regreso se encontraba una doncella de alcoba, muchacha encantadora con una piel soberbia rosa y blanca y un cutis que parecía marfil. Tenía el cabello avellana oscuro, ojos suaves de color marrón claro y una dentadura encantadora; estaba bien formada, firme de carnes, y, en conjunto, era una criatura extremadamente deseable con aspecto de señora. Su nombre era Lucy. Pasó por mi mente que podría ser una enamorada exquisita, pero resistí a mi incipiente deseo, evitando por prudencia y costumbre cualquier intriga con mi propia servidumbre.

Súbitamente, esta chica fue despedida y se me pidió que despidiese a mi criado, que había vivido con nosotros antes de dejar yo Inglaterra y que llevaba a mi servicio casi dos años. Fue el mejor

criado que tuve jamás, y era, además, un tipo agradable y apuesto, de buena estatura y presencia. Había sido sorprendido en familiaridades amorosas con Lucy, quien, según decían también, estaba embarazada de él; la pobre muchacha había dejado escapar esto a la cocinera o a alguien más, y fue la cocinera misma quien la delató. James se comportó cínicamente y lo negó todo, pero creo que el caso estaba probado. No hubiese servido pasar por alto la evidente fornicación. De haberlo hecho, podría haberse extendido el hábito entre la servidumbre, por lo cual les despedí a pesar de mi renuencia. La pobre chica se fue muy silenciosamente y en lágrimas. Nunca sentí tanta pena por una mujer, especialmente cuando, mientras negaba haber dejado que él la poseyese, dijo que él le había prometido matrimonio, cosa que James dijo ser mentira cuando se lo pregunté. Pero esta afirmación suya me confirmó en la creencia de que se la había follado. Con todo, prometimos a Lucy una recomendación y no decir nada sobre su *faux pas*, salvo que se nos hiciese alguna pregunta conducente a ello. Era un gesto infrecuente de caridad por parte de mi esposa.

Naturalmente, una muchacha de tan buena presencia andaba muy solicitada, y en dos o tres días aparecieron señoras pidiendo recomendaciones suyas, pero nadie acababa aceptándola. James no se había ido, porque yo no había logrado encontrarle sustituto. Le hablé otra vez y le acusé de crueldad y maldad prometiendo matrimonio, pero siguió negándolo todo. «Pero la cocinera asegura que te ha visto en el sofá del comedor más de una vez». «Es una mentirosa», dijo James, «pero es cierto que me la he hecho a *ella* varias veces y en ese sofá también, y porque ahora no quiero saber nada de ella se ha inventado este cuento». James se puso entonces insolente.

Ahora bien, en mi comedor había un sofá, aunque no sea un mueble habitual en ese cuarto; pero me gustaba tumbarme allí solo y, a veces, leer después de la cena, a fin de evitar el cuarto de estar y todo cuanto hay habitualmente en él. El mayordomo y la doncella ponían las cosas de la cena, servían la mesa y la limpiaban y, como ningún otro sirviente tenía ocupación alguna en aquel cuarto a esas horas, disfrutaban por lo general de una excelente ocasión, y creo que no habían dejado de aprovecharla.

Maldije a la cocinera por hacerme perder excelentes criados y

dije inmediatamente a mi mujer lo que había oído sobre ella.

Ella se indignó moralmente en grado sumo, e hizo traer a la cocinera para decirle lo que James había dicho. Se me pidió que estuviese presente. La cocinera era gordezuela, pero tenía un rostro agradable, no llegaba a los cuarenta, y me he follado muchos trozos de carne menos tentadores. Nunca se puso tan roja una mujer como ella. Se quedó sin habla, luego pareció casi ahogarse, lo negó y retó al villano a que se lo dijese a la cara. Le hice subir. Mi mujer dijo que no podía permitir semejantes investigaciones en su presencia, pero se quedó. James repitió que había sido «muy íntimo» con ella. La cocinera aulló, derramó lágrimas y dijo que él mentía. Él contestó que la pinche de cocina lo sabía. La pinche fue llamada e interrogada de un modo extremadamente delicado. Primero negó saber nada acerca del asunto, pero, catequizada por James, dijo que, desde luego, la cocinera y él habían estado a veces en el tejado de la casa cuando la señora salía. No sabía por qué, no era asunto suyo espiar a compañeros, etc. Entonces dijo que la otra doncella que dormía con Lucy sabía más que ella sobre Lucy y James. Siguió una trifulca regular entre los criados que terminó con el despido de todos exceptuando a la doncella de la señora. Aunque no estaba para nada seguro de que el mayordomo no hubiese acusado a la cocinera por despecho, estaba seguro de que había penetrado en Lucy con promesa de matrimonio.

Tras una semana, la pobre muchacha vino a nosotros llorando e implorando que no se dijese nada capaz de evitar su colocación en alguna casa. Entonces, averigüé dónde estaba su domicilio y fui verdadera y realmente a consolarla. Eran aproximadamente las diez de la mañana. «Tercero a la derecha», dijo la portera sin mirarme con agrado, e inmediatamente después de haberme ido, como luego supe, dijo: «No voy a tener ningún tipo de jueguecitos aquí. De modo que ya puedes marcharte si tíos elegantes como ése te visitan». Como estaba realmente muy interesado en la muchacha y me había decidido a ayudarla, organicé que nos encontrásemos aquella tarde en Charing Cross. Declaro no haber tenido intención de poseerla, aunque hubiese sentido deseo de ella. Pero quería intentar conseguir que se casase con mi criado. Ésa era mi vaga idea.

Ella llegó un poquito tarde y, como no podía hablar bien con

ella en la calle, la llevé al café de p**v**e y pedí una pequeña cena en un reservado. Ella había comido muy mal desde el día en que abandonó mi casa, y aquella buena cena la encantó. Al igual que todas las mujeres de su clase, se negó al principio, estaba nerviosa, dijo que no podía comer delante de gente bien y se sentía extremadamente incómoda, pero, a medida que la comida iba calentándola y el vino alegrándola, ese sentimiento desapareció gradualmente. Sus encantadores ojos empezaron a lanzar destellos y sus lágrimas se secaron. Alegre yo mismo, me recorrió un súbito espasmo de deseo. La ha tenido dentro de su coño, se ha corrido en ella, ha aferrado un hombre en sus brazos, ha palpado su polla. Me preguntaba si tenía un coño bonito, mucho pelo, y me sobrecogió una serie de pensamientos análogos, y mi polla estaba dura y a un par de yardas de aquel coño. ¿Se comunicó a ella mi pasión por una sutil influencia magnética? ¿Cómo puede saberse eso? Pero quedé silencioso durante un momento, como ella, que se quedó mirándome intencionada y, como pensé luego, voluptuosamente.

La cena no duró mucho. Mientras comíamos, le dije que quería ayudarla a salir de sus dificultades. «¿Cómo?», preguntó ella. Bien, yo debía tantear mi camino, ver si podía conseguir que James se casase con ella, o mandarla a casa, o conseguirle una colocación, o un médico si quería uno. Pero debía saber más de lo que sabía, debía sentirme seguro de estar en el buen sendero, ella debía decirme la verdad, o nada podría hacer. Esto se alternaba con charlas sobre mí mismo y la servidumbre, y oí muchas cosas sobre lo que había acontecido y se había dicho durante mi ausencia, pues aquella chica se había convertido en criada nuestra precisamente después de partir yo al extranjero. Sin embargo, la charla volvía siempre al tema de su *faux pas* con James, y había una corriente subterránea de lascivia, porque todo ello se refería a picha y coño; con todo, no había yo usado una sola palabra indecente mientras nos sentábamos a comer tan cerca uno del otro, con mis piernas tocando las suyas bajo la mesa.

Se llevaron la cena, pero quedó el vino; era sólo jerez. Sin que se diese cuenta corrí el cerrojo de la puerta e hice que se sentara conmigo en el sofá. «Ahora, Lucy», dije, «hablemos seriamente sobre ti y tu vientre; antes de poder ayudarte en nada debes decirme la verdad. ¿Te lo ha hecho James o no?». Tras una larga pausa, ella

dijo lentamente: «No». «¿Y no estás embarazada?». «No». No me miraba a la cara y quedó como muy abatida. «¿Nunca te la ha metido?», dije, deleitándome con la idea de evocar recuerdos voluptuosos en la muchacha. «No, señor». «Si es así, no sé en qué puedo ayudarte. Iba a hacerlo, si te hubiesen follado y estuvieses embarazada; te habría ayudado a librarte de la criatura o te habría enviado con tus padres hasta el parto, o a alguna otra parte, pagando todos los gastos, porque siento mucha lástima por ti. Pero ahora todo cuanto debes hacer es conseguirte otra colocación, cosa que sin duda lograrás con el tiempo. Dame, pues, un beso por mis buenas intenciones». Contemplé su rostro de cerca al decir la palabra follar. Vi que se sonrojaba y acusaba sorpresa con una sensación de pudor y sentí que una deliciosa lujuria se insinuaba a través de mí al pronunciar las palabras lascivas y suscitar en su mente el placer sexual.

Ella se quedó mirando hacia abajo sin decir nada durante un minuto, y yo repetí todo cuanto había dicho. Parecía estar luchando consigo misma y, al final, levantó la cara hasta la mía y me besó. Entonces la besé apasionadamente, la apreté contra mí y besé cada parte de su rostro, sus orejas, sus ojos y su cuello. Sus ojos se llenaron de lágrimas, se separó de mí, ocultó el rostro en las manos, comenzó a llorar violentamente diciendo que yo era muy bueno. Intenté confortarla poniéndole el brazo alrededor, besándola, preguntando de qué se trataba, «¿Te ha follado? Dime, dímelo ya», pero sin conseguir respuesta durante unos minutos. Luego, sus lágrimas cesaron y dijo sollozando: «Le he contado un cuento, estoy embarazada de James hace más de dos meses». Y, tras hacer la confesión se recobró, me besó siempre que se lo pedí y me contó la historia de su seducción (porque eso era) mientras yo la ceñía afectuosamente haciendo que bebiese de vez en cuando jerez para confortarla y mantenerla animada.

James había prometido casarse con ella, una noche la llevó a un teatro y luego a beber algo en una casa, y allí la indujo a dejar que él la poseyese. Desde entonces, la había poseído repetidamente, y casi siempre en el sofá de nuestro comedor. Le pregunté durante media hora y ella me contó todos los detalles como si yo fuese su confesor.

Entonces, repetí mi promesa. Ella debía considerar qué era lo

mejor para ella, pero quizá James se casaría con ella. Contestó entonces que no, porque le había escrito, y él no había contestado su carta. Le dije que por ningún concepto debía mencionarme jamás a él y que podía sentirse tranquila en cuanto al dinero porque pagaría todo cuanto necesitase para salir de complicaciones. Ella dijo que no quería dinero, teniendo como tenía dos o tres libras. Le di más, diciendo: «Esto evitará tu aflicción». Quedó profundamente agradecida, lloró y me besó una y otra vez.

Pensé entonces que no podía hacerle daño porque estaba embarazada, y mi polla se dilató orgullosamente. Me recorrieron escalofríos voluptuosos pensando que su coño estaba al alcance de mis dedos, y decidí ir hacia él. Terminamos el vino, ella estaba calentada, yo empecé a hablar otra vez de su historia amorosa, ahora con palabras ardientes de lujuria. Mis abrazos, besos y palabras indecentes la excitaban. ¿Le había hecho daño él cuando metió por primera vez la polla en su coño? ¿No fue placentero para ella que lo hiciese? «Bésame, Lucy». Ella me besó, no me respondió. «Qué exquisitas son las sensaciones en el momento en que la polla se endurece al máximo dentro del coño. ¿No es cierto?». «Oh, señor, no hable así», exclamó. «¿Por qué no, amor? Tú sabes». Entonces, mi mano empezó a pasearse. «¿Tienes mucho pelo ahí, Lucy?». «No se lo diré, déjeme ahora». «Llevas la liga sobre la rodilla, ¿no es cierto?». «Sí, señor». La empujé más al fondo del sofá y aún más cerca de mí. «Déjame tocar». «Oh, señor, no debe… usted ahora». Pero acercándome a ella, besándola, diciéndole mi deseo de ella, en pocos minutos tenía la mano en sus muslos, paseándose arriba y abajo, y luego alrededor de sus caderas todo lo alto que podía alcanzar, recorriendo su carne suave y dulce; y entonces los dedos anidaron entre su plumón y, cuando estaban medio escondidos por los labios gruesos y el pelo espeso y sedoso que se rizaba sobre mis nudillos, allí permanecieron. «Estoy tocándote el coño, Lucy, no te hago daño, ¿verdad?». Ella contestó que no, pero nuestros besos se encontraron y yacimos en silencioso goce. La estoy palpando, ella está siendo palpada. Aunque inmóviles, los dedos de un hombre en el coño de una mujer la inflaman.

Me sentía arder con un violento deseo mientras mis dedos jugueteaban delicadamente con un clítoris bien desarrollado. «Joder es delicioso, ¿no es verdad, querida Lucy? Tócame la polla, amor».

Retirando la mano de su coño, me saqué la polla y le puse la mano encima. De nuevo volvió mi mano a estar entre sus muslos y recomenzó su delicado toqueteo. «Abre tus muslos, querida, y déjame palparte más abajo». «Oh», suspiró ella, mientras los abría y, con un movimiento suave, como de cavar, dos dedos se enterraron en su vagina.

«Qué mojado está tu coño, amor… quieres joder». Ni una palabra dijo ella; parecía faltarle aire, sus ojos se cerraban, me besaba cada vez que se lo pedía, estaba desfalleciendo de sentimientos voluptuosos. «Déjame hacerlo, lo deseo tanto… Eres tan encantadora y no puedo hacerte ningún daño, déjame», y la besé apasionadamente. «No», susurró ella casi inaudiblemente sin soltar mi polla. Hice caso omiso, la empujé suavemente de espaldas, levanté sus piernas, la monté sin resistencia y, al instante siguiente, mi verga estaba encerrada en el más celestial de los coños. Con hondos suspiros Lucy se aferró a mí y jodimos. «Es delicioso, ¿no es verdad, querida?».
«A-h,
o-h»,
susurró, y al instante siguiente estábamos ambos corriéndonos en éxtasis.

Qué goce voluptuoso y triunfante sentí mirando aquel rostro encantador mientras me incorporaba parcialmente. Mi polla estaba enterrada todavía en ella. Luego, me tumbé, besándola en goce tranquilo hasta que la polla se deslizó hacia fuera. De repente, el sofá me pareció muy incómodo. He tenido a docenas de mujeres en sofás, pero muy pocos proporcionan una plena comodidad a la hora de copular. Aquél donde nos encontrábamos ahora era lamentablemente pequeño. Me levanté, como ella. «¿No fue delicioso, Lucy?». «¿Me trajo usted aquí para hacerme esto?», dijo ella, apenada.

Juré que no era así, que era sólo el resultado de su belleza —un accidente— mi súbita pasión por ella. Sacudió la cabeza como si dudase de mí.

«Me gustaría lavarme», dijo ella. Toqué el timbre y la camarera le mostró un cuarto. Cuando volvió bebimos más vino. «Estoy borracha», dijo, pero no lo estaba. «Despreocúpate, yo me encargo de que llegues a casa; pero ven conmigo, tenemos algunas horas por

delante y nos iremos a algún lugar más cómodo, termínate el vino». En diez minutos, me encontraba en el cuarto donde en tiempos entrara por primera vez con Sarah Mavis.

«Es una casa mala», dijo ella. «Así las llaman, amor, pero es buena con nosotros. ¿Qué tiene de malo entonces? Quítate algunas de tus cosas y hablaremos tumbados de tus problemas». Ella era dócil. Pronto estábamos sobre la cama medio desnudos. «No seas tonta ahora, querida. Déjame mirarlo. He jodido con él, ¿qué mal puede haber en mirarlo?». En media hora lo había visto todo, y jodimos todo lo que pudimos hasta llegar el momento de partir. La llevé hasta un punto próximo a su domicilio en un taxi.

Al día siguiente, cenamos juntos. Yo ardía por poseerla otra vez y fuimos tan pronto como pudimos a la calle J***s. Pasé allí cuatro deliciosas horas con ella. Ambos nos desnudamos hasta quedamos en camisa y combinación. Sus formas eran exquisitas, llenas hasta la perfección, pero sin una onza de grasa, y tenía el coñito más encantador que nunca he visto, con un pequeño clítoris en forma de nuez, una mera línea a guisa de labio interior y labios delicadamente hinchados cubiertos por pelo brillante de color avellana, sedoso aunque rizado, que apenas cubría su monte y se detenía a medio camino del ano. Su carne me embriagaba con su dulce olor; era una de esas mujeres que huelen deliciosamente. También era exquisito el olor de su coño, y abrí una y otra vez sus labios para olerlo. La polla se levantó al invadirme su aroma, no podía esperar para disfrutar con mi contemplación; la monté y jodí con ella locamente.

Cuando descansamos un poco y su coñito absorbió parte de mi libación, mientras yacíamos conversando, hice que lavase el resto de nacarado esperma y la llevé con pudorosa renuencia al lado de la cama, donde podía tener mejor luz. Miré entonces bien su exquisita abertura rosada, oliendo e inhalando su fragancia con pasión. Mi polla se endureció instantáneamente tan pronto como me penetró el aroma, pero me negué a ser urgido por ella, decidido a no alcanzar tan rápidamente el jubiloso agotamiento. Conteniéndome, contemplé con mudo asombro su belleza y me deleité inhalando. ¡Qué voluptuosos pensamientos cruzaron mi cerebro mientras me arrodillaba con los muslos abiertos de par en par frente a mí! Puse con gentileza la lengua sobre su clítoris y lamí levemente; luego, la

lengua jugó con toda la superficie de su coño, después se hundió en su vagina todo cuanto le fue posible, luego volvió otra vez al clítoris, luego ampliamente sobre toda la adorable superficie rosada, cubriéndola como si fuese una escayola. «Oh, ¿qué está usted… haciendo? Oh… Ah…», exclamó ella retorciéndose y súbitamente excitada. «¿No te da gusto, amor?». «Oh, sí, oh… pero no… ah». Seguí lamiendo, chupando, metiendo la lengua, cubriendo luego su coño con mi saliva, chupándola otra vez mezclada con su efusión salina. «Oh… no… pare… prefiero hacerlo de otra manera», exclamó ella sacudiendo el trasero. «Córrete, amor, córrete en mi boca», exclamé lamiendo todavía más deprisa. Mis manos estaban bajo sus encantadoras nalgas blancas que sacudía hacia los lados y luego suave, pero rápidamente arriba y abajo, frotando su coño contra mi lengua; sus muslos se abrieron de par en par y se estremecieron, tomé toda la superficie de su coño en la boca, chupándolo, inhalándolo hasta que, aferrando el pelo de mi cabeza con ambas manos y emitiendo un prolongado gemido de placer «Oh…
o-h»,
seguido de una convulsión de su vientre y cortos sollozos sus músculos se relajaron, sus muslos y su vientre quedaron inmóviles, una descarga salada vino a mi lengua y todo quedó silencioso y quieto salvo mi polla rígida e impaciente, que palpitaba y me golpeaba el vientre en dirección al ombligo.

En plena marea de lujuria y amor hacia mi deliciosa compañera, chupé su coño hasta dejarlo seco, sin apenas saber lo que estaba haciendo. Luego me incorporé. Ella yacía inmóvil, con los ojos cerrados, los muslos distendidos y colgantes, tal como los había dejado. Cada pelo de su coño estaba saturado y los jugos se perdían bajando hacia el surco de su trasero. Los jugos rodeaban mi boca y empapaban mi bigote. Sentía la humedad allí con deleite. Levantando sus muslos empujé mi polla hacia dentro y le di una deliciosa residencia durante un minuto o dos, hasta que se puso demasiado impaciente y amenazó con terminar sin mí. Entonces la retiré y, secando mi bigote y la parte exterior de su coño con la mano, me tumbé a su lado en la cama y hablamos del placer de la lengua, que nunca había probado ni oído mencionar siquiera antes. ¡Cómo me encantaba haberle dado a esa muchacha un placer

nuevo! Ella había jodido y se había masturbado, pero nunca se habían bajado al pilón con ella hasta que yo lo hiciera.

Temía follarla —aunque ardiese en deseos de hacerlo— para que mi máquina sobreexcitada no obtuviese con demasiada rapidez su deleite sin proporcionarle a ella su parte. «Tócame la polla, así, amor. ¿No está dura? Si te la meto me correré inmediatamente, y tú no. Mastúrbate un poquito primero». «Oh, no puedo». «Tonterías, prescindamos de falsas modestias, amor… te lo has hecho a menudo a ti misma. Acabas de contármelo, ¿no es verdad?». «Sí, pero estando sola». «Mastúrbate ahora». «Oh, no, no». «Déjame entonces que yo te masturbe, vuélvete de espaldas». La encantadora criatura lo hizo al instante. Me puse de lado junto a ella, cubrí una pierna parcialmente con la mía, así como su boca, besé con labios húmedos y lengua y la excité. Entonces metí dos dedos todo lo profundamente que pude en su coño. «Ahora, amor, mastúrbate». Distendí su coño y palpé sus superficies arrugadas y con surcos. «Mastúrbate, amor, ahora que mis dedos están dentro de ti, hasta que sientas venir el placer».

Persuadida al fin, lo hizo sin replicar, suavemente, como avergonzada. Entonces, con la polla menos rígida, me apreté contra su pierna y susurré palabras lascivas. Pronto comenzó un movimiento inquieto de su cuerpo mientras sus dedos se movían rápidamente sobre su clítoris. «¿Sientes el placer, amor?». «Sí», susurró ella. Deslizándome entonces sobre ella, empujé entre los delicados labios y el sedoso marco, y mi polla se deslizó lenta y deliciosamente por su lubricado tubo hasta tocar la puerta de su matriz. Me moví entonces lentamente hacia atrás y hacia adelante. Jodimos. Esa gloriosa palabra lo expresa todo. Comencé lentamente hasta verme urgido por deseos espermáticos, apresurándose por aparecer esa soberanía o fuerza interior que reside en mis pelotas; más y más rápidos se hicieron mis golpes, sus nalgas respondieron, su coño me apretó, hasta que con sacudidas cortas y bruscas mi polla golpeó contra su matriz, su coño se contrajo y sorbió la polla de cabeza a raíz humedeciéndose y humedeciendo a su ocupante, mi esperma se disparó y lo llenó. «Ah… oh… mi… amor… querida… ah… oh… jode… oh». Quedamos silenciosos, plenamente complacidos uno en los brazos del otro, unidas las lenguas. No creo que el paraíso pueda proporcionar el éxtasis que disfrutan un

hombre y una mujer cuando se aman y unen sus cuerpos en copulación con polla y coño casando perfectamente, hasta que derraman y mezclan los suntuosos jugos salados que reproducen a su especie.

Volví a bajarme al pilón con ella, jodí otra vez, y volví a masturbarla con la boca. Su mirada voluptuosa, celestial, cuando se corría, no la olvidaré nunca. Estaba frenético de lujuria con ella. De hecho, crecía rápidamente en mí un amor hacia ella; no sólo me parecía —y lo era— la perfección misma del goce sexual, sino que era una señora en su aspecto, en su voz y en sus ademanes, tan radicalmente distinta a ese tipo de muchacha a la que, al casarse por casualidad con un caballero, éste convirtiera en una dama; sin embargo, aquí estaba esta pobre muchacha embarazada de un mayordomo. Mientras yacía tumbado a su lado, aquel día me prometí hacer todo cuanto pudiese para evitar su ruina, pues observé que su propia docilidad permitiría a cualquier villano, hombre o mujer, dirigirla fácilmente. He tenido más placer escribiendo este relato sobre ella que al escribir sobre cualesquiera otras mujeres cuyas acciones haya narrado.

La muchacha era también casta en palabras y actitudes, cosa que me complacía mucho, y también porque me daba la oportunidad de enseñarle a utilizar palabras indecentes. Para mí, uno de los grandes encantos de las relaciones con mujeres que no son de vida alegre es hacer que hablen con el lenguaje más grosero posible de sus órganos, deseos y sensaciones mientras les miro al rostro. Dos o tres días después, en mitad de una follada, me incorporé y apoyándome con ambas manos sobre la cama mientras mi vientre se aplastaba contra el suyo y mi sonda estaba por completo metida dentro de su coño, dije: «¿Dónde está ahora mi polla?». Ninguna respuesta; su coño se contrajo y movió mi polla dentro, pero no replicó. «¿Dónde está mi polla? Dilo, querida, di: en mi coño», y empujé. «Di en mi coño», otro empujón. Sus ojos se cerraron, estaba viniendo a pesar de que mi polla estuviese inmóvil. El atenazamiento de su coño aumentó. «Di en mi coño, o la sacaré. Di coño, amor». Me moví a pesar de mí mismo. «Di coño». «Oh, ah… ah», musitó. «Coño, querida». «En mi coño, ah… ah…», estalló de ella. «Oh», y derrumbándome sobre ella y empujando mi lengua hacia dentro de su dulce boca, en un transporte de voluptuosidad que lo rodeaba

todo, yacimos mudos el uno en brazos del otro mientras se mezclaban los jugos de nuestra boca y el espeso esperma caliente llenaba su coño hasta saturarlo. Entonces, en las suaves caricias de la lujuria satisfecha, hice que repitiese las cinco letras de la palabra que expresa la simple fusión amorosa. Me encanta hacer que una mujer púdica las pronuncie.

Ella iba a diario a buscar colocación, y, durante nueve días o diez, tuve a esta exquisita criatura. De no ser porque acababa de arrepentirme y librarme de semejante delirio, creo de verdad que me habría ofrecido a mantenerla, de tan encantadora que era en todos los aspectos. Como folladora era la perfección. Rara vez he encontrado un coño tan exquisitamente prieto como el que tenía Lucy. Su delicada estrechez y elasticidad, su humedad y su suavidad, su profundidad, su contracción de tenaza cuando terminaba el espasmo de correrse (pues tenía involuntariamente ese don)… Nunca he encontrado esas cualidades juntas ni con mayor perfección en mujer alguna hasta hoy, aunque haya poseído a algunas magníficas, y aunque uno siempre tenga tendencia a alabar los encantos de la mujer que se posee en el momento.

Mi deseo de bajarme al pilón con ella crecía en vez de disminuir. Nunca me cansaba de mirarle el coño. Por lo mismo, cada vez que jodía con ella hacía que se lo lavase y luego la traía al borde de la cama, ponía almohada debajo de su cabeza, me sentaba en una silla, colocaba sus muslos sobre mis hombros y miraba su exquisito orificio rosado hasta caer de rodillas pegando a él mi boca y chupándolo hasta proporcionarle placer. Cada día nos separábamos agotados. Pero no debo detenerme más en los encantos de esta deliciosa criatura.

Lucy sin colocación. — Fausse couche. *— Se va a casa. — James nos deja. — Una confesión. — El matrimonio de Lucy. — Mi regalo de boda. — Una carta anónima. — Las hazañas amorosas de James. — El uso de una mesa de comedor. — Camille otra vez. — Literatura erótica. — Anticipaciones eróticas. — La opinión de Camille sobre ellas. — Enfermo. — Ordenando memorias. — Golfas rubias. — Mi gratitud. — Mi desdicha. — Una visita a la casa solariega. — Joey. — La doncella Tomlin. — Joey y Tomlin. — Miradas maliciosas. — Espiando. — La gruta del jardín. — Un agujero en el tejado. — La pareja allí. — Sus diversiones. — Una corrida involuntaria. — Un ereccionador. — La astucia de Joey.*

Le era imposible conseguir una colocación porque la bestia despiadada de su antigua ama acababa siempre dejando escapar de alguna manera aquel *faux pas* tras darle una buena recomendación, por lo cual tanto Lucy como yo convinimos en que resultaba necesario abortar. Le dije que no ahorrase dinero y la orienté para que lo consiguiera. Cambió de domicilio y fue aliviada (en su tercer mes), marchándose después a casa de sus padres. Le di veinte libras el día en que partió y le dije que me escribiese cuando quisiera a un club si necesitaba algo más, pero que nunca me mencionase ni mencionase cosa alguna acerca de nuestra relación o de su aborto a alma viviente alguna mientras viviera, aunque estuviese casada o muriéndose. Nunca le conté el despido general de criados en mi casa, o lo que James dijo haber hecho a la cocinera, pensando que lo mejor era decir lo menos posible sobre esas cosas.

Había conseguido un nuevo grupo de sirvientes porque incluso la camarera de mi mujer acabó siendo despedida, pero permanecía James porque no lograba encontrarle sustituto. Le cogí manía por su brutalidad al no contestar la carta de la muchacha; y también por

no preocuparse por ella cuando había perdido la colocación. Por lo mismo, una mañana le dije: «James, ¿qué ha pasado con aquella pobre Lucy? ¿Ha conseguido una colocación? Ha dejado de venir por aquí pidiendo recomendación». Me contestó que no sabía. «Bien, no es asunto mío, pero tengo la impresión de que la has engañado. Pobre criatura, una mujer joven y magnífica. Si fuese realmente cierto que la sedujiste con una promesa de matrimonio, lo lamentarás algún día, pesará gravemente sobre tu conciencia. Ella sería una buena esposa para un hombre de tu clase, y también para un hombre de posición social bien por encima de la tuya. Nunca he sentido tanta pena de una pobre criatura como cuando la vi irse llorando». «¿Cómo podría yo mantener una esposa?», dijo él. «Ponle una tienda, o métela a lavar mientras tú puedes trabajar como criado de interior o de exterior, ya que sois ambos fuertes y saludables». «¿Dónde vive ella?». «No lo sé, puedo averiguarlo; pero sé dónde viven sus padres en el campo, y me atrevería a decir que se ha ido con ellos». Observé que, en todo aquel tiempo, James había cesado de negar que la hubiese poseído. Dije entonces impulsivamente: «Pobre mujer. Daría cincuenta libras por ayudarla y evitar que se convirtiese en una trotona de calles, porque ése será el fin si ya no lo es». Volviéndome y alejándome entonces, dije secamente: «Con esto basta, dejarás la casa el miércoles». «¿Tiene usted sustituto, señor?». «No, pero no te tendré a mi lado por más tiempo». El hombre se retiró cabizbajo. Sé que estuvo jactándose de que, a pesar de todo, seguiría conservándole como criado. Debo añadir que me tenía aprecio. Partió el miércoles.

Pasaron quince días sin que yo supiese nada de él, y me sorprendió que no se hubiese presentado pidiendo recomendación. Entonces vino a mí. Estaba buscando un lugar en el campo. ¿Querría yo darle una recomendación por escrito como mayordomo o *valet*? Se trataba de un lugar donde tendría que trabajar. Sí, contesté, si estaba seguro de que todo estaba en orden. ¿Dónde era? En ***, cerca de la aldea donde vivía Lucy. Entonces, él dejó caer que ella estaba con sus padres y que había estado viéndola. Me quedé sorprendido y empecé a pensar en mis propios jueguecitos en el receptáculo de Lucy, pero dije: «¿Para qué fuiste allí? ¿Está embarazada realmente o no?». «Bien, es cierto que lo estaba y que era culpa mía, pero tuvo un aborto y quedó bien, y nos hemos

arreglado». «Más tonta todavía», dije yo, «porque le harás otra vez a la pobre muchacha la misma mala jugada». No, dijo que no lo haría; estaba pensando en casarse con ella. «Eso es hablar como un hombre», dije yo. «Te daré cincuenta libras para ayudarte si lo haces». «¿Lo hará usted, señor?», dijo él. Yo reflexioné. «Bien, creo que realmente lo haré». «Por mi vida, me casaré con ella en tres semanas», dijo él, «porque eso nos permite justamente instalamos, y he ahorrado algún dinero y puedo hacer algún trabajo nocturno». «Bien, necesito volver a pensarlo. Vuelve mañana por la mañana y si el caballero que te coja me pide por escrito tu recomendación veré qué puedo hacer por ti».

Él estaba realmente muy contento, pero yo no acababa de ver exactamente por qué habría de darle cincuenta libras. No le había hecho daño a la muchacha, le había dado mucho dinero y le había permitido superar un problema que no había provocado. Pero sentía una simpatía profunda hacia ella, casi un afecto pareció brotar de mi corazón vacío. Pensé entonces que podría hacerle bien. Es una criatura dulce y lo merece; y a la mañana siguiente le dije a James que le daría cincuenta libras tan pronto como se casase con ella. No sabiendo cómo podría comprometerme a cumplir mi promesa, instruí a mis abogados en la materia, les conté todas las circunstancias (excepto que me había follado a la chica) y dispuse que pagasen las cincuenta libras tan pronto como se cumpliera la otra parte del acuerdo, o sea tan pronto como se casaran.

Él consiguió la colocación que quería; pronto, mis abogados obtuvieron una carta de ella diciendo que el matrimonio se celebraría un día determinado, y más tarde una copia del certificado de matrimonio. Entonces, le pagaron a él el dinero. Se fue a servir cerca de la aldea con ella, según oyeron decir. Dos o tres meses después, recibí una carta con estas palabras: «Señor, que Dios le bendiga por su bondad. Queme esto, sentí que debía agradecérselo. Lucy». Y nunca volví a oír hablar de la pareja. Fue uno de mis amores más breves pero más deliciosos, y pienso en él con intensa satisfacción.

Desde el principio al fin, disfruté de ella unas tres semanas, porque, cuando se produjo la acusación que le costó el puesto, hacía un día que le faltaba el período, y yo la poseí hasta un día o dos antes de que su menstruación fuese forzada por el médico.

No puedo explicarme por qué me encantaba tanto bajarme al pilón con ella, salvo la extrema belleza de su coño y su olor dulce, incitante. Siempre he sido exigente en este gusto. No se lo he hecho a la mayoría de las mujeres —incluyendo a algunas espléndidas— jóvenes, bellas y lascivas a quienes he querido mucho. Lo he hecho medio a disgusto con diversas criaturas encantadoras que me insistían, y lamí escupiendo frecuentemente y limpiándome la boca a escondidas después para evitar ofenderlas. Pero ocasionalmente me ha gustado mucho, aunque, según escribo y remonto con el recuerdo en los años, no recuerdo a ninguna mujer a quien prestase una atención cunnilingüe comparable. La idea de dar placer a una mujer me parece actuar más en lo que hago ahora que antes. Me parece que antes tenía sobre todo en la mente disfrutar de mi propio placer. Hoy, existe un extraño sentimiento de goce cuando mi lengua toca el clítoris de una dulce joven, si me gusta.

Aunque Lucy besaba a gusto mi polla y mis pelotas, nunca le sugerí siquiera que se la metiera en la boca. En realidad, no recuerdo que la idea ni tan sólo se me ocurriese. Naturalmente, me sentía curioso por las estratagemas amorosas de James, pero había poco que contar y lo que había me lo dijo ella con bastante libertad tras habérmela tirado unos días. Exceptuando en la casa de citas, donde rompió su virginidad, él sólo se la había follado en otro lugar, y el resto de los encuentros se produjeron en mi casa. Antes de poner la mesa del almuerzo o la cena, él se la tiraba rápidamente en mi sofá, y a veces encima de la mesa. Inmediatamente después de que nosotros dejásemos el comedor, él volvía a hacerlo, mientras quitaban las cosas. Por lo mismo, con mucha frecuencia, la dulce Lucy servía la mesa con el esperma de él tanto dentro como fuera de su coño, y es de esperar que antes de cortar el pan de la cena se lavasen los dedos, aunque temo mucho que no lo hiciesen. Su polla, creía ella, tenía un tamaño aproximadamente igual al mío, pero apenas se la había visto y quedó embarazada a la segunda o tercera follada, con lo cual no había disfrutado mucho, dado su problema. Con él nunca sintió el placer que yo le di, y esto es todo cuanto dijo.

He tenido a una docena de mujeres de espaldas encima de una mesa de comedor o de otro tipo, y he descubierto que son una cama muy conveniente. Para coitos improvisados, las mesas tienen justo la altura necesaria, a mi entender. Puedo ver, palpar y joder

fácilmente encima de ellas, y puedo evitar que el traje de la dama se arrugue inconvenientemente. Una noche, en el cuarto para fumadores de mi club, la conversación se encaminó, como de costumbre, hacia las mujeres y aludí a las mesas, preguntándome si todos los hombres presentes las habían usado. Había diez hombres allí y todos dijeron haberlas utilizado muchas veces. Uno de ellos, muerto poco después, dijo que se había tirado a todas sus criadas encima de la mesa. Trabajaba en el Ministerio de Relaciones Exteriores, y sólo mantenía a dos criadas. «Es el lugar más seguro de la casa», dijo, «justo antes de poner el mantel. Lo más probable es que tu esposa se esté vistiendo, la cocinera guisando y que ninguna de ellas pueda interrumpirte. Creo que todo hombre ha puesto el culo de una mujer sobre ese trozo de caoba».

Busqué entonces otra vez la compañía de Camille y durante largo tiempo la consideré la más encantadora de las cortesanas. Se había llenado todavía más, tomaba un baño caliente todos los días, y su piel —siempre buena— tenía la más deliciosa y aterciopelada suavidad. Uso esa palabra meditadamente, pues al tener un sentido exquisito del gusto observo que la carne de algunas mujeres tiene un tacto como el del marfil, la de otras como el del satén y la de algunas como el terciopelo; otras aun (lo cual constituye la perfección absoluta) parecen un compuesto de todos esos elementos, y llamo a esto la piel perfecta.

Además, tenía una manera lenta, perezosa y voluptuosa de joder mediante la cual parecía prolongar mi placer, y pienso que en ella esto era arte engastado sobre una aptitud natural. Nunca tenía prisa para que yo me fuese, nunca decía que estaba comprometida, o que alguien iba a venir a tal o cual hora, o si podía excusarla unos minutos, o esas estratagemas de zorras, con las cuales me encuentro actualmente familiarizado por completo. Tampoco me pedía dinero prestado, ni se quedaba insatisfecha con mis regalos, ni decía que iba corta de dinero, que debía la renta mañana y cosas semejantes. Sé que tenía muchos amigos, porque sus trajes espléndidos, aunque discretos, sus medias de seda, sus botas y sus finas camisas así me lo señalaban. En efecto, ella lo admitía; me mostró las tarjetas de varios hombres, diciéndome que suponía que, si ellos se las dejaban, era porque no les molestaba que ella las enseñara. Y, por lo mismo, yo acostumbraba a sentarme durante horas con ella, echándole un

palo de cuando en cuando y hablando de temas sexuales y de cualesquiera otros, bebiendo vino rosado y fumando.

En efecto, era una criatura extremadamente incitante, pues entre otras cualidades poseía una voz frágil, suave y exquisitamente femenina, y una risa cristalina y calmada. Cuando hacía frío, se sentaba de medio perfil frente al fuego en una especie de clámide suelta y encantadora de seda, quizá con una pierna justo sobre el brazo de la silla, o en alguna posición gracias a la cual yo pudiera ver más de la mitad de sus muslos. Cuando el cuarto se calentaba, iba de aquí para allá con una enagua tan fina que resultaba posible ver a través de ella el pelo de su coño, y su opulenta carne oscura aparecía exquisita en contraste con el blanco.

Hasta un año o dos después del período al que ahora me refiero, leí poca literatura erótica, y siempre en inglés. Ahora he leído gran parte de la escrita en francés. Qué tosco y tópico es el libro obsceno inglés medio comparado con el francés; y lo mismo puede decirse de las ilustraciones. Gracias a algunos documentos recientemente adquiridos, pienso que encontré algunos grabados ingleses en los que las operaciones del amor (llamadas lujuria) —ése potente factor de la actividad humana implantado por la naturaleza para el placer del hombre y de la mujer y para la perpetuación de la raza humana — están retratadas con talento artístico. Pero he encontrado muy pocos que no fueran toscos, dibujados por personas evidentemente poco acostumbradas a plasmar la figura humana, e incapaces de retratar al varón y a la hembra en las diversas incitaciones o en las múltiples posiciones en las que copulan. Entre los franceses, en cambio, pueden encontrarse numerosos grabados fieles a la vida en cada uno de esos particulares.

Esta literatura me entretuvo mucho, al igual que los cuadros de fantásticas combinaciones de machos y hembras en juego lascivo y coito. Sus posiciones imposibles incluso me divirtieron, al evocar con frecuencia en mi mente aquello de lo que había oído hablar en mi hoy amplia experiencia con damas de vida alegre. No hay límite para la diversidad en tales pasatiempos, como tampoco hay fronteras para las excentricidades en la lascivia, ni daño alguno en satisfacerlas —tanto sólo con una mujer o un hombre como en sociedad— para aquel que congenia con ellas. Un nuevo campo de goce lascivo parecía abrírseme, y pensé en las infrecuentes

estratagemas eróticas retratadas, y las que yo también podría representar, y que debiera gustarme intentarlo. Empecé a ver que esas cosas son inofensivas, aunque el mundo pueda decir que son malas, y vi claramente el absurdo de los prejuicios y criterios convencionales en cuanto a los modos de emplear placenteramente una polla y un coño.

Por ejemplo, ¿por qué es permisible que un hombre y una mujer disfruten de sí mismos lascivamente, pero es impropio que dos hombres y dos mujeres hagan las mismas cosas todos juntos en el mismo cuarto? ¿Por qué es abominable que alguien mire a un hombre y a una mujer jodiendo, cuando todo hombre, mujer y niño lo harían si tuviesen la oportunidad? ¿Acaso es algo impropio la copulación? En caso contrario, ¿por qué es envilecedor mirar cómo se hace? ¿Por qué pueden un hombre y una mujer tocarse las partes y, sin embargo, está mal que un hombre palpe la polla de otro, o que una mujer palpe el coño de otra? Todos los individuos de cada sexo lo han hecho en algún período de sus vidas, y me pregunto por qué en ninguna sociedad, o asociación de personas, se consienten esos pasatiempos inocentes, aunque sexuales, cuando gusta de ellos en privado. ¿Qué hay, en hacerlo, de tan envilecedor? Es únicamente el prejuicio de la educación el que así lo establece.

Esas reflexiones habían atravesado mi mente durante unos años; tendían a barrer los prejuicios. Y, aunque todavía tengo prejuicios, en la mayoría de los casos no veo daño en satisfacer mi lujuria según modos que el mundo consideraría altamente impropios, pero para mí los hombres y las mujeres están movidos por el instinto y la imaginación que deben satisfacer. Esta idea de las cosas me parece que se ha estado desarrollando gradualmente desde hace algún tiempo, y da cuenta de gran parte de lo que sigue.

En estas opiniones me veía fortalecido por repetidas conversaciones con Camille. Era una de las golfas más filosóficas de cuantas conocí, había sido bien educada y poseía un sentido común maravillosamente frío para mirar las cosas. Cuando yo dudaba sobre la conveniencia de hacer esto o aquello, ella resolvía mis dudas con respuestas que me parecían, a la larga, irrefutables. Parece que topábamos con el tema de los placeres infrecuentes cada vez que nos encontrábamos. De hecho, estábamos hablando constantemente de la variedad en los goces lujuriosos. Ella se

sentaba fumando un cigarrillo, yo un cigarro, y nos poníamos a considerar si había algo malo en masturbar, bajarse al pilón, hacer mamadas, el lesbianismo o la sodomía, en hombres masturbándose unos a otros, o en mujeres haciendo lo mismo, y en otras cosas. Nuestra conclusión es que no había daño alguno en ninguna de ellas. Con esa clara conciencia, y ayudado por la imaginación y por los libros y grabados, gradualmente empezaron a aparecer en mí caprichos eróticos.

Caí entonces enfermo por breve tiempo y, en ese plazo, organicé algo más estas memorias. Poco después, las decepciones, las complicaciones de todo tipo y otras consideraciones hicieron que casi las quemara. Al mejorar, ahogué mis penas en la compañía femenina y tuve a muchas de las bellas mercenarias que había conocido antes de dejar Inglaterra. Tengo una deuda de gratitud con su clase, y digo una vez más lo que pienso haber dicho en todas partes: que han sido mi refugio en el pesar, un alivio infalible en todas mis miserias, que me han salvado de beber, jugar y cosas quizá peores. Nunca tiraré piedras, ni hablaré con sarcasmo, ni denigraré a las mujeres de la vida.

Son en gran medida lo que la sociedad ha hecho de ellas, y la sociedad las usa, las goza, las ama incluso; pero las niega, las desprecia, las condena y las aplasta, aunque las frecuente y las disfrute. En resumen, las trata vergonzosamente mal en la mayoría de los países cristianos y, en la Inglaterra protestante, peor que en ningún otro por mí conocido.

Entonces, vino el cansancio de espíritu, la insatisfacción vacía de un hombre afectuoso sin una mujer a la cual vincularse. Odiando todavía mi casa, otra vez con menos dinero (por mi propia culpa), hice una serie de visitas a mis parientes, que eran numerosos. Entre ellos fui a ver la casa familiar en H***s**dshire; no había estado allí en cuatro o cinco años. Mi tía era una anciana ahora, y todos sus hijos estaban casados excepto uno, que todavía permanecía en la casa. Fred había muerto, el pequeño Joey —cuya nodriza me había tirado yo años antes— vivía con mi tía. Su madre, cuyo coño vi una vez siendo joven, era pobre y tenía una gran familia. El viejo criado había muerto, y con la excepción de un viejo jardinero y del viejo encargado de la granja, no había nadie en la propiedad que estuviese en los días alegres donde poseí a Pender, Dientesblancos y

Molly. Debo decir que también mi madre había muerto, y en la casa donde nací vivía una de mis hermanas casadas, a quien yo no apreciaba y que tampoco me apreciaba a mí.

Encontré lenta la vida en la casa solariega. No me satisfacía andar y montar a caballo con mi prima, aunque fuese la más guapa de las personas disponibles. Siempre me preguntaba por qué no se había casado. Por lo mismo, tras visitar algunos amigos vecinos, pensé partir cuando algo me detuvo. Una mujer otra vez. ¡Que Dios bendiga el coño! ¡Copulación por siempre! ¡Que Dios lo bendiga por todas las dulces asociaciones y afectos que produce! Este acto descrito como inmundo y no mencionable es el mayor placer de la vida. Todas las personas piensan constantemente en él. Después del bendito sol, no cabe duda de que el coño debiera ser adorado como fuente de toda felicidad humana. Da y toma, y es dos veces bendito.

Joey había crecido mucho y acababa de cumplir catorce años. Olvidando lo que había sido yo a su edad —mis deseos por conocer lo que era realmente un coño, mis lánguidas inclinaciones hacia las hembras—, lo traté como a un niño y sólo pensé en él como el pequeño meón que doce años antes me diera la excusa para familiarizarme con su niñera.

Él vino a casa hacia la una y cuarto y volvió a las tres a una escuela situada a una milla del Ayuntamiento. Por conveniencia suya (aunque, de hecho, siempre había sido la comida principal de mi tía), almorzábamos a la una y media. Tras comer, yo acostumbraba a fumar y leer hasta las tres o las cuatro y luego salía, a menudo con mi tía o mi prima. El mero almuerzo rara vez ocupaba tres cuartos de hora, y luego mi tía se echaba una siesta en su cuarto, sentándose Emily con ella. Joey desaparecía siempre al instante, y, o bien volvía a jugar a la escuela, o bien miraba algunos conejos que tenía en los establos. Nadie se interesaba por dónde iba.

No había entonces criado masculino en la casa, aunque esperaban a uno pronto. Una doncella servía la mesa, mujer bella y sana, pero de algún modo audaz en el aspecto, que aparentaba tener unos treinta años. No era ninguna belleza, pero sí el retrato de la salud, con ojos azules, pelo marrón claro, carnosa y de complexión fuerte. Mi tía tenía un perro enfermo en la finca, le cortaba carne durante las comidas y solía mandar a aquella mujer a llevarla a los establos tan pronto como acababa de quitar la mesa. Cuando

empecé a desear a una mujer me pregunté si ella podría aliviarme. Su nombre era Tomlin.

Fumando y saliendo de la biblioteca en dirección a los establos inmediatamente después del almuerzo, me sorprendió ver a un hombre besando a una mujer en el macizo de laureles, no lejos del memorable lugar secreto donde me calcé una vez a Pender. Según me acercaba oí pasos masculinos alejándose. Yendo entonces hacia el establo y pensando en las folladas que había tenido allí, vi a la doncella cruzar rápidamente el patio un cuarto de hora después y seguir por la alameda de laureles hacia la casa. Sin pensar nada y regresando a paso lento, vi a Joey a distancia sobre el borde extremo del césped caminando muy aprisa hacia los establos. Tuve entonces, de repente, la idea de que había estado en la casa de verano llamada la Gruta y que la criada había estado allí también; quizá la idea entró en mi cabeza pensando en mis propias estratagemas en aquella gruta.

Durante la cena observé a Joey pero no vi signos de complicidad entre él y la mujer. Durante el siguiente almuerzo, imaginé que la había mirado de un modo peculiar y, cuando salió con la comida del perro, me fui hacia los establos y luego hacia un punto desde el cual pudiera ver el camino que llevaba a la gruta. La gruta quedaba oculta a la vista, como la casa. El joven Joey vino apresuradamente de allí al cabo de un tiempo. Me escondí en un establo y le vi cruzar en dirección de la carretera y luego retroceder cerca de la alameda de los laureles. Vi a la doncella andar muy rápidamente hacia la entrada de la cocina, con aire tranquilo y circunspecto. Hay lío seguro, pensé, entre esa mujer y el muchacho.

La gruta ya ha sido descrita parcialmente. Era un gran edificio, un regalo caro. La parte de atrás y los lados están construidos en roca; allí crecían helechos y hiedra, colgando por arriba las ramas de grandes árboles. El techo estaba hecho parcialmente en roca y el resto con troncos unidos y apoyados rústicamente que se descomponían. Mi tía no podía permitirse los gastos de restaurarlo. Sospeché que el muchacho y la mujer madura habían estado allí. ¿Cómo podría lograr contemplarlos? Estuve una hora en la gruta antes de descubrir el modo.

Estaba casi rodeado y cubierto por grandes árboles y arbustos, y, trepando por las rocas de la parte de atrás (cosa bastante sencilla),

alcancé el arco e, inclinándome sobre él, alcancé la parte de madera en el techo, que estaba tan podrida en muchos puntos que la hiedra había atravesado las planchas y colgaba por la parte de dentro. En un lugar conveniente empujé un bastón e hice un agujero lo bastante grande como para ver la mitad del espacio situado debajo. De hecho, era tan grande que cualquiera que mirase hacia arriba cuidadosamente habría podido ver un ojo allí situado, o por lo menos, con toda seguridad, el agujero.

Al día siguiente, diciendo que no vendría al almuerzo y poniéndome un abrigo (en realidad para tumbarme sobre él y evitar herirme con las piedras), me aposté sobre el tejado. Poco después, entró Joey y —bendito sea— se sentó en el lado más próximo al agujero, se sacó la polla, la miró y la puso de nuevo dentro de los pantalones. Casi simultáneamente entró la mujer. Él la besó, en un instante sus manos estaban metidas en la ropa de ella; apenas tuvieron tiempo de hablar, no había viento y los escuché bastante bien.

Abriendo las piernas, ella dejó que él la palpase. «¿No estás deseando que tu tío (así me llamaban) se vaya?», dijo ella. «Desde luego», dijo Joey. «Oh, déjame verlo», dijo levantando sus faldas. Ella se las bajó. «No, lo viste el otro día, sigue igual; ¿dónde está tu cosa?». Joey la sacó bastante dura, ella se la cogió y la palpó tranquilamente. Joey continuó su toqueteo, suplicando que se lo dejara mirar. «Hoy no. No puedo esperar». «Oh, me viene», dijo Joey de repente. La mujer soltó su polla y se sentó. Él se sentó sobre sus rodillas. Ella le cogió la polla de nuevo y tras unas pocas sacudidas Joey exclamó: «Oh, me viene», y su esperma brotó. «¿Por qué me hiciste eso?», dijo él. «No se lo dirás a nadie jamás, ¿verdad?», dijo ella. «Si tu padre lo supiese te mandaría a la tierra de Van Diemens. Dijo que lo haría si le metías en complicaciones, ya lo sabes. Toma, mira». Se levantó las faldas justo delante de Joey, que estaba sentado en el banco tocándose la polla con aspecto sombrío, pero al instante las dejó caer, casi antes de que él pudiese haber visto nada, y salió riendo. No estuvieron juntos ni cinco minutos. Joey se metió su máquina y, tras mirar cuidadosamente, salió.

Estaba seguro ahora de que el muchacho se la había hecho, y al día siguiente no almorcé con mi tía, sino que me fui de nuevo al

techo de la gruta.

Joey vino primero, ella después. «Tu tío te está observando atentamente», dijo ella tan pronto como entró. «¿Sospecha él?», dijo. «No lo sé, pero no me mires cuando estoy en el comedor». Mientras decían esto, se palpaban el uno al otro, ambos de pie. Él había puesto su brazo izquierdo sobre el hombro de ella, mientras el derecho subía por sus enaguas. «Date prisa», dijo ella y, situando su trasero contra el borde de la sólida mesa rústica, se levantó las enaguas, cogió su polla, la guió hacia su coño abriendo las piernas para conseguir el nivel apropiado y así, de pie ambos, jodieron cada uno con la cabeza sobre el hombro del otro, Tras correrse, se quedaron quietos durante un minuto, ella le besó sonoramente, le dio un empujón, dejó caer sus ropas y salió instantáneamente diciendo: «Mañana, si no llueve».

Sólo habían estado juntos unos minutos. Sólo ella tenía prisa. Joey miró perezosamente su polla y luego salió. Algo debía de preocuparle, porque volvió y se quedó junto a la gruta no lejos de la pendiente por la cual subía yo al tejado. Luego, salió corriendo. Temí que me hubiese visto, porque estaba bajando del tejado cuando volvió y vi un destello suyo a través del follaje. Se dijeron algunas palabras más de las que he mencionado, pero sólo las oí parcialmente.

Segunda parte

Un pasatiempo de convalecencia. — Sobre la copulación y los órganos copulativos.

Durante mi enfermedad [Nota del editor: en este punto el autor había contraído una enfermedad venérea], fui todo lo casto que suelen ser los hombres cuando no pueden hacer otra cosa; pero pensé mucho en mujeres y en los complicados órganos de los sexos, por cuya mediación se continúa la especie. Reflexioné sobre el secreto con que envuelven los seres humanos sus amores, sobre la vergüenza que tan ridículamente vinculan a cualquier mención o referencia a la copulación en lenguaje llano o incluso en cualquiera, aunque sea el primer motor de la humanidad y aunque encuentre expresión en la vida cotidiana de un modo u otro, por palabra u obra. Es un tema que casi diariamente cruza la mente de quienes se encuentran en un estado corporal saludable y han follado alguna vez, y quizás antes de ello.

Me sorprendía que, cuando ambos sexos sienten tanto placer mirando sus respectivos genitales, asumiesen sacrificios tan extremos para ocultarlos, considerasen envilecedor mostrarlos sin mutuo consentimiento y materia penal hacerlo separada o conjuntamente en público. Llegué a la conclusión de que en las mujeres es el resultado de un entrenamiento, con la astuta intención de vender al más alto precio la visión de sus partes privadas, e induciendo al hombre a que les entregue ese inmenso precio que es el anillo marital. Todas las mujeres se compran en el mercado, desde la zorra hasta la princesa. Sólo el precio difiere, y el precio más alto en moneda o rango obtiene la mujer. Entonces escribí lo que sigue, quizá porque nunca lo haya encontrado escrito en lenguaje sencillo por ninguna parte.

Esta descripción de los genitales, y su modo de encontrarse, adolece probablemente de muchos errores y omisiones, porque no soy un médico; pero era todo cuanto sabía acerca del tema cuando

la escribí. No se pretende ninguna definición o exactitud anatómica. Es lo que podría considerarse una descripción esencialmente popular, adecuada a las capacidades más mínimas y pensada para ambos sexos —o si les parece— como texto instructivo para los jóvenes, pero la gran meta de los adultos parece ser impedir que los jóvenes sepan cosa alguna sobre el asunto.

La providencia ha hecho que la continuación de la especie dependa de un proceso de acoplamiento de los sexos llamado joder. Este proceso lo realizan dos órganos. El masculino se denomina familiar y vulgarmente *polla*, el de la mujer *coño*. El nombre educado del uno es pene, y el del otro pudenda. En términos amplios, la polla es un tubo largo, carnoso, musculado y elástico. El coño es un agujero carnoso, caliente y húmedo. A veces, y de un modo peculiar, la polla se empuja hacia el interior del coño y descarga allí su espeso fluido, y ésa es la operación llamada joder. No es una operación llena de gracia; de hecho, no es más elegante que mear o cagar, y es más ridícula. Pero es la que da el placer más intenso a las partes que allí cooperan, y la mayoría de las personas intentan realizarla tantas veces como pueden.

La polla se encuentra situada al final del vientre, y cuelga justamente entre los muslos del hombre. Consiste en un conducto o tubo circular y colgante, de piel y músculo, con un agujero que lo atraviesa y mediante el cual se expulsan orina y esperma. Tiene un pomo o punta al final, semejante a un corazón de bordes redondeados, y está cubierta por una piel delicadamente fina que posee la más exquisita sensibilidad al tacto. Sobre este pomo o cabeza hay una piel más gruesa, igual a la que cubre el tallo de la polla, formada de tal manera que puede echarse hacia atrás fácilmente. Protege la cabeza de lesiones, y la mantiene húmeda y sensible. Se denomina glande o prepucio. La polla suele estar blanda y colgante, tiene unas tres pulgadas de longitud y es suave al tacto. La piel externa se siente suelta, como acontece con el prepucio que cubre la cabeza. Pero cuando el hombre está excitado —es decir: quiere joder— crece en longitud y anchura, se levanta rígida y el prepucio queda un poco detrás del pomo, que entonces adopta un bello color carmesí. Si la piel no se mueve entonces espontáneamente, es fácil echarla un poco hacia atrás. Cuando es

puesta en el coño retrocede al instante y el pomo —en su exquisita sensibilidad— sube por el coño descubierto, seguido por el resto de la polla hasta las *pelotas*. Las pelotas, o saco de las bolas, son una bolsa de piel que cuelga en la base de la polla, y está situada a unas pocas pulgadas del agujero del culo. Contiene dos bolas llamadas también testículos, que desde el exterior parecen tener el tamaño de huevos de gallina enana, y algunas personas los llaman así. Unas veces esta bolsa parece más firme que otras, y siempre llena bien la mano. Si al tacto parece firme y llena, y está cubierta por arrugas múltiples y bien definidas, suele ser signo de que el hombre está listo para joder. Esta bolsa se llama a veces carajo, pero la mayoría de las veces que un hombre habla de su carajo indica polla y pelotas conjuntamente.

El tallo de la polla es suave y no suele tener pelo desde el punto donde se conecta con el vientre y las pelotas, lugar cubierto de vello que se riza a su alrededor. La polla parece brotar de un espeso matorral que crece por el estómago en dirección al ombligo, pero se detiene antes. No suele haber mucho pelo sobre las pelotas, pero crece alrededor de ellas y a veces siguiendo la cara interna de los muslos hasta el agujero del culo. Y a veces incluso ahí hay pelo corto alrededor del agujero. Si hay mucho, la persona se llama de culo peludo, y no es conveniente, porque interfiere con el lavado y secado cómodo tras evacuar.

La polla suele estar seca a excepción de la cabeza, habitualmente cubierta por el prepucio, que en todo momento tiene tendencia a encontrarse húmeda. Si un hombre está cachondo durante largo tiempo y no puede liberarse jodiendo, masturbándose o haciendo que de alguna manera salga su esperma, esta cabeza exuda una sustancia blanquecina que cubre la cabeza y se recoge bajo el pomo, allí donde se une al tallo. Esta exudación cachonda, llamada sebácea, emite un fuerte y peculiar olor masculino. Una follada la limpia por completo. Dentro del cuerpo del hombre existen órganos que segregan y forman una materia llamada esperma, o leche, que es blanquecina y parcialmente espesa, semejante a un engrudo leve y mal hecho. Esto se escupe en el coño de una mujer a través de la cabeza de la polla al joder. Esta emisión se llama en lenguaje popular correrse, o lefar, y es el período de máximo placer de la follada y su final. Esta sustancia es la semilla masculina y fecunda a

la mujer o —como se dice en lenguaje vulgar— la preña.

El coño es el órgano de la mujer y está situado al fondo de su vientre, entre las piernas. Consiste primera y externamente en una raja de unas cinco pulgadas de longitud y aspecto de hendidura o corte con labios. Comienza próxima al agujero del culo y se curva en dirección ascendente hacia la parte inferior del vientre, mirando hacia el ombligo y terminando en una elevación o almohada de carne situada un poco por encima de los muslos. Este almohadón desaparece gradualmente en la superficie general del vientre y se denomina monte o concha. En algunas mujeres la raja o hendidura del coño es menor que en otras, pero en todas comienza cerca del agujero del culo y los labios se espesan gradualmente para morir de nuevo en el monte. En algunas mujeres esos labios son en parte de su longitud el doble de gordos que los de la boca de un hombre. En otras son finos, y algunos apenas tienen forma de labios siquiera, pareciendo más bien carne hinchada. El coño parece en esas mujeres un simple corte.

Existe pelo cubriendo todo el monte o toisón, y alrededor de los labios exteriores del coño hasta el extremo próximo al agujero del culo. El pelo suele hacerse menos espeso y largo al acercarse allí; pero, a veces, como acontece en el hombre, el pelo crece en pequeña cantidad alrededor del agujero del culo mismo y asciende por el surco de las nalgas. El almohadón, o concha, o toisón, está situado allí para cubrir ciertos huesos que se encuentran bajo esa parte del coño y evitar que el hombre se lastime el vientre cuando se sacude contra el coño al joder. En su excitación, esto podría suceder en determinados momentos, cuando da golpes bruscos. El monte está más espesamente cubierto de pelo que el resto del coño, especialmente en el punto donde comienza o se abre la raja.

Si los labios exteriores se abren, podremos ver que su interior es suave, carnoso y casi pulposo, semejante al interior de una boca y de un color rosa, o carmín, según sean la edad de la mujer y el uso de su coño. Un poco por debajo del comienzo de la raja, en su terminación próxima al vientre, existe un pequeño trozo o botón de carne llamado *clítoris*. Es rojo y suave como el resto, y en algunas mujeres es mucho mayor que en otras. Cuando la mujer no está sexualmente excitada, deseando un palo, o cachonda, este botón de carne es blanducho, pero al ponerse cachonda se endurece un poco

o se pone duro, como dicen ellas, pero no del todo. Es el trono del placer en una mujer, pues, aunque la polla sólo frota un poco con él al joder, la mujer se da a menudo placer frotándolo con su dedo o masturbándose allí, hasta correrse.

Esta es una descripción de lo que podría considerarse la boca del coño, o su parte exterior, y deben describirse ahora sus partes internas. Justamente debajo del clítoris, casi como una continuación suya, pero justamente al comienzo de lo que llamo el tubo de la polla, por estar especialmente hecho para acogerla, existe una pequeña proyección donde hay un agujero. Es el conducto urinario de la mujer. Tanto el clítoris como el conducto urinario están en su mayor parte cubiertos por los pilosos labios exteriores, rizándose el pelo por delante y oscureciendo parcialmente la raja, con lo cual queda más o menos escondido en la mayor parte de las mujeres maduras; pero cuando las mujeres quieren orinar, la naturaleza las induce a ponerse en cuclillas, a fin de que sus traseros estén a pocas pulgadas del suelo. En esa posición el coño se abre, el clítoris y el meato urinario se adelantan y el pis sale con fuerza. El pelo del coño es más bien corto y se abre con los labios, pero a pesar de todo se ve frecuentemente mojado por el chorro. Si el pelo es más largo, uno podrá ver allí gotas de pis como rocío cuando ella se levante después de mear. Parte del pis corre también hacia la boca de la vagina o agujero para joder la polla, que queda aún por describir, y como esa parte suele estar algo pegajosa es limpiada por la orina. De este modo, el pelo exterior y el interior de la boca y los labios del coño suelen verse mojados por la orina de la mujer. Y cuando ella se levanta suele meterse un instante la ropa entre los muslos para secárselo. Esto es lo que el vulgo llama «secarse el coño».

Bajo el meato urinario la suave y roja superficie desciende hacia dentro hasta un agujero situado muy cerca del agujero del culo; tan cerca, de hecho, que puede uno fácilmente meter un dedo por el coño y el pulgar por el ojo del culo y tocar la delgada pared que los separa. Se trata de la vagina, o receptor de polla, el agujero que existe en el vientre de la mujer, donde la polla del hombre realiza la operación de joder.

La abertura es algo estrecha en algunas, pero dentro tiene más capacidad. En todos los coños se distiende fácilmente, aceptará cualquier cosa desde un pequeño dedo a un rollo de empanadillas y

se cerrará suavemente, apresando o abrazando con una presión regularmente distribuida, sea cual fuere su tamaño. Este agujero de joder suele ser lo bastante profundo para meter una polla dura de seis pulgadas sin dolor para la mujer. Si duele, ellas tienen una capacidad de bajar las nalgas impidiendo que la polla suba demasiado. Esta vagina, como se le llama también, se redondea y contrae en la parte de arriba o final, y el tubo del útero penetra en ella. En el cuello hay un pequeño orificio habitualmente cerrado, pero se abre en el momento oportuno durante el coito. La polla del hombre golpea contra esta abertura, y allí es disparado el esperma al joder.

Desde el clítoris y dentro de los labios exteriores de la hendidura del coño ya descrita existen unas solapas o cartílagos rojos que descienden a cada lado y terminan en el agujero de la polla. De hecho, son una especie de labios internos del coño y se llaman ninfas o vulgarmente volantes. Tienen el mismo tinte rosa o carmín que el interior de toda la boca del coño. En la mayoría de las mujeres esos labios son tan pequeños que cuando sus piernas están cerradas, o sólo levemente abiertas, los labios exteriores y el pelo del coño los ocultan y cubren, o muestran exclusivamente una fina línea roja entre ellos. En otras mujeres son grandes y cuelgan incluso como grandes solapas rojas. Esas solapas están siempre húmedas por dentro. Cuando son grandes y una mujer abre sus piernas para que se separen los labios exteriores, las solapas se pegan una con la otra, espiando el clítoris por encima de ellas. Naturalmente la polla las abre y pasa entre ellas, y ellas la frotan por ambos lados al joder.

En las vírgenes, justamente dentro del tubo, receptor de polla o vagina y detrás del meato urinario, hay una pequeña película o membrana roja que cubre el agujero, existiendo allí sólo una pequeña perforación a través de la cual pueden pasar los períodos o menstruaciones de la mujer y otros jugos del coño. Se trata del himen o virginidad, que es roto por la polla la primera vez que la mujer jode. La membrana queda con un borde cortado como una cresta de gallo, pero la aspereza del borde desaparece tras un año o dos de joder.

El agujero o tubo que recibe la polla es también rosa, suave y dulce en el interior; su tacto es como el de la boca por dentro. Los

lados cederán fácilmente paso al empuje del dedo, y siendo elástico se recupera inmediatamente cuando el dedo es retirado. Por lo mismo, se cierra suavemente sobre la polla, sea grande o pequeña. Esta cualidad se transforma en un juguete muy bonito para el hombre. Nada gusta tanto a algunos como meter los dedos en él, jugar al llamado dedo pringado mientras la mujer juega con su polla y sus cojones. Este toqueteo y excitación mutua de las partes privadas hace que ambos se calienten o estén dispuestos a joder. Olvidé decir que cuando la polla de un hombre está cachonda, y la mujer la aprieta, el agujero de su cabeza se abre levemente y sale de ella un fuerte olor. Algunas mujeres disfrutan con él cuando están cachondas.

El coño está siempre mojado por dentro. Si pusiéramos algo para secarlo nos lo encontraríamos mojado un minuto después. Si una mujer quiere joder se moja más, y algunas mujeres se humedecen realmente mucho cuando se excita su clítoris. Este líquido es muy suave y baboso, salino al paladar, y su finalidad es lubricar o hacer más suave y agradable el coño para la polla del hombre, cuya cabeza roja y de fina piel es muy frágil y altamente sensible. De hecho, es el trono del placer. El coño tiene siempre un olor peculiar, ligeramente a pescado o a queso como se ha dicho, aunque jamás haya detectado yo este olor. Esto acontece incluso en las mujeres más limpias, y resulta más fuerte si la mujer ha estado muy cachonda durante algún tiempo y no se ha lavado el coño, o en alguna que raramente lo hace y se sirve de su pis y del posterior secado del coño para mantenerlo dulce y aseado. Este olor coñil de una mujer sana y limpia resulta agradable y estimulante para la mayoría de los hombres.

Joder consiste en unir los dos órganos recién descritos. En el hombre, hacer que su polla se ponga tiesa y meterla todo cuanto pueda en el coño, como enchufándola. Luego, en empujar hacia delante y hacia atrás dentro de él de modo gradualmente más rápido, poniéndose más y más dura su polla, y el coño humedeciéndose y apretándose más y más, hasta que el placer sentido por ambos desde el momento de encontrarse sus partes privadas y gradualmente incrementado al ritmo del joder se hace casi enloquecedor de intensidad y termina con las pelotas disparando a través de su polla cierta cantidad de esperma sobre el

coño, mientras al mismo tiempo toda la superficie del coño aferra la polla y suda el fino licor lechoso antes descrito. Tras hacer esto con intenso placer, ambos quedan tranquilos, satisfechos y casi insensibles durante un instante por exceso de goce. Luego el coño se distiende, la polla se reduce, sale y la follada termina.

Pero antes de que esto ocurra ambos *deben* palparse, y el hombre *debe* estar realmente cachondo o desear joder, pues sin eso su polla no estará dura, y los síntomas de pasión o cachondez deben ser comprendidos en primer lugar.

La cachondez se muestra en un hombre por el hecho de que su polla se siente incómoda, pero con una sensación voluptuosa, por su crecimiento, alargamiento y endurecimiento. Sus pensamientos van a mujeres que parecen bellas a sus ojos entonces, aunque no fuese así antes. Las ansia, se pone nervioso y, de estar sentado siente un deseo de sacudir su trasero hacia atrás y hacia delante. Apenas puede mantener alejados sus dedos de la polla; quiere palparla y acariciarla. Su picha quema y, si no ha estado jodiendo demasiado recientemente, sus pelotas estarán firmes y cubiertas por arrugas cercanas y profundas. Si la toca mucho, su polla comenzará a latir enderezándose hacia su vientre. Su ojo del culo se contrae y vibra con los latidos de la polla y cuando está en ese estado está preparado para joder cualquier cosa, desde su hermana a su abuela, desde una niña de diez años a una mujer de sesenta, porque una polla tiesa no tiene conciencia. Pobre de la mujer con la que este individuo tenga oportunidad, si no le desea a *él*, porque él se la tirará a *ella* si puede.

La cachondez de una mujer se muestra del mismo modo en algunos aspectos, pero con muchos menos signos exteriores. Se siente inquieta, su inclinación es apretar las piernas una contra otra, abrirlas de par en par y cerrarlas de nuevo. Tiende a apretar el coño con los músculos del orificio del agujero para la polla, mientras la misma acción cierra estrechamente el agujero de su culo, que así actúa simpáticamente con el coño, a mover su trasero desasosegadamente sobre la silla, a suspirar con una sensación de placer y tenderse, a poner sus dedos sobre el coño y frotarse el clítoris. Su coño se siente caliente… ardiente. Algunas veces se humedece, se moja mucho, con una lánguida sensación de desmayo. Y, con todo, no suda o se corre como cuando es follada. Ella es

sensible con los hombres. Si alguien toca su mano o la oprime, le da placer. Cualquier atención de un hombre la llena de vagos deseos de algo que ella misma no sabe. Sus ojos buscan los suyos y luego miran al suelo. Si ha visto o conocido mucho la naturaleza de los hombres, sus ojos buscarán en sus pantalones justamente donde yace su polla, y la mujer enrojecerá ante lo que está haciendo como si él supiera lo que ella estaba pensando. Si su naturaleza es muy sensible o cálida —lo que se denomina «salida» o de coño o de culo caliente— y esta lascivia se ha mantenido durante largo tiempo sin el alivio de joder, caerá presa de la histeria. En mujeres jóvenes una buena follada las pone bien otra vez, pero esto es incidental. Cuando algunas chicas se ponen cachondas se carcajean mucho y ríen de todo cuanto un hombre les dice; sus ojos se abrillantan y languidecen, devuelven involuntariamente la presión de las manos del hombre. Es todo esto justamente lo que incita a los hombres a desear follarlas.

Cuando tanto el hombre como la mujer están cachondos se encuentran en el mejor estado para follar; pero, cuando no lo están, y la naturaleza está empujando a ambos hacia la copulación, se calentarán el uno al otro si tienen oportunidad.

Supongamos una pareja. Él ha tenido mujeres antes. Ella lo ha hecho una o dos veces clandestinamente, pero lleva mucho tiempo sin ello, y está decidida a no arriesgarse de nuevo. Él no sabe nada de esto, pero comienza a desearla. Están solos, y por lo mismo no hay peligro de ser molestados.

Él la mira, conversa agradablemente, se acerca más y más hasta que están sentados uno junto al otro. Se pregunta cuáles son sus encantos secretos, si sus muslos serán redondos y llenos, si es grande su trasero. Entonces su mente va hacia su coño. Piensa en su pelo, en su color, y entonces se le endurece la polla y anhela joderla, y, preguntándose si ella lo desea o se lo permitirá, es impelido a intentarlo.

Entonces, bajo el impulso de la intención, el deseo de descargar su esperma en ella se hace más fuerte. Infatigable, comienza a besar, cosa a la cual ella empieza resistiéndose pero que acaba permitiendo una vez y con protestas. El brazo de él pasa entonces alrededor de su cintura, la atrae hacia sí, y permanecen sentados mientras él murmura amor durante cierto tiempo.

Entonces una mano va sobre sus rodillas, por fuera de la ropa, y siguen más besos. Si no está cachonda ya, la presión de su brazo y de la mano cada vez más cerca del vientre, o apretando sus muslos, pero aún por fuera de las ropas, hará que se ponga cachonda. Él la besa más apasionadamente y, al hacerlo, su mano le oprime el vientre. Ella sospecha que lo ha hecho queriendo, pero no dice nada. Su coño y el ojo del culo se cierran, y la recorre un escalofrío voluptuoso. Se teme e intenta gritar, pero no lo hace. Devuelve gradualmente sus besos, pero le suplica que se vaya y la deje.

Mientras tanto, él se ha inclinado un poco, ha palpado sus tobillos, ha metido las manos por debajo de las enaguas y está sobre su muslo, justamente encima de la rodilla. Ella se resiste violentamente, pero la lascivia invade ahora su sistema. Se encuentra en una dulce confusión, sobrepasada por sensaciones lujuriosas; grita a medias, luego ríe, luego dice «chiss» cuando los deseos obscenos comienzan a expresarse por boca de él. Quizá le besa para que se vaya, pero no quiere que lo haga, desea lo que está haciendo, sabe que está mal pero piensa que él no se saldrá con la suya.

Esto dura un tiempo. Ella está poniéndose enferma de deseo lascivo. Un grito… una lucha… y él ha metido un dedo entre los labios de su coño… está frotando su clítoris mientras ella, con los muslos cerrados, le está empujando hacia fuera con una mano e intentando bajarse las ropas con la otra. Ella mete el culo hacia atrás, aprieta los muslos, pero él mantiene sus dedos allí. Entonces él saca su polla, dura, marfileña, con la cabeza roja y sus pelotas firmes y colgantes. Su aspecto la fascina. Él dice que mire. Ella vuelve la cabeza y los ojos en otra dirección… pero no puede evitar volverlos hacia allí de nuevo.

Él lucha ahora por levantarle las ropas; ella por evitarlo. Ahora él empuja la polla contra su mano, y un escalofrío la atraviesa al sentir la barra caliente. Una y otra vez golpea contra su mano. Él toma entonces su mano y la hace aferrar su polla. Con un grito ella la aleja. Al hacer esto él ha retirado por un instante la mano de su coño, y con una leve sensación de alivio ella piensa que va a cesar por el momento.

Vana esperanza, si es que la tiene —lo cual es a menudo dudoso —, porque sentir su mano sobre el pito la ha puesto salvaje.

Abrazándola, levanta sus ropas, ve sus muslos, y la oscura y peluda sombra sobre la hendidura, y antes de que ella pueda evitarlo, empuja más su dedo hacia el agujero. Ella grita que le hace daño, pero él sigue empujando. Ella trata de resistir, pero sensaciones voluptuosas recorren sus venas. La polla dura danza ante sus ojos, y aunque ella resistiría si pudiese, siente que su poder se desvanece, porque la lascivia ha tomado posesión de su cuerpo y el deseo de dejar que él la posea está apoderándose de su alma; así, jadeando ambos, cesan durante un minuto mientras él mantiene sus dedos donde consiguió forzarlos.

La naturaleza ha situado el clítoris de la mujer de manera que no pueda escapar a los dedos del hombre. Si una mujer cierra sus muslos con fuerza, es imposible que un hombre meta por delante un dedo en el agujero del coño; y por detrás los mofletes del culo se cierran haciendo que no pueda realizarlo sin violencia hasta cuando ella está de pie, aunque no sea tan difícil entonces como de frente. Pero sin hacer daño, y haga ella lo que quiera para evitarlo, el clítoris puede ser alcanzado por su dedo medio. Empujándolo entre los muslos cerrados alcanzará la parte superior del coño, donde se encuentra el clítoris, que fue situado allí para permitir al hombre incitar e inclinar a la mujer a someterse a su voluntad de cópula.

Al minuto él recomienza. En vano aprieta ella sus muslos. Su dedo frota con más y más fuerza, la mantiene aferrada y próxima a él con un brazo, besando y acariciando, mientras justo bajo sus ojos se encuentra la palpitante polla presta a hundirse en ella. Sus muslos están expuestos, ella está ahora demasiado excitada para bajarse la ropa, su coño está mojado. «¡Ah!… ¡Ah!… ¿Qué es esto?», un escalofrío de placer la recorre haciendo que por un segundo abra los muslos a pesar de ella misma. Su coño se moja más, su rostro se inclina hacia el suyo, su resistencia ha desaparecido, sus ojos se cierran, está casi corriéndose, se limita a murmurar: «No… no… oh, por favor… Suelta… no lo haré», ante sus sinceros esfuerzos, y al instante siguiente cae bajo su presión, o es parcialmente arrastrada y parcialmente izada, voluptuosamente consciente, hacia la cama o sofá más próximo, desvanecida toda resistencia, saturada de lujuria y silenciosa. Entonces sus vientres se encuentran, sus manos se sitúan bajo las redondas y cálidas ancas, algo rígido y duro, pero suave y dulce se insinúa entre sus muslos y se desliza rápidamente

hacia abajo pasando por su clítoris. Ella lo siente en la entrada de su coño… empuja… entra… está dentro de ella… ella lo siente en sus vísceras, nota los testículos golpeando contra sus nalgas, y por un minuto ambos quedan inmóviles.

Arriba hacia su útero, abajo luego, casi hasta los labios del coño, para adelante y para atrás va la polla. Da golpes largos, golpes cortos, deprisa, más deprisa… un suspiro suyo, una sacudida de las caderas de ella y luego un leve descanso nuevamente. Otra sacudida y entonces quizás (aunque raramente) él, curioso, retira una mano de su suave trasero y toca la barra de su instrumento gentilmente ceñida por los labios de su coño, suave pero firmemente, mezclándose los pelos de sus órganos. Su dedo toca suavemente el clítoris contra el que frotaba el extremo inferior de su polla. Un escalofrío de goce la atraviesa al sentirlo, y su coño comienza a exudar jugos. Las sacudidas prosiguen… rápido… rápido… cada vez más rápido y fuertemente golpea su rígida polla en el portal de su útero. Ahora viene un suspiro de ella… sus ojos se cierran… su boca se abre levemente. Los golpes son ahora más cortos y rápidos, y el trasero de él vibra, empujando la polla hacia su coño como si quisiera meter dentro de él todo su cuerpo, cubriendo sus pelotas el ojo del culo de ella, golpeando contra los carrillos de su trasero. El vientre de ella se alza, sus muslos se abren de par en par, sus rodillas se mueven suavemente hacia arriba, sus piernas se estiran, se cierran sobre las de él nuevamente y las oprimen, su polla se endurece más y comienza a palpitar violentamente en ella, los jugos de su coño la han empapado de cabeza a raíz, ella está manando y moja el pelo que hay alrededor del tronco de su polla.

Ahora una sensación más deliciosa y casi enloquecedora les atraviesa todo el cuerpo. Gradualmente más y más poderosa, usurpa sus sentidos en un delirio voluptuoso. Si su padre entrase ahora en el cuarto, ella seguiría aferrada al hombre. Si él supiese que su madre estaba siendo asesinada en el cuarto contiguo, no retiraría su polla del coño para salvarla.

Ahora sus besos son húmedos, sus lenguas se encuentran, sus salivas se mezclan. El sorbe todo cuanto puede de su boca; sus manos se aferran al redondeado trasero, la abraza como si quisiera privarla de aliento. Las manos de ella se cierran alrededor de su cintura, o frotan convulsivamente sus nalgas o su espalda. Arriba

van otra vez los muslos de ella y se aprietan firmemente contra sus caderas; él coge su culo con violencia y tras un largo suspiro, y quizás el grito convulsivo de «coño», dispara su leche contra el portal del útero abierto para recibirlo, mientras, en el mismo instante, el coño se contrae alrededor de la polla destilando sobre ella por todas partes sus jugos claros, salinos y lechosos. El esperma que el útero no chupa o absorbe se une con sus jugos en un baño donde su polla queda embebida. Algunas pollas se salen, mojando aún más el pelo de ambos genitales, y entonces, con sacudidas suaves y en gradual disminución, con murmullos, suspiros y besos dulces yacen silenciosamente abrazados en el delicioso Elíseo, distendidos sus miembros y tranquilos todos sus músculos. Los sentidos que les quedan están absortos en pensamientos soñadores de polla, coño, esperma y joder, y en el amoroso instante de cada uno por el otro.

Así yacen unos pocos minutos hasta que él se mueve de nuevo, cuando la fricción de su polla —incluso en su húmedo coño— hace que se contraiga por simpatía, aunque sea levemente, pues estando saciado con placer ese canal hacia su útero ha perdido momentáneamente su potencia muscular. Pero la suave presión que proporciona envía un estremecimiento de placer a su polla en estado de disminución; esto lanza hacia delante una gota más de esperma residual, ahora en su estado más claro y líquido. Es la última. Entonces su peso la oprime, ella se mueve, sale la polla reducida y mojada dejando caer gotas sobre el ano, él se incorpora con un beso. Al hacerlo, una gota cae sobre su muslo, o sobre el macizo piloso de su coño. Es el rocío de la despedida. Ella también se incorpora, bajándose las enaguas, y durante un minuto están ambos silenciosos y se miran. Sobre su rostro hay una sonrisa de satisfacción. Ella se sonroja; parece avergonzada de sus actos, y se encuentra en el soñador placer de un coño saturado de esperma.

Si la feliz pareja ha jodido antes y se encuentra tranquilamente en la cama, las acciones varían levemente. Han terminado de correrse, pero desnudos, miembro con miembro, él yace sobre su vientre anidando las pelotas junto a ella e intentando mantener su polla en la suave, dulce, caliente y húmeda residencia. Él yace sobre ella largamente, pegados y secándose juntos los pelos de sus sexos, de tan cerca y enredados que están. Su peso, que ella no sentía

mientras empujaba y se movía dentro de ella variando de postura a cada instante, ahora la oprime; y se mueve y tose, o finge toser, cosa que sacude su vientre, y su reducido pene queda desmontado.

Pero él no se moverá todavía, y la cabeza húmeda y roja continúa manando un poco de esperma que cae sobre su ano o los carrillos del culo. Siguiendo entonces a la retirada, parte de las mezcladas esencias que el útero no ha sorbido fluye como una gran lágrima espesa hacia el ano. Él se separa de ella, ella se vuelve de lado hacia él, y la lágrima de leche cambia su rumbo y se aloja sobre el muslo inmediato al ojo del culo. No necesita bajar los dedos para sentir que la franja de su coño está mojada, siente sin lugar a dudas que los labios de su coño están hinchados, húmedos y con esperma; y le da placer sentirlo allí porque provino del cuerpo de él. A ella le encanta que él lo ponga allí. Él también se vuelve hacia ella; su polla en disminución, blanda y empapada cae sobre su muslo y lo moja, y le encanta esa humedad porque proviene de su coño. Entonces se hallan vientre a vientre —o vientre a culo— desnudos y tocándose, con suaves palabras obscenas de amor e imágenes lascivas flotando soñadoramente por sus mentes. Ella pensando en cojones, polla, joder y la leche que yace en su coño. Él en coño, leche y chupar su lengua. Juntos caen dormidos, y eso es joder.

Pero muchas veces surge algo de este sazonado del coño, algo no del todo desconocido, pero básicamente impensado durante el ardiente trance de lujuria y placer, y desde luego indeseado, salvo para mujeres casadas. Algo que, de haber sido considerado mientras con caderas aferradas, traseros sacudiéndose, empujones de polla, vientres alzándose, suspiros y murmullos, insensible la pareja a todo excepto al placer y con las almas paseando por el Elíseo, habría hecho sentirse a la dama con certeza por lo menos un poco angustiada. Ese segundo o dos de corrida común y de leche siendo absorbida por el útero hace a veces que la mujer quede embarazada, y que nueve meses después salga un niño por ese coño, resultado del joder, culminando con muchos desmayos, molestias, deseos de todo cuanto está fuera de estación y razón con un vientre crecido y turgente, tras mucho vomitar, pises continuos, pedorrear y cagar. Y así es cómo sucede.

En la parte interna del vientre de la mujer, en pliegues situados

justamente fuera del útero, se encuentran pequeños órganos, o partes de su cuerpo, que contienen los llamados óvulos —que el vulgo llama huevos—, especie de recintos donde una mujer cría huevos dentro de ella misma, a partir de ella misma y como una parcela de su naturaleza. Desde este nido de huevos existe un pequeño tubo que conecta con el útero, y por períodos mensuales el huevo es expulsado hacia el útero a través de este canal. Basta que sea tocado por la leche del hombre —cuando él y la mujer están descargando ambos en su espasmo de placer— y ¡zas!, la cosa está hecha. Lo que carecía de vida, vive. El huevo resulta vivificado, la mujer queda embarazada, tiene un feto. Luego crecerá más y más dentro de ella, y su vientre se dilatará hasta que a los nueve meses salga un niño a través de su coño.

Y éste es el exacto proceso y momento en que el huevo recibe vida. Por cuanto hoy sabemos, la cosa acontece en el momento en que tanto el hombre como la mujer se encuentran en el máximo estado de goce voluptuoso, y en la crisis y terminación del acto de joder. Si sólo se corre el hombre en el coño de la mujer, no acontecerá. Si la mujer se corre sola, tampoco. Si se corren uno primero y luego el otro puede o no acontecer. Pero a medida que progresa la follada y crece su placer mutuo —justamente en el momento en que el coño de la mujer se contrae y el hombre da sacudidas cortas o se limita meramente a hundir su polla tan a fondo como puede—, el huevo está ya preparado allí o está siendo expulsado fuera de la bolsa hacia el útero cuando los jugos de la mujer brotan en su coño. La leche del hombre aparece, el útero chupa la mezcla masculina y femenina, el huevo es tocado y la vida surge. De este modo, el trabajo se hace en el delirante éxtasis de la follada.

Así es una polla, así un coño, así joder, así la consecuencia. Los órganos de joder quizá no serían considerados bellos salvo para quienes los tienen. Nadie piensa que la polla de un perro es bonita, o que es bello el coño de una vaca, pero no difieren mucho de los genitales humanos. Nadie que vea a un perro follando a una perra pensará que su acción es elegante, o que sus rostros son edificantes, pero sus movimientos son muy similares a los de la especie humana. Las sacudidas de las nalgas de una mujer cuando se está moviendo dentro de ella una polla, o el movimiento ascendente y descendente

de las caderas del hombre y los redondeles que se crean en los carrillos de su culo no son elegantes; cuando han terminado, sus tumefactos genitales no son agradables, y sus rostros durante la operación no expresan intelecto. De hecho, el movimiento es algo monótono, falto de elegancia, casi ridículo y, al final, chapoteante y oloroso; pero ambos piensan que la operación es máximamente bella.

Y si una mujer fuese perfecta en estatura, forma, color, piel, belleza de boca, dientes, nariz y ojos; si sus miembros fueran la perfección, sus senos marfil, su aliento dulce como la miel, su voz tierna, su temperamento impecable y si, en resumen, abarcase todo cuanto llamamos perfección en una mujer, pero careciese de ese coño con pelos en la boca, resbaloso, medio baboso, salino y oloroso, un hombre antes dormiría con su abuela o copularía con una vaca que con ella.

Y si un hombre fuese tan alto como un guardia, estuviese formado como Apolo, fuese tan fuerte como Hércules y un gran modelo de fuerza, belleza y de todo lo atractivo en un hombre —si fuese incluso amable y cortés con una mujer—, pero no tuviese ese trozo de músculo extensible con sus pelotas colgando, o si —teniéndolo— no se le endureciera y creciese a veces como para entrar, llenar y distender por completo el coño, lanzando a los pliegues más íntimos de ese coño esa sustancia espesa, semiopaca y como engrudo que constituye la esencia de la sangre de un hombre, a ella él le importaría un pito y dormiría mejor con un mono macho.

Esta es una descripción de los órganos empleados y del objeto, arte y manera de usarlos para lo que se llama follar, así como una descripción de sus resultados. Está escrita de este modo simple, casero aunque clásico, para que los más obtusos, simples y menos sofisticados puedan comprenderlo. Es esencialmente adecuada para muchachas y muchachos ignorantes de doce a quince años, período en que empiezan a pensar en estas cosas y en que pueden estudiarlas con máximo provecho, porque a esa edad el mundo procura oscurecer al máximo su juicio y evitar que todo conocimiento verdadero sobre esto les alcance. Puede leerse también con utilidad tras las oraciones familiares de la noche por los miembros mayores de la familia, a quienes puede servir en

ocasiones como afrodisíaco, y ahorrará a muchas personas jóvenes, pero ya crecidas, complicaciones y pérdidas de tiempo buscando un conocimiento que debiera estar en posesión de todos, pero que a causa de su moralidad falsa, constituye un tema considerado impropio.

(Cuando escribí esto tenía un conocimiento anatómico mínimo sobre los sexos comparado con el que ahora poseo, y vulva, vagina, clítoris y otros términos, o su significación exacta, sólo me eran parcialmente conocidos).

Betsy Johnson, la de los grandes ojos. — Viejos conocidos. — Burdeles cerrados. — Diez años después. — ¡Eres tú, Betsy! — Sus enormes ninfas. — Ojos protuberantes. — Lascivia ingeniosa. — Mis exigencias eróticas. — Su ayuda. — Con Betsy y un hombre. — Vacilaciones. — Las ofertas de él. — Se la meneo. — Su ano, ofrecido. — Sin erección disponible. — Manos y anos. — Leche y un palillo. — Le echo un palo a Betsy. — Su pulgar sobre mi culo. — Deseando una joven virgen. — Descubierta una. — En la calle con ella. — Otra Molly. — Las payasadas obscenas de Betsy. — La púdica Molly desnudada y embriagada. — Tirando chelines a los coños. — Molly rechaza mis avances amorosos. —Betsy amenaza.

(Antes de narrar mi relación con esta mujer debo recordar algunos hechos para explicar cómo nos conocimos.

Algo antes de terminar mi relación con Sarah Mavis, de la cual me enamoré tan desesperadamente, el público de Londres sufría el ataque de virtud al que se ve expuesto periódicamente. Comenzó una cruzada contra las mujeres de vida alegre, y, principalmente, contra aquellas que frecuentaban las calles Regent y Coventry, así como otras de esa vecindad. Se cerraron muchas casas de citas agradables y tranquilas, y desaparecieron varias zorras encantadoras a quienes frecuentaba. De hecho, la policía actuó con toda su brutalidad durante cierto tiempo. Docenas de mujeres fueron llevadas despiadadamente ante magistrados, y aunque en su mayoría fueron multadas y puestas en libertad, algunas resultaron encarceladas; el efecto fue que durante un breve período de tiempo las calles citadas y unas pocas más quedaron casi completamente desiertas de mujeres de vida alegre.

Entre las mujeres que desaparecieron estaba una llamada Betsy Johnson, una encantadora criaturita de menos de veinte años que se encontraba en el esplendor de su juventud. Justo antes de desaparecer me dijo una noche con su modo jovial: «Se ha acabado

aquí cualquier jodienda que no sea por amor; me pondré a lavar para ganarme la vida». Ella desapareció, pero iba a encontrármela otra vez nueve o diez años después).

Era a mediados de noviembre. Caminaba por el Strand una noche muy fea, lodosa, húmeda y oscura. Las putas estaban levantándose las faldas, en parte para evitar el barro, pero creo que más aún para mostrar sus piernas todo lo que se atrevían, y yo las miraba con placer, paseándose mi mente desde sus piernas a sus traseros. Pasé junto a una mujer que estaba allí cerca y me detuve, como si reconociese a una vieja conocida camal.

«Caramba, eres tú, Betsy». Cambié de dirección y pasé a una calle lateral, seguido por la mujer. «No me acuerdo de ti, pero conozco la voz», dijo ella. Me di a conocer. Habían pasado varios años desde la última vez que nos habíamos visto. Era Betsy Johnson, a quien había follado justamente después de hacerse zorra y aproximadamente cuando estaba enamorado de Sarah Mavis y acababa de reñir con ella.

Betsy era una mujer de tamaño medio, pero su firmeza y redondez eran deliciosas. Sus formas eran entonces encantadoras. Tenía una piel deliciosa, suave como el marfil, y un bello pelo castaño con el mismo color en el coño, donde no le crecía mucho. Tenía dos defectos. Sus ojos eran excesivamente prominentes, y el clítoris era grande y las ninfas o labios internos muy grandes. Colgaban (cuando la conocí por vez primera y no tenía todavía veinte años) ya media pulgada por debajo de los labios exteriores, y esto a todo lo largo de la raja. La cosa no me gustaba, pero solía follármela porque era tan bella de formas, tan suave de piel, porque follaba tan divinamente y su coño me iba divinamente en cuanto a medidas. Era la mujer más ingeniosa de su clase que jamás encontré —era un ingenio bien claro—, y era también un ingenio lascivo a veces, porque amaba la lascivia. La disfrutaba. En aquel tiempo se prendó de mí, pero no correspondí aunque la viese alguna vez cuando reñí con Sarah, según creo haber narrado ya.

Fuimos a una casa y ella se desnudó. Tenía formas tan bellas como siempre, pero su deformidad genital había aumentado. Las ninfas colgaban por fuera de los labios del coño, estoy seguro, pulgada y media a lo largo de toda la raja. Tuvimos una larga conversación sobre ello y yo le conté que algunas mujeres se las

cortaban y que había leído sobre esa posibilidad. Ella se interesó enormemente; también había oído hablar de que eso se hacía. Debía armarse de valor para cortárselas, dijo. Estaba segura de que a los hombres no les gustaban esas solapas. «¿No es así?». Desde su vuelta a Londres no había podido hacerse amigos fijos, y seguía siendo muy pobre. «Estas preciosas ninfas deben ser la causa. Supongo que no gustan, ¿verdad?».

Betsy estaba siempre lasciva. «Jodes deliciosamente, querido mío. Sigues haciéndolo bien». Y cuando me preparaba a partir: «Seguro que no vas a irte tras hacerlo una sola vez, con todos esos años sin haberte visto, ¿verdad? Me acuerdo de cuando tenía que decirte que ya habías hecho bastante para el dinero que me habías dado. Ah, soy más vieja, pero dame un dulce antes de irte», dijo aferrándose a mi polla. Por lo mismo, follamos otra vez, y otra vez, porque yo era incapaz de resistirme a ella. «Te irás a casa inmediatamente después de estar conmigo esta noche, ¿verdad? Un coño fresco no la hará levantarse otra vez hasta que te hayas tumbado de espaldas un poco y llenes tu vientre con gachas, queridito. ¿No me verás otra vez?». «Quizá». «¡Ah!», dijo ella reflexivamente, «no te gusto. Me volveré a S***p**ry. No me va bien aquí, zorrear no es lo mío ahora». Ella era una de las que hablaban con descaro de ganarse la vida como puta. A mí no me gustaba eso. «¿Y qué? Es lo que es, ¿no?», me dijo cuando la reprimí por su modo de hablar.

La vi otra vez, pero sus enormes ninfas más bien alejaron mi lujuria. Quise ir a su cuarto. «Imposible, te horrorizaría», dijo la pobre mujer. «Como ves, sólo llevo puesta capa y combinación; es todo cuanto tengo, pero debo enseñar bien mis piernas». «Mis piernas son mi fortuna, señor». Seguía teniendo encantadoras piernas, y llevaba medias de seda y bonitas botas, aunque carecía casi por completo de ropa interior. «Duermo en el suelo sobre un colchón; no hay somier, sólo un colchón, una mesa y un orinal en el cuarto, eso es todo. No tengo persiana siquiera, cariñito». No era irlandesa, pero fingía el acento.

Cuando estábamos separándonos me preguntó: «¿Puedo hacer algo por ti?». No supe exactamente qué quería decir, pero respondí en tono de broma: «Sí, Betsy. Consígueme un hermoso coño joven sin nada de pelo… y un hombre a quien meneársela». «Oh, tío

borde, es un coño joven lo que quieres… no a José. Pero te conseguiré fácilmente a un hombre, si realmente lo deseas». «Lo deseo», dije yo, pensando súbitamente que debería. «Pues hay muchos». «Pero en tu cuarto». «Imposible, tanto tú como el marica no os quedaríais allí ni cinco minutos». Cuando le dije mis deseos, no era sincero, pero en un encuentro posterior ella me lo sugirió y la cosa terminó combinando una reunión con ella y un hombre; debíamos ir a su cuarto juntos dos o tres días después, pues ella había estimulado mi curiosidad.

Los encontré en S**o S****e. Él se quitó respetuosamente el sombrero. «Vayan delante, yo seguiré», dije, y se pusieron en marcha. Ella se retrasó entonces. Yo estaba nervioso y se lo dije. «Si voy contigo y con él, ¿estás de acuerdo?». «No hay razón para preocuparse, pero recuerda que él no me tocará ni me follará si es eso lo que quieres. No puedo soportar a los perversos». «De acuerdo, sigue, sólo quiero ver cómo es un hombre de este tipo». Continuaron ambos, cruzaron la calle 0*f**d y pasaron a otra, larga, saliendo de la cual giraron por otra adoquinada donde él abrió una puerta y todos subimos a un entresuelo situado sobre una tienda, desembocando en un cuarto de estar y un dormitorio bien amueblados. Al entrar nosotros ella se retrasó otra vez y murmuró en voz baja: «Recuerda que él no debe tocarme». «De acuerdo, pero sin trucos ¿eh, Betsy?». «Todo correcto, cariño». Era una noche oscura y yo me sentía horriblemente nervioso, pero estaba poseído por una extraordinaria curiosidad. Me preguntaba si era un gran placer dar por el culo. Betsy me había dicho que los hombres le habían contado que sí.

Al fin, pues, iba a ser satisfecho el capricho erótico que me había tenido ocupado a intervalos durante años, un capricho que había apartado y olvidado, pero que de cuando en cuando era avivado por visiones a través de agujeros de cerraduras y huecos para espiar a parejas follando; un capricho que había ganado fuerza tras cada nueva polla vista por mí, y especialmente la del joven bien dotado que vi por última vez (jodiendo a su mujer en París). Había superado todos los escrúpulos diciéndome que no había mayor daño en palpar la polla de otro que en palparse la propia. Allí, ante mí, estaba el hombre con el cual podría satisfacer toda mi curiosidad. Y, con todo, empecé a temblar. Ya de camino detuve una vez a Betsy y

le dije que no iría a casa con ellos. Pero al reírse ella de mí perseveré.

De hecho, mi corazón había palpitado tan violentamente mientras le seguía, y me sentía tan temeroso de lo que estaba haciendo, que en un momento pensé escapar. (Desde entonces he vuelto a tener miedos semejantes). Me mantuvieron el orgullo, la arrogancia y la curiosidad de tocar la polla de otro hombre, de ver sus emociones al correrse. No era nada excepto curiosidad, porque nunca me gustó tener a un hombre a mi lado. ¡Pero meneársela a uno! ¡Ah!, habían pasado tantos años desde la última vez que parecía haber olvidado todo.

Fuimos al dormitorio juntos. Ella permaneció en el cuarto de estar. «Ella está mejor allí», dijo él. «Veamos tu polla», dije tan pronto como superé un poco mi temblor. Él la sacó, parecía pequeña. La toqué con una especie de desagrado. «¿Te gusta un trozo de marrón?». No comprendí y él explicó. «Siempre decimos un trozo de marrón entre nosotros, y un coño es un trozo de rojo». Tuve una sensación de náusea, pero continué. «Te masturbaré». Él se quitó todo excepto la camisa; le senté sobre mi rodilla y empecé a masturbarle. Él hacía preguntas mientras tanto. ¿Se la había metido a un hombre? «No». Pues no había otro placer comparable a éste. Se la meneé violentamente, pero su polla no se endurecía. Dije cosas obscenas sobre mujeres. Él dijo: «Un trozo de marrón vale cien coños». Me sentí algo desconcertado, porque su polla seguía pequeña y blanda. Había pensado que hablar sobre coños la endurecería.

Llevada entonces por él, la conversación giró hacia el ano. Él pidió que le dejase tocarme el ojo del culo. Yo consentí. De perdidos, al río, empecé a pensar. Me quité los pantalones, él miró mi culo y su polla ereccionó al verlo. «¿Es virgen?», dijo él, palpándolo. Entonces, de pie junto a mí mientras mi brazo izquierdo rodeaba su cintura para sujetarme, le masturbé, y el mariquita se corrió, pero muy poco. Me apresuré a lavarme la mano.

Él se compuso, lavó su instrumento y mostró gran curiosidad por mí, palpando del modo más enérgico *mi* polla. «Métemela», dijo. «No puedo, no se me pone dura». «¿Debo chuparla?». «¿Tú?». «Sí». «¿Lo haces?». «Por Dios que sí; he tenido leches tan espesas en la

boca como para verme obligado a quitármelas de los dientes con un palillo». Me puse enfermo de asco, pero al rato volví su culo hacia mí y me endurecí la polla masturbándome con fuerza, obstinado en saber cómo era dar por el culo. Pero tan pronto como la puse sobre el agujero del culo se bajó. Él estaba arrodillado al lado de la cama. «Mójala bien con tu saliva», dijo, mojando su propio agujero. Era inútil, y desistí. «Lo conseguirás ahora», observó él. Pero aunque intenté una y otra vez, obstinado en conocer todo y hacer todo una vez por lo menos en mi vida, fue inútil.

Él fue entonces a un armario y extrajo un pequeño mazo de mortero en mármol, como el que utilizan los farmacéuticos, y pidió que le dejase metérmelo por el culo alabando los placeres que tendría. «Debe de doler», dije yo. «Oh, no, querido, mira». Fue al lado de la cama, se tumbó y, levantando mucho las piernas, lo empujó un poco dentro de su propio ano. Eso sólo consiguió ponerme más enfermo, dada mi falta de sofisticación en tales materias. Creo que él lo comprendió, pues se sacó el mazo. Pero entonces extrajo dos más de tamaños diferentes, uno bastante grande, diciéndome que a un amigo a quien visitaba todas las semanas y que se encontraba con él en sus establos le metía el mayor por el ano. Ese hombre dijo que no era lo bastante grande como para darle placer. «Se lo meto hasta aquí», dijo el sodomita marcando el sitio con el pulgar sobre el mazo. Pero la descripción hizo que me sintiera más púdico. «Debieras meterte el pequeño primero; lo haré por ti, y conozco a un hombre muy suave que te la chuparía a la vez si quisieras». «Oh, no». «Déjame que te dé por el culo», dijo él al momento y con bastante cachondería. «Me gustaría hacértelo y tomar tu virginidad», y sacudió su polla meneándosela un poco. No estaba dura y era muy puntiaguda, pero no era en absoluto una polla grande.

Yo estaba ahora estupefacto. Su tranquilidad y su cuento de limpiarse con palillos el semen de los dientes me estremecía realmente. Y luego estaban los mazos. Imaginar a dos hombres juntos en un establo, uno metiéndole el mazo al otro por el culo. Qué curioso, pensé, pero qué abominable… es increíble. Con todo, seguía sintiéndome curioso. «¿Se corre él con eso?», pregunté. «Su polla se pone dura tras habérselo metido y movido de arriba abajo en el marrón durante cierto tiempo; luego voy y suavemente le

chupo la polla hasta que se corre», replicó él tranquilamente.

Le masturbé de nuevo, curioso por ver sus emociones, y observé su rostro cuando se corrió ligeramente con dificultad. Pero mi polla no quería ponerse dura. Por lo mismo, fui al cuarto donde estaba Betsy, decidido a intentar su coño. Como me dijo más tarde, ella había estado espiándonos y oyendo todo el tiempo detrás de la puerta. «No te acerques», dijo al sodomita. Tras muchos esfuerzos consiguió que mi polla se pusiera dura, la monté y follé palpándole a él la polla mientras tanto —eso se me ocurrió o me lo sugirió él, no sé—, cosa que pareció incrementar mi placer.

Más tarde, cuando me puse a dar topetazos contra el coño de Betsy, sentí que él me estaba tocando por detrás y que su pulgar o cualquier otro dedo estaba metiéndose en mi ano. «Tócale el marrón», dijo él. Yo estaba en la cumbre de mi placer. «Pervertido», dijo Betsy. No puedo decir si obedecí o no a su consejo. Me corrí, la arrastré a correrse y partimos rápidamente. Le di a él un soberano, no más, y a ella dos, estando ambos delante. No hicieron observaciones. Prometí verle otra vez, pero no tenía intención de hacerlo y nunca lo hice.

Me encontré con ella poco después, y estaba curiosa. «¿Parecía grande su ano?». Fui incapaz de decírselo, me molestaba incluso referirme al asunto, pero mi curiosidad parecía insatisfecha y tenía una especie de deseo de aprender más aunque me despreciara por desearlo. Cuando ella preguntó si debería avisarlo otra vez, me negué en redondo, pero todo el tiempo anhelaba intentarlo y estaba insatisfecho por no haberle metido mi polla, por ver si eso daba algún placer desconocido o no.

Pero hablé con Betsy de nuevo sobre un coño virginal y sin plumas. Ella sacudió la cabeza; no sabía dónde conseguir uno, los muchachos se hacían a todas las chicas cuando eran bastante jóvenes. Tampoco sabía a qué juegos se dedicaban los chicos y las chicas de esta edad. Ella había vivido en *****, y no había allí una sola chica con más de catorce años a quien no se lo hubieran hecho —chicos y no hombres— en los campos, aunque a veces en sus casas. Yo había escuchado relatos semejantes de mujeres años antes, y la creí. «Puedo conseguirte media docena sin pelo, pero todas saben tanto como yo de joder». Decliné aquella oferta, pues sabía que había muchas como ellas trotando por las calles a las que podía

conseguir sin su ayuda. «Una virgen, una virgen y sin pelo en el coño, o de lo contrario, nada». Bueno, ella vería si podía, pero sacudió la cabeza. Sus últimas palabras fueron: «¿No te molestaría un poquito de pelo allí, verdad?». «Quizá, si apenas estuviera crecido, pero sí me importa. Le echaré una buena ojeada al coño con los muslos abiertos antes de follar. Si no es virgen, no pago. No me dejaré engañar». «Bien, queridito, pero tendrás que esperar mucho».

Me encontré con Betsy poco después por mero azar, e iba a pasar de largo, pero de algún modo ella me reconoció y me tocó el codo, diciendo con prisa: «Ven aquí, ven aquí, te he estado buscando toda una semana». Tomamos una bocacalle lateral. «Oh, si hablabas en serio, creo que tengo a esa muchacha estupenda para ti, pero correré un riesgo». Tuvimos una larga conversación; le di dinero para hacer regalos a la chica y algo para ella, pero no mucho. «Creo que lo hará, pero si no puedo conseguirla, no puedo, y luego vas a pensar que me he pasado contigo». «No pensaré eso», y partimos.

Busqué a Betsy y pocos días después la vi. «Es una virgen», me dijo, «pero no consigo abrirme camino todavía», «Ah, el viejo juego». «Pensaba que ibas a decir eso, viejo zorro». Betsy intentó con ahínco hacer que fuese a una casa con ella, pero me negué y le hice de nuevo un pequeño regalo, conviniendo también el precio de sus servicios si fuesen de utilidad. «Temo no poder arreglarlo», dijo, «aunque la chica es una zorrita cachonda y está deseando saber lo que es follar; los chicos le han palpado el coño, y ella les ha tocado las pollas… me lo ha dicho… ¡Ah!, es una típica calentorra y tú bien puedes hacértela mientras ella lo tenga. ¿Me darás el dinero la primera noche que te la hagas?». «Sí, en caso de ser virgen, no en otro caso; y miraré bien su coño antes de hacérmela». «De acuerdo, viejo zorro, era virgen la noche pasada, cumpliré mi palabra».

Pasó más de una semana. Luego busqué y vi a Betsy. Pasé a su lado, la toqué levemente, dije: «Chiss» y continué hasta girar por la próxima bocacalle. Betsy me siguió y comenzó a hablar sin aliento. «¡Ah! Es una ocasión… He trotado aquí por la calle durante tres noches, sin abandonarla nunca hasta medianoche ni irme con hombre alguno por miedo a perderte».

«Ella *es* virgen». Entonces me dijo que la chica apenas tenía

huellas de pelo en el coño. Sí, le había visto el coño y lo había mirado bien.

«Sí… de par en par… y apenas puedes meter tu dedo meñique por el agujero, queridito… Tiene justo el tamaño para permitir que salga la menstruación… y sólo ha menstruado dos veces… tienes una oportunidad excepcional… y es una golfita tan maciza y preciosa que me gustaría follarla yo misma. Pero dame un soberano para prepararla y verás qué aspecto magnífico tiene. Palabra de honor. ¿Es que alguna vez te he engañado? Oh, no, la próxima semana no, veámonos mañana por la noche; no pierdas una noche o puedes fallar el tiro. Ella ha estado durmiendo conmigo tres noches y no la pierdo un momento de vista. Es una diablilla tan caliente de coño que Dios sabe lo que podría hacer. Le daré botas y medias, y diré que tú mandaste el dinero para ello. Tú dile que le regalarás un traje de noche… y un miriñaque… No olvides el miriñaque, está loca por conseguirlo (justamente entonces era la moda). Quedarás satisfecho, tiene un cuerpo tan bueno como el mío. Sólo temo que no la dejen entrar en la casa, pero te conocen bien allí en la calle J***s, y eso vale mucho. Si ponen reparos tendréis que venir a mi cuchitril, aunque temo que nos oigan allí». Ella hablaba enérgicamente, sin detenerse, viendo casi en su bolsillo las diez libras. La noche siguiente era oscura y fría, y se encontraron conmigo en L**c**t*r S****s. La chica parecía un objeto joven y pequeño. Betsy me aconsejó decir que la chica había estado conmigo antes si ponían reparos. Entramos. La puerta hizo al abrirse el ruido de advertencia. Entré primero, sintiéndome un poco nervioso, y había subido unos pocos peldaños cuando la mujer de la puerta dijo: «Ella no puede subir, señora, no puedo permitirlo… es muy joven». «Oh, no es joven en el oficio… Ha estado media docena de veces antes conmigo y con mi amigo… ¿no es verdad, señor? Aunque parezca tan joven, tiene dieciséis años», dijo Betsy en un tono bajo.

«Parece muy joven», dijo la mujer, vacilando, de pie junto a la puerta. Yo me volví. «Todo es correcto, ha estado aquí conmigo antes. ¿Por qué poner reparos ahora?». «Parece muy joven», dijo de nuevo la mujer, y justamente entonces otra pareja empujó la puerta de la calle. «Vayan, vayan», dijo la mujer, «primer piso, puerta de enfrente», y arriba fueron Betsy y la jovencita conmigo. La portera

estaba deseando hacemos desaparecer, para que no nos viese la pareja que estaba entrando. Esto ayudó a zanjar la cuestión.

La mujer nos siguió pronto al cuarto y dijo mirando con fijeza a la jovencita: «Si todo es correcto, nada tengo que decir». Puse un soberano en su mano. «Nos quedaremos toda la noche». «Dos damas, señor». Le di otro, cerré la puerta en sus narices y corrí el cerrojo. Betsy me guiñó. «Sabía que lo haría si hablabas, y te has desenvuelto bien». Así era, y nunca me habían cobrado antes por llevar dos damas a aquella casa.

Betsy había vestido a la chica del modo más absurdo, con una gran boina y ropas demasiado grandes para ella. Era un mal disfraz, que vi en seguida. Pero allí estábamos, los tres cómodamente en el mejor cuarto de la casa. Betsy se quitó su sombrero y chal tan pronto como le fue posible. Luego le quitó un gran chal a la pequeña y una gorra lo bastante grande para un granadero, con lo cual vi a una chica encantadora de unos quince años que miraba con sinceridad desde unos ojos bastante hundidos. «Éste es el amigo que te mandó las botas y las medias, y te dará un encantador miriñaque», dijo Betsy. «¿Lo hará usted, señor?». «Sí», dije yo.

Me quedé mirando encantado mientras Betsy se desnudaba y desnudaba a la muchacha de un modo agitado. Primero se quitó su propio traje, y luego el de la chica. Luego se desnudó hasta la combinación, e hizo lo mismo con la chica. Cuando la chica estaba en combinación, Betsy le bajó los tirantes, la sentó en el sofá y puso sus manos bajo los encantadores y firmes senos de la muchacha. «¿Verdad que son una hermosa pareja?», y «¡Oh!, tiene un culo tan prieto y un coñito tan bonito». Levantó la combinación, y la chica se la bajó. Ella no había quitado los ojos todavía de mí, ni yo de ella. «Por favor, Betsy». «No seas tan tontita, mira aquí», y levantándose la propia combinación Betsy se tumbó en el sofá, echó las piernas para arriba, abrió de par en par los muslos y descorrió con sus manos los labios del coño. «Ahí está, míralo, queridita… He ahí una visión para una polla dura». «¡Oh!… ¡Oh! Betsy, no», dijo la chica. «¿Acaso no lo hicimos la última noche, querida?». «Oh, no delante de un hombre», dijo la chica ruborizándose e intentando bajarle la combinación a Betsy. «No… qué vergüenza». «Quieta, coño, Molly… muéstrale el tuyo». «No lo haré… eres sucia». «¿No nos miramos la una a la otra anoche, Molly?». «No delante de un

hombre… no lo hagas ahora, no lo hagas ahora, Betsy. Oh, no delante de él». Fue dicho con bastante naturalidad.

Pero Betsy se quitó su propio camisón, se volvió hacia la chica y en un segundo le había quitado la combinación a ella también. Allí estaban las dos completamente desnudas, a excepción de botas y medias. Entonces, con una risotada, se volvió a lanzar sobre el sofá y volvió a abrirse los labios del coño pidiendo a Molly que hiciese lo mismo. La chica se quedó mirándome tímidamente, poniendo púdicamente una mano delante del coño para esconderlo, e intentando recuperar la combinación que Betsy Johnson había ocultado a su espalda.

Me senté, atraje a la pequeña, palpé sus bonitos senos, su pequeño culito redondo y gordito y sus muslos. Ella mantenía todo el tiempo la mano frente a su sagrada raja. La empujé entonces hacia el sofá y puse mi mano entre sus muslos, hablando obscenamente y besándola. Betsy se había levantado y permanecía desnuda con el culo hacia el fuego y observándonos, diciendo indecencias e incitando a la joven para que accediese a mis deseos. Luego me quité las ropas hasta quedar en camisa y le enseñé el falo, duro como una piedra y caliente como un carbón al rojo.

«¡Oh!, mira, qué gloria», dijo Betsy. «Oh, no lo escondas, Molly, me gustaría que lo metiese en mi coño y no en el tuyo». Agachándose, besó la polla y tirando de ella me acercó a la chica. «Bésala, Molly», dijo, «bésala antes de que te la meta. ¡Oh! Caramba, caramba, caramba», dijo poniendo mi polla en su boca hasta que prácticamente desapareció de la vista. La jovencita miraba. «¡Oh, qué sucia eres!». «¿Sucia, pequeña estúpida? Una polla es magnífica allí donde la pongas, magnífica en cualquier caso y en cualquier sitio. Ya pensarás lo mismo antes de una semana. Estarás lista para comerte una a la semana de que te la hayan metido por el coño, Molly». «Oh… oh…», y Betsy siguió metiéndola y sacándola de la boca, y besándola hasta los testículos.

Yo me senté de nuevo, puse a la jovencita sobre mi muslo desnudo y coloqué su pequeño puño alrededor de mi polla. Betsy mantenía su charla obscena todo el tiempo. Luego atraje a la pequeña, con las piernas separadas y una mía entre las suyas, y mi falo frotó entre sus macizos muslos. Agarré su firme culito y la besé mientras ella continuaba luchando —aunque suavemente—,

diciendo «oh, ahora no… oh, Betsy… no le dejes… es sucio… por favor, no» y así sucesivamente. Entonces saqué vino y licor que había traído conmigo. Sólo había un vaso de agua en el cuarto y todos bebimos de él. No quería llamar pidiendo vasos para evitar que la sirvienta entrase y viese la juventud de la chica. El licor le sentó bien, porque bebió libremente, se hizo locuaz y rió. Hasta aquel momento, aunque estuviera tolerablemente pasiva bajo mis toqueteos, su aspecto había sido de miedo, mirándome fijamente y diciendo sólo: «Oh, Betsy… no lo hagas… oh, estoy… asombrada». Ahora se sentía más a gusto, más en casa.

Me encantaba hablarle, anticipando las delicias siguientes. «Nunca has tenido las manos de un hombre entre tus muslos, ¿verdad, querida?». «No, señor». «¿Y nunca te han metido un dedo en el coño?». «Ni siquiera tú», dijo Betsy, «podrías meterle un dedo. Yo lo intenté la otra noche, ¿no es verdad, Molly?». «No». «Ay, mentirosilla. Lo hice y le mostré la diferencia, diciendole que no tendría placer alguno hasta que su agujero fuese del tamaño del mío, y ella me metió los dedos para palpar». «Oh-o-oh-o-oh-Betsy, no lo hice». «Lo hiciste, tontita, casi metiste toda la mano dentro». «Oh, animal, dijiste anoche que preferirías morir fulminada antes que chivarte», dijo la joven con aspecto asustado. Betsy rió. «Dije cualquier otra chica, pero no un hombre, con él no importa. Él es un hombre y va a hacer que tu coño sea como el mío. Oh, no va a sacudirse nada tu culito caliente cuando se le acerquen sus pelotas. Mañana me bendecirás, cuando consigas tu vestido nuevo y el miriñaque… y le estarás pidiendo que te meta la polla una y otra vez».

«Miremos tu coño, Molly», dije, intentándolo. La tumbé de espaldas sobre el sofá y me arrodillé por delante. Ella se resistió vigorosamente, Betsy sujetó sus brazos echándolos hacia atrás mientras yo le abría de par en par las piernas; la pequeña hendidura rosa se ensanchó, pero en la lucha y con la excitación no pude satisfacer mi curiosidad, por lo cual desistí durante un rato. Bebimos y hablamos entonces más, hasta que la lujuria me impulsó furiosamente a comenzar.

Qué extraños antojos y caprichos he tenido con las mujeres, y cuán imprevistos son habitualmente. Me pregunto si otros hombres han pensado de pronto en tales pasatiempos y trucos. Se me

acababa de ocurrir uno. Cogí algunos chelines de mi bolsillo y, sentándome en el suelo con la espalda hacia el fuego, dije: «Abre tus piernas de par en par, Betsy, tal como estás sentada en el sofá, y te tiraré chelines al coño. Cada vez que dé entre los labios el chelín, es tuyo. Si fallo tengo tres intentos más y luego es tuyo». Betsy bramó de risa, se levantó ambos tobillos a la altura de las nalgas en el sofá y desplegó sus muslos, mostrando una hendidura amplia donde habría cabido media corona. Tiré los chelines a su coño; uno o dos lo alcanzaron, y ella hizo que Molly cogiese las monedas. La chica estaba de pie mirándome, luego miraba a Betsy y repetía: «Vaya, qué cochinos son *ustedes*», con asombro en sus ojos, en su actitud y en su voz; pero cogió los chelines con toda eficacia, dándomelos a mí o a Betsy según se le dijera. Al final acabó riendo y escondió la cara en las manos. «Caramba con él», dijo.

«Vamos a tirarlos al tuyo, querida», dije. «Déjale», dijo Betsy, «o me quedaré con todos los chelines». La chica huyó, se negó y resistió hasta que Betsy perdió la calma, por lo cual bebimos más vino. A la larga dije: «Ahora voy a mirarte el coño». La zorrita estaba ahora bien calentada por el vino, la conversación indecente y los juegos, pero hubo una demora y se negó. Betsy dijo que no iba a dejarse engañar, que haría lo que había venido a hacer. La chica podía irse si no quería hacerlo. Irse y conseguir un domicilio donde pudiera. «Acuéstate toda la noche si quieres sobre los escalones, no vendrás a casa conmigo y *lo sabes*», dijo a la chica en un tono enfático que entonces no entendí. Con algo más de persuasión, la joven desnuda se tumbó de espaldas sobre la cama, colgándole las piernas. Era en el lado de la cama más separado del gas, Betsy la había empujado hacia allí.

Durante medio minuto contemplé con deleite sus muslos y piernas maravillosamente grandes, y jamás habría creído en su juventud de no ser por el coño sin pelos y el rostro juvenil. Había nacido en el campo, me dijo, y estaba acostumbrada a trabajar desde muy joven en la agricultura. Semejante trabajo desarrolla pronto el cuerpo, y de ahí su belleza, pero pronto empecé a investigar su virginidad.

*La virginidad de Molly verificada. — Los tres en la cama. — Molly me rechaza. — La ira de Betsy. — Mi polla dentro de Betsy temporalmente. — Molly convencida. — La monto. — Una gritona inquieta. — Empleo el almohadón. — Golpe número uno. — La sanguinolienta secuela. — Golpe número dos. — Betsy borracha. — Golpe número tres. — Molly se corre. — Un trabajo fálico toda la noche. — Tres en una cama. — Tres semanas con Molly. — Mis caprichos eróticos. — Posturas difíciles. — La ayuda de Betsy. — Molly sobre Betsy. — Follo a Betsy. — Molly celosa. — Betsy masturbándose. — Brusca desaparición de las dos. — Razones meses después. —La lavandera. —La interferencia del sacerdote. — Con Betsy en un baño. — Jodiendo bajo el agua. — Cerrado el burdel de la calle J***s.*

Había dudado de Betsy, pensando que iba a engañarme en cuanto a la virginidad, a pesar de sus protestas y a pesar de decirle yo que si no estaba satisfecho sólo pagaría el precio de follármela a ella y un pequeño regalo para la chica. Conociendo el cuarto, el modo en que estaban situados los muebles y dónde se encontraba el gas, la idea volvió a ocurrírseme. Debía evitar ser engañado y conseguir una visión clara, por lo cual cogí una vela —que encendí — y me puse junto al borde de la cama. Con Betsy cerca, cogí una de las piernas de la chica, mientras ella hacía lo mismo con la otra. «Abre tus muslos y déjale mirar, dijiste que lo harías… me prometiste que lo harías… muy bien, querida», dijo.

Las piernas de la chica se abrieron de par en par. Di a Betsy la vela, y con la mano libre abrí ampliamente los labios del pequeño coño, que tenía un color rosa delicado y mostraba ligerísimas huellas de pelo oscuro justamente sobre el monte. Excitado como estaba, palpitándome la polla como si fuese a estallar o a correrse sin necesidad de tocarla, vi que el coño nunca había recibido nada mayor que un dedo. Con un impulso que siempre siento ante coños imberbes, puse la boca allí y lo lamí un poco. Una enorme cantidad

de saliva me vino a la boca y fluyó desde ella inmediatamente. La chica se debatió al sentir la lengua, cerrando sus muslos sobre mi cabeza. La saliva había cubierto su coño. Me quité la camisa, empujé a Molly más arriba sobre la cama y me puse a un lado, mientras Betsy ocupaba el otro.

Pero Molly no quería dejar que la montase. En vano la aconsejó y riñó Betsy alternativamente. «No… no», ella había cambiado de idea. Tenía miedo, dolería, esa cosa tan grande le haría daño, le haría sangrar. Entonces rompió a sollozar. Yo desistí, Betsy la aquietó por miedo a las gentes de la casa, y tras ello dijo con la voz más tranquila que pudo:

«Pequeña estúpida, me han metido pollas el doble de grandes, y más largas, antes de tener tus años. ¿No me gano la vida jodiendo? ¿No consigo medias de seda y vestidos jodiendo? ¿Y de qué vas a vivir? ¿Quién va a mantenerte? Quiero saberlo. ¿Para qué viniste aquí? ¿No me lo prometiste? ¿No dijiste que le dejarías? ¿No dijiste que te gustaría ser follada si era mejor que masturbarse?».

La chica no replicó, estaba confusa y temblorosa. «De acuerdo, puedes irte y conseguir una casa por tus medios», dijo Betsy saltando de la cama y haciendo un hatijo con las ropas de la chica, que eran bastante nuevas. «No tendrás las cosas que te he dado, maldita sea». Entonces se acercó a la cama, le arrancó violentamente a la chica botas y medias y las puso con el bulto de ropa. «Ahora puedes irte. Ponte tu traje y tus botas y vete. No se te quiere aquí, amiga, y no me quedaré toda la noche».

La chica parecía aterrorizada. «No, por favor, Betsy ¿a dónde voy a ir?». «Vete al demonio, a tomar por el culo, vete a cagar, no me importa un maldito pedo adonde vayas». La chica tartamudeó y sollozó: «Lo haré entonces, le dejaré». «Corta el lloriqueo y no hagas ruido. Alguien está quizás en la puerta… Déjale hacértelo… si no le dejas… vete… y ya sabes. Ya sabes qué». Betsy lo dijo todo en voz baja aunque en el más brutal de los *argots* (aunque no he repetido ni una cuarta parte de lo que ella dijo).

Me subí a la cama otra vez. Lo mismo hizo Betsy, que ayudó a la chica a recuperar su antiguo lugar. La chica dijo de nuevo que le haría daño y se negó. «Hazlo tú con él, Betsy… deja que te lo haga». «Dios», dijo Betsy, que había recobrado su calma, «él puede follarme hasta que se me salga la leche por la boca si quiere…

Vamos a enseñarle cómo… Vamos a follar, querido», me dijo con un guiño, «enséñale cómo se hace y luego ella te dejará, ¿no es así, Molly?». Molly no contestó.

Me arrodillé entre las piernas de Betsy, desnudo, con la polla tiesa, me incliné sobre ella y se la metí. «Ya está, palpa, Molly». Cogió la mano de la chica y la guió entre nuestros vientres. «Palpa, su polla está bien dentro… Vuélvete un poco de lado», me dijo a mí. Así lo hicimos, sin separamos. Cuando el culo de ella estaba algo vuelto hacia Molly, levantó un muslo sobre mis caderas a fin de que la chica pudiese ver la polla mientras yacía aprisionada por su coño. «Mira por debajo, mira Molly… Míralo, sólo pueden verse sus pelotas». La chica bajó la cabeza y, con curiosidad, me tomó las pelotas. «Oh jode, jode, es delicioso, querido», dijo Betsy.

Nos pusimos el uno sobre el otro de nuevo, y Betsy empezó a joder y a sacudirse sinceramente. Pensó que iba a recibir el tratamiento, porque lo deseaba. Pero yo le saqué la polla, aunque continué sacudiéndome y empujando, como si fuese a follar su trasero hasta los omóplatos. «Finge», susurré. Aunque decepcionada, Betsy me siguió y empujamos sacudiéndonos juntos, con mi polla ahora fuera, terminando por gritar: «Jode… coño… oh, delicioso… ah… mi leche… ya viene… oh, empuja fuerte… querido… jode… jode». Ambos fingimos un éxtasis de placer y nos dejamos caer silenciosos, como exhaustos, mientras la jovencita se sentaba desnuda sobre el borde de la cama a nuestro lado, mirándonos todo el tiempo intencionadamente.

«Deja que te lo haga ahora a ti», dijo Betsy incitando y amenazando nuevamente a Molly. Mi polla se había reducido justamente cuando al final la chica me permitió ponerme entre sus muslos, pero tan pronto como caí sobre ella se enderezó rígida. Trabajé astutamente, frotando la cabeza justamente por la parte exterior hasta haberla alojado. La chica tembló. Me apreté contra ella y di un tremendo empujón. Estaba en el buen camino. «Oh… aha… arr», gritó ella. «Me hace daño… déjeme… no le dejaré… harr», gritó en voz alta y luchó violentamente. «Chiss, maldita perra aullante», dijo Betsy poniendo una almohada justamente sobre la cabeza de la chica. Apreté mi cabeza sobre la almohada, la cabeza de la chica estaba oculta para mí, pero podía oírla llorar. No había entrado completamente en ella, estaba inquieto por el ruido que

estábamos haciendo, pero en la excitación sólo pensaba en mi trabajo. «Silencio, nos oirán», fueron las últimas palabras que escuché a Betsy. Luego sentí que mi esperma estaba llegando: con un esfuerzo violento y aferrándome a las pequeñas macizas nalgas mi polla penetró dejando esperma a lo largo de todo el camino. Sentí que su himen se apretada alrededor de la polla cuando lo atravesó con un impulso que abría, por fin, el coño.

En un minuto todo estaba terminado. Entonces, «oh, no», fue lo que oí en un tono amortiguado. «¿Te la has hecho?», dijo Betsy. «S… í… sí». Ella quitó la almohada y allí quedé tumbado con la pequeña desnuda y palpitando, pero tranquila en mis brazos, mi polla dentro de ella hasta su raíz. La mantuve allí aunque empezara a decrecer, pero continué empujando suavemente, justo lo bastante para mantenerla medio erecta. Entonces me retiré parcialmente, la chica se estremeció y murmuró: «Oh, sáquela, me hace daño», cosa que me la puso bastante dura. «Estoy jodiendo otra vez. Me correré otra vez», dije a Betsy, que se volvió hacia un lado para ver mejor, y en unos pocos minutos de placeres exquisitamente prolongados espermaticé una vez más la pequeña raja virgen.

(Es la última vez —salvo una excepción o dos— que recuerdo hacerlo sin desmontar, pues me aproximo a un tiempo de la vida donde resulta habitual una pausa entre palos).

Me incorporé sobre las rodillas y miré a la chica, que yacía bastante tranquila con los muslos abiertos de par en par y la mano sobre el rostro. Jamás vi una masa de leche más sanguinolenta sobre un coño. Su sangre había corrido hacia abajo y formaba un anillo rojo alrededor de mi polla cerca de su base. Yo estaba encantado más allá de toda medida. Ella sangró más que ninguna virgen de su edad que haya tenido nunca, pienso.

Betsy lanzó una risita. «Muy bien, Molly… has sido follada, sin lugar a dudas, ¿no es así? ¿Te gusta? No te dolió, ¿verdad?». La chica no contestó, pero yacía con sus muslos preciosos y redondos abiertos de par en par, los ojos cubiertos con el revés de una mano. Betsy se levantó de la cama y puso una toalla bajo las nalgas y los muslos de Molly. «Te has corrido mucho y has manchado la colcha». La chica cerró sus muslos sobre la toalla, se volvió hacia un lado y empezó a llorar. Betsy la incorporó y me dio la toalla, me sequé la polla y los tres nos levantamos. La chica dejó de llorar y luego se

sentó desnuda en el sofá, frente al fuego, y empezamos a beber de nuevo.

Nuestra charla se concentraba completamente sobre el follar, y bromeamos con la exvirgen, que se sentaba sin contestar con un aspecto meditabundo, aparentemente soñadora y enfadada por lo acontecido. Al final, mirando hacia Betsy dijo: «¿Qué hará madre si lo descubre?». «¿Descubrirlo? ¿Cómo va a descubrirlo? ¿Tú no se lo dirás, y ella no te mira el coño, verdad?». «Ella podría descubrirlo». «Pequeña estúpida, no puede… y si te lo pregunta dile que se ocupe de sus cosas y ven a mí, yo haré que te ganes la vida». «A pesar de todo, ella podría descubrirlo», dijo la chica sacudiendo con fuerza la cabeza y mirando al fuego como si hablase consigo misma. «Di que lo hizo uno de los chicos del patio, pero mañana te explicaré qué tienes que decir», dijo Bet.

Betsy había bebido tanto licor que estaba muy jovial. La chica se encontraba en el sofá entre nosotros cuando Bet pasó la mano por encima de ella y empezó a meneármela. «¿Es el próximo para ella?». «Mira, Molly, esto lo hizo, ¿no es precioso?… ¿Nos dices qué se siente cuando está dentro de ti?… No te dolió, ¿verdad?». «Me duele ahora», dijo Molly hoscamente. «Lávatelo, Molly». Yo no quise hablar de semejante cosa, la deseaba como estaba, deseaba ver las manchas sanguinolientas sobre su vientre y sus muslos, y saber que su coño estaba lleno de mi semen. «¿No quieres mear?». «Sí», dijo la chica en un susurro. «Hazlo entonces». «No lo haré». «Pues debes hacerlo, tontita, todos nos iremos inmediatamente a la cama y es preciso haberlo hecho antes de irse a dormir. No me voy a la cama contigo si no lo haces, porque estarás meándonos por la noche». La chica meó, dejando escapar en un susurro un «oooooh» cuando, según supongo, la orina tocó los bordes rasgados de su virginidad.

El tiempo había pasado mientras discurría esta divertida y jocosa conversación, y de nuevo deseé a la muchacha. Ella no consentía, se negaba a sufrir nuevamente, pero la persuadimos, la pusimos en la cama y de nuevo metí mi falo dentro de ella. Al principio emitió pequeños gritos mal dominados, y luego asumió mis sacudidas muy tranquilamente. «¿No es agradable ahora?». «No». «¿No te da placer?». «No… no… no», fue todo cuanto pude obtener de ella. Pero me levanté sobre mi codo para mirarla

mientras seguía follando. Ella yacía tan tranquila y cerraba sus ojos de un modo tal que estoy seguro de haberle dado placer, aunque pueda no haberse corrido.

Nos sentimos hambrientos, y yo no quería que las mujeres buscasen nada por miedo a provocar preguntas, pero al final lo admití. «Déjala conseguir más vino», dijo Bet. Ella lo trajo, así como algo para comer. Lo cogimos desde la puerta. Terminamos el licor y Molly empezó a ponerse patosa. Le preguntamos cómo estaba su coño. «Duele, y oh, está tan caliente, parece como si estuviera ardiendo», dijo ella. Nosotros reímos ante su inocencia. Lo palpé, como hizo Bet. Lo miramos bien y luego nos metimos todos en la cama y yo me follé otra vez a la muchachita. Ella gimió cuando metí mi polla. Bet, cuya lascivia era muy divertida, tiró de las ropas de la cama y me dio palmadas sobre el culo mientras estaba jodiendo. «¿No es agradable, Molí, no lo es?». La chica susurró quedamente en un jadeo «Ssí… Ssí», y en esa follada el coñito rasgado, calentado e irritado, provocado por la larga fricción, la dilatación y el empuje de mi polla hacia su adecuada crisis, entregó sus jugos, se corrió, y ella tuvo su primer placer follando la primera noche en que el esperma masculino la roció.

Caímos dormidos entonces los tres. Cuando me desperté, las luces estaban apagadas porque ellas habían cortado el gas. Yo estaba por la parte de fuera, con la cara hacia Molly, que estaba roncando. Palpé su coño pegajoso y, poniéndola de espaldas, me metí en ella. Ella gritó fuerte, no sabiendo dónde estaba. Me la follé de nuevo y le gustó, y me lo dijo en palabras entrecortadas mientras yo dilataba su coño.

Cuando desperté otra vez era ya de día. Estábamos todos cansados y sedientos; bebimos agua, meamos, nos metimos otra vez en la cama y me follé por dos veces a la jovencita. Desayunamos en el cuarto, cogiendo la comida por la puerta entreabierta. Betsy estaba deseando salir antes que yo, por temor a la patrona, por lo cual hice que salieran primero ella y la jovencita, y más tarde yo. Le había dado las diez libras, y algún dinero a la jovencita, o más bien se lo di a Betsy para ella. Estaba hecho polvo. No sé cuántas veces lo hice, pero rara vez he sido más lascivo y fuerte. Disfruté tanto de la chica que mi polla se endurecía tan pronto como ponía las manos sobre sus muslos, y me separé de ella deseando verla de nuevo.

La noche después no, la siguiente, tuve a ambas de nuevo, y pasé una velada deliciosa. La lascivia no encontraba ya objeciones. La muchacha vino vestida naturalmente y parecía mayor que en su disfraz, que era un fracaso. Aunque fuese menos excitante, esta noche fue más agradable en su lascivia. La jovencita no se negaba a nada, y durante algunas horas festejé mis ojos, mis dedos y mi polla investigando su coño. Qué satisfacción deliciosa es meterse por el estrecho tubito y compararlo mentalmente con coños maduros y amplios, comparar la rajita rosa y dentada con el pórtico abierto de Betsy, que nos contó sobre las pollas que había visto y tenido dentro; nos contó tales bromas obscenas que la muchacha declaró no creerlas. Yo las creí. Qué placer tuve cuando la chica se corrió otra vez, y admitió que era mejor que masturbarse…, aunque Betsy se lo hiciera. «Te sientes más cómoda después», dijo, «que cuando te lo haces a ti misma, ¿no es así, Betsy?». Fue una noche de goce mental y físico para Molly y para mí, e incluso para Betsy, que seguía masturbándose.

Noche tras noche, casi sin pausa, poseía por aquel entonces a Molly. Una noche Betsy dijo que era una vergüenza no concederle un tumo. Consintiéndolo Molly, la follé mientras ella miraba. Pero Molly parecía pensar que tenía derecho a todo cuanto pudiera salir de mi verga.

Hoy soy más caprichoso en mis pasiones y más versátil en mis goces. Se me ocurren continuamente posturas distintas. He inclinado a la mayoría de las mujeres a obedecerme en esto; los últimos años dejé de visitar a las que no obedecían. Pero si a una mujer le gusta joder disfrutará tanto con la lascivia como el hombre. Con su ingeniosa lujuria, Betsy adoraba las posturas lascivas, pero aunque hiciese cosas obscenas siempre parecía hacerlas con la ingeniosa gentileza que le era peculiar. Era evidente el gran placer que sentía situando a Molly y enseñándole cómo moverse y actuar conmigo. Era una comedia verde, o un ensayo.

Yo quería follarme a Molly estilo perro. Cuando se inclinó sobre la cama estaba demasiado baja; cuando se arrodilló sobre la cama quedaba demasiado alta. Bet, que siempre contemplaba nuestras folladas, hizo rápidamente una sugerencia. Se arrojó de espaldas sobre la cama con las piernas colgando. «Si ella se tumba sobre mí su coño estará justo a la altura correcta». «Tonterías». Pero puse a

Molly, riendo, sobre Betsy y allí quedaron desnudas, vientre con vientre, rostro con rostro. Betsy la aferró, puso sus talones sobre las nalgas de Molly y se sacudió arriba y abajo un minuto, como si follase. «Ahora puedes ver dos coños con un ojo cerrado si miras», dijo Betsy. Abriendo las piernas de la muchacha vi dos coños que casi se tocaban. ¿He visto eso antes? Me olvido.

No pensé en hacerlas follar por frote (aunque haya pensado a menudo en ello desde entonces); acercando un poco más a Molly hacia mí puse su coño justamente al nivel adecuado y metí la polla bien dentro. Entonces, sujetando sus piernas con dificultad a cada lado de mis caderas, empecé a joder. Betsy lanzó sus piernas hacia arriba cuando las de Molly estaban así situadas. Yo puse una de mis manos entre sus dos vientres, y podía justamente palpar con los nudillos los peludos alrededores de la raja de Betsy, mientras con los dedos tocaba el clítoris de Molí. Entonces, con la mano así puesta, follé y me corrí. Luego empujé a Molly más hacia arriba sobre Betsy, me incliné y vi que su coño dejaba caer esperma sobre el de Betsy.

Profundamente excitada tras sentir cada sacudida y mis pelotas casi golpeándola mientras follaba a Molly, y notando ahora cómo caía la leche sobre su coño, Betsy se quitó a la otra de encima y cerrando los ojos comenzó a masturbarse. «No vais a tener todo el gusto, queridos», dijo. Molly y yo miramos mientras ella se masturbaba. «Palpemos tu polla», dijo ella súbitamente. Me acerqué… ella la cogió. «Está pegajosa, cubierta de leche», suspiró apretándola con fuerza, «oh, ah, Dios». La imaginación vino en su ayuda mientras palpaba mi polla, y se corrió. Es maravilloso las posturas poco favorecedoras y los movimientos difíciles e incómodos que admitirán hacer los hombres y las mujeres para conseguir una diversidad en el follar.

«¿Te masturbas a menudo?», le pregunté. «Sí que lo hace», dijo Molly, «le gusta». «Cállate tú», dijo Bet, «me masturbo cuando no puedo conseguir que me follen, y no he tenido muchas ocasiones últimamente. He estado con *vosotros* todas las noches… y eso que la otra noche le hice un servicio a un poli». «¿Dónde te folló?». «Contra la puerta de una tienda», dijo Betsy sin pudor alguno. «No te creo». Pero Molly me dijo que había visto a Betsy y al policía en faena. Así que la chica se estaba entrenando muy bien en el camino

a andar.

Intenté precisar dónde vivía la joven, pero nunca conseguí obtener el domicilio de ninguna de ellas. Quería a Molly sola, y ahorrar gastos igualmente, pues tenía que pagar doble por el cuarto y luego tanto a Betsy como a Molly. Que la chica se iba a dormir con Betsy y que tenía madre fueron cosas que aprendí por trozos de conversación, especialmente cuando la de grandes volantes se había tomado una buena ración de vino, pero el lugar se mantenía secreto y cuando acabé preguntando a Betsy ella dijo: «Mejor es que no te preocupes demasiado por eso… o quizá puedan venir más complicaciones de las deseadas». Cesé por ello de preguntar.

Había pasado casi un mes cuando Betsy dijo que la chica iba a volver con su madre. «Debe quedarse en casa tres días y entonces la sacaré otra vez, pero debe volver a casa pronto». Estuve de acuerdo en eso. Una noche convenida, en la casa, la dueña me dijo que Betsy había dejado dicho que me vería pronto, pero no aquella noche. Tampoco se encontró conmigo más tarde, y pasaron varios meses antes de verla otra vez. Tenía un aspecto muy malo y desamparado entonces. Pasamos a una casa de acomodo, y ella me contó entonces todo cuanto había ocurrido.

La chica era hija de una lavandera, una amiga de Betsy, y se le permitía estar mucho con ella, aunque la madre sabía cómo se ganaba Betsy la vida. La chica estaba creciendo, había tenido su período y quería joder. «Sabía que alguien se la follaría pronto. Quizás algún paleto rico. La habían palpado algunos jóvenes, y ella les había palpado, y como querías un coño fresco pensé que bien podría hacerme unas pocas libras con la virginidad en vez de dejarla desvanecerse sin más». Por lo mismo, indujo a la chica a ello. Fue bastante fácil; la muchachita quería sin ambages que le metiesen una polla y conseguir un vestido de seda, pero Betsy mal sabía cómo llevársela. Justamente entonces la madre se emborrachó, atacó a un policía, violó la ley y fue rápidamente enviada a la cárcel por un mes. Betsy dijo que la chica debía estar con ella hasta salir la madre de la cárcel. Eso hizo, y Molly fue traída entonces para probar mi polla.

Cuando la madre volvió, dijo pronto a Bet que su hija había sido arruinada, y que ella estaba en el fondo del asunto. Bet lo negó, y Molly lo negó también, pero la cosa terminó en una reyerta. La

presenciar.

Al ordenar estos últimos fragmentos de manuscrito encontré la narración de una cópula en un baño, con esta Betsy de grandes ojos. Sabía que la había escrito y una vez la busqué en vano; luego la olvidé y sólo pensé en ella de nuevo cuando apareció de pronto al ordenar estas páginas sueltas donde cuento mi vida secreta hacia esta edad. Debe por eso situarse aquí, aunque lo ocurrido tuvo lugar sin duda diez años antes. Fue la única vez que jodí con una mujer debajo del agua.

Desde entonces he intentado follar a una mujer en un baño en el sudoeste de Europa, sin conseguirlo, pero la follé inmediatamente después de dejar el baño (donde hice por juego que entrase todo el agua posible en su coño), sobre un sofá en el vestidor. Eran aproximadamente las diez de la mañana. Ella tenía formas encantadoras y ojos oscuros; era una criatura de cabello oscuro, bailarina e italiana de unos veinte años, y (como mis pasatiempos eran mucho más amplios en horizonte, obscenidad y excentricidad) hice que me orinase desde el borde del baño y meé contra su coño, antes de lavamos. Esto le divirtió mucho y durante todo el desayuno posterior no hizo sino hablar del asunto, pues era su primer ensayo en ese tipo de diversión erótica. Tras desayunar nos fuimos de nuevo al baño con la pretensión de tomar uno, y la follé dos veces en el vestidor, volviendo a pie hasta P***h.

Una noche, Betsy y yo hablamos sobre el baño que habíamos tomado diez años antes, pues fue ella quien me habló del lugar. Es raro que nunca lo haya narrado plenamente por escrito antes, pues tomé las notas entonces según recuerdo. Y, ahora, al relato.

Un día, el de mi primera relación con ella, el tema acabó siendo los baños, y ella me preguntó si alguna vez me había hecho a una mujer en un baño. «Hace falta un hombre bueno para follar debajo del agua», dijo ella. Me dijo dónde podría intentarlo, y me encontré con ella allí.

En la calle J***s, no lejos de mi casa de citas favorita, se encontraba un pequeño edificio en cuya ventana exterior aparecía escrito con grandes letras *Baños*. Se trataba, efectivamente, de baños para caballeros, pero creo que el verdadero negocio era el doble baño al que sólo tenían acceso los iniciados. Betsy me dijo que no fuese con ella, porque nunca entraban juntos los hombres y

las mujeres; debía esperar unos pocos minutos, porque ella necesitaba ver si estaba preparado algún baño y dejar que la encargada supiese a quién esperar. Hice como dijo, y pronto estuve en un cuartito cómodo donde Betsy me aguardaba.

Contra el muro había una bañera como cualquier otra, pero de tamaño doble. Podía abrirse a discreción un grifo de agua caliente o fría. Había grandes cojines planos de diferentes tamaños, cubiertos por cuero suave o algo de ese tipo, pensados para que se situasen a voluntad en el baño bajo el trasero, la espalda, las rodillas o la cabeza. Nos desnudamos rápidamente y llenamos el baño hasta una altura suficiente para cubrir nuestros cuerpos, y luego entramos juntos. Como sabía por Betsy la dificultad, había estado sin joder unos pocos días, y ahora tenía una polla dura y mucho esperma en los testículos.

Tumbándome a su lado comencé a palpar su coño. Ella me dijo que cuanta más agua dejase entrar más difícil me sería follarla. Pronto empecé el trabajo, y para mi disgusto no pude meter cómodamente la polla. Su coño estaba empapado pero seco para mi punta, y mi polla no me parecía rígida como había estado un minuto o dos antes. Ella rió. Entonces dispuse los cojines de forma distinta, a fin de que su coño estuviera más arriba y yo pudiese alcanzarlo más fácilmente. Tuve entonces que dejar salir agua, y luego llenarlo otra vez, porque unas veces la cubría demasiado y otras veces me cubría demasiado poco. Pero entonces su cabeza estaba demasiado baja, y así sucesivamente. Al final, tras preparar todo cuidadosamente con mucho tiempo y trabajo, la monté de nuevo bajo el agua y conseguí que mi polla entrase en su coño. Entonces el movimiento de mi culo y mi vientre, y sus sacudidas, enviaron el agua en ondas que chapoteaban sobre su cara, e inmediatamente después uno de los cojines resbaló debajo de nosotros, su cabeza se hundió limpiamente, mi rostro también, se me llenó la nariz de agua, la polla se salió y ambos nos levantamos empapados, ella molesta porque no quería ver mojado su pelo, molesto yo porque no había terminado mi follada. De hecho, apenas había empezado, pero ahora veía mi polla bastante fláccida.

Nos metimos otra vez. Habíamos estado mucho tiempo entrando y saliendo, estábamos saturándonos, y mi polla no quería levantarse. En vano me la meneó ella debajo del agua. Por eso me

incorporé de rodillas y la sacudí, hasta que estuvo dura. Me hundí y entré en su orificio, pero no pude hacerlo. Me incorporé furioso y lanzando juramentos, ella se incorporó riendo. Entonces volví su culo hacia mí, arrodillada, y me arrodillé yo mismo intentando llegar al coño por detrás, pero tanto éste como las nalgas quedaban entonces fuera del agua. Con todo, la penetré y me moví durante un minuto o así dentro de ella, y conseguí ponerla otra vez bien dura. Pero como había venido a follar *bajo* el agua y no fuera de ella, comencé a reajustar el nivel para que cubriese su culo y mi polla.

Primero estaba demasiado fría, luego demasiado caliente, y tomó tiempo conseguir la temperatura adecuada, pero al fin se consiguió. Con dificultades, metí entonces mi polla en ella estando justamente debajo del agua, pero entonces resbaló el cojín sobre el que tenía ella las manos al arrodillarse. Fue sólo un poco, pero cualquiera flota tan fácilmente que, inmediatamente, tras perder la postura, se hundió sobre el vientre y su cabeza fue limpiamente bajo el agua otra vez, hundiéndome yo sobre ella. Naturalmente, mi polla se salió, y saltamos los dos otra vez fuera del baño.

«Te dije que era necesario un hombre bueno para hacerlo en el agua», dijo ella. Eso pensaba yo, pero estaba decidido a hacerlo, pues sabía que la leche estaba en mis pelotas dispuesta a salir. De nuevo intenté varias posiciones. El coño había perdido toda su lubricidad, el agua había actuado perjudicialmente sobre mi polla y, aunque lo deseaba, debía menearla cada vez para endurecerla, y a la larga no pude entrar en ella debajo del agua.

Ella empezó a sentir frío, como yo. Avivamos el fuego e hicimos que el agua saliese más caliente. Ella quería meneármela debajo del agua, yo no estaba dispuesto a permitirlo. ¿Se había masturbado alguna vez ella debajo del agua? No, pero lo intentaría, y comenzó a hacerlo mientras el agua chapoteaba alrededor al ritmo de su mano. «Puedo», dijo ella. Pero le quité la mano y suspendí la operación, queriendo que se corriese conmigo.

Decididos al final a hacerlo de algún modo, pusimos muy poca agua. Volví su culo hacia mí y jodimos arrodillados hasta que nuestro placer mutuo iba incrementándose. Entonces, desmontando, hice que se volviera de espaldas, me puse sobre su vientre y mi palpitante polla entró en ella, cuando yacía con el agua tocando justo su ano. Entonces nos sacudimos hasta que sentí que nada

podría arrancar la rigidez de mi polla excepto una descarga espermática, y secundándome ella con inteligencia (porque *ella* quería joder *debajo* del agua tanto como yo), levantó su culo y a mí con ella ligeramente. Quité el almohadón, su culo se hundió entonces bajo el agua, que cubrió justo su coño y mis testículos, y en unos pocos golpes mi leche llenó su coño, restaurando su suavidad. Yacimos con nuestros órganos en el agua, sus senos y mi espalda fuera, hasta que la polla se salió del coño (cosa que sucedió pronto).

Había una cama en el cuarto, y un calentador dentro. Secándonos rápidamente, saltamos a la cama. La mujer nos trajo coñac caliente y agua, y permanecimos tumbados en la cama hablando de nuestra aventura y de las dificultades de la copulación acuática hasta que nos deseamos el uno al otro. Entonces jodimos viciosamente entre las sábanas cálidas, y nos dormimos.

Antes de dejar el baño yo había palpado su coño por dentro. El agua siguió a mis dedos, y al retirarlos trajo con ella mi esperma, que vimos sobre un cojín cuando miramos luego la bañera.

Betsy se corrió conmigo en el baño. «Estaba tan cachonda como tú… ¡Loado sea Dios!… Una follada en una cama vale cincuenta en un baño, queridito, pero tú follaste y terminaste en él. Eres el cuarto hombre que ha estado en el agua conmigo, pero el único que se corrió bajo el agua. Los otros jodieron justamente fuera de ella… Tienes algo de qué enorgullecerte. Se lo diré a Mary S**m**rs».

Mary S**m**rs era una mujer enorme a quien me hice también en la época en que conocí a la Mavis. Tenía unos veinticuatro años y pesaría ochenta kilos. Era gorda por todas partes, pero no tenía un estómago indebido ni un culo con demasiada grasa, sino que la carne estaba distribuida uniformemente sobre ella. Tenía los ojos más encantadores que he visto, del marrón más claro, y un coño grande y fácil. Me acuerdo bien de este coño. Ella era muy guapa, y estaba siempre de día en el Quadrant. No recuerdo haberla visto nunca de noche. Se intentó colgar de mí, y solía decir que era el palo más encantador que se había echado a la cara, pero había algo en ella que no me gustaba y que no pude comprender al principio. Pensé que era perezosa y sucia debido a un olor opresivo que la rodeaba. Al final descubrí que sus pies tenían un olor fuerte, y la evité. Pero cuando me veía me seguía. Las mujeres hablaban con

mucha mayor insolencia a los hombres en esos días. «Vente conmigo, querido. No te he visto en tanto tiempo». «No puedo, tengo prisa y estoy pobre hoy». «No te preocupes por el dinero, deseo tanto verte».

Betsy me dijo que Mary S**m**rs tenía pies sudorosos, que estaba casada, que su marido la había abandonado cuando yo la conocí, y que entonces mismo había empezado a salir. Tras haberla perdido yo de vista, se había unido a un ladrón y ambos habían ido a parar a la cárcel.

Betsy y yo permanecimos tumbados en la cama. Hablamos más del baño y de nuestras sensaciones cuando jodíamos allí que de ninguna otra cosa. Ella había intentado masturbarse bajo el agua cuando estaba con uno de los hombres, simplemente por ver qué le parecía. No era tan bueno como masturbarse en la cama. Jodimos de nuevo y hacia las diez y media nos fuimos. Cargaron dos soberanos por el baño y medio soberano por la cama. La camarera esperaba cinco chelines. Creo que fui engañado, pero no había preguntado precios de antemano.

Nunca más entré en la casa. Pocos años después, los baños desaparecieron. Desde entonces he estado en un baño con una dama, tumbado desnudo sobre ella, y nos hemos lavado el uno al otro los genitales allí, pero sin intentar joder. Eso lo hicimos sobre un sofá espléndido en una antesala, cuando estábamos todavía mojados del baño. Eran aproximadamente las doce de un abrasador día de julio.

Poco después de esto se cerró la casa de la calle J***s, y perdí uno de los lugares mejor cuidados, mejor amueblados y más cómodos de cuantos he conocido. Pienso que en él he debido poseer a setenta u ochenta mujeres, pues desde hacía mucho tiempo siempre llevaba mis mujeres de ocasión o profesión allí. Poco después se cerró la celebrada casa situada en el rincón de 0*e*d*n. Entonces encontré una casa agradable próxima a la orilla del Támesis y no alejada de p**l**o, una próxima a la calle de Oxford y luego media docena de otras. ¿Qué bien se hace cerrando las demás? Esas casas son una necesidad.

Mis condiciones sociales. — Exigente trata de zorras. — Dificultades en la selección de mujeres. — Actitudes copulativas excéntricas. — Escribiendo mi narración. — La uniformidad del joder. — Un agujero en puertas plegables. — Americanos enamorados. — La conferencia del amante. — Una mesa que bloquea. — Las piernas de la dama. — La polla del doncel. — Una mirada inquisitiva. — Oigo, pero no veo. — Sollozos y lágrimas. — Desnudez momentánea. — Repetición al día siguiente. — Conjeturas. — Un harén semioriental. — Bellas cortesanas. — Elegida una belleza. — «No tengo pelo ahí». — Otras bellas. — Un vecino ruidoso. — Inspección masculina de la erección masculina. — Inglaterra otra vez. — Muchas mercenarias costosas.

Viajé ahora en condiciones sociales distintas. No tenía preocupaciones, disponía de mucho dinero (aunque lo gastaba rápidamente) y en conjunto fue una época dichosa. Vagué por Europa durante dos o tres meses cambiando constantemente de escenario. Cuando llegaba a una ciudad buscaba los mejores burdeles y me deleitaba en los encantos femeninos con un físico en plena forma. Tras una semana de abstinencia quizás, empleada en viajar cómodamente, cuán instantánea era mi elección de una mujer y con qué ardiente lujuria la abrazaba, cuán rápidos eran mis golpes, qué enloquecedores en su éxtasis mientras mi polla palpitaba y el esperma caliente y espeso irrumpía en su coño tan copiosamente como la vez en que más. De hecho, a veces pienso que más copiosamente que nunca, pero es improbable.

Con todo, satisfizo mi sentido de la belleza en amplia medida. A veces, cuando había follado a una mujer elegida con ardiente prisa, apenas puedo decir por qué, hacía que me mostrasen nuevamente las mujeres de la casa y elegía otra para la segunda libación de mi polla. Sin embargo, era más frecuente que la primera recibiese mi segunda emisión. Entonces, tranquilizado, me iba y esperaba hasta el día siguiente antes de obtener otro goce sexual.

A veces miraba a una mujer tras otra, vestidas, semivestidas o desnudas, a fin de poder evaluar plenamente sus encantos antes de elegir una para mi homenaje sexual. Luego empecé a tener dos a la vez, y a veces hasta tres en el cuarto conmigo. Allí, a mi disposición y sin culto distinto al de mis divinidades cortesanas, podía situarlas en todas las actitudes y ver todas las perfecciones antes de elegir a cuál follar. Tenía modos propios de pagar. Sólo daba medio precio a aquellas cuyos coños me había limitado a mirar o a palpar, y precio entero a la espermatizada. En algunos lugares no estaban de acuerdo con esto, en otros sí.

Esta contemplación de los encantos femeninos me hace pensar que soy como París cuando elegía a una diosa por el asunto de la manzana de oro, y me pregunto si *él* cometió un error. A mí me pasa a menudo, y me quedo tan confuso a la hora de hacer la elección que no sé con cuál quedarme. Ésta tiene un trasero tan encantador, pero le cuelgan los pechos. Esta otra tiene demasiado pelo en el coño, y sus volantes cuelgan demasiado, pero en lo demás es bella. Aquella tiene un rostro encantador pero un pelo demasiado fino en el coño, y sus piernas son delgadas. Así inspeccionaba y pensaba hasta que mi polla se negaba a esperar más y me urgía a dejarla paladear su placer. Luego, cuando abandonaba sus coños, qué diferentes me parecían algunas mujeres en comparación con el momento anterior. Desde luego, una polla dura y palpitante, y una polla flácida, mojada y colgante afectan los poderes de la imaginación de manera muy distinta.

Pero era siempre muy encantador. A veces pagaba el precio entero por un trío, y las situaba como he visto en grabados, y me inventaba combinaciones tan bellas y excitantes. Descubro ahora que tengo una imaginación tan fértil como la de los artistas eróticos, y comienzo a deleitarme jodiendo en posturas diferentes y a veces difíciles. Posturas que no proporcionan la tranquilidad voluptuosa de la polla dentro de la mujer siguiendo el anticuado modo de vientre a vientre o vientre a trasero, pero que me inflaman con una sensación de intensa lujuria y colman mi imaginación con ideas voluptuosas.

Durante aquel período viajé solo, y no tuve a nadie que me interrumpiese o me exigiera mayor tiempo de dedicación. Por lo mismo, podía preparar mis intenciones eróticas de antemano y

llevarlas con toda certeza adelante. En los intervalos de mi disfrute de la sociedad femenina me entretuve tomando notas, o escribiendo las narraciones. (Esto lo descubro ahora repasando rápidamente un manuscrito todavía sin revisar. Observo que tiene una frescura inexistente en algunos de los revisados. Pienso haber dicho ya en otra parte que este manuscrito fue escrito a partir de notas [desde luego muy extensas] muchos años después, y al cabo de dos años tenía un manuscrito muy extenso relacionado básicamente con mis pasatiempos en compañía de golfas profesionales. Poco después lo resumí mucho, y me propongo resumirlo aún más. Los párrafos siguientes los dejo exactamente como estaban escritos).

Al releer encuentro muchas repeticiones, muchas cosas que deben estar escritas en otras partes, aunque dónde y cuándo no pueda recordarlo. A pesar de mi buena memoria no puedo traer a la mente lo que escribí narrando los amores de hace casi veinticinco años. Pero lo resumo. Como el acto de la copulación, los caminos hacia él son en todas partes muy parejos. El príncipe y el mendigo lo hacen del mismo modo. Un policía empuja y sacude su polla como un duque. Una lechera levanta sus nalgas y aprieta su coño como una duquesa. Sería aburrido contar cómo me hice una noche a Mary, si ya he contado cómo se lo hice del mismo modo a Fanny la noche anterior. Sin embargo, cuando tenía mujeres escribía sobre mis actos con ellas con gran extensión, describiendo en detalle lo mejor que podía nuestros movimientos voluptuosos y las ideas sensuales que atravesaban mi cerebro mientras jodíamos. De hecho, ese acto de escribir completaba entonces mi goce. Ahora mi pluma puede pasar de largo sobre la mayor parte de ello.

Sí, es extraño que consiguiera pocas oportunidades de ver a través de cerraduras y agujeros en las paredes merecedoras de recuerdo. Puede quizá deberse a gastar tanto tiempo con zorras, pues me encontraba a menudo en mi hotel, por lo general muy cansado recuperándome con el reposo para mi orgía siguiente. A pesar de ello, tuve una o dos hermosas visiones.

En ****, tras el almuerzo de mediodía escuché una voz masculina y una femenina en el cuarto contiguo, que estaba conectado con el mío por puertas plegables. Acababa de llegar aquella mañana. Busqué un agujero pero no encontré. Había una gran cómoda situada frente a la puerta, que tapaba el agujero de la

cerradura. Estaba vacía, pero con grandes dificultades la moví lateralmente, y entonces descubrí que otro mueble estaba situado igualmente al otro lado de la pared. Frustrado, busqué mi barrena y no pude encontrarla. Entonces observé que las puertas —de muy mala factura, como suele suceder fuera de Inglaterra— no se habían cerrado herméticamente, sino que se plegaban por mi lado especialmente al llegar al marco superior (creo que había también puertas plegables por el otro lado, pero en ese caso estaban abiertas), y como estaban combadas quedaba un hueco por la parte de arriba. Me subí sobre la cómoda pero no estaba lo bastante alto. Puse una de mis maletas, me subí sobre ella y vi entonces desde un resquicio el cuarto, que era como el mío, anormalmente grande, pues el hotel no era de construcción reciente. [Esto sucedió hace unos veinticinco años].

Allí, sentados frente a mí sobre un gran sofá, estaban un hombre y una mujer. Él con su brazo alrededor de la cintura de ella y con la cabeza sobre su hombro. Ella estaba sentada y miraba hacia abajo pensativamente, escuchando con atención todo cuanto él le decía. Parecía tener unos veinte años, él unos veinticinco, y eran americanos. Todo estaba bastante tranquilo y escuché palabra por palabra casi todo cuanto él dijo. Ella apenas pronunció una palabra de respuesta, y estaba absorbida escuchando.

Él le estaba contando todo el proceso de la concepción a su manera; cómo quedaba encinta la mujer y cómo librarse de un feto indeseado. De hecho, lo que él dijo era nuevo hasta para mí en algunos aspectos, aunque sea un tema sobre el cual no me considero del todo ignorante. De cuando en cuando ella volvía la cabeza para mirarle y decía algo que me era imposible escuchar, dado lo bajo de la voz, para volver a adoptar luego su aspecto pensativo mirando al suelo. Cuando ella hacía una observación, él decía «sí», o «no… pobre querida», y la besaba. No les había visto para nada antes, y no sabía qué relaciones tenían. Cuando espié por primera vez pensé que eran una pareja de recién casados. Luego, a partir de algunas observaciones, pensé que habían estado follando ilícitamente, o —como supongo que se diría— que él había debido seducirla.

Pienso que él debió estar hablando de este tema como media hora, y en un tono tan monótono como el de un conferenciante científico. Jamás elevaba un poco la voz, nunca se excitaba, sino

que continuaba hablando con el acento nasal americano. Entonces imaginé de alguna manera que él la había embarazado, pues sus observaciones estaban mezcladas con algunos «tú». Entonces comenzó a besarla, puso suavemente sus manos por debajo de las ropas de ella y le escuché decir «coño».

Pero frente al sofá había una mesa, que escondía parcialmente la mitad del cuerpo de él y el de ella por completo. Por lo mismo, aunque supiera que había metido la mano allí, porque el bulto en sus ropas y la posición de él así lo mostraban, sólo podía ver hasta las rodillas de ella, estando como estaba frente a la mesa. Pero vi que ella separó las piernas para ayudar, y que reclinándose más sobre el sofá empujó hacia delante su trasero para facilitar sus toqueteos de lo que fuera; y él debía ciertamente estar en su trasero o en su coño.

Al hacer esto se inclinó para palparla y continuó hablando. Yo perdí enteramente el hilo de la conversación entonces, con excepción del mero sonido, pues su rostro estaba vuelto hacia el de ella y me daba la nuca. Probablemente pudo haber bajado la voz, porque todos lo hacemos —pienso— cuando se apodera de nosotros la lujuria. Una voz suave y murmurante es la voz del amor. Un hombre no berrea diciendo que quiere que una mujer le deje follarla. Entonces pude ver que ella se levantaba completamente las ropas, y al agacharse más la cabeza de él se perdió de vista, oculta por completo por la mesa, excepto el manojo de ropa de ella que aparecía por encima del tablero. Indiscutiblemente, él estaba mirando o besando su coño. Mal podía lamerlo en aquella actitud, y permanecieron así un minuto o dos.

Él volvió a su posición sentada, poniendo un brazo alrededor de ella, pero manteniendo fuera de la vista su mano derecha y, sin duda (la mesa lo ocultaba), bajo las enaguas de ella mientras continuaba explicando y conferenciando. Más tarde, sonriendo y soltando su cintura se abrió los pantalones y sacó la polla. Esto pude verlo. Entonces él dijo algo que no pude coger, ella se volvió hacia él, vi su mano derecha cogerle la polla, y empezó a meneársela torpemente. Él la sacó entonces más de sus pantalones, dijo riendo en voz bastante alta: «No… así», y se la meneó él mismo un par de veces con suavidad. Ella tomó nuevamente la polla en su bella manita y pronto consiguió una buena erección meneándosela

un poco. Entonces se volvieron el uno hacia el otro y se besaron, pero la mesa ocultaba ahora su mano y el aparato de él, aunque supiera que ella la tenía en la mano y que la mano de él estaba en su coño. Pude ver un poco más de sus muslos, por el lado, pero no oí nada durante un minuto o dos. Ellos gozaban silenciosamente, palpándose los genitales. Entonces se pusieron los brazos alrededor del cuello y se besaron. Oh, cómo le envidié, y cuán dura se puso mi polla, pero resistí el deseo de masturbarme.

Entonces ambos se levantaron. Él quedó de pie con la polla tiesa, y era un buen ejemplar. Ella quedó mirándola un momento. Entonces se perdieron de vista, ay, hacia una cama que no podía ver, y allí jodieron porque pude oír los murmullos de placer de él cuando se corrió. Pero nada pude ver de sus actos, ni de sus posteriores abluciones, aunque escuchara el ruido del agua. Ambos se pusieron otra vez en zona visible y se sentaron nuevamente en el sofá. Él la palpó y hablaron largamente sobre consecuencias. «No temas, amor, en el momento apropiado sabré qué hacer», dijo él. «Oh, estoy tan asustada… tan afligida, que no puedo dormir», dijo ella. «¿Quién hay en el cuarto de al lado?», dijo él de repente. «Creo que nadie, no había nadie la noche pasada». Yo me mantuve más callado que una tumba. «Miraré», oí que decía ella, aunque cuando lo dijo no pudiese ver a ninguno de ellos. Creo que miró por la puerta de su dormitorio, pues poco después entró en la zona visible y supe que estaba en el cuarto sola, dada su actitud. Se sentó junto a la mesa y ocultó largo tiempo el rostro entre sus manos. Entonces lloró y empezó a escribir una carta.

Yo estaba muy cansado y soñoliento, porque había viajado casi toda la noche anterior, pero el asunto me fascinaba. No podía quitar mis ojos de ella. Sentí un intenso placer sabiendo que la bella criatura había sido follada, y que aquella bonita mano había meneado una gran polla hasta endurecerla delante de mis ojos. Mi polla se irguió pidiendo correrse, pero me resistí a la masturbación. Por último llegué a estar tan cansado que me bajé y dormí largo tiempo tumbado sobre la cama. Me preparé para la cena entonces. Vi allí a la dama sentada en una mesa, con el amante cerca. Él y el grupo de ella estaban viajando juntos; había muchos, y eran todos americanos. Pienso que ella tenía dos hermanos, simples muchachos amables con el hombre que se había follado a su hermana, y estaba

seguro de que ignoraban los juegos amorosos de ella. Si yo hubiese sido su hermano pienso que habría sido distinto. Pero ¿qué vigilancia puede mantener alejado a un coño que desea una polla agresiva? Toda la historia, toda mi experiencia, me dicen que se unirán. La vigilancia se cansa de vigilar y ronca en su seguridad, pero la pasión vigila siempre y está presta a cazar la oportunidad más leve; es astuta para procurársela, y cinco minutos bastan para que una polla cachonda llene de esperma un coño.

Me mantuve despierto esperando una visita nocturna del hombre, pero no había nada que ver. Vi a la dama desvestirse y quedar durante un minuto desnuda junto a la mesa, frotándose los pechos y el cuerpo con las manos antes de ponerse el camisón. Vi que no tenía mucho pelo sobre su concha, y que era muy delgada, pero su rostro era muy bello. A la misma hora del día siguiente el hombre estaba con ella. Ellos sabían evidentemente que yo o algún otro estaba en mi cuarto, pues conversaban en un tono tan bajo que apenas podía escuchar una palabra de las que proferían. Jugaron el uno con los genitales del otro más que el día anterior, pero la mesa seguía ocultando sus manos y sus mitades, hasta que él la atrajo sobre su rodilla y entonces vi su polla fuera y más de sus piernas, aunque sólo uno o dos minutos. Pronto desaparecieron de mi vista; les oí joder y no volví a verles.

Tras haberse lavado ella se desvistió y vino en combinación, directa hacia mi puerta, e imagino que habría allí un espejo, pues ella se miraba evidentemente en uno. Esas disposiciones de muebles son frecuentes en hoteles extranjeros. Entonces se tumbó sobre el sofá, inclinando su cabeza sobre una mano, mientras se palpaba el coño con la otra. La maldita mesa me dejaba ver sus muslos mientras yacía, pero ocultaba precisamente la mano que estaba sobre su coño. Ella no se masturbó. Tras un poco de tiempo se tumbó quieta de espaldas y empezó a llorar con fuerza. Podía escucharla sollozar. Me bajé, cansado de mirar. Un cuarto de hora más tarde la vi sentarse, todavía en combinación, y aparentemente escribir una carta. Así la dejé y salí para ver la ciudad.

Vi el grupo a la mesa durante la cena, pero no estuve cerca de ellos. No quité los ojos por un momento de la pareja, porque mirar a una mujer a quien he visto secretamente desnuda o jodiendo me proporciona el placer más intenso; y aún más si puedo hablar con

ella. Siento casi amistad hacia ella, y haría cualquier cosa por complacerla. Tras la cena intenté entrar en conversación con algunos del grupo, a fin de conseguir hablar con ella, pero eran insociables y fracasé. Por la noche sólo conseguí verla otra vez ponerse el camisón, y su trasero cuando la combinación cayó, y a la mañana siguiente temprano el grupo dejó el hotel. Llegué a la conclusión de que la chica estaba embarazada.

Entonces, sin ayuda de guía, encontré el camino hasta un burdel, y en toda mi vida no he visto selección semejante de mujeres bellas y sanas. No eran como tantas mujeres de pechos fláccidos y bien educadas aunque con aspecto ajado que vemos en las casas de algunas capitales europeas; al contrario, eran como sanas muchachas que acabasen de llegar del campo. Pero se trataba de un campo donde las mujeres eran muy bellas, y me encontraba en una ciudad donde las mujeres pobres de virtud fácil no son usadas y luego abusadas, echadas a patadas, denigradas y casi marcadas a fuego, sino donde se casan y a menudo se casan bien. Un viajero bien conocido se dice que consiguió su mujer en una de las casas de esta ciudad, y oí decir que desde entonces es una mujer y una esposa encantadora. Después del almuerzo, paseando por una calle alegre pero bastante respetable, escuché la jovial risa de mujeres justo al lado de mi oído, pues estaba próximo a la pared en sombra (siendo como era un día cálido). Deteniéndome, logré distinguir formas femeninas a través de las cortinas exteriores corridas y, mirando hacia arriba, vi que todas las cortinas de la casa estaban cerradas. Imaginando que era un harén, empujé la puerta, que se abrió, y me encontré en un bello vestíbulo desde el cual arrancaba una escalera hacia un amplio y bonito salón.

La abadesa de estas monjas abiertas de muslos hablaba en un mal francés, pero lo suficiente para mí. Pronto aparecieron una docena de las mujeres más bellas que pienso haber visto juntas nunca en un burdel o en ninguna reunión. A menudo me ha asombrado mi elección de una casa de citas, y más aún cuando las mujeres estaban desnudas en vez de vestidas. Aquí estaban vestidas, pero los trajes eran sueltos o abiertos. Todos tenían más o menos escote, los pechos eran visibles casi hasta los pezones, en algunos aparecían los pezones, y podía ver la incitante oscuridad de las axilas pilosas en algunas mujeres. La mayoría llevaba las más

encantadoras y discretas botas, y el despliegue de pantorrillas era excelente. No todas se quedaron de pie. La mayoría se sentó como si ocupase su lugar para la noche. Una o dos me hablaron en una lengua que no comprendí. Les hablé en una lengua que una o dos comprendieron, deshaciéndome en cumplidos y exponiendo mi prisa, pues estaba confuso por sus encantos y me poseía el deseo de follar a media docena de ellas a la vez.

Por último, casi al azar y a pesar de estar mirando alrededor hasta que parecían dolerme las pupilas, toqué los deliciosos hombros de una chica no muy alta y dejé el cuarto con ella. Era una criatura exquisita, con mejillas como una rosa aunque su piel tuviese un tinte más oscuro que el de nuestras mujeres inglesas. Tenía ojos como una gacela y dientes deslumbrantes. En nuestro dormitorio se sentó al segundo sobre mis rodillas y pegué mis labios a los suyos. Comprendiendo un gesto mío, se quitó toda la ropa a excepción de botas y medias y quedó allí desnuda, visión de gloriosa belleza. Sólo tenía dieciocho años. Aunque mi polla estaba tiesa antes de subir la escalera con ella, me retuve lo bastante para mirar y palpar sus formas exquisitas. De cuello a senos, de senos a axilas, de axilas a coño abarcaron mis dedos y siguieron mis labios tocando y besando, besando y tocando hasta que anhelé bajarme al pilón. Tras ello, abriendo sus adorables labios del coño seguí mirando el surco de su culo, porque me parecía que todas las partes de la bonita criatura debían ser preciosas. Para mi asombro, ella se apartó de la cama y volviendo el trasero hacia mí y separando lo más posible los carrillos de marfil para que pudiese ver su ano me dijo: «No tengo pelos ahí», hablando en un italiano farfullado, lengua que con el alemán era la mejor para comunicamos, aunque ella no perteneciese a ninguna de esas naciones.

Si su objeto era informarme sobre el estado de aquella parte, si era una invitación, si su belleza hacía que fuese a menudo investigada por amigos, son cuestiones en las que nunca se me ocurrió pensar hasta que empecé a escribir este relato de mi visita al convento, cosa que hice el día siguiente. Pero tan pronto como habló, su coño de pelo negro rizado y labios protuberantes me pareció tan exquisito, junto con el surco de sus nalgas y sus adorables muslos, que inserté la polla y casi instantáneamente gasté el semen dentro de ella. Había estado hirviendo en mis pelotas

desde que vi a la pareja en el dormitorio del hotel. No me masturbé allí, reteniéndome con gran dificultad.

La ninfa se mantuvo quieta con mi polla dentro, satisfecha con dejarla descansar allí y empaparse. No mostraba signos de reducción mientras yo palpaba su trasero de mármol y daba con la mano la vuelta para tocarle el clítoris, palpando sus senos y sus axilas… deleitándome en su belleza. Entonces su coño me oprimió. Era una invitación a seguir follando. Pero yo quería ahora su rostro dulce, sus adorables labios en mi dirección. Sacando la polla del lubricado coño dije: «Vete a la cama y túmbate, querida mía».

Sin replicar y poniéndose los dedos sobre el coño para evitar que saliese la leche, allí se fue y, sonriendo, me pidió una toalla. Se la di y se secó los dedos con ella. Durante un instante solamente vi entre sus muslos abiertos de par en par la grieta roja cubierta con la esencia nacarada de mis testículos, y luego hundí la polla mojada dentro de ella nuevamente. Ella se encontró conmigo ardientemente en un palo que valía por dos, como el primero en duración, pensamientos obscenos y goce voluptuoso de su genital lleno de leche. Terminó corriéndose conmigo y desbordando nuestras bocas una en la otra mientras los jugos de coño y polla se mezclaban dentro de ella.

Con esto queda dicho todo, salvo que estuve horas allí con ella, conversando en varias lenguas pero sobre todo besándola y tocándola en un semisilencio delicioso y pensativo durante la calurosa tarde.

Al día siguiente, la poseí de nuevo y pensé que no me preocuparía nunca más otra mujer. Al otro día no pude ir a la casa, pero volví al siguiente. Ella estaba comprometida aquella noche con un caballero, según descubrí. Decepcionado, examiné a pesar de todo a alguna de las otras mujeres. Aunque algunas estaban entonces follando en sus cuartos me conseguí una más alta, pero tan bella y perfecta en todos los demás sentidos como la primera. El encantamiento se había roto ahora. Volví a poseerla una vez más, pero mi amor por el cambio y el deseo de ver y conocer a las otras mujeres fue demasiado para mí. Me quedé quince días en la ciudad y follé a media docena de las mujeres antes de partir.

Me mantuve lo más posible en el dormitorio del hotel, esperando ver allí nuevos espectáculos, pero para mi disgusto se

posesionaron del cuarto contiguo dos oficiales y lo recorrieron de arriba abajo —me pareció— noche y día con las botas y las espuelas puestas. Había maniobras militares en la ciudad. También fumaban incesantemente, y una noche tuvieron una fiesta donde no creo que llegaran a acostarse. Como me molestaba grandemente su ruido pedí otro cuarto, aunque por muchas razones me gustaba el que tenía. El director me dijo que los oficiales partirían al día siguiente, cosa que en efecto hicieron.

Pero la misma noche otros dos hombres vinculados con el ejército, aunque aparentemente no soldados, fueron instalados allí. Eran tranquilos y cuando por la noche les oí prepararse para ir a la cama tuve la curiosidad de subirme y espiar. Uno estaba desnudo, para mi estupor, y el otro, en paños interiores, miraba y tocaba la polla dura del que estaba desnudo. Qué le estaba haciendo no puedo decirlo, porque pronto la abandonó, la luz fue apagada y ambos se pusieron a roncar casi inmediatamente. ¿Quiénes eran? ¿Era uno un médico? Pero ¿por qué una polla tiesa? Todo era tan solemne y comercial en el aspecto, tan dispar del pasatiempo erótico, que hasta el día de hoy me ha sido imposible descifrar todo el asunto.

Al día siguiente dejé ***** y seguí viajando, pero volví a Inglaterra pronto. No tenía intriga a mano, aunque pensé que al estar libre pronto vendría una. No tenía siquiera una criada a mano, una de esas agradables, pequeñas, cachondas y bien cebadas diablesas que sólo pueden ser folladas de cuando en cuando clandestinamente, de las cuales he disfrutado a docenas en mi tiempo y de las que espero seguir disfrutando no menos generosamente. De hecho, las más bellas mercenarias, las pertenecientes a la clase más alta y costosa, absorbían mi virilidad y mi bolsillo. Coño, medias de seda, combinaciones diáfanas, camisones de lazo y joyas son cosas costosas. Entonces encontré a una que me gustó mucho —aunque no le fuese fiel, pues nunca he podido restringirme a una sola mujer— y la frecuenté durante un par de años. Ocurrieron otras aventuras entre mis visitas a ella, pero he reunido todo cuanto se refiere a esta mujer en una narración seguida, y también todo lo relativo a una intriga con una mujer francesa de tipo muy curioso, que comenzó en París aproximadamente por las mismas fechas.

*En Cremorne. — Amelia Alemán. — Una belleza rubia. — Una compañera de cama voluptuosa. — Lenguas y labios. — Entrada pequeña, interior amplio. — Su casa y su capitán. — La señora A*t*n, la guardesa. — La guardesa sola. — Por qué duerme ella con Amelia. — Razones sugeridas. — La señora A. sobre el sofá. — Vacilación y consumación. — Lamentaciones tras joder. — Historia de la señora A. — Sobre los gustos sáficos. — La señora A*t*n en un burdel. — Un elocuente vientre. — Explicaciones evasivas. — Cuatro horas de trabajo en un vientre. — Amelia embarazada. — Intervención de A*t*n. — ¿Nacido muerto o asesinado? — El ama de llaves se va. — Bajándome al pilón en una nueva actitud. — Repetición. — Gusto y disgusto. — El parto de Amelia. — Ella desaparece.*

Una noche de verano en Cremorne, ya tarde, vi a una mujer bella y alta a quien tomé por una alemana. Su cabello tenía un tinte amarillo claro oscurecido. Era un color que no admiraba, pero en ella parecía muy bonito y casaba con su rostro, que era redondo con una nariz tirando a gruesa pero bellamente respingona, ojos azules dulces, languidecientes, medio soñolientos, y labios carnosos, como a mí me gustan, en una boca pequeña llena de finos dientes. Tenía un cutis encantador, transparente y blanco, aunque quizá demasiado pálido y falto de color. Poseía un gracioso y bastante infrecuente movimiento ondulatorio de caderas, en realidad propio de todo su cuerpo cuando caminaba. No era un meneo vulgar del culo como el que algunas mujeres adoptan, sino un movimiento fácil. Era como si el trasero pesase demasiado para sus piernas. Pero las graciosas ondulaciones parecían atravesar todo su cuerpo. Fui a su casa con ella en el extremo Oeste de Londres.

He borrado su nombre propio de mis notas y, aunque la visité a intervalos durante unos dos años, soy incapaz de acordarme actualmente. Su nombre de pila era Amelia, y la llamaré Amelia Alemán, debido a su aspecto alemán o quizás holandés.

Ella se desnudó, y al hacerlo sus movimientos eran graciosos y la encontré como esperaba, bella de formas, con muslos que eran un modelo perfecto y un trasero amplio aunque no excesivo. Su coño no era muy peludo. Era pequeño, de aspecto delicado, y conservaba algo del tinte rosa opalino de la juventud, cosa que lo hacía muy bonito unido al pelo de color claro. Sin embargo, su rubio era mucho más oscuro que el del pelo de la cabeza. El clítoris y las ninfas eran pequeños, delicados, y apenas se mostraban a través de los gruesos labios de la hendidura. En conjunto era dulcemente bonito y apenas parecía el coño de una mujer madura de veintidós años.

Dormí con ella y descubrí que era una compañera de cama encantadora. Tenía una manera de follar muy semejante a la de Camille: devolvía mis sacudidas con un movimiento lento de caderas, y al correrse ninguna acción violenta (cosa que detesto en una mujer), sino una especie de estremecimiento que exprime y chupa la polla mientras el trasero se eleva, algo exquisito. Creo que siempre la he mencionado cuando alguna vez encontré a alguna mujer así. Ambos dormimos completamente desnudos, pues su cuerpo era de una exquisita firmeza aunque sin grasa. Su boca y sus dientes me atrajeron desde el primer momento, y me aferré a ellos. Me era difícil alejar la lengua de su boca, como a ella, que disfrutaba la unión sensual allí tanto como yo cuando encuentro la boca que me gusta. Como le pedí, no se lavó después de copular; no le importaba si le gustaba el hombre, me dijo. Me la follé hasta el límite de mis fuerzas, y pasé una noche encantadora. Ambos dormimos profundamente hasta las once del día siguiente. Besándola por la mañana, le dije: «Te has corrido siempre conmigo». «No sé quién no se correría siempre CONTIGO. Con tu modo de hacer, cualquier mujer se correría, si le gustan algo los hombres», replicó ella. Era una de ésas que no utilizaban lenguaje obsceno ni blasfemo. Pero era lasciva, estaba llena de jugo y se sentía tan ávida de esperma como cualquier otra mujer de cuantas había tenido hasta entonces. Una mujer fuerte y sana en el esplendor mismo de la vida, tranquilamente amante de toda voluptuosidad.

Volví a poseerla una o dos noches después, comprobando entonces mediante una inspección más cuidadosa lo que ya había

pensado palpándola y follándola antes: que la abertura de su vagina o boca del tubo para la polla era muy pequeña, y que inmediatamente después de cruzar la boca se ensanchaba hasta ser incluso mayor que en la mayoría de las mujeres. A medida que follaba descubrí esa sensación de capacidad infrecuente incluso alrededor de mi polla. En días sucesivos observé esto particularmente durante el segundo palo, si ella no se había lavado mi esperma. Era la pequeñez y la forma de esta abertura de la vagina lo que ayudaba a hacer que su coño pareciese tan bonito. Ella me dijo que lo habían observado la mayoría de sus amigos, y parecía muy orgullosa de ello, porque cuando miraba su coño —como siempre hago antes de penetrarlo— ella solía decir frecuentemente: «¿No es pequeño?», con un tono satisfecho. Sólo otra vez tuve a una mujer orgullosa de su estrechez en aquel lugar. Nunca dije a Amelia que el interior de su coño tenía un tamaño extra. Nunca hago algo que pueda vejar o herir a una mujer que quiero, o hacerla pensar que no estoy del todo satisfecho con sus encantos. He conocido a muchas mujeres gravemente ofendidas por observaciones mías sobre su persona, observaciones hechas con bastante inocencia por mi parte. Muchas mujeres de vida alegre se sienten tan orgullosas de sus coños como de sus rostros.

Ella era una criatura voluptuosa y disfrutaba mucho con mis abrazos. Tuve amplios signos de ello, y no estoy engañándome. Ella no era persona habladora tampoco, y tenía una voz suave que me gustaba. Solíamos pasar mucho tiempo juntos entonces entre caricias y arrullos, por así decirlo. Una vez en su cama, nuestras bocas se unían y nuestras lenguas se ponían a trabajar, y ninguna otra cosa hacíamos durante un largo rato. Nos lamíamos los dientes, humedecíamos copiosamente nuestros labios de saliva y los frotábamos hasta que se secaban, sacando de cuando en cuando justo las puntas de nuestras lenguas, y todo ello lo más silenciosamente posible. «Tienes una boca encantadora, golfo». «Y tú también, y el más dulce de los alientos». Esto se repetía con bastante frecuencia, como si ambos estuviésemos dándonos de comer el uno al otro. No suelo tomar la boca mojada de mujeres de su clase, ni de ninguna mujer salvo que me guste el aspecto de sus bocas; aunque el beso húmedo de ese tipo lo amo intensamente ahora y me excita más que nada, haciendo que se me ponga dura la

picha sin tocármela.

Ella era hábil también en prolongar nuestros goces sexuales. «Túmbate quieto sobre mí, querido», decía a menudo cuando mi polla estaba dentro de ella, y quieto solía quedarme mientras me lo permitiese la polla, pero era un órgano imperioso. «Oh, no la muevas», murmuraba ella a través de nuestros labios mojados y lenguas cuando nos acariciábamos voluptuosamente el uno al otro. Luego, cuando se corría, le desaparecían las pupilas quedando los ojos en blanco, su boca se abría de par en par y respiraba corto y fuerte uno o dos segundos. Pero antes de que el orgasmo hubiese terminado, sus labios líquidos estaban unidos otra vez a los míos, proporcionando un goce sutil, hasta llegar la esplendorosa enervación. De hecho, ella estaba dotada por la naturaleza en el arte del amor, y amaba ese arte aunque no parecía obscena, ni hablaba en tales términos. Entonces empecé a tomarle cariño, cosa a la que me resistí; no más afecto para mí si puedo evitarlo.

Ella tenía una excelente casa de diez cuartos, bien amueblada. Tras una semana descubrí que vivía sola, y que no había ningún otro inquilino. Entonces descubrí que su renta era pagada por el capitán ***** del regimiento de infantería ***, hijo y heredero de un barón. Él la quería mucho e iba a verla siempre que podía. Durante el tiempo que describo se encontraba en Aldershot. Esta información me la dio ella un día, cuando dije que iba a visitarla. Me suplicó que no lo hiciese, pues estaría comprometida durante una semana. En otras ocasiones ocurrió lo mismo, y ella me dijo entonces por qué. Tras conocerla más acabé viendo su fotografía, y también la de la casa de su padre. En fecha posterior ella me mostró fotos de sus hermanas. Todas las había tomado la misma persona en el campo. (La fotografía no se encontraba entonces en su estado actual de perfección). Él había prometido que se casaría con ella, me contó. Tengo una facultad para obtener confidencias de mujeres de vida alegre, y sin solicitarlas. Muchas me han pedido consejo en sus tribulaciones, convencidas de que no pueden encontrar verdadera amistad en su propio sexo.

Vivía con ella por entonces una mujer a quien llamaba ama de llaves y compañera. Era una mujer bella y bien constituida, aparentemente entre los veintiocho y los treinta años y bastante superior en tono y maneras a lo que se encuentra habitualmente en

casa de una prostituta. De hecho, era una señora. Esto me sorprendió mucho. Estando en la cama con Amelia una noche, tras una cena con champán y una follada, hablando sobre el ama de llaves, me dijo que había sido institutriz, pero había perdido su posición y había tenido un hijo. De hecho, su manera de comportarse era semejante a la de una dama. Cuando llamé me puso una silla y abandonó el cuarto de un modo bien distinto al de un criado.

No siempre decía a Amelia cuándo iba a visitarla, sino que me arriesgaba apareciendo a veces incluso por la mañana, aunque sobre todo por la tarde o la noche. A veces la esperaba una hora o dos si había salido o estaba comprometida. No recuerdo que estuviese con un hombre en su casa cuando fui yo excepto una sola vez, y creo que la mantenían principalmente dos o tres hombres. Ella me dijo una noche que era muy bueno con ella un hombre casado.

Llevaba conociéndola como dos meses cuando aparecí una noche, bien entrado el otoño. Había salido y no volvería en una o dos horas, se me recomendó regresar más tarde. Preferí esperar. La compañera, que me había abierto la puerta diciendo que habían salido los criados (como sucedía a veces), estaba abandonando el cuarto. Hacía frío, y había una chimenea encendida en el gabinete. Pensando sólo en su comodidad dije: «Puede quedarse, salvo que tenga fuego en el salón». No, no había fuego, pero podía ir a la cocina. A petición mía permaneció en el gabinete. Empezamos a hablar, y pensé que parecía muy agradable. Era una mujer de pelo y ojos oscuros, más bien alta como su señora, y estaba vestida agradablemente con un traje de seda de color discreto. Mientras conversábamos, empecé a pensar otra vez en lo que me habían dicho de ella, que había tenido un niño. Me pregunté si estaba siendo follada por alguien ahora, y llegué a la conclusión de que una bella mujer como ella, en el esplendor de la vida, no podía pasar sin la conjunción con el macho (dígase lo que se diga en contrario sobre su castidad). Ningún coño puede rehusar una polla cuando ya la ha conocido. Amelia había dicho estar convencida de que la mujer era formal, pues había tenido bastantes disgustos por culpa de los hombres y estaba furiosa con el dueño de la picha que le había hecho un hijo atrayendo sobre ella la desgracia. ¿Cómo podía creer eso una mujer de vida alegre? Me puse cachondo.

«Siéntese más cerca del fuego, hace frío allí». Ella se acercó, al igual que yo. Algo en sus movimientos me trajo a la mente el balanceo fácil de las caderas de su señora. Yo había estado ansiando hablar sobre asuntos amorosos, pero no sabía cómo empezar; me puse a pensar, estúpidamente, en que no sería justo, que llegaría a oídos de su señora y le haría daño, etcétera, como si no tuviese tanto derecho a echarle un palo a la muchacha como a la señora. Pero apreciaba a Amelia. El movimiento de caderas de su compañera destruyó todos esos pensamientos, y exclamé: «Su trasero se mueve exactamente como el de su señora» (aunque no se pareciese para nada). «¿Es verdad?», dijo ella, riendo. «Sí, y espero que sea del mismo tamaño». «No hay mucha diferencia cuando estamos ambas desnudas». «¿Realmente? Me gustaría verlo». Ella no contestó, pero sacudió la cabeza, riendo quedamente para sí todo el tiempo.

Me acerqué a la rejilla del fuego y puse los pies sobre ella. «Levante los pies, señorita A*t*n» (siempre la llamaba señorita). Así lo hizo. «Levántese la ropa y caliéntese». «Estoy bien». «Yo estoy demasiado caliente», dije ajustándome la polla dentro de los pantalones; se estaba endureciendo y no podía levantarse debido a la ropa, por lo cual me la saqué de los calzoncillos de una manera tal que debió hacérsele evidente la razón, pues rió y luego se detuvo con aspecto grave. Pero había hecho que desease abrir sus muslos, estaba seguro. La lujuria es tan contagiosa, las palabras despiertan ideas y las ideas calientan rápidamente picha y coño.

«¿Durmió algún hombre con la señora la última noche?». Había estado varias veces en el cuarto con el ama de llaves, pero nunca había hecho ninguna pregunta, sabiendo que sólo obtendría como respuesta una mentira. «No». «Pero alguien durmió». «Sí, alguien lo hizo». «Acaba usted de decirme que nadie». «Oh, no, no dije eso. Usted hablaba de un hombre, y fui yo quien dormí con la señora». Me dijo que cuando su señora estaba sola ésta dormía con ella, y que eso acontecía con mucha frecuencia, pues sólo dejaba que pasasen toda la noche con ella a uno o dos hombres.

Yo me embalé entonces, olvidando casi por completo que estaba esperando a la señora. ¿Dormían ellas desnudas como cuando pasaba yo la noche con Amelia? ¿Se acariciaban? La señorita A*t*n contestó discreta y evasivamente a éstas y a muchas otras preguntas. Dijo que dormía con ella porque era tímida. Le hacía el

cabello, la secaba tras tomar un baño y le hacía todo tipo de cosas cómodas, pues había sido muy amable con ella. Vacilé a la hora de decirlo, pero al final afirmé: «Pienso que le ha visto el coño». «Naturalmente». «La ha masturbado usted». «No sea animal, ni me haga estas preguntas», dijo la señorita ****, volviéndose de repente medio indignada. «No le diga a Amelia lo que hemos estado hablando». «No es probable que lo haga».

Eso me estimuló de algún modo. Me levanté y la besé. «No le diga esto», e intenté un toqueteo. «No sea tonto, señor». «Déjeme, mi polla está estallando y no puedo esperar a la señora… Mire». Me saqué la pija en estado de alta inflamación. «No sea tonto… no le palparé. Volverá inmediatamente, o volverán los criados. No… se lo diré… no lo haga». Yo estaba de pie ahora. Ella continuaba sentada, con los pies sobre la rejilla. Me incliné rápidamente, subí mi mano izquierda por sus enaguas y toqué su coño en un segundo, sujetándola a la silla con mi mano derecha mientras palpaba con la otra. Ella no resistió mucho, ni siquiera cerró sus muslos, y mi mano cubrió fácilmente toda la raja desde el clítoris hasta la vagina. Continué besando y metí un dedo en su coño durante un minuto, mientras ella medio reía. Entonces cerró los muslos. «No, déjeme, basta ya, no vino usted aquí para eso».

Abandonando su coño dije: «Hagámoslo». «No, no lo haré». «Lo hará». «La señora puede venir en cualquier momento». «Pero no puede entrar sin tocar el timbre». «Sí puede, tiene la llave». «Atrancaré la puerta de la calle». Ella no dijo que no. Corrí el cerrojo y volví. Ella estaba ahora de pie junto a la mesa, la empujé hacia el sofá y palpé su coño nuevamente. «Nunca se lo dirá usted a Amelia». «Nunca, cómo puede usted pensar que sea tan estúpido». «No sé en cuanto a eso». Ella no dijo una sola palabra más, cogió mi polla (que había estado afuera todo el tiempo), nos besamos, ella se tumbó casi con prisa sobre el sofá, levanté sus ropas, vi que era un coño oscuro y bien poblado de pelo, como sospechaba, y al segundo siguiente mi polla estaba trabajando allí dentro, jodimos enérgicamente y terminamos nuestros placeres en el mismo momento. Ella dijo al levantarse: «Si Amelia supiese de esto me echaría a la calle inmediatamente… no me haga usted ese perjuicio, Dios sabe que he padecido suficiente miseria».

Inmediatamente me sentí como si hubiera traicionado a Amelia.

Eso era muy estúpido, naturalmente, pero no pude evitarlo. La señorita A*t*n fue a la cocina y lavó su coño, volvió, se sentó sobre el sofá y dijo que si su señora no volvía a casa pronto no volvería probablemente hasta tarde, pues había ido a cenar con un amigo y podría ir desde allí a los apartamentos de Argyle, pero que mejor sería que yo partiese. Yo no quería irme. Si entraba ella, podía decir que llevaba allí poco tiempo. «Lo haremos otra vez». Evidentemente, la señorita A*t*n pensaba que lo bueno una vez era bueno dos veces, y aunque me hubiese recomendado partir estaba esperando otro parcheo de coño. No quería desnudarse, pero vi todo cuanto podía ser mirado levantando sus enaguas sobre su cintura. Todo cuanto podía ver y palpar aflojando la parte superior de su vestido lo vi y palpé. Investigué su coño, sujeté una vela para mirarlo, y era desde luego una trampa de coño buena y de aspecto audaz. Me ayudó con bastante buena voluntad en mi inspección, pues nada tenía que ocultar, hasta que cogí la vela. Entonces se resistió. Tan pronto como satisfice los ojos, me dijo: «Mejor se da prisa», tumbándose con los muslos abiertos de par en par. Estaba cachonda o temía que su señora volviese, y pienso que ambas cosas, pero estaba desde luego cachonda. Como yo temía ser interrumpido por el regreso de Amelia me la follé inmediatamente de nuevo.

«Le gusta mucho follar», observé. «A quién no, pero me ha traído desgracias; había jurado no dejar nunca más a un hombre hacérmelo». «Tonterías, querida». Su observación podía ser una forma de sacar información, y había prometido a Amelia no decir nunca a su compañera lo que ella me había contado, y jamás lo hice. Entonces la señorita A*** suplicó que me fuese. Los criados volverían pronto con toda certeza. Si me iba inmediatamente nunca diría que había venido siquiera, eso sería lo mejor, y yo no debía decir a Amelia que lo había hecho. Me fui, pues, fui al Argyle, vi a Amelia allí, le dije que me había limitado a pasar por su casa y me fui a la mía.

Poco después, conversando con Amelia, me dijo que se sentía tímida o asustada ante la posibilidad de un robo o cosa peor si dormía sola, y que solía dormir con la señorita A*t*n. «¿Te masturba ella?». Amelia me dio una torta. «Oh, animal, no. No me gustan las mujeres… me gusta demasiado follar». Esto era evidente, no había duda alguna sobre su deleite voluptuoso en el coito, ni en

que se corría libremente conmigo, pero ¿por qué no iba a gustarle también la otra variedad de disfrute lascivo?

Dije a Amelia que no veía obstáculo en que las mujeres se divirtiesen sexualmente entre sí si les gustaba, pero ella afectó asco… o lo sentía realmente. ¿Era así? Esos pensamientos sólo se me ocurren cuando pienso en las cosas de nuevo y escribo este relato [más aún según lo reviso muchos años después], y Amelia era una mujer tranquilamente voluptuosa, Venus la satisfacía de todos los modos, estoy seguro, y es más que probable que tuviese gustos sáficos tanto como inclinación hacia los hombres, aunque considero infrecuente el doble gusto por más que haya idiosincrasias sexuales singulares de ese tipo. Si le gustaba una mujer para juegos lujuriosos, esto no impedía que quedase embarazada de un hombre.

Sin embargo, otras mujeres tenían mis caricias. No me mantenía fiel a Amelia, ni se lo ocultaba. Entonces salí del país (escribo esta parte del relato separadamente) y cuando volví Amelia había quedado embarazada de su capitán. En vano le dije que antes de ser demasiado tarde, debería librarse del feto. No, ella estaba encantada. Era suyo, sabía que era suyo. Él se había quedado con ella todo un mes. Ella no había estado con ningún otro hombre en todo ese tiempo, y él deseaba un hijo suyo, dijo que se encargaría de él, y así sucesivamente. Para mí era casi increíble que una mujer con su experiencia, a pesar de ser joven, hubiese creído en todo eso. Pero así era. Él le estaba suministrando mucho dinero, y no deseaba que ella viese a ningún otro hombre. Su regimiento fue destinado a ****, y no le sería posible verla durante muchos meses. Sospeché cómo terminaría todo aquello, pero ya no intenté destruir la alegre ilusión en la que ella se encontraba. Quería al capitán, pobre mujer. Pero fuese quien fuese el capitán, y fuesen cuáles fuesen sus promesas, eso no evitó que Amelia follase a conciencia conmigo. De hecho, su goce de mi polla pasó a ser intenso. Desde luego, dejó casi por completo de ir al Argyle.

Me gusta ver del todo a una mujer bella cuando me la he hecho una vez, y —aunque no me interesaba realmente su persona— llevé a la señorita A*t*n a una casa de citas y pasé allí con ella unas cuatro horas. Tras aparecer varias veces esperando encontrar fuera a Amelia y hacerme a la señorita A*t*n, fracasé. En algunos casos la dificultad incrementa el deseo, y eso aconteció entonces conmigo.

Pensé que anhelaba absolutamente poseer a la mujer, por lo cual le escribí y al llegar deslicé un billete en sus manos diciendo dónde podía escribirme. Ella me señaló un día y propuso las once de la mañana. Es gracioso pensar que la mujer no parecía dejar nunca la casa; nunca la encontré fuera de ella, ni oí que saliese, y estaba frecuentemente sola en la casa. Ella me dijo un día que nunca quería salir, cosa que creo una mentira. Sospeché que se estaba ocultando allí, aunque mis razones para creer semejante cosa no eran muy fuertes.

Poco después de las once, estábamos en una casa (no mi favorita); diez minutos más tarde ella estaba en combinación, yo en camisa, y ambos juntos en la cama. Inspeccioné sus encantos, contrariando su pequeño pudor, y ella inspeccionó los míos, cosa que me complació mucho. Ahora buscaba los signos del embarazo y el parto. Ella estaba intensamente absorbida, manoseando y contemplando mi polla, cuando yo empecé la búsqueda. Estaba de pie junto a la cama. Soltó bruscamente mi polla y se bajó la enagua. Mi investigación la había cogido evidentemente desprevenida. «No. No me gusta que me traten así, no», dijo ella muy enfadada. «Has tenido un hijo, querida». «No es cierto». «Sí, acabo de ver las marcas». «No es así, pero ¿y qué si lo fuese?». «Nada, querida». «Pero no lo tuve, fue un aborto». «¿Cómo sucedió eso?». «No se lo diré. Lamento conocerle». «Tonterías. Me da lo mismo que lo hayas tenido o no». Una follada restableció su buen humor.

Intenté averiguar cuándo la habían follado por primera vez, pero creo que no descubrí nada cierto. Había sido seducida, arruinada por un canalla que prometió casarse con ella, su carrera estaba perdida. Desde entonces no había tenido a ningún otro hombre, excepto a mí. Qué curioso era yo, me dijo. ¿Preguntaba a todas las mujeres con las que me acostaba cosas semejantes? Ella no quería a los hombres, porque les odiaba. Naturalmente que se masturbaba, si quería saberlo… ¿por qué no habría de hacerlo? Obviamente, tenía que hacer algo. «¿Masturbar a Amelia?». «Desde luego que no… tiene bastante sin necesidad de hacer eso». «¿Bastante de qué?». Ella vaciló. «¡Pues ahí lo tiene, de joder! Sabía que deseaba oírme decir esa palabra, y la he dicho. ¿Se siente mejor con eso?». Era desagradable, mordaz, y no le gustaban las preguntas. Desistí, por lo mismo, habiendo venido por placer y no para molestar.

«No miraré tu vientre», dije tras lavarse ella el coño, pues insistía en hacer eso rápidamente tras haberme corrido yo en ella, y yo quería ver una vez más sus encantos, ya que si no estoy encamado toda la noche casi siempre miro el coño de una mujer antes de cada follada. De hecho, nunca me canso de mirar los encantos ocultos de una mujer. «No seas absurda ahora, puedes bajarte la combinación por debajo del ombligo, pero he visto allí todo cuanto quería ver», y se la bajé yo mismo. «Abre ahora más los muslos… lo hiciste sobre el sofá la otra noche». De par en par se abrieron, porque algunas mujeres se ponen cachondas cuando son contempladas. Eché una buena ojeada a un coño del tipo habitual; un coño de treinta años, bien provisto de pelo y de labios llenos, sin nada que llamar bonito o feo. Pero su piel era morena, había un tinte marrón levemente bilioso en su piel tanto como en su rostro. Era lo que podía llamarse una mujer de piel oscura, cosa que no admiro mucho, pero carnosa y bien proporcionada. Cuando hube visto todo esto y ejercitado al máximo mi capacidad follándomela aquella mañana, quedé satisfecho y nunca volví a desearla.

Ella me mantuvo afanado en mi trabajo durante las cuatro horas. Deseaba follar más que yo, pero se lo hice cuatro veces. Ella sentía curiosidad por mi polla, y la miró repetidamente. Cuando, tras el segundo palo, dije: «Déjame mirarte, abre tus muslos», ella dijo, riendo: «Déjame mirarte entonces». Naturalmente, la dejé. Me era imposible no pensar que había pasado realmente mucho tiempo desde su último hombre, pues en otro caso no habría manoseado y mirado tanto mi polla. Era como una jovencita, y su prisa en hacer que la penetrase no era fingida. Pero como estaba convencido, por sus respuestas evasivas a mis preguntas, de que estaba mintiendo no me preocupé pensando mucho en ella, o si había sido follada mucho o poco, o por un hombre o más.

Ella había salido aquella mañana para comprarse un traje, dijo, cosa que pienso verdadera. Le di algo de dinero, sospechando que ella no lo esperaba, y nos separamos como si fuésemos amigos y nada más. Tampoco mostró ella signo alguno de agradecimiento o placer cuando la vi nuevamente en casa de la señorita Alemán. (Todo esto aconteció antes de que la señorita Alemán me dijese que estaba embarazada).

Pasaron algunos meses, durante los cuales estuve mucho por el

extranjero, e hice un largo viaje a través del mar que omito narrar aquí para seguir con Amelia. Fue a mi retomo cuando ella me dijo que estaba embarazada y los demás detalles antes expuestos. Entonces volví a dormir con ella y lo hice a veces durante uno o dos meses, hasta que su vientre empezó a ponerse grande. Tras cierto tiempo empezó a ponerse irritable y llorosa, pues, aunque su capitán le enviaba dinero y amables cartas, dijo que pasaría mucho tiempo antes de poder volver a verla, que lo habían descubierto y que había tenido una horrible discusión acerca de ella con su superior. Ella empezó a preguntarme si yo pensaba que él haría lo que había dicho. ¿Cómo podría saberlo?, repliqué yo, cuando sólo sabía lo que ella me había contado. Entonces ella me dijo que estaba segura de poder confiar en mí, y me mostró un manojo de cartas suyas que leí, y vi que él se estaba enfriando. No quise decirle eso para no incrementar su preocupación, pero dije que si él no cumplía ella podía quizá perseguirle judicialmente por ruptura de promesa, aunque no pensara realmente que ella pudiera hacerlo. Pero eso la consolaba, por lo menos.

No me gustaba hacérmela con su gran barriga y dejé de visitarla con tanta frecuencia. Entonces ella se fue a Argyle, como dijo, sólo para entretenerse. No sé si tenía allí amigos o no, pero logró vestirse de manera que no había signos del tamaño de su vientre. En el Argyle vino hacia mí una noche tan pronto como me vio (le había dicho siempre que no aparentase conocerme salvo que yo le hiciese un signo, pues era mi costumbre con todas las mujeres). «*Es preciso* que hable contigo», dijo ella. «¿Qué piensas? Volví a casa la noche pasada y descubrí que mi ama de llaves se había librado de un sietemesino, que estaba muerto y yacía sobre la mesa envuelto en una servilleta. Ella estaba tumbada, desmayada, sobre el sofá. ¿Qué voy a hacer? El niño muerto sigue allí». Sugerí llamar a un médico. Ella dijo que le asustaba hacerlo. «Quizá lo ha matado», observé. Ella estaba segura de no saberlo, esperaba que no. Pero la señorita A*t*n no replicaría, no diría nada, no abriría la boca. Allí estaba ahora enferma en la cama, diciendo únicamente que no quería ver a un médico y deseaba estar muerta.

No pude ayudarla, pero seguí recomendando a un médico. Ella me pidió que fuese a casa con ella y viese a la señorita A*t*n. Me excusé mientras siguiese allí el niño muerto. No podía hacer nada

útil, pero le dije que estaría en Argyle pocas noches después.

Pasada una semana, Amelia me dijo que el niño estaba enterrado, y que había nacido muerto. Que A*t*n estaba enferma y que pensaba despedirla inmediatamente después de que mejorase. Una semana después de eso se había ido, y dormí con Amelia. Ella rodeaba de misterio lo relativo a su compañera, y dijo que jamás habría creído que fuese a meterse en semejantes líos otra vez. No hice más preguntas porque no deseaba saber nada más sobre el asunto, pero sospechaba que el niño había nacido vivo. Nunca más oí hablar de A*t*n. Pero me sorprende mucho en Amelia que pensase que una mujer conocedora del follar se pasara el resto de su vida sin eso. Pronto hubo criados nuevos en la casa. Si yo hubiese tenido algo que ver con esa criatura no habría podido tener más de cinco meses, pero supongo que no.

No obstante, hay una cosa que debía haber mencionado antes. Estaba muy salido una noche, y me complacía mucho en la belleza y blancura del cuerpo de Amelia. Pienso que ella se encontraba básicamente en la misma situación de lujuria. Qué exquisito es el placer cuando un hombre y una mujer están ambos cachondos y practican juntos estratagemas eróticas. Su vientre apenas había empezado a crecer por entonces. Pospuse la consumación y me consentí muchos preliminares lascivos. Estaba lleno de ideas en el más alto grado, colmado de invenciones eróticas. «Arrodíllate sobre mí, querida, y déjame ver tu bonito coño», dije moviéndome hacia el centro de la cama. Ella estaba desnuda como cuando nació, porque tenía el camisón preparado para ir a la cama conmigo e hice que se lo quitase. Riendo, se situó sobre sus rodillas, montándome, con su hendidura coralina levemente abierta por la posición. Miré atentamente, con deleite sexual y polla dura, la división marcada por pelos de color claro, y la toqueteé usando a veces las dos manos simultáneamente. Al hacerlo ella puso una de sus manos por detrás del culo y palpó mi polla. «Oh… ah… ¿Verdad que está dura? Oh, tómame». «Todavía no, amor, tócame la polla otra vez». «Bésalo, besa, estoy tan cachonda», dijo ella meneando sus muslos y nalgas tanto como se lo permitía la posición arrodillada. «Ven más cerca entonces». Ella se movió algo más adelante sobre las rodillas, sus muslos se abrieron más al aproximarse a mis hombros y su coño se encontró con mi boca. Lo besé apasionadamente, luego puse mis

manos involuntariamente alrededor de sus suaves nalgas blancas y la acerqué a mí. «Agáchate un poco, querida». Su coño cubrió mi boca, saqué la lengua y excité su clítoris con ella; luego lamí y cerré sobre él mis labios, para volverlo a lamer después. «Oh… oh, si haces eso me correré. Oh… ooooh», dijo ella, y su coño se movió hacia delante y hacia atrás, cubriendo mi boca y mi nariz. Desistí un momento, diciendo: «¿Quieres que te masturbe, golosa?». «Oh, hazlo… sigue, hazlo, estoy casi corriéndome», y su vientre y trasero temblaron de lujuria.

Me aferré a sus nalgas con ambas manos y puse la lengua sobre el clítoris otra vez. «Mantén quieto el coño cuando te corras», dije, pues en el placer que acababa de tener había movido su coño de tal manera que perdí el clítoris, mi lengua penetró en su vagina y su clítoris me frotó la nariz. No me gusta que mi nariz y mis labios estén cubiertos por un coño. Entonces lamí y mordisqueé suavemente, acariciando su clítoris, hasta sentir que su trasero vibraba de placer; todo su coño, a pesar de ella, parecía caer sobre mi boca y cubrirla, y con un grito agudo de placer la querida criatura se corrió. «Nunca me habían hecho eso antes», dijo, cuando yacía a mi lado uno o dos minutos después. «¿Te gusta que los hombres se bajen al pilón contigo?». «Sí, mucho a veces, pero me gusta que me lo hagan como siempre después», y como siempre se lo hice entonces a los pocos minutos.

Dos o tres veces después, me vi presa del deseo de bajarme al pilón con ella, y lo hice siempre de ese modo. Sólo lo hacíamos cuando ella estaba cachonda, habíamos estado hablando libidinosamente y volvía a casa con ella tras una buena cena. (Porque me había acostumbrado a invitarla a cenar al ****, recién abierto por entonces). No me sentía avergonzado de ella, pues le vestía bien y discretamente, y aunque había un aire indiscutiblemente voluptuoso en ella, apenas parecía una mujer de vida alegre cuando estaba alejada de una reunión de putas. El hecho de bajarme al pilón se debía también a su incitación más que a mi propia iniciativa. Su capitán siempre se lo hacía, me dijo tras preguntarle. «Sí… sí, una vez me lo hizo otro». Y así sucesivamente, hasta que la conversación suscitaba el deseo. Entonces ella se lavaba el coño y se montaba sobre mi boca otra vez.

Y esto es lo que escribí entonces. Es mejor dejarlo como está que

ponerlo en una forma narrativa semejante a la del resto. «Lamí el coño de Amelia la noche pasada. ¿Quería yo hacerlo o era ella quien quería que se lo hiciese? Se lo he hecho varias veces; ahora no me gusta hacerlo, pero lo hago. A ella parece gustarle tanto. Por lo que puedo juzgar yaciendo bajo su coño y sin ver nada, pudiendo sólo aferrar su trasero o sus muslos, su cuerpo parece vibrar con un goce más alto que cuando está siendo follada, y me gusta darle placer porque se lo merece y es tan bella. Pero quiero lavar mi boca y mi bigote inmediatamente después, mientras ella dice tras una pausa momentánea: "sigue, querido". Pero no me gusta el sabor, y escupo mi saliva mientras lo estoy haciendo y después hasta que corre por mi barbilla y deseo lavarme la boca. Pero la última noche me bajé al pilón con ella largamente, sin escupir. No obstante, parece que lo hago porque ella me habla de ello. Ella es la que empieza siempre a hablar de ello. Me pregunto si se lo hacía la señorita A*t*n. Medio lo sospecho. Preguntaré de nuevo. Pero ¿por qué no habría de hacerlo si a ambas les gusta?».

Una vez más dejé Inglaterra. Cuando volví, su gestación estaba muy avanzada y era presa de angustia. Se aproximaba el momento de su alumbramiento. El capitán le enviaba dinero, pero vi por sus cartas (ella insistió, contra mi voluntad en hacer de mí un confidente) que se estaba enfriando, y justo antes del parto escribió diciendo que lo lamentaba profundamente, pero que no había otra solución. En caso contrario, su padre no le dejaría nada, se vería arruinado, y por eso iba a casarse. La vi unos días después de recibir esta carta, y se encontraba en un penoso estado de aflicción. Un momento gritó y dijo que lo amaba, al momento siguiente lo maldijo. Por él había perdido ella sus buenos amigos, que no querían visitarla debido a su vientre, y ahora tendría un hijo ilegítimo que mantener y mucho más. Estaba encolerizada, y su energía (en alguien tan plácido habitualmente) me sorprendió.

Tuvo el niño y, afortunadamente, murió. Pero casi la mató al venir al mundo, y me pregunto si fue debido a esa pequeña abertura. No escribiré más sobre el asunto porque ésta no es la historia de Amelia Alemán. Después de ello su aspecto se alteró bastante. Tuve otras mujeres, estuve mucho tiempo fuera y sólo la poseí una o dos veces, tras recuperarse ella del alumbramiento. Algunos meses después, en Argyle, me la encontré y fui a casa con

ella. Ella vivía entonces en una habitación alquilada, había perdido sus modos agradables y tranquilos, y era una zorra vulgar y ostentosa. Me dio pena. Desapareció repentinamente, ninguna de las mujeres a quienes pregunté lograron decirme nada sobre ella, no la había visto por ninguna parte durante mucho tiempo, y eso fue todo cuanto obtuve de la hermandad.

(Como citar la estación del año o los puntos exactos visitados podría proporcionar claves para la identificación, ambas cosas son omitidas. El relato de algunas aventuras, aunque cuidadosamente escrito, será destruido por razones similares. Desgraciadamente, poco después de producirse hice de ellas tema de conversación en mis clubs, y conté algunos de los incidentes a amigos y parientes. Repetirlos aquí sería como confesarme públicamente y ser indiscreto con otras personas que viven todavía. Por lo mismo, a las llamas irán a parar, como tantas y tantas páginas de este manuscrito).

Los celos de Sarah. — Sus posturas de ballet. *— Mis posturas. — Un escape de viento. — Estilo carretilla. — Una joven muchacha sugerida. — Harriet, dulces dieciséis años. — Arreglos financieros. — El doctor H**m**d nuevamente. — Cepillo de dientes y pasta. — Dudosa virginidad. — Harriet borracha, sobria y abierta. — Una vagina estrecha. — La extraña conducta de Sarah. — Tres en una cama. — Harriet celosa. — Escapa. — La casa de citas con el agujero cerrado. — Sobre el tamaño de mi polla y otras. — Sobre la capacidad, elasticidad y receptividad de los coños.*

Cuando volví con Sarah, ella quedó sorprendida por la duración de mi ausencia, y pensó que me había perdido. Se sentía rencorosa, como acontece con las mujeres de vida alegre cuando han perdido a su hombre y su dinero. Creo que había llegado a considerarme una fuente regular de ingresos.

Fuimos al agujero para espiar y nos divertimos durante una o dos noches con diversos juegos amatorios, y entonces hice un descubrimiento sobre Sarah.

Me había sorprendido la facilidad con la cual posaba en actitudes extrañas, difíciles y obscenas sugeridas por mí. Aquella noche habíamos estado sentados bebiendo, y ella estaba animada. Observé la facilidad con la cual asumía ella posturas. Rió y se levantó. «Mira aquí entonces». Se quitó la combinación, puso una pierna casi a la altura de su hombro y, situando la punta del pie contra la pared para descansar sobre ella, inclinó su cuerpo hacia abajo en dirección al suelo tocándolo con la mano. *Era* una visión. Su coño se abría, mostrando el más amplio rostro rojo que un coño puede mostrar sin ser abierto por dedos, mostrando el espeso pelo negro a su alrededor hasta perderse casi en el ano. También era bastante visible la mata de una axila, y todo esto podía verse con una sola ojeada. Me puse de rodillas para mirar su raja y le metí un dedo en un éxtasis obsceno.

Ella se incorporó y supliqué que repitiese la postura. «Mira, no creo poder hacerlo ahora, pero lo intentaré». Lanzando hacia arriba la pierna cogió el pie con la mano y luego, llevándolo más y más arriba, giró sobre su pie izquierdo. Era una visión bastante nueva del territorio coñil. Los labios, sombreados de negro, no estaban ahora abiertos sino levemente apretados uno contra otro, aunque prominentes. La banda roja era apenas perceptible, pero los labios mostraban el comienzo carmín y se obtenía una visión del valle del culo. La vista era sugerente en extremo, y en pocos segundos, urgiéndola a subir a la cama, perforé su coño. Ella se encontraba en un estado de ánimo de rara lascivia, y se corrió pronto. Aquella noche había meado sobre su coño, y en aquel momento nos corrimos juntos esplendorosamente.

«Estoy condenadamente cachonda», dijo ella. «Siempre me pasa lo mismo justo antes de llegar el mes… Fóllame otra vez».

Nos sentamos tras nuestro ejercicio. «Debes haber sido bailarina», dije. Ella rió. «¿Nunca me habías visto antes de encontrarme en la calle?». «Nunca». «¿Estás seguro?». «Así lo creo». «¿Viste alguna vez la obra de *** en el Covent Garden?». «Sí». «Ah, entonces *me* viste. Solía bailar allí». Le saqué que había sido figurante, pero nunca supe por qué abandonó el teatro. No quería continuar con eso… aunque podría si quisiera. «Hay razones que no voy a cantar, aunque me preguntes toda la noche».

Entonces hizo otra vez las posturas, luego bailó desnuda y adoptó posiciones como las bailarinas de *ballet*. «Ven y sujétame así… quítate la camisa». Así lo hice. Entonces me situó como para que la sujetase en diversas actitudes, al modo en que los hombres sujetan a las bailarinas en el *ballet*. Estábamos ambos desnudos delante de un gran espejo. Ella adoptando actitudes que exponían su trasero y coño. Yo sujetándola con la polla tiesa. A veces ella me la sujetaba. Poco después de posar en unas pocas actitudes le metí de nuevo el falo en su coño, y luego otra vez hasta que quedé extenuado. Ella estaba caliente aquella noche. Esto sucedió en la casa de citas que tenía los espejos.

Me fui encantado. Pensé que algunos sujetos darían dinero sin límite por verla. Desde entonces he deseado muy a menudo —mientras veía a las bailarinas levantar la pierna— que no llevasen ropa interior y pudiera verles los conejitos. Pensaba en tal momento

que estarían ampliamente dilatados y en otro momento que sería una visión maravillosa. Me follé a una bailarina de *ballet* hace algunos años, como pienso haber contado, pero quizás es uno de los relatos omitidos a fin de abreviar esta historia, pero aquello fue por el placer de joder a través de un corte hecho en sus mallas. Creo haberlo contado, aunque no estoy seguro. Ella había hecho piruetas unos momentos, pero sólo tuve una diversión pasajera con ella. Con todo, hoy tengo a una mujer de bellos miembros que puede hacerlo todo, y que lo hará cuando desee. Así iba pensando yo.

Una noche después ella se negó cuando pedí que posase desnuda. Discutimos, le pagué y —para su estupor— me fui sin follarla. De nuevo me encontré con ella y se lo pedí. Nuevamente ella se negó, y otra vez me fui. La tercera vez dijo que haría algunas posturas, y nos fuimos al A**a.

Al entrar, ella se negó, estaba arrepentida de haberse «descubierto así», se preguntaba cómo podía ser tan tonta como para dejar escapar cosas acerca de sí misma. «Fueron el champán y la lascivia, Sarah». Como seguía negándose, puse sobre la mesa el dinero y estaba para irme cuando ella me dijo: «No te vayas sin echarme un palo, lo haré». Veinte minutos más tarde, aunque con gesto hosco, allí estaba con un pie contra una estancia de metal y yo desnudo con la polla tiesa, unas veces mirando su conejito abierto, otras espiando por debajo de sus nalgas, otras mirando el reflejo de nuestros cuerpos desnudos en el espejo. Hice que levantase la pierna y se cogiese el pie, y, al hacerlo, con el esfuerzo se le escapó un pequeño pedo. «Ahí lo tienes», dijo ella, «juro que no volveré a hacerlo jamás», y se negó en redondo aquella noche. La follé y la dejé enfurruñada.

Me negué a salir con ella otra vez hasta que lo prometiese, y pronto su posar fue parte de mi diversión nocturna. Solíamos hacer posturas delante del espejo, riéndonos de ellas y pensando qué dinero pagarían los hombres por vemos a ambos desnudos. Me atrevo a decir que hombres ricos han inducido a bailarinas de *ballet* a hacer tanto, pero no más; y yo era afortunado por disfrutar de tales pasatiempos voluptuosos por un precio tan módico.

Entonces me la follé estilo carretilla. Pienso haber intentado eso con otras mujeres, pero no estoy seguro. Ahora parecía una novedad. Con los largos miembros de Sarah podía realizarlo bien.

Ella puso almohadas en el suelo para descansar la cabeza y los brazos. Yo me senté al lado de la cama desnudo. Ella estaba desnuda también, puso las piernas gradualmente hacia arriba, una a cada lado de mis caderas y entonces sujeté mis piernas al nivel adecuado. Era una bella visión mirar cómo su trasero se elevaba gradualmente. El surco de las nalgas sólo se mostraba un poco al principio, pero luego fueron apareciendo el pelo oscuro, espeso y sedoso de los lados de su coño, y entre ellos la abertura roja. Entonces me incliné hacia atrás unos pocos segundos con admiración, abriendo los mofletes del culo y sepultando mi dedo en la hendidura roja. Presionando entonces hacia abajo sobre mi polla, que se resistió elásticamente al hecho de ser desplazada de su perpendicular, la inserté en su coño y la conduje a su destino, pasando las manos bajo sus muslos, sacudiéndome y excitándola a la crisis. Cuando mis sentidos se recobraron, me senté otra vez sobre la cama manteniendo mi pito lo más profundamente metido que podía, y palpé su clítoris pasando una mano alrededor de ella por el vientre, hasta que la polla se salió de su estanque y la conjunción lasciva terminó.

Esto fue muy excitante, pero como posición de follar es inferior a muchas posturas. La polla del hombre está inclinada hacia abajo, y el extremo clitoridiano del coño pierde su fricción. La postura de la mujer con las manos y la cabeza hacia abajo es fatigosa. Si ambos se corren no hay respuesta tras la emisión, y se pierde el placer tranquilo y lánguido que sigue a los topetazos activos, al golpeteo de los testículos y a las sacudidas del trasero, se pierden las torsiones y apretones posteriores al coito.

No había pensado más en pequeños coños intocados. Supongo que estaba entonces satisfecho por mis pasadas diversiones con la pequeña y sorda Emma. Fui entonces una o dos veces al domicilio de Sarah. Ella misma me abrió la puerta, porque no siempre mantenía a una criada joven, y a menudo sólo tenía a una asistenta. Allí la hice follar y posar un poco en posiciones estrambóticas, y sucedió lo siguiente.

Supongo que tras haber conseguido dinero suministrándome una joven virgen quería otra bonificación, y se convirtió en inductora. Una noche en que me la encontré por la calle y fui a su casa sólo para charlar, me dijo que acababa de contratar a una joven y

preciosa doncella. ¿Querría yo hacérmela? Mi ansia de conchas juveniles era, supongo, como un fuego escondido que inmediatamente estalló en llamas. Pregunté el precio y convine pagar como la otra vez, si la muchacha era virgen. Pero había dificultades en cuanto a la virginidad, porque la chica había cumplido los dieciséis, había tenido su período ya durante algún tiempo y había estado sirviendo. Sarah pensó que era virgen, pero sabía que no era posible engañarme a *mí*. ¿Quería yo ir a verla? Ella me proporcionó una descripción incitante de su excelente aspecto y, como estaba en una edad encantadora —edad de la que había disfrutado poco en los últimos años, pues mis mujeres habían sido más jóvenes o mucho mayores—, convine en ir a echar una ojeada a la chica.

Debía pasar una vez más por el doctor M**m**d. De hecho, Sarah me llamaba doctor siempre. Fui y vi a una muchacha alta, delgada, de aspecto brillante, ojos oscuros y pelo oscuro que parecía tener unos dieciséis años. Los ojos brillaban al hablar, y dije que —a mi entender— ella distinguía bien una polla de una empanadilla. Sarah dijo: «Nunca he conocido a una chica de dieciséis años que no supiera la diferencia; las chicas que han cuidado a sus hermanos han visto una polla tiesa, aunque no la hayan endurecido ellas. Pero merece un palo aunque haya tenido o no otros antes, si bien creo que, si hubiese sido follada, no estaría conmigo». Ella había desempeñado su papel de la mejor manera posible. «Quizá nunca la hayan follado, aunque pueda no ser complicado entrar en ella». Pensé inmediatamente que la chica no era virgen.

Sarah era partidaria de hacerlo pronto si iba a hacerse. *Ella* no iba a ocultar a la chica su condición de mujer de vida alegre, como hiciera al principio con la chica sorda. Le había dicho ya cómo se ganaba la vida y qué vida buena y fácil era. El nombre de la muchacha era Harriet. Si quería estar seguro de que estaba intacta, el modo de comprobarlo era emborrachándola y mirando. Sarah me ayudaría, pero cuanto antes mejor. No valía la pena mantenerla si yo no la deseaba. No quería en la casa a una muchacha con buen aspecto. «¿Tienes miedo por el señor E**z*r?». Quizá, pero eso no le importaba, dijo Sarah de modo cortante.

Se le dijo a la chica que yo era el médico de Sarah y que en tiempos solía *hacérmela* (su término habitual), pero que ahora

aunque viniese a verla como médico nunca la follaba, por más que hablara de modo libre y obsceno, y nunca cobraba mis servicios médicos. Yo era un hombre extraño, pero bueno.

Descubrí que la chica casaba perfectamente con la descripción hecha por Sarah. Sus centelleantes ojos oscuros poseían una expresión anormalmente dulce. Una expresión suave de lascivia y voluptuosidad, que algunas muchachas tienen justamente después de sus primeras menstruaciones, cuando su piel adopta un matiz fresco y se suaviza disponiéndolas para recibir el amor del hombre; éste era el caso de Harriet, que, según creo, provenía de algunos de los suburbios exteriores de Londres. Pero, por alguna causa, nunca tuve curiosidad por verificar esta impresión o por conocer cosa alguna sobre ella, como me ha acontecido con otras mujeres.

Tras un día o dos estaba otra vez en el domicilio de Sarah. «¿Te importa que Harriet se siente en este cuarto? No hay fuego en el dormitorio». «No». No me molestaba. La chica se sentó entonces a coser. Yo la envié a buscar coñac y vino, regalándole el cambio. Bebimos todos, y la chica con bastante rapidez. Sarah se fue al dormitorio. Mientras estaba ausente, tras hacer algunas bromas le di un pellizco en el culo. Ella gritó. Sarah vino. «¿Qué pasa?». «El caballero se está propasando conmigo». «Dios mío, pensé que estaba pegándote patadas en el culo por el ruido que hiciste». La chica abrió la boca de par en par, miró y se sentó confusa. Nosotros reímos. Dije que me gustaría besar y no pegar patadas al culo de Harriet, pues estaba seguro de que era tan bonito como su rostro.

Entonces me fui detrás de ella, puse mi mano bajo su barbilla, la besé y observé en aquel momento que tenía buenos dientes, pero no muy limpios. «Tienes buena dentadura, pero no te la limpias». «Mi cepillo está gastado, señor». «Déjame ver mejor tus dientes». Ella se resistió. «No seas estúpida», dijo Sarah, «deja que el doctor vea tus dientes». Cuando lo hube hecho, dije: «Toma, vete al farmacéutico, cómprate un cepillo de dientes y una caja de polvo dentífrico lo más rápido que puedas». Salió. Jamás he podido soportar a una mujer con los dientes sucios.

Le había dado cinco chelines. Ella estuvo de vuelta en cinco minutos, complacida, especialmente cuando le dije que se guardase el cambio. Abrió la caja para mirar el contenido cerca de la lámpara. Yo estaba de pie con el trasero hacia el fuego, fumando.

«Cuando se termine te daré más. Límpiate los dientes cada mañana y cada noche, y en una semana tu boca será tan dulce como tu coño inmediatamente después de haberlo lavado».

La chica dejó caer la caja desparramando el contenido sobre la mesa, me miró durante un segundo, se volvió de espaldas, estalló en carcajadas, cogió las cosas y salió corriendo hacia el dormitorio. Sarah gritó: «Maldita seas, pequeño animal desconsiderado, has estropeado mi mantel», y la trajo de vuelta. «Es absurdo que te intimide el doctor». La chica recogió el polvo dentífrico. Yo le tiré media corona a Sarah diciendo: «Fue culpa mía, coño negro, y esto ayudará a limpiar el mantel».

Es demasiado largo para ser contado en detalle, pero mantuve ese estilo de charla e hice que la chica se sentase junto al fuego con nosotros mientras su señora decía: «Ven si él lo desea, él se sale siempre con la suya aquí». Y yo hablé con obscenidad suficiente como para encanecer el pelo de un clérigo. Los ojos de la muchacha, que al principio me evitaban, acabaron mirándome mientras Sarah continuaba diciendo que no se preocupara por mí, que no fuese una tonta, que algún día se vería obligada a escuchar la conversación de los hombres. Pensé que quizás estuviera ya familiarizada con ella.

Hice las preguntas que podría haber hecho un médico. Cuando la muchacha no replicaba, Sarah la reñía diciendo: «Qué puede importarle a *él*… puedes estar enferma algún día y necesitarle».

Como me iban calentando el vino y el aspecto de la chica, acabé prometiéndole dinero para botas y medias siempre que me dejase ponérselas. «Toma el dinero… no seas tan estúpida… cógelo», dijo Sarah.

Me preparé para partir diciendo: «Pelo oscuro y ojos oscuros, igual que Sarah… Apuesto a que el pelo de tu coño es oscuro como el de Sarah». La chica se sonrojó y no contestó. «Es negro», dijo Sarah riendo. «Lo he visto».

La chica llegó a mostrarse tan pacífica que empecé a pensar que había escuchado charlas semejantes antes, pero su comportamiento posterior me convenció de que no estaba acostumbrada.

Vi a Sarah la noche siguiente en la calle. «La emborracharemos y le miraremos el coño mañana por la noche», dijo. Pero nos vimos defraudados por la llegada de la menstruación de la chica, y

pospusimos la tarea. Sin embargo, pregunté a la chica todo tipo de cosas sobre su período, como haría un doctor. Ella me dio respuestas sencillas, pero púdicas. Para cuando su período terminó había dejado de evadir mis cuestiones incluso cuando eran obscenas. Si Sarah reía, la muchacha lo hacía también, aunque tímidamente; cuatro o cinco noches de decir verdulerías estaban desintegrando su pudor.

Entonces Sarah me contó que le había mostrado mi libro obsceno y me recomendó traer otro, conviniendo en que, cuando estuviese lista, Sarah saldría y yo examinaría su coño y haría lo que quisiese.

Le había tomado un cariño a esta chica bastante diferente del que sentía hacia la sorda, que era como una niña y a quien deseaba precisamente por ello. Pero Harriet, con un año y pico más, había provocado mi lascivia en un sentido distinto. Era el encanto de penetrar en una mujer muy joven, cuyas pasiones estaban empezando a despertarse por la naturaleza e iban a verse aceleradas por mí. No era tan joven como hubiese deseado, pero era lo bastante joven como para ser una novedad placentera. Aunque no sepa realmente lo que puedo llamar muy nuevo para mí en cuestión de mujeres y en la manera de jugar con ellas. Una noche me quedé en la casa. Tomamos vino, coñac y agua. Era una noche fría, y nos sentamos frente al fuego. La lascivia estaba en marcha. Aunque no hubiésemos planeado qué decir, debía ser suficiente para estimular al máximo la lujuria de la muchacha y para permitirme —una vez embriagada ella lo bastante— hacer cualquier cosa con ella. Yo debía verificar su virginidad y quitársela follando —si la tenía— del mejor modo que pudiese. No me gustaba este trato, aunque consentí, como ha sucedido antes en mi carrera.

«Ven y siéntate aquí», dije a la muchacha. «Hace frío ahí». Ella lo hizo y quedamos los tres frente al fuego, yo en medio. Le di dos vasos de vino, que no surtieron mucho efecto. Sarah me guiñó y llenó por la mitad un vaso grande de agua hirviendo con mucho azúcar y coñac. Era fuerte como el diablo, pero la dulzura lo ocultaba. «Toma Harriet, da un buen trago». Ella bebió, Sarah y yo tomamos un poco y luego la chica sorbió grandes tragos. Pronto se le abrillantaron los ojos y comenzó a hacer risitas como hacen con frecuencia las chicas cuando comienzan a alegrarse y antes de que

venga el estado de estupidez.

Entonces Sarah levantó sus propias enaguas hasta las rodillas, para dejar que el calor del fuego alcanzase su trasero, como haría la mujer más púdica si estuviese sola o con amigas femeninas, o con el marido presente. «Déjame ver tus medias y botas nuevas», dije yo, pues había pagado por ellas. Ella vaciló. «Enséñaselas al doctor». La chica me dejó levantar sus enaguas hasta las rodillas, mostrando un par de piernas delgaduchas, pero bien perfiladas.

Yo las alabé y las palpé. «Mantén las enaguas levantadas como tu señora, ya ves que le gusta que el calor del fuego llegue a su coño». «Oh», dijo la chica dejando caer las ropas. Sarah lanzó una carcajada. «Me gusta calentarme el coño. ¿Para qué dejas caer tus ropas, pequeña estúpida?». Yo las subí nuevamente, dejándome ella, y bebimos más coñac y agua. Entonces palpé los muslos de Sarah y, luego, gradualmente, los de la chica. «A mí no me importa… *mira*», dijo Sarah respondiéndome, y se levantó las ropas hasta el ombligo, levantó una pierna arriba hasta el marco de la chimenea y medio volviéndose en la silla mostró su coño. «Me gusta que miren mi coño… me gusta que lo follen… Tú lo has visto y lo has follado muchas veces, ¿verdad doctor?».

Harriet se quedó mirando, dijo: «¡Oh!». y lanzó risitas, pero se me resistió, ahora que luchaba por palparla. Se estaba emborrachando poco a poco, y su resistencia disminuía a medida que yo insistía.

Entonces Sarah me sacó la polla, palpé el coño de Sarah, puse a Harriet sobre mis rodillas, toqué todos sus miembros y luego hubo una confusión de acciones y palabras lascivas. Sarah se levantó, me hizo un guiño, dijo que debía irse y al momento había partido. Yo cerré la puerta.

Harriet estaba sentada en el sillón de Sarah. Yo me dejé caer sobre las rodillas levantando sus enaguas, y vi que tenía un leve pelo oscuro en el fondo de su vientre. Empujé entre sus piernas y las puse alrededor de mis costados; eso trajo su trasero al borde de la silla y mi polla —que acababa de sacar— tocó justamente su coño. Retrocedió con un grito, pero estando sentada me fue fácil atraerla de nuevo mientras mi polla dura tocaba sus muslos. Ella se reía ahora como un borracho. «Tócame la polla», dije yo poniéndole la mano abajo. «¡Oh! ¡Oh!». dijo ella intentando hacerlo como con

deleite. «Es mi polla», dije. «Sí», contestó.

«Déjame joder contigo… ven a la cama». «¡Oh, no! No puedo». «Si hubieses jodido alguna vez… bien que te gustaría». Ella hizo una risita y tuvo la cantidad suficiente de sensatez como para no contestar. Yo tenía ahora la mano entre sus muslos tanteando sobre su coño, y ella no se resistía.

Entonces me levanté, me senté sobre una silla, la puse sobre mi rodilla, la mantuve inclinada hacia atrás y poniendo mi polla sobre su mano le palpé el sexo y, besándole, dije: «Deja que te folle». No obtuve respuesta, pero ella me besó aferrando mi pito. Sus ojos se cerraron, diciendo «Oh… señor… no… oh, no», con un fuerte tartamudeo. «¿No oíste lo que dijo la señorita F**z*r?». «Oh, sí», y apretó con tanta fuerza mi pito que me hizo daño. Sarah no llevaba ni diez minutos fuera.

La conduje al dormitorio y sin resistencia la deposité sobre la cama. Quedaba una vela encendida. En parte con suave fuerza y en parte amenazando, levanté sus ropas e intenté mirar su coño separándole las piernas. Ella trató de incorporarse y la empujé de nuevo de espaldas. Su cabeza cayó sobre la almohada. La moví con dificultad hacia un lado —«no… no»—, separé a la fuerza sus piernas y abrí los labios de su coño. Borracha como estaba, se resistió lo bastante para hacer incierta mi observación, pero vi que se trataba de una hendidura abierta. La presión me venció entonces, olvidé el objeto de mi inspección; su carne parecía tan agradable, el leve pelo sobre los pequeños y bonitos labios gordezuelos me puso fuera de mí. Colocándola otra vez erguida sobre la cama, la cubrí sin resistencia. Inconscientemente, quería joder. Al instante siguiente mi polla estaba insertada en la entrada.

«Oh, me hace daño… oh, no debe… oh, se lo suplico», fue todo cuanto dijo. Sentí que no había roto nada, que ningún obstáculo se me había enfrentado, pero me parecía penetrar muy poco. Golpe tras golpe fui penetrando, pero lentamente. Al final llegué al fondo y estaba corriéndome. Era un estuche estrecho y muy probablemente no virgen. Fuera de «¡Oh! ¡Oh! No», y no muy alto, ella no había expresado dolor alguno, y para cuando mi polla era incapaz de penetrar más y mis pelotas estaban golpeando contra sus nalgas ella estaba tranquila.

Yo me había corrido con demasiada excitación. ¿Era o no

virgen? Mi pensamiento trabajaba. Mientras mantenía la polla todavía dentro me incorporé sobre el codo para mirarla y puse la mano abajo para palpar su coño. A la luz de la única vela, no pude ver sangre sobre mis dedos. Justo entonces abrió ella los ojos. «Oh, estoy tan enferma… voy a marearme, apártese señor, déjeme levantarme», dijo ella en tono incoherente y empezó a vomitar. Saqué mi polla y con el faldón de la camisa limpié toda la superficie de su coño. Entonces la levanté y le di una palangana, donde vomitó. «Oh, mi cabeza… estoy tan enferma». Ella siguió gimiendo, le conseguí agua caliente e hice que la bebiese, cosa que llamó a lo restante del licor. Entonces cayó hacia atrás y se quedó dormida.

Miré el faldón de mi camisa, donde había manchas de esperma, pero ni una gota de sangre. Dudaba de que fuese virgen, y decidí no pagar a Sarah. Mirarla me puso cachondo de nuevo. Levanté sus ropas y le miré el coño, apartando ampliamente sus muslos. Luego metí un dedo. Nunca había palpado cosa tan estrecha, aunque el esperma rodease por completo mi dedo. El coño de la pequeña sorda era amplio en comparación. Pronto la monté y ella se despertó, pero me dejó hacer lo que quisiera. De nuevo mi polla entró pulgada a pulgada en su angosto tubo, de tan estrecho como era, y consumé lentamente, disfrutándolo. Aunque estaba ebria, mi polla despertó sus pasiones y se corrió. Se despertó con ello y jadeó como un pez fuera del agua.

De hecho, nunca he visto a una chica más agitada, pero de modo tan peculiar, al correrse. La mayoría de las jóvenes son silenciosas. Pero la boca de esta chica se abría, sus ojos se iban hacia arriba hasta dejar visible sólo lo blanco, sus labios temblaban y al instante siguiente parecía dormida. Se había corrido, pero apenas parecía saberlo. Sarah llegó justo entonces, y le dije que no era virgen y que no pagaría precio de virginidad.

«Creo que es virgen, por todo eso… ¿te has hecho alguna vez a una chica de su edad con una raja tan minúscula?». «¿Cómo sabes eso?», dije. «Lo he visto».

«¿Cuándo?». Entonces vino un relato de hechos como los que ya había escuchado antes, y creo que es en gran medida el modo como proceden habitualmente las mujeres mayores cuando desean seducir a la joven.

Hablando durante la noche anterior con la muchacha sobre

follar, la había excitado con todos los medios de que disponía. Curiosa y encontrando tan comunicativa a la señora, la chica preguntó si dolía la primera vez, y se le contestó que en ocasiones sí, pero tan poco que resultaba simple imaginación, que a muchas mujeres no les dolía lo más mínimo, y que ella podía saber si iba a dolerle a ella o no mirando su coño. Eso y la propuesta de mostrar a Harriet su propio coño solucionaron la cuestión. Sarah había mostrado el suyo a la chica y había mirado el de ésta. Sarah admitió que no había visto lo que suele ser una virginidad, pero que estaba segura de que, si la chica hubiese sido follada con una polla de tamaño común, la abertura de su coño no podía ser tan pequeña. «Si la follas a conciencia apuesto a que su coño se pone, en poco tiempo, mucho más grande».

«Debe gustarte mirar coños». Sarah dijo que sí, que le gustaba mirar los coños de chicas que jamás habían jodido, pero «miré el de Harriet por ti tanto como por mí, pues quiero el dinero».

Pero yo no estaba dispuesto a pagar sino la mitad, cosa con la cual ella no quedó en modo alguno satisfecha. De hecho, estaba enfadado y con la impresión de que ella había intentado engañarme. Me gustaba la chica. Había una frescura auténtica en ella, pero a veces pensaba que estaba fingiendo. ¿Por qué escondió Sarah su condición de prostituta ante la primera jovencita mientras ahora la proclamaba ostentosamente con ésta?, pensé más tarde. Con ésta el juego era claramente distinto que con la otra. Pero ¿por qué, cuando supo que no existía el himen, no me lo dijo? Porque pensó que yo no lo descubriría. «Tú eres un tipo astuto», dijo Sarah. «Por todo eso creo que la chica nunca ha tenido dentro a un hombre, pero no discutamos, la despediré».

Yo no quería eso, y dije que la poseería nuevamente. Esta conversación se produjo mientras Harriet estaba roncando sobre la cama con dos libaciones espermáticas dentro. Rencorosa por la media paga, Sarah dijo que despertaría a la chica… ¿No iba yo a hacerlo? No, yo quería escuchar, Sarah no parecía desear eso. Fuimos al dormitorio. «Pensar que esta pequeña diableja ha sido jodida», dijo Sarah mientras la miraba. Sacudió a Harriet y la chica se incorporó atontada, oliendo todavía fuertemente a licor. «¿Qué estás haciendo en mi cama?», dijo Sarah. Frotándose los ojos, la chica contestó: «No sé… oh, mi cabeza… oh, me siento tan mal».

«Pues mira cómo me has deshecho la cama». «Oh, no pude evitarlo, me siento tan enferma». «Has estado en la cama con el doctor… te ha jodido, pequeña perra». Sin respuesta. «¿No te ha jodido?». Sin respuesta. Otra sacudida y la chica empezó a sollozar. «¿No te ha jodido?». «No sé». «Lo sabes, tus ropas se fueron para arriba. ¿Te lo ha hecho?». «Pienso que sí, pero no sé». «Sí, y por eso te voy a echar».

«Oh… oh… oh, no… me dijo usted que le dejase hacer lo que quisiese… Oh, mi cabeza». «Sí, pero no pensé que le dejaras follarte, a tu edad, bestiecilla… ¿cuántas veces te lo hizo?». «No lo sé», dijo ella entrecortadamente. Luego dijo súbitamente: «Oh, no me pegue, me estoy poniendo enferma otra vez», se fue hacia la palangana y vomitó.

Parecía cruel excitar las lágrimas y el dolor por el que atravesaba la pobre chica. «Es culpa mía», dije. «Oh, ahí está», dijo la chica. «Diga a la señora que no fue culpa mía». Sarah rió. «¿Cuántas veces te lo ha hecho?». «No lo sé. Estaba dormida. Oh, señor, no deje que ella me despida, estoy tan cómoda aquí». «Bien me creo eso», dijo Sarah, «y que le dejaste joder contigo». «Me dijo usted que le dejase hacer cualquier cosa». «Quería decir si él pretendía besarte, meterte la mano por la falda y palparte… Pero ¿quién habría pensado que le dejarías follarte, a tu edad, bestiecilla?». «No pude evitarlo… ¡oh!». Y cayó tumbada de espaldas sobre la cama.

Nos fuimos al cuarto de estar y me despedí diciendo que quería poseer a la chica de nuevo. La noche siguiente estaba en casa de Sarah, y, sin más ambages, dije que deseaba a Harriet en el dormitorio. Sarah me dijo: «Es gracioso, vienes a verme a *mí*, pero quieres a mi criada, doctor. Pues bien, si la quieres supongo que debes tenerla». La chica no quería venir, por lo cual hube de empujarla suavemente hacia el dormitorio.

Yo estaba profundamente cachondo, ella silenciosamente irritada. Había tomado medicinas; eso y lo de la noche anterior, tras haber dormido el sueño intranquilo del borracho, hizo que me plantease muchas complicaciones cuando quise mirar su coño. Fueron tantas que llamé a Sarah. «Pequeña estúpida», dijo ella, «cuando un hombre te ha follado puedes permitirle cualquier cosa… déjale ver tu coño o cualquier otra parte», y se fue.

La chica cedió. En el borde de la cama, con los muslos distendidos, abrí su coño mientras lo iluminaba con una vela.

Su trono de amor que el de una chica de diecisiete años, edad en la cual he visto a pocas. Parecía largo y delicado, pero con labios anormalmente protuberantes para su edad. Tenía un clítoris tirando a fuerte, y las solapas eran más llenas y gruesas que lo normal. De hecho, tanto el clítoris como las ninfas estaban mucho más desarrollados de lo que es habitual en las chicas. (Me pregunto si eso será un signo de temperamento ardiente). El canal de coito era anormalmente pequeño en la entrada, y me pareció que presentaba el aspecto de haber sido recién rasgado o abierto en su parte superior. ¿Sucedía acaso que su himen sólo había sido destruido parcialmente, o estirado y abierto, y yo había completado la distensión? Aunque cuando miré por primera vez no era visible la membrana con un *pequeño* agujero, ¿había allí una membrana con un *gran* agujero? Con la excitación de mi primera ojeada y mi apresurado palo me era imposible estar seguro. Tenía un mons o monte muy lleno, con pelo denso y grueso, pero en poca cantidad, próximo sobre todo a la parte superior de la hendidura y sólo un poco siguiendo los labios hacia abajo. En conjunto, aunque raro de apariencia era un coño excitante, bonito y de aspecto libidinoso. Hay una fisonomía en los coños; algunos son más bonitos que otros, algunos son más excitantes de mirar, aunque sea difícil decir qué hay en la apariencia que excita en uno más que en otro.

Aunque no pudiese ver signos de rotura del himen, al meterle dos dedos dentro gritó. Entonces la lujuria me excitó a la acción y penetré en ella empujándola sobre la cama. La sensación fue idéntica a la de la noche anterior, y ella dijo que le hice daño. Durante unas tres horas me ocupé de su coño, pues a su manera ella era una novedad. La chica sorda era una niña crecidita que hablaría y follaría, pero no siempre se correría. Esta chica estaba estallando de cachondez, su joven lascivia estaba despertando con toda su fuerza. Pronto se deleitó en todo cuanto yo hacía o decía; todo era nuevo para ella, incluso sus sensaciones lascivas.

El aspecto de una polla, sentir su rigidez aterciopelada, su fricción y el desbordamiento de los jugos eran cosas nuevas por completo para ella, creo que absolutamente nuevas a pesar de la falta de himen. Por lo mismo, asumió todos los preliminares y

ejercicios amorosos con deleite y con la avidez y el ardor de una mujer caliente. Mi primera impresión no me había engañado. Se moría por el jugo del varón, inquieta, con sensaciones lascivas, en la marea primaveral de su lujuria y presionada por la curiosidad sexual. La había cogido justo a tiempo, y ella disfrutó conmigo durante semanas de una lascivia no reprimida. Si no me la hubiese hecho yo, otro se la habría hecho. El primer hombre que la hubiese besado y acariciado podría haber palpado su coño, ella no podría haberlo evitado; y una vez palpada le hubiese dejado hacer cualquier cosa. Su naturaleza caliente la ordenaba rendir su persona al varón. Se estaba muriendo por una polla.

Con ella me gustaba (siempre he tenido algún gusto especial con cada mujer) estar en la cama ambos completamente desnudos. Aunque fuese delgada, de alguna manera me gustaba; soy incapaz de decir por qué. ¿Cómo dar razones para las cosas que nos ponen cachondos? Allí, en sábanas blancas de las que nos proveía Sarah (de hecho, compré un par nuevo) solíamos consentimos la lubricidad. Su cuerpo joven y esbelto me complacía mucho y solía cubrirla desnuda, o ponerla encima de mí, jodiéndola vientre a vientre o vientre a culo hasta quedar saciado. Estas posturas variadas ponen a prueba a la mujer, y demuestran si es experta o inexperta. Cuando están acostumbradas a la lujuria caen en ellas fácilmente de un modo que no pueden ocultar su conocimiento por mucha inocencia que aleguen, mientras las neófitas muestran un estupor y un tranquilo deleite no fáciles de imitar y fingir. «No puede usted hacerlo así, doctor». «Sí, podemos intentarlo… mira… ahí lo tienes». Esto fue dicho más de una vez durante mis diversos ejercicios con Harriet.

La poseí frecuentemente durante más de dos meses, y es cierto que se hizo mayor la boca de la vagina, el emplazamiento del himen. No puedo decir si se distendió o se rasgó, pero desde luego se hizo más fácil la entrada de mi polla. Dentro seguía siendo una funda estrecha para mi pene, aunque bastante elástica y quizá lo bastante grande como para el mayor dilatador varonil de coños. Me inclino a pensar que nunca tuvo un verdadero himen o que se le rompió en edad temprana dejando un orificio mayor del que habitualmente se encuentra antes de la penetración masculina. Solía imaginar que la boca del agujero de la polla se había abierto

gradualmente más en la parte superior que en cualquier otra, pero no puedo pretender asegurarlo. Me dijo que cuando tenía unos nueve años ella, y otra chica, una compañera de colegio, solían meterse los dedos una en el coño de la otra. En cualquier caso, llegué a la conclusión de que nunca le habían metido una polla hasta que yo lo hice.

Tras haberme hecho yo a Harriet una o dos veces, Sarah acostumbraba a salir y a dejamos juntos, preguntándome primero si deseaba que se quedara. Se sentía segura de su doble paga y trataba de conseguir un poco más fuera de casa. Yo la dejaba ir a menudo. Cuando volvía antes de partir yo, me contaba delante de Harriet si había conseguido a un hombre, a dos o a ninguno; pero ya no utilizaba lenguaje obsceno alguno delante de la chica, aunque lo hizo tan libremente hasta que me la follé. Entonces empezó a impacientarse. ¿No había terminado yo con ella? «Llévatela y mantenla, no puedo tenerla aquí mucho más tiempo. No trabaja, y mientras está aquí no puedo tener asistenta».

Uno de los encantos de la vida es que jamás se agotan los placeres de las mujeres. Cuando me canso de una, cambio, y todos los viejos placeres retoman frescos otra vez. A una mujer quizá te gusta joderla sobre todo sobre su vientre; a otra con su culo pegado a tu vientre; de una te gustará que te masturbe, de otra bajarte al pilón con ella. Rara vez son igualmente placenteras con una mujer todas las cosas. Cuando cambio, reviven placeres casi olvidados. Así es, desde luego, conmigo. Junto con el coño fresco no sólo llega un valor fresco, sino nuevas diversiones. La variedad depende de la diferencia en la constitución y en los gustos sexuales de las mujeres, pues no todas pueden joder igualmente bien en las diversas posturas. Como los hombres, las mujeres tienen también sus propias lascivias y calenturas cuando sus pasiones están plenamente evocadas. El hombre bien versado en juegos amorosos se tropezará sin duda con la manera de joder más adecuada a ambos. Esto es máximamente cierto entre mujeres pudorosas, pero lo es también en un grado más amplio entre mujeres de vida alegre. «A los hombres les encanta la variedad. Me gusta ver qué quiere hacer conmigo un hombre nuevo», dijo Sarah una noche cuando estábamos hablando.

Una noche Sarah estaba en el cuarto de estar, y yo en la cama con Harriet metiendo el dedo en el estrecho coñito, cuando pensé

que me gustaría palpar el coño de Sarah. Salté de la cama y para estupor de Harriet traje a Sarah e hice que se metiera desnuda en la cama. Me tumbé entre ellas y rápidamente metí el dedo medio de cada mano en los dos coños. Luego puse la polla primero en uno y luego en el otro y así sucesivamente, comparando tamaño y sensación y discurriendo en voz alta sobre los efectos combinados de la edad, el crecimiento y el hecho de joder en cuanto a la dilatación y al incremento de tamaño de los genitales. Por muy grande que pueda ser, un coño comprime de modo suficiente a la polla para hacer que se corra. Sin embargo, he encontrado algunas mujeres con coños excepcionalmente grandes.

Harriet, que solía acurrucarse junto a mí y tocarme las pelotas incesantemente haciendo muchas preguntas sobre joder y cosas semejantes, estaba ahora silenciosa e inmóvil aunque no lo observara en aquel momento. Pensé pronto que jodería con Sarah y me subí sobre ella siendo muy bien recibido. «Pienso que ya es hora de que me toque el tumo», dijo ella después de que le hubiese metido la polla. Yo quería comparar, por lo cual la saqué y se la metí a la pequeña, que nos había vuelto el trasero. Cuando había dado unos pocos golpes dentro de ella, penetré en Sarah, que se encontraba en un buen estado de ánimo para el placer, y tuvimos una follada muy voluptuosa. La chica había vuelto otra vez su trasero hacia mí.

Intenté darle la vuelta, pero se resistió, saltó de la cama y corrió al otro cuarto, completamente desnuda como estaba. «¿Qué le pasa a la pequeña diablesa?», dijo Sarah siguiéndola, desnuda igualmente. Fui tras ella, y allí nos encontramos los tres completamente desnudos en el ambiente. La chica se negaba a volver y no contestó. Sarah le dio unos cachetes. Yo lancé una maldición. «Se lo has hecho a ella», dijo Harriet. «¿Y qué, pequeña perra?», dijo Sarah. «Tiene derecho, me lo haría a menudo si no te hubiera visto, maldita. Te irás de mi casa, no seguirás aquí». La joven estaba celosa, cosa divertida, y eso me molestaba y me agradaba al mismo tiempo.

Sarah estaba levemente borracha, se alejó amablemente y pasó una hora antes de que las cosas volviesen otra vez a sus cauces. En la cama comencé entonces dentro de Sarah y terminé con Harriet, lo cual finalizó el pasatiempo de aquella noche. Había poseído antes

a una joven que llegó a sentirse ridículamente celosa de su señora cuando me la follé. Estaba entonces muy avanzada la primavera y había luz hasta muy tarde, lo cual interfería con mis visitas al domicilio de Sarah. Entonces me fui de la ciudad, y cuando volví la chica se había ido. Sarah dijo que se había escapado, que no quería trabajar, que se estaba todo el día masturbando y se creía igual a su señora. Habían discutido, y la chica desapareció una noche, llevándose sus cosas. Ofrecí a Sarah dinero para que la trajese de vuelta. Ella dijo haberlo intentado, aunque no lo creo. Nunca más vi a aquella muchacha. «Me alegro de que se haya ido, porque está embarazada», dijo Sarah. «No lo creo». «Lo está, acababa de tener el período justo antes de que te la hicieses, y no volvió a tenerlo». «Es de algún otro hombre». «Ningún otro se la ha hecho, lo juro». ¿Había hecho yo la maña otra vez?

Aproximadamente en esta época fui al agujero en la pared un día y lo encontré cerrado. Como me dijo la zorra una vez, quizás había sido «soplado». Ella pudo haberlo hecho, pudo haber matado a la gallina de los huevos de oro. Funcionaba bien, empezamos a encontrar dificultades para conseguir el cuarto por estar casi siempre ocupado. Evidentemente, demasiadas personas conocían su existencia, y sin duda fue «soplado».

Sus cuartos estaban dispuestos inteligentemente en todos los sentidos para el propósito de espiar a los ocupantes temporales del cuarto trasero; hicieran lo que hicieran y se situasen donde se situasen, los ocupantes no podían escapar a la observación ni al destello del gas que parecía concentrarse sobre ellos. El grosor de la partición en el lugar del agujero no podía superar los siete centímetros, lo cual permitía un amplio campo de visión sobre el cuarto. El muro era más espeso en otras partes, según creo, pero podíamos oír habitualmente bien a través de él. Estaba preparado de modo muy inteligente todo; la manera de hacer el agujero sobre una mancha oscura en el dibujo del papel, o el tapón con el que se llenaba la abertura y que estaba pintado del mismo color, o el modo en que podían subirse o bajarse los cuadros situados a cada lado. Como la casa estaba en una calle transversal casi sin tráfico, sólo llegaban ruidos externos cada cinco minutos y, salvo en estos momentos, escuchábamos bien la conversación en el cuarto trasero.

Pero no era un lupanar grande, y apenas si tenía cinco cuartos disponibles. (Desde entonces he visto una casa igualmente bien preparada en París, donde podía escucharse cada palabra dicha por los ejecutantes, y verse todo).

Lo que vi por el agujero tuvo una consecuencia especial. Me convenció de que mi polla era de buen tamaño, mucho más por encima que por debajo de la media. De unas cien que vi no había en mi opinión más de veinte superiores a la mía, y Sarah dijo que no había ni diez. Vi uno o dos monstruos, perfectos arietes, pero el mayor de todos fue el titánico tubo del hombre que fustigó las nalgas de Sarah y palmeó fuertemente la mesa con ella, aunque su gran cabeza dilatada en forma de ciruela estaba desnuda de piel y roja de lujuria. Sarah dijo que era la mayor polla de cuantas había visto, y que otras mujeres de su clase que también la habían visto, eran todas de la misma opinión.

Pero, aunque por alguna razón, Sarah no quiso meterse aquella máquina titánica en el cuerpo, y aunque vi a algunas golfas manejar otros instrumentos gigantescos con vacilación y aparentando considerarlos demasiado grandes, decir que harían daño y cosas semejantes, todas ellas se los metieron en sus coños, y, según me pareció, con placer. Creo que nunca existió una polla tan grande como para que un coño no pudiera albergarla sin dolor, e incluso placenteramente. Quizá su punta golpee con demasiada fuerza en el umbral del útero para algunas, pero eso es todo. He oído a mujeres decir que cuanto más fuertes eran esos golpes más placer les daban. Todas las charlas e historias que he oído de pollas demasiado grandes para que las mujeres se las metiesen son un puro sinsentido. Diversas mujeres me lo han dicho. Algunas dijeron que les encantaba ver y tocar grandes pollas. Ninguna dijo que esos dilatadores les diesen más placer físico que los de tamaño moderado. De hecho, la elasticidad y la receptividad del coño es tan maravillosa como su poder constrictivo. La pequeña polla de un niño de trece años será oprimida y sorbida igual que una grande como el eje de un carro, y el coño dará placer a ambas por igual.

Erotismo recherché. — *Una consecuencia del agujero en el burdel. — Una pasión anormal. — Un hombre durante un mes. — Sólo con él. — Mutuo nerviosismo. — Roto el hielo. — Pollas enseñadas. — Una herramienta exigua. — Masturbación no disponible. — La participación de Sarah. — Incitación coñil. — Presta rigidez. — Operación analítica. — Eyaculación espermática. — Copulación instantánea. — Uno dentro y otro fuera. — Un coño inundado. — Minette masculina. — Un nervioso trago. — Chupando cum jodiendo. — Tras la comida. — La oración de Sarah. —El fin de la orgía.*

Entonces tuvo lugar el acto supremo de mi erotismo, el hecho más audaz de mi vida secreta. Es una lujuria anormal por la que me he sentido avergonzado y apenado, cuya narración estuve a punto de destruir, aunque, según mi filosofía, no hubo ni hay daño en mis actos, pues en la lujuria todas las cosas son naturales y apropiadas para quienes las disfrutan. No puede haber más perjuicio en que un hombre palpe la polla de otro, o una mujer el coño de otra, que en que se den las manos. En un momento u otro de sus vidas todos ellos han tenido esos toqueteos con otros, pero permanece en mí un desagrado en tomo a este capricho sexual. Tal es el resultado de enseñanzas precoces y de prejuicios.

Habían pasado veinticuatro años desde mis locuras con la primera Camille. Entonces había masturbado yo a un francés. Luego hice lo mismo con el hombre que me consiguió Betsy, la de los grandes ojos. Más tarde palpé al capitán en la oscuridad en casa de Lizzie N***d*n. Desde entonces no había tocado a un varón. Lo que presencié a través del agujero de la casa de citas puso nuevas incitaciones en mi cabeza. Las hermosas pollas con las que había visto jugar a las mujeres, la soltura con la cual manejaban los pitos, el modo fácil con el que una muchacha conminaba a una polla rebelde a levantarse y correrse metiéndosela en la boca, etcétera, hicieron brotar de nuevo un deseo de palpar y jugar yo mismo con

una polla. Otros hombres me parecían diferentes, y a veces se lo dije a Sarah en términos como: «Me gustaría palpar la polla de un hombre una vez, ver de cerca su polla dura, ver salir su leche, mucha o poca». Y así sucesivamente.

El espionaje en la casa de citas acababa siempre conmigo jodiendo con Sarah, y luego —por un tiempo— cesaron bruscamente los deseos que habían brotado en mí durante este espionaje. Con todo, hablé de ellos a veces con Sarah cuando me encontraba cachondo, y ella dijo: «La polla de un hombre se endurece y se corre igual para todos, juega contigo mismo; pero si quieres puedo conseguirte bastante fácilmente a uno, y le dejaré venir aquí para ti si el señor S**z*r está fuera de la ciudad».

Pero pensé que ella quería decir un tipo que alquilaba su culo y su polla, y por los de esta clase sentía un insufrible asco y miedo. Eran ladrones, según había oído, sus pollas estaban gastadas, y nada quería hacer yo con un ano. (No había descubierto todavía el placer que puede sentirse y darse oprimiendo el ojo del culo de una mujer cuando se jode con ella). Así pues, durante algunos meses, aunque ella me describió a algunos hombres como posibles candidatos, no quise verlos.

Por último, me dijo al llegar el invierno: «Mi vieja (una anciana que le hacía la limpieza y era, de hecho, su criada aunque no durmiera allí) puede conseguirte a un joven de unos veinte años que no es sodomita. Es un trabajador que ha estado sin empleo durante dos meses y se contentaría con un soberano». Pensé que iban a engañarme, pero como sólo le había prometido un soberano por conseguirme a un hombre llegué al convencimiento de que tenía realmente una oportunidad a mi favor, por lo cual organicé las cosas a fin de que él fuese a su domicilio.

Pero me invadieron pensamientos desagradables. ¡Un pobre! Estará sucio y olerá a sudor. Será rudo. Su ropa interior estará hecha harapos. Para superar eso Sarah dijo: «Dame un soberano; tendrá una camisa nueva, calcetines y calzoncillos, se los compraré yo». Así que le di el dinero.

Vino la noche. Me sentía tan nervioso e incluso conmocionado que deseé no haberme metido nunca en el asunto. En vano discutía conmigo mismo, y a pesar de estar convencido de que no había daño en hacerlo cuando llegué a la puerta de ella, casi me volví.

Había estado intentando fortalecer mi propósito pensando otra vez en antiguos deseos y curiosidades, pensando en los diversos pasatiempos que podría tener con él y en cuánto iba a aprender sobre el hombre para añadirlo a lo mucho que ya sabía sobre las mujeres. Todo era inútil; casi temblaba ante mi propósito. Entré, vi a Sarah. «Está en el dormitorio… un joven tan agradable y con tan buen aspecto, no lo vi hasta que fui a comprarle las cosas». Dije que me sentía nervioso. «Eso es estúpido, pero no estás más nervioso que él; acababa de decir que no ibas a venir, evidentemente, y que se alegraba y se iría». Ella me aseguró de nuevo que era cierto todo cuanto contaba la asistenta, que era un joven sin trabajo, queriendo pasta, y no un sodomita.

La seguí al dormitorio. Diciendo: «Éste es el caballero», cerró la puerta y me dejó con él. Él se levantó respetuosamente y me miró con gesto tímido.

Era un joven apuesto, de un metro setenta y cinco aproximadamente, con aspecto desnutrido, una bella cabeza de pelo castaño rizado, leves patillas cortas, sin bigote, ojos brillantes y buena dentadura. No tenía mucho aspecto de obrero, y parecía extremadamente limpio. «¿Eres tú el joven?». «Sí, señor». «Siéntate». Se sentó y yo hice lo mismo.

Entonces me fue imposible pronunciar una palabra más, pero me sentí inclinado a decir: «Aquí tienes un soberano, buenas noches», y despedirle. Todos los deseos, todas las intenciones, todas las esperanzas de diversión con su polla, toda la curiosidad que durante meses había aguardado para satisfacer, me abandonaron. Mi único deseo era escapar sin parecer un tonto.

Con la excepción del sodomita que me consiguió Betsy Johnson, era la primera vez que estaba a solas en un cuarto con un hombre y con la clara intención de hacer todo cuanto se me ocurriera con su herramienta. Mi cerebro había sido largamente excitado por la anticipación, llevado al más alto grado cuando llegó aquella oportunidad, y cada acontecimiento de aquella noche es en él tan claro como si estuviese impreso aquí. Aunque no pueda mantener el orden exacto de las diversas cosas que hicimos, relato en sucesión todo cuanto *hice* aquella primera noche, todo cuanto ocurrió, sin poner nada de fantasía o de imaginación. Podría incluso recordar el conjunto de la conversación, pero ocuparía cuadernos enteros (y, de

hecho, llenó dos o tres). Sólo cuento ahora la mitad, y abreviadamente.

Me senté contemplándole durante unos minutos. Puedo meneársela, pero no me apetece ahora. Él pensará que soy un estúpido. ¿Por qué no se desabrocha? Me pregunto si dará por el culo… o si será un ladrón. ¿Qué estará *él* pensando? ¿Estará limpio? ¿Cómo empezaré? Ojalá no hubiese venido… espero que no me reconozca si me encuentra por la calle. ¿Será grande su polla? Estos pensamientos cruzaron rápidamente uno detrás del otro mi cerebro mientras permanecía silencioso y al mismo tiempo deseando escapar; él estaba sentado mirando al suelo.

Entonces me vino una idea. «¿Querrías algo de beber?». «Si usted quiere, señor». «¿Qué?». «Lo que usted quiera, señor». Fue para mí un inmenso alivio poder llamar a Sarah y decirle que trajese *whisky*, agua caliente y azúcar. Mientras lo traían me fui al cuarto de estar, contento con escaparme.

En el cuarto de estar Sarah preguntó: «¿Qué tal le encuentras?». Le dije que no sabía y que me asustaba continuar. «¡Oh! Yo lo haría si fuese tú, ya que has mandado traerle. Luego quedarás satisfecho». Una vez más me aseguró que no era de la ciudad, y que no tenía por qué temer. Trajeron el *whisky* y, una vez más, me vi solo con él. Me serví *whisky* y agua, le serví a él y llevé algo a Sarah. Empecé a preguntarle cosas sobre su persona. Era un decorador carpintero, en una época donde este trabajo se encontraba en la peor de las crisis; siendo un aprendiz no había conseguido un empleo fijo, llevaba sin trabajo casi dos meses y había empeñado todo excepto lo puesto. Todo esto parecía coherente. Me dijo dónde se alojaba, dónde recibió su aprendizaje, el último patrono para el que había trabajado y las casas donde lo hizo. «Si eres un decorador tus manos serán ásperas, y si te arrodillas serán ásperas tus rodillas». «Sí, pero durante dos meses apenas he hecho nada excepto el trabajo de un día la semana pasada. Mire mis uñas». Estaban manchadas con algo que había usado. Luego se había pasado un día cortando madera y se había levantado ampollas en ambas manos, pues no era un trabajo al que estuviese acostumbrado. Vi ampollas. Era evidentemente verdad lo que decía.

Esto me alivió, ayudado por la influencia del *whisky* y del agua. Reuní valor, y él parecía más cómodo, pero no habíamos dejado

escapar una sola palabra acerca de nuestro asunto y había pasado una hora. Entonces mi mente volvió a su objeto y dije: «Sabes para qué viniste». «Sí señor». Él palideció, se sonrojó luego y empezó a morderse las uñas.

Mi voz temblaba cuando dije: «Desabróchate los pantalones entonces». «Déjame ver tu pito». Una de sus manos bajó lentamente y desabrochó sus pantalones que, al abrirse, mostraron una camisa blanca. Entonces, siempre sin mirarme, empezó a morderse las uñas.

Añadida a su timidez, la camisa limpia me dio valor. «Quítate la chaqueta y el chaleco». Lo hizo lentamente. Yo hice lo mismo, tragué un vaso de agua con *whisky*, le hice sentarse junto a mí y levantándole la camisa cogí su polla. Un estremecimiento de placer me recorrió. Deslicé las manos bajo sus testículos, las llevé otra vez a su polla, tiré de la piel hacia delante y hacia atrás mientras la excitación abreviaba mi aliento. Él se sentaba inmóvil. Luego retiré mi mano con una sensación de miedo y vergüenza otra vez.

«¿Puedo orinar, señor? Lo necesito tanto», dijo él de modo humilde, como un colegial. «Desde luego, quítate los pantalones primero». Me miró duramente, se los quitó despacio, se quitó también los calzoncillos y permaneció de pie sólo con la camisa. Levanté el orinal, lo puse sobre la silla. (Mi cerebro lascivo empezó a trabajar entonces). «Hazlo aquí, y yo miraré tu pito».

Él vino lentamente hasta el lugar y se quedó de pie. «No puedo orinar ahora… pienso que por estar usted ahí de pie, junto a mí». «Lo harás en seguida, no te preocupes por mí». Como el *whisky* y la excitación me habían dado ganas a *mí*, saqué la herramienta y meé en el orinal delante de él. Él rió forzadamente; fue el primer signo de diversión que se produjo. Inmediatamente después de terminar, le cogí la polla y empecé a jugar con ella, eché hacia atrás la piel y soplé sobre la cabeza, capricho súbito que le hizo reír, y como su timidez se iba desvaneciendo llenó medio orinal mientras le sujetaba la polla. Yo estaba encantado y deseaba que hubiese seguido meando durante un cuarto de hora.

El hielo estaba roto ahora. Me quité mis pantalones. Ambos teníamos exclusivamente la camisa y los calcetines puestos. Le senté al borde de la cama y comencé mi investigación de su aparato copulativo.

«Quiero meneártela». «Sí, señor». «¿Te la ha meneado ya algún hombre?». Ningún hombre viviente había tocado su polla desde que él era un muchacho, declaró. Entonces empecé a tocarle el pito con el primer movimiento común de joder.

Apenas había masturbado un minuto y estaba deseando palpar sus testículos. Entonces le volví con el culo hacia mí para ver qué aspecto tenían las pelotas y la polla colgando por detrás. Luego le hice ponerse de lado, para ver cómo la polla reposaba sobre su muslo. Luego le dije que fuese hacia la palangana y se lavase la polla, que antes de eso estaba ya limpia como un chelín nuevo, pero la idea de lavarla me gustaba. Tumbándole entonces volví a empezar las fascinantes diversiones de subir y bajar la piel del prepucio mirándole a la cara para ver cómo disfrutaba. Él estaba quieto como un camero, pero parecía apocado e incómodo.

Al principio su polla era pequeña, pero bajo mi manipulación se hizo mayor, aunque nunca dura. Diversas veces casi se puso así por un instante; entonces, con el deseo de ver llegar la leche, empecé a meneársela con más fuerza, pero en vez de ponerse más dura se hizo pequeña. Intenté esto con él mientras estaba tumbado, sentado y de pie, pero siempre con el mismo resultado. Le hablé de ello. Dijo que no lo conseguía.

Su polla era ligeramente más larga que la mía, bellamente blanca y con una cabeza en punta. Conseguí mayor rigidez apretándosela suavemente. No había sentido deseo en mi propia pirula, pero al ponérsela dura una vez, cuando estaba tumbado él de espaldas, ereccioné y siguiendo una inspiración súbita me tumbé sobre su vientre como si él fuera una mujer, teniendo pegadas las dos pollas entre nuestros estómagos. Metí la mía bajo sus pelotas y forcé la suya bajo mis huevos; luego, cambiando, volví su trasero hacia mí y empujando con la picha entre sus muslos y bajo sus testículos hacia el frente doblé su polla hasta tocar con ella la punta de la mía, que emergía justo entre sus muslos. Pero su polla se puso más y más fláccida, y al observárselo yo, quedó reducida a nada. Llevábamos una hora con este juego y no parecía haber posibilidad de que se corriese. Ningún signo de rigidez permanente, de lascivia o de placer. De hecho, él parecía miserablemente incómodo.

Entonces quiso mear de nuevo por los nervios. Le cogí la polla apretándosela, deteniendo a veces el chorro y luego dejándolo salir,

satisfaciendo mi curiosidad. Hecho eso, me decidí a hacer un esfuerzo final para conseguir una corrida suya apretando, meneando lentamente y meneando rápido. Entonces me froté la mano con jabón e imitando con saliva la mucosidad del coño excité la cabeza. «Creo que puedo hacerlo ahora», dijo él. Pero todo fue inútil. «No lo consigo. Lo siento mucho, señor, pero no puedo, es un hecho… No sé por qué».

La hora última había estado cargada de novedad y placer para mí, aunque no pudiera él correrse; pero su declaración me decepcionó. Me volvía a la mente que, a pesar de todo cuanto había dicho Sarah, él podía ser simplemente un maricón masturbado en exceso e incapaz de correrse por eso mismo. Había oído decir que quienes se prestan a este trabajo acaban agotando de tal manera su energía que les resulta difícil hacer cosa alguna con sus propias pollas, y que todo cuanto les quedaba era permitir que otros hombres palpasen sus pitos mientras les penetraban el ano. Repetí por lo mismo mis preguntas, y él juró de nuevo por todo lo sagrado que ningún hombre le había tocado nunca antes de mí; y añadió que lamentaba haber venido, pero que el dinero era una tentación.

Le tumbé de nuevo, ahora sobre la cama, y palpé su polla. Terminamos el *whisky* y mandé traer más; en un susurro, dije a Sarah que no había leche en él. Trajo ella misma el *whisky* y rió al vemos casi desnudos sobre la cama, juntos.

Entonces le pregunté al hombre cuándo había tenido por última vez a una mujer, si le gustaban, cómo las conseguía y cosas semejantes. Él me dijo que le gustaban mucho las mujeres. A veces las conseguía por nada, y eran criadas sobre todo. Cuando las criadas estaban sin los señores, aunque sólo fuese por un breve espacio de tiempo, tipos jóvenes como él conseguían a menudo un tentoncillo, o incluso joder, logrando entonces que ellas saliesen por la noche. Él se calentó al contarme esto, y su polla empezó a levantarse, pero, al reanudar yo mi masturbación, se arrugó nuevamente. Me dijo que había tenido por última vez a una mujer hacia diez días, que le había dado un chelín del salario ganado y que no se había corrido desde entonces. Empezó entonces a morderse las uñas añadiendo que esperaba que yo le diese el dinero, pues no podía evitar no correrse y su situación económica era desesperada. «He tomado algo de pan y queso con cerveza, pero no

he probado la carne en seis días».

Habían pasado tres horas con él, la masturbación parecía inútil, pero hablar de mujeres había levantado *mi* tronco, por lo que empecé a pensar en dejarle ir y meterme en Sarah para terminar. «Sarah es una mujer hermosa, ¿no es cierto? ¿Te la has hecho alguna vez? ¿La has visto desnuda?», dije súbitamente, pensando cazarle. Ella *era* hermosa, pero nunca la había visto en su vida hasta aquel momento, excepto una vez. «¿Te gustaría verla desnuda?». «¡Oh! Claro». Yo sabía que Sarah haría casi cualquier cosa, por lo cual la hice entrar, le dije que su pito no quería ereccionar y que él quería verla desnuda. «De acuerdo», dijo ella, y empezó a desnudarse.

Él mantuvo los ojos ardientemente fijos en Sarah mientras se quitó sus cosas. Yo hacía observaciones sobre sus encantos mientras ella los develaba, destinándoselas a él. Él dijo: «Sí… sí», excitadamente. Luego dejó de contestar, pero siguió mirándola intensamente. Cuando sus miembros y sus senos quedaron expuestos parcialmente por la combinación, un suspiro voluptuoso escapó de él, que se llevó la mano a la polla por fuera de la camisa. Al palparle descubrí que su polla crecía. «No te la quites todavía, Sarah». Ella se quedó con la combinación puesta. «Quítate tu camisa». Ayudándole yo, quedó desnudo con la polla levantándose. «Ahora enséñanos tu coño». Tras quitarse la combinación, Sarah se tumbó de espaldas, con un brazo levantado, mostrando la axila de pelo oscuro, y separadas las piernas, una elevada con el tobillo situado justo debajo del culo, rizándose el pelo negro de su coño hasta cerrarse con los globos de su trasero, abriéndose ligeramente unos labios del coño perfilados en rojo. Era una visión que habría ereccionado la polla de un difunto, y la mía se puso tiesa al verla, aunque estuviese acostumbrado. Me olvidé de él entonces, hasta que, volviendo la cabeza, vi su espléndida erección. Sus ojos, llenos de deseo, estaban clavados en ella y era un modelo de belleza masculina lasciva. «¿No te parece espléndida?», dije. «¡Oh! Encantadora, hermosa, déjeme hacérselo», dijo dirigiéndose hacia Sarah, pero no era esto lo que yo quería. «No», dije, «quizás en otro momento», y me apoderé de su instrumento con un goce lascivo.

Él se resistió por un instante. Sarah dijo: «Deja que mi amigo lo haga, viniste para eso». Comencé meneándosela y palpé la bolsa

grande, firme y arrugada de los testículos. Pronto le recorrió un estremecimiento voluptuoso. «¡Oh! Déjeme tocarla… déjeme». «Tócala entonces». Hacia delante se inclinó él. «Arrodíllate sobre la cama». Allí fue rápidamente y hundió su dedo en la raja carmín de ella. Aferré nuevamente su herramienta y meneé. Él exclamó «¡Oh! Me voy… me estoy corrien… do» y brotó una ducha de esperma que cubrió el vientre de Sarah desde el coño hasta el ombligo. Seguí meneándosela hasta que cayó la última gota. Solté entonces su polla; él se sentó sobre los talones con los ojos cerrados y palpitando aún su cuerpo de placer, tocando con la mano su pirula todavía hinchada.

El efecto sobre mí fue violento. La actitud de Sarah tumbada de espaldas me proporcionaba en cualquier momento una erección. La había tenido tiesa mientras se la meneaba. Allí estaba ella con una gran gota de leche sobre el toisón, aparentemente presta a caer hacia su clítoris, mientras más arriba se veían pequeños charcos sobre su vientre. Quitándome con rabia la camisa, apenas sabiendo lo que hacía, exclamando «sube algo más arriba en la cama» —cosa que él hizo— me lancé sobre ella y le metí la polla en el coño. La picha frotó la gota de leche de su mata, mi vientre aplastó los charcos opalinos que había entre nosotros; la idea me deleitaba. Me puse a follar, estiré una mano, aferré la polla mojada, que ahora se encontraba adecuadamente cerca, y llegué rápidamente a un final extático.

Cuanto mayor es la excitación preliminar, más delicioso parece el reposo después de joder, tanto más necesario resulta, y había tenido suficiente excitación aquella noche. Por último, me incorporé. Mi pito no parecía inclinado a salir de su residencia. Sentí que podía darle manteca otra vez sin desmontar. Por lo mismo, manteniéndola dentro, levanté la cabeza y le miré sentado a la cabecera de la cama, desnudo y tocándose todavía la polla, que nuevamente estaba dura como una ballesta.

«Él puede correrse después de todo», dije con la polla todavía dentro de Sarah. «Te dije que era un joven estupendo». «¿Te gustaría joder con ella?». «Deme una sola oportunidad de hacerlo». Me vino a la cabeza el cuento de los soldados poniéndolo en lo que el anterior había dejado. «Hazlo inmediatamente». «Por Dios», dijo Sarah, «seguro que no quieres decir eso». Pero sí lo quería decir.

«Hazlo ahora». Me puse de rodillas. Al separarme de Sarah descubrí que estábamos pegados por su leche. Hizo un fuerte ruido cuando nuestros vientres se separaron. Mi polla extrajo esperma, que cayó entre sus muslos. Al quitarme yo, se puso él, y rápidamente entró dentro de ella. Al minuto siguiente sus traseros estaban en rápido movimiento.

El segundo palo es más largo que el primero, y tuve tiempo para observar sus movimientos. Estaban copulando un hombre y una mujer, ambos desnudos y próximos a mí. Podía ver y sentir cada movimiento de sus cuerpos… oír sus murmullos y suspiros… mirar sus rostros. Allí estaba yo con mi propia polla dura otra vez, contemplándolos. Mis manos se pasearon por todos sus cuerpos… la deslicé entre sus vientres… palpé sus pelotas. Entonces, deslizándola bajo el trasero de ella, palpé la leche mojada que había dejado en su coño y que ahora empapaba el tronco de su polla mientras entraba y salía. Me subí sobre la cama y froté mi polla contra las nalgas de él. «Fóllatela… córrete en ella… córrete en mi leche», y otras obscenidades que no recuerdo. Estimulé su placer haciendo observaciones lascivas. Un suspiro, un murmullo, me dijo que él estaba por terminar. Mis dedos estaban sobre sus testículos y los solté para ver su rostro. Él lanzó su lengua dentro de la boca de Sarah. «Te estás corriendo, Sarah». Ninguna respuesta. Su boca estaba abierta para su lengua, sus ojos estaban cerrados, sus nalgas se movían con energía, y al segundo siguiente salvo por unos pocos estremecimientos del trasero de él y la respiración fuerte parecían trozos de carne inanimada. Ambos se habían corrido. Me llegó la fantasía de follármela después de él… mi leche… su leche… la leche de ella… todas juntas en su coño. Me correré en ella otra vez. La idea de que mi polla estuviese ahogada en esas segregaciones mezcladas me abrumaba libidinosamente. «Te lo haré otra vez. Quítate de encima de ella». «Deja que me lave», dijo Sarah. «No». «Lo haré». «No lo harás». Él estaba quitándose, ella intentaba levantarse cuando la empujé de nuevo hacia abajo. «Es más sensato», dijo ella. En realidad, apenas la escuchaba. «No… no… no… no… quiero ponerlo en su leche». Sus muslos estaban separados, el agujero de su coño estaba cegado, oculto por leche que yacía a su alrededor y llenaba el orificio. Me lancé sobre ella, mi polla se deslizó hacia arriba con un ruido de chapoteo. No sé

otro modo de describirlo. Me parece estar escuchándolo ahora.

Sentí una satisfacción celestial. Su coño estaba tan lleno que manaba, y el pelo de ambos genitales estaba saturado. Empujé la mano hacia abajo y haciendo que levantase una pierna vi que había esperma espeso hasta su ano. Exclamé: «Tu leche me cubre las pelotas», y expuse todas las imágenes lascivas que atravesaban mi mente. Le dije a él que se tumbase a nuestro lado, e hice que Sarah palpase su polla al mismo tiempo que yo. Sentí que mi placer sería incluso ahora demasiado rápido, y me detuve. Sarah exclamó con un suspiro: «Oh… Dios mío… continúa», su coño se estrechó, soltó la polla de él y me aferró las nalgas atrayéndome hacia ella. Yo seguía cogiéndole la polla a él e intenté alargar mi placer, pero no pude, dada la fuerza con la cual me comprimía su coño. Me abandoné a ella, y al instante siguiente casi con un grito de placer me quedé quieto en sus brazos y caí dormido, como ella y como él, los tres juntos y próximos sobre la cama.

Al despertarme, descubrí que había rodado de encima de Sarah y que estaba puesto de costado, con la polla descansando contra su muslo. Ella estaba tumbada de espaldas, dormida, él casi sobre su espalda. Los tres estábamos prácticamente desnudos, exceptuando mi camiseta. Ella tenía medias de seda y botas de merino negro. Mi prepucio había subido, cubriendo la cabeza de la polla. En el platillo[7] de la punta había leche que salió de mí tras desmontar. La lámpara estaba encendida. Dos velas (con cabos cortos) se habían consumido y el fuego se apagaba. El cuarto había estado caliente toda la noche, porque había allí tres personas, tres luces y el fuego. Ahora se había enfriado y una sensación helada me recorrió.

Me incorporé y miré a la pareja. Era una mujer espléndida, firme y de piel suave, con un tono cremoso rosado y el pelo oscuro de su coño en magnífico contraste. Él un joven excelente, con carne blanca y mucho pelo marrón oscuro formando enjambre, y rizándose alrededor de su polla blanca y ensombreciendo sus pelotas. La polla todavía crecida le colgada sobre el muslo, cubierta la cabeza ligeramente roja por un prepucio que apuntaba hacia Sarah como mirándola. Entonces el instinto sexual me hizo prestar atención a ella. Allí estaba, con dos libaciones mías y una suya en el coño. Deseé ver qué aspecto tenía y lo palpé, pero estaba tan

distraído con mis diversos impulsos eróticos que no puedo recordar nada con precisión. Todo cuanto sé es que cogí la pierna más próxima a mí y la empujé lentamente a fin de dejar levemente abiertas sus piernas. Hice que mi dedo descendiese desde el comienzo de la hendidura. La sensación era de algo espeso y pegajoso, pero se veía poca leche. Mirando hacia abajo en dirección a los orbes del culo vi la cama manchada en media docena de sitios con lo que se había escapado de ella. Metí un dedo en el coño y ella se despertó.

Se incorporó, miró alrededor, se frotó los ojos y dijo: «Qué frío». Entonces me miró. «Aha… también él duerme. ¿Has dormido *tu*?». Entonces ella se llevó también los dedos al coño, saltó de la cama y se puso sobre el orinal mientras me miraba sonriendo. «Eres de verdad un diablo indecente, no hay duda. No recuerdo un derroche semejante desde que ando por ahí». «Tu coño está en un feliz estado de ruina». «Se pondrá bien cuando me lo lave». Y comenzó a lavarse, pero la detuve.

Él estaba roncando y se había vuelto de espaldas, con una polla que parecía grande apoyada sobre el muslo. «Es un joven excelente, y su polla es mayor que la tuya, vaya saco», dijo ella levantando suavemente la polla y mostrando sus pelotas. Vi que era muy grande, como me había parecido cuando se la apreté y palpé antes, pero entonces había estado demasiado excitado para observar nada. Entonces empecé a masturbarle mientras dormía. «Pensé que me habías engañado, pues durante dos horas no pude hacer que su pito se levantara». «¡Ah! Eran nervios. Nunca le había palpado antes un hombre; algunos darían diez libras por semejante oportunidad, y tú vas a darle un soberano». «¿Piensas que puede correrse otra vez?». «Sí, fíjate cuánto se corrió sobre mí; si estuviese bien alimentado, el mocito valdría para media docena de palos. Ha estado medio muerto de hambre durante dos meses».

Cogí con cuidado su polla y bajé la piel. Una palpación más y se irguió hasta adquirir un buen tamaño, descansando sobre su vientre. «Pensé que pasaría eso tan pronto como la tocases, por su aspecto», dijo ella. «Se la menearé», dije yo, y empecé del modo más suave y delicado, sin tocarla apenas. Comenzó el endurecimiento, y la piel del prepucio se retiró, la cabeza se puso rubicunda e hinchada, comenzó un movimiento agitado de su muslo

y su vientre, y mientras murmuraba algo dormido su mano se fue a la polla. Quité la mía. Pronto su mano cayó a un costado de él, que roncó y murmuró algo.

Sarah, que se había puesto la combinación, cogió entonces su polla y la meneó. «No puede correrse, ha hecho demasiado ya», dije yo. «A pesar de todo, pienso que puede». Entonces, celoso de su toqueteo y fascinado lascivamente, reanudé el trabajo. Si no hubiese bebido ni comido tanto, ni estuviese muy fatigado, habría debido despertarse, pero no fue así. Como no se corría, escupí sobre mi dedo índice y el pulgar y haciendo con ellos un anillo húmedo froté la cabeza de su polla. Eso lo consiguió. Murmuró, su vientre se levantó y hacia fuera rodó su esperma mientras él se despertaba diciendo: «He tenido un sueño bestial, me corría, pensando que estaba jodiendo *contigo*». Al vemos riendo, pareció estupefacto, y se enfadó cuando le contamos nuestro juego. Nos lavamos todos, los hombres nos pusimos camisas y él recobró su buen humor.

Aquel día yo no había comido apenas, me sentía vacío, y así lo dije. Sarah dijo que *ella* tenía hambre, él que podía comerse un asno, pues no había probado alimento desde la mañana. Yo nunca había comido en casa de Sarah, porque el estilo no me gustaba, pero sentí que era necesario comer entonces. «¿Debo salir a buscar algo inmediatamente? Es casi medianoche, y todas las tiendas estarán cerradas». Habíamos pasado cinco horas en nuestros juegos voluptuosos, pero no parecía haber transcurrido ni la mitad de aquel tiempo.

Di a Sarah dinero. Ella compró carne y jamón, pan, queso, cerveza embotellada y *whisky* también. Mientras estaba fuera, él recobró su talante y se palpó el pito. Dijo que odiaba los «sueños bestiales engañosos». «¿Le gusta tocar a otros hombres?». «Es muchísimo mejor joder con una mujer», repliqué yo, y le dije que durante muchos años nunca había puesto las manos sobre otra polla que la mía.

A pesar de los cuchillos sucios y del mantel con lamparones, todos caímos sobre la comida. Él comió enormemente. Me dijo que la última vez que había comido carne fue porque una novia le dio parte de su cena. Le di un cigarro, tomamos más *whisky* y agua, el cuarto estaba caliente otra vez, nos sentamos alrededor del fuego llevando encima sólo nuestras camisas. Sarah estaba vestida. Él me

habló otra vez de sí mismo, y pronto la conversación tomó la línea del joder. Él había perdido su pudor y, con él, gran parte del respeto hacia mí. En vez de responder solamente y decir «señor» comenzó a hacerme preguntas. De la misma manera cambia la actitud de una mujer hacia un hombre inmediatamente después de habérsela él follado, y así se alteró la suya ahora que le había yo masturbado.

Le pregunté si le gustaba que se la menearan. No, no le gustaba «correrse en el aire». ¿Acaso me gustaba a mí? «No», contesté, pero añadí que hacía semejantes cosas a veces. Entonces Sarah mencionó sus grandes pelotas, ambos las palpamos y afirmó no haber visto antes nunca una bolsa tan grande. Él dijo que en la escuela los muchachos le tomaban el pelo por eso. Los chicos saben los tamaños de las pollas de cada uno.

Yo quería continuar. La novedad era tan grande que no podía verle y tocarle bastante. Circunstancias que no esperaba habían traído a Sarah a la fiesta, cosa que aumentaba la diversión. Estoy en la plenitud de la vida, y aunque nunca intento esos milagros de los que algunos hombres alardean puedo fácilmente echar cuatro palos una noche con una mujer nueva, y a veces más, aunque entonces esté un poco gastado al día siguiente. Por entonces sólo me había corrido dos veces, y mi polla parecía estar en ascuas. El vino, la cerveza y un estómago lleno calientan pronto a un joven que no se ha corrido durante diez días. Moví su polla mientras estábamos sentados alrededor del fuego y pronto creció. Él me suplicó que desistiera, diciendo que había tenido bastante por aquella noche, pero no era mi caso. Por lo mismo, hice que Sarah se quedase en combinación y se sentara enfrente. Me senté cerca de él fumando y mirando su polla, palpándola a intervalos.

A menudo, en mi juventud, se me había puesto dura la polla antes de terminar la cena. Una docena de veces me había levantado, había follado y había terminado de cenar después. Sarah se levantó la combinación para dejar que el calor del fuego alcanzase sus piernas, y mostró sus medias de seda y sus ligas rojas. «Qué bello par de piernas tiene», dijo él mientras su mano bajaba hacia la camisa. Vi una proyección, y subiéndole la camisa descubrí su polla más dura que nunca.

«Te la menearé y tú mirarás las piernas de Sarah». Él se opuso, tenía bastante de *eso*, prefería joder con Sarah. Pero yo no le había

traído para que jodiese con mi mujer. Mi calentura era masturbarle. Mientras esta conversación proseguía cogí su polla. Sarah nos mostró uno de sus muslos y le dijo que me dejase hacer lo que quisiese. Yo la tenía dura y me estaba muriendo por soltar la esperma. Le masturbaría y luego él se la follaría. Un joven con una polla tiesa piensa siempre que hay en ella esperma suficiente para cualquier cantidad de jodienda. Cuántas veces, mientras mi pito estaba tieso y ardiendo por entrar en un coño, he pensado en las maravillas que haría cuando, inmediatamente después de un coito, no hacía nada más.

Puse a Sarah sobre la cama, yo a su lado, y él al lado de ambos, de espaldas e invertido, con su vientre situado de manera que su polla quedase cerca de mis hombros y yo pudiera tocarla convenientemente. Su polla estaba palpitando de lujuria. Me tumbé sobre Sarah con la polla fuera y empecé a meneársela. Él suspiró y exclamó «¡Oh!, déjeme hacérselo a ella… déjeme… oh… déjeme». A mí me apetecía jugar largo tiempo con él, pero Sarah estaba cachonda, situó su mano entre nuestros vientres y se metió mi polla. Entonces todo siguió su propio camino. Si una mujer quiere que sigas jodiendo cuando estás dentro de ella, no lo podrás evitar. Sin mover su trasero, ellas son capaces de aferrar con los músculos de su coño y chupar el instrumento de un hombre de tal manera que él se ve *obligado* a dar topetazos y frotar. Pronto estaba dando golpes tan fuertes como podía, pero sujetando la cabeza con la mano derecha que descansaba sobre el codo para ver la polla de él, que seguía meneando. Para ambos fue una tarea más larga que antes, con toda nuestra lascivia y buena voluntad. Al fin brotó su esperma. A la vista de él, disparé el mío dentro de Sarah, que respondió con su humedad, y todo quedó tranquilo.

Reposamos largo tiempo y luego me retiré. «Ahora puedes poseerla». Sarah se lavó. Él se tumbó sobre la cama y tras secarse su ahora no espeso esperma del vientre empezó a meneársela. Sarah se tumbó a su lado y dejó que él palpase su coño limpio, pero fue en vano; tras algunas sacudidas violentas de su aparato, él se levantó diciendo: «Estoy acabado», y de nuevo nos sentamos todos ante el fuego, fumando, bebiendo y hablando sobre joder, sus causas y sus consecuencias.

Esta charla continuó durante una hora aproximadamente. Sarah

le dijo burlonamente: «¿Por qué no me follas?». Cada diez minutos él se meneaba el pito inútilmente. Luego comió más. Sarah fue al cuarto de baño y se vistió parcialmente al efecto porque hacía frío y era necesario cruzar un patio para llegar. Su polla parecía hermosa, pero sin vida. Mi lascivia estaba desvaneciéndose y me sentía cansado, pero acudieron pensamientos a mi cabeza, reminiscencia de mis juegos con mujeres francesas. Pero, aunque hubiese hecho todas las cosas excepto una con Sarah, delante de ella no sugerí lo que estaba en mi mente. Tenía un estúpido pudor escondido en mí. Estábamos ambos ebrios y relajados, con Sarah en el piso de abajo ahora. Cerré la puerta diciendo: «Si me prometes no decírselo a ella, haré que se te ponga lo bastante dura como para que puedas tirártela». Él prometió. Le tumbé sobre la cama y, poniendo su polla en mi boca, empecé a chuparla, primero mientras estaba cubierta por la piel y luego, suavemente, con la piel retirada. La suavidad de la piel me encantaba. Ya no me preguntaba por qué una francesa me había dicho que una polla era la mejor cosa que había tenido nunca en la boca. Hice exactamente lo que me había hecho a mí, según recordaba; escupí tras la primera lamida y luego chupar, lamer y meter dentro de la boca. Surtió efecto inmediatamente: «¡Oh! Es tan bueno como un coño», dijo él. La tenía dura para cuando Sarah volvió. Fui hacia la puerta, descorrí el cerrojo; él había vuelto a su asiento, Sarah se lavó el trasero y volvió a su lugar junto al fuego. Nunca se la habían chupado antes a él.

Terminamos el *whisky*. Se estaba acercando la una de la madrugada. Sarah dijo: «Es tiempo de que nos vayamos a la cama. ¿Por qué no os quedáis los dos toda la noche? Hará frío, porque no tengo más carbón». La lámpara se estaba terminando y fue al cuarto contiguo para coger velas. Cuando volvió, le dije: «Si te va a echar un palo debería empezar». «Sí, y me voy a la cama tanto si lo hace como si no». Se desnudó hasta la combinación y se metió en la cama. «Si no te la haces ahora, no te dejará cuando yo me haya ido, sal de la cama». Sarah lo hizo. Con el pito tieso penetró él al instante. Sarah hizo esa sacudida suave, fácil y temblorosa acompañada por un movimiento hacia arriba de las nalgas y los muslos que una mujer realiza para completar la inserción de una pirula. Yo puse mis manos debajo de sus pelotas. Su polla estaba dentro del coño de ella hasta las raíces.

Entonces no se cruzó una palabra. Siguió una larga serie de golpes, y tras sacudidas rápidas y duras, gradualmente, apareció su último placer. Mi lascivia creció contemplándolos, hice que él abandonase el coño antes de haber terminado del todo de correrse y hundí mi polla en su vagina resbaladiza, goteante y pegajosa. Era un sentimiento glorioso sentir el esperma de ellos sobre mi falo. No solía dar besos húmedos a Sarah, pero al pensarlo anhelé encontrar su boca con la mía, y con las lenguas unidas, golpes fuertes y un ligero dolor en el ano, me corrí y Sarah se corrió. «Dios mío, estoy jodida», dijo ella.

Eran las tres de la madrugada. Había estado ocho o nueve horas en una sesión de diversiones. Se la había meneado tres veces y él había follado otras dos. Yo había follado seis veces. Había follado en su leche, y le había chupado la polla. Sarah había sido follada ocho veces. Cuántas veces me había corrido yo, no lo supe entonces, confundido como estaba por la excitación y la bebida. Cuando Sarah se levantó, parecía traspuesta; se sentó en una silla y dijo: «Maldita sea yo si alguna vez he tenido una noche semejante. Estoy limpiamente jodida». Pagándoles entonces, partí. Fue en nuestro encuentro siguiente cuando Sarah dijo que le había echado seis palos. Al abreviar el manuscrito he omitido algunos de nuestros ejercicios lascivos, que, de hecho, no eran sino una repetición de cosas realizadas antes.

Al día siguiente, estaba profundamente afectado no sólo por correrme tanto sino por la excitación. Mi deleite al manosear su polla blanca en reposo, medio dura y en completa rigidez era casi enloquecedor. Era intenso el deleite de contemplar cómo la polla se deslizaba dentro del coño. Estaban siendo satisfechos el deseo y la curiosidad de veinte años. Mi conocimiento de la copulación y del pene se perfeccionaba. Con todo, me fui a casa en un estado de ánimo incómodo por lo que había hecho con él. No había nadie en mi casa en aquel momento que me preguntara por qué volvía tan tarde, que observara mi excitación o me hiciera preguntas, cosa que desde luego agradezco a la suerte.

Arrepentimiento inútil. — Pasatiempos gemelos. — Pollas entre vientres. — Yo sobre él. — El sobre mí. — Cabeza con cabeza. — Botas y medias. — Un lascivo trío. — Todos al pilón. — Obtenido un gran espejo. — Manipulaciones genitales. — Jodiendo y masturbando simultáneamente. — Yo follo, ella chupa. — Variaciones sobre la misma tonada. — Ella se sienta sobre mi polla. — Él lame su clítoris. — Los tres juntos sobre nuestros costados. — Ejercicios amatorios con cuerdas. — La capacidad genital de Sarah. — Un asalto de dos falos. — Dedo y pene cooperando. — Lascivias misceláneas. — Una alarma en la calle. — Una alarma en casa de Sarah. — Una pregunta capciosa. — Deseos excitados. — Fuerte pago por un ano. — Sodomía cum onanismo. — Miedo, disgusto y pronta retirada.

Volví a casa agotado, pero excitado más allá de toda medida. No podía dormir pensando que había masturbado a un hombre. La suavidad de su piel, el movimiento fácil y suelto de la piel exterior sobre la verga interna, y su blancura, el cambio gradual de color de su cabeza con forma de ciruela desde el rosa a un carmín profundo, el acto de disparar su esperma, el temblor voluptuoso mientras jodía con Sarah, los redondeles que aparecían y desaparecían en los orbes de su culo cuando jodía, todo eso danzaba ante mis ojos mientras estaba tumbado en la cama, y vi todo tan llanamente como si estuviesen jodiendo ante mí. Nuevamente los labios distendidos de su coño con la leche espesa manando, mi polla empujando entre ellos con un chapoteo, desbordando la mezcla espermática desde mis pelotas hasta su toisón y encolando nuestros pelos, mi presa de su pito endurecido mientras follaba con ella por segunda vez; todo esto me llenaba de una excitación lasciva increíblemente furiosa que hacía endurecerse y palpitar mi polla a pesar de mi fatiga, impidiéndome descansar.

Entonces vino la reflexión. Había masturbado realmente a un hombre. Aún peor. Había mojado mi propia polla en el esperma de

otro hombre. ¡Sobre todo, había chupado su polla! Era un acto del que ciertamente había oído decir que se lo hacían los hombres unos a otros, pero sin creérmelo del todo y considerándolo una acción muy perversa. No obstante, lo había hecho; había disfrutado con todo ello. A pesar de mi larga experiencia, no me sentía mentalmente cómodo; pese incluso a mi filosofía, según la cual cualquier goce sexual es permisible, pues nuestros órganos generativos existen para nuestro propio uso y placer y, porque aquello que los hombres y las mujeres deciden hacer juntos está dentro de su derecho y a nadie más importa. Tales son los resultados de prejuicios y falsa educación. Todo terminó pensando que nunca había pretendido hacer esas cosas, que la ocasión me había dejado hacerlas sin verdadero propósito, y caí dormido decidiendo que jamás volvería a hacerlo.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, pensé: «Ese exceso nunca volverá a repetirse». Tras el almuerzo, pensé: «Después de todo, ¿qué daño hubo?». Entonces empecé a pensar que me gustaría tocarle una vez más, contemplar el fenómeno de la corrida de forma más fría y filosófica. Hacerle correrse una vez más y contemplar su polla desde el endurecimiento hasta la flaccidez. Contemplar su cara y ver cómo aceptaba el placer. ¿Por qué no reunirles desnudos a Sarah y a él, como había hecho, y ver su polla levantarse, dejarle joder con ella y contemplar, como la noche pasada? Evidentemente, no hay daño, o no hay daño superior al de mirar semejantes cosas a través de un agujero. El hombre, claramente, no es un sodomita o no estaría tan dispuesto a joder con ella. Está parado, y es probablemente lo que dice ser. He ahí una oportunidad que puede no darse nunca más para mí.

Pensé en la doble follada sin lavar, en la polla en mi boca, y entonces me sentí avergonzado. «Debo haber estado tan borracho y excitado que no sabía lo que estaba haciendo. Nunca haré *eso* de nuevo, y espero que él no diga nada a Sarah». Entonces me apresuré, determinado a conseguirle otra vez. Había dormido tan mal la noche anterior que, al volver, me tumbé. Mi mente se entretuvo pensando en su polla y en lo que Sarah había llamado su bolsa. Me pregunté si su polla era realmente mayor que la mía y deseé haberla medido. Me pregunté si él se corría más o menos que yo, y muchas otras cosas; por último, llegué a la conclusión de que

debiera avergonzarme de mí mismo. Estando vacío en el estómago y fatigado, dije: «He terminado con ese asunto». Entonces fui a mi club, cené, tuve de nuevo el deseo de verle y pronto estaba con Sarah organizando otro encuentro.

Ella dijo: «Tuviste una noche bien buena. Te aseguro que si dijera a algunas mujeres todo lo que hicimos sólo creerían parte de ello. Él quería dormir conmigo». Ella se atrevía a decir que él volvería de nuevo por su voluntad, pero iría y vería. Le di dinero para que comprase pantalones, corbata y cuellos para él, dije que debía tomar un baño y le di también dinero para que lo alimentase bien. Sarah se encontró conmigo una hora después. Él iría la noche siguiente.

Ella había hecho todo cuanto yo deseaba, y el sujeto parecía tan limpio y cuidado como era posible. Yo estaba otra vez nervioso, como él, pero una conversación de pocos minutos nos hizo sentimos más cómodos. Nos desnudamos y nos pusimos cerca el uno del otro, sujetando yo su bello instrumento. Me preguntó si iba a venir Sarah, pero yo no la quería entonces y me senté con sus testículos en la mano, pensando por algún tiempo en el tamaño y la plenitud del escroto.

Me dijo que con el soberano pagó primero quince chelines de renta y el resto donde debía dinero. Añadió que Sarah le había conseguido buena comida, y que no se había corrido desde aquella última noche. «Cuando pensé en todo ello me puse a desearlo», dijo él.

Entonces lavé sus genitales y realicé un examen completo y curioso de su pene y escroto, teniendo un placer más completo entonces que en la anterior ocasión. El hecho de tocar su polla no me ponía cachondo antes, pero aquella noche sí. Mi examen empezó a afectarle, y cuando había retirado una o dos veces la piel del prepucio su verga estaba dura. Entonces se levantó la mía. Empecé a meneársela. «Ahora miraré tu esperma cuando llegue». Súbitamente, él cogió mi polla y le dije: «No hagas eso».

La soltó pidiendo perdón, diciendo que no sabía qué le había impulsado a ello. El hecho de que yo cogiese el *suyo* me parecía una cosa apropiada, pues le pagaba por ello; pero tan pronto como él tocó mi polla me sentí disgustado. La mente es una cosa extraña. Si me hubiese palpado un caballero, ¿me habría sentido igualmente

escandalizado?

Este preliminar pasó pronto, él estaba a punto de descargar cuando me detuve, y haciéndole sentarse contemplé cómo su polla dura se ablandaba gradualmente, y luego volví a él otra vez, y así sucesivamente. Si queremos obtener una descarga copiosa en un hombre, éste es el modo de hacerlo. Al final, tras jugar tanto tiempo, él dijo que debía correrse y se correría, por lo cual se la meneé hasta obtener una eyaculación espermática tan excelente como había conseguido la primera noche. El líquido saltó casi a un metro de distancia.

Mi intención era no dejar que Sarah apareciese aquella noche, pero palpar su polla había puesto dura la mía. «Me la menearé», dije yo. Pero detestaba correrme de ese modo. Tras intentar reprimirme hasta que me fue imposible, llamé a Sarah. Ella estaba vestida. Arrojándola sobre la cama subí sus ropas y me metí dentro de ella mientras él miraba. Hacia arriba subió su polla otra vez con la visión. Me pidió joder con ella, pero no quise dejarle y toqueteé su instrumento mientras me la follaba.

Saqué adelante mis intenciones, se la meneé cuatro veces y fue interminable mi diversión con él. Aquella noche me gustó frotarme sobre él como si fuese una mujer cuando su polla estaba tiesa y endureciendo la mía, para quedar tumbados con nuestras dos pollas juntas. Intenté todo tipo de modos de conseguir empinársela. A veces subiendo arriba y abajo la piel, a veces sacudiendo la parte superior, otras dándole un brusco pellizco, y otras apretándole las pelotas. Intenté todos los modos que las mujeres habían utilizado conmigo, o sobre los cuales había oído o pensado. No había ahora dificultad para ello, pues su pito se mantenía erecto tras muy poco toqueteo: él tenía aún esperma, aunque con cada descarga se hacía menor en cantidad y menos denso. Con su cuarta descarga todo terminó, pero había una cosa que deseaba hacer con él. Poner su polla en mi boca. Nuevamente froté mis labios sobre su suave falo blanco, y lo besé, y casi me lo metí dentro. Pero nunca haré esto de nuevo, me dije a mí mismo.

Con todo, el pasatiempo parecía incompleto sin Sarah. Jodí con ella una vez más y luego dije que él se lo hiciera a ella. Fue una tarea muy larga, que terminó con él y con la velada.

En lo sucesivo pensé que cada encuentro sería el último, pero

seguía llamándole de nuevo. Sarah participaba regularmente en las diversiones; la noche no parecía completa sin ambos. Estaba en plena infatuación. Naturalmente, no podía mantenerse un ritmo de cuatro descargas por noche, pero no le veía todas las noches. Con todo, obtenía tanta leche de él como era posible, bombeando hasta secarle con mi puño, y hasta secarme yo mismo, pero en el coño de Sarah. Contaré ahora algunos de mis pasatiempos, lo más cerca posible del orden en que ocurrieron. No podían realizarse todos en una sola noche.

Mi imaginación lasciva se puso a trabajar, todo tipo de posibilidades me vinieron a la cabeza. Nos embadurnamos bien de jabón las pollas, bajo los testículos y el surco del culo. Entonces, tumbándome sobre él, empujamos nuestras pollas bajo las pelotas del otro. No era natural, nuestras pollas se rebelaban por estar tan torcidas y forzadas, pero la novedad compensó los inconvenientes. La novedad estimula el deseo. Me gustaba mucho estar tumbado sobre él cuando nuestras pollas no estaban duras, sintiendo cuatro testículos y dos pollas formando un solo conjunto. Encantada Sarah palpaba entonces nuestros genitales entremezclados. Yo le ponía arriba y me ponía debajo; Sarah sujetaba un espejo y una vela y yo podía ver, mientras estaba tumbado de espaldas, dos carajos juntos. Sarah estaba encantada con toda mi lascivia y dijo que nunca había conocido a un hombre tan cachondo como yo.

Un día enjaboné la cabeza de nuestras dos pollas y nos las meneamos. Pusimos las dos puntas tan cerca que se frotaban, y nos corrimos el uno sobre el glande del otro.

Estas fantasías y delicadezas lascivas no se nos ocurrieron todas de repente. Mi primer goce era ver su rostro cuando él se corría, luego ver la polla tiesa, el disparo de esperma, la temblorosa sacudida de su trasero y escuchar sus sofocados murmullos de placer. Al cansarme de ello, busqué pasatiempos más ingeniosos.

A pesar de mí mismo, mi mente volvía a la sensación de su polla cuando estaba en mi boca, por más que me hubiese prometido no dejar que volviese a entrar allí nunca más. Pero ¿por qué no?, pensé en definitiva. ¿No has lamido un coño? ¿No te ha alcanzado en la cara el caliente chorro de pis proveniente del coño de Sarah? ¿No has saboreado el licor salino que destila y mantiene húmedo el coño de una mujer? Pues claro. Cuando su coño estaba humedecido hasta

casi manar, sudando (por así decirlo) bajo la acción de tu lengua sobre su clítoris, ¿no le has metido la lengua por el tubo del coño y te la has traído de vuelta a la boca con deleite y éxtasis por darle placer? ¿Acaso es peor ponerte en la boca una polla seca, limpia y suave como el marfil? Pero es de un hombre. En la boca de ella una polla es bastante apropiada. Él puede lamer, acariciar y chupar su agujero, eso es bastante natural. ¡Pero el de un hombre! No, no lo haré.

A pesar de todo, mientras le estaba palpando tras haberme lavado después de meneársela, se la lavé de nuevo cuidadosamente y le tumbé sobre la cama. Allí colgaban su polla y sus testículos, cubierta justamente la cabeza por el prepucio. Retiré hacia atrás la piel, saqué la lengua y acaricié la cabeza. «Tu lengua está sobre ella», dijo él riendo. Entonces me la llevé a los labios. Era como marfil. Deseaba hacerle un francés y metí por completo el instrumento blando, suave y flexible en mi boca; no quedaba nada fuera. Se fue hacia mi campanilla y ahí la mantuve hasta que empezó a crecer. La paseé arriba y abajo por mi boca, la lamí, la chupé, la saqué y la dejé estar hasta ablandarse, luego volví a metérmela en la boca y continué haciendo esto durante un largo tiempo. A la larga, su esperma se había acumulado tanto por las paradas que dijo no poder soportarlo más. Se masturbaría si yo no se lo hacía. Le llevé entonces hasta el espasmo de correrse, la saqué de la boca y seguí con la mano hasta que se disparó su leche. No hay nada como acariciar largo tiempo una polla para acumular la leche en los depósitos de la concupiscencia. Estoy seguro de que entonces sale mucho más que tras una masturbación apresurada.

Entonces jodí con ella delante de él, la mandé salir y de nuevo chupé su polla, que se encontraba en un estado poderoso. Me tumbé sobre el borde de la cama en una actitud conveniente para lamer un coño y a fin de que pudiera ver su rostro mientras trabajaba. Es fácil ver en el rostro de un hombre en qué momento sus pelotas están a punto de lanzar hacia delante sus jugos. Dicen que un piel roja puede mantener sus rasgos impasibles cuando es torturado. Dudo que pudiera hacerlo al correrse. El rostro de un hombre entonces es más bien estúpido; el de una mujer cuando se aferra al trasero de su follador para conseguir la plena inserción de su pito palpitante en su coño tampoco es muy intelectual, pero resulta

mucho más encantador que el rostro de un hombre.

Le ofrecí dinero por chuparme la polla. Él no quiso hacerlo, terminó la diversión de aquella noche. Entonces, para su gran deleite, empecé a dejar que jodiese con Sarah. Mientras estaban haciéndolo yo tocaba sus testículos, ponía la mano entre los vientres y hacía que se volviesen de lado y levantasen sus piernas de todo tipo de maneras para que pudiese ver el movimiento de la polla y la dilatación de los labios de su orificio. Hice que se la follara de pie, luego a un lado de la cama mientras con una vela me movía a su alrededor satisfaciendo mi curiosidad. Entonces me la follé e hice que él se satisficiera de manera semejante. Le encantaba cogerme los cojones mientras mi polla funcionaba como un pistón dentro de ella. El pudor y la timidez nos habían abandonado a los tres. Un goce libidinoso sin barreras era todo para nosotros, y cada uno hacía lo mejor que podía para estimular la lujuria de los otros. Sarah había pasado a ser más activa, sugerente y libidinosa que nosotros dos. Se complacía enormemente en ello.

Mi libidinosidad la incrementó el hecho de consentírmela. Anhelaba vernos en las diversas actitudes. El espejo de Sarah era pequeño, y, como me pareció insatisfactoria la visión que proporcionaba de nosotros, compré en una tienda de empeño un espejo largo, grande y con aspecto pasado de moda, enmarcado en caoba. Lo pusimos juntos contra la pared al nivel de la parte superior del colchón, a fin de que pudiéramos vernos de cabeza a pies mientras estábamos tumbados. Entonces nuestro placer sexual se dobló, pues mientras jodíamos, masturbábamos o chupábamos podíamos mirar en el espejo y hablar de nuestras actitudes.

Otra noche, cuando estábamos los tres muy excitados, yo me encontraba junto a ella, y él a su lado sobre la cama. «Oh, mira su polla». «¡Ah! ¿No está tiesa? Se correrá». «Menéasela, menéasela, Sarah». Así lo hizo. «¿Estás viniendo, Jack?». «Aha, sí… mi leche está viniendo». «Oh, jode conmigo, jode conmigo», exclamó Sarah, «o me masturbaré». «Quieta, Sarah, te follaré yo», y le metí la polla. Ella aferró mi trasero con una mano, la polla de él con la otra. Pronto mi mano estaba como la de Sarah sobre ella. A veces ella cogía el tallo y yo el escroto. Justo antes de que *nosotros* nos corriésemos, él escupió *su* leche. Entonces, al sentirlo, derramamos nuestros tributos sexuales mientras un espasmo de simpatía

libidinosa nos recorría al mismo tiempo.

Empecé entonces a pagar sus baños, su comida y buena ropa interior para que viniese perfecto de cabeza a pies. No tenía él pelo sobre el cuerpo, con excepción de su polla y axilas y muy escaso en el rostro. Con el ocio, la buena vida y los baños, su piel se hizo suave como el marfil, tan grata de tocar como la de la mujer más encantadora. En quince días engordó, aunque yo obtuviese tanto semen de él; pero era joven y fuerte. ¡Qué placer para él! Lo único que me molestaba era que su polla, al ereccionar cuando se ponía cachondo, despedía un fuerte olor. El olor de la mayoría de los coños que me gustan.

Tras chupársela aquella noche solo, repetí una vez más. Aunque habíamos perdido cualquier pudor, no me gustaba que Sarah viese todo, por lo menos hasta cuando la noche era avanzada y el *whisky* y la lascivia se apoderaban de mí. Hiciésemos lo que hiciésemos, nunca perdía de vista mi objeto principal, que era meneársela y ver su instrumento o su rostro cuando él estaba corriéndose. Cuando Sarah entraba, solíamos al principio sentamos alrededor del fuego bebiendo y fumando, todos tan desnudos como permitía el tiempo. A veces él contaba sus aventuras con criadas en las casas donde había trabajado, y ella lo que habían hecho sus hombres. La conversación era siempre erótica. Hasta que el espíritu me movía a la acción solía sentarme junto a él en una mecedora, con su instrumento en mi mano. A veces él cogía el mío. «Míralos tocándose la polla el uno al otro», decía Sarah sacudiendo la cabeza. «Muéstrale tu raja, a ver si le levantas el pito». Ella la mostraba abriéndose, y su pito se levantaba. Quizás él se arrodillaba frente a ella, tocando su coño o lamiéndolo mientras ella levantaba la pierna para facilitar su trabajo. A veces tanto *sus* dedos como *mis* dedos estaban dentro de su coño al mismo tiempo, y hacíamos otros cincuenta juegos lascivos.

Hice luego que Sarah me chupase la polla, pero seguía disgustándome decirle que había tenido la polla de *él* en mi boca, aunque una noche lo hice. Estábamos los tres sobre la cama, *ella* con la polla de *él* en su boca, y *él* con mi polla en su boca. Yo palpando su coño y sus pelotas todo cuanto permitía la difícil posición. Otra noche lo continuamos tumbándose *él* sobre la cama y *ella* arrodillándose sobre él con su polla en la boca, su trasero sobre

los pies de él y yo allí jodiéndomela. Sólo yo podía ver claramente la escena en el espejo, y era desde luego una visión extremadamente deliciosa.

Mi diversión más satisfactoria, según pienso, era meneársela a él mientras follaba con ella. Solía tumbarle de manera que su polla estuviese bien al alcance de mi mano y a la vista mientras lo hacía. A veces Sarah ponía su cabeza sobre el pecho o el vientre de él, como si fuese una almohada, mientras él estaba tumbado y entonces su polla estaba justamente al lado de mi hombro. Subiendo entonces mi mano se la meneaba. A veces, tumbado parcialmente de costado con las piernas apoyadas contra el muro en la cabecera de la cama, o junto a su cabeza, la polla estaba igualmente cerca de mí.

Una vez su aparato presentaba un aspecto tan hermoso que me sedujo por complejo. De nuevo me había jurado no volver nunca a tener su polla en mi boca y sentirla crecer desde la flaccidez hasta la erección bajo las presiones de mi lengua. Pero mientras estaba tumbado con la polla dentro de Sarah, la mano izquierda bajo su suave trasero, la derecha rodeando su polla y mi placer llegando, no pude resistirlo y me metí dentro de la boca su duro ariete. Mi trasero estaba entonces oscilando, su mano podía justo alcanzar mi culo y él me tocaba las pelotas. Sentí que se acercaba a la crisis, me saqué su polla de la boca y en aquel instante se disparó su esperma, justo entre el seno desnudo de Sarah y el mío.

Instantáneamente, pues tal fue el efecto lascivo, Sarah y yo mezclamos nuestros jugos en su coño. No he vuelto a tener su polla en mi boca después de esta escena.

Él le tomó afecto a Sarah y me suplicaba constantemente que le dejase joder con ella. Entonces, después de masturbarle yo, nos sentábamos los tres alrededor del fuego. «¿No enseñas tu coño, Sarah?». Ella abría las piernas para que el objeto de nuestros deseos fuese visible. Yo contemplaba su polla, que, colgando perezosamente entre los muslos, comenzaba inmediatamente a crecer ante la visión de su coño abierto, hasta adoptar el aspecto de un corto rodillo de marfil. Luego él rodaba hacia un lado, como para alejarse de los grandes cojones. Entonces, un estremecimiento la enderezaba, con su cabeza apuntando todavía hacia abajo y empezando a mostrar más y más el pequeño orificio con punta roja.

Luego daba una pequeña sacudida o saltaba contra el muslo, levantando orgullosamente su cabeza, y con otros espasmos sucesivos se erguía grandiosamente dura contra su vientre, y el prepucio se deslizaba suavemente dejando al descubierto dos tercios de una empuñadura profundamente carmín. Entonces yo subía y bajaba suavemente la piel con un movimiento lento, satisfecho ante esa acción involuntaria de la polla causada por la mera contemplación de un coño con pelo oscuro. «Déjame joder con ella… no me la menees ahora, ya me la has meneado bastante. ¡Oh! Déjame metérsela». Entonces yo le dejaba palpar su coño, y su lujuria llegaba al colmo; suspiraba y casi gruñía intentando lamer su coño. Entonces le dejaba que jodiese con ella, o me la follaba yo y se la meneaba a él mientras estaba dentro de ella. Y así pasamos aquel grato período lo mejor que pudimos, aquellos días en que andábamos cachondos, hace ya mucho tiempo.

Una noche hice que ella se sentase sobre mi polla mientras yo estaba sentado en una silla, con su trasero contra mi vientre y su coño mirando hacia fuera. Reflejados en el espejo, mis cojones parecían entonces colgar del extremo anal del coño. Él se arrodilló y lamió su clítoris mientras yo la follaba. Sarah disfrutó con la doble acción y se corrió murmurando sus sensaciones lascivas, aferrando la cabeza de él mientras yo la sujetaba firmemente por las caderas con los dedos sobre el peludo toisón. En esa posición sólo podía sacudirme suavemente dentro de ella. Cuando ella se corrió él cayó al suelo y se la meneó mirando el coño, que todavía tenía dentro mi polla mientras el esperma resbalaba sobre los cojones a medida que el perforador lo iba abandonando lentamente.

Yo era esbelto y flexible como una anguila. Entraba en Sarah, y ambos nos volvíamos de costado, vientre a vientre, manteniendo unidos nuestros genitales. Sarah ponía sobre mí su pierna libre, a fin de abrir el surco de su trasero, y él se tumbaba de costado con el vientre cerca del culo de ella, empujando hacia delante con la polla. La punta tocaba justamente el extremo de la raja más próximo al ano, frotando el surco y tocando la base de mi polla mientras permanecía insertada en ella. Entonces, empezamos todos a joder juntos. Yo sacudiéndome dentro de ella, él frotando su polla contra nuestros genitales acoplados, que había humedecido con saliva. Nunca escondíamos nuestros placeres. Yo gritaba al venir. Sarah

murmuraba su placer, como él. Las tres voces se mezclaban profiriendo palabras lascivas y estimulantes. «¡Oh! Jode… coño… leche… Oh… estoy viniendo… me estoy corriendo… leche… cojones… ah… ah…». Yo me corrí dentro de ella, él contra su surco y la base de mi polla, o sobre mis cojones, o contra el ano o el culo de ella. Si el hecho de frotar contra nuestra carne no conseguía su esperma, él se provocaba una crisis con la mano, y en el último momento ponía la polla contra la carne de ella y se corría en algún lugar.

Una noche, cuando estaba echándole un palo a Sarah, palpé su escroto grande, lleno, duro y arrugado, y deslizando mis dedos más hacia arriba dejé que su tubo rígido y lubricado se deslizase a través de mis dedos mientras se movía hacia delante y hacia detrás dentro de su coño. Entonces, dando la vuelta a la mano para que su polla frotase contra la parte exterior, empujé lentamente el dedo medio dentro del coño. «¿Qué estás haciendo?», dijo ella. «Palpando». No dijo más; la lascivia del acto satisfacía a ambos, todo mi dedo estaba dentro de ella pegado a su polla mientras él jodía. La polla se deslizaba sobre mi dedo mojado cuando se corrieron juntos. Yo había jodido con ella ya, estaba tranquilo y recogido, y observé la contracción de su coño cuando se corrió de un modo que nunca había observado en ninguna mujer, pues la clara observación de la acción muscular del coño de una mujer en el momento supremo de correrse resulta imposible, aunque mi polla sea consciente de su presión.

Hice eso más de una vez. Aunque el coño de Sarah era uno de los más deliciosamente compresores, estaba indiscutiblemente dilatado. Una vez ella nos permitió intentar meter ambas pollas al mismo tiempo dentro de ella, pero no lo conseguimos.

(Es difícil hacer *eso* incluso con dos instrumentos muy rígidos, porque lo he intentado una vez más con otro hombre y una mujer. Pero la capacidad de distensión de un coño es tal que estoy seguro de que *podría* tomar dos pollas al tiempo).

Entonces invertimos nuestra posición, y yo empujé por detrás y me corrí contra *sus* cojones mientras él follaba con *ella*. Me gustaba variar mis placeres, y cuando estaba fuera pensaba en lo que había hecho y preparaba variaciones del goce para nuestro próximo encuentro.

(¡Qué antojos y caprichos genera la lujuria! He pensado a menudo qué absurda parece la parte siguiente de mi relato, pero la hazaña no me pareció para nada absurda entonces).

Usar ambas pollas al mismo tiempo me complacía mucho, pero la dificultad radicaba en que nuestras piernas estorbaban. Tras pensar cómo evitarlo, puse un gran gancho en el techo y una soga colgando desde allí con anillas en su extremo. Sarah puso el pie dentro de una anilla, y eso apartó del camino su pierna. A veces él ponía su pie también. Me llevaron a esas ingeniosas estratagemas los placeres voluptuosos. Más tarde me parecieron ridículas, pero por aquel entonces nos deleitaron inmensamente a todos.

Después puse un segundo gancho con su cuerda. Estaban situados a distancia tal que Sarah, podía fácilmente pasarse las anillas hasta las rodillas, y una vez se quedó así durante diez minutos, con las piernas por el aire y tan distendidas que su coño se abría de par en par. Vimos su coño y su ano asomando por debajo. Jodí con ella cuando estaba en esa posición. Antes de eso los varones quedamos de pie admirando su pose, palpándonos las pollas y complaciéndonos en las posturas lascivas ante el espejo.

Hice que *él* jodiese con ella otra vez mientras sus piernas estaban colgadas de lo alto, y tan pronto como su polla salió investigué el coño y vi el esperma en él. Nada veo de objetable en el semen, esa esencia del amor.

Mientras jodía con ella en esa posición, una vez le hice arrodillarse sobre ella con el trasero hacia mí y su polla en la boca de la mujer. Recuerdo entonces que observé por primera vez su ano.

Poco después de comenzar mi relación con él me entró el capricho de verle con medias de seda. Él se puso un par de Sarah, y la cosa me complació tanto que le compré otro y unas botas de cabrito. Nunca volví a poseerle sin ellas en lo sucesivo. Cuando estaba sobre Sarah, juntas las piernas y ambas enfundadas en medias y botas idénticas, aunque la pierna masculina sea diferente de la femenina, mal podía decir cuál era cuál desde el tobillo al culo. Pero la raja y la verga mostraban la diferencia de los sexos.

Una vez hice que Sarah se tumbase sobre mí y llevase la voz cantante mientras él se ponía detrás de ella. Así situado, se la meneé. Parte de su esperma cayó sobre el pelo de Sarah y se puso enfadada. A Sarah no le importaba que se corriesen encima de ella

en ninguna parte salvo la cabeza. Parte de su leche cayó en mi rostro, y tampoco me gustó.

Durante el período de este frenesí erótico, estando solo en la ciudad por entonces, iba allí casi todas las noches. Mi curiosidad era insaciable. Me sentaba en un escabel con la cabeza entre las piernas de él y la oreja descansando contra sus cojones. Hice que ambos se levantasen tocando vientre con vientre mientras yo me tumbaba entre sus piernas y miraba arriba hacia sus genitales; me sentaba con el rostro hacia sus pelotas y su polla tocándome la nariz mientras Sarah hacía delicadas cosquillas en *mi* polla con su boca. Meé sobre la cabeza de su polla y, en resumen, hice con su verga y sus testículos todos los juegos fantásticos, eróticos, masturbatorios, palpatorios, hilarantes, estimulantes y chupadores que se me ocurrieron, y siempre con deleite. Al final, acababa siempre viendo enrojecerse la cabeza, endurecerse la verga y brotar de ella el viscoso esperma.

Sarah dijo: «Has estropeado al chaval. Ahora puede conseguir trabajo y no lo hará». Para entonces yo había visto todo cuanto quería, y me sentía ofendido con la familiaridad de él; dije a Sarah que no volvería a verle, y que así se pondría a trabajar. «No lo hará, estoy segura». Pero yo seguí sin ir y con ello me recuperé, porque me habían agotado un poco esos juegos lascivos. Un día vi a alguien parecido a él en la calle, cosa que me asustó, aunque nunca le había permitido verme con el sombrero puesto. Cuando escribí a Sarah y ella se encontró conmigo en una casa, me dijo que él estaba triste por no verme, y que ella le había dicho que yo estaba fuera de la ciudad. «¿Le has dado alguna vez por el culo?», preguntó ella bruscamente. La pregunta me indignó; semejante intención nunca había entrado en mi cabeza, ni ocurrido siquiera.

Dos o tres días después, estaba una vez más solo en la ciudad, y estimulado por una lascivia tal que si hubiese estado en mi cama mi abuela creo que habría rociado de engrudo el conejo de la vieja. Moviéndome inquieto, llegando a la masturbación, los pasatiempos lascivos disfrutados con él y Sarah seguían corriéndome por la cabeza; y aunque me había prometido no verle nunca más, el deseo de hacerlo se hizo abrumador y escribí a Sarah diciendo que le llevase.

Llegó la noche y ¡qué extraño!, sentí parte de mis viejos nervios.

Él se puso sus medias de seda y sus botas, que Sarah conservaba. Al ver su carne blanca y su chupete colgante, el mío se levantó rígido. Nos desnudamos. Oprimí su vientre contra el mío aferrándole por las nalgas (era tan suave como una mujer), y su polla se irguió orgullosamente al momento.

Toqué su polla, complacido por la suave sensación de la piel suelta. «Acábame o me la menearé yo mismo; con lo que me voy a correr puedo llenar un cubo». Mojé nuestras dos pollas y nuestros vientres con agua y jabón; luego, poniéndole de espaldas sobre la cama, le monté. Nuestros falos estaban apretados entre nuestros vientres; aferrando cada uno el culo del otro, y frotándonos las pollas como mejor podíamos, el calor y la fricción llamaron nuestras leches al mismo tiempo, y quedamos tumbados silenciosos hasta que nuestros instrumentos cayeron al reducirse sobre los testículos formando un montón de cojones y pollas.

Llegó entonces un asco, hacia él y hacia mí, que había sentido con frecuencia últimamente. Pero se desvaneció de inmediato, pues me sentí cachondo otra vez tan pronto como palpé su polla. Se endureció pronto. Cuando terminamos de lavamos, vi que estaba ancha e hinchada. Justo entonces entró Sarah apresuradamente y suplicó que me fuese. «Hazlo, oh, hazlo por favor, o habrá un gran escándalo… vete, por el amor de Dios». Ella estaba muy agitada, como no la había visto nunca. «Es preciso… debéis iros, o me veré medio arruinada». Obedeciendo, partí todo lo rápido que pude y me dijeron que él salió detrás de mí.

La noche siguiente la vi por la calle y no pude obtener explicación para la escena del día anterior; pero ella me dijo que no podría ir a la casa durante una semana o diez días.

No es fácil decir qué me estaba produciendo tales ataques de lujuria, pero estaba en plena calentura. Algunas veces la polla de un tío se levanta mucho más que otras; a veces es vagancia, a veces comida estimulante, a veces fuerza. Algunos días, antes de verle nuevamente, mi polla ereccionaba constantemente. Estaba solo en la ciudad otra vez, y no recuerdo por qué no la relajaba jodiendo. Me era imposible encontrar a Sarah, y no hacía sino pensar en cómo se la menearía a él y cómo me la tiraría a ella cuando nos encontrásemos.

Cuando acabamos encontrándonos, él dijo que no se había

corrido desde la última vez que yo se lo hice. Riendo, Sarah dijo: «El mendigo quería tirárseme, pero no le dejé». Era quizá mentira. Toqué su pito, que se enderezó rígidamente al momento. Y su lanzaesperma de cabeza roja y tallo blanco habría fascinado a cualquier mujer. Me desnudé yo a mi vez, con el pito tan duro como el suyo, y comenzaron juergas libidinosas.

«¿Le has dado por el culo?». La pregunta de Sarah me vino súbitamente a la cabeza mientras tocaba su polla palpitante, su rígida lanza. «Acábame, menéamela, luego *tú* jodes con Sarah y dejas que yo joda con ella después… sigue… me la menearé yo mismo… debo correrme», dijo él, y empezó a masturbarse.

Le detuve. Le puse en diversas actitudes y contemplé su desnuda rigidez —palpándola, besándola, vanagloriándome de mi poder— con mi propia polla tiesa. Ambos estábamos necesitando agudamente el placer, pero me distraje y mi mente dio un tumbo, sacudido por un extraño deseo, miedo, asco y al mismo tiempo intención. Entonces le hice inclinarse sobre la cama, con su trasero hacia mí y su cabeza hacia el espejo, y di unos pasos atrás para mirar. Allí estaban sus blancas nalgas y sus grandes y femeninos muslos blancos, envueltas sus piernas por seda y enfundados sus pies en botas femeninas. Nadie podría haberle imaginado un hombre de tan redondo, suave y femenino como era todo su trasero y su constitución. Sólo mirando algo más eché de menos los labios peludos y protuberantes, y sólo entonces vi una bolsa de testículos grande y redonda que demostraba la presencia del varón. La polla era invisible, porque estaba dura y se pegaba contra su vientre.

Me acerqué a él, di la vuelta con la mano y meneé un poco su polla. Su culo estaba contra mi vientre. «Acábame… oh… date prisa, estoy estallando». Mirando hacia abajo, vi su ano, y el deseo cruzó por mi cerebro como un rayo. Sin detenerme ni pensar, palpé su polla desde debajo de sus cojones, y cuando él temblaba casi de deseo —«¡oh! Date prisa, acábame»—, puse ambas manos alrededor de él, palpando con una sus testículos y con la otra su polla; y oprimí bajo sus pelotas mi propia polla tiesa diciendo: «Déjame meterte la polla en el culo».

«Eso no lo permitiré», dijo él separándose y dándose la vuelta, «eso no lo permitiré».

Furiosamente dije: «Déjame… te daré diez libras». «Oh, no». «Te

daré todo cuanto tengo», dije, y yéndome hacia los pantalones, saqué el monedero y me puse sobre la mano todo el oro que tenía. Creo que eran más de diez libras.

«Oh, no puedo, me dolerá», dijo él mirando el dinero. «No te dolerá». «Seguro que sí. Cuando estaba de aprendiz, un chico me dijo que un hombre se lo había hecho y que le dolió horriblemente».

No sé qué contesté. Pero creo haber repetido que no dolería, que las gentes lo hacían, como era sabido, y según hablaba, tocaba su polla con una mano mientras con la otra sujetaba el oro.

«Me dolerá *seguro*… estoy asustado. ¿Pero me darás realmente diez libras?».

Lo juré y hablé de algo que ignoraba completamente. Dije haber oído que para el hombre era placentero ver penetrado su ano, que tras haberlo hecho nada gustaba tanto después. Su polla, que se había reducido bajo la acción del miedo, se endureció nuevamente mientras yo la meneaba. Dejé de hablar y respiró profundamente mientras decía: «Estoy viniendo». Me detuve al instante.

«Déjame». «No creo que pueda, parece imposible… si me haces daño, ¿la sacarás?». «Sí, sí, lo haré».

Él se volvió de nuevo hacia la cama y se arrodilló, pero estaba demasiado alto. Le bajé de la cama, pero entonces estaba demasiado bajo. Le puse otra vez sobre la cama y levanté su culo al nivel de mi polla. Cerré la puerta. Yo temblaba, hablábamos en susurros. Mojé mi polla y su agujero con saliva. Su polla estaba todavía dura. Ahí estaba el pequeño agujero redondo… las pelotas debajo… los muslos blancos. Me apreté contra él medio loco, sujetándole con una mano que pasaba alrededor de un muslo. Apunté mi polla, mi cerebro daba vueltas, no deseaba hacer lo que estaba haciendo, pero algún impulso ingobernable me conducía. Las palabras de Sarah sonaron en mis oídos. Las escuché como si me las estuviesen diciendo entonces. Con uno o dos golpes mi verga se enterró dentro de él, y pasando ambas manos alrededor de su vientre aferré con fuerza la polla y los testículos. Él profirió un sonoro gemido. «Oh, me desmayaré», exclamó. «No, sácala».

«Está dentro… no te muevas o no te pagaré», dije (o cosa por el estilo) aferrándolo para que estuviese estrechamente unido a mí. «Ohooo, déjame, me estás haciendo tanto daño en las pelotas».

Supongo que, efectivamente, las estaba cogiendo con demasiada brusquedad, pero su culo se mantuvo pegado a mí.

No recuerdo nada más con claridad. Una lascivia fiera y torva se había apoderado de mí, una decisión de hacerlo —de saber si era un placer— fuese al precio que fuese. Antes le habría arrancado la polla que retirarme de él, pero al mismo tiempo sentía asco de mí mismo. Retirándome ligeramente hacia atrás vi mi polla a medio camino de su tubo y luego, forzándola hacia delante, se corrió dentro de él. Grité sonora y lascivamente (Sarah me lo dijo), pero no fui consciente de ello. Ella estaba en el cuarto de estar.

Volví a mí mismo. No puedo decir cuánto me tomó. Todo parecía un sueño, pero estaba inclinado sobre él, apretando todavía su trasero contra mí. Mi polla seguía dura y dentro de él. «¿Te duele ahora?». «No tanto».

Su polla estaba bastante grande, pero no del todo dura. Se la cogí con fuerza, y eso bastó para endurecerla. Se la meneé violentamente; la leche estaba preparada e hirviendo, porque había estado a punto de correrse media docena de veces. Mi polla, todavía en su estuche, estaba empezando a endurecerse más. Exclamó: «Estoy viniendo, estoy viniendo». Su trasero se sacudió y tembló, su ano se contrajo, mi polla se deslizó fuera y él cayó sobre la cama corriéndose sobre la colcha. Yo continué meneándosela.

Él gastó un verdadero estanque de esperma sobre la cama. El enloquecedor pensamiento de lo que había hecho hizo que deseara hacerlo otra vez. Olvidé todas mis sensaciones (no tengo idea de ellas ahora). Sólo sabía que me había corrido, eso era todo. «Déjame hacerlo otra vez». «No haré eso por ningún dinero», dijo él dándose la vuelta.

Entonces me la meneé y se la meneé a él al mismo tiempo, furiosamente. Mis manos se deslizaron arriba y abajo sobre las pollas todo lo de prisa que unas manos pueden moverse. Empujándole hasta que su culo estuvo sobre el esperma de la colcha le terminé mientras estaba tumbado y me corrí sobre su polla, sus pelotas y su vientre. En diez minutos había terminado nuestra doble corrida.

Tuve inmediatamente un indescriptible asco hacia mí y hacia él, un miedo terrible, un mal presagio. Apenas podía estar en el cuarto con él. Podría haberle dado de patadas. «Me has hecho sangrar»,

dijo él. Casi vomité al oírlo. «Debo darme prisa», dije mirando mi reloj, «olvidé que fuese tan tarde. Debo irme». Todo mi deseo era alejarme lo más rápidamente posible. Partí después de pagarle y hacerle jurar, y jurar yo mismo, que ninguna persona viviente llegaría a tener conocimiento del acto.

Pocos días después, escribí el relato de este acto erótico ciego y loco; un acto enteramente impremeditado, cuya perpetración me parece ahora sumamente extraordinaria. Un acto donde no sentí placer —no recuerdo placer físico— y que sólo permanece en mi mente con asco, aunque sea contrario a mi filosofía pensar siquiera que obré mal.

*Una pájara en un parque. — Alice T***h***l, de Middleborough. — Parejas amorosas a campo abierto. — «Toquémoslo». — El relato de Alice. — Una masturbación. — Una bajada al pilón. — Su almuerzo. — Reflexiones sobre el joder. — Idealidades. — Dos hermanitas. — En unos baños alemanes. — Una exquisita cortesana austríaca. — Deliciosa folladora. — Una cita olvidada. — Entra el varón. — El dormitorio de Mein Schwester. — Una oportunidad de espiar por un agujero. — Dentro de un coño inundado. — Mein Schwester lavándose. — Bajándome al pilón con fräulein. — Tanteando y jodiendo. — Sobre mis tendencias a bajarme al pilón. — Una familia de zorras. —Dos hermanas modistas. —Ana y María. — Palpando coños. — Formas, rasgos y semejanzas coñiles. — Un pedo en una chimenea. — Sobre los pedos de las zorras. — Pedos del coño. — H*l*n N***w**d. — Nuestro primer encuentro. — Sus perfecciones exquisitas. — Discusiones sobre dinero. — Mantengo mi promesa. — Intervalo de un año. — Amistad establecida. — Mal gusto. — Diversiones sexuales desinhibidas. — Gustos eróticos satisfechos.*

Descubro que he traspapelado parte del manuscrito, y que las cuatro aventurillas siguientes se produjeron en el verano y el otoño.

Los relatos de estos pequeños incidentes sólo están un poco abreviados, pero el pasado sustituye al presente, tiempo verbal en el que están escritos la mayoría de los relatos de mis amores.

Una noche, ya tarde, cuando miraba en la calle Oxford el batallón de zorras por allí deambulantes, me hizo frente una mujer bien plantada que me gustó. Estaba dispuesto, pero no tenía intención de hacerme con una mujer; las miraba simplemente, complacido y al mismo tiempo apenado, como me hacían ellas sentir a menudo, cuando estaba en un estado de ánimo no filosófico. «Buenas noches», dijo ella. «Buenas noches, querida». «¿No me dirás algo más?». «No, buenas noches», y me volví para

cruzar la calle hacia D**d. «Ven a casa conmigo». «No». «Oh, hazlo, me gustaría que vinieses».

Había algo quejumbroso en su voz, y su actitud no casaba con su clase. Había caminado durante algún tiempo junto a mí, mirándome la cara sin hablar. Había una gentileza en su actitud que me complacía. «¿Vives lejos?». «No, ahí mismo». «Sólo puedo darte ***». «Está bien». «Vete entonces, y yo te seguiré», y así fuimos, pero anduvimos tanto tiempo que me detuve. «¿Dónde está?». Ella dijo el nombre de la calle. «¡Oh! Es mucho camino; tomemos un taxi, querida». Así lo hicimos, y fuimos hasta G***e Road. Un joven con aspecto respetable abrió la puerta de una casa muy bien amueblada —según parecía recientemente—, y entramos en un bonito dormitorio.

Ella me besó varias veces estando en el taxi, besos que no creo haber devuelto, y me palpó suavemente los testículos. No había sentido mucho deseo hasta que ella hizo eso. Entonces mi pito se levantó y la deliciosa lascivia recorrió mi cuerpo. «¡Oh!», dijo ella con un suspiro. «Es una buena, estoy segura», y me besó amorosamente. En el cuarto se sentó con el sombrero puesto, luego se levantó y me besó varias veces. «¿Podrías creer que el hombre que nos abrió la puerta era el criado de mi padre?». «No», repliqué llanamente. «Pensé que no te lo creerías; acaba de casarse y abrir esta casa de apartamentos, pero sabe que soy de vida alegre». No la creí, pensé que alardeaba, pero no dije nada. «Quítate tus cosas». Ella dejó de palpar mi polla —que había sacado y estaba acariciando— y empezó a desvestirse.

Se quitó enagua tras enagua —hacía calor por aquellos días—, mientras yo estaba sentado mirando hacia ella. Sus brazos eran muy delgados y vi que tenía los senos pequeñísimos. «Continúa», dije al ver que se detenía. «¿Qué? ¿Todo? Soy más bien delgada. ¿Te gustan las mujeres delgadas?». «No tengo objeción si son buenas». No era cierto, pero lo dije para no herirla. Ella se quitó algo más de ropa, deteniéndose de vez en cuando para que yo dijese basta. Pero hice que se desnudara hasta la combinación. «Soy muy delgada», dijo, «pero tan buena en la cama como cualquier otra mujer», y se sentó en el sofá junto a mí.

Levanté su combinación, palpé su cuerpo y desde luego no he visto nunca una mujer de la vida tan delgada. Apenas tenía senos o

trasero. Sus muslos tenían la mitad del tamaño que debieran, y sus pantorrillas eran palos de escoba. Mi polla se retrajo y me abandonó todo deseo, por lo cual, tras palparla y hablar cierto rato, dije: «Ya está bien, querida, me voy ahora», y puse el dinero sobre la repisa de la chimenea.

«Oh, no te vayas sin echarme un palo, verás que soy muy agradable… Tómame, lo deseo tanto, no lo has mirado», y tumbándose sobre el sofá expuso su coño, un artículo joven con cabello oscuro. Fui hacia ella y lo miré, sin haber querido siquiera verlo antes. Era un coño de buen aspecto, pero mi polla no dio signos de vitalidad como los que debiera haberle producido un coño nuevo. «Hablemos», dijo ella, y me senté a su lado. Ella aferró mi polla, y mis dedos se posaron sobre su clítoris; era una mujer agradable y limpia, pero ninguna sensación me vino durante cierto tiempo, mientras hablábamos y ella me contaba su historia, besándome de cuando en cuando y palpando siempre mi pirula.

Yo estaba bastante frío con ella. «No puedo hacerlo», dije, «y a menudo voy a casas de mujeres sólo para ver, palpar y charlar con ellas». Dije esto para evitar herirla. «No te gusto porque estoy tan delgada». «No es así». «No me gusta hacerlo», dijo ella, «pero lo deseo tanto… me falta hace más de una semana», y arrodillándose de inmediato tomó mi pito en su boca. Yo no había imaginado siquiera que pudiese hacer semejante cosa. La fricción de sus labios y su lengua surtió efecto, la polla se endureció, el deseo vino, y ella se levantó sonriendo triunfante. «Estoy tan contenta», dijo. Entonces fuimos a la cama, y su coño me recibió. Copulando parecía tan agradable como el de cualquier otra mujer, pero casi me preguntaba qué tenía en las manos cuando me recobré de mi placer, y las moví sobre su escuálido trasero. Ella se corrió casi inmediatamente después de que mi polla la penetrase. «Oh, es delicioso», dijo, «mantenía dentro», y aferrándome con sus miembros de araña me mantuvo próximo a ella comprimido bien mi pito contra su coño. Luego, soltando un poco el abrazo y suplicándome que mantuviese el pito dentro (cosa que hice bastante bien), puso su mano derecha entre nuestros vientres y se masturbó mientras yo seguía metido. Sus ojos se cerraron. «Encantadora polla, encantadora polla», iba diciéndose a sí misma como para excitarse hasta que se corrió de nuevo, y entonces sus piernas se estiraron y quedó tranquila. De

hecho, mi pito estaba endureciéndose dentro de ella, especialmente por las presiones de su coño al correrse, pero lo retiré con intención de dejarla, pues su delgadez me disgustaba demasiado.

Pero ella se aferró a mí. «No te vayas todavía… espera y hazlo otra vez». «No puedo, es tarde». «No mucho, podrías hacerlo ahora si quisieras… no he disfrutado un palo como éste en no sé cuánto tiempo… Cuánto te has corrido… ¿debo lavarme?». Era irresistible. Mi pene se había ido sensibilizando hacía ya algún tiempo, y un coño recién lavado llega a dolerme a veces, y si está lavado sólo con agua me doy cuenta en seguida. A mi polla le gustan justamente como la naturaleza los ha hecho, cuando no han sido tocados durante algunas horas, suaves, húmedos, deslizantes, sentirse resbalar como si fuese sobre marfil aceitado. «No, no te laves». Hablamos durante algún tiempo. Ella era del campo, de padres acomodados; había sido seducida, tuvo un hijo ahora muerto, fue expulsada por sus padres y se hizo mujer de la vida. El casero sabía todo sobre ella, y lo confirmaría si se lo preguntaba, pero no su nombre verdadero ni dónde estaba su hogar. Ella dijo todo esto por su voluntad y entonces, para su aparente júbilo, jodí con ella de nuevo después de que me hiciese mear, me lavase y me la chupase hasta endurecerla.

«Me atrevo a decir que no volverás a verme, ¿no es así?». «Rara vez veo a mujeres desconocidas; visito constantemente a una dama que tiene todo cuanto deseo». «Dime cómo es ella». Así lo hice, y mentí elocuentemente. «No te gustan las mujeres delgadas… a los hombres no les gustan, me gano la vida malamente, casi todo cuanto consigo lo destino a pagar el alquiler y el lavado. Apenas consigo suficiente para comer. Me ahogaré. Pienso a menudo hacerlo de noche». «Tonterías, vuelve a tu casa». «Nunca… nunca apareceré por allí otra vez. Mataría a los viejos. Si no mejoro, pronto me tiraré al río y me ahogaré. A veces voy y miro el canal cuando vuelvo a casa». Doblé mi paga sintiendo pena por ella y la dejé sentada sobre el sofá, llorando amargamente. No había estado bebiendo. Estoy seguro de que era una desesperación verdadera.

Cruzando hacia las diez la entrada de un parque en una noche neblinosa y cálida, pensé que me gustaría palpar un coño. Había palpado muchos allí en días precedentes. Entré y vi parejas sentadas

muy juntas sobre los bancos; caminando un poco más, vi parejas en actitudes más comprometidas. Acercándome mientras caminaba sobre la hierba para ver mejor —pues ver parejas jodiendo siempre me encanta—, vi a un hombre sobre un banco inclinado un poco hacia delante y a una mujer frente a él. Algo más adelante había una mujer sentada y un hombre de pie frente a ella. Su brazo bajó al aproximarme. El hombre se dio media vuelta para ocultarse de mí y se volvió de nuevo en la dirección contraria cuando pasé delante de él, aunque era demasiado oscuro para ver los rostros, o incluso una polla si estaba fuera. Sé bien que la chica se la estaba meneando, o al menos eso era lo más probable. Pasé sin volverme porque ¿a qué venía molestar a las parejas en un juego amoroso? No me gustaría a mí si estuviese en su lugar. Pero me hubiera gustado ver cómo se la meneaba, y volvió un viejo deseo mientras veía oscuramente estas diversiones en la neblinosa penumbra, un deseo que pensaba satisfecho y desaparecido para siempre. Qué suave y dulce, qué sólida, rígida, pero semielástica es la porra amorosa masculina. Qué suave y agradable para la mano… y pensé que me gustaría palpar de nuevo una. Al diablo con mi virtud.

Se cruzó conmigo una mujer pequeña y cuadrada que caminaba con bastante rapidez. «¿Qué?, ¿vas a mear, Mary?». «No, me voy a casa», y se detuvo. Cogí su brazo, que era robusto; supe por eso y por el perfil de su figura que tenía un trasero gordo. «Ven sobre la hierba, déjame palpar tu coño y te daré un chelín». En medio minuto tenía la mano entre sus muslos. «Hay leche en tu coño». «No hay eso; ya me gustaría, no tuve esa suerte. No me lo han hecho esta noche». «¿Para qué te vas a casa?». «He estado llorando por no tener una oportunidad, me voy a casa a dormir, porque no he comido ni bebido nada desde el desayuno». «¿Por qué?». «No tengo dinero y he empeñado todo. Con este chelín conseguiré ahora algo de comer».

«Siéntate aquí y tócame la polla». Ella lo hizo y mi imaginación lasciva se reavivó entonces. «Mea sobre mis dedos y te daré otro chelín». «Lo intentaré, pero no puedo hacer mucho. Ven más adentro, porque la policía puede vemos aquí». Ella se puso en cuclillas y derramó un pequeño chorro caliente sobre mi mano. «¿Te gusta que las chicas te hagan esto?». «A veces, ¿no se lo haces tú a otros hombres?». «Sólo lo he hecho una vez antes; los hombres

de Londres son tan graciosos». Hablaba con un fuerte acento de provincias. Había una franqueza de maneras, una disposición y un halo de verdad a su alrededor.

Nos sentamos en un banco próximo a un árbol tras haberme secado la mano sobre su culo. La niebla crecía y me sentía protegido de la observación. Ella me contó su historia, que quizás era mentira, pero quizás era verdadera. Se llamaba Alice T***h**l, de Middleborough. Había escapado con otra chica a Londres para mejorar su situación. La otra joven era una mujer de vida alegre, pero Alice no lo era por entonces. «No, estaba sirviendo en mi pueblo y había ahorrado siete libras que tenía en un banco». Dormían en un café de una calle que llevaba a E*g*w**e Road; allí querían una criada y ella cogió el puesto, pero encontró mal la paga, peor el trabajo que en Middleborough, e inmunda la comida, por lo cual su amiga le recomendó dejarlo y verse con caballeros. Al principio, ella no quería, pero como no encontraba otro trabajo, fue a vivir al domicilio de su amiga y un día se fue con ella a un *cabaret*. Volvieron a casa con un caballero que jodió con su amiga delante de ella; habían estado bebiendo y su amiga la persuadió entonces a dejar que el caballero jodiese con *ella*. «Ella hizo que le dejase… Nunca había tenido antes a un hombre… no, ni siquiera me habían metido un dedo. Por supuesto, me gusta joder ahora. ¿A qué chavala no le gusta? Pero la cosa no marcha. Saqué mis siete libras del banco de Middleborough, ella me dijo cómo, y nos las hemos gastado. Me gustaría estar otra vez en Middleborough. Allí por lo menos me llenaban la tripa… aquí muchas veces no gano lo bastante para comer. Liz dice que me falta cara. Apenas llevo dos meses en Londres».

Me dijo que tenía un cuarto decente, pero muy distante, por lo cual los clientes solían hacérsela en el parque, o en las casas próximas. ¿Me dejaría ella follarla por media corona? Yo deseaba saber hasta dónde podía rebajar el precio. «De mil amores», dijo ella, y sacudió mi polla hasta que empecé a sentir serias ganas de correrme. «También a mí me gustaría hacerlo», dijo. «Podemos hacerlo aquí, pero soy más bien pequeña y la hierba está demasiado húmeda como para tumbarse de noche. Yo suelo hacerlo de pie allí, donde hay vallas para apoyarse». Fuimos un poco más adelante y encontramos un banco vacío próximo a un camino lateral. «Aquí

está tu dinero, media corona. Pero no dejes que joda contigo si no estás bien». «Gracias, señor. Estoy bien, según creo». Me senté y volviéndose de espaldas a mí se levantó las enaguas y aproximó sus nalgas a mi falo. Palpé su coño, pero la prudencia me contuvo aunque su carne parecía carnosa, suave y limpia. Pero apenas le había visto la cara. «Déjame masturbarte. Me da miedo joder contigo». «No me gusta que me hagan eso, señor, pero puede usted si quiere». Hice que se diera la vuelta poniéndose convenientemente, y la masturbé. «¿Estás viniendo?». «Sí, hágalo un poco más arriba». Con un poco más de acción se corrió. Vi venir su agitación, sentí el temblor y los espasmos de sus riñones y sus nalgas, alrededor de las cuales mantenía mi mano izquierda. «No te has corrido». «Oh, sí, tóqueme, estoy muy mojada… No lo he hecho durante dos días». Noté que su estrecho coñito estaba mojado.

Ese toqueteo me excitó casi incontrolablemente, pero temía joder en un canal que no había visto. «Te daré media corona si me chupas la polla». «No, no puedo». Un poco de persuasión lo consiguió. Se sentó sobre el banco, inclinada hacia adelante, yo me puse de pie y jodí dentro de su boca. Ella era novata en la cosa. «¿No lo hago bien?». «No… me haces daño». «Oh, no permita que vaya para dentro». «Es preciso». «Me hará vomitar». «No, no me correré mucho». «Oh, no me aplaste el sombrero». Yo le había puesto las manos sobre la cabeza, luego las puse sobre sus carrillos, acercándome su boca, y me corrí. Ella se retiró cuando brotaba el fluido donante de vida, pero sujeté su cabeza con fuerza, aferrando sus carrillos hasta que todo mi placer hubo pasado.

«Me daré una buena comilona antes de que se cierren los sitios; la tripa me hace ruidos de vacía que está», dijo ella. Le pagué el doble de lo prometido, sintiéndome satisfecho con ella, y me senté de nuevo palpándole el trasero. «Tienes un culo gordo y sólido para una mujer de parque londinense». «Era gorda cuando vine a Londres, pero he estado adelgazando desde entonces», dijo ella y se marchó andando rápidamente, agradeciéndome mucho la doble paga. Yo le dije: «¿Sabes que has estado mintiendo?». «¿Sobre qué? Venga a mi casa y pronto me creerá». «Buenas noches, querida». «Buenas noches, señor, espero verle otra vez».

Aunque sea extraño, disfruté con aquella escena al aire libre. Hizo que mi pito ereccionase varias veces luego, al pensar en ella, e

incluso cuando estaba con una mujer adorable. Pero mi mente se aleja muchas veces de la mujer donde tengo metida la polla para pensar en otros coños y sus placeres. He interrogado a prostitutas y he descubierto que, cuando están jodiendo, piensan también a menudo en otros hombres y en otras hazañas lascivas. Durante años, cuando estaba echando un palo a alguna mujer, mi mente se iba ocasionalmente a una escena donde jodía con dos chicas pequeñas con las que me encontré en Picadilly la madrugada de un día de verano. Dos chicas bajitas, hermanas me dijeron, y me las hice a las dos.

Poco después de esto, al comienzo del otoño, estaba en los baños de ******. A las siete de la mañana iba de paseo cuando encontré a una mujer de unos veinticinco años que en forma, altura, rasgos y piel podía compararse con muy pocas. Era una de las mujeres más hermosas que jamás vi, e indiscutiblemente una zorra, aunque no mirase a izquierda o derecha ni a ningún hombre. La seguí arriba y abajo discretamente hasta ser observado, lancé una mirada significativa y la seguí hasta su domicilio. Al pie de la escalera, le dije que después del desayuno estaría con ella, a las diez y media de aquella mañana.

Estaba esperándome a esa hora, con una bata suelta que, una vez quitada, la dejaba sólo con una combinación de la más fina batista, bajo la cual sólo llevaba medias de seda azul y botas de cabrito. Era una de las más bellas y perfectas criaturas que Dios creó jamás, aunque sólo fuese en gran medida una cortesana fácil y sin ningún tipo de pudibundez a la hora de mostrarlo. Pronto estaba sobre la cama, y entre un par de muslos y nalgas perfectos de forma, suavidad y color se abría una abertura pequeña y delicada, aureolada suficientemente con pelo de color avellana. Era, de hecho, uno de los coños más encantadores que jamás vi. El clítoris, las ninfas, la vagina y los labios no eran demasiado grandes ni demasiado pequeños; un pelo amplio, rizado y fino lo rodeaba y sombreaba el monte, pero no había un solo pelo sobre sus nalgas ni próximo a un pequeño y prieto ano que parecía demasiado reducido para dejar que penetrase una espiga. Las nalgas ovaladas, con su prolongación gradual en los más encantadores muslos, eran exquisitas. De hecho, nalgas, vientre, muslos, pelo, abertura,

clítoris, ninfas y color eran perfectamente bellos.

Arrancándome rápidamente las ropas en impetuosa lujuria, arrojándome sobre ella, ávido de sus encantos, con prisa por perforarla, por llenar aquella abertura divina con mi leche, hundí profundamente la polla en ella. Era un coño sin fondo, mi cabeza no encontró obstáculo, todo era divinamente suave, húmedo, elástico, compresor. Con un golpe o dos la polla encontró su lugar; no eran necesarios más golpes, se encontraba en un paraíso camal perfectamente gozoso donde disfrutó permaneciendo quieta durante un minuto. Pero el encantador estuche tenía sus propios deseos, su propio modo de actuar, de provocar placer, de extraer de mis testículos la emulsión que aliviaría su calor. Con los movimientos más suaves y presiones imperceptibles recibió mis movimientos igualmente suaves, apretó, pellizcó más y más mi falo con exquisita delicadeza, hasta que acabó brotando de mis depósitos mi mucilago espermático y desfallecí en sus brazos desmayado de placer, casi adormecido de fatiga sexual, aferrando sus nalgas, chupando su dulce lengua mientras yacía tumbado silenciosamente junto a ella. Mientras tanto, sus muslos descendieron gradualmente, su vientre cesó en sus vaivenes, su coño aflojó la presión y —chapoteando en esperma— tanto la polla como el coño permanecieron unidos en bendita quietud.

Cómo deseé haber sido más joven y estar en libertad. Pienso que habría jodido con ella día y noche hasta agotarme, pero eso era imposible por razones físicas y de otro tipo. Sin embargo, disfrutaba mirándola, y cuando aparecía bien vestida en los diversos sitios, sentada o de pie, el ojo de mi mente veía aquellos muslos y aquel vientre encantador, aquel coño exquisito como si estuviera desvestida. Entonces empecé a preguntarme qué otro hombre había disfrutado de esos encantos, y anhelaba por ver a un hombre tan bello como ella dándole placer, inyectándole su semen.

No puedo decir más de esta criatura divina, sino que la vi con frecuencia algún tiempo. Pude haberla amado, mujer grande, comedora de salchichas, bebedora de cerveza, aunque fuese zorra. Pude haberla amado porque era la perfección absoluta en cuanto a los placeres sexuales. Ella amaba su profesión, pero no era ávida de dinero. «Puedo tener a todos los hombres que quiera, espero a un amigo a las once y media», me dijo ella el primer día, «y debes irte».

Cuántas y cuántas mujeres he tenido cuyos coños no parecieron darme jamás un placer físico tan completo como el que me ofrecía aquella mujer. El coño debe casar bien con la polla del hombre si éste ha de ser feliz con una mujer. Esto es un sutil refinamiento de la sexualidad, pero tal es mi creencia; entonces todo es felicidad en la vida conyugal.

Una tarde de un día abrasador llamé sin avisar y no llevaba en su cuarto ni cinco minutos; estaba sin desvestir —como ella— y la había situado sobre la cama, con las ropas levantadas negligentemente para que fuesen visibles su magnífico trasero y su coño. Estaba yo sentado en una silla frente a la cama, disfrutando el sensual espectáculo, cuando se oyeron golpes en la puerta. «Oh», dijo ella, «lo siento tanto, me olvidé. Iba a ver a un hombre a esta hora, y está aquí. Vete al otro cuarto un minuto, es el cuarto de Mein Schwester[8], hasta que le despida». La ocurrencia lasciva me vino tan deprisa como el rayo. «No, esperaré. Déjale que joda contigo. Déjame ver cómo te folla y luego vienes al cuarto de tu hermana con todo su esperma en el coño y me dejas verlo lleno. Haz que él esté desnudo y estate tú desnuda también. Te pagaré bien». Todo esto fue dicho en lenguaje políglota, medio susurrado, pero fue comprendido. «Yah, yah, pero no puedes ver… el *sparm*… sí… *schnell*… vete… él está ahí fuera». Se oyeron más golpes y en pocos segundos crucé la puerta del cuarto de la hermana, la cerré y al mirar por el ojo de la cerradura —¡oh, alegría!— descubrí que podía ver la parte inferior de la cama y a un joven apuesto, alto y rubio allí de pie, hablando con mi mujer.

Hasta aquel instante no supe que mi seductora tenía una hermana. La había visto caminar con una mujer menos alta y más joven, que era Mein Schwester. La muchacha comenzó sus abluciones de un modo muy tranquilo, hablando con voz serena. ¿Me molestaba que se vistiese? Desde luego que no, contesté, con lo cual ella se desnudó desde la cintura para arriba y comenzó a lavar un seno juvenil, encantador. Pero yo quería ver a una bella pareja jodiendo, y no podía quitar los ojos de la cerradura. Al descubrirlo, la Fräulein me dijo: «Si se sube a una silla, verá mejor», apuntando hacia la puerta; y, desde luego, vi toda la cama a través de una grieta natural que existía en la parte superior de la puerta mal hecha.

Él estaba acariciándola, palpando su coño, sentado sobre el borde de la cama con ella. Ella le había sacado la polla, que parecía un rodillo para masa con su cabeza descubierta de un rojo vivo y preparada para la inserción. Hablaban en una lengua extraña de la que sólo podía entender unas palabras, pero por ellas y por los movimientos de la mujer supe que le estaba urgiendo a desvestirse. Era un día abrasador. Él comenzó a desvestirse rápidamente hasta quedar en camisa. «Todo, todo», dijo ella. Y fuera fue la camisa mientras ella se quitaba la combinación. Permanecieron desnudos como una espléndida pareja, él un hombre de un metro ochenta con carne limpia y blanca, sin pelo, con una sólida polla larga y gruesa. Ella se tumbó rápidamente sobre la cama, abiertos sus exquisitos muslos. Podía ver su adorable hendidura, que él lamió durante un instante mientras seguía de pie. Luego se tumbó junto a ella momentáneamente, palpándose el uno al otro. Pero todo fue demasiado rápido, su polla debía de estar levantada mientras esperaba fuera del cuarto a que yo escapase. La tenía rígida cuando se desvistió, y al segundo siguiente estaba sobre ella follando. Entonces sólo pude ver su espalda y a veces un poco de sus testículos mientras él metía y sacaba la polla, cosa que hizo con tal energía que en un minuto vi por el movimiento de su culo y su presión sobre ella que la libación estaba hecha. Entonces yacieron lánguidos y silenciosos.

Furioso de lujuria, no queriendo perderme nada del espectáculo, llamé a la hermana, me quité la chaqueta y el chaleco mientras seguía de pie y se los di a ella, sin dejar de mirar por el agujero. Pronto escuché que ella decía algo, sabiendo que de alguna manera le estaba diciendo que iba a ir al cuarto de su hermana a lavarse. Me bajé de la mesa, me quité todo cuanto llevaba puesto excepto camisa y calcetines y, justo cuando terminé de hacerlo, ella entró poniéndose el dedo sobre los labios con gesto de pedir silencio, cerrando el coño para evitar que el esperma se saliese, pero hablando en voz alta con la hermana. Inmediatamente se tumbó sobre la cama, conociendo mi lascivia, y abrió los muslos. ¡Oh cortesana consumada! Y cómo les gusta su comercio cuando triunfan.

Allí estaba el encantador coño, su roja superficie bien escondida por esperma espeso y blanco. El esperma se adhería a los pelos y se

concentraba sobre el orificio de la avenida donde había sido derramada la libación. Mi cabeza dio vueltas, presa de excitación sexual. Apenas sabía qué estaba haciendo. Pretendiendo solamente ver la copulación y los resultados, me abrumó entonces el deseo de poseerla tal como estaba, de cubrir mi polla con su esperma. Llevándola hacia la cama, me quité la camisa, la monté y hundí mi polla en la suave vagina inseminada, deleitándome en un goce lascivo al sentir la agradable humedad sobre mi polla. Luego palpé alrededor de la verga, donde era tocada por los labios de su coño, y froté mis pelotas contra el surco de su trasero, para que toda su corrida pudiese estar sobre y alrededor de mí. Entonces, no siendo ya tan joven o no estando tan lleno como mi predecesor, me mantuve silenciosamente dentro de ella, pensando con lujurioso deleite en lo que había visto y en dónde estaba. «¿Te has corrido con él?». «No, fue tan rápido», y esto es todo cuanto se dijo. La idea de darle placer a ella, de conseguir *sus* jugos, hizo que comenzara a moverme, chapoteando la polla en el esperma a medida que entraba y salía. Las pasiones de mi beldad estaban avivadas, sé que joder en el esperma de otro excita a las mujeres; murmullos de joder, polla, coño, esperma proferidos en tres lenguas salieron de nuestras bocas, y con nuestras lenguas intercambiando y mezclando sus salivas nos corrimos, juntos y la esencia de dos varones y su propia corrida se mezclaron juntas en su coño.

Antes de que hubiese desaparecido mi rigidez ella me desmontó, se lavó y volvió con él. Con la polla todavía mojada me subí otra vez a la silla. Allí estaba él, desnudo sobre la cama (era un día tórrido), palpando su polla. «¿Te has lavado?», dijo ella. «No, joderé contigo otra vez», y atrayéndola a la cama comenzó a palpar su coño.

Aunque estuviese cansado y sudando copiosamente quería ver más, pero me bajé y me lavé. Mein Schwester sujetaba silenciosamente la palangana para ayudarme. Entonces me subí sobre la silla otra vez y les contemplé en su juego amoroso. Poco después, al mirar en tomo, vi que la hermana estaba completamente desnuda lavándose con una esponja. ¿Era por lavarse o por mostrarme sus encantos?

Él sólo hizo lo que yo he hecho cientos de veces y descrito otras tantas en este relato de mi vida secreta. Pero qué nuevas y

voluptuosamente excitantes son siempre esas escenas, esas diversiones amatorias. Para mí ésta era exquisita. Allí estaban esas criaturas soberbias, en la plenitud de la edad y la belleza, palpándose los genitales, tocándose todo el cuerpo, besándose casi en silencio, pues la palabra es casi inútil en tales deleites. Entonces, su boca se instaló sobre su coño y lo masturbó. Cuánto le envidié, pues ya había lamido y excitado con la lengua aquella encantadora hendidura. Pronto el encantador trasero de ella se retorció, su vientre se alzó, y, al arrodillarse él, pude ver lateralmente su polla, dura y palpitante a medida que su pasión se hacía más fuerte con esa diversión deliciosa. ¿Por qué no consumaba? Estaba impaciente por verles terminar, por ver los muslos de ella alrededor de los suyos, las nalgas de él oscilando con las sacudidas de su polla dentro del coño. Anhelaba estar palpando las nalgas de él mientras realizaba ese ejercicio. Pero él no tenía prisa ahora, retrasaba sabiamente la crisis destructora de la lujuria. Allí estaba yo, atisbando, completamente desnudo, sudando de excitación y mirando de cuando en cuando hacia abajo en dirección a la hermana que se lavaba perezosamente de pies a cabeza. Poco después, se puso combinación y zapatillas y me miró sonriente. Otra ojeada y la pareja estaba conversando, con la polla de él sobre su muslo y no enteramente rígida. El glorioso final no iba a llegar por ahora y me bajé, pues mi compañera empezó a acaparar mi atención.

Al preguntarle yo, declaró que era la hermana, que tenía veinticinco años y su hermana veintiséis. Sus ojos y su rostro mostraban un parecido familiar. «¿Es tu coño como el de tu hermana?». «No lo sé». «Enséñamelo, quítate la combinación». Ella se la quitó sin replicar y se tumbó sobre la cama. Vi ese encanto potencialmente casi omnipotente de la mujer, ese surco rojo central sombreado de pelos, esa división olorosa y de encamados labios partiendo su vientre, ese orificio que subyuga al varón, sea éste emperador o mendigo. Estaba en mi mente la idea de que quizá masturbaban con la boca a su hermana en ese momento. La lascivia se apoderó de mí y, aplicando la lengua al coño de la Fräulein, lo lamí rápidamente, pensando en lo que estaban haciendo a su hermana, deseando que estuviésemos todos en el cuarto y bajándonos al pilón lado a lado.

Cuando la Fräulein hubo disfrutado de mi tratamiento con la lengua y los espasmos de sus muslos y de su trasero me indicaron la proximidad de su crisis, ella retiró mi cabeza. «*Nein, nein, nein*, jódeme». Me incorporé con la polla endureciéndose y contemplé su carne rosada. Era mucho más joven, no tan alta ni tan fuerte como su hermana, pero firme y bella de formas, con tetas sólidas. Tenía una boca tan bonita que exclamé: «Chúpamela». «Lávatela entonces». Lavé rápidamente mi inyector, oí voces en el cuarto contiguo, dejé de masturbar a la Fräulein, me subí a la silla otra vez y vi a la hermana abriendo de par en par sus muslos para la entrada de aquel grandioso báculo amoroso. «Él está jodiendo», exclamé y, entonces, con una rápida multiplicación de deseos en el cerebro, deseando voluptuosamente estar jodiendo con ambas hermanas a la vez y meneándosela a él, exclamé: «Chúpamela, chúpamela, *meine liebe*». Sin decir una palabra ni vacilar, ella tomó mi pene en su bonita boca y así permanecí, trabajando su lengua y su paladar para mi placer, mientras veía a los otros dos unidos en un solo cuerpo, temblando, empujando, sacudiéndose mientras él hundía su falo, hasta que un largo grito de placer reveló que su esperma se estaba disparando dentro de ella.

Entonces, bajándome furioso por conseguir un placer similar, monté a Mein Schwester, jodí con fuerza y rápido, y justo cuando estaba aumentando mi placer entró la hermana mayor completamente desnuda como antes. Me detuve un segundo. «Ven a la cama», exclamé moviéndome sin separarme de la hermana hacia la pared para hacerle sitio. La hermana mayor se tumbó, sepulté mis dedos en su empapado coño, metí la polla nuevamente dentro de la menor y le inyecté mi esperma en un delirio de deseos lascivos y visiones de lo recién contemplado.

El hombre se fue, las dos se lavaron los coños, estuve otra hora con ellas, todos desnudos, pues era un día donde sólo la desnudez resultaba tolerable, y luego jodí con mi favorita tras meterle la polla primero a su hermana. La mayor dijo que no estaba enterada de esa grieta natural en la parte superior de la puerta. Quizás era así, pero quizás a través de esa grieta alguien me vio a mí jodiendo con *ella*. ¿Qué importa?

En aras de la salud no podía joder con ella todo lo a menudo que deseaba, pero a veces la visitaba solamente por verla desnuda y

bajarme al pilón, pues actualmente me encanta bajarme al pilón con un coño bonito, sea joven o no; me encanta dar a una mujer ese placer que pocas —zorras o púdicas— pueden rehusar.

Ella me dijo que había nacido en ***** y que tenía cuatro hermanas. Una era mantenida por un noble austríaco, otra era mujer de vida alegre en ****. Ella y su hermana completaban el cuarteto. Eran evidentemente una familia de prostitutas, *todas* bellas y abiertas a todo el sexo masculino. Agradezcamos eso a la benéfica providencia.

Volví a Inglaterra a finales del otoño, y estaba paseando una noche por la calle ***** hacia las once y media, al comienzo del invierno, cuando vi a dos mujeres jóvenes y pequeñas de pie en la esquina de una calle transversal. El lugar estaba alejado de cualquier línea principal de tráfico donde las golfas suelen escoger sus amigos. Miré duramente a la que estaba frente a mí cuando cruzaba la calle. «¿Qué piensas de mí? Me verás otra vez», dijo ella. Supe por eso que era mujer de la vida, pues antes no estaba del todo seguro de si eran zorras o no.

Me sentí animado. «Eres bonita y volvería a verte si pudiese palpar además de mirar». «Es mejor entonces que lo hagas». Entré en la calle transversal y me detuve a unos pocos metros de las luces de la calle. Ella me había seguido, y le ofrecí un regalo por palpar su coño. Lo rehusó. Incrementé mi oferta y al minuto siguiente estaba tanteando una raja juvenil, como demostraba el tacto y la cantidad de pelo que había sobre ella. «Ven a casa y mírame desnuda, vivimos en el número quince de la próxima calle», y, al decirlo, bajó su mano y oprimió mis testículos por la parte de fuera de los pantalones, mientras yo seguía ocupado con su raja. Convinimos en la cantidad de dinero por divertimos en su casa. Entonces me dijo: «Ésta es mi hermana y vivimos juntas». «No es así». «Sí lo es, mírala, somos como dos gotas de agua». La otra se acercó entonces. «Déjame palpar su coño, y, si me gusta al tacto, lo haré». «¿Qué vas a darme?», dijo la hermana. «Nada por tocar, salvo que vaya a vuestra casa con vosotras». «Mira si viene alguien, Annie», dijo ella a su hermana, y al momento levantó sus ropas un poco. Palpé su coño y convine en que viniera con nosotros. En tres minutos estaba en su cuarto, que era bastante confortable, en una

casa de aspecto respetable que parecía tener unos ocho cuartos sobre una calle tranquila, con chimeneas tanto en el cuarto de estar como en el dormitorio. También había una pequeña cama en el rincón del cuarto de estar.

Ellas se desnudaron y, mientras lo hacían, conversamos. Me encanta ver a las mujeres desvestirse. Ambas tenían ojos azules, pelo castaño y exactamente la misma estatura. No eran guapas. «No sois hermanas», dije, aunque por su aspecto así lo creía. «Lo somos», gritaron ambas a coro. «Ella es la mayor». Una tenía diecinueve y la otra dieciocho años; eran modistas, pero no conseguían ganar lo bastante con ese trabajo. «Con lo cual decidisteis trotar la calle. ¿Quién fue jodida primero?». Contestaron que la mayor, pero que ninguna llevaba más de un año follando.

Para entonces estaban ambas desnudas. La mayor era un poco más fuerte que la otra, pero ambas eran esbeltas, bien hechas e indiscutiblemente hermanas por la forma, el color y los rasgos. «Ahora dejadme que vea vuestros coños». Al borde de la cama, y luego con sus traseros vueltos hacia mí mientras se arrodillaban sobre la cama, inspeccioné las hendiduras que dividían sus vientres y, de hecho, eran sorprendentemente semejantes en pelo y color, así como en el aspecto general. Ya he observado antes en hermanas un parecido familiar de sus coños. Es un tema que ha provocado mi curiosidad. Pero una vez tuve dos hermanas (o así lo pretendían) que, siendo parecidas en rasgos y forma, diferían mucho en color y carecían de parecido alguno en los coños. Me pregunto si las pollas de los muchachos de una misma familia se asemejan. Si es el caso con los coños, ¿por qué no con las pollas?

La mayor tenía algo más de pelo sobre su abertura, y la elegí para mi ejercicio. Desvistiéndome, me tumbé junto a ella y la excité bastante. Ella frotaba mi verga amorosa ya rígida con vigor, y más de lo que me gustaba, pues no tenía prisa. «Déjalo, no tengo prisa». «No me masturbes entonces tanto». «Lo haré hasta que estés lista para correrte, y luego te correrás conmigo». «Me correré contigo. Estoy casi corriéndome ahora, súbete sobre mí». Pero yo iba a prolongar mi placer. Dejando de masturbarla, y al tiempo que ella soltaba mi instrumento, me abracé a ella, puse la polla contra su vientre, aplastándolo allí con el mío, y así nos mantuvimos cerca el uno del otro, aferrando nuestros culos desnudos.

Durante todo este tiempo la más joven estaba de pie, desnuda, con el culo dando al fuego y mirándonos, cuando repentinamente dejó escapar un pedo corto, agudo y sonoro. «María, *animal*», dijo la hermana soltándome y volviéndose (porque su *culo* miraba hacia la hermana y mi *rostro* le hacía frente). Según hablaba, salió del trasero de su hermana otro pedo, corto, agudo y fuerte. «¿Qué estás haciendo, puerca?». «Mejor fuera que dentro… Todos lo hacemos alguna vez», dijo la muchacha riendo. «Vete al cuarto de estar», y la hermana menor obedeció. Me desagradó, pues detesto escuchar a una mujer o a un hombre soltándose pedos, pero me volví hacia mi compañera, la monté, mi polla empezó a trabajar y pronto nos corrimos ambos disfrutando mucho el uno del otro, porque era una zorra sabrosa. Me vestí entonces y di a la mayor más dinero que a la otra. «¡Oh! Dame lo mismo que a mi hermana». «No he jodido *contigo*, y *eso* es todo cuanto te prometí». «Puedes joder conmigo si te apetece… hazlo», y tras decirlo se lanzó sobre la cama abriendo de par en par sus muslos y mostrando tentadoramente su rajita. «Eres una sucia diablesa por estar ahí de pie soltándote pedos». «Desde luego», dijo la hermana mayor.

La idea de dejar sin probar un coño disponible —y uno con aspecto hermoso, prieto y juvenil— me trastornaba. No quería correrme otra vez, pero deseaba meterla en el coño. Eso empezó a hacerme vacilar. «No puedo, no se me pone tiesa la polla». «Yo haré que se ponga tiesa». «Es preciso entonces que me la chupes». «Eso no lo haré», dijo ella. Pero al ver que me iba, convino en hacerlo. Me desvestí otra vez, me tumbé desnudo con ella en la cama, palpé el estrecho coñito y luego hice que mi reducido falo fuese llevado a la erección en la boca de María, y jodí en su coño mientras la mayor jugaba con mis pelotas e, incitada por mí (pues me vino precisamente esa idea mientras jodía con su hermana), oprimía mi ano con su pulgar. Pero como había pasado tan poco tiempo desde mi primera eyaculación me tomó mucho conseguir la segunda y jodí en su apretado coño larga y ardorosamente. «Oh estoy viniendo», dijo María, y sentí por sus movimientos que así era. La excitación sensual despertó mi calor mientras escuchaba sus palabras y suspiros hasta traerme a una crisis, y mezclamos nuestros jugos en su coño en el mismo instante.

«Eres una pequeña cochina», dije riendo después. «Nunca la

había visto hacer semejante cosa», dijo la hermana mayor con gesto serio. «¿Vendrás a vemos otra vez? No hay otros inquilinos, todos piensan que somos modistas y nunca salimos en busca de caballeros hasta avanzada la noche. Pregunta por la señorita *****, si vienes». Nunca fui.

He visto a más de mil mujeres mear y lavarse el coño, pero no pienso haber escuchado una ventosidad accidental en más de media docena de ellas mientras se dedicaban a esas operaciones. Estoy seguro de haber mencionado en este relato uno o dos casos. Sin embargo, guardo el recuerdo difuso de una mujer que se soltaba pedos voluntariamente y de mi asco, escena que quizá se relata en este manuscrito. Pero no estoy nada seguro, y pensando ahora retrospectivamente un lapso superior a los treinta y cinco años, no puedo recordar en este momento ni la situación ni la mujer.

(Pero he oído más de una vez ventosear el coño de una mujer, exhalación que al principio me dejó estupefacto. He oído a mujeres negar que el coño pueda soltar pedos, pero la mujer a la cual se le escapó mientras le estaba lamiendo el coño [uno de los más dulces, limpios y encantadores] me lo aseguró, y la abadesa que estaba presente en la interesante controversia dijo que tales ventosidades no eran infrecuentes).

Poco después de esto, una noche me encontré en los aposentos del A*g**e a H*l*n N***w**d y quedé inmediatamente prendado de ella. Mi ojo experimentado y mi bien entrenado juicio sobre las mujeres, así como mis instintos, me dijeron lo que había debajo de sus enaguas, y no me engañaban. He tenido a muchas mujeres espléndidas en mi vida, pero nunca una belleza más espléndidamente perfecta en todos los sentidos.

De estatura considerable, pero no grande, con una de las matas más encantadoras de pelo castaño muy largo, tenía ojos donde estaban mezclados indescriptiblemente el gris, el verde y el avellana con una expresión de suprema voluptuosidad, pero sin obscenidad ni descaro, y capaces de cualquier juego expresivo. Una nariz delicada y levemente respingona, el puro óvalo del rostro y una piel del tono y la transparencia más perfectos, tal era H*l*n N. Nada era más exquisito que el conjunto de su cabeza, aunque le faltaba algo de brillo en los dientes. Con todo, eran bastante buenos y no

estaban descoloridos.

Tenía encantadores pies, perfectos desde el arco del empeine hasta los dedos; muslos que se tocaban desde el coño hasta las rodillas y exquisitos en su belleza columnaria; grandes caderas con hoyuelo, cintura pequeña, pechos llenos y firmes, manos pequeñas, brazos con forma perfecta en su redonda plenitud. Por todas partes su piel tenía un tono cremoso muy delicado, y era suave hasta la perfección. El alabastro o el marfil no eran más deliciosos al tacto que su carne desde las mejillas hasta los dedos de los pies.

Un pelo marrón, corto, espeso, rizado, pero sedoso, cubría la parte inferior de su toisón, que por entonces sólo se insinuaba hacia abajo por los labios del coño, pero sin tocarlos y llegaba casi hasta el ano; un encantador y pequeño clítoris, un simple botón, coronaba la grieta de su vientre, y sus ninfas eran delgadas, pequeñas y delicadas. La boca de la vulva era pequeña, la avenida estrecha aunque exquisitamente elástica, y, cuando se tumbaba de espaldas y abría los muslos, aparecía un coño exquisito, juvenil y rosa, una visión voluptuosa que habría endurecido la polla de un moribundo.

Su porte era bueno, su aire serio, pero fluido, voluptuosas y fascinantes eran las ondulaciones de su cuerpo en movimiento; cada cosa, cada movimiento estaban llenos de gracia; incluso cuando se sentaba a mear así era, y tomada en conjunto resultaba una de las criaturas más exquisitas jamás creadas por Dios para regocijo del hombre.

Con toda esta gracia y siendo al mismo tiempo llena pero delicada de constitución, era una mujer fuerte y poderosa con la más dulce de las voces; esa voz era música.

Vi mucho de esto en ella a la primera ojeada, y más concretamente cuando se desnudó. Entonces escapó de ella el más dulce de los aromas, como si fuera leche nueva o almendras, y tan pronto como se tumbó me apresuré a cubrir lascivamente su coño, lamiéndolo y chupándolo con un deleite enloquecedor. Podría habérmelo comido. Nunca había experimentado un deleite tan exquisito bajándome al pilón con una mujer. Rara vez he hecho eso con una mujer de vida alegre el primer día de conocerla, y en general nunca me he bajado al pilón con ellas.

Mientras iba a casa con ella en un taxi, me tomé algunas libertades, pero las repelió. «Espera hasta que lleguemos a casa. No

me gusta en un taxi». Tan pronto como llegamos pregunté cuál sería su precio. Ella me dijo que nunca recibía menos de cinco libras. «¿Por qué no me lo dijiste? No te habría sacado de allí. Yo doy dos soberanos, aquí está el dinero, lamento haberte hecho perder tu tiempo», y tras decir esto comencé a irme. «Para», dijo ella, «¡no te vayas todavía!». Miré en mi bolsa y le di lo que pude, un poquito más de la cifra mencionada, y prometí traer el resto hasta cinco libras otro día. Entonces jodí con ella. «No tengas tanta prisa», dije, porque movía el coño como hacen las mujeres cuando están cachondas o cuando quieren librarse de un hombre. Eso me molestó, pero ¡Dios mío!, fue con deleite como vertí mi esperma en aquel hermoso coño. Besé y olí aquel hermoso cuerpo, y miré dentro de aquellos ojos voluptuosos. Inmediatamente sentí amor y pasión hacia ella a un tiempo, mientras mi polla lanzaba palpitante su esencia contra su útero. Pero *ella* no tuvo placer *conmigo*. Estaba molesta y con prisa, había otro hombre esperando en otro cuarto de la casa (como luego me contó).

No sé qué había en esta mujer, cuál era el atractivo específico, pero hacía que desease sinceramente estar con ella, y le conté rápidamente mis estratagemas amatorias, mis caprichos más eróticos, mis pasiones más culpables (si alguna es tal); cosas que había guardado para mí mismo, cosas nunca reveladas aún a otras mujeres, se las dije a *ella* rápidamente. Lo sentía como un deber, como si fuese mi destino decirle todo cuanto había hecho con hombres y mujeres, todo cuanto quería hacer con *ella*; era un vómito de revelaciones lascivas. Me vacié en cuerpo y alma, trasvasándome a ella. Ella escuchaba y parecía molesta. Yo no le gustaba.

Tampoco me creyó. Dos días después, le llevé el dinero prometido. Ella no se lo esperaba, y entonces se dignó preguntar si me vería otra vez. No, era demasiado cara para mí, aunque no negase su calidad para nada. Ella valía más, pero es imposible sangrar a una piedra. No tenía el dinero, y ya no podía volver a verla. «Muy bien», contestó ella muy digna, y nos separamos. Cuando me alejé, el corazón empezó a dolerme anhelando aquella hermosa forma, deseando ver, oler, besar, chupar y joder aquel delicioso coño, darle placer a *ella*, si era posible. Aunque la vi después de los cuartos del A*g**e —incluso fui allí para verla—,

resistí. Me ayudaba la creencia de que le era desagradable —no sabía por qué— y pasó un año antes de que abrazase nuevamente sus encantos.

Al dejarla aquel día, no pude pensar en otra cosa que en ella, fui a visitar a una mujer que conocía y cerré los ojos mientras jodía con ella pensando que era H*l*n N. «Me llamas H*l*n», dijo ella. «Supongo que conoces a una mujer con este nombre». Le dije que era el nombre de mi hermana. No es la única vez que me ha sucedido lo mismo y exactamente de la misma manera con otras damas, cuando estaba jodiendo con *ellas*, pero pensando en *otra*.

Cuando la tuve de nuevo, su belleza era aún más completa, tenía más pelo sobre su toisón y una mata espesa justo encima de la entrada de su hendidura. Sus miembros eran mayores y más finos. Fui sincero, le dije el dinero que podía gastarme, y que nunca mentía ni rompía la palabra dada a una mujer. Creo que ella empezó a creerme, pero es difícil sondear las profundidades de una mujer de la vida, como es difícil para *cualquier mujer* que ha sido zorra durante un tiempo creer en *hombre alguno*. Pero las cosas estaban cambiando; empecé a verla para conseguirme mis placeres, y sólo a ella. Si tenía una calentura ocasional, una oportunidad de joder con otra, casi siempre se lo decía, pero eso fue después de conocerla, un año aproximadamente. Si ella entonces hubiese preguntado algo que yo no deseara decir, le advertí que diría una mentira o quedaría silencioso. Por lo mismo, nuestros encuentros eran gratos y yo me deleitaba en su belleza, y aunque ya no fuera joven muchas veces he jodido con ella tres veces en el plazo de una hora. Entonces ella empezó a correrse conmigo y a gozar, cosa que incrementó mi júbilo; en estos últimos años dar placer a una mujer es para mí un goce tan grande como el que obtengo físicamente con ella.

Pero durante mucho tiempo ella no se prestaba a mis fantasías eróticas. Las tenía en la cabeza, en la mente, en la imaginación, y deseaba muchas (creo que la mayoría). Era lasciva y voluptuosa desde su más temprana infancia, pero *me* ocultaba sus deseos, otorgándome sólo unos pocos de cuando en cuando, como el mayor de los favores. Pero los anhelaba precisamente cuando los rechazaba, y por la mañana cuando estaba en la cama los practicaba todos mentalmente, repleta su imaginación de imágenes

obscenas mientras con sus hermosos dedos masturbaba su delicado clítoris, pues era la sensualidad misma y una masturbadora desde la infancia. Sólo después de conocerla tres o cuatro años, y de que ella revelara casi involuntariamente en nuestras conversaciones voluptuosas los deseos secretos de su naturaleza, practicó conmigo las fiestas que nunca se había permitido con ningún otro hombre. Luego estudiamos la lascivia en todas sus variedades, porque yo había conquistado todas esas ridículas ideas que ella se había formado sobre el uso pecaminoso de su cuerpo, o la maldad, o la vergüenza de ciertos actos sexuales. Ella convenía conmigo en que coño, polla, ano, boca, axila, pies, dedos y todas las partes del cuerpo pueden los hombres y las mujeres usarlos para darse placer sexual y encariñarse recíprocamente; que nada cuanto se hiciera estaría mal, que sus actos sólo les concernían a ellos, y que todos los instintos sexuales podían satisfacerse adecuada y naturalmente.

(Esto se verá, y quedarán descritos los lujuriosos pasatiempos que disfrutamos. Ninguna cosa he hecho con otra mujer que no hiciese con *ella*. Una fantasía engendraba otra, y las concepciones eróticas fueron penetrándonos gradualmente).

Ella dijo que nunca había hecho semejantes cosas con otro hombre. Ni siquiera con el hombre que en tiempo amó y que la mantuvo. Tampoco con aquéllos que había deseado (pues ella sentía deseos fuertes). Dijo que los hombres nunca le habían sugerido pasiones extrañas. Creo que sólo se las consintió conmigo porque nuestros temperamentos eran sexualmente idénticos. Su lascivia era comparable a la mía y no había, además, la menor probabilidad de que divulgase nuestros juegos eróticos ni a hombres ni a mujeres.

Muchos de los que no hayan probado nuestros placeres sexuales los llamarán bestiales. No lo son. Pero ¿qué pasa si lo son? ¿Qué son todas las funciones físicas del hombre y de la mujer? ¿Qué son masticar, beber, escupir, sonarse, orinar, peerse? ¿Qué es copulación? ¿Es eso bestial? Desde luego, es lo que hacen las bestias. Quizá lo llamen natural, pero es un acto puramente animal aunque —a mi entender— no especialmente bestial. ¿Qué es el coño de una mujer? Tócalo cuando no se ha lavado recientemente o cuando lo acaba de abandonar la polla y hay semen espeso dentro y fuera. ¿Es eso bestial, o no? ¿Qué es la unión de dos lenguas, la mezcla de salivas, el pegarse de dos bocas cuando el hombre y la

mujer joden? ¿Bestial? Pero se dirá que no hay mal en estas cosas, que son naturales. Concedámoslo. Del mismo modo lo serán otras diversiones eróticas, igualmente naturales y no más bestiales. ¿Qué daño adicional hay en que un hombre lama el clítoris de una mujer para darle placer, o en que ella chupe su pito con el mismo propósito, gozando ambos con el placer que dan al otro? Por lo mismo, si un hombre introduce su dedo en el ano de una mujer cuando están jodiendo o masturbándose, o si realiza otras estratagemas y fantasías sexuales, realiza actos igualmente naturales todos, aunque muchos puedan no disfrutar de ellos. Todos son permisibles si una pareja los realiza por mutuo deleite, y no son más *bestiales que la simple copulación humana*, que constituye el encanto de la vida, el objeto íntegro de la vida, que todo se consiente en la medida en que se lo permiten sus poderes físicos y no es considerada *bestialidad*.

La imaginación desempeña un papel fundamental en todos los actos de *amor* y *lujuria*, que son términos casi sinónimos. Todos los afectos humanos están engendrados por el acto de la copulación y sus preliminares. El bruto, para quien una mujer sólo es carne fresca con un agujero para joder, el hombre sin imaginación, incapaz de la elevada sutileza de los placeres sexuales, que folla cuando su semilla le intranquiliza el pito, el bruto que sólo *entonces* piensa en su mujer y le da una palmada en el j trasero despidiéndola tan pronto como ha terminado, él es la *bestia, porque sólo él hace exactamente lo que hace la bestia, el animal, y nada más*. Las parejas bendecidas por la imaginación, aquéllas que mediante diversas excitaciones de las que son incapaces los simples animales, llevan el acto de joder hasta alturas intelectuales, lo convierten en un sueño de los sentidos y hacen etéreos el amor y la lujuria en su elevación sensual, convirtiéndolos en un delirio poético. *Ellos no son las bestias*. Pero, si reducimos el coito a ese simple acto, a la inevitable secuela depositada en el coño y a la polla retirándose mojada y fláccida, en ese mismo instante la pareja es llevada al nivel de las *bestias* y al de esos estúpidos en su incapacidad para hacer cosa distinta de la que hacen el caballo, el cerdo y el perro, que entran en celo y se dejan marcar como cualquier animal, desde un piojo a un elefante. Ésos son las *bestias*, no quienes adoran a Eros y llevan casi a un nivel divino el acto de joder mediante su imaginación y

sus preliminares sensuales.

H. y yo, tras un tiempo, nos burlamos de los conceptos toscos de esos animales idiotas, convencidos de que todo es *bestial* salvo el simple acto de poner un pito dentro de un coño (única cosa que suelen hacer las bestias), y nos divertimos eróticamente como nos vino en gana. Yo enteramente por amor y lujuria, ella por lo mismo y quizá también un poco por el dinero. Todas las mujeres son parecidas en eso. Pero a la larga se consintió placeres cortesanos únicamente por amor, por nuestra mutua satisfacción.

(Sigo ahora el curso de los acontecimientos con ensayos sexuales y opiniones acerca de lo bestial y lo natural, o lo que pueden hacer con sus genitales el hombre y la mujer).

*Un capítulo sobre masturbación. — Cultivando el gusto con chicas no de vida alegre. — Una francesa morena. — En un burdel ruso. — La francesa pelirroja. — En el Alhambra. — Encuentro con la señora E*w***s. — Rostro tosco, formas perfectas. — Nuestro almuerzo silencioso. — Desnudez completa. — Jodiendo y sudando. — Cerveza rubia en la cama. — Preliminares masturbatorios. — Su encantador coño. — Lascivia. — Un francés doble. — Soy engañado. — Su amante español. — Su lenguaje obsceno y su lascivia. — La amiga Elisa. — Escapando por los pelos. — Devolviendo goces. — Masturbándose a sí misma. — La inquilina del primer piso. — Su opinión sobre la señora E*w***s, que desaparece. — Una cortesana sajona. — Un coño hirsuto. — En el litoral marino. — La vendedora de cajas de nácar. — Un palo muy arriesgado. — De noche en la playa.*

Ciertamente, como he dicho, tuve en la primera parte de la vida y hasta llegar a edad madura una actitud de indiferencia ante el hecho de que me chupasen o masturbasen el pito; de hecho, llegué a prohibir a las francesas —que lo hacen como si fuera de suyo, bien al empezar o al terminar— que operasen sobre mí, aunque excepcionalmente lo permitiese y hasta lo buscara en estos últimos años ocasionalmente. Me había bajado al pilón poco en toda mi vida con la excepción de mis vírgenes, o de coños jóvenes muy bonitos. Los coños virginales siempre me atrajeron de ese modo; apenas ha habido una virginidad que no haya lamido deliciosamente antes de perforarla, y pienso que en este relato he mencionado a todas aquellas favorecidas con ese honor. Eran casi todas ellas jóvenes, pero con algunas mujeres no fui insensible a las caricias de lamerse mutuamente el pito y el coño, cuando la dama y yo nos sentíamos inclinados a ello a la vez. Con la mayoría de las mujeres de vida alegre me cuidé de no hacerlo.

Pero me gusta persuadir a muchachas apocadas e inexpertas

para que acaricien mi verga con la lengua y acaben metiéndosela en la boca. Era delicioso ver su deseo de ceder afectando repugnancia, y era inefablemente excitante bajarse al pilón con una hermosa muchacha sin la menor idea de lo que podía hacer sobre su clítoris una lengua, y que, tras declararlo «sucio… oh ahora no», comenzaba a estremecerse y suspirar, su bonito trasero a retorcerse y empujar, su vientre a levantarse suavemente con signos manifiestos de goce voluptuoso. Entonces esa exclamación súbita de «ah… oh… ah… para… lo haré de otra manera». El aferrarse a tu cabeza, la retención del aliento y el súbito flujo de líquido salado desde su coño a mi lengua me proporcionaban con esas hembras el goce más exquisitamente voluptuoso. Pero, comparadas con el gran número de mujeres que me he follado, éstas fueron pocas y muy espaciadas, porque las mujeres no son naturalmente lúbricas, y hay muchas que prefieren tener la polla dentro a cualquier preliminar placentero. Puedo mencionar que he engañado una o dos veces a damas *modestas*, tratando sus bocas exactamente como sus coños cuando no sospechaban que iba a hacerlo. Descubrí que *eso* era una novedad muy entretenida, y a ellas no les molestó realmente el engaño, aunque dijesen lo contrario.

Aproximadamente en esta época fui una noche a su casa con una mujer francesa, criatura morena y de piel oscura con hermosos ojos. Tras desnudarse lo bastante como para mostrar sus senos, se arrodilló y comenzó a chupar mi pito mientras yo permanecía sentado. Objeté, pero ella dijo que tenía la regla y me hizo terminar de ese modo. Lo llevó a cabo con tal arte, delicadeza de tacto, tranquilidad y refinamiento que, cuando me ofreció un segundo placer semejante, lo acepté y me fui pensando que, después de todo, era una variedad muy agradable del placer sexual.

Poco después en el extranjero, y en un burdel de ****, en Rusia, seleccioné a una criatura supremamente deliciosa, fresca y bella, así como bastante joven. Ninguno de nosotros entendía el idioma del otro, sólo dos o tres palabras. Aunque estaba lleno de esperma, me vino uno de esos ataques de nervios ya narrados, al que se añadió el miedo de contraer alguna enfermedad, porque iba a viajar a lugares donde no podía conseguir ayuda médica, y la fatiga incrementaría cualquier padecimiento que pudiese sobrevenirme. En

consecuencia, mi pito no se levantaba.

Por su clase, la casa era una novedad considerable en aquel lugar. Había sido abierta recientemente por una alcahueta francesa, y nunca vi antes o después tal colección (en una casa de citas) de criaturas encantadoras de diferentes nacionalidades. Se habían reunido para una ocasión especial, que sólo se producía una vez al año, y se precisaban diferentes nacionalidades. Con todo, aunque hubiese estado dos semanas sin joder, no lograba hacer que el pito se pusiera duro por miedo o nervios. La dama se tumbó a lo largo de la cama con los muslos abiertos de par en par, yo de pie al lado de su cabeza viéndola entera y pudiendo palpar con una pequeña torsión su encantador coño castaño y sus muslos. Como dije, era encantadora de rostro y de cuerpo. Le hice signos de que me masturbase. «*Minette*», dije. Ella conocía la palabra e inmediatamente se metió mi pene en la boca. Tras unos pocos movimientos de sus encantadores labios, se endureció en forma sublime. Ella hizo signos de que el coño debía ser en definitiva su receptáculo, yo asentí con la cabeza. Luego el ángel continuó moviendo graciosamente su encantadora cabeza hasta que mi polla me dio sensaciones exquisitas y me vinieron intenciones lascivas de *hacer* lo que había prometido *no hacer*. Mi placer creció. ¿Deberé follarla o correrme en su boca? Pensé. Alargué mi mano hacia su toisón; antes había estado palpando sus senos y su encantadora mata de pelo. Ella levantó un muslo hacia arriba y hacia fuera y se inclinó como para ayudar a mis dedos, y toqué el delicado botón rojo que justamente aparecía en la parte superior de su coño. Ella me miró, yo retuve cuanto pude mi placer creciente y todos los signos de su advenimiento, viendo que su mirada me recordaba mi promesa, hasta que el esperma brotó súbitamente en su boca.

Los espasmos fueron tan rápidos y fuertes que la crisis enloquecedora de mi placer terminó antes de darse cuenta ella de mi eyaculación. Entonces me rechazó escupiendo mi libación, saltó de la cama furiosa, abandonó el cuarto —evidentemente no acostumbrada a ese modo de culminar el placer masculino— y volvió diciendo: «*¡Nicht gut!, ¡nicht gut!*». Pero el alemán no era su lengua nativa. Se sentó furiosa, con ceño, sacudió sus encantadores hombros, siguió repitiendo «no bueno», y luego preguntó en mal alemán si yo era inglés. Dijo muchas cosas más, pero eso fue todo

cuanto pude entender.

Rara vez he engañado a las mujeres, y me sentí entonces avergonzado por haber mentido, por lo cual le di cuatro veces el regalo que podía esperar. Encantada y con risas en su rostro me lo agradeció en una mezcla de ruso, alemán y otras lenguas, por lo cual nos reconciliamos. Luego oí que era húngara. Entonces miré sus bellezas hasta desearla nuevamente. Ella buscó otra mujer, porque no me comprendió del todo. Al fin conseguí hacerme entender, la otra mujer dejó el cuarto y yo de nuevo apunté a su boca. Ella sacudió la cabeza e indicó con la mano en dirección a su coño. Yo asentí y tras una pequeña pantomima ella tomó mi verga en su boca. Entre sus encantadores labios rojos se produjo su resurrección, y cuando estaba regiamente dura y palpitante la situé entre los labios gordos y suaves de su coño, éstos se abrieron ávidamente en busca de su alimento, y me corrí en su templo de Venus.

(Esto fue unos pocos años después de mi aventura con la francesa pelirroja que me masturbó con la boca y me metió en el culo el pulgar al mismo tiempo. Entonces comprendí plenamente qué diversidad de placeres pueden darse el hombre y la mujer con la boca y la lengua).

Poco después de esto, hubo una dama —sin nombre— con la cual hice algo de este tipo. A ella le gustaba que se bajasen al pilón, pero por aquel entonces mi placer en chupar no se había consolidado, era sólo una variedad ocasional de placer en la cual había dejado de pensar mucho; pero bien sea porque me encuentre ahora en una edad donde tiendo naturalmente hacia semejantes placeres, o porque el instinto de la bella sacerdotisa de Venus adivinase mis deseos, lo cierto es que en esa época tropecé con una que me satisfizo con su boca mientras yo la satisfacía a ella igualmente.

Dos o tres noches después de tener el primer encuentro con H*l*n N., estaba en el Alhambra y me encontré con la señorita E*w***s en el bar del hotel. Percibí a una mujer alta y de bellas formas hablando con unos hombres, vuelta de espaldas a mí, pero vi que estaba tan derecha como un dardo y se movía con la gracia de una andaluza. El balanceo sereno de sus enaguas me reveló qué

tipo de caderas había debajo, así como que no había en el trasero almohadillas ni arreglo alguno. Se dio la vuelta y vi una cabeza de carácter peculiar y un rostro decididamente muy tosco, con labios notables por su gran tamaño, tan grandes que casi me recordaron los de una negra. Había una mirada clara, aguda e inteligente en sus ojos grises, y una expresión voluptuosa, lasciva, que me sedujo. Le hice una seña y vino a mi mesa con un vaso de vino en la mano. «¿Puedo ir a casa contigo?». Ella me miró detenidamente. «Te lo diré en unos pocos minutos», y volvió al bar.

Yo pasé por el corredor y volví a los cinco minutos. Sí, podía ir a casa con ella, pero debía esperar media hora porque quería encontrarse con unos amigos. Arreglé la cuestión de dinero con ella, el plazo expiró, me puse impaciente y fui hacia ella. Ella me pidió que fuera a su casa y la esperara; ella iría sin falta una hora después. No, si no venía inmediatamente, me buscaría alguna otra mujer. Ella dijo que no le importaba y yo dejé el lugar disgustado, pero esperé fuera unos minutos, porque me había dicho que vendría. Ella me siguió pronto con una mujer baja que vivía en la misma casa. ¿Aceptaría llevarla también a casa? Estuve de acuerdo y los tres nos metimos en un carruaje.

De camino tomé contacto con sus muslos. «¿No puedes esperar a que lleguemos a casa?». Pero ella misma empezó a palparme el pito. «¿No puedes *tú* esperar?», dije yo. «Te tocaré el tuyo», dije yo a la amiga, «en pago por llevarte a tu casa en taxi». La mujer no hizo objeciones, sino que empujó su coño hacia delante para encontrar mis dedos. Los dejé en la parte más alta de sus muslos, donde jugaron con la mata peluda, pero no llegaron a tocar la raja. Seguí mirando el rostro de E*w***s a la luz del farol de gas, preguntándome cómo pude haber elegido a una mujer de rostro tan tosco, pero sentir sus muslos y su carnoso coño me reconcilió con ello. Había dejado pronto de palpar los muslos de la otra mujer y su toisón de cabello rizado.

Al llegar a la casa, la otra mujer fue a su cuarto. E*w***s se sentó, me miró, y yo la miré. «¿En qué estás pensando?», dijo ella. «En dónde está tu dormitorio». Ella abrió la puerta plegable observando: «Es pequeño», y empezó a desvestirse. «¡Dios mío, qué calor hace!». Era una noche horrorosamente caliente. Contemplé sus formas con deleite mientras se desnudaba, porque eran exquisitas.

Tanteé entre sus muslos. «Espera a que haya meado y a que me lave el coño, estoy sudando tanto», dijo ella con esas palabras exactamente. «Debo almorzar primero; no quisiste esperar, pero mi amigo nos hubiese invitado a mí y a Elisa también». Ella llevaba puesta la combinación exclusivamente. «¿Cuánto vas a tardar?». «Un cuarto de hora». «Tienes a un hombre en el piso de abajo». «No lo tengo, traeré aquí mi almuerzo y me lo comeré. Invítame a una copa de champán». Me negué. «Eres realmente raro, te gustan las cosas a tu modo». «Muchas han dicho eso antes que tú, querida». «Bien, dame una cerveza embotellada». Consentí, ella trajo pan y carne y lo comimos con la cerveza —que ella consiguió en alguna parte— juntos en el cuarto. Ambos bebimos cerveza copiosamente, porque era buena, y yo me desvestí hasta quedarme en camisa. «Jodamos ahora», dijo ella. «No tienes pelos en la lengua», dije. «Tú tampoco. Mira cómo hablaste en el taxi. Pero de qué sirve no hablar llanamente. Di joder si quieres decir joder». Era una criatura muy franca, infrecuente y divertida, y sus maneras empezaron a complacerme, aunque no me gustan las mujeres de lenguaje basto.

Ella comió el almuerzo con bastante compostura y sin hablar, pero mirándome todo el tiempo. Yo estaba sentado en el sofá igualmente silencioso, mirando sus encantadores brazos, hombros y senos, y preguntándome por su rostro tosco. Por último dije: «Veamos tus piernas». Sin pronunciar palabra ella se subió la combinación bastante por encima de las rodillas. Con esa excepción no recuerdo que pronunciásemos una sola palabra, pero nos miramos fijamente el uno al otro.

Ella terminó de comer y fue entonces cuando dijo: «Vamos a joder ahora». Fue al dormitorio y puso la palangana nuevamente en el suelo. «No te laves de nuevo», dije yo. «Hace un calor tan horroroso que lo necesito». «Pero te lavaste el coño hace un cuarto de hora». «No te gusta seco», dijo ella separándose y riendo. Entonces se subió a la cama y sin que yo le pidiese nada se levantó la combinación bastante por encima del ombligo. Me encantó y quedé mirándola, palpándola, besando su encantadora piel, alabando su belleza, y su belleza era suprema. «¡Oh! ¿No hace calor?». Levantándose entonces se quitó la combinación mientras decía: «Así… me siento mejor». «Eres exquisita, encantadora», dije yo. «Me quitaré las medias», dijo empezando a hacerlo, pero la

detuve. La desnudez en la cama es deliciosa, quiero decir la desnudez absoluta, pero mientras estoy usando los ojos suele gustarme que la mujer lleve medias de seda y ligas, y todo lo demás desnudo.

«¿Tocamos tu polla?», dijo adecuando la acción a la palabra. Para entonces yo me había quitado todo salvo la camisa. «Quítate la camisa y jodamos desnudos». Lo hice. «Eres hermoso, tienes una carne hermosa, y no eres peludo». Ella me palpó entonces rápidamente todo el cuerpo. «Ven y jode», dijo abriendo impacientemente sus muslos, luego riendo y apartando los labios de su coño con los dedos. Me quedé embelesado sobre su deliciosa gruta roja, luego la miré y nunca vi una expresión tan obscena, cachonda y lasciva en ningún rostro de mujer como la que había en el suyo. «Ven, jodamos, luego puedes mirar mi coño», repitió con prisa mientras sacudía su trasero y sus riñones. La monté y jodimos desnudos. Una follada gloriosa. Hay algo extraño en mis recuerdos. Multitud de cosas sólo las recuerdo vagamente; otras las recuerdo en detalle. Ambos teníamos calor, sudábamos con la temperatura, la cerveza y la fuerte lujuria. Mi pecho se pegó al de ella con la transpiración mientras copulamos, pero sentía su carne bastante fresca. Recuerdo eso perfectamente.

Cuando nos recobramos de nuestro placer —porque ella se corrió desbordantemente—, me quedé frotando el pecho desnudo entre sus espléndidas tetas. «Es cojonudo follar desnudo cuando hace calor». «A mí *siempre* me gusta hacerlo desnuda», contestó ella. Con la polla en el coño, esa conexión exquisita, hablamos entonces. «Quítate, tu leche está resbalando sobre la colcha, y la tengo bastante limpia». «Vuélvete de lado y te correrá por el muslo», contesté, mientras hundía al mismo tiempo la polla dentro de ella y le daba la vuelta conmigo para evitar ser desmontado. «Eres un demonio indecente». «Y tú también». «Estás dispuesto a mucho», dijo ella riendo y besándome. «Quiero mear otra vez», y me desmontó entonces, aunque yo me apretase contra su vientre. Ella orinó y se lavó. Yo esperaba que se pondría la combinación como signo de darlo todo por terminado, y que me despediría tras haber tenido mi placer, pero se tumbó de nuevo junto a mí y pidió que me quedase toda la noche. «Sólo puedo quedarme una hora o dos, y no puedo darte más de ****». «Nadie te lo pidió… aquí está mi toalla».

«¿Estás bien?», pregunté. Ella me dio varias palmadas fuertes en el culo desnudo. «Si no lo estuviese no me habría tumbado aquí de nuevo contigo… mira», y se volvió de espaldas abriendo los muslos de par en par para mostrarme su vulva.

Di a mi polla y apéndices una frotada con la toalla, la miré de nuevo toda entera, y su coño dentro y fuera. «¿Acaso has estado tú enfermo alguna vez?», preguntó ella. «Sí, querida, muchas veces». «Espero que no te pase nada *ahora*». Cogió mi polla, examinó el glande, lo apretó fuertemente y abandonándolo dijo: «Eres un cachondo», y rió.

Siempre he tenido un ojo agudo para la belleza de las formas femeninas, y actualmente he visto tanto como el mundo puede mostrar en ese sentido. Ella me dejó hacer lo que quise con ella; levantaba este miembro y aquel otro, se ponía de lado, de espaldas, enseñaba su vientre como yo le pedía. Su complacencia me encantaba, y *ella* parecía no menos complacida. Entonces se levantó y giró como si estuviese sobre un pivote. «Pon tu brazo derecho todo lo alto que puedas… como si estuvieses colgando de una cuerda», dije. Ella lo hizo y se dio la vuelta en esa postura. «¿Eres un artista?». «No». «¿Médico?». «No». «Sé que eres una de esas cosas, y estás mintiendo», dijo bruscamente. Entonces me contó que los artistas habían dicho que ella era impecable, como acababa de hacer yo. Nos tumbamos. «Tu carne es como la de una mujer, tan suave y hermosa». Me besó todo el cuerpo y pasó las manos sobre mi pecho, mis muslos y mis nalgas, cogió mi polla, pegó sus grandes labios a los míos. Al minuto siguiente yo había tanteado su roja avenida amorosa durante un segundo y estábamos jodiendo otra vez completamente desnudos, sudando yo como un herrero. Era una noche horrorosamente caliente.

Ella puso sus talones contra mi culo para mantenerme dentro después de terminar. «Tomemos algo más de cerveza», dijo, y llamó a la campanilla que tenía en la cabecera. Mi polla estaba todavía en su coño cuando entró la mujer que vino a casa con nosotros en el taxi. «Estáis disfrutando», dijo sin desconcierto alguno ante el espectáculo (aunque yo sí estuviese algo desconcertado), y trajo la cerveza embotellada. E*w***s bebió mucho, como hice yo y como hizo la joven mirándonos yacer desnudos, y se retiró entonces. Nosotros habíamos desmontado, nos sentamos y ahora estábamos

tumbados otra vez. Yo quería irme, pero ella mantenía cogido mi aparato diciendo que debía hacerlo otra vez. Con todo, me levanté y me puse la camisa mientras ella seguía tumbada. Entonces miré de nuevo sus formas encantadoras, y mientras estaba haciéndolo ella cogió de nuevo la polla y jugó con ella preguntándome cuándo había jodido por última vez antes de aquella noche.

Qué lo puso en mi cabeza entonces no puedo decirlo, pero pienso que fue el espesor de sus labios. Pensé en ella chupándome la polla. «Me gustaría hacértelo otra vez, pero no puedo». «Podrás si esperas». «Bésala». Ella besó mi polla poniéndose de lado para hacerlo. Yo palpé sus encantadoras caderas y sus grandes pechos firmes, pero mi pito no se irguió. «Puedes ponérmela dura si te la metes en la boca». «¡Bestia! ¿Te gusta eso?». «Sí». «¿Te lo han hecho alguna vez?». «Sí». «No lo haré… nunca he hecho semejante cosa». «Hazlo ahora entonces… sólo un minuto… sólo metértela un poquito… acaríciala con la lengua». «No lo haré, animal».

Yo insistí. «Hazlo». «No». «Sí». «No lo haré». «Hazlo y entonces joderemos». «Bueno», y se limitó a lamer la cabeza durante un segundo. «Otra vez… más tiempo». «Bueno», una segunda lamida. «Ahora métetela más adentro». «Me va a ahogar». «Tonterías». «Nunca he hecho esto». «Maldición, estoy seguro de que sabes hacerlo». «No lo sé, enséñame». «Así… déjala ahí», y penetró hasta perderse de vista casi la mitad entre sus gruesos labios. Ella cerró los ojos y la paladeó, y luego escupió en el suelo. «Es animal». «No te preocupes, si nos gusta». Entonces mi polla estaba palpitante, toqué el esperma de su coño y me volví hacia ella y jodimos. Para mí fue un largo ejercicio. Ella estaba apasionada ahora, y me besó con fuerza al correrse.

Entonces me vestí y partí. Ella vino a la puerta de la calle conmigo totalmente desnuda. «¿Cuándo te veré de nuevo?». «Mañana», dije, aunque rara vez prometo ver a una mujer de nuevo. Pero sus formas espléndidas, su lenguaje lascivo y franco y sus voluptuosas cualidades de folladora me habían dejado prendado.

Fui por la tarde del día siguiente. Ella estaba tomando un baño, me dijo la muchacha. Al minuto apareció sólo en combinación y zapatillas, aún húmeda su piel. «¿Me esperabas?». «Sí, estaba segura de que vendrías». En un minuto la tenía en la cama, *completamente desnuda* otra vez, como yo, y no la dejé hasta que fue de noche y fui

incapaz de follar más. Seguía haciendo un tiempo horrorosamente caliente.

Ella tenía un metro setenta o setenta y cinco y se peinaba con el pelo alto (una moda de entonces), cosa que la hacía parecer mayor. Desde el cuello a los pies, su forma era absolutamente perfecta; manos, pies y rodillas eran pequeños, la curva creciente de las pantorrillas, la rotundidad de los muslos a medida que se ensanchaban en nalgas amplias, blancas y hermosas formaban soberbias columnas. Los grandes y sólidos senos, como hemisferios de marfil, eran impecables, y tenía la carne llena de una mujer de treinta, pero sin un solo kilo de más. Era encantador verla andar desnuda por el cuarto, tan bien ponía los pies en el suelo, tan exquisitamente se movían su trasero y sus muslos, tan dignamente ondulaba su cuerpo, tan voluptuosamente —pero sin contoneos vulgares— se movían sus nalgas.

Su coño estaba sombreado por cabello marrón rojizo oscuro, en cantidad semejante a la de una chica de dieciocho años, y parecía encantador mientras ella yacía con los muslos abiertos. Un clítoris más bien grande, como un botón o nuez, de un hermoso color rojo, aparecía entre unos labios que no eran grandes. El clítoris invitaba a masturbar o chupar. El agujero de la polla era pequeño, y no había un solo pelo cerca de su ano. Todo en ella era perfectamente joven y encantador, exceptuando su cabeza. Tenía un bello y largo pelo rojo amarronado, dientes bonitos y piel clara; pero los grandes labios, la nariz peculiar y el gran tamaño general, así como la forma alargada de la cabeza, lo estropeaban todo. Tengo ahora su fotografía y cuando la contemplo me pregunto qué pensarían los demás hombres de su propietaria; pero las formas exquisitas, junto con el poder voluptuoso y la lascivia de aquella mujer, había que conocerlos directamente. Pronto tomé aprecio a su falta de hipocresía o pudor fingido. Las prostitutas de formas feas fingen eso a menudo.

«Tú eres un demonio salido», dijo. «Como tú». «Sí lo soy, y me gusta joder con un hombre que sabe joder». Esa noche llevaba ella horas sin comer y yo había olvidado mi cena. «Debo salir y conseguir alguien que me dé de cenar, pero no quiero joder más», fueron sus últimas palabras cuando nos separamos.

Pronto la vi otra vez. Mi mente había estado vagando mucho

con la idea de que se me chupara la polla; mis experiencias recientes en esta línea me habían estimulado, y había algo en su boca que me hacía desearlo especialmente viniendo de ella. Cuando me cogía una calentura nunca quedaba tranquilo hasta satisfacerla. Ella era tan abiertamente obscena en sus palabras y actitudes que yo había perdido prácticamente todo el pudor con ella, y mientras estaba tumbado a su lado, palpándola, dije: «Chúpame el pito otra vez». «No». «Te lo pusiste en la boca la otra noche». La negativa continuó. Urgí, insistí. «Bájate *tú* entonces al pilón y quizá lo haga». Sí, le gustaba que se bajasen al pilón con ella. «Mastúrbame primero». «No, házmelo tú a mí primero». Entonces, cesando en nuestras mutuas peticiones, hablamos sobre el placer que la boca y la lengua pueden dar a una mujer en su coño.

Mientras miraba su raja y sus hermosos muslos, mi objeción se fue debilitando. «¿Te correrás si me bajo al pilón?». «¿Y tú qué crees?». «Lávate el coño». Ella se lavó rápidamente y se tumbó sobre la cama. Yo me arrodillé sobre una almohada; la idea de darle placer a *ella* había vencido mi asco. El clítoris pequeño y con aspecto de cereza parecía suplicar que lo mordisquease. Puse la mano bajo su trasero de marfil, puse mi boca sobre su hendidura roja y le di una rápida lamida, escupiendo la sal que encontró mi lengua. «Un poco más abajo… ahí… justo ahí», dijo ella, poniéndose el dedo medio sobre el lugar. Puse mi lengua allí abriendo los labios. «Ah… eso es maravilloso». Su trasero se retorció y sacudió un poco. El clítoris era suave y agradable a mi lengua, sus suspiros voluptuosos y sus estremecimientos me calentaban aún más, se me endureció el pito y perdí todo asco ante el trabajo, lamiendo por todas partes y cerrando mi boca sobre su coño. «Ah… no me… dejes, querido… más deprisa… ah… más deprisa, ah… ah… ah. Me estoy corriendo… más deprisa… ah… ah», suspiró ella y quedó silenciosa. Me sequé la boca y luego su coño con la toalla que tenía junto a mí. Pero pensé que no me gustaba el trabajo cuando terminé. Ella quería que se lo hiciese otra vez, suplicó, insistió, y continué masturbándola. Se corrió otra vez, y otra vez. «Ahora mastúrbame a *mí*». «Ahora no, vamos a descansar». Mi pito no quería *descansar* en su boca; lo puse allí queriendo correrme, pero el atractivo de sus formas era demasiado. Después de que su boca hubiese tenido la polla dentro un minuto, la

saqué y, metiéndola en su coño, escupí la leche dentro. «Es más agradable ahí», dijo ella, «¿no es verdad?». Yo sólo pensaba entonces en joder, y durante la visita siguiente y quizá la otra fue lo mismo, pero me rondaba esa calentura insatisfecha, y una noche fui decidido a no hacerle nada más hasta haberla satisfecho. Muchas veces me he resuelto a hacer algo con una mujer antes de ir a su casa y luego lo he olvidado.

Después de desnudamos, de palparla e inspeccionarla toda, y de los preliminares amorosos habituales, le dije: «*Tú* me lo haces a *mí*». «No te corras entonces». «Sí, es preciso». «Si no fueses un hombre agradable, no lo haría, y no se lo dirás a Elisa ****, ¿verdad?». Entonces pensé en una yugoslava que me lo había hecho de esa manera, y tumbé a E*w***s sobre la cama en la misma postura, jodí en su boca y quedé satisfecho; le di entonces vino y la masturbé a *ella*. Esa noche no me importaba tener otra vez el placer en su boca, la calentura se había ido por un tiempo. Pero no pude evitar masturbarla a ella en otras visitas. Era *su* calentura *conmigo*, porque primero me obligaba a hacérselo y luego hacía cualquier cosa. Poco después, la oí utilizar palabras españolas enseñadas por un joven español, que se fingía enamorado de ella y con el cual ella creía poder casarse. Su madre tenía una pequeña tienda en Gravesend donde vendía tartas y bocadillos. Él había ido a ver a su madre. Ella sabía la palabra española para cada obscenidad, y yo las aprendí de ella, pero las omito aquí.

Acudí una tarde y se había ido por unos pocos días. Cuando me estaba marchando, Elisa **** sacó la cabeza por la puerta del gabinete. No la había visto durante algún tiempo, parecía hospitalaria, de manera que entré para charlar. Ella me contó sobre el español. No creía que él fuese a casarse con E*w***s, pero ella sí lo pensaba; era la mujer más golfa que había conocido nunca, todas las mujeres lo decían. ¿No era una vergüenza? Había tenido viviendo con ella a su sobrina, una chica de siete años, y hablaba con la misma indecencia delante de la niña. Elisa **** estaba escandalizada. La señorita E*w***s era una ociosa, le gustaba estar desnuda, y desde que se levantaba hasta tomar el baño antes de vestirse y salir, o ver a alguien, llevaba puesto el camisón, o sólo una combinación; ni siquiera se ponía zapatos ni medias cuando el tiempo era caluroso. Dejó que su pequeña sobrina le mirase el coño

y jugase con los pelos, y una vez permitió que se quedara en el dormitorio mientras un hombre le estaba echando un palo. Pero era una mujer agradable, buena y generosa, y se había portado muy bien con ella (Elisa). «Le encanta joder», dije yo. «Le encanta atrozmente», contestó ella sin dejar de hablar sobre el asunto. «Es una mujer muy lasciva y voluptuosa, atrozmente lasciva dice la mayoría de los hombres». «Y tiene a muchos amigos, aunque tenga una cara tan tosca; por ella estaría jodiendo todo el día y la noche también».

Esta joven damisela había estado trabajando todo el tiempo mientras hablaba de E*w***s, y parecía agradable, pálida y delicada en su bata matutina, clara, limpia y suelta. La conversación había despertado un poco mi lujuria. «Enséñame tu pierna», dije acercándome a ella. Ella mostró un poco su pantorrilla, yo subí la enagua más hacia arriba, quedé complacido con lo que veía, vi más, palpé y luego me la follé.

Cuando dije: «Vamos a echar un palo», ella abandonó inmediatamente su trabajo y saltó a la cama con tal prisa, sacudiendo su trasero y besándome de tal manera, que le pedía tranquilidad, por detestar a folladoras violentas y emociones fingidas. Tan pronto como terminamos, ella siguió abrazándome hasta que me la hice otra vez, exclamando: «¡Oh!, te deseo tanto… oh, estoy tan cachonda». Luego me pidió que no se lo dijese a la señorita E*w***s. «¿Por qué no?»; cuando ella volvió así lo hice. «¿Te gustó Elisa?», me preguntó con una risa peculiar y mirando curiosamente mi polla mientras tanto. Su actitud era un poco extraña, pero no pensé mucho entonces sobre aquello. En la próxima visita, oí decir que la joven a quien me había tirado había abandonado la casa, y E*w***s me contó entonces que acababa de recobrarse de unas malas purgaciones cuando follamos. Ella pensaba que yo había sido su primer hombre tras la convalecencia. No se siguieron para mí malos efectos del palo.

Tomé cariño a la señorita E*w***s, pero sólo por la sensualidad; sus encantadoras formas me deleitaban, me gustaba su libertad de maneras, y el modo en que me permitía espiar sus encantos. Se quedaba en cualquier postura todo cuanto deseaba, sin impaciencia alguna, cosa que me conservaba en un estado de deleite tranquilo aunque voluptuoso, sin irritación. Más bien parecía encantada de

que la espiasen; levantaba las persianas para iluminar sus encantos sin que se lo preguntase cuando descubrió mis gustos, y casi invitaba a la inspección mirándome todo el tiempo con una sonrisa lasciva en su rostro que casi pedía copulación, ligeramente abierta la boca y mostrando una hermosa colección de dientes. Ella sabía que su cuerpo no tenía absolutamente ninguna mácula, estaba orgullosa de que la mirasen. Un día dijo que la ponía cachonda dejarme mirar, y que le gustaba sentirse cachonda. Era una mujer que se corría copiosamente.

Pero aunque al principio evité bajarme al pilón, ella me hizo hacérselo a menudo. Cuando había visto y palpado bien sus gloriosas formas, llegaba su sonrisa lasciva. «Pon la cabeza abajo. Acabo de tomarme un baño, pero me lavaré allí otra vez». Yo cogía una toalla para secarme los labios y obedecía, pero al principio no me gustaba. De nuevo volvió mi calentura de que me hiciese un francés. «Chúpame el pito mientras lo hago», dije un día, «o no te lameré». Ella se giró en la cama inmediatamente. «Puedo morderlo cuando me corra, mejor sería que no lo hiciese». «Si lo haces, te arrancaré de un mordisco el clítoris». Nos pusimos entonces a ello y nunca lo olvidaré. Nos invertimos en la posición del sesenta y nueve, las bocas sobre los genitales. Yo estaba arriba y me corrí en su boca justamente cuando mi lengua sobre su coño la terminaba. Ella me hizo daño en la polla al tener su éxtasis.

«Me encanta la masturbación doble», dijo ella. El hielo estaba roto ahora, no había la menor duda, porque era ella quien me incitaba a hacer todo eso. Pero su coño era tan bello, su forma tan hermosa, tan dulce el olor de su cuerpo que comencé a tomarle el gusto. A ella le gustaba el sabor de mi verga en su boca, y siempre la ponía allí antes de que empezase a lamer su clítoris. «Me gusta cuando está pequeña al principio y sentirla endurecerse dentro de mi boca», fue su observación un día que pasé una tarde voluptuosa con ella, pues ahora confesaba todas sus lujurias y no le importaba expresarlas abiertamente. Lo dijo mientras estaba tumbada sobre la cama con los muslos de par en par, dispuesta a que yo la cubriese del revés y lamiese su clítoris. Al instante siguiente estaba yo afanado en ello arrodillándome sobre ella, con el trasero sobre su cabeza y la polla colgando entre sus ávidos labios, una de sus manos aferrando mi culo mientras con la otra se mantenía la polla

en la boca, teniendo yo las manos bajo sus encantadores muslos y pasando rápidamente la lengua sobre su clítoris. En unos pocos minutos se corrió, pero mi libación cayó sobre su mejilla y su cuello. «Haces trampa», dije. «No pude evitarlo. Cuando empiezo a correrme la suelto». (En la cumbre de su placer, las mujeres hacen a veces eso, cuando se encuentran en semejante posición; la verga dura se mantiene con dificultad en sus bocas, y en el espasmo de su propio placer, en la voluptuosa languidez posterior, la masturban un poquito y dejan que se salga o cesan de chuparla).

Yo estaba molesto, mi parte de goce en esta doble masturbación estaba en la idea de que mi esperma inundase la boca de mi dulce compañera en vez de su coño. «No dejaré que te corras la próxima vez hasta que *yo* me haya corrido». «No harás eso, cariño, pero ahora vamos a hacerlo otra vez». «No la tengo dura». «Yo te la pondré dura, lavémonos». Una vez que ambos genitales quedaron dulces y frescos otra vez, y tras media hora de charla, tumbados lado a lado, palpando las herramientas de follar de cada uno, volvimos al trabajo, pero en una posición diferente. Yo me tumbé de espaldas, ella sobre mí con las rodillas a cada lado de mis hombros; bajando gradualmente su vientre, su glorioso trasero blanco se aproximó a mi rostro. Su ano era visible, el coño color carmín estaba abierto de par en par mostrando sus pequeños labios interiores y el clítoris, todo ello con el aspecto de una raja encamada en su vientre, mientras más allá sólo resultaba visible un trozo pequeño de su toisón marrón rizado. Esto sucedió durante un segundo, y luego se perdió para mis encantados ojos; su coño subió por mi boca y —hundiendo su vientre hacia el mío— se apoderó de mi verga fláccida y la situó entre sus grandes labios rosados. Sentí su lengua jugar alrededor del pomo en forma de ciruela, acariciando y jugando; una sensación voluptuosa me recorrió, la hizo endurecerse, y ella se la tragó al instante. Luego movió de arriba a abajo suavemente la cabeza, dándome intenso placer la fricción de su paladar y su lengua. Salió entonces hacia fuera mi lengua devolviéndole la caricia, lamiendo la superficie expandida de su coño, unas veces buscando el clítoris lleno y otras disparándose por la avenida conducente a su matriz. Así continuó durante algún tiempo este gozoso juego para mutuo deleite. Entonces su trasero se sacude, su coño se aprieta más fuertemente a

mi boca, la polla más y más dura se ve involuntariamente lanzada hacia arriba por mis riñones. Su boca se mueve más deprisa con suave movimiento de joder, arriba y abajo, mientras menea más rápidamente sus nalgas. Por mi parte, me aferró a ellas o las froto y lamo rápidamente su hendidura.

Con un gemido de placer proveniente de mí, y casi ahogado en su coño, disparé entre escalofríos de goce mi perlada libación en su boca. «Ajá». Un movimiento como de joder de su trasero responde al instante cuando ella siente brotar mi leche caliente, su coño se aprieta más contra mi boca; mi nariz está enterrada dentro de él, su clítoris se encuentra entre mis labios, rápidamente se dispara mi lengua sobre él mientras aferró con más fuerza sus nalgas marfileñas, un flujo salado inunda mi boca, sus sacudidas cesan y ahora yace sobre mí con todo su peso, tranquila en su placer. Se ha corrido a torrentes, con mi polla y su libación todavía en la boca, el coño emitiendo aún sus jugos sobre la mía.

«Es la primera vez que lo hago», dije yo. «Sí, y me hizo correr al momento. Chúpamelo otra vez ahora. Me encanta esta noche. Luego follaremos, encanto». Se lo hice una y otra vez arrodillado al borde de la cama, contemplando su rostro y su vientre tembloroso mientras se corría y corría, y jodimos para terminar la diversión de la noche. ¡*Ach Gott*! Qué exquisitos goces dan el pito y el coño a quienes saben usarlos.

Un día, poco después de almorzar, fui a verla y a tomar champán (nunca lo había hecho antes), pretendiendo una tarde voluptuosa. La encontré excitada. Había estado de mala suerte y no la habían follado en cuatro días. Noche y día había estado esperando a su español, temiendo que hubiese cortado con ella y que el matrimonio se fuese al garete. Pero ahora, jubilosa, me mostraba una carta recién llegada, escrita en mal inglés y llena de palabras indecentes de amor. Estaría con ella aquella noche. Ella había estado bebiendo durante el almuerzo y después de mi champán quedó más ebria, aunque sólo levemente. Desabrochó rápidamente mis pantalones y me cogió la polla. «Vamos a joder, encanto», dijo tirándose sobre la cama, quitándose la combinación y la bata suelta —todo cuanto llevaba puesto, como de costumbre— y abriendo sus muslos. El tiempo era más frío y no quise desnudarme. «De prisa, encanto o me masturbaré yo». «Mastúrbate, pues, quiero

verte». «No, méteme la polla». Entonces empezó a masturbarse.

Yo no estaba desvestido del todo y pensé que me gustaría verla. «Mastúrbate», dije, situándome en posición arrodillada entre sus piernas y levantando mi camisa. Mi polla estaba dura. «Ven más cerca y deja que palpe tu polla», dijo ella mientras se masturbaba. Me moví como para permitírselo, ella la cogió, empezó a meneármela y siguió masturbándose. Había una feroz lascivia en su rostro. «No me he corrido en cuatro días». «¿No has jodido ni te has masturbado?». «No». «Oh, córrete encanto, que caiga sobre mí tu leche». «¿Sobre tu cara?», dije, porque estaba ahora de pie cerca de ella. «En cualquier parte… estoy viniendo… córrete sobre mí». Tan duro apretó mi polla que me hizo daño, se corrió y quedó en silencio. Yo aparté los labios de su coño (había mucho de su corrida resbalando hacia fuera como engrudo aguado), me tiré sobre ella, le hundí la polla y follé. Entonces nuestra leche se desparramó por la cama. «Al diablo con la colcha, deja que se derrame sobre ella la leche», dijo asiéndome fuertemente y besándome.

Tuvimos una tarde lasciva; ella me mantuvo dentro deleitándose en nuestra leche, hablamos de todas las voluptuosidades concebibles para un hombre y una mujer cachondos. No soltó mi polla durante casi cuatro horas, me secó por completo, y cuando se levantó a fin de prepararse para su español no podía quedarle mucho goce para disfrutar con otro hombre, con tanta masturbación y tanto joder. «No me importa, me gustas *tú*. Él no jode mucho, es un tío pequeñito, pero espero que se case conmigo».

Durante un breve tiempo continué con esa calentura de verla masturbarse. Ella se mostraba complaciente y tras llamarme vieja bestia verde hacía siempre lo que yo deseaba. Un día se masturbó mientras yo mantenía abiertos los labios de su coño; otro día con dos de mis dedos dentro. Hice esos juegos al comienzo de nuestros pasatiempos, siendo mi satisfacción principal ver cómo ella se corría, aunque mirase su rostro y movimientos durante el goce. Ella insistía en palpar mi polla mientras operaba sobre su clítoris y hablaba indecentemente todo el tiempo, mirándome con lascivia hasta que al fin se corría con los ojos cerrados. Un día me arrodillé sobre ella y chupó mi polla mientras se masturbaba; estaba encantada con mi propuesta, pero yo terminé en su coño. Tras eso quedó satisfecha mi curiosidad; sabía cómo eran sus corridas.

Creo que di a esa mujer un goce sensual pleno; ella parecía sentir mucho placer tocando mi carne. Otras mujeres se han complacido tanto como ella en mi piel suave, pero ninguna como ella. Tenía una pasión por mí. Todo cuanto sus manos podían alcanzar lo tocaba mientras jodíamos, hasta el supremo momento en que varón y hembra se aferran y se aprietan el uno al otro. Es el momento más extático de la vida, cuando la polla no puede penetrar más, cuando los labios del coño se estrujan con las pelotas, vientre con vientre, pulsando la polla, cerrándose y aferrándola la vagina, y con espasmos convulsivos la polla dispara su esperma contra la boca del útero. Me gustaría poder experimentar el placer de una mujer en ese momento. ¿Acaso aprecia o comprende ella el placer de un hombre?

Poco después se fue. Pasé por allí, la esperaban, pero nunca volvió. Había tenido una pelea con su español y había vuelto a su casa, pensaban que él la había seguido. Esto me lo dijo una joven del primer piso al llamar yo por tercera vez; el pito se me empezó a endurecer porque la joven permanecía de pie en lo alto de las escaleras hablando conmigo. Para conversar y saber más de E*w***s fui escaleras arriba con ella y allí mi pito se endureció a su debido tiempo dentro del coño de la joven. Ella me dijo cuanto sabía y quizá más, pero nada desfavorable para E*w***s, quien *me* había alabado mucho, pero que era la mujer más rara de cuantas había conocido. La joven pensaba que la señorita E*w*** era muy fea, pero espléndida de formas. Todas las mujeres de aquella casa y de las dos adyacentes la habían visto desnuda. Todas decían que tenía un cuerpo precioso. Pero ¡qué lasciva era aquella mujer! Ella sabía que yo era un hombre cachondo; había oído decir que lo era y que me bajaba al pilón con la señorita E. A la señorita E. le gustaba mirar los coños de las otras mujeres, le gustaba que ellas se bajasen al pilón con *ella*, pero —que yo supiese— no jodía por frotamiento. Nunca más vi a esa joven del primer piso. Era delgada, de pelo y coño oscuro, y creo que se bajaba al pilón con la propia señorita E*w***s. Al negarlo rió de una manera especial.

En lo sucesivo nunca pude oír cosa alguna sobre la señorita E*w***s. Nunca volvió a su domicilio. No llevaba conociéndola más de cuatro meses, no la veía a menudo, pero la eché de menos. Ciertamente era encantadora de formas, encantadoramente

atractiva en su licenciosidad, deliciosa jodiendo. Si se hubiese quedado, estoy seguro de que me hubiera mantenido como amigo, porque le gustaban mis maneras lascivas. Puede estar viva ahora, como muchos otros de mis ángeles auxiliares del pasado.

Hace por lo menos treinta años tuve una mujer que se le parecía de rostro, con la misma forma y movimiento de caderas al andar desnuda. Pero creo que tenía sangre mulata, y poseía también labios grandes y gordos. Fue en un tiempo de mi vida en el que todo cuanto me importaba era joder convencionalmente un coño. Creo que debo haber mencionado a esa mujer estas memorias.

La señorita E*w***s me dejó un gusto más desarrollado en cuanto a bajarme el pilón de un coño bonito. Fuese cual fuese mi indiferencia previa, se estaba desvaneciendo entonces. Pensé a menudo en hacerlo con otras mujeres después. En tiempos no me lo consentí demasiado; sólo lamía con placer los coños jóvenes; y eso lo hacía instintivamente. A veces pienso que era su falta de pelo la causa de mi gusto por esas rajitas.

Tras ello salí de Inglaterra durante un período muy corto, y visité ocasionalmente uno o dos criaderos de Venus, aunque en conjunto fui fiel y casto, lo cual me hizo disfrutar más de mis escasos amores furtivos, cuando los tuve.

Me encontraba en una gran ciudad sajona y fui allí a un atareado burdel donde el precio por mujer era solamente de dos táleros, pagando —naturalmente— los extranjeros por encima de la tarifa. Había música en uno de los cuartos, y dos o tres jóvenes fumado y bebiendo con media docena de cortesanas de buen aspecto, escotadas hasta los pezones, pero vestidas de seda y satén. Como no me di cuenta al entrar de que había otros hombres en el salón y prefiero no elegir mujeres en compañía masculina, quedé un poco desconcertado y elegí una muy deprisa, pero la elección fue muy buena. Le hice signos sin hablar, satisfecho con sus tetas opulentas y su enorme pelo, mientras estaba sentada bebiendo con un hombre que me miró enfadado porque ella obedeció al instante mi sugerencia y le dejó.

Era una alemana alta, fuerte y con un pelo marrón rojizo, pasablemente bien formada, pero le faltaba algo de gracia, como acontece con la mayoría de las mujeres alemanas. Sus muslos se

estrechan demasiado rápidamente hacia las rodillas, sobresalen los huesos de sus caderas; de hecho, no están moldeadas voluptuosamente sino preparadas para llevar grandes bebés en las entrañas. Con todo, ésta estaba bastante bien hecha, y tenía unos senos espléndidos. Cuando en la cama miré sus bellezas ocultas encontré un coño como no había visto nunca antes ni volví a ver después. Cada cinco años aproximadamente pienso que he tenido mujeres con coños muy infrecuentes en algún aspecto.

El abrevadero sexual de esta sajona tenía labios infantiles con mucho pelo más bien desrizado que le llegaba casi al ano. Una mata considerablemente espesa cubría su monte, pero sin subir mucho. El pelo se reducía como es habitual en los labios hasta su unión con los muslos, donde cesaba, dejando una línea de carne limpia y bien definida; pero comenzaba a reaparecer inmediatamente sobre los muslos y se espesaba dos o tres pulgadas más abajo formando pequeñas patillas a cada lado de su coño, manojos de pelo con una longitud de unos diez centímetros. Tenían una ligera tendencia a rizarse, y los tufos me recordaban las perillas de las cabras. Mientras estaba de pie con los muslos cerrados parecía haber una masa continua de pelo espeso que iba desde la parte superior de su toisón hasta el final de esas patillas.

Lo observé al instante, ella pensó que lo admiraba (aunque fuese lo contrario) y —aparentemente orgullosa de esos apéndices peludos— se arrodilló sobre la cama y me invitó a mirarlos desde una perspectiva posterior sin que se lo hubiese pedido. Ya estaba necesitando a una mujer, se me endureció al momento —pues la novedad siempre estimula mi lascivia—, hundí mi lanza amorosa en su estuche y consumé. Tras lavarme, con la sangre más fría, eché de nuevo una ojeada a su curioso desarrollo piloso, pretendiendo escribir una descripción, y conversé con ella del asunto lo mejor que pude. Ella siguió acariciando mi verga, y con eso y hablar y mirar su extraña fisonomía coñil pensé que me gustaría correrme en ella otra vez. «¿Qué va a darme?», dijo ella cuando se lo sugerí.

Resuelta satisfactoriamente la cuestión financiera, nos colocamos en postura de perro. De cuando en cuando yo retiraba la polla tanto que sólo la cabeza permanecía en su coño, mirando entonces hacia las patillas de los muslos que, con todo, sólo eran parcialmente visibles en esa posición. Pero eso es lo que me

excitaba. Me atravesaron el cerebro extrañas ideas sobre joder con cabras y mujeres de culo peludo, mientras de cuando en cuando masturbaba su clítoris sacando completamente la verga del coño. Entonces, descansando sobre los tobillos, miraba su trasero y tiraba de las pequeñas barbas. Podía hacerlo con bastante compostura, pues, aunque la verga mantenía su rigidez, el esperma no tenía ahora prisa en salir de mis pelotas. Al fin la excité. «Sigue jodiendo, *meine liebe*, lo deseo tanto, tómame de frente, así es como más me gusta joder», por lo cual le di la vuelta y tras una mirada final a las matas de pelo hundí mi polla dentro de su raja y satisfice a ella y a mí mismo. Nunca más volví a verla, ni lo deseé. Al día siguiente escribí este relato.

(Ya he descrito en mi relato uno o dos coños de aspecto infrecuente. Siete u ocho años después de esta cortesana con tufos en los muslos, me hice a una mujer cuya espalda estaba casi completamente cubierta de pelo. La cosa será descrita en su orden adecuado, quizá).

Cuando volví a Inglaterra al final del otoño fui a la costa y a un lugar muy concurrido. En las calles y, más frecuentemente, sobre la explanada hay muchachas que venden cestas y cajas hechas o recubiertas de concha. Complacido con el aspecto de una caja, convine en el precio y dije a la muchacha vendedora que la trajese a mi hotel, dándole mi nombre y dirección. La chica era muy bien parecida y tenía unos catorce años, pero realmente no la había visto. Quería comprar la caja para un regalo, y sólo pensé en eso.

A la hora prevista estaba solo en el hotel, cosa que no me esperaba; de hecho, había dicho una hora en que no esperaba estar solo para nada. «Una muchacha ha traído una caja de nácar para usted, señor», dijo el camarero. Ella entró, vi que la caja era correcta, pagué a la chica el dinero y al hacerlo vi que era guapa. Le dije: «Te daré seis peniques por traerlo si me das un beso, pequeña». «Muy bien, señor», y su rostro se puso sabroso. Se acercó a mí, la senté sobre mis rodillas —pues yo estaba sentado—, la besé, la besé otra vez y mientras lo estaba haciendo se apoderó de mí el deseo y susurré: «Y un chelín si me dejas palpar tu bonito y gordo culito y su pequeño conejo». «Muy bien», dijo ella y, antes de que las palabras hubiesen salido de su boca, mis dedos estaban entre los

labios de una raja casi imberbe. Palpé bien vientre, ombligo y monte; luego empujé los dedos hacia atrás y uno de ellos se metió algo en el receptor de polla, cosa que ella facilitó aunque dijese: «No haga eso, señor».

Agitado por el deseo de aquel coñito —ella ahora me parecía hermosa—, le dije: «Tócame la polla», sacándola en parte y olvidando el espantoso riesgo que corría, pues la puerta de mi cuarto podía abrirse en cualquier momento. Ella la aferró diciendo: «Deme otros seis peniques, señor». «Lo haré, te daré media corona por joder contigo». «Muy bien, pero no puede ser aquí, estaré esta noche en **** cerca de la playa, si quiere». Vi inmediatamente que era una putilla común.

Deleitado y excitado con el tacto pegajoso de su pequeña hendidura mientras mantenía mi dedo frotando a lo largo de ella, con la polla a punto de estallar, olvidé el horrendo riesgo que corría de ser sorprendido en cualquier momento, no sólo por un camarero, sino por otras personas. Y qué rápida y sutil ha resultado ser siempre mi decisión bajo la influencia de la lujuria. Mi cuarto de estar llevaba al dormitorio, el dormitorio tenía otra puerta que daba a las escaleras. Vi mi ocasión y la posible escapatoria, miré la calle desde la ventana en una y otra dirección y luego el vestíbulo, miré y cerré de nuevo la puerta del cuarto de estar, empujé a la chica hacia el dormitorio, cerré ambas puertas, la levanté sobre el borde de la cama, le subí las sucias ropas, vi muslos llenos, una concha protuberante y casi sin pelo y en un instante metí la polla hasta las pelotas. «Oh», dijo ella, «no lo haga tan fuerte». Pero yo follé con prisa y miedo, atentos los oídos, pero encantado con el coñito. Sus ojos estaban fijos sobre los míos, los míos sobre los suyos, era una buena folladora aunque joven, y vi que le daba placer. Pero era sólo el comienzo de su placer, porque con mi energía y mi prisa bombeé demasiado rápidamente el esperma dentro de su prieto coñito. Tan pronto como terminé de correrme, la saqué, todavía dura y seguida por un copioso fluido perlado. «¿No te corriste?», dije. «No, iba a hacerlo ahora precisamente». Al minuto siguiente, le había pagado media corona y se fue con el coño chorreando.

Dos horas después, fui al lugar donde me había ofrecido la caja de nácar. Me llevó allí la atracción de su coñito. Ella tenía otra caja de nácar para vender; la examiné ante los ciegos paseantes mientras

hacía preguntas sobre ella. Su padre era un pescador. «¿Sabe que has sido follada?». «No, no lo sabe». No podía volver tarde, pero podía hacerlo poco después del anochecer, y no había mucha gente allí (citando el sitio). A aquella hora y en aquel lugar jodí con ella aquella noche, e hice que se corriese. Era un poco novata, porque la masturbé casi hasta una segunda corrida antes de penetrar en ella. «¡Oh! Me va a venir si sigue frotando». La froté por eso hacia arriba y hacia abajo con la polla y se corrió de nuevo conmigo.

Pensé que había terminado con ella cuando un día la vi frente a mi hotel ofreciendo sus cajas. «Cómpreme otra, tengo que venderlas de alguna manera», dijo. Yo no podía tolerar eso; estaba solo, pero se me ocurrió que la zorrita había sido preparada para chantajearme. Le dije que no compraría más, y que si alguna vez volvía a hablarme antes de hablarle yo primero pondría a la policía sobre su pista. Se fue diciendo que podía comprarle algo más después de lo que le había hecho, y nunca apareció cerca de mi hotel (eso lo sé) de nuevo. Al cabo de pocos días, revivió mi deseo de ella, me detuve, compré alguna chuchería de nácar y le pedí que viniese a una casa de citas conmigo. Ella no quería saber nada del asunto, pues sus padres podrían enterarse. No obstante, sabía dónde estaban las casas de citas.

Me dijo que iría a casa de una amiga cuando se lo pidiese. Yo no tenía amiga de vida alegre allí, pero me encontré con una prostituta entrada en años y le conté mi problema. (Gran riesgo otra vez). Ella se encontró conmigo, indiqué hacia la pequeña, que fue con ella a su domicilio (a primera hora de la noche), y allí desnudamos a la muchacha y la lavamos, y luego lamí su coñito hasta que estaba casi muerta de tanto correrse. Luego jodí con ella y partí. Declaró que nunca se habían bajado al pilón con ella antes, que nunca había estado en una casa con un hombre, que se lo habían hecho en la playa y en los asientos, pero en ninguna otra parte. Dos o tres días después, regresé a Londres y jamás volví a ver a la pequeña damisela.

*H*l*n M***w**d visitada otra vez. — Curiosidad y palabras llanas. — Comienza la confianza. — Jodiendo a crédito. — Cosas esenciales del coño para un pene sensible. — La ayuda de Nelly. — El carpintero desnudo. — Máscaras. — Masturbaciones y copulaciones. — El viajante de plumas de acero. — Pezón y raja. — Los hombros blancos de Sophy y el onanismo. — El lugar de las meadas. — Una follada por media corona. — Un coño monedero. — Cissy y Amy, zorras y hermanas gemelas. — Una follada por champán. —Mis confesiones a H*l*n. — Sobre la fisionomía de los coños.*

Entonces el atractivo de H*l*n M***w**d me llevó a ella nuevamente, y disfruté sus encantos voluptuosos. Ella me halagó diciendo que había mucha salsa en mí, y parecía disfrutar con mis abrazos. Al observarlo yo, dijo secamente: «No dije eso». Después de ello fui a veces a A*g**e para mirarla, ella venía a mí, dejando su grupo de admiradores, y me pedía realmente que fuese a verla. Me negué a ello. «Eres el hombre más extraño que he tenido, pero me gusta hablar contigo. Ven a verme mañana y puedes estar todo el tiempo que quieras». Yo fijé un día algo posterior, cediendo a su fascinación a pesar de mí mismo. Al llegar el día pensé que no iría. «Es sólo una mujer de vida alegre». Pero mantuve mi palabra incluso con *ellas*, y fui allí.

El tiempo estaba frío, había grandes fuegos encendidos en su casa, ella llevaba ropa ligera, como las cortesanas cuyas bellezas deben ser fácilmente vistas y palpadas. Delante del fuego palpé su perfumada grieta mientras el grato calor jugaba con sus encantadores muslos y su vientre. «Hace frío, me gustaría que me dejases ir a la cama contigo». «Está bien». En tres minutos nuestros miembros estaban entrelazados entre las sábanas. Yo silencioso, pensando en sus muchas bellezas, palpando los pliegues jugosos, retorciendo mis dedos en los suaves rizos de su monte, besando sus dulces labios, anticipando el clímax. No sé en qué estaría pensando

ella, pero, curiosamente, me palpó todo el cuerpo como nunca había hecho antes y se concentró sobre mi pene con un toqueteo que le era peculiar y que sólo más tarde reconocí plenamente. Pronto mi brillante barra estaba enterrada profundamente en su húmedo y cálido coño, y con sacudidas frenéticas mi esperma se derramó dentro de ella. Pronto volvimos a joder, pero ella me molestaba levantándose para lavarse después de cada emulsión obtenida de mi verga.

Cuando quise inspeccionar de cerca sus encantos genitales, se comportó caprichosamente. En parte me rechazó y dijo con prisa «basta, es suficiente», cerrando los muslos y tapándose. No estaba cediendo, se sentía inclinada a hacer las cosas a su modo en todo. Entonces dijo: «Voy a tomarme un vaso de champán». «Yo no quiero». «Nadie te lo ha pedido», pero al fin bebí. Ella se mostró curiosa respecto a mí. «No me preguntes, sólo te contaría mentiras». «No quiero saber». «¿Y por qué preguntabas?». «Por decir algo, eres el hombre más raro que he tenido». Una vez más nos acariciamos en la cama caliente. En delicioso silencio palpé todo su encantador cuerpo, jugando con las colinas marfileñas de sus senos, vagando sobre su dulce vientre y su trasero, deslizando mi mano entre sus dulces muslos hasta palpar el suave y sedoso fleco y la encantadora gruta aromática que rodeaba. Entonces un dedo se hundió profundamente en la gruta doblándose hacia arriba, humedeciéndose en la cálida avenida hacia su útero, y luego se retiró hacia el más dulce y pequeño de los clítoris, acariciándolo. Una vez más ella se apoderó de mi polla manejándola con su delicado movimiento y sus presiones, haciéndola enderezarse hasta su plena potencia. Sin una palabra apartó súbitamente las ropas de cama y miró francamente la erección, cubriendo y descubriendo su cabeza carmín. Entonces dijo apresuradamente: «Jódeme». Ella se expresaba con llaneza en materias sexuales. Pensé que tenía prisa en que yo me subiese y terminara, aunque no era sino un estremecimiento de lujuria la causa de su impaciencia. Como descubrí, estaba siempre impaciente por correrse inmediatamente después de que comenzaban sus sensaciones lascivas. Por entonces no conocía sus fuerzas físicas, o que le era fácil correrse una vez y otra sin fatiga.

La follé al instante; ella unió su lengua y la mía, disfrutó mi

polla con un goce deliciosamente tranquilo, de un modo que me dejaba complacido con mi propia actuación y con haberla arrastrado al placer. No me desmontó tras esta libación, sino que me mantuvo en su encantador estuche mientras éste se bebía mi semen y ella apretaba el coño y lo movía suavemente como intentando prolongar mi goce sexual. Pienso que nunca lo había hecho antes, pero quizás estaba demasiado excitado para percibir esos detalles voluptuosos de su copular. «Amor, te corriste conmigo esta vez». «¿Esta vez? Me he corrido contigo cada vez que hemos follado». «¿Realmente?». «¿No te das cuenta?».

Poco después me levanté. «¿Te vas?». «Sí, no puedo echar otro palo». «Apuesto a que te consigo», dijo, pero yo no podía esperar y me despedí de la voluptuosa sirena. «¿Cuándo te veré de nuevo?». Yo no quería prometer nada. «Ven por la tarde de pasado mañana». «No puedo, y aunque pudiese tendrías que fiarme». Ella meditó un momento y luego dijo: «Te fiaré». Fui aquel día, y ella me hubiese fiado, pero le pagué porque tenía el dinero y no quería estar en deuda. Pasaron entonces dos o tres meses antes de que abrazase de nuevo sus encantos.

Algunos meses después seguía rondándome a pesar de mí mismo la deliciosa visión del coño de Nelly desbordante después de que su amigo casado le hubiese echado un palo; pensaba en su exquisita lubrificación mientras mi polla se deslizaba dentro, la sensación suavemente voluptuosa de tener la cabeza rodeada del esperma espeso, la falta de fricción desagradable y de irritación que a menudo siento cuando empiezo a follar, y además de esto se despertaban en mi cerebro goces lascivos pensando en que mi polla estaba en el templo que un hombre acababa de disfrutar y abandonar. Tras un mes o dos le pregunté si el carpintero estaba todavía disponible, y dos noches después me dijo que lo estaba, aunque estuviese entonces trabajando. Organicé un encuentro. Entonces decidí que ambos debíamos llevar máscaras. Yo podría quitarle la máscara si lo deseaba, pero realmente no deseaba ver su rostro, ni que él viese el mío.

Al llegar la noche estaba nervioso, pero lo superé bebiendo champán. Las máscaras me ayudaron también a tranquilizarme. No conozco las maneras de comportarse de los sodomitas, pero

supongo que tendrán más confianza que este hombre. Hice que se desnudase y cogí su instrumento; era gordo y suave, agradable de tocar, parecía más agradable que el tacto de un coño, pero no creció hasta que Nelly le enseñó sus genitales. Era una verga de tamaño extraordinario, larga, gruesa y mucho más ancha al acercarse a las pelotas. La palpé en silencio largo tiempo, preguntándome si tenía o no mucho esperma; luego le puse en diversas posturas para ver qué aspecto tenía su instrumento rígido mientras él se movía, apenas diciendo una palabra y susurrándola en esos raros casos.

Entonces le puse de espaldas sobre la cama y empecé a meneársela volviendo el culo de Nelly hacia él mientras se arrodillaba, de manera que tuviese la excitación de la proximidad de su coño. «Maldita sea, déjeme joder con ella», gritó él en voz alta cuando vio venir el placer. Pero ése no era mi juego. Seguí masturbando suavemente, mi propia polla ereccionó por simpatía; entonces, desvistiéndome hasta quedar en calzoncillos, le contemplé y contemplé su instrumento mientras lo hacía, y él toqueteó la hendidura de ella. Viendo mi verga dura, él rió y ella soltó una risita. Entonces me invadió el deseo de joder con *ella*, porque sus formas siguen siendo hermosas y gratas de mirar. Por un instante me olvidé de *él*, y el coño recuperó su natural imperio. Pero su gran polla tiesa me llamaba y continué meneándosela mientras masturbaba la mía propia al mismo tiempo. Pronto la suya estaba palpitando de lascivia. «Oh… ah… oh… Estoy viniendo… me correré», exclamó. Queriendo entonces ver su rostro y contemplar sus emociones, le quité la máscara. «Quítese la suya», dijo él. No lo hice, sino que me quedé mirándole el rostro y luego los latidos de su polla, que solté por un instante. Entonces mi mente volvió a su objeto inicial, que era dejarle joder con ella primero, por lo cual dejé de masturbarle y dije: «Fóllatela». Él empezó a levantarse.

Pero de nuevo cambié de idea. «No… no… túmbate… ahí». Cogí nuevamente su instrumento, porque masturbarle era todo cuanto quería entonces, y mientas él palpaba el coño de ella en un minuto brotó sobre su vientre una copiosa ducha de semen. Cayó sobre mí una aberración, un delirio lujurioso. Nunca lo había pretendido, nunca pensé en ello hasta ese instante. Me pregunté si mi esperma era tan espeso como el suyo —pues no me la había meneado durante algún tiempo para verlo—, me pregunté qué aspecto

tendría mi esperma al lado del suyo, y tan pronto como la idea cruzó fulgurantemente mi cerebro me masturbé deprisa. Nelly miraba. «Quédate tumbado y quieto». Quieto se quedó, mis pelotas estaban llenas y me corrí sobre su vientre, cayendo mi esperma sobre el suyo o mezclándose con él. En la salvaje excitación de la crisis cogí otra vez su polla mientras con la otra mano terminaba mi propia actuación onanística, de pie junto a la cama y con los ojos cerrados, masturbando ambas pollas a la vez, hasta que al recobrarse lentamente los sentidos encontré mojadas ambas manos con nuestros fluidos generativos.

Él se lavó, se puso la máscara otra vez y nos sentamos. Pensé en la razón de tenerle allí, lamentaba lo que había hecho. Estaba disgustado y le pregunté si podía follarse a Nelly. «No durante una hora», dijo él. Entonces decidí marcharme, y dije que podía vestirse. No acababa él de ponerse la camisa cuando cambié de idea, diciendo que debía esperar y joder con ella. «De acuerdo, es una folladora como hay pocas», dijo él en voz alta. «Deje que me quite la máscara». No quise. Me molestaba ver su rostro, aunque fuese guapo.

No quería hablar ni tocarle. Él y Nelly hablaban y bebían, yo decía una palabra de vez en cuando. Ella, siguiendo su costumbre, jugaba con su polla, y debido a sus mutuos toqueteos, vi que estaba creciendo antes de pasar la hora. «Puedes joder ahora». «Es cierto». Nelly se colocó sobre el borde de la cama, pronto vi su gran instrumento entrando y saliendo de su coño, le puse la mano debajo de las pelotas y noté sus movimientos hasta que entregó la libación. No le molesté mientras se inclinó sobre ella hasta que toqué su polla desmontada desde debajo de las pelotas.

Nelly seguía tumbada con los muslos de par en par cuando su instrumento la abandonó. Su coño brillaba invitadoramente, cubierto como por una albúmina clara y fina y empezando a chorrear sus líquidos, porque él se había corrido bien. Hundiendo entonces mi polla en ella disfruté la grata humedad, y mi libación se mezcló con la suya. Entonces me lavé, me vestí rápidamente y seguí mi camino, quitándome la máscara sólo después de cruzar la puerta. Él seguía enmascarado y desnudo, sentado en una silla mientras ella tocaba su polla. Ella me dijo más tarde que se la había follado otra vez después de irme yo.

La excitación suspende durante la cópula el juicio, y casi todo pensamiento —salvo el pensamiento obsceno—, la reflexión viene luego. Al día siguiente me complació el modo en que había hecho mi ofrenda a Venus en uno de los muchos templos que yacían en el fondo del vientre de Nelly. Estaba seguro de que la humedad de su coño, la suavidad preparada por el semen de mi pionero, añadió mucho a mi placer en el coito con ella, que lo había hecho perfecto; pero me despreciaba a mí mismo por ese gusto, y juré que nadie excepto Nelly conocería nunca mi capricho sexual. (Aunque ahora lo esté narrando y se lo haya contado a otras mujeres. Nunca a hombres).

Volviendo a casa de Nelly exclusivamente para hablar de ello unos pocos días después, ella dijo para sorpresa mía que tenía a otro hombre si me apetecía, un sujeto bastante joven y respetable que había sido escribiente, que había perdido su empleo, que había bajado a los bajos fondos y ahora vendía plumas de acero visitando tiendas, oficinas y sitios semejantes. Esto me puso sobre ascuas. «Consíguele, consíguele», dije. La idea de copular después del hombre en el mismo receptáculo femenino me abrumó nuevamente de deseos lascivos.

Me lo trajeron, era un joven pequeño y de constitución oscura, esbelto y casi aniñado. Casi al primer minuto me preguntó qué iba a darle y, cuando se lo dije, él contestó: «Pero se lo pagará a *ella*». En vano intentó Nelly impedir que hablase él de eso. «Sácate la polla», dije yo con bastante atrevimiento, descubriendo que era o parecía ser un novato. Él vaciló como si estuviese avergonzado, y Nelly se la sacó. Era una polla pequeña. La cogí. «¿Qué va a hacer?», dijo. «Lo que quiera», dijo Nelly contestando por mí. «Oh… no… ¿qué?… nada por detrás…», observó.

Se desnudó hasta quedarse en camisa; estaba limpio, tenía una polla pequeña que surgió de una mata espesa, pero pequeña de rizado pelo negro azabache. Sus ojos y sus cabellos eran muy oscuros. Hablando con él me dijo que había sido escribiente, pero no pude sacarle el motivo de dejar la profesión. Vendiendo plumas se ganaba mal la vida, pero tan pronto como tuviese veinte libras pensaba irse a América. La señorita ***** (nombre de una mujer de vida alegre), una amiga de Nelly, le dijo que podía conseguir dinero si dejaba que se la meneasen y que le diesen por el culo, pero él no

haría esto último por ningún precio. Iba a calzarse a Nelly, ¿no era cierto? Esperaba que así fuese, era una chica hermosa, pero nunca se lo había hecho a *ella*, aunque se lo hubiese hecho a su amiga.

Mis caprichos lascivos, mis gustos y mis ascos son insondablemente curiosos. De alguna manera no me interesaba que aceitase la vagina de Nelly; la idea misma de entrar donde había estado su polla me ofendía, aunque hubiese sido contratado con tal propósito. Meneé dos veces su pollita, sentado él sobre mi rodilla mientras le masturbaba. Luego jodí con Nelly y partí.

(Por un tiempo me volvió entonces el asco ante la sola presencia próxima de otro varón. Creo que la curiosidad fue la raíz de todo cuanto hice, pero permanecía todavía en mi mente el placer de un hombre empapado.

Casi quemé estos episodios, pero ¿por qué habría de hacerlo? Qué fuertes son la educación y el prejuicio. ¿Por qué ha de haber mayor daño en tocar la polla de un hombre que en tocar su mano, si la polla es el miembro más noble?

Desde luego, estaba salvajemente erótico después de todo esto, y busqué a Nelly L. para todas mis satisfacciones. Me bastaba pensar en H*l*n N***w**d para que se me levantara la polla, pero la evitaba temiendo enamorarme y caer en esa infatuación de la lujuria que lleva a los hombres a la ruina. Todavía me asombra cómo pude mantenerme alejado de ella, dado mi temperamento voluptuoso y mi adoración por lo bello de las mujeres. Quizá me salvaron mis caprichos eróticos y las facilidades económicas de Nelly. También mi monedero estaba empobrecido por aquel entonces).

Vi una noche por la calle a Sophy, la del pelo amarillo pálido, y sentí de nuevo deseo hacia ella. Nelly la consiguió y quedó satisfecho mi deseo de ver juntos coños de pelo rubio y de pelo oscuro. Se había puesto más fuerte, sus senos eran muy grandes, pero no fláccidos y sus pezones muy prominentes, cosa que quizá sugirió lo que luego acontecería.

Sus coños con los vientres hacia arriba, lado a lado, y luego con los traseros en mi dirección, hablamos sobre las diferencias que el paso de los años había suscitado desde la primera vez que las poseí; cómo había hecho más llenos sus culos y sus tetas, espesando el cabello de sus toisones. El toisón de Sophy había crecido y estaba

ahora espesamente cubierto con un pelo rizado de color arenoso pálido, formando un mechón verdaderamente espléndido. Estaba formada por todas partes para la fornicación. Había conservado, en la superficie interna del coño, un tono más pálido que el de Nelly. Estaba empezando a aparecer pelo negro alrededor del ano de Nelly, y convinimos en que sobre su toisón —donde era abundante y espeso— se había desparramado más y era un poco como pelo de caballo. Poniendo a una sobre la otra quise que jodiesen por frotamiento. Nelly se negó aunque Sophy estaba dispuesta, medio borracha ya cuando vino y más aún ahora, porque traje conmigo una botella de ginebra. Con todo, se tumbaron vientre contra vientre con los muslos de par en par, tocándose sus toisones, mezclándose los pelos, pero los clítoris no se tocaban. Mientras toqueteaba separé sus labios, admiré el diferente tinte rojo de sus hendiduras, palpé las superficies suaves y resbalosas, vi el grosor de los bordes protuberantes que enmarcaban los incitante botones rojos, y la diferencia en color de los rizos. Era una visión encantadora, un contraste maravilloso en sólo dos coños.

Como Nelly seguía negándose a frotar su coño contra el de Sophy, las puse a ambas de espaldas sobre la cama y examiné los coños mientras estaban tumbadas de ese modo. «Túmbate con nosotras», dijo Sophy. Me tumbé desnudo entre las dos (la cama no era lo bastante grande) y con los dedos medios masturbé ambos coños a la vez hasta que sus traseros comenzaron a sacudirse. «Masturba más deprisa, estoy viniendo», dijo Sophy aferrando mi pito y besándome el brazo desnudo. «Déjame ahora», dijo Nelly. Aunque estaba cachondo hasta el ojo mismo del culo me alejé de ellas y retiré la mano de Sophy de su coño, pues con ese incansable abandono lujurioso que ahora la caracterizaba había comenzado a masturbarse enérgicamente cuando mi dedo abandonó su clítoris, sintiendo el deseo del placer completo que yo había despertado.

Observé entonces sus pezones. «Sí, paicen crecíos de tanto como ordeñan los críos, ¿verdá?», dijo ella en su horroroso argot y con voz desgarrada. «Mete uno dentro del coño de Nelly». «Oh, viejo verde mariconazo», exclamó. «¿Qué?», dijo Nelly riendo. «¿Cómo vamos a hacerlo?». «Debo hacer pis». La ginebra había hecho su efecto, ambas mujeres orinaron y comenzó mi estratagema. Al principio no sabía cómo realizarla, pero los deseos lascivos se

cumplen rápidamente en la práctica con dos zorras bien entrenadas. Ambas mujeres estaban ahora cachondas, excitadas por la bebida y dispuestas a cualquier juego indecente, porque una novedad en la lujuria es disfrutada a fondo por una puta cuyo coño esté caliente, como he comprobado muchas veces.

Puse a Nelly sobre el borde de la cama y a Sophy arrodillada frente a ella sobre almohadas con el fin de buscarle una altura conveniente, cosa que no se hizo en un minuto. Luego, permaneciendo de pie detrás de Sophy, levanté las piernas de Nelly por los aires todo lo abiertas que pude, sujetándolas por los tobillos con mis brazos extendidos, lo cual trajo sus nalgas al borde de la cama y abrió su coño. Entonces, sujetándose un seno, Sophy empujó el pezón contra el coño y apretó su pecho contra él ocultando toda la raja rodeada de pelo, salvo la punta del clítoris, que justamente se dejaba ver sobre el seno. Me quedé con las piernas abiertas montado sobre la espalda llena y blanca de Sophy, tocándola con las pelotas y ereccionando pronto mi polla, casi oculta en el pelo del cuello de Sophy.

«Muévelo». «No puedo, se saldrá si lo hago». «¿Sientes el calor en tu pezón?». «Sí, le hace cosquillas». «Apriétalo hacia adelante y hacia atrás». Sophy obedeció, su pecho se aplastó más y más, y luego se retiró, sin abandonar nunca el coño. «Masturbaos vosotras». Sophy obedeció. Nelly se negó, pero al ordenárselo yo de nuevo lo hizo, enfadada. Su dedo frotó entre su clítoris y la blanca bolsa de leche de Sophy. No se preocupaban por *mí*; ambas estaban demasiado cachondas y borrachas, ambas se embebieron al minuto en la masturbación. Agachándome un momento, puse por atrás el dedo en el coño de Sophy y pude sentir que su dedo se agitaba violentamente. Todo su coño parecía moverse con él mientras mi dedo se enterraba en sus pliegues. Monté entonces otra vez sobre su espalda blanca y llena, deseando joder, ser masturbado, ser chupado y todo ello a la vez; esa falta de resolución en cuanto al acto, el deseo de tener todos los placeres sexuales de todos los modos y a la vez me invadía e intoxicaba con ideas lujuriosas.

Entonces percibí intensamente lo encantador de la piel deliciosamente blanca de Sophy. Escupiendo sobre su espalda froté la cabeza de mi polla hacia arriba y hacia abajo contra la superficie húmeda, meneando la barra con mis dedos húmedos al mismo

tiempo. Por su aspecto y movimientos vi que Nelly estaba viniendo, que la masturbación de Sophy estaba terminando también. Ella nunca ocultaba *sus* goces, se había convertido en una mujer que chillaba obscenamente cuando su placer llegaba, y ahora gimió: «Oh… mi… querido… jode mi coño… oh jode». Escupí una ducha de esperma sobre su espalda blanca, mientras ella profería sus lujuriosas exclamaciones de goce. Nelly, que había mantenido por sí misma las dos piernas hacia arriba cuando yo las abandoné para empezar a meneármela, estaba tranquila y silenciosa; se había corrido y dejaba caer sus piernas sobre los hombros de Sophy. Así permanecimos todos, aplastado todavía suavemente el seno de Sophy sobre la raja de la otra, la polla bajándose lentamente hacia su propio semen mientras mi brazo descansaba sobre el hombro de Sophy.

La excitación había sido muy grande para todos nosotros. Siguió la tranquilidad, pero mi imaginación erótica no cesó en ningún momento de funcionar. El pezón de Sophy estaba mojado por el coño de Nelly. Ambas se levantaron entonces y permanecieron frente a mí con los dos coños mojados, casi fluyendo con su corrida. Entonces nos lavamos, ellas bebieron más ginebra y hablamos de nuestra calentura, ese lascivo trío. El trabajo de pezón y coño nos divirtió a todos.

Después de algún tiempo Nelly puso su pecho en el coño de Sophy un momento, solamente por hacerlo, e inmediatamente se lo lavó. Pero la excitación de la novedad había pasado, yo no disfrutaba la visión como antes, cuando acababa de alcanzarme el capricho. Me encantaba haberme corrido sobre la espalda de Sophy. Me he corrido sobre los senos, los muslos, los traseros, los coños y los rostros de las mujeres, pero nunca antes me había corrido sobre una espalda, y la novedad fue deliciosa.

Después, quise joder con Nelly tras poner la polla dentro de una y de otra mujer alternativamente. Ella se negó de plano; no admitiría dentro de ella mi polla tras haber pasado por el coño de la otra hasta que fuese lavada. El licor la ponía irritable. La rubia estaba dispuesta a cualquier cosa, y terminó en que ambas me masturbaron con la boca hasta un cierto estadio de placer. Luego Sophy se bajó al pilón con Nelly, y mientras lo hacía presentándome el trasero la obligué a levantarse y, empujando entre los muslos

hacia la brecha de pelo color marrón claro, mi polla penetró en su coño deliciosamente aceitado, ese coño que retiene todas sus exquisitas cualidades —a pesar de haber sido follado por centenares y haber dejado pasar tres bebés—, y me corrí con las manos sobre sus nalgas blancas oyendo el chapoteo de su lengua sobre el coño de la otra que estaba corriéndose otra vez.

En otra hora Sophy se había bajado al pilón conmigo, había tomado mi libación en su boca y se había ido bastante borracha. Nelly me dijo entonces que no permitiría que su coño tocase el de Sophy, porque había oído que últimamente había tenido purgaciones. A mí no me pasó nada. Una hora más tarde los teatros estaban cerrados, tomé una sopa de langosta, seguía cachondo aunque sin querer joder, y me paseé por una calle donde sabía que las mujeres meaban libremente, y palpé los coños mojados de media docena. Cansado de eso, pero deambulando todavía, hablando obscenamente a todas las mujeres que me encontré, vi a Sophy yéndose con un hombre joven, los seguí hasta un burdel barato, esperé hasta que salió, descubrí que estaba bastante borracha y le pregunté si se la habían follado. «Sí, y el maldito sólo me dio media corona, no más», dijo ella. Apenas podía hablar por la bebida, y apenas pareció reconocerme al principio. Entonces, de repente, me dijo: «¡Oh! ¡Oh! Eres tú, ven y follemos». «No, ven aquí». Palpé su coño otra vez en un lugar oscuro; estaba empapado y pegajoso. «No te has lavado el coño», dije. «¿No? Pensaba que lo hice al mear», farfulló ella. La dejé allí de pie y cuando me di la vuelta, al poco, la vi irse con otro hombre hacia la casa de citas.

El incidente anterior ocurrió, según creo, hace dos años, pero el manuscrito se traspapeló. Aunque no la vi entonces con frecuencia, parece que me apoyé en Nelly L. para satisfacer mis caprichos eróticos, y, de hecho, no sólo fui cuando tenía una calentura infrecuente que complacer. Ella era la complacencia misma, y a menudo me preguntaba cómo, teniendo esa disposición a la alcahuetería y encantos personales de cuerpo y rostro (pues no mostraba signos de ajarse), no conseguía mejores cuartos y mejores hombres. Algunas mujeres no tienen deseo de elevarse, les va el estadio más bajo. Era indolente, no era pobre y estaba contenta.

Hablando con ella sobre una mujer que había sido detenida por robar a un hombre y había guardado la bisutería robada en el coño

durante dos días antes de que la encontrasen allí (esto se decía con palabras vagas en los periódicos), dije que dudaba de la posibilidad. Nelly afirmó que era fácil, y la cosa terminó yendo yo a buscar plata, metiéndole cuarenta chelines en el coño y viéndola andar desnuda por el cuarto de una parte a otra, sujetando el dinero en ese receptáculo femenino. Entonces meó sobre un orinal y el dinero cayó.

Pensé mucho en esto y, pocas semanas después, decidí probar su capacidad y tenacidad genital. Tomando cinco libras todas en chelines hablé con ella sobre su coño, que sabía muy elástico y extensible, aunque su acción muscular al follar fuese tan deliciosa, como debo haber dicho antes en este relato. Diciéndole la plata que había traído ella se la metió toda al instante. Le dije que si conseguía sujetar cuarenta chelines, el dinero sería suyo, si conseguía meterse sesenta serían suyos cincuenta, y si lograba meterse más allá de ochenta todo cuanto se metiera sería suyo, hasta que la plata se saliese de su coño cuando anduviese por el cuarto. Era preciso que anduviese arriba y abajo si yo lo pedía tras insertar cada uno de los chelines. Si conseguía mantener dentro ochenta, la follaría dos días sin pago. Estipulé eso aunque no pretendía llevarlo a cabo, pues nunca me gusta poseer a una mujer sin hacerle un regalo.

Poniendo la plata en una palangana, ella la lavó y secó, lavó su coño, lo secó bien y comenzó la inserción. Metió chelín tras chelín; después de los primeros veinte —que sujetó sin problema— llegó a introducirse hasta cuarenta en el pozo elástico. Entonces anduvo de arriba a abajo. «Estoy bastante segura de poder sujetar otros veinte», dijo, y se los puse en paquetes de cinco metiéndose ella el último de alguna manera. «Te has metido ésos por el ojo del culo», dije bromeando. «No me hagas reír, no sería jugar limpio». De un modo como comercial se metió ahora chelín tras chelín según se los iba tendiendo hasta albergar setenta, y anduvo de una parte a otra del cuarto con aire triunfal, sin que ninguno cayese. Entonces continué añadiendo chelín tras chelín, sin creer que pudiese sujetar más, y haciéndola andar tras cada adición, hasta que con el ochentavo la puse de pie junto a la cama y metiendo mi dedo sólo un poco palpé la masa de monedas, que parecía estar sólo a una pulgada de la boca. Para inspeccionar su caverna, abrí los labios

con fines de investigación, y pude ver la plata. Entonces se paseó en triunfo a la distancia convenida y dijo: «El dinero es mío».

Entonces, chelín tras chelín fue metiendo en su amplio receptáculo, que sujetó firmemente hasta ochenta y cinco, siendo que el último se salió. Terminó así el juego, ella rió con ganas mientras otras monedas caían al suelo, su coño relajó su presión, la lancé sobre la cama, abrí con brusquedad su coño y una docena de monedas rodaron hacia fuera mientras ella reía casi convulsivamente y despedía con cada sacudida de su vientre más plata. Entonces, poniéndose de cuclillas sobre una palangana, alivió su coño de las monedas. Cuando salió la última con ayuda de sus dedos fueron todas lavadas y secadas, ella se lavó el coño con una jeringa, contamos la plata y ochenta y cuatro chelines fueron su ganancia. «Me gustaría que alguien hiciese esto todos los días», dijo ella encantada.

Parecía increíble que ninguna vagina sujetara semejante peso. Pero ella lo había hecho, y pensaba que, si hubieran sido todas medias coronas, podría haber sujetado más.

Metí entonces tres dedos en su suave y rojo *cul-de-sac*, luego cuatro hasta los nudillos, y creo que habría podido meter casi toda la mano, pero ella no lo permitió diciendo que le dolía. Entonces, como mi manipulación había traído la avenida a su estado natural de humedad, sintiéndose ella cachonda y estando preparada mi polla, copulamos. La pinza de su coño era deliciosa y parecía imposible que hubiese podido dilatarse y sujetar ochenta y cinco chelines un cuarto de hora antes.

(Nunca intenté este truco con ella otra vez, ni con ninguna otra vez, excepto con una, cuatro o cinco años después, pero se lo he contado a varias mercenarias amorosas. Ninguna había oído hablar de semejante calentura, que era evidentemente algo muy propio mío, y que me vino a la cabeza súbitamente).

No frecuentaba a H*l*n, no podía permitirme verla a menudo, y una noche fui desde Argyle hasta W**t*n P***e con una muchacha de rostro dulce y ojos oscuros, bastante joven (no tenía dieciocho), y cuando un hombre abrió la puerta y puso objeciones a su aspecto casi me fui después de pagarla, diciendo que había olvidado una cita. Pero ella me acosó diciendo: «Ven y hazme primero». Por lo mismo subí a sus habitaciones. Tenía el coñito muy bonito, con pelo

color avellana entre muslos macizos y formas dulces. Nos desnudamos hasta quedar en camisa y combinación —hacía mucho calor— y jodimos con gran placer mutuo. Su manera de ser era agradable, pudorosa pero voluptuosa, y permanecí mucho tiempo con la polla dentro besándola todo el tiempo; sus dientes eran bellos. Nuestras lenguas jugaron en silencio hasta que se disolvió la unión camal. Entonces me levanté, diciendo: «Tienes un coño encantador». «Tú eres un palo estupendo», contestó ella. Justamente en ese instante llamaron a la puerta. Me levanté, pensando de alguna manera en el hombre con aspecto siniestro que había abierto la puerta. «No te preocupes, quédate tumbado; es sólo mi hermana que vuelve a casa», dijo yendo a la puerta.

Un ridículo pudor me hizo cubrir el instrumento con la mano cuando entró la hermana, una muchacha más baja pero de rasgos muy semejantes a los de mi mujer. Iba muy bien vestida, en seda de color amarillo brillante (como la otra), color de moda por entonces. Mientras cogían algo de un cajón las dos empezaron a hablar. «Sí, no volvió nunca, es la segunda vez que me da el esquinazo. Quería venir a casa conmigo, pero le perdí por esperar a ****, ya le arreglaré las cuentas». Estaba enfadada. Preguntó entonces si había cenado su hermana. *Ella* no, y tenía hambre. ¿Prepararía algo la señora ****? Diciendo esto desapareció. Había observado a la chica en Argyle aquella misma noche, pero no recuerdo haber visto a ninguna de las dos antes de entonces. No llevaban mucho tiempo en la vida, según contó mi mujer.

Me vestí y acababa de abrocharme los pantalones cuando me recorrió la polla un estremecimiento voluptuoso. «Eres una dulce muchacha, te estoy deseando otra vez», dije besándola y palpando sus senos. Me había estimulado ver cómo se lavaba el coño, visión que es para mí siempre agradable. Ella me besó. «Vamos entonces». «No puedo darte más dinero». «Está bien». En un minuto estábamos en la cama cogiéndome ella el instrumento, jugueteando yo con su grieta y encontrándose nuestras lenguas. «Hazlo, lo deseo», dijo ella. Al minuto siguiente mi polla estaba encerrada hasta las pelotas en su angosto coñito, y con un placer prolongado nos corrimos. Qué firmemente se aferró ella a mi trasero, cómo oprimió su coño contra mí mientras nos corríamos juntos. Esta vez nos habíamos desnudado completamente y nuestra carne estaba en exquisito contacto por

todas partes. Entonces quedamos tumbados y hablando hasta que volvieron a llamar a la puerta. «Es Amy», dijo ella, se levantó y la hizo pasar.

Amy, que estaba comiendo, se rió de nuestras desnudeces. «Vete y cena, Cissy, ya la señora **** quiere quitar las cosas e irse a la cama». «Vete, hay un hombre que te espera», dije yo en tono burlón (y realmente lo pensaba por el modo de decirlo la hermana, sabiendo algo sobre las estratagemas de las zorras). «No hay ningún hombre en la casa salvo el señor ****, mis cuartos están encima, y mi hermana y yo somos las dos únicas mujeres de la casa». «Puedes subir y mirar», dijo Amy. «¿Eres realmente su hermana?». «Así lo creo», contestó riendo. «Sois parecidas de cara pero ¿y de coño?». «No lo sé, es posible, porque somos gemelas. ¿Te gustaría mirar?». «No puedo pagar esta noche, enséñamelo por nada». «Es probable». Entonces, tras una pausa y habiendo oído a mi mujer afirmar que eran gemelas —cosa que en principio no me había creído—, ella dijo: «Te dejaré mirar un momento si me das una botella de champán, no he bebido nada en todo el día».

Estuve de acuerdo, diciendo que no pagaría más de diez chelines por botella. Ella pensaba que el dueño de la casa no la daría por ese precio, pero después de ir a preguntar volvió con un hombre brutal y el champán. Él tomó el dinero y partió. Entonces bebimos y hablamos. Oí que no llevaban mucho tiempo en Londres, y que aquélla era la única casa donde habían vivido. Mi mujer había nacido sólo tres minutos antes que la otra. El champán —que no era malo— se terminó. De nuevo mi dama se lavó el coño. «Ahora enséñame *tu* raja». Amy se tumbó sobre el borde de la cama, se levantó las enaguas y vi un coño muy parecido al de la hermana. Ninguna de las chicas llevaba bragas. Subí la mano para palpar su tesoro y entonces ella la apartó y se levantó riendo. «No dije que te dejaría palparlo».

Justo entonces sonaron otros golpes en la puerta y una voz femenina: «Si va a cenar algo, señorita Cissy, debe venir en seguida». Ella salió pidiéndome que esperase sólo cinco minutos. «*Tú* quédate», dije a la hermana. Así lo hizo, y hablé con ella hasta que volvió la hermana, pero no quería mostrarme otra vez su coño. «¿Te gusta mi hermana?», preguntó. Dije que había jodido con el placer más intenso. «*Es* efectivamente un hombre cachondo», dijo

ella a la hermana cuando entró en el cuarto. «Te lo dije», fue la respuesta.

Yo deseaba ver otra vez el coño de Amy, y dije que pediría otra botella si me lo mostraba y me dejaba abrirle los labios. Al principio no estaba de acuerdo, pero lo enseñaría. A mí me pareció bien. Entonces se desnudó hasta quedar en combinación, vino el champán y ambas se animaron con él: «Enséñame tu polla», dijo Amy. «Es una de las buenas, y él es un palo estupendo», dijo su hermana. Pero yo me negué a enseñarla si ella no me dejaba palparle el coño. Lo hizo y era una hermosa rajita, muy parecida a la de su hermana. Ella se apoderó ávidamente de mi instrumento, que creció considerablemente en sus manos, pero no llegó a ponerse rígido.

Todo era fastuosamente incitante. Las dos dulces muchachas próximas a mí, en sus combinaciones, mostrando las tetas y con matas oscuras surgiendo de cuando en cuando de sus axilas; sus piernas encantadoramente torneadas en medias de seda y enfundadas en botas elegantes formaban un cuadro delicioso. De cuando en cuando palpaba la grieta de la mayor; ella levantó mi camisa y manoseó suavemente la polla mientras nuestra conversación se iba haciendo más indecente. Se terminó el champán, entró en sus vejigas, ambas orinaron y yo también. Amy palpó de nuevo mi polla (que ya no estaba dura) y dijo: «Me iré a la cama, me gustaría tener a alguien con quien dormir, no he follado durante más de dos noches». «Te daré otra botella de champán si me dejas joder contigo… en caso de que pueda… si logras que ereccione». «Fóllatelo», dijo Cissy. «Muy bien», dijo Amy, yendo a la puerta y bajando las escaleras en busca del vino. «Se ha ido a la cama y no puedo conseguirlo», dijo una mujer.

La chica subió las escaleras ruidosamente y despertó al hombre, que bajó farfullando (ella había dejado la puerta abierta). Poco después de que se abriese la puerta, una mano empujó una botella de champán en el interior de la habitación y permaneció allí tendida. «El dinero», dijo él. Lo puse en su mano, que desapareció. Los siguientes vasos embriagaron a las chicas, que habían sido hasta entonces castas de palabras, pero que ahora me devolvían mi charla lasciva. «Fóllame», dijo Amy apoderándose de mi instrumento. «No está dura». «Ven a la cama y te la pondré dura, pero está lo bastante dura como para entrarme ahora». «Chúpala… debes hacerlo».

Ambas se negaron, no lo harían. «Por favor, no puedo daros ningún dinero». «Está bien, ven». «Quítate la combinación». Ella se la quitó y yo me quité la camisa. Se tumbó sobre la cama con los muslos de par en par, investigué sus encantos coñiles y la polla se me endureció entonces gloriosamente; pero como no me sentía urgido por mi esperma me tumbé quieto a su lado. «Pero si está bastante dura, métela», dijo ella impacientemente mientras me apretaba con fuerza la polla.

¿Quién podría resistir una invitación tan ávida y amorosa? Hundí mi falo en su sedienta grieta. Se moría por hacerlo y trabajó vigorosamente con su coño, pero aunque mi instrumento estaba todo lo duro que podía pedir el coño más exigente, no tenía libación preparada en sus raíces. Jodiendo vigorosamente para hacer frente a su ardor, los apretones alrededor de su cabeza me dijeron que ella estaba viniendo. La relajación suave y húmeda de la fricción coñil, sus murmullos de placer y la tranquilidad de muslos, trasero y vientre, revelaron que se había corrido. Inmediatamente después, me dijo: «*Tú* no te has corrido; sigue follando, sigue».

Continué follando con placer, aferrando su trasero, besando a la deliciosa criatura, con placer en mi glande y llena mi mente de visiones de mujeres, el coño de la hermana y otras reminiscencias de exquisitas meretrices, pero sin ese placer voluptuoso que todo lo invade recorriendo cada fibra de mi mente y pregonando el advenimiento de la leche mientras se prepara a brotar de mis pelotas. Ella suspiró, me besó. «Aha… jodes divinamente». Me sacudí con más fuerza y rapidez, entrando y saliendo de la lúbrica avenida, sudando copiosamente con el ejercicio en aquella noche cálida. Entonces su coño me aferró y se estrechó nuevamente, y un escalofrío voluptuoso me recorrió. «Me correré, amor, está viniendo de mis pelotas». «Aha… también… yo… voy a… aher… aher», y mi corrida se mezcló con la suya en la deliciosa grieta, y quedamos tranquilos. Allí quedaba su hermana sentada, contemplándonos. «¿No es un palo divino?», dijo ella. «Sí». «¿Cuántas veces te lo hizo a *ti*?». «Dos veces». «Aha», dijo Amy yaciendo con mi polla dentro de ella y yo sobre su vientre, que se alzaba.

Entonces me fui. Hacía muchos años que no me había follado a una golfa por una botella de champán. Era casi de madrugada cuando, por fin, llegué a casa.

Pocos días después poseía a la mayor por la tarde. Estaba fresca como una margarita, parecía más guapa que de noche. Qué larga mirada le eché al coñito, con qué deleite lo follé dos veces. Ella me dijo entonces que debía abandonar Londres pronto, que un caballero iba a mantenerla. Le di champán mientras estábamos sentados y hablamos. Dijo que eran verdaderamente gemelas, que no vivían lejos de Londres, que no hacía un año habían empezado a joder, que el mismo caballero había tenido las virginidades de ambas, y la de una no mucho después que la otra. Ellas le conocían ya siendo niñas pequeñas, y sus padres también. Él había ayudado a sus padres, y éstos habían muerto de modo fulminante justo antes de que ellas se pasasen a la vida. Es una historia curiosa si fuera cierta, aunque tampoco era improbable, porque conozco íntimamente el caso de un hombre muy rico que folló a dos hermanas vírgenes y dejó a cada una pequeñas fortunas; algunas personas dicen que folló también a la madre. Era una mujer notablemente bella. Él murió súbitamente.

Aparecí otra vez. Me abrió Amy, diciendo que su hermana estaba comprometida con un amigo. «Me gustaría ser yo el que se la estuviese follando», dije. «Podría haber sido si hubieses llegado diez minutos antes, pero me alegro porque es el caballero que va a mantenerla». Examiné las encantadoras formas de Amy, y su precioso coñito era muy semejante al de su hermana excepto por una pequeña cantidad de sedoso pelo. Jodí con ella y me fui; no puedo decir por qué, pero no me gustó tanto como su hermana. Cuando, unas pocas noches después volví, me abrió la puerta el hombre de aspecto siniestro y dijo que la señorita **** se había ido. Me fui entonces a Argyle, vi a la hermana, la llevé a su casa y me la hice. La hermana estaba en una casa estupenda de su propiedad, puesta con gran elegancia, me dijo. La interrogué más. Sí, un caballero había tenido sus dos virginidades y había muerto, «mucho peor, por eso, para nosotras».

Un día o dos después, visité a H*l*n. Mostraba ahora gran curiosidad por mis aventuras con las mujeres, y siempre me hacía preguntas. Por lo general, le decía realmente qué mujeres había tenido. Me gustaba decírselo, especialmente al ver que se molestaba cuando le decía cuál había sido el precio de mi placer. Dijo creer

que no eran hermanas, aunque quisieran aparecen como tales. Las conocía de vista, sólo llevaban unos pocos meses dejándose ver, y una había desaparecido recientemente. Ella había hecho sus investigaciones sobre la fraternidad.

Sin embargo, se parecían inmensamente, tenían voces semejantes y coños maravillosamente parecidos. De cien coños no hay uno parecido a otro, hay siempre alguna diferencia observable. En mi opinión, hay tanta diferencia entre los coños como entre las narices. Pero pienso que los coños de hermanas suelen ser de alguna manera parecidos. Una hermana hace a menudo zorra a la otra. Todo esto lo he observado antes.

«Dices que *me* tienes cariño, pero ves a otras mujeres con mucha mayor frecuencia». «Sí, pero no les doy tu estipendio». «Pero gastas mucho más dinero». «Quizá, pero tengo tres o cuatro mujeres por lo que te pago a ti cada vez». «Bien… no dejaré que ningún hombre me tenga por menos de cinco libras». Pero estaba molesta.

Poco después de visitar a Amy descubrí que había partido también, que ambas habían desaparecido de Londres. Eran encantadoras zorras jóvenes, tenían los coños más dulces, y ambas me dejaban follarlas tanto como quisiera (siempre menos de lo que ellas deseaban).

Aunque fuesen dulces no me bajé al pilón con ninguna de ellas. ¿Por qué?

*H*l*n nuevamente. — Arreglos financieros. — Gustos eróticos mutuos. — El suyo por el pilón. — Su fuerza sexual. — Libros obscenos en la cama. — Amorosidades diversas allí. — Piel suave. — Animalismo cum idealismo. — Repeticiones innecesarias en este relato. — En un vagón de ferrocarril. — Una vendedora callejera en la clase equivocada. — Un guardián adusto. — Mi ayuda y mi recompensa. — En la terminal. — En la carretera a medio terminar; contra una valla de madera. — La voz en la oscuridad. — Rápida huida. — Sensaciones voluptuosas en una grieta jubilosa. — Calcetines blancos en una niebla. — «¿Tendrás cara?». — Favores en los establos. — Jodiendo con* amore *solamente. — Nos separamos como extraños.*

Tras visitar a H*l*n N. unas pocas veces ella convino en aceptar lo que yo podía permitirme y se convirtió en una amiga regular aunque no la viese con frecuencia. Gracias a los regalos y al apoyo de años posteriores, cuando ella se encontró en dificultades, el costo de sus encantos fue en aumento, pero yo estaba contento y la veía siempre que los problemas de la vida me hacían desdichado; entonces su inmensa belleza y la copulación sexual más exquisita me aliviaban. Fue gradualmente como pasamos a hacemos confidencias. Ella dejó la vida alegre dos años después, y poco a poco, comprendiendo cada uno los gustos del otro, y dada la semejanza de nuestros temperamentos sexuales, dimos libre curso a todos nuestros caprichos, y ella hizo conmigo y con otros —y me vio hacer a mí con otros— actos que nunca había visto o hecho cuando era prostituta regular. Tal como están escritos, los incidentes habrían mostrado esto de modo gradual, pero este prefacio es ahora necesario en vista de la necesidad de quemar una parte tan considerable de manuscrito.

Como dije, a partir de mis diversiones linguales con los genitales de la señorita E*w***s, bajarme al pilón se había convertido para mí en un placer mayor. Al principio, la visión de una mujer

encantadora me provocaba como primer pensamiento el coño, y mi primer deseo era joder con ella; actualmente, casi con la misma frecuencia el primer deseo es darle placer en el coño con la lengua. No sé qué atractivo especial tienen las mujeres que me hacen desear bajarme al pilón con ellas en vez de joder; he intentado a menudo resolver ese problema sin éxito, pero lo cierto es que ese deseo pilonero no lo engendra cualquier mujer.

Esta calentura fue suscitada en mí por H. la primera vez que me la hice. Ella se negó en visitas ulteriores, y como yo estaba ansioso por complacerla y satisfecho por el exquisito placer que me daba, me contenté con joderla solamente. Pero a medida que ella fue conociendo algo de mi vida secreta y me contó la suya, descubrió gradualmente sus gustos y calenturas eróticas. Todas las mujeres de vida alegre las tienen, porque la lujuria crece con el conocimiento de lo que ella misma puede hacer. Descubrí que a ella le gustaba. Hacia finales de aquel año, estando una tarde juntos en la cama y yo dispuesto a montarla, ella dijo mirándome voluptuosamente: «Pon tu cabecita abajo primero». No comprendí instantáneamente, pero al minuto mi lengua estaba sobre su clítoris, ella se corrió bajo su delicada irritación y quedé encantado.

En lo sucesivo comenzábamos casi siempre nuestros placeres activos con juego lingual, y descubrí con el tiempo su extremada potencia sexual. Podía correrse dos o tres veces bajo el efecto del pilón y luego disfrutar de mi polla tres veces más como si no se hubiese corrido antes. Por lo general, hacía todo este trabajo amoroso sin el menor signo de fatiga. Nunca conocí a una mujer con semejante fuerza sexual.

A veces solíamos tumbarnos en la cama leyendo libros indecentes. Yo me bajaba entonces al pilón con ella, y a ella le gustaba que el ejercicio de la lengua continuase casi inmediatamente después de su corrida. Con unos pocos minutos solamente de reposo me la follaba, y luego seguíamos leyendo. A veces *ella* leía hasta que se masturbaba repentinamente, tumbándose, agarrando mi polla fuertemente con una mano, haciéndome incluso daño a veces, con los ojos cerrados, y más frecuentemente mirándome de lleno al rostro con los ojos de par en par y una maravillosa expresión voluptuosa, hasta que su aliento se abreviaba, sus encantadores muslos y su vientre temblaban;

entonces sus párpados caían hasta quedar tranquilo su cuerpo. Luego, con la observación «somos bestias», reanudábamos nuestra lectura. Así nos entreteníamos durante horas, jodiendo, bajando al pilón y ella masturbándose a intervalos. Ambos bebíamos champán de cuando en cuando, porque al final llevaba siempre ese hilarante estimulador renal. H*l*n había nacido para joder.

La suavidad femenina de mi piel fue siempre admirada por las mujeres de vida alegre, cuya lujuria parecía muchas veces estimulada por el hecho de palparla. Muchas han deseado un segundo palo a cuenta de su buen tacto. Ahora, en mis años más maduros, tiene el mismo efecto sobre las mujeres, cosa que no había esperado. He destruido los relatos de diversos incidentes que muestran esto, pero hay aún bastantes intactos para probarlo.

Palpándola, H*l*n descubrió que se incrementaba su afecto por mí. Esto era quizá mera lujuria, pero qué voluptuosidad se añade al acto de joder cuando un hombre y una mujer disfrutan tocándose el cuerpo. Si esto es mero animalismo, ¿por qué hablar de *aquello* con desprecio?, ¿por qué no aceptarlo filosóficamente? Nuestros cerebros trabajan simpáticamente con nuestros cuerpos en la unión física de picha y coño, y el hombre y la mujer pueden intensificar ambos su placer físico mediante el pensamiento, pueden imaginar cualquier persona o cosa mientras joden. Todo termina cuando cesa el ejercicio camal y la libación es entregada.

Cuando ahora leo este manuscrito posterior me encuentro con opiniones y fragmentos de conversación sobre asuntos sexuales que —aún siendo *à propos*— me parecen dichas antes en muchas ocasiones similares y tratando exactamente los mismos temas. Si es así, constituye una repetición innecesaria, pero ahora es imposible hacer referencias hacia atrás. Es quizá mejor la repetición que la omisión total.

Había estado un día con mis agentes de bolsa a comienzos de noviembre de este año, había almorzado en la City; había visitado el despacho de un amigo, y hacia las cinco y media entré en un vagón de primera con dirección al noroeste para cenar amistosamente con un caballero. Los vagones estaban llenos, en el nuestro sólo había un asiento libre y entonces, justo cuando el tren empezó a moverse, una mujer penetró a la carrera y se apoderó de

él. Vio al instante que había cometido un error y no sonrió a nadie en especial, mirando en tomo con ansiedad como si nunca hubiese estado en un vagón semejante antes. Nos miró entonces a cada uno de nosotros con una expresión en su rostro de «saben ustedes, como yo, que estoy en el vagón equivocado». Ellos eran en su mayoría hombres de edad, cansados quizá por los negocios, y tras echarle una ojeada volvieron a sus periódicos. Yo mantuve mis ojos sobre ella porque era francamente guapa, se sentaba frente a mí y nuestras rodillas casi se tocaban. Pronto puse pie y rodilla contra los suyos, y un escalofrío de deseo me atravesó tan pronto como se tocaron. Un deseo de ver, de palpar su coño, y de joder que me atraviesa a veces como un relámpago y casi inmediatamente cuando veo a ciertas mujeres. Creo que ese sentimiento crea una simpatía secreta entre nosotros, y creo que es comunicado al otro si la concupiscencia de uno o del otro es fuerte y si él o ella se encuentran en un estado receptivo, cosa que sólo acontece si la sangre está caliente, los órganos cargados y prestos el coño y la picha para afanes amorosos.

Ella estaba bien proporcionada, era una mujer de buen aspecto, con unos veintitrés años, tipo vendedora callejera. Parecía una de las que venden desde una carreta, o en una tienda muy pequeña. Iba vestida vulgar, pero cómodamente, quizá no todo lo abrigada que iría una mujer «bien», pero lo bastante para las de su clase, que no sienten el frío como nosotros. Tenía un sombrero vulgar —medio boina—, pero no hortera, y un chal corto y brillante de buena calidad sobre los hombros. Su rostro era rudo pero de buenos rasgos, algo moreno (aunque fuese invierno) por la intemperie. Sus ojos eran oscuros y llenos, su cabello marrón oscuro. Tenía un señor busto y, por el espacio que ocupó en el asiento, supe de una ojeada que tenía un culo bien grande y muslos macizos. Sus manos estaban descoloridas por el trabajo, tenían un tinte que no se deja lavar fácilmente, el color del trabajo saludable, pues no parecía sucia en absoluto; sus uñas eran bastante cortas y llevaba un anillo matrimonial. Me senté mirándola, como ella acabó haciendo conmigo, hasta que —reclinándome— empujé a conciencia ambas rodillas hacia delante y toqué las suyas, acto del cual se apercibió, no estando acostumbrada a semejantes refinamientos. Entonces mi polla empezó a crecer, y ella a fijar sus ojos en mí. ¿Se sintió ella

cachonda también en aquel momento? Cómo me gustaría saberlo.

Empecé a planear cómo hacérmela. ¡Cuántas veces me he ocupado en eso estando en vehículos públicos sin intención fija! Parecía absurdo, pero otros éxitos aparentemente tan improbables con mujeres me han favorecido —y sobre todo por perseverancia, pienso— cuando di rienda suelta a mis deseos. *Nihil desperandum*. Echándome todavía más hacia delante, como para ver mejor un periódico que tenía entre las manos, tuve sus piernas bien entre las mías, que cerré muy gradualmente hasta sentir el calor que nos dábamos el uno al otro. La observé por encima del periódico y creí ver que era consciente de que yo oprimía a propósito sus piernas. Un gesto de suave incomodidad penetró entonces en sus ojos y miró alrededor ansiosamente hacia los otros viajeros sujetando al mismo tiempo su billete de tercera con ademanes nerviosos. Me sentí seguro —me lo dijo el instinto— de que ella sabía que yo la deseaba, y que estaba alimentando en ella el deseo de una polla, aunque no fuese la mía; en efecto, la lujuria es despertada en una mujer cuando sabe que un hombre quiere joder con ella. Puse ostentosamente mi mano debajo de mi gran abrigo sobre mis pelotas y la moví allí de modo inquieto, mirándola de lleno mientras lo hacía. Ella volvió los ojos, cosa que no había hecho antes, y me sentí entonces seguro de que estaba pensando en mi polla. Me pregunto qué pensaba.

Pasaron dos o tres estaciones, algunos pasajeros salieron y al final el coche quedó totalmente vacío con excepción de la mujer y yo. Al cerrar la puerta y verla, el guarda pidió su billete y, al examinarlo, dijo: «Clase equivocada. Cuatro peniques más. Salga». Ella se preparaba a partir, dijo que había entrado apresuradamente. «Oh sí. Salga. Cuatro peniques». «No llevo nada, pagué el billete con todo lo que tenía». Ella estaba bastante agitada. Interponiéndome, dije que ella había entrado cuando el tren empezaba a moverse, pregunté adónde iba, pagué al revisor la diferencia, y el tren partió.

Estábamos ahora solos en el vagón y al instante siguiente me situé a su lado mientras ella me daba las gracias efusivamente. Yendo directo al grano, dije que daría cien veces aquella cantidad por acostarme con ella. «De ninguna manera», dijo riendo. «Pero tendré un beso». Tomé uno sin resistencia. «Es muy amable de su parte». «¿Qué? ¿Besarte?». «Oh, no, eso no», dijo riendo

sinceramente. Tomé otro beso. «Es estupendo ser rico y viajar en estos vagones», observó ella.

El beso me inflamó, no había tiempo que perder, porque en quince minutos ella habría llegado a su destino —muy alejado del mío— y otros pasajeros podrían entrar. Poniendo una mano sobre su regazo dije: «Te he estado frotando la pierna con la mía, he estado loco por ti desde que entraste en el vagón, estás tan bien hecha, eres tan bella, bajémonos en la próxima estación y bebamos un vaso de vino juntos». «Oh, de ninguna manera… no gracias, señor… pero es usted muy amable». «Déjame besarte otra vez entonces». «No… déjeme», pero robé una docena. «Dame *tú* uno», y ella me lo dio. «Bien está, ya le he pagado, déjeme». «Tienes una pierna y un pie encantadores (ella llevaba botas de tobillo ancho), déjame ver algo más, qué importa, tengo edad suficiente para ser tu padre». «Oh, de ninguna manera». Pero parecía complacida con mis elogios, tenía aspecto de confundida por ellos, y cuando puse la mano abajo no se resistió a que levantase un poco sus enaguas. Apreté la pantorrilla. «Juraría que tienes un muslo precioso», dije oprimiéndolo desde fuera. «Estoy bastante bien fornida», respondió riendo. Seguro entonces de que ella estaba caliente, le dije: «Déjame palpar». «¡Oh! De ninguna manera, por Dios». Inclinándome, metí las manos por debajo de sus vestidos. «Ya está bien… no haga tonterías, señor… o saldré… se lo diré al revisor…». Justo entonces llegamos a una estación.

Pero ella no salió ni se lo dijo al revisor, y nadie entró, por lo cual continuamos juntos. Intenté entonces palparle la grieta y ella se resistió, pero siempre riendo. Toqué diversas veces el pelo de su toisón, palpé muslos gordos y firmes, pero sólo un momento, y nunca pude palpar la hendidura. «No lo va usted a hacer, se lo digo… ahora… saldré». «No saldrás… no seas tan cruel, no recuerdo haber visto una criatura más encantadora». «Lo haré». «Palpa esto antes de irte». En un estado de furiosa libidinosidad, me abrí el gran abrigo y expuse la polla en gloriosa erección. «No lo haré, viejo verde». Me levanté entonces frente a ella. «Pálpala». «No lo haré, tío bestia». Me empujó suavemente, y al hacerlo la tocó. De nuevo me puse de pie frente a ella. «Oh, se lo suplico. ¿Qué van a pensar si le ven?». La oculté entonces lentamente y tomé mi lugar frente a ella leyendo el periódico, justo a tiempo, porque al llegar a

la estación alguien entró.

Ambos miramos al intruso, que la observó preguntándose —supongo— cómo había llegado a un vagón de primera clase. Poco después empujé la pierna que estaba más próxima a la puerta del vagón hacia delante y oprimí con ella sus muslos. Ella no movió las suyas. El otro pasajero dejó de mirar, y entonces bajé una mano y aferré mi escroto, a fin de que ella pudiese verme haciéndolo, y una sonrisa reprimida se abrió camino por su rostro. Dejé caer a propósito un guante y, al recogerlo, pasé la mano por su pantorrilla. El otro pasajero miraba entonces por la ventana, aunque la oscuridad exterior fuese total. Bajó en la siguiente estación.

La otra estación era la de ella, y se encontraba casi al final de la línea en los suburbios del Oeste, un distrito que por entonces sólo estaba a medio edificar, pero con muchas nuevas calles trazadas. Bajé el primero sin reparar para nada en ella. Esperé al final de las escaleras hasta que ella apareció, la seguí hasta estar bastante lejos de la estación y entonces la acosé. La oscuridad era total. «No me siga ahora». «Debo, quiero hasta que me dejes. Ven a este café y tomamos algo». Pasábamos por delante de uno, y sospeché que tendrían camas. Ella se negó. Seguí andando a su lado, suplicando que me dejase palparla, sólo palparla, y nada más, alabando su belleza, diciendo que nunca había palpado una carne tan firme como la de sus muslos. Ella torció por una calle oscura, nueva y medio iluminada, desde donde llegamos pronto a calles recién abiertas, sin luz y con montones de tierra de construcción vallados. «Dame un beso, dulce criatura; déjame únicamente palparte allí una sola vez, y me iré». Ella había estado suplicándome que me fuese, y yo estaba empezando a pensar que no lo lograría. «Le besaré si se va». «Da entonces la vuelta aquí y nadie nos verá». No había nadie a la vista en la calle donde nos encontrábamos; nos alejamos lateralmente unos quince metros, la besé en la oscuridad, ella a mí, y al instante siguiente mis dedos estaban entre los labios de una raja peluda. Quedé embelesado y ansié más. «No le dejaré», pero se quedó allí. Yo me iría con tal de que ella *me* palpase. Al minuto estaba cogiendo mi pito tieso. «Estoy asustada… suponga que nos vean». Un minuto después estábamos jodiendo contra las vallas, y nunca he tenido un abrazo más delicioso. Qué tenaza era su coño, cómo quería mi polla, cómo la disfrutaba. Llegamos incluso a unir

voluptuosamente las lenguas mientras nuestros vientres se apretaban el uno contra el otro, abrazo lingual que no he hecho a menudo y estando a la intemperie con una mujer o, en general, cuando echo cualquier tipo de palo de pie, si no me falla la memoria.

Mi polla no quería dejarla, porque yo estaba lascivo y ella lujuriosa. Había despertado su calentura, y ella no me daba prisa para que descabalgase. Permanecimos, pues, unidos rodeando yo con ambas manos un trasero grande y sólido. Hablábamos en voz baja. «Si alguien pasa le divertirá», dije. «Estas calles laterales no atraviesan todavía, y no tienen casas», replicó ella. No era probable que pasase nadie. Yo esperaba joder de nuevo sin descabalgar, y ella esperaba quizá lo mismo, por lo que permanecía tranquilamente de pie manteniendo su vientre pegado al mío, pero mi polla acabó saliéndose, sus enaguas bajaron. Me limpié con el pañuelo la empapada verga mientras ella quedaba de pie justo donde me la había follado. «He vendido bien poco en la ciudad», dijo. «¿Has estado en el mercado?». «Sí, pero el precio no funcionaba». «Dijiste al revisor que no tenías dinero». «No tenía más que el que usé para comprar… debo irme… déjame irme… no sigas más adelante conmigo, ¿lo harás?».

Pero mi pasión no estaba satisfecha, deseaba hacérmela otra vez; una aventura tan semejante a las de mi juventud me estimulaba. Además, todavía puedo a veces follar dos o tres veces en una hora. «Hablemos un poco más y lo haremos otra vez», dije, sujetando sus hombros. Ella no podía, llegaba tarde, se preguntarían dónde había estado. Con todo, ahí permanecía de pie en el frío, hablándome con voz sumisa. Le pregunté dónde vivía, cómo vivía, qué había ido a comprar. «Oh, chismorreos», dijo, y no pude conseguir información, ni, de hecho, me importaba mucho obtenerla; todo cuanto quería era tiempo para que mi polla se recuperase y endureciese otra vez, pero no fue así. «*Debo* irme, realmente *debo*», y caminó hacia la calle de donde veníamos, y yo con ella. No habíamos hablado en ningún momento de dinero.

Era un barrio siniestro y semiconstruido. Apenas habíamos visto una persona en todo el camino, pero ella me suplicó que la dejara, porque se aproximaba a su casa y temía ser vista. «Ahora *vete,* me lo prometiste. Imposible decirte dónde vivo, o verte otra vez». «Gira

aquí entonces». Cruzamos y pasamos al otro lado del campo, parecía una calle a medio hacer. Dije que podía hacérselo otra vez. Ella fue entonces de buena gana al sitio conmigo, y pronto apoyaba la espalda contra una valla. Sin embargo, descubrí que no estaba del todo preparado para la tarea. Con todo, palpar su pegajoso coño —no había orinado desde la follada— y sus nalgas gruesas y firmes, y el hecho de que ella estaba palpando mi pito (todo lo cual tuvo lugar en silencio) me reanimaron y antes de estar completamente rígido lo puse contra su grieta. Ella se levantó la ropa para ayudarme, mi polla tocó la raja espermatizada, se levantó más rígida y entonces, aferrando su trasero, di un empujón cauteloso y se puso enteramente dura con un espasmo. Nos pusimos a joder de nuevo y tuvimos un exquisito segundo placer, casi superior al primero. Ella respondió a mis sacudidas y me ayudó voluptuosamente.

Acababa de dejar mi polla su coño cuando una voz no alejada y situada —para mí— en la tierra que había tras el vallado gritó: «Te veo. Lo diré», y luego rió. «¡Oh! ¡Dios!», dijo ella. Levantándose —porque acababa de ponerse en cuclillas para mear— puso pies en polvorosa corriendo todo lo deprisa que pudo, desoyendo mis «para, para, no es más que un rufián». Me detuve para abrocharme los pantalones y dije a la voz: «Vete al infierno». La voz no replicó, había un silencio mortal alrededor. Con la excitación me abroché de cualquier manera los pantalones al abrigo, y tuve entonces que deshacerlo; luego me abroché los pantalones a los calzoncillos, después no pude encontrar los ojales y perdí por lo mismo tiempo, aunque mientras me arreglaba los pantalones caminaba lentamente hacia la carretera principal, pensando que ella estaba esperándome allí, y tras caminar toda la calle y las calles trasversales durante media hora me fui a casa, nunca volví a verla, y nunca supe nada más de ella.

Qué deliciosa aventura, empezando y terminando en una hora y media. ¿Qué me condujo a ella? ¿Mi lujuria o la suya? ¿O acaso queríamos joder ambos cuando nos encontramos? ¿O acaso le comuniqué yo la lujuria? ¿O ella a mí? Conozco la evolución de mi deseo, que empieza al mirar con placer su rostro y sus formas, haciendo luego conjeturas sobre el tipo de coño que tendría, luego deseo, luego una sensación voluptuosa en el glande, luego una polla

dura, luego un intento de poseerla, luego desasosiego. ¿Atravesó ella fases similares de lujuria? Cómo me gustaría experimentar las sensaciones de una mujer cuando su coño se calienta y se humedece, y brota gradualmente el deseo del hombre hasta abrumarla, y entonces cede. Esta mujer no era una zorra, cosa que hacía más delicioso follársela. Con todo, qué deliciosa es la manera fácil, la lascivia franca y el deseo de gratificar su lujuria que distingue a las zorras cuando están en celo. Ambas son encantadoras en sus caminos, las púdicas y las impúdicas. La variedad es deliciosa. Esta mujer fue y seguirá siendo para siempre una desconocida, cosa que hace el episodio doblemente encantador ahora, cuando rara vez puedo conseguirme oportunidades. Es correcto que las atrape cuando puedo.

(Una o dos veces en mi vida me he visto atemorizado cuando jugaba amorosamente. Más de una vez he perdido mi oportunidad a causa de miedos. He intimidado también a otros, aunque nada he contado de eso aquí. Creo que ya no soy tan cruel).

Toda mi vida las piernas han tenido un atractivo casi mayor para mí que los rostros, y he tenido conciencia de ello desde los veinticinco años aproximadamente. Puedo hoy incluso disculpar un rostro feo, siempre que el cuerpo sea bello de formas. Por mucho que adore un rostro hermoso, estoy seguro de que mi polla se ha levantado más rápidamente y que la lujuria me ha recorrido instantáneamente al ver una bella pierna y un buen pie que ante el más dulce de los rostros. Un bello rostro me dice: «¿No soy hermoso?». Las buenas piernas me dicen: «Jódeme».

Una noche próxima a la Navidad, recorriendo una calle grande, amplia y silenciosa de los barrios residenciales —calles donde las casas están separadas por jardines en la parte delantera y trasera—, al pasar por delante de un portal, dos mujeres (criadas evidentemente) estaban hablando. Una de ellas, que era una mujer alta, salió diciendo: «Adiós» justo al aproximarme yo, y vi que tenía tobillos grandes enfundados en medias blancas y que mantenía levantadas las enaguas. Es extraño que cosas simples dicten a veces mis pasiones amorosas. Esas medias blancas lo hicieron y, tras

seguirla un centenar de metros, lo pensé. No, no le había visto el rostro, no sabía si tenía veinte años o cuarenta, pero su movimiento era vivaz y sospeché que tenía unos treinta y —por lo que vi en el portón— que era una muchacha.

Era una noche muy oscura y embarrada que de repente se llenó de niebla; no había prácticamente nadie en la calle. Permití que ella se adelantase unos metros para poder ver las medias blancas, y con los pensamientos encandilados por el hecho de seguirla y mirar sus medias, mi polla empezó a palpitar. Si ella es fácil, podré conseguir un beso o un juego lascivo, cosa agradable; si se siente ofendida, no tengo sino rogar que me perdone, cruzar la calle y dejarla. Así lo hice al cometer errores semejantes. Pensando de ese modo aceleré mis pasos, me situé junto a ella y dije: «Tienes un espléndido par de piernas, desearía que levantases un poco tus ropas y me dejases ver algo más». «Ya están bastante altas para evitar el barro, que es tanto como su descaro», dijo ella, aunque riendo sinceramente. Pensé que era fácil y entonces supe por la voz y la actitud que pertenecía a la clase doméstica. Acabábamos entonces de pasar frente a una lámpara de gas, y vi que parecía tener unos treinta años o algo más.

«Es tu culpa si soy descarado, es tu culpa por mostrar así las piernas». «No necesita mirarlas». «No pude evitarlo y eso me ha hecho desearte». «¿De veras?». Me puse entonces un poco verde. «¿Vives cerca de aquí?». «No», contesté, diciendo a dónde me dirigía. «Es en otra dirección», dijo ella. «No sé exactamente dónde está, ven tú y enséñame». «Oh, no puedo, debo volver». «Dame un beso, eres una mujer hermosa», dije. Ella fingía luchar, pero obtuve uno y luego otro, y luego estuve seguro de que le gustaba. «Es usted un hombre rudo». «Tú me has hecho rudo, porque mi polla ha estado dura desde que vi tus piernas. Déjame palparlas». «Es usted un hombre *muy* rudo». «¿Dónde vas *tú* a ir, querida?». «Oh… tendrá cara». «Veré dónde vas, y no me iré hasta haber palpado tus encantadoras piernas». «¡Oh! ¡Tendrá cara dura!». «Dame otro beso, juraría que tienes muslos espléndidos», y de nuevo intenté tocarla. Justo entonces alguien se nos aproximó. «Déjeme, me meterá en problemas, no vivo lejos de aquí».

Esta especie de juego continuó durante un cuarto de hora, ella redujo el paso, o quizá fui yo, y continuamos charlando. Ante otra lámpara de gas pensé que tenía aspecto de cuarentona. Las casas

estaban ahora más separadas, y tenían jardines mayores, la niebla se espesó. «No podré encontrar mi camino a casa», dijo ella. «Yo estoy seguro de que no podré encontrar la casa de mi amigo». «Déjeme ahora, por favor, señor», dijo ella seriamente. «No lo haré hasta haber tocado tus piernas; ven, éste es el camino de tu casa, déjame darte un beso». «No lo haré». Cogí su brazo y la conduje hacia lo que parecía ser un punto cubierto de hierba y algo encenagado, con aspecto de ser la entrada a un campo situado junto al jardín de una gran casa que acabábamos de pasar, o quizás una calle de establos, porque la niebla me impedía ver claramente dónde nos encontrábamos. Ella permitió que la arrastrase, porque, en realidad, yo me limitaba a conducirla, y cuando nos encontramos en la oscuridad total y en perfecto silencio la besé y la sujeté por la cintura, mi vientre contra el suyo, contándole la excitación que me habían provocado sus tobillos, mientras ella decía: «Ahora déjeme ir, realmente debo irme». Pero el instinto me dijo que ella sabía que yo quería joder. Deslicé mi mano por dentro de sus ropas, palpé grandes muslos y una muesca llena de pelo sin apenas resistencia alguna. «No hubiese venido si hubiera pensado que iba a ser usted tan rudo». Entonces le puse la verga en la mano. «Vamos a joder, querida… Déjame hacerlo».

Ella había dicho a cada avance mío: «¡Oh! No… ¡Tendrá cara!». Pero estaba cachonda y quería dejarme. Cuando ambos nos estábamos palpando los genitales me hizo prometer que no la seguiría hasta su casa, porque estaba sirviendo. Dos minutos después mis manos aferraban un par de grandes nalgas y estábamos jodiendo. Estoy seguro de que en su tiempo debió joder mucho, y lo disfrutó inmensamente. Se había quitado un guante y palpó mi verga antes de consentir que la introdujera en su concha.

Al terminar de joder nos besamos y separamos; quedé en encontrarme con ella el domingo siguiente. Se perdió en la noche doblando por la primera calle. Ningún dinero fue dado o prometido. De haberla visto diez minutos después no me habría sido posible reconocer a la mujer. Había algo en la cosa que me hacía temer unas purgaciones, pero no ocurrió nada semejante. Me tomó media hora encontrar el camino hacia la casa de mi amigo; era mi segunda visita, aunque realmente no habría diez minutos andando desde su casa hasta el lugar donde jodí con esa amorosa doméstica. Sospecho

que con un poco de elogios y persuasión, cosas ambas de las que me serví, cualquier polla encontraría una fácil entrada en ella. Estoy seguro de que había sido bien follada mucho antes de hacérmela yo. Disfruté inmensamente con la inesperada aventura.

Entonces salí al extranjero una vez más por dos meses, y me divertí con mujeres extranjeras, las zorras bien mantenidas y bien perforadas de un lupanar francés.

Los últimos dos episodios son maravillosamente semejantes. No hay nada especial en *ello*, pero es singular que se produjesen uno tan cerca del otro.

Comienza mi intimidad con H. — Su voluptuoso abandono. — Confesada la sensibilidad de mi verga. — Mis eyaculaciones seminales. —A H. le gusta una verga grande. — Una grande dentro de ella. — Yo después de la grande. — Mutuo deleite en una vagina inseminada. — Reflexiones sobre el asunto.

H*l*n y yo empezamos entonces a comprendemos el uno al otro (aunque no perfectamente). Ella sabía que no era fácil darme el pego y abandonó en gran medida las estratagemas zorriles; me trató como a un amigo, y como sus circunstancias la forzaban a evitar amigos masculinos y no tenía demasiado aprecio por las mujeres, me convertí en alguna medida en su confidente, porque es una necesidad humana contar a alguien algo sobre uno mismo. Ella tenía entonces una casita suya encantadora y bien amueblada, llena de comodidad. A veces cenaba con ella allí. Estaba hermosamente limpia, era posible comer sobre cualquiera de las anaquelerías de la cocina y en cualquier punto de la casa. Ella era una excelente cocinera, solía guisar con frecuencia y le gustaba, era *gourmet*. Me encantaba verla sentada a la mesa, vestida sólo con una bata, enseñando plenamente brazos y senos desnudos por encima de un camisón con lazo que dejaba ver su encantadora piel, comiendo y bebiendo mi propio vino, yendo de vez en cuando a la cocina. Bebíamos y comíamos con júbilo y lasciva expectación ambos, porque ella deseaba joder. De vez en cuando yo palpaba sus muslos y su concha, besándola, enseñando mi polla, ansioso por comenzar el trabajo incluso durante la cena.

Más tarde, desplazándonos a su dormitorio, pasábamos la noche en diversiones voluptuosas. Hasta entonces habíamos tenido *pocos* escrúpulos a la hora de satisfacer nuestros deseos eróticos. Poco después no teníamos *ninguno*. Cómo solía gustarle que me bajase al pilón, y tras algún tiempo se abandonaba a sus sensaciones y exclamaba: «Ah… Dios… mío… ah… jode, leche» y cualquier otra

cosa que se le viniera a la cabeza, temblando su delicioso vientre y sus muslos, oprimiéndome la cabeza con ellos, aferrándose a mi cabello mientras su dulce coño se levantaba al encuentro de mi boca en el momento de correrse, hasta que yo cesaba por cansancio de la lengua. A veces hacía esto oprimiendo suavemente con el pulgar su ojo del culo, cosa que tras un cierto tiempo le gustaba mucho. ¡Con qué placer celestial le metía entonces la polla e inundaba su coño de esperma, aferrando sus nalgas de marfil, uniendo su lengua a la mía, mezclando nuestras salivas! Nunca he tenido más placer con mujer alguna; con muy pocas he tenido un placer igual.

Descansando, hablábamos de *sus* acciones indecentes y de las *mías*, de las estratagemas femeninas. Imaginábamos posibilidades obscenas, planeábamos actitudes amorosas, nos revelábamos calenturas, sugeríamos combinaciones placenteras entre hombres y mujeres y entre mujeres, porque Eros nos reclamaba a ambos. En la lubricidad éramos compañeros perfectos, todos los placeres eran para nosotros legítimos, carecíamos de escrúpulos, de prejuicios; éramos filósofos de la lujuria y la satisfacíamos sin rastro siquiera de pudor.

Un día le conté nuevamente lo sensible que era mi verga, el hecho de que a veces me dolía la fricción de joder en un coño seco, que mi polla parecía a veces hinchada y muy roja, de un rojo no natural. Las zorras francesas (más que las otras encontradas por mí) lavaban sus coños con astringentes, cosa que mi polla detectaba inmediatamente. Pedí por eso a H. que cuando me esperase no se lavara el *suyo* después de la mañana, pues su humedad natural era mucho más agradable para mi pene. Ninguna saliva puesta allí iguala la viscosidad natural, la mucosidad de la superficie de una vagina. Pero, dados sus hábitos escrupulosamente higiénicos, tuve grandes dificultades en lograr que atendiese a mi deseo.

Eso llevó un día a que ella me preguntara si me había hecho alguna vez a una mujer que no se hubiese lavado la concha tras una follada previa. Ella conocía entonces mi aventura con el soldado, la que tuve en el Lord A. y en casa de Sarah F**z*r, pero no la más reciente con N**l*e. Le dije que no lo había hecho fuera de esas excepciones. «Apostaría a que lo has hecho sin saberlo». Ella me habló de mujeres que habían vivido con ella, que se limitaban a

secarse los coños tras un palo y lo hacían inmediatamente después con otro hombre sin ser descubiertas; o de que ella misma tuvo una vez a un hombre jodiéndola mientras un amigo que le acompañaba insistía en follársela instantáneamente después.

Pronto hablamos sobre el placer de joder en un coño bien aceitado, y convine en que la segunda follada era más agradable si el coño no resultaba lavado. Rastreé por mi memoria y le conté casos donde sospechaba haberlo hecho. H*l*n, que por entonces siempre se lavaba la grieta, dijo una vez más que yo era una bestia. Yo dije que si era más agradable para mí y para la mujer no había nada de bestial en ello, y tampoco me importaba en caso de haberlo, porque follar era por naturaleza una mera función animal, aunque en los seres humanos su placer se viese incrementado por la acción del cerebro. «¿Por qué, entonces, lavarse después, si a ambos les gusta de otro modo?».

Hacia esa época descubrí que no tenía tanto esperma como en la primera etapa de la madurez, y lo comprobé masturbándome sobre una hoja de papel en blanco. Deseaba ver cuánto se corría un hombre joven, tanto en calidad como en cantidad. Charlábamos de esto a veces, y un día me dijo que tenía a un hombre de unos treinta y cinco años que la visitaba en secreto, pero con mucha frecuencia; se trataba de un antiguo amante que había gastado una fortuna en ella (desde entonces averigüé su nombre, su familia y que H. no me mentía). Ella seguía dejando que la poseyese, por gratitud. Él era muy pobre pero caballero, y ahora la ayudaba de diversos modos. Me sorprendió que ella le quisiese también porque tenía una polla grande. Descubrí que a ella le gustaban las pollas grandes; describía en términos apasionados las de sus antiguos amigos que tenían esas características. Como aquel hombre se corría mucho expresé el deseo de verlo, y tras algún tiempo convinimos que yo vería su sonda de coño, que le vería usarla y que tendría el coño de ella después, pero esto tardó algún tiempo en producirse. Ella admitía en muchas conversaciones que no sentía más placer físico con una polla grande que con una de tamaño mediano. «Pero es la idea de ello, sabes, la idea de que sea grande; y es tan agradable tocarla».

Me fui al extranjero, como ya dije, los incidentes se referirán aquí más tarde. Al regresar fui pronto a ver a H. y le dije en qué aventuras me había mezclado, y nuestra conversación recayó sobre

el tema de mi sensible polla y de las conchas inseminadas, las que había visto y lo que ella me había prometido que pasaría.

Una tarde, algunos meses después de lo que pronto contaré, yo estaba en el dormitorio de ella como convinimos y él iba a hacérsela en el cuarto contiguo. Ella situó allí la cama, de manera que cuando la puerta estuviera muy levemente abierta pudiese ver perfectamente a través de la grieta. Estábamos ambos desvestidos, ella describiendo con deleite su polla, repitiendo sus advertencias de que permaneciese en silencio y así sucesivamente. Se oyó un batir de nudillos en la puerta de la calle. «Es él» dijo ella, y bajó las escaleras. Pasó algún tiempo, durante el cual permanecía en el rellano escuchando hasta que oí una tos —su señal—, retrocedí, cerré mi puerta, esperé hasta que subieran y les oí en el cuarto trasero. Abriendo mi puerta esperé de nuevo una segunda tos. Entonces, en camisa y sin zapatos, me deslicé hasta su puerta, que se encontraba ligeramente abierta.

Estaban sentados sobre el borde de la cama, ella en combinación y él en camisa, palpándose las partes el uno al otro. Su espalda estaba medio vuelta hacia mí, la mano de ella estaba cogiendo su gran instrumento, aún no del todo duro; pero pronto creció hasta un noble tamaño. Entonces él quiso bajarse al pilón con ella, y ella accedió por gozar con ese placer como preliminar. Él se arrodilló sobre la cama para hacerlo, aunque habría deseado arrodillarse en el suelo. Ella insistió en *su* manera, a fin de mantener la espalda de él vuelta hacia mí. Tan ensimismado estaba él con el ejercicio que cuando el placer de ella estaba llegando abrí más la puerta (goznes aceitados) y —agachándome— vi sus testículos y que su polla estaba grande y rígida. Estaba a menos de un pie de él. Pero él no percibió nada; todo era silencio excepto el flap de su lengua sobre su coño y los murmullos de ella. Cuando H. se había corrido ya una vez, él se tumbó al lado de ella besándola y palpando su coño, con la verga dura y noble empujando contra su muslo, ella subiendo y bajando el prepucio y mirando hacia la rendija de la puerta. Tras una pausa prolongada, y para mi satisfacción, él se la jodió. Ella le levantó la camisa hasta la cintura cuando se montó, a fin de que pudiese contemplar sus movimientos. Escuché cada suspiro y murmullo, vi cada sacudida y cada movimiento de caderas de ella, una visión deliciosa; pero él tenía pelos en el culo, cosa que no me

gustó.

Entonces ella dijo: «Sácala, él se preguntará qué he estado haciendo todo este tiempo; vete en silencio al piso de abajo y yo iré pronto». Él desmontó, se levantaron, volví a mi cuarto. Se le había dicho que estaba engañando al hombre que entonces la entretenía, y sabía que había entonces un hombre en la casa; *él* allí, clandestinamente, estaba contento de joder sin pagar —pues la amaba profundamente—, y no esperaba ni sabía en absoluto que sus placeres fornicatorios estuviesen contribuyendo al placer de otro hombre.

Entonces ella mostró sobre la cama sus deliciosos encantos secretos, un coño saturado por su libación. Me deleitó, mi verga llevaba tiempo empinada, me parecía haber tenido casi el placer de joder con ella mientras le contemplaba a él, y joder ahora, dejar mi esperma dentro de ella junto al suyo me pareció una lujuria casi delirante. «Te follaré, joderé en ello», exclamé temblando de deseo concupiscente. «Animal…, no lo harás». «Lo haré». «No lo harás». Pero ella no se movió y mantuvo los muslos abiertos de par en par mientras seguía diciendo «no, no». Le miré el rostro, vi esa abrumadora voluptuosidad, vi que lo anhelaba lascivamente aunque le avergonzase decirlo. «¿Te corriste *tu*?». «Sí». «Joderé». «Animal». Hacia arriba se hundió mi polla dentro de ella. «Aha», suspiró ella voluptuosamente mientras mis pelotas se cerraban sobre su trasero. Le levanté los muslos, me aferré a ellos y jodí rápidamente, porque mi calentura era fuerte. «Somos bestias», suspiró ella nuevamente. «Estoy en su esperma, querida». «S… sí, somos bestias». La lubricidad era deliciosa para mi polla. «¿Sientes su leche?». «Sí, querida, mi polla está en ella, me correré en su leche». «S… sí… su leche… ah… bestias». Todo cuanto acababa de ver fulguró a través de mi cerebro; su polla, sus pelotas, los encantadores muslos de ella, todo me hacía delirar de placer sexual. «Me estoy corriendo… ¿Te correrás tú, H*l*n?». «S… sí… empuja… fuerte… ahar». «Coño… jode… leche», exclamamos juntos en un dúo obsceno. Su coño se contrajo, mi polla tembló y disparó su esperma, y me hundí en su seno sujetando aún sus muslos y besándola.

Cuando nos repusimos estábamos ambos complacidos. «No te importe que seamos animales, H*l*n, ¿por qué dices eso si te gusta?». «No me gusta». «Hipócrita, te gusta». Tras algún tiempo

ella admitió que la lascivia del acto había contribuido grandemente al placer del coito. A mí, la suavidad de su vagina me pareció celestial. Ardía por ver todo nuevamente, pero las circunstancias no eran las más propicias entonces. Con todo, volví a hacerlo transcurrido algún tiempo, y un día después de que él y yo nos la hubiésemos hecho le dije: «Baja con él, no te laves y deja que te posea nuevamente sobre el sofá». La calentura la complació, él se la jodió nuevamente y pensó que se estaba derramando sobre sus propios residuos. Cuando ella subió volví a hacérmela, pues aquel día estaba fuerte. Se instaló en ella entonces el gusto por esta lubricidad, y avivó fuertemente su lujuria. Ella estaba en pleno celo. Me bajé al pilón con ella después de que se hubiese lavado, pensando que allí habían estado dos pollas, y media hora después ella se masturbó. Mientras se masturbaba dijo: «¡Ah! Desearía que hubiese aquí la leche de un tercer hombre». «Animal… ah… yo… también». Se corrió mirándome con ojos voluptuosos.

Hablamos a menudo de esto más tarde, y convinimos en que el placer del coito fue incrementado por echar un palo después de joder con otro hombre, y así lo hicimos en lo sucesivo cuando nos fue posible con su amigo u otros. A veces es verdad que ella fingía permitirlos sólo por complacerme a mí, pero *su* excitación al follar me contaba lo contrario. A ella le gustaba tanto como a mí, y se convirtió para ella en una calentura duradera.

No me es posible decir si para H*l*n o para cualquier otra mujer —he conocido a varias que disfrutaban con ello— el placer físico es incrementado por el hecho de ser follada en tales condiciones. Para mí, debido al estado de mi glande, ése era sin duda el efecto. Pero la imaginación es un gran factor en el coito humano, y con su ayuda el placer sexual se ve elevado a algo muy superior al mero animalismo. Mediante el cerebro el acto de joder se hace etéreo, divino, encontrándose en el más alto grado de excitación y actividad durante esos ejercicios sexuales. Es el cerebro quien suscita calenturas, sugiere preliminares amatorios, prolonga o intensifica el placer de un acto que los simples animales —llamados «bestias»— empiezan y terminan en pocos minutos. Los seres humanos que copulan sin pensamiento y rápidamente son como *bestias*, porque para ellos se trata de un acto meramente animal. No sucede así con quienes retrasan, prolongan, varían, refinan e

intensifican sus placeres. *En esto radica su superioridad sobre las bestias*, los animales. Lo que hacen las gentes privadamente es asunto de su exclusiva incumbencia. Una pareja o más personas pueden experimentar placer con aquello que *otros* podrían llamar *bestial* —aunque las bestias no hagan ninguna cosa semejante—, pero que para ellos constituye el goce físico y mental más elevado. Es probable que todos los hombres y mujeres tengan alguna calentura que satisfacen pero no revelan, y que, sin embargo, tacharían de *bestial* si la oyesen narrarla de otros, obedeciendo las nociones —o más bien credos— aceptados comúnmente en tales materias, para quienes toda conducta o pasatiempo sexual es *bestial* exceptuando folladas rápidas y animalísticas. Pero las bestias son realmente aquellos que copulan sin variedad, pensamiento, sentimiento o alma, porque procrean exactamente como las *bestias*, y nada más. Entre los animales joder se hace *sin seso*. Entre los seres humanos más altamente organizados joder se hace *con seso*. Sin embargo, este ejercicio del intelecto en el coito es llamado *bestial* por los ignorantes, que han inventado una serie de términos ofensivos para expresar sus objeciones. Su opinión sobre el dulce congreso de hombre y mujer constitutivo del amor es que debiera consistir en un toqueteo, una mirada, una olida al coño y un rápido acoplamiento. ¡¡¡*Muy semejante a las bestias en eso*!!!

*Calenturas por grietas espermatizadas. — El lupanar francés. — Diversiones selectas. — Un metro ochenta de altura, verga de ocho pulgadas. —Un capote roto. — Un hombre inclinado a las bromas. — Dos usando condones. — Costumbres de los franceses. — Desvistiendo para joder. —Lamiendo con la lengua. — Margarita la favorita. — Una áspera y de gran vientre. — Un varón hirsuto. — La rubia Marta. — Anchas manos masturbando un coño. — Contra un muslo. — Ya sobre ella, ella sobre mí. —Salon des dames. — Marta reaparece. — Y peluda de culo. — Su curiosidad. — Conoce mi calentura. — Su goce. — Movimientos musculares al copular. — La egipcia gorda y alta. — La pequeña Mignon. — Vertical y horizontal. — H*l*n y su amante. — Cuatro libaciones sin lavar. — La calentura lúbrica de H*l*n.*

Tras follar a H. con los genitales saturados de su amigo y descubrir que también a ella le gustaba se desvaneció toda idea de que fuese malo, y aunque a veces brotaba un cierto asco ante ello los escrúpulos no duraron mucho después de hacerme yo a Sapho y Raphaela. El deseo de joder inmediatamente después de otro hombre continuaba, no sólo por el placer físico incrementado sino también por las visiones sensuales que flotaban rápidamente por mi cerebro mientras operaba, haciendo así del coito el placer más excitante, supremo y casi aniquilador. En el lupanar ya mencionado y en otros satisfice esta calentura. El agujero para espiar me proporcionaba una diversión interminable; me eran enviadas las mujeres a otro cuarto inmediatamente después de haber abandonado al varón, y a veces durante la misma noche veía a cuatro, cinco o más, y follaba a una o dos cuyos coños tenían máxima cantidad de esperma. Conservo relatos de algunas de esas noches, que narran cualquier cosa infrecuente en los lupanares, y con el amante de H.

Aunque tenía intención de no ir más al lupanar, a pesar de que estaba mal de salud, me encontré en ***** cuarenta y ocho horas

después y a los pocos minutos me encontraba ante el agujero para espiar. Tal es mi debilidad en asuntos amorosos, tal mi incapacidad para mantener las resoluciones aparentemente más firmes.

Tras ver a una o dos parejas disfrutando del modo habitual entró una belga grande y hermosa, a quien había conocido el otoño pasado, con un hombre de un metro ochenta o más de estatura. Él se desnudó y nunca vi a un sujeto mejor hecho. Tenía una barba marrón oscuro, pelo rizado, y en todo lo visible parecía el cuerpo de una mujer, no siendo el mío propio más blanco, pálido o limpio de pelo. Su polla, al lavársela él a unos pocos metros de mis ojos, no parecía proporcionada a su tamaño, pero tan pronto como fue toqueteada por la belga se elevó orgullosamente hasta parecerme una de las mayores que jamás hubiera visto, y diría que se irguió a unos veintiún centímetros de su vientre desde sus pelotas, pero tenía una cabeza ridículamente pequeña. Ella sólo pudo meterse la mitad de la polla en su garganta, y mientras le practicaba un francés parecía que iba a ahogarse. Él quería terminar allí, aunque al principio no lo desease para nada, pero ella sabía que yo quería una grieta inseminada, cosa por la cual había pagado muy bien. Rehusó la libación allí y le instó a que se la follase. Él sólo haría eso con un *capote*, y le vi humedeciéndolo y metiéndoselo en su espolón, situado él a la espalda de ella para follar. Podía ver el toisón de pelo oscuro y un oscuro surco del coño mientras posaba hasta que su vientre quedó contra él, pero casi inmediatamente después él le dio la vuelta para que quedase tumbada de espaldas y follaron vientre con vientre.

Era una bella visión verle cubrirla con su gran cuerpo, sacudiendo su amplio trasero, apareciendo sus pelotas por debajo de los carrillos del culo y el suave movimiento de cada parte de sus cuerpos; ambos silenciosos, aunque el cerebro sea tan activo entonces, y la lengua quieta habitualmente hasta el final. Él se corrió con un suave grito y un gemido, y pronto se salió su gran polla goteando. «¡Ah! El condón se ha roto». «Así es», dijo ella como sorprendida, cogiendo un húmedo instrumento cerca de la base, alrededor de la cual estaba el *capote* como un anillo de piel mojada. «Debo lavarme», dijo él con ansiedad. «No tengas miedo». «Tráeme jabón». Él se lavó el instrumento desapaciblemente con agua y jabón, quejándose en que el condón era malo, y luego se fue. Ella

besó su máquina antes de irse él; estaba colgando, fláccida pero todavía grande, y la pequeña punta roja estaba a menos de un metro de mis ojos cuando ella la besó sujetando bolas y tubo entre las manos. Ella sólo se la cogió y besó para enseñármela. Yo sabía eso, porque resulta infrecuente que una mujer lo haga después de joder. Él pareció muy complacido con la amabilidad. Ella vino a mí riendo, diciendo que había roto el condón a propósito para llenarse de esperma, porque a mí me *gustaba eso*. «Una noble polla, y un tipo espléndido». «Está casado y es algo tímido con mujeres de la vida», observó ella. Me mostró entonces una vagina bien llena donde derramé mi propio esperma. Sólo había pretendido prepararme dentro de ella para la mujer siguiente, pero la lubricidad y su presión me conquistaron, y yo la arrastré a ella. Tenía en su coño ninfas oscuras, anormalmente grandes, cosa que no es de mi gusto, pero era bella de rostro, senos y trasero.

Inmediatamente después de quedarme solo entró otra pareja. Él era un hombre bromista que repetía rápida y risueñamente sus palabras. «No, no, no, no. Sí, sí, sí» cuando contestaba a la muchacha. También *él* se pondría un condón, dijo. «Y ¿por qué no follar sin él?», dijo ella. «Ah, no, no, no, no… *savez-vous, c'est l'habitude*». «¿Usa siempre capote?». «Sí, sí, sí». Era un hombre de edad madura y buen aspecto que sólo quería el coño y una corrida, sin importarle para nada la mujer. Entró y salió del coño de un modo comercial, y no dijo una sola palabra a la muchacha después de jodérsela. No estuvo más de un cuarto de hora con ella. Inmediatamente después la llamé para charlar y ella se bajó al pilón conmigo durante unos pocos minutos. Luego inspeccioné sus genitales y ella se fue. Naturalmente, no había leche en su grieta, y la calentura del esperma me tenía poseído. Deseaba la sensación lúbrica para mi sensible polla, si follaba.

Dos hombres, uno después del otro, habían utilizado condones. Durante los últimos años he visto a docenas copulando en el mismo cuarto, pero sólo tres que usasen condones antes.

Otra cosa que anoto al ocurrírseme es que casi todos los hombres son escrupulosamente limpios con su ropa interior, que a

menudo casi todos se quitan gran parte de sus prendas, y que más de la mitad se *desnudan* casi hasta quedar en pelotas salvo por los calcetines antes de empezar su juego. Naturalmente, las mujeres están invariablemente desnudas exceptuando medias y zapatos. Es la costumbre de ese burdel. Los hombres son todos caballeros.

Entonces entró Margarita, bella, bien hecha y de pelo oscuro. Llevaba mucho tiempo en la casa y yo me la había hecho varias veces. Ninguna mujer tuvo tantos amigos. Rara vez he estado allí espiando o esperando sin que ella me viniese con un coño lleno. Ahora se la estaba haciendo un joven agradable, lleno de esperma y ávido de mujer, que entró en ella sin perder tiempo, pero luego habló tanto rato con ella que temí que toda su leche se hubiese perdido, y estaba furioso porque aquella noche ella me calentaba. Pero el coño tenía cantidad de esperma cuando vino a mí tras su partida. Follamos largamente y con mucho goce. Ella es una de las que te da su lengua; pocas lo hacen, pues sus labios y rostros suelen estar pintados. Ésa es una de las cosas peores del burdel francés. Además, todas las mujeres se bajan al pilón y los hombres terminan en sus bocas, cosa que no me hace anhelar besarlas, y observo que pocos franceses lo hacen. Pero cómo lo echa uno de menos. Se comparan muy mal con las austríacas y las húngaras, de rostros frescos, piel clara, lamedoras de lenguas con fastuosas bocas; se comparan mal incluso con las inglesas, pocas de las cuales dejarán que un hombre insemine sus bocas aunque no sean contrarias a juegos voluptuosos con la herramienta de un hombre antes de joder.

Aquella noche tuve uno o dos espectáculos más que no merecen narrarse, y tras ver seis pollas y palpar cinco coños espermatizados metí la polla en cuatro, me corrí en dos y me fui a casa. No fue mala diversión para cuatro horas.

La noche siguiente en el agujero para espiar. Un hombre que apenas hablaba y jodía con los pantalones puestos fue el primero. Un joven áspero. La muchacha refunfuñó ante su regalo, pero lo aceptó. Yo no me preocupé de mirar su esperma, porque me ofendía con su aspecto y sus maneras. Entonces entró un hombre de más de cincuenta años, fuerte y calvo y de gran vientre que produjo una picha buena y grande. Él también había arrodillado a la dama sobre la cama, con el vientre de ella hacia él y luego, arrodillándose detrás, contempló durante largo tiempo su raja y los encantos

vecinos. Pude ver bastante bien cómo palpitaba su polla al hacerlo, porque tenía la camisa bien levantada. Entonces se la metió, cayó su camisa cubriéndole el trasero y quedó oculto el juego de sus nalgas. Pronto emitió él un sonido tembloroso, entre suspiro y gruñido, y pude ver que sacó su polla hasta la cabeza, descansó y luego la metió otra vez con fuerza. Tras uno o dos movimientos semejantes profirió un grito obsceno con fuerza, y empujando con sacudidas cortas y rápidas gritó con fuerza «Ou… ou… ou… au… au… au…» como un perro ladrando, y se corrió dentro de ella meneándose, dando bruscas sacudidas y estremeciéndose con todo su cuerpo. Se inclinó entonces sobre la espalda de ella un largo rato, disfrutando con ello, y luego —levantándose cuidadosamente la camisa primero — cogió su polla con la palma de la mano y retrocediendo otra vez contempló durante largo tiempo el espermatizado orificio. Ella abrió ampliamente los muslos para permitirle ver mejor, volviendo levemente su trasero hacia las luces a fin de que él pudiese ver el esperma dentro. Entonces el calvo se fue, ella entró y tras haber bañado mi pito en su coño y llevarme medio camino hacia una emisión me detuvo y sugirió que esperase a otra mujer, consejo que acepté. Hice que me trajesen otra mujer con una vulva en condición de máxima lubricidad, la follé y me fui.

Pocos días después estaba ante el agujero, vi a una mujer follada de modo vulgar y no merecedora de relato. La siguiente fue una novedad. Entró una bella y carnosa mujer de pelo caoba con un hombre joven, bajo y cetrino. Por el modo en que se besaban pude ver que se conocían. Él se desnudó, y, aunque bien formado, tenía tanto pelo en el pecho, los brazos y las piernas que era feo, aunque hacía un contraste maravilloso con la mujer de largos muslos y carne encantadoramente blanca. No puedo recordar su nombre, aunque esto haya ocurrido hace apenas dos días.

Él empezó a tocarla y luego, arrodillándose sobre la cama entre sus piernas con ella de espaldas, a lamer su coño. Pocos hombres hacen esto, según observé, en las casas indecentes francesas. Él lamió hasta que ella empezó a sacudirse bajo la caricia. El surco del trasero y las pelotas de él estaban negras de pelo y dirigidas hacia mí. Entonces los dos jugaron al sesenta y nueve, oculta su cabeza para mí por las magníficas nalgas de ella, que parecían de marfil. Se besaron luego lado a lado y él la masturbó, deslizándose algo más

abajo en la cama para hacerlo. Hizo que ella abriese sus muslos todo lo posible y entonces la masturbó rápidamente con *todos* los dedos de su mano. Nunca vi una masturbación semejante; sus dedos se cerraban a veces, a veces se distendían, se movían sobre toda la superficie de su vulva al mismo tiempo. Entonces él le pidió a ella que abriese los labios de su coño para permitirle hacerlo mejor. Ella sólo abrió un labio. Él estaba a la derecha de ella, sus muslos blancos estaban levemente levantados para abrirlos mejor y permitirle operar. Cuando ella los cerró un poco como si estuviese fatigada él los abrió de nuevo, y de nuevo todos sus dedos se movieron como el rayo. «Oh, métemela», dijo ella. Él no se apresuró, no respondió cosa alguna que yo pudiese oír; pronto el vientre de ella se elevó, sus muslos temblaron y con una exclamación suspirante se corrió. Estaba seguro de que lo haría. Ninguna mujer podría haber resistido a una masturbación tan larga sin correrse.

La polla de él había estado oculta por el muslo de ella mientras yacía a su lado; luego él se arrodilló entre sus piernas con las nalgas sobre los talones y la polla muy dura, mirándola. Luego volvió a su posición y masturbó de nuevo hasta que ella murmuró: «No, no», con enfado, pero él siguió masturbando. Estaba ahora tumbado más hacia su izquierda, y no podía ver ni su brazo izquierdo ni su polla. Marta (ahora recuerdo su nombre) se resignó, y a los diez minutos tuvo otra crisis. Entonces él se aferró a su muslo derecho fuertemente con la mano derecha agitando levemente su cuerpo, sacudiéndose y medio empujando como si jodiera hasta que su cabeza se inclinó, soltó el muslo, cayó de espaldas y ambos quedaron quietos, ella con los ojos cerrados y los muslos abiertos. En un par de minutos saltó de la cama poniéndole la mano sobre el muslo derecho, donde él se había corrido, y la mantuvo allí hasta secarse con una toalla. Entonces, cogiendo su polla —él se había tumbado de espaldas ahora—, le sacó y limpió la punta. «Siempre lo haces así y *no me amas*», dijo ella. «¡Ah! Desde luego que sí». Entonces él se fue, y ella vino corriendo. «No sirvo, él nunca jode, siempre lo hace de la misma manera, pero dice que me quiere». Yo la tiré sobre la cama, su coño estaba mojado por su propia corrida. «Me masturbaría durante horas si se lo permitiera. Ninguna mujer podría evitar correrse. Lo intento a menudo, pero *es preciso*, él

descubre cuando finjo y es muy rico. Luego se frota la picha contra mi muslo justamente como ha visto, y no con su propia mano». Añadió luego que cuando la mano izquierda de él estaba oculta se encontraba bajo su trasero y le estaba toqueteando el ano, que él la mantenía allí todo el tiempo que masturbaba su coño y que también conservaba la polla meneándose suavemente contra el muslo de ella. Él me parecía tener unos veinticinco años. Los hombres tienen extrañas fantasías. Me pregunto qué deleite podría encontrar frotando una picha seca contra un muslo seco —pues nunca lo humedecía—, cuando había a mano un coño suave. Yo me he masturbado entre nalgas y muslos, pero siempre los he lubricado primero.

Ella era una criatura espléndida. Me encanta tener a una mujer con grandes muslos en mis brazos, como estaba ella entonces en el borde de la cama. Metí mi polla bajo su toisón color caoba y me corrí en su coño con frenesí. «No puedo entender a un hombre que se masturba *siempre*», dijo ella. «Naturalmente, es razonable a veces, pero *siempre*… ¡Ah! Dios mío. ¿Para qué fueron creadas las mujeres? Si los hombres hacen eso, ¿para qué sirve que tengan coños?».

Marta se fue, la camarera acababa de preparar la cama, etc., etc., cuando: «Chiss… Ahí está Marta otra vez, ¿vendrá ella?». «No… No me gusta ver a la misma mujer dos veces en una noche», dije, cosa que Alexandrine sabía. La detuvo entonces en la puerta, pero, volviendo, susurró: «Debe entrar aquí, no hay ningún otro cuarto vacío, pero no tiene que hacérsela otra vez». Entró entonces Marta. Esta vez fue otra novedad, porque *ella* jodió al hombre que estaba tumbado debajo. Qué grande parecía su culo blanco al elevarse y descender mostrando el tallo de su picha. Pensé a veces que su verga iba a salirse hasta que al apretarse de las nalgas y los movimientos cortos mostraron que él se había corrido y que ella estaba sorbiéndole la picha con su coño. Se quitó de encima de él y desapareció como para lavarse mientras él quedaba sentado jugando con su instrumento. Deseaba hacerlo otra vez. «No, hay alguien esperándome». Él se fue rápidamente entonces y ella vino conmigo.

No habían pasado veinte minutos desde que la poseyera. «Ahora tengo leche, ¿debo quedarme?». «No tiene por qué hacérsela salvo

que usted lo quiera», dijo la camarera entrando. «*Monsieur* (volviéndose hacia ella) nunca se hace a la misma mujer una noche». «¿Tienes mucha leche?», dije yo. «Lleno… mire», dijo ella. Su coño y sus dedos atestiguaban la verdad de lo que decía. «Sobre la cama, querida». Ella abrió sus muslos, en su coño y alrededor de él había un excedente de virilidad; la oscilación de sus nalgas y la visión de su polla habían movido hasta sus profundidades mi lujuria, la visión del esperma me cazó, mi polla se puso rígida y dentro de ella penetré. La camarera dijo: «Es usted afortunada, señorita Marta».

Yo cerré los ojos y empujé fantaseando que veía sobre ella al hombre. «Móntame», dije sacando la polla. «*Volontiers*». Entonces la zorra de pelo rubio y blanco culo me cubrió y me jodió. Presencié sus movimientos en el espejo situado sobre la cama, y fue una visión encantadora, pero le tomó mucho tiempo. Sentí entonces dolor tanto como placer, aullé al correrme, y no pude moverme después. Tuve un dolor en las sienes que me alarmó. Lo he sentido a veces últimamente.

Ella me calentaba realmente, porque le lavé yo mismo el coño limpiando cada pliegue y cada grieta. Hace muchos días que no hago cosas semejantes a una mujer desconocida. Luego, tumbándome de espaldas otra vez, la puse sobre mí para que chupase mi polla mientras yo toqueteaba su trasero y su raja, pero no me corrí. Después de que se hubo marchado vi a dos parejas más, jodiendo como papá y mamá, y me fui.

Llevaba conmigo uno de los frenesís lascivos a los que antes aludí; no me era posible pensar en otra cosa, a pesar de estar fatigado, y me abrí camino hacia el burdel pocas noches después, tras recobrarme levemente de mi agotamiento.

Entré en el salón aquella noche. Hubo al instante susurros y bisbiseos. «¡Es él! Él», oí mezclado con «*cochon, foutre*», y otras palabras simpáticas, sabias. Observé que muchas mujeres estaban ansiosas por mirarme. Con veinte beldades desnudas ante mí me sentí nuevamente deslumbrado, no pude sino mirar a mi alrededor y hacia las manchas oscuras entre los muslos, sin reconocer apenas a mujer alguna. «Mandaré llamar a una dama», dije volviéndome hacia la *sous-maitresse* y me fui a mi cuarto favorito. Una vez allí

mandé que viniesen damas cuyos coños acabasen de ser llenados por los varones. Vinieron algunas, pero ninguna fue de mi gusto. Por extraño que resulte —¿cómo explicarlo?— no deseaba ver y menos aún bañar mi pene en sus inundados genitales. Entonces me fui al agujero de espía para ver si lograba excitar mi concupiscencia.

«Marta está *en société*», dijo la camarera. «¿Va usted a tenerla?». Consentí, pero no vino; le había hecho un francés a su hombre y tenía el coño limpio. Conociendo mis gustos, Alexandrine la había despedido. Entonces, a través del agujero, vi echar un palo a una mujer. No hubo nada infrecuente. Él era un hombre apuesto que le metía el dedo pulgar en el coño mientras ella, arrodillada a un lado de la cama, complacía su picha con los labios. El trasero de ella estaba casi en mi dirección, y podía ver el dedo pulgar de él dentro de la raja y a veces metido en el ano de ella. Entonces él la tumbó de espaldas y terminó de la manera regular. Yo puse mi polla dentro de ella después, pero no tenía deseo, no estaba realmente rígida, seguía indiferente debido a los anteriores excesos amorosos, y tras unos pocos golpes me retiré sin emisión.

Luego vi a dos parejas follando vientre a vientre, decidí partir sin correrme, estaba hablando con la camarera cuando salió y al volver me preguntó si me gustaría ver a Carmen, que acababa de dejar a un caballero. «Déjala entrar, nunca la he visto». «No… acaba de venir con nosotros, no ha estado en la vida antes».

Entró Carmen, alta y de rostro adusto, con aspecto de necesitar un poco de carne por todas partes, para mi gusto. Con todo, no era delgaducha; le hubieran bastado dos kilos más de peso. Era cetrina, tenía ojos y pelo oscuro y, en resumen, no era guapa. Había un gesto duro en su rostro hasta que al tumbarse en la cama dijo: «Le gusta una mujer con leche en el coño, ¿no es así?», y entonces una suave mirada de invitación se instaló en su rostro.

Me sorprendió la inmensa cantidad de pelo de su coño, cuya orla llegaba por lo menos hasta medio camino del ombligo. Se ensombrecía y espesaba más abajo hasta el punto de no dejarme ver dónde comenzaba la grieta, llenaba prácticamente el hueco entre los labios del coño y los muslos creciendo denso y largo aún más abajo, en esa parte donde el ornamento capilar suele crecer en menos cantidad. La región del coño presentaba, de hecho, el

aspecto de una peluca rizada, y escondía tanto la línea de partición que apenas era visible, y sólo en unos dos o tres centímetros. Mantuve sus muslos levantados y descubrí que había pelo espeso aunque corto rodeando su ano y hasta el hueso de la rabadilla. Sorprendido por la densidad del confuso macizo rizado, le di la vuelta para ver aquella maravillosa pilosidad que se parecía sobre todo a la cabeza de un negro, si no fuese porque el pelo era más largo y suelto. Acabé diciendo: «No has sido follada».

Me equivocaba, y cuando ella se abrió los labios vi el brillo de esperma, que fue ocultado nuevamente por el espeso pelo tan pronto como los soltó. Parecía entonces como si no hubiese allí coño alguno, como si sólo hubiese pelo.

Ella empezó a hacer preguntas inmediatamente. ¿Por qué me gustaba un coño con *foutre*?… ¿Era más agradable? ¿Cuántas mujeres había visto aquella noche? ¿Habían sido todas ellas folladas? ¿Había yo follado a alguna o metido la polla? Todo era apresurado, enérgico, dicho de un modo curioso, pero lujurioso, no según la manera habitual en la prostituta.

Le dije brevemente que no había follado y que no quería hacerlo. «Fólleme… hágalo», dijo ella enérgicamente. «Mire, su polla está más dura… *baisez-moi*», todo ello en francés, naturalmente. «Venga, quiero que me lo haga… hágalo en el esperma… venga… *baisez-moi*… mire el esperma», y se abrió otra vez los labios espesamente sombreados, mirándome con ojos que eran fieros y *lujuriosos*. Pienso en *eso* ahora cuando recuerdo su expresión y escribo.

Mi polla estaba empezando a erguirse, la puse arrodillada sobre la cama y arrodillándome detrás inserté el pene en el surco peludo mientras ella, impaciente, murmuraba: «Hágalo… hágalo». Sus nalgas estaban justo a la altura, su coño estaba prieto, pero humedecido, y ella empezó a sacudirse al momento, volviendo la cabeza hacia el espejo lateral para ver nuestros movimientos. Durante un momento se masturbó a sí misma, lo dejó, dio suspirando algunas sacudidas temblorosas con su trasero, su coño se apretó fuertemente alrededor de mi polla, se ablandó pronto, ella quedó quieta y mis pelotas se humedecieron.

«Te has corrido», dije. Apretándome con el coño, ella suspiró. «Sí, continúa, jode, *chéri*». Quizás el poder compresor de su coño

había avivado mi sangre, quizá su descarga me había irritado la polla; el caso es que ahora mi verga la deseaba. La saqué lentamente para ver su estado y tuve una follada muy larga antes de que viniese el esperma. Ella se corrió otra vez, y mi polla se mantuvo dentro sin reducirse, de un modo infrecuente.

Ella tenía exactamente la altura, su coño estaba perfectamente situado, su trasero no era demasiado grande, y por eso podía haber mantenido más la polla. Palpé todo alrededor de nuestro punto de conjunción y bajo su coño, deleitándome en el chapoteo, hablando con ella hasta que la camarera tocó a la puerta. «
Mad'lle…
Mad'lle
Carmen… el caballero dice que se irá si no vuelve». Desmonté. «Volveré», dijo ella. La seguí a la puerta, vi cómo se lavaba la raja en el lavabo y desapareció. Refresqué mi artículo y hablé con la camarera, quien dijo que Carmen sólo llevaba en la casa cuatro días y, según creía ella, nunca había estado en la vida antes. Un caballero había pedido verla todos los días, como él estaba ahora. La camarera pensaba que había sido mantenida y que resultaría una mujer de coño salado —de nalgas calientes— por lo que había visto de ella.

Yo había pensado que por sus maneras era novata. No quise hacerme a ninguna otra mujer y estaba a punto de partir. «No la he pagado», dije. «Deme su dinero». Había pasado casi una hora, tenía el sombrero puesto ya cuando Carmen entró de nuevo. Le había dicho que deseaba ver su coño una vez lavado. «¿Debo lavarme o me lo hará usted otra vez ahora?». «*Ma biche*… no más joder por esta noche», pero no pude resistir mirar: «Hay *foutre* ahora, ¿no es cierto?». Había. «¿Algún hombre te lo ha hecho antes sobre los residuos de otro?». Ella contestó que nunca. «*Quelque cochonnerie*, pero es agradable». Ser jodida así era ahora su calentura, se la había inoculado yo; me chupó la polla hasta ponerla tiesa y eso le tomó largo tiempo. «No te puedo dar más dinero». «Muy bien, folle entonces». Nos corrimos ambos tras una larga y lenta follada, arrodillados con el trasero contra el vientre. Esperé para ver su coño lavado, acaricié la maravillosa mata de pelo y me fui. Quedé tranquilo durante una noche o así, y me prometí no tener más semejantes juergas, pero no tuve el coraje moral necesario para

pasar de mujeres y me ocupé una noche en ver a hembras lavarse los coños antes y después. La camarera les dijo que yo estaba mirando y vi quizás a veinte en cuclillas sobre la palangana, lavándose las rajas, tintineando su meada y haciendo luego los movimientos de secarse. Sólo di una propina a la camarera por eso. Seleccioné a una o dos mujeres por el tamaño de sus traseros, las vi tras su ejercicio con los hombres y palpé los coños inseminados, pero no hice nada más (maravillosa contención), y de nuevo anduve alejado algunos días del templo de Venus.

Entonces, muy en forma fui allí y, en particular, al agujero de espionaje. Era tan encantador ver las bellas formas femeninas retorciéndose lascivamente en tomo a los hombres, enlazándolos con brazos y piernas y sus movimientos continuos, visible primero el trasero y luego el lado del vientre, la fulguración de los toisones oscuros y las axilas peludas, destellos de coños abiertos entre muslos distendidos, los protuberantes labios con la franja roja entre ellos cuando sus culos estaban en mi dirección… Esas visiones me fascinaban todavía más que la sacudida de sus culos cuando la polla y el coño estaban juntos. Los movimientos de los muslos de una mujer cuando un hombre está tumbado sobre su vientre no son realmente bonitos, y pocas parecen joder poética y lascivamente al mismo tiempo. Vi una o dos folladas vulgares, una de ellas interviniendo la egipcia de inmenso culo, aquélla cuyo coño era capaz de recibir toda una botella de sifón. Se había puesto tan gorda, con un vientre de vasija y unos pechos como vejigas, tan falta de formas, que no podía soportarla. Vino luego la pequeña Mignon, a quien se la folló un sujeto grande casi ocultándola cuando se tumbó sobre ella. Ella vino inmediatamente conmigo en cuanto él se fue.

Mignon era una criatura de rostro dulce y pelo marrón claro, pero con la redondez y la plenitud de formas de una Venus. No tenía un gramo de grasa innecesaria, pero cada uno de sus huesos estaba perfectamente cubierto. Era simplemente perfecta, hecha exquisita y voluptuosamente desde el cuello hasta el tobillo, y con unos dieciocho años de edad. Anhelé joder con ella desde el momento en que la vi joder con el hombre, y cuando trajo el encantador coño —cuyo tamaño, aunque no su orla de pelo, era el

de una chica de catorce— con esperma espeso apareciendo justo entre las delicadas ninfas, le metí instantáneamente la polla.

Entonces, movido por uno de mis extravagantes caprichos sexuales, la saqué, hice que se arrodillase sobre la cama con el trasero bajo y la metí en su coño por detrás haciendo que apoyase gradualmente el rostro y el vientre sobre la cama (mientras mantenía la polla dentro), y levantando sus muslos gradualmente alrededor de mi cintura terminé así, de pie junto a la cama, mientras ella yacía horizontalmente y yo sujetaba sus piernas como si se tratase de un carretilla.

Tengo idea de haberle echado un palo de esa manera a alguna mujer, aunque no pueda recordar ahora nombre ni ocasión. La posición le pareció a Mignon una deliciosa novedad. Era flexible como una serpiente. Cuando se lavó y volvió con el coño limpio examiné sus bellezas y ella repitió la posición horizontal porque le divertía, pero no volví a follármela. La camarera me dijo que ella era una gran favorita. No recuerdo haberla visto antes, porque habitualmente iba a otra parte de la casa. Hay allí dos escaleras y, de hecho, dos casas, aunque combinadas.

De vuelta a Inglaterra visité a H. y le conté todo. Ella deseó haber estado conmigo, siempre había anhelado ver un burdel, habría ido conmigo. Parecía excitada por los coños espermatizados, aunque todo el tiempo me llamaba animal. Jodí con H. antes de pasar cinco minutos en su casa y luego, mientras estábamos tumbados y yo le contaba esas cosas, ella empezó a masturbarse y se corrió casi instantáneamente, exclamando «leche» y aferrando mi polla. Terminó tan rápidamente que creí fingida su emoción, pero al palparle el coño —lavado hacía poco— comprobé que se había corrido. Me contó entonces que cuando estaba muy caliente por algo y pensaba en ello se había corrido involuntariamente varias veces sin tocarse el coño. No es imposible, porque en mi juventud me he corrido involuntariamente viendo a una mujer que deseaba cuando estaba muy cachondo.

Un día de la semana siguiente, me dijo, estaría sola y haría que viniese «su pobre amigo». Solía meterle habitualmente de contrabando. «Entonces puedes verle jodiendo conmigo». No dijo qué pasaría después. «Me deseará, porque el Sr. Blank ha estado estos días conmigo, pero se va el jueves. No debes venir a la casa

hasta que telegrafíes a *** (una parienta). Si Blank no ha dejado la ciudad ella se encontrará contigo al final de la calle, y no debes venir». De hecho, tal acuerdo llevaba existiendo algún tiempo. No me gustaba, pero hubiese arriesgado cualquier cosa por tenerla.

«Quieres que joda contigo *después* de él», dije. «No es verdad, animal, no lo harás más en lo sucesivo». «Te gusta que yo vea su polla y cómo te folla». Ella rió. «Me gusta saber que estás mirándonos, y que él no lo sabe». «Nosotros, los hombres, somos fácilmente engañados». «Desde luego, hace falta una mujer ingeniosa para engañarte a *ti*», replicó.

Llegó el día, la costa estaba despejada. Me quedé esperando en camisa mi tratamiento; la había besado y me había bajado al pilón con ella, y con dificultad me contuve para no follarla. Su amigo llegó una hora tarde. H. estaba nerviosa y temía que su carta no hubiese llegado a manos de él. Un timbrazo seguido por unos golpes peculiares en la puerta de la calle se escuchó entonces. «Es él», dijo ella sonriendo lascivamente; antes de esto, hablando de él, dijo como disfrutando de la idea: «Va a tener la picha llena, no ha jodido en quince días». «Quizá sí». «Juraría que no. Me ama, esperaría un mes por mí y se casaría conmigo mañana, pero de qué sirve; no puede mantenerse a sí mismo. Su familia sólo le da una libra por semana. Por tenerme esperaría cualquier cantidad de tiempo, y no puede costearse a una mujer».

Se había puesto una bata sobre la combinación para no parecer demasiado dispuesta, y corrió escaleras abajo a abrirle la puerta ella misma. Había enviado fuera a una de sus criadas y *me* había hecho pasar ella misma. Era necesario maniobrar mucho ahora en su domicilio. El miedo a ser sorprendidos en intrigas es una de las miserias de las damas que juegan a estos engaños. Inclinándome sobre el pasamanos de la escalera escuché gran parte de la conversación. Él explicó el motivo de su retraso y se besaron. «Mi amigo acaba de venir». Él estaba al tanto de sus secretos y sabía que alguien la visitaba. «Está en mi dormitorio… no hagas el menor ruido». «Me quitaré las botas». Así lo hizo. «Bien», dijo ella, «espera hasta que te llame. Subiré y veré si su puerta está cerrada, tiene miedo de que Blank vuelva».

Ella subió al piso de arriba, me vio en el rellano e hizo un gesto de cabeza. Entré cerrando mi puerta y pronto él estaba en el

dormitorio de atrás. Pocos minutos después estaba yo frente a su puerta como antes. Ella le estaba excitando, palpando su polla, sentados ambos sobre la cama y dando él la espalda a la puerta. Luego casi se desnudaron. Ella dijo: «Quédate ahí de pie, déjame verla dura». Él obedeció como un niño —descubrí que la obedecía siempre—, levantó su camisa y vi su poderosa máquina alzándose como un poste. «Has follado desde que me lo hiciste la última vez». «Juro por Dios que no». Entonces: «Oh, déjame hacerlo, querida». Fue hacia ella cuando una ráfaga poderosa de viento (era un día muy ventoso) sopló por la escalera, abrió ligeramente su puerta y le llamó la atención. Vino y la cerró. Yo me retiré con miedo viéndole avanzar, pues si hubiese abierto la puerta me habría visto necesariamente. Supe que había perdido el espectáculo de verle follando con ella.

Pero nada sobrepasa la astucia de una zorra. Pronto escuché su voz llamando en voz alta: «Mary, Mary». La criada subió, le fue dicho algo y bajó otra vez. Era una estratagema para abrir la puerta sin que él lo observase. Yo había abierto cautelosamente la mía y miré. H. estaba retirándose justamente, y me guiñó. Su puerta quedaba ahora abierta. Una vez más y casi inmediatamente después oí: «Ejem», un ruido como de aclararse la garganta que era su señal; al instante siguiente estaba en la puerta. Él se encontraba tumbado de espaldas, dura como una pértiga la gran polla, palpando su grieta con la mano izquierda mientras ella permanecía de pie junto al borde de la cama y mirándola con cariño. No pensaba en la puerta ni en cosa alguna salvo en su coño.

Ella le palpó la polla y luego las pelotas durante un minuto. «Follemos desnudos», dijo, y se quitó la combinación, tras de lo cual él se despojó de su camisa; ella se tumbó junto a él durante un segundo, al siguiente él la montó y escuché su gemido de placer cuando la polla entró en el sexo de ella. Entonces él empezó a empujar. «No te apresures», dijo ella, pero él jodió con fuerza. «Es preciso», gimió él con una voz suave. Me acordé de lo que H. había dicho a menudo en nuestra conversación, y en lo que ahora sé por experiencia: que un hombre en plena marea de placer sexual no piensa en nada más. Abrí la puerta levemente, luego más y entré en el cuarto cuando sus sacudidas se hicieron más rápidas, vi en el hermoso rostro de H. que se estaba corriendo. Escuché: «Ah…

querida… amor… ah», proveniente de él y luego ambos quedaron silenciosos y quietos. Me mantuve allí hasta que H. abrió sus ojos, luego, cerrando la puerta y quedándome de pie con la polla a punto de estallar, escuché.

«Debo ir con él, no le gusta quedarse solo mucho tiempo. Le contaré alguna excusa y volveré pronto. Ponte la camisa, quédate aquí, no hagas ningún ruido».

Salió cerrando la puerta, sonriéndome, sujetándose el coño como hacen las golfas francesas —y, supongo, todas en circunstancias semejantes—, y al instante siguiente estaba tumbada en mi cama con los muslos de par en par. Me encantó su grieta rebosante de espeso esperma; la visión me hizo desear salvajemente entrar en el lubricado estuche, mi polla estaba estallando, pero me contuve, tuve control suficiente para hacer lo que había decidido mientras esperaba. Abrí los labios, masturbé su clítoris espermatizado mientras hablaba lascivamente. «¿Viste su polla?». «Sí». «¿No es una buena?». «Sí». «No ha follado durante quince días, mira su corrida, mira qué espesa». «Lávatela y te follaré», dije yo sin pretender nada de eso.

La tenía cogida. Ella había dicho antes a menudo que me dejaría follarla así exclusivamente por *mi* placer. «No… fóllame… métela». «No… estoy asustado». «¿De qué? Tonterías… métela… él es un caballero». (Lo era). «No, lávate, no te gusta hacerlo así». «Sí me gusta, fóllame, me gusta así, fóllame», dijo ella con impaciencia. «Túmbate entonces sobre la cama». Así lo hizo. La monté y mi polla se hundió con deleite en la agradable humedad de su estuche. «¿No somos bestias? Oh… me estoy corriendo…». Al unirse nuestras lenguas cesó toda otra palabra, hasta que mi esperma inundó súbitamente el coño. Fui tan rápido como él al correrme. Desde luego, su polla no llevaba fuera del coño de ella siete minutos antes de que la mía hubiese hecho su trabajo y la hubiese abandonado también, aunque permanecí tumbado sobre ella después de correrme.

«Sácala, querido, debo volver con él; le dije que lo haría». «Te follará otra vez». «Sin duda». «Deja que te folle en mi esperma». «De acuerdo, pensará que es el suyo, pero primero debo bajar, no salgas hasta que me oigas toser». Fue escaleras abajo y volvió pronto al cuarto de él. Mi puerta estaba abierta, oí de nuevo la tos y miré a

través de la grieta de la puerta.

Ella estaba justamente situándose al lado de él, él estaba tumbado de espaldas tocándose el instrumento medio rígido. Ella lo manipuló al instante, se besaron y hablaron. «¿Qué dijo él?». «Le dije que mi modisto estaba en el piso de abajo, etc». «Se le engaña fácilmente». Ambos rieron. «Debes ser rápido, no puedo hacerle esperar más. Tu polla está bastante dura». Él palpó su coño. «No te has lavado». Ella dijo que no había tenido tiempo, pero que lo haría antes de volver conmigo. «¿Te hará él?», preguntó con su voz tranquilamente caballerosa, y charlaron durante cinco minutos besándose y acariciándose. Entonces las piernas de ella se fueron por los aires, sus muslos aferraron los de él y la oscilación rítmica de sus nalgas empezó. Él disfrutaba con calma ahora una tarea más larga. Tan pronto como le oí suspirar y vi que sus sacudidas eran más rápidas abrí la puerta, me arrodillé al pie de la cama, vi su polla moviéndose y sus pelotas rebotando. Si me hubiese puesto de pie no me habría percibido él en su paroxismo de placer. H*l*n sí me vio. Oí murmullos, estremecerse las nalgas de él, cerrarse los ojos de ella, supe que se corrían y volví al cuarto cerrando su puerta tras de mí.

Este cuarto trasero sólo estaba amueblado parcialmente. A propósito, no había agua allí, a fin de que él tuviese que ir al dormitorio situado en el piso de abajo, próximo al cuarto de estar. Ella me dijo esto antes. Después fueron ambos allí, y luego a la cocina, donde ella le dio comida. Aunque fuese bien vestido, le alegró obtener un almuerzo. Entonces ella vino conmigo y quedó mirándome con ojos voluptuosos. No se había lavado, fingió no desear hacerlo otra vez, pero mi polla se endureció al ver su radiante vulva, y con una follada deliciosamente lenta nos corrimos juntos otra vez. Había cuatro libaciones masculinas en su coño, y ella se había corrido con cada follada. Poco después me fui.

Las conversaciones que escuché y tuve con ella son casi textuales. Las escribí aquella misma noche.

Pocos días después estaba allí obteniendo placer en mi puesto de confidente, porque ella dijo: «Ahora a nadie tengo nada que decir salvo a ti y a él». Ella me contó que él había dormido con ella. «Dios sabe cuántas veces me corrí, estábamos desechos. Ven, querido, jode conmigo. No lo he hecho desde entonces… él está enfermo. Le

estoy haciendo caldo de carne».

Esto se repitió en intervalos de una o dos semanas. Le vi follarla y la follé inmediatamente después. Algunas ocasiones sólo una vez, otras dos, y la diversión en el cuarto se variaba un poco a veces para evitar sorpresas. Desde entonces nunca negó su gusto por la doble libación. «Qué bestias somos». «No somos bestias para nada, querida, y si lo somos nos gusta». Esto era dicho regularmente cada vez que venía la doble follada, pero me la hice otras veces cuando él no estaba allí. Luego no pude conseguirla durante largo tiempo, y durante el verano me fui al extranjero.

*Las dificultades de H*l*n. — Enfermo su pobre amante. — Una pequeña virgen inmaculada. — Antecedentes y lascivia. — La deseo. — La ayuda de H. — Virginidad verificada. — Una grieta dispuesta. — Súbita impotencia. — Intentos y variedades. — Potencia de la verga. — Rotura del himen. — En una casa vacía. — La mujer de un albañil. — Meando. — Masturbación sugerida. — El banco del carpintero. — Un encuentro inconveniente. — Lavándose en una palangana de retrete. — Reminiscencias conexas.*

Cuando regresé del viaje vi a H*l*n. Parecía haber cierta confusión en su casa; los criados se habían ido, la parienta y una joven eran ahora criadas. H. estaba sin dinero y pienso que había discutido con su protector. Habían vivido extravagantemente, y él estaba quizás en dificultades, pero ella evitó el tema. Vi a su amante de gran polla follándosela dos veces en la secuela usual, luego se puso enfermo y cesó ese joder ultralubricado.

Se produjo una alarma en la última ocasión. Él escapó por una entrada trasera. H*l*n pidió que me fuese rápidamente, e hizo que la calle fuese vigilada por su parienta antes de que yo saliese. Después de eso, cuando la visité hizo que la jodiese más que nunca, más de lo que deseaba; era voluptuosa en el grado más elevado, me vaciaba de esperma. Llegué a la conclusión de que le faltaba picha, cosa que me complació.

Poco después H*l*n tuvo una pequeña criada de apenas catorce años, una muchacha de cabeza tosca, pero no mal aspecto, pequeña para su edad. Tenía pelo marrón claro y una lasciva expresión en los ojos. Al principio no la tomé en consideración. Era una mujerzuela tan descuidada, sucia, despeinada, impúdica y desobediente que se carcajeaba de todo cuanto le era dicho como si fuese un buen chiste. H*l*n tuvo las mayores dificultades en conseguir que fuese limpia. La bañaba ella misma y le daba capones en las orejas a fin de conseguir que ella lo permitiese. «No tiene

más libertad y me subiese y bajase la piel del prepucio, ejercicio que ella acogió con gusto, encantada y con aspecto de bastante cachonda, aunque no pudiese conseguir de ella que me dejase mirar su muesca. Ella se retorcía y soltaba risitas entonces. «Nou… nou… nou», exclamó con vulgar nasalidad mientras se resistía.

Se lo dije a H**** cuando volvió. La chica sonrió y siguió girando su cabeza como una figura china según me oía. «Si ella me muestra su coño le regalaré unas hermosas botas y medias». «He ahí una oportunidad para ti», dijo H. Di a H. el dinero con ostentación. «Ella te dejará la próxima vez», dijo mi amiga cuando la chica abandonó el cuarto. Cuando dos o tres días después estaba allí de nuevo —generalmente escribía y telegrafiaba—, la muchacha se había puesto algunas de las cosas compradas con mi dinero. Aferró mi picha cuando la mostré como si se estuviera muriendo por ella. La puse contra su rostro, ella se arrodilló y la besó cuando se lo pedí. Cómo soltaba risitas ante cada una de mis preguntas. «Pondré eso en tu coño y te daré mucho placer pronto», dije. «Oh», dijo ella. «¿Sabes lo que es joder?». Con una risita ella dijo que su señora se lo había contado, pero estoy seguro de que lo sabía de mucho antes. Entonces palpé su grieta y me olí el dedo, ante lo cual ella lanzó una risita y se puso el pañuelo junto a la boca. Intenté conseguir un destello de sus genitales. H**** me había dicho que la lavaría para hacerla presentable ante la inspección, pero la chica se puso hosca y se negó. Yo me puse muy cachondo, porque allí estaba H. sólo en combinación y con un aspecto adorable. «Enséñame tú el coño». Ella se puso sobre el borde de la cama, levantando la combinación y exponiendo casi todo cuanto tenía como mujer de oculto, abriendo los muslos de par en par. De rodillas acaricié su delicioso coño, lo olí, lo besé y terminé lamiendo hasta que ella se corrió en el más dulce de los éxtasis. La chica estaba de pie en gozoso asombro, viendo cómo yo lamía el coño y a su señora sacudiendo y levantando el trasero bajo los efectos de la titilación. H*l*n se estremece toda ella bajo la succión, y más y más tras cada corrida.

Tras eso la muchacha contestó a mis respuestas e hizo todo cuanto le dije. Había visto a su señora desnuda cuando se bañaba, pero nunca había visto un coño de mujer abierto de par en par. No, nunca había visto eso antes. ¿Le gustaría tener pelo sobre el coño como su señora? «Sí». «Crecerá rápidamente cuando haya jodido

contigo, ¿no es verdad H*l*n?». «Seguro». Entonces hice que ella palpase el coño de su señora, y parecía más deleitada con eso que palpando mi polla. Yo me quedé de pie con la verga rígida, próxima a los muslos de H*l*n, y una vez puse la mano de la chica sobre ella. Ella la retiró y la puso sobre el toisón de su señora, mirando el coño con silenciosa admiración. «¿Verdad que tiene un coño bonito?». «Jo, síí, de veras», musitó la muchacha en un susurro.

Algo después: «Enséñame *tu* coño y te daré un chelín». «Déjale, tonta», dijo H*l*n. Lenta, pensativa, vacilante, el trasero de la muchacha bajó sobre el borde de la cama. Subí la combinación, caí sobre mis rodillas, aparté una pierna, aparté la otra y cerca de mis ojos yacía la pequeña e imberbe partición del vientre.

Era un encantador coñito del más delicado color rosa. No parecía tener siete centímetros de largo, y era el coño más pequeño que recuerdo haber visto en muchacha alguna de su edad. Ninfas tan minúsculas, un clítoris con esa forma de garbanzo y la boca del estuche de la polla cerrada, mostrando únicamente un agujero situado abajo hacia el ano, tan prieto que sólo dejaba entrar la punta de mi dedo meñique. Era una virgen tan estrecha como cuando salió del útero de su madre. La examiné, explayándome sobre su belleza con H*l*n, que ya lo había visto y que permanecía junto a mí ayudándome, abriendo a veces ella misma los labios y riendo, agachándose y palpando mi polla, aparentemente curiosa por saber el efecto del espectáculo sobre ella.

Limpié la pequeña vulva y —con su permiso— la masturbé con la boca, pero no pude hacer que se corriese, según creo. Entonces me bajé nuevamente al pilón con H*l*n, y cuando terminé dije a la muchacha que hiciese lo mismo, y para sorpresa de H., según creo, se arrodilló inmediatamente y lamió con avidez la grieta de su señora; lamió como si estuviese acostumbrada a hacerlo (quizá lo estaba). Entonces, enviándola fuera del cuarto, H*l*n y yo celebramos una gloriosa follada. Nunca había disfrutado una tarde más gloriosa.

Siempre había una virginidad a mi alcance; en breve tiempo podría tomarla y me deleité anticipando la ruptura del pequeño cartílago y el acto de dejar mi esperma en la vagina no polucionada. Pronto volví; la muchacha se comportaba más libremente y se desnudó al instante. No tuve dificultad en conseguir verlo. H. le

había enseñado que la obediencia era necesaria. Arriba subieron sus piernas. Abrió sus muslos como si le gustase el deporte. H. le había hablado. Entonces entramos tranquilamente los tres en las más francas obscenidades. Lamí su rajita y luego ella hizo un cauteloso francés a mi picha hasta conseguir un buen trago, y la chupó con tanta libertad que pienso que estuvo ejercitándose con el amante o protector de H*l*n. Luego me bajé yo al pilón con H*l*n hasta que su vientre vibró como una hoja de álamo temblando y gritó con voz aguda: «¡Ah, Dios… jode… polla… leche!», después de masturbarla yo dos o tres veces para gran asombro y deleite de la jovencita.

Entonces la muchacha lamió el coño de H. mientras ésta besaba mi polla, porque chuparla no quería. Y así recorrimos los cambios hasta que jodí con H*l*n con su trasero hacia mí y la muchacha de pie desnuda frente a nosotros, perdida en el deleite y en el asombro, poniendo su mano entre mi vientre y las nalgas de H., mirando hacia arriba por debajo de mis pelotas y haciendo todo lo que le decían. Después de eso H. le preguntó si le gustaría que se la follasen, ante lo cual ambas rieron y se palparon de nuevo los genitales. La cosa iba de chupar y lamer, aunque H**** mantenía libre su boca. Entonces dije que daría a la chica un soberano si me dejaba follarla. «Oh, ¿realmente un soberano?».

Excitada por la promesa, saltó a la cama y la monté. Pero, oh aflicción, mi polla no se ponía rígida. A veces se endurecía levemente al meneármela, y se la ponía sobre el coño, pero no conseguía alojarla, pues sus muslos parecían tan pequeños y próximos como para no poder ni abrirlos lo bastante. La puse sobre la cama y empujé en vano con mi picha contra la pequeña muesca. Mis cojones alejaron su leve cuerpecito hacia la parte superior de la cama cuando me incliné sobre ella y empecé a sacudirme. Estaba furioso conmigo mismo, y juré que la chica se escapaba a propósito. «No, no es así, señor», dijo ella con bastante seriedad, «es su forma de moverse», y entonces me puse más nervioso. H. y yo meneamos alternativamente mi picha hasta conseguir la erección, pero inmediatamente después de ponerme sobre el vientre de la jovencita se derrumbaba. Tras intentarlo dos horas, abandoné la casa cansado y disgustado, pero ferozmente cachondo cuando olí el aroma de su coño sobre mis dedos.

Al día siguiente estaba yo allí otra vez. Ella había sido bien

enseñada. Hablaba obscenamente, había perdido toda mojigatería, pienso que su señora la había instruido. Ella *quería* ser follada, y así lo dijo. Yo me endurecí parcialmente, la puse en todas las posiciones que entonces se me ocurrieron, la lamí y ella me chupó, pero nunca conseguí que se pusiese lo bastante dura como para romper la barrera virginal.

Entonces metí la polla en H****, pues la visión de su coño dulce, marrón, lleno y cubierto de pelo rizado me la pondría tiesa aunque estuviese muriendo. Aunque sólo tenía la mitad de su tamaño cuando tocó el orificio de dulce aroma (que había yo lamido primero como afrodisíaco tragando la saliva), empezó a crecer. La inserté, con un delicado movimiento hacia arriba de sus nalgas penetró más y un apretón que su coño le dio al sentirla entrar la endureció un poco. Empujé suavemente en el lubricado canal y se endureció más. «La tengo bastante dura, querida». «No, no es verdad… no puedes follártela, estoy segura». «Creo que puedo», y dejé de sacudirme. «No puedes… jode… jódeme», y pegó sus húmedos labios a los míos. Continué moviéndome. «Empuja… más fuerte… estoy vin… ahar», murmuró ella. Sus miembros se aquietaron, su coño se aflojó, se había corrido. Al segundo me dijo: «Continúa». Obedeciéndola, empujé, ella se movió, me ayudó, aferró mi verga con una presa lúbrica y mi esperma estalló dentro de ella. «Estás agotado; estoy segura de que has estado follando mucho en alguna parte», susurró ella. Era lo contrario de la verdad. La muchacha se quedó mirando estupefacta, y apenas habló hasta que yo estaba yéndome. Entonces dijo: «¿No va a volver él?». «Sí, tendrás tu soberano, no permitas que nadie te toque». «Yo no la despediré, pero es preciso que te la folles pronto», me dijo H**** cuando nos separamos.

Casi loco por mi fracaso, en vez de descansar un poco fui allí tontamente a la tarde siguiente; palpé mi polla cada hora del día para ver si se endurecería y no fue satisfactorio, pero ir iría. H**** había dicho que todo estaría tranquilo aquel día, y el miedo a que alguna otra persona se follase a la cachonda zorrita —porque tal era — cayó sobre mí. Le dije a H. que estaba seguro de no poder hacerlo. «No estés nervioso; si lo estás no podrás hacerlo». Miré a la chica, que se desnudó inmediatamente, antes de pedírselo, y que se aferró a mi picha como si estuviera ávida de ella, dándome una

lamida y metiéndosela en la boca a petición mía. Entonces lamí la bella rajita, me bajé al pilón con H****, la chica se bajó luego al pilón con ella, vimos dibujos indecentes que había llevado, bebimos champán, puse su trasero desnudo sobre mi rodilla y ella jugó con mi traidora polla. Entonces se la metí otra vez en la boca conmigo desnudo sobre la cama, para hacerlo mientras yo toqueteaba el coño de H**** que yacía medio desnuda sobre la cama junto a ella para permitírmelo. Entonces hice que se sentase sobre la cama y mease mientras yo sujetaba el orinal, y luego hice que H**** hiciese lo mismo. Pero todo fue en vano. Entonces H**** volvió su trasero hacia mí, y la muchacha metió sus dedos en la grieta de H****, mientras mi dedo estaba dentro de ella. Entonces intenté follar con H****, pero no pude conseguir entrar. Recorrí todos los pensamientos posibles para excitarme, y así lo hizo H****, pero mi polla se hizo más y más pequeña hasta no ser sino un fragmento de piel arrugada.

Entonces rompí a sudar de vejación y desgracia. H**** dijo a la chica que yo no estaba bien, que estaba nervioso, demasiado excitado, pero que conseguiría su soberano. «Déjame mirar otra vez tu coñito». La chica saltó rápidamente sobre la cama y abrió sus piernas como si fuese una ramera bien experimentada. «¿Quieres ser jodida?». «Sí, me gustaría», dijo. Tuve un escalofrío voluptuoso, pero todo fue inútil. Juré y maldije, dije que me había quedado impotente. H. se rió. «Tonterías, me follaste tres veces en una noche, hace una semana; quizás has estado follando demasiado en otra parte», cosa que no era el caso. Tras unas tres horas de esto, preocupado y cansado —casi llorando de humillación— dejé a H**** diciendo que debía hacérmela pronto o algo podría evitarlo. La chica podría irse de la lengua. Podría volver quizás a su casa. Vino una extraña repulsión. «Quizá mejor que no me la haga». «Como quieras, si no te la haces *tú*, se la hará el carnicero; le cogí besándola hoy. Ella lo tendrá de una forma u otra, por lo cual la despediré».

¿Acaso estaba poseído, embrujado? Nunca en mi vida anterior había sufrido sino las más pasajeras impotencias. Rara vez mi verga se negaba a levantarse, incluso cuando no había una gota de esperma esperando en mis testículos. Me sentí entonces casi loco, porque cuando estaba empalmado, duro en medida suficiente para

cualquier virgen, mi polla se aflojaba inmediatamente después de tocar la deliciosa vulva rosa, imberbe y expectante. La muchacha ardía por ello, se moría por permitir que una polla entrase dentro de ella. Pero yo no podía atravesarla. No podía pensar en otra cosa, aunque cuando estaba lejos de ella se me empinaba la polla al pensar en su desgracia. Hice la siguiente visita a los pocos días y me desnudé hasta quedarme en camisa. Ella se desnudó completamente y puso su pequeño cuerpo de sílfide sobre la cama sin que se lo pidiera. Nunca he visto a una muchacha con una intención tan fría y tan deliberada de despojarse de su virginidad. Es casi increíble, pero, sin duda, todo esto se debía a la conversación, al entrenamiento y a la inducción de H*l*n.

H**** estaba sentada junto al fuego leyendo. Le fatigaba todo el asunto. Tenía un aspecto adorable en su combinación transparente, sujetando una novela con una mano y palpando suavemente su coño con la otra. Se sentaba a menudo palpándose la grieta mientras leía. El fuego lanzaba destellos sobre sus muslos. Podía ver justo de lado el pelo de su toisón mientras yo yacía de espaldas lamiendo la pequeña grieta virginal. La muchacha estaba arrodillada sobre mí; chupaba la polla como si le encantase y hubiese practicado el arte del francés desde su infancia. Sin embargo, esta muchacha no había sido follada y tenía ya catorce años. Levanté su trasero y abrí los pequeños labios de su coño. Sí, seguía aún intacta, sin romper; de nuevo atraje su trasero y lamí su coño. Su boca chapoteaba sobre mi polla mientras la saliva de ella corría por el tronco y la mía se derramaba sobre mi boca cuando la aplastaba demasiado contra su coño, delicioso preliminar lascivo con la fresca muchachita. Ocasionalmente volvía la cabeza a un lado para ver a H. palpando su coño cuando no miraba nuestros jugueteos, y luego leyendo un poco.

Súbitamente mi polla se endureció como un cuerno. Estaba preparada, pero no tenía su tamaño habitual. Estando empalmado la he conocido a veces en un estado semejante, dura como un mástil, pero pequeña tanto en longitud como en anchura. Quería joder con ella, pero, cosa curiosa, no tenía un deseo fuerte de emisión. Palpé mi verga de nuevo e intenté doblarla, pero no pude. «Te follaré, querida», dije. Me levanté y rápidamente puse su trasero sobre el borde de la cama. Ella sabía dónde, porque sus nalgas

habían yacido varias veces allí soportando mis esfuerzos. Entonces coloqué las dos almohadas bajo su culito. No me sentía apresurado, estaba singularmente tranquilo y recogido: «¿Vas a joder?», dijo H****. Volví la cabeza hacia ella, sus muslos estaban abiertos con una mano sobre su coño, había apartado su libro y nos contemplaba.

No contesté, absorto como estaba con mi trabajo con miedo de que mis poderes me fallasen. Acerqué más a la chica… su coño estaba justo al nivel de mis pelotas… me sentía ahora maravillosamente frío, y recogido, porque ni siquiera me estaba urgiendo el esperma. Quería desflorarla más que correrme, hacérselo a ella primero, y me vino a la mente un deseo de herirla al hacerlo. «Acércate, querida», y ella lo hizo. Levanté sus piernas de manera que sus talones estuvieran cerca de mi pecho, sus muslos contra mi vientre desnudo; palpé otra vez mi polla, aún dura aunque pequeña, y luego, sujetando sus piernas, inserté la verga en su muesca, que había inundado de saliva, y empujé. Empujé, empujé, y su cuerpo retrocedió sobre la cama. «Mantén las piernas en alto, querida». La acerqué a mí furiosamente otra vez, me ayudó moviendo hacia adelante su trasero, mi polla seguía sobre su muesca y ahora más dura que nunca.

Entonces seguí topando con toda la velocidad que me permitían mis nalgas. Ella cerró los ojos, abrió la boca, apretó los dientes. «Oh, ah, oh», escapó susurrando a través de sus dientes. «¿Te hago daño?». «No mucho», murmuró la valiente muchacha. Nuevo embate. Mi polla estaba atravesando algo, algo tierno que se separaba suavemente y rodeaba mi glande oprimiéndolo como si tuviese algo prieto encima. Conocía la sensación. Nuevos embates. «Oh… ah», murmuró ella con un ligero estremecimiento. Mi polla se sintió súbitamente cómoda, como si estuviese en un estuche hecho a la medida. «Estoy dentro», exclamé llevando la mano hacia abajo y palpando sólo la base de mi polla, porque el resto estaba dentro de su coñito. Mis pelotas cubrían su culo, su virginidad había desaparecido. ¡Oh!, el orgulloso deleite de ese momento mientras permanecía satisfecho, palpando alrededor del tronco del invasor para estar seguro de que no había error, de que estaba bien dentro de ese diminuto orificio donde un minuto antes me era imposible meter el dedo meñique. «Estoy dentro de ella», exclamé. H*l*n vino

hacia la cama y pareció sorprendida; palpó el tronco de mi polla, y empujando sus dedos entre nuestros vientres dijo: «Ha sido follada, indudablemente», y con una encantadora sonrisa lasciva se sentó en la cama mirando mientras yo seguía follando. Mi polla entró y salió lentamente del coñito, tan deliciosamente prieto. La chica abrió sus ojos. «¿Duele?». «Ahora no». «¿Es agradable?». «¡Sííí!», susurró ella. La naturaleza parecía tranquila en mí, considerando dónde tenía la polla. Me deleité con el cuerpo desnudo donde yacía, luego mirando el encantador rostro y los encantadores senos de H*l*n mientras estaba sentada contemplando y comenzó a palpar su propio coño.

Súbitamente un estremecimiento, un espasmo de placer se disparó a través de mi verga. Mi polla estaba creciendo más y más. Otro espasmo, y otro. La sangre estaba irrumpiendo en ella; tenía ahora su pleno tamaño, el coñito era demasiado estrecho. La metí con fuerza hacia dentro, luego casi la saqué y luego volví a hundirla. «Auuu», gimió la muchacha. Ahora deseaba terminar, llenar su coño con esperma. El calor de la lujuria era fuerte en mí, sentimientos voluptuosos corrían desde el cerebro hasta las nalgas. «Querida, mi leche está viniendo… me correré en tu… c… oño… está viniendo… ah… leche… jode», exclamé con delicioso placer.

Ella estaba silenciosa, pero su vientre se retorció cuando empecé a sacudirme con fuerza dentro. Entonces un leve murmullo, sus ojos cerrándose, un gesto extremadamente encantador cayó sobre su rostro. «Está corriéndose, mira H*l*n». «Sí, se está corriendo», dijo H*l*n. La muchacha respiró con fuerza, su coño se contrajo, mi polla sintió como si estuviese partiéndola por la mitad, y a topetazos, sacudiendo todo su cuerpo con mis empujones, la polla palpitó y con un estremecimiento final roció su interior de espesa leche. Allí me mantuve, aferrando sus muslos, apretando la polla dentro de ella, mirándola y mirando luego a H*l*n, que ahora —de espaldas sobre la cama, con la combinación levantada, visibles sus muslos y su vientre— se masturbaba el coño vigorosamente, abandonándose a una desenfrenada lujuria. Aunque estuviese saciado, puse los dedos en el toisón de H*l*n, cuando vi por sus temblores y por su dulce mirada que estaba corriéndose.

Silenciosos, inmóviles, un grupo lascivo; como la polla empezó a reducirse entonces, aferré más de cerca los muslos de mi muchacha manteniéndome dentro mientras su coñito se pegaba a mí como si

fuese cera. Podría haberla mantenido allí una semana, aunque su tamaño no hubiese sido mayor que el de un hueso de níspero, de tan poca obstrucción como ofrecían sus pequeñas nalgas, de tan cerca como estaba su coño. H*l*n abrió los ojos y miró. Nunca mujer alguna disfrutó más que ella un espectáculo o un juego obsceno. Nunca había visto tomar una virginidad de ese modo antes, y su conducta fue muy similar a la de Sarah F**a*r en semejantes circunstancias.

La muchacha yació en el silencioso goce de un coño inseminado y el exceso de un nuevo placer. Me froté contra ella, porque nadie puede mantener quieta una polla cuando está dentro de un coño. Ella me miró. «¿Te gusta joder?». «Síí». Empezó a manar jugo de su grieta. «Levántate y lávate», dijo H*l*n. «No lo hará», dije, y anidé la picha más cerca de ella. A la chica le gustaba, y quedó inmóvil. «Levántate y lávate», dijo H*l*n con impaciencia. «No lo hará». «Es mejor que la dejes». Vi la sabiduría, desmonté, abrí sus piernas más al hacerlo, manteniéndolas levantadas, y caí sobre mis rodillas. Vi el coñito borroso, cubierto de leche y salpicado de sangre, pero había tan poca sangre que si no hubiese verificado la virginidad antes de tomarla bien podría dudar de su existencia anterior.

Entonces ella se lavó la lacerada grieta. «Échate el agua bien dentro», dijo H. Estábamos silenciosos. Joder y masturbar aquieta a todo ser humano durante algún tiempo. Entonces la puse sobre la cama, vi el desgarrón irregular que mi polla había hecho y lo palpé. Ella se retorció diciendo que estaba escocida. Le di un regalo y se marchó escaleras abajo. H. y yo charlamos sobre primeras folladas, y ella dijo que éramos bestias los dos. «Convenido, pero no podemos evitarlo, no nos hicimos nosotros mismos». Fue uno de los incidentes más voluptuosos de mi madurez. Dos o tres días después la muchacha dejó el servicio de H*l*n.

(Como he dicho antes muchas veces, joder se parece siempre mucho; sólo los preliminares varían. El modo en que H*l*n indujo a la muchacha a someterse y se masturbó mientras yo tomaba la virginidad es semejante a la conducta de otras mujeres en caso semejantes. Pienso que a las mujeres les gusta ver folladas a muchachas, que obtienen placer iniciándolas a los misterios del amor aunque no haya nada de misterioso en ello exceptuando la psicología. Madame de Maintenon hacía probablemente lo mismo

que Sarah F., lo mismo que Nelly N. y H*l*n hicieron).

Sobre las once y media de una mañana fría y monótona, hacia finales de marzo, pasaba a través de un nuevo distrito en los suburbios del noroeste de Londres y di la vuelta bruscamente a una esquina para caer en calles nuevas y parcialmente hechas donde había uno o dos edificios ya terminados, listos para alquilar, y varios estaban construyéndose algo más lejos, preparada la parte restante de terreno para arrendarse y rodeada por cercas. En la unión de dos calles la empalizada se había derrumbado en un ángulo; allí había una mujer en cuclillas sobre la acera, con la espalda apoyada contra la empalizada y —según pensé al principio— descansando, pero inmediatamente descubrí que estaba orinando. Sus enaguas apenas le cubrían las rodillas, vi los bordes de grandes nalgas y desde la oscuridad, en la sombra de sus enaguas, un fuerte chorro brotando que caía frente a ella y repicaba audiblemente.

Con deleite lujurioso me encaminé directamente hacia ella, agachando la cabeza como si intentase ver su coño meando. A medida que fui acercándome a ella cesó el chorro, y ella se levantó mirándome, con aspecto sorprendido e incómodo al principio, pero luego riendo en voz alta. «Para qué vienes por estos caminos, tío viejo», dijo. «Pues me gustaría palpar ese coño», dije yo. Ella rió con ganas. «Mi hombre quizá te palpe a ti con condenada fuerza, viejo verde, vete ahora». «Me gustaría follarlo». «Él me lo hará a la hora de cenar. O te largas o te arrepentirás». Y de nuevo rió con ganas y una mirada lasciva, como si lo considerase un buen chiste. «¿Dónde está tu hombre?». «Trabajando allí», e indicó en dirección a las casas en construcción. «¿Para qué viniste a mirarme? ¿Es que nunca lo has visto hacer antes? Ya tienes edad». No se había movido del punto donde orinara.

Llevaba un gran sombrero redondo y negro con una enorme pluma sucia, vestido oscuro, un pequeño chal atado alrededor del pecho, un delantal blanco limpio, medias blancas y botas gruesas. Parecía una vendedora ambulante. ¿Era una verdulera? ¿La mujer o la esposa de un obrero? ¿Una puta barata? Todo esto cruzó rápidamente por mi cerebro al hacer el primer avance. Luego decidí por su risa y por su actitud en general que era una golfa, si es que

no era una zorra regular. La lujuria me hizo nuevamente audaz, porque era alta, robusta, de pelo y ojos oscuros, lozana, con aspecto saludable y quizás unos treinta años. Había visto justo el borde de sus nalgas y la deseaba. «Te daré cinco chelines por palparte el coño y mirarlo», dije atrevidamente. «Vete a paseo, tío viejo; él está trabajando allí». «¿Quién?». «Mi marido, que pronto vendrá a cenar», y rió con ganas nuevamente, como si todo el asunto le divirtiese mucho.

No había pasado nadie, ni era probable que pasase por el lugar a medio hacer, con excepción de los trabajadores. Cerca había dos casas aparentemente terminadas, con las puertas de par en par. «Para alquilar» estaba escrito en todas las ventanas. Podía o no haber obreros dentro. «Ven allí y te daré diez por tenerte», dije. Ella rió con más fuerza. «Vete a paseo, debieras saber con quién te las juegas; obtendré todo lo que deseo a la hora de cenar», y sacudió la cabeza. «Déjame hacerlo primero». Una sacudida de la cabeza. «Ven». «¿Qué hora es?». «Las once y media». Ella sacudió la cabeza de nuevo, pero pareció vacilar. Yo saqué el oro, lo enseñé y echando a andar me detuve ante la primera puerta, donde le hice un gesto de seguirme. Ella miró dando la vuelta a la esquina y luego hacia donde estaban edificando. Entré en el vestíbulo de la casa vacía; no había obreros allí, y al minuto entró ella. «Tenemos que damos prisa o él saldrá», dijo. «¿Quién?». «Mi marido». «Tonterías, no estás casada». «Sí lo estoy, mira», y mostró la mano con un anillo de matrimonio. Entonces pensé que podía ser cierto, pero estaba seguro por el modo de recibir mis avances de que más de una polla se había metido entre sus muslos antes o después.

Fuimos al cuarto de atrás, escuchamos y no oímos mido. Empecé a palparle los genitales. Ella abrió las piernas, descubrí que tenía un culo sólido y un coño espesamente peludo. Levanté sus ropas y miré sus colosales nalgas, cosa a la cual medio objetó, pero mantuve levantadas sus enaguas empujándola contra un muro, y así, durante un minuto o dos, palpé y miré su raja peluda, o más bien su comienzo, ya que no era muy visible en esa posición.

Mi verga estaba tiesa y me sentí espantosamente cachondo con ella, pero la prudencia me contuvo. ¿Quién es? ¿Estará sana? Esos pensamientos me atravesaron mientras quedé de pie reflexionando y silencioso. Ella dijo: «Date prisa, debo irme antes de las doce… no

puedo dejar a mi hombre esperando». Ante eso dejé de mirar sus muslos y su monte de pelo oscuro. Tomándola por la cintura empecé a acariciar con la otra mano un clítoris lleno, hasta que ella movió el vientre un poco hacia delante. «Date prisa y hazlo, ¿no la tienes tiesa?». Molesto con la duda le dije que mirase, y desabrochando los pantalones un poco dejé que mi picha fuese visible. Ella la cogió al instante sin invitación mía, emitiendo una especie de «fhú» o silbido contenido, y dijo riendo en voz baja: «Métela, date prisa». El manoseo de mi instrumento me complació aunque su mano fuese fría y rugosa, y de nuevo levanté sus enaguas ayudándome ahora ella con su mano libre, y empecé a palpar otra vez su coño y los alrededores durante un minuto, mientras ella toqueteaba suavemente mi polla, hasta que con un temblor y una sacudida de su vientre —ese movimiento indefinible que una mujer hace cuando está cachonda y tiene los dedos de un hombre sobre el coño—, se acercó la picha diciendo con prisa: «Apresúrate ahora, debo irme pronto; puede entrar alguien, hay carpinteros aquí, ¿no lo ves? Métela». Ella estaba deseando joder más aún que yo.

Deseándola locamente, pero temiendo todavía, le dije: «Menéamela mientras palpo tu coño». «No lo haré, animal», dijo ella soltando mi instrumento. «Hazlo como es debido o no lo hagas», y sus enaguas cayeron.

Yo las levanté. Ella me ayudó, abriendo los muslos para recibirme. Estaba metiéndose justamente la verga cuando imaginé que los labios que estaba abriendo con la mano izquierda parecían anormalmente mojados. De nuevo fui presa del miedo. «Estás bien, tienes un coño agradable, pero he tenido todo cuanto quería». Al soltarme la polla, el gabán cayó sobre ella y la metió parcialmente en mis pantalones. Me saqué del monedero medio soberano y se lo di. Ella se lo metió en el bolsillo sin darme las gracias, pero quedó donde estaba, mirándome. «¿Por qué no lo haces? ¿De qué tienes miedo?». «Estoy cansado». «No lo estás, no es eso… a la mierda con el cansancio. ¿De qué tienes miedo? Hazlo rápidamente… vamos… métela», y se levantó de nuevo los vestidos.

Tiene el dinero y quiere joder, pensé, y mi timidez desapareció. Pero aunque la deseaba más que nunca seguía vacilando, y empecé a abrocharme los pantalones. Ella, pensando que me estaba preparando para trabajarle el trasero, había plantado la espalda

contra el muro y levantándose las ropas dijo: «Date prisa». «No puedo hacerlo ahí, no lo deseo, sólo quería palparte el coño». «Hazlo aquí, entonces», dijo. En el cuarto había un largo banco de carpintero con algunas virutas en su superficie. Ella se sentó de un salto en uno de sus extremos. «No puedes tumbarte ahí». «Sí que puedo», y se tumbó de espaldas con las piernas colgando sobre el borde. Excitado ahora más allá de todo pensamiento sobre posibles consecuencias, lancé hacia arriba las ropas, ella abrió los muslos, durante un segundo miré su sexo, vi labios llenos, la barra roja y espeso pelo oscuro sobre su toisón, me saqué la verga y entonces vacilé de nuevo. Me encontraba en uno de esos estados nerviosos que me habían acometido a veces en ocasiones infrecuentes.

Viendo esto, ella se sentó y cogió mi polla. «Vamos… ¿de qué tienes miedo?». «Tienes el dinero», empecé a decir. «Sí, y también tengo tu picha». (Con una risotada). «¿Quieres que te eche un palo?». «Sí, apresúrate». «Tu marido te lo hará». «Tienes razón, pero apresúrate». Ella era demasiado para mí, y le metí la polla. Ella sintió la distensión de su sexo y la fricción. Pronto suspiró: «Ah… oh… ah…», su coño se contrajo fuertemente y se corrió. Yo no fui tan rápido, y su coño se distendió inmediatamente —algunas mujeres les acontece—, pero a la larga acabé corriéndome con mucho gusto. Ella no me desmontó y quedamos mirándonos copulados. «Es mejor que te vayas antes de que llegue la hora de almorzar para mi hombre», acabó diciendo. Se la saqué, ella se levantó y rió. «Eres un viejo distinguido y cachondo, ¿por qué dijiste que no podías hacerlo? Yo sabía que podrías».

Miré mi reloj. Faltaban todavía casi diez minutos para las doce. Saqué mi polla, fui hacia el retrete y oriné. Ella me siguió. «¿Vas a lavar tu coño?». «Sí, si hay agua». Había, y contemplé sus operaciones. «¿Estás bien?». «¿Qué quieres decir? Oh, no ha habido hasta ahora ningún problema conmigo». «No estás casada». «Lo estoy». Entonces ella sacó el medio soberano, escupió sobre él y lo puso de nuevo en su bolsillo. Como mi lujuria había pasado observé que era una golfa zorra, grande y tosca, pero de aspecto saludable. Palpé sus duros muslos y nalgas nuevamente, rasqué el toisón y dejándola salir primero, por expresa petición suya, me fui pronto en otra dirección.

Había recorrido cierta distancia cuando —reflexionando sobre el

divertido incidente y sintiéndome curioso— volví hacia el extremo de la calle donde estaban construyendo. Eran justo las doce y los obreros estaban saliendo. Ella estaba de pie allí, y vi cómo un obrero se unía a ella. Estaba viniendo en mi dirección, al verme, le dijo aparentemente algo a él, giraron y se fueron en dirección opuesta. Los ojos de ella se abrieron de par en par al verme; aunque estábamos algo distantes, lo observé.

Fue una agradable aventura mañanera. Me imagino que ella había sido ramera, y tenía levemente el lenguaje y los ademanes de una. Siendo libre y fácil su virtud, como parecía, ¿era la mujer del obrero o estaba casada? ¿Qué importa? Ella y yo disfrutamos jodiendo inmensamente. Me divirtió verla vaciando su coño en el retrete. Varias veces me he lavado las pelotas en uno, pero jamás había visto antes a una mujer haciéndolo. En las casas vacías no suele haber agua. Recuerdo haber palpado el coño de una muchacha en una casa semejante, descubriendo luego que no había agua en el lavabo para lavarse los dedos.

El protector de H. — Su ausencia. — Las necesidades voluptuosas de H. — Un amante con polla de burro. — Cautela recomendada. — Sus excusas. — Polla de burro en acción. — El placer proporcionado por grandes pollas. — La primera visión de un genital por parte de Harry. —Masturbado por un señor. — Protector sin dinero. — Permitidas mis visitas. — Comprado un gran espejo. — La señorita Def, la exramera. —Sobre Magdalenas. — Masturbando con el pie. — Una fiesta en el jardín. — El columpio. — Una solterona animada. — Prestados libros indecentes. — Conversaciones libres y fáciles. — Polla de burro en el desván. —Su instrumento blando. — La rabia y los reproches de H. — Ella sobre él. — Nalgas enérgicas. — Ellos en el mejor dormitorio. — La estratagema con la puerta. — Placer mutuo en el canal lubricado. — Los aspectos estéticos de joder.

H**** seguía teniendo dos muchachas, pero ahora las cambiaba a menudo por una razón u otra. Sospecho que para facilitar las intrigas. Lo más usual es que hiciese el trabajo de la casa su parienta, en la cual tenía gran confianza, junto con una chica joven y una asistenta. Esto parecía también sospechoso, como si se hubiese preparado para favorecer intrigas. De hecho, la propia H. casi lo admitió, sonriente. Se suponía que ahora había abandonado definitivamente la vida alegre y dedicaba su templo de amor a un único adorador. Desde luego, creo que era inaccesible a los hombres (exceptuándome a mí y a un amante), nunca se dejaba ver en los antros de las casquivanas, en teatros o en otros lugares de diversión, y había cortado prácticamente casi todas sus relaciones con zorras de los viejos tiempos. Pregunté a mujeres, y en lugares donde debían saber algo, pero nadie la había visto. Una mujer pensaba que estaba enferma, y la mayoría creía que era mantenida.

H**** hablaba bien de su protector. Estaba orgullosa de su aspecto personal, del hecho que fuese un caballero, un hombre de Oxford, bien nacido y todo lo demás, como en efecto lo era. Ella

dijo que le amaba. A ella le gustaba la casa, incluso las tareas domésticas. Era una mujer muy activa, muy limpia, y se ocupaba en esas tareas así como en leer. Era muy inteligente, y, de hecho, poseía la mayoría de las cualidades que contribuyen a hacer una buena esposa. Era un pico fino, y muy extravagante en su alimentación; le gustaba cocinar, y daría cinco chelines por una pinta de guisantes o por otro alimento deseado aunque tuviese que pedir prestado el dinero para pagarlo, pero prefería con mucho endeudarse. Éste es un ejemplo de lo que considero su única extravagancia. Podía escribir bien, componer acertijos e incluso escribir rimas que estaban lejos de ser despreciables.

Pero su naturaleza era lujuriosa, su fuerza sexual era tanta que conquistaba. Un solo hombre no podía satisfacerla, aunque cuando estaba con su protector él se la follaba dos veces al día y ella se masturbaba dos o tres veces más —lo hacía incluso delante de él, según me contó—, y yo la veía cada semana, jodiendo con ella dos o tres veces y masturbándose ella a menudo entre nuestros ejercicios amorosos sin fingir, sin hacerlo por excitarme, pues no había objeto en ello. Tal era su fuerte apetito de goce voluptuoso, el anhelo de su carne. Se deleitaba viendo libros y dibujos indecentes y con todo tipo de voluptuosidad en general, aunque a pesar de todo no era enteramente una Mesalina.

Por entonces quedaba sola una o dos semanas, o hasta más tiempo, por ausencia de su amigo, que la idolatraba; pero él no podía evitarlo. Entonces las fuertes inclinaciones de su carne la ponían en una gran tentación. Masturbarse no la satisfacía, su coño añoraba irresistiblemente al varón. Confesó que mi charla la excitaba tanto que a menudo le bastaba pensar en ella para ceder a sus pasiones. Eso no lo creo, aunque pude haber añadido combustible a las llamas. Tras algún tiempo comenzó a gustarle otro hombre. Esto sucedió cuando fue a ver a una impetuosa mujer de la vida con quien no se había encontrado desde que había empezado a ser mantenida. Por consiguiente, el hombre era un mero conocido. Él era célebre en los círculos de golfas por sus perfecciones físicas, y el deseo de su gran polla fue realmente la razón por la que ella quisiera conocerlo al momento, y de que se lo llevase a su casa. Pero relataré más sobre este hombre después.

Con el paso del tiempo le vi utilizando su instrumento.

Contribuía mucho al placer de ella saber que yo era espectador. Cuando la cosa estaba hecha y él se había marchado ella venía a mí, húmedos sus ojos con el placer reciente, todavía lujuriosa. Jodíamos y hablábamos. La idea de que mi polla estuviese en la avenida abandonada por la suya incrementaba los placeres de ambos al joder; creo que los suyos todavía más que los míos. Poco después nuestro erotismo entró en una fase todavía más alta de lujuria.

Cuando llegó a conocer bien al hombre con polla mayor que la de su amante —la mayor que había visto nunca, dijo ella— la describió encendidamente, narrando el goce sentido cuando la tenía dentro. Como ya dije, el caballero que la mantenía se la follaba dos veces al día cuando estaba allí, su amante pobre la jodía con frecuencia, yo le daba mi pito una vez a la semana entonces, además de masturbarla con la boca (cosa que nunca cesaba de hacer), y además de todo esto ella se masturbaba casi todos los días. Pero ni siquiera esto le proporcionaba un exceso de placer sexual; a pesar de tanto joder, masturbarse y ser masturbada con la lengua, parecía el vivo retrato de la salud y la fuerza, y tenía ambas cosas.

Como dije, se había encontrado por azar con este hombre, le habían hablado de él, y fue la idea de su tamaño lo que afectó su imaginación sexual. Como descubrió ella a la larga, él era un sujeto despreciable que disfrutaba con su encantador coño, pero estaba a menudo agotado antes de poseerla y apenas le hacía los regalos más mediocres. El tamaño de su polla le había hecho célebre entre las mujeres de la vida, como acabó ella descubriendo, y sin necesidad de pagar conseguía más coños de los que necesitaba. Yo recomendé varias veces a H. que cortase con él, pues ella me contaba todos sus asuntos. No deseaba hacer sermones morales, pero vi que era una pena arriesgar una oportunidad evidentemente buena de ser mantenida cómodamente durante toda la vida. Con todo, si ella quería a otro hombre, si le era esencial la variedad, «tenle, pero con cautela», solía yo decirle.

Un día expresé el deseo de ver su verga, de la cual estaba siempre hablando ella. Se sentía orgullosa, sus ojos brillaron voluptuosamente cuando me contó los preparativos para mi espionaje. Hacía tiempo que le encantaba contarme sus calenturas, siendo yo —como era— un oyente satisfecho y sin prejuicios, aunque le advertí que debería tomar precauciones para no ser

sorprendida por su protector. Ella solía replicar: «¿Qué otra cosa llenará mi vida? Philip y yo no vivimos juntos, no podemos permitírnoslo ahora… Hace más de un año que no he ido al teatro… sólo tengo mi casa, jugar a las cartas y joder como diversiones». «Querida, joder es lo único que vale la pena en esta vida, pero sé prudente». La disposición de su casa entonces —debido al modo en que ella y su protector ocupaban el dormitorio de atrás— no favorecía un espionaje sobre el hombre, que tenía mucha experiencia en tales asuntos por pasar la mayor parte de su tiempo con zorras, y a ella le costó mucho engañarle. Debía suceder en el gabinete, y a una señal yo bajaría las escaleras desde su dormitorio descalzo, miraría desde la puerta del gabinete, que estaría abierta y no debería hacer ningún ruido, retirándome inmediatamente después de efectuarse la consumación.

Al llegar el día estaba esperando expectante en su dormitorio, oí pasos entrar en el gabinete, bajé cautelosamente hasta el primer rellano, escuché: «Ah», bajé más, oí una conversación indecente y luego: «La tengo entera dentro del coño». Sabiendo por ello que había llegado mi oportunidad, abrí un poquito más la puerta. Ella estaba sobre él, en un sofá, impidiendo con su rostro que él me viese. Le estaba besando, su combinación estaba levantada hasta las axilas, su trasero se movía lentamente de arriba a abajo mostrando una gruesa polla dentro. «No está dura», dijo, enfadada. «Has jodido antes hoy». «No he jodido desde ayer». Ella le desmontó mientras hablaba, y con un chapoteo brotó una enorme polla no del todo tiesa. Allí se quedó ella tumbada sobre él, con los muslos abiertos de par en par, abierto por completo su coño, con la polla de él debajo. Le encantaba dar gusto a mis ojos, mostrarme el procreador que ella estaba orgullosa de disfrutar.

Entonces se quitó de encima y se puso al lado de él, todavía inclinándose y besándole para que no pudiese verme, mientras le masturbaba. Pronto su polla se irguió, y era un gigante. Ella se subió otra vez sobre él, se empaló y pronto las sacudidas cortas y giratorias de las nalgas de ella y los movimientos de las piernas de él (enfundadas en pantalones) me dijeron que se estaba corriendo. Al minuto su húmedo instrumento salió del coño, y yo me deslicé escaleras arriba dejándoles todavía vientre con vientre sobre el sofá. Ella le había dicho que su hermana estaba en el dormitorio, y oí que

ella subía y él se iba a la cocina. Oh, el voluptuoso deleite de su encantador rostro mientras se tumbaba sobre la cama para dejarme ver su coño, y el goce que tuvo cuando mi polla se deslizó hacia dentro suavizada por su esperma, y su éxtasis lascivo cuando mi esperma se mezcló con el suyo y el de ella en espasmos de enloquecedor placer. Ella se deleitaba ahora con este tipo de copulación, decía que le hacía sentir como si estuviese siendo follada por los dos al mismo tiempo.

Este espectáculo se repitió después sobre una cama en el desván, pero tras algún tiempo ella se hartó de él y no le vio más. Con todo, seguía teniendo su amante pobre de gran polla, que murió uno o dos años después, y como ya he narrado lo que vi e hice después de él, no contaré más. Ella había medido en diversas ocasiones con cordel la longitud y circunferencia de ambas pollas. El modo de conseguir mediciones adecuadas fue objeto de cuidadoso análisis por nuestra parte. Tengo las longitudes y las circunferencias de ambas pollas y de la de Phil medidas en erección, alrededor del tubo a mitad de camino hacia la base, y desde el centro de la punta hasta donde la polla se une con el vientre.

Con todo, la mayor de las dos pollas no se aproximaba en tamaño a aquel titánico dilatador de coño que Sarah F**z*r me permitió ver a través del agujero espía, hace algunos años en un burdel. Aunque no tuviese las medidas de *aquél*, era mucho mayor que ninguno de los que he visto hasta hoy, de ello estoy completamente seguro. (He visto unas doscientas pollas justo antes de que sus propietarios las metieran dentro de sus mujeres).

El hombre de gran polla era un sujeto de aspecto tosco, aunque fuerte y apuesto. Hacía un alto en la casa, se alimentaba a expensas de ella y apenas si le daba algún regalo, aunque no fuese un hombre pobre sino un hombre de negocios, como ella sabía y como yo me tomé el trabajo de comprobar. H**** me contó pronto todo cuanto sabía acerca de él. Yo era sin duda el único confidente que ella podía tener para esta calentura. Él era lo bastante descuidado como para permitir que un jovencito de su local comercial le pasase cartas mientras estaba con H., y ella se familiarizó con el muchacho.

H**** me contó un día que estaba en la cama con gran-instrumento cuando el joven (dieciséis años entonces) le trajo una carta. Como ambos estaban cachondos empezaron a bromear con el

muchacho, preguntaron si alguna vez había visto a una mujer desnuda, y apartaron la sábana para que H*l*n se mostrase hasta la cintura. Ella lo permitió, en realidad le gustaba la broma, y admitió que no había visto la polla de un muchacho de esa edad, tiesa o blanda. «Muéstrale tu picha y ella te enseñará su coño», dijo gran-instrumento. El muchacho, brillando sus ojos de lujuria, se aproximó a la cama. H. abrió los muslos invitadoramente, su señor se levantó y le sacó la picha al muchacho de los pantalones tan dura como un cuerno. Ella abrió más los muslos, el hombre meneó un par de veces la polla del muchacho y el esperma salpicó los muslos de H. Esto me lo contó al día siguiente de ocurrir, cuando fui.

Esta masturbación del muchacho condujo, como cabía suponer, a algunos episodios eróticos. Despertó espontáneamente la lujuria de H., que nunca había sido follada por alguien tan joven, y no pasó mucho tiempo antes de que su delgada polla y el coño de ella fuesen presentados el uno al otro. Protejo de las llamas el relato de un episodio posterior donde participé, y que escribí por entonces.

Un poco antes de esto, el protector de H. se encontró en dificultades económicas, como yo había sospechado. Ella le dijo que un viejo amigo amable quería visitarla, que necesitaba encontrar dinero en alguna parte o deberían separarse, y él consintió que yo —y sólo yo— la visitase. Ella le había dicho que yo era demasiado viejo para follar, y que me limitaba a bajarme al pilón con ella. Naturalmente, sólo tuvo su palabra como prueba. Nunca le vi, ni él a mí. Él quedó muy triste por ello, pero antes que permitirla volver a la vida estaba dispuesto a casi cualquier cosa. Sin embargo, el dinero y otras circunstancias me impidieron verla con mayor frecuencia, aunque fui en lo sucesivo con la mente más relajada. Tampoco ella padecía ansiedad, y celebramos nuestras juergas con placer incrementado, pues sus deleites lascivos conmigo eran mayores que nunca.

Más adelante ella me contó que su protector estaba poniéndose tan erótico como yo, aunque fuese un hombre mucho más joven. Mi impresión era que ella le enseñaba. A veces era: «¿Qué piensas? Phil quiso que hiciese esto o aquello con él». O: «Echamos un palo en esta posición el otro día». O: «Ahora le gusta escuchar cómo me han follado en otros tiempos», y así sucesivamente. Entonces ella y yo tuvimos gran placer haciendo las mismas cosas juntos.

Un día deseé un espejo grande para vemos al joder. Le había hablado de los espejos en los burdeles franceses. A excepción de un espejo de cuerpo entero, ella nunca se había visto reflejada durante la copulación, y lo deseaba. Me ofrecí a comprar uno. Pero ¿qué diría Philip? «Le encantará; a menudo deseamos tener uno cuando le digo que he oído hablar de tales cosas, pero él anda corto de dinero justo ahora, y sabe que eres el único hombre en visitarme». Él no conocía la existencia de sus amantes. Entonces pagué un espejo que ella se consiguió. Era casi tan largo como su cama; quedó situado contra el muro, bastante cerca de la cama, y a partir de entonces pudimos ver todos nuestros movimientos.

Nunca olvidaré el día en que llegó el espejo. Lo pusimos juntos con la inclinación adecuada, y tan pronto como lo hubimos hecho nos desnudamos rápidamente por completo, saltamos a la cama y follamos contemplándonos, y esa tarde no quedó una gota de esperma en mis pelotas. Me bajé al pilón con ella, y ella se masturbó también mirándose al espejo. En mi visita siguiente oí decir que Phil había hecho lo mismo, que noche tras noche les era imposible dormir por el estado de salimiento en que les ponía el espejo, y que colgaban una cortina sobre él cuando no querían excitarse más. De hecho, ver a H. masturbarse era algo notable. Su goce era hacer que me arrodillase sobre la cama desnudo frente al espejo, mientras con una mano sujetaba mi verga tiesa y con la otra se masturbaba mirando todo el tiempo al espejo. Era para mí un deleite —pues sus formas y su rostro eran encantadores— verla en el espasmo venéreo, una visión exquisita. Pero, desgraciadamente, la cama estaba situada por entonces en el cuarto de una forma tal que no podía ver la cama ni su reflejo desde la única puerta disponible para espiar, por lo cual las exhibiciones de joder se hicieron siempre en otros cuartos.

Poco después de tener el espejo apareció por allí con frecuencia una ramera temporalmente apartada del negocio. Había sido criada, luego seducida, luego bien mantenida, luego doctora general en copulación, luego casera con inquilinos y ahora estaba sin dinero. Había sido hermosa, pero para mí era vulgar aunque estuviese bien entrada en carnes y no dejaran de ser incitantes sus senos y sus piernas. Había sido una especie de intermediario, chivo expiatorio y cosas semejantes para H*l*n cuando estaba en la vida, y ella le

tenía cariño. H. parecía contenta, porque era la única golfa en visitarla por entonces, y con ella podía hablar de grandes pollas, etc.

Ella (la llamaré señorita Def) era una devota de la conversación indecente. Nada parecía complacerla tanto como narrar alguna experiencia de meretriz, los trucos que ella y otras habían hecho con los hombres. No había disfraz para entonces entre nosotros tres, porque esa intimidad y confianza que parezco tener, el arte de inspirar (sin intención) en las mujeres de la vida, me las había otorgado H*l*n en la máxima medida para una mujer que ha sido de la vida. Pero las golfas nunca cuentan *todo* a *nadie*, ni siquiera a sus amantes. ¿Lo hace una mujer casada? Estos relatos no son invenciones despertadas para mi edificación, no habría objeto en hacer semejante cosa. Me importaba un bledo Def. Los relatos brotaron espontáneamente en nuestras conversaciones cuando nos sentábamos juntos, y, naturalmente, acabábamos una y otra vez follando.

En esto y en los recuerdos amorosos H. estaba tan complacida como yo. Estoy convencido de que todas las sacerdotisas de Venus aman su trabajo y hablan de fiestas pasadas cuando han abandonado la vida, aunque puedan pretender lo contrario. Cuando están enfermas y ajadas de rostro y de cuerpo, y sin éxito, se arrepienten y son virtuosas «Magdalenas». Suele pagarles más el arrepentimiento *entonces* que el joder.

He visto a muchas Magdalenas, pero ninguna con buena salud ni buen aspecto. Eran fracasos en su ocupación, carecían de rostro, cuerpo, habilidad y empuje, y sospecho que todas ellas tenían coños mal adaptados o algo que no funcionaba en esa zona. Por lo mismo, se arrepintieron, se volvieron virtuosas, fueron «reclamadas», se convirtieron en Magdalenas y obtuvieron cobijo y dinero. Me atrevo a decir que cuando estaban mejor, o en su casa de las colonias, no olvidaban que tenían coños útiles para cosas distintas que mear.

Una tarde tras el almuerzo bebimos los tres champán que yo había traído, y nuestra conversación se puso verde. Def mostró unas buenas piernas y luego sus senos. «Enséñale tu coño», dijo H. Así lo hizo, y conversando nos pusimos en un estado de cachondez como el que me acometía inmediatamente después de ver los encantos de H****. Condujo a ello un relato de Def sobre un hombre en la cama

entre dos mujeres totalmente desnudas donde, por no haber sitio, una mujer se tumbó atravesada sobre los pies de la cama con los pies del hombre y la mujer tocándola y ella masturbándose mientras jodían. «Vayamos a la cama y hagamos lo mismo», sugerí.

Nos desnudamos todos y nos metimos en la cama (era un tiempo caluroso). El coño de Def era anormalmente peludo, el que podía esperarse, un coño regular bien follado y de cuarenta años. Ella besó mi polla y el coño de H. también antes de tumbamos. Entonces nuestra lascivia y el contacto delicioso de pieles suaves sugirió voluptuosamente todo tipo de calenturas. Tumbándome de espaldas mientras palpaba el coño de H*l*n dije a Def: «Te masturbaré con el pie». Me dejó encantada, y situando mi talón contra su coño después de que ella se hubiese colocado en una posición conveniente, lo oprimí y froté allí. Ella se aferró a mi pie por el tobillo y lo guió, acomodando su coño a fin de conseguir la fricción que más deseaba. H*l*n estaba medio sentada todavía, palpando mi polla y contemplando esta masturbación con el pie. «Dale una follada a un pobre cuerpo, no he tenido un trozo de picha durante meses», dijo Def tras un rato. «Jode *conmigo*», dijo impetuosamente H. tumbándose, porque estaba caliente y el deseo a veces parece hacer presa en ella con impaciencia. Retirando el talón del coño de Def, monté el suave vientre de mi beldad y empecé el ejercicio con la polla, apuntando ahora hacia abajo mis dedos de los pies.

Tras unas pocas sacudidas H. dijo: «Def se está masturbando». Ella podía verlo, yo, que estaba boca abajo, no podía sin volver la cara hacia el espejo comprado por mí. «Sigue jodiendo, estoy mirando cómo se masturba Def». Los pies de H. y los míos estaban ambos contra el cuerpo desnudo de la mujer. Podíamos sentir el movimiento de su cuerpo al masturbarse. «Pon mi dedo gordo en tu coño y mastúrbate con él», dije queriendo palpar el coño con un dedo del pie, cosa nunca hecha antes. «Sí, mastúrbate con él», dijo H. con una risa lasciva. La señorita Def cogió rápidamente mi pie sin contestar, el deseo erótico la apresó y sentí que el dedo gordo estaba contra la suave y resbalosa superficie; pude sentir nítidamente su gran clítoris y sus anchas ninfas, como si estuviese tocando con los dedos de la mano. H., sin dejar que mi polla se saliera, logró retorcerse para poder ver allí el dedo gordo de mi pie derecho. «El pelo de su coño rodea tus dedos… jódeme… jode», dijo

ella con goce y energía, dejando escapar un suspiro de placer y moviendo voluptuosamente su trasero. Hice como dijo, hundí bien mi polla en su avenida caliente, de la cual había quedado un poco desplazado por el hecho de moverse ella para ver dónde estaba mi dedo. Entonces jodimos mientras Def se masturbaba, pensábamos en ella mientras crecía nuestro placer. «¿Tienes el dedo en su coño?». «Ajá», suspiró H. «Sí, puedo sentir que se está masturbando el coño con él». «Ah… me estoy corriendo… ah… mastúrbame a *mí*… con tu dedo… algún día… ah… ¿lo harás?… ah… ah… jode… métemela con fuerza… ah…». «Córrete, querida, mi leche está viniendo… ella se está masturbando… ah». Y en un delirio lascivo terminaron nuestros placeres con el éxtasis de la crisis, olvidando a la mujer que estaba a los pies de la cama. Cuando dejamos de joder Def continuó masturbándose, haciendo lo que quería con mi dedo, moviéndolo sobre su coño. Con el otro pie palpé sus muslos agitados; ella suspiró, gimió, mi pie y su coño se movieron rápidamente, y justamente cuando nos recobrábamos de nuestros placeres ella emitió un sollozo, una especie de ruido como si estuviese ahogándose —un sonido completamente insólito— y quedó quieta con mi dedo reposando sobre su clítoris, sujetando aún mi pie.

Salté de la cama tan pronto como mi polla dejó la grieta inundada de H. y sentí que mi dedo estaba húmedo por la efusión de Def. La golfa se había corrido copiosamente. El hecho de levantarme la excitó, y palpó la grieta rebosante de H. «Él se ha corrido mucho, cómo me gustaría una follada; hace siglos que no he tenido una», dijo. Nos lavamos los tres y tras descansar jodí otra vez con H. mientras la otra palpaba mis pelotas, encantada con la oportunidad de jugar con los testículos, cuyos jugos tanto anhelaba tener dentro de ella. Luego, tras un vaso más de vino, me pidió que la follase y H. me incitó, me suplicó en realidad, que le «diese servicio». Pero no lo hice porque no me apetecía, y la situación de mi pie recién lavado me vino a la cabeza y detuvo toda pasión. Rara vez he rehusado un coño nuevo, pero lo hice con el suyo.

A principios de junio se produjo una de las *liaisons* más singulares de mi carrera. He considerado singulares otros acontecimientos, y quizá lo eran no menos, pero no me lo parecen

tanto como éste, porque me encuentro en una edad que lo hizo inesperado. Me dicen que no aparento mi edad, y yo tampoco la siento; muchas veces puedo echarle tres palos en hora y media a una mujer apetitosa. Sin embargo, hace casi cuarenta años que jodí por primera vez con una mujer.

Estaba una tarde en unas propiedades cerca de Londres y estaba allí una viuda con su hija única nacida en la India de un padre coronel. Tenían una cómoda situación económica, alternaban con la buena sociedad, pero había muchos chismes sobre la hija. Se decía que su matrimonio había quedado roto misteriosamente, que era un poco ligerita, que había sido vista en el teatro sola con un caballero, que tenía mal genio, que daba a su madre muchos quebraderos de cabeza y —más oscuramente sugerido— que a escondidas le encantaban los pitos. No pensé nada sobre ello porque no nos concernía, pero cuando conversé con ella me pareció ver una mirada en sus ojos que indicaba deseo. Descubrí que reía con una conversación procaz si no contenía francos improperios, y que contestaría con preguntas de supuesta ignorancia hasta acabar diciendo de repente: «¡Oh! No tiene usted remedio», y partir. Con todo, sus ojos no daban signos de quedar escandalizada. Edith H**r*s*n —no es su nombre, aunque se parezca fonéticamente— sabía mucho según decían algunos hombres, y éstos sugerían la posibilidad de que hubiese sido follada en la India.

Ella era guapa, grande y alta, con ojos y pelo oscuro, y pies y tobillos notablemente hermosos, que exhibía tan liberalmente como era permitido por la sociedad. Aunque no me encontraba con ella frecuentemente, tenía algo que hacía vibrar mi verga en esas ocasiones. Sus ojos solían fijarse sobre los míos con una mirada que se suavizaba gradualmente; luego su rostro se sonrojaba y ella desviaba los ojos. No pensé nada de ello, aunque a veces me pregunté si había sido follada, pero descartaba al instante la idea.

Se había servido un almuerzo frío con champán, las gentes estaban sentadas por la hierba cuando —deseando orinar— busqué un rincón retirado y pasé por un lugar rodeado de arbustos donde había un columpio. Allí estaba ella, completamente sola, columpiándose todo lo alto que podía. Se columpió hacia delante justo al aproximarme yo, y sus enaguas blancas al flotar mostraron buena parte de las pantorrillas. Mis instintos voluptuosos se

desataron ante la visión de las piernas y los bonitos pies, incliné la cabeza e intenté mirar por debajo, diciendo involuntariamente: «¡Oh! Qué encantador par, no me gustaría…», y luego me detuve recordando donde estábamos. Ella intentó detener el columpio mientras yo la contemplaba. Todo esto no ocupó más de un minuto. Pienso que ella había bebido el champán libremente. Yo, desde luego, había bebido demasiado y era peligroso con una polla creciendo. Quizás excitada por el vino, ella tenía en aquel momento un coño calentón. «¿Qué quería usted?», dijo ella riendo y mirándome de lleno. «Haber visto un poco más». «¡Oh! ¡Oh!», dijo ella, y entonces ambos reímos con ganas. «¿De qué se está usted riendo?». «De lo que me habría gustado». «¡Oh! Qué hombre extraño es usted, habla en enigmas». «¿No me entiende?». «No». «Me entiende», y nos miramos el uno al otro a los ojos. Imaginé que ella tenía un aspecto voluptuoso.

«Está sola. ¿Va a escapar como la señorita *****?». (Una dama que ambos conocíamos). «No con un hombre casado». «¡Ah! Ella *era* tonta, porque podría haberle visto clandestinamente». «¡Oh! Qué horrible sugerencia». «Bien… los hombres casados son *flirts* de confianza, nunca lo cuentan». «No, no se atreven», dijo ella, y sonrió mirándome de lleno a los ojos nuevamente, y luego ruborizándose. «Debo ir con mamá, se preguntará dónde he estado». «No, sospecho que lo sabe». Ella se fue riendo, yo meé y volví con los invitados.

Poco después estaba andando con ella y hablando sobre la joven dama. A ella no le había sorprendido. La chica estaba siempre flirteando con él, y había sido cogida leyendo libros objetables. Yo pedí a Edith que los describiese. Ella lamentaría mucho hacerlo. «Oh… entonces los has visto». No, no era así, dijo con un gesto sorprendido, pero se dio cuenta de que se había pillado los dedos. Yo insistí sobre el tema. «Si yo le presto un libro, ¿me dirá si es objetable o no?». Ella dijo que sí, y que no se lo diría a su madre, ni se lo enseñaría. «Contiene todo sobre el amor… amor sin disfraces… y retratos que algunos podrían llamar malos… objetables». «Oh, préstemelo». «Tengo miedo, si la encuentran con él será grave. En caso contrario sólo usted y yo lo sabremos, los hombres mayores saben mantener quieta su lengua». «Préstemelo… nadie lo sabrá». «Es todo sobre las diversiones de los amantes, pero

no debo prestárselo». «Oh, está bromeando, lo sé, pero préstemelo». Éste es sólo un resumen de una larga conversación, porque fui cauteloso, temiendo que ella se pusiera tímida. Ahora deseaba salvajemente ver el libro, y debió haber sospechado de que se trataba de uno indecente. «No puedo mandárselo y no puedo llevárselo». (No las visitaba). «Me encontraré con usted». Me la haré, pensé yo, y deduje que había visto friccionada su avenida por el aparato masculino. Luego convino en encontrarse conmigo dos días después; iba a ir de compras sin la madre.

Terminó la fiesta, su madre tenía un carruaje y me ofrecieron un asiento en él. A oscuras, dentro del coche, oprimí su mano y pienso que ella me devolvió el apretón. Apreté mis piernas contra las suyas y ella no se movió (las mías estaban entre ambas mujeres). Continué hablando con la mamá sin hacer caso de la hija. La mamá me preguntó si quería pasar cuando llegaron a su casa, pero decliné la oferta, y cuando me despedí de Edith apreté su mano diciendo: «Lástima que el columpio no me enseñase más». Ella dijo solamente: «Jueves», y nos separamos.

Estuve en el lugar, pero no la esperaba. *Flirts* cuyos coños les dicen que están siendo desatendidos —como acontece con solteronas aproximándose a los treinta años— aparecen a veces después de que la comida, el champán y la charla sugerente susciten estremecimientos lujuriosos, pero entonces hablan y dicen cosas que al día siguiente lamentan. Fuese como fuese, llevé conmigo un ejemplar de *Fanny Hill*. Allí estaba ella, puntual, diciendo que no me esperaba a *mí*. «Tengo el libro, luego no se enfade conmigo». «No lo haré». «Pero quiero hablar con usted un poco primero, entre en un coche cinco minutos, no podemos hablar en la calle». Entramos en un carruaje, le conté más sobre el libro evitando palabras indecentes y le dije que los dibujos mostraban a «personas haciendo el amor». Ella se lo puso en el bolsillo rápidamente, conseguí un beso, dije: «¡Oh, ese columpio, me ha hecho desear!», y nos separamos señalando un día para que ella me lo devolviese. Luego pensé en los riesgos y me pregunté acerca de mí mismo, pues no tenía intenciones definidas. El placer de prestar a una verdadera dama un libro indecente, la idea de que ella y yo leyésemos en común libros sobre materias sexuales —como iba a suceder— me encantaba.

Ella se encontró conmigo y devolvió el libro cuidadosamente sellado. «¿Qué piensa de él?». «Es horrible, no tenía por qué prestarme semejante libro». «Me lo pidió». «No esperaba que fuese así, ¿qué debe pensar de mí?». «Nada, estoy seguro de que ha visto otros semejantes». «Estoy segura de que no». Este fingimiento suyo continuó algo de tiempo en la calle. «Pues no le prestaré ninguno más». «¡Oh!», dijo ella ávidamente, «¿tiene más?». Le pedí que se encontrase conmigo en algún lugar donde pudiésemos verlos en privado, pero ella no contestaba. La metí en un taxi, la besé e intenté la palpada sin éxito. Ella me dijo entonces que le interesarían los libros si no eran tan impropios como aquél, precioso y transparente fingimiento. Yo le dije que los otros libros eran aún más indecentes. Ella se llevó uno y otro día me lo devolvió.

Yo reflexionaba, estupefacto ante lo que había ocurrido, por imprevisto y no premeditado. Las secretas indecencias del asunto, mi perpetuo preguntarme si a ella le habían metido el pito, mantenían mi excitación y también la de la dama, según supongo. Ella observó que podía hablar conmigo como con un padre, aunque conozca yo pocos padres que hablen así con sus hijas. A las pocas semanas le había hablado del placer de masturbarse y bajarse al pilón, y me había ofrecido a instruirla. Ella dijo que no se lo creía, pero que esperaría hasta estar casada, y así sucesivamente. Se negó firmemente a ir conmigo a una casa. Entonces yo dejé la ciudad creyendo que era una zorra astuta que había sido jodida, masturbada y chupada y que estaba intentando atraparme en alguna acción comprometedora, decidiéndome a no verla nunca más. Durante el par de meses en que estuve fuera fui casi enteramente casto y luego volví a Londres.

Cuando me encontré nuevamente con H**** encontré que seguía ausente su amante pobre. Ella y su protector habían estado en el campo y *él* continuaba allí. Polla-de-burro hacía entonces frecuentes visitas a H*l*n, pero también *él* debió ausentarse, y ella se quedó corta de goces. No llevaba en la casa cinco minutos cuando dijo: «Ven arriba», y empezó a quitarse las ropas antes de llegar al cuarto. Después me dio varias citas para estar allí cuando acudiese también Príapo, pero era difícil encontrar condiciones que nos conviniesen a todos. «A mí me gusta saber que nos estás mirando». «Sí, y te gusta que joda contigo después de él». «Es

verdad, ¿no somos bestias?».

El hombre era astuto y cerraba a menudo la puerta. Era caprichoso —a menudo no se desnudaba—, y como ella amaba su polla le consentía. Un día yo estaba allí y él como de costumbre en la cocina, porque ella guisaba para él allí y desde aquel lugar tenía un modo más fácil de salir por detrás de la casa. Pero el gachó se negaba a subir al piso de arriba y se la follaba sobre la mesa de la cocina, como empecé a pensar de tanto como tardaba. Cuando ella vino acababa de hacer que él se fuese de la casa y tenía abundante esperma en su grieta, aunque estuviese allí hacía más de un cuarto de hora. Estaba vestida y me la follé por detrás contra la cama, creo que fue la única vez que lo hicimos así en estas ocasiones de doble follada, aunque le he echado palos en casi todas las posturas posibles. Por lo general, me encantaba ver su rostro mientras la follaba, y hablábamos. «Ah… ¿no tiene él una polla grande?». «Sí, me gustaría tocársela». «Me gustaría palparos las pollas a los dos al mismo tiempo… ah… animal… jode más fuerte… ah…». «Su esperma está espeso hoy». «Sí, ¿no es adorable, suave?… ah… no pares… jode… estoy viniendo». La sonrisa angelical llegó a su rostro, su coño apretó y nos corrimos juntos. Esto es típico. Nunca jodimos sin hablar de pollas y espermas, y sin hacer todo tipo de sugerencias lascivas el uno al otro hasta que los placeres detenían las palabras.

Había una buhardilla donde a veces dormía la criadita (cuando la había). Apenas contenía otros muebles que una cama. Un día que no había miedo a ser sorprendidos ella dijo que le haría ir allí arriba y que se desnudase. Era la tarde de un día caluroso de otoño, él se había festejado con solomillo, bebiendo bastante *whisky* con agua, cuando le oí subir las escaleras, y al llegar el momento me puse en el umbral y escuché. Él estaba jovial y desprevenido, pero temí subir hasta que oyese «ahem», porque la escalera sin moqueta crujía. Luego oí todas las palabras tan claramente como si hubiese estado en el cuarto. Él quería irse a dormir primero. «Jode y luego duermes. Mea primero». «No quiero», dijo él, pero oí repiquetear el agua, risas cuando se subieron a la cama y entonces «ejem».

Cuando atisbé por la ranura de la puerta —la cama había sido situada astutamente para impedir que él mirase a la puerta—, él estaba tumbado de espaldas, sólo con la camisa. Ella masturbaba su

polla, que estaba gruesa pero colgante. «Has jodido antes hoy». Él lo negó, estaba cansado. Ella, furiosa, estaba segura de que se había pasado la noche jodiendo mucho y de que venía agotado. Estaba harta de él, le había estado haciendo eso a menudo últimamente, no iba a conformarse con sus sobras, etc. «Chúpamela». Ella no lo haría, sería mejor que él se vistiese y se fuese, que consiguiera a otra mujer. «Enséñame tu coño». Entonces él se masturbó y obtuvo una gloriosa erección. «Túmbate». Ella se negaba ahora. «No, levántate desnudo y déjame verla, levántate o no me tendrás». Él se quitó la camisa y se quedó de pie desnudo, con un pito del tamaño de un pollino. Valía la pena verlo, era una barra noble y bien proporcionada que se erguía a unos veinte, veintiún centímetros del vientre, y quizás aún más de sus pelotas, con aspecto de tener unos tres o cuatro centímetros de diámetro. Su piel era blanca, tenía una cabeza de un rojo brillante en forma de ciruela, y estaba rodeada en su vientre por un macizo bien definido de pelo marrón claro (él era rubio de ojos azules), que no se extendía hacia los muslos y el ombligo. Sus pelotas eran enormes. En conjunto era el carajo mayor de cuantos he visto excepto uno, y el más bonito. Su visión hizo que mi polla se endureciera voluptuosamente, y sentí al mismo tiempo deseo de tocarla. No me extraña que las conocedoras de instrumentos priápicos admiren el suyo y deseen al instante disfrutarlo, aunque sea indudable que una verga de tamaño medio proporcione tanto placer sexual a una mujer como el mayor dilatador de coños. Una inmensa polla dura siempre parece un poco ridícula cuando un hombre está de pie desnudo, por lo que es extraño que mi polla se endureciese por simpatía al ver la suya.

H**** se sentó, mirándolo silenciosamente. Por un instante volvió sus ojos hacia la puerta donde yo estaba espiando; había admiración, orgullo y lujuria en sus ojos. Lo miró de nuevo con la expresión de «¿no es una belleza?, ¿y va a penetrarme?». Sus muslos se cerraron y luego abrieron espasmódicamente, como si la recorriese un espasmo de placer, y poniéndose los dedos sobre el coño allí los mantuvo. Pero la polla empezó a bajarse, él le dio una violenta meneada, se irguió, luego se redujo violentamente y ella le regañó. Me gustaba ver a un hombre de menos de treinta años con su polla no del todo dispuesta, como ha estado la mía en una o dos ocasiones, aunque todavía pueda joder con ella dos veces en una

hora. Tras algunas observaciones irritadas, ella se quitó la combinación y le montó; su trasero estaba a menos de dos metros de mis ojos, y la vi introducir la polla en su coño y dirigir la follada. Su instrumento seguía reduciéndose. Ella le llamó «animal gastado», le dijo que se fuese, pero quería correrse, continuaba reinsertando su máquina cuando lo precisaba y jodiendo enérgicamente. Tuve una gloriosa visión de su inmenso propagador… que ella a menudo sacaba hasta la cabeza y luego hundía otra vez. Entonces el trasero de ella osciló rápidamente, su coño se aplastó hasta que las pelotas de él se le quedaron pegadas, y exclamó en voz alta: «Jode… córrete, hazlo… ahaa», y quedó inmóvil.

Al minuto: «No te has corrido». «Estaba viniendo precisamente». «No tienes ninguna leche», y al mover sus nalgas se salió la polla, brillante con la corrida de ella y bastante rígida. Vi el rostro de H., que estaba cachonda. Sin una palabra más, volviendo de nuevo sobre él, hundió en ella su largo y grueso nervio y meneó sus espléndidas nalgas hasta correrse dos veces más sin que él se corriese ninguna, colmándole de insultos tras cada crisis y él presentando todo tipo de excusas. Ella había estado trabajando más de media hora, y continuó hasta que al final logró sacarle una corrida. Nunca la había visto antes tan caliente; su rostro estaba húmedo y escarlata, sus ojos arrasados de agua con el correrse, pero fieros, y al darse la vuelta dio una torta a su polla. «Has estado jodiendo antes hoy, mentiroso, sal de aquí lo más de prisa que puedas, y no traigas más a mi casa tus pelotas vacías, porque no follarás conmigo más, animal malvado». Quedaron al descubierto todos sus pecados. Ella ya me había hablado de su maldad.

Él presentó toda clase de excusas, pero ella no se apaciguó. Se puso su combinación, vino a mi dormitorio y dijo en voz alta: «Arthur se va, déjale salir… no permitas que entre en la cocina». Él oyó esto, bajó vestido y siguió disculpándose mientras ella replicaba a todo: «Es una mentira… es una mentira», hasta que salió de la casa. Entonces ella vino a mí y sonrió. «¿No es una polla espléndida?». Me dijo que había oído crujir la escalera, pero que él no se había dado cuenta. «Estoy muy mojada, me he corrido tres veces y él se corrió al final. El maldito está agotado, pero sabía hace tres días que iba a venir… mi coño está mojado… ¿Vas a follarme?». Yo dije que no, pero fui llevado al grado más alto de la

lujuria, y en media hora me la había follado dos veces. Ella declaró que polla-de-burro no volvería a hacérsela nunca, pero yo estaba seguro de lo contrario. «¿Verdad que tiene una polla noble?», dijo ella admirativamente. «Sí, pero es un tosco bruto, no es siquiera apuesto, no es un caballero». «Desde luego, no es un caballero, pero tiene una polla noble; todas las mujeres le quieren, me han dicho que no paga a ninguna». Imagino que la señorita Def —ahora con casa propia nuevamente— era la informante.

Nunca había visto a una mujer jodiendo tan claramente a un hombre como en aquella tarde luminosa. Los rayos del sol acabaron alcanzando directamente el trasero de ella, y el ojo de su culo, el coño, la polla y las pelotas los vi tan claramente como si hubiese estado a menos de un palmo de ellos y hubiese sujetado una vela para mirar. ¡Cuánto anhelé palpar su instrumento mientras ella le follaba, y cómo le hubiese encantado a ella eso! Pero se molestó cuando luego dije: «El surco de tu culo se está poniendo marrón, H****». «Animal… ¿Y qué? Lo mismo pasa con el tuyo». «Lo sé». Ella nunca pudo soportar que nadie le dijese eso, o, más tarde, que estaban empezando a aparecer pelos alrededor de su ano, como acontece con la mayoría de las mujeres de más de veinticinco años, y antes en las naciones meridionales. Va en perjuicio de la belleza de la región.

En ambas ocasiones *ella* le había cubierto a *él* para impedir que cruzase rápidamente la puerta y pudiera descubrirme. La vez siguiente, por alguna razón —¿quién puede sondear los caprichos de una mujer?— le poseyó en su propio dormitorio, que para entonces había sido modificado. Yo esperé en el cuarto de atrás. Él estaba todavía lleno, se tumbó sobre ella, la medio folló y entonces ella hizo que terminase con su trasero vuelto hacia él. H**** rió cuando él saltó de la cama con el gran instrumento apuntando hacia adelante. Entonces desapareció dentro de ella, y pienso que debió hacerle daño. La follada terminó pronto. ¡Qué hermosa fue, qué excitante pareció! Permanecieron acoplados un minuto y luego ella le desmontó diciendo: «Túmbate, debo ir con mi hermana y volveré en un minuto». Él se arrojó a la cama dando una palmada a sus ancas cuando partieron, y al segundo siguiente ella estaba conmigo sobre mi cama. «No hables en voz alta, él piensa que está aquí mi hermana; nunca la ha visto».

Sus ojos brillaban con luz y suavidad voluptuosa. «¿Verdad que se ha corrido él? Mi coño está lleno, ¿no tiene una polla encantadora?», dijo suspirando y tumbándose. Lo miré, abrí los labios, metí el dedo, y luego mis pelotas no pudieron esperar más. Había estado erecto desde el momento en que había visto su polla, y hundí mi verga. ¡Ah!, qué deleite sentir mi polla dentro de ella y su esperma alrededor. H. bajó su mano para palpar y luego, mientras se aferraba a mi culo y levantaba sus nalgas exclamó: «Oh… jode», pegando su boca a la mía. Nuestros traseros oscilaron furiosamente, mi esperma brotó demasiado pronto. «Hazme daño… empuja fuerte», susurró ella alzando su coño, y al minuto siguiente estábamos corriéndonos los dos. Su éxtasis era tan grande como el mío. Entonces volvió rápidamente con él, lleno su coño como antes, empapados su toisón y sus nalgas con nuestra esencia. «Haz que te folle en él». «Si puedo, pero le gusta que me lave antes de hacérmelo otra vez», fueron las últimas palabras.

Ella cerró su puerta de un portazo, dando astutamente un giro al picaporte de manera que quedase abierta, pero lo bastante unida como para que yo no pudiese ver nada. Para facilitar eso quince días antes había cortado a la altura de los ojos una tira de uno de los bordes y había pintado encima. Preparamos ella y yo la cosa, al modo del burdel francés. Se tumbó sobre la cama para que yo la viese a *ella*, luego para que ella me viese a mí, y movimos un poco su cama para proporcionar la mejor vista de quienes estuviesen sobre ella, encantados ambos con el capricho. No pude ver sus cabezas cuando estaban follando, pero vi todo desde su pecho hasta abajo. Ella ahora había ocupado el lado más distante, próximo a la chimenea, y al volverse hacia ella él me daba la espalda. «Ahem». Abrí ligeramente la puerta y vi a ambos bien.

Ella empezó a masturbarle, luego él la palpó a ella. «No te has lavado». «No, ¿cómo habría podido? Lo haré». «Tienes mi leche sobre los muslos». «Sí, ¿te corriste?». «Tenía las pelotas condenadamente llenas», dijo él con una risa tosca. Ambos rieron y continuaron hablando de una mujer con uno de los coños más pequeños que él se había encontrado, y sobre algunas prostitutas ricas que él había conocido antes, mientras ella continuaba masturbándole hasta: «Está tiesa, hagámoslo». «Lávatelo». Ella se levantó y sujetó la palangana. «No hay agua». «Llama a Sally y le

enseñaré mi polla», dijo él riendo y cogiéndola. «No lo haré y tú tampoco… olvídate de lavar», dijo ella subiéndose otra vez a la cama y meneando su instrumento. Tras un minuto más de charla lasciva él la montó, ella se quitó la combinación e intentó quitarle la camisa. Él se negó diciendo que hacía frío, pero se la subió hasta el pecho.

En un instante estaban jodiendo. ¿Es bonito o no el espectáculo de una pareja apuesta follando? La visión de una criatura hermosa, toda modestia y gracia, con quien uno ha caminado, conversado y danzado, ¿ha de ser admirada cuando ella está de espaldas, levantando sus nalgas, con los muslos rodeando al hombre mientras algo musculoso y grueso que brota de su vientre está entrando y saliendo como un pistón en la mata de pelo que circunda su coño? Los dos culos se sacuden y levantan, se empujan y encuentran hasta que con suspiros y murmullos ambos se calman. ¿Es bello o no el espectáculo? No. Pero es un espectáculo emotivo, algo que ningún hombre o mujer dudaría en mirar, disfrutar y envidiar, un espectáculo que haría sentir anhelos a cualquier coño y endurecería la polla de cualquiera. Sin embargo, no es hermoso aunque excite, estimule y conmueva todos los sentidos.

He de decir que se trataba de una pareja realmente bella, por mucho que me disgustase la vulgaridad de él; pero saber que su gran tubo, con su tubo interno de descarga, estaba empujando hacia arriba por el tubo de *ella*, produciendo el más intenso de los placeres en ambos, hizo que mi polla ereccionase sin masturbación hasta que oí sus murmullos y supe que su placer había terminado.

Él rodó a un lado de ella, sin que H. le diese prisas. «Consígueme un vaso de *whisky* con agua». «No lo haré, has bebido bastante; vete a la cocina y sírvetelo si lo deseas, pero no hagas ruido, no quiero que mi hermana sepa que hay aquí un hombre». La señora **** se cuidaba de que el hombre no pudiese conocer mi presencia. Él se puso rápidamente la ropa y partió. «Chiss», dijo ella mientras él bajaba por las escaleras, y esperó hasta que estuvo en la cocina.

Entonces entró y yo miré su tesoro sexual. El esperma es actualmente para mí algo limpio, saludable. Es el resultado de la vida, la consecuencia y la causa del mayor placer humano, tanto para quien lo da como para quien lo recibe. Ya no me importa tocarlo con los dedos, sino que me gusta sentir un coño lubricado

con él. Abrí el suyo, la palpé, me sequé los dedos sobre mis pelotas y su toisón; la lascivia del acto me encantaba. «Qué animal eres», dijo ella, pero con aspecto complacido por el acto lujurioso. Entonces penetró en ella mi polla, y la polla y el coño se regocijaron en la unción, las sacudidas y la fricción lubricada de nuestros movimientos, hasta que ambos expresamos entre sollozos nuestro goce con la crisis deliciosa. Su coño descargó, mis pelotas lanzaron hacia delante su esperma, y mezclamos esta esencia de la vida masculina y femenina en su dulce canal. ¡Oh, mujer dichosa!

Abrazando yo sus dulces formas, aferrando su mano mis nalgas, yacimos en la conjunción lúbrica. Seguí besándola lentamente, mezclando nuestros labios húmedos y sus jugos mientras yacíamos unidos con los ojos cerrados, pensando lascivamente, recorriendo nuestros cerebros vagas visiones de soñadora lujuria. «¿No somos bestias?». Fueron las primeras palabras expresadas. «Maldita sea, H*l*n, no digas eso otra vez; son tonterías, no hay nada bestial en ello. ¿Qué animal podría hacer o preocuparse por hacer lo que hemos hecho tú y yo? Es celestial, divino. Te he dicho muchas veces que me molesta oírtelo decir». Ella rió, su vientre se sacudió, el coño se movió, la polla salió y al instante metí todo lo que pude la mano en su coño, cachondo aún.

Esto aconteció una tarde cálida de otoño, porque nos convenía a ambos encontramos a esa hora. El dueño de la casa estaba fuera entonces. Pronto polla-de-burro salió de la casa. Me vestí, tomamos té con tostadas, lamí su coño hasta que quedó exhausta de placer y me fui.

Mi heroica resolución. — La zorra y el mozo de equipajes. — Contra un viaducto. — La polla de Michael y Michael usándola. — Sobre el precoz follar de las chicas pobres. — Otra virgen juvenil. — Sus antecedentes y sus hermanas zorras. — Su lascivia y su gusto por el francés. — Impotencia nerviosa otra vez. — Virilidad restaurada. — Virginidad perforada. — Placeres femeninos en su primera follada. — Sobre el modo en que se ganan y pierden las virginidades.

A mí mismo me extraña que, a pesar de detenerse en la ciudad de **** cuando volví del sur, me mantuviese alejado del lupanar con agujero para espiar, pues por una vez me mantuve fiel a mi resolución. Pero supongo que estoy cansado de los espectáculos que en tiempos me deleitaron tanto. ¿Era esto fatiga propia del viaje, saciedad, o edad?

Cuando volví visité a H., que quedó encantada, y pasé la primera tarde con ella usando la lengua, los dedos y la polla, dejándola tranquila para veinticuatro horas al menos. Ella estaba empezando a hartarse de polla-de-burro; el otro amante seguía enfermo, su protector más enamorado que nunca. «¡Oh! Me alegra tanto verte otra vez, y tengo así a alguien a quien contar las cosas». Y me contó, creo que todo, sobre sus folladas, sus guisos, la maldad de polla-de-burro, la lujuria del joven Harry, etc. Entonces, pienso que por primera vez, quiso pedir prestada una pequeña cantidad de dinero que le regalé, porque estaba deliciosa de belleza, limpieza, buen gusto, ingenio y lascivia. (Qué rara es esa combinación).

Hacia finales de febrero, una noche sucia pero calurosa para este mes visité a un viejo pariente que vivía en un área residencial, y fui allí usando una línea de ferrocarril que no llevaba mucho tiempo en funcionamiento. Me encontré allí con una pequeña aventura, supongo que por estar siempre a la caza y ser incapaz de resistir el tentoncillo de un coño caliente allí donde tenía oportunidad de

palpar cómodamente.

La estación desembocaba en un camino ancho y largo situado aproximadamente a ciento cincuenta metros de una vía principal metropolitana. Al volver descubrí que llevaba tres cuartos de hora de adelanto, por lo cual vagué a lo largo del camino fumando y pensando. Acabé percibiendo a dos mujeres, indiscutiblemente zorras de categoría media. Siendo bastante joven follé muchas veces en ese mismo camino, cuando sólo tenía lámparas de aceite, contra vallas que acotaban campos y huertos de fresas. Ahora había más casas junto al camino, pero a ambos lados de la vía hacia la estación y el viaducto seguía habiendo grandes campos, y desde el pasaje que llevaba a la estación se llegaba a otro que pasaba *debajo del* viaducto, conectado con un sendero que conducía a una granja.

Tras un tiempo de charla di a cada una de las mujeres una moneda de chelín por palpar sus coños, aunque fuese en la vía principal. Entonces una dijo: «¿Por qué no me follas? Vámonos al otro lado del viaducto y nadie nos verá. Muy a menudo nos follan allí». Fui al sitio con una, prometiendo otro chelín por un tentón sin interrupciones. Parecía un modo agradable de pasar el tiempo. Pronto quedé de pie junto a ella tras entrar en el camino que llevaba hacia la granja. La noche era bastante oscura, no había luz alguna allí, pero venía algo de resplandor desde la plataforma de la estación situada sobre nuestras cabezas, aunque no fuese suficiente para discernir bien los rasgos. Levantándole las enaguas hasta la cintura, palpé su culo y su vientre por todas partes. Ella meó sobre mis dedos, palpó mi instrumento y quedé satisfecho, aunque mi polla empezaba a endurecerse cuando ella la soltó.

Como la había visto en las inmediaciones de la puerta de la estación, le dije que me sorprendía que no se lo impidiesen. Ella rió. Ellos no interferían, ¿por qué habrían de hacerlo? Ella conocía a los mozos, y ellos la conocían a ella. «¿Te follan?». «Ambos… Les dejo… eso les compensa». Entonces me dijo que los mozos tenían su placer con ella en el viaducto, justo donde estábamos ahora de pie los dos, retorciendo todavía mis dedos los rizos de su coño. «Te daré cinco chelines por ver a uno follarte», dije impetuosamente, cuando me vino de repente la idea. «¿Lo harás? De acuerdo, espera hasta que se haya ido el próximo tren y cogeré a uno». «Pero le palparé yo primero». «Oh, no sé cómo se lo tomará». «Le daré media corona,

y será todo en la oscuridad». Estaba tan oscuro que apenas podía ver el rostro de ella. «Preguntaré… Creo que uno lo haría, pero no sé si el otro. Ahí está el tren».

Sonó una campana, el tren entró y salió; cuando los pasajeros desaparecieron ella fue a la puerta de la estación y yo quedé de pie junto a la arcada. Tras cierto tiempo la vi hablando con un hombre. Luego volvió conmigo. Él estaría allí lo antes que pudiera, y debíamos quedamos en la oscuridad. Descubriendo que tenía diez chelines de plata en el monedero, los puse ya dispuestos en el bolsillo del abrigo —negándome a pagar de antemano, como ella pedía—, me subí el cuello de la chaqueta y me puse una bufanda para esconder el rostro lo más posible. Quedamos allí hablando sobre el mozo y su polla, que era un buen ejemplar según decía ella. Estaba casado y su nombre era Michael. Poco después una forma masculina de complexión fuerte vino bajo el arco hacia nosotros. Evidentemente, le preocupaba no darse a conocer, y dijo que no follaría si yo no me alejaba. Me negué, pues aunque nervioso estaba determinado a palparle cuando se la follase, o en caso contrario no pagaría. Le dije a ella esto cuando vino a mí, mientras él se mantenía de pie con el rostro vuelto hacia el viaducto. Ella, temiendo la pérdida de los cinco chelines, fue y le persuadió enérgicamente. «Ven, tío, no te importó cuando el granjero pasó la otra noche», oí decir. Entonces sospeché por los movimientos de ella que estaba palpándole la polla. Él se había calado bien la gorra y se mantenía vuelto hacia ella, mientras yo me mantenía a sus espaldas, no deseando conocer ni ser conocido. En la oscuridad había pocas probabilidades de que, en el futuro, nos reconociéramos.

Todo estaba en silencio. Me aproximé y supuse que él mantenía su criterio no obstante la manipulación de su picha. «Palpa mi chochito». Sospeché por el movimiento que ella se había levantado sus ropas, y durante un minuto todo quedó silencioso otra vez. Entonces: «Vaya… si está tiesa… métela». Me acerqué a él; ella tenía la espalda contra el montón de ladrillos. «Déjame palparle primero y te daré la media corona», musité. «Deja que la toque, Mick… no seas tonto». Me acerqué todavía más por su espalda, él no contestó, le rodeé con la mano y aferré una polla tiesa como un mástil; luego palpé sus pelotas. Ella quitó la mano para

permitírmelo. Él volvió la cabeza hacia un lado, alejándola de mí, mientras yo manipulaba su polla durante un silencioso minuto. La mía propia se puso entonces tiesa, palpitó sexualmente. Añoré follarla yo, y luego ver cómo lo hacía él. La vieja calentura de un coño lubricado vino impetuosamente.

«Métesela», murmuré cuando mi mano se hubo paseado durante un minuto o así por su polla. En un segundo él estaba oscilando su culo, follándola rápidamente, no impidiéndome ahora que me pusiese a su lado. Mi mano se deslizó entre ellos hasta aferrar sus pelotas, y era perceptible el ir y venir de su vara en el coño. Entonces Michael murmuró, suspiró y se corrió. Desde el momento que empezó a topar hasta que se corrió no pareció pensar en nada, no profirió un solo sonido, aunque siguiese inclinando la cabeza sobre el hombro izquierdo de ella para que no pudiese ver su rostro (justamente lo que yo deseaba).

Tan pronto como retiró su polla del acogedor domicilio me puse de nuevo a su espalda y saqué la media corona. Él la cogió con su mano izquierda, y al instante siguiente, de repente y sin volverse para mirarme, sin proferir una palabra, corrió rápidamente bajo el viaducto y se perdió de vista en un segundo. La mujer rió. Le di los cinco chelines y palpé su grieta saturada. Estaba temblando ahora de lujuria. «Oh, me gustaría follarte». «Muy bien, métela». «Tengo miedo». «No tienes por qué tenerlo». «Soy un hombre casado». «Él también». Me sorprende que me contuviese, porque la polla estaba palpitando de lujuria, pero palpando el lúbrico receptáculo, pensando en la sólida polla que se había corrido dentro y Dios sabe en qué otras reminiscencias voluptuosas dejé que ella me la menease, me corrí sobre el suelo y luego meé sobre mis dedos para purificarlos.

Ella estaba en cuclillas, lavándose el coño con su propio pis. Entonces: «Es tu tren». No quise ir temiendo ver al portero, aunque no había visto su rostro ni él el mío. Dije que me iría en taxi y perdería el tren. «Debo irme», dijo ella, «casi siempre consigo a un amigo que viene en este tren». «¿Y follas aquí?». «Generalmente. A veces vamos un poco más allá por el sendero; hay una valla todo el camino hasta la granja. Si esperas aquí nos verás ocupados en ello». Ambos nos desplazamos hasta el camino de la estación, esperé bajo la arcada pero su amigo no vino. Entonces la conduje a una lámpara

del camino principal para ver su rostro, y encontré que era una mujer joven con un aspecto realmente bueno. Sorprendido, pregunté por qué no se llevaba a los hombres a una casa. «Lo hago si vienen, y hay una agradable a siete minutos de aquí; pero suelen tener mucha prisa». Estaba interesado, por lo cual le di otra media corona a cambio de una charla. Ella se había desenvuelto bien desde que abrieron la estación. Se hacía a dos o tres hombres allí cada noche, sin pasar más de cinco minutos con la mayoría. Ellos se la follaban y a menudo volvían a la estación justo al parar allí el tren.

Un hombre de mediana edad que se la había hecho varias veces solía venir en el tren recién llegado, esperaba a que la estación quedase despejada, pasaba rápidamente bajo la arcada y ella le seguía. Después de follársela se iba rápidamente, mientras ella se quedaba a algunos minutos para evitar sospechas acerca de su jueguecito. Él lo había dispuesto así.

Me vino un extraño deseo de ver a ese mozo. Lo descarté un día o dos, pero cuatro o cinco noches más tarde tomé un billete de tren a esa estación y esperé allí. Había dos mozos, pero no pude identificar a mi hombre por ser los dos tan semejantes en complexión. Me quedé allí paseando hasta que el jefe de estación me preguntó qué esperaba. Le dije que aguardaba a alguien que iba a venir en el próximo tren. Poco después llamó a un mozo, el otro dijo: «Te buscan Mick», y vino aquél cuya polla creo haber tocado. Le miré, pero evidentemente él no me recordaba. Era un tipo apuesto y fuerte de unos treinta y cinco años. Hubiese dado un soberano por verle y palpar otra vez su polla. Me encantaba saber que se la había tocado y le había visto jodiendo, y que él no tenía la menor idea.

(Me pregunto a mí mismo si muchos hombres de esta metrópolis han tenido calenturas tan extravagantes, y aventuras similares.

Entonces tuve otra oportunidad de tener a una virgen juvenil que fue un singular ejemplo del efecto de la nerviosidad sobre mí, mental y físicamente. Tan idénticos fueron los fenómenos nerviosos, tan semejantes todas las circunstancias de esa desfloración comparada con la que se produjo hacía unos seis meses, que el relato me parece incluso a mí la reproducción de un antiguo acontecimiento vestido de un nuevo lenguaje.

Pero no es así. Cuando cada uno de los dos incidentes se produjeron, fueron relatados aquel mismo día o al siguiente. No me demoro en mis sufrimientos nerviosos, pero fueron dolorosamente grandes. Yo fui un estudio psicológico para mí mismo durante un tiempo después del evento.

Todas las circunstancias relacionadas con la desfloración de esta muchacha prueban que la mayoría de las chicas pobres son folladas antes de cumplir los dieciséis. Da igual quien lo hace, *pero serán folladas. Ella* está tan deseosa de que se lo hagan como él de hacerlo, y probablemente es la hembra quien incita al varón [quizá no a propósito siguiendo simplemente la ley de la naturaleza, tal como el macho incita a la hembra al placer. Qué bazofia son, pues, esas ideas sobre la seducción masculina, cuando resulta ser la naturaleza quien seduce a ambos. Es igualmente absurdo ese sentimental rasgarse las vestiduras porque las jóvenes vírgenes son compradas y vendidas]. Para la muchacha los resultados son idénticos tanto si es follada por dinero como por *amor*, o, si se prefiere, por *lujuria*. Una polla *la tendrá ella* dentro antes de cumplir los dieciséis. Ella *tendrá* su placer sexual, pagada o no pagada por ello. Sólo los pobres son filosóficos en los asuntos amatorios).

H. estaba sin dinero, y como había conseguido bastante con la muchacha cuya virginidad tomé la primavera pasada pienso siempre que me ponía por delante esta tentación para conseguir beneficios adicionales. Descubrí allí un día a una criadita de unos catorce años, bastante bonita, vivaracha y agradable, pensé que me gustaría investigar sus partes privadas tan pronto como le puse los ojos encima. H. dijo que la chica era hija de un hombre de la costa y tenía dos hermanas en la vida, que había estado viviendo con una en Londres, y que la muchacha había visto cómo los hombres se la follaban. «No pasará mucho tiempo antes de que *ella* lo haga». Había descubierto que la chica se masturbaba. Supongo que así lo hacen todas las chicas de catorce años. Pero H. añadió que ésta quería ser follada, que sabía todo acerca de ello. H. y ella ya se habían mirado el coño la una a la otra (a las mujeres les gusta eso), y ella había masturbado a la chica, que era *virgo intacta* garantizada. «Si no te la haces tú se la hará algún otro bien pronto. La hermana no dejará que esté allí sin más, le sacará dinero, y si no es así la chica dejará que algún hombre se la folle». «La tomaré», dije, y

empecé a cortejar a la muchacha.

Poco después H. dijo que desde luego no tendría nada que ver con el asunto, pero a pesar de todo no quería estorbarme. Le recordé lo que me había dicho, ella contestó que desde luego la chica se conseguiría pronto a un hombre de alguna manera, o en alguna parte, porque estaba tan cachonda y curiosa que bastaría un poquito de persuasión para conseguirla. No me resultaba muy claro el cambio en H., el propósito que tenía al retractarse ahora, pero estaba seguro de que a ella le gustaría verme joder con la joven aunque sólo fuese por placer lascivo. Al decírselo rió y dijo que le gustaría.

Ese día besé a la golfita, le di una bagatela de regalo y la palpé hasta el ombligo. Ella me dejó a gusto; incluso parecía complacida por mi atención. H. estaba presente. «No hay pelo sobre tu querido coñito». «Todavía no», contestó ella. Había sido una de esas largas y excitantes conversaciones preliminares, obscenas e inductivas, tan deliciosas con una muchacha no follada e igualmente deliciosa para ella. «Sabes ahora lo que es joder, querida, ¿verdad?». «No», dijo ella inclinando la cabeza y con aspecto confuso. «Qué mentira», dijo H. «Has visto a caballeros hacérselo a tu hermana». «Oh», dijo la muchacha. Acabó confesándolo al final. Entonces palpé libremente todos sus encantos ocultos. Mis manos vagaron arriba y abajo, insinué un dedo entre muslos estrechamente cerrados, pero a pesar de todo frotó entre los labios de la gruta y trajo consigo el aroma femenino. Ah, qué agradable es el olor del coño, aunque algunos estúpidos no lo piensen así. Ella estaba sentada sobre mi rodilla, quise verla desnuda, pero se negó; le levanté las ropas, y ella se las bajó, retorciéndose. H. me hizo un guiño. «Huele tan bien tu coño». «Es usted un hombre malo», contestó ella ruborizándose y mirando a H.

«Otro día me dejarás, querida». Entonces, según lo acostumbrado, di dinero para comprar zapatos y medias. Tras acariciarla hasta que mi picha quedó en descanso, empecé a acariciar a H****. «Ven y mira el coño de tu señora». H. me favoreció, porque nuestra conversación la había puesto cachonda a *ella*, con lo cual se tumbó en la cama dejándome mirar su coño. Luego, tras un poquito de persuasión, la muchacha palpó el coño de H. Bebimos vino, yo me bajé al pilón con H., la chica se soltó con la

bebida y se bajó también al pilón con ella, y luego yo volví a hacer que H. se corriese una y otra vez con mi titilación hasta que quedó exhausta, y luego me la follé dos veces a un lado de la cama dejando que la muchacha viese cómo entraba y salía mi polla, y enseñándola a jugar con mis pelotas. Creo que nunca había visto tanto una muchacha en sólo tres horas. Tuvimos una sesión deliciosamente lasciva, y al final, medio borracha, admitió que también a ella le gustaría ser follada. Raro hubiese sido lo contrario, porque su pudor se había desvanecido en el aire; había estado ya desapareciendo antes de que ella viniese a la casa de H., y nuestros actos y palabras habrían puesto cachonda a la virgen más gélida, habrían hecho que su coño se pusiera caliente y chorrearse jugos lúbricos. Esta muchacha, en cuyos ojos aparecía la lujuria, que me besó una y otra vez cuando partí —aunque todavía resistiese la inspección de sus genitales—, estaba muriéndose por dejarme, y me fui sin hacerlo.

En la visita siguiente H. me dijo que desde mi ausencia había sido masturbada con la boca por la chica, a quien encantaba hacerlo, y que ella la había masturbado también, porque la jovencita estaba ansiosa por ser follada. «Dale un soberano y se dejará». Por lo mismo, empecé a besarla y a urgiría, pero ella padecía un catarro tan malo y necesitaba tanto su pañuelo de bolsillo que me resultaba desagradable, y mi deseo por ella quedó como congelado. Jamás he podido soportar a una mujer moqueante.

Intenté provocar mi lujuria inútilmente meneándomela y con otras estratagemas. Pensé en mi impotencia con la anterior muchachita, y me entró el temor de encontrarme con problemas similares; imaginé que se me había reducido la polla, la toqué y susurré a H.: «Estoy seguro de que no podré follármela». «Tonterías, no pienses en eso… ¿No puedes follarme casi tres veces cada vez que vienes a verme? ¿Por qué no vas a poder follártela entonces?… Tonterías, no pienses más en ello». Ésa fue la respuesta de H., pero es verdad que no podía follármela, en primer lugar por el mal catarro de la chica y luego por un nervioso miedo y ridículo, que me producía el pensar en mi frigidez anterior.

Para la siguiente visita la muchacha llevaba medias limpias y zapatos, mi regalo. «Echemos una mirada a tu coñito, querida». H. la había preparado para la ocasión y la chica se subió lentamente a

la cama. «Levántate las ropas», dije, deseando verla hacer eso. Vacilando, ella se las levantó lentamente. «Más alto, querida», pero se detuvo y yo le subí la camisa por encima del ombligo. Me encantaba romper su pudor, hacer que una supuesta virgen se expusiese tanto. Entonces miré larga y lascivamente. Era una agradable criaturita ni llena ni huesuda, y no sentí ninguna prominencia mientras pasaba la mano sobre ella desde las nacientes tetitas hasta los muslos. Entonces, cayendo de rodillas junto al borde de la cama abrí de par en par sus muslos y vi la gruta delicadamente rosa. Todo estaba bien lavado y suave. H. se encargó de eso.

Me quedé embelesado sobre el bonito coño. Ni un pelo descoloría los labios cremosos o interfería la visión de los pequeños volantes y el clítoris que apenas se dibujaba. Allí estaba el himen, totalmente cerrado excepto por un agujerito donde metí suavemente el dedo meñique, ante lo cual ella se retorció. Todo era tan rosado, tan delicado, que no pudiendo contenerme más y quitando el dedo le apliqué la lengua; puse sus muslos sobre mis brazos, situé las manos bajo su culito, lamí furiosamente el coño. Hacía mucho tiempo que no había lamido coño alguno cuya mata no me hiciese cosquillas en la nariz, sobre todo el bien peludo coño de H. Fue una deliciosa novedad, y la hendidura teñida de rosa y dulcemente virginal que lamía me proporcionó un voluptuoso deleite. H. estaba de pie disfrutando la visión con sus ojos suaves y lascivos. Lamí hasta que me dolió la lengua para mayor placer de la muchacha, que no daba otras señales de vida que algún estremecimiento ocasional de sus muslos o una ligera elevación involuntaria de su traserito. No puedo decir si se corrió o no. Ella le dijo a H. que sí. Entonces me aparté y me bajé al pilón con H. hasta que ella mostró un deleite salvaje y gimió al correrse, como hace también cuando está jodiendo: «Jode… oh… aharr… leche». Ella y yo siempre nos consentimos estos juegos, y estimulamos así nuestra pasión. Me aparté justo cuando sus jugos salados alcanzaban la lengua. Siempre se aferra furiosamente a mi cabeza o la aparta bruscamente cuando comienza a correrse.

Entonces tumbé a la muchacha sobre la cama, pareciendo ella feliz por ello, y le dije que la lengua no podía darle el placer que le daría una polla, y lo mismo hizo H. «Es cincuenta veces mayor que

el que te proporciona chupar o masturbar… déjame meter esto dentro de tu coño». «¿Debo?», dijo ella a H. «Haz lo que quieras», fue la respuesta.

La monté, pero mi polla cayó palmoteando contra el bonito coño. Tres minutos antes la tenía tiesa como para estallar, y ahora no le quedaba una pizca de fuerza. La muchacha y H. la habían tocado dura como un ariete, pero ahora era un pedazo de músculo colgante. No froté, empujé y pasé la cabeza por la raja virginal, apreté, pellizqué, sacudí, pero todo fue en vano. Me quité, puse a H. contra la cama con el culo hacia mí y unos pocos empujones dentro de su tónica hendidura la endurecieron lo bastante como para que hubiese atravesado la puerta de la calle. Cubierta por los jugos de su querido coño la puse de nuevo contra el coñito virgen. Hacia abajo cayó otra vez. Lo intenté nuevamente, pero todo fue inútil. Entonces, cansado y avergonzado, abandoné tras hora y media de esfuerzos. Después de beber algo de vino y conversar volví el culo de H. hacia mí, la follé por detrás y me corrí dentro de ella. No tenía dificultad en la encantadora avenida de esa criatura deliciosamente estimulante.

Había puesto a la muchacha de manera que pudiese ver nuestra copulación, ver que yo la tenía dura y me había corrido. Fue entonces la propia H. quien toqueteó el coño de la jovencita y una vez metió la punta de un dedo. Hice que la muchacha viese mi polla cuando salía del pegajoso coño, pero mi picha no quería ponerse dura para ella, y dejé la casa molesto, diciendo que no obtendría el regalo hasta que hubiese dejado su grieta tan húmeda con mis corridas como lo estaba la de H*l*n. «¿No estoy haciéndolo como me dijo?», preguntó ella a H*l*n en tono angustiado. «Desde luego, no es culpa tuya».

«No te preocupes, te tomará la próxima vez», dijo H. Pero la vez siguiente —un par de días después— fue solamente una repetición. No podía joder con ella aunque la chica me ayudase, se retorciese y girase como una anguila a petición mía. Sin embargo, H. me sacó fácilmente el esperma otra vez. ¿Qué embrujo me poseía? Me abstuve unos días más y cuando fui me sentí fuerte, supe que lo conseguiría. Allí estaba la pequeña muchachita dispuesta, todavía virgen, como me reveló una cuidadosa investigación. Era una chica cachonda. Nos desnudamos los tres y empezamos juegos amorosos.

«Te la harás hoy», dijo H. palpando mi polla. Puse a la jovencita junto a la cama. «¿Te gustaría ser follada, querida?». «*Oh me gustaría… tanto… ser… follada*», dijo ella, destacando sus palabras tal como he escrito. Había un fuerte deseo en cada una, y en cada mirada de aquella querida carita. Desde luego nunca hubo una joven virgen más decidida a probar al varón. Parece casi increíble, ahora que lo escribo, pero tal fue principalmente el resultado de la enseñanza de H., que reía. «Desde que estuviste aquí ella y Phil han estado en la cama conmigo mientras él me follaba. ¿No es verdad?». «Oh sí». Nada más se dijo. La muchachita me besó la polla, lamí y humedecí la hendidura virginal y allí estaba la virginidad intacta. «¡Hurra!», mi polla estaba caliente y dura, y la palpé y traje a la muchacha hacia el borde de la cama; nervioso, puse sus piernas contra mi pecho, inserté *mi* polla contra su muesca y empujé. «¿Te duele?». «Un poco». Empujé de nuevo. «Oh», gimió ella suavemente al recibir otro empujón de la polla, retorciéndose y retrayendo su trasero. Unos pocos empujones cortos más y sentí que la barrera cedía, noté que mi polla la rasgaba y que luego se deslizaba fácilmente por el suave canal hasta que su matriz la detuvo. Feliz, palpé mi polla plenamente insertada. «Tócala, H*l*n», exclamé. «Estoy dentro de ella». H. la palpó. «La tienes dentro». La chica bajó su mano y, a petición mía, palpó la barra de la polla escondida en su coño. «¿Es agradable, amor?». «Oh, sí», susurró ella. Entonces, tomándome el tiempo, con largos empujones y retiradas firmes, para que cada pulgada de su vagina pudiese sentir la fricción, follé hasta que al final irrumpió copiosamente leche caliente dentro de ella, y la dulce muchachita se corrió conmigo. Largo tiempo me mantuve dentro de ella, triunfante, mirando su rostro satisfecho, hasta que al fin se me salió la polla empapada y con hilillos de sangre. Su coño sangraba levemente y dejaba manar mi esperma mientras ella yacía en una voluptuosidad soñadora, satisfecha, asombrada con su nuevo placer, aliviado y gratificado por mi esperma su chorreante coño, con los muslos separados, las piernas colgando a los pies de la cama y aspecto feliz, hasta que se le dijo que se levantara y se lavase. H*l*n quedó mirando sin decir palabra.

Nunca fue tomada una virginidad con mayor facilidad o lujo, nunca hubo una chica más ansiosa por perderla. Se lavó el coño

obedeciendo a las instrucciones de H*l*n, y la palangana llena de agua se puso roja. Miré otra vez su coño, que no quería dejar de sangrar. «Sí, me gustó», dijo ella, y añadió que era mucho más agradable que masturbarse, que le alegraba haber sido follada. Me besó como si desease que sus labios se comiesen los míos. Así se comportó la joven, caliente y amorosa golfilla con una disposición tan notable a joder.

He oído muchas veces a mujeres decir que hasta su segundo o tercer palo no sintieron placer con un hombre y que creían que pocas —si alguna— disfrutaban el primero. Hasta la propia H. parecía tener esa creencia, pero sus dos jovencitas se corrieron ambas en la primera follada. Juraría que he conocido a vírgenes plenamente crecidas y arrastradas a correrse por mi musculoso bastón la primera vez que entré dentro de ellas, y que su placer siguió al leve dolor suscitado por la ruptura. Me inclino a creer que atravesar el himen proporciona realmente muy poco dolor. Sé sobre ello lo que la mayoría de los hombres, y estoy seguro de que muchas vírgenes se corren en su primera follada. Lo que me sorprendió fue tener otra vez la misma impotencia temporal que había padecido con la otra criadita —una de las de H*l*n— algunos meses antes. Creo que lo que me descontroló con esta muchacha fue pensar en mis dificultades con la primera, y que eso me hizo fracasar en el primer intento. Temí que sucediese tan pronto como se instaló en mí la nerviosidad. No fue por falta de esperma, porque me corrí con bastante facilidad en H. cuando no pude follar a Nancy.

Es innecesario decir más sobre este amor. La única novedad estaba en abrir su grieta al placer masculino. Pronto dejó a H. y se fue a zorrear con la hermana, que también había visto perforado su coño antes de cumplir los catorce. H**** estaba sin duda en lo cierto cuando decía que alguien iba sin duda a joder pronto a la chavala. Zorra quería ser y zorra era. Que una chica en su situación vital lo haga a los catorce o lo posponga hasta los dieciséis acaba siendo lo mismo; simplemente tiene dos años más de masturbarse en vez de joder. Física o moralmente ¿qué es lo mejor o lo peor? Ambas cosas son naturales y, de acuerdo con algunas opiniones, inconvenientes. Hablar, pensar o escribir sobre la copulación, o hacer cualquier cosa con nuestros genitales es siempre

extremadamente inconveniente para algunas personas. Pero fuimos creados con picha y coño, y con esperma exclusivamente, por eso, y, de hecho, vivimos exclusivamente para eso, Todos los varones y las hembras piensan y hablan de eso constantemente, y joden cuanto pueden. «Qué inconveniente», dicen algunos estúpidos. Esta ley de la naturaleza les hará joder sin permiso de sacerdote, registrador ni ley, porque la multiplicación de la especie proviene de este acto tan impropio llamado joder.

(Pensando sobre este episodio un día escribí lo siguiente sobre «virginidades».

Qué semejante es todo este trabajo amatorio, que sólo varía ampliamente en los preliminares. Varía menos y menos en detalles a medida que crece la familiaridad. Qué pronto llega el momento de producirse una oportunidad plena. Presentación, saludos, afecto y luego deseo brotan en el hombre o la mujer, o en ambos. Es contagioso. Entonces vienen cautelosos avances por parte del hombre, comentarios de prueba casi instintivos a veces, y en otras previstos. Orgullo en las atenciones del hombre, adulación calmando a la mujer, y el camino hacia la rendición está asfaltado. Brota entonces la lujuria de él, se despierta la esperanza, luego vienen palabras más cálidas y sugerentes. ¿No fueron hechos el hombre y la mujer para darse placer el uno al otro? Sobre cuantos se proporcionan placer recíprocamente pesa el secreto; el mundo nada sabe de ello. Es bastante fácil de lograr. ¿Por qué no nosotros? Qué dulce es para ambos besar, acariciar. Qué encantadora es la sensación de tocar carne desnuda con carne desnuda. Es agradable incluso cuando las palmas de la mano se encuentran, pero sólo puede ser plenamente gustada en la cama. «Hagámoslo». «¡Oh! ¡Avergüéncese!… No sé qué quiere decir. ¡Oh!, qué grosero es usted», y ella se sonroja, e intenta parecer ofendida, pero medio sonríe con ojos inclinados hacia abajo.

Le gusta oír esos avances —la sugerencia es de la conyugalidad y su placer—, aunque lo prohíba. Brotan entonces pensamientos lujuriosos, persiguiéndose unos a otros por su cerebro. Piensa que se trata de un placer mayor que masturbarse. Brotan deseos complicados por esos pensamientos, miedo y prudencia. ¡Ah! Un escalofrío la recorre empezando desde su centro de éxtasis. Una y

otra vez este escalofrío voluptuoso, esta sensación como de medio desmayarse a medida que su coño sigue mandando hacia delante estas olas camales de deseo, deseo indefinido, suavemente languidecedor. La lujuria —con sus sensaciones calmantes, raptoras de la mente y voluptuosas— está trabajando su cuerpo y su alma a cuenta de sus propios fines, y ella piensa en joder. Se miran a los ojos, el instinto varonil le dice los deseos camales de *ella*, y la lujuria de *él* arde salvajemente.

Sigue más conversación y más amplios esbozos de los placeres de la conexión, de dos unidos en uno. Una presión de las palmas de la mano, un beso, un apretón de la cintura. Ahora están juntos, tocándose sus miembros, mezclándose el calor de la carne. El aroma lujurioso brota de uno o de los dos a medida que la polla y el coño se inflaman. Los escritores dicen que es así y que inunda los sentidos adormeciendo la prudencia. Desde luego nunca la carne de una mujer me huele tan dulce y excitante como entonces. Los aromas lascivos brotan del cuello y de las axilas de ella, del pelo de su cabeza brota perfume sexual. Luego los actos siguen a las palabras. «Déjame… Qué encantador tobillo». «¡Oh!, quite la mano». Hacia arriba sube su mano como la de un ladrón sobre la liga, y la carne caliente y suave del muslo es palpada. Hacia arriba comienza a empinarse la sonda de él, dura como un cuerno, movida por pulsaciones lujuriosamente calentadas. Hace un gesto de asentir por pura lujuria. Un empujón con la mano, una exclamación. «Oh… no». Una lucha y sus dedos tocan el clítoris de ella. «¡Oh! Ahora… déjeme… gritaré». Pero su dedo se mantiene allí. «Ah… oh… qué vergüenza». La lucha ha terminado, la voz de ella se reduce hasta ser un silbante murmullo, ningún alarido consuma la amenaza. Ambos murmuran suavemente ahora. «Déjame». «No». «No te haré daño… déjame follarte». «No». Su mano penetra más abajo del clítoris, toca el puente levadizo de su útero, y entonces ella lucha con fuerza. Es todo inútil.

La invasión es completa. La caricia muestra su efecto y enerva. Ella siente un deleite voluptuoso mental y físico en el hecho de que sus dedos permanezcan entre los labios del suave orificio lúbrico. Aunque diga «no» con unas pocas luchas. Aparece la resplandeciente polla de él. La mano de ella, que rehúsa débilmente al comienzo, pronto aferra la palpitante rigidez. La lujuria los

abruma ahora a los dos. Agentes inconscientes, casi ciegos, están desempeñando su papel en el gran cuadro de la generación. El instinto prevalece; inquietos se muestran los dedos de él hasta que ella cede, cae hacia atrás, negándose todo el tiempo, pero incapaz de no ceder. Hacia arriba levanta él las cortinas de su desnudez. Un beso sobre el vientre blanco y suave mientras el aroma de la avenida le hace ser sacudido por un deseo fiero. En un segundo su polla la toca. Él empuja y empuja, palpitante, la verga… «Ajj… oh… no… me hace daño». Él está completamente sobre ella, sus pelotas tocan sus nalgas, el coño de ella se contrae y luego se corre desde todos los poros. «Ajj… querida», y su esperma se dispara dentro de ella. Suaves y quebrados murmullos se desvanecen en el silencio, los miembros están quietos ahora en el agotamiento del placer. La acción está cumplida. La naturaleza está satisfecha. Está cumplido el objeto de la creación. Así se toman las virginidades. *Ex uno disce omnes*. Hay variaciones en el tiempo y según la edad, el lugar, la hora y la oportunidad. Algunas son más rápidas, algunas de progreso lento, pero todas terminan de la misma manera, siempre de la misma. La naturaleza así lo quiere. *Ex uno disce omnes*. De joder nacimos, nacidos para joder a nuestra vez y para engendrar a otros que jodan. *Ex uno disce omnes*. Como era en el comienzo, como es ahora y como será siempre… Joder).

Un coñito el día de las carreras. — Bajo una arcada a medianoche. — El burdel después. — La historia de una ramera. — Sobre los coños en general. — Nacionalidades de las mujeres que me he follado. — La belleza de los coños. — Sus cualidades a la hora de joder. — La ignorancia sobre este particular. — Edades de las mujeres a quienes he follado. — Cómo afecta a los hombres la visión de los coños. — Fisonomía de los coños. — Su clasificación.

Un mes o más después de haberme hecho a la virgencita de H., media noche pasada del día de las carreras, cuando la calle estaba anormalmente tranquila tras las festividades de la jornada, después de cenar con unos amigos a nuestro retomo, caminaba yo a lo largo de *****. Una muchacha baja y de aspecto limpio se aproximó pretendiendo evidentemente no reparar en mí. Yo estaba calentado por la comida, el vino y el desenlace del día; la idea de un cono libre y fácil a mano despertó mis pasiones y la acosé. «¿A dónde vas, querida?». «A casa, naturalmente». Nos detuvimos, hablamos y en unos pocos segundos dije: «Déjame palparte el coño y te daré un chelín». Ella miró arriba y abajo la calle silenciosa. «Dese prisa entonces». Giramos por una calle aún más tranquila donde había grandes y bellas mansiones con pórticos, y bajo uno de ellos mi mano pronto estuvo en su trasero y —tras un toqueteo general sobre la suave superficie de su abertura sexual— un dedo penetró en el receptáculo viril. Tras sondear un minuto dije: «Qué coño más prieto, ¿cuántos años tienes?». «Acabo de cumplir diecisiete».

Entonces siguieron muchas preguntas y respuestas en un tono quedo mientras mi mano seguía vagando por la superficie resbaladiza de la abertura roja, deslizándose de cuando en cuando un dedo dentro y fuera de los jugosos pliegues, masturbando luego la pequeña y suave protuberancia donde el vientre se divide. «Pues parece el de una chica de catorce». «Eso dicen», y otras respuestas. «A algunos hombres les gusta, a otros no… No, no me lo han hecho

esta noche, mala suerte». Y luego añadió indignada: «¿Una mujer de parque? Eso sí que no soy yo». Entonces oí que había estado en las carreras con su hermana, su marido y el hermano de éste, y que había tenido una noche divertida. El hermano «estaba de guardia durante quince días y se vio obligado a partir. Si no fuese por eso me habría tomado. ¿Verdad que es usted curioso? No, acabo de mear y no puedo hacerlo… No lo intentaré… con eso basta… Oh, déjeme… debo volver a casa».

Moviendo el trasero y echándolo hacia atrás me desalojó. «Hará que me apetezca», dijo cuando mis dedos volvieron a moverse sobre su grieta. Poco después: «¿Me deja tocarle la suya?». Palpó mis pantalones en el lugar adecuado, yo miré a un lado y otro de la calle silenciosa; no había nadie y saqué mi barra. «Aha… está tiesa». Yo estaba ahora rojo de calentura por deseo de la pequeña hendidura, y nos palpamos incansablemente el uno al otro hasta que: «¿Por qué no me follas?». «¿Lo deseas?». «Desde luego que sí… oh, harás que me corra… no», y desalojó de nuevo mis dedos mientras su trasero se estremecía con escalofríos voluptuosos.

Esto me devolvió a mis sentidos, y aunque mi verga palpitaba le pagué. «Si hubieses dicho eso antes me habría ido a casa… vamos… ¿Por qué no me follas?». «Nos verán». «No». «No tengo más dinero, lo perdí todo apostando». «Lo mismo me pasó a mí… Hazlo… ven cerca de la puerta… no nos verán». «No tengo dinero, te digo». «No importa… fóllame». Pensé un segundo, vacilando, pero deseándola furiosamente. «Aquí tienes media corona. Pero no me dejes si no estás segura de estar del todo bien». Ella se metió el dinero en el bolsillo. «Estoy bien. Nunca estuve enferma en mi vida», y subió otro escalón poniendo la espalda contra el lado del porche, justo donde estaba tabicado. Ella era pequeña, pero una picha y un coño calientes se ayudan el uno al otro para el gran acto de la naturaleza. Pronto la había metido hasta las pelotas dentro de ella, y penetramos en el Elíseo jodiendo. Vaya apretón me dio su coño cuando la emulsión lúbrica palpitó dentro de ella.

Allí permanecimos acoplados hasta escuchar a distancia las fuertes pisadas de un oficial. Entonces desmontando, caminamos riendo hacia la calle principal. «Lo deseabas». «Desde luego que sí». «Si él no hubiese venido lo habríamos hecho otra vez». «Sí, volveremos», dijo la muchacha. Nos quedamos hablando hasta que

el policía apareció y volvió a alejarse. Entonces ella dijo: «Volvamos». Fuimos a otra arcada, palpé su grieta pegajosa, ella me la meneó. Justamente entonces un reloj dio la una. «Debo irme». «Lo harás en un minuto», dijo la calentona meneándome la picha con fuerza. Pero yo tenía razones que me obligaban a partir rápidamente. No tenía idea de que fuese tan tarde. Aunque no me gustan especialmente los coños prietos —más bien lo contrario—, no hay modo de explicarse una calentura, y mientras mi polla hacía de pistón dentro de ella el estuche había parecido tan exquisito en su lubricidad que le pedí encontrarse conmigo otra noche. Ella vivía muy lejos de allí, no conocía casas en esta parte de la ciudad, pero si iba a estar conmigo debería pagarle. No tenía mucha confianza en que mantuviese su palabra, pero le di cinco chelines, prometiendo otros cinco si estaba en el lugar designado, Tres días después fue y me la hice. Era una joven zorra esbelta, bien hecha, con bastante buen aspecto, y tenía ropa interior de hilo limpia. Su coño estaba levemente marcado, tenía pequeños labios, sin apenas ninfas, era encantador de mirar y quizás el coño más prieto que haya visto jamás en una muchacha de su edad. Me la follé dos veces, luego la masturbé y la mandé de vuelta satisfecha. Cuando palpé su coño parecía como si ninguna polla pudiese entrar en él. Pero el coño es un artículo extensible.

Bebimos champán y su lengua se soltó. Riendo con ganas me dijo: «Me apetecía justo cuando me tocaste. Llevaba deseándolo toda la noche, nunca me han tocado antes en la calle. Tony se olvidó del tiempo y la distancia, y tuvo que irse bruscamente o hubiera perdido su puesto». Él había querido hacérsela, pero las cosas se pusieron mal y discutieron por la bebida. «Por eso estaba pensando en ello cuando me encontré *contigo*». Tenía quince años y medio cuando fue follada la primera vez en una media docena de ocasiones, pasó un año sin volver a hacerlo, luego se negó a permitir que su madre la «mantuviese bajo el yugo» un minuto más, y llevaba dos meses siendo una «regular de la vida». «No permito que las gentes de alrededor sepan *eso*, y cuando salgo nunca voy cerca de madre». Conseguí su domicilio, pero nunca lo utilicé.

(Luego caí enfermo, y durante ese tiempo escribí el siguiente ensayo sobre coños. Pretendí destruirlo, porque no forma parte del

relato de mi vida secreta, pero al fin acabé conservándolo).

En mis viajes por diversas partes del globo nunca he dejado de poseer a las mujeres de los diversos países por donde crucé, así como muchas mujeres de las provincias, regiones y nacionalidades que en algunos casos integran lo que se llama un Imperio. Tal sucede con las mujeres de Croacia, Estiria y Dalmacia, y con las de Viena y Pest, que a pesar de pertenecer todas al imperio austríaco, tienen tipos físicos absolutamente diferentes. Una mujer de Dalcarlia y una mujer de Gotemburg difieren grandemente pero ambas pertenecen al reino sueco. En Inglaterra, las inglesas, irlandesas, escocesas y galesas pertenecen a tipos diferentes, e incluso hay una gran diferencia de rostro y cuerpo entre una mujer de Yorkshire y una mujer de Devonshire, ambas inglesas.

He gustado los tesoros sexuales de todas esas bellas criaturas en sus capitales y en sus ciudades principales; no sólo en Europa sino en tierras y países situados más allá de muchos océanos. He gustado en el extranjero la variedad de razas y cruces en los mejores lupanares, donde mantenían mujeres de diferentes nacionalidades para satisfacer los gustos y el idioma de los viajeros. De este modo he tenido a mujeres de todas las partes del mundo, y también de partes donde no he puesto el pie nunca. Pueden diferir en rostro, cuerpo y color, pero todas ellas joden de un modo muy parecido; sus estímulos, estratagemas y vicios son casi los mismos. Sin embargo, encontré un gran encanto en la diversidad, y siempre me ha proporcionado un voluptuoso deleite ofrecer el homenaje de mi príapo a una mujer de un tipo o nacionalidad desconocidos para mí.

A través de diarios y anotaciones descubro que he tenido a mujeres de veintisiete imperios, reinos o países, y de ochenta o más nacionalidades, incluyendo todas las europeas excepto las laponas. He echado palos a negras, mulatas, criollas, mestizas, indias, griegas, armenias, turcas, egipcias, hindúes y otras de coño sin pelo así como indias de las razas salvajes norteamericanas y canadienses. Sólo tengo ***** años de edad, y la diversidad de mujeres que he tenido me asombra. Ojalá pueda vivir para ampliar mi selección e incrementar la diversidad de mis embrujadoras.

Naturalmente, he tenido a mujeres en la mayoría de los lugares del Reino Unido, pero menos mujeres irlandesas que otras; en

general, las que he encontrado eran las zorras más bajas, indecentes, mal habladas, hipócritas, aduladoras, mentirosas, engañosas y sucias de todas cuantas me hice.

(En el manuscrito los nombres de los diversos lugares donde tuve a las mujeres y las fechas están reseñados en la mayoría de los casos, pero hacerlo aquí sería revelar demasiado).

Probablemente he follado hasta ahora —y he intentado precisarlo cuidadosamente— con algo como mil doscientas mujeres, y he palpado los coños de otras trescientas, con toda seguridad, de las cuales he visto a ciento cincuenta desnudas. Mi relación con las otras empezó y terminó sobre todo en las calles, con la delicada operación de lo que se llama mojarse el dedo. Muchos incidentes conectados con estos fugitivos pasatiempos sexuales ya se han descrito brevemente, y al revisar el manuscrito sólo encuentro unos pocos más merecedores de noticia, aunque algunos me sorprendieron en su momento como una novedad. Creo que en la mayoría de los casos no eran sino eso, como habrá descubierto todo hombre de temperamento amoroso que se haya comportado en su vida secreta como yo me comporté. A las llamas, pues, con esas breves historias amorosas y con las mojadas de dedo.

Mi sentido de lo hermoso en todas las cosas, que actualmente me hace atender más a la forma del cuerpo de una mujer que el rostro, me ha enseñado a distinguir la belleza de algunos coños comparados con otros. Durante muchos años —pues aunque quizá no determinase absolutamente mi selección de la mujer al principio, debo a pesar de todo haber sido consciente de ella— debe en cierto grado haber determinado si volvía a follar después con la mujer una segunda noche (mujeres de vida alegre). Aunque las razones por las cuales seleccionaba a una dama para la diversión de la segunda noche están mezcladas y son difíciles de analizar, mi recuerdo se demora agradablemente en aquellas mujeres cuyos coños me complacieron por su aspecto; en cambio, a aquellas cuyas rajas carecían de atractivo o me parecían feas las recuerdo incluso ahora con cierto asco. Durante años esta percepción de la fisonomía de los coños ha ido madurando por experiencia y reflexión, y ahora, cuando levanto la combinación de una mujer, mi primer impulso es ver si su coño es bonito o no.

De hecho, me he convertido en un *connaisseur* de coños, aunque probablemente mis gustos sobre ese artículo femenino no comulguen con los de los demás hombres. Hay quizá muchos que llamarían feos a los coños que yo llamo hermosos y viceversa; también pueden diferir de mí en el criterio de belleza para el cuerpo, el rostro o el color de una mujer; o incluso sobre su estilo de follar, sus maneras, lenguaje y otras particularidades.

La belleza, o su falta, no sólo puede verse en la parte exterior de un coño, sino que debe observarse cuando las fruncidas cubiertas se abren. Muchas mujeres tienen bastante buen aspecto al tumbarse sobre la cama con los muslos casi cerrados y el triángulo de pelo —sea del color que fuere— ensombrece la parte superior de la grieta que forma su sexo en la parte inferior de su vientre, pero la vulva de esas mujeres resulta luego vulgar cuando los postigos se abren de par en par y brotan grandes ninfas creciendo desde el clítoris, y la apertura de la avenida amorosa parece ancha y dentada. Son bonitos otros coños con pequeños y delicados labios interiores, que se funden en la superficie general antes de alcanzar la abertura aparentemente pequeña del extremo inferior e invitan a la entrada de la polla bajo el pequeño clítoris rojo. El encanto del color también interviene. El tinte delicadamente rosa y coralino de una virgen muy juvenil es mucho más apetitoso que el carmín profundamente azulado, color de muchas grietas maduras, bien folladas o bien masturbadas, o del de aquéllas que han dejado pasar a diversos niños. Decir que todas las mujeres son iguales en la oscuridad es el lema de la ignorancia. Implica que todo coño proporciona un placer igual, error que creo haber expuesto antes y combatido con diversos hombres. Los placeres que los coños proporcionan a los hombres durante el coito varían mucho. En muchas mujeres me parece que nunca he entrado y disfrutado debidamente. En algunas mi polla parecía perdida, en otras sentía una obstrucción. En algunas parecía moverse irregularmente, encontrando obstáculos aquí y allí, como si el coño se resistiera a ser sondeado; o, cuando encontraba un lugar cómodo para la cabeza —donde yace todo el placer masculino—, con la sacudida siguiente se perdía y era difícil de encontrar otra vez. Dentro de otras mi polla ha tocado el final antes de entrar la mitad de su longitud. A veces un pequeño orificio de aspecto bonito conduce a un tubo

espacioso en su interior, falto de una suave presión sobre la polla una vez que ésta ha penetrado dentro de sus pliegues. Me he hecho a algunas mujeres en cuyos coños he metido un dedo al lado de la verga cuando estaba dentro, a pesar de tenerla crecida al máximo y parecer lo bastante grande como para llenar cualquier coño, pero la vagina parecía una caverna en relación con ella.

Hay coños que tienen para mí el tamaño perfecto, donde mi polla sueña en un voluptuoso deleite desde el momento de entrar hasta el momento de salir; coños donde no puede ir mal, sea yaciendo aquiescentemente dentro de sus cálidos pliegues lúbricos o con sacudidas largas o cortas, rápidas o lentas. Esos coños me hacen sentir que estoy abrazando a un ángel. Otros hacen el trabajo del coito incómodo, y me dejan casi contento cuando termina el orgasmo, haciendo que sienta indiferencia hacia la mujer cuando mi polla la abandona. Mi experiencia debe de ser igual a la de los demás.

He jodido, palpado o visto los coños de una criatura en su cuna y los de mujeres de todas las edades comprendidas entre seis y cincuenta; los he visto de todos los tamaños y desarrollos, y de color desde el coral pálido hasta el rojo intenso de las moras. Los he visto sin pelo, he visto otros que tenían una ligera pelusa, otros con arbustos de seis pulgadas de longitud que cubrían desde la rabadilla hasta el ombligo. Cabría esperar que estuviese saciado, que toda curiosidad y todo encanto hacia este atributo femenino hubiesen desaparecido para mí. Sin embargo, la visión de este órgano sexual me complace hoy tanto como siempre, a veces pienso que más. Aunque pueda tener poca belleza intrínseca, y por poco que pueda añadir —desde el punto de vista artístico— a la belleza del cuerpo femenino en cuyas partes está insertado, aunque a veces pueda haberlo considerado feo en una mujer hermosa, sigue teniendo un encanto que me hace desear ver el coño de toda muchacha que encuentro.

Éste es el reflejo en el cerebro del goce que me ha dado la penetración del coño, el intenso placer mental y físico de joder, placer que mientras dura hace adorable a la más vulgar de las mujeres y convierte su coño en una gema que las minas de Golconda no pueden igualar.

No hay visión más exquisita y voluptuosamente incitante que la de una mujer bien formada, sentada o tumbada, desnuda con las piernas cerradas, oculto su coño por los muslos y sólo indicado por la sombra proveniente de los rizos de su toisón, que se espesa al acercarse a la parte superior del templo de Venus, como si quisiera ocultarlo. Entonces, a medida que sus muslos se abren suavemente y la raja en el fondo de su vientre se abre ligeramente con ellos, aparece el crecimiento de los labios, surgen el delicado clítoris y las ninfas, se ve el incitante tinte rojo de toda la superficie, y el conjunto queda enmarcado por cabello rizado, suave y brillante mientras por los alrededores no hay sino la carne suave y marfileña del vientre y los muslos, que le proporcionan el aspecto de una joya en un estuche. Los ojos del hombre nunca podrán descansar en un cuadro más dulce.

Entonces, cuando los muslos se abren para el abrazo del hombre y el coño se muestra en toda su longitud y anchura, rojo y brillante con humedad y lujuria, viéndose todo menos el extremo inferior donde se encuentra la entrada para la polla, que está parcialmente cerrada por las marfileñas nalgas y parece de un rojo más oscuro por la sombra donde se encuentra, expresando el secreto y la profundidad del tubo donde ha de hundirse la polla, y donde penetra, se endurece, palpita, emite y se reduce mientras su propietario casi se desmaya con el placer que recibe y da. ¿Hay alguna otra cosa en este ancho mundo comparable a un coño? ¿Cómo puede un hombre dejar de sentir curiosidad, deseo y encanto en él?

En esos momentos mi cerebro gira con visiones de belleza y placer pasadas, presentes y futuras. Mis ojos cubren todo el espectáculo desde el ano hasta el ombligo, el coño parece investido de belleza seráfica y ser un ángel su poseedora. Por eso incluso ahora puedo contemplar los coños con todo el júbilo de mi juventud, y aunque haya visto mil cuatrocientos desearía ver mil cuatrocientos más.

Sobre la fisonomía de los coños y sus capacidades para dar placer creo que sé tanto como la mayoría de los hombres. Fisionómicamente pueden dividirse en cinco clases, pero un coño puede compartir las características de una, dos o más, especialmente por lo que respecta al desarrollo de clítoris y ninfas.

Los clasifico del modo siguiente: 1) coños perfilados limpiamente; 2) perfilados con bandas; 3) labiados con volantes; 4) labiados finamente; 5) de labios llenos, y 6) respingones.

Coños perfilados limpiamente. — Son los que se asemejan a una incisión hecha en una naranja; la carne de cada lado es plena, densa, creciente y vuelta ligeramente hacia dentro, formando más que labios un abultamiento, aunque pueda observarse una tendencia a la formación de labios. Ni el clítoris ni las ninfas se ven en algunos, aunque en todos ellos la carne parece enrojecerse a medida que los lados se vuelven hacia dentro y se encuentran, mostrando una tira del más leve coral, un mero atisbo de la superficie roja interna. Este tipo de coño es sobre todo hermoso en chicas hasta los catorce años de edad, justo antes de que empiece a crecerles el pelo, aunque puedan verse en mujeres mucho mayores. Los acolchamientos de carne son firmes y elásticos, y el del toisón —que es protuberante— tiene las mismas características. Esta clase de coño suele alterarse con la edad, pero lo he visto en una mujer de treinta y cinco años. Suele haber amplio espacio entre los muslos cuando estos coños existen en mujeres maduras, de manera que la mano de un hombre puede yacer cómodamente en ellos y coger la vulva con toda la mano. Puede que los huesos de los muslos estén dispuestos muy separadamente en la pelvis, pero he visto y palpado esta anchura de coño en mujeres pequeñas.

Coños perfilados con bandas. — Estos coños son muy parecidos a los anteriores, pero las ninfas están ligeramente más desarrolladas, así como el clítoris. No son grandes, pero su tamaño es suficiente para mostrar una banda roja visible entre los labios exteriores que parece abrirlos. A veces lo rojo sólo se muestra ampliamente cuando los muslos están abiertos de par en par. En otros casos se muestra incluso cuando los muslos están cerrados. En algunas el pequeño clítoris (no uno feo y grande) se limita a sobresalir bajo el oscuro cabello que se espesa justo alrededor de la raja, y unos tres centímetros por debajo las ninfas desaparecen de la vista salvo que los muslos estén abiertos de par en par. He visto este coño en mujeres de hasta treinta años, y para mí es desde luego el coño más delicado, refinado, hermoso y excitante. Casi siempre lo he encontrado en las mujeres mejor modeladas, llenas y encantadoras.

Es la única clase de coño que puede considerarse bonito. Un coño no es probablemente un objeto en verdad bonito, aunque los instintos sexuales hagan que su contemplación sea excitante y llena de encanto para un hombre.

Coños labiados con solapas. — Estos coños suelen tener los labios plenamente formados, el clítoris sobresale bastante y las ninfas cuelgan casi toda la distancia desde la hendidura hacia abajo en dirección a la vagina. Este coño lo tienen sobre todo mujeres con más de cuarenta años, y si han jodido o se han masturbado mucho el color es de un rosa muy oscuro o colorado. Lo he visto en algunas mujeres con un color rojo casi de mora. También he visto ninfas colgando o proyectándose más allá de los labios desde uno hasta cuatro centímetros, y fue tan detestable para mí que casi me impidió disfrutar con una mujer realmente bien hecha de treinta y cinco años que conocí en tiempos. Muchas mujeres de vida alegre en los burdeles tienen este tipo de coños, calculo que por exceso de ejercicios venéreos. A veces se desarrollan hasta adquirir esta forma en las mujeres cuando tienen hijos. Para mí es un coño casi tan feo como el de tipo respingón. (Años después de escribir esto me hice a una chica de dieciséis años con aspecto de catorce cuyas ninfas colgaban casi cuatro centímetros fuera de los labios y con un clítoris bastante grande. Las ninfas eran mucho mayores en un lado que en el otro y su vagina hubiera tragado la polla de un gigante. La vi y la follé por segunda vez por pura curiosidad).

Coños de labios finos. — Pueden tener o no ninfas aparentes. Las mujeres pobres, delgadas, tirando a jóvenes y medio famélicas, con muslos finos y miserables traseros de conejo, tienen esta forma de coño. En realidad, no son feos salvo que las ninfas son demasiado obstaculizantes, como acontece a menudo, porque muchas de esas mujeres pobres y delgadas han tenido un hijo y es posible encontrar señales de ello sobre sus pobres vientres planos que yacen en una hondonada entre los mal cubiertos huesos de las caderas. (Las mujeres con esta clase de coño suelen fingir pudor, ponerse las manos sobre sus hendiduras, decir que no les gusta que se lo miren y lanzar risitas afectadas. Supongo que son conscientes de la falta de belleza en ambas partes).

Coños de labios llenos. — Suelen ser propios de la madurez, sobresalen como la mitad de una salchicha y luego desaparecen en

la carne amplia situada a cada lado, bajo un monte de Venus o toisón grande y bien poblado de pelo. Así los tienen las mujeres carnosas y bien cebadas, y tienen un aspecto bonito y saludable rodeados por los muslos amplios y las grandes nalgas redondas. Éstos son los coños que más me gustaron en mi juventud y bastante después. Mary, uno de mis primeros amores, así como Louisa Fisher, tenían perfectos ejemplares de este tipo de coños. Creo que atraen especialmente a hombres bastante jóvenes, porque responden a la imagen de coño que muchos muchachos —como recuerdo muy bien— se imaginan antes de haber visto el sexo de una mujer. El efecto general del coño es el de ser espacioso. Las mujeres con este tipo de coño suelen permitir que sean mirados y tocados libremente, y sonríen voluptuosamente al hombre mientras éste procede a la inspección, como si estuviesen orgullosas de sus muescas, y les gusta que los hombres los contemplen y los aprecien.

Respingones. — Los labios de esos coños son como la mitad de salchichas finas y casi parecen colgar desde el vientre, dejando así un surco entre los lados exteriores de los labios y el lado interno de los muslos. Es el tipo de coño más feo, y es todavía más feo aún si las ninfas destacan mucho, como es a menudo el caso. Su aspecto es el de que sus propietarias padecen tuberculosis. He descubierto que el pelo de estos coños suele tener una distribución irregular y ser fino; en caso de ser espeso, la mata es débil, larga y con pocos rizos. En las múltiples ocasiones en que me he encontrado a una mujer poseedora de este tipo de genital he sido incapaz de echarle un palo. Los respingones, como los coños de labios finos, suelen pertenecer a mujeres desgarbadas, delgadas, pobres, mal comidas y no demasiado jóvenes, a modistillas retacas, con culos como pellejos donde es posible palpar los huesos del trasero. Imagino que —en tal caso— se debe mucho a la falta de nutrición, y, frecuentemente, a la mala salud. Tienen estos coños las putas talluditas y necesitadas, las que llevan velos e intentan pasar por mujeres de treinta cuando tienen más de cincuenta años. A menudo he sido arrastrado en mi juventud por ellas, pero nunca voy ahora tras una mujer que lleve velo.

Todas las clases de belleza pueden tener uno u otro de los defectos, porque la variedad en la combinación de labios exteriores, clítoris, ninfas, toisón y pelo en cantidad, longitud y forma es

infinita. No hay dos coños exactamente iguales en aspecto, y de ahí proviene el encanto de la diversidad y el deseo siempre renacido de mujeres nuevas por parte del varón. Siempre hay un encanto en la novedad; es algo que nace con nosotros.

Suerte. — Harry masturbado. — Una orgía. — Dos varones y una hembra. — Intenciones de dar por el culo. — H. masturbada con la boca por ambos. — Masturbaciones simultáneas. — Confesión de sodomía. — Ano y pudenda penetrados. — Esfínter y dedo pulgar. — Jodiendo con mamada. — La lujuria insaciada de H. — Champán y reposo. — Retorno a los ejercicios amorosos. — Exclamaciones indecentes. — Agotado. — Ojos voluptuosos. — Pelotas palpadas. — Conjunción prolongada. — Dedo y ojo del culo. — Más reposo y más champán. — Furia erótica. — Todos exhaustos. — Finis. —Reflexiones.

En agosto salí al extranjero para volver en octubre. A excepción de la visita a un lupanar nada hubo merecedor de relato. De hecho, mi fidelidad fue notable.

Había ido a ver poco a H**** desde cuando tomé allí la última virginidad juvenil. Cuando aparecí hacia mediados de octubre, tras mi retomo, ella tenía mucho que contar. Había reñido con el «mal perro» (polla-de-burro), pero no había roto del todo con él. Su otro amante estaba muerto. Con un poco de presión —porque realmente estaba deseando contármelo— descubrí que había gratificado a Harry y se había satisfecho a sí misma permitiendo que el chaval se la follase, y estaba asustada de que polla-de-burro lo supiese por alguna indiscreción del muchacho a la hora de mantener en silencio algo de lo que afortunadamente debería sentirse orgulloso. Ella me describió su polla, la comparó con el instrumento de polla-de-burro y con el de su protector, me dijo riendo cómo se había comportado el muchacho durante su primera follada y mientras estábamos hablando de ello llegó una carta de polla-de-burro traída por el muchacho, que estaba esperando una respuesta. Con esa instantánea calentura y ese desprecio por las consecuencias que cuando llegan, llegan más rápidamente que nunca, dije: «Enséñame su polla, déjame verle».

La idea complació a H. «Pero no quiero que él me conozca».

«Conserva el sombrero puesto». Ella fue a buscarle, yo me froté algo de carbonilla proveniente de una estufa, con el dedo me oscurecí los párpados y las pestañas, me puse un gorro de dormir que por pura casualidad estaba en el bolsillo de mi chaqueta de viaje y un par de gafas oscuras que había utilizado para visitar glaciares. Realmente, apenas me reconocí cuando miré al espejo.

Ella rió cuando vio mi disfraz. Había escrito una carta al burro mientras estaba en el piso de abajo, y ahora se quedó pensando un minuto. Polla-de-burro se marchaba de la ciudad. Harry debía entregarle la respuesta en la estación y no se atrevía a esperar lo bastante como para follarla —pues tal era ahora mi sugerencia— por miedo a perder el puesto. Polla-de-burro era un señor severo. «Haré que enseñe su polla y se le ponga tiesa». «De acuerdo». Desde el rellano le llamó, invitándole a subir al dormitorio. «No te molestes por este caballero». Él estaba atemorizado al verme. Lo que entonces siguió se produjo tan rápidamente como escribo estos hechos. Todo fue impremeditado por parte de nosotros tres; una calentura conduce a otra. Sigo ciegamente las sugerencias del instinto cuando se encuentra en este estado concupiscente.

«¿Cómo está tu polla, Harry?», dijo ella. Él pareció completamente estupefacto un momento, me miró y luego la miró a ella. «¿No está tiesa?». «No, no lo está», dijo él con aire avergonzado. «Enséñamela». «No», dijo él muy solemnemente, mirándome un segundo. «¿Por qué? Bien sabes que la he visto». Él sonrió. «Hazlo», dije yo hablando con voz áspera, «y te daré cinco chelines». H. dijo entonces: «Mira, enséñasela y yo te enseño mi coño». Él meditó. «No puedo… si no le cojo antes de que tome el tren quizá me despida». «Te daré dinero para un taxi, y aquí tienes cinco chelines», dije yo mostrándolos. Entonces, sin más preliminares, H. se acercó a él y le sacó la polla, sin resistencia. «¿Cuándo jodiste por última vez?». «Con nadie desde aquella vez *contigo*», dijo el muchacho ganando en audacia. «¿Te la has meneado?». «No». «¿Te gustaría ver mi coño?». «Oh, sí». Ella fue a la cama y se tumbó en una esquina. «Te daré medio soberano si me dejas que te la menee», dije, porque esa calentura había hecho presa en mí por entonces. «Vaya suerte, Harry». Él no me miró un solo momento, estaba absorto con *ella* y no contestó. Su polla no estaba tiesa.

H. se levantó las ropas. Al ver el encantador coño su polla se irguió rápidamente hasta la erección. Era un artículo largo, pero delgado, que quizás en un año o dos se ensancharía. La cogí y la palpé, luego se la meneé sin que él opusiese resistencia e incitándole ella. «Déjame joder contigo… déjame», dijo él lastimeramente cuando descubrí por cierta vibración de su vientre que sentía el placer. «No, conseguirás el medio soberano». «Abre más tus muslos», dije, «ábrete los labios». Quería hacer que él se corriese sobre su coño. Ella vio mi juego. «¿Es agradable?». «Sí». «¿Te correrás?», dijo ella. «Sí», y su trasero tembló. Noté que estaba viniendo. «Inclínate hacia delante, pon tu polla más cerca de su coño». «Oh, jodamos», exclamó él cuando su esperma se disparó contra la vulva, y masturbé hasta que no quedó una gota en sus pelotas.

Él puso la mano para palpar el encantador receptáculo, pero ella se levantó y yo le di el dinero. «Llévale la carta y vete, o te la cargarás», dijo ella. En un minuto había salido el muchacho del cuarto, abrochándose los pantalones según salía. Ella rió. «Jode conmigo, querido», dijo yendo a la cama y mostrando su vulva pegajosa. Pero me la había follado dos veces y no podía hacerlo entonces otra vez, por lo cual ella se masturbó sin más palabras. «¿Verdad que somos bestias?», dijo mientras se lavaba el coño. «No; me bajaré al pilón contigo». «Hazlo, no me han follado en toda una semana. Phil está fuera y he reñido con burro» (pues así le llamábamos entonces). «Pero te has masturbado». «Por supuesto, cada noche. Duermo sola y leo en la cama hasta estar cansada, luego me masturbo y cuando estoy satisfecha me duermo».

(Esto fue para mí una gran suerte, y la vez siguiente que visité a H**** hablamos sobre esta diversión masturbatoria con el muchacho. Ella había sido follada por él dos veces, y como su calentura estaba satisfecha no deseaba nada más de él. Pero su juventud e inexperiencia hicieron nacer en mí el deseo de verles jodiendo, estar en el cuarto y entonces hacer todos juntos lo que quisiésemos eróticamente. Antes de partir había quedado todo planeado. El episodio lascivo —aunque tan largo y prolijo— es una de las evidencias subsistentes de cómo se redactó originalmente este manuscrito. Es demasiado problema abreviarlo, y lo conservo casi como fue escrito. Es el relato de uno de esos frenesís eróticos que

ocurren a hombres y mujeres cuando están juntos y calentados por el vino y la lujuria).

Unos quince días después, por la noche, H. tenía un aspecto encantador en su combinación con lazo, sus medias rojas de seda y sus bonitas zapatillas. Cuando lanzó hacia arriba las piernas mostrando las hermosas formas de sus muslos y sus nalgas, llenando los rizos avellana el espacio entre ellas excepto por una leve banda roja en el centro, nunca he visto un paisaje tan embrujadoramente voluptuoso. Rápidamente mi picha se puso tiesa y palpitante, aunque estuviese un poco falto de forma. Qué maravilloso olor tenía su clítoris, cuando se lo lamí suavemente durante un minuto. Pero teníamos otra cosa que hacer. «Harry está aquí», dijo ella. Me quedé en camisa y luego entró él, un joven alto y esbelto que acababa de cumplir entonces los diecisiete. También él se desvistió rápidamente, porque sabía qué le esperaba. Cogí su instrumento largo y delgado, que no estaba tieso, y pareció nervioso.

Qué rara es al tacto la polla de otro, aunque sea tan semejante a la propia. «Enséñale tu coño». Ella volvió de nuevo a la cama y exhibió sus encantos. Se abrió la deliciosa hendidura roja, su polla se enderezó al momento y tras un par de toqueteos a su músculo rígido hice que se lo lavara aunque estuviese ya limpio como un pito de silbar. Yo me había lavado ya el mío. Entonces me vino bruscamente una calentura, porque no había preparado nada, y tomando su polla en la boca la gusté. Qué sensación agradable proporciona una buena polla suave moviéndose dentro de la boca de uno. No me sorprende que las rameras francesas digan que hasta que una mujer ha chupado una mientras se está corriendo por la acción de otro hombre que se la folla, la masturba o se baja al pilón con ella, no ha gustado el placer supremamente voluptuoso. Sin embargo, algunas me han dicho que les gustaba lamer el coño de otra mujer, mientras una mujer se bajaba al pilón con ellas, mejor que chupar una polla en esos excitantes momentos. Pero los gustos eróticos varían, naturalmente.

Le tumbé a un lado de la cama chupándosela y meneándosela alternativamente. H. estaba tumbada junto a él, y él puso los dedos de la mano izquierda sobre su coño. Tenía pensado dejarle disfrutar su placer completo en mi boca, pero cambié de idea. Entonces nos tumbamos juntos sobre la cama —la cabeza de uno junto a los pies

del otro— haciendo lo que los franceses llaman sesenta y nueve, o *tête-bêche*, y chupamos cada uno la polla del otro. Él quedó complacido con el acto. H., que estaba tumbada a nuestro lado, dijo que iba a masturbarse; si lo hizo o no, no puedo decirlo, pues estaba demasiado concentrado en hacerle un francés al pito de él. Él no me acarició con habilidad, tras poco tiempo cesamos y su polla quedó fláccida.

Entonces me monté sobre su vientre mientras él yacía tumbado de espaldas y mostré a H. cómo solía frotar pollas con el joven de la Srta. F**z*r, y poniendo ambas pollas juntas dije a H. que las aferrara lo mejor que pudiese con una sola mano. Pero dos carajos eran demasiado grandes para su mano. Entonces me vino un deseo que esperaba hacía mucho tiempo, sentir la sensación de una polla dentro de mi propio ano. Él consintió en operar sin vacilación. Estos juegos eróticos —pensé— darán a H. algo nuevo que pensar cuando se masturbe por la mañana, como dice que suele hacer antes de levantarse. Gozó inmensamente con nuestra actuación, nos palpó por todas partes, miró todo y se masturbó varias veces suavemente también. Su polla era mucho más pequeña que la mía; en opinión de H., era lo que podía llamarse una polla pequeña. De tamaño era como una larga y delgada salchicha de vaca, cosa que considero el tamaño justo para mí. Mojando por eso mi ano y sintiéndome nervioso, me tumbé de espaldas sobre el borde de la cama levantando hacia arriba mis muslos, eligiendo esa posición para observar el rostro de él mientras se corría. No pudimos conseguirlo de ese modo, di la vuelta al culo, H. guió encantada su polla hacia el orificio y con un solo golpe recorrió él la mitad del camino. Me vino instantáneamente un sentimiento de repulsión. «Sácala», exclamé. Salió, ella rió y allí acabó todo. No me sentía contento para nada conmigo mismo. ¿De qué sirve mi filosofía?

Los dedos de H*l*n habían estado palpando su propia grieta casi todo el tiempo que llevábamos juntos, y su rostro parecía ahora salvaje de voluptuosidad. Exclamó: «Jódeme, jódeme» y se tiró sobre el borde de la cama con los muslos distendidos, el coño abriéndose. Pero yo sabía que mis poderes eran demasiado pequeños esa noche como para acelerar las crisis de placer, y deseaba prolongar la diversión erótica, por lo cual ni quise follarla ni permití que él lo hiciese. Pero me bajé al pilón con ella. Él hizo

luego lo mismo. Ella yacía tumbada sobre la cama, él se arrodilló entre sus piernas, y mientras trabajaba con la lengua sobre su vulva, me tumbé de espaldas entre las piernas de ella y las suyas y cogí su polla en mi boca. Sentí que las piernas de ella temblaban y escuché sus suspiros de goce. Estaba entrando en la diversidad erótica de cuerpo y alma, con coño y ano también, como reconocí por sus movimientos, exclamaciones y luego tranquilidad. Ella se corrió justo cuando unas rápidas sacudidas de su polla entre mi lengua y mi paladar me dijeron que estaba a punto de correrse él también. Entonces rechacé rápidamente su instrumento.

Con la polla rígida e incitado por H., él continuó lamiéndole el coño hasta que ella se corrió otra vez. Entonces les puse lado a lado sobre el borde de la cama; él empezó masturbándola a *ella* y yo masturbándole a *él*. «Está viniendo», dijo él, y en ese instante se disparó su esperma en cuatro o cinco grandes goterones rápidos, de los cuales el primero casi llegó hasta su pecho. Cómo le temblaron las piernas al joven tunante cuando partió de él su jugo. H. se inclinó y miró mientras él se corría. Su esperma era menos espeso de lo que hubiera debido ser, aunque él dijo que no había follado durante quince días, y que tampoco se la había meneado durante una semana. Creo que mentía. A su edad mi esperma habría sido más espeso tras una semana de abstinencia. La última vez que él había jodido con ella era mucho más abundante y espeso. Él volvió a afirmar que no se había corrido en una semana, y ella declaró que no se la había follado a *ella*, con lo cual supongo que era verdad.

Él se lavó y orinó, otra vez jugué con su pito y le hice preguntas. Dijo que había dado por el culo una vez a un hombre, y que había masturbado a otro. Ahora tenía a una agradable joven que le permitía follar por media corona cuando la tenía, pero él sólo ganaba una libra por semana y necesitaba mantenerse con ello. Pronto su polla estuvo tiesa otra vez. Dio al coño de ella otra lamida y entonces nos pusimos a trabajar del modo ya previsto por mí con ella cuando estábamos solos. Él no conocía nuestro juego.

En nuestras muchas conversaciones sobre caprichos y fantasías eróticas, H. había expresado un gran deseo de tener dos pollas dentro de sus orificios al mismo tiempo. Quería saber si era posible, si el placer sexual sería incrementado por la perforación simultánea de coño y ano, y se preguntaba si eso incrementaría el placer del

hombre. Yo le había mostrado reproducciones de las posturas a tres para el doble acoplamiento, y convinimos intentarlo aquella noche. Él no debería saber de qué iba la cosa. Su inexperiencia, unida a la excitación de ser follado por una criatura supremamente encantadora, estaban calculadas para dejarle a oscuras en cuanto a la operación que se desarrollaría en la puerta trasera de ella. Pero estábamos obligados a ser cautelosos.

Él se tumbó sobre la cama con las piernas colgando mientras ella, de pie con las piernas distendidas y rodeando las suyas, se inclinaba sobre él. Presencié la operación arrodillado desde la puerta y vi su pito entrar y salir del coño de ella. Entonces, cuando supe que su placer estaba creciendo, humedecí el ano de ella con mi saliva e incorporándome oprimí mi picha entre sus nalgas y contra su polla, tocándola de cuando en cuando mientras ella movía el coño sobre ella. Hice esto como un ciego. Poco después dije: «¿Sientes mi polla?». «Sí». No era cierto, porque entonces le estaba poniendo un dedo sobre ella, pero él estaba demasiado absorto con su placer para darse cuenta. Entonces ella echó hacia atrás el culo con habilidad y la polla se salió, mientras empujaba sus nalgas en dirección a mí, continuaba hablándome y aparentaba querer introducirse su picha nuevamente.

Al primer empujón mi polla falló. Estaba bien de dirección —porque había probado el orificio con el dedo pulgar y el índice, que no tenían uñas— y sabía que el camino estaba despejado. Empujón, empujón, empujón. Seguía fracasando, y entonces vino el miedo nervioso. Eran las nalgas más encantadoras que jamás oprimió vientre alguno, o contra las que chocaron jamás pelotas, carne suave y de dulce olor, un ano sin rastro de pelo, un coño dulce, una polla juvenil y una mujer deseando la voluptuosidad suprema. Allí estaban todas las incitaciones eróticas para la vista, el tacto y la imaginación, pero fue en vano. Mi naturaleza se rebeló. Aunque deseara hacer lo que ella y yo habíamos previsto y deseado, mi traidora polla se negaba a levantarse hasta adquirir la rigidez necesaria. Cuanto más me esforzaba menor era mi éxito.

Estaba indignado por *su* decepción más que por mí mismo. Era *su* calentura. Habíamos hablado muchas veces del tema, y yo anhelaba que ella fuese rociada de esperma al mismo tiempo en su coño y en su culo. Era inútil seguir intentándolo, mi polla estaba

siendo trabajada nuevamente por ella, y supe por sus gestos que estaba cerca de tener su crisis; entonces, ansioso por proporcionar al otro orificio el placer, lamí su ano arrodillándome, cogí las pelotas de él con la otra mano y di a H. por el culo con el dedo mientras apretaba la bolsa de él. Ella exclamó: «Oh, dame por el culo, jode», cuando se excitó locamente, y ambos se corrieron. Entonces, húmeda y brillante, su polla se salió con un chapoteo pasando del coño a mi mano, que seguía debajo de sus pelotas. Me levanté y lo mismo hizo la dulce H., que me miraba con los ojos brillantes y voluptuosos. Él seguía tumbado de espaldas con los ojos cerrados y la polla colgando, con una perla de leche en su cabeza. Entonces, demasiado tarde, mi maldita y desgraciada polla se puso tiesa como una barra de hierro y podría haber penetrado el ano de una virgen de doce años, o haberse deslizado con facilidad en el de H. Puros nervios impidieron que hiciese su deber, apoyados según creo en una repugnancia natural, aunque desease mucho la novedad. Pero no lo pude hacer aunque era una excitante novedad *en* ella y *para* ella.

La folladora más fuerte, con una capacidad ilimitada para el placer sexual, la mujer más voluptuosa, la mujer con el coño más sediento que jamás conocí, sospechó mi situación y mi estado mental. «Fóllame *tú*, querido», dijo ella, y cayendo sobre la cama abrió los muslos. Su coño lanzaba destellos con lo que él se había dejado allí. No llevaba dos minutos desmontada, ni cuatro después de que se corriese, pero ya deseaba mi polla, para satisfacerme o satisfacerse.

Bien cachondo, me aproximé y abrí los labios; vi el brillante orificio, metí los dedos y los saqué cubiertos por los productos de la grieta de *ella* y el pito de *él*, miré sus ojos voluptuosos. «Jode… vamos… jódeme». «No puedes desearlo». «Sí… poséeme… hazlo». Harry se incorporó entonces, cogí su instrumento todavía grueso. «Lávatelo, mea y ella te la chupará mientras yo me la follo». *Él*, que sólo había hablado con monosílabos durante toda la noche, hizo eso rápidamente. Le tumbé sobre la cama y ella se inclinó sobre él doblándose mientras permanecía de pie, depositó el rostro sobre su vientre con el trasero hacia mí. «Chupa su polla, querida». «No lo haré». Ella se negó, era inútil insistir. Como yo no podía esperar, abrí sus labios inferiores para echar una última mirada al esperma y

le metí la polla. ¡Oh!, qué suspiro y qué sacudida dio ella cuando empujé con fuerza contra su útero. A ella le gustaban siempre las sacudidas violentas, le gustaba que su coño fuese casi golpeado. A menudo me cuenta que esto le proporciona el mayor de los placeres. (Cuando en días futuros le metí un consolador, a ella le gustaba que lo enterrase violentamente).

Yo reservé mis poderes, la urgía a que le masturbase con la boca, esperando que lo haría. Sus negativas se fueron haciendo menos positivas, y al final acabó entrando la polla de él dentro de su boca, pero fue sólo un minuto. «Ya está, lo he hecho», dijo ella. Su pito se había erguido, pero cayó inmediatamente después de ser abandonado por los labios.

Ella no quería hacerlo más, pero apoyaba su rostro sobre la polla y sacudía el trasero diciendo: «Oh, jódeme… jode más duro… sigue, querido». ¡Qué gancho tiene ella cuando aprieta el coño alrededor de mi polla y menea su encantador trasero! Es casi imposible dejar de empujar.

Pero yo no quería terminar. Saqué la polla y palpé con placer su superficie ahora espermatizada. Le di la vuelta hasta ponerla de espaldas al borde de la cama, y le puse a él de pie entre sus muslos. Entonces, vientre sobre vientre, picha sobre coño, se me sugirieron toda clase de posturas mientras los veía y las varié hasta agotarlas.

Entonces hice que él se arrodillase sobre la cama encima de la cabeza de ella, con su vientre hacia mí. Su polla colgaba tirando a grande todavía justo sobre la cabeza de ella, cuando metí de nuevo en su coño la verga tiesa y jodí, inclinando la cabeza hacia él para coger con la boca su polla. Ella la tomó con la mano y la mantuvo en dirección a mí, yo me la metí en la boca y follé, sujetando los muslos de ella y chupándole a él. Pronto la polla del joven tunante se endureció nuevamente y penetró hasta mi garganta. «¿Tiene la polla tiesa otra vez?», dijo ella espasmódicamente. «Sí», farfullé. «Oh, somos animales… jódeme, jode». Pero cuando mi placer llega es su boca lo que prefiero; solté su polla y hundiéndome sobre ella saqué la lengua para encontrarme con la suya, y con las bocas unidas nos corrimos. Él se deslizó a un lado cuando abandoné su pito, y al incorporarme y secar mis labios húmedos de los suyos —terminado nuestro placer— él estaba mirándonos, mientras ella, con los ojos cerrados, había encontrado y aferraba su pito aún tieso.

Qué situación para el joven rufián. Miles darían un billete de veinte libras por haber visto y hecho todo esto. Él lo había conseguido gratis; todo era plan de ella, sugestión lasciva suya.

Entonces nos lavamos todos, bebimos más champán y tras un leve descanso ambos palpamos la verga de Harry. Al metérmela en la boca se endureció. «¿Puedes follar conmigo otra vez?». «Lo intentaré», dijo él.

Lista como si no le hubiesen echado un polvo en todo un mes, líquidos y brillantes sus ojos de deseo voluptuoso, ella movió al instante su trasero hacia él desde el borde de la cama y le proporcionó libre acceso. Yo guié su verga, y el chaval empezó a follar duro otra vez. Entonces me tumbé sobre la cama, con el rostro de ella sobre *mi* vientre, pero a pesar de todo cuanto pude decir, ella se negó a chupármela. ¿Temía ella que *él* le contase algo a polla-de-burro? Me incorporé, molesto, y deslizando la mano bajo el vientre de él, masturbé su pequeño clítoris mientras Harry se la follaba por detrás. Podía sentir cómo subía y bajaba la polla entrando y saliendo del coño, incluso palpar sus pelotas, que eran pequeñas. De cuando en cuando abandonaba mi posición para observar desde lejos a los agentes, para ver oscilar su trasero y moverse las nalgas de ella. Para él fue un trabajo largo, pero *ella* se corrió pronto. Cuanto más se corre, más violentas parecen ser a veces sus pasiones. «Ah… no pares, Harry… jode… deja que tu leche entre en mi coño», exclamó al correrse. Él no se corrió, pero siguió trabajando como una máquina de vapor. «Leche… leche…», exclamó ella nuevamente. Plap, flap, siguió sonando su vientre contra las redondas nalgas, haciendo un sonido casi idéntico al que produciría azotar sus ancas con la mano. Pensé que no llegaría a correrse, de tanto como tardaba, hasta que vi que sus ojos se cerraban. «¿Estás viniendo?». «Sí». «Ah… jode, jode», gritó ella nuevamente, todo su cuerpo tembló y la acción cesó entonces. Ella se deslizó un poco hacia delante, fatigada, siendo seguida por su vientre y su verga, y allí quedaron todavía unidos, ambos silenciosos y exhaustos. Poco después ella le desmontó y sin decir palabra se tumbó sobre la cama. Miré el coño y apreté su polla, me sentí locamente cachondo, pero sin erección. Ahora no me atrevo a excitarme demasiado. Tenía envidia, me irritaba no ser capaz de follarla otra vez inmediatamente.

Ella estaba tumbada con ojos brillantes, húmedos de placer y algo azulados por debajo, el rostro muy colorado. Me miró intencionadamente. «Hazlo otra vez», dijo ella. «No puedo». «Puedes, estoy segura». Apoyándose sobre un codo levantó la rodilla superior, abrió ligeramente su coño y lo palpé. Él se estaba lavando. «Métela un minuto». «No está dura». Alargando la mano, me la cogió. «*Puedes* follar», dijo poniéndose otra vez cerca del borde de la cama y abriendo los muslos. «Hazlo así, tal como estoy tumbada». No pude resistir y puse mi verga donde ella deseaba. Habría hecho cualquier cosa por conseguir que mi polla tocase su coño. No tenía ni ocho centímetros de larga, pero tan pronto como la cabeza estuvo sobre su vulva y ella la frotó allí empezó a crecer. Más y más rígida fue poniéndose a medida que la empujaba suavemente dentro de su coño. «Está lo bastante tiesa», dijo ella. Temí una recaída y me puse a trabajar vigorosamente. Chupé su dulce boca, la vacié de saliva, que tragué, y nos corrimos juntos, mirando entonces *él*. Fue un palo excitante, pero exterminador para mí. Mi esperma parecía plomo derretido resbalando desde las pelotas, y la cabeza parecía tan irritada al correrme que dejé de empujar o sacudirme y terminé con sus repetidas presiones de coño, en cuyo arte es ella una maestra perfecta. Cuando la conocí por primera vez y su coño era más pequeño, nunca ejercitó esa capacidad de apretar aunque la tuviese. Ahora, aunque su encantadora avenida era, desde luego, más amplia para los dedos, tiene más carne dentro y posee un delicioso poder constrictivo.

Harry estaba ahora silencioso, y ella parecía fatigada al fin, pero sentándose a su lado empezó de nuevo a acariciar incansablemente su picha. Había signos evidentes de crecimiento. La palpé, pero mi lujuria estaba saciada y no me interesaba seguir tocándola. Charlamos y bebimos un rato, y entonces ella se tumbó a lo largo de la cama como si fuese a reposar. Nada de eso. Su lujuria no estaba aún saciada. Puso una mano sobre su instrumento y dijo: «Jódeme, querido». Él dijo que no podría: «Inténtalo… te conseguiré». Cuando quiere joder, los ojos de H. tienen una expresión voluptuosa indescriptible; atraen mis sentidos de un modo irresistible. Son la lascivia misma, pero sin aspereza, e incluso tienen la suavidad y la inocencia tan mezcladas con la lujuria que me traen a la cabeza la idea de una virgen que está cachonda y busca la ayuda de un

hombre sin saber del todo en su inocencia qué quiere, o qué hará él, sin que haya vergüenza ni daño alguno en intentar obtener el artículo cuyo uso desconoce. También su voz es baja, suave y melodiosa. Yo estaba sentado cuando vi que ella se encontraba ahora en un celo furioso. La he visto así antes. Dijo entonces al muchacho: «Súbete sobre mí… túmbate sobre mí, querido». «No puedo hacerlo». «Lo harás», dijo ella impetuosamente. «Túmbate sobre mi muslo». El delgado joven volvió al instante su vientre contra el suyo. No le quedaba a Harry una pizca de pudor, se lo habíamos borrado del todo nosotros.

Con un gesto casi salvaje ella acercó su cabeza a la suya y le besó. Se le cerraron los ojos, su trasero se sacudió; una mano bajó entre sus vientres, un ligero movimiento en las nalgas de *él*, un espasmo del trasero de *ella*, una torsión, un golpe hacia adelante, las rodillas y las piernas de ella se elevan, su trasero resbala hacia abajo y con un ligero movimiento circular ella metió la polla dentro. Entonces dio dos bruscos empellones hacia arriba, aferró el trasero de él y quedó quieta, silenciosa, con los ojos cerrados. Daría mucho por saber qué pensamientos lascivos cruzaban justo entonces su obsceno cerebro. Estoy seguro de que era un torrente de imágenes lascivas, mientras su coño atenazaba silenciosa y suavemente el pito. Ella abrió los ojos cuando dije: «Fóllala bien». «Jode, querido», le dijo ella, y empezó suavemente su lote en el ejercicio. Él empezó también a sacudirse, pero tranquilamente. «¿Tienes la polla tiesa?», dije. «Sí». Un fuerte olor a esperma, polla, coño y sudor, el aroma de la carne humana cachonda, invadía el cuarto caliente; era el olor del macho y la hembra en celo, y me estimulaba de un modo extraordinario. Me puse cachondo, mi polla se dilató y durante un momento pensé en retirarle de ella y follármela yo mismo, pero me contuve y puse la mano bajo sus pelotas para satisfacer así mi lujuria. Si estuvo un minuto él sobre ella, estuvo cuarenta. Nunca he tenido esa visión, nunca he asistido a una escena tan larga de follada. Ella estaba hermosa, disfrutando como una Mesalina todo el tiempo. Yo oprimía sus pelotas y le estimulaba suavemente con palabras lascivas; ella lo hacía con palabras amorosas hasta caer en una delirante obscenidad. Con sus piernas hermosas, fuertes y encantadoramente torneadas, con muslos y caderas le atenazó. Aunque hubiera querido separarse de

ella, le habría sido imposible. Cada pocos minutos ella le besaba apasionadamente exclamando: «Saca la lengua, querido, besa… besa… ahaa… jode… jode más duro… pon tu leche en mi coño». Entonces vinieron exclamaciones prolongadas y en voz alta. «Ah… Ah…». Ella movió violentamente sus nalgas, sus muslos se estremecieron y tras gritar «ajj» comenzando en voz alta y terminando suavemente quedó silenciosa y se corrió. Pero un minuto después estaba sacudiendo su trasero más violentamente que nunca y exclamando: «Córrete Harry, córrete… besa… besa… saca tu lengua… besa… no te has corrido… córrete, querido, besa», y sus besos resonaban.

Me acerqué a ella y, de pie, deslicé la mano bajo sus muslos levantados y metí suavemente mi dedo medio por el ano. Sus ojos se abrieron y me miraron lascivamente. «Más arriba», sollozó ella en un murmullo, mientras seguía moviendo el trasero. Entonces alargó la mano, aferró mi polla e, inclinándome yo hacia ella, intercambiamos húmedos besos. La cabeza de él se apoyaba entonces sobre el hombro izquierdo de ella y estaba escondida; empujaba como una máquina de vapor, y sospecho que ni sabía dónde estaba mi dedo ni pensaba o deseaba cosa distinta al coño de ella.

Nuevamente puso él su boca sobre la de ella, sus lenguas se encontraron, y mientras H. sujetaba mi verga, la follada continuó. De hecho, las sacudidas no se habían detenido un solo instante. Mi dedo estaba ahora bien metido dentro de su culo, sus pelotas golpeaban contra mi mano y cada minuto llegaba el delirio lascivo de ella. «Ahora… córrete Harry… córrete. Oh Dios… jode… jode… dame por el culo… ajj… ajj». De nuevo un alarido, de nuevo el silencio y mientras él seguía topando lánguidamente ella le estimulaba. «Jode, querido, así… tu polla está tiesa… ¿verdad?». «Sí». «Está viniendo tu leche». «S… s… í». «Ah… leche… jode… ah…», gritó ella. El cuarto se estremecía con sus alaridos delirantemente voluptuosos, y luego quedó nuevamente en silencio. También lo estaba *él* ahora, porque se había corrido, y mis dedos se salieron con la fuerte presión del esfínter de ella al correrse.

Pensé que todo había terminado, pero no era así. La cachondez de ella subsistía. «Déjala dentro, querido, te correrás otra vez». «No puedo». «Sí, quédate sin moverte». De nuevo los muslos de ella

atenazaron los suyos y sus manos se aferraron a su trasero. Palpé bajo las pelotas de él la cálida humedad pastosa de sus pasiones al derramarse. Su polla era pequeña y deslicé el dedo dentro del coño al lado de ella. Él no se dio cuenta siquiera. «No seas animal», dijo ella. «Dame algo de champán». Retiré mi dedo humedecido, llené un vaso, llené mi boca con un poco y la vacié en la suya. Ella se lo tomó besándome. Estaba loca por el varón aunque murmurase, según su costumbre: «¿Verdad que somos bestias?». «No, amor, es delicioso, ninguna bestia podría hacer lo que hacemos». Él yacía ahora con los ojos cerrados, casi dormido, insensible, cubriéndola sólo a medias y con el rostro medio escondido en la almohada. Ella levantó su cabeza parcialmente, sin molestarle, yo se la levanté a ella y bebió un vaso entero de champán. Luego cayó de espaldas otra vez y puso la mano entre sus vientres. «¿Se salió su polla?», dije.

Ella no replicó. Puse la mano bajo las nalgas de él, toqué su polla —que estaba aún crecida—, descubrí que ella se la estaba introduciendo en la grieta cuando tocó mi mano al hacerlo. Noté esa elevación con un movimiento circular del trasero de ella, vi sus piernas montar sobre las de él, las manos aferrarse a sus nalgas, el empujar suave del culo, y supe entonces que otra vez su pito colgante estaba dentro del lubricado coño, y que ella lo mantendría allí. «Qué mojado tienes el coño, H*l*n», dije. «Animal», murmuró ella suavemente y empezó a joder con más rapidez, aunque *él* permanecía bastante quieto. Los ojos de ella estaban cerrados otra vez, su rostro tenía un tinte escarlata. «Palpa sus pelotas», dijo ella suavemente. «¿Te gusta que lo haga?». «Sí, se le pondrá tiesa… haz *eso* otra vez». Los ojos de ella se abrieron sobre mí con fiera lascivia al decirlo. La exquisita mirada voluptuosa, el deseo de una virgen, ya no estaban allí; lo que se observaba era un ardor delirante, deseos obscenos en su plenitud, la más feroz de las lujurias. Metí el dedo dentro de su culo. «Ah… ah… Dios», exclamó ella en un sollozo seguido por rápidas y precisas exclamaciones. «Jódeme, querido».

Al oírlo, él se incorporó, aferró las nalgas, empujó durante un breve rato, luego aflojó su presa y quedó inerte sobre ella. «No puedo hacerlo, estoy seguro». «Puedes, quédate tumbado aún un poco más». Inmóvil quedó él como un tronco, pero no ella. Un

movimiento casi imperceptible de sus ancas y de sus muslos continuó; de vez en cuando sus ojos se abrían sobre mí con una mirada lujuriosa, y luego se cerraban otra vez. Ni una palabra dijo mientras sus muslos y sus nalgas subían y bajaban. Estaba seguro de que su coño estaba aferrando y atenazando el instrumento. Muchas veces he sentido esas deliciosas contracciones mientras yacía sobre ella en un semisueño lascivo, medio desmayado por el voluptuoso deleite de su abrazo. Pasaron algunos minutos así mientras yo miraba su desnudez, palpaba las pelotas de *él* retirando mi dedo de *ella*, y luego volvía suave y acariciadoramente a meterlo dentro de su culo, masturbando mi propia polla de cuando en cuando. Ninguno de nosotros hablaba.

Entonces, los movimientos de ella empezaron a ser más rápidos, él recomenzó sus sacudidas. «Jode, querido… así… está tiesa. Ah… sí… te correrás pronto». «Sí», murmuró él. «Sí… empuja fuerte dame tu leche». Todo resultaba murmurado tan suavemente y con voces tan fatigadas que apenas podía escucharlo. De nuevo saqué el dedo de su ojo del culo (por que la posición fatigaba mi mano); ellos continuaron lentamente, él se detuvo otra vez, continuó de nuevo, cada minuto más rápido, y pronto se sacudió furiosamente mientras ella subía y bajaba su trasero sacudiendo la cama, que crujía y se balanceaba con los saltos, haciendo tintinear los vasos de champán. Metí el dedo en el agujero de su culo. «¡Ah!», exclamó ella estremeciéndose, «dame por el culo jode… jode, Harry… más deprisa… ah… Dios mío… voy a morirme… tu leche… viene… bien… ah… Dios… me volveré loca».

«Ooooh», gruñó él. El esfínter de ella se contrajo y expulsó mi dedo, otra sacudida, un grito más y ambos se retorcieron, brotó otro grito de ella y un gruñido fuerte y corto de él, y entonces ella dejó caer los brazos por detrás de la cabeza y quedó inmóvil con los ojos cerrados, la boca abierta de par en par, el rostro color rojo sangre y cubierto de sudor, subiendo y bajando violentamente su busto.

Él rodó parcialmente a un lado, la polla quedó contra uno de sus muslos manando esperma no espeso, cubierta la cara de sudor y otra vez medio escondida en la almohada, y quedándose como una masa casi inerte cayó al instante dormido. Los muslos de ella estaban de par en par, no se veía esperma; su corrida debió ser pequeña. Ambos estaban completamente jodidos, exhaustos con el

esfuerzo amoroso.

Mi fuerza había estado volviendo gradualmente, y mi polla se enderezó como un cuerno cuando palpé otra vez su polla y metí los dedos dentro del lubricado coño. Mi juego con sus genitales no tuvo la menor prisa. Olvidé el dolor en mis sienes. No me importaba si moría o no mientras pudiese penetrar otra vez en ese cuerpo encantador, mientras pudiese joder y correrme en ese coño exquisito. Sirviendo más champán, la desperté y ella bebió como si estuviese sedienta. «¿Verdad que soy una bestia?», dijo cayendo de nuevo sobre su espalda. «No, amor, y te follaré». «No, no. No puedes, estoy hecha papilla y para ti es mejor que no». «Lo haré». Quitando al muchacho, que seguía dormido, de encima y desembarazándome de la camisa, me lancé sobre ella desnudo y hundí rápidamente la polla dentro de su coño. Su coño parecía grande y mojado, pero en un segundo comprimió mi verga. Entonces, con frases cortas y exclamaciones lascivas, gritando ambos obscenidades, jodimos. «¿Es más grande mi polla que la suya?». «Ah, sí». «¿Más larga?». «Sí… ah, Dios mío, para, me matarás… me volveré loca». «Oh, querida… coño… jode». «Ah… polla… jódeme, dame por el culo, leche en mi ojo del culo… jode… dame por el culo… jode… jode». Nos corrimos juntos con gritos de placer mutuo y luego yacimos abrazados, dormitando ambos, unidos coño y polla en el baño espermático.

«Levántate, amor, quiero mear», dijo ella. Yo rodé a un lado de su vientre. Ella se levantó trastabillándose, pero riendo, me besó y pareció medio avergonzada. Su pelo estaba despeinado, sudoroso y rojo como la sangre en su rostro; sus ojos aparecían húmedos de placer, y la piel de debajo estaba hinchada y azul. Se sentó sobre el orinal junto a *la* cama, mirándome, y todavía con pensamientos voluptuosos levantó la mano y me palpó la polla. «Me has follado bien». «¡Dios mío! Somos tres animales… estoy deshecha». «Yo también».

Me la había follado tres veces, lo mismo que él. Ella se corrió con cada uno de nuestros espasmos sexuales y muchas veces más. Durante su última y larga follada vientre a vientre, *ella* le mantuvo dentro por *su* entero y exclusivo placer, porque se había olvidado de *mí*. Debe haberse corrido tres veces por cada una de las suyas, dada la encantadora expresión de su rostro, sus gritos musicales y sus

exclamaciones lascivas durante el orgasmo. Conozco todos estos signos muy bien por larga experiencia, y no fueron fingidos. Eso hubiese sido innecesario e imposible. La contracción de su agujero del culo sobre mi dedo confirma esto mismo, porque el esfínter se comprime tanto en el hombre como en la mujer cuando se corren. Ella también se había masturbado, nos habíamos bajado los dos al pilón y ella se había corrido todas las veces. Durante dos horas y media —de las cuatro y media que pasé con ella aquella noche— dedo, polla o lengua habían estado en su coño, y durante hora y media larga había tenido allí *dentro* una polla.

Aunque me parezca imposible incluso a mí cuando lo escribo —absurdo, casi increíble—, ella debe de haberse corrido o experimentado algún orgasmo venéreo (algo que le proporcionó placer sexual y provocó sus gritos, suspiros y estremecimientos camales, junto con otras pruebas de goce sexual) de doce a veinte veces. Puede que no se corriese todas las veces; quizá sus jugos vaginales se negaban a brotar, sus fuentes pueden haber quedado agotadas a partir de un cierto momento. Pero estoy seguro de que tuvo placer. No había necesidad de fingir. ¿Por qué habría de hacerlo ella? No ganaba más con eso. La diversión la habíamos planeado —en la limitada medida en que eso es posible— para nuestro deleite erótico conjunto. Harry no era sino un cero a la izquierda, aunque activo; un peón que movíamos para nuestro mutuo goce y nada más. Naturalmente, para gran deleite del afortunado joven.

Pensé en la orgía sin parar hasta que volví a verla otra vez tres días después. Me fue imposible ir antes. Ella tenía un aspecto sonriente y fresco como siempre, no había rastro de fatiga sobre su rostro, pero admitió haber quedado bastante gastada aquella noche y —por lo que podía decir— se había corrido doce o quince veces. Se había quedado en la cama todo el día siguiente, bebió un fuerte consomé de carne y quedó convencida de que otra noche como aquella casi la mataría. Nunca se había corrido tanto, nunca había pasado una noche semejante, y la recordaría hasta el último día de su vida. No había visto a Harry desde entonces y no lo deseaba. «No debemos tardar mucho, Philip viene a la ciudad esta noche y se pasará aquí dos semanas; llegará en dos horas, date prisa». El coño teñía otra vez su color rojo cereza, su delicado aroma llenó mis

aletas nasales y excitó mi cerebro; me bajé al pilón, me la follé dos veces y partí. Al irme vi un carruaje con equipaje arriba yendo en dirección a la casa. El instinto me ayudó otra vez, y mandando detener mi coche, diciendo al cochero que me siguiese, caminé lentamente de vuelta y cuando fue visible su casa vi el carruaje detenerse ante lo que supongo era su puerta. Era —como luego averigüé— su protector, y por poco no me había cogido allí.

(He tenido orgías lascivas de varios tipos, enloquecedoras y excitantes todas. Pero como noche refinadamente voluptuosa ninguna puede compararse con ésta. Hasta el último día de mi relación con esa mujer la recordaré. A menudo hemos hablado de ella juntos durante unos años.

Sólo alteré muy ligeramente los diálogos en algunos lugares de este relato; las omisiones eran innecesarias. Me hubiera gustado ilustrarlo a lápiz).

Edith la risueña. — Mi dormitorio. — Exhibición de una polla tiesa. — Exhibición de un cono sangrante. — Mis lamentaciones. — Las diversiones del día siguiente. — El trabajo de una semana. — Partida. — Su historia, parcialmente.

Edith era para mí un total rompecabezas. ¿Acaso jode, se masturba o juega con los coños de otras mujeres, o tiene algún defecto coñil? Parece sensual desde los ojos a la boca, hablará de temas sexuales libremente, pero de un modo como púdico y, con todo, no dejará que yo la toque. ¿Acaso se bajan otras mujeres al pilón con ella?

Estos pensamientos cruzaron por mi mente, y llegué a la conclusión de que tenía gustos sáficos. Decidí un asalto audaz mientras me vestía para la cena. Estábamos sentados uno junto al otro, y cuando la cena había casi acabado hice lo que he hecho con media docena de mujeres; poner la mano debajo del mantel —que tenía la longitud justa para cubrirla— y oprimí las ropas de ella contra su vientre lo más cerca que pude del coño. Ella me miró duramente, y justo entonces un caballero situado al otro lado de la mesa le habló. Ella contestó, luego bajó lentamente su mano y repelió la mía sin proferir palabra, pero mirándome con intención.

Tras la cena nos sentamos durante un rato en el cuarto de lectura, y no hizo alusión a lo que había hecho. «Debo ir con mamá». A la larga convino en venir a mi cuarto. «Me sentaré con mamá primero un cuarto de hora». Conseguí champán y a los veinte minutos estaba ella conmigo. Le había dicho a mamá que iba a ir al cuarto de lectura a charlar con algunas damas. Entonces sonrió, mirándome de lleno a los ojos. La cogí y besé apasionadamente, alabando su belleza, y ella lo permitió. Mal me lo esperaba, aunque había resuelto —si ella venía— no usar más eufemismos ni frases delicadas, sino hablar con la máxima obscenidad de mis deseos y los placeres de joder. Si no conseguía ninguna otra satisfacción, por

lo menos obtenía ésta. Me encanta decir lo más indecente a una mujer púdica o casi púdica. A todas les gusta, aunque algunas aparenten sentirse escandalizadas.

Nos sentamos uno al lado del otro sobre un sofacito junto a la mesa. Ella bebió champán, aunque rara vez tomase vino, y mostré la primera foto. «No te mostraré ninguna otra si no me permites explicarlas». «No quiero». «Pero lo haré». «No». «Él está dispuesto a follarla. ¿Verdad que tiene la polla tiesa? Cómo les envidio… hagamos lo que ellos van a hacer». Ella no contestó. «¿Te han lamido alguna vez así?», dije mostrando la siguiente. «Naturalmente que no». Pero parecía confusa; algo en su actitud me hizo imaginar que *ésta* era su calentura. Continué mostrando, comentando y explicando con las palabras más indecentes mientras ella guardaba silencio. Al final empezó a beber champán como si no fuera consciente de lo que hacía, se excitó y empezó a reír y a hacer preguntas. «No te preocupes, soy tu padre», y la besé y ella me besó. «Vaya papá». «Vaya hija». «Mira la polla de papá», dije incapaz de contenerme más y sacándola. «Tócala». «Me voy con mamá». «Tócala». «Debo ir con mamá». Ella intentó levantarse, me incliné temiendo perder mi oportunidad y metí la mano por debajo de sus ropas hasta el toisón. «¡Oh! ¡Dios mío!… suelta», chilló ella, y nuestros movimientos derribaron la inestable mesa con el champán, los cristales y las fotos, derramándolo todo por el suelo. La mantuve cogida firmemente, insinuando mis dedos entre sus muslos y suplicándole que estuviese callada. «Nos oirán en el cuarto contiguo». Ella luchó silenciosamente. «Oh, me haces daño». Había conseguido ponerle el dedo sobre el clítoris.

«Eres un canalla por hacer esto, nunca lo habría creído». «Estoy locamente enamorado de ti. Mira». Mi verga apareció. Ella me miró de lleno al rostro cuando me levanté y exhibí mi erección. Entonces volvió a levantarse para partir. La empujé hacia abajo y me senté a su lado acariciándola, suplicando, rogando, estimulando. «Qué tontería, querida». Todo era confusión ahora. «No dejaré que salgas», dije, y yendo hacia la puerta me apoderé de la llave. «Es una vergüenza comportarse así». «Mi amor, nadie lo sabrá sino tú y yo, déjame». Ella sacudió la cabeza: «Entonces deja que me baje al pilón contigo». «¿Que qué?», dijo ella rápidamente. «*Tú* sabes, lamer el coño para darte placer, hacer que te corras con mi lengua, como

las *mujeres* hacen contigo». «No es así, eso es un cuento», dijo ella furiosa. «Chiss, querida, no hagas ruido».

Jurando mi amor, rodeando su cintura y sujetándola así, besándola y ella besándome una o dos veces, se tranquilizó aunque seguía más excitada que nunca. Me ayudó a recoger las cosas y los cristales rotos, secó algunas fotos mojadas mirando cuidadosamente cada una, sin hacer observaciones; de cuando en cuando me miraba durante un instante. ¿Qué estaba cruzando por su mente? De nuevo acaricié y besé. «¿Por qué no me besas, Edith?». «Ahí tienes». La cena se servía temprano (para quienes iban al teatro y todavía había luz, aunque el crepúsculo se acercaba). Quedaba a pesar del destrozo un vaso y algo de bebida en la botella. Puse el champán en el vaso y ella se lo bebió al instante. «¿Quieres más vino?». «Me da igual», contestó en un tono desabrido. «Ponte detrás de la cama cuando lo traigan». Así lo hizo, y entraron la bebida sin que fuese vista. Entonces, sentándose en el sofá, miró de nuevo las fotos rápidamente, una detrás de la otra. Bajé entonces las cortinas y encendí una vela, que puse sobre el marco de la chimenea (una luz débil). De nuevo tragó champán, aunque no hubiese el menor indicio de animarse con él, y conversamos mientras ella seguía mirando las fotos y escuchaba mis prosaicas observaciones sobre ellas. ¿Estaba cachonda y controlando sus ansias sexuales?

«¿Vas a esperar hasta casarte para follar, querida?». Nada parecía incomodarla ahora, y empezó a responder. «Nunca me casaré», riendo cínicamente. «Hazlo sin eso entonces. No seas tonta ahora, déjame tocarte». «No». ¿Iba ella a ceder? El pensamiento cruzó mi mente mientras bajaba la mano. Apenas se resistió, pero cruzó sus piernas justo cuando mis dedos tocaron la mata. «Déjame». No podía poner mis dedos sobre el clítoris, lo impedían sus muslos, pero paseé la mano sobre muslos y trasero y arriba hasta el ombligo, palpando la suavidad marfileña, ensalzando su belleza y suplicando que me dejase palparle la hendidura. «No… no… no», fue todo cuanto dijo mientras se retorcía suavemente en el sofá, resistiéndoseme.

Hice que se acercara más a mí, besé su mejilla incesantemente, o los labios cuando estaban medio vueltos a veces en mi dirección… Ella estaba silenciosa y parecía reflexionar. «Abre tus muslos… hazlo, amor». «No lo haré». «Tócame la polla… hazlo». «No lo

haré». Dejando de tocarla por un momento la saqué otra vez y —mientras seguía sujetándola con fuerza— puse su mano sobre ella. «Tócala, querida Edith», y ella lo hizo escasamente un minuto. Yo había retirado mi mano de los muslos de ella para hacerlo, y ahora necesitaba volver a ponerla allí. Ella no opuso obstáculos, sus muslos ya no estaban cruzados, mis dedos fueron entre los suaves labios del nido caliente, acamparon sobre su clítoris y allí masturbaron suavemente. «Oh… quita la mano». De nuevo cruzó ella los muslos, aprisionando mis dedos y haciendo que cesase el toqueteo lascivo. Ella había sentido el placer y sabía que estaba deslizándose hacia lo irrevocable; luchaba contra sus deseos sexuales.

«Déjame, querida… déjame». «Oh, me haces daño». «No es así, y no te lo haré… juro que no te lo haré». Moví la mano, sus muslos se abrieron levemente, mi dedo recomenzó su movimiento sobre la suave masa pulposa de clítoris y ninfas —que parecía amplia y llena— hasta que ella suspiró nuevamente. «¡Ah!… oh… no lo hagas», y su rostro se volvió hacia el mío. Puse mis labios sobre los de ella, coloqué otra vez mi polla en su mano y de nuevo subí la otra mano por dentro de sus ropas hasta el coño y empecé a masturbar. «Oh… ah… no lo hagas». «Tócala… menéamela, amor… déjame que me corra en tu mano». «Ah», suspiró ella. «Déjame joder contigo, querida, me muero por ti». Suspiró, estaba a punto de correrse, sus muslos se estremecieron y, entonces, con un súbito esfuerzo se levantó, soltó la polla y desalojó mis dedos de su cálido lugar. «Debo ir con mamá», dijo en voz alta, casi violentamente. «No irás». «Es preciso». Se movió hacia la puerta cuando, cogiéndola por la cintura con un rápido esfuerzo, la empujé contra la cama, la levanté para depositarla allí y me lancé a su lado, hablando voluptuosamente, jurando que la poseería. Ella, inerte ahora, no se resistió. «Deja que me vaya, por el amor de Dios», fue todo cuanto dijo. «Chiss, querida, te oirán». De nuevo estaba masturbándola y había puesto su mano sobre la polla cuando emitió un extraño ruido, entre chillido y risa histérica. Había pasado el Rubicón, quería joder. ¿A quién podría sorprender, después de todo cuanto había visto, escuchado y hecho aquel día, y de todo cuanto sabía?

Nada más se dijo. A veces la lujuria trabaja astuta y lentamente. Te mía que una conmoción súbita pudiese estropear mi opción, pero

la cautela me abandonó entonces; todo era un caos de amorosas palabras y acciones obscenas, los suspiros de una mujer con un coño sudoroso y deseando joder, aunque temiéndolo, los de un hombre enardecido por el deseo y una polla hinchada. Mis besos se hicieron más apasionados, mis intentos más audaces, menor y menor su resistencia. «No… ah… no… me arruinarás. Ahora no», suspiró ella al sentirse enervada por el placer lujurioso, y mis dedos se movieron rápidamente sobre clítoris y ninfas. Con un suspiro se abrieron entonces sus muslos, la resistencia cesó. Había llegado el momento, sentí mi poder. ¡Cómo sabe decirlo el instinto masculino! Retirando la mano de la encantadora abertura, abriéndome los pantalones con prisa, bajándomelos, levantándome la camisa, liberando mi polla y mis pelotas, volví rápidamente el vientre contra el suyo, cogiendo la cadera con una mano y apuntando la polla con la otra. «Follemos, querida». Entonces mis labios húmedos se encontraron con los suyos, cerrando su boca. «Déjame… no… por el amor de Dios, no», murmuró ella inarticuladamente mientras mi lengua se abría paso a la fuerza entre sus labios, en ese encantador abrazo húmedo de boca con boca. «Oh… por favor». Entonces cesaron todas las palabras.

Ningún movimiento de piernas, brazos o nalgas me estorbó al encontrarse nuestros vientres, mis muslos se deslizaron entre los suyos abriéndolos de par en par y poniendo al descubierto el camino hacia el paraíso terrestre de la humanidad, palpitante toda ella, con el coño anhelando una polla, sometida, profundamente silenciosa hasta que sintió mis dedos abriendo el camino para mi entrada. «Oh… oh», gritó agudamente cuando en mi impaciencia alojé con rudeza la polla y di el primer empujón ante las puertas del amor.

Empujé entonces. «Oh… me haces daño», musitó ella. No había conseguido entrar, una barrera detenía mi polla. Palpé rápidamente alrededor. ¿Estaba en el camino equivocado? No, la cabeza estaba en su lugar. Otro empujón. «Ohoo». El pensamiento de que era virgen cruzó como un fogonazo mi mente. Empujón… empujón. «Oh… oh». Empujón… empujón… empujón. Me movía rápida y violentamente, con fuerza capaz de abrir un coño. «Ohoooo», gimió ella cuando mi polla llenó su coño tras una sacudida y mis pelotas golpearon contra sus marfileñas nalgas. ¡¡Otra vez una virgen, por

Júpiter!! Y descansé un instante.

Entonces, al penetrar en mi mente el feliz hecho, el salvaje deleite me impidió descansar un instante en mi victoria. La polla, que estaba dispuesta a correrse desde hacía una hora, se hundió una y otra vez en su delicioso coño. Pensé que sangraría —oh júbilo, esa sangre— y al cruzar eso mi mente el esperma empezó a hervir, la polla pareció estallar. «Jode… leche… jode, querida, córrete», suspiré a medida que soltaba en chorros la esencia de la vida, haciendo cesar todas las expresiones en el placer inefable del chorrear, y la polla permaneció empapándose en el baño cálido de su coño inundado de esperma, a lo cual añadía ella esos jugos suaves que los deseos e impulsos voluptuosos de su naturaleza habían hecho brotar antes de que nuestros cuerpos fuesen uno, antes de haber tocado mi polla la entrada de su altar. El dolor había detenido su placer, había alejado su corrida, aunque la inundada puerta del templo se hubiese abierto prestamente. Había jodido con demasiada rapidez, y ella se había perdido el placer delirante, la recompensa gloriosa de su dolor en el coño, del sacrificio de su virginidad.

Estaba yo tan estupefacto ante la virginidad inesperada que durante un minuto o dos no hablé. Ella yacía inerte, con las ropas levantadas hasta el ombligo, los muslos separados, silenciosa, inmóvil salvo cuando se puso un brazo sobre los ojos. Había sangre sobre la polla y signos de sangre en uno de sus muslos. Pasé la mano ampliamente sobre su vulva, y la retiré con más pruebas sanguinolentas de virginidad de lo que he solido encontrar. «Levántate… lávate, querida, estás sangrando». Hube de decirlo dos veces antes de que ella se moviese. «No me importa», acabó murmurando en un tono áspero, pero se levantó, se sentó sobre el sofá junto a la mesita y enterró la cabeza entre las manos.

Entonces me sobrecogió un sentimiento de pesar, un sentimiento semejante al que sentí cuando follé a mi prima casada Hannah —el de que le había hecho daño— y me sentí profundamente arrepentido. Pero la cosa estaba hecha, y, después de todo, ella era tan culpable como yo. ¿Qué otra mujer con una posición social semejante habría llegado a entrar en tales relaciones con un hombre? ¿No podía ella esperar que le echasen un palo? Estos pensamientos me tranquilizaron.

Ella seguía sentada del mismo modo, sin moverse ni contestar durante unos minutos. «Mancharás tu combinación». «No me importa». Entonces levantó la cabeza, me miró francamente y dijo: «Estoy hundida». Entonces se lavó el coño. Puse una toalla entre sus muslos y me senté a su lado de nuevo, diciendo que su «hundimiento» era una tontería, diciendo lo que he dicho a otras vírgenes para confortarlas, y aquello que —aunque parezca absurdo— las conforta. Pero esta relación era peculiar. Nunca me había follado antes a una *dama* virgen. Teniendo edad suficiente como para ser su padre, y sabiendo que las consecuencias podrían ser para *ella* más serias que para mujeres de clase más común, me sentí de nuevo muy muy arrepentido. Tres cuartas partes de la clase que sirve y de la clase que está por debajo de ella han sido folladas bastante antes de casarse y, con todo, las parejas están contentas. Las clases inferiores saben bien que un coño mejora al dar placer con la práctica.

«Debo ir con mamá», dijo ella tras haber escuchando largamente y casi sin replicar. Eso cambió la corriente de mis pensamientos. Ella no se había corrido. ¿Qué pasaría si se negaba a dejar que me la follase otra vez, si se arrepentía y me evitaba? «No debes todavía». «Debo, se preguntará dónde estoy». «No hemos estado juntos hora y media, quiero joder otra vez». Ella se negó, insistió en irse. Yo la cogí por la cintura, la besé y ella me besó. «¿Me juras que volverás?». «Sí… sí, si puedo, pero ahora debo ir con mamá». Estaba tan excitada y decidida que la dejé partir.

Preguntándome si mantendría su palabra, arreglé el cuarto, recogí algunos fragmentos de vidrio roto y dejé que la camarera vaciase los recipientes. Todo quedó hecho en diez minutos. Encendí entonces otra vela y me senté pensando maravillado en la virginidad que había descubierto, como la de Phoebe no hacía seis meses, pero tal era mi suerte. Durante años nunca había tenido dos ocasiones tan extraordinarias, y ambas me llegaban ahora separadas la una de la otra por un corto período.

A los veinte minutos aproximadamente entró Edith. «Cumpliste tu palabra, querida». Entonces nos sentamos lado a lado, y primero ella me dijo cómo había engañado a la madre, pero que debía volver con ella en una hora. Entonces todo fue hablar de joder, miramos las fotos otra vez y enseñé una docena que tenía

reservadas. Con qué deleite sexual escuchó ella mientras se las describía en el lenguaje más indecente. Me encantaba decir las palabras a una *dama*. Poco después, en silencio, estábamos sentados besándonos, acariciándonos y jugando, ella mirando a veces mi polla y yo sus muslos, luego palpando su coño aún sangrante, cogiendo ella mi procreador desde la cabeza a los testículos. Qué delicioso rato fue para ambos, qué voluptuosa novedad fue para ella. Pronto se alzó mi verga amorosa, su trasero se movió con el placer sensual que mi dedo producía sobre el clítoris, y la llevé suavemente, deseosa, dispuesta, muriéndose por ser follada, hacia la cama.

Allí se ablandó, se sometió silenciosamente a ser tocada y vista, seducida por la lujuria, nunca disfruté más de una segunda follada. Como no estaba demasiado lleno ni demasiado cachondo mantuve la verga quieta durante algún tiempo antes de comenzar a moverme, y hablamos en esta conjunción divina, feliz en demasía ella para conversar. ¿Le hacía daño ahora? ¿Le hice daño antes? ¿Le dolió realmente? ¿Era agradable la sensación de mi polla en reposo? Y así sucesivamente. Todo era sobre nuestros genitales y el placer que daban mutuamente a sus propietarios en el goce enloquecedor, pero apaciguador de joder. Entonces, sacudiéndome y besándola sentí que su coño se apretaba alrededor de la polla, comprimiéndome extremadamente. Sabía lo que significaba eso, y con unos pocos golpes rápidos y largos —topándome con la profundidad de su sexo y luego anidándola en sus fondos—, con un largo suspiro de placer, la presión de su coño cesó y su lugar fue ocupado por un sentimiento suave, lúbrico e insinuante. Edith se había corrido por primera vez con una polla, por lo cual *yo* fui recorrido por un estremecimiento de placer. Descansando, la contemplé mientras con los ojos cerrados y el pecho palpitante yacía voluptuosamente tranquila en un soñador placer.

Saqué la polla de su lúbrico estuche, descansé, hablé obscenamente, la volví a meter y jodí hasta que ambos nos corrimos juntos. Entonces se fue con la madre, sin esperar a purificarse el coño. Yo me fui a la cama. Terminaba una fastuosa noche, nunca hubo una más fastuosa.

Al día siguiente, como habíamos convenido, apenas hablamos en el comedor. Tras el almuerzo del mediodía conversamos en el

cuarto de lectura. Ni un sonrojo, ni un signo de pudor o de pesar había en ella; guardando la sangre fría, estaba dispuesta a venir a mi cuarto a la hora que yo le dijese. Era una criatura absolutamente extraordinaria. Le diría a su mamá que iba a pasear con algunas señoras. En realidad así lo hizo, las abandonó y volvió a mí. «Vayamos a la cama juntos». «Estoy asustada». «Ambos desnudos es el colmo del placer». «Estoy asustada». Con todo, se había arriesgado a que alguien la viese entrar en mi cuarto. La desnudé parcialmente. Con la coquetería de una mujer, llevaba las medias de seda y las botas más encantadoras, haciendo que sus piernas pareciesen exquisitas. Con qué goce toqueteé su coño mientras nos sentábamos sobre el sofacito, donde tuve precisamente un destello de sus medias y sus muslos desnudos y donde ella podía, doblando la cabeza, ver el pomo florido de mi perforador, que sujetaba con la mano. «Déjame masturbarte». Ella puso la cabeza sobre mi hombro, abrió sus muslos más y lo disfrutó mientras seguía sujetando mi verga y pensando en silencio. Era para mí un intenso deleite, que superaba en su sensualidad refinada los juegos eróticos con las mejores zorras.

Despertadas plenamente nuestras pasiones por los delicados toqueteos y la conversación lasciva (ella oía, pero nunca replicaba obscenamente). «Ven a la cama, amor». Ella se incorporó al instante, la tumbé sobre la cama, levanté sus enaguas, vi todos sus encantos, besé vientre, muslo y toisón, me limité a hacer al clítoris una pequeña caricia con la lengua y hundí mi polla para quedarme quieto, preguntando qué sentía ella. Me contestó una presión en su coño, y levantando los muslos sobre mis brazos, jodimos con la mayor de las lujurias y el mayor de los amores. Mi leche salió disparada cuando la suya se derramó para mezclarse con ella, y con besos y suaves murmullos soñadores permanecimos acoplados en voluptuoso silencio.

Recobrados de nuestro Elíseo, sujetando todavía su cuerpo junto al mío por los muslos y los genitales, que seguían unidos, dije: «¿Puedes sentir mi polla en tu coño todavía?». «Sí». Y así hablamos hasta que mi escroto tocó sus encantadoras nalgas con el desbordamiento pastoso proveniente de su coño. Separándonos, nos lavamos entonces y a la larga ella consintió en que yo mirase tranquila y plenamente todos los encantos secretos que en mi

excitación y prisa por disfrutar había visto sólo momentáneamente. Primero miré el asiento del himen, sobre cuya reciente abertura no podía haber dudas. Las pruebas de su virginidad eran maravillosamente evidentes, y seguía teniéndolo irritado, dijo. Qué gruesa me pareció la membrana rota. Puede haber sido imaginación, pero desde luego no recuerdo haberme encontrado una más dura de atravesar.

«Enséñame las fotos otra vez». Lo hice, las miramos y hablamos sobre ellas. Nunca he visto a una mujer tan ávida por ver cuadros indecentes; se regodeaba con ellos, los miraba una y otra vez. Entonces palpó mi polla y al hacerlo yo palpé su coño. Sintió la apaciguadora influencia de mis dedos, se insinuaron a través de ella sensaciones voluptuosas. Entonces buscó explicaciones más completas, se volvió y me miró mientras yo decía las palabras más indecentes. Le dije que había visto un millar de coños. «¡Oh! Imposible». Empezó a mostrar un intenso interés por los coños. «Sí, querida, y apenas hay uno exactamente igual que el otro». «¿Enseñan muchos tanto como el mío?». Ella parecía confusa al preguntar, y volvió sus ojos a las fotos. «Oh, muchos», cosa que era una mentira. Hablando así, mirando las fotos, explicando, diciéndole que había hecho y visto cuanto aparecía representando en las fotos, ella acabó descansando su cabeza sobre mi hombro con un suspiro. Estaba cachonda, dispuesta para recibir mi polla otra vez, y a dejarme otra vez levantar su combinación y admirar sus bellezas. Parecía complacida en dejarme.

Me sorprendió descubrir que era una mujer tan espléndida, tan bien hecha, maciza y casi inclinándose a una musculatura excesiva. Sus senos eran pequeños, pero de bella forma y con encantadores pezones rosas, mayores y más prominentes de lo que es habitual en vírgenes. La forma de sus muslos era elegante; se tocaban en todos los puntos hasta las rodillas, y el contorno de sus caderas era soberbio. Sus pequeños pies parecían más pequeños y bonitos desnuda que vestida; siempre los estaba enseñando tentadoramente cuando estaba sentada, y llevaba enaguas cortas (por entonces no de moda) creo que para mostrar los pies.

Su toisón, cubierto por cabello castaño muy oscuro —el color de su pelo— era rizado, espeso y quizás el más sedoso que haya tocado yo nunca; se rizaba tanto alrededor de los suaves y llenos labios que

la hendidura quedaba ensombrecida por doquier excepto allí donde ninfas grandes y gruesas y un clítoris anormalmente grande sobresalían formando un conjunto que sólo tres dedos podían cubrir. Más abajo las ninfas se perdían pronto en el toisón y desaparecían en la superficie general del coño, pero la gran proyección, como un capullo de amapola gigante parcialmente abierta, era muy fea para mí y estropeaba lo que en otro caso habría sido un coño hermoso. ¿Había sido siempre así? ¿Era el resultado de masturbarse ella? Nunca lo pregunté, y nunca lo llegaré a saber. Juro que su coño era encantador. Ella me miró como si no creyese mi alabanza. ¿Acaso había visto otros coños?

Admiré todo; de hecho, estaba conmovido por su inesperada belleza de formas. «Ahora estás casi desnuda, desnúdate del todo, amor, metámonos en la cama y hablemos». «Estoy asustada». «¿Por qué? Tu madre piensa que estás fuera… qué tontería». Me desnudé y quedé de pie junto a ella, palpándole el coño y levantándole la combinación mientras ella sujetaba mi verga. «Que nuestra carne se encuentre por todas partes; quítatelo, lo harás, debes», y empecé a quitarle la combinación a pesar de su resistencia. Entonces se metió en la cama rápidamente para esconder su hermosa desnudez, yo con ella, y tras acariciar y besar palpamos cada rincón de nuestros cuerpos. «Tus medias… no puedo palpar tus piernas», y en la cama se las quité. Ambos desnudos como al nacer, la encerré en mis brazos. Qué exquisito es el abrazo cuando el hombre y la mujer están ambos desnudos; cómo se pasean las manos desde las rodillas hasta el cuello, arriba, y abajo, alrededor y en cada rincón de las axilas, el surco del culo y el coño. Entonces nuestras manos descansaron sobre los sagrados implementos de Venus, la lengua jugó con la lengua, todo cuanto se dijo fueron palabras lujuriosas hasta que la monté y jodimos con prolongada pasión, cayendo en un dulce sueño y durmiendo demasiado. «¡Oh! ¡Qué pensará mamá!». La dejé ir tras palpar un momento su pastosa avenida. Se vistió con la mayor de las prisas y me dejó sin esperar siquiera a lavarse o mear. ¿Qué habría dicho mamá si hubiese sabido dónde se encontraba el coño de Edith?

Durante la cena puse a propósito cerca a algunos amigos recién llegados, pues pensamos que estar distantes podría ayudar a desvanecer posibles sospechas. Conversé con ella un momento en el

cuarto de lectura después. «¿Te lavaste el coño?». Ella asintió y sonrió, luego fue con su madre y hacia las ocho vino de nuevo a mi cuarto. Jodimos otra vez, y se fue a los veinte minutos, dejándome algo fatigado con los ejercicios.

A la mañana siguiente reflexioné. Había venido a esa ciudad pretendiendo quedarme dos días y ya llevaba cuatro, y había desflorado a una dama que parecía presta a arriesgar cualquier cosa por ser follada. Yo había sugerido cautela, cosa que ella observó hasta cierto punto, pero no me gustaba un «no me importa lo que sea de mí» dicho dos o tres veces como si la ruina social le mirase a la cara. No podía quedarme mucho tiempo más, y tampoco quería volver a casa agotado. Echar dos palos o más día tras día es más de lo que puedo permitirme ahora. Así pues, a pesar de sus exquisitos signos de goce sexual cuando estaba dentro de ella, a pesar de sus besos ardientes, que suspiros voluptuosos y a pesar de que su intensa amorosidad mientras jodía me proporcionaba el goce más exquisito, decidí guardar un poco mi fuerza y mi salud y partir.

Ella solía desayunar con la madre, pero a la mañana siguiente apareció pronto en una terraza que miraba al mar. Decidí decirle que me iba, pero no me atreví. Ella iba a irse con algunas damas y yo debería ver a su madre. Así lo hice, y descubrí que iba mejor de la pierna, más deprisa que lo que el doctor había pensado. Su hermano iba a venir, etc., etc. Esto se adecuaba bastante bien a mis intenciones, y al partir susurré: «Estaré en mi cuarto a las diez y media, la puerta estará abierta», pretendiendo informarla. Entonces fui a desayunar, tuve mi tabaco, volví a mi cuarto y allí estaba.

Mis intenciones se desvanecieron tan pronto como la vi. Mi único pensamiento fueron sus encantos secretos. ¿Qué me mete calenturas en la cabeza? No lo sé, pero de repente deseé bajarme al pilón. Le había explicado el significado de la palabra la noche anterior, y ella admitió haber lamido el coño a su aya en la India, cuando aún no tenía catorce años. Se negó a permitirlo, tenía prisa por vestirse para ir con unas señoras, etc., etc. Estábamos de pie juntos, y yo palpando su coño. «¿Por qué te has puesto estas malditas bragas?», (no las llevaba antes). «Está fresca la mañana». Era cierto. «Las odio». Pero palpé su coño a través de ellas sin desear joder, odiando que se me urgiese en esa deliciosa fricción. «Déjame besarlo». «No». Pero en un minuto estaba en la cama con

su trasero sobre mis manos, los muslos sobre mis brazos, mi nariz enterrada en su sedoso toisón, mi lengua buscando su clítoris entre las grandes ninfas y encontrándolo fácilmente, porque era de gran tamaño. Besé sus muslos, los sujeté para que mis labios pudiesen besar y frotar las nalgas satinadas; luego besé su vientre, froté con la nariz su capullo de amor, lamí toda la vulva, disparé mi lengua por la avenida, jugué después con ella sobre el clítoris, chupándolo a veces y luego frotándolo suavemente con la nariz hasta sentir que sus muslos empezaban a retorcerse y su coño a sacudirse levemente hacia arriba. Más rápida se hizo la acción de mi lengua. «Ah…». «Cógeme la cabeza, amor», y al momento sus manos la aferraron. Mi lengua continuó. «Ah… ah…», sus muslos se pusieron rígidos un instante y luego se relajaron temblando, una oleada de jugos del coño se encontró con mi lengua mientras ésta permanecía jugando suavemente sobre su clítoris, proporcionando el máximo placer, no permitiendo que ella perdiese ninguno, levantando mi cabeza, mirando la humedecida vulva, abriendo más sus labios rojos para ver y disfrutar en los bordes desgarrados de su himen perdido, me incorporé. Ella estaba tumbada con los ojos cerrados, enervada por su corrida. Ah, la espléndida tranquilidad de mente y cuerpo que proporciona el correrse tanto al hombre como a la mujer. Entonces se levantó rápidamente de la cama, bajándose las ropas, y por primera vez mostró signos de pudor. Parecía avergonzada y distante, con un rostro enrojecido, cuando dije: «Eso es bajarse al pilón». «Debo irme… ¿qué pensarán de verme entrar y salir de tu cuarto tan a menudo?». (Yo me lo preguntaba también, porque antes no había parecido importarle). «¿Debo comprar algunas fotografías más?». «Oh, hazlo, hazlo», dijo con vivacidad. «Lávate la grieta, querida… déjame lavarla». Ella abandonó el cuarto sin decir palabra, arriesgándose a que alguien hubiese podido estar en el corredor.

El resto del día me limité a pensar en joder con ella, en mirar sus encantadores muslos y nalgas, en ver otra vez sus encantos secretos, y en la posición en que la follaría. Entonces me decidí a permanecer uno o dos días más, aunque supiese que debía decírselo y partir en algún momento. Su actitud era como la de alguien que esperaba una relación permanente. No sé qué tenía realmente en la cabeza sobre el asunto, porque cuando estábamos juntos todo

nuestro tiempo se empleaba en hablar de copulación, en sus preliminares y en mirar fotografías. Salí y compré otra colección de fotos, me encontré en el hotel con ella y con las señoras con las que había salido, arreglé que viniese a mi cuarto como antes, poco después de terminar la cena —donde yo no iba a cenar—, y ella debería engañar a la madre. Oí decir que mamá siempre preguntaba por mí, y empecé a temer sospechosamente.

Ella vino por la noche y se tomó la precaución de esperar hasta que se alejaron todos. Tras cerrar la puerta, «¿tienes algunas fotos más?», fueron casi sus primeras palabras. Sacándolas nos sentamos, ella las miró con lujuriosa avidez mientras yo tenía una mano sobre sus muslos. Me parecía casi increíble que una familiaridad tan completa se hubiese producido entre nosotros en tan breve tiempo, siendo ella indiscutiblemente virgen cuatro días antes. Pero así era. Le dije que había jodido a mil mujeres. «Oh, qué cuento». Su madre le había dicho que yo era un libertino, por mi mirada. Todo esto fue visto, dicho y hecho en un cuarto de hora. Luego: «Hagámoslo, querida». Ella se incorporó al instante, presta para follar. ¿Qué mujer no lo está cuando es una novedad? Resultó ser una noche anormalmente fría, y sugerí que nos metiésemos en la cama. No, ella no podía estar mucho tiempo y temía que su mamá mandase llamarla. Pero nos metimos desnudos en la cama y jodimos otra vez, yacimos el uno en brazos del otro tras palpar y tocar nuestros pegajosos genitales hasta que quedamos secos otra vez. Entonces me incorporé sobre mis rodillas e hice que ella bajase y subiese la piel de mi prepucio, y entonces metí los dedos en su coño todo lo lejos que pude —todo esto con una cariñosa charla amorosa— hasta que mi polla estuvo de nuevo dentro de ella y jodimos otra vez.

En el intervalo de nuestro placer se me ocurrió la idea de mi partida, pero aplacé mencionarla. Nuestra charla sobre cosas sexuales era tan deliciosa que no tuve corazón para decir lo que pretendía. No hay conversación más deliciosa que cuando un hombre cuenta a un neófito toda su experiencia en asuntos sexuales. Cómo se calentaba la grieta de Edith podía decirlo yo por el modo en que me acariciaba, por la manera en que se aferraba a mi verga y preguntaba sobre los coños de otras mujeres —era muy curiosa sobre esto—, y muchas veces sobre zorras y sus conductas; con todo, no conseguí que profiriese una palabra indecente. Era desde

luego una mujer curiosa.

El resto del agradable pero en algunos sentidos triste amor debe ser abreviado. Al día siguiente por la mañana le pedí que viniese a mi cuarto. Los visitantes se habían ido, la camarera había hecho los cuartos. Hay momentos en los que hay pocas personas por los pasillos, y entonces vino. «Edith, querida, me veo forzado a partir para Londres», dije de golpe, decidido a terminar. Ella me miró con la boca abierta de par en par un instante, se dejó caer luego pesadamente sobre una silla, escondió el rostro en las manos y estalló en un río de sollozos y lágrimas. Aguardé entristecido, consolándola lo mejor que pude, pero no pude decir nada eficaz. Al final se tranquilizó quizá con algunas observaciones mías. «Sabía que pasaría, y me he hundido»; no que *yo* la hubiese hundido. Dije que eso eran tonterías, pero ella lo repitió, y dijo que ahora nunca se casaría; hablamos durante una hora, muy apenada ella, suplicándome que aguardase un día o dos si no iba a verme nunca más. ¿Esperaría hasta que viniese su tío? Nos separamos sin joder.

No obstante, vino la noche siguiente y jodimos dos veces. Cómo consiguió engañar a la madre para dejarla sola tanto es innecesario decirlo. Vi a la madre en su cuarto al día siguiente, y antes de partir estoy seguro de que no sospechaba de mí. Esperé tres días más hasta que llegó su tío, y jodimos dos veces cada día, hablando *ad libitum* sobre esa operación y sobre todo lo concerniente a ella. Entonces le regalé las fotos a condición de que me repitiese las tres palabras, «polla, coño, joder», únicas palabras obscenas que jamás le escuché decir. Sin embargo, tenía un coño caliente, era lasciva hasta su ojo del culo, estoy seguro. La masturbé una vez y me bajé al pilón con ella todos los días después del primero, además de follarla. Nos separamos la última noche entre lágrimas. Ella dijo que me amaba.

En nuestras conversaciones me dijo que había tenido *casi* tres ofertas de matrimonio, pero que quedaron rotas sin saber ella por qué. Declaró que ningún hombre se había tomado jamás libertades con ella, excepto yo y algunas compañeras de colegio, que una o dos sirvientas indias se habían bajado al pilón con ella, aunque nunca había oído esa palabra para lamer el coño antes de que yo la dijese, cosa posible. Pude recoger de aquí y de allá que tenía una hermana en la India, y llegué de algún modo a la conclusión de que

ambas hermanas eran ilegítimas, aunque nunca he oído sospechar semejante cosa de ellas. Me pregunté si alguna vez estuvo casada la madre. Sin duda, era una dama meticulosamente bien educada. El día antes de partir le vino la menstruación a Edith mientras jodíamos. La felicité por ello, pero ella observó, como ya había hecho otras veces, que no le importaba su futuro.

(Unos tres años después oí decir que se había casado con un hombre muy rico que se la llevó al Brasil, y eso es todo cuanto sé de ella. Fue una relación singular y, por alguna razón, siempre me siento triste cuando pienso en ella).

En el lupanar y frente al agujero para espiar. — El consejo de Alexandrine. — La instrucción de Katie. — La fornicación de Margueritte. — Beneficios y pérdidas. — Una zorra de culo peludo. — Sobre la propiedad de ver y palpar las pollas de otros hombres. — Una ramera con doble coño. — La historia muy movida de Katie. — Inglaterra otra vez. — Alteración en la disposición de mi relato. — La filosofía de joder vírgenes y jóvenes. — H. perdida y encontrada. — Masturbaciones mutuas en un carruaje. — El cómodo apartamento. — Libros y grabados indecentes. — El placer de H. al encontrarme. — Franceses de las Srtas. R. y Negra. — Tríos lascivos. — Un espectáculo de flagelación. — Tres mujeres y yo. — Una orgía. — Negra se convierte en favorita.

Descansando por medio del viaje, alcancé la ciudad del placer y fui bienvenido con los brazos abiertos por Alexandrine, que aún conservaba su puesto. Había habido muchos cambios en las mujeres del burdel desde la última vez que estuve allí —hacía mucho tiempo—, pero quedaban aún bastantes de las antiguas como para conocerme. « *lui*
C'est
», dijeron cuando aparecí en el salón. Margueritte estaba allí, tan hermosa como siempre, en realidad *más* hermosa aún de formas. Un prodigio, porque lleva desde luego más de siete años y Alexandrine me dijo que nunca tiene menos de cinco hombres, y con frecuencia siete en veinticuatro horas. «Gana mucho, tanto como tres mujeres juntas. Pero ¡ah!, todo se va fuera, a alguien». «¿*Un homme*?». «*Je le suppose*», dijo ella encogiéndose de hombros. Jodí a Margueritte y le dije que debía tener una fortuna. «Pero me la gasto». «¿Cómo es eso?». «En placer». «Ah, hay un *amant de coeur*». «Quizá», y sonrió. Era una criatura encantadora.

Vi también a una docena de parejas jodiendo, vi a las chipriotas, les convencí de que me mostrasen bien las pollas de los hombres y

me complacieron. La visión de una bonita verga tiesa pienso que me excita ahora más que la visión del órgano femenino más secreto. ¿Por qué? ¿Es impropio o no mi deseo de ver este instrumento procreador? El prejuicio y la educación en falsos principios me habrían hecho responder: «Sí». En tal caso, como el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios, su desnudez es una cosa de la que debe sentirse avergonzado, considerando obsceno, inmundo y abominable su pito. Pero el creador le ha hecho con ese instrumento para el gran propósito de crear el mundo, de crear seres a quienes luego endosa almas. Es extraño que se considere abominable e inmoral el hecho de enseñarlo a un hombre, o que otros hombres lo vean y lo toquen. Es simplemente risible. Todos los hombres han expuesto en algún momento su polla, y han palpado la de otros hombres. Quizá sólo sean pollas de muchachos, pero el acto es idéntico. Órgano poderoso que todos aman y que las mujeres veneran, ¿por qué te llaman inmundo y obsceno?

Una noche una mujer de pelo casi negro vino a mí con una libación copiosamente rebosante en su grieta; era leche espesa y en gran cantidad. Miré, investigué, dije que podía irse y ofrecí pago. «*Mais baisez-moi donc*». «Ah, no quiero». «Pero es preciso, debe hacerlo, no me ha follado usted en tres años». Casi me había olvidado de ella, pero luego recordé su cantidad de pelo, que ya me molestó entonces y que me molestaba ahora. Era una de las mujeres más peludas en la región de coño y ojo del culo de todas cuantas vi. Desde el ombligo hasta el ano era negro, largo, sedoso, espeso, y lo escondía todo. La raja estaba bastante oculta por él, sus nalgas estaban cubiertas de pelo hasta los huesos del trasero, haciéndose gradualmente más escaso a partir de ahí, pero negro y espeso aún. Debe haber tenido unos tres centímetros de longitud alrededor de su ano, y era todo negro azabache. Llenaba el agujero entre coño y muslo. Cuando ella se arrodilló parecía el culo de un oso negro y era feo, pero tal fue su casi enfadada persuasión —tal la excitación de la novedad— que me la follé aunque fuese contra mi voluntad, y, según creo, para gran deleite de ella.

«Ahí hay una mujer nueva que tiene dos coños», dijo Alexandrine cuando entré una noche. «Imposible». «Es verdad, viene de Marsella, ha estado en el F*r*y y está aquí ahora». Mandé

llamar a Katie y tuve una charla con ella. «Sí que es cierto, y se encuentra entre nosotras ahora». «Estupendo», dije, «que venga a verme después». Mientras la esperaba me divertí con Katie, que me contó todo sobre la mujer hasta que entró. La puse sobre el borde de la cama rápidamente. Ella había oído hablar de mi calentura y abrió los muslos. Había mucho esperma espeso en la parte exterior, cuyo aspecto era semejante al de cualquier otro coño, y dije que lo de *dos conos* era una broma. Pero, viniendo en mi ayuda, Katie abrió los labios que hasta entonces parecían corresponder a una grieta ordinaria, y hacia el centro del coño se encontraba una membrana o diafragma con aspecto de ser una de las ninfas, extendiéndose desde el clítoris hasta la terminación inferior de la raja. Las dos verdaderas ninfas estaban en su lugar. «Ahí no hay esperma», dijo Katie, «mira aquí», y poniendo a un lado la división central dejó al descubierto la abertura con esperma. Miré rápidamente sus dos coños, caliente de cabeza, pero no estaba entonces fuerte ni bien, y la polla no quiso ponerse tiesa. Katie la chupó hasta conseguir una leve rigidez, y la puse con dificultad dentro del orificio espermatizado. Se negaba a quedar allí, su coño se separó de mí. «No tienes mucha leche dentro», dije. «No mucha», dijo la marsellesa, «se ha salido toda, pero el *Monsieur* está esperándome para que vuelva». Así que la dejé ir. Volvió pronto con el coño (o coños) lavado. Excitado y anhelandola, no pude a pesar de todo conseguir que mi polla se pusiese nada tiesa, por lo cual intenté la hendidura de Katie, que tampoco me la empinó, y dejé la casa desesperado.

Al día siguiente tuve a las dos mismas mujeres. A Katie porque, siendo inglesa, servía como intérprete cuando me fallaba el francés, y conocí todo lo relacionado con la mujer de doble coño. La vi orinar, palpé una vagina y luego la otra, toqué desde la parte superior hasta el fondo de cada una, froté las entradas al útero, puse dos dedos —uno dentro de cada coño— al mismo tiempo, y palpé y pellizqué la división musculosa o carnosa entre ambos. Toda pregunta que hice fue contestada con franqueza. Katie se bajó al pilón conmigo, y lo mismo hizo «Doble-coño». Todo fue en vano nuevamente. Deseaba a la mujer, pero al mismo tiempo no me gustaba. Recompensando generosamente por los problemas que yo les había causado, partí otra vez con el instrumento fláccido y sin

haber conseguido tampoco esta vez meter siquiera la cabeza en ninguno de los dobles coños o en el coño único (porque intenté el de Katie). Supongo que estaba agotado por amores recientes.

La tercera vez estuve mejor; había tenido una erección pensando en el divertido apartado follador de la marsellesa. Fue por la tarde, tras un buen almuerzo, cuando fui a verla, y la tuve para mí durante un par de horas.

Era una mujer bien desarrollada con grandes nalgas carnosas, casi nada de cintura, buenos hombros, senos grandes y firmes y muslos llenos. Desde las rodillas hasta los tobillos las piernas eran velludas y feas. Tenía pelo oscuro en la cabeza, una leve sombra oscura de bigote sobre el labio superior y ojos oscuros. Su rostro tenía una expresión algo triste. El pelo de su toisón tenía el desarrollo del de una mujer de treinta y era muy oscuro. Ella dijo tener veintitrés. Apenas tenía huellas de pelo alrededor del ano. Su coño podría compararse a uno de los pequeños monederos que son como una bolsa, se abren con un cierre y muestran una división central con un bolsillo a cada lado. El coño sólo tenía la división central y dos bolsillos —es decir, coños— a cada lado. La división central parecía una de las ninfas, pero el coño tenía ninfas del tamaño ordinario y en el lugar habitual, justo dentro de los labios exteriores. Estoy seguro de que un hombre no conocedor de la conformación física peculiar de esa mujer podría haber puesto la polla dentro de uno de los coños, y haber jodido y terminado sin saber que había otro coño junto a su pene, suponiendo siempre naturalmente que había estado cachondo y lleno de esperma cuando comenzó a palpar, mirar y joder. En resumen, en el estado físico usual de un hombre saludable cuando desea a una mujer.

Por lo que ella me contó en aquella ocasión y en otra, no parecía haber sido consciente de su conformación peculiar hasta que empezaron a venirle las reglas. Unas veces las tenía en un coño y luego en el otro, nunca al mismo tiempo en ambos. Cada una de ellas duraba unos tres días bajo su verdadero clítoris, pero más abajo y a cada lado de la división central de sus dos vaginas había dos pequeños conductos de orina, y ella orinaba primero por uno y luego por otro. Estos meatos urinarios no estaban dentro y cerca del agujero de las vaginas o agujeros de la polla, como acontece en la mayoría de las mujeres, sino que estaban más arriba, aunque ambos

parcialmente ocultos por el diafragma que dividía los coños y por las ninfas y los labios exteriores. Lamento no haberla visto mear.

Dijo que sentía placer jodiendo, pero no podía decir si sentía más en un coño o en el otro. Por su descripción parecía haber tenido la sensación voluptuosa usual proveniente de ambos coños cuando eran follados. Había estado embarazada en su útero del lado izquierdo, y cuando pasaron cuatro meses y su vientre estaba muy dilatado los médicos dijeron que el parto la mataría probablemente, por lo cual abortó. La división central donde se unía con el clítoris real producía como un *segundo clítoris*, estando a cada lado de él los agujeros para la salida del pis un poco más abajo. Ella podía masturbarse hasta alcanzar placer y correrse tanto en el clítoris superior como el inferior. A veces se corría un coño y otras el otro, ella no sabía cuál se correría cuando se masturbaba.

Los médicos dijeron que tenía dos vejigas con dos úteros distintos. No sabían cómo estaban conectados con sus senos para la leche. La previnieron contra la crianza. Alguien, un doctor, le había ofrecido una gran suma para ir a América a exhibirse, pero tuvo miedo y rehusó. Donde más le gustaba zorrear era en su tierra natal. Los médicos habían pasado sondas y habían extraído agua de cada una de sus vejigas como experimento, para comprobar si tenía o no dos.

Olvidé preguntarle sobre su virginidad. Ella dijo que le gustaba joder, y cuando se masturbaba en alguno de sus clítoris le parecía correrse de un coño o de ambos, no podía controlarlo, *pero ambos coños no se mojaban*. Una vez dos amigos se la hicieron juntos. Ella quedó sobre el que tenía la polla más corta y el otro penetró dentro de su grieta por detrás. Aquél sobre el cual estaba ella se encontraba bien dentro, pero el otro sólo consiguió meter un poquito la polla, porque era difícil; ambos se corrieron dentro y ella también se corrió —los tres casi al mismo tiempo— pero nunca podía saber *cuál* de sus coños se corría o si se corrían *ambos*, aunque desde luego se corrían. Se puso tan cachonda cuando ellos se lo hicieron que no pudo saberlo. Entonces ambos la follaron dos veces más, uno después del otro, mirando uno primero y luego el otro. «Sí, una vez en la leche del otro y la otra vez en coños diferentes». «¿Le gustaba a uno follar en el *foutre*?». «*Oui*, como a usted», dijo ella con una sonrisa. Le habían contado de mí. Eran franceses. Ella

estuvo toda la tarde con ellos.

La vi otra vez algunos meses después. Se había ido entonces a otro lupanar; todos los clientes de **** se la habían hecho. *No ganaba mucho,* pocos hombres estaban con ella más de una vez, y por curiosidad. A ella no le gustaba que no se la follasen, pero muchos no lo hacían. Pasé por todos los exámenes otra vez y escuché la misma historia. Metí primero la polla dentro de un coño y luego dentro del otro, pero no pude correrme, y tras intentarlo en todas las actitudes salí sin correrme. Esta vez me contó que había tenido dos virginidades; una la tomó su amante, y la otra el doctor que la examinó posteriormente.

Yo estaba decidido a follarla; la visité otra vez, escuché todo nuevamente y mucho más. Mi polla se puso tiesa y la monté. Empujé la polla por su avenida izquierda, luego cambié por la derecha. Quería comparar diferencias de sensaciones —si había alguna—, y saber si los coños daban la misma sensación a mi instrumento que el coño de las mujeres normales. Pero estando una vez más sobreexcitado, mi instrumento comenzó a ablandarse y acabó saliéndose fláccido casi de repente, para mi molestia. La naturaleza anormal del órgano femenino, de hecho, me produjo un ligero asco, pero aunque curioso no había realmente nada repugnante acerca de ello en el menor grado, tal como lo pienso ahora. De nuevo con ayuda de sus dedos y su boca me empiné, y trayéndola junto a la cama miré primero la grieta por detrás y luego, invirtiéndola y levantando sus macizos muslos, le pedí que metiese la polla por mí. «¿En qué coño?». «Tu izquierdo, el lado donde procreas». Ella la puso allí, mi polla subió y dejé el esperma en la avenida favorecida.

Sus coños no parecían tan agradables y suaves como el artículo femenino común, sino más bien algo fatigados, sin desearlo realmente y habiendo trabajado demasiado antes, porque mi polla había penetrado recientemente en casi una docena de coños, todos ellos suavizados por esperma, y había visto a treinta parejas copulando. Estaba más bien agotado. También había encontrado dificultades en hallar el domicilio de esa mujer, con lo cual no estaba en buen estado para juzgar y sentí todo el tiempo que estaba follando por mera curiosidad.

Pocos meses después la busqué en la misma casa. Ella había

partido. Entonces pregunté a Alexandrine, que nuevamente bajo promesa de secreto (ya me lo había dicho antes) me dio un nuevo domicilio. Pero ella se había marchado, me contaron que se había ido al extranjero. Quizás era así, y entonces toda Europa habrá podido ver este *lusus naturae*.

(Siempre he lamentado no haber hecho más precisas preguntas a esta mujer de coño doble, pero la excitación causada espontáneamente por hablar del tema, y el hecho de tener dos coños a mano y la desnuda propietaria presta a follar, siempre me hacía olvidar las preguntas que pretendía hacer. Debiera haber escrito mis preguntas y haberlas hecho una después de otra. Pero eso podía asustarla, y con toda probabilidad habría mentido más de lo que entonces hizo; pero, por cuanto relato, pienso que todo acerca de ella es cierto. Hice que Katie —la única mujer inglesa de la casa— hiciese de intérprete y me ayudase. Pero sobre todo Alexandrine, que había sido por unos años mi amiga, ayudante y consejera en el negocio erótico, me contó mucho.

Katie tenía una historia maravillosa. Aunque fuese una ramera común aquí, que empezó en Londres y luego estuvo en Lyon, se había casado con el sobrino de la dueña del burdel y fue durante un tiempo prácticamente jefa del establecimiento, y lo habría heredado con su marido, obteniendo unos ingresos que según mis cálculos podrían ascender a tres mil libras al año. La buena conducta en su residencia le había conseguido ese matrimonio y esa posición; pero la prosperidad la intranquilizaba. Se convirtió en una borracha, discutió con las mujeres y provocó tumultos en la casa (jamás permitidos en una *maison de tolérance* francesa); fue rechazada y expulsada —naturalmente todavía casada— y por cuanto pude saber resultó desterrada a Inglaterra como alcohólica confirmada, manteniéndola allí su marido. Su nombre estaba en el relato original, pero en los resúmenes esos incidentes se han destruido. De ahí la necesidad de preservar aquí este breve recuerdo de ella, con su historia llena de acontecimientos).

Mi relato está acabándose, mi carrera amorosa está casi terminada. Mis poderes sexuales se reducen aunque sigan siendo fuertes, pero como los impulsos de la concupiscencia son menos poderosos las oportunidades no parecen ocurrir con tanta

frecuencia, y se hacen más escasos mis pecados contra la castidad. Los protagonistas femeninos y masculinos no tendrán nombre o serán llamados con nombre falso, porque están vivos y todavía activos. Están las casas que me dieron cobijo, pero no deben ser nombradas; los episodios amorosos fueron escritos en su mayoría más brevemente que antes, y sólo necesitan un pequeño resumen. Su orden cronológico no se seguirá del todo en interés de los protagonistas y de mí mismo.

(Aquí aparece un párrafo suelto… imagino haber escrito otro similar antes, pero para el caso de que no fuese así más vale conservarlo.

Qué semejantes en su mayor parte han sido mis amores temporales. Qué semejante la conducta de las mujeres que me procuraron las vírgenes. Ya fuese N**l*e, F**r*r u otras, todas fueron similares. Todas las vírgenes se consiguieron con dinero, y qué placer tuvieron también esas cortesanas, incitando a las jovencitas a disfrutar su propia lujuria viendo romper los hímenes e induciendo a las muchachas a joder. Qué completa unanimidad de opinión en cuanto a que sus pequeñas protegidas serían pronto folladas por algún otro si no lo hacía yo. Qué cuentos me contaron de los deseos nacientes, impulsos lascivos, conocimientos y hábitos eróticos de las chicas en esa edad tan temprana, o de cómo estimulaban a los varones, en su mayoría jóvenes, poco mayores que ellas y de la misma clase. En realidad, lo hacía mejor un caballero follándoselas por dinero que un recadero por nada. El sino de esas chicas es el de ser folladas jóvenes; ninguna ley social o escrita puede evitarlo. Dadas las circunstancias y las oportunidades —y nadie las tiene como las hijas de los pobres—, ellas acabarán copulando. Es la ley de la naturaleza, que nada puede contrariar. Un hombre no necesita tener «arrepentimientos de conciencia» (como ahora se llaman) por haberse hecho el primero a esas muchachas, porque sin duda no les habrá causado daño alguno y sólo habrá sido un agente de lo inevitable. Las consecuencias para la mujer son idénticas, sea quien sea el que primero pueda habérselas follado).

Ya en la primera semana de mi retomo concerté por telégrafo un encuentro con H. Como no obtuve respuesta fui a su casa, que

estaba vacía. Telegrafié a una amiga, no obtuve respuesta, fui allí y *ella* había volado, pero descubrí que sus cartas eran enviadas a una tienda vecina. Escribí allí dando una cita en la parte oscura próxima a ****, y allí encontré a H. esperando. Todo había cambiado, vivía en el campo y no estaba segura de si podría encontrarse conmigo, pero en caso de poder hacerlo sería con gran riesgo; no sabía ni cuándo ni dónde, pero en una semana me lo diría. Fuimos en carruaje a través de un parque que estaba de camino hacia su estación, y nos palpamos el uno al otro nuestros agentes camales. Le pedí que saliese y follásemos contra un árbol. Ella se indignó con la propuesta, y terminamos masturbándonos el uno al otro en el coche, frente a frente, besando y lamiendo, para gran perjuicio de su sombrero y unas pequeñas manchas en su vestido de seda y mis pantalones. A quién se le ocurría entonces ocuparse de dónde caía el esperma.

Una semana después encontramos un lugar de cita en una casita cómoda y conveniente, donde nos encontramos por norma general. Antes de haberse quitado nada excepto el sombrero ella (y yo el mío) jodimos sobre la cama con intenso deleite mutuo. Tan pronto como desmonté nos desnudamos rápidamente y nos metimos en la cama; bebimos allí champán y jodimos y jodimos hasta que mi verga se negó a endurecerse más; jodimos cuatro veces, cosa que actualmente representa un gran esfuerzo para mí, pero no para ella. Con todo, masturbarla y bajarme al pilón siempre la satisfacía como conclusión, afortunadamente.

Entonces nuestros encuentros empezaron a espaciarse, cosa que sólo los hizo más deliciosos. Pero yo, por desgracia, estuve obligado a administrar mi fuerza más que antes, por lo cual me convenían más los intervalos largos. Cuando nos encontramos nuevamente descubrimos que la jefa del establecimiento tenía fotografías, cuadros y grabados voluptuosos a centenares, y uno o dos armarios llenos de los mejores y más indecentes libros en inglés y francés. Nos deleitamos con ellos aquel día, porque todos fueron puestos a nuestra disposición. Nos sentamos palpándonos los genitales entre folladas, mirando y comentado el despliegue artístico de desnudeces e imaginación erótica, deseando poder participar nosotros mismos en tales actos. Despertaron ideas que desde luego habían estado durmiendo dentro de mí. Ella dijo que le sucedía lo mismo, pero

siempre declaró que le había puesto deseos en la cabeza antes desconocidos. Estábamos bien compensados.

Viviendo lejos actualmente, sin un amigo masculino o femenino con quien hablar de cosas sexuales, ella buscaba más que nunca días de encuentro y horas de voluptuosidad sin barreras. Tras escuchar todo lo que había hecho en casa y hasta los detalles domésticos —que a ella le gustaba narrar por cuanto revelaban su comodidad—, hablamos de lujuria y amor en todos sus caprichos y variedades. «¿Hiciste alguna vez eso?». «¿Te acuerdas de cuando te mostré la polla de ***?». «¿Cuándo ocurrió tal y cual?». Así discurría nuestra conversación. Cuántas veces se la había follado él, o cuántas veces se había bajado al pilón; con qué frecuencia se había masturbado ella, el esperma que él eyaculaba y todos los actos indecentes domésticos me eran contados con deleite, obteniendo confidencias semejantes por mi parte. Entonces llegaron los deseos. «Deja que la señora ***** nos consiga a otra mujer; tú te la follas a *ella* mientras ella se baja al pilón *conmigo*». H. me hizo esa petición cuando reposábamos en la cama después de joder. Estuve de acuerdo. «Que sea robusta; me gustaría una tan robusta como Camille», tales fueron sus palabras, proferidas de un modo divertido y con rostro medio avergonzado, porque la ausencia y el cambio de sus circunstancias parecieron al principio imponerle algún pudor estúpido. Pero a ambos nos gustaba llamar al pan pan y al vino vino.

Todo quedó cumplido. La abadesa, como la llamaré, deseaba proporcionamos cualquier placer, aunque sólo cautelosa y ocasionalmente mostraba sus poderes. Una mujer muy llenita y casi gorda, pero hermosa y de unos veintidós años, fue nuestra primera compañera. «No me dejes a *mí* preguntarle, *tú* dile que *tú* quieres que laman mi coño… No quiero que piense que *yo lo deseo*», dijo H. Así se hizo, tomamos champán, desnudé a la llenita, luego pedí a H. que mirase su grieta —cosa que estaba ansiando hacer— y luego la incité a que se bajase al pilón. La conversación obscena y el vino, elevando nuestra lujuria, contribuyeron a que nos hiciésemos amigos pronto, y la señorita R. saltó ante la idea de bajarse al pilón con la otra. Desnudos entonces los tres (tiempo cálido), dispusimos espejos para que H. pudiese verlo todo. Se tumbó sobre la cama mientras R. se bajaba al pilón con ella. Me tumbé yo también junto

a ella mientras me masturbaba durante su placer. «Ah… Dios… lame más de prisa… me estoy corriendo», y se corrió casi arrancándome la polla durante su primer éxtasis. Deteniéndose un minuto R. volvió a empezar, porque a H. le gusta continuar sin interrupción ese grato juego hasta correrse por lo menos dos veces. Era una encantadora visión la de H. con sus hermosos muslos y la rajita coralina dispuesta entre el encantador pelo color avellana, y R. la mantuvo abierta un minuto para mirarla. Entonces su boca cayó ávidamente sobre el coño, sus manos pasaron bajo las nalgas de H. El pelo oscuro de las axilas de R. era apenas visible, sus grandes nalgas blancas casi le tocaban los talones. Me agaché esta vez y atisbé por el surco más allá del ano, y pude ver justo el final rojo del coño rodeado por el corto pelo rizado. Montando entonces sobre su cintura y descansando la polla sobre su espalda, entre los huesos de los hombros, contemplé el encantador rostro de H., que en su éxtasis sexual es una visión deliciosa. «Jode, jódetela a ella», exclamó para mí. Pero no quise. Al instante siguiente vi los encantadores ojos de H. fijos sobre los míos mientras se corría con suaves gritos.

Un descanso, más champán, un discurso sobre los placeres de la mujer lamiendo el coño de la mujer y de los hombres haciendo lo mismo, y H. estuvo otra vez sobre la cama. «Oh, estoy tan cachonda, deseo tanto follar», dijo R. «Él te follará, ¿no es verdad?». Cedí. Poniéndose más hacia arriba en la cama para hacer accesible el coño a su lengua, H. se tumbó con almohadas bajo la cabeza cuando R. volvió a comenzar su ejercicio lingual sobre la grieta dulce y recién lavada. Yo estaba de pie a la espalda de R. «Jódetela y córrete cuando yo lo haga», dijo H. El trasero de R., que estaba vuelto hacia mí, era casi demasiado grande al inclinarse ella, por lo cual hice que bajase un poco más y entonces mandé mi polla entre las nalgas que dividían los dos labios llenos y bien peludos de su santuario de placer. Ella ajustó su altura al ejercicio cuando la cabeza estuvo bien alojada; mis pelotas estuvieron pronto contra las nalgas y cada pulgada de la polla estuvo entonces en un coño deliciosamente lubricado por la cachondez de su propietaria. «Está dentro de su coño, amor», exclamé, empecé a joder y R. empezó a masturbar con la boca. Todo era silencio salvo los ruidos de chapoteo de la polla dentro del coño y la lengua de R. en el coño de

H. «Ella está viniendo, querida, me correré», acabé gritando. «Oh… Dios… fóllala, folla, abofetea su culo», exclamó H. retorciéndose y suspirando. Mis palmadas sobre el gran culo resonaron mientras R. se retorcía y temblaba con placer, continuaba lamiendo, y nos corrimos ambos al mismo tiempo que H. se corría bajo la caricia de la lengua. Entonces, con la polla empapada y los coños mojados, nos levantamos. Poco después, de pie junto a la cama, me follé a H. mientras ella masturbaba a la señorita R. Nunca hubo tres cachondos que disfrutasen más con las estratagemas eróticas.

Estos deliciosos ejercicios voluptuosos fueron repetidos con variaciones otros días. R. chupó mi polla y tomó su libación mientras yo estaba completamente tumbado sobre la cama, arrodillándose H. sobre mi cabeza y yo lamiendo su clítoris, preparando los espejos de tal manera que H. pudiese verlo todo. Otro día follé a R. mientras ella masturbaba a H. Entonces puse la polla dentro de ambas mujeres y terminé en el coño de R., cosa que completó la diversión del día.

Poco después observamos ciertas marcas en las grandes nalgas blancas de R. Ella dijo que provenían de su última flagelación. Eso nos reveló algo que con el tiempo llegaríamos sin duda a conocer: que la abadesa era una experta en flagelación, que venían tanto jóvenes como viejos a ponerse en sus experimentadas manos. Interrogada, la abadesa nos contó todo, y estaba, de hecho, orgullosa de sus actuaciones; nos mostró los diversos aparatos con los cuales enervaba simplemente, o hacía sangrar los traseros masculinos y los de las mujeres. También supervisaba cómo flagelaban los hombres culos femeninos. Eran preferidas muchachas de gran culo como R., aunque ella dijo que algunos preferían nalgas más jóvenes y finas. Algunos trajeron y fustigaron a una mujer a quien querían y follaron, otros pagaron a una mujer especial para que les pegase. Todas ellas eran muy bien pagadas por hacer sangrar a un buen par de nalgas.

R. nos contó que la flagelación de *su* trasero la había puesto cachonda una hora después o así. Le gustaba que la vara hiriese sólo ligeramente los labios del coño. Entonces, si no conseguía a un hombre, se masturbaba. Aunque algunas chicas dijeron que no les afectaba lascivamente, otras decían lo contrario. Hablamos tranquilamente sobre esto con la abadesa. Tanto H. como yo

deseábamos ver la operación, y oímos decir que a algunos hombres les gustaba ser vistos por otros hombres al ser flagelados. Si volvíamos cierto día nos encontraríamos a un caballero a quien le gustaba ser visto, y ella se encargaría de arreglar que nosotros lo viésemos (naturalmente, a cambio de un pago).

Fuimos el día convenido, pero el hombre no apareció. Había dos mujeres preparadas, esperando para flagelarle. La abadesa dijo que no importaba, que algo se lo había impedido; que cuando fallaba siempre pagaba el dinero de todos los interesados. Una de ellas estaba vestida como bailarina, la otra sólo en combinación; tales habían sido sus órdenes. La mujer en camisa era una muchacha de rostro dulce, pelo oscuro y unos diecinueve años, pequeña y con bonitos dientes. Le pedimos que viniese a nuestro cuarto a beber vino, y la cosa terminó con H**** masturbándola y yo jodiéndola, luego en que yo jodiese a H. mientras ella miraba el coño de la otra, y nos pareció mejor para nuestros juegos amorosos que R. Llamaré a esta muchacha de pelo oscuro «Negra». Tenía uno de los coños más delicados, refinados, endurecedores de polla, suavemente labiados y levemente peludos que jamás vi; parecía el coño de H. hace unos años. Negra fue presa en seguida de una calentura frenética por bajarse al pilón con H. ¿Y quién no? Cuando *mi* boca lo cubre, apenas puedo apartarla de allí.

En nuestra visita siguiente salió la flagelación. Cuando H., que sólo llevaba puesta la combinación, y yo —que iba en camisa y con una máscara— entramos en el cuarto, había un hombre arrodillado en una gran silla a los pies de la cama, sobre la cual se inclinaba. Sobre el asiento y el respaldo había una gran toalla para recibir sus eyaculaciones. Tenía un vestido de mujer enrollado alrededor de la cintura, mostrando su culo y sus muslos desnudos con calcetines y zapatos en los pies. Sobre su cabeza había un bonete de mujer, atado cuidadosamente alrededor del rostro para ocultar las patillas —si las tenía—, y llevaba una media máscara que le dejaba libre la boca. A su espalda, de pie, había una muchacha jovencita sujetando una vara y vestida de bailarina, con las enaguas bastante por encima de las rodillas y mostrando muslos desnudos. Sus senos estaban desnudos, colgaban sobre su corsé y mostraban axilas con pelo oscuro. Otra mujer alta y bien formada, aunque delgaducha, desnuda completamente salvo botas y medias y con el pelo teñido

de amarillo chillón, aunque el coño y los mechones de las axilas fuesen marrón oscuro, estaba también a su espalda; se trataba de una zorra audaz y de aspecto insolente a quien también follé un día después de que se hubiese bajado al pilón con H., aunque no me gustaban ni su cara ni sus formas ni sus maneras, pero era nueva para mí.

Cabeza-amarilla nos dijo lo que él había hecho con las mujeres antes de entrar nosotros, y era algo muy simple. Desnudó a ambas e hizo que una de ellas se vistiese de *ballet*, nada más. Ninguna había tocado su polla ni él sus coños. Cuando la puerta se cerró, tras entrar nosotros, él susurró a la abadesa que quería ver mi polla. Decidido a ir hasta el final me levanté la camisa y la mostré, grande pero no tiesa. Él quiso tocarla, pero me negué a ello. «Sé un buen muchacho o la señorita Amarillo (como la llamaré) te fustigará duramente», dijo la abadesa. «Oh… no… no… por favor, no», susurró él como respuesta. Hablaba siempre en susurros. Entonces dijo que H. era adorable y que quería ver su coño, a lo cual ella se negó. Él no se dio nunca la vuelta durante todo este tiempo, sino que permaneció arrodillado. Entonces, tras una conversación infantil entre él y la abadesa (siempre en susurros), ella dijo: «Ella te fustigará ahora, chico malo», y con un silbido la vara se abatió pesadamente sobre su culo.

«Oh… oh… oh», susurró él al sentir el golpe. Me desplacé circularmente hacia el otro lado de él, allí donde podía verle la polla más claramente. Estaba larga y colgante, casi cubierta su cabeza por el prepucio. Swish… swish, continuó la vara, y de nuevo gritó él en susurros: «Oh, oh». H. se movió entonces circularmente en mi dirección para ver mejor. Cabeza-amarilla le palpó entonces la polla por detrás. La abadesa me guiñó. Entonces él apoyó la cabeza sobre el marco de la cama y se aferró a él con ambas manos mientras muy tranquilamente la vara caía sobre él y él gritaba: «Oh, oh». Se puso rojo y entonces gritó en *voz alta*. «Oh, no puedo», reduciendo luego la voz hasta un susurro cuando acabó la frase. Cabeza-amarilla palpó otra vez su polla, que estaba más tiesa, y *él* palpó, de lado, el coño de *ella*, pero sin mirar todavía alrededor. Hubo entonces un descanso y una pequeña charla, mientras él seguía hablando en susurros. La abadesa le trataba como a un niño. Yo palpé el toisón de Cabeza-amarilla mientras ella miraba a H.,

para ver si *ella me* lo permitía. Cogió entonces la vara, y H. y yo nos movimos hacia el otro lado de la cama. Ambos estábamos excitados. El rostro de H. estaba sonrojado de lujuria, palpé su coño y ella mi verga, ahora dura. «Miren a esos dos», dijo la abadesa. Ambas mujeres y nosotros reímos. El paciente había vuelto la cabeza para mirar, pero sólo pudo vemos los pies. Swish… swish cayó con fuerza el palo sobre su trasero, ahora efectivamente muy rojo. «Déjeme lamer su coño», suspiró él haciendo un gesto en dirección a H. Ella se negó. «Le daré cinco libras», susurró él. H. vaciló, pero estando —como de costumbre— corta de dinero, acabó consintiendo. Por lo demás, estaba cachonda hasta el ojo del culo. «Me correré», susurró cuando se subió a la cama, y dijo en voz alta: «Cinco libras, por favor». «Él pagará, es un caballero», murmuró la abadesa.

Entonces se produjo un espectáculo como no he visto nunca antes ni volveré a ver. H. se instaló sobre la cama, sus muslos de par en par, abierta la grieta, con las piernas sobre el borde de la cama y el coño cerca de la víctima pero demasiado baja para que su lengua alcanzase la meta. La abadesa, la señorita Amarillo y yo metimos almohadón tras almohadón bajo su encantador trasero hasta que alcanzó el nivel exigido, y él empezó a lamerlo ávidamente. Me moví alrededor de él otra vez, mirando con curiosidad su polla, que ahora estaba tiesa. «Que *él la palpe*», susurró con voz más fuerte de lo habitual. Se la palpé y meneé durante un segundo. Mientras lo hice swish, swish cayó la vara sobre su culo, que se estremecía. «Hum… hum… hum», murmuró él, llena su boca con el coño de H. «Ah…», suspiró H., cuyo encantador rostro expresaba placer, porque estaba cachonda. Cabeza-amarilla cogió su polla, se la meneó suavemente un par de veces y de ella brotó una lluvia de semen. Entonces él se quedó inmóvil con la boca puesta de lleno sobre la grieta abierta de H., mientras Cabeza-amarilla continuaba masturbando su órgano en disminución. «¿Te has corrido?». «Maldita sea, estaba viniendo», dijo H. sacudiendo todavía el coño contra la boca de él, deseando salvajemente correrse. Pero él estaba inerte, todo deseo de lamerla había desaparecido.

A una señal de la abadesa nos fuimos a nuestro dormitorio. «Jódeme». Subió sobre la cama, húmedo el coño de su saliva, palpitando como si asintiera mi polla de deseo y lujuria. Me hundí

en el coño húmedo, metí la lengua en su dulce boca, nuestras salivas se derramaron una sobre la otra y nos corrimos apasionadamente, casi antes de comenzar el glorioso ir y venir de la polla en su lubricada avenida.

Ninguno de nosotros había visto nada parecido antes, y tampoco había visto flagelar a nadie, por lo cual hablamos de ello hasta que la abadesa subió. El hombre se había ido, pero sólo dejó tres soberanos por la complacencia de H. «Es indudable que ella se ha guardado los otros dos», dijo H. luego. Las jóvenes damas seguían en el piso de abajo. ¿Nos gustaría tener una charla con ellas? Nuestras pasiones estaban bien avivadas. H. dijo «sí» al momento, y las mujeres vinieron. Pedimos champán, dimos algo a la abadesa y hablamos todos sobre la flagelación. La mujer más joven llevaba marcas de vara en el trasero, y cuando la abadesa se fue nos contaron más sobre la acaudalada víctima, a quien ambas habían visto antes y que estaba entre los cincuenta y los sesenta.

Él tenía siempre a dos mujeres, pero no siempre a ellas dos; nunca le habían visto permitir que estuviesen presentes extraños cuando era flagelado, y él quería saber si H. le fustigaría algún día. (Ella no lo haría nunca). Entonces nos desnudamos los cuatro, ambas mujeres se bajaron al pilón con H. y mientras la joven estaba haciendo *eso* me follé a Cabeza-amarilla, cuyo coño no podía soportar. Entonces *ella* se bajó al pilón con H. y sin ningún esfuerzo follé a la otra chica, y encontré *su* coño delicioso. En los intervalos yacimos desordenadamente sobre la cama juntos, todos entremezclados, pero de algún modo mirando cada una los coños de las otras. Ambas mujeres chuparon mi polla hasta endurecerla pero no más, y Cabeza-amarilla puso el dedo dentro de *mi* ano mientras yo me follaba a la muchacha más joven en el borde de la cama palpando el encantador y dulce coño de H., y como *su* culo estaba frente a mí le devolví el cumplido metiendo el dedo en *su* ojo del culo. Tomamos champán hasta que todos nos animamos, disfrutando la lascivia más desabrida en actos y palabras. Todos orinamos, yo palpé sus chorros ambarinos mientras brotaban y oriné sobre el coño de Cabeza-amarilla, mientras H. sujetaba la palangana. Fatigados entonces con los ejercicios lujuriosos —a excepción de H.— bebimos un té fuerte y cada cual se fue por su lado. Una verdadera orgía, y extravagantemente cara.

Ahora H. confesaba muy clara y francamente que nuestros encuentros eran el goce de su vida; que aunque era feliz en su casa lo que allí había era casi sólo amistad, y que esperaba encontrarme con el mayor de los placeres, no sólo para contármelo todo sino para consentirse conmigo reminiscencias y disfrutar tardes lascivas con otras mujeres. «Y es culpa tuya. Me has contado más que todos los hombres y mujeres juntos que he conocido». Pero había obstáculos. A veces pasaban dos o tres semanas entre nuestros encuentros en casa de la abadesa, aunque cada uno traía alguna novedad indecente.

Cuando nos encontramos otra vez tuvimos a la pequeña Negra y no a la señorita R. como compañera, y la muchacha y yo dimos a H. una dosis completa de placer. Dos folladas, una masturbación y tres o cuatro bajadas al pilón, algunas hechas por mí y otras por Negra, parecían ser el *quantum* que ella consideraba propio de una buena tarde cachonda. Todos quedamos complacidos, porque B. disfrutaba bajándose al pilón con H. y con que *yo* se lo hiciese a ella, y aunque fuera tan joven chupaba gustosa mi verga hasta su culminación líquida. H. seguía negándose a hacer eso, o a tocar la grieta de B. con su lengua. Conversando sobre joder en general —sobre los caprichos eróticos de los hombres, el dinero ganado y gastado, las excitaciones sexuales, etc. (uniéndose a veces la abadesa a las charlas)— pasamos tardes o noches supremamente voluptuosas. Pero el costo fue elevado, porque la casa de la abadesa era tranquila y cara, y el champán y una segunda dama de la vida añadía mucho a la suma total de los gastos aparejados a cada encuentro con H.

La abadesa era la mujer de su clase más amable que he conocido, una persona superior a su negocio, y su casa era la más agradable y tranquila.

Un día ocioso en los barrios residenciales de la periferia. — Pan y queso en la taberna. — Kit, la hija del cómico. — En la carretera. — Contra la puerta de un campo. — Sobre paja en un establo de vacas. — En un granero. — Un joven molinero masturbador. — Compendio de diversiones voluptuosas con H. — Un trío femenino y yo. — Copulación, fornicación, digitación anal, cunilingus y uso de consolador.

Un poco más adelantado el año tuve otra vez buena fortuna. Era una mañana con neblina, húmeda y caliente, de finales de octubre, y me encontraba en un juzgado del extremo Este de Londres, citado —para mi disgusto— como testigo en el proceso de un amigo mío contra un granjero cuyo carro había causado daños a su carruaje cuando me conducía. Al llegar descubrí como ulterior molestia que el juicio había sido pospuesto. La notificación enviada nunca llegó a mis manos.

Era cerca de una aldea pobre, a un par de millas del Támesis en un distrito agrícola. Como no tenía nada que hacer y no conocía la vecindad, me paseé, entré en la iglesia y así sucesivamente. Entonces, sintiendo hambre —pues había dejado mi casa temprano — entré en un pequeño local público, frente al cual había tres o cuatro carretas de cómicos. Dentro del bar estaba el cómico con su esposa bebiendo cerveza y fumando, y una chica de unos diecisiete años, bella, grande y saludable, de pelo claro y rostro rubicundo —evidentemente la hija— junto con una niña mucho más joven. Me divertía escucharles hablar de una feria donde iban a ir, y de «Jack», a quien esperaban, que se había ido a alguna parte a comprar un potro. «No esperaré mucho más, debía haber estado aquí antes de *nosotros*». «Es mejor que esperes, Kit, dale otra hora y vente entonces si no aparece… Deja dicho dónde vamos y él sabrá encontramos esta noche. Tú nos cogerás antes de que lleguemos a ***, pararemos allí dos horas para la manduca».

Yo había pedido pan, queso y cerveza, cosas a veces buenas

cuando provienen de un pequeño cervecero rural, incluso en el bar de una aldea, y me gusta esa comida. Tenían también un periódico de la mañana, que, junto con la comida, me hizo compañía. Me sentaba en un salón situado en uno de los extremos de una larga barra que terminaba en otro cuarto, donde se vendían bebidas más baratas. Las puertas de ambos cuartos estaban abiertas de par en par. Me había sentado allí de espaldas a la ventana que daba a la calle para leer mejor, y también porque al estar abierta de par en par la puerta me divertía oír la conversación en voz alta del cómico y su familia, así como para mirar a la hija, cuyas sólidas piernas y rostro lozano, bronceado pero hermoso, me habían hecho especular sobre la belleza de sus encantos ocultos. Entonces mi picha empezó a crecer cuando se volvió hacia la madre, se inclinó y vi claramente por sus movimientos que se estaba atando las ligas. No había nadie allí que pudiera verlo excepto los padres y yo, pero a las mujeres de esa clase no les preocupa nada atarse las ligas en público, apartándose simplemente un poquito de quienes están cerca de ellas. Ver una buena pierna es para mí siempre excitante; pienso inmediatamente en el coño de la mujer, y así fue.

Mientras comía y leía, mirando de cuando en cuando hacia el bar, el cómico dijo nuevamente: «Por las narices voy a perder más tiempo. Espera a Jack una hora, por favor». Entonces la niña, la esposa y él partieron. «Vaya y siéntese, señorita», dijo el propietario del bar. La chica se desplazó directamente al salón. «Allí no», gritó el dueño, «es el salón, váyase al lado». Pero la chica había entrado ya en el cuarto cuando él habló. «No se preocupe, siéntese, señorita, me voy inmediatamente». «Gracias, señor», y se sentó con aspecto complacido. El mozo vino a echarla, pidiendo disculpas, pero dije que la muchacha podía quedarse, que iba a irme pronto, por lo cual él se fue. Al minuto habíamos empezado a hablar y poco después ella estaba compartiendo el pan, el queso y la cerveza embotellada que generosamente pedí. Miraba su rostro hermoso y saludable, preso por aquello que a veces se llama «una pecaminosa lujuria callejera». Mi polla se empinó, y para no verme puesto en evidencia me fui obligado a empujarla hacia una posición conveniente entre los pantalones y la tripa. Nadie entró, porque a esa hora del día no venían los clientes del salón, que en una aldea eran los bebedores *nocturnos*.

¿Era buena la cerveza? «Muy buena. Nosotros bebemos la de cuatro peniques. Padre bebe cerveza». Le encantaba hablar a un caballero y comer con libertad y completa ausencia de esa incomodidad que he encontrado tan a menudo entre las sirvientas a quienes he llevado a comer o cenar. Me contó todo sobre el espectáculo; dormía en el último vagón con su hermana. «Madre y padre están en el otro… es el mayor». «¿Y no duerme contigo el hermano Jack?». El sonrojado rostro se puso más sonrojado aún, quedó confusa. «Claro que no, no hay sitio hasta que llegamos a las ferias». Entonces me dijo que Jack no era su hermano. Otra botella de cerveza abrió su boca más, y me hizo pensar cómo podría abrir su boca inferior. Oí que Jack era una especie de comparsa, que era su primo, que cuidaba los caballos y que se había ido el día antes a comprar un potro. Ellos se preguntaban por qué no habría vuelto, pero cuando se iba de negocios a veces estaba fuera casi una semana. «Jack es tu enamorado». «Bien, ¿y qué si lo fuera?». «Duerme contigo cuando estás en alguna feria». «No». «Seguro que sí». «No». «Sí». «Bueno, ¿y qué si así fuera? Vamos a casamos y padre lo sabe», dijo al fin estallando en carcajadas.

Por lo general, si me encuentro solo con una mujer le sonsaco algunos hechos. «Me gustaría ser Jack, me casaría contigo». «Oh, será mentiroso», dijo ella riendo con ganas. «Dime dónde es tu próxima feria, iré y dormiré contigo». «Oh, vaya bromista, debo irme». «No, dame un beso». «No lo haré, debo irme». «Que me maten si no daría un soberano por dormir contigo», dije de sopetón, casi dispuesto a violarla. «Nada de eso, señor, por favor», dijo cuando intenté palparla tras un beso que ella me dejó tomar. Entonces me dio un brusco empujón, muy fuerte por cierto, y fue hacia la puerta riendo. «Mira», dije loco de lascivia mientras sacaba la verga llameantemente tiesa. «Oh… vaya uno». Caminó hacia el bar pero miró largamente mi topador de vaginas y rió antes de salir. Quedé seguro de haberla puesto cachonda.

Confortado y pensando dar un paseo por el campo pagué y partí, riñendo a la chica y ella sonriendo a cambio, como hacen las mujeres cuando están satisfechas por una conversación lasciva y la visión de una polla tiesa. Toda mujer queda realmente satisfecha por el hecho de que un hombre desee follarla, ya sea que el deseo se sugiera delicadamente o se exprese con grosería. «Buenos días,

señorita», dije muy educadamente. «Buenos días, señor», y pasé por delante de ella.

Paseé por un camino rural, flanqueado por campos lisos con grandes albercas y grandes arbustos sin cortar a cada lado, que encerraban grandes espacios de tierra cultivable con pastos ocasionales hasta donde llegaba la vista. A mayor distancia se veían una o dos casas de campo juntas, y algo más allá una hacienda medio en ruinas o un granero. Apenas había un trabajador en el camino, y pasaba un carro aproximadamente cada cinco minutos. Rara vez he visto un distrito tan falto de interés; era la falta de interés misma. No había un soplo de viento que agitase los árboles ni los arbustos; todo estaba silencioso y afligido, pero la novedad me gustaba y seguí paseando mientras fumaba, cantando a veces y deteniéndome de cuando en cuando. Al final pregunté a un trabajador de ocasión la distancia hasta ****.

Un paso rápido y pisadas fuertes en la distancia llegaron a mis oídos; eran las pisadas de alguien que andaba mucho más de prisa que yo. Más y más cerca sonaron y, cuando me volví, allí estaba la hija del cómico.

Ella rió con todo el rostro, como yo. «De modo que es usted, señorita, ¿dónde está Jack?», fueron mis primeras palabras. «Oh… no ha venido». «No tendrás compañero de cama… tendrás frío». «De ninguna manera», contestó ella riendo. «Yo dormiré contigo». «¿Verdad que sí? ¡Qué amable!», dijo burlándose con buen humor. «Sí, y te daré un vestido nuevo». «Oh… caray… ¿quién lo habría pensado?», y rió de corazón, como yo. Había una chispa juguetona pero voluptuosa en sus ojos que me hacía estar seguro de que ella se sentía cachonda. «Sí, y te lo daría sólo por tenerte diez minutos a solas». «Oh, qué generoso». «Sí, y te daré esto por nada», dije apuntando hacia mi polla. Ella estalló en carcajadas. «No andes tan de prisa, perderé esa cara bonita demasiado pronto». «Debo cogerles». «Gastarás tus botas y va a llover. Cómo me gustaría ser tus botas». «¿Mis botas?», dijo con aspecto bastante sorprendido. «Sí, entonces miraría hacia arriba y vería lo que me estoy muriendo por ver, déjame». «Quita, animal», y rió de nuevo repitiendo: «Mis botas… ja… ja… ja… mis botas». Dos o tres minutos más de charla indecente y le había robado una docena de besos.

Decir verdulerías había hecho vibrar su grieta, porque ahora

hablaba también así, aunque delicadamente, mientras caminábamos más despacio mirando cada uno el rostro del otro. Oímos un fuerte restallar de látigo y una voz masculina que animaba a gritos a un caballo. Los arbustos eran espesos y altos con el crecimiento del verano. Había cerca el portón de un campo y fuimos allí, y vimos una excavación en el campo donde aparentemente había caído una carreta arrastrando parcialmente a un caballo que un hombre fustigaba para sacar de allí, cosa que consiguió tras violentas luchas. Estando allí de pie, juntos y cerca, puse el brazo alrededor de su cintura. «Ahora no», pero se sometió a una docena de besos y devolvió uno. Entonces, inflamado por acariciar sus macizas formas, puse la mano por fuera de su ropa y apreté contra el lugar del coño. «La he tenido tiesa desde que te vi… hagámoslo». «No, no lo haré», pero no se movió del portón. El hombre y la carreta habían desaparecido, el seto nos escondía parcialmente y yo seguía de pie besándola, suplicándole que me dejase, y ella diciendo: «No, no, no lo harás», pero sin moverse. «Te daré un par de soberanos». Le habría dado mucho más dinero porque en aquel momento estaba loco de lujuria. No contestó nada a eso. ¡¡¡Oro, omnipotente oro!!!

Entonces, como siempre hago y como siempre hice —me pregunto si todos los hombres lo hacen— saqué la polla y forcé su mano a tocarla. «Viene alguien… escóndela», dijo asustada. Había, desde luego, un ruido de pasos, y pronto un par de peones de granja se aproximaron a nosotros. Nos quedamos mirando por encima del portón hasta que se perdieron en la distancia.

Se la mostré nuevamente y ella la palpó con pudor y rostro avergonzado, aunque dijese: «No lo haré». Había conseguido poner la mano entre sus muslos, cuando: «Viene un carruaje». Estaba en lo cierto, y de nuevo escondí mi aparato. Pasó un carruaje abierto con damas, el único vehículo de clase que había visto. La besé nuevamente, nuevamente saqué mi instrumento. «Si no me dejas me correré». «No lo haré… no podemos aquí… no lo haré». «Podemos… déjame sólo tocarlo bien, querida». Al minuto siguiente mis dedos estaban sobre su clítoris. «No… oh… no, nos cogerán… alguien vendrá». Yo masturbaba duramente, mi polla se enderezaba y palpitaba, ella se moría por ser follada.

Seguro ahora de hacérmela, seguro de que su coño estaba ansiando mi leche, me aproximé rápidamente al largo camino recto

y no vi un alma. Volví al instante. «No hay nadie por los alrededores». «No lo haré aquí», pero la empujé suavemente sin resistencia, porque quería joder, y puse su espalda contra el portón, donde el suelo era más elevado en el centro de la puerta. Ella era más bien pequeña, el seto que crecía sin cortar alrededor de la estaca nos escondía bien, y en un minuto mi polla estaba dentro. Era joven, fuerte y estaba cachonda; mis cojones estaban llenos y en tres o cuatro minutos su coño tenía todo cuanto podía dar yo. Quedamos largo tiempo gozando la conjunción, sujetándola yo por sus sólidas nalgas desnudas, y ella apretándome por la cintura después de correrse. Continuamos besándonos, con mi picha aún dentro de ella, hasta que dijo: «Viene un hombre». Ambos escuchamos con la polla y el coño todavía unidos. «Creo que es Jack… es él. Oh, no dejes que te vea». Fuera salió mi polla, hacia abajo cayeron sus enaguas, *ella* fue al camino y anduvo, *yo* salté el portón y me escondí detrás de un seto, con la polla colgante. No quería una escena.

Pasó un hombre con pasos fuertes y rápidos. Salté entonces otra vez el portón y atisbando por un lado del seto le vi delante de ella, y a ella en cuclillas meando cerca de la alberca. No era Jack. Me uní a ella. «Menudo susto me he pegado», dijo ella. «Te has lavado el coño». «No tengo agua». «Has meado, déjame tocar», pero no quería dejarme. Casi una hora seguimos caminando y diciendo todas las verdulerías que pude, encantado de hacerlo mientras ella escuchaba y a veces reía, hasta que a gran distancia vi casas y humo. «Ahí es donde para padre». «Hagámoslo otra vez». «No podemos *ahora*», dijo ella mirándome como si desease que pudiésemos. Más gentes (aparentemente granjeros) pasaron, y parecieron entonces miramos con más curiosidad. No sucede a menudo que un caballero y una fornida chica de feria sean vistos caminando juntos por una carretera vecinal. Pero yo no llevaba chistera, un sombrero que declara la clase más que en ninguna otra parte del atuendo masculino.

Nos demoramos, yo la urgía a joder. Ella tenía miedo, dijo que era imposible, y torcimos hacia otro portón. En el campo al que se abría había pasto y vacas, pero no allí mismo. Un poco más atrás, junto a un seto, había una cabaña de madera medio abierta, pero con puerta, un lugar tosco que parecía construido para las ovejas

por labradores y no por carpinteros. Pensando que podía servir para nuestros deseos amatorios salté la cerca —porque también estaba cerrada— y abrí la puerta de la choza, cerrada por un tosco pasador. Encontré allí una piedra de molino y un enorme rodillo. Había una puerta interior abierta. Penetré, y en ese momento salió corriendo un ternero que casi me derribó y rápidamente fue hacia un lugar donde había vacas, en un campo algo más lejano. Me dejó estupefacto al abrir la puerta. Viendo que podíamos joder allí sin ser observados, salí y la llamé. Ella saltó la cerca con la agilidad de un muchacho, mostrando sus piernas macizas y sus enaguas sucias, y en un minuto estaba dentro de la choza. Temiendo que el animal hubiese manchado su cama, cogí heno limpio que había en un rincón de la entrada, ella se tumbó al instante bien dispuesta y yo lancé hacia arriba sus enaguas (la única cosa que objetaba y que no toleraría), pero vi muslos gruesos, un poquito de cabello rubio sobre un dilatado toisón y la siempre adorable raja en su vientre. Entonces abrí sus piernas. «No hagas eso». Insistí y palpé su coño todavía suave y lubricado con mi esperma, y al instante siguiente estábamos jodiendo. Yo con el placer que la novedad y un coño bonito, joven y cachondo me proporcionan. «Escucha», dijo ella deteniendo mis sacudidas y casi desmontándome. Pero no había nadie; habíamos dejado las puertas abiertas a propósito. Yo estaba justo corriéndome. «Date prisa, estoy tan asustada». «¿Lo deseas?». «Sí, date prisa, me lo haré pronto», y en un minuto su coño se empalmó (como dicen algunas francesas), molió y chupó mi polla; arrojó ésta en espasmos su pasta, y el atenazador coño sudó sus jugos. Dos minutos después había saltado ella el portón, y la seguí después de cerrar la puerta de la choza. «No vayamos a **** juntos», dijo ella, «madre está allí». «De acuerdo, aquí están dos soberanos». Ella los miró con pena y luego con rabia, diciendo: «Sé lo que te piensas, pero no lo soy». «Ya lo sé, pero cógelos». «Gracias», y al coger las monedas escupió sobre ellas. «¿Qué edad tienes?». «Acabo de hacer los diecisiete», ya lo había dicho antes. «¿Hace cuánto que te folla Jack?». Ella se ruborizó. «Hace justo uno, el día de mi aniversario». «No se casará contigo». «Sí que lo hará, en Navidades, y espero que no me hayas dejado preñada». Tras nuestro primer acoplamiento me dejaba decir cualquier cosa obscena, y yo me deleité en ello, pero ella no era obscena para nada. Quise

palparle el coño otra vez. «No, tengo los muslos mojados». Entonces se alejó sola.

Esperé a perderla de vista y luego continué andando hacia la aldea donde estaban los carromatos, y vi al padre fumando una pipa en la puerta de un bar. Me miró cuando me senté a su lado después de pedir un vaso de cerveza. Entonces empecé a conversar con él sobre espectáculos y ferias. «¿Era usted el caballero de ****?», preguntó. Le dije que sí, bebió algo de cerveza conmigo y durante tres cuartos de hora me contó los hábitos de su clase. Vi a Kit entrar y salir de un escenario y entrar en el bar; cuando tuve oportunidad le hice un guiño, que ella devolvió con una media sonrisa. Finalmente todas las carretas desaparecieron. Kit andaba al lado de la segunda e inclinó la cabeza en mi dirección cuando partía. Me preguntaba si se habría lavado el coño, si mi esperma había quedado absorbido, si la había *preñado*. Había disfrutado un día supremamente delicioso.

Había andado siete millas, me sentía hambriento, obtuve un poco de buey muy duro en el restaurante, me sentí complacido con el trabajo de la mañana y entonces pensé en volver. El dueño dijo que había una tartana, pero un hombre con aspecto de ser una mezcla de botones, camarero y cochero dijo que no podía usarse. «Porque debo llevar al señor **** a la estación de ***».

El carricoche —viejo, polvoriento y descolorido— debía ir a casa de un caballero y llevarle a una estación situada en una línea marginal. Yo no había visto esa casa al hacer mi camino. El tiempo no era objeción para mí, por lo cual dije que iría con él todo lo lejos que pudiese llevarme, y lo hizo a las tres. «Siga ese sendero pasando el molino, tuerza a su derecha y de frente estará su estación, señor», dijo el cochero cuando salí de la tartana. Siguiendo su dirección pronto me alejé del camino y anduve tranquilamente por una senda de carros, fumando, pensando mucho en la chavala de trasero duro y coño prieto que acababa de follarme, hasta que mi polla volvió a erguirse y caí en un estado de lascivia general.

He demostrado a menudo la verdad del adagio que dice: «Nunca llueve sin diluviar». Tras un largo paseo entre campos, y chozas y edificios exteriores, y luego una especie de choza más grande. La niebla había desaparecido, el cielo se puso lluvioso, comenzó a

chispear, y como no tenía paraguas entré en la choza. La primera cosa que vi fue un chaval que no debía haber cumplido los dieciséis años, blanco como si saliese de un molino de harina —como era el caso— sentado en el suelo, medio reclinado contra un montón de sacos y meneándosela.

Me quedé clavado y no pude sino mirar. Él, tan pronto como me vio, empezó a esconder la verga. Entonces mis gustos eróticos (a pesar de mis dos diversiones genitales) prendieron de nuevo.

Es singular que actualmente la visión de una polla tiesa endurezca la mía, y, despreciando las consecuencias, sin pensar realmente en ellas, dije al instante con fuerte calentura: «Sigue… te daré cinco chelines por ver cómo te la meneas». «Perdóneme, señor», dijo él con actitud de oveja incorporándose. «No seas estúpido, te daré cinco chelines», y exhibí un puñado de plata. Él miró y sonrió. Le dije que estaba deseando ver su verga, verle meneársela; deseos eróticos fulguraron por mi cerebro rápidamente, le estimulé obscenamente, el dinero le tentó. Llegaron respuestas ahora en monosílabos por parte de él. «Sí». «No». «¿Qué está haciendo aquí?». «¿Conoce al maestro panadero ***?». Entonces, tras asegurarse de que era un extraño, me dijo con gracia: «Pase la pasta primero». «No hasta que te haya visto». «No se lo contará a nadie, ¿verdad?». «No». «Mire afuera y dígame si hay alguien cerca». No había posibilidad de que hubiese nadie cerca, porque ahora llovía a torrentes entre truenos, pero miré. Cuando estaba vuelto de espaldas sacó su polla y empezó a meneársela. Entonces quise hacer yo el trabajo. «Bien, déjame a *mí*, y tendrás esto», y le enseñé medio soberano. «Cógelo». Él lo hizo. Imaginé que podría querer timarme, pero no sucedió. Cogí su polla y se la meneé, hablando todo el tiempo de coños. Sí, él había follado a dos o tres. «Pero no siempre las consigue uno». Entonces: «Oh… ah… está viniendo», y estallaron chorros sorprendentes de espeso y fino lubricante suavizador de coño. Seguí meneando hasta que la polla se redujo, asombrado ante su fuerza juvenil. Él parecía encantado con la operación. A mis preguntas contestó: «Sí… lo hago de vez en cuando. Hoy me han dado medio día libre, están cortos de agua. Dije que esperaría aquí hasta que viniese otro compañero». Entonces le dejé lo más rápidamente posible, asombrándome de mi temeridad. Anduve rápidamente bajo la lluvia hasta la estación, y

llegué mojado, pero contento de coger el tren.

Ahora, por razones de brevedad, resumo el relato de mis relaciones con H**** aquel año y en años anteriores. Nos encontrábamos a intervalos y nos consentíamos todos los caprichos lascivos. Yo me había traído a casa de *** un excelente consolador que escupía líquidos y con el cual ella se divertía jodiendo. Entonces me la follé con él, lamiendo su clítoris mientras se lo hacía. Luego la señorita Negra lamió su clítoris mientras el consolador estaba trabajando dentro de H. Entonces, con el consolador atado, H. se folló a Negra. Luego utilizó el artefacto con Negra mientras yo me la follaba por detrás. Entonces me follé a la bonita y pequeña chavala de coño negro mientras ella se bajaba al pilón con H. Otra vez empleé el consolador con H. mientras ella yacía sobre la espalda y B. le lamía el clítoris, y al mismo tiempo y sin que lo supiese B. —porque H. se negaba a que ninguna mujer supiese que yo jugaba con su ojo del culo— puse mi dedo mediano dentro de aquel prieto orificio anal y H. se corrió en éxtasis durante la follada con el consolador, el toqueteo anal y la lamida de coño. Cuando tenía el dedo dentro de su trasero notaba cómo se movía el consolador entrando y saliendo del coño, y H. desarrolló una pequeña pasión por esa inserción doble. Nos lo guardamos para nosotros, aunque hablamos a menudo de ello cuando estábamos solos, sin que ella dejase nunca de observar: «Verdad que somos animales», y yo replicando: «No, las bestias no hacen eso».

Después ella empleó el consolador con R., que era tirando a gorda y de gran culo. A H. le gustaba que se bajasen al pilón con ella mujeres gordas. Luego masturbó a R. mientras yo me follaba por detrás, de pie, a la del culo gordo. Entonces tuvimos a R. y a N. juntas, y yo me bajé al pilón con H. mientras ella masturbaba a ambas mujeres, que estaban tumbadas una a cada lado suyo. Entonces las dos tranquilas zorras —no eran trotonas de calle— se bajaron al pilón una con la otra mientras yo follaba a H. Todos estos números quedaban reflejados en grandes espejos que nos permitían ver cada una de las posturas. Bebíamos champán, comíamos dulces y sándwiches en intervalos de descanso. Cuando cualquiera de las mujeres quería orinar, hacía que se subiese a la cama y se pusiese en cuclillas sobre una palangana mientras yo —arrodillado en el suelo frente a ella— contemplaba el chorro

ambarino saliendo de la raja púrpura. Cómo nos reímos un día cuando B. dejó escapar un pedete al orinar, y qué molesta se quedó, que púdica, cómo se sonrojó aunque fuese una ramera. Pero así fue.

Por aquel entonces yo me bajaba al pilón con H. tanto como ella deseaba; lamer ampliamente su dulce vulva, hundir la lengua en la suave avenida, todo eso eran cosas deliciosas para mí, pero para *ella* el gran placer consistía en masturbar a otra mujer mientras yo estaba acariciando su clítoris con la lengua. Entonces tuve un capricho que a ella no le gustó, pero la obligué a someterse. Me tumbé de espaldas desnudo sobre la cama. H. se arrodillaba desnuda sobre mí, con una rodilla a cada lado de mi cabeza y el coño sobre mi boca, a fin de que pudiese lamer fácilmente el clítoris mientras aferraba sus satinadas nalgas. Entonces una de las mujeres —o R. o N.— se bajaba al pilón conmigo y tomaba mi libación en su boca. H. podía ver todo esto en los espejos. Yo no, porque tenía la boca sobre el coño y la cabeza rodeada por sus encantadores muslos. Pero podía decir siempre cuándo estaba H. a punto de correrse por los movimientos temblorosos de sus muslos, por los estremecimientos de su vientre y su trasero y sus exclamaciones: «Oh… me estoy corriendo… chupa su polla… córrete querido… ah… leche». Ella usaba siempre esas expresiones licenciosas últimamente. Se corría dos veces antes de que yo me corriese una, porque habitualmente ya la había follado antes y tardaba más en venir que ella, con sus capacidades lujuriosas. De hecho, este *minette*, o francés doble, era habitualmente el fin de los pasatiempos del día cuando las tres habían sido folladas, masturbadas y empilonadas.

Naturalmente, como ya he dicho, todos esos pasatiempos no acontecían el mismo día. Éste es un resumen, pero que aconteció ocasionalmente durante este año y unos pocos posteriores. La diversión de cada día era anotada poco después por mí, pero aquí se encuentra resumida. Nuestras estratagemas meretricias, acontecían casi siempre por la tarde y a plena luz, comenzando poco después del almuerzo en un cuarto donde el sol brillaba con fuerza la mayor parte del día.

A menudo cayeron los cálidos rayos solares sobre polla y coño. En el cuarto nadie podía vemos u oímos, y los amistosos asistentes que se nos ofrecían eran en su mayoría mujeres jóvenes y bellas,

capaces de soportar cualquier cantidad de luz, cualquier inspección de los encantos secretos, y que —llenas de sangre caliente y voluptuosidad juvenil, estimulada por el champán— amaban las estratagemas lascivas y se corrían libremente.

Y para completar este catálogo de calenturas y deleites contaré algo ocurrido dos años después de que hubiese usado por primera vez el consolador con H. Tenía un paraguas con un mango suave de forma peculiar, y H. estuvo encantada dejando que me la follase con él hasta que se corrió.

De hecho, hicimos la mayoría de las cosas que pueden hacer un hombre y tres mujeres. Lo que faltaba para completar la variedad era que H. se bajase al pilón conmigo, pero ella no quería oír hablar de eso ni tampoco masturbar con la boca a las otras mujeres, aunque las masturbaría con la mano hasta dejarlas exhaustas. En años posteriores, bajo la presión de las circunstancias, H. tomó mi libación en su boca, y una vez me la chupó hasta ponerla tiesa solamente.

En un puerto de mar de Lancashire. — Una trabajadora. — La última noche de zorrear. — En el burdel. — Belleza singular. — Historia singular. — Dos animadas proletarias. — Atrapado con una cuerda. — Charla lasciva. — Deseos lascivos. — Un café oportunamente próximo. — Una complacida y otra dolorida. — Nueva flagelación en casa de la abadesa. — Afeitando un coño peludo. — El gusto de H. por la novedad. — El procurador gratificado. — Jodiendo con máscaras.

A finales de otoño de aquel año me encontraba en la ciudad marítima de Lancashire hacia las cinco de la tarde, paseando y mirando las tiendas, cuando observé a una mujer bien hecha y fuerte con un rostro absolutamente encantador y una piel maravillosamente clara —aunque quizá demasiado blanca— que iba haciendo lo mismo que yo. Quedé cerca de ella mientras contemplaba una tienda de sombreros, pero no se dio cuenta. ¿Era zorra o no? ¿Qué hacía paseando por ahí sola? No había sentido deseo sexual antes, pero ahora me sentía abrumado.

Ella vestía como una mujer educada, humilde, de clase media, de modo excesivamente sencillo, pero llevaba el traje con tal aire de distinción que descarté por el momento la idea de su accesibilidad. La seguí a distancia, observando el balanceo de sus caderas y el modo en que situaba los bonitos y visibles pies, porque sus enaguas eran cortas. Aunque sus botas estuviesen limpias, eran vulgares y de piel gruesa. No observaba a los que pasaban ni era observada por ellos. No puede ser una ramera, pensé, aunque quizá con una buena oferta la consiga, si es pobre. Pero ¿adónde llevarla? No conocía lugar alguno. Abandonando mis intenciones formadas a medias, pero con una verga voluptuosa, me detuve. Justo entonces ella dio media vuelta y desando sus pasos hasta encontrarse conmigo, mirándome casualmente como podría haberlo hecho cualquier otra mujer. Me volví y la seguí, aún sin intención definida.

Se detuvo de nuevo frente a una tienda. Yo me detuve también y

observé que estaba mirando una cosa bonita. Ella me miró tranquilamente y dijo que sí. Su actitud me hizo pensar entonces que podía ser tomada. Ella caminó y yo lo hice a su lado. «Qué encantadora eres, déjame ir a casa contigo». «¡Ah! No… imposible… Buenos días, señor», y se dio la vuelta. Pero había algo en su actitud —no sabía qué— que traicionaba vagamente a la cortesana.

Me di la vuelta yo también, con esperanzas, y anduve a su lado repitiendo mi deseo, pidiendo que bebiésemos un vino juntos y de ahí en adelante. Ella suplicó que me fuese; estaba esperando a un amigo y sería perjudicial para ella ser vista caminando con un caballero. Sí, le esperaba en cualquier momento. «Me gustaría ser él, te daría dos soberanos por estar media hora contigo». Ella se detuvo bruscamente al instante y me miró. «¡Un par de soberanos! Eso *sí* que sería una ayuda para nosotros justo ahora». Lo dijo como si reflexionara y hablase consigo misma. Luego continuó andando mientras yo me mantenía a su lado, pero en silencio.

«No venga conmigo, estoy esperando a mi novio». Vacilé entonces y continuó: «Si no ha venido ahora es que no podrá venir en dos horas… dígame la hora». Así lo hice. «Si viene nos iremos inmediatamente juntos, y si no viene me dará usted dos soberanos y puede, pero no tengo lugar. Los he abandonado, porque esta noche me retiro para siempre».

Ella dijo entonces que necesitaba esperar diez minutos más para asegurarse, que andaría de arriba a abajo y yo debía esperar en el rincón de una calle que me indicó. Entonces, si no llegaba su novio, estaría conmigo. Hablaba en un dialecto bastante abierto de Lancashire, que no intento imitar y que a veces apenas lograba entender.

Nunca me parecieron tan largos diez minutos. Conté uno tras otro con impaciencia febril, me representé sus encantos secretos, me pregunté por la raja, el toisón, los muslos; si follaría bien y si quería follar. De cuando en cuando me palpaba furtivamente la verga, que continuaba levantándose y cayendo con lujuria y temí no poder hacérmela, porque pasaron diez minutos bien contados antes de que apareciese. «¿Dónde iremos?», dije. «No tengo lugar ahora, y sólo conozco un sitio pobre en los alrededores». Yo me habría metido en una cochiquera para estar con ella, y a los cinco minutos el sitio pobre nos acogió. Era una pequeña casa oscura, en una calleja, casi

una mansión rural, pero con dos habitaciones de alquiler. Sin embargo, el dormitorio era confortable y tenía un buen fuego.

«Mi novio no podrá volver en dos horas y media, no hay otros trenes. ¿Me dará usted *dos*?», dijo ella tan pronto como se cerró la puerta. Mi respuesta fue sacar las monedas y ponérselas en la mano. «Será para nosotros una buena ayuda justo ahora, y será el último». «¿Por qué?». «Me caso esta noche». Apenas tomé en consideración lo que dijo, estando como estaba impaciente por mi placer, y metí la mano por dentro de sus enaguas. Ella las rechazó y por un instante pensé iba a querer timarme el dinero.

No es la primera vez que me ha venido semejante idea estando con una mujer de la vida. «Quiero tocarlo». «Espere un momento, lo hará, no tema». Con el gesto compuesto y del modo más contrario posible a una ramera se quitó la boina y la chaqueta con gran cuidado, y luego se sentó. «Toquemos tu coño. Lo haré». Inclinándome, empujé la mano dentro de sus enaguas y palpé la muesca sedosamente sombreada. «¿Con prisas?, ¿verdad?», dijo riendo. «Quítate tus cosas y déjame verte el coño». «Lo verá… lo verá… pierda cuidado… espere un poco». Se las quitó lentamente. Me desvestí y mostré la polla. «Ohooo», susurró ella y paró de desvestirse. «Quítatelas». «¿Qué? ¿Todo?… Bueno», y quedó de pie desnuda.

Nunca he visto a una mujer más hermosamente hecha. Durante un minuto quedé mudo de admiración, luego la tomé en mis brazos besándola, alabando su encanto, oprimiendo la polla tiesa contra su vientre y el mío. Para entonces —todavía de pie los dos— mis dedos estaban acariciando su asiento amoroso cuando su mano bajó serenamente y cogió mi verga, y así quedamos silenciosos. Había despertado las pasiones de ella. «Déjame verlo». Sin contestar, subió a la cama y se tumbó con los muslos separados. Una mirada apresurada a la bonita gruta, una olida y un beso sobre el toisón, un dedo metido y sacado rápidamente en la avenida húmeda. «Jodamos». Al instante siguiente estábamos abrazándonos con suaves suspiros voluptuosos, encerrada mi polla en su lubricado coño y deslizándose allí, en perfecta unión nuestros cuerpos; y ¡ah, demasiado pronto!, vino la contracción de su coño sobre mi polla, que palpitó y se corrió, y quedamos tranquilamente uno en brazos del otro en suave reposo. Poco después: «¿Gozaste?», pregunta

tonta, pero que siempre hago. Ella no contestó, pero dio unas tortitas a los carrillos de mi culo de un modo afectuoso y estimulante.

Acabé desmontando, y ella dijo: «Hace frío, deje que me ponga la combinación». Así lo hizo. Nos levantamos, meamos, nos lavamos —la rutina habitual— y luego nos sentamos junto al fuego aunque no hiciese realmente un tiempo muy frío. Ella me pidió que le diese «una copa». «¿Qué?». «*Whisky*». Lo trajeron. Yo había estado llevando una capa que puse ahora sobre sus hombros, y me puse mi propia chaqueta sobre la camisa mientras nos sentábamos bebiendo y hablando lado a lado. El extático abrazo sexual enfría el deseo, y durante algún tiempo la curiosidad erótica queda casi muerta, pero pronto revivió en mí y empecé a toquetear su gruta. «Yo no tengo prisa», dijo ella entonces. Me contó su historia, en parte antes y en parte después de nuestro segundo abrazo y la refiero aquí sin interrupción.

«Sí, fui obrera en una fábrica de algodón». A los dieciséis años el joven dueño «se la hizo». Su padre era técnico en la fábrica, lo descubrió en seguida, organizó un escándalo y le dieron a *él* cien libras como indemnización por el daño hecho a la virginidad de *ella*. El dinero le desequilibró, bebió algo, ella abandonó la fábrica, trabajó entonces fijo en la casa durante algún tiempo sin que nadie entrase en su mermelada, y entonces de alguna manera «echaba de menos un trocito», suponía ella, y se hizo follar otra vez. «Sí, sólo por amor», y luego se convirtió en puta. Un hombre joven de la fábrica, mecánico también, que conocía la historia y al padre, la encontró, se la folló como si fuese una zorra, se enamoró de ella y luego jodió por amor, y ella también con él. Ella ahorraba dinero y él ahorraba un poco, su padre lo aprobó y les dio lo que no se había gastado en bebida. El seductor había prometido veinte libras cuando se casaran, e iban a casarse y abrir una tiendecita en ****, donde él había encontrado trabajo. Iba a venir ahora para encontrarse con ella cuando yo la vi, si lograba salir a tiempo, pero acabaría sin duda viniendo con el próximo tren. Su equipaje estaba en la estación, había devuelto la llave de su alojamiento. Esa casa de citas era el único lugar donde podía quedarse esperando «hasta ver a mi novio».

«No pensé dejarle… no lo he hecho durante una semana y le dije

que no lo haría, pero el dinero nos será muy útil para empezar». «Oh, no… me haré marica». «Oh, no hable de *él*… Venga y hágalo entonces». Estaba cachonda con mi conversación, con mi toqueteo y con tenerme la vara cogida, y jodimos de nuevo sobre la cama. Ella lo deseaba más que antes, como sospeché por su abrazo, por el modo en que su lengua se encontró con la mía, por cómo se agarraba a mis nalgas, por las sacudidas de su vientre, sus estremecimientos y sus suspiros amorosos.

Sólo tenía dieciocho años y medio, pero su cuerpo era lleno y perfecto como si tuviese veintitrés. Tenía los muslos más encantadores, la muesca más pequeña, dulce y sedosa, sin apenas ninfas en el clítoris; era bastante parecido al coño de una niña. Ella estaba orgullosa de sus formas y se prestó gustosamente a dejar que viese todo, encantada con mis alabanzas. Su modo de comportarse era profundamente distinto al de una puta. El cabello de la cabeza y la cola era avellana claro, no había mancha oscura sobre el surco de su culo, que era casi tan blanco como sus nalgas, y *éstas* eran de marfil. Pronto oscureció y encendimos velas —por lo cual cargaron un sobreprecio— y sujeté una, cerca del surco, para inspeccionarla mientras se arrodillaba sobre la cama. Entonces, tras ser incapaz durante algún tiempo de follarla por tercera vez, le di placer con la lengua, y nunca lamí un clítoris más delicado. Tenía una cara guapa con su boina, pero estaba mucho más hermosa sin ella; sus ojos eran azul oscuro. No tenía el menor aspecto o modales de una ramera.

El *whisky* había hecho que hablase libremente, y teníamos tiempo a espuertas. Cinco chelines era su precio habitual. «Porque no me visto como las ricas». «No, no diez a menudo… no me gusta hablar con caballeros. Sólo llevo tres meses en el negocio y no me gusta… ni las compañeras». «¿Por qué fui a la fábrica de algodón? Padre me obligó, para cuidarme, dijo; madre no quería que fuese. Puede esperar y verme con él, pero no se me acerque; estoy segura de que vendrá a buscarme. No le diré lo que he hecho esta noche, no lo hubiese hecho, pero necesitamos tanto el dinero». Esperé a distancia, la vi encontrarse e ir hacia la estación con un joven decente, evidentemente su novio. De cuando en cuando me he encontrado con algunas zorras interesantes, y ésta era una de ellas, por lo cual conservo el relato.

Ya tarde, una noche cualquiera de noviembre, húmeda y oscura, pasaba por una calle tranquila de un barrio pobre cuando se me aproximaron dos mujeres cantando y riendo a grandes voces. Sujetaban una corta cuerda entre las dos, y al acercarse —pensando que eran una pareja de juerguistas medio borrachas— me desplacé al borde de la acera para dejarlas pasar. Jugando, alargaron la cuerda y me cogieron y rodearon con ella justamente por encima de las caderas, riendo con ganas de su acción. «Le hemos cogido, joven. ¿Qué prenda nos dará?». Estábamos cerca de una lámpara de gas y, viendo que hablaba una mujer guapa y de rostro audaz, dije: «¿Prenda querida? La que yo tenía no se levantará más, la arrancasteis con la cuerda, búscala». Resultaba que aquella noche tenía yo las pelotas calientes, y las respuestas obscenas venían de modo espontáneo. Ante eso ambas rieron con tantas ganas como yo, estando los tres juntos con la cuerda todavía a mi alrededor, e hicimos un ruido tal que algunas personas del otro lado de la calle se detuvieron para mirar. «No puedo verla», dijo la más grande y maciza, que parecía tener unos veinticinco. La otra, una criatura de aspecto pobre y flacucho de unos dieciocho, se limitó a esbozar una risita y luego quedó silenciosa. «Está quizás entre tus muslos». «¡Oh, vaya, vaya!». «Ji, ji, ji», rió la delgada. «No, entre tus muslos… déjame tocar allí. Estaba tieso, y si lo encuentro allí te daré cinco chelines, y puedes volvértelo a meter si quieres; yo no puedo irme a casa sin él». «Oh, oh, oh… ¿qué?». «Mi pito», dije, y oprimí sus ropas en la región del coño. «Dame los cinco pavos entonces y podrás». «Polly, Polly… no sabes en lo que te metes», dijo la otra recriminativamente. «Su picha… ja, ja, ja», rió la otra.

Vi que eran fáciles. No parecían ser zorras, sino trabajadoras de clase pobre que, sin duda, habían estado bebiendo. A esa clase no le importa el lenguaje indecente, lo oyen con frecuencia. «Lo llamo pito para las señoras, pero hay otro nombre». «Dínoslo». «Polly… vente». «Palpa para ver si lo tienes tú todavía… ja, ja, ja», y Polly siguió riendo mientras al desatar la cuerda ponía sus manos entre las solapas de mi gran abrigo, cuando la otra se las quitó. «Polly… no sabes en lo que te metes». «Cierra la boca», dijo Polly. «Vente». «No lo haré». «Tomemos un vaso de vino y tocaré para ver si a lo mejor lo tienes *tú*, querida», dije. «Eres *tú* quien lo tiene, seguro». «Por Dios que lo tengo, y sigue todavía tieso». Entonces la otra —

llamada Sarah— gruñó nuevamente a la mayor, dijo que se iría y se le contestó que podía hacerlo, pero añadiendo Polly: «No seas tonta, ven y tomemos un vino con el caballero», como yo había ofrecido. «Síguenos, hay una taberna agradable doblando la próxima calle», dijo Polly, que parecía conocer la localidad.

Yo iba a la taberna sabiendo que Baco ayuda a Venus, y pensando que quizá podría meterme en la maciza que excitaba mis deseos, cuando se me ocurrió que no era deseable ser visto por una mezcla azarosa de gente pobre en un bar público y en una vecindad pobre con dos vulgares obreras. Deseaba ahora a Polly *porque* era tan tosca y vulgar; así de singulares son mis calenturas, y quizás hubiese ido a la taberna antes que perder la oportunidad de ver lo que sospechaba ser un trasero de primera calidad. En el rincón de la calle había un café de aspecto pobre. «Entremos ahí, nos darán todo lo que queramos», dije. Entramos los dos, mientras la otra aguardaba fuera. «Te esperaré». «Ven, no seas tonta», y Sarah entró.

No tenían nada salvo té y café, pero nos trajeron licor de otra tienda, servicio por el cual cargaron mucho. Ellas se sentaron en una mesa de un rincón conmigo, ambas bebieron ginebra con agua, la lengua de la más vieja no cesaba de hablar, yo decía verdulerías, pero sin emplear palabras francas, ella estaba encantada contestando y mirándome a los ojos lascivamente. Entonces, aferré bajo la mesa su largo muslo por la parte exterior de la ropa y oprimí su vientre. «Estate quieto». «Está ahí». «No lo está». «Está». «¿Qué?». «No te dejes, Polly», dijo la flacucha otra vez. Justo entonces entró alguien con aspecto de taxista que compró un suizo con mantequilla y desapareció, pero estuvo mirándonos todo el tiempo de un modo tal que me sentí incómodo y tan pronto como desapareció pregunté si tenían un reservado. La dueña dijo: «No», miró a la doncella y tuvieron una conversación en voz baja; entonces añadió que no tenían cuartos privados, pero que podía utilizar uno hasta que cerrasen el café. Lo acepté y subimos a un dormitorio por una estrecha escalera. Allí estaba la criada. «No alquilamos cuartos, pero aquí lo tiene por cinco chelines. ¿Tendrá la amabilidad de pagar por adelantado, señor?». Se los di y trajeron los licores, pero Sarah se negó a quedarse cuando vio la cama. «No me quedaré… estáis yendo demasiado lejos… No sabéis lo que estáis haciendo». Bajó las escaleras y me quedé solo con la llenita. «Le llevaré algo de

ginebra», dijo ella llenando medio vaso, pero volvió sola. Sarah se negaba a venir. «Quizá sería mejor que bajásemos otra vez», dijo Polly pensativamente.

Tras lo que pareció un minuto de reflexión dijo otra vez: «Es quizá mejor que me vaya». «Tonterías. ¿Para qué viniste aquí arriba?», y diciendo esto cerré con llave la puerta, me acerqué a Polly, la empujé contra la cama y asalté sus genitales. Me había seguido tanto en la charla y en las sugestiones verdes que estaba seguro de hacérmela; pero cuando mi mano tocó sus muslos se resistió, se bajó la ropa, me rechazó con fuerza, riendo como si estuviese medio complacida aunque se negara, y diciendo en voz alta: «No lo harás… no lo harás ahora… Un chiste es un chiste… no lo haré… Estoy casada». «No es verdad. ¿Dónde está tu anillo?». «Empeñado». «Te follaré». «No lo harás», y luchó como muchas de las criadas virtuosas a quienes he asaltado de modo semejante. Estaba tan molesto por esta resistencia, me sentía tan vengativo, que separándome de ella dije, enfadado: «No estás casada, tienes la ropa sucia, por eso no me dejas». No quería decirlo, pero deseaba salvajemente ofenderla, decir algo desagradable, y *eso* me vino de repente. Dije más cosas de ese mismo estilo, pero todas dentro de la misma línea. «¿Sucia? ¿Sucia yo? Más limpia que tú, juraría. ¡Sucia! Antes me rasgaría la ropa en tiras que ir sucia. Realmente, tienes cara. Enséñame *tu* camisa… mira». Diciendo eso se levantó las enaguas hasta las ligas y vi que las medias y todo cuanto llevaba eran de un blanco impecable, aunque sus botines tenían barro. «Entonces lo que está sucio es tu coño». «Mientes, no lo está». «Metámosle esto», dije sacándome la polla. «De ninguna manera». Pero miró mi penetrador de coños, que se encontraba en un espléndido momento de fuerza. Ella estaba cachonda antes, ahora estaba más cachonda todavía, y rió. Me aproximé a ella nuevamente, puse los dedos sobre la suave grieta con una resistencia sólo fingida. «Ahora… no… oh, no». Sensaciones voluptuosas la estaban conquistando para mí. ¿Qué mujer puede rechazar una polla cuando los dedos del hombre se han apoderado plenamente de su coño durante un minuto? «Tócame la polla». Ella bajó la mano tras decir dos veces: «No lo haré», y un minuto después estaba dentro de su coño y ella tumbada sobre la cama donde la había empujado. Silenciosos, absortos en el placer camal,

nos llegó la deliciosa crisis, disolviéndonos.

Ella yacía serenamente como sujetando hacia arriba sus muslos, cobijando mi verga dentro de sí; nos miramos a los ojos en silencio, disfrutando la unión camal. Joder es idéntico siempre en lo esencial; la imaginación es todo, allí yace el encanto de la variedad. Sentí un singular deleite follando con aquella mujer vulgar a quien sólo llevaba viendo media hora. Toma más narrar que actuar. Podía estar casada o soltera, o tener cualquier ocupación, y su coño no lo había visto siquiera. Soltando un muslo levanté sus enaguas y al mirar vi un toisón oscuro con mucho pelo mezclando su cabello con el mío, y puse un dedo sobre el clítoris. «¿Verdad que es encantador follar?». «¿Verdad?», contestó ella.

Cogiendo su muslo otra vez apreté el vientre contra el suyo al percibir que se me estaba reduciendo la verga. «¿Ha sido follada tu amiga?». «No sé, pero tiene un amante». «¿Dónde está tu marido?». «Dios sabe dónde, supongo que de viaje». «¿De verdad *estás* casada?». Ella asintió. «¿Quién te folla ahora?». «Nadie». «Qué cuento». Ella rió y al hacerlo expulsó la picha del coño. Nos lavamos entonces en la misma palangana; no había toalla, por lo cual usamos camisa y combinación.

Más tarde dije: «Enséñame tu coño». «De acuerdo, estoy limpia… mira». Me dejó mirar levantándose las ropas hasta el toisón, diciendo lo limpia que estaba su ropa. Vi un coño de labios llenos y bien sombreado de pelo. «No, no he tenido hijos», dijo observando mis investigaciones. Me vino otra calentura. «Te daría a *ti* diez chelines por ver el coño de tu amiga, y a *ella* diez por enseñarlo». Pareció sorprendida. «¿Lo harás? No creo que ella quiera». «Intenta hacer que suba». «Lo intentaré, pero es una estúpida, no digas que me lo hiciste». Diciendo eso se puso la boina y fue escaleras abajo.

Como ya dije, ambas habían bebido una «gota» antes de encontrarse conmigo; desde entonces habían estado bebiendo ginebra, y Sarah había tenido para beber, mientras estaba en el piso de abajo, un vaso lleno por más de la mitad. Al abrir la puerta, oí muchas risas y apareció Sarah, empujada escaleras arriba por Polly hasta meterla en el cuarto. Apenas había entrado cuando le dije que quería ver su rajita y le daría diez chelines. «Polly dice que entonces ella me enseñará la suya».

Aunque estaba ligeramente borracha se negó y hubo mucha

charla. «No somos putas», dijo ella. Polly levantó sus enaguas hasta las ligas, y luego sacó mi polla, que de nuevo estaba bastante tiesa, ambas rieron al verla. Polly dijo: «Se está haciendo tarde ¿lo harás o no lo harás?… Yo le enseñaré el mío si tú le enseñas el tuyo». «Suponte que Jack sabe de esto». «Que se vaya al infierno Jack. ¿Cómo podría saberlo si no se lo dices?». Puse sobre la mesa los dos medios soberanos y ellas los miraron. «¿Lo harás ahora? Si no lo haces nos marchamos». «Esto está llegando demasiado lejos», dijo Sarah. Yo me metí el dinero en el bolsillo. «Tú se lo enseñas primero». «Está bien», dijo Polly poniendo su trasero sobre la cama y exponiendo sus encantos. La otra rió en voz baja. «Hi, hi, hi, mira qué aspecto». «Ya lo has visto antes, vamos, enséñaselo». Fue hacia Sarah y la empujó mientras seguía riendo. «Hi, hi, hi», pero estaba cediendo, y al minuto siguiente yacía sobre la cama con las enaguas levantadas hasta el ombligo, las piernas colgando y justamente visible su grieta mientras Polly, en una posición similar, pero con los muslos de par en par, yacía riendo, a su lado.

Investigué los coños de ambas, pero a la más joven no le gustaba. «Te han follado», dije yo. «No es verdad». «Claro que sí», dijo Polly. «No es así». «Entonces te follaré yo». «No, no lo hará». Se incorporó y medio saltó de la cama, yo prometí no intentarlo y conseguí que se tumbase otra vez enseñando el coño. «Entonces te follaré a *ti*». «De acuerdo», dijo Polly. Al segundo siguiente mis pelotas estaban topándose con sus nalgas. «¡Oh!, si Jack lo supiese», dijo con una risita la delgada. «Que le den por el culo a Jack», dijo Polly levantando el suyo en respuesta a mis sacudidas. Ahora estábamos los tres silenciosos. Follé mientras palpaba los delgados muslos y la grieta de Sarah. «Ah… jode… coño», exclamé. «Ah… ah», sollozó Polly. «Oh, me hace daño», exclamó la flacucha. En los paroxismos del placer le había hecho daño con los dedos metidos en el coño.

«Es mejor que volvamos a casa o nos pegarán una patada en el culo», dijo la delgaducha mientras mi polla continuaba en la concha de la otra. Yo también tenía prisa, desmonté, y en cinco minutos había salido de la casa tras dar la pareja de medios soberanos. Me dijeron que no eran hermanas, y eso fue todo cuanto pude averiguar, excepto que habían llevado algo entre las dos a su casa atado con la cuerda, y se habían tomado los vinos con el dinero

conseguido. Pienso que eran lavanderas.

Disfruté inmensamente con este azar amoroso. Era tan diferente de la follada comercial con una puta, conviniendo el precio de antemano. Pero ¡qué extraño! Cuando nos encontramos como desconocidos por la calle, ¿quién podría haber imaginado que iban a mostrarme los coños y que una iba a ser follada dos veces en el plazo de una hora? Estos amores improvisados son deliciosos.

Había pasado mucho tiempo desde que vimos fustigar al hombre, y H. y yo deseábamos ver a otro. La abadesa dijo que intentaría arreglarlo, pero algunos de sus hombres se negaban rotundamente a ser convertidos en espectáculo, aunque uno o dos se complacían en ello. No sabía cuándo vendrían los exhibicionistas, o cuándo deberíamos estar allí; era cuestión de mera suerte, pero sólo podía acontecer si estábamos allí los tres en el mismo momento. Pasaron tres o cuatro meses antes de que así fuese. Un día la abadesa dijo: «Si quisieran ver una fustigación, hoy habrá un caballero a quien le gusta ser contemplado, pero cuando se lo diga debe mantener levantada la combinación y mostrarle su almeja, él la verá aunque pueda usted pensar que no; no diga una palabra y deje el cuarto inmediatamente después de que él se corra».

H. no quiso ponerse máscara y bajó llevando sólo una encantadora combinación con lazo. Yo sólo llevaba la camisa, pero iba enmascarado. Tumbado sobre un sofá había un hombre de pelo claro y con barba a quien atribuí entre treinta y cinco y cuarenta años, con el rostro escondido con ambas manos. Estaba tumbado en tres cuartas partes sobre el vientre, de manera que pudiésemos ver su polla —que no estaba tiesa— y sus pelotas. Llevaba la camisa recogida sobre su cintura, los pantalones bajados hasta las rodillas, y el conjunto de trasero y muslos estaba desnudo. Quedamos de pie junto a él y la abadesa comenzó. Swish. Ella le contó alguna tontería sobre el hecho de que era la gobernanta y le corregía, a lo cual él no replicó. La flagelación continuó lentamente, al ritmo de un latigazo por minuto; la polla creció gradualmente, y el glande quedó por completo al descubierto mientras su trasero se iba poniendo más y más rojo. Entonces ella golpeó más rápidamente. «Oh», suspiró él en murmullos. «Oh… oh… no puedo». Su trasero empezó a oscilar, la polla frotó entre su vientre y la suave sábana

blanca que cubría el sofá. H. entonces, como estaba convenido, situada más cerca de su cabeza que yo, se levantó la combinación hasta el ombligo mostrando sus encantadores muslos y su toisón cubierto de pelo color avellana; le gustaba mostrarlo. Vi sus dedos abrirse a fin de poder mirar a través de ellos, pero no pude ver nada de su rostro. Murmuró algo como si sintiese placer, sacudió el vientre como si follase, y su polla —que ahora podía ver bien— disparó gran cantidad de esperma sobre la sábana. Cesó él entonces y quedó inmóvil, ella dejó caer la combinación cubriendo sus encantos y ambos salimos. Pagué por la visión, y me atrevo a decir que la víctima pagó por ver la desnudez de H.

A la Srta. R., la del culo gordo, hacía tiempo que no la veíamos, y a veces no podíamos disponer de la Srta. N., aunque a ambos nos gustase porque era un demonio haciendo *minette* y era difícil mantenerla alejada de la grieta de H. una vez que su boca la cubría. Como ha sido dicho, tenía también un coño encantador en tamaño, forma, color y crecimiento de la mata. Por lo mismo, follarla por detrás mientras ella se bajaba al pilón con H. nos proporcionaba un placer infinito.

A la abadesa le gustaba presentamos a otras, e indudablemente era pagada por ello. Un día mencionó a una tal D**sy. «Habla tres idiomas, ha sido mantenida, no lleva mucho tiempo en la vida y ahora sólo se dedica a ello tranquilamente, casi por gusto». Nos hicimos por eso a la Srta. D., una mujer alta y bastante rubia de unos veintiocho años, persona de clase que hablaba francés y alemán, según descubrí, y que realmente sabía mucho de Europa. Como las demás, se calentó en seguida con H. —pasa con todas— y, naturalmente, me la follé mientras ella se bajaba al pilón, la fórmula usual. Pero de alguna manera su coño no me gusta para nada, y no deseaba follarla. Con todo, la tuvimos bastantes veces; ella era tan buena conversadora y hablaba de filosofía erótica en lenguaje casto, como solía hacer la pobre Camille, y por una razón u otra —¿quién puede dar razones para las calenturas, aunque lo intentemos?— las dos mujeres solían examinar con mucha curiosidad cada una el coño de la otra, cosa que H. no solía hacer aunque masturbase cualquier coño próximo cuando la estaba follando.

El pelo del coño de la Srta. D. era sedoso, pero no muy rizado; a mitad de camino bajando por los lados de los labios los rizos cesaban y el pelo se hacía realmente liso y largo. Continuaba así prácticamente a lo largo de la división entre agujero de la polla y agujero del culo, y cuando se ponía en cuclillas para mear —naturalmente, hice que hiciese eso— su coño pareció (como acontecía también cuando estaba de pie o se tumbaba en la cama con los muslos abiertos) algo semejante al extremo de una escoba. Le dije esto, añadiendo que era feo. H. estuvo de acuerdo conmigo.

La Srta. D. dijo que a *ella* no le gustaba, y miró un día cuidadosamente el coño de H., cuyos labios al desaparecer hacia el agujero anal se encuentran levemente cubiertos por pelos muy cortos con una encantadora tendencia a rizarse. Yo dije que si los pelos de D. fuesen cortos tendrían mejor aspecto para mí, aunque quizá no para otros, porque los gustos varían. La cosa terminó conmigo cortando artísticamente el toisón coñil de la Srta. D**sy con tijeras. Cuando la vimos nuevamente estaba encantada, porque el pelo corto se había rizado parcialmente; ella lo examinó con un espejo de mano ante nosotros, y nosotros desde el espejo. La belleza de su coño quedaba realmente aumentada por mi habilidad de peluquero, especialmente cuando se arrodilló sobre la cama y le vimos la concha por detrás.

Pero como su coño no me gustaba, tras diversos intentos dejamos de verla. Poco después fue mantenida nuevamente por un caballero, dijo la abadesa. Era una mujer de amena conversación, y es seguro de que su coño encontró un compañero adecuado. Algunos coños no parecen ir nunca conmigo… otros son deliciosos.

Habían pasado casi dos años desde el cuarteto erótico. Hablábamos a menudo de él, y H. deseaba poder jugar otra vez a las mismas cosas, pero yo no tenía intenciones de hacerlo, ni podía permitírmelo económicamente. Sin embargo, por el tono que adoptaba a menudo nuestra conversación vi que ella deseaba tener a otro hombre. «¿No te gustaría ver cómo me follan? A mí me gustaría palparte la polla mientras él me follase», y así sucesivamente.

Hablamos así ante la abadesa un día, y ella nos dijo: «Conozco a alguien que está muriéndose por hacérsela». Luego supimos que un frecuentador de la casa había visto a H**** cuando se iba un día, y

que había quedado violentamente enamorado de ella. «¿Tiene él una polla grande?», dijo ávidamente H. La abadesa dijo que sí, que era un caballero, un procurador, aunque pobre. Hablamos de esto y convinimos encontramos con él. Se le habló y quedó convenido definitivamente que todos deberíamos estar enmascarados, y que él debía follar a H. mientras yo estaba presente. La gran polla, la polla que no había visto nunca, hacía que H. estuviese lista para cualquier cosa, y no ocultaba el placer que podría proporcionarle la novedad.

Tomó algún tiempo arreglar todo esto, pues nunca se sabe con suficiente antelación cuándo pueden llegar los asiduos de un local. Una tarde la abadesa nos dijo al entrar: «El viene; acabo de recibir una carta y he enviado a una chica en su busca. Admitirá las máscaras o cualquier otra cosa con tal de tomar a su amiga». Al principio estábamos un poco sorprendidos. H. dijo que no podría hasta haber visto qué clase de hombre era él. No iba a permitir que ningún hombre feo, viejo o vulgar se la hiciese.

Cuando llegó ella bajó para ser presentada y volvió con gesto aprobador. Se trataba de un hombre alto y guapo de treinta años, y quería follársela allí mismo. Los ojos de ella brillaban de lujuria, tenía ese gesto exquisitamente voluptuoso en el rostro de cuando está cachonda. Yo puse las condiciones. Él debía estar completamente desnudo excepto la camisa. Yo vería su polla y se la tocaría si quisiera. «No», dijo la abadesa «no permitirá eso». «Entonces no se la hará». La abadesa bajó, y dijo al volver que podría tocarle si lo deseaba. «Déjele entrar», dijo H. con impaciencia. Él subió con la máscara puesta y pronto se quitó la ropa. H., sin máscara, se sentó sobre sus rodillas y jugó con un instrumento grande y tieso con aire triunfante, mientras él tenía los dedos sobre su grieta. Él estaba bien hecho, pero tenía un poco demasiado pelo en las piernas, cosa que a mí no me gusta, aunque sea muy frecuente.

Entonces ella hizo una o dos estratagemas lascivas y acabó volviéndole el trasero, mientras él se sentaba en una silla, y metió la polla dentro. Sentado en otra silla baja frente a ellos, vi cómo se hundía en su coño colgando fuera las pelotas, rodeando sus manos el vientre de ella y frotando con un dedo su clítoris. «Ah, ven a la cama», murmuró él. No intentó disfrazar su voz cuando habló.

Fueron a la cama y allí, lado a lado, ella acarició su verga de amor y luego él la montó. «No me follarás con eso puesto», dijo ella, y arrancó repentinamente su máscara tirándola al suelo. A él ahora sólo le importaba poseerla; metió rápidamente la polla en su coño, mientras ella levantaba bien arriba el muslo más próximo al borde de la cama a fin de que yo —que ahora me aproximaba— pudiese ver su polla entrando y saliendo por los labios del coño. El movimiento de entrar y salir es una visión excitante.

Él había dado algunos golpes rápidos cuando le subí la camisa hasta la cintura para ver las sacudidas de sus nalgas, que eran blancas, pero no especialmente bellas, y no admiré un surco central muy peludo hasta la rabadilla, pero el ir y venir de su barra priápica me complacía. Él suspiró de placer y yo le cogí los testículos. «Oh», dijo él con una sonora exclamación y desmontó con una sacudida violenta, «no haga eso». «¿Qué pasa?», dijo H. dejando de sacudir el trasero. Se lo dije. «Fóllame, métemela, deja que él toque entonces, te gustará». Antes de que ella hubiese dicho todo eso, su instrumento de cabeza resplandeciente estaba hundido otra vez, apretadas más que nunca sus pelotas contra las nalgas. Pronto el movimiento violento de los muslos y las nalgas de ella anunció su goce futuro. Oí: «Jode, querido… ah… leche», y escuché los murmullos amorosos de él. Las amplias pelotas estuvieron pronto paradas sobre su ano, y ambos quedaron inmóviles. *Ella* con los ojos cerrados, disfrutando las deliciosas emanaciones de su coño, la aliviadora influencia de la inyección espermática, moviéndose las nalgas de *él* con las más leves y suaves sacudidas, frotando el glande tierno dentro de los últimos pliegues del tesoro sexual de ella mientras yo sujetaba sus pelotas y él parecía no notarlo.

«Apártate», dijo ella. Él se apartó sin decir palabra. Allí yacía ella con el coño rebosante, los muslos abiertos de par en par, mirando lascivamente hacia mí, que me había retirado entonces a los pies de la cama. Sujetándose el instrumento, él recogió la máscara, se la puso y fue hacia el lavabo. H. yacía con los muslos abiertos, indicándome con el dedo su coño. No tenía intenciones de poseerla, ya lo había dicho, pero la visión me animó. Cuando iba en su dirección se movió silenciosamente hacia el borde, conociendo los deseos suscitados por ella mejor que yo mismo, llena de deseos lujuriosos. Al instante siguiente mi verga estaba hundida en su

lúbrica avenida, sacudiéndome yo como una máquina de vapor. Sus ojos lanzaban destellos al mirarme con lujuria, y ambos nos corrimos casi inmediatamente mientras él seguía enjabonándose y chapoteando con sus genitales, sin mirar hasta que ella saltó de la cama y yo quedé observando por la ventana. Debo haberme corrido en un minuto. Nunca me he corrido tan rápidamente llamado por lo que había visto. Entonces me senté mientras él se ponía los pantalones.

Él no dijo una palabra, y hubiese partido, según creo, pero H. le dijo: «¿Por qué te pones tus cosas? ¿No vas a tomarme otra vez?». «Oh sí, si quieres». «Quítate entonces los pantalones y dame la botella de champán». Así lo hizo él. Ya habíamos estado bebiendo champán.

De nuevo charlamos y bebimos. Ella se lavó el coño, se sentó otra vez sobre sus rodillas, jugó con su verga y no dejó de tocarla mientras me la mostraba. «Tócala. ¿Verdad que es una buena?». «No… no», dijo él secamente. «Dijiste que le dejarías tocarla». Yo palpé púdicamente el musculoso propagador elástico, y entonces él palpó el mío. Ellos se besaron y jugaron, con los dedos de él sobre su coño. Él susurró algo. «¿Me la había follado en su esperma?». Fue lo que él preguntó, según me dijo ella después, y ella había contestado: «No». Así, bebiendo y hablando, palpando ella a intervalos ambas pollas simultáneamente, el tiempo pasó rápido y su polla se puso tiesa. Entonces, requerido por ella, él se quitó las ropas en otro cuarto, se quedó en camisa y calcetines y de nuevo jodió con H. mientras yo sostuve otra vez sus pelotas, y entonces se fue. Nosotros disfrutamos después de nuestros genitales, ella se corrió por cuarta vez y con mi esperma mezclado con el suyo en el coño dormimos unos pocos minutos.

La abadesa entró en el cuarto. Él estaba a punto de partir y había estado alabando los encantos de H., y como ella deseaba verle antes de que partiese dejó el cuarto y estuvo fuera algún tiempo. Al volver le dije: «Te ha follado otra vez». Lo vi por los círculos lascivos alrededor de los ojos y por su actitud. «Sí», dijo ella de un modo medio avergonzado. «No me hizo un solo regalo». «¿Se lo pediste?». «No, pero podría haberlo hecho, me ha follado tres veces». Medio molesto y algo borracho dije: «Estoy contento de que no lo hiciese, y me sorprende que desees ser tratada como una puta.

Querías cambiar, una polla nueva, una grande… estate contenta». Ella se puso muy furiosa conmigo por haber dicho «puta», y yo con ella por desear dinero. Seguía en ella la vieja vida; quería sus placeres, pero quería ser pagada por ellos. Indudablemente, la abadesa obtuvo dinero, aunque dijo que él sólo pagó por mandar llamar a la otra mujer y por su cuarto.

H. dijo que creía que él le había dado a la abadesa cinco libras, y que podría haberle dado a ella media docena de pares de guantes. Un mes después la abadesa dijo que él estaba allí y deseaba a H., pero no se lo permití ni ella quiso ir, y nunca volví a verle después.

«Fóllame», dijo H. un cuarto de hora después. «No puedo». «Inténtalo». «No puedo». Ella estaba en pleno celo, era presa de uno de sus frenesís lascivos. Sus ojos eran voluptuosos, salvajemente iluminados por la pasión sexual, pero ¡oh!, tan bellos… Cogiendo mi verga la meneó inútilmente y luego, hablando todo el tiempo de su polla, metiendo de vez en cuando la lengua en mi boca, lo bastante lasciva como para despertar a un muerto —estaba parcialmente borracha, cosa que incrementaba su abandono—, dijo: «Lámeme el coño entonces». «Mea entonces». «Déjame mear en tu boca, lo he hecho». «No». «Lámeme entonces». Empecé. «Chúpame la polla, querida, hasta ponérmela tiesa; luego te follaré». Me recorrieron escalofríos voluptuosos al paladear la sal de su coño. «No puedo, no sé cómo, no lo he hecho nunca, pero la besaré», y la besó desde el ojo del culo hasta la cabeza. Entonces, en su rabiosa lujuria, cedió a mis deseos repetidos y en esa encantadora boca de labios como cerezas entró mi polla mientras con la nariz dentro de su vagina lamí su clítoris cuando se arrodilló sobre mí y aferré las nalgas de marfil. Funcionó. El suave roce de su boca, el olor de su coño lo habían conseguido. «Así… está… tiesa… fóllame ahora». Ágil como un mono, saltó hasta ponerse de espaldas y quedó tumbada con los muslos muy abiertos, mostrando la grieta colorada. La follé larga y deliciosamente, mientras ella se corría dos veces por una sola libación mía.

Termino el relato en su orden cronológico de acontecimientos. Podían haberse contado muchos más incidentes de diversos goces, caprichos y fantasías normales, pero aunque los lugares,

participantes y protagonistas fuesen distintos, las diversiones amorosas fueron semejantes a otras habidas en otras partes, y su repetición en el relato resultaría tediosa.

Rompo con el pasado; mi carrera amorosa ha terminado, mi vida secreta está acabada. Mi filosofía sigue siendo la misma. Mis actos no me dejan remordimientos, quizá con la excepción de muy pocos. Querría ser lo bastante joven como para continuar en la misma carrera, que todo pudiese acontecerme de nuevo. Pero la edad prohíbe, el deber prohíbe, el afecto prohíbe. Eros, adiós.

Notas

[1] La editorial que publicó, por primera vez en el mundo de forma pública y no privada, las ediciones completa y abreviada de *Mi vida secreta*, fue Grove Press (Nueva York, 1962 y 1966). <<

[2] Véase Frank Harris, *Mi vida y amores*, Tusquets Editores, col. La Sonrisa Vertical n.º 27/1, 2, 3 y 4, Barcelona, 1981, 1982 y 1983. (*N. del E.*). < <

[3] Véase Anónimo, *La novela de la lujuria*, Tusquets Editores, col. La Sonrisa Vertical n.º 64, Barcelona, 1989. (*N. del E.*). < <

[4] Véase Georges Bataille, *Madame Edwarda*, Tusquets Editores, col. La Sonrisa Vertical n.º 25, Barcelona, 1981. (*N. del E.*). < <

[5] Véase John Clealand, *Fanny Hill*, Tusquets Editores, col. La Sonrisa Vertical n.º 117, Barcelona, 2001. (*N. del E.*). < <

[6] Véase Pauline Réage, *Historia de O*, Tusquets Editores, col. La Sonrisa Vertical n.º 35, Barcelona, 1983. (*N. del E.*). < <

[7] En el original, *saucer*. (*N. del T.*). <<

[8] *Mi hermana*, en alemán. (*N. del T.*). < <